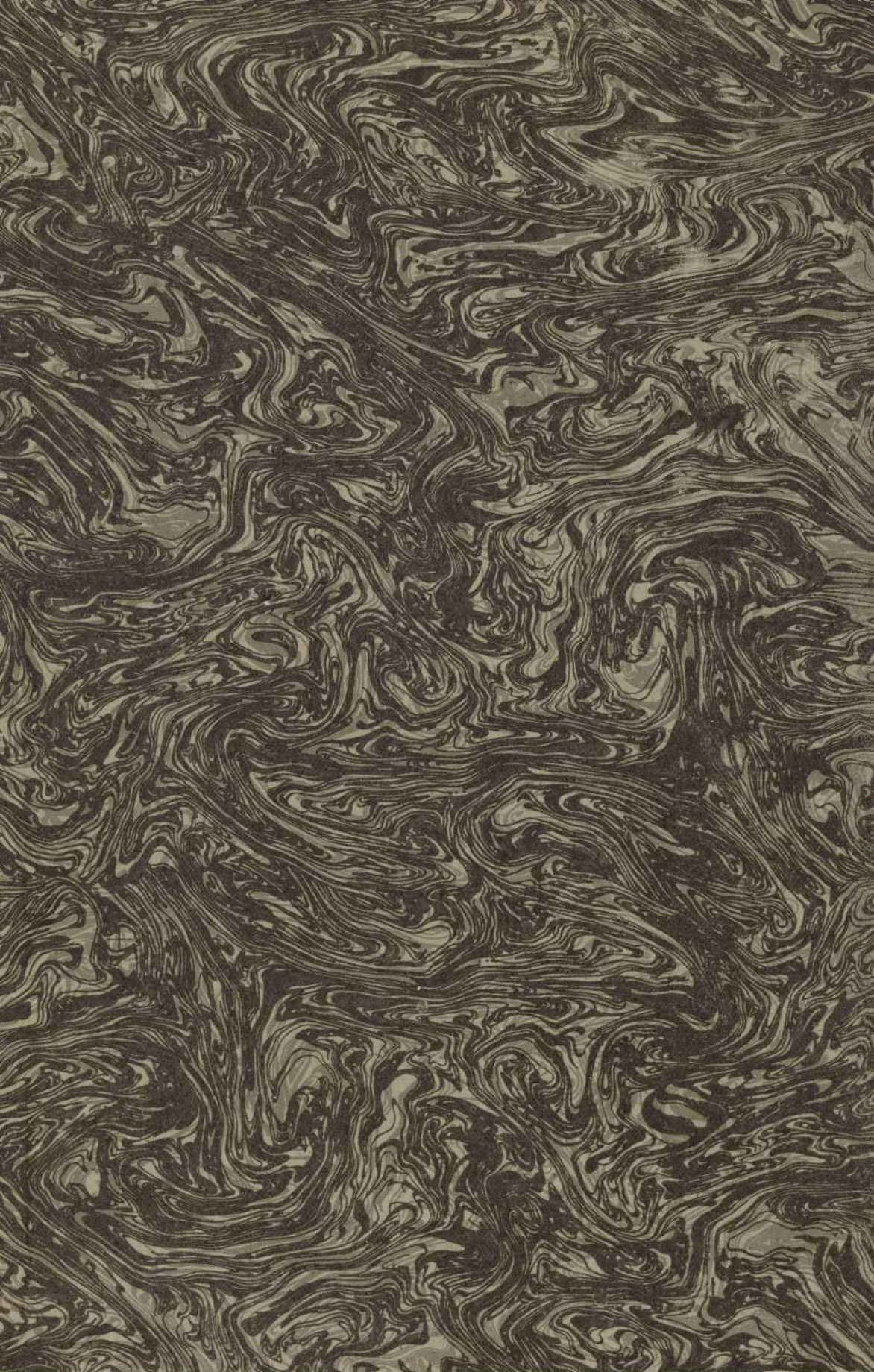
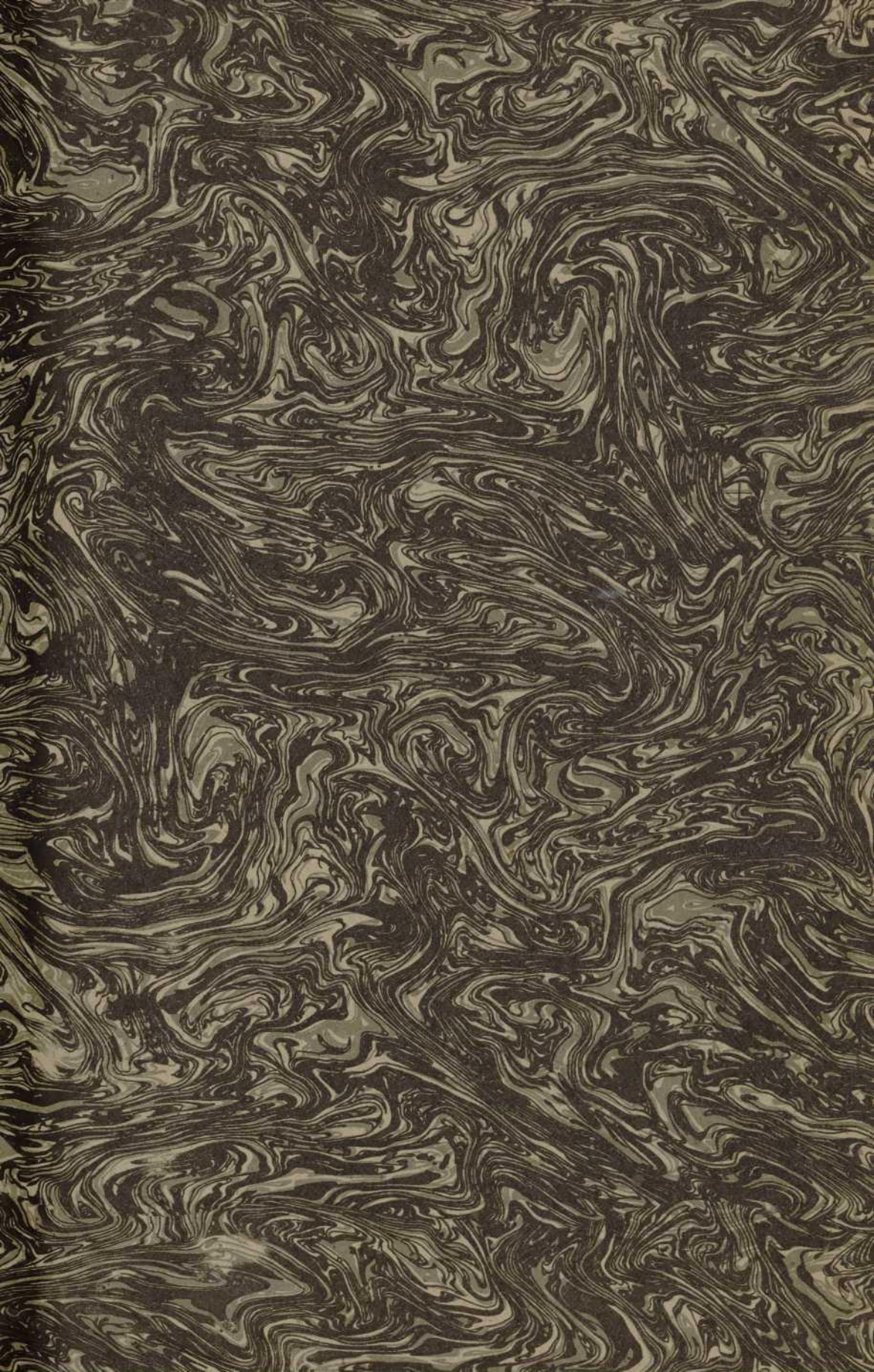




DR 8395
7124395.

Comedias de Tirso de Molina

Tomo II.

Impreso en la Tipografía
de Archivos y Bibliotecas
para los editores
Sres. Bailly/Bailliere é hijos.
1907

Nueva Biblioteca de Autores Españoles
bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
9

Comedias de Tirso de Molina

Tomo II.

Colección ordenada é ilustrada

por

D. Emilio Cotarelo y Mori

de la Real Academia Española.

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria
9407

Madrid
Bailly/Bailliere é Hijos, Editores
Plaza de Santa Ana, núm. 10.
1907

CATALOGO RAZONADO

DEL TEATRO DE TIRSO DE MOLINA

EDICIONES, REFUNDICIONES É IMITACIONES, CON ALGUNAS NOTAS CRÍTICAS (1)

1. **Adversa fortuna de D. Alvaro de Luna.**

Impresa en la *2.ª parte* de TIRSO (1635). Figura en el tomo I de nuestra colección.

Se dice ó forma la segunda parte de la *Próspera fortuna de D. Alvaro de Luna y adversa de Ruy López de Avalos*, aunque en ésta apenas figura D. Alvaro.

Es una de las comedias que TIRSO no admitió como enteramente suyas. Por el estilo no es fácil saber qué poeta fué su colaborador; pero en dondequiera se hallan rasgos de la pluma de TÉLLEZ.

Como hemos dicho en su biografía, parece haberse escrito en 1621; pero antes del suplicio de D. Rodrigo Calderón, en cuyo favor quizá se dirijan los versos últimos del drama.

Las fuentes de esta comedia son la *Crónica de D. Juan II* y la particular de D. Alvaro, y tal vez no llegase á ellas el autor, contentándose con la *Historia* de Mariana.

En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito (núm. 16.546) de esta comedia, que hemos tenido presente para nuestro texto.

Sobre el mismo asunto, y con el título de *La privanza y caída de D. Alvaro de Luna*, compuso otro drama Damián Salustrio del Poyo, que se publicó en 1612 en la *Tercera parte de las comedias de Lope y otros autores*, y Luis Vélez de Guevara, *El privado perseguido*.

Don Antonio Gil y Zárate tiene también un *D. Alvaro de Luna;* Suárez Bravo, *Verdugo y Sepulturero*, y quizás haya otras que no conozco ó no recuerdo.

Al buen callar llaman Sancho.

(Véase **El Celoso prudente.**)

(1) Aunque no tienen gran valor crítico citaremos, por no haberlo hecho en el prólogo del tomo I, estas dos colecciones que llevan obras de TIRSO:

Museo dramático ilustrado. Colección de comedias escogidas, escritas por los principales autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros y adornadas con láminas al boj. Tomo I. Vidal y Compañía, editores, calle del Gobernador, núm. 14, 1863. Tomo II, 1864. Fol., á 2 cols. Cada comedia lleva su paginación especial. Tomo I: *La Villana de la Sagra. Mari Hernández la Gallega.*—Tomo II: *La Villana de Vallecas.*

Teatro selecto antiguo y moderno, nacional y extranjero, coleccionado é ilustrado con una introducción, notas, observaciones críticas y biografías de los principales autores, por D. Francisco José Orellana. Tomo I, Barcelona, Establecimiento tipográfico editorial de Salvador Manero, Rambla de Santa Mónica, 2, 1886.— Contiene: *La prudencia en la mujer*, pág. 985. *El amor y el amistad*, pág. 1019. *Cautela contra cautela*, página 1049. *Celos con celos se curan*, pág. 1079. *Amar por señas*, pág. 1109. *Por el sótano y el trono*, pág. 1143. *Mari Hernández la gallega*, pág. 1175. *Don Gil de las calzas verdes*, pág. 1205. *La Villana de Vallecas*, página 1239. *El vergonzoso en palacio*, pág. 1279. *El condenado por desconfiado*, pág. 1319.

2. Los Amantes de Teruel.

Impresa en la *2.ª parte* de Tirso (1635).

Es comedia que sufrió muchas alteraciones antes de que su primitivo autor la diere á la estampa. D. Juan Eugenio Hartzenbusch la reimprimió en *Autores españoles* con exactitud paleográfica, para dar muestra de cómo son las ediciones antiguas de nuestras comedias.

El primero que llevó al teatro esta dramática leyenda fué Micer Andrés Rey de Artieda en su tragedia de *Los Amantes*, impresa en 1581. Refundió la obra de Tirso, dándola alguna mayor regularidad, el Dr. Juan Pérez de Montalbán, en la comedia de *Los Amantes de Teruel*, publicada en el tomo I de sus comedias. (Madrid, 1634.) Reimprimióse otras muchas veces.

Don Vicente Suárez de Deza escribió una comedia burlesca en tres actos de *Los Amantes de Teruel*, impresa en sus *Donaires de Terpsícore* (Madrid, 1663). Hay una mojiganga del mismo título, también del siglo XVII, y en el siguiente compusieron un monólogo con el título de *La casta amante D.ª Isabel de Segura*, D. Francisco Mariano Nifo, y otra pieza en un acto D. Luciano Francisco Comella. Anónima, se imprimió á principios del siglo XIX una tragedia de corte clásico titulada *La Isabel*.

Por fin, en 1837 se representó la celebrada obra de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, muy superior á todas las demás.

En 1903 hemos publicado un folleto *Sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los Amantes de Teruel*, en que estudiamos esta y las demás formas literarias que tuvo (1).

3. Amar por arte mayor.

Publicada en la *Parte 5.ª* de Tirso (Madrid, 1636) y reimpresa por Hartzenbusch en *Autores españoles*, y antes en el tomo XI de su *Teatro escogido de Fray Gabriel Téllez*.

La Cortesana en la Sierra, de Diamante, Matos y D. Juan Vélez, tiene alguna semejanza con esta comedia de Téllez.

4. Amar por razón de Estado.

Figura en la *1.ª parte* de las comedias de Téllez. Reimprimióla suelta en Madrid, sin año (hacia 1733, 35 págs. en 4.º) D.ª Teresa de Guzmán, que tenía lonja de comedias en la Puerta del Sol y sacó privilegio por diez años para reimprimir las de nuestro autor. Púsole el encabezado, como á otras, de *Comedia sin fama*.

Con el título de *Sutilezas de amor y el Marqués del Camarín* y la fecha de 1.º de Enero de 1637, existe una refundición de esta obra en la Biblioteca Nacional (49 h. en 4.º); y en la misma Biblioteca otra refundición mucho más moderna con el primitivo de *Amar por razón de Estado*.

Reimprimióla Hartzenbusch dos veces: una en el tomo VI de su *Teatro escogido de Fray Gabriel Téllez* y otra en *Autores españoles*. También figura en la colección de Ortega, tomo II.

Don Pedro Calderón imitó esta comedia en la suya de *El secreto á voces*.

5. Amar por señas.

Se imprimió en la *Parte* XXVII de *Varios autores* (Madrid, Andrés García de la Iglesia, 1667, 4.º) la octava en orden y atribuída á Tirso de Molina.

Con el dictado de *Comedia sin fama* la reimprimió en Madrid, 1733, 4.º, D.ª Teresa de Guzmán (Impr. de Joseph González). De nuevo se estampó en Valencia, por Orga, 1777, 4.º, 40 páginas.

Figura asimismo en la colección de Ortega (tomo III); en la primera de Hartzenbusch y en *Autores españoles*.

Fué refundida en 1826, en cinco actos, por D. Ramón de Mesonero Romanos, dándola el título de *Es una de las tres y de las tres no es ninguna*. Esta excelente refundición se representó en el teatro del Príncipe en dicho año; pero quedó inédita.

Amar por señas. Comedia en tres jornadas y en verso del Maestro Tirso de Molina. *Refundida y puesta en cuatro actos por D. Narciso Serra. Madrid, 1855, Imp. de Rodríguez;* 8.º, 80 páginas.

Sirvió de base para la titulada *El encanto sin encanto*, de D. Pedro Calderón.

Aunque no publicada por el autor, es verdaderamente suya, como demuestra la más ligera lectura; y debió de ser de las primeras que brotaron de su fecunda pluma, pues en la escena X del acto segundo dice ser nuevo el *Quijote*, publicado, como es sabido, en 1605.

(1) Véase la segunda edición de este trabajo. (Madrid, 1907, 8.º)

De este año ó del siguiente será, pues, *Amar por señas*.

6. Las Amazonas en las Indias.

Imprimióse en la *Parte* 4.ª de la colección especial de Tirso (Madrid, 1635); reimprimióla D.ª Teresa de Guzmán en Madrid, hacia 1733, con el título de *Comedia famosa. Segunda parte de las Amazonas en las Indias, y Hazañas de los Pizarros*, s. a., 4.°, 40 págs.

Pero de lo que forma segunda parte es de la trilogía que tiene por asunto los hechos de los individuos de aquella familia. La primera se titula *Todo es dar en una cosa*, y la tercera, *La lealtad contra la envidia*. Las tres forman una de las joyas del teatro de Tirso; por lo grandioso del asunto que el autor supo tratar dignamente con elevación de estilo, situaciones dramáticas, versificación abundante, armoniosa y magnífica y riquezas poéticas de todo género.

Acerca de la grandeza épica de estos tres poemas dramáticos se impone una revisión de juicio contra el desdén de Hartzenbusch y otros críticos que los leyeron muy de prisa.

7. El amor médico.

Salió primero á luz en la *Parte 4.ª* (1635) de Tirso. La reimprimió en Madrid, sin año, (hacia 1733, 19 hojas en 4.°), D.ª Teresa de Guzmán; figura en la 1.ª colección de Hartzenbusch y en *Autores españoles*.

Fué refundida en cinco actos por Juan Carretero y representada en el teatro de la Cruz el 30 de Junio de 1826, y en manuscrito existe en la Biblioteca Municipal de Madrid. Otro manuscrito de refundición más moderna hay en la Nacional, también en cinco actos y con el título de *El amor médico: mujer de tres idiomas*. Ms. 10.083, copiado hacia 1820.

Esta comedia fué escrita en 1625 ó poco antes. Alude á las aventuras escolares y amorosas de D.ª Feliciana Enríquez de Guzmán, á quien casi nombra al principio.

> ¿Siempre han de estar las mujeres
> sin pasar la raya estrecha
> de la aguja y la almohadilla?
> *Celebre alguna Sevilla*
> *que en las ciencias aprovecha.*

Véanse más pormenores sobre este punto en Tirso de Molina: *Investigaciones bio-bibliográficas*, págs. 162 y siguientes.

Es comedia lindísima.

Monfleury la imitó en la suya titulada *La Dame médecin*.

8. Amor y celos hacen discretos.

Impresa en la *Parte 2.ª* de Téllez. Figura también en un tomo de varios autores del siglo XVII que halló el erudito alemán Adolfo Schaeffer y describió en *Ocho comedias desconocidas... y dadas á luz por Adolf Schaeffer. Leipzig, F. A. Brockaus, 1887*, 2 vol. 8.° (V, tomo I, pág. VII). Ocupa el 4.° en el orden del referido tomo, que carece de portada y preliminares, aunque al parecer contiene íntegras las 12 comedias de costumbre en tales colecciones. Schaeffer lo cree impreso hacia 1640 y ser una de las *Partes* de la colección de *Diferentes autores* de que sólo se conocen otras diez ú once, aunque la serie total debió de pasar de cuarenta.

El encabezado de esta comedia dice: «Representóla Valdés, con que comenzó en Sevilla», pero no añade en qué año, que sería el 1616, según juiciosa inducción del Sr. Sánchez Arjona en sus excelentes *Anales del Teatro en Sevilla* (Sev., 1898, pág. 178). Probablemente al salir para América habría Tirso dejado el manuscrito al famoso Pedro de Valdés, más famoso aún por ser marido de Jerónima de Burgos, tan amada de Lope.

Hasta la de *Autores españoles* no tuvo, que sepamos, otra reimpresión la comedia de Tirso *Amor y celos hacen discretos*.

Es una de las cuatro del tomo II, que por entero le pertenecen, pues al fin de la comedia dice:

> Mientras todos solemnizan
> celos que discretos son
> y amor que hace maravillas,
> dad ánimo á vuestro Tirso
> para que despacio os sirva.

9. El amor y el amistad.

Forma parte de la 3.ª de Téllez (1634).

Fué reimpresa *con el título de El amor, y la amistad, y prueba real para conocer los verdaderos Amantes y Amigos. Comedia sin fama. Del Maestro Tirso de Molina*; por D.ª Teresa de Guzmán (Madrid, 1734, 4.°, 36 págs.).

Se ha reimpreso suelta en el mismo siglo XVIII con los títulos de *Prueba real para conocer los verdaderos amantes y amigos* y *Encontrar dos imposibles: mujer leal y amigo firme*.

Es el mismo asunto que el de *Cautela contra cautela*, de Tirso, y *El mejor amigo el rey*, de Moreto.

Don Dionisio de Solís la refundió en 1831 con el título de *Pruebas de amor y amistad*. El ms. de esta refundición se conserva en la Biblioteca Municipal de esta Corte.

Figura también en la colección de Ortega (tomo II), en la primera de Hartzenbusch (tomo IV) y en *Autores españoles*.

Modernamente se publicó: *El amor y la amistad. Comedia en dos actos y en prosa, original de C. Claudio Camino. Valladolid*, 1864, 8.°, 59 págs., que, en efecto, nada tiene de común con la de Téllez.

10. Antona García.

Pertenece á la *Parte 4.ª* de Tirso (1835), y desde entonces no ha vuelto á estamparse. Pero fué imitada por D. José de Cañizares, é impresa con el título de *La heroica Antona García*. (Madrid, Antonio Sanz, 1755, 4.°, 36 páginas.)

El personaje de esta comedia es histórico, y parte de sus hechos también. Antona García era natural de Toro y sus hazañas se hallan en los historiadores de esta ciudad (V. Fernández Duro: *Bibliografía de Zamora*, y Cuadrado y Chapado: *Historia de Toro*.)

Tirso ofrece, al final, una segunda parte, que no sabemos haya compuesto, y que comprendería la muerte desgraciada de esta heroína. El pasaje es como sigue:

Antona. Señores, los que me escuchan:
todo cuanto agora han vido
es hestoria verdadera
de previlegios y libros.
Esto es solo la mitade
y el poeta que lo ha escrito
guarda para la otra media
muchos casos peregrinos.
Si quieren ver en qué para
la *Antona de Toro*, aviso
que para el segundo tomo
desde luego los convido.

11. El Aquiles.

Hállase en la *Parte 5.ª* de Tirso (1636) y desde entonces no fué reestampado.

Tirso, que concluye fríamente su comedia cuando Aquiles llega ante los muros de Troya, ofrece una segunda parte, para el *día siguiente*.

Sobre el mismo asunto versan *El caballero-dama*, de D. Cristóbal de Monroy y *El Monstruo de los jardines*, de D. Pedro Calderón de la Barca.

12. El árbol del mejor fruto.

Está en la *Parte 1.ª* de Tirso (1627) y desde entonces no ha vuelto á reimprimirse. Figura en el tomo I de nuestra colección, pág. 30.

En la Biblioteca Nacional se conservan dos manuscritos de esta obra. El primero, número 15.484, firmado al fin por «Juan de Puente, Año de 1621 años en Madrid». Puente era un cómico que hizo esta copia para lo que expresa la nota que hay al final de la jornada segunda, y dice: «Esta comedia es de Domingo Valbín, autor de comedias por su majestad; sacóla en papeles Alarcón, y la sacó muy mal, que no hubo quien los azertase á leer en todo un día. Vercebú lleve quien le enseñó á escrevir y el que lo aprendió.» A continuación van los nombres de Domingo Balbín, la Sra. Juana de H. (¿Heredia?); el Sr. Heredia y Juan de Puente, todos cómicos y, al parecer, ejecutantes de la obra. De este regular manuscrito hemos puesto las principales variantes que ofrece respecto del impreso.

El otro códice de la Biblioteca comprende sólo la primera jornada (cinco hojas), está registrado con el núm. 3907, desde el folio 270. Es más moderno que el anterior y mucho menos correcto.

Sobre el asunto de esta comedia versan el *Auto de Santa Elena*, del códice de *Autos viejos* de la Biblioteca Nacional, publicados en 1901 por Mr. L. Rouanet (V. tomo II, pág. 21). *La invención de la Cruz*, auto que se presentó para representar en Sevilla, en la fiesta del Corpus de 1559 (Sanchez Arjona: *Anales del teatro en Sevilla*, pág. 6). Hay, además, una comedia de D. Antonio Coello y el auto sacramental de Calderón, los dos con el título que Téllez dió á su obra; *La cruz hallada y triunfante y glorias de Constantino*, comedia de D. Felipe Sicardo, y *La mayor victoria de Constantino*, de D. Ambrosio de Arce, impresa en la *Parte 4.ª de Varios*.

Sobre los demás hechos de Constantino hay otras muchas obras.

Parece que el verdadero ó primitivo título que Tirso dió á su obra es el que arrojan estos últimos versos de ella:

Cloro. Ya su hallazgo hemos visto;
á su Triunfo os convida;
y aquí da fin *El árbol de la vida.*

También pudiera deducirse de estos versos que Tirso ofrecía una segunda parte, que sería *El Triunfo de la Santa Cruz*.

13. Averígüelo Vargas.

Pertenece á la *3.ª Parte*, (Tortosa, 1634) propia de Tirso. Reimprimióla con el título *Del mal el menos y Averígüelo Vargas*, D.ª Teresa de Guzmán, en 4.°, sin año (hacia 1733) y 39 págs.

Figura también en el *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, tomo VII, y en *Autores españoles*.

En 1830 se hizo una refundición en cuatro actos, de este drama, con el título *Del mal el menos y averígüelo Vargas*. Un manuscrito de ella existe en la Biblioteca Municipal de esta Corte.

Es bien conocido el origen histórico del dicho que sirve de título á esta comedia y que los historiadores ponen en labios de la Reina D.ª Isabel la Católica, con referencia al alcalde de Corte D. Francisco de Vargas, siempre que á la Reina denunciaban la comisión de algún delito.

14. Los balcones de Madrid.

La primera impresión que hemos visto de esta comedia es en uno de los tomitos del *Teatro antiguo español*, de Grimaud de Velaunde (Madrid, 1837). De aquí las tomó D. Juan Eugenio Hartzenbusch para su edición de *Autores españoles*.

Pero en la Biblioteca Nacional existen dos manuscritos antiguos de esta obra, uno de ellos excelente, y con ayuda del cual se podría rehacer una buena edición de esta linda comedia, tan malparada en las impresiones.

Otro manuscrito antiguo existe en el Museo británico (códice Add. 10334), según se ve por el *Catálogo* de Gayangos, pág. 94 del tomo I.

La comedia es, indudablemente, de Tirso, y fué escrita hacia 1624, como hemos indicado en nuestro libro: *Tirso de Molina: Investigaciones bio-bibliográficas* (Madrid, 1893), pues se habla en ella, como de cosa no lejana, del asalto de Ormuz.

Cuando se haga una edición completa y seguida de las obras de Téllez, podrá imprimirse como es debido esta comedia. Nosotros no podemos hacerlo, porque en el mismo caso que ella se hallan otras varias de *Autores españoles* y necesitaríamos mayor espacio que los dos tomos á que se ha limitado nuestra edición complementaria.

La beata enamorada.

(Véase **Marta la piadosa.**)

15. Bellaco sois, Gómez.

Ms. de la Biblioteca Nacional, núm. 16.920, en 41 hojas en 4.°; letra del siglo XVII y con licencias para la representación fechadas en Madrid á 27 de Abril de 1643.

La primera indicación de que esta comedia pudiera ser de Tirso la hemos hallado en el excelente *Catálogo de las piezas de teatro que se conservan en el departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, Madrid, 1899*, 4.°, por el Sr. D. Antonio Paz y Melia, jefe muchos años de aquella Sección y hoy Jefe de la Biblioteca. En dicha obra, pues, pág. 55, al describir el códice de *Bellaco sois, Gómez*, puso esta nota: «Gallardo admite la posibilidad de que el autor fuera Tirso de Molina.»

Efectivamente: después de leída, me pareció esta comedia producto de la feliz inspiración del gran Mercenario; y por eso la incluyo en este tomo.

No sólo el asunto en que tan importante papel juega el disfraz masculino de la heroína, como se observa en *Don Gil de las Calzas verdes*, *El amor médico*, *La huerta de Juan Fernández*, *La mujer por fuerza* y otras suyas, sino el corte de algunos episodios, especialmente en la jornada tercera; la versificación, que es tan suelta y armoniosa, como suya, y hasta el estilo, lenguaje y frases que nadie más que Tirso solía emplear. De esta clase debemos citar algunas en comprobación de lo dicho.

En la escena II del acto segundo dice Petronila:

> Volvisteis á verme el día
> siguiente de aquel fracaso
> que os abrió en mi casa el paso,
> y añadióos la hipocresía
> del científico disfraz
> del *trajedizo* estudiante,
> tanto hechizo en lo galante,
> tanta guerra entre la paz
> con que ese hábito asegura,
> que ignorando el mal que encierra,
> tocó en mis ojos á guerra,
> en que abrasarme procura;
> que hace la superstición
> de estos siglos ignorantes
> en las viudas y estudiantes
> gala la recolección.

Poco más adelante, en la escena III, dice Boceguillas:

—«Sí eres, dijo, que causar
á mi hermana te atreviste
la muerte; y pues la ofendiste
no te has de *petronilar*.»

En la escena V del mismo acto:

MONTILLA. ¿Qué causa tiene él precisa
en esta casa?
BOCEG. El estar
con don Gómez, desta dama
primo.
MONTILLA. ¿Quién los *emprimó*?
BOCEG. Sus padres, ó ¿qué sé yo?:
así lo afirma la fama.
MONTILLA. Luego, ¿él también será primo
de la fámula Melchora?
BOCEG. Si ella imita á su señora
y yo al amo que es mi arrimo,
un mismo deudo tendremos;
porque sirvientes y amos
por un estilo *emprimamos*
con las hembras que queremos.

No mucho después, en la escena IX, dice el mismo Boceguillas:

¡Por amor de Dios, señor,
señora ó término ambiguo,
que sepa yo con quién ando;
conozca yo á quién ministro;
pues has hecho en mi lealtad
cuantas pruebas has querido,
sé *cuenta de Santa Juana*,
sácame el alma del limbo!

En lo cual parece que se acordaba de su comedia de *Santa Juana*. En la escena siguiente dicen:

D.ª ANA. Boceguillas, ven acá.
¿No es este hombre...
BOCEG. Será el mismo
que dices.
D.ª ANA. ¿Cuál?
BOCEG. ¿Qué sé yo?
Un hombre como Dios le hizo.
D.ª ANA. ¡Necio! ¿Este no es don Gregorio?
BOCEG. Yo agora no *gregorizo;*
que en crepúsculo la tarde
llora del sol paroxismos
y tengo la vista corta.

En la escena XII del mismo acto:

D.ª ANA. Boceguillas, ¿qué te has hecho?
BOCEG. ¡Jesús! No me *boceguillo*
abrenuncio, *alma capona:*
¿qué me quieres? ¿no te sirvo?

En la escena XVI, dice D. Gregorio:

He de saber ¡vive Dios!
si soñado *quimerizo*
ó son fantásticas sombras
las que hospeda este distrito.

Y en la última del acto:

MONTILLA. ¿Quién te vistió de alma en pena,
Melchora?
BOCEG. De eso poquito;
que sólo yo me *enmelchoro*.

En la escena IV del tercer acto, dice Melchora:

Hay Franciscos y Gregorios
con que sus penas enjuague.
Está en duda con cuál de ellos
brevemente se *entalame*
y hay consulta de parientes
en nuestra casa esta tarde.

Y sin salir de esta escena, dice:

D.ª ANA. Pues ¿qué he de hacer?
MELCH. ¿Qué? Colgarse
de una viga; dar suspiros
que un nebí no los alcance;
retar, celoso, á Zamora.
D.ª ANA. Eso, amiga, solía usarse
en *farsas matusalenas:*
no hallan celos ya á quien maten;
está muy cristiano amor
y tiembla de condenarse
si loco se desespera.

Y, por fin, en la escena XVI dice:

D.ª ANA. Boceguillas: bueno está;
lucidamente lo has hecho.
¡Alto!: á la tal falsa puerta
con todo el *fantasmo* ajuar.

Todas estas frases y modos de decir son comunes en nuestro autor; pero no se hallan en otros dramáticos del tiempo, al menos por modo tan frecuente y sistemático.

16. El Burlador de Sevilla.

Se imprimió por primera vez esta célebre obra en la colección titulada: *Doze comedias nvevas de Lope de Vega Carpio, y otros avtores. Segvnda parte.* (Escudo de la grulla.) *Impresso con licencia; En Barcelona, por Geronimo Margarit, año de 1630.* 4.º Es la séptima en el orden de las del tomo, con el título de *El Bvrlador de Sevilla, y combidado de piedra. Comedia famosa. Del Maestro* TIRSO DE MOLINA. *Representola Roque de Figueroa.* Ocupa desde el fol. 61 al 82 v.; 22 hs.

Es el original que ha servido para la reimpresión que acompaña á este tomo.

La segunda vez que se estampó esta obra parece haber sido en la *sexta parte* ó tomo de la colección de *Comedias escogidas de los mejores ingenios de España* (Madrid, 1652 á 1704, 48 vols. en 4.º), donde lleva el título de *El Bvrlador de Sevilla, y Combidado de piedra. Comedia famosa. Del Maestro* TIRSO DE MOLINA. Ocupa el tercer lugar entre las doce del tomo.

A pesar del error cronológico que envuelve el hecho de llevar la fecha de 1649 el sexto tomo de una colección que no empezó hasta 1652,

tal fecha le dí al cotejarla con la anterior, porque aquélla, aunque en portada manuscrita, de letra antigua, lleva el ejemplar de la Biblioteca Nacional que sirvió para el cotejo. Y como de esta 6.ª parte hay, según Barrera, ediciones de Madrid, 1654; otra de Zaragoza del mismo año, «por los herederos de Pedro Lanaja» y hasta una de 1653 también de Zaragoza (aunque ésta de comedias diferentes) y como el índice *impreso* que lleva dicho tomo contiene las comedias por un orden distinto de los ejemplares que citan el Conde de Schack, Barrera y Salvá (*Catál.* I, 402), parece que nos hallamos con una edición diferente de las conocidas, pero que de seguro no es de 1649, como dice su portada. Para la claridad en las citas conservamos, sin embargo, esta fecha.

Después de estas ediciones no se volvió á imprimir (que sepamos) en el siglo XVII el *Burlador* hasta que fué incluída en el *Libro nuebo estrabagante de comedias escogidas de diferentes autores. Año* (Escudo de armas extranjero) *de 1677. En Toledo.* 4.° Cada comedia lleva su paginación y signaturas especiales. Contiene 13, todas del siglo XVII y la segunda en el orden del tomo es: *El Bvrlador de Sevilla* y *Combidado de piedra. Comedia famosa. Del Maestro* TIRSO DE MOLINA. 4.°, 18 hs. sin numerar; signaturas A-E de cuatro hs., menos la última letra que tiene dos.

El texto de esta comedia sigue al que hemos llamado de 1649.

La portada é índice de este tomo, únicos preliminares que lleva, son apócrifos. Fueron hechos fuera de España; probablemente en Londres. El tomo fué de Gayangos. La impresión de las comedias sí parece del siglo XVII.

En el siguiente se reimprimió lo menos cinco veces, pues de todas poseo ejemplar. Son las siguientes:

Comedia famosa. El Burlador de Sevilla, y Combidado de piedra. Del Maestro TIRSO DE MOLINA. *Hallaranse esta comedia y otras de diferentes titulos, en Madrid en la Imprenta de la calle de la Paz. Año de 1728.* 4.°, 16 h.

El Bvrlador de Sevilla, y Combidado de piedra. Comedia famosa. Del Maestro TIRSO DE MOLINA. *Sevilla, Viuda de Francisco Leefdael.* S. a., (hacia 1735), 4.°, 32 págs.

Comedia famosa. El Burlador de Sevilla, y Convidado de piedra. Del Maestro TIRSO DE MOLINA. *Sevilla, José Padrino.* S. a. (hacia 1740), 28 págs. en 4.°

Comedia famosa. El Bvrlador de Sevilla y Combidado de piedra... Barcelona. Por Pedro Escuder, Impressor. S. a. (hacia 1750 ó antes), 4.°, 35 págs.

Comedia famosa. El Burlador de Sevilla, y Combidado de piedra. Del Maestro TIRSO DE MOLINA. *Barcelona, En la Imprenta de Francisco Suriá. Año de 1769.* 4.°, 14 hs.

Las tres primeras han suministrado alguna variante ú observación al texto por nosotros reimpreso en este tomo. En general, todas siguen la edición que hemos llamado de 1649.

En el siglo XIX se publicó muy incorrecta, como hemos dicho, en el *Tesoro* de Ochoa (París, 1838, tomo IV) y por Hartzenbusch en la Biblioteca de Autores Españoles. Este último propuso algunas enmiendas aceptables que incluímos entre las 217 notas que hemos puesto á nuestra edición de la comedia.

No puede considerarse como imitación ni refundición, sino como *El Burlador* mismo, con algunos versos cambiados, la comedia titulada *Tan largo me lo fiays*, que va en el presente tomo desde la pág. 656.

Su verdadero título es: *Tan largo me lo fiays | comedia | famosa. | De Don Pedro Calderón.* Sin lugar ni año de impresión, 16 hojas foliadas á dos columnas, signaturas A-D, todas de cuatro hs.

Halló D. José Sancho Rayón esta comedia en una edición suelta por los años de 1878 y se apresuró á darla á conocer al público en el tomo XII de su *Colección de libros españoles raros y curiosos.* Pero equivocándose en la época de su impresión (pues la comedia no lleva señal alguna) juzgóla de la primera mitad del siglo XVII, lo cual dió margen á que don Manuel de la Revilla escribiese mil cosas infundadas, suponiéndola anterior al *Burlador* auténtico. No hay necesidad de volver sobre esta cuestión, que debe darse por resuelta. Clase de papel, estoposo y obscuro como se utilizó en casi todas las impresiones de España desde que las guerras civiles de 1640 y 1641 trajeron la crisis y escasez del papel de imprimir; tipos de un elzeviriano bastardo, alargado y feo, como se empezó á usar desde los años 1660; la circunstancia de ser impresión *suelta*, cosa rarísima en nuestra tipografía dramática antes de 1650, el ser atribuída esta obra á Calderón, todo está acusando lo tardío de esta edición, que seguramente no bajará del referido año de 1660. La refundición puede ser, con todo, algo anterior, pues en dicho año sólo corrían

los textos de 1630 y 1653 ó 1654, y el que la hizo tuvo á la vista un texto mejor en algunos lugares, pues el de *Tan largo me lo fiáis* suple y corrige con fortuna en algunos casos el más antiguo de 1630, así como en otros (el mayor número) no es tan correcto.

La más importante de las modificaciones que el anónimo refundidor introdujo fué sustituir la primitiva y propia de TIRSO descripción de Lisboa, por otra de Sevilla, que el interpolador había tal vez usado en alguna otra comedia cuando la destinase á ser ejecutada en la ciudad del Betis.

Se ha negado que esta obra fuese de TÉLLEZ, sin más fundamento que el de no haber sido publicada por él. En el mismo caso se hallan otras muchas y á nadie se puede ocurrir que no le pertenezcan. Más aún: alguna como *Lo que hace un manto en Madrid* (ó sea *En Madrid y en una casa)* la única vez que apareció impresa lo fué á nombre de Rojas, y, sin embargo, no es posible que nadie que conozca el estilo y lenguaje de TIRSO pueda dudar ni un momento sobre la propiedad de ella.

En cuanto al *Burlador*, vemos que la primera vez que se imprime es en vida de TÉLLEZ, con su nombre, sin que él proteste en las cinco ocasiones que tuvo de hacerlo, al publicar sus comedias. Con el mismo se reproduce tres ó cuatro veces en el siglo XVII y cinco en el XVIII sin que una voz se alce á desmentir el aserto.

El lenguaje y estilo son los comunes en nuestro autor. Bastarían aquellas palabras de Ripio en la escena VIII del acto primero:

> Pues ¿es quienquiera
> una *lavandriz* mujer,
> lavando y *fregatrizando*,
> defendiendo y ofendiendo,
> los paños sucios tendiendo,
> regalando y remen*dando*?
> *Dando* dije, porque al dar
> no hay cosa que se le iguale;
> y si no á Isabela dale
> á ver si sabe tomar.

O aquella redondilla:

> Y en vuestro divino oriente
> renazco, y no hay que espantar,
> pues veis que hay de *mar* á *amar*
> una letra solamente,

cuyo juego de palabras vuelve á emplear en la tragedia de *La venganza de Tamar*.

Y no insistiremos en esto, porque nos parece que sólo el deseo de manifestar opiniones singulares puede conducir á la negación de cosa tan evidente.

De esta obra se han hecho, como es sabido, un gran número de imitaciones. De las extrañas ha dado cuenta el Sr. D. Arturo Farinelli, el último que ha tratado histórica y críticamente este asunto del *Burlador* ó del *Don Juan*, como los extranjeros dicen, en dos largos artículos del *Giornale storico della letteratura italiana* (vol. XXVII, páginas 1 y 254), en 1896.

El Sr. Farinelli no fué, con todo, enteramente feliz; pues las dos primeras adaptaciones del asunto en Italia y en Francia no las pudo hallar.

Quizá sea más afortunado M. G. de Bévotte, quien, según nuestro docto amigo Mr. de Martinenche en su excelente libro de *Molière et le théâtre Espagnol* (París, Hachette, 1906, página 253), está terminando un estudio sobre los orígenes y desarrollo de la leyenda de *Don Juan*, en la literatura, en la música y en la pintura.

Tampoco creemos puedan aceptarse sin reservas algunas opiniones del Sr. Farinelli, nuestro amigo; pero que, á nuestro juicio, se equivoca cuando dice: «Non credo un filo allo pagnolismo tanto decantato della leggenda, las quale probabilmente penetró in Espagna dal Settentrione; mi dispiace di non sapere dire ne come, ne quando» (pág. 9).

Arranca esta incredulidad de que el Sr. Farinelli disgrega y descoyunta la leyenda del Tenorio, buscando antecedentes en todas las literaturas acerca de los galanes enamoradizos; de los que se burlan de la muerte y convidan á un cadáver, esqueleto ó calavera; de los que presencian ó creen presenciar su propio entierro, y de otras circunstancias que concurren en la leyenda del *Burlador*, suponiendo que TIRSO, á manera de hábil arquitecto, fué reuniendo todos esos elementos para levantar su edificio.

Esto no puede admitirse. Buena ó mala, verdadera ó falsa, TIRSO halló en Sevilla una tradición completa, que es la que puso en su obra. Se citaba la familia del protagonista; el convento de San Francisco, donde ocurrió su muerte, y hasta el sepulcro y estatua del Comendador Ulloa. El carácter de Don Juan necesitaba basarse en hechos y circunstancias que quizá se habrán dado aisladamente en otros tipos poéticos; pero que en él necesitan estar reunidos para que sea lo que es. Valor indomable, desprecio de las leyes y de toda autoridad, y aun de la misma muerte; incre-

dulidad de la virtud femenina y ninguna inclinación al amor puro ó constante, pero grande propensión á escarnecer á todas las mujeres que halla á su paso; falta de lealtad con parientes y amigos cuando se trata de sus caprichos; en una palabra: el espíritu de negación satánica encarnado en el tipo de mayor grandeza dramática de la época moderna (1).

Las imitaciones españolas someramente citadas ú omitidas por los escritores son las siguientes:

El alférez lusitano Jacinto Cordero, pero que escribió en nuestro idioma (1606-1646), compuso, según afirma Barbosa Machado, *No hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague.* Repiten la cita, aunque no lograron ver la obra, Barrera en su *Catálogo,* y García Peres en el suyo razonado (pág. 123), dándola como impresión suelta, y Theophilo Braga añade en su *Historia do theatro portuguez* (II, 300), que fué impresa en 1667; pero es sabido el poco caso que hay que hacer de este prolífico y novelesco historiador.

Lo más probable es que Barbosa la haya confundido con la de Zamora, sospecha que se acrecienta al ver que atribuye igualmente á Cordero *El valiente negro en Flandes,* que es de Claramonte y que Braga da sin escrúpulo por el autor lusitano.

Muy avanzado ya el siglo XVII, un D. Alonso de Córdoba y Maldonado, criado del rey, como él se llama, pero de quien tenemos poca noticia (1), compuso la comedia titulada *La venganza en el sepulcro,* que por primera vez aparece impresa en el presente tomo, copiada del único manuscrito existente en nuestra Biblioteca Nacional y que procede de la Biblioteca de Osuna.

Don José Franquesa y Gomis ha publicado un buen artículo crítico de esta comedia en el *Homenaje á Menéndez y Pelayo* (I, 254). Por él y por el texto puede verse cuánto decayó el brioso tipo del Tenorio en manos de Córdoba, hasta convertirse en un valentón de esquina.

Mucho más conocida es *No hay deuda que no se pague y Convidado de piedra,* que este título es el que D. Antonio de Zamora dió á su obra al incluirla en el segundo tomo de sus comedias (pág. 267). Mesonero, al reimprimirla en el segundo volumen de los *Dramáticos posteriores á Lope de Vega* (pág. 411), de la Biblioteca de Autores Españoles, se lo cambió, tomándolo de las impresiones sueltas por el de *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague y Convidado de piedra,* así como también alteró algo el texto.

Antes del *Don Juan Tenorio,* de Zorrilla, este de Zamora era el que se representaba en nuestros teatros. Sin embargo, después que Alejandro Dumas dió á conocer su *Don Juan de Marana,* tradújose en castellano lo menos dos veces y se puso en nuestra escena. Titúlase la primera versión:

Don Juan de Marana y Sor Marta. Drama en cinco actos y en prosa, Del célebre Alejandro Dumas: Arreglada (sic) *al teatro español. Por J. A. Ll. Tarragona: Imprenta de Chullá, 1838.* En 8.°, 88 págs.

Dice el traductor del drama que «para presentar éste en nuestro idioma no ha podido prescindir de hacer algunas variaciones en *ella,* sin las cuales tal vez hubiera chocado con nuestro genio y costumbres».

---

(1) Después de escrito lo que antecede, ha publicado nuestro ilustre compañero D. Ramón Menéndez Pidal *(Cultura española:* Madrid, Mayo de 1906, página 449) curioso artículo *Sobre los orígenes de El convidado de piedra,* utilizando, además de los artículos de Farinelli, otro de J. Bolte: *Ueber den Ursprung der Don Juan-Sage,* publicado en la *Zeitschrift für vergleichende Litteraturgeschichte* (tomo XIII, pág. 374). Berlin, 1899. Aunque el Sr. Menéndez Pidal sólo estudia uno de los *elementos* ó aspectos parciales del asunto, para lo cual aduce un romance inédito, hallado en la provincia de Segovia, al concluir su artículo escribe: «La verdadera fuente próxima de *El Burlador* debió ser una leyenda referente á Sevilla, que fijaría ya el nombre de D. Juan Tenorio y, probablemente, el del Comendador D. Gonzalo de Ulloa. No sería difícil que aparecieran rastros de esta leyenda en la tradición andaluza, debidamente explorada, ó en algún archivo olvidado.»

Esto nos parece mejor y más útil camino que el traer á colación cuentos daneses, picardos ó de Islandia, que el pobre TIRSO no pudo conocer ni indirectamente.

(1) Sólo conocemos suya la siguiente obra, en que añade algunos pormenores y circunstancias de su persona y condición social: *Relación de la festiva pompa y fervoroso anhelo con que la muy noble y leal ciudad de Segovia, Cabeza de Extremadura ha celebrado la traslación de su Patrona y Soberana Reina Virgen de la Fuencisla, á la nueva y prodigiosa maravilla de su retablo en su hermita y siempre en venerado sagrado reverente culto. Escritor, Alonso de Cordova Maldonado, Veedor y Contador por S. M. de las obras y Alcázares reales desta dicha ciudad, Casas y Bosques reales de su contorno y Real Ingenio de Moneda. Con licencia, En Madrid, por María de Quiñones, año 1662.* 4.°, 3 h. prels. y 151 págs.

Al año siguiente se representó é imprimió: *Don Juan de Marana ó la caida de un ángel. Misterio en cinco actos y éstos divididos en siete cuadros y dos intermedios. Escrito en francés por Mr. Alejandro Dumas. Madrid. Imprenta de Yenes, 1839;* en 4.°, 69 págs.

Esta traducción consta de verso y prosa, y pertenece á D. Antonio García Gutiérrez, según Hartzenbusch *(Pról.* á las *Obras de García Gutiérrez*, Madrid, 1866; pág. 23.) Fue reimpreso en 1852.

El 28 de Marzo de 1844 se estrenó en el teatro de la Cruz, á beneficio de Carlos Latorre, el *Tenorio*, de Zorrilla, y se imprimió poco después con el siguiente título: *Don Juan Tenorio. Drama religioso-fantástico, dividido en dos partes, compuesto de siete cuadros; original y en verso de D. José Zorrilla. Madrid, Imprenta de Repullés, 1844*, 8.° mayor (*Galería dramática*). Desde entonces se ha reimpreso otras muchas veces, ya suelto ó ya en colección con las demás obras del autor.

Zorrilla tomó el asunto de su obra, principalmente, del *Convidado*, de Zamora, y del *Marana*, de Dumas. En cuanto al *Burlador*, de Tirso, ni lo conocía siquiera; por más que otra cosa afirme en sus *Recuerdos del tiempo viejo* (tomo I, pág. 163), donde escribe estas inexactísimas palabras:

«No recuerdo quién me indicó el pensamiento de una refundición del *Burlador de Sevilla*, ó si yo mismo, animado por el poco trabajo que me había costado la de *Las travesuras de Pantoja*, di en esta idea *registrando la colección* de comedias *de Moreto;* el hecho es que sin más datos ni más estudio que el *Burlador de Sevilla* de aquel ingenioso fraile y su mala refundición *de Solís*, que era la que hasta entonces se había representado bajo el título de *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague ó el Convidado de piedra*, me obligué yo á escribir en veinte días un *Don Juan* de mi confección.»

Hay en estas palabras tantos errores como afirmaciones. Ni el *Burlador* formaba aún parte de colección alguna de su autor, ni es de Moreto, ni éste era fraile, ni la obra fué refundida por Solís, ni Zorrilla hizo su *Tenorio* en veinte días. Finge desconocer el *Marana* de Dumas, que pudo haber visto representar varias veces y era traducción de su íntimo García Gutiérrez, y le dió el tipo de D.ª Inés y otras cosas de su drama. Claro es que, aparte de la soberana versificación, hay algunas escenas, y no de las peores, de su cosecha, que hacen de esta obra, con todos sus defectos, una de las más famosas de nuestro teatro.

Es muy singular el juicio que el Sr. Farinelli hace de Zorrilla. Tomando al pie de la letra aquellas hipócritas palabras suyas: «Por poeta dramático no me tuve jamás», y apoyándose en ellas, escribe candorosamente que á Zorrilla le faltaba lo esencial para ser poeta dramático. Y así no parecerá extraño que considere de mayor mérito que la grande obra del Maestro una de sus parodias: «Meglio del drama stesso è la parodia del *Tenorio, Juan el Perdio* che, s'io non erro, Mariano Rico, *(sic)* rappresento per la prima volta nel 1848.» (Página 320.)

¡Quién se lo hubiera dicho al difunto don Mariano Pina, que andando el tiempo le habían de poner por encima no menos que del primer poeta español de los tiempos modernos!

Además de esta parodia se hicieron otras varias del drama de Zorrilla, pues raro es el año que en el mes de Noviembre no surge algún poeta satírico que toma pie de aquel asunto para dar salida á su humor maleante.

De las más antiguas y aplaudidas fué *Don Juan Trapisonda*. Obra del actor y autor dramático D. Juan de Alba, quien hizo el papel principal de su obra en el estreno de ella á fines de Mayo de 1850. Se imprimió en el mismo año con el título de *Don Juan Trapisonda ó el demonio en una casa. Juguete cómico en un acto, por D. Juan de Alva. Representado con general aceptación en el teatro de la Comedia el 21 de Mayo de 1850. Madrid*, Repullés, 1850, 4.°, 20 págs.

Otra graciosa parodia es la de Salvador María Granés, titulada *Juanito Tenorio*, en un acto y dos cuadros, estrenado é impreso en 1886 (28 págs. en 4.°). Lleva música del Maestro Nieto.

Y original y graciosísimo es el *Tenorio modernista* de D. Pablo Parellada, estrenado é impreso en el pasado año de 1906.

El mismo Zorrilla convirtió en 1877 su *Don Juan* en zarzuela, á la que puso música el Maestro Manen; se representó con poco éxito y se imprimió con el título de *Don Juan Tenorio, zarzuela en tres actos y siete cuadros de don José Zorrilla, música del Maestro D. Nicolás Manen. Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela, el 31 de Octubre de 1877. Madrid, Rodriguez, 1877*, 4.°, 103

páginas, con más de cuatro hojas al final, con advertencias del autor, explicando el por qué convirtió en musical su drama. Fué cantado por las Sras. Franco de Salas, Galeti, Hordan, Baeza y Franco, y los Sres. D. Rosendo Dalmau, Ferrer, Banquells, Tormo y otros.

Por último, añadiremos, que el *Tenorio* de Zorrilla se ha traducido en francés, inglés, alemán é italiano.

17. El Caballero de Gracia.

Se incluyó, como de TIRSO DE MOLINA, en la *Parte* XXXI de la colección de *Varios* del siglo XVII (Madrid, José Fernández de Buendía, 1669, 4.°), la quinta entre las del volumen.

Desde entonces, que sepamos, no ha vuelto á imprimirse. Va en el presente tomo.

Al final, dice Lamberto, uno de los personajes:

> Es tanto
> lo que deste *Caballero*
> hay que decir, que lo guardo
> para la *segunda parte*,
> por lo que habéis estimado
> al *Caballero de Gracia*
> en Madrid sus cortesanos.

Tampoco conocemos esta segunda parte ni si TIRSO llegó á escribirla.

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito antiguo de un auto sacramental, titulado *El Caballero de Gracia;* pero no lleva nombre de autor, ni, aunque bien versificado, puede atribuirse á nuestro mercenario. Intervienen en él, además del protagonista, *el Cuidado, el Honor, la Malicia, la Fe, Luzbel, San Pedro, Arrio, el Hombre, el Tiempo, la Herejía, Martín Lutero, San Juan Bautista* y *la Envidia.* Tiene muy poco interés.

Consta también anónimo en los *Catálogos* de Medel, Huerta y Barrera.

Antonio Enríquez Gómez afirma, en el prólogo de su *Samson Nazareno*, haber escrito una comedia del *Caballero de Gracia;* y dada la poca confianza que merecen las adjudicaciones de los editores de época tan tardía como la de la impresión de esta obra, no sería imposible que la que pasa como de TIRSO fuese, en realidad (aunque no parece verosímil por el asunto y su desarrollo), de aquel judaizante segoviano.

Entre las numerosas obras de D. Luis Mariano de Larra, hay una titulada *El Caballero de Gracia, drama tradicional,* en que falseó por completo la vida de este piadoso varón, y se representó por primera vez en el teatro Español el 21 de Noviembre de 1871.

Es el asunto de la comedia de TIRSO gran parte de la vida del famoso modenés Jacobo Gratis ó de Trenci, que parece era su verdadero apellido (1517-1619), quien, establecido en Madrid, fué fundador del convento é iglesia del Carmen Calzado, del Oratorio que aún lleva su nombre y de otras fundaciones devotas y benéficas.

Su *vida* escribió á poco de fallecido Gratis, el mercenario Fr. Alonso Remón, que sirvió á TIRSO para su comedia; y con más extensión, D. Francisco Javier Rodrigo *El Caballero de Gracia. Historia imparcial y vindicación crítica de este venerable y ejemplar sacerdote. Segunda edición, corregida y aumentada. Madrid, 1881.* 8.°, 268 págs.

18. El castigo del pensé-que.

Impresa en la *Parte 1.ª* de TIRSO (1627). Reimpresa con su 2.ª parte por D.ª Teresa de Guzmán á principios del siglo XVIII, con el título de *Comedia sin fama. El que fuere bobo no camine* (Madrid, s. a., 72 págs. en 4.°), y otra vez, sin lugar ni año, en el mismo siglo.

Modernamente se ha reimpreso por Hartzenbusch *(Teatro escogido,* tomo v) y en *Autores españoles.*

Con la fecha de 1827 y con el título de *El que fuere bobo no camine* hay en la Biblioteca Municipal de esta corte una refundición anónima en cinco actos en verso. Manuscrito en 4.° Es del actor Juan Carretero, y fué representada en el teatro de la Cruz el 30 de Enero de 1828.

Esta comedia fué imitada en Inglaterra en el mismo siglo XVII por James Shirley, con el título de *The Opportunithy* (1634).

El Castigo del pensé-que es primera parte de *Quien calla otorga*, en la que el protagonista se enmienda de su falta de decisión con las damas.

Fué escrita en Toledo, en 1613, como se demuestra por el siguiente pasaje del acto primero, excena X:

> D. RODR. ¿Hay sucesos semejantes?
> CHINCH. Cuando los llegue á saber
> Madrid, los ha de poner
> en sus *Novelas* Cervantes;
> aunque en el tomo segundo
> de su manchego *Quijote*,
> no estarán mal, como al trote
> los lleven por ese mundo
> las ancas de Rocinante
> ó el burro de Sancho Panza.

Estaban, pues, ya impresas las *Novelas ejemplares* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1613), y no se había publicado la segunda parte del *Qui-*

jote (Madrid, Juan de la Cuesta, 1615), ni tampoco el *Quijote* de Avellaneda (Tarragona, Felipe Roberto, 1614), pues si no, hubiera TIRSO aludido á él.

«Representóla Heredia.»

19. Cautela contra cautela.

Figura en la *Parte 2.ª* de la colección especial de TIRSO (1635). Fué reimpresa en el siglo XVIII, en 4.°, sin lugar ni año, y Hartzenbusch la colocó en *Autores españoles*.

Moreto la refundió con el título de *El mejor amigo, el rey*.

Cautela contra cautela es una de las ocho comedias del segundo tomo de la colección propia de TIRSO, que no le pertenecen por entero. Tiene el mismo argumento que *El amor y el amistad*, comedia suya indubitada. Todo el primer acto y parte del segundo son iguales en ambas en el fondo y manera de desarrollar las escenas. Después varía algo *Cautela* (que es una especie de refundición de la otra); da más juego la prueba de las mujeres; añádese el episodio de la conjuración, que aumenta el interés, y es más rápido el desenlace. Esta comedia es, en cierto modo, más perfecta y acabada que *El amor y el amistad*, aunque mucho menos valiente y rica en efectos dramáticos.

Parece, á juzgar por algunos pasajes, que el colaborador de TÉLLEZ en esta obra fué don Juan Ruiz de Alarcón. Tal es el parecer de Fernández-Guerra, en su libro sobre este poeta, y aun la de Hartzenbusch.

Pero del estilo y modo de expresarse propio de TIRSO hay multitud de pasajes en los dos primeros actos. Las frases *amor vizcaíno, hablar caseramente, ojos porquerones, alma corcheta* y otras mil, son suyas. Hasta hay pasajes que recuerdan los de otras comedias. La relación del criado Chirimía (acto primero, escena I), en que cuenta las horas de servicio con su amo es igual á otra de la comedia de TÉLLEZ *Amar por arte mayor* (acto segundo, escena V), donde dice Bermudo:

> ¿Ansí se olvidan
> veinte años de parentesco,
> dos meses de hospedería,
> ocho semanas de mesa,
> de trato sesenta días?
> ¿Así dos mil y cien horas
> de aposento y ropa limpia?
> Te sirvo, dilo tú mismo,
> diez años ha; que en guarismo
> montan ciento veinte meses;
> pero en cuenta castellana,
> tomando papel y pluma,
> lo que te he servido suma
> quinientas y diez semanas;
> y si la cuenta confías
> de un zángano entremetido
> te dirá que te he servido
> tres mil y seiscientos días.
> Y si todo aquesto ignoras,
> te sacará desta duda
> la aritmética menuda:
> son ochenta y seis mil horas.

Lo que en *Cautela contra cautela* dice Chirimía es:

20. La celosa de sí misma.

Pertenece á la *Parte 1.ª* de la colección de TIRSO (1627). Reimprimióse en el siglo XVIII, sin lugar ni año, en 4.°, y por Hartzenbusch en su *Teatro escogido* (tomo II) y en *Autores españoles*.

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito de esta comedia, fechado en 1829, con el título: *Lo que puede la aprensión ó sea la celosa de sí misma*.

Es comedia de la primera época de TÉLLEZ, salpicada de alusiones á cosas del tiempo, como hemos visto en la biografía que va en el tomo I.

21. Celos con celos se curan.

Hállase en la *Parte 4.ª* de TÉLLEZ (1635). Pero antes se había estampado como de Lope de Vega, en la *Parte 27* (extravagante) de Lope y otros (Barcelona, 1633). Reimprimióla con el aditamento de «Comedia sin fama» D.ª Teresa de Guzmán, sin año (hacia 1733), en 18 hojas en 4.° sin numerar. De nuevo se estampó en *Cádiz, en la imprenta de D. Antonio de Murguía, 1815;* 4.°, 32 páginas; en la colección de Ortega (1826, tomo I de TIRSO) y por Hartzenbusch *(Teatro escogido,* IX) y en *Autores españoles*.

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito fechado en 1.° de Diciembre de 1625, y en la Municipal otro de una refundición en cinco actos, anónima y fechada en 1818.

Celos de amor y de honor ni aun á su padre perdonan.

(Véase **Habladme en entrando.**)

22. El celoso prudente.

Estampada por primera vez en *Los Cigarrales de Toledo*, obra de TIRSO (1621). Reimprimióla D.ª Teresa de Guzmán, en Madrid, hacia 1733, con el título de *Comedia sin fama. El Zeloso prudente en el mayor aprieto de los celos*. Sin año, 4.°, 22 hojas.

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito antiguo de esta comedia con el subtítulo de *Al buen callar le llaman Sancho*, y Barrera dice que también se imprimió con él.

Hartzenbusch lo reprodujo en su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, tomo II, y en *Autores españoles*.

Calderón lo imitó con bastante servilismo en *A secreto agravio secreta venganza*.

23. El cobarde más valiente.

Sirvió de original para la impresión de ésta comedia (que va en el presente volumen) la copia hecha por D. Agustín Durán de una edición suelta del siglo XVII, que poseía don Justo de Sancha, en donde se atribuye á FRAY GABRIEL DE TÉLLEZ.

El asunto, que son las aventuras de un sobrino del Cid, llamado Martín Peláez, fué muy tratado por nuestros dramáticos. Parece ser el primero el anónimo que compuso la comedia de *Las hazañas del Cid y su muerte con la toma de Valencia*, impresa en un rarísimo tomo de *Seis comedias de Lope de Vega y otros autores*. Lisboa, 1603. Lope negó ser autor de las obras contenidas en este volumen, afirmando á la vez que, aunque suena de Lisboa, fué estampado en Castilla.

Viene luego *El amor hace valientes*, de don Juan de Matos Fragoso, impresa en la *Primera parte* de sus comedias. (Madrid, por Julián de Paredes, 1658, 4.°; la última del tomo.) He visto además una impresión suelta del siglo XVII, sin lugar ni año, también en 4.° y en 20 hs. sin foliar.

A ésta sigue la titulada *El noble siempre es valiente. Comedia de D. Fernando de Zárate y Castronovo*. Manuscrito autógrafo, firmado y con dedicatoria á D. Alonso de Carcamo, fechada á 15 de Abril de 1660, existente en la Biblioteca Nacional. Este texto es el mismo que el impreso con el título de *Vida y muerte del Cid y noble Martín Peláez. Comedia de un ingenio de la Corte. Salamanca, Imprenta de la Santa Cruz*, s. a., 4.°, 36 págs. Quizás haya alguna anterior, pues, aunque anónima, se cita esta obra en el *Catálogo* de D. Juan Isidro Fajardo (que lo compuso á principios del siglo XVIII) con el título de *El noble siempre es valiente*. Con este mismo menciona Barrera otra impresión suelta como «de un ingenio». Durán cita otra con el de *El noble Martín Peláez*. Tengo además otra impresión de Valencia, José y Thomás de Orga, 1774; 34 págs., 4.°

Por su parte D. Vicente García de la Huerta en su *Catálogo* (Madrid, 1785, 8.°), por no equivocarse, registra los títulos en esta forma:

El noble siempre es valiente.—De Zárate.

El noble Martín Peláez y vida y muerte del Cid.—Del mismo.

Vida y muerte del Cid.—De Zárate,

como si fuesen tres obras distintas.

Casi lo mismo había hecho en 1735 Medel en su *Catálogo* impreso, si bien sólo adjudica á D. Fernando de Zárate la que intitula: *Noble siempre es valiente*, dejando anónimas las otras dos.

El ya mencionado Huerta, recuerda también estas otras dos:

«*El cobarde más valiente.*—De MOLINA.

La conquista de Valencia por el Cid.—De MOLINA.»

Pero como estas citas están hechas sin ninguna precisión bibliográfica, no son de utilidad alguna.

Para terminar, con la obra de Zárate, apuntaré aún estas otras impresiones que he visto (y, poseo como casi todas las sueltas que menciono).

Vida y muerte del Cid y noble Martín Peláez. Madrid. Librería de Quiroga, 1792, 4.°

Vida y muerte del Cid y noble Martín Peláez. De un ingenio. Barcelona, Serra y Centené, 1807, 4.°

Valencia, Imprenta de Ferrer de Orga, 1813, 4.°

Valencia, Ildefonso Mompié, 1822, 16.°

Resulta, pues, que prescindiendo del de 1603 (que no conocemos), son tres los textos de esta obra.

1.° *El cobarde más valiente* que va en este tomo.

2.° El de Matos. Quiso este autor aumentar el interés y dar causa más enérgica al cambio de carácter de Martín Peláez, convirtiéndose de cobarde en uno de los más heroicos guerreros del glorioso Campeador; y en vez de traerle enamorado de Asturias, halla su dama en el campamento mismo del Cid, en su sobrina Elvira, á quien igualmente pretende el famoso Alvar Fáñez. Los celos de éste y los de otro paladín moro despiertan, por fin, el dormido valor del asturiano, y en lucha particular vence á cada uno de sus competidores y obtiene la mano de su prima.

3.° El de Zárate. Esta obra, más confusa por abundar más los episodios de todo género que ahogan la acción principal que es ó debe ser

el tránsito en el alma de Martín Peláez de la extrema cobardía al valor más temerario. Viene el Rey Alfonso al campamento del de Vivar; interviene una Infanta mora, que es un marimacho, y están falseadas otras circunstancias históricas.

De todos éstos el que mayor belleza dió al asunto fué TIRSO DE MOLINA, si es que esta obra es suya, cosa que por hoy no nos atrevemos á afirmar ni á negar.

Sólo añadiremos, para concluir, la *Diversión de dos horas, ó comedia nueva historial, fácil de executar en qualquier casa, para cinco hombres solos, intitulada El mas heroyco español, lustre de la antigüedad, con su entremés y sainete. Compuesta por Joseph Concha.* Sin lugar ni año (hacia 1770, Madrid, Librería de Castillo), 26 págs. en 4.°

Intervienen el Cid, Martín Peláez, D. Ordoño, el Rey D. Alfonso, Chaparrón, *gracioso*, y acompañamiento.

Entre la primera y segunda jornada va el entremés *Por engañar engañarse y el hostelero burlado* y antes de la tercera el sainete *Las pruebas de un casado.*

Para su obra tuvo José Concha, que era un cómico de Madrid, principalmente á la vista la *Vida y muerte del Cid*, de D. Fernando de Zárate, aunque le añadió episodios de su cosecha especialmente en el primer acto que comprende la jura de Santa Gadea.

Por fin, este asunto ha servido también de base á la tragedia de Casimiro Delavigne titulada *La hija del Cid.*

24. El Colmenero divino.

Auto sacramental. Publicólo TIRSO en su *Deleitar aprovechando* (1635).

Reimprimióse á principios del siglo XVII con este título: *El Colmenero divino. Auto sacramental. Del Maestro Tirso de Molina. Representóle Pinedo, año de 1621.* Sin lugar ni año, en 4.°, 19 págs. Figura además en la colección de *Autos sacramentales*, formada por la Biblioteca de Autores Españoles por D. Eduardo González Pedroso.

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito antiguo de este auto con el título de *El divino Colmenero*; 35 hs. en 4.°, letra de fines del siglo XVII ó primeros años del siguiente.

25. Cómo han de ser los amigos.

Impresa primero en *Los Cigarrales de Toledo* (1621). La reprodujo en 1734 D.ª Teresa de Guzmán en Madrid, con el título de *Comedia sin fama. Cómo han de ser los amigos, y el non plus ultra de la amistad.* 4.°, 36 págs. En la oficina de Juan de Ariztia.

En el mismo siglo se reimprimió otras dos veces: una por Suriá y Burgada. Barcelona, s. a. (hacia 1780), 4.°, 16 hs. sin numerar, y otra también en Barcelona por Juan Nadal, 1778, 4.°

En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito antiguo de esta comedia, cuyas variantes hemos utilizado en el texto del tomo I de la edición nuestra.

Don Vicente Rodríguez de Arellano, en la refundición que á fines del siglo XVIII hizo de la comedia de Lope, *Lo cierto por lo dudoso*, y se representó con mucho aplauso, colocó en ella muchos versos de *Cómo han de ser los amigos.*

En la nota de *Los Cigarrales* se dice que esta comedia, así como la de *El celoso prudente*, la representó Pinedo (Baltasar de), cómico muy renombrado y ensalzado particularmente por Lope de Vega, de quien fué amigo.

26. El condenado por desconfiado.

Impreso primero en la *Parte 2.ª* de la colección peculiar de TIRSO (1635). Hállase igualmente, y bajo el nombre de TIRSO, en el tomo ó *parte* de comedias del siglo XVII, poco ó nada conocidas, que halló y describió en 1887 el señor Adolfo Schaeffer, y que acaso haya pertenecido á la todavía incompleta colección de *Diferentes autores.* (V. *Ocho comedias desconocidas de D. Guillén de Castro...*) Leipzig, 1887 y tomo L, pág. VIII.) En este tomo se halla también otra comedia de TÉLLEZ titulada *Amor y celos hacen discretos*, la cuarta en el orden del tomo, así como *El condenado* es la quinta.

Reimpresa en Madrid (á nombre de TÉLLEZ) por Francisco Sanz, sin año (hacia 1730), en 4.°, y otra vez por la misma época, también sin año ni lugar, en 4.°, 14 hojas foliadas. Hartzenbusch la incluyó en su colección de *Autores españoles* y antes en el *Teatro escogido*, tomo XI.

En la Biblioteca Municipal de Madrid hay dos manuscritos, copia moderna, de esta comedia con el nombre del autor.

D. Manuel de la Revilla hizo dos refundiciones de esta obra, que han quedado manuscritas y posee hoy el Sr. Menéndez y Pelayo. Mr. Alfonso Royer, autor de una *Historia uni-*

versal del teatro, tradujo ésta y otras obras de Tirso y las publicó en París, 1863, 8.°

Imitaciones parciales y episódicas abundan en nuestro antiguo teatro, y aun en el moderno, como *El mal apóstol y el buen ladrón*, de Hartzenbusch.

De los trabajos críticos acerca de este drama hemos dado cuenta en el prólogo del tomo I de esta colección de Tirso.

Esta comedia es una de las ocho en que Tirso tuvo un colaborador que, probablemente, será distinto en cada una. Por las razones que largamente hemos expuesto en nuestras *Investigaciones bio-bibliográficas acerca de Tirso de Molina* (pág. 102), la parte que de esta comedia corresponde á Tirso no es pequeña. Obra de tal grandeza no pudo ser imaginada más que por una sola persona que estuviese á la altura del asunto. Abandonada luego por el autor, sufrió en poder de los cómicos algunas modificaciones poco esenciales, pero que bastaron á Tirso para negarle su filiación por entero.

Al final de la obra dicen:

Juez. No más: á Nápoles vamos
á contar este suceso.
Pedrisco. Y porque es éste tan arduo
y difícil de creer,
siendo verdadero el caso,
vaya el que fuere curioso
(porque sin ser escribano
dé fe de ello) á Belarmino;
y si no *más dilatado*
en la *Vida de los Padres*
podrá fácilmente hallarlo.
Y con aquesto da fin
El mayor desconfiado,
y pena y gloria trocadas.
El cielo os guarde mil años.

Halló, pues, Tirso el suceso, con todos sus accidentes referidos, en las obras de Belarmino y en las *Vidas* de los Padres del Yermo, citas un poco difíciles de evacuar ciertamente.

Por consiguiente, lo que el Sr. Menéndez Pidal establece en su *Discurso* como fuentes del *Condenado por desconfiado* son lo que pudieramos llamar *fuentes de las fuentes* del mismo.

Arrancan de un episodio del *Mahabharata*, que aunque por sí mismo no tiene semejanza con el asunto de la comedia, sí la tiene con varios cuentos persas, árabes y hebreos en que dicho cuento, ú otro parecido, fué resolviéndose y modificándose hasta parar en ciertas leyendas de anacoretas, cuya vida penitente se parangona con la de algún miserable ó criminal que, sin embargo, realizan actos de extrema virtud.

El episodio de la vida de Pafnucio, tan bellamente novelado por Anatolio France, juntándole otro del mismo origen, el de Santa Tais ó Santa Teodora, que asimismo es tan conocido de nuestros dramáticos del siglo XVII, parece el tránsito natural al lindo ejemplo (el tercero) que D. Juan Manuel colocó en su *Libro de Patronio* ó *Conde Lucanor*.

Pero así y todo la semejanza es incidental, como lo es igualmente la del ermitaño apóstata, que también cita y aprecia debidamente el Sr. Menéndez Pidal. Los dos juntos casi componen el *Condenado*. Queda el engaño del Demonio y el bellísimo episodio del Pastorcillo, que quizá sean de la invención de Tirso, así como otros de menor cuantía que hay en su comedia.

Como se ve por los últimos versos de la obra resulta también que su verdadero título fué antes de ser coleccionada, *El mayor desconfiado y pena y gloria trocadas*.

27. La Condesa bandolera ó la Ninfa del cielo.

En el cuerpo de esta obra, que figura en el presente volumen, van expuestas las razones que hemos tenido para preferir como texto principal (aunque todas las variantes van anotadas; de modo que, en realidad, están ambos) el códice 16.698 de la Biblioteca Nacional que lleva el título de *La Ninfa del cielo* al impreso titulado *La Condesa Vandolera*, edición suelta, sin lugar ni año, pero de fines del siglo XVII y á nombre de Tirso de Molina.

La mayor antigüedad aparece comprobada por otros dos manuscritos de la misma Biblioteca, ambos del siglo XVII, y uno con el dictado de auto sacramental y algunas variantes: el otro está incompleto.

Al final de la obra dice

Carlos. Y aquí
da fin *La Ninfa del cielo*,
cuya prodigiosa vida,
por caso admirable y nuevo,
Ludovico Blosio escribe
en sus morales ejemplos.

Trátase, pues, de un caso que había sucedido en Sicilia ó que, al menos, tenía tradición de tal en su favor.

Fué este asunto llevado más de una vez al teatro, como se verá por estas obras que siguen:

La Ninfa del Cielo; auto representado en el *Corpus* de 1619 en Sevilla. Lo hizo la Compa-

ñía de Juan Acacio Bernal. (S. Arjona: *Anales del teatro en Sevilla*, pág. 217).

Comedia famosa. La Vandolera de Italia y enemiga de los hombres. De un ingenio de esta corte. Debe de haber una impresión suelta del siglo XVII, porque se atribuyó esta comedia á D. Pedro Calderón, si bien D. Juan de Vera Tasis negó que fuese suya, y porque en el *Catálogo* de Medel (1735) aparece ya citada.

Tengo á la vista dos impresiones del siglo XVIII, las dos con el título referido; una de Salamanca, Imprenta de la Santa Cruz, sin año, en 4.°, y otra de Barcelona, por Francisco Suriá y Burgada (hacia 1770), también en 4.°, y con 20 hojas sin numerar.

Figuran en esta obra, además de los principales personajes (la Condesa Ninfa, el Duque de Calabria, Anselmo y Laura), otros como *Buñuelo*, que sustituye á Roberto, Bato, *gracioso*, etc.

El Demonio, que en *La Condesa* apenas tiene papel, aquí figura mucho. Entra desde luego en acción manifestando sus propósitos de hacer caer á la casta Condesa Ninfa; y sigue interviniendo en todo, hablando al oído, lo mismo de la dama que del Duque, para vencer sus escrúpulos. Los sucesos desarróllanse del mismo modo que en *La Condesa*, salvo que algunas circunstancias y episodios (como el de la visión de la Muerte) llevan orden distinto.

Faltan personajes, como la Duquesa; pues el Duque es soltero, y al final ofrece casarse con Laura.

Termina diciendo el Duque:

> Y aquí tiene fin dichoso,
> para admiración y ejemplo,
> *La Vandolera de Italia*,
> cuyo caso verdadero
> Ludovico Blosio escribe:
> perdonad sus muchos yerros.

que es casi lo mismo que lo escrito antes.

Esta refundición fué prohibida por edicto de la Inquisición de 1806 «por pasajes obscenos de la tercera jornada, y salir el Angel Custodio Jesús hecho comediante y cantarse el *Te Deum*».

Pero ya acaso antes Lope de Vega había tratado un asunto muy semejante en *Las dos bandoleras y fundación de la Santa Hermandad de Toledo*, impresa tardíamente en 1630. (V. *Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española*. Tomo IX, págs. IX y 3.)

En esta obra, en vez de una son dos las damas burladas por sus galanes y que se lanzan al monte como bandoleras: el desenlace es más pacífico, pues los burladores acaban por casarse con sus víctimas.

Esta comedia de Lope fué refundida, en el mismo siglo XVII, con el título de *Comedia famosa. A lo que obliga un agravio y las hermanas vandoleras. De dos ingenios.*

No conozco la edición del siglo XVII, que debe de existir, porque la obra aparece citada en el *Catálogo* de Medel, impreso en 1735.

También cita éste otra de igual título atribuída á Calderón; pero, como no es suya, debe aludir á *La Bandolera de Italia.*

Sólo hemos visto de *A lo que obliga un agravio* una impresión hecha en Valencia, por José y Tomás de Orga, en 1781, en 4.°, con 32 páginas.

En cuanto á quiénes sean los dos ingenios se dice al final de la obra:

> Y aquí ponen fin dichoso
> *A lo que obliga un agravio*,
> Matos y Villaviciosa
> que agradaros solicitan.

Barrera da como anónima esta obra.

Una de las variantes (la de Luis Vélez) de la célebre tradición extremeña de la *Serrana de la Vera*, tiene asimismo completa analogía con la *Ninfa del Cielo* y hasta en el fin violento de la heroína, que en España muere ajusticiada. Lope que también dramatizó este asunto lo hizo con más honestidad y decencia, aunque probablemente con menos acuerdo y semejanza con la leyenda ó historia.

Conquista (La) de Valencia por el Cid.

(Véase **Cobarde (El) más valiente.**)

Convidado (El) de piedra.

(Véase **Burlador (El) de Sevilla.**)

28. La Dama del Olivar.

Se imprimió en la *Parte 5.ª* de la colección especial de TIRSO (Madrid, 1636), la novena en el orden del tomo, y ha servido de original para la reproducción que damos en el presente.

Fué hábilmente refundida por Mesonero Romanos y representada como indica el título de un ejemplar manuscrito que existe en la Biblioteca Municipal.

Lorença la de Estercuel. Comedia que baxo el titulo de La Dama del Olivar *escribió el Maestro Tirso de Molina, refundida en tres*

actos por D. Ramón de Mesonero Romanos. Representada por primera vez en el teatro de la Cruz el dia 28 de Junio de 1827. En la Biblioteca Nacional existe otro manuscrito del mismo año. Durán equivocadamente atribuyó esta refundición á D. Dionisio Solís.

El asunto de esta leyenda está relacionado con la historia de los primitivos tiempos de la Orden de la Merced, á que pertenecía Tirso, quien la habrá hallado en cualquiera crónica de su Orden.

Al final dice

GASTÓN. Partamos á Zaragoza,
y al General que gobierna
la Orden de la Merced,
Pedro Nolasco, que es piedra
divina de este edificio,
convidaremos que venga
á tomar la posesión
desta Virgen pura y bella;
y labrándose al momento
fábrica que permanezca
en honra de nuestra sangre,
la piedad aragonesa
tendrá un santuario más.

29. Del enemigo el primer consejo.

Hállase esta comedia en la *Parte 3.ª* de la colección particular de Tirso (Tortosa, 1634), la primera del tomo. La incluyó D. Juan Eugenio Hartzenbusch en el XI de su *Teatro escogido* de Fr. Gabriel Téllez, y después en *Autores españoles.*

Esta obra parece ser una de las últimas de Tirso, y haberse escrito hacia 1632. En el primer acto hay una relación que no tiene menos de 379 versos seguidos. Calderón, sin embargo, había puesto otra en *Las manos blancas no ofenden,* en que el cómico que la recitase tenía que decir 455 versos sin respirar.

La obra de Tirso tiene muy buenos caracteres, especialmente el D. Alfonso, y está bien versificada.

Del mal el menos y averigüelo Vargas.

(Véase **Averigüelo Vargas.**)

30. Desde Toledo á Madrid.

Estampóse en la *Parte 26* de las *Comedias escogidas* de varios autores, Madrid, Francisco Nieto, 1666, 4.°, ocupando el séptimo lugar entre las del tomo y atribuyéndola al Maestro Tirso de Molina.

Es indudablemente suya y de las mejores: basta la simple lectura para probarlo. Empezóse á escribir en Toledo á los comienzos del siglo XVII; pero fué concluída ó retocada después de 8 de Junio de 1625, en que se rindió Bredá (Acto tercero, escena I). Debe de faltar algo en el tercer acto, según ya advirtió Hartzenbusch oportunamente, al incluirla en su tomo de *Autores españoles.*

También la publicó D. F. Grimaud y Velaunde en su *Teatro antiguo español,* Madrid, 1837, 16.°

En la Biblioteca Municipal de esta corte hay el manuscrito anónimo de una refundición con el título de *Lo que en seis leguas sucede desde Toledo á Illescas, 1831;* en cuatro actos en verso.

Y fué también refundida é impresa con el título: *Desde Toledo á Madrid. Comedia del Maestro Tirso de Molina, refundida y puesta en cinco actos por D. Manuel Bretón de los Herreros y D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Representada en el teatro del Príncipe la noche del 24 de Diciembre de 1847. Madrid, Imprenta de D. S. Omaña, 1849,* 8.° mayor. (De *La España Dramática.)* Según D. Eugenio Hartzenbusch, en la *Bibliografía* de su padre (pág. 68) D. Juan Eugenio «arregló los actos cuarto y quinto».

31. Don Gil de las calzas verdes.

Imprimióse primero esta comedia en la *Parte 4.ª* de la colección especial de Tirso (1635). Reimprimióla, sin lugar ni año (en Madrid, hacia 1734, 4.°, 18 hojas sin numerar), doña Teresa de Guzmán, con el aditamento de *Comedia sin fama,* que puso á otras muchas de nuestro autor, para la reimpresión del cual tenía privilegio por diez años, desde 1732.

También figura en la colección de Ortega (tomo I de los cuatro de Tirso); en el *Tesoro,* de Ochoa (tomo IV), en el tercero del *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez,* de Hartzenbusch y en *Autores españoles.*

Suelta hay una impresión moderna de Valencia, Terraza, Aliena y Compañía, 1884, en 8.°

Don Dionisio Solís arregló algo esta comedia para que pudiese representarse sin escrúpulo á principios del siglo XIX. Fernando VII se reía mucho en su representación.

Tirso la escribió antes de *La Villana de Vallecas,* que se menciona dos veces (acto primero, escena I y acto segundo, escena XIII), y también antes de la caída del Duque de Lerma (Octubre de 1618), según la escena tercera del primer acto.

32. Doña Beatriz de Silva.

Imprimió Tirso esta comedia en la *Parte 4.ª* de las suyas (Madrid, 1635), la sexta en el orden del tomo, y es el original que nos ha servido para la reproducción nuestra que se halla en el tomo anterior (pág. 489).

Reimprimióla hacia 1734 D.ª Teresa de Guzmán, con el siguiente título: *Comedia famosa Favorecer á todos y amar á ninguno. Doña Beatriz de Sylva. Del Maestro Tirso de Molina.* Madrid, sin año, 4.°, 40 págs.

Debió de escribirse hacia 1618, pues se habla del *Motu proprio* de Paulo V en favor de la Inmaculada Concepción de la Virgen. Al final dice D. P. Girón:

> Para la *segunda* parte,
> senado ilustre, os convida
> el autor con lo que falta
> desta historia peregrina:
> la fundación, los milagros,
> regocijos, alegrías,
> de la Concepción y muerte
> de doña Beatriz de Silva.

Lope de Vega trató este mismo asunto, si es que es suya la que corre con el título de *El milagro de los celos y Don Alvaro de Luna, de Lope de Vega Carpio,* en impresiones sueltas del siglo XVIII. El hecho de haber hallado cabida en la colección académica de Lope autoriza la paternidad.

En la Biblioteca Nacional existen dos antiguos y excelentes manuscritos de la comedia de Lope, aunque indebidamente atribuídos á Tirso de Molina. Son ambos del siglo XVII. El mejor, que lleva el número 15.435, se intitula *El milagro por los celos,* y de letra más moderna: «De Lope de Vega.» Empieza así:

> Rey. Dejadme solo sin persona alguna.
> D. Alvar. Despejemos la sala, caballeros.

que, como se ve, enmiendan ya la primera incorrección del impreso. Pero de letra posterior se cambiaron estos dos versos así:

> Rey. ¡Oh, qué proposición tan importuna! Dejadme.
> D. Alvar. Despejemos, caballeros.

que es como prevaleció en el segundo códice aunque tampoco esta variante, igualmente aceptable, pasó al impreso.

Este segundo manuscrito, número 16.402, lleva, aunque de letra muy moderna, las palabras «Tirso de Molina» y el título de *D.ª Beatriz de Silva,* puesto por el copiante, que, por error, escribió primero *D.ª Beatriz de Castro.* Este texto es mucho menos completo que el otro, habiéndose suprimido los pasajes atajados, sin duda para la representación, y aun algunos otros.

Podemos conocer aproximadamente la fecha del más completo, pues al principio de la segunda jornada trae el reparto con la misma letra del texto, en esta forma: «*Rey,* Autor; *D. Alvaro,* Alonso; *D. Juan de Silva,* Bernardino; *Silveira,* Tomás; *Reyna,* Sra. Micaela; *D.ª Beatriz,* Sra. Isabel; *Leonor,* Sra. Dorotea; *Gentilhombre,* Ortegón.»

Este Ortegón, llamado Pedro, murió en 1636 y estuvo casado con Micaela López, que fué la que en el reparto hizo la *Reina.* Isabel, será Isabel *la Velera;* Dorotea tenía el apellido de Sierra; Alonso será el de Olmedo, etc. Debe ser, pues, anterior á 1636 esta copia, lo que le aproxima más á Lope de Vega, pues en esa época apenas habían empezado las refundiciones.

Barrera, que conoció uno de estos manuscritos, el segundo, al ver la firma de «Cortés» al fin de cada jornada, creyó ser éste el autor, y con el título de *Doña Beatriz de Silva,* adjudicó en su *Catálogo* la obra á Cortés de Arellano.

Posteriormente, el toledano Blas Fernández de Mesa volvió á dramatizar el asunto con el título de *La fundadora de la Santa Concepción. Comedias, primera y segunda parte de la Vida y muerte de Doña Beatriz de Silva, hija de los Condes de Portalegre:* Fueron concluídas en Toledo: la primera parte, á 11 de Junio de 1664, y al final dice:

> Y si esta parte os contenta
> que escribió *otra vez* la pluma
> de Blas de Mesa, os ofrece
> *jamás vista,* la segunda.

Tirso había ofrecido esta segunda parte que, por lo visto, no llevó á cabo.

La de Mesa lleva la fecha de 14 de Junio del mismo año 1664, tres días después de la primera, que serían los que tardaría en copiarla. Llevan además censuras fechadas en Toledo en el referido año.

Existe el manuscrito en la Biblioteca Nacional, donde igualmente hay otro ejemplar con algunas variantes, pero con la fecha de la licencia para la representación, también de 1664.

Aunque el personaje principal es histórico, ni la época ni los sucesos corresponden con los de la comedia, sino es que están engañados los que escribieron de las cosas de Toledo que

hacen vivir á D.ª Beatriz de Silva en tiempo de la Reina Católica y morir en 1492.

En la obra titulada: *La Margarita escondida. Vida admirable y milagrosa de la Ilma. y nobilísima Sra. D.ª Beatriz de Silva... Compúsola en el año 1661 Sor Catalina de San Antonio, monja profesa del Real Convento de Toledo... publicada por las RR. MM. Concepcionistas de la casa matriz de Toledo... Madrid, 1903*, en 4.º, 103 págs., se cuenta su vida, poco más ó menos, como lo hace TIRSO en su comedia.

Doña Beatriz era, según su historiadora, dama de la Reina Isabel de Portugal, segunda mujer de D. Juan II de Castilla, y hermana de D. Diego de Silva, conde de Portalegre. Su peregrina hermosura despertó en la Reina tales celos, que la mandó encerrar en *un cofre* para que allí muriese, siendo milagrosamente salvada y socorrida por la Virgen. Retirada á Santo Domingo el Real de Toledo, vivió allí más de treinta años y después fundó el primer Convento de Concepcionistas, muriendo santamente en 1490, á los sesenta y seis años de su edad.

Si esto es cierto pudiera, no existir contradicción, sino hasta un fondo de verdad en las principales aventuras de la comedia. Si tenía sesenta y seis años á su muerte, nació en 1424. Estaba, pues, en lo mejor de su juventud cuando en 1447 vino á Castilla como dama de la Reina portuguesa, y pudo muy bien merecer elogios y preferencias, quizá meramente platónicos del Rey, pero que despertarían el encono de su iracunda consorte.

33. La elección por la virtud.

Figura impresa por primera vez en la colección propia de su autor, *Parte 3.ª* (Tortosa, 1634); la quinta en el orden del tomo, y de aquí ha sido reproducido en el primero de esta nuestra (pág. 343).

Reimprimióla á principios del siglo XVIII D.ª Teresa de Guzmán con el título de: *Comedia famosa. La elección por la virtud. Sixto Quinto Del Maestro Tirso de Molina.* Madrid, s. a., 4.º, 40 págs. Y con las comunes omisiones y lagunas en los demás textos, figura también en el tomo III de los de TIRSO en la colección de Ortega.

Al fin de la obra ofrece TIRSO una segunda parte, diciendo.

CÉSARO. Si los sucesos extraños
quiere saber el curioso
de Sixto Quinto, en cuatro años
que gozó de la tiara
y Sumo Pontificado,
á la segunda comedia
le convido, que son tantos
que no pueden reducirse
á tan corto y breve espacio.

La fecha de la composición de esta comedia parece corresponder á fines de 1622, en que se representó en el palacio real. (Véase el tomo IV de las *Obras dramáticas de Lope de Vega* en *Autores españoles.*)

Don Juan de Matos Fragoso plagió esta obra, como otras muchas, en la que tituló *El hijo de la piedra*, que figura en la primera y única parte de sus comedias, impresa en Madrid, en 1658. Fué reimpresa suelta con el título algo variado, así: *El hijo de la piedra y segundo Pío V. San Félix. De D. Juan de Matos Fregoso.* Madrid, Antonio Sanz, 1756, 4.º, 36 págs., por donde se ve la ignorancia del que puso el título, pues canoniza por sola su autoridad á Félix Peretti. En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito antiguo (del siglo XVII) de esta obra.

Es, como hemos dicho, un plagio de la de TÉLLEZ. Cambió algunas escenas y escribió de nuevo su obra; pero el asunto es el mismo, aunque no paró en la elección de cardenal en favor del protagonista, sino que llegó hasta su advenimiento al papado.

El que fuere bobo no camine.

(Véase **El castigo del pensé-que.**)

34. En Madrid y en una casa.

Imprimióse en la *Parte 35* de la gran colección de *Comedias escogidas* de diferentes ingenios (Madrid, Lucas Antonio de Bedmar, 1671): la cuarta; atribuyéndola á D. Francisco de Rojas.

Con posterioridad, y suelta, se publicó una refundición de esta comedia como de D. Pedro Calderón, y con el título de *Lo que hace un manto en Madrid.* De ésta hay copia del siglo XVIII en la Biblioteca Nacional, también á nombre de Calderón. (Ms. 17.314.)

De éste no es, porque no figura en la lista auténtica que de sus obras envió al Duque de Veragua.

La primera, esto es, la titulada *En Madrid y en una casa*, tampoco parece de Rojas, ni por sus circunstancias intrínsecas, ni porque aquel poeta no la incluyó entre las suyas.

En estas condiciones, por el año 1839, halló D. Alberto Lista un tomo que la contenía, y en

el primero de los artículos críticos del *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez* que empezaba á publicar Hartzenbusch, escribió:

«Y ya que hablamos de Tirso nos atrevemos á suplicar, tanto al editor de la Galería dramática como al Sr. Durán que tan generosamente se ha interesado en el buen éxito de esta empresa, averigüen imparcialmente y con detenimiento si la comedia intitulada *En Madrid y en una casa* es ó no de aquel autor cómico. El ejemplar que poseemos de esta pieza, y que parece arrancado de un tomo antiguo de comedias, la atribuye á D. Francisco de Rojas. Una nota manuscrita... dice: «*Es la misma, con corta diferencia que la que se halla en este tomo con el título de* Lo que hace un manto en Madrid, *de Calderón.*» El anotador continúa: «*yo creo que es de Rojas.*» A mí no me lo parece; porque Rojas no podía escribir dos páginas sin algunos rasgos gongorinos, y esta comedia no los tiene. Su estilo es de Tirso: de Tirso son las incertidumbres del galán; las intrigas y travesuras de la dama para traerle desvelado; hasta los chistes del gracioso son suyos. Si las investigaciones eruditas que pueden hacerse en la escogida colección del Sr. Durán justifican esta opinión nuestra, creemos muy justo restituirle á nuestro Tirso una composición algo más regular, aunque del mismo género que otras suyas, y que no cede á ninguna de ellas en la sal cómica y en la gracia del estilo.» (Lista: *Ensayos literarios*, II, 97.)

Hartzenbusch estudió el asunto y vió que, «en efecto, no se puede dudar que salió de la pluma de Tirso: trama, diálogo y lances lo están diciendo.» Y en fe de esto, la incluyó en el tomo de Téllez de la *Biblioteca de Autores españoles*.

Creyó, además, que lo que Rojas había hecho había sido refundir el acto tercero, y que esta refundición es la que, cayendo en manos de un impresor ignorante, bautizó con el título de *Lo que hace un manto en Madrid*, y adjudicó á Calderón, cometiendo con ello un doble desatino, pues ni es de Calderón ni el título que el refundidor quiso darle fué aquél, sino el primitivo, como se prueba con los últimos versos de la refundición, que dicen:

Et cétera; que esto basta,
y el saber lo que sucede
En Madrid y en una casa.

En cuanto á que sea Rojas el autor de *Lo que hace un manto*, nos parece aserción poco fundada; y, tanto más, cuanto que el mismo Hartzenbusch afirma, con razón, que ni aun en cuanto á la obra primitiva «por desgracia no poseemos el texto genuino de la obra original: el acto tercero de *En Madrid y en una casa*, está evidentemente mutilado, y el desenlace resulta frío, soso, mal trabado con lo que antecede y ajeno de todo artificio, cuando en lo demás de la comedia hay artificio con exceso.»

Para enmendar esto de algún modo, Hartzenbusch, con acierto, imprimió en el apéndice el acto tercero de *Lo que hace un manto*, que es mucho mejor y, de seguro, más parecido al que Téllez habrá puesto en su obra.

Tenemos, pues, que una gran parte del tercer acto de la obra que Lista adivinó como de Tirso, no es suya. Por mi parte, añadiré, que las interpolaciones abundan en los otros dos actos.

Conocemos la fecha en que se hizo esta primera refundición, que fué en 1635, pues en la escena XI del acto segundo, se dice:

D. Gabr. ¿Cuál es esa?
Pacheco. La Casa de comedia,
que en esta misma acera,
porque Apolo la cursa, es cuarta esfera.
D. Gabr. ¿Hallas buenas ahora?
Pacheco. En ellas, como en todo, se mejora;
puesto que Lope muerto,
dudoso esté el teatro de su acierto.
D. Gabr. ¡Gran pluma le ha faltado!
Pacheco. Fué prodigioso, y poco celebrado
si con su ingenio miden
sus alabanzas.
D. Gabr. Nunca las olvidan
los bien intencionados;
que sin él quedan viudos los tablados.

Esto debía de escribirse á raíz del triste suceso; y en esa época ya no escribía Téllez comedias del género de la que se trata. En el mismo acto hay unas endechas que siempre coinciden en Tirso con comedia dudosa ó alterada.

¿Se hallará alguna vez el texto primitivo de este gracioso drama?

35. **Escarmientos para el cuerdo.**

Aparece impresa primero en la colección especial de Tirso, *Parte 5.ª* (Madrid, 1636), ocupando el tercer lugar entre las demás del tomo. Esta impresión ha servido de original para la nuestra, que se halla en la pág. 55 del volumen presente.

Por los años de 1734 la había reimpreso D.ª Teresa de Guzmán, en Madrid, y en 36 páginas, en 4.° Figura también, algo mutilada,

en la colección de Ortega, tomo III de los de TIRSO DE MOLINA.

Lope de Vega trató, según parece, el mismo asunto en la comedia *Don Manuel de Sousa ó el naufragio prodigioso y Príncipe trocado.* Esta pieza, según D. Juan Isidro Fajardo, se halla en un tomo de Comedias de Lope impreso en Sevilla, aunque no dice el año, y al decir de Barrera, la misma formaba parte de un tomo colecticio existente en la Biblioteca de Osuna.

El suceso que recuerda este sombrío drama es, en gran parte, histórico, y ocurrió al mediar el siglo XVI. Cítanle varios historiadores, y fué llorado por los poetas como Camoens, en *Los Lusiadas* (canto V, oct. 46 y 47) y Jerónimo Corte Real, que compuso el *Naufragio e lastimoso sucesso da perdiçam de Manoel de Sousa de Sepulveda e Dona Lianor de Sâ sua molher e filhos vindo da India... no cabo de Boa Esperança na terra do Natal: e á peregrinação que tiuerõ rodeando terras de Cafres mais de 300 legoas até sua morte; composto en verso heroico y octaua rima por Ieronimo Corte Real. Lisboa. Na officina de Simão Lopez*, 1594, en 4.°

Brunet cita una segunda impresión de Lisboa, 1783, en 8.°, y una traducción castellana de Madrid, en 1644 y en 4.°

36. Esto sí que es negociar.

Hállase esta obra en la *2.ª Parte* de la colección propia de TÉLLEZ (Madrid, 1635), la última del tomo.

Reimprimióla D.ª Teresa de Guzmán con el título de *Esto si que es negociar. Comedia sin fama. Del Maestro Tirso de Molina.* Madrid, sin año (hacia 1734), 16 hojas en 4.° Tengo otra edición de Barcelona, imprenta de Tomás Piferrer, 1772, 4.°; 16 hojas sin numerar; y Hartzenbusch la incluyó en el tomo IX de su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez* y en *Autores españoles.*

A principios del siglo pasado fué refundida para representarse en el teatro con este título: *La serrana de Escocia ó Esto si que es negociar. Comedia del célebre Maestro Tirso de Molina, nuebamente refundida y arreglada en 5 actos por J. C.* Manuscrito en 4.°, existente en la Biblioteca Nacional; otro hay en la Municipal. El refundidor fué el célebre galán Juan Carretero, que lo hizo también de otras obras de TÉLLEZ.

A su vez la comedia original es también refundición del *Melancólico*, comedia de TIRSO, publicada en la *Parte 1.ª* de las suyas. Por esta razón, y aunque incluído *Esto si que es negociar* en la *Parte 2.ª*, que contiene obras refundidas por otros autores, es de creer que ésta le pertenezca á él por entero.

Las escenas II, VIII, IX y X del acto segundo son las mismas que las III, VI, VII y VIII del mismo acto del *Melancólico*. En los demás actos hay también muchos trozos iguales.

Favorecer á todos y amar á ninguno.

(Véase **Doña Beatriz de Silva.**)

37. La fingida Arcadia.

Se ha impreso esta comedia en la colección especial de TIRSO, *Parte 3.ª* (Tortosa, 1634), la penúltima del tomo.

De aquí la hemos trasladado al tomo I de nuestra colección, pág. 434 y siguientes.

Debió de escribirse en 1621, pues en ella se dice haberse publicado la XVII *Parte* de las *Comedias de Lope de Vega*, que salió á luz en dicho año. Es, como hemos visto en el prólogo del tomo I, muy curiosa para historia literaria y la biografía de TIRSO y LOPE.

El título y el asunto, aunque variados el desarrollo y sucesos, han sido muy favorecidos por nuestros dramáticos, empezando por el mismo Lope que compuso una *Arcadia, comedia pastoral*, dedicada al Doctor Gregorio López Madera, varias veces reimpresa; *Arcadia fingida*, de D. Antonio Coello; *Arcadia en Belén*, de D. Francisco de Guzmán y Matos; *La fingida Arcadia*, de D. Agustín Moreto, Calderón y otro autor no conocido; tal vez D. Jerónimo de Cáncer que solía escribir con ellos.

Hasta en el siglo XVIII compuso D. Ramón de la Cruz un gracioso sainete titulado: *La fingida Arcadia.*

38. La firmeza en la hermosura.

Se imprimió en la colección titulada: *Doce comedias nuevas de diferentes autores. Parte* XLVII *Año 1646. En Valencia, á costa de Juan Sonzoni.* 4.° Figura la última de las doce y atribuída á TIRSO DE MOLINA.

No ha podido el editor procurarse copia de este texto, pues del tomo que lo contiene sólo se conoce un ejemplar existente, según dice Barrera, en la Universidad de Bolonia. La persona encargada de copiar la comedia no ha po-

dido dar con él. Reprodúcese, pues, el texto que dió Hartzenbusch en el tomo VII de su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*.

Pero este texto, aunque no malo, es ya una refundición, porque se habla en él del Palacio del Retiro, construído en 1629, y en esta época ya apenas escribía TIRSO comedias de este género. Hartzenbusch cree también que en esta obra anduvo otra mano que la de TÉLLEZ.

39. La gallega Marí-Hernández.

Impresa en la *Parte 1.ª* de la colección particular del autor. (Sevilla y Madrid, 1627.)

Reimprimióla D.ª Teresa de Guzmán en la tercera decena del siglo XVIII con el título de *Marí-Hernández la Gallega;* Madrid, sin año, 32 págs. en 4.°, y la incluyó Hartzenbusch en sus dos colecciones tantas veces citadas.

Respecto del título puede haber dudas acerca de cuál es el verdadero; porque si bien en el encabezado de la comedia y tabla del tomo lleva el que se ha puesto, al final dice ella misma:

Marí-Hernández la gallega
he sido en aquesta historia,
senado, y TIRSO el poeta.

La comedia se escribió, al parecer, en 1625, pues consta que fué representada en el Real Palacio el 24 de Abril de dicho año por Manuel Vallejo *(Averiguador,* 1, 9); y como en el encabezado de la obra dice el mismo autor que la representó Vallejo, aludiendo á que su compañía la estrenó, parece seguro que sería en aquel año. Como es una de las que tienen lenguaje menos limpio y se ejecutó en lugar tan señalado, quizá no sea fuera de camino el creer que ella motivaría aquella especie de persecución que empezó para TIRSO precisamente en 1625.

Fué también refundida con el título de *Marí-Hernández la gallega, Comedia en 5 actos* (sic) *del Maestro Tirso de Molina, refundida por A. R. Martí, año de 1824.* De esta refundición inédita existen sendas copias en las Bibliotecas Nacional y Municipal de esta Corte.

40. Habladme en entrando.

No hemos logrado ver ningún ejemplar impreso de esta obra, que quizás hubiera servido para deslindar la maraña que forman los diversos manuscritos que existen de ella.

Sin embargo, parece que los hubo; porque en el *Catálogo* de Medel, impreso en 1735, se mencionan los dos textos principales, así:

Habladme en entrando. Del MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

Habladme en entrando. De D. Pedro Lanini y Sagredo.

Huerta añade otro que atribuye á Vallejo; pero esto debe de consistir en haber llegado á su noticia el códice de que hablaremos primero y es el que ha servido de original para nuestra edición que va en el presente volumen, página 491.

Es un manuscrito en 4.° de 16 hojas, letra del siglo XVII, que perteneció á D. Agustín Durán y hoy lleva en la Biblioteca Nacional la signatura ó número 1450 (antiguo Vv-528). Dice ser de Manuel Vallejo en la portada; pero en otra, de letra más moderna, sólo se da á éste la representación, pues Manuel Vallejo era un cómico, autor ó jefe de compañía, muy celebrado en la primera mitad del siglo XVII. Como de costumbre entre sus iguales, pondría Vallejo su nombre al principio del manuscrito para indicar que era de su propiedad, no de su composición. Sin embargo, esta advertencia debió de ser lo que engañó á D. Vicente García de la Huerta, como hemos visto.

La obra parece haberse escrito hacia 1625, pues alude al desembarco de los ingleses en Cádiz, que se verificó en dicho año.

Los lectores dirán si tal como está puede darse por obra del insigne Mercenario.

Como de su época, esto es, antiguo, debió de considerarlo D. Francisco Lanini y Sagredo, poeta de fines del siglo XVII y primeros años del siguiente, que se propuso refundirlo, como lo hizo, según demuestra el Ms. número 1451 de la referida Biblioteca Nacional, que es el de la refundición, escrita de mano de Lanini, terminada en 23 de Abril de 1706, y aprobada por D. José de Cañizares, censor de comedias, con fecha 1.° de Diciembre del mismo año.

Este es el texto que sirvió para las representaciones en los teatros, como acreditan las copias que de él existen en la Biblioteca Municipal. Una lleva al fin del acto segundo un reparto de 1743, por el que se ve hicieron los principales papeles Petronila Gibaja, María Antonia de Castro, Rosa Rodríguez y Manuel de Castro, Calle, Esteban, Plasencia y demás. El mismo ejemplar sirvió para otras representaciones en 1760 (con nuevas censuras y aprobaciones) y 1767, con nuevo reparto de personajes.

Pero en 1774, que volvió á ponerse en escena, se copió de nuevo, y á la vuelta de la primera

hoja lleva esta nota, que indica el origen del segundo título que suele darse á esta comedia. «Se puso en el cartel por título de esta comedia: *Celos de amor y de honor aun á un padre no perdonan y Habladme en entrando.* Duró seis días y jueves se dejó con 3.142 reales de entrada.»

Antes trae un reparto que demuestra hicieron los papeles de *Toribia*, Josefa Figueras; *D.ª Ana*, Mariana Alcázar; *Lucía*, Polonia Rochel; *D. Diego*, Vicente Merino; *Sancho*, Eusebio Ribera; *D. Alfonso*, Cristóbal Soriano; *D. Pedro*, Tadeo Palomino; *D. Juan*, José Espejo; *Capirote*, Chinita (Gabriel López); etc.

En esta refundición se ha suprimido el vizcaíno *Juancho*, sustituyéndole Lanini por el lacayo *Capirote*, y se añadió otro *gracioso* llamado *Calvete*.

Empieza así:

> Pues dejamos los caballos
> afianzados ya en la orilla
> dese cristalino espejo
> en quien, Narciso, se mira
> Oviedo, mi feliz patria,
> ven, Capirote, camina.

Acaba:

> DIEGO. Y de este vulgar adagio
> de «Habladme en entrando» tenga
> fin la comedia.
> TODOS. Logrando
> el que perdone sus faltas
> tan docto, ilustre senado.

41. **Los hermanos parecidos.** *(Auto sacramental.)*

Impreso en *Deleitar aprovechando* (Madrid, 1635) en el *Lunes por la tarde*, según la división en partes que TIRSO dió á esta su obra, de aquí lo tomamos para nuestra edición en el presente tomo, pág. 709.

Según dice el autor, estrenóse este auto entre los dos coros de la Catedral de Toledo, por la compañía de Tomás Fernández Cabredo. Como en esta ingeniosa pieza estriba el enredo en que Jesucristo toma la figura del hombre pecador y criminal y se deja prender por él (pues los confunde la Justicia) para libertarle y padecer en su lugar, añade TIRSO que á los espectadores «no poco los deleitó la notable similitud de los que representaron á los dos hermanos, pues fuera de la uniformidad de los vestidos, en la edad, los tales y casi en las facciones los buscaron de suerte parecidos que no hicieran falta los dos Valencianos, *sus primeros recitantes*, cuya semejanza tantas veces tuvo confusa á la atención misma.» Así, pues, en el estreno en Toledo (porque esta representación fingida de *Deleitar aprovechando* se verifica en Madrid) hicieron los dos papeles principales los dos hermanos Juan Bautista y Juan Jerónimo Valenciano, galanes y *autores* ó jefes de compañía ellos mismos algunos años.

Sobre la gran semejanza entre ambos escribió también, en 1628, Juan de Piña en una de sus novelas *(Casos prodigiosos, 1.ª parte*, edición de 1906, pág. 115): «De aquí lo debieron de tomar los hermanos Valencianos, autores de comedias y famosos representantes, parecidos en tal manera, que no se podía conocer el mayor ó el menor; los nombres les diferenciaban, no lo demás, que las acciones aun eran las que miraban á un mismo fin. Y decía un discreto que sus mujeres pudieran sin culpa engañarse y cometer el delito sin haber pecado.»

El motivo de la confusión hubo de cesar pronto, porque uno de ellos fué muerto violentamente, como expresa la siguiente partida de defunción que hemos hallado en la Iglesia de San Sebastián, de esta corte: «Juan Bautista Valenciano, autor de comedias: matáronle en la calle de Cantarranas, en 17 de Febrero de 1624 años. No pudo recibir ningún sacramento, ni testar. Enterróle su mujer D.ª Manuela Enríquez y Juan Jerónimo Valenciano, hermano del difunto. Pagó de Fábrica siete ducados.»

Este último vivía aún en 1639, y trabajaba en la compañía de Alonso de Olmedo.

Herodes Ascalonita.

(Véase **Vida de Herodes.**)

42. **El honroso atrevimiento.**

Para la edición que va en el presente tomo, pág. 467, ha servido de original el manuscrito número 15.966 de la Biblioteca Nacional que, aunque moderno, es copia de un impreso suelto que no hemos logrado ver, pero que existirá, pues ya le cita el *Catálogo* de Medel, impreso en 1735. Barrera da también como impresa suelta esta comedia, aunque no dice si la ha visto. Hartzenbusch tampoco hace más que mencionarla.

Esta comedia tiene el mismo argumento, con leves diferencias, que la del *Piadoso veneciano* de Lope de Vega. Consisten las variaciones en ampliar el comienzo ó exposición, sólo indicado en Lope, introducir una competencia amorosa entre dos hermanos y en ser menos verosímil y natural el matrimonio de la hija del proscripto y su perseguidor.

No es probable que Tirso plagiase á Lope, sino que ambos habrán tenido presente un mismo original italiano.

43. La Huerta de Juan Fernández.

Se estampó primero esta comedia en la *Parte 3.ª* de las de su autor (Tortosa, 1634), la última del tomo.

No sabemos que se hubiese reimpreso en el siglo XVIII; pero en el siguiente aparece en la colección de Ortega (tomo IV de Tirso) en el *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez* (tomo V) y en *Autores españoles*.

Se escribió en 1626, pues en el acto segundo, escenas V y VI, hay dos cartas que llevan respectivamente las fechas de 14 de Abril y 29 de Marzo de aquel año. En el acto tercero, escena II, dice:

D.ª Petr. Murió en Sevilla mi madre
en el rigor de este invierno
á manos de *aquel diluvio*
que tantos pobres ha hecho.

Empezó esta inundación en Sevilla el domingo 25 de Enero de 1626, á las dos de la mañana. Salió el Guadalquivir de madre, rompiendo la puerta del Arenal, anegando dos terceras partes de la ciudad, derribando casas, ahogando personas y bestias, destruyendo haciendas, dejando á muchos pobres y llevándose del Arenal la mayor parte de las mercaderías venidas de Indias, según atestiguan varios contemporáneos que hicieron *Relaciones del gran diluvio* y fueron impresas.

Juan Fernández era un acaudalado propietario y regidor de la villa de Madrid. Su *Huerta*, situada en el Prado, poco más ó menos al pie de los jardines del actual Ministerio de la Guerra y parte del paseo, era, á la vez que una casa de placer, un establecimiento útil; pues Juan Fernández la dotó de agua suficiente y arrendó á buen golpe de lavanderas que le daban pingües beneficios.

Según Tirso en *Deleitar aprovechando*, que describe y elogia esta era quinta, la mejor de la Corte.

La Impía Jezabel.

(Véase **La mujer que manda en casa.**)

44. La Joya de las montañas: Santa Orosia.

Para la edición del presente tomo sirvió de original el incompleto manuscrito 15.125 de la Biblioteca Nacional, único texto que hemos podido hallar. El hecho de citar ya esta comedia en 1735 el *Catálogo* de Medel parece indicar la existencia de alguna impresión suelta que, sin embargo, nadie dice haber visto.

Pero nos ha servido para completar el final una refundición antigua que, manuscrita, existe en la Biblioteca Municipal de esta Corte (39-13) y lleva por título: *La Joya de las montañas. Comedia histórica de Don Francisco López de Benavides.* El autor es desconocido, y el manuscrito, en tres cuadernos, de letra de fines del siglo XVII.

Consta de una *Introducción* y tres jornadas.

Los personajes de la introducción son: *El Rey de Aragón, La ciudad de Jaca, El Hado, La Fortaleza, La Fama* y *Músicos.*

En la comedia conserva los principales personajes de la de Tirso, cambiando sólo el nombre de la criada Laura en Lucinda, y hace intervenir á *Dos Angeles* y al *Demonio.*

La introducción está destinada á cantar las glorias aragonesas, y en el drama incluyó casi todo el de Téllez, con las adiciones consiguientes á los nuevos personajes que intercala y otras de menor bulto.

La piadosa leyenda de Santa Orosia fué de las que primero aparecieron en nuestra escena, pues no menos que á los tiempos en que aún era vivo Juan del Encina se remonta la *Historia de la gloriosa Santa Orosia, compuesta por el Bachiller Bartolomé Palau, natural de Burbáguena. La cual es una historia muy sentida y apacible para representarse.*

Debe de haber impresión del siglo XVI de esta obra, que fué reimpresa en Barcelona, por Sebastián de Comellas en 1637; y con arreglo á un manuscrito, diferente de este impreso, y copia sin duda de la vieja edición, en 1883 por D. Aureliano Fernández-Guerra con el título general de la obra y sus ilustraciones, de *Caída y ruina del imperio visigótico español. Primer drama que las representó en nuestro teatro. Estudio histórico-crítico.* Madrid, 1883, 4.°, 204 páginas. (Publicóse primero en una revista, creo que *La civilización cristiana.)*

Debióle este drama una ilustración completa á Fernández-Guerra, deslucida por la ordinaria excesiva credulidad de aquel insigne escritor. Es muy singular que citando, como lo hace, todos los libros que mencionan á la virgen Orosia, y tratándose de una obra dramática, no se acuerde de la de Tirso, ni de la de Benavides. Bien que en cuanto á esta última, desconocida hasta el presente, es disculpable la omisión de ella.

Parece seguro que TIRSO conoció la obra de Palau, pues, aunque cambia el nombre del prometido de Orosia, que en Palau es no menos que el rey D. Rodrigo, en lo demás sigue el mismo desarrollo la acción, y conservó los nombres aun de personajes secundarios, como Cornelio, hermano de la mártir, y el moro Mecot, figura de poco interés en el drama.

45. **El Laberinto de Creta.** *(Auto sacramental.)*

El manuscrito 14.773 de la Biblioteca Nacional, que es del siglo XVII, va reproducido en el presente volumen, habiendo tenido á la vista otro de igual procedencia, aunque incompleto y más moderno.

No creemos que se haya impreso hasta ahora, si bien ya lo menciona, con el nombre de su autor, el *Catálogo* de Medel, impreso en 1735 (pág. 129) y lo repite Huerta en el suyo (pág. 209).

Con el mismo título de *El Laberinto de Creta*, y con el dictado de *tragicomedia*, compuso y publicó Lope de Vega en la *Parte* XVI (1621) de su colección especial una obra dramática, y en la *Parte* XXVI (166-) de la de *Comedias escogidas* hay una *fiesta de zarzuela* atribuída á Juan Bautista Diamante y representada ante el Rey.

El auto de TIRSO lleva la fecha de 1638, que indicará el año en que fué compuesto.

De otros dos autos con el mismo título hay memoria. Uno compuesto por D. Juan Durán de Torres, racionero de la catedral de Sevilla, fué representado en las fiestas del *Corpus* de dicha ciudad en 1642; y otro, escrito por don Fernando Díez de Leiva, se hizo en igual día y en la misma ciudad el año 1657. (Sánchez Arjona: *Anales del teatro en Sev.*, págs. 361 y 412.)

46. **Los Lagos de San Vicente.**

Hállase impresa esta comedia en la *Parte 5.ª* de las de su autor (Madrid, 1636), la segunda en el orden del tomo; y de aquí la trasladamos al presente, pág. 27.

Reimprimióse muchas veces en el siglo XVIII, aunque por rara excepción no la hallo entre las de D.ª Teresa de Guzmán. Casi todas las ediciones de aquel tiempo son sevillanas, pues conozco las siguientes: *Imprenta del Correo viejo;* sin año, 32 págs. en 4.°; *Lucas Martín de Hermosilla, Impresor;* sin año, 36 págs. en 4.°; *Imprenta de Joseph Antonio Hermosilla,* sin año, 4.°; *José Padrino,* sin año, 32 págs. en 4.° Y hay además otras dos impresiones sin lugar, ni año, ni imprenta, una en 16 hojas sin numerar, en 4.°, y otra en igual tamaño con 32 págs. numeradas.

Acaba esta obra ofreciendo TÉLLEZ, como de costumbre, continuarla:

> Toledo envidie y celebre,
> si venturoso el criarte,
> lloroso y triste el perderte.
> La patrona de Castilla
> *Los Lagos de San Vicente*
> son éstos: *en la segunda,*
> TIRSO su fin os promete.

Lope, que trató casi todos los asuntos, no olvidó éste, escribiendo la comedia que aún se halla inédita en nuestra Biblioteca Nacional (Ms. 17.324) con el título *Santa Casilda. De Lope de Vega.* (Este nombre de otra letra, aunque del mismo tiempo, y en la del texto:) *Comedia de Phelipe de Medina po.res* (Este segundo nombre tachado.) Intervienen: Casilda, Zara, Alima, Abenamar, Celín; Gonzalo, *viejo;* Ortuño, Rodrigo, Nuño y Fernando *(esclavos cristianos)*, Tarfe, Calambre, *gracioso*, El Demonio, Alimenón, rey viejo; Dos ángeles, Un morabito, *viejo;* Laura, *villana;* Benito y Antón, *alcaldes villanos*, y Músicos.

Empieza la música:

> Al alcázar de Toledo
> que el dorado Tajo baña,
> las corrientes cristalinas
> que humildes besan sus plantas...

El desarrollo de la leyenda es el mismo que en TIRSO. Casilda oye en sueños una voz que le dice que reciba el bautismo. Su propensión al cristianismo le hace desechar los obsequios del príncipe moro Abenamar y sólo atiende á sus cautivos, de los cuales el viejo D. Gonzalo le instruye en los rudimentos de la religión católica. En el acto segundo se realiza el milagro de las flores y salida de Toledo por consejo de un ángel que le manda busque en Castilla los Lagos de San Vicente. Siguen las peregrinaciones y aventuras de la joven para hallarlos; el Demonio intenta estorbarlo por varios medios; pero los ángeles le hacen huir. Termina con el bautismo de Casilda; y al final dicen:

> ANTÓN. Mil cosas tengo que darte.
> CALAMBRE. No me apartaré de ti.
> GONZALO. Y acabe esta historia aquí
> hasta la *segunda parte.*

El inteligente y eruditísimo hispanista don Antonio Restori, Catedrático de la Universidad de Messina, en Sicilia, halló hace tiempo en la Biblioteca de Parma el manuscrito de una comedia anónima titulada *Nuestra Señora de Sopetrán*, copia firmada por cierto Alonso Hortiz de Velasco, y esta nota: «Sacada en san lucar de barrameda á treinta de marzo de 1635.»

Esta comedia es la misma que la manuscrita de nuestra Biblioteca Nacional y titulada *La Virgen de Sopetrán*, de letra del siglo XVII, procedente de la Biblioteca de Osuna, y la misma también que con el título de *La batalla de Sopetrán* fué impresa suelta, según Barrera, en 1672. Todas tienen por asunto la Santa Casilda de TIRSO, aunque enlazado con otros episodios de la vida de la Santa y con el célebre monasterio de Sopetrán, cerca de Hita (Guadalajara), donde la tradición supuso que la Virgen María se apareció á Alí-Petrán, hermano de Casilda, cuando lleno de ira venía en persecución suya. TIRSO no hace más que indicar esta parte de la leyenda de la princesa mora (1).

De este convento se publicó en 1670 una historia por fray Antonio Heredia (V. Muñoz y Romero, pág. 251) deslucida por la grande ingerencia que el autor concede á los falsos cronicones.

No es mucho más limpia, aunque sí copiosa, la fuente que de seguro tuvo TIRSO para su comedia, que debió de ser la famosa *Historia de Avila*, del P. Ariz (Alcalá de Henares, 1607), pues el oficio que Santa Casilda tiene en la iglesia metropolitana de Burgos es muy sucinto.

Como TIRSO siempre se acomoda con bastante rigor á lo histórico de los temas que elige, no hay para qué repetir lo que pasa como historia de la vida de la protagonista de *Los lagos de San Vicente*, y sólo añadiremos que, según la creencia general, Santa Casilda vivió á mediados del siglo XI, y su fiesta se celebra el 9 de Abril.

La primera escena de *Los lagos de San Vicente* es exactamente igual, como puede verse, á la primera de *Las Quinas de Portugal*.

47. **La lealtad contra la envidia.**

Figura esta comedia en la *Parte 4.ª* (Madrid, 1635) de la colección especial de TIRSO, ocupando el noveno lugar entre las del tomo, y de aquí pasó al tomo I de nuestra colección, páginas 579 y siguientes.

Reimprimióla á principios del siglo XVIII D.ª Teresa de Guzmán con el siguiente título: *Comedia famosa. La lealtad contra la embidia y hazañas de los Pizarros. Del Maestro Tirso de Molina. Tercera parte.* Madrid, sin año, 48 págs. en 4.º

Es la última parte de la grande y hermosa trilogia que nuestro Mercenario consagró á los conquistadores del Perú. No cede su elevación poética, belleza de lenguaje, versificación y estilo á las anteriores. Todo en esta obra es admirable; y quien de tal manera sabe compenetrarse con el alma de su nación y reflejarla en las creaciones literarias es, no sólo un grandísimo poeta y el primero de los discípulos del incomensurable Lope, sino así como el genio y encarnación del espíritu de un pueblo heroico en los períodos de su mayor grandeza.

Lo que puede la aprensión.

(Véase **La celosa de sí misma.**)

Lo que hace un manto en Madrid.

(Véase **En Madrid y en una casa.**)

Lorenza la de Estercuel.

(Véase **La Dama del Olivar.**

El Marqués del Camarín.

(Véase **Amar por razón de Estado.**)

48. **Marta la piadosa.**

Impresa primero en la *Parte 5.ª* (Madrid, 1636) de la colección de TÉLLEZ, donde lleva el sexto lugar.

Fué reimpresa por D.ª Teresa de Guzmán á principios del siglo XVIII con el título de *Comedia sin fama. La beata enamorada. Marta la piadosa. Del Maestro Tirso de Molina.* Madrid, sin año, 36 págs. en 4.º

Entró en el *Tesoro del teatro español*, de Ochoa (París, 1838), tomo IV. Luego en el tomo I del *Teatro selecto de Fr. Gabriel Téllez*, de Hartzenbusch, y en *Autores españoles*.

Fué refundida por D. Dionisio Solís en cinco actos; hay copia manuscrita en la Biblioteca Municipal, con la fecha de 1834. Otra refundición se titula: *La beata enamorada. Comedia de Tirso de Molina, refundida en 3 actos por D. Pascual Rodriguez de Arellano*, ms. en 4.º, en la misma Biblioteca. En tiempos más mo-

(1) Medel cita otra comedia titulada *Los valles de Sopetrán*, cuyo ms. halló también el Sr. Restori en la Bib. de Parma. Quizá sea la misma que la titulada *Los valles de Sopetrán*, comedia de D. Diego de Aguayo y Terones, que existe ms., con fecha 1682, en la Bib. municipal de esta Corte.

dernos se publicó: *Marta la piadosa. Comedia en 3 actos en verso del Maestro Tirso de Molina, refundida por D. Calixto Boldún y Conde. Representada en el teatro de Variedades en Enero de 1866.* Madrid, imprenta de Rodríguez, 1866, 8.° mayor, 74 págs.

Entre las imitaciones, la más célebre es *La mojigata*, comedia en tres actos de D. Leandro Fernández de Moratín.

La fecha de la composición de la comedia de Tirso resulta de ella misma. D. Luis Fajardo se batió contra quince navíos del Conde Mauricio, los venció y entró en *La Mamora*, guarnecida por los moros, en 6 de Agosto de 1614. Una relación larga que hay al principio del acto segundo de *Marta la piadosa*, y que se supone escrita á raíz del suceso, demuestra que entonces se escribió la obra.

49. El mayor desengaño.

Fué impresa esta comedia en la *Parte 1.ª* de la colección de su autor (Sevilla y Madrid, 1627), la sexta en el orden del tomo, y de ahí la trasladamos á la nuestra; tomo I, página 90.

Reimprimióse en la *Parte 42.ª* de la *Colección de comedias de diferentes autores*. Zaragoza, 1650: la novena del tomo; y desde entonces no volvió á salir de molde, que sepamos.

Nos parece, sin embargo, un excelente drama, y en cierto modo el complemento del *Condenado por desconfiado*. Dion ó sea Raimundo Diocres, pues el asunto tiene un fondo histórico ó, á lo menos, tradicional, diácono y maestro en París, se condena por excesiva confianza: la que le daba su soberbia, negando la misericordia divina y hasta su infinito poder.

Tirso dice que estrenó su obra Cristóbal Ortiz; y en este caso debió de ser antes de 1622; pues consta que en dicho año se representó en el Real palacio por Avendaño y su compañía el *San Bruno*, que verosímilmente es *El mayor desengaño*, de Téllez.

En nuestra Biblioteca Nacional hay manuscrito (número 16.682) un *Auto sacramental intitulado: El mayor desengaño*, atribuído á Tirso de Molina, pero de letra moderna, sin duda engañado el que lo escribió por la identidad de título de la comedia. Son interlocutores: *Berrueco, sacristán; Leví, hebreo; Siquén, hebreo; Luzbel; María; Manasés, hebreo; Pascual; Benito; Domingo, villano; Músicos y Dos ángeles.*

Empieza:

Sacrist. ¡Salga fuera el vil hebreo
pues la luz no ha conocido!
Leví. Si es la luz el Prometido
yo conocerla deseo.

Este auto versa sobre un milagro ocurrido en Segovia, en que unos judíos clavaron una hostia con un puñal y empezó á salir de ella tan gran cantidad de sangre, que cegó á Siquén el apuñalador.

Termina:

Y aquí, señores, se acaba
este milagroso ejemplo
tan conocido en España.

Mayor semejanza con la obra de Tirso tiene la *Comedia famosa. Las siete estrellas de Francia. San Bruno*, de Luis de Belmonte Bermúdez, impresa en la *Parte 21.ª* de la gran colección de *Comedias escogidas* (Madrid, 1663), y de que se han hecho impresiones sueltas en el siglo XVIII (Valencia, Viuda de José de Orga, 1762, 4.°, 32 págs.)

El fondo del asunto es el mismo, pero las aventuras son diferentes. Toma la última parte de la vida de San Bruno cuando era estudiante en París y se ordena de sacerdote. Aparece también el terrífico episodio del cuerpo de *Dineo* (Diocres) que resucita, lo mismo que en Tirso, para decir á los circunstantes, que lo oyen con estupor, porque le tenían por santo, que se había condenado.

50. La mejor espigadera.

Está impresa en la *Parte 3.ª* (Tortosa, 1634) de la colección especial que Tirso hizo de sus obras, llevando el tercer lugar entre las demás del volumen y sirvió de original para nuestra edición en el tomo I, págs. 311 y siguientes.

A principios del siglo XVIII la reimprimió D.ª Teresa de Guzmán con el título de *Comedia famosa. La nuera más leal y mejor espigadera. Del Maestro Tirso de Molina.* Madrid, sin año (hacia 1733), 40 págs. en 4.°

A mediados del siglo XVI fué este asunto llevado á la escena por el famoso poeta toledano Sebastián de Horozco, en su *Representacion fecha por el Auctor, de la famosa historia de Ruth.*

Desgraciadamente está incompleta esta obra en el único texto conocido de ella que sirvió para la impresión que se hizo en 1874 *(Cancionero de Seb. de Horozco*, Sevilla, 1874, página 195, en 4.°), faltando las más interesan-

tes escenas del final y que, á juzgar por lo bien planteado del asunto y lo lindamente versificados que están los trozos que conocemos, serían primorosas.

Barrera cita una comedia suelta titulada: *La mejor espigadera* de Felipe Godínez, que no hemos visto. Calderón tiene un auto sacramental, *Las espigas de Ruth*, impreso diversas veces.

Don Ramón de la Cruz compuso dos partes de *La espigadera*, impresas en el tomo IV de su *Colección*, en diez volúmenes (Madrid, 1786 á 1791) y otras veces, y representadas en 1777 y 1783. En competencia de la primera parte de Cruz, que fué muy aplaudida, principalmente por la maravillosa ejecución de la Pepita Huerta y la buena música conque la exornó D. Pablo Esteve, escribió é hizo representar D. Manuel Casal en 1778 una segunda parte de la *Espigadera*, que fué mal recibida.

Por último, el mismo asunto llevó á la escena un Fr. Miguel Magraner y Soler, que vivía á principios del pasado siglo y dejó inédito un drama titulado: *Ruth Moabita, bisabuela del rey David*, que se conserva en nuestra Biblioteca Nacional.

51. **El melancólico.**

Impreso en la *Parte 1.ª* (Sevilla, Madrid, 1627) de la colección dramática del autor: el quinto en el orden del tomo. Ha servido de original para nuestra edición en el primero de estos dos volúmenes; págs. 61 y siguientes.

No consta que lo hubiese reimpreso D.ª Teresa de Guzmán ni otro alguno hasta que Hartzenbusch lo colocó en el tomo IX de su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*.

Escribióse en 1611, pues en la escena IV del acto tercero se dice:

> El Consejo discreto
> *los coches manda quitar.*

Si el autor quiso, como sospecha Hartzenbusch, pintar en esta obra al rey D. Felipe II, pudo aludir á la rigurosa pragmática que dió en 1578 sobre los coches. Pero como estas alusiones eran casi siempre, entre nuestros autores cómicos del siglo XVII, á cosas de actualidad, es seguro que aludía Téllez á las Reales provisiones de 3 y 4 de Enero de 1611, que reglamentaron el uso de carruajes y redujeron su número. Posteriormente á 1627, en que fué impresa esta comedia, hay muchas resoluciones, pues la materia llegó á interesar tanto que hasta libros enteros se escribieron en pro y en contra de los coches.

El Melancólico es la primera redacción ó texto de la comedia *Esto sí que es negociar;* (Véase) y forma un drama de carácter muy bien descrito y sostenido.

Los personajes, asunto y parte de los versos, son iguales en ambas comedias. En la titulada: *Esto sí que es negociar*, el primer acto es por entero de Tirso. El segundo, en que se conservaron algunos versos y escenas, pudiera ser de otra mano, así como el tercero, en todo distinto, del correspondiente del *Melancólico*.

En la refundición desapareció el carácter. El hijo del Duque, aunque sabio, no es serio y concentrado, sino alegre y enamoradizo. Toma cuerpo y aumenta el enredo la conversión de la dama en Duquesa de Clarence, que en el *Melancólico* es un episodio inútil al final. En resumen: de una comedia de carácter, se hizo una de enredo.

Hartzenbusch *(Teatro escogido*, tomo IX, pág. 331) presume que la causa de haber Tirso refundido obra tan excelente como *El Melancólico* sería «que alguna parte del público debió de creer que aquel Rogerio tan grave, tan misterioso y que daba respuestas con visos de oráculos á los pretendientes que admitía á su audiencia, tenía alguna semejanza con el sabio y melancólico Felipe II, que haría pocos años que había muerto, cuando Tellez escribió su comedia. Por lo menos, el encargo hecho al secretario que emborrona la carta, en vez de echar polvos, es dicho que se atribuye á aquel monarca.»

Quizás habría algo de lo que Hartzenbusch dice, y por eso la comedia del *Melancólico* no volvió á imprimirse y fué sustituída por la otra.

52. **La mujer por fuerza.**

Salió por primera vez á luz en la *Parte 2.ª* (Madrid, 1635) de la colección particular de Téllez y este texto es el reimpreso en el tomo I de la nuestra, págs. 235 y siguientes. Estrenóla el *autor* de compañías, Cristóbal Avendaño, según afirma el encabezado de la comedia; pero no nos consta el año en que fué el suceso.

Figura en el tomo II de la colección de Ortega (Madrid, 1829, págs. 125), pero llena de atajos y mutilaciones que la hacían completamente inútil, pues las supresiones habían recaído justamente en las escenas más graciosas,

aunque fuesen algo picarescas. La censura de los directores de aquella colección era excesivamente severa; por lo cual sus textos no tienen valor, aunque sí las juiciosas observaciones críticas que acompañan á cada pieza.

En la Biblioteca Municipal hay una comedia titulada: *La mujer por fuerza*, en cinco actos, que suena aprobada en 1877 y será tal vez refundición de la obra de TIRSO, cosa que no he podido comprobar.

53. **La mujer que manda en casa.**

Dióse primero á la estampa en la *Parte 4.ª* (Madrid, 1635) de la colección de su autor, donde figura en el número tercero, y ha servido de original para la nuestra reimpresión el tomo I, pags. 460 y siguientes.

En la Biblioteca Nacional existen dos manuscritos antiguos de esta comedia, uno de ellos con grandes atajos y enmiendas para la representación.

Reimprimióla en Madrid D.ª Teresa de Guzmán, sin año (hacia 1734), en 36 págs. en 4.°, y respetando por esta vez su título verdadero. No hizo lo mismo otro impresor de la misma época que la dió á luz con el siguiente: *Comedia famosa. La impia Jezabel mujer del infeliz Acab, y Triunfo de Elías. Del Maestro Tirso de Molina. Imprenta y librería de D. Isidro López, calle de la Cruz, en Madrid;* sin año, 4.°, 34 págs. y en que el texto ha sufrido algunas modificaciones.

Otra refundición se hizo á mediados del propio siglo XVIII y existe manuscrito de ella en la Biblioteca Municipal (67-2) con el título de *La más heroica venganza de la traición más impía;* pero en la cubierta lleva este otro: *Comedia nueva. La tirana de Israel. Del Maestro Tirso de Molina.* Este manuscrito lleva las censuras de 13, 28 y 30 de Octubre de 1755 y parece que el título que entonces llevaba la obra era el de *La tirana de Israel* que luego les pareció poco sonoro. El censor D. Antonio Pablo Fernández llama al autor «el gran TIRSO», cosa notable para aquellos días.

Introdúcese un personaje nuevo llamado Mandrágora, que es el criado *gracioso* de que carece la comedia de TÉLLEZ, pues *Coriolín* es un pastor. Esta refundición está hecha con gran libertad en los versos; los de arte mayor fueron suprimidos casi todos.

Sobre el mismo asunto, en todo ó en parte, de esta obra versan el *Auto de Elías,* obra del carmelita Fr. Pedro de Vargas, que fué representada en Sevilla, por la compañía de Bartolomé Romero, en el *Corpus* de 1642. (S. Arjona *An. del t. en Sev.*, pág. 360.) La *Vida y rapto: de Elías,* de Matías de los Reyes, impresa en 1629; el auto sacramental de Rojas Zorrilla, *La viña de Nabot,* representado en Granada en 1648 y acaso antes en Toledo: existe impreso y manuscrito en la Biblioteca Nacional. *El carro del cielo* de Calderón; *El vengador de los cielos y rapto de Elías* de Bances Candamo (tomo I de sus *Poesías cómicas); El gran profeta Elías,* comedia de *Don Ivón,* ó sea D. Andrés González de Barcia, cuyo autógrafo, fechado en 1697, existe en la Biblioteca Nacional; *Elías y Acab,* comedia anónima del siglo XVIII, manuscrita en la misma Biblioteca, y acaso otras que ahora no tengo presentes.

54. **No hay peor sordo...**

Hállase impresa en la *Parte 3.ª* (Tortosa, 1634) de la colección propia de TÉLLEZ.

Reimprimióla, completando el título, Doña Teresa de Guzmán, en Madrid, sin año, 4.°, 38 págs. De nuevo se imprimió en Madrid, librería de González, 1804, en 38 págs. en 4.° Figura en el tomo III de TIRSO de la colección de Ortega; en el 4.° del *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez* y en *Autores Españoles.*

Escribióse por los años de 1625, á juzgar por los diversos pasos de la comedia en que se alude al ataque que los ingleses dieron al puerto de Cádiz en dicho año.

Scarron imitó esta obra en su *Jodellet duelliste.*

55. **No le arriendo la ganancia.** *Auto sacramental.*

Precedido de loa se imprimió este auto en *Deleitar aprovechando* (Madrid, 1635), en el *Martes por la tarde,* según la división de capítulos que TIRSO hizo de su obra, y fué representado por Baltasar de Pinedo «en Madrid, delante del rey Felipe III.»

De aquí lo tomó D. Eduardo González Pedroso para su colección de *Autos sacramentales* en la *Biblioteca de Autores españoles* y por esta causa no le hemos reproducido nosotros; como no lo hicimos con *El colmenero divino,* que se halla en igual caso.

La alegoría de este auto está tan disminuída que más parece una comedia de enredo y aun de carácter para pintar las veleidades de una

mujer caprichosa. La versificación es magnífica.

56. **Nuestra Señora del Rosario. La Madrina del cielo.** *(Auto sacramental.)*

Fué impreso en el libro titulado: *Navidad, y Corpus Christi festejado por los mejores Ingenios de España, en diez y seis Autos a lo divino, Diez y seis Loas, y diez y seis Entremeses. Representados en esta Corte, y nunca hasta aora impressos. Recogidos por Isidro de Robles. Madrid, Ioseph Fernandez de Buendía, 1664.* 4.°, 4 hojas preliminares y 373 páginas.

Ocupa el de TIRSO el número 12 entre los autos y lleva el título: *Nuestra Señora del Rosario, la Madrina del cielo. Tirso de Molina.* De aquí lo hemos trasladado al presente tomo, al final del mismo.

La necesidad de un segundo título á esta clase de piezas obedece á que muchas llevan el primero para indicar que se había de representar en la festividad que indica, según costumbre de muchos pueblos de España. En el mismo tomo de *Navidad y Corpus Christi*, hay otro de Cubillo que lleva por subtítulo *Ciento por uno*, y en la Biblioteca Nacional, manuscritos de Nuestra Señora del Rosario, se registran hasta cuatro, con los segundos dictados de *El tesoro escondido, El salteador venturoso, El esclavo de su hijo* y *El tirano enamorado*. Impreso hay también uno de Rojas Zorrilla en que añade al encabezado «y corona más hermosa».

Hay asimismo autos de la Virgen del Pilar y bajo otras muchas advocaciones; pues, como hemos indicado, en el siglo XVII se festejaba el patrón ó patrona del pueblo con comedias y autos lo más á propósito que fuese posible. (V. PÉREZ PASTOR: *Nuevos datos acerca del histrionismo en España: pasim.)*

57. **Palabras y plumas.**

Impresa en la *Parte 1.ª* de la edición que TIRSO publicó á nombre (Madrid y Sevilla, 1627) la primera del tomo.

Reimprimióla en el siglo XVIII en Madrid D.ª Teresa de Guzmán con el siguiente y extraño título: *El petimetre con palabras y plumas. Comedia famosa.* DEL MAESTRO DE LAS CIENCIAS *Tirso de Molina. Madrid, á costa de...* Sin año (hacia 1733), 4.°, 40 págs.

Don Agustín Durán la incluyó en su *Talia española* (Madrid, 1834) y Hartzenbusch en su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, tomo II, y en *Autores españoles*.

La comedia fué compuesta antes de 1623, pues consta de su encabezado que la estrenó Jerónimo Sánchez (ó su compañía), y consta también que se ejecutó en el Real palacio de Madrid el 20 de Julio de 1623 por Domingo Balbín. *(Averiguador*, tomo I, pág. 9.)

El asunto, tomado de un cuento del Boccaccio, fué puesto antes en escena por Lope de Vega en su *Halcón de Federico;* por más que la circunstancia de no figurar esta comedia en la segunda lista del *Peregrino* (1618) y no aparecer impresa hasta la XIII *Parte* de Lope (1620) pudiera hacer dudar sobre cuál de los dos autores escribió primero. Pero como no se plagiaron, la averiguación interesa menos y la omisión de Lope también significa poco; porque en su inmensísimo caudal ni él mismo sabría, en un momento dado, cuántas y cuáles tenía compuestas. Sobre esta comedia de Lope y demás imitaciones del cuento boccacciano del Halcón, ha publicado el alemán Rudolf Anschutz, en 1892, un estudio acompañado del texto de la obra de Lope de Vega.

Sirve el mismo tema de base á la comedia de D. Fernando de Zárate, *Quien habla más obra menos*, impresa en la *Parte 44.ª* de la colección *Comedias escogidas* (Madrid, 1678); para otra de D. Andrés de Baeza, titulada *No se pierden las finezas*, impresa en la *Parte II* (Madrid, 1659), y lo recuerdan claramente *Finezas contra desvíos*, de Bretón de los Herreros, y *Bandera negra*, de D. Tomás Rodríguez Rubí.

58. **La Peña de Francia.**

Impresa en la *Parte 4.ª* (Madrid, 1635) de la colección peculiar de TÉLLEZ, la décima, y reproducida por nosotros en el tomo I de la nuestra, págs. 645 y siguientes.

También la reimprimió D.ª Teresa de Guzmán con el título de *La Peña de Francia y traición descubierta;* Madrid, sin año (hacia 1734); 40 págs., en 4.°

En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito antiguo (núm. 15.632) de esta obra, atribuído á Lope y á TIRSO, en letras diferentes entre sí y distintas también de la del texto. Está lleno de acotaciones y tachaduras, como

destinado á la representación en el teatro, según demuestra también el reparto en las jornadas 2.ª y 3.ª

Con el título de *La Peña de Francia* se imprimió en una *Parte extravagante* de Lope, sin año, pero de Sevilla, según D. Juan Isidro Fajardo que la vió, *El casamiento en la muerte* de aquel gran poeta. Esto sería causa de que en el *Catálogo* de Medel (1735), y luego en el de Huerta, se conservase este título; no confundiéndola con la de TIRSO DE MOLINA, que también mencionan, sino por creer se trata de dos obras de igual título. La Peña de Francia no interviene, sin embargo, más que como insignificante episodio en la obra de Lope.

El asunto histórico ó, por lo menos, tradicional del hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de la Peña por el francés Simón Velá ó Simón Rolán, como escriben otros, se halla referido en diversas historias impresas y manuscritas. De una de ellas titulada: *Historia y milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia, con las indulgencias concedidas á los cofrades y á las personas que visitan dicha imagen. Salamanca, por Matías Gast, 1567*, 4.°, pudo tomar su comedia TÉLLEZ. Con posterioridad se han publicado otras dos historias de este santuario. (V. Muñoz y Romero: *Dic. bibliogr. histór.*, y Menéndez y Pelayo: *Obras de Lope de Vega*, VII, CXLVII y sigtes.)

59. La peña de los enamorados.

De esta obra sólo el nombre conocemos por ahora. D. Bartolomé José Gallardo asegura que poseyó un manuscrito de ella, que se proponía publicar con la vida del autor, y que perdió todo el célebre día de San Antonio de 1823 en Sevilla, con sus demás papeles y libros que cayeron en el Guadalquivir, al embarcarse apresuradamente con las cortes y regencia, huyendo de las tropas auxiliares francesas que se acercaban.

En la Biblioteca Nacional existe el manuscrito de una tragedia de aquel título de letra del siglo XIX, aunque la otra puede ser algo anterior; pero no hay indicio para considerar que pueda ser la de TIRSO ni aun refundida.

Intervienen en ella: D. Luis, D. Fernando, Roque, Zaide, Tarfe, Alí, Celinda, *mora*, Dorotea, Teresa, *hermana de Fernando*, Arlaja, *mora, criada de Celinda* y Muza.

Su principio es el siguiente, que canta la música:

> ¿Qué importa morir tan presto,
> flores, hijas del Abril,
> pues vivís estando alegres
> todo aquello que vivís?
> Dure quien nace dichoso,
> muera quien vive infeliz,
> que vivir penando siempre
> es penar y no vivir.

Y acaba diciendo Roque, poco fuerte en gramática, lo que sigue:

> Con esto, senado ilustre,
> tiene fin esta tragedia,
> que á más elegantes luces
> escribió el padre Mariana;
> cuyo risco se descubre
> no muy lejos de Antequera,
> en los campos andaluces.

El ms. lleva hoy el número 14.745

En el Museo Británico (Add-33, 478) existe otro manuscrito, copia moderna (del siglo XIX) y que, según noticias, es el mismo que el anterior, de *La peña de los enamorados;* pero atribuído á TIRSO DE MOLINA, quizá por quien supo que Gallardo había tenido la comedia de aquel título. En el mismo tomo se hallan las copias modernas de *La dama del Olivar* y de *El que fuere bobo no camine y castigo del pensé-que*, tales como las reimprimió D.ª Teresa de Guzmán.

En la Biblioteca Municipal hay un manuscrito de *La Peña de los enamorados, comedia en tres actos en verso por D. Francisco Antonio Gómez y Heredia*, en 4.°

Uno de los primeros ensayos literarios de D. Aureliano Fernández-Guerra fué un drama titulado *La peña de los enamorados* que dió á conocer en Granada, y que no sabemos haya sido impreso.

60. Por el sótano y el torno.

Fué impresa en la *Parte* 2.ª (Madrid, 1635) de la colección propia del autor, la sexta; y es una de las cuatro que TIRSO declaró pertenecerle por entero, pues al final de la comedia se dice:

> Esto sirva
> de entretener solamente;
> no porque haya estas malicias,
> que *por el sótano y torno*
> TIRSO escribe, mas no afirma.

Consta en el tomo I de la colección de Ortega (Madrid, 1826), en el décimo del *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez* y en *Autores españoles*.

Fué refundida por D. Dionisio Solís.

Escribióse esta comedia en 1622; porque en el acto tercero, escena III, dice Santillana:

El manto, aunque despuntado,
con palmo y medio de red;
¿qué? ¿pensaba su merced
qu *las puntas que han quitado*
les hacen falta? ¡Bonitas
son! Si en carnes anduvieran,
de la misma carne hicieran
guarnición las mujercitas.

Pues bien; en una carta de 16 de Noviembre de 1622 (Bib. Nac., Ms. x-157) se dice: «Se quitan guarniciones de oro y plata, y telas de plata y oro en cualquiera género de vestidos; capas de seda; sedas sobre sedas, y excesos de guarniciones, *puntas de mantos*», etc.

61. **El pretendiente al revés.**

Hállase impresa en la *Parte 1.ª* (Madrid y Sevilla, 1627) de la colección de Tirso, donde ocupa el segundo lugar.

Doña Teresa de Guzmán la publicó con el título de *Comedia sin fama. El pretendiente al revés.* Madrid, sin año (hacia 1733).

Durán en su *Talia española* (1834), Grimaud y Velaunde en su *Teatro antiguo español* (1837) y Hartzenbusch en su *Teatro escogido* (1839), y en *Autores españoles* reimprimieron, sucesivamente, esta favorecida comedia, cuyo verdadero título sería, según los últimos versos de ella, *El rábano por las hojas.*

Y si no véngase acá
y cenará á poca costa,
porque sólo le daremos
el rábano por las hojas.

Con el título de *El rábano por las hojas* hay dos comedias modernas que nada de común tienen con la de Tirso.

62. **Privar contra su gusto.**

Aparece impresa en la *Parte 4.ª* (Madrid, 1635) de las comedias de Tirso; la primera del tomo.

Reimprimióla á principios del siglo XVIII D.ª Teresa de Guzmán, sin año, en 36 páginas, en 4.°, y Hartzenbusch en sus dos citadas colecciones, por lo cual no tuvo cabida en la nuestra.

En la Biblioteca Municipal de Madrid hay los manuscritos de dos distintas refundiciones. Se titula el primero *Los acasos*, y está dividida en cuatro actos, en verso. Lleva una censura fechada en 21 de Abril de 1785.

La segunda refundición es más moderna, también anónima y en cinco actos, con la fecha de 1829.

La comedia del Dr. Juan Pérez de Montalbán *El rigor en la inocencia*, tiene alguna semejanza con la de Tirso. Se imprimió suelta, según Durán, y de ella hay un manuscrito en nuestra Biblioteca Nacional.

63. **Próspera fortuna de Don Alvaro de Luna y adversa de Ruy López Dávalos.** *Primera parte.*

Está inclusa en la *Parte 2.ª* de las comedias de Tirso (Madrid, 1635), y desde entonces, que sepamos, no se ha vuelto á imprimir hasta que nosotros la hemos puesto en el tomo primero de esta colección, págs. 263 y siguientes.

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito antiguo de esta obra (núm. 17.101), que lleva el rótulo: *Comedia famosa de Ruy Lopez de Abalos de mira de mesqua.* El título y el autor, de letra sobrepuesta y algo posterior. Esta copia está firmada por un Juan Jerónimo García, que quizá fuese cómico. Sigue enteramente el texto auténtico de la obra de Téllez.

Damián Salustrio del Poyo tiene dos comedias sobre este asunto, respectivamente. *La próspera fortuna del famoso Ruy López de Avalos el Bueno* y *La adversa fortuna del muy noble Caballero Ruy López de Avalos el Bueno*, impresas ambas en *Parte tercera* de las comedias de Lope de Vega y otros autores, Barcelona, 1612, y en la *Bilioteca de Autores españoles.* De ellas, sólo la segunda tiene alguna conexión con la de Tirso, aunque cada uno lleva el asunto por rumbo diferente.

Esta de Téllez es, como hemos dicho, la primera parte de la *Adversa fortuna de Don Alvaro de Luna*, ambas muy interesantes; pero en las que parece que Tirso tuvo uno ó más colaboradores anónimos.

64. **La prudencia en la mujer.**

Hállase impresa en la *Parte 3.ª* (Tortosa, 1634), de la particular colección de Tirso.

A principios del siglo XVIII la reimprimió D.ª Teresa de Guzmán, en 4.°, 44 págs.

Reimprióla en 1834 D. Agustín Durán, en su interrumpida *Talia española;* de aquí la tomó D. Eugenio de Ochoa para su *Tesoro del teatro español* (tomo IV), y Hartzenbusch la incluyó en su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, tomo VI, y en *Autores españoles.*

Tirso, como de costumbre, ofrece una segunda parte, que acaso no llegó á escribir.

De *los dos Caravajales*
con la segunda comedia
TIRSO, senado, os convida,
si ha sido á vuestro gusto ésta.

Refundióla á fines del siglo XVIII un tal Cipriano de Segura, con el título de *La prudencia en la mujer y más perseguida reina*. De esta mala refundición existe un manuscrito en la Biblioteca Municipal de esta corte.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch compuso igualmente una refundición de esta comedia, que se representó por primera vez en el teatro del Circo el 20 de Mayo de 1858. Imprimióse póstuma en 1902, como hemos dicho en el prólogo del tomo I, pág. LXXX.

Otra refundición hecha en época más moderna se imprimió dos veces: la última con el título de *La prudencia en la mujer, comedia de Tirso de Molina, refundida en cuatro actos y precedida de un discurso por Enrique Funes. 2.ª edición, corregida por el refundidor. Santa Cruz de Tenerife. Imprenta de A. J. Benitez, 1889*; 4.º, LVII-177 págs.

En el discurso preliminar trátase, con poca novedad, de los refundidores y arregladores de obras antiguas, y al fin lleva unas notas ya relativas á la comedia en que el autor razona sus modificaciones. La refundición no es mala, pero sí excesivamente larga; toda ella no se soportaría en escena.

De las imitaciones sólo conocemos una ópera titulada *Doña María de Molina*, á que puso música D. Ramón Carnicer; y el drama de igual título de D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molíns, estrenado en el teatro del Príncipe el 11 de Julio de 1837, é impreso con eruditas notas históricas, que también son aplicables al drama de TIRSO.

Además del excelente artículo crítico que para esta comedía escribió D. Agustín Durán, también publicó el eminente hispanista Monsieur Alfredo Morel-Fatio, en 1900, en el primero de sus *Etudes sur le théâtre de Tirso de Molina (Bulletin hispanique d'Avril-Septembre de 1900)*, uno acerca de *La prudencia en la mujer*, investigando sus fuentes, que fueron la *Crónica de Fernando IV* y la *Historia* de Mariana. Aunque para los lectores españoles no tengan gran novedad las observaciones del Sr. Morel, no hay que olvidar que están escritas principalmente para los numerosos cultivadores que en Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos cuentan hoy los estudios de historia literaria de España, aquí tan decaídos y menospreciados, á causa de la grande ola de barbarie, ignorancia y presunción, todo junto, que nos envuelve y asfixia.

65. Quien calla otorga.

Estampóse en la *1.ª parte* de las comedias del autor (1627), la octava del tomo y á continuación de *El castigo del pensé-que*, de la que es segunda parte.

Fué escrita poco después que ella y, por tanto, en 1613, aunque parece que su representación no se efectuó hasta 1617, pues dice que la hizo Olmedo (Alonso de), y éste no figura como autor de título hasta aquel año.

Ya hemos dicho que la reimprimió unida con la 1.ª parte de D.ª Teresa de Guzmán, á principios del siglo XVIII. Poco posterior es otra impresión suelta de *Quien calla otorga*, sin lugar ni año, en 4.º, de 32 págs.

Fué refundida en cinco actos por Juan Carretero y se representó en el teatro de la Cruz el 28 de Agosto de 1827, época en que empezó á conocerse y estimarse nuestro poeta, como se ve por las refundiciones de Solís, Mesonero y éstas del estimable galán, compañero de Rita Luna.

Medel cita una obra de este título de don Bartolomé de Enciso y otra de Calderón. Quizá sean ambas la de TÉLLEZ, aunque también la menciona. Huerta repite lo dicho por Medel; Barrera atribuye, en duda, una á D. Diego Jiménez de Enciso, sevillano.

66. Quien da luego, da dos veces.

Una copia moderna de esta comedia, que existe en la Biblioteca Nacional, núm. 15.948, ha servido para la impresión que ofrecemos en este tomo. En el *Catálogo* de Medel (1735) se menciona este título, lo cual indica la existencia de una impresión suelta que no hemos podido haber á las manos. Huerta y los demás no hacen otra indicación que demuestre haberla visto.

Parece ciertamente de TIRSO, y tomado el asunto, en lo principal, de la novela de Cervantes *La señora Cornelia*.

Quien fuere bobo no camine.

(Véase **El castigo del pensé-que.**)

67. Quien habló pagó.

Pertenece á la *Parte 2.ª* (1635), especial de TIRSO.

No sabemos que desde entonces haya vuelto á imprimirse; por lo cual va en nuestra colección, tomo I, pág. 178.

El título no responde exactamente al fondo del asunto; pues el noble y desdichado Conde de Urgel, mandado asesinar por la Reina de Aragón, *no habló;* es decir, no se vanaglorió de los favores que merecía á su reina, para recibir tal castigo, ordenado sólo á consecuencia de los embustes y calumnias de un cortesano. TIRSO acaso le hubiese puesto al principio título diferente.

68. **Quien no cae no se levanta.**

Se imprimió esta obra en la *Parte 5.ª* (1636), propia de TÉLLEZ, y desde entonces no ha vuelto á gozar la publicidad en los tipos de imprenta. Va, pues, en nuestra colección y en el tomo presente, páginas 142 y siguientes.

Hartzenbusch dice que es «comedia de asunto devoto, muy bien escrita y muy buena mientras la protagonista es mala; desde que se convierte, que es á la mitad del acto segundo, el drama se echa á perder.» *(Com. escog. de Tirso,* en *Autores españoles,* pág. XLII).

Suscribimos la primera mitad de esta opinión. Es, efectivamente, cosa primorosa la versificación, lenguaje y estilo de las primeras escenas de esta obra; pero no creemos que luego se «eche á perder»; pues hay mucha fuerza dramática en los períodos de lucha y dudas que siguen á la poco firme conversión de Margarita. Con la evidente languidez de algunas escenas del acto tercero y todo, nos parece éste uno de los buenos dramas del autor.

El asunto debe de estar sacado de la vida de Santo Domingo de Guzmán, cosa no imposible, ni siquiera difícil de averiguar.

69. **Las Quinas de Portugal.**

Existe en la Biblioteca Nacional el original autógrafo de esta comedia que concluyó TIRSO en Madrid, á 8 de Marzo de 1638, y lleva indicación de las fuentes en que ha bebido lo historial de ella. Este manuscrito hemos, como era natural, reproducido en el presente volumen.

Cita ya esta obra (que no creemos haya sido impresa nunca) el *Catálogo* de Medel, estampado en 1735; lo cual demuestra que en este excelente repertorio dramático figuran, como ya hemos indicado, no sólo obras publicadas, sino las que aún no lo habían sido.

Lope de Vega cita en la primera edición de *El peregrino en su patria* (1603) una comedia suya titulada *Las Quinas de Portugal,* y Barrera añade: que es la misma que en la *Parte* XXII de Lope y otros autores figura con el nombre de *La lealtad en el agravio,* y suelta, con los de *En la mayor lealtad,* etc., y *Favores del cielo en Portugal.* Pero no aparece en la colección académica de Lope, y supongo que no tendrá el carácter histórico de la de TIRSO.

El Rábano por las hojas.

(Véase **El pretendiente al revés.)**

70. **La Reina de los Reyes.**

Se imprimió en la *Parte 2.ª* (1635) de TIRSO, de donde la trasladamos á nuestra colección, tomo I, páginas 149 y siguientes, pues desde aquella fecha no tenemos noticia de que se haya reimpreso.

El argumento, que es la aparición milagrosa á San Fernando de una escultura de la Virgen, fabricada por dos ángeles, que luego desaparecen, comprende también varios sucesos de la vida de aquel glorioso Rey. La imagen se veneró en la Catedral de Sevilla muchos siglos, y aún quizás exista.

El asunto era tradicional, según dice TIRSO, que igualmente parece quiso dar otro título á su obra, pues dice en los últimos versos:

> Y esta es, porque fin le demos,
> la *tradición* que tenemos
> de la *Virgen de los Reyes.*

A fines del mismo siglo XVII fué servilmente imitada la comedia de TIRSO por el sevillano Guedeja y Quiroga, que compuso *La mejor luz de Sevilla N. Señora de los Reyes. Comedia famosa. De D. Gerónimo Gvedeja y Qviroga.* En 4.º y 16 hojas numeradas; sin lugar, ni año, ni imprenta. Parece edición sevillana de fines del siglo XVII. Tengo además otra edición algo posterior, sin indicaciones tipográficas y también en 4.º y en 16 hojas sin numerar.

Al fin de la comedia, dice Ajonjolí:

> Y aquí, senado famoso,
> da fin la historia más pía
> de la *Virgen de los Reyes,*
> *la Mejor luz de Sevilla,*

que demuestra cuál era el verdadero nombre de la imagen.

Relativas al cerco y toma de Sevilla hay varias obras dramáticas y hasta á principios del

siglo XVIII, un tal D. Manuel Durán compuso una trilogia entera sobre el asunto.

71. La república al revés.

Figura en la *Parte 5.ª* (1636) de TÉLLEZ, y de aquí la hemos reproducido en el tomo presente, pág. 83 y siguientes.

Reimprimióla D.ª Teresa de Guzmán, en 1733, con el aditamento de *Comedia sin fama;* 36 páginas en 4.º La fe de erratas lleva la fecha de Madrid, 14 de Diciembre de 1733.

El asunto es histórico en el fondo: TIRSO lo habrá tomado de alguna historia del Bajo imperio; pero muchos episodios son de invención suya ó del que le haya servido de fuente. La comedia, salvo alguna que otra escena, nos parece mediana.

72. La Romera de Santiago.

Hállase impresa en la *Parte* XXXIII de la colección de *Comedias escogidas* (Madrid, José Fernández de Buendía, 1670, en 4.º), la tercera en el orden del tomo y atribuída á TIRSO.

Con el mismo título de *La Romera de Santiago,* y adjudicándola á Luis Vélez de Guevara, se imprimió suelta en el siglo XVIII. De ella he visto dos ediciones: una de *Madrid, imprenta de Sanz, 1751,* 16 hojas en 4.º, y otra de *Valencia, José y Tomás de Orga, 1777,* 32 páginas, también en 4.º

Hay sendos manuscritos de esta obra en las Bibliotecas Nacional y Municipal, que conforman ambos con la impresa á nombre de Luis Vélez.

Cotejadas ésta y la atribuída á TÉLLEZ, se ve que la única diferencia consiste en haber suprimido Vélez una gran cantidad de versos en las relaciones algo extensas y haber introducido algunos cortos para ser cantados.

El romance de sabor antiguo ó imitado:

> Preso tienen al buen Conde,
> al Conde don Lisuardo,
> porque forzó una Romera
> camino de Santiago,

está en ambos.

Después de estas impresiones aparece también en la colección de Ortega (tomo IV); pero muy mutilada. Con arreglo al más antiguo texto va en el presente tomo, págs. 388 y siguientes.

No es exacto, como se ha asegurado, que este sea el mismo asunto que el de *La Montañesa de Asturias,* también de Luis Vélez. Con la que tiene algún mayor parecido es con *La Gallega Mari-Hernández.*

El asunto de la *Romera* es por completo novelesco; pues la acción ocurre en tiempos de un Ordoño de León, coetáneo del Conde de Castilla D. García Fernández, y D.ª Sol (la Romera) se dice hija de D. Manrique de Lara. En cuanto al Conde D. Lisuardo, presunto cuñado del Rey de León y forzador de la Romera, es personaje completamente desconocido en nuestras crónicas.

La Romera de Santiago se estrenó en Palacio á fines de 1622 ó principios del siguiente. (Véase tomo IV de las *Obras de Lope de Vega,* en *Autores españoles,* pág. XV.)

73, 74 y 75. La Santa Juana. *(Tres partes.)*

Las dos primeras partes de esta trilogia monástica fueron impresas en la *Parte 5.ª* (1636) de la colección propia del autor. La tercera ha quedado inédita; y de todas existe un precioso manuscrito, en gran parte autógrafo, en nuestra Biblioteca Nacional (Vitrina 3.ª, núm. 23). De él nos hemos servido para la impresión que va en el presente tomo, páginas 238 y siguientes, sin olvidar su cotejo con el impreso, que no resuelve los lugares difíciles.

Conocemos las fechas exactas de la composición de estas obras. La primera parte, que en el manuscrito de la Nacional es autógrafa, lleva al principio la nota que dice: «Acto primero: en Toledo á beynte de Mayo de mill y seyscientos y trece, por Fr. Gabriel Téllez.» Y en la última hoja dice: «En Toledo á 30 de mayo de 1613. *Omnia subjiciuntur Stae. romanae eclessiae et censurae omnium eius filiorum qui cum charitate et sufficientia illa correxerint.* FRAI GABRIEL TÉLLEZ.» (Dos palabras tachadas.)

Parece, pues, seguro que esta primera comedia se escribió en diez días, hallándose el autor en Toledo, y que fué representada en Madrid en Agosto ó Diciembre, del mismo año, pues de aquella fecha son las censuras para su representación.

Esta primera parte lleva aprobaciones de Tomás Gracián Dantisco, fechadas en Madrid á 8 de Agosto, 23 de Noviembre y 2 de Diciembre de 1613, y en ellas se titula la comedia *Vida de Santa Juana.* También lleva una

licencia para la representación, fechada en Sevilla á 22 de *(roto)* de 1615.

La segunda no debió de retardarse mucho, porque la tercera, que también es autógrafa y va firmada, lleva al principio de cada una de las jornadas estas fechas: «En Toledo, á 6 de Agosto de 1614; en Toledo, á 12 de Agosto de 1614; en Toledo, á 24 de Agosto de 1614.» Fué, por consiguiente, compuesta esta tercera comedia de *Santa Juana* en diez y ocho días.

D. Luis Fernández-Guerra, en su libro sobre *Alarcón* (pág. 186), dice, aunque no lo autoriza, que la *Segunda parte de la Santa Juana* fué estrenada en Toledo á 15 de Diciembre de 1613.

En las *Relaciones* de Luis Cabrera de Córdoba, pág. 557, se escribe de Madrid, con fecha 28 de Junio de 1614: «Al otro día (es decir el de San Juan)... volviéronse (los Reyes) á la Huerta (del Duque de Lerma) para ver la comedia de la *señora Juana*, que es cierta monja de ejemplar vida que hubo en un monasterio que llaman de la Cruz á cuatro leguas de aquí.» Puede aludir á la primera ó segunda parte; porque la tercera aún no estaba escrita.

Por consiguiente, las censuras con fecha 1613 que van al fin de las tres partes sólo pueden referirse á las dos primeras. No así las demás, que ya pueden comprenderlas á todas.

Y como prueba de la gran difusión de las obras dramáticas en aquella época, obsérvense la multitud de licencias que para la representación de la *Santa Juana* se dieron en el término de dos años: en 3 de Febrero de 1615, para representarse en Valladolid; en 27 de Enero de 1616, en Córdoba; en 15 de Abril del mismo año, en Granada; en 15 de Julio del propio, en Málaga; en 30 de Septiembre en Jaén, y en 26 de Junio de 1617, en Cádiz. Esto en las correrías que hizo la compañía del dueño del manuscrito (que parece fué Juan de Morales). Y como es de suponer que también lo habrá permitido copiar á otros *autores* de compañía, bien puede decirse que en dos años había corrido toda España. Lo propio sucedía con casi todas las demás comedias.

Casi todo lo contenido en esta trilogía es histórico ó tenido por tal, y no puede dudarse que Tirso lo tomó de la *Historia, vida y milagros, éxtasis y revelaciones de la Bienaventurada Virgen Santa Juana de la Cruz, de la Tercera Orden de nuestro Seráfico Padre San Francisco, compuesta por Fr. Antonio Daza... Dirigida á la Reina de España, Doña Margarita de Austria. Zaragoza. Por Lucas Sanchez. Año 1611.* Las fuentes de esta obra, pues la Santa Juana nació en 1481 y murió en 1534, son unas memorias biográficas de cierta Sor María Evangelista, compañera de la Santa, y que Tirso introduce en su comedia é interviene en todos los actos de aquélla, indicando el propósito de narrar sus acciones.

En la Biblioteca del Escorial hay un voluminoso códice (Serrano: *Escritoras españolas:* II, 651), titulado *Libro del conorte que es el que se escrivió de los sermones que predicaba Santa Juana de la Cruz estando eleuada*, escrito en su vida (1505), y que quizás ella misma dictaba á sus discípulas. Refiérese á sucesos relativos á la vida de Jesucristo y difusión del Evangelio. Acerca de sus famosas *cuentas* (ó sean las de su rosario), también se compuso un libro de las indulgencias que por ellas se ganaban; pero este libro fué prohibido por la Inquisición. (Bib. Nac.: *Papeles de la Inq.*, leg. 46).

Y aquí debemos advertir que como la Monja de la Sagra no estaba entonces canonizada (ni lo está aún hoy, pues sólo goza el título de *Beata*), en el manuscrito de la comedia de Tirso se puso una nota, luego tachada, que dice: «Este título (el de *Santa Juana*), y el que se pusiere en los carteles á la publicación de esta comedia se manda que sea conforme al libro titulado: *La Sierva de Dios, Sor Juana de la Cruz*, y (no) *Sancta Juana*; y que en los versos de la comedia se ponga siempre *Sor Juana* en lugar de *Sancta Juana*.»

Posteriormente cesaron estos escrúpulos, pues no mucho después se publicaron los *Favores de el Rey de el cielo, hechos á su esposa la Santa Juana de la Cruz, Religiosa de la Orden tercera de Penitencia de N. P. S. Francisco. Con Anotaciones theologicas y morales á la historia de su vida. Por Fr. Pedro Navarro, Lector jubilado en St.ª Theologia y Difinidor de la Prouincia de Castilla. A la Catolica Majestad de la Reyna de las Españas Doña Isabel de Borbón, N.ª S.ª Con previlegio. En Madrid. Por Thomas Iunti, Impressor del Rey N. S.r Año 1622* (al fin repite las señas de la impresión), 4.º; 16 h. prels., 871 págs. y 20 hojas más al final sin numerar.

Contiene este libro algunas noticias relativas al expediente de beatificación de Sor Juana, promovida á instancias del Cardenal Trejo, y dice que el cuerpo de la monja estaba en un arca de plata en su convento.

Andando los años compuso D. Francisco Bernaldo de Quirós una comedia titulada *La Luna de la Sagra. Vida y muerte de Santa Juana de la Cruz*, que fué impresa en la *Parte* XXII de *Comedias escogidas* (Madrid, Andrés García de la Iglesia, 1665). De esta obra, que viene á ser un compendio de las de TIRSO, hay un manuscrito en la Biblioteca Nacional, fechado en 1664, ó sea un año antes de ser impresa.

Don José Cañizares escribió también la titulada *El Prodigio de la Sagra: Sor Juana de la Cruz*, que, según Barrera, también se intituló: *Santa Juana de la Cruz*. Con éste y con el de *El Prodigio de la Sagra* la cita aisladamente, como si fuesen comedias diferentes, el *Catálogo* de Medel, y, por consiguiente, don Vicente García de la Huerta. En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito de esta obra con las licencias fechadas en 1724, y en la Municipal, dos; uno con las aprobaciones de 1723 y borrado el título equívoco de *La gloria de España en Cuba*. Cuba era la aldea cerca de Toledo, donde estaba el convento en que profesó la beata Juana.

Por último: recordaremos que la vida de esta virtuosa monja sirvió de materia á uno de los dos poemas de asunto devoto que compuso Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Se titula el de que tratamos ahora: *Los Triunfos de la Beata Soror Juana de la Cruz. En verso heroico. A Doña Policena Palavecino Fiesco... Año 1621. En Madrid, Por la Viuda de Cosme Delgado;* en 8.º

Consta de cuatro libros ó cantos y está todo él (como el de la Virgen de Atocha, del mismo Salas) en octavas reales.

76. **Santo y sastre.**

Figura en la *Parte 4.ª* (1635) de la colección de TÉLLEZ, y este texto hemos reproducido nosotros al comienzo del presente tomo; pues la comedia, con estar muy bien escrita y versificada, no ha sido reimpresa, quizás á causa de no ofrecer el mayor interés su argumento.

Al final puso TIRSO esta nota epigramática:

> Esta historia nos enseña
> que para Dios todo es fácil,
> y que en el mundo es posible
> ser un hombre *santo y sastre*.

San Homobono, hijo de un mercader y sastre de Cremona, vivió á fines del siglo XI, muriendo, como describe TIRSO, en la iglesia de San Gil, el 13 de Noviembre de 1097. Fué canonizado por Inocencio III en 1198.

TIRSO pudo tomar el asunto de su comedia en cualquiera de las *Vidas* del Santo. Como de costumbre, sigue con bastante fidelidad los sucesos históricos y sólo quizás suaviza un poco el carácter de Dorotea, esposa del Santo, á quien ella mortificó oponiéndose á sus actos de extrema virtud y especialmente de caridad y desprendimiento.

La Serrana de Escocia.

(Véase **Esto sí que es negociar.**)

77. **Siempre ayuda la verdad.**

Hállase en la *Parte 2.ª* (1635) de la colección especial de TIRSO. Hartzenbusch la incluyó entre las comedias de D. Juan Ruiz de Alarcón (pág. 229), aunque dudando que este poeta hubiese sido colaborador de TÉLLEZ en la composición de la obra. La hemos incluído en el tomo I de nuestra colección págs. 207 y siguientes.

Pudiera creerse que hay alguna edición suelta, pues el *Catálogo* de Medel la cita dos veces, atribuyéndola una á Ruiz de Alarcón y otra á TIRSO, como si fuesen obras distintas, error que, como de costumbre, repite Huerta.

En el encabezado de la comedia se dice: «Representóla Juan Jerónimo Valenciano, con que entró en Sevilla.» Según las investigaciones de D. José Sánchez Arjona *(An. del teatro en Sevilla*, 247), el Valenciano no vino como *autor* ó jefe de compañía á Sevilla hasta 1627. Sin embargo, antes del Carnaval de 1623 el hermano de Juan Jerónimo (Juan Bautista, el que mataron en la calle de Cantarranas al año siguiente), la había ya representado en el Real Palacio. (*Averiguador*, I, 8.)

Esta comedia, que luego refundió D. Juan de Matos Fragoso con el título de *Ver y creer*, sin mejorarla, antes al contrario, parece obra de dos plumas distintas, por la diferencia de estilos, algunos desfallecimientos en los caracteres y este pasaje:

> REY. *Siempre ayuda la verdad.*
> D. VASCO. Con este título quiero
> que dé fin *nuestra* comedia.
> BLANCA. Senado ilustre y discreto:
> si no ayudaren las obras,
> *ayúdennos* los deseos.

Es sabido que en estos finales de nuestras antiguas comedias hablaban siempre los autores

y no los actores. Sin embargo, en el primero y en el tercer acto quedó mucho de TIRSO.

La comedia de Matos *Ver y creer* se imprimió suelta y se incluyó en *Autores españoles*.

Sutilezas del Marqués del Camarín.

(Véase **Amar por razón de Estado.**)

Tan largo me lo fiáis.

(Véase **El Burlador de Sevilla.**)

78. Tanto es lo de más como lo de menos.

Figura esta comedia en la *Parte 1.ª* (1627) de la colección peculiar de TIRSO, y ha servido de original para nuestra reproducción; tomo I, páginas 118 y siguientes.

No sabemos que se haya reimpreso desde entonces, aunque sí que fué refundida, como veremos luego.

Respecto de la fecha de su composición sólo aproximadamente podemos conocerla; porque diciéndose en el encabezado de la comedia: «Representóla Juan Bautista» Valenciano, y habiendo muerto éste en 1624, claro es que antes se habrá escrito el drama. Por otra parte, en la escena VII del acto segundo, aludiendo al entremesista Luis Quiñones de Benavente, se dice que, al cabo de nueve ó diez años que venía entreteniendo la corte, llevaba compuestos unos 300 entremeses. Consta que ya en 1609 escribía el divertido autor toledano; por consiguiente, la comedia de TIRSO será de 1618 ó 1619.

En esta obra, portentosa y hasta hoy mal apreciada, reunió TÉLLEZ de manera admirable los dos temas ó parábolas de la Sagrada Escritura, conocidas por la del *Rico Epulón* y la del *Hijo pródigo*, trabándolas y enlazándolas por tan artístico modo que parece no formaron nunca más de una sola. Esmaltó y bordó tan dramático asunto con episodios y lances de todo género; profundamente morales, jocosos, picarescos, satíricos, tiernísimos algunos, que hacen de esta comedia una de las mejores de su autor y de las más excelentes de nuestro teatro.

Fué refundida en el siglo XVIII é impresa con el título de *Comedia famosa. La virtud consiste en medio. El Pródigo y Rico avariento. De un ingenio.* En Valencia, viuda de Orga, 1772, 4.°, 36 págs. Hay otra impresión del mismo año: *En Valencia, en la Imprenta de Joseph y Thomas de Orga, calle de la Cruz nueva...»* también en 4.° y de 36 págs.

En esta refundición se procuró hacer resaltar el carácter alegórico de la pieza, discreta y suficientemente indicado en TIRSO, quien, como de costumbre, aun á las figuras más abstractas les imprimía un sello de realismo y de verdad humana que constituye uno de sus grandes méritos como creador de caracteres vivos, apenas disfrazados con los nombres de una virtud ó un vicio.

Así el arreglo de que hablamos intervienen, además de algunos de los personajes que TIRSO menciona, *La Obediencia, dama; La Pobreza, dama; La Castidad, dama; La Lascivia, dama; La Avaricia, galán; Floreta, gitana, graciosa,* y *Dos niños pastores.* Faltan, en cambio, *Diódoro, Dina, Nisiro, Torbisco, Laureta, Taida, Simón* y *Nicandro;* pero los versos de éstos los pone á veces el autor en labios de las virtudes y vicios que simbolizan los dichos en la comedia de TIRSO.

Pero tales son la fuerza dramática y alcance moral de la obra de TÉLLEZ, que ni aun con estas frialdades alegóricas pudo el autor destruirla, y tanto, que años después, pasado ya ó mitigado algo el furor neoclásico, obtuvo grande éxito, interpretada por Andrea Luna, Bernardo Gil, Juan Carretero, Rafael Pérez y otros en el teatro del Príncipe.

Entonces se imprimió de nuevo con el título de *Comedia nueva. La virtud consiste en medio. El Pródigo y rico abariento. De un ingenio.* En Madrid, año de 1800, imprenta de Ruiz, 4.°, 36 págs.

Y reflejo de la opinión común es cierto curioso y raro folleto crítico que entonces salió á luz con el título de *Apología de la comedia intitulada:* La virtud consiste en medio y pródigo y rico avariento, *representada en el coliseo del Príncipe por la compañía del Señor Francisco Ramos en el próximo Carnaval de 1800. En Madrid, en la oficina de Don Benito García y Compañía,* 8.°, 36 págs.

La firma un Ramón Campillo, que debe de ser seudónimo. Ensalza debidamente el fondo y desarrollo de la comedia, cuyo primitivo autor ignora; tampoco menciona al refundidor. Para escrito en aquellos días es curioso este pasaje: «Extraño mucho cómo sabiendo que soy enemigo declarado de los poetas lánguidos, insulsos é hipocondríacos de nuestros días, y que nada me deleita en este género de poesía cómica sino cuando leo á Lope, Calderón, Mo-

reto, Solís y otros de la ley antigua, por cuya defensa me mataré con mi padre», etc.

Aisladamente cada una de las dos historias bíblicas tiene gran eco en nuestro teatro.

Del *Rico avariento* cita Lope de Vega una comedia suya, hoy no conocida, en el *Peregrino en su patria*, primera edición (1603).

Del Dr. Mira de Amescua existen dos obras sobre el mismo asunto; primero, una comedia titulada: *Vida y muerte de S. Lázaro ó el Rico avariento*, impresa en la *Parte* IX (1657) de la gran colección de varios autores del siglo XVII y de la que también hay manuscrito, en parte autógrafo, en nuestra Biblioteca Nacional, (Ms. 16.805), aunque con censura muy posterior (1668); y segundo, el auto sacramental *Pedro Telonario (ó el Rico de Alejandría)*, del que también hay antiguo manuscrito en la misma Biblioteca.

No mucho después el Dr. Felipe Godínez compuso otro auto titulado: *El premio de la limosna y Rico de Alejandría*, que fué impreso en 1664 en la colección titulada: *Navidad y Corpus Christi, festejados por los mejores ingenios de España... Año 1664. En Madrid, Por Joseph Fernández de Buendía*, en 4.°

Y, por último, D. Francisco de Rojas Zorrilla tiene asimismo un auto sacramental del *Rico avariento*, que quizás se habrá impreso suelto, porque le menciona el *Catálogo* de Medel (1735). De esta obra existen dos manuscritos muy diferentes entre sí en la Biblioteca Nacional (Mss. 15.150 y 15.260), y como en ambos se da por autor á Rojas y ambos son antiguos, no es fácil adivinar cuál de ellos le pertenezca verdaderamente.

La otra parábola evangélica del *Hijo pródigo* tiene aún más copiosa historia en nuestro teatro. Es uno de los autos de mediados del siglo XVI (lleva el número 48), del gran códice de la Biblioteca Nacional, reproducido modernamente por el hispanista Mr. Léo Rouanet. (París, 1901, 4 vols., 8.°—V. tomo II, pág. 294.)

Poco posterior debe de ser la *Comedia Pródiga* de Luis de Miranda, impresa en 1554, y calcada sobre la italiana del Cecchi. *O Prodigo*, del portugués Juan López de Oliveira, corresponde á 1590, según una aprobación inquisitorial de 25 de Agosto (Barrera, 221).

En la Biblioteca Nacional se conserva un auto sacramental del Lic. Ramón (el Maestro Fr. Alonso Remón, mercenario), que lleva el título de *El hijo pródigo*, y al fin una nota diciendo que el autor lo compuso en 1599.

Quizá sea anterior *El hijo pródigo, representación moral*, de Lope de Vega, que figura en *El Peregrino* (1603) y fué reimpreso en la colección académica de las *Obras de Lope*, tomo II.

También corresponde á principios del siglo XVII el auto sacramental del Maestro José de Valdivielso, titulado *El hijo pródigo*, impreso en el tomo suyo compresivo de *Doze actos sacramentales y dos comedias divinas. Toledo, Juan Ruiz, 1622*, 4.°

El Sr. D. Antonio Restori cita una comedia manuscrita, existente en la Biblioteca palatina de Parma, que parece de la primera mitad del siglo XVII, se dice obra de dos ingenios y lleva el título de *El hijo pródigo*. Es la misma que otra de igual nombre, también manuscrita, de nuestra Biblioteca Nacional, aunque copia algo posterior, y la misma que una impresa que poseo, titulada: *Comedia famosa, El hijo pródigo. De tres ingenios. Madrid, Antonio Sanz, 1785. Sic;* pero hay un error de fecha lo menos de treinta años. En 1785 hacía ya muchos que el impresor Antonio Sanz había pasado de esta vida. Probablemente la verdadera fecha será 1755.

En la Biblioteca Municipal de esta corte hay otro manuscrito de esta misma comedia con las censuras de 1763 y que se atribuye á Cáncer, Matos y Moreto.

Don Manuel Vidal y Salvador, autor de fines del siglo XVII, compuso, según Barrera, un auto sacramental titulado: *El hijo prodigo;* que no sabemos si se ha impreso.

En el siglo siguiente se imprimió el *Desengaño de la mundana felicidad, y conversión de un pecador simbolizado en la Parábola de el Hijo pródigo. Oratorio sacro, que se cantó en la Real Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de Valencia. Año 1732. Reducido á consonancia Música por el Lic. Mos. Joseph Pradas, Maestro de Capilla de la Metropolitana Iglesia de la misma ciudad, Valencia, Antonio Bordazar*, 8.°

Don Antonio Bazo escribió también una comedia en tres actos, titulada: *El Pródigo*. Existe en la Biblioteca Municipal un manuscrito de esta obra con la censura de 1772; pero la composición debe de ser anterior.

El hijo pródigo se intitula un sainete del siglo XVIII y de igual modo una ópera en tres actos, cuyo manuscrito, en 4.°, sin autor ni año, se conserva en la Biblioteca Municipal. *El hijo pródigo* es denominado un oratorio en

tres actos que cantaron, en el teatro de la Cruz, los días 23, 24 y 25 de Enero de 1817, Loreto García, María Ramos y Teresa Laviña y Bernardo Gil, Alverá, Dionisio López y A. Segura. (Véase *Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*, pág. 809.)

De época más moderna recordamos *El hijo pródigo*, de D. Pedro Antonio Alarcón (Madrid, 1857), y *Perdonar nos manda Dios. Drama en tres actos y en verso por D. Narciso Serra. Imitado del* Hijo pródigo *de Alarcón*. Estrenado en Diciembre de 1870. (Madrid, 1870, 4.°)

79. **Todo es dar en una cosa.**

Esta comedia, que forma la primera parte de la trilogia que se intituló *Hazañas de los Pizarros*, fué impresa, primero, en la *Parte 4.ª* (1635) de la colección especial de su autor, el P. Téllez.

Reimprimióla á principios del siglo XVIII en Madrid, D.ª Teresa de Guzmán, titulándola *Todo es dar en una cosa y hazañas de los Pizarros. Primera parte;* 43 págs. en 4.° Pasó luego á la colección de Ortega (tomo IV de los de Tirso: Madrid, 1834), y desde entonces no ha vuelto á verse de molde, por lo cual la hemos incluído en nuestra colección, tomo I, páginas 518 y siguientes.

Sin alcanzar esta comedia el alto valor de sus dos hermanas menores, especialmente por haberse exagerado el carácter del protagonista, Francisco Pizarro, tiene, con todo, un gran número de bellezas parciales y circunstancias y rasgos de sabor histórico íntimo que hacen muy deleitosa su lectura. Y aun el mismo tipo del héroe, desgarrado, temerario y medio loco, tiene un fondo de verdad que se refleja allí mejor que en las biografías, pues no de otra suerte debían de ser aquellos hombres, ajenos de todo instinto de conservación que acometieron al otro lado de los mares tan inauditas empresas.

La figura del gran conquistador del Perú ha solido verse en nuestra escena. Sin profundizar mucho en nuestra bibliografía dramática, hallo que Luis Vélez de Guevara compuso una comedia titulada *Las glorias de los Pizarros ó palabras de los reyes*, que se imprimió suelta, según Barrera. Medel la atribuye á don Juan Vélez, hijo de Luis.

Interviene, como es sabido, en *La Aurora en Copacavana*, de D. Pedro Calderón de la Barca, y sobre el mismo tema de esta comedia calderoniana versa la que, manuscrita de letra moderna, existe en el Museo Británico (Add-33.484), titulada *Comedia nueva historial. Pizarro en Copacavana y en su India triunfante España*, obra suscrita por un tal Peynado, poeta desconocido.

En la Biblioteca Nacional hay manuscrita, *La Conquista del Perú, Comedia por D. Francisco del Castillo*, escrita, según parece, en 1749 y otro códice más moderno, de *Pizarro y los Peruanos*, drama histórico de D. Félix Mejía, autor dramático del pasado siglo XIX. Y de la misma época, aunque algo posteriores, son el *Francisco Pizarro*, de Ferrer del Río, drama histórico, estrenado en el teatro del Príncipe el 4 de Mayo de 1861; *Pizarro ó la Conquista del Perú*, por D. Leandro Tomás Pastor (Madrid, 1871), y *Pizarro el Conquistador*, drama en tres actos, de Olivier.

80. **La venganza de Tamar.**

Publicó Tirso esta gran comedia en la *Parte 3.ª* de las suyas (Tortosa, 1634).

No consta que la haya reimpreso D.ª Teresa de Guzmán, pero sí Hartzenbusch en el tomo X de su *Teatro escogido de Fray Gabriel Téllez* y luego entre las obras de Calderón, en la *Biblioteca de Autores españoles*, tomo II, páginas 401 y siguientes.

Va también en nuestra colección, tomo I, páginas 407 y siguientes.

Una refundición de esta comedia parece hizo el Doctor Felipe Godínez, á cuyo nombre se publicó: *La venganza de Tamar. En Sevilla, por Francisco de Leefdael, en la Casa del Correo Viejo;* 4.°, sin año (hacia 1730), 32 páginas con el *Entremés gracioso del Morogueco* (de Benavente), que lleva al fin. Lo más importante de esta refundición es el final, donde el poeta introdujo también la muerte del rebelde Absalón, que ocurrió mucho después de la del primer hijo de David.

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito antiguo de otra refundición de esta tragedia, con el título de *La fuerza de Tamar*, que aunque calcado en la de Tirso, no se corresponde exactamente con ella ni con la de Godínez.

Calderón, guiado tal vez por el arreglo de Godínez, que juntó las muertes de los dos hijos del rey profeta, compuso *Los cabellos de Absalón*, en que también incluyó la historia de Tamar y casi al pie de la letra el acto tercero

de la obra de TÉLLEZ, en el segundo de la suya. Así dió un poco más de lugar á que se desarrollase la rebeldía y muerte del hijo más hermoso de David.

81. La ventura con el nombre.

Aparece por primera vez impresa en la *Parte* XXVII de la gran colección de *Comedias escogidas* (Madrid, Andrés García de la Iglesia, 1667, 4.º); la undécima en el orden del volumen y atribuída á TÉLLEZ, lo cual confirman los últimos versos:

> Si aplaudiendo este suceso,
> dice que cumplió en su traza
> *La Ventura con el nombre*
> TIRSO, y perdonáis sus faltas.

Esta comedia encierra un gran número de alusiones y rasgos biográficos que todavía no se pueden poner en claro.

Se reimprimió suelta sin lugar ni año, en 4.º, y Hartzenbusch la incluyó en *Autores españoles*.

El Parecido, de Moreto, tiene alguna semejanza con esta comedia.

82. Ventura te dé Dios, hijo.

La dió á luz TIRSO en la *Parte 3.ª* (Tortosa, 1634) de su colección de comedias, en cuyo tomo ocupa el sexto lugar.

Fué reimpresa por D.ª Teresa de Guzmán (Madrid, 1734, 40 págs. en 4.º) quien completó su título añadiéndole: «*que el saber poco, te basta. Comedia famosa. Del Maestro Tirso de Molina.*» Esto parece haber sido ya la intención del autor, pues al final de la comedia escribe:

> ¡Lo que puede la ventura!
> —Sin ella no valen nada
> sangre, hacienda, armas ni letras;
> pues es proverbio en España:
> *Ventura te dé Dios, hijo;*
> *que el saber poco, te basta.*

Incluyóla Hartzenbusch en el tomo III de su *Teatro escogido de Fray Gabriel Téllez*, pero no en *Autores españoles;* por cuyo motivo va en nuestra colección, tomo I, pág. 375.

En la *Biblioteca Nacional* hay un manuscrito antiguo de esta obra con algunas enmiendas de mano de D. Francisco de Rojas Zorrilla, según Paz y Melia (*Catálogo*, pág. 529), lo cual hace presumir en aquel autor un propósito de refundición de la obra del P. TÉLLEZ.

Lo realizó, pero mucho más tarde, D. Ramón de Mesonero Romanos, en cinco actos, y fué representada la nueva comedia en el teatro del Príncipe en el mes de Diciembre de 1826. De esta obra hay un manuscrito original y autógrafo, que tengo á la vista, propiedad de los hijos del autor, y una copia anónima, con aprobaciones de 1827, en la Biblioteca Municipal.

Parece haber tomado el mismo tema don Ventura de la Vega para una de sus comedias: la titulada *Fortuna te dé Dios, hijo;* si no es que el original pertenece á Scribe ó á algún otro autor francés, de quien fué Vega constante traductor, aun sin declararlo, y hasta negándolo, como sucedió con *Jugar con fuego* y *El Marqués de Caravaca.*

83. El Vergonzoso en Palacio.

Comedia impresa por vez primera en *Los Cigarrales de Toledo* (Madrid, 1621).

Fué reimpresa, hacia 1733, en Madrid, por D.ª Teresa de Guzmán, Madrid, s. a., 48 páginas, en 4.º

No tengo noticia de que se haya vuelto á reimprimir en el siglo XVIII; pero entrado ya el XIX se repitieron las ediciones sueltas. Tenemos á la vista una de *Cádiz: En la imprenta de D. A. Murguía*, 1811; en 4.º y 32 páginas, y otra que lleva el siguiente título indicativo de algún esmero en la edición: *El Vergonzoso en Palacio, comedia del Maestro Tirso de Molina. Representada varias veces en el Teatro de la Cruz, y reimpresa conforme á la edición original del mismo autor que se halla en su obra intitulada:* LOS CIGARRALES DE TOLEDO, *Madrid, Imprenta que fué de Fuentenebro, 1817.* 4.º, 46 págs.

Después entró en las colecciones de Ortega (tomo I de TIRSO, Madrid, 1826); *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, tomo X, y *Autores españoles.* Ultimamente se ha reimpreso en Valencia, Terraza y Aliena, 1883, en 8.º

En la Biblioteca Nacional existe el manuscrito de una refundición moderna, firmada por un Juan Martínez, que no sabemos si será el autor. Refundióla también, después, en 1875, el actor D. Calixto Boldún, y fué representada é impresa en el mismo año.

Esta célebre comedia es de las más antiguas de TIRSO; el mismo lo asegura al imprimirla en *Los Cigarrales*, diciendo que había sido «celebrada con general aplauso diez años había, no sólo entre los teatros de España, pero en los más célebres de Italia y de entrambas Indias, con alabanzas de su autor, pues mere-

ció que uno de los mayores potentados de Castilla honrase sus musas y ennobleciese esta facultad con hacer la persona del *Vergonzoso*.»

Si esto se escribía, como parece, hacia 1619 ó 1620, el *Vergonzoso* sería de 1610; y entonces aquella defensa tan vigorosa del teatro bajo su aspecto moral, que en la comedia hace, sería contestación al libro, recién publicado, del P. Mariana, titulado *De spectaculis* (Colonia, 1609), y que es una virulenta diatriba contra la escena.

La respuesta de Tirso es muy curiosa:

D.ª Juana. A mí más gusto me diera
que te holgaras de otros modos
y no con representar.
D.ª Serafina. No me podrás tú pintar,
para los sentidos todos
los deleites que hay diversos,
como en la Comedia.
D.ª Juana. Calla.
D.ª Serafina. ¿Qué fiesta ó juego se halla
que no le ofrezcan los versos?
En la Comedia, los ojos,
¿no se deleitan y ven
mil cosas que hacen que estén
olvidados sus enojos?
La música, ¿no recrea
el oído, y el discreto
no gusta allí del concepto
y la traza que desea?
Para el alegre, ¿no hay risa?
Para el triste, ¿no hay tristeza?
¿Para el agudo, agudeza?
Allí el necio, ¿no se avisa?
El ignorante, ¿no sabe?
¿No hay guerra para el valiente,
consejos para el prudente
y autoridad para el grave?
Moros hay si quieres moros;
si apetecen tus deseos
torneos, te hacen torneos;
si toros, correrán toros.
¿Quieres ver los epítetos
que de la Comedia he hallado?
De la vida es un traslado;
sustento de los discretos;
dama del entendimiento;
de los sentidos banquete;
de los gustos ramillete;
esfera del pensamiento;
olvido de los agravios,
manjar de diversos precios
que mata de hambre á los necios
y satisface á los sabios.—
Mira lo que quieres ser
de aquestos dos bandos.

(Acto segundo, escena XIV.)

84. **La vida de Herodes.**

Impresa en la *Parte 5.ª* (1636) de la colección especial de Tirso. Desde entonces no tenemos noticia de que haya vuelto á estamparse. Sin embargo, como en el *Catálogo* de Medel (1735) se cita una *Vida y muerte de Herodes*, del Maestro Tirso de Molina, posible es que haya sido reimpresa suelta alguna vez; por más que, como hemos dicho, el hallarse una obra en dicho *Catálogo* y afirmarse al principio del mismo que «Este Indice y todas las comedias que se comprenden en él se hallarán en casa de los herederos de Francisco Medel del Castillo, frente á las Gradas de S. Felipe el Real», no es indicio seguro de que la obra haya sido impresa. Esta preocupación hizo incurrir á Barrera en muchos errores, dando por estampadas obras que aún permanecen inéditas. El *Catálogo* de Huerta no tiene valor alguno, pues es una simple copia del de Medel, variada la ortografía en algunos títulos.

De todas suertes, la *Vida de Herodes* es comedia rarísima. Va en nuestra colección tomo II, pág. 173. Y bien merece ser reimpresa, especialmente por sus dos primeros actos, en que hay tesoros de poesía, lances y aventuras interesantes; el tercero tiene menos valor, si bien la pasión celosa del héroe está muy bien tratada. Calderón tuvo presente esta parte y otras de la obra de Téllez.

El asunto de los amores de Herodes no recordamos que haya sido llevado á nuestro teatro más que en las obras que luego enumeraremos. Pero la persona del Tetrarca figura en la primera obra dramática castellana de que tenemos noticia; esto es, en la *Representación de los Reyes Magos*, obra del siglo XII. De la segunda parte de esta obra, que comprendería la *Degollación de los Inocentes*, aunque no hay texto, sí existe memoria de que se representó en gran número de iglesias y palacios en la Edad Media.

Viniendo ya á la genuina comedia española, conocemos los siguientes:

En una curiosa *Loa sacramental* de Lope de Vega formada con títulos de comedias, principalmente de las suyas, se cita una que tendría por asunto la vida del Ascalonita, en estos términos:

La inocencia perseguida,
á costa de mil cabezas,
hizo Herodes, que de nácar
tiñó las rubias arenas.

Después viene la grandiosa comedia de don Pedro Calderón titulada *El mayor monstruo los celos*, escrita antes de 1635, porque aparece ya citada en la *Loa* de que hemos hablado antes.

Aunque no se imprimió hasta 1663 la de *Herodes Ascalonita y la hermosa Mariana* de don Cristóbal Lozano Montesino, estaba escrita

mucho antes; pues el libro en que figura, las *Soledades de la vida*, aparece ya aprobado por Calderón y con licencia del Ordinario para imprimirse en 1658, si bien su autor no sacó privilegio hasta el 8 de Junio de 1662. Desde esta primera edición de las *Soledades*, que contienen muy bonitas novelas, aunque á Moratín le pareciesen harto inocentes, desaparecieron, así la comedia de *Herodes* como la de *El Estudiante de día* y el auto de *Los Pastores de Belén*, que también formaban parte del libro.

La primera se imprimió suelta algunas veces en el siglo XVIII, y á la vista tengo una que dice: *Comedia famosa. Herodes Ascalonita, y la hermosa Mariana. De D. Gaspar Lozano Montesino. Valencia, Hermanos Orga, 1793*, 4.°, 34 págs. Este D. Gaspar era sobrino de D. Cristóbal, y á su nombre publicó éste las *Soledades;* pero el mismo sobrino, en el *Prólogo* de las ediciones sucesivas, declaró la verdadera paternidad de las obras allí contenidas.

Poco después de mediar el siglo XVIII compuso el escribano madrileño y poeta dramático D. Domingo María Ripoll una *tragedia* titulada *El tirano de Judea y bárbaro Ascalonita*, en cinco actos, de la que existe un manuscrito, quizás original, en la Biblioteca Nacional de esta corte. Y en la Municipal otro con el mismo título de una comedia en tres actos, con la censura para su representación fechada en Madrid á 20 de Diciembre de 1794 y suscrita por el censor D. Santos Díez González.

85. La Villana de la Sagra.

Impresa en la *Parte 3.ª* (Tortosa, 1634) de la colección de comedias de TIRSO.

A principios del siglo XVIII repitió la impresión D.ª Teresa de Guzmán, titulándola *Comedia sin fama. La Villana de la Sagra. Del Maestro Tirso de Molina;* 4.°, 13 hs. sin numerar. Hállase además en el tomo I del *Teatro escogido de Fray Gabriel Téllez* y en *Autores españoles.*

En nuestra Biblioteca Nacional existe manuscrita una refundición en cuatro actos, con el título de *La Villana de la Sagra ó fingido colmenero.* En la portada lleva las iniciales: «De J. A. M.», que quizá correspondan á su autor.

Parece que el primitivo título que TIRSO quiso poner á su comedia fué el que arrojan sus últimos versos:

> Si es ansí, fenezca ahora
> *La discreta labradora,*
> mas no el servir tal senado.

Esta comedia es también de las más antiguas de TÉLLEZ, como se ve por la relación de D.ª Inés en la escena IX del acto segundo:

> En Valladolid, la rica,
> nací, y en brazos del ama
> mamé desdichas por leche:
> ¿qué mucho tenga desgracias?
> Faltóme el padre y la madre
> en mi niñez, y esta falta
> fué ocasión de muchas sobras
> de mi juventud liviana.
> *Mudóse la corte* insigne
> *desde Madrid á mi patria...*
> Allí conocí á Don Pedro,
> ese que quema en tus aras
> su corazón por aromas
> y en tu belleza idolatra.
> Vióme una vez en San Pedro...
> Palabra me dió de esposo,
> mas olvidó la palabra...
> *Volvióse á Madrid la corte:*
> supe que en Toledo estaba...
> Seguíle en aqueste traje
> encubierta y disfrazada...
> Entré, sin que conociese
> ser yo aquella Doña Juana
> que engañó en Valladolid,
> por paje humilde en su casa.
> He sabido que te adora...
> ¡Guárdate, Angélica bella,
> del lobo, que ovejas mansas,
> en cordero distrazado,
> con mil engaños halaga!

Trátase, pues, de sucesos que ocurrían á poco de la vuelta á Madrid de la corte, ocurrida á principios de 1606, y de esta fecha debe de ser *La Villana de la Sagra.*

86. La villana de Vallecas.

Se imprimió en la *Parte 1.ª* (1627) de las comedias del autor. No consta, aunque parezca extraño, que la haya reimpreso D.ª Teresa de Guzmán, ni tampoco la recogieron los primeros coleccionistas de obras de TÉLLEZ en el siglo XIX.

Hartzenbusch es quien la reprodujo, primero en el tomo VI de su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez* y más tarde en *Autores españoles.* Hay alguna otra impresión posterior como las de las colecciones citadas al principio de este *Catálogo*, y otra hecha en Valencia en 1883 (Terraza y Aliena, en 8.°).

De las refundiciones, la más antigua y famosa es *La ocasión hace al ladrón*, de D. Agustín Moreto, impresa en la *Verdadera Tercera parte* de sus comedias (Madrid, 1676).

Túvola también presente D. Jerónimo Barrionuevo y Peralta en su *Laberinto de amor y Panadera de Madrid*, comedia que se halla manuscrita en nuestra Biblioteca Nacional, y

corresponde á la tercera decena del mencionado siglo XVII.

En 1819 hizo D. Dionisio Solís una nueva refundición de la comedia de Téllez en cinco actos, que se representó mucho en los teatros de entonces. Existen manuscritos de ella en las Bibliotecas Nacional y Municipal. El de esta última lleva la fecha de 1823.

Yo tengo otro de la época, pues perteneció al tercer apunte del teatro de la Cruz, Andrés López, quien puso esta nota: «Esta comedia duró ocho días y dió 59.528 reales.»

Efectivamente: se estrenó en el teatro de la Cruz el 2 de Noviembre de 1819 y siguió los días 3 á 9 inclusive; volviendo aún á ponerse en escena los días 14 y 15 del propio mes.

Hicieron los principales papeles Manuela Carmona y Antera Baus, Bernardo Gil, José Galindo, Vicente Fernández, José Díez y el gracioso Cubas. Con la comedia se puso en escena el sainete de D. Ramón de la Cruz *La maja resuelta*.

La refundición de Solís fué impresa con muchas erratas, sin su nombre, y con el título de *La Villana de Vallecas, comedia en cinco actos. Del Maestro Tirso de Molina, Barcelona, por Juan Francisco Piferrer, 1830*, 4.º, 36 págs.

Es muy probable que Tirso tomase el argumento de su obra de la comedia de Cervantes *La entretenida*, impresa con otras del mismo autor en 1615; porque hay mucho parecido entre ambas; sobre todo en cuanto al personaje que usurpa el nombre y condición de otro y trata de casarse con su prometida, vive en su casa como pariente, etc.

La *Villana de Vallecas* se escribió en 1620, como demuestra la relación de la enfermedad de Felipe III en la escena VI del primer acto y la carta que hay más adelante (escena X), fechada á 25 de Marzo de 1620.

La Virtud consiste en medio.

(Véase **Tanto es lo demás como lo de menos**) (1).

(1) A última hora he visto que en el *Catálogo* de piezas dramáticas manuscritas de la Biblioteca Nacional se cita (núm. 985) la misma comedia de *Las hazañas del Cid*, falsamente atribuída á Lope de Vega en la impresión de Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1603. Durán, que vió este rarísimo tomo, lo hizo copiar; y á juzgar por la rápida ojeada que hemos podido darle, nos ha parecido la fuente ú original de donde salió la refundición de D. Fernando de Zárate.

OBRAS FALSAMENTE ATRIBUÍDAS A TIRSO DE MOLINA

Amantes y celosos, todos son locos.

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito, copia moderna de una comedia de este título, atribuída á Tirso, aunque quiere ser refundición, pues al fin, dice:

Del gran Tirso la memoria.

Pero esta obra es la misma que la que en otro manuscrito de dicha Biblioteca se atribuye á Lope de Vega y se dice refundida por D. Dionisio Solís, con ligeras variantes. Ni Lope ni Tirso tienen comedia de semejante título, de modo que no es fácil saber de qué obra se trata.

Cuando tocas vendo desengaños toco. Comedia en cinco actos por Fr. Gabriel Téllez.

Así lo dice un manuscrito de la Biblioteca Municipal; pero se trata de una refundición de *La toquera vizcaína*, de Montalbán.

Entremeses. Los doce que van al final de la *Segunda parte* de las comedias de Téllez. El de *La venta*, es de Quevedo; los cuatro que forman las cuatro partes de *Los Alcaldes encontrados, El gabacho, Los coches* y *La malcontenta*, son de Luis Quiñones de Benavente, y acaso del mismo los otros cuatro que no hemos podido identificar.

El infanzón de Illescas ó el rey Don Pedro en Madrid.

Un manuscrito moderno que poseyó Hartzenbusch atribuía esta obra á Tirso, y por eso la incluyó en la colección de éste en *Autores españoles*. Pero en los antiguos impresos se adjudica á Lope de Vega, de quien es, según ha demostrado el Sr. Menéndez y Pelayo, al incluir esta grande obra en la colección académica de las de Lope.

Lo que son mugeres. Comedia en cinco actos, en verso. Del Maestro Tirso de Molina. Refundida. Barcelona. Noviembre, 1830. En la oficina de D. Juan Francisco Piferrer, 8.°, 96 páginas.

Es la comedia de igual título, de D. Francisco de Rojas, refundida por D. Manuel Eduardo Gorostiza, é impresa con su verdadero nombre (París, 1828, 16.°, *Apéndice al Teatro escogido*, de Gorostiza, tomo II).

La locura por la honra (Auto sacramental). *Del Maestro Tirso de Molina.* Así en el *Catálogo* de Medel, y, por consiguiente, en el de Huerta.

Indudablemente lo debieron de confundir con el de Lope (impreso últimamente en el tomo II de las *Obras de Lope*, edición de la Academia Española), ó con el del Maestro Valdivielso, pues Medel no cita ni uno ni otro y Huerta solo *La locura (sic)* de Valdivielso. Barrera siguió á Huerta. Pero en la Biblioteca Nacional hay un manuscrito del auto de este poeta, con fecha no menos que de 1602, época en que aún Téllez no parece hubiese comenzado á escribir para el teatro.

El mejor desengaño. Del Maestro Tirso de Molina.

Así en el *Catálogo* de Medel y en Huerta. Probablemente será confusión con *El mayor desengaño*, aunque Medel también cita esta obra.

El milagro por los celos.

Atribuída en el manuscrito de la Biblioteca Nacional. Es, como hemos dicho, la comedia de Lope de Vega.

Vida y muerte de Hércules. Del M. Tirso de Molina. Catálogos de Medel y Huerta, aunque citan también la *Vida y muerte de Herodes*, con la que la habrán confundido.

La villana de la Sangre. De Molina. (Catálogo de Huerta).

Sin embargo, cita también *La villana de la Sagra*, como si fuese obra diferente.

NOTA. Como no han podido salvarse á tiempo algunas erratas cometidas en el *Prólogo* del tomo 1, lo haremos ahora:

Pág. XXV, nota (1), línea 3.ª, dice: «1623»; debe leerse «1631».

Pág. XXXI, líneas 18 y 19. Por error de ajuste se dividió la palabra «gentilhombre» al principio de dichos renglones por haberse caído la primera mitad de ella.

Pág. XXXIV, nota, columna 2.ª, línea 8.ª, dice: «zagalera»; léase «zagaleja».

Pág. LXII, línea 16: «puedrá»; léase «podrá».

Pág. LXIV, línea 21: «mudanza»; léase «privanza».

Pág. LXXII, línea 17: «(2)»; léase «(1)».

Pág. LXXIII, línea 9.ª: «el clima»; léase «y en el clima».

Pág. LXXV, línea 25: «Velaude»; léase «Velaunde».

Pág. LXVV, nota, columna 2.ª, línea 11: «*Velaude*»; léase «*Velaunde*».

Pág. LXXX, línea 11: «tal obra»; léase «tal empresa».

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA

TOMO II

COMEDIA FAMOSA

SANTO Y SASTRE

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

HOMO BONO, *santo.*
DOROTEA, *dama.*
PENDÓN, *gracioso.*
ROBERTO, *viejo.*
GRIMALDO.
LELIO, *caballero.*
DOS CRIADOS.
VALERIO.
SABINA, *dama.*
ESPERANZA, *criada.*
UN POBRE.
UN ÁNGEL Y UN MÚSICO.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen DOROTEA *y* PENDÓN.

DOROT. ¿Tantos me pretenden?
PENDON. Tantos;
que para tantos de juego
aun sobran. Mira este pliego
lleno de quejas y llantos.
(Va sacando papeles cerrados del seno y faltriqueras.)
Mira luego este papel
de un galán almibarado
que según viene enmelado
debe de ser moscatel.
Repara en este billete
que un Licenciado me dió,
tan culto, que me llamó
Mercurio, por alcahuete.
Este me dió un capitán
con más plumas que un virote,
que acicalando un bigote
hissopo de un sacristán,
muerto porque hoy no te ha visto,
me dijo: «Dile á mi ingrata
que dando vida, me mata
con su ausencia, ¡voto á Cristo!»
Este es todo de lisonjas.
DOROT. ¿Tantos traes?
PENDÓN. Te espantarás,
ahora empiezo, no trae más
una andadera de monjas.
Digo que éste es lisonjero
porque su dueño poetiza,
(por no decir gongoriza);
y es destos que al mes de Enero
llaman padre del candor;
al sol, monarca diurno;
cerúleo al cielo, y coturno
al Alba del esplendor.
DOROT. ¡Jesús! perdone este hidalgo
si del modo que escribe, ama.
PENDÓN. Fiscal cuadrúpedo llama
de las liebres (éste) al galgo;
nieto al amor, de la espuma;
alcatifas de tabí
á los prados, y á un neblí
llamó estafeta de pluma.
DOROT. ¡Qué necio modo de hablar!
PENDÓN. Estos se llaman poetas
con cáscara, no los metas
en la boca, sin quebrar
sus versos con un martillo;
que si á gustarlos te pones,
por ser poetas piñones
te han de quebrar un colmillo:
ya gasté los que traía
en las manos.
DOROT. ¿Pues hay más?

PENDÓN. Aguárdate y lo verás.
Cada faltriquera mía
viene á ser una estafeta.
Este me dió un boticario
que su amor en eletuario
te explica como en receta;
todos estos son diversos
en estilos y en autores;
unos te escriben doctores
en aforismos y en versos;
otros escribanos (suma
sus rasgos, y «sepan cuántos»)
y admirada que haya tantos
llámalos gatos con pluma.
Si en intereses reparas
billetes hay mercantiles
destos, que como alguaciles
venden engaños á varas.
En estotra faltriquera
te traigo otra letanía,
gente es de menos cuantía,
darélos juntos; espera.
DOROT. Acaba ya.
PENDÓN. Acaben ellos.
Este conozco: es de un paje
que sirve á un gran personaje;
trae guedejados cabellos,
habla tiple, damo pisa,
viste alzacuello y valona,
tañe y canta la capona,
pero no tiene camisa.
Un barbero, gran lanceta
pide, que alivies sus llamas,
sabe jugar á las damas
y come seis de una treta;
esotros son á esta traza,
que muertos por tu hermosura
hacen *tutti li* figura;
dellos te desembaraza,
y pues te intentas casar,
escoge uno; que cansado
según vengo, empapelado
me pueden poner á asar.
DOROT. No es nuevo en ti ser burlón;
siempre vienes con quimeras
bufonas: habla de veras
si quiera esta vez, Pendón.
Hija soy de un mercader
sin padres, y con hacienda;
que para que la defienda
de engaños, he menester
marido que la acreciente
y ponga en orden mi casa;
la prudencia es quien me casa,
no el amor, que es accidente
que raras veces acierta;
pretenden dos este estado
y desvela mi cuidado
el verlos rondar mi puerta.
Lelio muestra voluntad
cuando no á mí, á mi dinero;
es pobre y es caballero,
puede darme calidad,
y no de mi esfera salgo
cuando sea su mujer,
pues, en fin, el mercader
está en vísperas de hidalgo.
Fuélo mi padre, en efeto.
Por otra parte me inclino
á Grimaldo, y le imagino,
como estudiante, discreto,
y que una vez graduado
en las Leyes que profesa
su facultad interesa
honra y provecho; hame dado
antojo, si se despacha,
bien su pretensión agora,
de que me llamen Oidora
y me adorne una garnacha.
PENDÓN. De eso no me maravillo;
ni hay gente como Letrados
que en *Digestos* opilados
hallan textos de tornillo.
Mas si te casas con él
y viniere á ser Oidor
será consuelo mayor
morirte primero que él;
porque si viuda te advierto,
y antes de serlo adorada,
no hay cosa más desdichada
que la mujer de Oidor muerto.
DOROT. Acaba con disparates,
y advierte que destos dos
al uno, estando de Dios,
tengo de elegir.
PENDÓN. Quilates
tiene cada cual que obligan,
y si va á decir verdad,
Lelio es todo voluntad
pero deudas le fatigan.
Grimaldo es un licenciado
tan cercano de la toga
que imagina ser, si aboga,
de las bolsas abogado;
tienes tantos pretensores
que cada cual me empapela
como á muchacho de escuela
que va á vender cobertores;
pero entre todos no estaba
descuidado de su queja,
que allá en Castilla la Vieja
un rincón se me olvidaba.
(Saca otro papel de la toquilla del sombrero.)
Este es de Lelio, que espera
tu amor por lo generoso,
el cual de puro curioso
le escribió con bigotera.
Estotro el jurisperito
le sacó de un borrador,
(Saca otro de entre la calza.)
que si piensa ser Oidor,
y en párrafos te le ha escrito,
le trasladó para darte
el alma, que en él se enciende,
y como ser juez pretende
dirá: «traslado á la parte.»
DOROT. De esos dos hemos de ver
cual, en fe de su eficacia,
viene hallar en mí más gracia.
PENDÓN. Y de estotros, ¿qué he de hacer?
DOROT. Quemarlos.
PENDÓN. Crüel estás;
rásgalos, que si te ofenden

cara á cara te pretenden,
y el castigo es cara atrás.
DOROT. Esta noche las doncellas,
que es víspera de San Juan,
si deseosas están
de casarse...
PENDÓN. Las más dellas
cojean de aquese pie.
DOROT. Con el altar que acostumbran
enraman, pulen y alumbran;
tienen en el santo fe;
y cuando hacen la oración,
que en tales casos dispuso
la superstición ó el uso,
con silencio y devoción,
procuran conjeturar
de lo que escuchan primero
en la calle al pasajero
si se tienen de casar
ó no; si será el marido
hombre apacible ó molesto;
si se verán viudas presto,
si es noble ó si mal nacido,
y otras cosas deste talle,
que yo juzgo por locura,
pues coligen su ventura
de lo que va por la calle;
yo no tengo de tentar
al cielo desta manera.
PENDÓN. Tienes poco de hechicera.
DOROT. Con aquél me he de casar
que con mayor agudeza
me escribiere su papel
de los dos.
PENDÓN. Ponle el laurel,
mas no sobre la cabeza;
que aunque victoria señala
y fué blasón excelente,
cosa de rama en la frente,
aun en profecía es mala.
DOROT. ¡Qué necio estás!
PENDÓN. Ya lo veo;
mas dígolo por si acaso,
mientras estotros abraso.
Este es de Lelio.
DOROT. Este leo. *(Papel.)*
(Lee.) «Mi amor, bella Dorotea,
que niño empieza á escribir
y sin verte ha de morir,
aunque escribe, deletrea;
y en tu nombre afirmaré
que, aunque á Dorotea va,
le quito la postrera a,
porque diga A doroté.»
PENDÓN. Jugó sutil del vocablo;
porque, á falta de dinero,
juega todo caballero
equívocos; ¡dále al diablo!
DOROT. ¿Pues no es el conceto agudo?
PENDÓN. Como una alesna ó punzón.
Buena estuvo la invención
del *adórote* desnudo!
Mas si enviara un bolsillo
de doblones brilladores,
que con dos caras traidores
traen el semblante amarillo,
tú le amaras, yo lo sé;
y pudiera en tu decoro
escribirte con ese oro,
Dorotea, *doroté*.
DOROT. Yo no pretendo á mi amante
rico, mas sabio y con seso.
PENDÓN. Bien comeremos con eso.
DOROT. Escucha y calla.
PENDÓN. Adelante.
DOROT. *(Lee.)* «Si me permiten los cielos
que te tenga por señora
daréte, en fe que te adora
el alma...»
(Dice UNO *de dentro como que pasa por la calle.)*
UNO. *(Dentro.)* Palos y celos.
DOROT. ¡Jesús, qué agüero tan malo!
PENDÓN. El bellacón que pasó,
por Dios, que te recetó
sin tener bubas el palo.
¿Palitos? ¡puto Miguel,
valdate dese manjar!
bien le puedes descartar.
¿Celos y palos? papel
sois vos pronosticador
de pesadas aventuras.
DOROT. Anda, que no hay conjeturas
que puedan darme temor
de lo que se dice acaso.
(Lee.) «Si te desposas conmigo
á que te envidien me obligo
en Cremona á cada paso
las damas de más estima.
Visitaránte señoras,
patricias, gobernadoras,
á quien la nobleza anima;
lograrás tu juventud
con galas que arrastrarás,
y en desposándote irás
en el mejor...»
UNO. *(Dentro.)* Ataud.
DOROT. ¡Jesús mil veces!
PENDÓN. Marido
de *requiem*, por Dios, es éste:
dále, señora, á la peste.
DOROT. Algún burlón atrevido
que está oyendo lo que leo,
celoso procura así
turbarme; jamás creí
supersticiones, ni creo
que adivinen mi desastre.
Leo.
PENDÓN. Vaya.
DOROT. *(Lee.)* «En mi poder
dueña de casa has de ser
y tu esposo humilde.»
UNO. *(Dentro.)* Un sastre.
DOROT. ¿Sastre dijo? no leo más.
PENDÓN. ¿Sastre el dueño y yo pendón?
(Rásgale.)
vendrá la circuncisión
de la ropa y medrarás;
mas el pronóstico llevo.
De seis sastres me contaban
que solamente cenaban
entre todos seis un huevo
y que cada cual metía
su aguja en vez de cuchar;

gentil talle de engordar,
blando el huevo y la agua fría.
DOROT. No debe de estar de Dios
que Lelio mi esposo sea:
venga esotro.
PENDÓN. Dorotea,
tripúlalos á los dos;
no te cases por ogaño,
pues agüeros socarrones,
entre agujas y punzones
te anuncian hurtos de paños;
mira que te han de agarrar
cuando la muerte te arrastre,
como el ánima del sastre
suelen los diablos llevar.
DOROT. La pobreza del que escribe
el roto papel, es tal,
que si gasta su caudal
y lo que en dote recibe,
podrá ser que después venga
á ser sastre, por tener
en qué ganar de comer.
PENDÓN. Pues dile «Dios le mantenga.»
Pero, siendo caballero
¿ha de admitir tal desastre?
Mas del *Caballero sastre*
vi yo una farsa.
DOROT. No quiero
sino á Grimaldo que, en fin,
nunca fué pobre el letrado.
PENDÓN. De un pelón á un Licenciado
vas de rocín á ruín;
pero los temores deja
y olvida al sastre prolijo
que por ellos no se dijo
mete aguja y saca reja. *(Papel.)*
(Lee.) «En vano estudiar intento
leyes que me den el grado,
si en las de amor ocupado
me usurpas el pensamiento.
Tirana de mis desvelos,
¿qué leyes podré estudiar
si no las saben guardar
tus mudanzas y mis celos?
Dicen que será tu esposo.»
UNO. *(Dentro.)* ¡El sastre, el sastre...!
PENDÓN. ¿Otra vez?
DOROT. La rueda de mi altivez
postra este nombre enfadoso.
Pendón, ¿qué es esto? ¡Jesús!
ya de conjeturas pasa
esto á verdad, ¿en mi casa
dueño un sastre?
PENDÓN. ¡Bercebú
lleve el papel!
DOROT. Mil pedazos
le hice. *(Rásgale.)*
PENDÓN. Bien, que pues mujer
de un sastre tienes de ser
ya el papel dió los retazos;
no te cases, que es encanto
todo lo que hemos oído.
DOROT. Yo, cielos, con un marido
sastre, ¡cómo!
UNO. *(Dentro.)* Sastre y Santo.
PENDÓN. Cá, no hagas caso ya
del proverbio, el temor deja:
¿no oiste lo que á la reja
dijeron?
DOROT. Sí.
PENDÓN. ¿Pues podrá
cumplirse? ¡buen desvarío!
Vuelve en ti, pierde el espanto.
DOROT. ¿Pues por qué no?
PENDÓN. ¿Sastre y Santo?
¿blanco y negro? ¿fuego y frío?
Los sastres sirven de lastre
hacia las bombas oscuras;
cargado de sisaduras
mal podrá volar un sastre.
Incasable has de pasar;
porque decir que has de ser
de un Sastre Santo, mujer,
es lo mismo, que afirmar
que el conseguir tú marido,
vendrá á ser difícil tanto
como hallar un Sastre Santo,
que desde Adán no le ha habido.

ESCENA II

Sale HOMO BONO, *mozo, en mediano traje.*—DICHOS.

HOMO. Dios en esta casa sea
y á vuesas mercedes guarde;
hanme dicho que esta tarde
la señora Dorotea,
(si es vuesasted no lo sé)
me envió á casa llamar;
no dió un negocio lugar
entonces.
DOROT. ¿Yo, para qué?
HOMO. Para cortar un vestido.
DOROT. Quien tal dijo le engañó.
HOMO. Debí de engañarme yo;
no importa, poco hay perdido;
vuesa merced me perdone.
PENDÓN. El pronóstico se va
cumpliendo.
DOROT. Oiga, vuelva acá;
su buena cara le abone;
¿pues él es sastre?
HOMO. A servicio
de Dios y vuesa merced.
DOROT. *(Aparte.)* Pensamientos detened
las riendas á mi juicio.
¡Válgame Dios! por la calle
un sastre me pronostica
por marido, quien publica
que por esposo he de amalle,
y apenas malicias temo
cuando, sin llamarle yo,
por mis puertas se me entró
un sastre, ¡qué extraño extremo!
Pero su buena presencia
causa á mi temor quietud.
¡Qué gallarda juventud!
HOMO. Iréme con su licencia,
pues que no soy menester.
DOROT. Ya que vino, escuche un poco:
ó fué necio, ó era loco
quien le aconsejó escoger
oficio tan desvalido
á un hombre de tan buen talle,

que un rey pudiera ocupalle
siendo su favorecido
en otro de más valor.
¿Sastre un mozo tan gallardo?

HOMO. Siéndolo, señora, guardo
el ser que heredé mejor:
tuvo este oficio mi padre
y en él mismo le heredé.

DOROT. ¡Qué mal hizo!

HOMO. Pues ¿no ve
que naturaleza (madre
que distribuye prudente
sus dones á cada cual
con repartimiento igual,
al ser bajo, ó eminente
que cría en cualquier sujeto)
me obliga á esta profesión?
Nunca aspira á ser león
el cordero.

DOROT. ¡Qué discreto!

HOMO. El bruto que con su piel
una vez se disfrazó,
causa de su afrenta dió
á los que burlaron dél;
la ocasión de estar perdido
el mundo, es porque cualquiera
no contento con su esfera
se eleva desvanecido.
Viste seda el oficial,
porque anhela á ciudadano,
y éste con la hacienda sano
ser quiere al hidalgo igual;
el hidalgo, caballero,
y el caballero, marqués,
éste príncipe, y después
el príncipe, rey severo;
el rey hasta emperador
no para, siempre anhelando,
y ansí se van despeñando
desde el esclavo al señor.
Si el hijo del jornalero
en la azada se ocupara,
el oficial trabajara
y contento el caballero
con lo que el cielo le ha dado
no saliera de compás,
pretendiendo valer más,
todo anduviera ordenado;
yo, en fin, que en mi esfera estoy
ansí mi oficio entretuve;
padre que fué sastre tuve,
sastre nací, y sastre soy.

PENDÓN. Y tal sastre que pudiera
ser sastre predicador.

DOROT. ¿Qué es esto civil amor?
Ya no soy la que antes era;
garnachas apetecía
y ya adoro á quien las cose;
entróse en casa y entróse
también en el alma mía.
¡Bien haya quien fué profeta
de lo que también me está!
¿Mas si éste el sastre será
que el proverbio me interpreta?
Séalo, y yo le perdono
todo el susto que me ha dado.
¿Hay tal cara, hay tal agrado?
¿Cómo se llama?

HOMO. Homo Bono.

PENDÓN. *Buen hombre*: lindo apellido;
porque el buen hombre es de modo
que suele pasar por todo,
circunstancia de marido.

DOROT. Pendón ¿no le llamó ansí
el que pasó por la calle?

PENDÓN. Homo Bono, oí nombralle.

DOROT. El cielo le trujo aquí
para que mi dueño sea,
y si el cielo lo ordenó
no he resistirle yo.

PENDÓN. Será sastra, Dorotea.

HOMO. Yo aquí no soy menester
y ya se va haciendo tarde;
quédense con Dios.

DOROT. Aguarde;
que ya que vino he de hacer
una ropa; la medida
puede empezarme á tomar.

HOMO. ¿Y qué color?

DOROT. Verdemar.

HOMO. Imagen de nuestra vida
es, señora, este color,
verde, que en breve se seca,
mar que sus bonanzas trueca
en naufragios; mar y flor
es la caduca hermosura
que en un instante se altera.

PENDÓN. ¿Sermoncitos? Mejor era
este sastre para cura.
Voyme de aquí que he sentido
no sé en mí qué devoción
y seré el primer Pendón
de los sastres convertido. *(Vase.)*

ESCENA III

DICHOS, *menos* PENDÓN.

DOROT. ¿Mozo moralizáis tanto?
dejad á las canas eso.

HOMO. Yo hablo en lo que profeso.

DOROT. ¿Mas si hubiese un sastre santo
y fuese este? Comenzad
á ajustarme la medida,
y advertid que guarnecida
la ropa con variedad
curiosa, á vuestra elección
han de ser los pasamanos.

HOMO. ¡Ah, señora, y qué de vanos
trajes usa la ambición!
Si yo los he de escoger,
pasamanos la prometo
que causen gusto al discreto,
y hermosura á la mujer,
por lo vistoso y lo vario
en la invención y colores;
los pasamanos mejores
son en ellas el Rosario;
que si las manos le pasan
de pasamanos podrán
servir al alma, pues dan
pasaporte al cielo, y pasan
con discreción y medida

nuestras acciones violentas,
tomando cuenta sus cuentas
á los gastos desta vida.

DOROT. No es cara predicadora
la vuestra, porque es muy buena,
ni en la facultad ajena
ocupéis la vuestra agora;
á andar curiosa me inclino
y en breve casarme espero,
sastre hipócrita; yo os quiero
sastre humano y no divino:
tomad la medida ya
y sacareos el tabí
que cortéis.

HOMO. ¡Qué frenesí
vestiros de eso será!
Vuestro honor ponéis en duda;
que galas son incentivos
del pecado; advertid vivos
ejemplos: Eva desnuda
andaba cuando era santa,
y vistiose pecadora.
La culpa fué la inventora
de gala y soberbia tanta;
cortó ropas el delito,
¿y dél queréis componeros?
A nuestros padres primeros
se las dió por sambenito
Dios, que sus culpas señala
en el hombre y la mujer;
¿pues no es vanidad hacer,
vos del sambenito gala?

DOROT. Esto se usa, acabad ya
que quien casarse pretende
obliga, pero no ofende
curiosa.

HOMO. ¿Y parecerá
mal, á quien os manifiesta
deseos del conyugal
amor, si con traje igual
os ve curiosa y honesta?
Si lícitamente os ama,
más os querrá virtuosa;
quien os busca para esposa
no os pretende para dama,
porque en estas solicita
el vicio su torpe arreo,
que como el pecado es feo,
de las galas necesita;
pero en el tálamo justo
la virtud sola ha de ser
galas con que la mujer
dé seguridad al gusto.
Vos sois hermosa que basta;
dejad tabíes á las feas,
que las mejores preseas
son virtudes en la casta.

DOROT. Persuasión la gracia os dió
con que eficaz convertís;
Sastre Santo, vos vestís
almas, que los cuerpos no.
Escoged pues de que sea
la ropa que he de traer,
que desde hoy tiene de ser
discípula Doretea
de vuestra sabia doctrina,
si ya, por ser más feliz,
no fuera vuestra aprendiz.
A cuanto quiere me inclina. *(Ap.)*
Si gallardo me enamora,
virtüoso me reprime,
¡ay cielos, haced que estime
el corazón que le adora!

HOMO. Dejad eso por mi cuenta,
veréis cuan curiosa y grave
os saco á vistas.

DOROT. *(Ap.)* No sabe
el alma en verle contenta
apartarse de los ojos.
¿Qué es eso?

HOMO. Es la medida,
(Saca una medida de pergamino.)
que si fuera conocida,
con más humildes despojos
se vistiera el que es discreto.
Ya veis que es de pergamino,
y fué misterio divino,
que el pergamino, en efeto,
es piel de un cordero muerto,
porque de pieles vistió
Dios nuestros padres, y dió
con tal ropa aviso cierto
á los hombres que los males
del goloso y triste hechizo
por su soberbia los hizo
generalmente mortales.
Mida pues el pergamino
las ropas, y si es cordero,
Cristo lo fué verdadero
ya humano, si antes divino;
que si me ajusto y me visto
dél, cumpliré en tal demanda
lo que San Pablo me manda,
que es que me vista Cristo.
Comencemos por aquí.
(Saca la tisera, ábrela y besa el nudo.)

DOROT. ¿Por qué besáis la tisera?

HOMO. Porque la Cruz considera
el alma en ella.

DOROT. Es ansí;
mirad que soy de cintura
estrecha, medidla bien.

HOMO. Estrechez pide también
Dios, señora á la criatura,
ceñir nos manda y tener
en la mano ardiente luz;
Cristo se estrechó en la Cruz,
lo mismo habemos de hacer
para escapar de los lazos
donde el alma pierde pie.
(Al tiempo que la ciñe la cintura con la medida, tropieza ella y abrázase con él.)

DOROT. ¡Válgame Dios, tropecé
por teneros en mis brazos!

HOMO. Suelte, ¡Jesús! ¿Está en sí?

DOROT. En mí no, que en vos estoy;
el alma os dí, agora os doy
los brazos, doléos de mí;
no penséis que os solicito
para el amor reprobado;
para el tálamo sagrado
os llamo, en él os admito;
rica soy, de un mercader
caudaloso fuí heredera;

un caballero me espera
y un letrado por mujer;
vos sois sastre, ¿mas qué importa?
poco oficio nos divide,
paños el mercader mide
y el sastre los mide y corta.
Honesto me habéis rendido,
gentil me habéis hechizado,
mozo me habéis abrasado
y santo me habéis vencido;
cortad para nuestra boda
galas, sed esposo y sastre.

HOMO. Tal vez lleva á pique el lastre
la nave y la gente toda.
Tormenta se ha levantado
que los apetitos ciega,
y cuando el alma se anega
remedio es echarse á nado.
Dichoso aquél que se escapa
del golfo y del mar se aleja;
adiós, que en la mano os deja
tentación, Joseph, la capa.
(Vase y déjale la capa.)

DOROT. ¿Qué es ésto? ¿Tal menosprecio
sufre una mujer honrada?
¡Ola, criados, vecinos;
agravios de amor me abrasan!

ESCENA IV

Sale PENDÓN.—DICHA.

PENDÓN. ¿Quién da voces? ¿Qué tenemos?

DOROT. Aquél hombre, aquél que engaña
con hipócritas mentiras,
santo sólo en las palabras;
aquél que virtudes vende;
aquél que se entró en mi casa
sin llamarle, aquél...

PENDÓN. ¡Qué aquelas!
¿Di quién es, que estás extraña?

DOROT. El que llaman Homo Bono
y es hombre malo, intentaba
luego que de aquí te fuiste...

PENDÓN. Qué ¿hacerte de una vez sastra?

DOROT. Deshonrarme.

PENDÓN. Por lo menos.
Y por lo más, ¿qué buscaba?
Miren, si lo dije yo:
¿sastre y santo? ¡Cosa rara!
Cuervo blanco, nieve negra,
luz oscura, firme paja,
sol de noche, poeta rico,
caballero sin mohatras,
viuda de noche y sin duende,
doncella no pellizcada,
tahur sin echar por vidas,
contrabajo y beber agua,
es decir que hay sastre y santo.

DOROT. Dejóme, cual ves, la capa
cuando vió que daba voces.

PENDÓN. Mira, un sastre es cosa usada
sisar para su pendón
cuanta ropa rica ó basta
encomienda á la tisera,
por eso son desbocadas.
Vióte virgen é intentó,
imaginándote intacta,
hacerte virgen pendona
y por esto te sisaba.

ESCENA V

Sale ROBERTO, *viejo*.—DICHOS.

ROBERT. Alborotado y en cuerpo
vi, que salió desta casa
mi hijo, y sin que pudiese
detenerle; más me espanta
cuanto más sé su modestia;
¿qué accidente será causa
de tan nueva turbación?
Mil dudas me ofrece el alma,
Señora, saber quisiera
qué suceso ó qué desgracia
á un hijo que me dió el cielo,
huyendo y turbado saca
de aquí, donde entró á serviros.

DOROT. ¿Es hijo vuestro el que llaman
en Cremona el Homo Bono?

ROBERT. Sí, señora.

DOROT. Mal se hermanan
nombre y obras.

ROBERT. ¿Pues por qué?

DOROT. Porque en acciones contrarias,
cuando virtudes predica,
vicios contrarios le infaman;
á que cortase un vestido
le llamé.

PENDÓN. Mejor cortara
ribetes el sastricida,
que remedian boticarios.

DOROT. Y quedando con él sola
quiso...

PENDÓN. Quiso golosmearla.

ROBERT. ¿Vísteslo vos?

PENDÓN. Acechélo.

ROBERT. ¡Mirad lo que decís!

DOROT. Basta.

ROBERT. Reparad, señora mía,
que mi hijo es en Italia
el sol de la compostura.

PENDÓN. Soles hay que anuncian agua.

ROBERT. Mirad que en él no hasta ahora
vió la torpeza en su cara
señal por donde pudiese
la malicia murmurarla.

PENDÓN. Hay caras ya taberneras
que venden á los que engañan
vino que es vinagre y zupia.

DOROT. ¿Conoceréis esta capa?

ROBERT. Esa es suya.

DOROT. Y es testigo
de su torpeza villana;
que, porque me oyó dar voces,
dejó en ella vinculada
mi deshonra y su delito.

PENDÓN. Y también se echa á las vacas
la capa como á los toros.

ROBERT. Si eso es verdad, la venganza
os dará quien le dió el ser;
pero afirmarlo vos basta,
que os respetan bien nacida

y os autorizan honrada.
Humilde oficio profeso,
pero en mi esfera se guarda
la opinión como la vida,
que hasta aquí no admitió mancha.
¡Vive Dios! que he de verter
su sangre para lavarla,
si como es un hijo solo
fuera del orbe monarca!

DOROT. ¿Luego, vais á darle muerte?

ROBERT. ¿Pues no es justo?

DOROT. ¡Ay, desdichada!
No le matéis que le adoro.

PENDÓN. Derrengóse con la carga.

DOROT. Haced vos que sea mi dueño,
gobierne mi hacienda y casa,
médreme yo esposa suya,
quedaré alegre y vengada.

ROBERT. ¿Pues no decís que intentó
forzaros?

DOROT. Mal me forzara
quien por derecho del cielo
es dueño único de mi alma.
Forzóme á adorarle amor,
porque es fuerza voluntaria
la belleza, que un discreto
llamó apacible tirana:
mano le pedí de esposo,
ya sabéis vos si hacendada
le igualo en la profesión,
no digo le hago ventaja;
despreciómе, huyó y quedé
sin el dueño y con la capa
como al tahur que ha perdido
le consuela la baraja;
padre (que os doy este nombre)
seldo en remediar mis ansias;
virtud quiero, que no hacienda;
muchos su dueño me llaman
que mi mano solicitan;
Homo Bono es quien me abrasa,
no en torpe fuego, eso no,
pero sí en honestas llamas;
sed tercero vos en ellas
ó prevenid á desgracias
que en mí han de ser infalibles
tragedias que os den infamias.

ROBERT. Señora, siendo eso cierto,
mucho más mi hijo me agravia
en no estimar prendas vuestras
que primero en violentarlas.
Buscábale compañía
que con belleza mediana
virtudes trujese en dote,
caudal que nunca se acaba;
agora, pues, que hallo en vos
hermosura, hacienda, gracia,
virtud, amor y cordura,
¿qué pretendo? ¿Qué le falta?
Siempre me ha sido obediente;
como en vos no haya mudanza,
yo sé que habrá en él deseos
que los vuestros satisfagan.
Mañana vendrá á rendiros
el alma y pecho.

DOROT. ¿Mañana?

PENDÓN. No, sino hoy, prisas doncellas;
luego opilan si se tardan.

DOROT. Cumplid como prometéis.

ROBERT. Desempeñaré palabras
con obras que yo apetezco. *(Vase.)*

PENDÓN. Mire que las que se casan
los instantes de sus bodas
juzgan leguas de la Mancha. *(Vase.)*

ESCENA VI

Sale GRIMALDO *de estudiante y* LELIO *de caballero.*
DICHA.

GRIMAL. Dorotea: litigantes
sobre tu amor, Lelio y yo,
la esperanza nos citó
á tus estrados amantes.
Amigos éramos antes;
mas pleitos de tu bondad
mudan nuestra voluntad
en competencia enemiga,
que si es cuerdo, no hay quien diga
que en pleitos hay amistad.
El alega de su parte
favores que tú le has hecho,
y yo informo en mi derecho
muchos más para obligarte;
sentencia con declararte
á quién escoger ordenas,
porque remates las penas
de la esperanza que agostas,
y condenarásle en costas
si á tu olvido le condenas.

LELIO. Yo sé que con buenos ojos
mi amor miras y agradeces
mi voluntad, cuantas veces
das alivio á mis enojos.
Píntase amor con antojos
en fe, que es corto de vista;
podrá ser que en tu conquista
se engañe porque ve mal;
por eso en tu tribunal
viene á explicar la revista.
Noble soy, expectativa,
tengo de ser sucesor
de un tío cuyo valor
como en sangre en oro estriba;
quieran los cielos no viva
un hijo que tiene en poco,
que si yo su hacienda toco,
y conquisto tu belleza,
mi calidad y riqueza
darán envidia á este loco.

GRIMAL. De tu esperanza homicida
colegir tu engaño puedes,
pues para que rico quedes
han de perder dos la vida.
La mía no es tan falida,
pues á menos costa espero,
si el grado que pido adquiero,
enriquecer sin matar,
que es bajeza el desear
tanta muerte por dinero.

DOROT. Lelio, Grimaldo, yo estoy
por entrambos obligada,
y también determinada
á declarar cuya soy.

Dadme de término hoy,
y prevenid la paciencia
para mañana, en mi audiencia;
que si el pretender es justo,
en tribunales del gusto
dará mi amor la sentencia. (*Vase.*)

ESCENA VII

LELIO y GRIMALDO.

LELIO. Respondiónos en enigma.
GRIMAL. Sí; mas de ambiguas razones
en sus ojos mis pasiones
han visto lo que me estima.
LELIO. Vana esperanza te anima,
cuando penetra mi amor
el que me tiene interior.
GRIMAL. Cuando tu soberbia abajes
y amor se obligue á mis gajes,
tu engaño conocerás.
LELIO. Yo sé que me envidiarás.
PENDÓN. «Lo veredes», dijo Agrajes (1).

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

EL SANTO HOMO BONO, *muy galán en cuerpo;* PENDÓN *ayudándole á vestir;* ROBERTO y VALERIO.

HOMO. Forzando mi inclinación,
aunque debo obedecerte,
padre, tu jurisdicción
agravias.
ROBERT. Quiero ponerte
en estado y en razón.
No tengo hijos más que á ti;
y aunque el oficio no sea
generoso, que adquirí,
se iguala con Dorotea
la calidad que te dí;
sastre soy, mas bien nacido;
con su dote realzarás
tu casa; helo prometido,
después que rebelde estás
la virtud has desmentido
que en ti celebra Cremona.
VALERIO. Primo, resistir el gusto
de vuestro padre no abona
vuestra humildad.
HOMO. Ni eso es justo.
ROBERT. Lelio, que con ser persona
de las nobles del lugar
por dichoso se tuviera
de ser su esposo, ha de usar
de violencia y no quisiera
sus parientes provocar.
Ella te adora y yo intento
el bien á que te encamina.

(1) En el original dice:
«Mañana lo veredes» dijo
Agrajes.

PENDÓN. ¿Es por dicha el casamiento
ir á conquistar la China
ó hacer batalla con ciento?
¡Vive Dios que he conocido
hombre yo, que se casaba
cada domingo, y marido
de á semana, se mudaba
como camisas!
HOMO. Yo he sido
desdichado en no tener
padre que no violentara
mi inclinación: ¿qué he de hacer?
Mi Dios, serviros gustara
sin estorbos de mujer.
VALERIO. Dorotea es cuerda y bella.
HOMO. Sea más que el sol hermosa
y forme de mí querella;
que yo no apetezco cosa
que dan dineros con ella,
la más vil mercadería
tiene algún precio y valor;
las piedras, la arena fría,
el heno frágil, la flor,
la yerba que el prado cria;
sólo á quien casar se atreve
dote con la mujer dan,
porque así se le haga leve.
PENDÓN. Es pagar al ganapán
para que la carga lleve.
ROBERT. Acábate de vestir
que es tarde; no seas pesado.
HOMO. Si á velarme tengo de ir,
y al muerto velan, velado
agora, voy á morir.
ROBERT. En una quinta te espera
y hoy las vistas han de ser;
imita á la primavera
en galas; porque es mujer
de buen gusto, y no quisiera
que hallase en tu imperfección
que su amor desazonase.
Háblala con discreción
y finge, aunque no te abrase,
que eres de la Sol Faetón;
no apartes los ojos della,
suspira de cuando en cuando;
tómala una mano bella.
Si estás con otros hablando
hazla entender que por vella
ni en lo que dizes estás
ni á propósito respondes,
y desta suerte verás
cuan presto en tu pecho escondes
el amor que huyendo vas,
y empezarás á adorar
lo que por no conocer
hasta aquí te dió pesar.
PENDÓN. Amar, rascar y comer
no está en más que en comenzar.
ROBERT. Mientras que Pendón te viste
la voy á avisar; ven luego. (*Vanse.*)

ESCENA II

HOMO BONO y PENDÓN.

HOMO. Mejor me fuera el ir ciego,
que á tales vistas con vista;

mi Dios, para que resista
tal violencia, dadme fuerza
antes que mi padre tuerza
mi libertad y la doble;
que no es la voluntad roble
para dar fruto por fuerza.
Yo estoy contento, mi Dios,
con mi quieta soledad;
aquí de Dios libertad,
¿por qué no volvéis por vos?
Pero diréis que entre dos
conserva el amor su estado,
que la soledad da enfado;
pero sólo alumbra Apolo;
que más vale vivir sólo
que no mal acompañado.

PENDÓN. Ea, novio Capuchino;
á vistas amor te llama,
sombrero te da la fama
con plumas para el camino.
Su casa te espera toda
con la novia en una quinta,
donde el amor Mayos pinta;
goza del pan de la boda,
que te amasa la belleza
de una mujer, que agora es
miga toda, aunque después
se te ha de volver corteza.
Busca dientes de diamante
porque las mujeres son
por lo dulce, de turrón,
por lo duro, de Alicante.
Vístete si has de ir allá.

HOMO. Bien sabes tú, cuan pesado
tiene de serme este estado.

PENDÓN. Si un yugo por premio da,
ya colijo las molestias
de una mujer que es verdugo,
que no suele ser el yugo
sino para domar bestias.
Diérante á ti andar de día,
de jubileo en sermón,
no dejar congregación,
no perdonar obra pia,
disminuyendo procesos,
consultando confesores,
reprehendiendo jugadores,
dando libertad á presos,
y á la noche en hospitales,
entre humildes ejercicios,
desopilando servicios
y bazucando orinales.
En oyendo el esquilón,
á pesar de lodo y vientos,
acompañar sacramentos
de Dios y su Extrema-Unción;
volver á casa á lo mudo,
ó royendo Ave Marías,
cenar dos lechugas frias
y un huevo entre asado y crudo;
dormir sobre una tarima
poco y mal, y aunque á maitines
fuiste acallando mastines,
volver á la iglesia á prima,
que en este entretenimiento,
que otros llamarán castigo,
no estimarás en un higo
el más rico casamiento.

HOMO. Sólo eso, amigo, apetezco,
y sin ello me va mal;
siendo este mi natural
poco ó nada en él merezco;
pero, en fin, me dan mujer.

PENDÓN. Casarte y tener paciencia;
que no es mala penitencia,
pues tantas sueles hacer;
que en fe de lo que aprovecha
puedes hacer, si te casas,
cuenta, que esta vez te pasas
á religión más estrecha.

HOMO. Más con eso me molestas.

PENDÓN. Vístete si habemos de ir.

HOMO. ¿Cómo tengo de sufrir,
cielos, tanta carga á cuestas?

PENDÓN. Como quien lleva la cruz
del matrimonio excelente;
tú serás el penitente
y yo el cofrade de luz;
mas mira, pues que te casas,
si vivir seguro quieres,
advierte, que las mujeres
son castañas en las brasas,
regalarlas y quererlas,
mas si en fe de tus amores
se te suben á mayores,
porque no salten morderlas;
ni tanta mano las des
que vengan á ser cabeza,
ni muestres tanta extañeza
que las imagines pies. *(Pónele la capa.)*
Si en estos peligros dos
quieres hallar el remedio,
la virtud consiste en medio;
que no sin misterio Dios
cuando á la mujer ser da,
en fe desta maravilla,
la formó de una costilla
que en medio del cuerpo está,
y con esto emplumaté
pues ya te he puesto las galas.
(Pónele el sombrero.)

HOMO. ¡Ay plumas! servidme de alas
y de una mujer huiré.

PENDÓN. No me espanto que te pese,
que es carga de ganapán,
y si Dios se la dió á Adán
aguardó á que se durmiese. *(Vanse.)*

ESCENA III

Sale DOROTEA, *muy bizarra;* SABINA *y* ESPERANZA, *criada.*

DOROT. ¡Bella quinta!

SABINA. Deleitosa.

DOROT. En ella la primavera,
que destas vistas espera
verme de su Mayo esposa,
también hace ostentación
de sus galas el Abril.

SABINA. Mira en tazas de marfil
brindar la murmuración
destas fuentes á la risa,

que cuando la sed provocas
se hace por ti toda bocas.
ESPERAN. Mientras murmura te avisa,
sino es que te reprehende
del pago injusto que has dado
á Grimaldo y Lelio.
DOROT. Estado
mejor es el que me enciende;
yo quiero escusar enojos
de por vida, y la quietud
de una cuerda juventud
gozar, que esta vez con ojos,
amor, si en las demás ciego,
hizo elección en mi abono
de un hombre que es Homo Bono
y me promete sosiego.
SABINA. Si no fuera sastre, bien.
DOROT. De la virtud hago estima;
hacienda me sobra, prima,
con que envidiándole están
caballeros de Cremona.
Corresponda él á mi amor,
vivirá como señor;
que si el oro es el que abona,
no usando más ese oficio,
el que yo le pienso dar
le puede calificar;
yo no me caso por vicio
sino por virtud, que es tanta
la que en él he conocido,
que por ella le he elegido.
SABINA. Enamorada eres santa;
no te arrepientas casada,
prima, que me pesaría
de que fuese hipocresía
la que perfección te agrada;
informa antes la noticia
sino es que ciega te abrasas;
porque ya como las casas
hay santos á la malicia,
unos fingen aspereza,
y aforran, porque es más blanda,
la jerga y sayal, de Holanda,
que es virtud en la corteza:
otros muestran que á lo obscuro
no comen más que ensalada
con pan, y á puerta cerrada
son secuaces de Epicuro.
Guárdate no haga otro tanto
el esposo que te espera,
porque hay santos de hacia afuera,
no de hacia dentro.
DOROT. Mi santo
no es de esos, denme los cielos
que viva en su compañía,
que no temo, prima mía,
que se desvele con celos;
que jugándome mi dote,
mis joyas empeñe ó venda,
que desperdicie mi hacienda,
que mis deudas alborote,
porque, en fin, no es deste mundo.
Y aunque esa simplicidad
den nombre de necedad
cortesanos (en quien fundo
todo el caudal en engaños)
para cosas de importancia
es cuerdo, aunque la ignorancia
haga burla de sus años;
él, en efecto, es bastante
para ser apetecido,
y mejor para marido
que para galán ó amante.
ESPERAN. Será á lo que yo imagino,
junipero por lo llano,
mentecato por lo humano,
gangoso por lo divino,
que andará desaliñado,
y dirá que es por llaneza,
cabizbajo de cabeza
el cuello ó sucio ó ajado,
y dirá que es vanidad
lo que el mundo ornato llama,
y si en muestras de que te ama
saca á luz la voluntad
(que no será en todos días
sino en las Pascuas de flores)
en vez de decirte amores
te rezará Ave Marías.
DOROT. Yo he de casarme con él,
y no tú; contenta estoy
¿qué quieres?

ESCENA IV

Sale muy galán HOMO BONO; ROBERTO *y* PENDÓN.

ROBERT. Un hijo os doy
señora, y cifrada en él
la voluntad que se debe
á vuestro sobrado amor.
DOROT. Prima, dejando el valor
con que el soberbio se atreve
y á que mi esposo le falte,
mira cuán cuerda le adoro,
¿no es todo él un pino de oro?
pues la virtud es su esmalte.
SABINA. Buen talle tiene.
ROBERT. Levanta
la vista y si no te ciega
su belleza, á hablarla llega.
HOMO. Dios, señora, os haga santa.
SABINA. ¿Por santidades comienza?
ESPERAN. Devota salutación
para entrada de sermón.
ROBERT. El novio tiene vergüenza;
su turbación perdonad,
que el más discreto, cuando ama,
la primer vez que á su dama
ve, dice una necedad.
PENDÓN. ¿Una? El dirá más de ciento.
HOMO. ¿Por necedad juzgáis vos
el decir que la haga Dios
santa? ¡Jesús!
ROBERT. El intento
es bueno, pero no viene
á propósito.
HOMO. Confuso
estoy.
ROBERT. El amor y el uso
su idioma y términos tiene.
HOMO. ¿Pues qué había de decirla?
ROBERT. A fuer de los cortesanos
bésoos, señora, las manos,

arrastrar luego la silla
y preguntar como estáis,
¿qué es el común A. B. C.?

HOMO. Bésoos las manos ¿por qué?
¿Necedad en mí llamáis
el decir que la haga santa
Dios, y en el mundo no veis
las necedades que hacéis
ni su mal uso os espanta?
Estornuda un caballero
y los que les corresponden,
«bésoos las manos» responden
en pie, y quitado el sombrero
y á los que «Dios os ayude»
dizen, notan de villanos;
en fin, que besar las manos
al otro porque estornude
mirar que merced les hace.
Traen luces cuando anochece
y descortés les parece
al cuerdo que satisface
con decir que Dios les dé
buenas noches, solamente
al besamanos consiente
el uso necio ¿por qué
si tú la luz no me has dado
besarte es bien que permitas
las manos y á Dios le quitas
las gracias que te ha alumbrado?
Ved si entre necedad tanta
son términos más cristianos,
que no bersarla las manos
el decir: Dios la haga santa.

ROBERT. No desdice el ser cortés
de la virtud que es curiosa;
siéntate junto á tu esposa,
dile amoroso después
la buena suerte y ventura,
que medras en merecella,
que estás perdido por ella,
que al sol vence en hermosura,
que su discreción te admira.

HOMO. ¿Eso he de decirla?

ROBERT. ¿Pues?

HOMO. No debes de advertir que es
pecado el decir mentira.

ROBERT. Este es encarecimiento
que usa el amor ordinario.

HOMO. Afirmando lo contrario
de lo que imagino miento.
Si yo por mujer la tengo,
¿por qué sol la he llamar?
¿ni cómo podré afirmar
que perdido á verla vengo,
sino es por que el tiempo pierdo
de que he de dar á Dios cuenta?
Mentir un hombre es afrenta,
téngame por necio ó cuerdo,
cáusela gusto ó enfado,
mal ó bien conmigo esté,
porque yo no mentiré
por cuanto Dios ha criado.

ROBERT. Anda ignorante, que están
por ti en pie, siéntate allí
y lo que te mando di.
Sé airoso, afable y galán,
que ¡vive Dios! si en desprecio
de lo que mando que digas
con amores no la obligas
y te confirma por necio,
(que sí hará porque es discreta),
que en Cremona no has de estar
un hora.

HOMO. Marido, en mar
empieza que siempre inquieta;
si á su golfo, padre, incierto
me arrojas, donde no hay pie,
huyendo de aquí saldré
como el que naufraga al puerto.
Bien me puedes desterrar,
que, escogiendo ese partido,
de marido, admito el *ido*
por no perderme en el *mar*.

ROBERT. Obedece lo que mando
que ¡vive Dios...

HOMO. Yo lo haré;
no jures.

ROBERT. Acércate.

HOMO. Al fuego me voy llegando.

ROBERT. Muestra en el rostro alegría.

DOROT. ¿No tomáis silla, señor?

ESPERAN. Albarda fuera mejor.

DOROT. Asentáos, por vida mía.

HOMO. No haré cierto, yo estoy bien;
sentáos, mi señora, vos
(sacadme desto, mi Dios)
padre, siéntese aquí.

PENDÓN. Bien.

ROBERT. No soy yo el que á vistas vengo;
tu lugar es, hijo, ahí,
y éste el mío, porque aquí
que hablar á Sabina tengo.

DOROT. Por mi vida que os sentéis.

(*Siéntase el viejo con* Sabina, *aparte, y el Santo con* Dorotea, *á otro lado.*)

HOMO. Dos veces habéis jurado.
¡Jesús! Ya yo estoy sentado,
á trueco que no juréis;
y si se hace el casamiento
quiéroos, señora, avisar,
que nunca habéis de jurar,
porque es contra el mandamiento
segundo.

DOROT. Si el alma os di
y en amaros persevero,
en prueba de lo que os quiero,
yo juro cumplirlo ansí.

HOMO. Pues no juréis otra vez.

SABINA. Demasiado escrupuloso
es, Roberto, nuestro esposo.

ROBERT. ¡Está turbado, pardiéz!

PENDÓN ¡Ola! ¿Tú cómo te llamas
(*A* Esperanza.)
Inés, Dominga, Teresa,
Casilda, Olaya, Ginesa?
Que mientras nuestras dos damas
desbastan aquel zoquete,
tú y yo hemos de en par en par.

ESPERAN. ¿Qué es eso de tú?

PENDÓN. Es hablar
sincopado. ¡Buen jarrete
tienes: moza eres rolliza!

ESPERAN. ¡Arre allá! (*Dale.*)

PENDÓN. ¡Válgate un jo

que con arre emparentó!
ESPERAN. Eso á la caballeriza
y no conmigo.
PENDÓN ¡Oh, fregata!
ESPERAN. ¡Oh, sisón!
PENDÓN. ¡Oh, estropajera!
ESPERAN. ¡Oh, alca...
PENDÓN. ¡Paso, cernedera!
ESPERAN. ¡Huete!
PENDÓN. ¡Paso, carichata!
ESPERAN. No hay paso.
PENDÓN. Pues, haya envido.
ESPERAN. Ni hay envido.
PENDÓN. ¡Oh, vaciatriz!
ESPERAN. ¡Oh, sastre, y más aprendiz!
PENDÓN. Malo, doime por vencido.
ROBERT. Cásese él, que esos extremos
el tiempo los curará.
SABINA. Hablando con ella está,
lo que la dice escuchemos.
DOROT. En fin, ¿no me decís nada?
HOMO. Nada os digo, pues que callo;
yo os prometo que no hallo
cosa, señora casada,
que deciros de momento.
DOROT. Créolo, que amor desnudo
á los principios es mudo;
el propio efeto en mí siento,
que estoy muy enamorada,
señor y dueño de vos.
HOMO. Más vale estarlo de Dios,
que yo no os sirvo de nada.
DOROT. Amaros para marido
no es con intento liviano.
HOMO. ¡Plegue á Dios!
DOROT. Dadme la mano.
HOMO. ¡Jesús! ¿yo mano? *(Retírala.)*
DOROT. Encogido
sois, dalda acá...
HOMO. No hay que hablar;
ó estas son vistas ó no.
DOROT. Sólo á veros vine yo.
HOMO. Ver, pues, pero no tocar.
DOROT. Mal debo de pareceros.
HOMO. No me parecéis muy bien,
mientras belleza no os den
los adornos verdaderos
que la virtud califican.
Yo, en fin, he de obedecer
á mi padre; si mi mujer
habéis de ser, cual publica
deseos que os agradezco,
asentemos condiciones.
DOROT. Cuanto más secas razones *(Aparte.)*
me dice, más le apetezco.
Dios debe de ser servido
que este hombre mi dueño sea.
HOMO. Vos, señora Dorotea,
habéis de mudar vestido
que con más honestidad
se proporcione á mi estado.
Soy un sastre; no me han dado
mis padres más calidad;
¿qué queréis que el vulgo diga
cuando os viera entronizada,
sastre yo, vos adornada,
de andar en coches amiga,
sino murmurar delitos
contra mi buena opinión?
Las galas supérfluas son
en el pobre sambenitos.
DOROT. Yo tengo sobrada hacienda
para que oficio mudéis,
y el que ejercitáis dejéis.
HOMO. Eso no, ni lo pretenda
quien bien me quiera; cabeza
todo marido ha de ser
á quien siga su mujer.
Dióme la naturaleza
esta humilde profesión,
y vos habéis de imitarme,
no yo á vos, que es afrentarme.
DOROT. Aceto esa condición.
¿Queréis más?
HOMO. Querreos mucho,
si los domingos y fiestas
os confesáis, porque en éstas
andar las damas escucho
vagando por la ciudad,
y no habéis de querer vos
que días que son de Dios
se den á la vanidad.
DOROT. Prometo cumplirlo así.
HOMO. Habéis de ser limosnera
de modo que, aunque no hubiera
más de un pan que darme á mí,
ó para comer los dos,
si llega un necesitado,
con respeto y con agrado
se le déis en él á Dios;
veréis cómo se acrecienta
después.
DOROT. Todo eso es muy justo,
y más daros á vos gusto.
HOMO. Pues asentada esta cuenta,
ya me parecéis hermosa;
ya mi aspereza cesó;
ya os tengo en el alma yo;
ya os intitulo mi esposa;
ya os beso esta blanca mano.
DOROT. Oigaos yo regalos tales,
y en los afectos iguales
os halle yo tan humano,
que no envidiaré coronas.
HOMO. La mitad del alma mía
os llamad desde este día.
DOROT. ¡Oh, amor, que almas eslabonas,
dos en una unidas tienes!
Prima, Roberto, ¿qué hacéis
que mi bien no encarecéis
y me dais mil parabienes?
SABINA. Los que gozas duren tanto,
que jamás los desbarate
el pesar.
ROBERT. Siglos dilate,
hija, amor, yugo tan santo.
PENDÓN. Lleguen á ver vuesastedes
choznos de choznos, que nietos
vengan á ser de biznietos
de rebiznietos.
ESPERAN. Ya excedes
en conformidades presas
las almas años prolijos;
vean Papas á sus hijos

y á sus hijas abadesas.
PENDÓN. Amén.
ROBERT. Volvamos á casa,
donde con tálamo igual
amor os junte.
DOROT. No hay mal
que ponga á mis dichas tasa.
¡Venturosa yo, que gozo
belleza y virtud!
HOMO. Mi Dios,
sed nuestro himeneo vos.
PENDÓN. ¿Oyes, moza?
ESPERAN. No oigo, mozo.
PENDÓN. ¿Quieres que matrimoñemos?
ESPERAN. ¿Pues no?
PENDÓN. Pues toca.
ESPERAN. Pues tome. *(Dale.)*
PENDÓN. ¡Ay!
ESPERAN. Sí hay.
PENDÓN. Desnarigome.
¿Pero querrásme?
ESPERAN. Veremos.
(Vanse, sino es Pendón.)
PENDÓN. ¿Veremos? ¿Por el plural?
Ansí hablan las Paulinas.

ESCENA V

Salen LELIO *y* GRIMALDO.—DICHO.

LELIO. Verás cuánto desatinas;
pues los dos al tribunal
citados de Dorotea,
ha de quedar concluído
nuestro pleito.
GRIMAL. Yo he venido
seguro de que en mí emplea
su gusto y que te aborrece.
LELIO. La soberbia es presumida,
pero en ti desvanecida.
PENDÓN. Vuestro amor se está en sus trece
y aunque en sus catorce esté,
la dama escogió otro gallo,
el que á esta quinta á caballo
vino, volveráse á pie;
porque ya el niño con alas
que se pintaba desnudo,
si holgazán hasta aquí pudo
pasar en carnes sin galas,
como ya es boca de invierno,
hasta que vuelve el Abril,
aprende oficio sastril,
y entre sus ribetes tierno
ropas busca que autorice
su desnudez, y ha querido
mientras hilvana el marido
que la mujer ojalice.
LELIO. ¿Qué dices, loco?
PENDÓN. Perdono
el título que me dan,
que presto le adquirirán.
¿Conocen á un Homo Bono
vecino aquí y morador?
GRIMAL. Creo que le oí nombrar.
LELIO. Un sastre es que ha de morar
cerca de aquí.
PENDÓN. Vencedor
de los dos, acaba agora
de llevarse el gallinero.
Él entró aquí aventurero,
y ella, que es mantenedora,
pues que le ha de sustentar,
la sortija ó el anillo
de esposa le dió, el decillo
yo os daré que sospechar;
pero no hablando peinado,
digo, á fe de buen Pendón,
que es la dama, en conclusión,
del sastre su desposado,
porque entrándole á tomar
la medida de un vestido
se le vistió de marido,
y fuera os mandan echar
de esta pretensión, por señas,
que esposos deste jardín
se van ruín con ruín
que así se casan en Dueñas.
GRIMAL. Si no supiera que el vino
te hace hablar desatinado...
PENDÓN. Yo soy un pendón honrado,
y el vino esta vez no vino.
LELIO. ¿Con un sastre?
PENDÓN. ¡Vive Dios!
que estaba por él perdida:
que él le tomó la medida
y amor agora á los dos;
y que no se le da un higo
por vuesastedes.
GRIMAL. Sí hará,
que es mujer y escogerá
lo peor.
PENDÓN. También lo digo.
LELIO. ¿Con un sastre, y mi nobleza
desprecia?
GRIMAL. ¡Ah, mujer!...
PENDÓN. En fin,
Sancho para su rocín,
tal simple, para tal necia.
GRIMAL. ¿Con un oficial tan bajo?
PENDÓN. Eso no lo sufriré,
que ser sastre profesé
desde hoy cosiendo á destajo;
y aunque de moneda falto,
contra necios que le infaman,
y oficio bajo le llaman
se suele coser en alto;
y tanto lustre le dan
los libros (citarlos quiero),
que Dios fué el sastre primero
que vistió á Eva y á Adán,
Dios se llama Alfa y Omega,
y el sastre es, por más quilate,
en Portugal, Alfayate,
con que el Alfa se le pega.
Y siendo Dios uno y trino,
que este oficio comenzó,
el nombre de tres le dió
cuando al sastre á nombrar vino;
aunque corrupto después,
pues por ser tan singular,
los sastres quiso llamar
no sastres, sino san trés;
porque el Santo tres y uno

cortó á nuestros padres fieles
vestidos de aquellas pieles
cuando quebrantó el ayuno.
La soberbia y interés
que nos inclinó á pecar;
y ansí chitón y estimar
los sastres, que son San Tres. *(Vase.)*

ESCENA VI

LELIO *y* GRIMALDO.

LELIO. Si esto es verdad, ¡vive Dios
que he de executar castigos!
GRIMAL. Sido habemos enemigos:
conformémonos los dos
para trazar la venganza.
LELIO. ¿Con un sastre? ¿hay tal afrenta?
GRIMAL. Yo no es mucho que la sienta,
viniendo con esperanza
de verla gobernadora
de Milán y de Pavía.
LELIO. Yo en heredando entendía
hacerla presto señora
de un más que mediano estado.
GRIMAL. Burlóse de nuestro amor;
que, en fin, el lobo peor
se come el mejor bocado.
LELIO. ¿Dónde vive ese Homo Bono?
GRIMALD. Aquí cerca, mas la casa
de la ingrata con quien casa,
por ser de mayor abono
y más rica, servirá
del civil tálamo agora.
LELIO. Pues si ese tálamo adora,
túmulo suyo será;
seguidme, amigo Grimaldo.
GRIMALD. ¿Pues qué pretendes hacer?
LELIO. Vengarme de una mujer
tan poco cuerda.
GRIMALD. Pensaldo
primero.
LELIO. Pensado está.
GRIMALD. ¿Quién tal elección creyera?
LELIO. Quien en ellas considera
que naturaleza está
corrupta.
GRIMALD. Eso no lo ignoro,
que escogió (en historias hallo)
Semiramis á un caballo,
Paisfae lasciva á un toro.
LELIO. Seguidme, que de ese aviso
casi estoy por decir yo,
que peor que esas escogió
la mujer que á un sastre quiso.
(Vanse.)

ESCENA VII

Salen el santo HOMO BONO *y un* POBRE *muy roto.*

POBRE. Vime, señor, en estado
feliz y rico, otro tiempo,
las desdichas ¿qué no mudan?
El mundo es mar lisonjero,
convida con las bonanzas,
embárcase el pasajero,
truécase en tormentas todo;
porque donde reinan vientos
¿quién hay que firmeza aguarde?
Amores, fiestas y juegos,
triunvirato de los vicios,
mi sustancia consumieron
cuando rico tuve amigos;
cántanle al sol en naciendo
porque le ven caudaloso
de rayos de oro; mas luego
que le ven pobre de luz
huyen aves; que en invierno
no perecen las hormigas
que al trigo el agosto fueron.
Solo, señor, me dejaron;
ya ni me conocen deudos,
ni estiman acompañarme,
sino llantos y escarmientos:
doléos de mi desnudez.
HOMO. La compasión que yo os tengo
es tal, que no necesita,
mi pobre, de esos ejemplos.
¿Vos desnudo y yo vestido?
no lo permitan los cielos.
Novio soy, no vió mi padre
mis peligros, que está ciego;
en el mar que os llevó á pique
echa á fondo el mucho peso
á quien de hacienda se carga;
si agora la Cruz me han puesto
del matrimonio, que es plomo,
anegaráme en su centro
no aligerando su carga;
entre los dos la llevemos
yo la Cruz, y vos la ropa.
(Desnúdase.)
Tomad, vestíos, que allá dentro,
en mis fiestas ocupados,
no me verán socorreros.
Desnudo en la Cruz estuvo
mi Dios, humanado verbo,
cuando en tálamos de sangre
se desposó amante tierno
con la Iglesia; esposo soy,
Cruz me ponen, y así quiero
en mi Cruz estar desnudo,
por imitarle hasta en esto.
Tomad, tomad y partíos;
no salga quien pueda vernos
y piratas os despojen.
(Truecan vestidos.)
POBRE. ¡Oh, asombro del siglo nuestro!
¡Oh, sastre que viste á Dios
en sus pobres! Los pies beso
que estrellas han de pisar.
HOMO. Pobre, ¿qué hacéis? Idos luego,
que siento gente.

ESCENA VIII

Suena la música, y sale el Pobre arriba vestido de la ropa del Santo, con resplandores, y aparece un CRISTO.

CRISTO. Homo Bono
por escarnio me pusieron
púrpura cual rey de burlas,
los ingratos de mi pueblo;

tú de veras me has vestido.
deudor soy, pagarte quiero
la ropa que me has cortado
al talle de mis deseos;
bien sabes tomar medidas,
pues justamente me veo
vestido y galán por ti,
y así desde hoy más te tengo
por mi sastre, las hechuras
te pagaré, repartiendo
contigo de mis trabajos
moneda, que estima el cielo.
Apercíbete á sufrirlos,
que por el camino mesmo
que yo, cobrarás en gozos
las usuras deste censo. *(Desaparece.)*

ESCENA IX

HOMO BONO.

Mi Dios, mi señor, mi bien,
(De rodillas.)
mi Rey, mi Pastor, Cordero,
mi rico pobre, mi luz,
volved, ¿por qué os vais tan presto?
¡Qué bien pagáis los vestidos
que os hace el humilde celo
de quien tira vuestros gajes!
Si os vistió del sayal nuestro
vuestra madre, dadivoso
pagáis el vestido nuevo
con hacerla Emperatriz
de los Querubes supremos;
si en accidentes de paz
os disfrazáis encubierto,
pagáis la amorosa hechura
dándoos, mi Dios, á vos mesmo;
si yo un pobre vuestro visto
me prometéis, cuando menos,
coronas del oro puro
que se labra en vuestro reino.
Pues sois tan buen pagador,
yo, gran señor, os prometo
que he de vestir al fiado
cuantos pobres sin remedio
libraren, en mí limosnas;
y si son trabajos premios,
que ya vos calificasteis,
vengan millares, que en ellos
fundaré yo mis partidas;
pues si hipotecáis los cielos
que á ciento por uno pagan,
rico soy, que allá no hay pleitos.
(Quédase de rodillas elevado.)

ESCENA X

Sale PENDÓN.—DICHO. *Luego* VOCES.

PENDÓN. ¿Dónde estará nuestro novio,
que sin saber que se ha hecho
le esperan los convidados
la mesa y la cena en medio?
Oigan aquí la postura,
novio y hincado en el suelo,
sin ser clavo, los finojos,
desposado es recoleto.
Surge et ambula, que están
nuestros convivos diciendo
á las tripas, «dilatate»
y al gigote respondiendo,
«que me enfrío, que tirito»
y dos patos reverendos
cantan al son de los frascos
este estribillo: «comednos»
Pero ¿cómo estás desnudo?
HOMO. Porque el matrimonio es fuego;
y en tales caniculares
se desnuda quien es cuerdo.
PENDÓN. ¿No asamos y ya pringamos?
eso es sudar por invierno.
Aún no has tocado á la novia;
¿dónde la ropilla has puesto?
¿Qué es del sombrero y la capa?
HOMO. Amigo, descuida desso.
PENDÓN. ¿Pues tienes de entrar ansí?
HOMO. No, sácame de allá dentro
un vestido más liviano.
PENDÓN. Voy, pues, por él.
HOMO. Con secreto,
sin que te sienta ninguno.
PENDÓN. Harélo ansí: mas ¿qué es esto?
(Voces y alboroto de dentro como que se queman.)
UNO. ¡Agua, que se está abrasando
nuestra casa!
TODOS. ¡Fuego, fuego!
UNO. Tomado nos han el paso
las llamas.
OTRO. ¡Socorro, cielos!
PENDÓN. ¿Socorro? que nos socorran
socarrones elementos:
¿qué habemos de hacer, señor?
¿Hay pozo, hay noria en el huerto?
HOMOB. Ya, mi Dios, vuestros trabajos
comienzan, y yo comienzo
con paciencia á recibirlos,
y con gusto á padecerlos.
TODOS. ¡Agua!
PENDÓN. Mejor fuera vino.
UNO. ¡Agua!
PENDÓN. Aquel es tabernero:
¡maldiga Dios quien tal pide! *(Vase.)*

ESCENA XI

Sale descabellada DOROTEA. *Luego* PENDÓN *y* ESPERANZA.—DICHO.

DOROT. Esposo, el nombre de Bueno
que tienes, si se conforma
con tus obras verdadero
me defienda, que me abraso,
me socorra que me quemo.
HOMO. Piadoso Dios, no permita
vuestro amor clemente y tierno,
que mi esposa sea manjar
lastimoso deste incendio.
Imite yo á Job agora,
padezca mi hacienda y cuerpo,
no el alma, la vida no,

sacarla en los brazos quiero
en vuestro favor fiado.

(Llébala en brazos. Sale Pendón *con un cántaro.)*

PENDÓN. ¡San Antón, San Telmo,
San Cristóbal en los rayos,
Santa Bárbara en los truenos,
te rogamos audi nos!

(Sale Esperanza *con otro cántaro; encuéntrase con* Pendón, *quiébranlos y caen.)*

ESPERAN. ¡Ay!
PENDON. Esperanza ¿qué has hecho?
ESPERAN. Cascos y no de membrillos.
PENDÓN. En los míos, á lo menos,
tocaste casco ¿á do vas?
ESPERAN. ¿Qué sé yo?
PENDÓN. Seguirte quiero.
ESPERAN. No es este tiempo de burlas,
que me abraso.
PENDÓN. Pie de puerco
seré pues que me chamuscan.
ESPERAN. En la tinaja me meto
del agua.
PENDÓN. Pues no te sigo
que me volveré cangrejo. *(Vase.)*

ESCENA XII

Salen LELIO *y* GRIMALDO *y luego* HOMO BONO, *y asidos* DOROTEA, SABINA, ESPERANZA, ROBERTO, VALERIO *y* PENDÓN.

LELIO. Abrásense, pues me abrasan
en la Troya de mis celos.
HOMO. No teman, mis pasos sigan.
GRIMAL. Dividiéndose va el fuego
por donde Homo Bono pasa,
que es santo, y tiene respeto.
HOMO. Desmayada va mi esposa,
aliviad sus desconsuelos
en tal trabajo, Dios mío.
SABINA. Mientras le toco no temo
las llamas que huyen de mí.
ROBERT. Contigo seguro vengo,
caro Eneas deste Anquises.
PENDÓN. Eslabónome siguiendo
estos cofrades de luz.
ESPERAN. Yo tras ti, Pendón, no temo.
PENDÓN. ¿Tu tras mí?
ESPERAN ¿Pues no lo ves?
PENDÓN. ¡Qué mala contera llevo!
HOMO. Ea, mi Dios, abrasada
la hacienda, mejor podremos
serviros, que siempre han sido
los bienes impedimentos
de la virtud. Padre mío,
en vuestra casa el remedio
desta desgracia tengamos.
ROBERT. Vamos hijo, pues tan presto
cuando rico te juzgaba
empobreciste, que necio
es quien de candelas fía
y no en virtud.
PENDÓN. Parecemos
sin cáscaras y en camisa,
¿Esperancilla, dirólo?
ESPERAN. Dilo.
PENDÓN. Piñones mondados
en casa del pastelero.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen DOROTEA, *en hábito honesto y* HOMO BONO *también.*

DOROT. ¿Qué perdiciones son éstas,
Homo Bono, ó hombre malo,
que tanto pesar me cuestas?
¿es éste el gusto y regalo
que en nuestras bodas funestas
me prometiste? ¿Estas son
las ofertas que me hacías?
¿Las muestras de tu afición?
¿El fingir que me tenías
impresa en el corazón?
HOMO. ¿Pues en qué he desdicho deso?
DOROT. En que después de abrasada
mi hacienda, mi casa, el grueso
caudal que me hizo envidiada,
quizá por mi poco seso;
cautiva, si antes señora,
en la casa de tu padre
donde la miseria mora,
donde la pobreza es madre,
que siempre la hartura ignora.
Después que solo quedaste,
y tu padre se murió
su corta hacienda heredaste,
y mi dicha se trocó
en penas, desperdiciaste
pródigo, la humilde herencia
con que pudieras pasar,
¿bastarame la paciencia
á verte á mendigos dar
cuanto tienes? ¿No es conciencia
que á tu mujer empobrezcas
porque á torpes pordioseros
cada instante favorezcas?
Socorran los caballeros,
que no es bien que tú perezcas
porque otros coman. *(Llora.)*
HOMO. Hermana,
no llores, mi bien, señora;
quien ciento por uno gana,
quien en su patria atesora
¿no es cuerdo? ¿No es cosa llana
que el pobre que se destierra
á las Indias, desde allá
despacha el oro á su tierra,
donde después no hallará
trabajos que le hagan guerra?
Si aquí somos pasajeros
y en unas Indias estamos
donde, en fin, como extranjeros
buenas obras empleamos,
que valen más que dineros;
y hipotecando fianzas,
Dios que esta finca asegura,
en sus partidas le alcanzas,
¿no es bueno el prestarle á usura?

Los pobres son las libranzas;
Dios mismo las rubricó,
¿no cobran los que los aman?
¿Dios por ellos no salió?
letras de cambio se llaman,
rotas sí, falidas no.
¿Pues qué penas te hacen guerra?
y dime, ¿qué peregrino
no admite, sino es que yerra,
el hambre y sed del camino
por vivir rico en su tierra?

DOROT. En valde gastando estás
ejemplos, que es barbarismo,
nuestra ley dice: «amarás
de la suerte que á ti mismo
á tu prójimo, no más.»
Si como á ti mismo amaras
pobres, tú los socorrieras
con límite, y no gastaras,
loco, con estas quimeras
tanto, que hambriento quedaras.
¿No eres tú primero que ellos?
Pues ¿por qué por ti no miras?

HOMO. Razones por los cabellos
traes que disparan mentiras
y engaños, ciega con ellos.
Yo tengo, mi Dorotea,
oficio, gracias á Dios,
que nuestro socorro sea,
y para vivir los dos,
tu labor y mi tarea
nos sobra. Una posesión
de mi herencia he reservado,
cuyos frutos en sazón
te sacarán de cuidado
y á mí de tu indignación;
en ella el cielo dilata
por la tierra su tesoro,
siempre á la limosna grata,
con trigos de granos de oro
y ovejas que peinan plata;
allí (si en hacienda apoyas
tu interés), de verdes parras
forma Baco claraboyas,
cuyas bastigas bizarras
cuelgan racimos por joyas;
allí, pasado el Septiembre,
heredero del Agosto,
cuando á usura el grano siembre,
paga el campo en trigo y mosto
censos que goza el Diciembre;
allí, en fin, esposa mía,
pechera Ceres cada año
para ti regalos cría,
sin que esterilice el daño
frutos que el cielo nos fía,
que, como soy su rentero,
no quiere que se destruya
el diezmo que darle espero,
porque como hacienda suya
la guarda su jornalero.

DOROT. No niego yo que pudieras
con tu oficio y la presente
heredad pasar, si dieras,
menos recio y más prudente,
limosna con tasa, y vieras
que hay mañana, y que no cría
cada instante frutos Ceres.
¿No es justa la pena mía,
si lo que en un año adquieres
das á pobres en un día?
Ven acá, desperdiciado:
siendo tú un pobre oficial,
que en la aguja ha vinculado
el limitado caudal
que me redujo á este estado,
¿por qué las más de las horas
has de gastar en visitas
de enfermos que no mejoras?
¿Por qué al sueño el tiempo quitas
y siempre rezando lloras?
El cielo es todo alegría;
su tiempo tiene el llorar,
como la noche y el día,
y la devoción lugar
en ella, si en Dios la fía;
¿tengo yo de estar al lado
de un hombre que eternamente
suspirando y congojado
me consuma?

HOMO. ¡Qué imprudente,
Dorotea, has imitado
á la mujer de aquel santo,
prodigio de la paciencia!
¡Tú, reprendiendo mi llanto,
y ella la justa obediencia
que le medró nombre tanto!
«Bendice á Dios, le decía,
y muérete»; y tú también
reprendes la pena mía,
porque tus hijos no ven
cuán mal dice el alegría
con las culpas, que son jueces
que siempre el cuerdo tembló.
¿Risa, pecando, me ofreces?
nadie á Dios riyendo vió,
mas sí llorar muchas veces.

DOROT. Ea, llora hasta que estés
ciego; veremos del modo
que puedes ganar después
de comer; gástalo todo
en pobres; vive al revés;
no repares en los fines,
que al fin la gloria se canta,
puesto que no la imagines.
Prima con los monjes canta;
con ellos vete á maitines:
llama á sus puertas helado,
y deja sola á tu esposa,
pues su amor te causa enfado;
porque á media noche es cosa
santa que ronde un casado.
Ven acá, llorón fingido:
¿quién te mete á ti en mudar
el orden con que ha vivido
el mundo? ¿Manda cantar
maitines Dios al marido?
Si entre tanto que tú ausente
dejas sin hombre tu casa,
algún ocioso que siente
tu negligencia y se abrasa
porque su amor no consiente
violentase mi opinión,
tus ventanas escalase

y gozando la ocasión
con la mujer, te quitase
la honra y la devoción,
¿podrán después restauralla
los maitines y la prima?

HOMO. ¿Pues no?

DOROT. Calla, necio, calla;
tu casa y mujer estima
ya que no sabes amalla
que á no ser yo la que soy,
aprovechase ocasiones
que, cuerda, de mano doy;
y advierte que persuasiones
me han perseguido hasta hoy
de quien tú puedes saber;
gastos y pasos acorta,
porque ganes de comer
y mira bien lo que importa
tu honor y el de tu mujer. (*Vase.*)

ESCENA II

HOMO BONO, *una* VOZ *y* PENDÓN.

HOMO. Celos, mi Dios, serán vanos
si vos mi casa guardáis,
en ella por mí quedáis
contra peligros humanos.
Mas ¡ay pensamientos vanos!
¿quién no recela su honor
si la virtud y el valor
tal vez desvelarse supo
y en Joseph con tiempo cupo
seguridad y temor?
El santo y se desvelaba
desmintiendo lo que vía;
dejar su esposa quería,
puesto que no le culpaba;
yo vicioso, y que se alabe
mi mujer de vanidades
que pretenden mocedades.
Dadme vuestro favor, cielos,
que ya pasan de recelos
amenazas de verdades;
si de noche al templo voy,
mi Dios, es porque sosiego;
cuanto más á vos me llego,
tanto más cerca os estoy;
pero si así lugar doy
á que mi honor se destruya,
¿qué he de hacer? ¿no es bien que huya
el riego que honras abrasa?

VOZ. (*De dentro.*) No temas, ve tú á mi casa,
que yo guardaré la tuya.

HOMO. Pues si vos veláis por mí
¿qué peligro me acobarda?
«Si Dios la ciudad no guarda,
defenderla es frenesí»
díjolo David ansí,
y lo mismo decís vos,
afirmándolo los dos
sin peligros que temer,
segura está la mujer
cuya casa guarda Dios.

PENDÓN. Hermano, Dios le provea,
ó le ayude, si estornuda.

HOMO. ¿Qué es eso?

PENDÓN. Es cierta ayuda
que me enseñó Dorotea;
un pobre nos pide pan
y señora me ha mandado
que dé á todo remendado
un «Dios le provea» galán.

HOMO. ¿Qué dices hombre perdido?
¿á Dios de casa despides?
pan cotidiano le pides
y cuando él mismo ha venido
por los réditos del censo
que cada instante nos fía,
¿le echa tu descortesía
de casa? ¡Señor inmenso!
¿hoy que venís vos á honralla?
¿hoy que sois mi huésped vos?

PENDÓN. Que no es el que vino Dios
sino un traga sopas.

HOMO. ¡Calla,
bárbaro!

PENDÓN. Barbero no,
sastre sí, que hurtar desea;
al pobre, Dios le provea,
su mujer me lo enseñó;
falta el pan para nosotros;
no está el tiempo para gracias;
los pobres y las desgracias
se llaman unos á otros,
aun no lo sufren los perros
y «un Dios le provea» es trato
al uso bueno y barato;
como ensalada de berros.

HOMO. Anda, necio; llámalo.

PENDÓN. ¿Que le llame? Si él se fuera
aun vaya, á la puerta espera
que pan y caldo le dé;
no le echarán dos virotes,
si por él no te descarnas;
que hay pobres, tiñas y sarnas
de toda puerta, pegotes.

HOMO. Pues dale pan.

PENDÓN. Si le hurtamos.
¿Eres hombre tú que dejas
ni aun para guisar lantejas
un migajón? ¿no tomamos
cuenta al arca y sus rincones
acabados de comer;
pues por no hallar que roer
aun no hay en casa ratones?

HOMO. Pendón, búscalo.

PENDÓN. ¿Qué dices,
si los pobres que vinieron
cuanto quedó se comieron
con más hambre que aprendices?

HOMO. Anda y ten en Dios más fe:
abre el arca y la hallarás
proveída.

PENDÓN. ¿En eso das?
No ha un hora que la dejé
más despejada y barrida
que la barba de un capón.

HOMO. Anda y míralo, Pendón,
que Dios nos dará comida.

PENDÓN. Si acá fuéramos judíos
pudiera llover maná;
más murióse Moisen ya.

HOMO. Ve y no digas desvaríos.
PENDÓN. Voy, mas no quedó migaja. *(Vase.)*

ESCENA III

HOMO BONO.

Señor, que piadoso creces
cinco panes y dos peces,
y haciendo á Asuero ventaja
á cinco mil das convite,
que fuerzas y aliento cobran,
y doce espuertas que sobran
hacen que más se acredite
la fe, que introducir quieres
de tu poder soberano,
no está abreviada tu mano.
Dios fuiste entonces, Dios eres,
no permitas que mi casa
hambriento al pobre despida;
á ti te diste en comida,
que tu amor no tiene tasa;
dame, mi Dios, que te dé
á ti mismo.

ESCENA IV

Sale PENDÓN *dando voces. Luego* DOROTEA.—DICHO.

PENDÓN. ¡Encantamento,
milagro, asombro, portento!
(Sale Dorotea.)
DOROT. ¿De qué das voces?
PENDÓN. ¿De qué?
Acude al arca del pan
y hallarásla llena toda
de roscas, pan de tu boda,
de tortas de mazapán,
de rosquillas y de bollos,
de molletes de manteca,
dejámosla boquiseca
sin migajas para pollos;
mas tu marido que aboga,
por pobres que desembarca,
de nuestra arca fué Patriarca,
y ella es Arquisinagoga;
arcadas de nuestra fe
que el hambre libra de arcadas,
duquesa de Arcas.
DOROT. ¡Ya enfadas!
PENDÓN. Y es un arca de Noé;
¿de *Noé*? No dije bien
de *sí* he, pues hay en ella
tanta de la rosca bella;
si piensas que miento ven,
señor, venciste, acertaste.
HOMO. La fe nunca supo errar;
Dorotea, sin sembrar
jamás la cosecha hallaste.
Dar al pobre es dar al rico,
porque paga Dios por él;
quien con ellos es cruel
lo es consigo, aquí te aplico
ejemplos de tu favor
y premios de nuestra usura;
esa vez se transfigura
nuestro bien en el favor,
porque así quede notoria
su fe y venza á nuestro engaño,
que fué dar muestras del paño
con que nos viste en la gloria.
Lo mismo hace hoy su caudal,
pues porque segura estés
de lo que á sus pobres des,
esto no es más que señal
que allá nos guarda en el cielo
lo que Pablo, aunque lo vió,
á decir no se atrevió.
Aumenta de hoy más el celo
que debes á sus privados,
pues sus tesoros inmensos
obliga á infinitos censos
de caudales limitados.
DOROT. No tengo que responderte,
esposo, sino es pedirte
perdón, dichosa en servirte
y cuerda en obedecerte.
¡Mil veces feliz mujer
que tal dueño goza y ama!
HOMO. Ea, mi bien, los pobres llama,
pues Dios los da de comer;
repárteles sus despojos.
DOROT. ¡Ay, pensamientos tiranos!
toda para dar soy manos
si en guardar toda he sido ojos.
(Vase.)

ESCENA V

HOMO BONO *y* PENDÓN.

PENDÓN. Agora que hay que comer
no nos dará la tarea
malas noches; Dorotea,
que trasnochaba á coser,
se podrá acostar temprano
y yo que por su ocasión
soy tu aprendiz, y al Pendón
añado tiras en vano,
me podré quejar de ti,
que de hambriento cada día
alforjas al viento hacía.
HOMO. Palabra esta tarde dí
de acabar para mañana
la ropa de una doncella,
que ha de casarse con ella,
y por ser honesta y llana,
que yo no coso locuras
de telas y guarniciones,
yesca de las tentaciones
y lazos de la hermosura,
me huelgo que se concluya;
mientras que la acabo, pues,
los jornaleros que ves
que en mi granja, también tuya,
pues mis herederos son
los pobres, esperarán
su merienda, lleva pan,
vino y cecina, Pendón,
y diles que vas por mí,
que aunque ayer fuí á visitarlos
hoy tengo que hacer aquí.

PENDÓN. Y el vino y cecina ¿adónde
lo habemos de hallar? Si en casa
como por portazgo pasa
cuanta comida se esconde
en tu despensa y cocina.
HOMO. En el arca la hallarás.
PENDÓN. En el arca hay pan no más,
que el cielo no hace cecina.
HOMO. Si eso y más de mi Dios fías,
no dudes, ve.
PENDÓN. Yo no lo dudo;
pero ni soy cabezudo
ni pido á Dios gollerías,
como tú.
HOMO. No seas cansado.
PENDÓN. Voy, más con harto recelo,
que si hoy da cecina el cielo
mañana dará adobado. (*Vase.*)

ESCENA VI

HOMO BONO. *Luego* UNA VOZ.

HOMO. Aguja y hilo hay aquí;
cosamos y contemplemos,
que aunque contrarios extremos,
pues Vos habitáis en mí
dueño de mi corazón,
no desdeñaréis mi estilo,
que entre la aguja y el hilo
cabe también la oración.
(*Asiéntase en un banquillo y cose una ropa, y dentro canta* una voz.)
UNA VOZ. «Entre los trajes profanos
que en el mundo inventó el vicio,
cantaba llorando un pobre
delante de un crucifijo:
Desnudo estáis por mis culpas,
amoroso dueño mío,
vos que los montes y valles
vestís de hierbas y lirios;
pedid que os vista otra vez
vuestra madre, pues los hilos
de su llanto os tejerán
la tela de sus suspiros:
¡Ay, Dios de amor, desnudo;
¡Ay, pobre rico,
vestidme vos agora de vos mismo!»
HOMO. ¡Oh, qué voz tan regalada;
y qué á propósito vino
la música á mis deseos,
la letra á mis ejercicios!
(*Cosiendo dice esto.*)
Cantando trabaja el pobre,
siente el jornalero alivio
y desmiente con el canto
las tareas de su oficio;
y vos, amoroso dueño,
regaláis, tierno y melífluo,
con música mis sudores
pagados y agradecidos;
¡vos en Cruz y yo asentado!
¿vos muerto por mí y yo vivo?
¿yo sano y vos doloroso?
¿vos desnudo y yo vestido?
¡Ay, pobre rico,
vestidme vos agora de vos mismo!
UNA VOZ. (*Canta.*) «En vos enclava los ojos
traspasada del cuchillo,
que predijo Simeón
tu corazón afligido.
Decilda, que pues os rompen
las ropas que el paraninfo
vino á pedir que os vistiese
cuando con el *Ave* vino,
que os vista agora del sol
que la sirve de vestido,
aunque en tinieblas de llanto
mal su sol podrá vestiros.
¡Ay, pobre rico,
vestidme vos agora de vos mismo!
HOMOB. A esotro lado tenéis
mi Dios, vuestro Juan querido,
que os llora agora despierto
y antes os gozó dormido.
Desnudo os ve, y pues le rompe
el dolor de su martirio
las telas del corazón,
de tela podrá vestiros.
Al pie de esa Cruz está
la que por pies se ha valido,
y por darla vos los pies
ha dado de pie á sus vicios.
Haced que os vista, mi Dios,
pues hechos los ojos Nilos
pretende su amor, que á nado
os libréis de ese peligro.
¡Ay, pobre rico,
vestidme vos agora de vos mismo!
UNA VOZ. (*Canta.*) «El oro de sus cabellos
esmalta el rosicler fino
de vuestra preciosa sangre
para que valga infinito;
decid, pues son de brocado,
que os teja ornamentos finos,
celebraréis Misa nueva,
Sumo Pontífice Pío;
mas pues no halláis en el suelo
socorro, dulce amor mío,
alzad al cielo los ojos
y cubriraos de jacintos;
mas, ¡ay!, que los ha cerrado
el riguroso castigo
con que hacéis ejecución
de mis deudas en vos mismo.
¡Ay, Dios de amor desnudo!
¡Ay, pobre rico,
vestidme vos agora de vos mismo!
(*Baja muy despacio un Cristo crucificado, grande, desde lo más alto del vestuario, y va subiendo* Homo Bono *al mismo compás, sin reparar que sube, haciendo labor hasta que á la mitad de la pared se junta con él, y entonces se levanta y le abraza.*)
HOMO. ¡Qué de contado pagáis
lo que negligente os sirvo!
Pelícano de mi amor,
sol eclipsado divino,
comiendo el hombre soberbio
la fruta del Paraíso
y vos prendado en la ropa
inocente y con castigo.
Vístase, amoroso amante,
el hombre torpe y lascivo

sedas, que el gusano teja;
que yo dichoso me visto
desta humilde desnudez,
destos cardenales ricos,
desta grana misteriosa
desta púrpura de Tiro.
Al sagrado destas llagas
de mis esperanzas nido,
de mis congojas consuelo,
de mis temores asilo,
huyo de vuestro rigor,
á vuestra clemencia asido
á estos clavos sacrosantos;
mi Dios pequé, Iglesia pido.
¡Ay, Dios de amor desnudo!
¡Ay, pobre rico!
¡qué más ventura si de vos me visto!

(*Encúbrense los dos.*)

ESCENA VII

LELIO *y* GRIMALDO, *como de noche.*

LELIO.

Esta es buena ocasión, que Dorotea
estará sola en casa, si del modo
que otras veces, su hipócrita se emplea
en trasnochar, rezando.

GRIMALDO.

El tiempo todo
gasta devoto en Dios, y quien desea
á su mujer (que yo no me acomodo
á pretensión tan bárbara) recelo
que intenta loco combatir el cielo.
El en maitines, salmos á Dios canta,
y Dios á socorrer su honor se obliga,
Dios vive en esta casa porque es santa,
y Dios si tal vez sufre, tal castiga;
cuando él para alabarle se levanta,
¿osáis vos, Lelio, mientras le bendiga
ejecutar el vicio que os abrasa
y competir con Dios en esta casa?

LELIO.

Por Dios, Grimaldo, que venís devoto.
A Dios me remitís ¿no veis que es tarde?
Alivio busco, porque llamas broto;
no se teme anegar el que se arde;
miedo debe engendrar vuestro alboroto;
como Letrado sois, seréis cobarde;
nunca es valiente la jurispericia;
plumas, no espadas, juega la justicia:
volveos, Grimaldo, á ver vuestros *Digestos*,
que yo he de proseguir con mi osadía.

GRIMALDO.

No términos en vos tan descompuestos
destemplarán mi noble cortesía;
yo sé leyes de honor como de textos,
reñir de noche y estudiar de día;
y si amistad con vos no profesara,
no la pluma, el acero os castigara.
Ciego estáis, no me doy por ofendido;
competid con valientes, no con santos:
Homo Bono por tal es conocido,
que vence no con armas, mas con llantos.
Dios el alcaide de su casa ha sido;
sus ángeles la guardan, contra tantos
¿osaréis ser valiente?

LELIO.

No sabía
que era elocuente ya la cobardía.
¿Qué santo ó qué nonada? El vulgo necio
le juzgará por tal, el ignorante;
no yo, que la bajeza menosprecio
que en traje de humildad es arrogante.
A un bárbaro simplón, ¿no es caso recio,
que el torpe vulgo estatuas le levante?
¿qué milagros le apoyan y acreditan?
¿qué muertos por su causa resucitan?
Andad, Grimaldo: en viendo cabizbajo
á un hombre, hablar por tiple, reprendiendo,
luego es apóstol; luego halló el atajo
del cielo, su limpieza encareciendo.
Es el ocio, cuando huye del trabajo,
engaña bobos: no todo remiendo
tiene la santidad por ejercicio;
disfraces sabe hacer también el vicio.
Un sastre miserable, un pobre idiota
que á título de humilde, su tijera
hurta más que las otras, sin dar nota,
porque juzgan los necios lo de fuera,
soberbio el corazón, cara devota,
ya es otro San Alejo en la escalera
y puede ser que agora en bodegones
trueque por embriagueces, oraciones.

GRIMALDO.

¡Dios me libre de vos! ¡Jesús mil veces!
Lelio, no os digo nada, la malicia
eclipsa las más puras sencilleces.

LELIO.

Y también es gitana la avaricia.
¡Vive Dios, que de engaños y dobleces
no he de creer la hipócrita noticia
que le apoya en Cremona, que es un...

GRIMALDO.

¡Paso!

LELIO.

¡Miren de quien las gentes hacen caso!
¿Vos no advertís que con virtud fingida
nos llevó á nuestra dama, y qué burlados,
él jactancioso y ella arrepentida
nos dejó sutilmente lastimados?
Pues en venganza desto, si la vida
les costase esta noche á mis cuidados,
su esposa he de robarle y con violenta
mano templar mi amor, vengar mi afrenta.
Cerrada está su puerta, pero á coces
la echaré por el suelo; ya ha caído.

(*Da una coz á la puerta, ábrese. Está en ella un angel con una espada de fuego, cae* Lelio *desmayado, huye* Grimaldo *y sale* Homo Bono.)

ESCENA VIII

UN ANGEL, GRIMALDO *y* HOMO BONO.

ANGEL. ¡Blasfemo! ¿que es Alcaide no conoces
Dios desta casa?

GRIMAL. ¡Cielos, favor pido!

(*Desaparece el* Angel.)

ESCENA IX

Sale PENDÓN, HOMO BONO, LELIO *y luego* UNA VOZ.

HOMO. Al umbral de mi puerta ¿quién da
[vozes?
PENDÓN. Por Dios que los peones lo han bebido
como unos paladines.
HOMO. En el suelo
está sin vida un hombre, ¡santo cielo!
PENDÓN. ¿Señor, eres tú?
HOMO. ¡Ay, Pendón!
A mis puertas desmayado
está un pobre, yo habré dado
á su desgracia ocasión.
PENDÓN. ¿Tú, por qué?
HOMO. Porque vendría
con hambre y necesidad;
faltóle mi caridad,
la culpa, Pendón, es mía;
levantémosle los dos. (*Levántanle.*)
PENDÓN. ¡Malos años, cómo pesa!
¿pues no huele á algalía?
HOMO. Pendón, agora cesa
de locuras. ¡Ay, mi Dios!
¿No es este Lelio?
PENDÓN. En la trampa
cayó esta vez la raposa;
golosmea r vuestra esposa
queria, miren si escampa.
HOMO. No malicies.
PENDÓN. No malicio;
mas calla, que él lo dirá.
HOMO. Vivo parece que está.
PENDÓN. ¿Si viene á aprender oficio?
HOMOB. ¿Señor Lelio, á tales horas
vos por aquí? ¿qué queréis?
habladme, ¿no respondéis?
(*Hace señas que está mudo.*)
¡Hay tal desgracia!
PENDÓN. ¿Pues lloras?
HOMO. ¿Qué ha de hacer mi compasión?
Decidme á lo que venís...
LELIO. Aba, aba, ba.
PENDÓN. ¿Habas pedís?
¿mejor no fuera un jamón?
HOMO. Sin duda que ha enmudecido.
PENDÓN. ¡Oh, si lo fueran también
cuantas mujeres nos ven!
HOMO. ¿Qué es lo que os ha sucedido?
LELIO. Aba, aba.
PENDÓN. Que vió un Abad;
¿pues qué importa que le vea?
LELIO. Aba, aba.
PENDÓN. Bien deletrea;
señor, ya sabe el B. A. Ba;
escribirá cuando viejo.
HOMO. ¿Lelio, no nos respondéis?
¿qué ha sido ésto, qué tenéis?
LELIO. Aba, aba.
PENDÓN. Pide abadejo.
HOMO. Piadoso amante que abriste
á las lenguas los candados
de aquellos niños sagrados
cuando el dulce *hosanna* oistes,
vuestro amor rompa este nudo,
y vuelva la voz suave,
porque con ella os alabe;
cantará después de mudo
del modo que Zacarías
aquel *Benedictus* tierno
Himno de la iglesia eterno
que entonan las jerarquías.
(*Hincase* LELIO *de rodillas y hace señas de arrepentirse.*)
Ea, Señor, que parece
que humilde os pide perdón (*Dentro.*)
UNA VOZ. Hable por tu intercesión,
puesto que no lo merece.
LELIO. Pon, Santo, en aquestos labios
los pies, pues los has abierto;
cerrólos mi desacierto,
ellos te hicieron agravios
y ellos, desde hoy más, serán
de tu virtud pregoneros;
murmuráronte groseros
ya desde hoy te alabarán;
ofender torpe y lascivo
tu honestidad pretendí,
volvió el mismo Dios por ti,
piadoso aunque vengativo;
Paraiso fué tu casa,
quise entrar en ella ciego,
vibró un serafín de fuego
la espada que vista abrasa:
yo propongo de imitar
tus virtudes desde agora.
HOMO. Mi Dios, quien firme os adora
no tiene que recelar.
Lelio, si el frágil sujeto
del hombre deja postrarse,
favor para levantarse
ofrece el cielo al discreto;
que yerre nuestra ignorancia
no es mucho, en el más robusto,
siete veces cae el justo;
pero la perseverancia
en el vicio, esa condeno;
volved desde aquí por vos
por la honra vuestra y de Dios;
ponga la prudencia freno
de la travesura loca
y hacedme á mí una merced.
LELIO. Mandad, decid, disponed.
HOMO. Lo que os pido es que en la boca
que abrió del cielo la ayuda
viva seguro el secreto:
deste milagroso efecto
esté en mi alabanza muda,
si en la de Dios pregonera,
que vuestro médico fué.
¿Prometéislo?
LELIO. Callaré,
si bien la lengua quisiera
en que bajó la paloma
divina, para alabaros.
HOMO. No, Lelio, que es afrentaros;
mirad que palabra os toma
mi temor que mientras viva
no contaréis lo que pasa
á nadie; volvéos á casa.
LELIO. Quien de alabaros me priva
que os sea ingrato me manda;

pero, en fin, sois santo vos:
obedecereos.

HOMO. Adiós. (*Vase* Lelio.)

ESCENA X

PENDÓN y HOMO BONO.

PENDÓN. Vuelva y llevará otra tanda,
mas, señor, no medraremos
si en curar mudos te metes
mejor que en echar ribetes
A nuestras puertas pondremos
un cartel de letras grandes
donde diga: «Aquí ha venido
un cirujano que ha sido
Protobarbero de Flandes,
que quita con eficacia
á las lenguas los bragueros,
á los moros por dineros
y á los cristianos de gracia.»

HOMO. Dios te la dé porque seas
discreto, Pendón.

PENDÓN. Sí hará.
Pero más se ganará
en esto que en tus tareas.

HOMO. Ya es de día y no he cumplido
con la obligación que tiene
mi oficio; ¿qué haré si viene
la novia por su vestido
y sólo está comenzado?

PENDÓN. Que dilate el desposorio
en día de purgatorio
para ella y para el velado.
Mas tus puertas se han abierto:
oye.

HOMO. ¿Qué es esto, mi Dios?

ESCENA XI

Están asentados en dos banquillos, cuando se abren las puertas, dos ANGELES, *cosiendo una ropa; hincado* HOMO BONO *de rodillas, suena música.*—DICHOS.

PENDÓN. ¡No ves los Angeles dos
cosiendo, ó no estoy despierto?
¡Oh! Aprendices celestiales
tu profesión autorizan,
y mientras rezas, sastrizan.
¡Qué lindo par de oficiales!
Sastres desde hoy os abono.

HOMO. No oso levantar del suelo
los ojos.

ANGEL. Así honra el cielo
las virtudes de Homo Bono.

PENDÓN. *¡Volaverunt!*

HOMO. Vuestras plumas
me prestad porque os alcance;
no pierda yo tan buen lance,
ministros de gracias sumas.
Esperadme y pagareos
vuestro trabajo y jornal,
pues ya que falta caudal,
moneda acuñan deseos.
¿Alas no tiene la fe?
Pues aunque el temor las corta,
fe tengo; volad, no importa,
que en la iglesia os hallaré. (*Vase.*)

PENDÓN. Si todos los sastres fueran
como estos dos, qué poquito
se añadiera el pendoncito,
y qué menos que mintieran.
Blasonen los zapateros
de que nos ganan de mano
San Crispín y Crispiniano,
hermanos y compañeros.
¡Que presto que son felices,
más lo es el oficio nuestro,
donde Homo Bono es maestro
y ángeles los aprendices!

ESCENA XII

Sale LELIO, GRIMALDO, DOROTEA, SABINA *y* ESPERANZA.

DOROT. Los pésames que hasta aquí
me dábades y trocáis
en plácemes que envidiáis
por la dicha que adquirí
en el esposo que tengo,
confieso al paso que estimo;
dióme el cielo por arrimo
al Santo, que á gozar vengo.
¡Dichosa casa abrasada;
dichosa hacienda perdida;
dichosa, aunque pobre, vida
en Homo Bono empleada!
¡Ay Lelio, ay Sabina, que es
mi dueño un siervo de Dios!

SABINA. Lástima os tuve á los dos
y envidia santa después.
Cosas cuentan prodigiosas
de su ardiente caridad.

GRIMAL. Pues todas serán verdad
si en los otros fabulosas.

SABINA. Contadnos algunas dellas,
porque todas no podréis.

DOROT. Fuera de las que sabéis,
digno de amarle por ellas,
una os diré solamente.
Tenemos una heredad
no lejos desta ciudad
pequeña, mas suficiente;
llevaba mi esposo amado
tal vez á los viñaderos
de comer, y aunque groseros,
de todos reverenciado;
con gusto le recibían
y cada cual confesaba
que en lo poco que les daba
cuerpo y alma mantenían.
Gustaba de ir en persona
siempre que hallaba lugar,
mi esposo, con el manjar:
salió una vez de Cremona,
con las alforjas á pie,
y en la mitad del camino
vió cansado á un peregrino;
con él platicando fué,
supo su necesidad,
hízole que se asentase,
rogóle que merendase.

Es larga su caridad;
dióle de lo que llevaba,
con el vino satisfizo
su sed; era advenedizo,
el cansancio le brindaba
y el calor todo lo agota;
tanto fué lo que bebió
que con el vino acabó.
Fuese, y llenando la bota
mi dueño, en la primer fuente,
llegó á sus trabajadores,
agradeció sus sudores,
y haciendo asentar la gente
los repartió la merienda,
si bien receloso estaba
que el vino les desfraudaba;
mas porque nadie lo entienda,
bendiciendo la bebida
alegre se la entregó,
uno, á pechos se la echó
diciendo: «No vi en mi vida
vino de tan buen sabor».
Afirmó luego el segundo:
«No puede haber en el mundo
tan generoso licor».
Lo mismo dijo el tercero;
mas mi esposo que pensaba
que cada cual se burlaba
dijo: un pobre pasajero
pidiéndome de beber
la agotó, la sed abrasa,
iremos, hijos, á casa
y podréis satisfacer
este engaño. Destos tales,
dijeron, nos hagan ciento:
mi esposo que en su contento
vió, de lo que era, señales,
lo probó, y agradecido
al cielo, los obligó
á callar, mas no bastó,
porque muchos lo han sabido,
y aunque encubrirlo desea,
el cielo á su fe acomoda
el milagro de la boda
de Caná de Galilea.

ESPERAN. De otra suerte lo distilan
los hermanos taberneros,
sino díganlo los cueros
que á poder de aguas opilan.

GRIMAL. Yo le vi, aunque no ha estudiado,
que una vez que disputaba
un hereje y afirmaba
un error desatinado,
le confundió con razones
de tan sutil teología,
que parece que tenía
ciencia infusa.

SABINA. En ocasiones
semejantes ya yo sé
que Dios en su lengua está.

LELIO. Como á media noche va
á la Iglesia, yo le hallé
una, á sus puertas llamando,
pero como no le oyeron,
ellas mismas se le abrieron;
mas ¿para qué estoy contando
milagros, si el que hizo en mí
es tan portentoso y nuevo?

GRIMAL. Contádnosle.

LELIO. No me atrevo,
porque callar prometí.

ESCENA XIII

Sale VALERIO.—DICHOS.

VALERIO. Amigos, venid á ver
maravillas que Dios hace
en la humildad que sublima
cuando en la soberbia abate.
Ya el asombro de Cremona,
el Homo Bono, aquel sastre
de la Cámara de Dios,
libre de la mortal cárcel
del cuerpo, á los cielos vuela
para que en ellos le pague
con su gloria las hechuras
que ajustan cuentas y alcances:
por los pobres que ha vestido
quiere Dios que le acompañen
ángeles, que tal vez fueron
dentro su casa oficiales.
Oyendo aquel sacrificio
misterioso y inefable
en que obliga el sacerdote
que al pan Dios del cielo baje,
al entonar aquel himno
que ofrece glorias y paces
á los cielos y á los hombres,
cuando humano el verbo nace,
herido el pecho de amor,
como estrecho en él no cabe,
tanta inmensidad de fuego
en sus llamas naufragante,
cedió la vida á la muerte;
llegó al fin de su viaje
voló el alma y tomó puerto
en aquel feliz paraje
donde arenas son estrellas,
donde no llegan combates,
del mar, que anega virtudes,
siendo vicios huracanes.
Quedó hincadas las rodillas,
resplandeciendo delante
del altar mayor quien puede
ya calificar altares;
pero escuchad, si sois dignos,
las fiestas que al cielo le hace,
las norabuenas que goza,
los santos que á verle salen.

ESCENA XIV

Corren una cortina y van subiendo con música el Santo vestido de una ropa larga de tela, con unas tijeras de sastre en la mano izquierda y en la otra una cruz. DICHOS.

PENDÓN. ¡Ah, señor amo, ah maeso!
¿dónde bueno? ¿así se parte?
¿á buenas noches nos deja?
¿sin su aprendiz se va el sastre?
Pero allá no hay que coser,

que es la ropa perdurable
de la gloria que Dios viste
sin peligro que se rasgue.

DOROT. ¡Ay, esposo de mi vida!
¿cómo si tanto me amaste,
entre las penas me dejas
y á los deleites te partes?
¿No somos los dos consortes?
llévame contigo, alcance
la acción debida, que tengo
á los bienes gananciales.

PENDÓN. Esperanza: á un monasterio,
tú motilona, y yo fraile,
no hay que hablar en matrimonios,
San Pendón han de llamarme.

LELIO. Esta historia nos enseña
que para Dios todo es fácil,
y que en el mundo es posible
ser un hombre *Santo y Sastre*.

COMEDIA FAMOSA

LOS LAGOS DE SAN VICENTE

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

FERNANDO, *Rey*.
DON TELLO.
DOÑA BLANCA.
DOS CAUTIVOS.
AXA, *mora*.
REY MORO.
CARRASCO, *pastor*.
MARI PABLOS.
MÚSICOS.
ALÍ PETRÁN, *moro*.
DOS MOROS.
DON GUTIERRE.
DON GARCÍA.
CASILDA, *santa*.
SAN VICENTE.
ABÉN ROGEL, *moro*.
NUESTRA SEÑORA.
JUAN PASCUAL, *rústico*.
DOS PASTORES.

ACTO PRIMERO

ESENA PRIMERA

En lo alto de unos riscos PASCUAL, *villano, muy á lo grosero con un bastón y una honda. Por la mitad de los riscos el* REY DON FERNANDO, *de caza.*

PASCUAL. ¡Hao! que espantáis el cabrío.
¡Verá por dó se metió!
¡Valga el diablo al que os parió!
Echá por acá, jodío.
Teneos el abigarrado.
FERNAN. Enriscado me perdí;
Pastor, acércate aquí.
PASCUAL. Sí, acercáosle, que espetado; (1)
pues yo os juro á non de san
que si avisaros no bonda
y escopetina la honda
tres libras de mazapán,
mijor diré mazapiedra...
¡Hao! que se mos descarría
el hato.
FERNAN. Escucha.
PASCUAL. Aún sería
el diablo; verá la medra
con que mos vino; arre allá
hombre del diabro, ¿estás loco?
ve bajando poco á poco,
no por ahí, ancia acá.
¡Voto á san, si te deslizas...
FERNAN. Acerca, dame la mano.
PASCUAL. Que has de llegar á lo llano
bueno para longanizas.
(Alárgale el bastón para que se tenga á él.)
Agarraos á este garrote.
¿Quién diabros, por aquí os trujo?
Teneos bien, que si os rempujo,
no doy por vueso cogote
un pito.
FERNAN. ¿Qué tierra es ésta?
PASCUAL. La Bureba de Castilla.
FERNAN. ¡Notables riscos!
PASCUAL. Mancilla
vos tengo.
FERNAN. ¡Qué extraña cuesta!
PASCUAL. Llámase Espanta roines.
FERNAN. No sé yo que haya en España
tan escabrosa montaña.

(1) En la reimpresion sevillana dice:
Si, acercaos ¡qué espantado!

PASCUAL. Mala es para con chapines.
(Van bajando.)
Dad acá la mano.
FERNAN. *(Con guante.)* Toma.
PASCUAL. ¿Hay mano con tal brandura?,
ó sois vagamundo ó cura;
Echad por aquesta loma.
Con tiento, hao, que caeréis.
FERNAN. ¿Hay peñas más enriscadas?
PASCUAL. Manos de lana y peinadas
guedejas: hao, no me oléis
á poleo: pregue á Dios
que no encarezcáis la leña.
FERNAN. No malicies.
PASCUAL. ¿Pues hay dueña
que las tenga como vos?
FERNAN. ¿Nunca viste guantes?
PASCUAL. ¿Qué?
FERNAN. Estos; ¡simple es el villano!
(Vase descalzando el guante.)
PASCUAL. Hao, que os desolláis la mano.
¿Estáis borracho?, á la he,
que debéis ser hechicero.
El pellejo se ha quitado
y la mano le ha quedado
sana, apartada del cuero.
Las mías el azadón
les ha enforrado de callos;
pues que sabéis desollallos
hedme alguna encantación,
ó endilgadme vos el cómo
se quitan, que Mari Pabros
se suele dar á los diabros
cuando la barba la tomo.
FERNAN. ¡Sazonada rustiqueza!
PASCUAL. Por aquí, que poco falta
de la sierra.
FERNAN. Ella es bien alta
y asombrosa su aspereza.
PASCUAL. Y decid, por vuesa vida,
qué, ¿se puede desollar,
la mano sin desangrar
quedando entera y guarrida?
FERNAN. Anda, necio; la que ves
es una piel de cabrito
ó cordobán.
PASCUAL. Sí; bonito
soy yo.
FERNAN. Adóbanla después
y ajustándola á la mano
del aire y sol la defiende.
PASCUAL. ¡Qué bueno!, ó sois brujo ó duende.
¿Pensáis, aunque só serrano
burlarme? ¿No está apegada
con la carne esotra?
FERNAN. No.
PASCUAL. ¿No os la vi desollar yo?
FERNAN. Estaba en ella encerrada
como tu pie en esta abarca.
PASCUAL. Si las atáis por traviesas
dejáradeslas vos presas
ó metidas en el arca.
Mari Pabros me pedía
la mía de matrimeño,
y yo, como amor la enseño,
dándola aquesta vacía,
burlada se quedará
si por Olalla la dejo;
que hay mano que da el pellejo
pero no la voluntá.
Y porque ya estáis abajo
adiós, que al hato me vó.
FERNAN. Quiero desempeñar yo
las deudas de tu trabajo.
Toma este anillo.
PASCUAL. ¿Este qué?
FERNAN. Anillo es de oro.
PASCUAL. Verá,
de prata los hay acá
mijores; se le daré
á Mari Pabros, señor.
¿Qué es esto que relumbrina?
FERNAN. Un diamante, piedra fina.
PASCUAL. ¿Lo que llaman esprendor
el cura y el boticario?
FERNAN. ¿Quién?
PASCUAL. Un par de entendimientos
que á falta de pensamientos
nos habran tras ordinario
y hay en nueso pueblo quien
mos avisa; estos que oís
echan al pan negro anís
para que mos sepa bien.

ESCENA II

Sale DON TELLO, *desnuda la espada y en cuerpo.*
DICHOS.

TELLO. Quien no cumple obligaciones
de valor y de amistad
pague así su deslealtad
y vengue sus sinrazones.
FERNAN. Tened, don Tello, ¿qué es esto?
¿Vos con la espada desnuda?
TELLO. Señor, un agravio muda
leyes que amor había puesto.
Cazando os habéis perdido,
pero podréis os hallar
á vos mismo, si excusar
sentimientos sois servido
de quien valor interesa
y busca satisfacción.
Cazad, Fernando, el blasón
de igual, que es sabrosa presa
digna de las majestades
en que se retrata Dios;
verdades huyen de vos,
seguid, señor, las verdades.
FERNAN. Pues ¿á qué fin es todo eso?
TELLO. Don Diego, favorecido
de vos, muchos ha ofendido,
que el privar ofusca el seso;
y yo que dél confié
prendas de la voluntad,
quejoso de su amistad
en esta sierra saqué
con su sangre el sentimiento
de mi agravio; no sé yo
si vive sé que quedó
herido y con escarmiento.
Temo el poder coronado
de un Rey que se subordina
á leyes que amor inclina

contra la razón de estado.
Siento seguirme su gente
y el riesgo no da lugar
á poderos declarar
la ocasión que tuve urgente.
Si vos la verdad seguís,
que os suplico que busquéis,
en los yermos la hallaréis,
y si templado la oís
sabréis el agravio mío;
mas si os tiene el favor ciego
de doña Blanca y don Diego,
aunque enemigo, os la fío.

FERNAN. Don Tello, esperad.

TELLO. No puedo,
gran señor, aunque os adoro,
que os he ofendido; al Rey moro
voy á servir de Toledo. *(Vase.)*

ESCENA III

DON FERNANDO, PASCUAL y DOÑA BLANCA.

BLANCA. Fernando generoso,
á quien debe Castilla
el título de reino
si el de condado olvida,
y en hermandad eterna
acuartelados pintas
castillos y leones
en unas armas mismas,
escucha agravios tuyos,
porque entre injurias mías
á ti te satisfagas,
á mí me des justicia.
Mi nombre es doña Blanca,
ya blanco de desdichas,
á quien airados cielos
con triste aspecto miran.
Señora destos montes,
destas sierras altivas,
mis padres castigaron
por heredarlos hija.
Unica fuí en Briviesca,
solar y casa antigua
de mis antepasados;
notoria fué su estima.
Mis años eran pocos
y menos la noticia
forzosa á una doncella
ya madre de familias.
Don Tello de Velasco
(cuyas tierras vecinas
le hicieron, si no deudo,
doméstico en mi villa)
multiplicaba en ella
frecuencias compasivas
á que le ocasionaban
el verme sola y rica.
Menesterosa entonces
de quien con manos limpias
mi hacienda administrase,
que en huérfanos peligra,
tomóla por su cuenta,
y al paso que crecían
mis réditos y censos,
crecieron sus visitas.
Menguó en vulgares lenguas
la fama, que lastiman
con sombras de verdades
hipócritas mentiras.
Llegaron estas nuevas
despacio á mi noticia,
puesto que siendo malas
suelen llegar de prisa.
Y como la advertencia
después de la puericia
en juventudes nobles
lo lícito limita,
en lo que no lo era,
por refrenar malicias,
quise, si no atajarlas,
honrada, reprimirlas.
Para esto, vergonzosa,
llamé á don Tello un día
y entre vislumbres arduas
examinando cifras,
le dije: Diligencias
que alientan cortesías
y desinteresadas,
si no empeñan, obligan,
han dado al ocio infame
sospechas y premisas
que á mi opinión se atreven,
que vuestra fama eclipsan.
Ya suele juzgar verde
la nieve quien la vista
por verdes vidrieras
socorre, cuando mira.
¿Qué mucho, si villanos
ociosos nos registran
con maliciosos ojos,
que juzguen á malicia
desvelos de nobleza,
queriendo que se midan
con sus intentos torpes
acciones comedidas?
El veros tan afecto
diligenciar prolijas
agencias de mi hacienda
por vos restituída,
remiso en vuestra casa,
solícito en la mía,
cuidando mis aumentos
y frecuentar venidas,
no siendo nuestra sangre
por vínculos propincua,
la edad ocasionada
en vos y en mí florida;
vos hombre, mujer yo,
y en ellas perseguida
la fama, si nos notan
no os cause maravilla,
que yo os juro, don Tello,
que á no ser presumida
aventurara aciertos
de este confuso enigma.
Porque oficiosas muestras
después de tantos días,
con tal perseverancia
aunque el silencio oprima,
señales acreedoras
por sí mismas me avisan,
que agencias sin retornos

ó mueren ó se entibian.
Ya yo me he declarado:
quien debe, y noble libra
hidalgos desempeños,
no quiere trampear ditas.
Los vuestros reconozco
y sé que se acreditan
con el cortés silencio,
que cuando beneficia
el bien nacido, calla;
porque ajustar partidas
de amantes pretensiones
serán mercadurías.
Mirad en este caso
lo que la vuestra arbitra,
y sea desmintiendo
los que nos fiscalizan,
ó limitando el verme
y de mi casa y vida,
si administrador, dueño
creciendo á mi amor dichas.»
Dije. Y él, cortesano,
con lengua agradecida
no osó afirmar con alma,
(que tal vez son distintas
palabras de intenciones),
encareció la estima
de mis ofrecimientos,
y con respuesta ambigua
enmarañó esperanzas,
puesto que ya yo vía
que amante que no otorga
es fuerza que despida.
Partióse á vuestra corte,
y en ella comunica
secretos á don Diego,
cuya amistad antigua
abrió puertas al alma,
(si es lícito el abrirla
en daño de tercero
quien guarda cortesías);
dijo, que si me hallase,
volviendo, maravilla
de ausentes con firmeza,
entonces dispondría
su amor y mis deseos;
porque aunque se edifica
de piedras una casa,
se cae si no se habita.
Partió Tello á la guerra,
y mientras se ejercita
en merecer laureles,
acá le descaminan
la paz, curiosidades
que siempre patrocinan
amores, cuando el ocio
á la ocasión prohija.
Habíame alabado
don Tello por la cifra
de hermosas y discretas;
estaba yo ofendida
de necias dilaciones
que plazos diferían,
pecando de groseras
por sobra de advertidas.
Vino don Diego á verme
cuando esta monarquía
por descansar sus hombros
en él su peso alivia;
su amigo fué don Tello;
mas siendo, como afirman,
en ellos sola un alma,
gobierno de dos vidas,
debió tener por cierto
que le pertenecía
la acción de pretenderme;
y para proseguirla
ocasionó frecuencias,
sirvióme algunos días,
correspondíle grata,
sus prendas conocidas,
y el interés de verle,
que con tu Alteza priva
me hicieron estimarle
con fe tan excesiva,
que cohechando al sueño
gozaba en él su vista.
Pasáronse dos meses,
volvió, ya reducida
Galicia á tu obediencia,
don Tello á esta provincia;
hallóme ya prendada,
y supo que admitía,
en fe de sus tibiezas,
al dueño de su envidia.
Disimuló pesares
hasta que, vengativa,
su espada en esta caza
le hiere y me lastima.
A tu favor se atreve,
contra mi amor conspira,
y huyendo tus venganzas
las imposibilita.
Despacha, Rey, enojos
que vuelen y le sigan,
alas de fuego lleva
la espada de justicia.
Todo el poder lo alcanza;
á Dios, Fernando, imita
la furia de los reyes
que igualmente castigan
agravios coronados,
privanzas ofendidas,
sin reservar lugares
los rayos de su ira.

FERNAN. Más siento vuestro pesar
que el que mi enojo interesa;
alzad, alzad.

PASCUAL. Pulla es ésa;
¿qué diablos tiene de alzar?
Estése quedo: ¿no veye
que es nuesa ama?

BLANCA. Sois Rey vos,
sol de España.

PASCUAL. Mas, por Dios,
¿y qué era su merced el Reye?
Somos bestias los villanos.
No en balde trae otro par
de manos, que para dar
todo el Reye ha de ser manos;
deme una pata á besar.

ESCENA IV

Salen DON GARCÍA *y* DON GUTIERRE.—DICHOS.

GARCÍA. Aunque fué grande la herida
no corre riesgo su vida.
FERNAN. Todo hoy ha sido azar;
¿adónde don Diego está?
GUTIER. En esta quinta procura
la piedad y la hermosura
de quien hospicio le da
que el regalo y la caricia
disminuyan su dolor.
FERNAN. Cura por ensalmo amor.
Ya, Blanca, tengo noticia
de que os conocen por dueño
esta quinta y su lugar;
con una acción he de dar
dos saludes al empeño
de voluntad con que os llama
el herido su acreedora,
y al mal, que siempre mejora
viendo á su prenda quien ama.
Yo quiero, siendo el doctor,
que de una vez convalezcan:
méritos suyos merezcan
el mío y vuestro favor.
Hoy le habéis de dar la mano,
que es la más justa venganza
que apetece su esperanza
y vuestro amor.
BLANCA. Mucho gano
en que esté tan por tu cuenta,
gran señor, nuestra ventura,
porque la envidie segura
quien sus principios violenta.
Pero ¿á quién tengo de dar
la mano que disponéis?
FERNAN. ¿Cómo á quién? ¿Vos no queréis
á don Diego?
BLANCA. ¿Yo? Obligar
me supo poco don Tello;
pero en efecto, señor.
FERNAN. ¿Tenéis á don Tello amor?
BLANCA. En los ojos puede vello
Vuestra Alteza, si le pido
venganza dél, ¿de qué suerte
le tendré amor? Caso fuerte
es que á don Diego haya herido,
y que ofendiéndoos á vos
se ausente y huya seguro.
FERNAN. Aunque entenderos procuro,
no os doy alcance, por Dios.
Si don Diego os ha obligado
y vos le correspondéis,
¿qué más venganza queréis
que á don Tello desterrado
y á su enemigo mayor
dueño vuestro?
BLANCA. Ya yo sé
que cuando en posesión ve
quien ama al competidor,
se abrasa; y sé que don Tello
por extremo ha de sentirlo,
mas no atormenta el oirlo
tanto, señor, como el vello.
Venga y muera entre desvelos
quien nos ofende á los dos.
FERNAN. ¿No queréis, Blanca, mal vos
á quien pretendéis dar celos?
BLANCA. Con tormentos más extraños
satisfaré mi rigor,
que estos no son, gran señor,
celos.
FERNAN. ¿Pues qué?
BLANCA. Desengaños.
FERNAN. Decís bien; y según eso
ninguno cual yo podrá
ejecutarlos; ya está
quien os ha ofendido preso.
BLANCA. ¿Quién, señor?
FERNAN. Don Tello.
BLANCA. ¿Dónde?
FERNAN. No está la pena distinta
del delito; vuestra quinta
al uno y al otro esconde.
Llegó, la espada desnuda,
á mi presencia don Tello;
humilló á mis pies su cuello,
que siempre la ofensa es muda,
y yo, si no vengativo,
justiciero, le mandé
prender aquí mientras dé
don Diego, puesto que vivo,
miedo al peligro. Cortarle
pienso, cuando os desposéis,
la cabeza.
BLANCA. No querréis,
señor, ese premio darle
á quien os ha reducido
casi un reino amotinado.
FERNAN. Su fiscal sois y abogado;
justicia me habéis pedido;
pues ¿cómo alegáis ahora
servicios suyos?
BLANCA. No son
indignos de compasión
los agravios.
FERNAN. Pues, señora,
ó vos le habéis de llorar
hoy sin vida á vuestros ojos,
ó para atajar enojos
con vos se ha de desposar.
BLANCA. Como perdón se le dé
los pies mil veces os beso.
FERNAN. Sosegaos, que no está preso
ni aquí.
BLANCA. ¿Pues dónde?
FERNAN. No sé.
BLANCA. ¿Ya engañan las majestades?
FERNAN. Siempre que engañan bellezas
importa que sutilezas
desembocen voluntades.
De la vuestra he colegido
que á título de ofenderle
procurábades tenerle
antes preso que perdido.
BLANCA. Confieso aquesa verdad.
FERNAN. Pues para desagraviarla
si intentases disfrazarla,
y es bien premiar voluntad
de quien arriesgó su vida
por lograr en vos su amor,
y es digno deste favor
mi intercesión y su herida,

hoy habéis de ser esposa
de don Diego, y yo el padrino;
destierre su desatino
á quien con ira alevosa
aguarda que yo me pierda
en estas sierras cazando,
y á quien estimo engañando
ofende; así, vos sois cuerda
y en vuestra discreción funda
su salud quien os adora.

BLANCA. ¡Gran señor!...

FERNAN. Más acreedora
es la voluntad segunda,
que á don Diego confesáis,
que la que don Tello os debe,
pues á amaros no se atreve
mientras celos no le dais.

BLANCA. No es bastante razón esta
para que...

FERNAN. Ved á don Diego.

BLANCA. No violente mi sosiego
vuestra Alteza.

PASCUAL. ¿Reye artesa?

FERNAN. Yo gusto desto.

BLANCA. Alma mía,
contra vos no hay Majestad.

PASCUAL. ¿Reye artesa?

FERNAN. Entrad, entrad.

PASCUAL. Entre vuesa artesería. *(Vanse.)*

ESCENA V

TRES MOROS *peleando con* DON TELLO, *y deteniéndolos* ALÍ PETRÁN, *también moro.*

ALÍ.

Dejadle, deteneos,
que para tal Alcides sois pigmeos;
por Alá soberano
que vibra Jove rayos en su mano.
¿Hay valor semejante?
¡Bárbaros, retiraos, quitaos delante.

LOS TRES.

¡Muera!

ALÍ.

¿Cómo que muera?
A vuestras manos, desdichado fuera.
¿Hay más bizarro aliento?

MORO PRIMERO.

Cuatro alcaides ha muerto.

ALÍ.

Fueran ciento,
fueran mil y aún son pocos
para el esfuerzo suyo. Apartad, locos,
retiraos, ó á su lado
haréis por fuerza lo que no de grado.
¿De cuándo acá, atrevidos,
me desobedecéis?

MORO SEGUNDO.

Muertos y heridos
piden justa venganza.

ALÍ.

¡Oh, infames! por Mahoma, si os alcanza
la cimitarra mía,
que habéis de llorar trágico este día.

MORO PRIMERO.

Eres Príncipe nuestro.
Obedecerte es fuerza.

(Vanse los MOROS.)

ESCENA VI

ALÍ *y* DON TELLO.

ALÍ.

Envidia muestro
á tu valor; sosiega,
recóbrate, descansa, que no ciega
la emulación honrosa,
pues también hay envidia generosa.

DON TELLO.

Mayor me la ha causado
tu noble proceder; ya he respirado
del riesgo que corría,
descanso en brazos de tu cortesía;
porque en el bien nacido
lo mismo es obligado que rendido.
Logra victorias, toma.

(Vale á dar la espada.)

ALÍ.

No has de vencerme en todo, por Mahoma;
basta que en lo hazañoso
salgas, Marte cristiano, victorioso.
Envaina el noble acero
y págale mejor, que más te quiero,
cuando obligarte trato,
conmigo armado que con él ingrato.
¿Adónde ibas? ¿Quién eres?

DON TELLO.

Yo soy un escarmiento de mujeres;
juego de sus mudanzas;
verdugo de mis mismas esperanzas.
Por una que me quiso
me destierra el amor del paraíso
de su hermosura ingrata;
una inconstancia ausente me maltrata;
una amistad aleve
paga en traiciones la lealtad que debe.
Un Rey á quien hechiza,
ciego, sus desaciertos autoriza;
y porque satisfago
injurias, me destierra y llevo el pago
que dan pasiones reales;
mas ¿cuándo se premiaron los leales?
Yo, moro generoso,
huyo, en efecto, amando por celoso,
por noble vengativo,
por vasallo de un Rey ponderativo.
De quejas de privados
que injurian amistades, destemplados,
determiné en Toledo
dar lugar al rigor, sagrado al miedo,
lástima á su Rey moro,
contento ausente á la beldad que adoro,
pesar á mis amigos,
venganza á envidias, al amor castigos,

al olvido licencia
y el alma á los peligros de la ausencia.
Partí desesperado,
pues todo es uno, loco y desdeñado;
asaltóme esta tarde
sin oirme, tu campo é hizo alarde
no el valor, la locura,
de enojos que juzgara por ventura.
Pues siendo el morir cierto
más honroso blasón es quedar muerto
á manos de escuadrones
que de olvidos, agravios y traiciones.

ALÍ.

Mucho á tu Rey le debo
por el agravio que me avisas nuevo;
mucho á tu falso amigo,
pues mi dicha estribaba en su castigo;
mucho más á tu dama,
pues te conozco porque te desama,
aunque será excelente
si es tan hermosa, como tú valiente.
Si el rigor coronado
vienes huyendo que irritó un privado
y en el Rey de Toledo
libras tu amparo, príncipe le heredo.
Alí Petrán me llamo,
Almenón es mi padre, nobles amo,
y á ti, que sobre todos
resucitas blasones de los godos,
la inclinación de Marte
con mi amparo me trajo hacia esta parte;
que no es la vez primera
que me recibe el Tajo en su ribera,
y en sus márgenes rojos
ovación, si no triunfos de despojos,
con risueñas señales
me sale á hacer aplausos de cristales.
Ya han visto mis hazañas
de la ulterior Castilla las montañas,
ya han llorado su estrago
los elevados cerros de Buitrago.
Pero ninguna presa
la fama de mis armas interesa
como la que hoy consigo
en merecer ganarte por amigo.
Marchemos á Toledo,
sino es que amante persuadirte puedo,
á que con diez mil hombres
tu reino asaltes, tu enemigo asombres.
Tu misma patria tema,
Burgos te dé en su silla su diadema,
y asombrando tu fama
te adore por reinar tu fácil dama.

DON TELLO.

Príncipe generoso,
de puro desdichado soy dichoso,
dame esos pies.

ALÍ.

La mano
¿no es mejor? Por Mahoma soberano
que me inclinas á amarte,
de suerte que me atrevo á entronizarte
en la cristiana villa
del reino, antes condado, de Castilla.
¿Quieres hacer hoy prueba
de mi amistad?

DON TELLO.

Mi lauro (1) es que tan nueva
contigo pueda tanto.
La lealtad es blasón ilustre y santo;
nobleza me acompaña,
no ha de infamar segunda vez á España
otro Julián segundo,
oprobio del Bautismo, asombro al mundo.
Reine infinitos años
Fernando, y denle luz los desengaños
que eclipsa un lisonjero;
de cuantos me prometes sólo quiero
un favor que me llama
á nueva dicha.

ALÍ.

¿Y es?

DON TELLO.

Robar mi dama,
que será fácil cosa;
porque cerca de aquí, ni recelosa
de asalto semejante,
ni con pesar de que olvidó á su amante,
al pie de la Bureva
mora una quinta, donde Flora nueva,
los planteles que pisa
rosas la sirven y la adulan risa.
La soledad ociosa
y la sierra de suyo tan fragosa,
que al cielo besar piensa,
de sí misma presidio es su defensa.
Si de sus sierras altas
franqueamos estorbos, y la asaltas
en el silencio obscuro,
de agravios y de celos me aseguro;
mis pesares mitigo,
venganza cobro, injurio á mi enemigo,
y viendo que pudiera
destruirle este reino si quisiera,
dejándole sin daño,
obligo al Rey, si no le desengaño;
con que ofrecerte puedo
perpetua esclavitud, vuelto á Toledo.

ALÍ.

No digas más; mis moros,
mi voluntad, mis armas, mis tesoros
son tuyos; la fortuna
patrocine tu amor; cubra la luna
presunciones de plata
aquesta noche á tus intentos grata.

DON TELLO.

Pon tus pies en mi cuello.

ALÍ.

Alza y marchemos. ¿Llámaste?...

DON TELLO.

Don Tello.
(Vanse.)

---

(1) En la impresión de Sevilla dice «Milagro».

ESCENA VII

Salen CASILDA, *de mora bizarra, y* AXA, *mora.*

CASILDA. Mira si alguno nos vió.
AXA. ¿No basta que Alá nos vea
si Mahoma, que desea
que seas reina, se ofendió
de que lleves cada día
de comer á los cristianos
y que por tus mismas manos
los regales?
CASILDA. No sería
él tan santo y tan profeta
si mostrase indignación
porque tengo compasión
destos míseros; respeta
el que es fiel todo retrato
de su Príncipe y en él
(ya esté en lienzo, ya en papel)
pena de ofenderle ingrato.
Mostrar su lealtad procura,
y cuando en él ve su cara,
no en el lienzo vil repara,
sino sólo en su figura.
De Alá semejanza son
los cautivos, Axa mía;
él los conserva y los cría,
y en esto no hay distinción
de nosotros; poco va
para que yo los estime
(si en ellos su copia imprime
y son retratos de Alá),
que la materia sea ó no
de valor, pues le retrata,
que no al lienzo ni á la plata,
la imagen respeto yo.
AXA. Siendo tú Princesa...
CASILDA. ¡Ay Axa!:
¡quién te pudiera decir
cosas que intento encubrir
y no puedo! Juzga baja
y extraña mi inclinación,
que una vez que no piedad,
sino la curiosidad,
me llevó á ver su prisión,
aprendí cosas en ella
con que infinitas me obliga,
á que los ame y los siga.
¿Podréme yo, prima bella,
fiar de tí?
AXA. Si me amaras
pudieras no me agraviar
con tener y recelar
secretos en que reparas.
¿Tan poco te estimo yo
que cuando, lo que no creo,
te arrojara tu deseo
á amar á un cautivo...
CASILDA. No;
no, prima, cierra la boca;
á todos juntos los amo;
pero no por eso infamo
mi opinión, liviana ó loca.
AXA. Pues ¿qué tienes que fiarme?
CASILDA. Mira, después que frecuento
el calabozo violento
que compasión pudo darme,
y curiosa de saber
los misterios en que estriba
de tanta gente cautiva
la profesión, llego á ver,
no sé si te diga engaños
de la nuestra.
AXA. ¿Estás en tí?
CASILDA. Será, prima, frenesí
que quiere eclipsar mis años.
Mas nadie ya me persuada
después que en su escuela asisto,
que si es falsa la de Cristo
no es su ley más concertada.
Hallo mil contradicciones
en la de nuestro Alcorán,
y que sus preceptos dan
licencias y no razones.
Si le pregunto á un cristiano
¿cómo puede ser que Dios
con naturalezas dos,
siendo divino y humano,
sola una persona sea?
con discursos y sentencias,
ejemplos y congruencias
me ocasiona á que lo crea.
No hay tan difícil secreto
en su ley que no permita
disputas con que acredita
su fe el cristiano discreto.
Pregunta tú á un alfaquí,
ó al morabito mayor,
¿por qué causa, siendo amor
unidad que enlaza en sí
dos almas, es bien conceda
Alá, contra su decoro,
ley para casarse el moro
con cuantas sustentar pueda?
Si le replicas diciendo
que el amor pide igualdad
y dando mi voluntad
al esposo que pretendo
es justo me satisfaga
con una alma toda unida,
entera y no repartida,
que amor con amor se paga,
responderá: no hay cuestiones
para eso en mi ley sagrada;
sólo consiste en la espada
su verdad, y no en razones:
yo defiendo y no disputo.
Pues si no hay más fundamento,
Axa, nuestro entendimiento,
¿en qué difiere del bruto?
Según aquesta quimera
que discursos no consiente,
el que fuere más valiente
tendrá ley más verdadera.
De donde, por que te asombres,
saco que es, en conclusión,
mejor ley la del león
que despedaza á los hombres.
AXA. Suplícote que no trates
en eso, que me das pena.
CASILDA. Su ley, Axa, será buena
mas huéleme á disparates.
AXA. Esa es blasfemia.

CASILDA. Oye ahora.
¿Persuadiráste á creer
que Mahoma, para ver
los palacios que Alá mora,
suba por una escalera
á los siete Paraísos
que nos vende; y que divisos
unos de otros, cada esfera,
conforme afirma en la Suna
y en el Alcorán, dilata
por ellos tanto oro y plata
que empobrece la fortuna?
¿Tanto diamante y topacio,
tanta multitud de perlas
que no hay ojos para verlas;
tanto jardín y palacio,
tanto arroyo cristalino,
que siete cielos regando
están perennes brotando
néctar, leche, miel y vino?
¿Aquel árbol que se nombra
Tubba, tan grande y frondoso,
que descansa deleitoso
el cielo todo á su sombra;
de tanta felicidad
que cada hoja es un tesoro
y siendo la mitad de oro
es plata la otra mitad;
donde el nombre de Alá santo
y de Mahoma está escrito,
sin juzgarle por delito
que un hombre merezca tanto?
¿Para qué tapicerías
de púrpura y seda en redes
adornando sus paredes,
donde sin noches los días
no necesitan de abrigo?
¿Para qué alcatifas tantas,
si estrellas pisan las plantas
de Alá y de quien es su amigo?
¿Para qué, si la sed falta,
aquellas dos fuentes bellas
que con cada gota dellas
de plata, Apolo se esmalta?
¿Cómo podré yo creer,
sin que el seso se desmande,
que cada fuente es tan grande
que llega, prima, á tener
sesenta mil y más leguas?
¿Hay disparate mayor?
¿Y que ofrece en derredor,
por dar al cansancio treguas,
más tazas y vasos, prima,
que tiene estrellas el cielo,
donde bebe sin recelo
quien sus deleites estima?
¿Donde la torpeza goze
vírgenes, si es que lo son,
las que en lasciva afición
el vicio torpe conoce;
donde comiendo de modo
que nunca el manjar enfada,
para el alma no haya nada
siendo para el cuerpo todo?
¿Persuadiráse el discreto
que es felicidad tener
necesidad de comer
siendo en los vicios defeto?
¿Que necesite escalera
para subir á gozar
la gloria que le han de dar
el moro que en Alá espera?
Anda, prima.

AXA. No disputo
en lo que manda Mahoma.

CASILDA. Consiste en que beba y coma
la gloria torpe del bruto,
no del alma, cuyo ser
es substancia inmaterial
que estriba intelectual
en amar y en entender.
Ríete de aquel banquete,
donde coronando al vicio,
desde el día del juicio
nuestro Alcorán nos promete
tanto manjar sazonado,
tanto vino generoso,
tanto vestido curioso,
tanto joyel esmaltado,
dando por postre un limón
á cada moro que huela
y abriéndose (¿hay tal novela?)
salga dél, con perfección
extraña, una dama hermosa
que con su moro se enlace
y en fe que le satisface,
con vida torpe y ociosa,
sin dividirse los dos,
estén así cincuenta años;
¿son dignos estos engaños
de la pureza de Dios?

AXA. Señora, tú estás perdida.

CASILDA. Yo, prima, me ganaré.

AXA. ¿Qué mucho que Alá te dé,
siendo á su ley atrevida,
la enfermedad que padeces?

CASILDA. Antes por favor la estimo,
pues los intentos reprimo
de mi padre, cuantas veces
me pretende dar empleo,
que es intolerable pena
llorarme después ajena
si á mí misma me poseo.
Vete y déjame gozar
á solas mis pensamientos;
para el triste no hay contentos
como el no comunicar
discursos si no es consigo.

AXA. Voime, pues tú me lo mandas.
Amor, que riscos ablandas,
si sospechas tuyas sigo,
la princesa se enamora
de algún cristiano que preso
le ha mudado, como el seso,
el alma, pues ya no es mora.
Yo averiguaré verdades,
puesto que bastantes son
para su averiguación
tristezas y soledades. *(Vase.)*

ESCENA VIII

CASILDA, *sola.*

Pura esfera de cristal,
comuniquemos las dos
á solas; un solo Dios
sé que hay, por luz natural:
pintamelo corporal
la ley de nuestro Profeta,
que á deleites se sujeta,
que come y bebe entre flores,
que en materiales amores
almas y cuerpos inquieta.
Enséñame la razón
que si amor se comunica
aquí es porque fructifica
la humana propagación;
no hay allá generación
de individuos, porque estriba
su gloria en que eterno viva
quien el alma le dirige,
pues ¿por qué lo torpe elige
y de lo casto nos priva?
Díceme la ley cristiana
que en estos cautivos miro,
misterios de que me admiro
y casi á su fe me allana,
una deidad soberana,
pura, limpia y absoluta
me enseña con que refuta
del moro los fundamentos,
un cielo sin elementos
que el tiempo jamás disfruta.
Una inmaterial limpieza
que el alma llega á tener
ocupada siempre en ver
de Dios la naturaleza;
la beatífica pureza
en que su gloria se funda;
una claridad que inunda
potencias, que deja en calma,
sobrándole tanto al alma
que hasta en los cuerpos redunda.
No se come, no se bebe,
que allá fuera imperfección,
en fogosa suspensión
sólo á ver su Dios se mueve;
lo eterno juzga por breve
sin que se canse en mirar
de Dios el inmenso mar
donde fin no se conoce,
porque por mucho que goce
le queda más que gozar.
Todo esto está bien fundado;
todo parece seguro,
porque lo casto y lo puro
me causan notable agrado;
sólo inquieta mi cuidado
el persuadirme á entender
que un solo Dios pueda ser
uno y tres, sin que ninguno
de aquestos tres sea del uno
distinto: ¡extraño creer!
Un Dios simple y no compuesto
en tres personas me pinta
su ley, cada cual distinta
y cada cual un supuesto;
¿de qué suerte ha de ser esto
para que su fe me cuadre?
Una persona que es padre
y origen de todo el bien,
con un hijo, pues ¿en quién
le engendra, no habiendo madre?
¿Un hijo de luz sagrada
que siempre engendra este abismo
y siempre se queda el mismo
sin añadírsele nada?
¿Habrá quien me persuada
no ser el engendrador
en tiempo y edad mayor
que el hijo y cuando le hereda,
que de uno y otro proceda
otro que todo es amor?
¡Tres con una voluntad!
¡Tres con un entendimiento!
¡Tres de un solo pensamiento
y en tres sola una deidad!
¿Quién me dará claridad
para no dudar después?
Cielo, que mis ansias ves,
enséñame destos dos
cuál es verdadero Dios.

ESCENA IX

Salen dos CAUTIVOS *con azadones.*—DICHA.

CAUT. 1.º Digo que es uno y son tres
y que he acertado el enigma.
CASILDA. ¡Válgame el cielo! ¿quién da
respuesta á mis dudas? Ya
haré de vos más estima
ley santa.
CAUT. 2.º Ganáis en fin,
y que os premien es razón
por sabio.
CASILDA. Cautivos son
que están regando el jardín,
sus palabras son apoyos
desta verdad evidente.
CAUT. 1.º ¿No salen de aquella fuente
distintos los tres arroyos
que dan á estos cuadros vida?
CAUT. 2.º Negarlo fuera ignorancia.
CAUT. 1.º ¿No es de una misma substancia
el agua en ellos unida
aunque distintos los ves?
Luego siendo su pureza
una, en la naturaleza
serán uno siendo tres.
CASILDA. En este ejemplo se fragua
mi certidumbre, ay mi Dios,
¿quién podrá unirme con vos
para gozaros?
CAUT. 1.º El agua
fué del enigma sujeto.
CAUT. 2.º Venid, que entra Alí Petrán
victorioso capitán.
Verémosle.
CAUT. 1.º Yo os prometo
que aunque á Castilla destruye
y tantos ha cautivado,
su piadoso y noble agrado
valor de príncipe arguye.
CAUT. 2.º Vamos, verémosle entrar. (*Vanse.*)

ESCENA X

Música. Todo el monte, desde la mitad arriba, se abre y queda como chapitel de una torre, levantado; descúbrese en su centro una sala adornada por arriba y por abajo de sedas, y en medio, sobre unas parrillas, desnudo, SAN VICENTE *mártir, abrasándose.*

CASILDA. Agua que tiene eficacia
de alcanzarme vuestra gracia,
¿dónde la tengo de hallar?
VICENTE. Aquí.
CASILDA. ¡Ay, cielos! una sierra
abierta por la mitad,
da á mis dudas claridad
y mis errores destierra.
¡Qué majestüoso centro!
¿Quién es aquel que se abrasa
y tantos incendios pasa
fénix de paciencia dentro?
¿Hay más deleitoso espacio?
El risco que ya es dosel
le sirve de chapitel
y su interior de palacio.
¿Podré yo saber de vos
quién sois, y tener sosiego?
VICENTE. Casilda, por agua y fuego
se alcanza el reino de Dios.
CASILDA. Ya á su doctrina obediente
la ceguedad no me ofusca.
VICENTE. Vicente soy; hija, busca
los Lagos de San Vicente,
porque si en ellos te bañas
de la enfermedad que tienes
sanarás.
(Cúbrese.)
CASILDA. ¡Qué extraños bienes
escondéis, bellas montañas!
Muerta por buscaros quedo,
mis dichas os hallarán.
DENTRO. ¡Viva nuestro Alí Petrán
por Príncipe de Toledo.
(Música y cajas de dentro.)
CASILDA. Vivid Señor, reinad vos.
¡Ay Lagos! si á veros llego
sabré que por agua y fuego
se alcanza el reino de Dios.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen el REY MORO, DOÑA BLANCA, ALÍ PETRÁN, *y* DON TELLO.

REY. ¿Qué importa que mi corona
su jurisdicción me ofrezca
en la ciudad que blasona
imperios godos, y crezca
con triunfos que Alá ocasiona?
¿Qué de la circunferencia
de España, centro se llame,
y en su apacible eminencia
pródigo el cielo derrame
lo mejor de su influencia?
¿Qué importa haber extendido
el imperio que he adquirido,
por todo lo que no enfrena
fragosa Sierra Morena,
Guadarrama presumido;
que me tribute Sevilla;
Córdoba á mis pies postrada,
cuando ofrecen á mi silla
parias el Rey de Granada,
treguas el Rey de Castilla,
si todo lo que interesa
la gloria de mi corona,
tanto triunfo, tanta empresa,
lo desluce y desazona
el mal de vuestra Princesa?
¿Posible es que Alá permita
que en tan hermosa presencia
tanta enfermedad compita?
No sé si su Providencia
ofende y desacredita;
sé á lo menos que afectara
blasón de deidad severa,
si como suele ser rara
maravilla permitiera
que siempre el sol se eclipsara.
¿Para qué tan extremada
belleza en Casilda, rosa
fresca á un tiempo y maltratada,
si cuando la admiro hermosa
la lloro siempre eclipsada?
TELLO. No es mucho que vuestra alteza
pondere así tanto daño,
que yo que vi su belleza,
de ley y nación extraño,
le acompaño en la tristeza...
¿Es posible que no habrá
remedio?
REY. Ya no le espero.
Arabia médicos da
por ser patria del primero;
pero la salud Alá.
Un Avicena ha ofrecido
Córdoba, en ella han nacido
un Rasis, un Almanzor;
mas fué su fama mayor
que sus efectos han sido.
No he dejado diligencia
en todos sus profesores,
mas esta invisible ciencia
en estatuas y en doctores
vende sola la apariencia.
ALÍ. Hipócrita es el que ignora
efectos de su doctrina.
REY. Dices bien, pues siendo ahora
morisca la medicina
no la halle la infanta mora.
Treguas, don Tello, me pide
vuestro Rey que le concedo,
sólo por vos, como olvide
enojos, y de Toledo
os permita, aunque lo impide
su privado, que salgáis

á su gracia reducido.
Violento en mi reino estáis,
puesto que en él aplaudido
de los moros que obligáis.
No se quiere desposar
aquí vuestra dama bella;
es tormento el esperar
dichas que libráis en ella
y aquí no podéis lograr.
Iréis á Burgos los dos,
aunque á ser tan cuerdo vos
como sois enamorado,
temiérades de un privado
la enemistad, que si es Dios
casi un rey, con tan profunda
pasión, no sé en que se funda
el amor que os desespera
siendo Dios causa primera
y obrando por la segunda;
por la de un privado digo.

TELLO. De doña Blanca, señor,
el orden y gusto sigo.

ALI. Es primer móvil amor
y puede más que un amigo;
yo lo soy vuestro y en fé
de que estimo este blasón,
á vuestra patria asalté,
y dándola confusión
vuestra dama os entregué.
Seis meses ha que asistís
en Toledo y desmentís
pesares y competencias
que os causaran impaciencias
en Castilla. Si os partís,
iréis, don Tello, advertido
de la voluntad que os muestro,
y sin ponerla en olvido
siempre seré amigo vuestro,
pero mal correspondido.

TELLO. Eso no, que soy leal;
á quedarme estoy dispuesto
sirviéndoos.

AXA. *(dentro.)* ¡Terrible mal!
¡triste pérdida!

REY. ¿Qué es esto?

ESCENA II

Sale AXA *y después* CASILDA.—DICHOS.

AXA. Un accidente mortal,
señor, robarnos procura
con la infanta, la hermosura
del más generoso mayo;
disfrazada en su desmayo
la muerte, á su edad perjura,
en flor nos lleva esta rama,
y la sangre que es su vida
no sé por qué la desama,
pues ingrata y homicida
por el suelo se derrama...
Aquí el sol por ella llora.

(Descubrese la Santa *en una silla, desmayada.)*

TELLO. Gualda es ya, la que clavel.

REY. ¡Casilda!

ALI. ¡Hermana!

BLANCA. Señora.

REY. Contigo el cielo cruel
rubíes llueve y no es aurora;
hija, que, en fin, se eclipsó
el sol que á Toledo dió
luz más clara que el Oriente.

CASILDA. ¡Ay Lagos de San Vicente,
cuándo os he de gozar yo!

REY. Amanezca alegre el día
segunda vez en tu cara,
cesará la muerte avara
que en tinieblas nos tenía.
No hay médico ni aforismo
que así al enfermo asegure,
por más que recete y cure,
como el que padece el mismo,
si resistiendo á la muerte
y dando aliento á la vida
pasiones del alma olvida
y sus tristezas divierte.
Hazlo, mi Casilda, así;
no añadas al mal molesto
suspensiones, que con esto
me darás salud á mí.

CASILDA. ¡Ay padre y señor, que en vano,
cuando el mal se ve de lejos
suele mal lograr consejos
en el que padece el sano!
Un solo medio me ofrece
el cielo para sanar,
pero háslmele de negar,
y así por instantes crece.
Pues que no he de conseguirle,
el remedio es padecer.

REY. Remedio y en mi poder,
¿y tú rehusando el pedirle?
Sin razón mi amor olvidas:
pide á Toledo desde hoy,
que en albricias te le doy
sólo de que me le pidas.

CASILDA. Has de juzgarme indiscreta
mientras no le dificulto,
si cuerda no le consulto
aunque salud me prometa.
Este cristiano es prudente
y en tu servicio leal,
fiaré de su caudal
todo lo que el alma siente,
y sabre dél esta tarde
si estará puesto en razón
decirte mi petición.

REY. Todo pedir es cobarde.
Sed, don Tello, consejero
de la Infanta, persuadilda
á que es padre de Casilda
un Rey con todos severo;
con ella no. ¡Ay si por vos
cobra salud!, no es bastante
premio un reino. Ven, Infante.

TELLO. ¿Qué es esto, válgame Dios? (1)

(Entranse el Rey, Ali *y* Axa *por una parte, y los demás por otra.)*

---

(1) En la reimpresión dice estas palabras Doña Blanca.

ESCENA III

BLANCA.

¿Qué oís, temor indiscreto?
¿La Infanta á don Tello á solas?
Celos, si amenazáis olas,
mil naufragios me prometo.
¿Que por difícil no diga
el remedio de su daño
la Infanta?, ¡Ay recelo extraño,
cuando la tristeza obliga!
Todo el pecho enamorado
y triste á la Infanta veo:
¿dudaré de su deseo
que el alma al amor ha dado?
Y si enamorada está,
¿podré dudar yo tampoco
que de su apetito loco
no es don Tello el dueño ya?
Mi sospecha es evidente:
¿no dijo: «Por ser leal,
fiaré de su caudal
todo lo que el alma siente?»
Pues con él, ¿qué ha de sentir,
¡cielos! á solas un alma
que tiene la lengua en calma
para no se descubrir
á su padre y sólo fía
de don Tello sus desvelos?
Amor: si crecéis con celos
ponzoñosa madre os cría.

ESCENA IV

BLANCA y AXA.

AXA. Blanca: en fe de la amistad
que he profesado contigo,
si es que con ella te obligo,
confiésame una verdad.
¿Tienes mucha voluntad
á don Tello?

BLANCA. Mereciera
que ninguna le tuviera
á quien amante se llama
y osa, Axa, robar su dama
porque forzada le quiera.
Por esta sola ocasión
no me desposo en Toledo
con él, porque nunca el miedo
hizo firme una afición.
Diranme, y tendrán razón,
que si aquí le doy la mano
es por temerle tirano
de tu Rey favorecido,
y que mereció atrevido
lo que nunca cortesano.

AXA. Y si á Castilla te lleva,
¿querrásle mucho?

BLANCA. ¿Quién duda?,
Con los afectos se muda
amor, que méritos prueba.

AXA. En fin, ¿le adoras?

BLANCA. No es nueva,
Axa, en mí esa voluntad;
mas, si te digo verdad,
yo te juro que no ha un hora
que le amaba menos que ahora.

AXA. ¿Cómo?

BLANCA. La seguridad
se entibia aposesionado
el amor que después crece
en los peligros que ofrece
la sospecha y el cuidado.

AXA. ¿Tienes celos?

BLANCA. Hanme dado
no sé que vislumbres dellos.

AXA. ¿Son de mí?

BLANCA. Tus ojos bellos
bastaran, Axa, á engendrarlos,
mas no son celos vasallos
cuando Altezas miro en ellos.

AXA. ¿Celos de la Infanta?

BLANCA. Digo
que no son más que vislumbres
o asomos de pesadumbres.

AXA. Declárate más conmigo.

BLANCA. No sé de qué fuí testigo,
que por más que me atormente
á mí misma me desmiente;
pero, dime: ¿quién te envía
con tanta instancia, Axa mía,
á que mis cosas te cuente?
Algo debe de importarte
el saber si quiero ó no
al contenido.

AXA. Hago yo
de cierto ausente la parte:
impórtame preguntarte
cosas para su sosiego.
¿Quisiste bien á un don Diego,
de tu Rey favorecido,
por ocasión tuya herido?

BLANCA. Algo, sí; no te lo niego.

AXA. ¿Y en qué te desmereció
ese algo, Blanca, que escucho,
don Diego?

BLANCA. En llegar un mucho
con que ese algo se olvidó.
Don Tello se me ausentó,
y dándome por esposo
á don Diego, fué forzoso
en fe de que soy mujer,
lo fácil aborrecer
y amar lo dificultoso.

AXA. De todo lo dicho advierto
que don Diego es ya el querido
y don Tello aborrecido;
aquél dudoso, éste cierto.

BLANCA. Hubieras dado en lo cierto
según en nuestro amor pasa,
mas como en celos se abrasa
mi pecho, que es todo extremo,
amo á Tello porque temo
que se me quiere ir de casa.
Mas ¿no sabré yo á que efeto
es tan larga información?

AXA. Cosas que te importan son
fiadas de mi secreto.
Blanca, si es tu amor discreto,
fériame á Tello y tendrás
otro que te estime más.
Por dueño suyo te adora
nuestro Príncipe; señora
desta corona serás.

Reina te eligen los cielos,
como tu amor lo permita.

BLANCA. No es cuerdo quien solicita
voluntad que abrasan celos;
son de suerte sus desvelos,
por más que los aconsejan,
que del remedio se alejan;
y quedando el gusto en calma,
como ocupan toda el alma,
nada para el otro dejan.

AXA. Pues repare tu desdén
en que Alí Petrán te adora,
y la infanta mi señora
quiere á tu don Tello bien;
en que don Diego también
asiste aquí disfrazado.

BLANCA. ¿Quién?

AXA. Don Diego, á quien he dado
las llaves de mi sosiego.
Templa del Príncipe el fuego,
porque es locura pensar
que hemos de dejarte amar
ni á don Tello ni á don Diego. *(Vase.)*

ESCENA V

BLANCA.

¿De tres en tres los recelos
y no las dichas, fortuna,
si quiera de en una en una?
¿Dos competencias, dos celos?
Unos de don Tello, ¡ay cielos!
que si los lloré vislumbres,
ya pasan de pesadumbres,
pues cuando ofender intentan
celos en duda atormentan
y matan en certidumbres.
Por más que me solicite
el Príncipe es disparate
que vencer mis penas trate
mientras con celos compite.
Allane tropiezos, quite
estorbos á mi sosiego,
podrá ser logre su fuego;
que mal me podrá obligar
no permitiéndome amar
ni á don Tello ni á don Diego. *(Vase.)*

ESCENA VI

Salen CASILDA *y* DON TELLO.

CASILDA. Tan satisfecha en oirte,
tan persuadida en creerte,
tan pronta en obedecerte
y tan dispuesta á seguirte
estoy, cristiano discreto,
después que te comunico
que en tu ley me certifico
y á su yugo me sujeto;
dichosa yo que merezco
llamarte maestro mío.

TELLO. Si yo, Infanta, como fío
en el cielo, á Dios te ofrezco,
¿qué más bien?

CASILDA. Siéntate aquí.

TELLO. Mira mi desigualdad.

CASILDA. Descansa mi enfermedad
con alivios que hallo en ti;
siéntate, Tello, á mi lado
que quiero mostrar si sé
los misterios de la Fe
que el alma me han alumbrado;
pero ley que el mundo adora
merece veneración
en pie.

TELLO. ¡Qué cuerda razón!

CASILDA. Oye, Tello: escucha ahora.
Dios, conforme me enseñaste,
que es principio sin principio,
substancia sin accidentes,
fin sin fin, todo infinito,
sólo una simplicidad,
un ser, un acto sencillo,
una forma sin materia,
una entidad, un distrito
sin límites, no causado,
no en tiempo, no producido,
de sí sólo dependiente,
de sí sólo comprendido,
antes que de los tesoros
de su amor diese al prodigio
de tantas esferas ser,
no forzado, porque quiso,
primero que eslabonase
con asombroso artificio
esos cielos, elementos,
planetas, astros y signos,
influencias, calidades
y especies que en individuos
se fuesen perpetuando,
ya insensibles y ya vivos,
estaba solo en sí solo,
siendo asiento de sí mismo
su mismo ser, que no ocupa
Dios lugares circunscritos.
Todo está en Dios y él está
en sí, porque lo infinito
por esencia es necesario
que sólo de sí sea sitio.
Y aunque solo, no por eso
en sus eternos retiros
estaba incomunicable,
pues conversando consigo,
entendiéndose y amándose,
sin cansancio, sin fastidio,
obra necesariamente
(que el ocio en Dios fuera vicio).
Con todo eso, pudo tanto
en él su amor excesivo,
que para comunicarse
á lo mortal y finito
cuando fué su voluntad,
sin que hubiese más motivo
que su libre providencia,
crió todo el laberinto
de lo celeste y terreno:
sol, luna, planetas, signos,
estrellas, esferas, polos,
elementos, mares, ríos,
hierbas, plantas, flores, frutos,
selvas, prados, valles, riscos,
con todo lo que contienen;

y en la cumbre del empíreo,
de substancias incorpóreas
nueve ejércitos distintos.
Eran éstos de palacio
y la cámara continuos
del Monarca omnipotente
asistentes y ministros.
El más hermoso, pues, dellos
(que con tantos requisitos
de gracias y perfecciones
naturales en el vidrio
de su estimación liviana
se miró primer Narciso,
de sí mismo enamorado),
contra su autor, presumido,
juzgó, necio, á menoscabo
dar el respeto debido
al Príncipe su señor
después de haberle previsto
un supuesto y dos substancias,
y que á fuerza de suspiros
y opresión de sus retratos
su deidad humana quiso.
Soberbio, pues, el Lucero
contra el Sol, ¡qué desatino!
osó amotinar parciales
y de rebeldes caudillo,
tocó cajas contra Dios
(cómplices de su delito
la tercer parte de estrellas
que ya asombran basiliscos),
dióse la campal batalla
en palestras de zafiros,
el *¿Quién como Dios?* venciendo
del alférez paraninfo.
Cayó el querub contumaz
relajado al sambenito
de llamas, que eternamente
son mordaza de precitos.
Como es incapaz de enmienda
el ángel nuestro enemigo,
y lo que una vez aprende
jamás lo pone en olvido,
y que no pudo vengarse
de quien le echó eternos grillos,
contra el hombre, su retrato,
fulmina flechas y tiros.
Gozaba Adan, vice Dios,
aunque formado del limo
y organizado del polvo,
si en la materia abatido,
de un espíritu inmortal,
de una alma, que siendo tipo
de la primera substancia,
ya en lo uno, ya en lo trino,
de una forma y tres potencias
imperaba en el dominio
de la ínfima redondez
amado como temido.
Acompañábale hermosa
aquel doméstico hechizo,
costilla antes, ya mujer,
uno y otro tan unidos,
que siendo hueso de huesos,
carne de carne indivisos
al conyugal sacramento
dieron fecundos principios.
La justicia original,
sin fómite ni incentivo,
fué el privilegio rodado
con que tan nobles los hizo,
que sin pagar á las leyes
pecho, sólo les previno
con el reconocimiento
de un árbol del Paraíso
que les vedó reservado;
pena que si atrevido
el hombre le profanase
fuese mortal su castigo.
El ángel dragón entonces,
envidiando el ver tan digno
lo humano que le heredase
las dichas que había perdido,
transformándose en serpiente
la torpe blasfemia dijo
de aquel «Seréis como dioses
si dais rienda al apetito».
Acometió á la mujer
como al más flaco portillo,
sin atreverse, cobarde,
al consorte discursivo.
Comió Eva, y el amor,
más que el engaño, al fin vino
con elocuencias de llanto
á despeñar al marido;
delinquieron contra Dios,
y como se opuso al mismo
la culpa (infinita ya
es cuanto lo relativo),
quedamos tan sin remedio
todos sus humanos hijos,
que los que mejor libraban
eran rehenes del Limbo.
Compadecióse el Amor,
y viendo que era preciso
que un Dios hombre á Dios le diese
por infinito infinito,
humanóse el Verbo eterno,
y redimiéndonos quiso
ser deudor, siendo acreedor,
pagándose á sí consigo.
Vistióse mortalidades,
trabajos, calores, fríos,
oprobios, persecuciones,
destierros, hambres, martirios,
en el intacto obrador
del más puro vellocino
de la más cándida oveja
que vió el sol, que adoró el siglo.
Dando, pues, ésta la lana
y el telar, si humano limpio,
organizó el Paracleto
aquella Paloma armiño,
toda amor, ternura toda,
al Verbo, el terreno hospicio,
alojamiento de un alma
que unió la Deidad consigo.
Sólo el Espíritu amante
fué su autor, que no intervino
causa parcial eficiente
de varón así lo afirmo.
María dió materiales
y el amor tejió los hilos,
quedando entera la pieza

de que se cortó el vestido.
Atropéllanse misterios
aquí, estórbanse prodigios
unos á otros que agotan
el discurso más activo.
Concibió virgen el Alba,
parió Virgen á Dios niño,
quedó Virgen después desto,
que como era el Sol divino
el Hombre Dios, ilustrando
á aquel cristal, á aquel vidrio,
los rayos de su substancia
pudo, sin abrir camino,
penetrándose dos cuerpos,
desmentir nuestros sentidos;
tres substancias y una unión
formaron un solo unido,
la divina, la corpórea
y la del alma, ¿hay tal mixto?
Espíritu puro el alma,
barro el cuerpo quebradizo,
Dios el supuesto de entrambos,
¿quién vió en actos tan distintos
tal unidad de diversos?
¿tal distinción de propincuos?
¿tal parentesco de extraños?
¿tal conformidad de abismos?
Tomó la naturaleza
humana el Verbo divino
mas no la humana persona
porque ésta halló ya impedido
por el eterno supuesto
su lugar, que á confundirlo
con dos personas no fueran
una cosa el Verbo y Cristo.
En efecto, este Hombre Dios,
apenas se vió nacido,
cuando á precio de granates
compra de nosotros hizo,
derramólos al día octavo,
adoráronle pellicos,
postráronsele coronas,
huyó amenazado á Egipto,
volvió después de dos años
y llorándole perdido
su Virgen madre á los doce
trocó penas en jubilos
viéndole infante maestro
entre sabios aplaudido.
Catedrático por claustro
de tanto jurisperito
salió en público de treinta
á poner en ejercicio
la restauración del Orbe,
tentóle el dragón precito,
vencióle á los tres combates,
dió al tálamo patrocinio
honrando con su presencia
las bodas que antes bendijo.
Hizo aquel proto milagro
del agua, que vuelta en vino
tantos misterios encierra,
materia dió á tantos libros.
Santificó del Jordán
los raudales cristalinos,
dando testimonio el Padre
al mundo de que era su Hijo.
Soltó la presa después
su amor tierno y excesivo
á tanta suma de asombros,
milagros y beneficios,
que si todas las esferas
sirvieran de pergamino,
sus estrellas caracteres,
tinta los mares y ríos,
manos cuantas nacen hojas,
plumas cuantas viven nidos,
desmayaran al sumarlos
pasmaran al escribirlos.
Juntó los Legados doce,
los setenta y dos Discípulos,
Pedro futura tiara,
los demás del Orbe Obispos.
Permitió que le vendiese
el Apóstol fementido;
sacramentóse primero
y hallándose de camino
para su Padre, quedarse
é irse supo á un tiempo mismo.
Sudó en el huerto licores
purpúreos, que los delitos
humanos le antecedieron
aflicciones y fastidios.
Prendióle la ingratitud,
dejáronle sus amigos,
rasgaron su cuerpo á azotes,
diole corona un espino.
Llevó en la Cruz nuestras penas,
vióle el rigor suspendido
rogando por sus contrarios.
¡Oh amor de Dios inaudito!
Dejó á su madre en custodia
de Juan, allí Vice Cristo,
quedando con su adopción
mejorado en tercio y quinto.
Oyó al salteador infame
blasfemias y desatinos,
ganando al bueno por serlo
el cielo de prometido.
Intimó su desamparo
al Padre, y el pueblo impío
dándole vinagre y hiel
delito añadió á delito.
Sed de pasar más tormentos
le obligó á decir el *Sitio*
de más hiel, de penas más,
y viendo el plazo cumplido
de la redención del hombre,
libertando á sus cautivos
«Acabóse», dijo á todos,
del vil tirano el dominio.
Penetró su voz los cielos
y con clamoroso grito
el espíritu dió al Padre
y á los hombres finiquito
de tanto infinito empeño,
pues tácitamente dijo
al inclinar la cabeza:
«Pagado estoy, yo lo afirmo»
(Baja aquí la cabeza.)
Conmovióse lo criado;
sintió el sol aquel deliquio
sobrenatural, tan nuevo
que aun hoy asombra á Dionisio.

Ilustró los calabozos
prisión de los bien nacidos,
despejando dadivoso
un seno de los dos Limbos.
Tres días durmió cadáver
sin ser hombre, dividido
lo corporal de su forma
aunque uno y otro divinos.
Resucitó al cabo de ellos
ya impasible, ya vestido
de gloria y eternidad,
penas volvió en regocijos.
De su Iglesia y de su madre
incrédulos satisfizo,
instituyó Sacramentos,
puerta de ellos el Bautismo.
Subió á la diestra del Padre;
en lenguas de fuego vino
aquel tercero de amores
no engendrado, procedido.
Promulgó su ley á todos,
bañó el consagrado río,
que da la primera gracia,
al Orbe nuevo y antiguo.
Congregación de los santos
tiene aquí, que son arrimos
de la barca militante,
pilotos de suspeligros,
doctores que nos enseñan
yugo leve con que unirnos,
preceptos que nos declaran
Pontífices y Concilios.
Volverá segunda vez
á juzgar muertos y vivos,
para premio de los buenos
y de los malos castigo.
Esto es lo que me enseñaste,
esto adoro, aquesto elijo,
corrígeme en lo que yerro
y dame, Tello, el bautismo.

TELLO. No adquirida, no estudiada
es la doctrina que has dicho,
ciencia infusa te dió el cielo,
por su doctora te admiro.
Mas, quedo, ha entrado gente.

CASILDA. Pues ven, Tello, que es fastidio
de mi descanso el tratar
sino es de Dios; mis cautivos
querrán comer, su socorro
es mi amoroso ejercicio;
llevarélos, como suelo,
ocultamente el alivio
ordinario, vuelva Dios
por su pena y mi peligro,
que es riguroso mi padre.

(*Vanse los dos*).

ESCENA VII

Salen DOÑA BLANCA *y* AXA.

AXA. ¿Estás contenta? ¿no has visto
sombra á Tello de la Infanta,
ingrato, Blanca, contigo?
¿negarás que no se quieren?

BLANCA. Negaré que basiliscos
con sólo la vista maten,
pues no muero y esto miro;
desengaños son venganzas,
venganzas son desatinos,
desatinos hace un loco,
loca estoy, perdí el jüicio.
Dime adónde está don Diego
que si á Toledo ha venido
á satisfacer su agravio
como vuelva por los míos
le daré...

AXA. ¿Qué piensas darle?

BLANCA. Un alma que sacrifico
á la desesperación.

AXA. ¿Para qué, si yo le rindo
otra que es de más quilates?
Compite, Blanca, conmigo
y envidiarás mis victorias.

BLANCA. ¡Ay cielos! la muerte envidio;
daréle al Príncipe moro,
como me vengue, el dominio
de mi libertad y fama,
satisfaré sus suspiros,
mate á don Tello, y querréle. (*Vase.*)

ESCENA VIII

AXA *y* ALI PETRÁN.

ALI. ¿Qué es esto?

AXA. Agencias que libro
en las medras de tu amor,
la Infanta halló en los bajíos
de su salud derrotada,
si no remedios, alivios;
á don Tello quiere bien
y él la paga agradecido,
pondera tú, como (1) hermano,
si esto es virtud ó delito.
Doña Blanca está celosa,
véngala, y haráte digno
de su amor, que éste obligado
crece gigante de niño.
No pierdas esta ocasión
pues ves cuán bien he cumplido
con la agencia encomendada
dichosa en ver que te sirvo.
¡Ay Tello, con qué quimeras
mis celos ejecutivos
buscan remedio á mi agravio,
y qué en vano los resisto!
Vengaréme de la Infanta
mientras con Blanca compito,
que no es poco dar en tierra
de dos, con un enemigo. (*Vase.*)

ALÍ. Si Axa ha sido testigo
de que Tello á mi hermana ama,
quien no fué fiel con su dama,
¿podrá ser leal amigo?
Sea castigo
de su ingratitud, la mía:
ame á la infanta en quien fía
su esperanza;
sea premio la venganza
de su poco firme fe;

(1) En el original: «pondera tu amor hermano». Corregido, según la edición sevillana.

consentiré,
ella mora y él cristiano
que á mi hermana dé la mano
porque Blanca me la dé.

ESCENA IX

ALÍ y DON TELLO.

TELLO. ¿Qué nuevas causas de enojos
dan ocasión á la ira
de Blanca, que si me mira
fulminan rayos sus ojos?
¿Sin hablarme cuando pasa
junto á mí?
ALÍ. ¿Tello?
TELLO. ¿Señor?
ALÍ. Dícenme que un nuevo amor
tus pensamientos abrasa,
y á ser verdad, sentiré
descréditos de firmeza
que en nota de tu nobleza
te culpan de poca fe.
TELLO. ¿Yo, Príncipe, amor que nuevo
tenga de mudable fama?
ALÍ. Tal vez como amor es llama
y ésta se muere sin cebo,
faltándola el interés
hasta en los nobles se apaga.
TELLO. Amor con amor se paga.
ALÍ. ¿Amor con amor? ¿No ves
que cuando á lo deleitable
se junta lo provechoso
suele un pecho codicioso
rendirse á lo interesable?
Páguese amor con amor
no más, si otro amor se hallase
que con ese amor juntase
intereses de valor,
¿cuál de los dos te parece
que discreto admitirás?
¿amor con amor no más?
¿ó amor con amor que ofrece,
de más á más una Alteza
que á majestad casi aspira?
TELLO. Amor que intereses mira
no es amor.
ALÍ. ¿Pues qué?
TELLO. Vileza.
ALÍ. ¿Pues qué será la intención
con que tu fe, aunque cristiana,
deja á Blanca por mi hermana?
TELLO. ¿Por quién, señor?
ALÍ. Tu afición
me contaron fidedignos
testigos.
TELLO. Querrán ponerme
mal contigo.
ALÍ. Nunca duerme
la envidia en ojos indignos.
Pero quien me dió este aviso
es de mucha calidad.
TELLO. Bien pudiera la beldad
de la infanta al más Narciso
hacer que de sí olvidado
se rindiera á su hermosura;
pero cuando mi ventura
despeñara mi cuidado,
y el ver que es hija de un Rey
de quien amo me apartara
y por ella profanara
los preceptos de mi ley,
su virtud, su honestidad,
es tan digna que se estime,
que con verla se reprime
la más torpe voluntad;
no haga agravio vuestra Alteza
á mi fe y á su valor.
ALÍ. ¿Cómo no? Tenla tú amor
y usúrpame mi grandeza.
No disimules conmigo;
ámala, dala la mano;
llámate, Tello, mi hermano
como te llamas mi amigo.
Yo te aseguro temores,
no trueques la profesión
de tu antigua religión,
que bien lograrás amores,
aunque de ley diferente;
yo te casaré con ella.
TELLO. A no ser Blanca tan bella,
yo tan fiel, tú tan prudente,
tan poco afecta tu hermana
á todo lo que desdice
su honestidad, contradice
á la permisión cristiana
el favor que te agradezco.
Yo adoro á Blanca, señor.
ALÍ. En fin: ¿no tienes amor
á la Infanta?
TELLO. No merezco
apetecer tal empleo,
ni cuando posible fuera
que tal dicha mereciera
diera riendas al deseo.
ALÍ. Pues, Tello, yo soy tu amigo,
y aunque tengo voluntad
á tu dama, la amistad
ha de poder más conmigo.
Pártete al punto con ella;
tu Rey, á mi intercesión,
te vuelve la posesión
de tu patria; no he de vella
por no ocasionarte enojos
que temo me hagan torcer
de intentos y parecer
tiranías de sus ojos;
joyas y tesoros toma
con que generoso vivas.
TELLO. Señor, pues ¿de ti me privas?
ALÍ. Hoy has de irte; ¡por Mahoma!
hoy tengo de ser espejo
de amigos.
TELLO Tu gusto haré.
ALÍ. Di que el reino te dejé,
pues á tu Blanca te dejo. (*Vanse.*)

ESCENA X

SANTA CASILDA y PASCUAL, *de cautivo*.

PASCUAL. Sí, señora; de zagal
á doña Branca servía
en la Bureba aquel día

que el pobre de Juan Pascual
se apartó de Mari Pabros,
y á enmoriscar me trujeron.

CASILDA. No llores.

PASCUAL. ¿Qué, que no (1) lloren?
Si mos vemos entre diabros
de mastines, con perdón,
donde nenguno se ve
que rezando á San Noé
se encomienda á san Jamón?
Si ella sopiera, señora,
las gracias, la donairía
que Mari Pabros tenía,
renegara de ser mora
y huera cristiana vieja.

CASILDA. ¡Qué sencillez!

PASCUAL. Cuando hilaba,
¡con la sal que mos contaba
al hogar una conseja!
Y dormiéndose después,
(que hué brava roncadora),
más el candil en media hora
hilaba que ella en un mes.
¿Pues qué si el brazo desnudo
la espetera estropajaba?
con media azumbre lavaba,
y aun menos, todo un menudo.
Era limpia á maravilla,
al cura se le perdió
la escofieta y la hallé yo
cenando en una morcilla.
Cuajares la vieron her
que se espantara de oíllos,
rellenar supo obispillos
que Papas pudieran ser.

CASILDA. Ahora bien, Pascual; de ti,
pues que con don Tello estás,
me fío, presto tendrás
libertad, espera en mí
y saca la provisión
que á los cautivos llevemos,
pues seguros entraremos
á consolar su prisión.
Nadie ahora nos verá.

PASCUAL. Pardiez, que es, señora mía,
piadosa su morería;
aquí una banasta está
llena de roscas y queso,
de carne, arroz y verdura.
(Sacan una canasta llena de platos, pan y legumbres que Pascual *traslada en una cesta curiosa, y cúbrenla con unos manteles.)*

CASILDA. Pues trasladarlo procura
en esotra.

PASCUAL. Sí, que el peso
de esotra es demasiado
para su delicadeza
y quebrará, si tropieza,
la loza. Mas como ha dado
en que por sus mismas manos
los quiere dar de comer,
apricarlo es menester.

CASILDA. Quiero mucho á los cristianos.

PASCUAL. Helo aquí todo compuesto,
y los manteles encima.

ESCENA XI

Salen el REY MORO *y* AXA.—DICHOS.

REY. Axa, ¿qué dices?

AXA. Que estima,
no sé si con fin honesto,
la Infanta á don Tello más
que á su ley, padre y hermano;
que quiere más á un cristiano
que á Toledo.

REY. Ciega estás.

AXA. Todas las noches les lleva
por sus manos de comer,
si ahora lo quieres ver
haz por tus ojos la prueba.
A buen tiempo te he traído
por que de dudas te saque;
lleno lleva aquel tabaque
de relieves que ha escondido
de tu mesa, para dar
de comer á los cristianos;
cógela el hurto en las manos.
(Llévanlo los dos, cada uno por una asa y sáleles al encuentro el Rey.)

PASCUAL. Dambos lo hemos de llevar,
porque ella sola no basta.

REY. ¡Por Mahoma, que he de ser
su verdugo!

PASCUAL. Que comer
tienen bien en la canasta.
Y que cenar.

REY. Detén, loca,
los pasos con que me afrentas.

PASCUAL. Rematamos con las cuentas.

CASILDA. ¡Padre y señor!..

PASCUAL. Tapaboca
con padre y señor le da.

REY. ¿Qué es lo que lleváis ahí?

PASCUAL. Si me lo pescuda á mí,
padre y señor, la verdad
es que ni yo lo endilgué,
padre y señor, ni cocí
la carne, ni el arroz, ni,
padre y señor, lo compré.
Yo señor, padre y señor,
porque yo, señor y padre,
Gila Alonso hué mi madre,
Mari Pabros con amor
me dixo par dell molino,
pero aún no era mi mujer;
ello si lo quiere ver
no tien pizca de tocino.

REY. ¿Qué desatinos son éstos?
¿tú sustentar los cristianos?
¿tú, torpe, infamas tus manos?
¿tú en amores deshonestos
con los que aborrece Alá?

CASILDA. Reprime, señor, la ira;
detén la cólera, mira.

REY. Tus insultos miro ya.
No busques excusas nuevas;
sustento das y favor
á los cristianos.

---

1 En el original decia:

«Que cuando lloren»

Se corrigió por la impresión de Sevilla.

CASILDA. Señor,
advierte...
REY. ¿Qué es lo que llevas
ahí?
CASILDA. Flores que he cogido
para divertir tristezas.
¡Mi Dios, de vuestras grandezas
haced alarde!
REY. Ofendido
estoy más de tus mentiras
que de tu bárbaro insulto;
pero mal estará oculto
si al cielo no le retiras.
Descubre, Axa, vuelca, arroja,
esa infame provisión.

(El suelo del tabaque, ó canasta, se quita por debajo del tablado, y por el mismo lugar se llena de flores y hierbas diversas que vuelca después AXA.)

CASILDA. Ahora verás si son
flores todas; quien te enoja
contra mí y da pesadumbres
no te estima como yo.
PASCUAL. Pardiobre, que se volvió
nuesa comida en legumbres.
REY. Válgame Alá, ¿estás contenta,
Axa envidiosa?
AXA. Corrida,
loca, confusa, perdida
estaré con tanta afrenta.

(Dase con las flores por el rostro y manos.)

REY. La fragancia que me ofrecen,
lo aromático que exhalan,
al paso que me regalan
mis canas rejuvenecen.
Del cielo vino este olor
que aquí no los hay iguales;
primaveras inmortales
te han tributado su flor.
Su Amaltea hacerte quiso,
imperio tienes en él,
Mayo eres de su vergel,
Abril de su paraíso.
Dame los brazos, no dudes
de cuanto pedir quisieres.
Flora has sido, serás Ceres
como en frutos flores mudes.
Pídeme dificultades
con que el agravio redima
que te hice.
CASILDA. El cielo estima
sencilleces y piedades.
En la palabra que ofreces
te tengo hoy de ejecutar,
no me lo osarás negar
si mi salud apeteces.
REY. Por Alá, por su Profeta
y por ti (que iba á decir
que eres más que él), de cumplir
cuanto me pidas; discreta
eres, por fuerza ha de ser
lo que apetezcas decente.
CASILDA. ¡Ay, Lagos de San Vicente,
y qué presto os pienso ver!
Vamos, diréte en secreto
la merced que me otorgaste...
REY. Mi senectud remozaste,
flores, por vos me prometo
nueva vida.
AXA. Yo estoy loca.
¡Ay, envidias infelices!
PASCUAL. Cautivos, á las narices
podéis hoy pasar la boca.

ACTO TERCERO

Acompañamiento y el REY FERNANDO *por una puerta; por otra* MOROS, D. TELLO, AXA *y* SANTA CASILDA, *de mora.*

ESCENA PRIMERA

CASILDA. Déme vuestra Majestad
la mano.
FERNAN. Dé vuestra Alteza
parabienes á Castilla,
pues ha merecido verla
ennoblecer su corona
desde hoy, con razón soberbia;
pues usurpa el sol al Tajo
trasladándola á sus sierras.
Deudor quedaré á los baños
desde hoy, puesto que no sepa
el sitio que los oculta
ni las virtudes que encierran.
Pues merezco por su causa
que la hermosura posea
de vuestra Alteza, Castilla,
temerosa ya en perderla.
Ojalá, Casilda hermosa,
la fama que los celebra
la salud os restituya
que ofende vuestra belleza.
Estimarélos yo en más
que cuantas preciosas venas
por los cuerpos destos montes
oro en vez de sangre engendran.
CASILDA. No dudo yo, gran Fernando,
que en provincia donde reina
un Príncipe tan afable
salga la esperanza cierta
que los cielos me aseguran;
no en humanas experiencias
estriba mi confianza,
pocas veces verdadera;
impulsos más superiores
me sacaron de mi tierra
y al Rey, mi padre, inclinaron
el permitirme á la vuestra
donde á vos su dueño os llaman;
donde en la paz y en la guerra
vive la seguridad,
por ser vos quien la gobierna.
¿Quién duda que también viva
la salud, si ya comienza
á retirarse, con veros,
la causa de mis tristezas?
Ya yo por puntos mejoro.
TELLO. Y yo, que en vuestra presencia,
gran señor, patrocinado
de la Infanta tengo puestas

todas mis felicidades
en serviros, si licencia
me dais, diré la embajada
con que vengo.

REY. Alzad de tierra;
alzad, don Tello, decid.

TELLO. El Rey Almenón, que intenta
trocar en perpetuas paces
con vos estas breves treguas,
la mitad del alma os fía
y con la Infanta os entrega
el reino que el Tajo abraza
y estima en poco sin ella.
Lágrimas y persuasiones,
que es la mayor elocuencia
que en la mujer amor puso,
le bastaron á hacer fuerza
para dividir de sí
el apoyo en que sustenta
la duración de sus canas,
que remozaba con verla.
El Príncipe Alí Petrán,
que sucediendo en la herencia
después dél de su corona
es blasón de la nobleza,
estaba ausente en Sevilla
cuando el sentir que padezca
su padre amoroso eclipse
la luz de Casilda tierna,
y que el Abril de sus años
malogre las flores frescas
del más gallardo vergel
que esmaltaron primaveras,
al llanto permitió hechizos
con que la Infanta no deja
hora ni instantes al ocio
en que no le intime quejas
amorosas por los baños
que, de su salud profetas,
dice que esconde Castilla,
cifrando en ellos sus medras.
Afirma que el cielo mismo
con misteriosas promesas
le pronosticó en sus aguas
saludables evidencias;
que es imposible cobrarla
de otra suerte, y si desea
su bien, será menos daño
llorarla ausente que muerta.
Convocó el Rey los alcaides
de Madrid y Talavera,
Guadalajara y Ocaña,
Alcalá, Yepes y Cuenca;
propúsoles este asunto,
y aunque opiniones diversas
ya afirman, ya contradicen,
finalmente se sujetan
al gusto de quien los manda,
porque la lisonja lleva
en todos los tribunales
la razón tras la potencia.
Concluyóse, en fin, la paz,
gran señor, con vuestra Alteza,
pidiendo en esta jornada
vuestra permisión, y de ella
obligado y satisfecho
su expedición me encomienda.
Por su embajador me envía,
con palabra de que vuelva
brevemente á restaurarle
la vida con la presencia
del alma que se le aparta,
de la luz que se le ausenta.
Despidiéronse los dos
y ella, que, toda clemencia,
de los cautivos cristianos
aliviaba las miserias,
pidiendo su libertad
al padre piadoso, deja
despojadas las mazmorras,
inútiles sus cadenas.
Dos mil de Toledo saca,
que ya en su patria se alegran,
digna que tal redentora
en anales permanezca.
El Rey de Toledo, en fin,
gran Fernando, para muestras
de la fe con que os obliga
y la amistad que os profesa,
os remite cien caballos
que, con otras tantas yeguas,
Córdoba al Betis usurpa,
Toledo admiró en su vega;
cien acémilas cargadas
de los desvelos del Persa,
de los esquilmos del Parto,
de los tesoros de Grecia,
de los metales monarcas,
granas, alcatifas, telas,
á vuestros pies reales postra;
y por que en su estima venza
las dádivas de Alejandro,
pródigo os da en una prenda
la mejor de su corona,
la mayor de sus riquezas,
el alma y vida en la Infanta,
que es cifra de sus grandezas.

FERNAN. Cuerdamente habéis sabido,
don Tello, aplacar ofensas,
pues servicios semejantes
más obligan que destemplan.
¿Adónde está doña Blanca?

TELLO. En la villa de Briviesca
goza de dos libertades:
la del cuerpo la primera
á su patria reducida,
y la del alma, que exenta
de las pensiones de amor
ya es señora de sí mesma.

FERNAN. ¿No sois vos esposo suyo?

TELLO. No, señor.

FERNAN. ¿Por qué?

TELLO. No fuera
lícito en provincia extraña,
sin vuestro gusto y licencia.

FERNAN. Pues ¿cómo decís ahora
que, libre ya, su alma reina
de sí misma, si es que os ama?

TELLO. Mudanzas la dicha alteran
del mar del primer amor.
Como cansa la asistencia,
y yo siempre la he servido,
ya me olvida.

FERNAN. Su extrañeza,

don Tello, ha de estaros mal;
porque aquí la competencia
de don Diego os ha de hacer
mal tercio, que adora en ella.
Yo os restituyo á mi gracia;
y aunque á la suya quisiera,
dudo que en jurisdicciones
de amor poder un Rey tenga.
Notable ocasión perdiste;
pues cuando las aprovecha
todo solícito amante
malograste las de ausencia.
O servidla, ú olvidadla,
que yo, sin haceros fuerza,
neutral con don Diego y vos,
y atento á las diligencias
del que fuera más feliz,
premiaré al uno con ella.
Y vos, Infanta y señora,
sin extrañar diferencias
de leyes y de regiones,
juzgaos en la patria vuestra,
que si allí fuísteis Infanta,
en Castilla seréis Reina,
dichoso todo mi estado
en que serviros merezca.

CASILDA. Segura yo de la fama
que justamente celebra
vuestro valor, me dispuse
á experimentarla y verla.
Ni á mi patria ni á mi padre
echo menos, que ofendiera
el favor que os reconozco
si me juzgara en la ajena.
Por mi padre os tengo yo
y como tal me conceda
licencia, que sólo busque
estos Lagos, vuestra Alteza.
Yo sé que impiden hallarlos
ostentaciones soberbias
de aplausos y compañías;
el cielo me dió sus señas
y él mismo inclina mis pasos
para que mis diligencias
sin presunciones humanas
hallar su sitio merezcan.
Esta merced os suplico.

FERNAN. Admire nuestra tibieza,
Infanta, vuestro fervor,
y no se impida esta empresa;
por mí, con vos Tello vaya,
y como á mí os obedezcan
cuantos lugares y villas
gozaren vuestra presencia.
Que si, como en Dios confío,
vuestra fe saliese cierta
y hallando el agua admirable
que ignoramos, tengo nuevas
de vuestra salud, mi Corte
os recibirá á la vuelta
con triunfos que satisfagan
mis deseos y sus fiestas.

CASILDA. El cielo, invicto Fernando,
la monarquía os conceda
de España, que dividida
en tantos reinos, tragedias
del Godo infelice llora,
para que en vuestra cabeza
totalmente restaurada
á su antiguo esplendor vuelva.

(*Vanse el Rey y los suyos.*)

ESCENA II

SANTA CASILDA, AXA y DON TELLO.

AXA.

Solo un mes, prima mía,
de plazo dió tu padre á la porfía
con que aquí hallar esperas
estos Lagos (mejor diré, quimeras),
pues que te descaminas
por patrias y regiones peregrinas.
Busquémoslos, si es cierto
que esconde tal milagro este desierto.
Que, ya, Infanta, en sus valles,
ya en sus montes, remedio y salud halles,
ó ya, conforme creo,
quimérico te engañe tu deseo,
el término cumplido
nos hemos de volver.

CASILDA.

Quien me ha traído
hasta aquí sin recelo
de tanto inconveniente, que es el Cielo,
nunca, prima, se estrecha
en límites humanos; satisfecha
estoy, aunque te asombres
de hallar salud aquí, ya que en los hombres
se muere mi esperanza;
¿qué sabes tú si estriba en la tardanza
que Dios tiene dispuesta
mi salud? Lo difícil mucho cuesta.
Ya un mes, un año aguarde
el bien; si viene, nunca llega tarde;
ojalá la fe mía
discurriera sin vuestra compañía
por estas soledades,
hallara en ellas yo felicidades
que, por la vuestra ciega,
me las dilata el Cielo ó me las niega.

AXA.

Ya estás, prima, entendida;
ya yo la causa sé de tu venida;
no en Lagos mentirosos
estriban tus deseos amorosos,
que éstos imaginados
encubridores son de tus cuidados.
Lagos, sí, que de llamas
ilícitas te encienden, pues que sé que amas
á don Tello, de suerte,
que el honor atropellas y la muerte.
Celos de doña Blanca
en Castilla te abrieron puerta franca,
por ver que si venía
con ella, y tu esperanza enflaquecía;
con ilusiones vanas
del Rey tu padre enterneciste canas,
y disfrazando engaños,
hechizos diste á sus postreros años,
para que permitiese
que consigo don Tello te trajese.

Doña Blanca, ofendida
de ti, y don Tello que por ti la olvida,
apenas de su tierra
pisó la raya, cuando se destierra
de agravios que á la vista
ofenden más: don Tello, en fin, asista
á tus ojos, que en ellos
duplicarás por ser cristal los Tellos.

DON TELLO.

Axa atrevida, enfrena
la lengua torpe de malicias llena.
¿Qué has visto en mí y la Infanta
que pueda ocasionar blasfemia tanta?

AXA.

He visto que te adora,
que olvida nuestra ley; que Blanca llora
tu ingratitud y olvido;
que á su padre y hermano, fementido,
pagas el ampararte
en su reino, y ahora asegurarte
la patria, hacienda y vida
en robarle la Infanta que perdida
por ti con torpe llama
su ley, su sangre y su corona infama.

CASILDA.

Mi Dios, á Vos os toca
mirar por mi opinión contra esta loca,
que su malicia muestra;
por mi causa volved, y por la vuestra.
(*Vuela la* Santa.)

VOZ.

Sí haré, Casilda mía.
No te merecen, ven, y en mí confía.

DON TELLO.

¿Qué es esto, cielos santos?

AXA.

Hechizos tuyos son; serán encantos
de tu ley que nos vende
traiciones por milagros; ya se entiende
el fin de tus cautelas.

DON TELLO.

Paloma pura que amorosa vuelas
á la estación segura
donde vive sin riesgos la ventura,
¿por qué cruel conmigo?
Alas tiene mi amor, las tuyas sigo. (*Vase.*)

ESCENA III

AXA.

¿Su amor sigue su vuelo?
Luego es ya certidumbre mi recelo;
luego para gozarla
con hechizos intenta remontarla.
¡Ay rabiosas sospechas!
Al vuelo los matad, tiradlos flechas;
mas ¿qué flechas mayores
que celosas venganzas y rigores?
Yo haré que en vez de espigas
cubran los campos armas enemigas;
despoblaré á Toledo
por que á Castilla, al mundo, ponga miedo.
Provocaré esta injuria
al Príncipe y al Rey á tanta furia,
que con su gente toda
renueve el llanto á la tragedia goda.
Marchemos á Toledo,
que si con celos viva llegar puedo,
verá Fernando presto
el peligro mortal en que está puesto,
y que, si en él se apoya,
será Casilda Elena, Burgos Troya. (*Vase.*)

ESCENA IV

ALÍ PETRÁN y ABÉN ROGEL, *moros*

ALÍ. No hay fiar en amistad
de cristiano, pues salió
falsa la de Tello; no
en prendas y calidad
de nobleza castellana.
Engañóme fementido,
Tello, desagradecido;
llevóme el honor y hermana,
que así paga beneficios
quien respetos atropella;
amaba yo á Blanca bella,
y por deslumbrar indicios
de mi pena y no agraviarle,
de suerte incendios reprimo
que á que la ausente le animo,
¡qué mal hice en no matarle!
Pues corriendo por su cuenta
correspondencias de amigo,
yo con su dama le obligo
y él con mi hermana me afrenta.

ABÉN. No injuries, Príncipe, así
la virtud más conocida
que dió á la alabanza vida:
míralo bien, vuelve en ti.
La Infanta es toda pureza,
su padre el Rey, todo amor;
Fernando, todo valor;
don Tello, todo nobleza.
Ciegamente satisfaces
la fama de tu opinión:
con esa imaginación
no quiebres, señor, las paces
con Fernando establecidas,
que si en su poder está
la Infanta ocasión tendrá
en que vengarse.

ALÍ. No hay vidas
en toda la cristiandad
que puedan venganza darme;
en vano intentas templarme
con quimeras su amistad.
Rompió don Tello conmigo,
de la Infanta enamorado;
mi amistad ha profanado
por llevársela consigo.
Fingió lazos milagrosos
que al Rey mi padre engañaron;
que me ausentase aguardaron,
traidores y cavilosos.
¿Qué lagos, qué aguas divinas
tiene Castilla excelentes

que en mortales accidentes
aseguran medicinas?
¿Son en Toledo distintos
cristales de más virtud?
Si hay aguas que den salud,
fuentes tiene de jacintos
Toledo, donde pudiera,
cuando los venera España,
la Infanta que nos engaña
cobrar la salud que espera.
Más oro que peces cría
nuestro Tajo en sus arenas,
que para aliviar sus penas,
curar su melancolía,
si ella no fuese mudable
dieran remedio á su mal;
que el Tajo, todo cristal,
también es oro potable.
Tello y Casilda me ofenden:
en Cristo la Infanta adora,
ni el Rey Fernando lo ignora
ni es bien, aunque lo pretenden,
que desmienta mi recelo
mientras venganza no toma
de todos tres; por Mahoma
que he de postrar por el suelo
cuantas poblaciones dan
á Fernando la obediencia;
no se fíe en la clemencia
Castilla de Alí Petrán.
¿Qué gente hemos cautivado?

ABÉN. Trescientos, que á tus enojos
sirven de tristes despojos,
y la paz ha descuidado
de Toledo con Castilla.

ALÍ. Yo mismo tengo de ser
su verdugo; yo verter
su sangre, yo destruílla.
Lavaré esta tarde en ellos
mi injuria; al cielo pluguiera
que tantos Tellos hubiera
como hoy pienso segar cuellos,
que con todos no apagara
la sed que ocasión me da
á su muerte.

ABÉN. De aquí está
no lejos Guadalajara;
venderlos será mejor
en ella, si pagar quieres
tus moros, que hay cien mujeres
y treinta niños. Señor:
templa tu enojo, enriquece
con la presa á tus soldados.

ALÍ. Al paso que mis cuidados,
la venganza de ellos crece.
Atadlos todos, dejad
que imagine en cada cuello
una Casilda y un Tello,
oprobio de la amistad.

ABÉN. Véngate, pues, riguroso;
tu acero en su sangre baña
si es digna tan torpe hazaña
de un Príncipe generoso. *(Vase.)*

ESCENA V

ALÍ, *luego* NUESTRA SEÑORA.

ALÍ. ¡Oh, cobarde! ¿tú también
me injurias? Por Alá santo
que tengo de ser espanto
del bautismo en cuantos ven
mis ojos; no me mitigues
piedad hasta aquí afectada:
triunfe de ingratos mi espada.

MARÍA. Petrán, ¿por qué me persigues?
(Quiere entrarse la espada desnuda; ábrese al paso una higuera, y entre las ramas se aparece Nuestra Señora; *cae* Alí *asombrado, é hinca la rodilla; quédase con la espada como amenazando á la imagen.)*

ALÍ. Todo el cielo sea conmigo,
¿qué hielo es el que me abrasa?
¿qué fuego en nieve traspasa
el alma que en él mitigo?
¿Quién eres, luz milagrosa,
formidable y apacible,
suave cuando terrible,
tierna cuando rigurosa?
¿Quién eres, que tal espanto
has puesto en el alma mía
que tiembla?

MARÍA. Yo soy María,
á quien tú persigues tanto.
Contra estímulos del cielo
vana resistencia haces.

ALÍ. Saulo afirman que hizo paces
con Cristo postrado al suelo
cuando otro tanto le dijo,
si es bien que crédito dé
á ministros de su fe.

MARÍA. Ese es Dios, y ese es mi Hijo.

ALÍ. Ese por ti mi fe adora:
¿qué quieres hacer de mí?

MARÍA. Un Saulo segundo.

ALÍ. En ti
mi ventura se mejora.

MARÍA. Cristiano quiero que seas,
que á servirme te apercibas,
que en esta soledad vivas,
que el amor que en Blanca empleas
lo mudes en mí.

ALÍ. Favor
digno de esa mano franca,
vos sois pura, vos sois blanca,
vos las medras de mi amor.
Con vos, cándida Señora,
la nieve que aurora pisa,
comparada es etiopisa;
la noche ella, vos la aurora.
Soldados, alcaides, gentes,
moros, venid á admirar
un árbol que sabe dar
por fruto el sol en su Oriente.
Estrellas lleva por flores
que exhalan aromas samios,
celebrad epitalamios,
exagerad mis amores,
alcaides, moros, cautivos.

MARÍA. No te canses en llamarlos,
mi vista pudo asombrarlos,
pocos de ellos huyen vivos;

libres mis cautivos gozan
la patria que les negaste.

ALÍ. Los rayos que fulminaste
enamorando destrozan;
causado han contrario efecto
Señora, en ellos y en mí.

MARÍA. Quiérote yo sólo á ti,
que el firme amor es secreto;
finezas son voluntades,
y éstas méritos subliman;
los que se aman más estiman
que imperios las soledades.
En ésta quiero que asistas:
tu hermana, de mi Hijo esposa,
sierras habita amorosa;
hoy sale en ellas á vistas.
Imítala tú oficioso,
pues por mi prenda te elijo;
ella esposa de mi Hijo
y tú de su Madre esposo.
Aquí has de vivir, Petrán,
para blasón del Bautismo,
conquistador de ti mismo,
de mi imagen capellán.
Yo propia he de bautizarte.

ALÍ. ¡Hay tan inmortal favor!
Ministro tendré mejor
que el Hombre Dios si en tal parte
la primer gracia me das
que las almas eterniza,
pues si á Cristo Juan bautiza
á mí su Madre, que es más.
¿Pero adónde hallar podremos
agua que materia dé
al principio de su fe
si seco este valle vemos?

MARÍA. Más puedo yo que Moisés,
que soy de Jessé la vara;
fuente milagrosa y clara
brotará el campo á tus pies.
Vente á bautizar en ella.

ALÍ. Esferas de eterno ornato,
suplid hoy el aparato
de mi bautismo; luz bella
del sol, sírveme esta vez
de vela sobre la fuente
de tu globo transparente;
Aurora, tu candidez
de la pureza me vista
que la gracia al alma da;
lluevan los cielos maná
en que el pan de amor asista,
que es mazapán verdadero
que al Bautismo da eficacia;
la paloma, toda gracia,
será la sal y el salero.
El manantial perenne
del Uno y Tres, que ya adoro,
será el aguamanil de oro
pues de El todo el bien nos viene.
Serafines y querubes,
de luz argentando el viento,
honren mi acompañamiento
sobre carrozas de nubes,
que la mayor jerarquía
bien puede venir por vos,
donde es el padrino Dios
y me bautiza María.

(Música: de dos nubes bajan al tablado seis ángeles, tres de cada una, con mazapán, vela, salero, fuente, capillo y aguamanil. El mismo árbol baja hasta poner en el tablado á Nuestra Señora; *éntranse en dos hileras, detrás* Nuestra Señora *y á su lado el* Príncipe.)

MARÍA. Todos los que has convidado
quiero yo que honra te den.

ALÍ. Racimos de luz se ven
que el Olimpo han despoblado.

MARÍA. A quien es mi Capellán
de esta suerte sé yo honralle;
ven, y llámese este valle
de tu nombre, Sopetrán.

ESCENA VI

PASCUAL *y* CARRASCO, *villanos.*

PASCUAL. ¿De aquí á ocho días?
CARRASC. Sin duda.
PASCUAL. ¿Mari Pabros y Gilote?
CARRASC. Mari Pabros con su dote.
PASCUAL. ¿Se me muda?
CARRASC. Se te muda.
PASCUAL. ¿Y que se chere casar?
CARRASC. Herlo de semana espera.
PASCUAL. ¿Hasta que el otro se muera?
CARRASC. Hasta llegarlo á enterrar.
PASCUAL. ¿Con Gilote?
CARRASC. ¿Pues con quién?
PASCUAL. ¿Mari Pabros?
CARRASC. Mari Pedros.
PASCUAL. Verá el diabro con los medros
que sale quien chere bien;
idvos, que me chero ahorcar.
CARRASC. ¿Cuándo?
PASCUAL. ¿Qué diabros sé yo?
¿Que se mudó?
CARRASC. ¿Se mudó?
PASCUAL. ¿Mari Pabros?
CARRASC. ¡Pescudar!
PASCUAL. Pues ya mi engaño quillotra
la venganza más extraña
que ha vido nuesa montaña.
CARRASC. ¿Cuál es?
PASCUAL. Casarme con otra.
CARRASC. Si pudieses bien harías.
PASCUAL. Pues ¿por qué no han de poder?
Olalla es moza y mujer.
Mas, en fin, ¿de aquí á ocho días
se matrimeñan los dos?
CARRASC. Su tía lo ha concertado.
PASCUAL. ¿La del ojo arremangado?
CARRASC. Ésa.
PASCUAL. Maldígala Dios. (*Vase* Carrasco.)
Marica, pues te mudaste
en medio año que tardé,
á tu boda cantaré
que no hay quien baste (1)
contra la voluntad grande porfía
de un Gil, de Mari Pabros y su tía.

(1) Verso incompleto en ambas impresiones.

ESCENA VII

Baja MARI PABLOS *las peñas hilando y canta.*—DICHO.

MARI. De hoy en ocho días si le praceá Dios
¡hu, hu, hu, los dos, hu, hu, hu, los dos!
PASCUAL. ¿Los dos? Mal año y mal mes;
sí, hilad, hilad: Bercebú
vos hile; cantá el ¡hu! ¡hu!
que muy buena hillaza hacés.
Echá tela para el dote
y de mí no se vos liembre;
hilad, que muy buen urdiembre
haredes vos y Gilote.
MARI. ¿Pascualillo? ¿Pascualejo?
¿Pascualote el mi llorado? *(Baja.)*
qué ¿no estabas cativado?
No me cabe en el pellejo
el gozo: embracíjame.
PASCUAL. Arredraos, la engilotada,
que muy gentil ensalada
habéis hecho, si á la he.
MARI. Si enfinito no te chero,
si más por ti no he llorado
que un andalubio ñublado,
que todo un Diciembre entero,
que junto al hogar un bizco,
que cuando cebollas topo,
que en un entierro un guisopo,
que un arroyo por un risco,
mala landre...
PASCUAL. En ocho días,
si le prace, prace á Dios,
¡hu, hu, hu, hu, hu, hu, los dos!
MARI. Endiviné que venías
á la matrimoñadura,
que por puntos aguardaba
y cantando convidaba
vecinos, alcalde y cura
porque viniesen á honrarme
después que te lloré muerto.
PASCUAL. Mari Pabros, ¿esto es cierto?
MARI. Como el finar y enterrarnos.
PASCUAL. Qué no tenes voluntá
á Gilote el del hu, hu?,
MARI. Verá: ¿yo á Gilote? ¡Pú!
PASCUAL. Escopid la otra metá
y escopiréis vueso nombre.
MARI. Ea, desenójese,
no chero que murrio esté,
que es garrido y gentil hombre,
el mi manso, el mi pachón
encaja aquí.
PASCUAL. Mari Pabros,
estaos queda con los diabros,
que me da el arremetón.

ESCENA VIII

Salen el REY FERNANDO *y* DOÑA BLANCA.—DICHOS.

BLANCA. Huyó de tu compañía
la Infanta mora y don Tello,
tu Alteza puede sabello
de los moros que traía.
Si de tí su Rey se fía
y después su ofensa sabe
peligro amenaza grave
á tu reino y su opinión,
mientras la satisfacción
estas sospechas no lave.
FERNAN. Doña, Blanca, si es verdad
lo que afirmas, y no creo,
caro le saldrá el empleo
de su torpe voluntad;
Tello, en mi severidad,
hallará justos castigos,
y yo en Toledo testigos,
cuando á su Infanta lesdé,
que amistades guardar sé
como vencer enemigos.
No me los han de esconder
cuantos riscos dificultan
las sierras que los ocultan
los valles que llego á ver.
Mas primero he de tener
quien de esto me certifique,
que mis enojos publique.
PASCUAL. Mosca le dio á nueso Reye:
huyamos, aho...
MARI. Bien se veye.
PASCUAL. Par Dios, que mos crucifique.
(Vanse estos dos.)

ESCENA IX

Sale DON TELLO. REY FERNANDO *y* DOÑA BLANCA.

DON TELLO.

Oye, Fernando invicto, novedades
que ilustren, por divinas, tu memoria;
desmentirán novelas sus verdades
dando aplausos al cielo, á España historia;
no en bronces, pero sí en eternidades,
á Castilla blasón, á Burgos gloria,
la fama envidia á nuestros siglos canta,
ocasionada de Casilda santa.
Esta, que del blasfemo barbarismo
del pseudo Cristo que idolatra Meca,
fénix renace sólo de sí mismo,
única y fresca flor de planta seca
para triunfos eternos del Bautismo;
coronas pisa; por desiertos trueca
del solio augusto aclamaciones reales,
púrpuras ya en Casilda los sayales.
Estorbaba deseos la malicia
de su infiel compañía, cuando anhela
retiros el afecto, y la noticia
del amoroso ardor que la desvela;
volvió por la inocencia la justicia,
peregrina impresión regiones vuela,
garza veloz que penetrando vientos
aires engaña y vuela pensamientos.
Siguiéronle mis ojos, mis suspiros,
éstos se lleva y se remonta á aquéllos,
diamante flor en prados de zafiros,
del sol opositores sus cabellos.
Registré soledades y retiros,
voces y pasos aventuro entre ellos;
mas ¿qué importa, si en vano, aunque veloces,
desmaya pasos y enronquece voces?
Pródigo de la vista, la dilato
desde una elevación que, presumida,
monarca es de diamante, cuyo ornato

trono es del sol cuando amanece vida,
lince de un valle el fin, á Flora grato,
sobre un enano mar miro vestido
del mismo sol que se incorpora en ella
retratarse en sus vidrios una estrella.
Yacen dos lagos en distancia breve
al pie de esa apacible pesadumbre,
néctar de Apolo que abrasado bebe
cuando le causa sed su misma lumbre,
y es su pechera en desatada nieve
desde el verde coturno hasta la cumbre,
la sierra su vecina que entre espumas
aloja escamas y naufraga plumas.
Casilda, pues, en la arenosa orilla,
norte suyo la estrella precursora,
falaces yo en los pies para seguilla,
mis voces huye y de estación mejora;
un césped se le acerca, maravilla
que pasma al mismo tiempo que enamora,
pues ya leve bajel sin vela y remo
la traslada instantánea al otro extremo.
Toca apenas cristales con la planta
cuando su enfermedad huye vencida,
santas sus aguas por Casilda santa
pues ya ofrecen salud, ya voz de vida;
su virgíneo contacto virtud tanta
al lago comunica, que se olvida
la sangre fugitiva ó se restaña
de quien llega mortal y en él se baña.
Deja aquel valle, pues, y yo la sigo,
juzgando por atajos los rodeos,
hasta una cueva donde fuí testigo
de mártires victorias y trofeos.
Vicente, desde el tiempo en que Rodrigo
tan mala cuenta dió de sus empleos
y el africano tiraniza á España,
con sus reliquias honra esta montaña.
En ella hallé á Casilda, en ella erige
mausoleo á Vicente donde pueda
su culto venerar que en ella elige
la habitación con que su amor hospeda;
convoca jornaleros y dirige
cuanto oro, plata, joyas, perlas, seda,
del poder de su padre son indicio
para que abrevie el premio su edificio.
Vuela la fama y los extremos toca
de España, que escuchándola se admira
multiplicada en lenguas, que una es poca,
verdad toda esta vez, las más mentira.
A ver este prodigio se convoca
cuanta nobleza, cuanto vulgo mira
desde sus atalayas la Bureva,
sus valles población, corte su cueva.
Estos los Lagos son de San Vicente,
incógnitos hasta hoy, ya medicina
de toda enfermedad, todo accidente.
Angel la Infanta ya de esta piscina,
Magdalena segunda penitente,
pero cándida virgen que encamina
al cielo afectos que la den corona
y España la venere por Patrona.

DON FERNANDO.

Testigos falsos, Blanca, son los celos
enemigos sofísticos de casa.

DOÑA BLANCA.

Dichosa la verdad que en sus desvelos
el mal redime y á la envidia abrasa.

DON FERNANDO.

Vamos á ver prodigios de los cielos
que, si como don Tello, afirma, pasa,
pies de Casilda adorarán mis labios.

DOÑA BLANCA.

¡Ay celos de alquitrán, padres de agravios!

(Vanse.)

ESCENA X

Salen cuatro cuadrillas por entrambas puertas, cada una de por sí, todos los de la compañía cantando con pandero, sonajas, tamboril y gaita, vestidos de villanos.

MÚS. 1.º «¡Ay que á las velas de Casilda santa
Quintana de Bureva se lleva la gala!
MÚS. 2.º ¡Ay que á la vela de la ermita nueva
Rojas y Galbarros la gala se llevan!
MÚS. 3.º ¡Ay que á la vela de los lagos nuesos
á todos se la gana la gaita de Bueso!
MÚS. 1.º Bueso.
MÚS. 2.º Quintana.
MÚS. 3.º Rojas y Galbarros.
MÚS. 4.º ¡Vitor Quintana, cola todos cuatro!»
CARRASC. No tengamos carambola,
si á velar venido habemos,
son asentarse y callemos.
MARI. ¡Vitor Bueso y todos cola!
UNO. Si empezáis á daros, vaya,
en pendencia acabaremos
la fiesta, amigos, bailemos
todos juntos.
CARRASC. Vaya.
MARI. Vaya.
UNOS. «Que el pandero y la gaita de Ontoria
táñela tú, que á mí no me toca.
(Bailan.)
OTROS. Quien tuviere flujo de sangre
éntre en los Lagos y en ellos se bañe.
TODOS. Tócala tú, que á mí no me atañe.
OTROS. La mujer que no es paridera
lléguese al baño y tírele piedras.
TODOS. Tócala tú, que á mí me da pena,
que el pandero y la gaita de Ontoria
táñela tú, que á mí no me toca.»
(En lo alto de las peñas Pascual.)
PASCUAL. ¿Mari Pabros, ha de abajo?
Serranos no os lo bailéis
todo, aguardad.
MARI. Hao, ¿qué heis?
PASCUAL. Echar por esotro atajo.
MARI. ¿Quién diabro os encaramó
el mi Pascual?
PASCUAL. Pide olores
Casilda y cójola flores
para el altar que labró
á San Vicente en la cueva.
MARI. ¿Y si dais de colodrillo?
PASCUAL. Vo á cortar aquel tomillo
que enrame la ermita nueva.
MARI. Ojo con la mata, asilda,
no haya enterrorio después.
(Desliza y cae quedándose asido de un tomillo todo el cuerpo en el aire.)

PASCUAL. Huéronseme dambos pies:
¡válgasme Santa Casilda!
CARRASC. ¡San Vicente sea contigo¡
TODOS. ¡Jesús!
PASCUAL. Todo me bazuco;
tomillo, á ser vos sahuco
sino es que hué cabrahigo
la remembranza de Judas
representa Juan Pascual,
Mari Pabros, sin dogal
me ahorcan, las tocas viudas
vos poned.
MARI. ¡Triste soceso!
CARRASC. Hombre, encomiéndate á Dios.
PASCUAL. Encomendaos por mi vos
que yo no estó para eso.
El mi tomillo salsero,
vuélveteme mechinal,
que de tu tomillo y sal
componer mi nombre chero.
Tomé de la Sal seré;
mi mujer será Tomasa,
Tomillos los de mi casa
mi apóstol Santo Tomé.
Santa mora ya cristiana,
Casilda la ermitañesa,
la amorosa, la infantesa
la virgen, la toledana,
doleos la santa de mi
pues vine con vos del Tajo...
Parece que va ancia bajo,
dando el tomillo de sí.
Descuélgome poco á poco.
(*Vase atargando el tomillo y él bajando.*)
MARI. ¡Milagro!
TODOS. ¡Milagro extraño!
(*Llega abajo.*)
PASCUAL. Del mi suelo, año buen año;
con los hocicos vos toco.
(*Besa el suelo.*)
MARI. ¡El mi dueño, el mi carillo!
llega y embracíjame.
PASCUAL. Cuido que no os oleré
Mari Pabros á tomillo.
MARI. Bien haya quien en vos creye,
Santa.
PASCUAL. ¡Hao! ¿qué gente es ésta?
CARRASC. El Rey que viene á la fiesta
PASCUAL. No es mi algalia para el Reye.

ESCENA XI

Salen REY FERNANDO *y* DOÑA BLANCA. –DICHOS.

FERNAN. Celos, doña Blanca hermosa,
tienen ímpetus franceses,
rigurosos al principio,
después ni activos ni fuertes.
Nieblas enlutan al sol,
mas en humo las resuelve
la eficacia de sus rayos
que, aunque acometidos, vencen.
Sol es la verdad, en fin,
puesto que eclipsarla inte⁋en
nieblas del amor celosas,
que cuando amenazan mueren.
Vos habéis cuerda elegido
prenda en don Tello á quien debe
vuestro amor perseverancias
dignas que con vos se premien.
Don Diego ya no compite
con él, antes interceden
en su favor amistades
que indignaron accidentes;
daréisle en Burgos la mano.
BLANCA. Sois vos, Fernando el clemente,
el iris de nuestras paces,
el espejo de los Reyes.

ESCENA XII

Sale DON TELLO.—DICHOS.

TELLO. Nuestra Infanta, gran señor,
tanto con los cielos puede
que eslabonando milagros
admiraciones suspende.
A costa de sus tesoros
templo fabrica solemne
al César aragonés,
al siempre invicto Vicente.
Mas el común enemigo,
envidioso de que herede
Casilda á Dios los milagros
con que esta tierra ennoblece,
lo que labrara de día,
de noche, torpe y aleve,
por el suelo derribaba,
porque el edificio cese.
Pidió favor á su esposo,
Casilda, y entre la ardiente
suspensión de sus discursos,
éxtasis toda celeste,
inmóvil el cuerpo virgen,
oye que Dios la promete
su fábrica restaurarle
sobre ese risco eminente.
Juntáronse las ruinas
y por sí solas se mueven
(los ángeles de este alcázar
artífices solamente).
Toda la fábrica vuela
por las nubes, de la suerte
que de Palestina á Italia
lo que en el Oreto tiene
asiento felices siglos.
Tanto Casilda merece
que ya las piedras son plumas,
por ella lo grave es leve.
(*Música: sube una ermita toda y en ella, abiertas las puertas, de rodillas la* Santa *elevada, y asiéntase el edificio sobre lo más enriscado de las peñas.*)
FERNAN. ¡Oh asombro de los milagros!
¡Oh virgen!, que porque vueles
águila, al trono del sol,
hasta su esfera te atreves:
patrón seré de tu casa.
TELLO. Toledo envidie y celebre
si venturoso el criarte,
lloroso y triste el perderte
la Patrona de Castilla.
Los Lagos de San Vicente
son éstos; en la segunda,
TIRSO, su fin os promete.

ESCARMIENTOS PARA EL CUERDO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

García de Sá, *viejo.*
Don Juan de Mascareñas.
Manuel de Sosa.
Doña María de Silva.
Safidín, *Rey indio.*
Bunga, *negra.*
Diaguito, *niño.*
Carbayo, *lacayo.*
Barbosa.
Doña Leonor de Sá.
Doña Isabel.
Rosambuca, *Reina.*
Curguru, *negro.*
Quingo, *negro.*
Marineros.
Dos Criados.
Negros.
Soldados.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Música de todos géneros y entran por un palenque con los instrumentos de un bautismo en fuentes de plata, Gentiles hombres *bizarros en cuerpo; detrás de todos* Don Juan, *que lleva sobre una fuente un turbante y en él una corona, y en el remate una cruz. Luego vestido á lo turquesco, de blanco, el* Rey Safidín, *descubierta la cabeza; á su lado* García de Sá, *viejo, gobernador, bizarro, en cuerpo á lo antiguo. Por otro palenque* Soldados *bizarros, uno de ellos con la banda de las Quinas de Portugal; y arcabuces, trompetas y cajas. Detrás, arrastrando una pica,* Manuel de Sosa, *muy bizarro, y delante dél* Diaguito *con arcabuz pequeño, espada y daga. Arriba, en un balcón despejado y grande, la* Reina Rosambuca *á lo indio, coronada, y á su lado* Doña Leonor, *muy bizarra, y* Doña María, *de hombre, muy galán. Va á besar la mano* Manuel *á* García *y tiénele.*

Manuel. A los triunfos portugueses,
cuyas belicosas quinas,
armas ya, primero estrellas,
tiembla el Asia, Europa envidia,
después que logró la Iglesia
las católicas vigilias
de Enrique, glorioso infante,
que ocasiona las primicias
deste dilatado imperio
y en diez lustros vió su silla,
Portugal, triunfante en Goa,
freno absoluto de la India;
á sus triunfos, pues, eternos,
añada Vueseñoría,
Gobernador generoso
de tanto emporio y provincias,
el que la fama le ofrece
con la victoria más digna
de perpetuarse en bronces
que conservó el tiempo escritas.
Quiso el gran Nuño de Acuña
dar fin dichoso á sus días
y gobierno, que en diez años
honraron tantas conquistas,
con la inexpugnable fuerza
de Dío, que vió cumplida,
á pesar de resistencias,
ya idólatras, ya moriscas.
Dióla cuatrocientas brazas
de ruedo, con perspectiva
y figura triangular,
y en sus ángulos fabrica
tres célebres baluartes,
sin otro, que predomina
en medio la plaza de armas;
y al cabo la fortifica

de fosos, muros, torreones,
portas, puentes levadizas,
armas, bastimento y cuanto
mostró el arte á la milicia.
Llamóla Santo Tomé,
Apóstol que santifica
con su sangre á Meliapor
y á Oriente con sus reliquias.
Presidióla con mil hombres;
y dándome su alcaidía
premió en mí, cuando no hazañas,
lealtad que la califica.
El Soldán de Cambayá,
que á la libertad antigua
de su imperio vió poner
tal yugo en su tierra misma,
é impaciente de que extraños
le registren las salidas
y entradas que al Indo mar
nuestro fuerte le limitan,
por tres años de gobierno
que estuve en aquella isla
procuró mi destrucción,
ya en fe de paces fingidas,
disimulando asechanzas,
ya en peligrosas caricias,
convidándome á sus fiestas
y frecuentando visitas,
ya, en fin, viendo mi cuidado
con descubierta malicia,
asaltándome de noche
varias veces; mas perdida
la esperanza de vencerme,
habiendo llegado un día
á Dío el Gobernador
don Nuño con dos cuadrillas
de naves de guerra, apresta
el bárbaro la infinita
multitud de sus vasallos
(en secreto apercibida).
De paz al puerto se acerca
y con él concierta vistas
que don Nuño rehusó
diciéndole que venía
indispuesto; dióle fe
el Soldán, y con festivas
demostraciones, creyendo
hacer en él presa rica
y enviarle en una jaula
de hierro al Gran Turco, avisa
al capitán general
que sus gentes aperciba.
Despachó luego un presente
de diversas salvajinas,
como corzos y venados
al enfermo, y se convida
á entrar á verle á su nave;
mas antes de darle, quitan
á la caza pies y manos,
señal ordinaria en la India,
cuando tal regalo se hace,
de que ya es gente cautiva
sin pies ni manos aquella
á quien tal presente envían.
Disimuló su soberbia,
y admitiendo su visita
le hicieron bélica salva
bombardas y chirimías.
Llegó en seis fustas el moro;
pero apenas subió arriba
por la escala al galeón
cuando manda que le embistan
trescientos juncos y paraos
(naves son de la milicia
indiana), con que en un punto
el mar, que de tanta quilla
se vió oprimido, espumando
cólera, montes enrisca
tan altos, que pudo en ellos
volverse la luna ninfa.
Seis mil flecheros disparan
á un tiempo jaras y grita
tanta, que sordos y ciegos
temió el oído y la vista;
pero haciéndose á la mar
los nuestros, las naves viran,
y, parteando preñeces
de bronce, las olas limpian
con las esconas de fuego,
cuyas pelotas derriban
mil cabezas para chazas
de la fama que eternizan.
Tembló la armada blasfema,
huyendo las que fulminan
nubes de metales roncos
los Falaris de sus vidas,
y el bárbaro que intentaba,
mientras sus flechas granizan,
prender al Gobernador,
viendo la mortal ruína
de sus indios, temeroso
se arroja al agua, y encima
de sus olas con los brazos
lisonjas al mar dedica.
Blanco de nuestros mosquetes,
llegó con tantas heridas,
que para escribir victorias
su sangre al mar prestó tinta.
Tomó puerto ya sin alma
el cuerpo infiel, y á la orilla,
en mausoleos de arena,
no echó menos los de Libia.
Saltamos en tierra todos,
y barriendo la marina
de la infinidad cobarde,
la venganza hizo tal riza
que, temerosas las almas
de la estrecha compañía
de sus cuerpos, diez mil moros
á la muerte hicieron rica.
Asaltamos la ciudad,
que de nuestro fuerte dista
dos leguas, y entrando en ella,
ni la inocente puericia,
ni la decrépita plata,
ni el sexo hermoso que priva
de las armas el furor
y vence á la cortesía,
admitió sus privilegios;
porque igualmente la ira
portuguesa añadió á Troya,
si no lástimas, cenizas.
Satisfizo su hambre el fuego,
como su sed la codicia,

con los robados despojos,
y después que por tres días
unos lloran y otros cantan,
el gran Nuño fortifica
la plaza; añade soldados
á la fortaleza é isla;
encarga á Antonio Silveira,
persona tan noble y digna,
de su gobierno, que puede
serlo desta monarquía.
Cumplidos ya mis tres años,
llevarme en su compañía
quisiera el Gobernador;
pero la amistad antigua
del nuevo alcaide Silveira
pudo tanto, que me obliga
á militar á su sombra,
y la inclinación y estima
que á Dío y su fortaleza
tengo, pues fué hechura mía,
y yo su primer caudillo,
me compele á que le asista.
Murió el gran Nuño, si muere
quien, á pesar de la envidia,
en archivos de la fama
al tiempo se inmortaliza,
y entró el gran don Juan de Castro,
tercer Virrey de la India,
que cargado de victorias
en flor la muerte marchita.
Muerto, pues, el Soldán viejo,
Baduz de la fuerte dicha,
y siendo su sucesor
un sobrino (que no estiman
los hijos para herederos
en estas anchas provincias,
sino á los hijos de hermanas,
pues de este modo averiguan
ser su sangre y aborrecen
sospechosas bastardías
por las dudas de los padres,
que en la mujer no peligran);
deseando la venganza
del tío, en secreto envía
embajadores á Grecia
que al Turco favor le pidan
con que destierren del Asia
las portuguesas reliquias,
y sujetando el Oriente
usurpe su monarquía.
Es el bravo Solimán
el que ahora tiraniza
el otomano gobierno;
aquel que tembló en Hungría
de la fortuna de Carlos,
y afrentoso se retira
de las águilas del César,
luz de Austria y sol de Castilla.
Este, pues, considerando
que si codicioso esquilma
las orientales riquezas,
sus drogas y especierías,
señor del globo terrestre
será fácil su conquista
y del un trópico al otro
no habrá nación que no oprima,
arroja al Bermejo mar
por las riberas egipcias
sesenta y cuatro galeras
y en ellas turcos alista.
Trece mil rumes (así
á los turcos apellidan
en estas partes, creyendo
que de Roma se originan);
genízaros los seis mil
y esotra gente escogida,
ejercitada en Europa,
los más de su guardia misma;
Nómbrales por General
el Bajá de Egipto, digna
persona para tal cargo
por la experiencia y noticia
en las cosas militares;
pero de tan peregrina
crasitud y corpulencia,
que dicen que le caía
sobre los pechos la carne
de la barba, y que las tripas
con una faja al pescuezo
atadas, le daba grita
nuestra gente, y le llamaba
ganapán de su barriga.
Este, pues, aunque tan grueso,
inmóvil en una silla,
lo que en las fuerzas le falta
equivale en lo que arbitra;
desembarcó en Cambayá
y recibióle en su orilla,
con aplausos y lisonjas,
el Soldán y su familia;
y deseosos los dos
de dejar la tierra limpia
de lusitanos estorbos,
marcharon al otro día,
llevando en entrambos campos,
sin chusma y gente baldía,
cuarenta y siete mil hombres,
los treinta de flechería,
los demás ejercitados
en el mosquete, la pica,
y los demás que en Europa
honra nuestra disciplina.
Llegados por tierra y mar
tercios y naves nos sitian,
y luego al asalto tocan,
porque no nos aperciban
la prevención y el sosiego;
pero al instante que arriman
escalas á la muralla,
las coronan por encima
portugueses que, animosos,
trescientos turcos derriban
á la ruciada primera
de nuestra mosquetería.
Eramos sólo quinientos,
cincuenta mil la enemiga
multitud; contad ahora
á qué tantos nos cabría.
Matáronnos seis no más,
y cobardes se retiran
á las tiendas de Cogá,
General de la provincia.
Hubo entonces portugueses
á quien el valor anima

de suerte, que abren las puertas
y la retaguardia pican
hasta coger treinta de ellos,
que con música festiva
colgaron de las almenas,
para mayor ignominia,
con sus arcos á los cuellos,
cimitarras en las cintas,
turbantes en las cabezas,
vestidos de telas ricas.
Blasfemaba el Bajá grueso,
que nuestro valor admira;
pero lo que sintió más
es ver que el mar solemniza
nuestra victoria de modo
que, aplaudiendo nuestra dicha,
montes de vidrio levanta
por que en los cascos embistan.
Chocaron unos con otros
de suerte que, sumergidas
seis galeras, las demás,
destrozadas, se retiran
al puerto de Madrefaba,
cinco leguas más arriba
de Dío, donde ancorando,
cansancio y temor alivian.
Atrincheróse en el cerco
el campo; y la artillería,
á caballero plantada,
comenzó la batería;
y porque nuestros reparos
menos al esfuerzo sirvan,
una máquina echó al agua,
que puso al principio grima.
Era un galeón cargado
de pez, pólvora y resina,
de salitre y alquitrán,
que al fuerte del mar arriman,
para que, dándole fuego,
mientras le vuelven ceniza
las llamas, les den entrada,
y el humo que desatina
estorbe nuestra defensa.
La traza era peregrina,
á no ser tan grande el peso,
que aguardaron aguas vivas
para poderle arrimar;
pero osó la valentía
de Francisco de Gobea,
capitán de infantería,
hacer una hazaña hasta hoy
sin ejemplar é inaudita,
española, temeraria,
portuguesa, ejecutiva.
Aguardó á la media noche,
y arrojándose en camisa
al agua con una mecha
dentro un cañón encendida,
y una bomba de alquitrán,
al galeón se avecina,
y en un instante le pega
la contagiosa malicia,
con que los tres elementos,
aire, tierra y fuego, lidian
sobre el cuarto de tal forma,
que reventando en astillas,
luminarias de esta hazaña
fué que al turco atemoriza.
Quedó el bárbaro asombrado;
y ciego, al cuarto de prima,
el castillo de Rumeo
asalta, y á escala vista
le entró, perdiendo los nuestros
en su defensa las vidas,
sin quererse dar jamás,
y entre ellos la valentía
de su capitán Pacheco,
cuya muerte en bronce escrita,
siendo herencia de la fama,
á un tiempo alegra y lastima.
Diez asaltos generales
nos dieron en veinte días,
sin dejarnos sosegar
uno solo; pero diga
si ardides y estratagemas,
tiros, flechas, fosos, minas,
hallaron la vigilancia
de nuevo valor vestida.
Treinta hombres quedamos solos
de quinientos, mas suplía
el ánimo cantidades,
hasta que al fin nos animan
veinte fustas de socorro
que don Juan de Castro envía
con armas y bastimentos,
y de noche dieron vista
á nuestro fuerte, trayendo
con presencia ostentativa
cada uno cuatro faroles.
Oyeron sus culebrinas
los turcos, y sospechando
tener á toda la India
sobre sí, pegando fuego
á su alojamiento, guían
á embarcar, tan temerosos,
que el bagaje, artillería
y cuatrocientos heridos
dejó, por que no le sigan.
Veinte mil le degollamos
en dos meses, cuyas vidas
nos costaron cuatrocientas,
á cincuenta bien vendidas.
Recogimos los despojos;
y con fiestas y alegrías
en procesión venerable
dimos las gracias debidas
á Dios y á su Madre intacta.
No cuento, por infinitas,
hazañas particulares:
los extraños las escriban.
Sólo digo que hubo esfuerzo
(el ánimo desatina)
de portugués que, faltando
la munición, se derriba
los dientes con el cañón
(es loca la valentía),
matando á turco por diente.
Estime Vueseñoría
esta célebre victoria,
y valerosa prosiga
las hazañas portuguesas
porque el Asia se nos rinda.

GARCÍA. Estando vuestro valor
en Dío, Manuel de Sossa,

la victoria era forzosa,
por más difícil mejor.
Safidín, Rey de Tanor,
(provincia es de Malabar),
se ha venido á bautizar;
que mientras reino conquisto
en paz, también sabe Cristo
coronas á su ley dar.
El y la Reina han honrado
nuestra corte, y yo, padrino
de Safidín, determino
festejar tan gran soldado.
A buen tiempo habéis llegado;
ponga luminarias Goa,
y de la mejor canoa
hasta el mayor galeón,
con festiva ostentación
adornen de popa á proa.

MANUEL. Deme á besar Vuestra Alteza
la mano.

SAFIDÍN. Las vuestras dan
asombros á Solimán
y á Cambayá fortaleza.
Cristiano soy, la llaneza
de Portugal es la mía;
alistad desde este día,
sin reverenciar mi estado,
Manuel de Sossa, un soldado,
hermano de don García.
El nombre dejo primero
con la ley: ya soy nuevo hombre;
en las obras y en el nombre
imitar vuestro Rey quiero.
Déme don Juan el Tercero
con el suyo su valor;
don Juan soy, Gobernador;
que este blasón inmortal
como ilustra á Portugal
ha de ilustrar á Tanor.
Cuando en el agua divina
mi esposa vuelva á nacer,
el nombre le ha de poner
vuestra Reina Catalina.
A Dios la cerviz inclina,
y á pesar del Alcorán,
pues ley y nombre nos dan
vuestros Reyes, ¿qué más fama,
si Catalina se llama
y el Rey Safidín don Juan?

GARCÍA. Gracia, señor, significa;
gracias al cielo se den,
pues en vos los nuestros ven
la gracia que os vivifica;
en cuerpo real alma rica
de virtudes; envidiar
os pueden á un tiempo y dar
parabienes mi contento:
reinar sin Dios es tormento,
servir á Dios es reinar.

JUAN. Dadnos, capitán de Dío,
los brazos, si merecemos
los que vuestros triunfos vemos
gozarlos.

MANUEL. ¡Oh don Juan mío!
El alma que alegre os fío
con ellos es bien que os dé.

JUAN. ¡Grande valor!

MANUEL. Corto fué,
y mis hazañas pequeñas
sin don Juan de Mascareñas,
columna de nuestra fe.
Mucho traigo que contaros.

DIAGUIT. Si mi pequeñez merece
esa mano que ennoblece
á cuantos llegan á hablaros,
haga mis principios claros
y honre vuestra señoría
con ella la boca mía.

GARCÍA. ¿Quién sois vos, rapaz hermoso,
tan portugués en lo airoso,
tan hombre en la bizarría?

DIAGUIT. Poca cosa en lo chiquito,
si grande en lo portugués;
hidalgo me dicen que es
mi padre, y yo soy Diaguito.

GARCÍA. Manuel: ¿es vuestro?

MANUEL. Un delito
amoroso en Portugal
me le dejó por señal
y pena de mi ignorancia.

GARCÍA. Qué, ¿hijo es vuestro?

MANUEL. Es de ganancia.

GARGÍA. Ganancia fué de caudal.

DIAGUIT. Nadie diga que es mi padre;
que á mí nadie me engendró
en el mundo mientras yo
no sepa quién es mi madre.
Esa ganancia le cuadre
al que es torpe mercader,
y ninguno ose poner
en mí, con viles empleos,
que por *o corpo de Deos*
que os bofes lle he de comer.

CARBALL. Tomaos con el rapacito.

SAFIDÍN. ¿Vióse donaire más bello?

GARCÍA. Es portugués, basta sello;
no haya más, señor Diaguito.

LEONOR. Gusto me ha dado infinito.

MARÍA. Subid al balcón, amores.

GARCÍA. Las damas arrojan flores,
hagámos'las cortesía.

MANUEL. Plegue al cielo, Leonor mía,
que no paren en rigores.

(Entranse con música, como vinieron, y quedan CARBALLO *y* BARBOSA.)

ESCENA II

CARBALLO *y* BARBOSA.

BARBOSA. Pues, Carballo, ¿cómo ha ido
allá con tanto rebato?

CARBALL. Como tres con un zapato:
poetas habemos sido.

BARBOSA. ¿Cómo?

CARBALL. Hicimos maravillas.
Entre los tiros diversos
hay unos llamados versos
que arrojaban redondillas.
Otros de mayor estima
que, porque si disparaban,
á ocho los arrimaban,
se llaman octava rima.
Poetizaba un culebrón

al turco de un parapeto
que se llamaba soneto,
mas dad al diablo su son;
porque derribaba á bulto,
echando su consonante,
cuanto topaba delante.

BARBOSA. Ese tal debe ser culto.

CARBALL. Otro de una cota armado
con dos quintales de bola
de catorce pies.

BARBOSA. ¿Y cola?
Soneto fué estrambotado.

CARBALL. Pues ¿qué ciertos falconcillos
que enramados escupían
balas y piedras?

BARBOSA. Serían
romances con estribillos.

CARBALL. Desto hubo abundantemente,
y más que si disparaban
todos ellos se preciaban
de poetas de repente,
asombrándose de vellos
en llegándose á entender.

BARBOSA. Sátiras debían de ser
pues que todos huyen de ellos.
Ahora bien, señor Carballo:
si no tiene alojamiento,
el mío estará contento
de serville y de hospedallo.

CARBALL. *Beixo o as maos.*

BARBOSA. La amistad premia
con lo que tiene, y acá,
si en versos de bronce da
toda Goa es Academia. (*Vase.*)

ESCENA III

Sale DOÑA MARÍA *en hábito de hombre.*—CARBALLO.

MARÍA. ¡Ah fidalgo!

CARBALL. Ese es mi nombre.

MARÍA. Una palabra entretanto
que entran.

CARBALL. *¡Jesu, corpo santo!*
¿qué he visto? ¿quién eres hombre?

MARÍA. ¡Ah, Carballo! ¿quien podía
ser, sino una desdichada
sin honor y ya olvidada?

CARBALL. Señora doña María,
¿en la India vos? ¿Vos en Goa,
y en traje tan indecente?

MARÍA. Mujer amante, y ausente
aborreciendo á Lisboa,
donde promesas y engaños
acaudalaron enojos,
pagando en llanto los ojos
olvido de tantos años;
cuando llegué á aventurar
lo menos, si ya perdí
lo más, ¿qué mucho que aquí
me halléis?

CARBALL. ¿Que el inmenso mar
y sus peligros se atreva
á pasar una mujer?

MARÍA. ¿Qué mar como el bien querer?
¿qué golfos como hacer prueba
en un hombre que olvidado
de obligaciones de amor,
cuando profesa valor,
su valor ha amancillado?
Salí por ver si hallaría
el que llama la confianza
cabo de Buena Esperanza,
mas no le tiene la mía.
Y no me anegó la suma
de tanto golfo y rigor;
que no anega el mar á amor
porque es nieto de su espuma.
Hombre con obligaciones
tan precisas de remedio,
con un hijo de por medio,
que suelen ser eslabones
que encadena voluntades,
y en él, el que trujo ha sido
Leteo para su olvido,
no para mis soledades.
Sin escribirme en tres años
siquiera una letra sola,
registrando yo cada ola
y engañando desengaños
que apaciguaban deseos;
y por la ribera abajo
pidiendo cartas al Tajo,
creyendo que eran correos
las crecientes que á mis puertas
ondas daban sucesivas,
para todos aguas vivas
y para mi sola muertas.
Cansóse ya la paciencia;
nombre me dió de su esposa
mil veces Manuel de Sosa;
tomó como tal licencia
que aposesionaron ruegos.
Partióse y llevó consigo
de un año un solo testigo
de mis disparates ciegos.
Debiéronse de anegar
entre inmensidad de espumas,
palabras; que éstas y plumas
lleva el viento; ¿qué hará el mar?

CARBALL. La guerra y tiempo divierte
el ocio de esos cuidados;
no es amor para soldados
y la ausencia es otra muerte.
Mucho os quiso mi señor,
y viendo vuestra belleza
realzada con la fineza
de tanta lealtad y amor
le obligará, cosa es clara,
y si olvidarse es delito,
hará las paces Diaguito,
que es los ojos de su cara.

MARÍA. ¡Hijo de mi corazón!
Sus deseos solamente
causa ha sido suficiente
á mi peregrinación.
¿Quién duda que de su madre
olvidado, el Capitán,
aquí sus gustos tendrán
empleo que más les cuadre?

CARBALL. No sé, aunque tientan á pares
las indianas hermosuras,
que pruebe sus aventuras
con las damas malabares;

que en la India, porque se note,
las caras que soplan brasas,
unas son ciruelas pasas
y otras son de chamelote.
Las daifas más estimadas,
y que aquí se solemnizan,
si no negras, mulatizan
y son ninfas nogueradas.
Ninguna el rostro se adoba,
no se perfuma ninguna,
las más huelen á grajuna
y todas son de caoba.
¿Qué voluntad amarilla
las ha de amar, si es discreta,
habiendo dama con teta
que la llega á la rodilla?
El gusto de mi señor
es de noble portugués;
llegad á hablarle después
que deje al Gobernador;
que puesto que en su palacio
se aposenta, tiempo habrá
que amante os satisfará.
Ellos vienen; más despacio
podréis estimar, señora,
finezas de vuestra fe;
que si de repente os ve
le alborotaréis ahora. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen el GOBERNADOR *y* MANUEL DE SOSA.

GARCÍA. Cuando pasé ahora un año
por Cambayá, y la aseguré del daño
que Dío recelaba
con el bárbaro cerco que esperaba,
mi gobierno acabado
en Caúl, fuí de vos tan regalado,
que mi Leonor no sabe
sufrir conversación que no os alabe.
Dice que lo que estuvo
con vos en Dío, á nuestra patria tuvo
de tal suerte olvidada,
que, en vuestra compañía agasajada,
ni echó menos á Goa
ni supo si en el mundo había Lisboa.
Ahora, pues, quisiera,
Capitán, hospedaros de manera,
ya que os tiene en palacio,
que descansando en él por largo es-
saliera de este empeño, [pacio
que según le encarece no es pequeño.
Su fiador he salido,
y así, mientras gobierno la India, os
que en nuestra compañía [pido
cumpláis con mi deseo y su porfía.

MANUEL. Términos portugueses
son pródigos en ella; por dos meses
que merecí hospedaros
en Dío y con deseos regalaros,
que con obras ya vía
que era imposible á vuesa señoría
en una fortaleza
tan pobre agasajar tanta nobleza,
por término tan breve
no es bien confiese deudas que no debe.

GARCÍA. Es muy agradecida,
Leonor, y estáos, Manuel, reconocida;
mas no tratando de esto,
sabed, Manuel de Sosa, que he dis-
darla seguro estado; [puesto
yo estoy de canas y de vejez cargado;
Leonor es mi heredera
y única sucesora; en fin, quisiera
que la honrara un esposo
fidalgo en sangre, en obras generoso.
Para esto había elegido
á don Juan Mascareñas, conocido
por su valor y hazañas,
no sólo en su nación, en las extrañas;
mas repúgnalo tanto
que ofende su obediencia con su llanto.
Dice que mientras vivo
culpará mi crueldad si la cautivo,
pues en mí la dió el cielo
amparo, esposo y padre. Este desvelo
me causa pesadumbre,
y el dársela también, porque es la lum-
y objeto de mis ojos [bre
y llegárame á ellos darla enojos;
vos podéis persuadirla,
pues os tiene respeto, y reducirla
á lo que yo no puedo.

MANUEL. ¡Ay cielos rigurosos!

GARCÍA. Ved que quedo
en vos, Manuel, confiado.
Don Juan es vuestro amigo, gran sol-
su edad en primavera, [dado;
su sangre ilustre y que heredar espera
un mayorazgo rico;
galán, y en condición os certifico
que un ángel me parece;
decid que goce el bien que Dios la

MANUEL. Si en mis ruegos estriba [ofrece.
el daros gusto á vos, mi persuasiva,
señor, puesto que tosca,
procurará que humilde reconozca
lo mucho que en serviros
interesa.

GARCÍA. Venid á divertiros
á la marina un rato
conmigo, si gustáis, que ya su ornato
la noche mercadera,
ausente el sol su opuesto, saca afuera
y apercibid mañana
razones concluyentes, que si allana
Leonor su resistencia
y por vos califica su obediencia,
deberáos don García,
una alegre vejez.

MANUEL. ¡Ay Leonor mía;
siendo ya vos mi esposa
igualmente constante como hermo-
qué desacierto ha sido [sa,
hacer casamentero al que es marido!
(Vanse.)

ESCENA V

Salen DOÑA LEONOR *dando un papel á* DOÑA MARÍA.

LEONOR. Mira que de ti me fío,
Acuña.

MARÍA. Daré el papel
puntual, secreto y fiel;
pues siendo vos dueño mío
y debiéndoos lo que os debo
desde que os entré á servir,
mi contento es asistir
á vuestro gusto.
LEONOR. Me atrevo
en fe de esa confianza
á extrañas cosas por ti.
MARÍA. No fuera no hacerlo así
tanta con vos mi privanza.
LEONOR. Mi padre no hay que avisar,
si eres discreto.
MARÍA. Ni es justo;
¿llévoles cosas de gusto?
LEONOR. No son sino de pesar.
Encárgole cierta cosa
difícil y de importancia.
MARÍA. Perdónese mi ignorancia;
creí que Manuel de Sosa
era vuestro pretendiente
dichoso y correspondido
con asomos de marido.
LEONOR. ¡Jesús! Es tan diferente
de esto lo que le encomiendo,
que antes ha de disuadir
á mi padre é impedir
pretensiones.
MARÍA. Ya lo entiendo;
no hay que declararos más;
cumpliré mi comisión
como tengo obligación.
LEONOR. En el jardín me hallarás. (*Vase.*)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA.

Billete doña Leonor
para mi Manuel de Sosa,
de su padre recelosa
con tal secreto y temor:
sospechas, sino es amor,
¿qué puede ser?
¡Qué presto empiezo á temer!
mas es del amor efeto,
¿papel secreto
sin verle yo y soy mujer?
Celos míos, eso no;
que para desestimaros
con indicios menos claros
sospecho mis males yo;
amor por oficio os dió
andar inquietos
y acechar siempre indiscretos
lo que no alcanzáis á ver;
donde hay mujer
y celos nunca hay secretos.
¿Yo, amante menospreciada;
doña Leonor cuidadosa;
papel á Manuel de Sosa;
mi amor y fama olvidada,
y qué no ha de saber nada
don García?
No, celosa pena mía,
más mal hay del que parece;
esto merece
mujer que en mujer se fía.
(*Rómpele.*)
Lee: «Permisiones de mi amor
han dado causa á un delito
que, por no ser para escrito,
la pluma enfrena el temor.
Vuestra vida con mi honor
corren riesgo don Manuel;
la honra es siempre cruel
que sus agravios conoce,
diréos viéndome á las doce
lo que no osó este papel.»
¡Ay, ofendida esperanza!,
ya de vos no hay que hacer cuenta;
¿en tierra, celos, tormenta?,
¿en el mar, amor, bonanza?
Peligros de esta mudanza
ya los temieron mis daños:
¿al cabo de tantos años
me anegan agravios, cielos?
Sí, que no son donde hay celos,
Santelmo los desengaños.
¿Qué dudo, si por escrito
confiesa doña Leonor
permisiones de su amor
que condena por delito?
Remedios que solicito
mis desengaños los borren,
riesgo le escribe que corren
su honor y vida, ¡ay de mí!
mi amor los corre, eso sí,
pues dichas no le socorren.
¿Qué riesgos pueden correr
sin terceros sus amores?
Mas amor que esconde flores
mal puede el fruto esconder.
Deben de echarse de ver
hurtos de su amor liviano;
y de su padre, no en vano
temerá la justa pena;
mas pues sembró en tierra ajena
que lo pague el hortelano.
Palabra me dió de esposo
y un hijo que en su resguardo
no le ha de afrentar bastardo;
don García es generoso;
ya, secretos, es forzoso
que os saque el peligro afuera;
á hablarle voy aunque muera;
que si se han dado los dos
las manos, para con Dios,
de palabras la primera. (*Vase.*)

ESCENA VII

Salen DON GARCÍA *y* DON JUAN.

DON GARCÍA.

Iréis, don Juan, con una escuadra mía
de galeras, armadas para guarda
del Rey recién cristiano, cuando el día
salude el alba con su luz gallarda;
labraréis en Tanor la factoría
que Safidín ofrece, y si se tarda,
y su gente en negarla está resuelta,
cargaréis la pimienta y daréis vuelta.

DON JUAN.

Si promete premiar, Leonor hermosa,
por ti, ¡oh, señor!, la fe con que es querida,
corto trabajo á largo premio mides:
los doce añade con que se honra Alcides.
Iré á Tanor, y como se me encarga,
persuadiré á su Rey cuando le lleve,
al tributo, al presidio y á la carga
de especia y drogas que cumplirnos debe
la dilación que amor juzgará larga;
ya portugués Jacob, tendrá por breve
mi esperanza, aumentando en sufrimientos,
á mis servicios más merecimientos.

DON GARCÍA.

Id, pues, don Juan amigo, á apercibiros,
que quiere Safidín salir mañana
antes que el sol.

DON JUAN.

¡Oh golfo de zafiros!,
dad prisa al alba de jazmín y grana;
no hay vientos que esperar donde hay suspiros;
no hay mares que temer cuando se allana
á quererme Leonor; de Alción los días
serán al mar las esperanzas mías. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Sale DOÑA ISABEL *á una puerta con un niño en los brazos.* — GARCÍA.

ISABEL. Si está avisado, él será.
GARCÍA. ¿Qué es esto, á tal hora abierta,
cielos, del jardín la puerta?
ISABEL. Fidalgo, llegaos aca.
GARCÍA. Disimular es mejor.
ISABEL. ¿Sois Manuel de Sosa?
GARCÍA. Sí.
ISABEL. ¡Qué presto le conocí!
¿Dónde está el Gobernador?
GARCÍA. Rondando las portas.
ISABEL. Bien;
lo mismo Acuña me dijo.
Poned en cobro este hijo
de que os doy el parabién;
que es tan parecido á vos
que en él se verá su padre;
riesgo ha corrido su madre,
mas ya está mejor. Adiós.
(Cierra y vase.)

EXCENA IX

GARCÍA.

¿Sueño? ¿Estoy despierto ó loco?
Durmiendo debo de estar;
mas, temor, si esto es soñar,
¿qué puede ser lo que toco?
A quimeras me provoco
que desmienten mi sentido,
¿Manuel de Losa hoy venido
y con hijo que nace hoy?
no, cielos, durmiendo estoy.
Pero despierto y dormido
á un tiempo no puede ser...
¡Qué de sospechas colijo!
«Poned en cobro este hijo»;
y hoy venido, ausente ayer
Donde es forzoso el creer
excusado es el dudar,
peligroso el sospechar,
afrentoso el permitir,
pusilánime el sufrir
y cuerdo el averiguar.
Nueve meses ha que en Dío
su alcaide nos hospedó;
¿si la posada pagó
á mi costa el honor mío?
Cuanto más de Leonor fío
menos hay que hacer caudal
de la que es más principal,
y más cordura el temer;
que es el vicio en la mujer
defecto trascendental.
Mas no ofendamos su estima
hasta aquí sólo iniciada;
en Dío entró acompañada
de doña Isabel, su prima.
Menos la bala lastima
que está del cañón más lejos;
procuren sanar consejos
lo que culpas informaron;
que no en balde se estimaron
en más los médicos viejos.
Mas nunca doña Isabel
me alabó tan oficiosa
y necia á Manuel de Sosa
como Leonor siempre en él.
Si noble, sólo Manuel
con la nobleza se alzó;
si discreto, él se llevó
la cátedra de los sabios...
¿Siempre Manuel en los labios
y no en el alma? Eso no.
¿De qué sirve en mi porfía
hacer discursos á obscuras,
si todas mis conjeturas
paran en deshonra mía?
Mi sangre á Leonor envía,
mi sangre, que no se infama;
de mi sangre, Isabel, rama,
corre también por mi cuenta;
pues si cualquiera me afrenta,
¿qué está dudando mi fama?
¡Oh, quién en tal confusión
sin riesgo de la prudencia,
imitara la sentencia
que hizo sabio á Salomón!
Supiera en la partición
del infante pleiteado
por dos madres, mi cuidado,
aunque dos partes le hiciera,
quién era la verdadera
y quedase yo vengado.
Pero yo sé que no osara
dar la sentencia que dió,
Salomón, si como yo
su infamia participara.
Callemos, que si á la cara
se asoma la enfermedad,
ella dirá la verdad
y yo vengaré mi mengua,
pues la discreción sin lengua
veneró la antigüedad.

ESCENA X

Salen MANUEL DE SOSA *y* CARBALLO.—GARCÍA.

CARBALL. En paje se ha transformado;
mira, al tiempo que has venido.
MANUEL. ¡Qué para poco que ha sido
el mar, pues no la ha anegado!
En todo soy desdichado.
CARBALL. Si con dos has de casarte,
lo mejor será ausentarte.
GARCÍA. Este es.
MANUEL. ¡Ay, Leonor hermosa!
GARCÍA. Capitán Manuel de Sosa:
una palabra aquí aparte.
MANUEL. ¿Quién sois?
GARCÍA. Estaráos mejor
no saberlo.
MANUEL. ¿Otro cuidado?
GARCÍA. Esto para vos me han dado;
guardáos del Gobernador. *(Vase.)*

ESCENA XI

MANUEL DE SOSA *y* CARBALLO.

MANUEL. ¡Ay, cielos!
CARBALL. ¿Hirióte?
¡Ay, Leonor!
Hijo es este; ¿hay más azares?
CARBALL. ¿Qué tienes?
MANUEL. Nada. ¿Pesares,
tantos juntos? No me sigas:
vete.
CARBALL. Voime.
MANUEL. No lo digas.
CARBALL. ¡Mujeres é hijos á pares!

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA MARÍA, *de hombre*, *y* MANUEL DE SOSA.

MANUEL. Son con tanto fundamento
tus quejas, doña María;
tan justo tu sentimiento,
tan grande la culpa mía,
tanto mi arrepentimiento,
que el silencio sólo puede
responderte, pues en él,
porque más confuso quede
de mi descuido cruel,
la pena el agravio excede.
¡Seis años de amor perdidos,
tus méritos ofendidos,
tus favores mal pagados,
sin premio tantos cuidados
y yo con tantos olvidos!
Si disculpas les buscara,
mayor mi delito hiciera,
más tu enojo provocara
y mayores causas diera
á que el mundo me afrentara.
¿De qué servirá alegar
olvidos de tanto amor
con la ausencia y con el mar,
si hago mi culpa mayor,
pudiéndome despertar
un hijo en cuyo retrato
contemplando cada rato
su hermoso original vía?
¡Ay, cara doña María,
dame muerte por ingrato!
MARÍA. No digas más, que en quien ama,
Manuel, disculpa menor
basta á despertar su llama,
agravios perdona amor,
que por eso dios se llama.
Siendo hombre tú, no me espanto
que ausente no correspondas
á tus deudas y á mi llanto.
Tantos mares cuyas ondas
sepultaron bajel tanto,
¿qué mucho que puedan más
que yo? Disculpado estás,
que ya de la ley salieras
de amante ausente si fueras
más firme que los demás.
Yo perdono lo pasado
como enmiendes lo presente.
MANUEL. No hay más amor bien logrado
que el que en belleza prudente
hace fácil su cuidado.
¡Qué discreta es tu hermosura,
generosa en perdonar
agravios de mi locura!
MARÍA. No hay ciencia para tornar
atrás el tiempo, ni hay cura
que remedie lo pasado
sino sólo el escarmiento.
Manuel, ya estás perdonado;
culpas venideras siento;
sospechas me dan cuidado.
Hermosa es doña Leonor,
su padre Gobernador,
hombre tú, yo tu mujer;
la riqueza y el poder
se oponen contra mi honor.
En el papel que te escribe
delitos de amor confiesa,
y á peligros te apercibe;
la venganza portuguesa
no en cera, en diamante vive;
cosa que no es para escrita
y que riesgos amenaza,
mal su opinión acredita,
si del secreto hace plaza,
que amor mostrar solicita.
No es mujer doña Leonor
que hiciera ofensa á su honor,
menos que estando segura
de la fe con que procura
burlar bellezas amor.
Si ésta que cumplas espera
y en ser tu esposa se funda,
cristiano eres, considera
lo qué será la segunda
viva la mujer primera;
que tengo á Dios de mi parte

y un hijo hermoso en que estriba
mi acción para condenarte;
que es Diago, cédula viva
de que no podrás librarte.
Y si pagando mi amor
dejas á doña Leonor,
¿qué remedio han de tener
deshonras de una mujer,
iras de un Gobernador?

MANUEL. No he de negarte verdades
que entre tantas confusiones
acusan mis libertades.
Despeñáronme ocasiones,
cegáronme mocedades;
distancias de tu hermosura
peligros atropellaron,
que á plaza sacar procura
mi suerte; ¿cuándo acertaron
el amor y la locura?
En Dío fué huésped mío
el Gobernador, y en Dío,
con haber, mi bien, tan poco
de Dío á *Dios*, mi amor loco
al tirano señorío
de la belleza rendido,
sin resistencia al valor,
sin prevención al sentido,
la conciencia sin temor
y la memoria en olvido,
al inviolable respeto
con que el huésped se asegura,
me atreví; fié al secreto
delitos que mi locura
saca en público. En efeto,
persuasiones amorosas,
frecuencias siempre dañosas,
promesas, seguridades,
y entre ellas, conformidades
de estrellas ya rigorosas,
en dos meses alcanzaron
conyugales permisiones
que palabras engañaron,
que dispusieron traiciones
y derechos profanaron.
Partiéronse, y yo ignorante
llegué ayer, porque hoy castigos
padezca mi fe inconstante,
con dos hijos por testigos
y dos esposas delante.
Pero, en fin, doña María,
escoja la suerte mía
de dos daños el menor,
viviendo tú, no es Leonor
mi esposa, ni mi osadía
es bien que al cielo se atreva.
Si te das á conocer
harás en mi muerte prueba
del rigor de una mujer
deshonrada con tal nueva.
Sólo un medio se me ofrece
con que este daño excusemos:
si difícil te parece
muera yo y acabaremos
la pena que me enloquece.

MARÍA. Como perderte no sea,
propón peligros, y vea
el mundo en mi amor constante
sufrimientos de diamante
que admire, aunque no los crea.

MANUEL. Dentro de una hora, don Juan
se ha de partir á Tanor,
de una armada capitán,
cuya amistad y valor
aliento á mis penas dan.
De su nobleza fiado,
haciéndole compañía,
saliéramos de cuidado;
pero daré, esposa mía,
sospechas, de ayer llegado,
si hoy me ausento y me despido,
regalado y persuadido
de don García, que ignora
agravios de honor, y ahora
que le asista me ha pedido.
Doña Leonor, si la dejo,
contará desesperada
lo que ha ocultado el consejo
é impedirá mi jornada
con mi vida airado el viejo.
Vete con don Juan, amores,
sin que descubras quién eres,
que en pasando estos rigores,
cuando algún tiempo me esperes
podrás con gustos mayores
premios debidos gozar
de mi amor, y yo mostrar,
si mudable te ofendí,
que sé volver sobre mí
como te supe olvidar.

MARÍA. ¿Pues qué inconveniente tienes
que yo me quede contigo?

MANUEL. Muchos, si á saberse viene
mi insulto, cuyo castigo
será mortal; no conviene
que tú participes de él.
Don García es riguroso,
la vejez es siempre cruel,
si sabe que soy tu esposo
y á su noble sangre infiel,
alcanzaráte el rigor
de su enojo. Al darme el hijo,
triste fruto de mi amor,
un hombre oculto me dijo:
«Guardaos del gobernador».
Quien me avisa que me guarde
de él, amores, ya hace alarde
de que su agravio recela;
siempre es vieja la cautela
como el delito cobarde.
Muera yo si ya está dada
la sentencia contra mí,
y no muerte duplicada
con la tuya: quede en ti
la imagen bella amparada
de un hijo en quien resucito;
luz hermosa que adoramos.
Mi bien, ¿no será delito
riguroso, si dejamos
los dos huérfano á Diaguito?
Claro está; mejor podré
ausentarme cuando esté
libre de ti, del rigor
que temo. Vete á Tanor,
que al punto te seguiré.

MARÍA. ¡Ay, Manuel, que estoy dudosa
de que quieres engañarme!
En Goa Leonor hermosa;
tú mudable y yo ausentarme
cuando se llama tu esposa
con un hijo? Si el postrero
estiman los padres más,
de tu olvido sólo espero
que ingrato añadir querrás
segundo agravio al primero.
MANUEL. Plegue á Dios, prenda querida,
si llorases ofendida
mi lealtad y fe constante
que vengativo levante
peligros contra mi vida
cuanto esta máquina encierra.
Si navegase, la guerra
del mar llevándome á pique
naufragios no notifique
inauditos; si en la tierra,
entre caribes adustos,
abrasados arenales,
tigres del monte robustos,
rayos de nubes mortales,
rigores del cielo justos,
todos juntos homicidas,
verdugos de mis enojos,
en las prendas más queridas
ceben su furia á mis ojos,
porque me quiten más vidas.
MARÍA. Basta, mi bien, que me pones
pasmo con las maldiciones
que trueque en dichas el cielo.
Amoroso es mi recelo,
grandes tus obligaciones:
haz de mí lo que gustares,
que amante en todo te sigo;
mas consuela mis pesares
con permitir que conmigo
lleve á Dieguito.
MANUEL. Que ampares
gusto yo en su compañía
soledades de mi amor
que peligran en la mía
si intenta el Gobernador
mi muerte. Hermosa María,
á don Juan vamos á hablar.
MARÍA. En fin, ¿me vuelvo á ausentar
de ti?
MANUEL. Seguiréte luego.
A despedirme de Diego (1)
voy.
MARÍA. ¡Qué de ello he de llorar!
MANUEL. ¿Y cuál, sin él y sin ti
he de quedar? En los dos
toda el alma dividí.
MARÍA. Bien mío, líbrete Dios
de este peligro.
MANUEL. ¡Ay de mí! *(Vanse.)*

(1) El original unas veces llama Diago y otras Diego á este personaje.

ESCENA II

Salen GARCÍA DE SÁ, CARBALLO *y dos* CRIADOS.

GARCÍA. Cerrad con llave las puertas
de todas aquestas salas.
CARBALL. ¿Cerrar las puertas? ¡Qué malas
nuevas!
GARCÍA. No dejéis abiertas
las ventanas.
CARBALL. ¿Eso más?
GARCÍA. A los dos nos dejad solos.
CARBALL. Mal se ponen estos bolos;
Carballo, en peligro estás.
GARCÍA. En viniendo quien os dije
traedle también aquí.
(Vanse los dos Criados.)

ESCENA III

GARCÍA *y* CARBALLO.

CARBALL. Verdugo será, ¡ay de mí!
GARCÍA. Sosiégate ¿qué te aflige?
CARBALL. ¿Yo afligirme? Los culpados
se aflijan.
GARCÍA. Temblando estás.
CARBALL. Algunos gatos verás
que maúllan encerrados.
Tengo condición gatuna;
abran, porque yo, señor,
cerrado soy maullador
y aliviame el ver la luna.
GARCÍA. Sosiégate.
CARBALL. Ya sosiego.
GARCÍA. ¿Eres bien nacido?
CARBALL. Sí;
dicen que cuando nací
mama y *taita* dije luego,
y que á las voces primeras
desocupé la posada
de una madre agallegada
anchísima de caderas.
GARCÍA. ¿Gallego eres?
CARBALL. De á caballo;
porque un rocín, aunque en pelo,
me jubilaba del suelo.
GARCÍA. ¿Cómo te llamas?
CARBALL. Carballo,
porque no sé en qué fayancas
mi madre, ausente el marido,
jugando pidió el partido
(son las gallegas muy francas).
Y un lencero algo molesto
que el matrimonio terció
perdiendo se levantó
y yo me quedé por resto.
Volvió el propietario á casa,
y como ausente de un año
vió que el devantal de paño
se ahovaba, dijo: «¿Esto pasa?
Mujer, ¿cómo habéis podido,
en doce meses de ausencia
sufrir tanta corpulencia?
—Porque hogaño no ha llovido,

(respondió); y según lo prueba,
el pronóstico del Cura,
no ha de parirse criatura
hogaño mientras no llueva.»
El, viendo que averiguallo
era ofender á su honor,
dijo, «Escarballo es peor»:
por eso el hijo es Carballo.

GARCÍA. Si sois gallego no dudo
publiquéis cualquier secreto
en viéndoos en aprieto.

CARBALL. Ninguno allá nace mudo.

GARCÍA. Pues escuchad advertido
aquellos golpes que dan
allí fuera.

CARBALL. Oigo que están
desahuciándome el oído.
Sudando estoy por mil cabos;
¿majan granzas ganapanes?
¿por dicha en casa hay batanes?
¿muelen maíz? ¿plantan nabos?

GARCÍA. Más riguroso es su oficio;
allí os tienen de enterrar,
si rehusáis el confesar,
hasta el día del juicio.

CARBALL. No le ha de haber para mí.
Pues diga ¿qué me faltara
si yo juicio esperara?
Moriré como nací;
porque en lo que toca al seso
tengo el celebro algo angosto.
¿Confesar? Sí; por Agosto
y cuaresma me confieso,
que son cristianos respetos;
y cuando no lo mandara
la Iglesia, me confesara
sólo por decir secretos.
Mas yo ¿por qué he de pagar,
pecador de mí, señor,
si mi sa doña Leonor
tan bien supo aprovechar
cosechas de su hermosura,
que lo que en Dío tomó
con renta en Goa pagó
colmado en una criatura?
Si yo no fuí la comadre,
si yo no hice el cohombro,
¿es bien que me le eche al hombro?
¿que muera yo sin ser padre?
¿que me azadonen en vida?
¿que me maten sin testar?
¿y que haya yo de pasar
dolores de la parida?

GARCÍA. No digas más; basta, sobra;
éntrate, villano, allí.

CARBALL. ¡Plegue á Dios si te ofendí
por palabra, ni por obra!...

GARCÍA. Entra, infame,

CARBALL. Aunque me entierren,
los santos están mirando
mi testamento. «Ítem mando
que en Cacabelos me entierren,
y no como á los caballos,
sin clérigos y en corral,
al cuero colateral,
entierro de los Carballos.» *(Vase.)*

ESCENA IV

GARCÍA.

Sentenciad la información,
honra, de vuestros agravios;
si á hijos matan padres sabios,
ponedla en ejecución,
en grado de apelación.
Es superior tribunal
la clemencia natural;
declarad si la admitís.
¡Ay, honra! ¿que no, decís?
pero sois de Portugal.
Huésped que el honor profana
de quien en su casa vive,
que infama á los que recibe
sin ley divina ni humana;
hija noble que liviana
hace su afrenta mortal,
¿no es bien que con muerte igual
hallen el castigo en mí?
¿Qué decís, venganza? Sí;
pero sois de Portugal.
¿Qué proponéis vos, amor,
porque lo segundo elija?
¿Que soy padre y que es mi hija
única doña Leonor?
¿Que ha de acabarme el dolor
de este irreparable mal?
¿Que no hay juez tan pedernal
que á sí se mate? Está bien;
no me espanto, que también
sois amor de Portugal.
Diga la prudencia ahora.
Si doy muerte á quien me infama,
¿no queda viva la fama
de afrentas publicadora?
Si se casan, ¿no mejora
mi discurso de consejo?
Si está manchado el espejo,
¿no es más cordura limpiarle
que perderle por quebrarle?
Si á mi nieto infame dejo,
¿á mí mismo no me infamo?
¿Así no le legitimo?
Triste en él, ¿no me lastimo
si bastardo vil le llamo?
Dudoso aborrezco y amo;
perdono á un tiempo y castigo;
soy padre y soy enemigo;
soy el juez y soy el reo;
rehuso lo que deseo
y huyo lo mismo que sigo.
Venganza: sólo sois vos
ley del mundo sin prudencia;
ley de Dios sois vos, clemencia,
y yo el juez entre las dos.
Seguir al mundo y no á Dios
es necia temeridad;
rigor, filos embotad
y adquirid con mi mudanza,
no la honra en la venganza,
sino la honra en la piedad.

ESCENA V

Sale MANUEL DE SOSA *y échase á sus pies.*

MANUEL. Señor: mi mudo silencio
trae en mi temor escrito
procesos en mi delito:
contra mí mismo sentencio.
Como juez te reverencio
y como padre los labios
humildes, pero no sabios,
te piden en culpa tanta.
GARCÍA. Levanta, Manuel, levanta,
no despiertes mis agravios.
Mejor sabes defender
castillos que inclinaciones,
vences bárbaras naciones
y no te sabes vencer.
Triunfa de ti una mujer,
¿y haces de triunfos alarde?
ya llega el consejo tarde,
tu misma culpa te afrente;
para los demás valiente,
¿para ti mismo cobarde?
Espérame aquí encerrado,
no salga la fama fuera;
aquí mi deshonra muera,
yo piadoso y tú casado;
diversamente hospedado
serás de mi cortesía
que yo de ti el triste día
que me fué la suerte escasa:
yo, sin honor en tu casa;
tú, sucesor en la mía. (*Vase.*)

ESCENA VI

MANUEL.

Cerca conclusión incierta
del puerto le hallo más lejos,
donde ni sondan consejos
ni ve el discurso la puerta;
no es en el golfo tan cierta
la muerte como á la vista
de tierra, si el cielo alista
vientos que entre obscuridades
á escollos llevan crueldades
en nave que los embista.
Muerte merecida aguardo
si mi mal no determino,
en mil se parte un camino
y en cualquiera me acobardo:
de dos á un hijo bastardo
mi elección ha de ofender;
de dos dejo una mujer
deshonrada, y en las dos
á un padre ofendo ó á Dios:
elección: ¿qué hemos de hacer?
Si elijo á doña María
y á doña Leonor ofendo,
el sepulcro están abriendo
que encubra la ofensa mía;
dicho me han que don García
pretende, ¡terrible aprieto!
que en mí, en Leonor y en su nieto
un castigo corresponda,
una tierra nos esconda
y nos encubra un secreto.
Poco importara en mi vida
satisfacer su rigor;
pero en la de mi Leonor
inocente y persuadida,
á mis engaños rendida,
en mis palabras fiada
y en un hijo retratada,
y que borre un daño igual
la copia y original,
no, amor; no, fortuna airada.
Perdone mi hermosa ausente;
hijo natural es Diego;
no es bien que en la elección ciego
bastardo á su hermano afrente;
si su madre olvidos siente,
sabia, peligros consulte,
monasterios en que oculte
la pena que la acongoja
tiene Portugal; escoja
uno que agravios sepulte.

ESCENA VII

MANUEL *y* CARBALLO.

CARBALL. ¿Somos cristianos ó moros?
Cuerpo de Dios con la puerta.
MANUEL. ¿Qué es esto?
CARBALL. La puerta abierta;
yo en encierro, y no de toros.
MANUEL. ¿Carballo?
CARBALL. ¿Qué carballeas
cuando lo que no comí
me cuentan?
MANUEL. ¿Qué haces aquí?
CARBALL. Cera hilada; tú te empleas
en gustos, y á mí, inocente,
un azadón me da prisa,
y sin responsos ni misa
vivo habrá cuerpo presente.
¿Han de enterrarte á ti y todo?
MANUEL. ¡Pluguiera, Carballo, á Dios!
CARBALL. Caminaremos los dos
mejor; que ahora no hay lodo
al otro mundo á la sombra,
sin riesgo de calenturas,
en hilando sepulturas
(sólo el pensarlo me asombra)
por ventas cuando las haya,
en carnes y á la ligera,
tú en tu muerte caballera
y yo en mi muerte lacaya.
Comiendo, en vez de perdices,
sapos avaros y feos,
culebras, y por fideos
gusanicos y lombrices.
Mas las puertas abren ya;
trocara yo esta ocasión
en moneda de vellón:
nuestro verdugo será.

ESCENA VIII

Salen el GOBERNADOR *y* DOÑA LEONOR.—DICHOS

GARCÍA. La vergüenza es provechosa
antes de hacerse el pecado;

tarde te has avergonzado:
llega, y da á Manuel de Sosa
la mano.

LEONOR. De aquesa suerte
moriré, aunque desdichada,
contenta á un tiempo y honrada.

CARBALL. ¿Bodas hay, y luego muerte?
Pues cásenme á mí también,
no me entierren virginal.

GARCÍA. Daros quiero bien por mal,
aunque indignos de este bien.
A don Juan de Mascareñas
escogía mi elección;
ir contra la inclinación
ocasiona no pequeñas
dificultades después;
que el matrimonio desdoran
y necios los padres lloran
llevados de su interés.
Mi jurisdicción no llega
al alma, que el señorío
tiene en él libre albedrío.
Mientras que don Juan navega
honestad atrevimientos
dándoos las manos los dos,
y hallen los padres en vos,
Leonor, sabios escarmientos.
Hoy habéis de desposaros
y hoy también salir de Goa;
un galeón á Lisboa
despacho donde embarcaros
podréis. Lo más de mi hacienda
va en él, cuya estimación
llega á cerca de un millón;
dote es vuestro, no me ofenda
presencia que me ha quitado
el honor así adquirido,
hasta que encierre el olvido
enojos que me habéis dado
y llegue mi sucesor.
Cumpla así este medio sabio,
desterrándoos, con mi agravio;
desposándoos, con mi amor.

CARBALL. Eso sí despido al Cura
y pago en seco la cera;
señores; ¿habrá quién quiera
comprarme la sepultura?

MANUEL. La justicia y la clemencia
en ti eternizan memorias;
perpetúe el tiempo historias;
dé estatuas á tu prudencia,
y tú á nosotros los pies.

GARCÍA. Más vale que os deis las manos.

MANUEL. ¡Jesús! Tropecé; inhumanos
pronósticos; si al través
dais con mi dicha, ¿qué intento?
Desnudóseme la espada.

GARCÍA. ¡Manuel!, ¿qué es eso?

MANUEL. No es nada.
Turbación de mi contento.
¡Ay cielos, dadme, Leonor,
ese cristal!

LEONOR. Ya os rendí
con ella el alma. ¡Ay de mí!
¿qué es esto? Mirad, señor,
que os debéis de haber herido;
la mano me ensangrentaste
cuando á dármela llegaste.

MANUEL. ¡Ay, cielo, por mí ofendido!
¡Ay esposa despreciada!;
ya empiezan presagios tristes
á vengaros.

GARCÍA. ¿Os heristeis?

MANUEL. Un dedo al volver la espada.

LEONOR. Ataos en él este lienzo.

MANUEL. Esto es señal, mi Leonor,
que mezcla sangres amor,
y en la que á daros comienzo
veréis cuán unos los dos,
al yugo de amor atados,
la unidad de los casados
logramos, que dijo Dios.

GARCÍA. No hay que mirar agüeros
ni miedos supersticiosos;
el cielo os haga dichosos;
poco tiempo hay, disponeros
para el viaje es razón;
ved lo que hay que apercibir,
que esta noche ha de salir
de la barra el galeón.
Venid, que no es bien me venza
de llanto que afrentas da.

LEONOR. ¡Ay Dios! ¿qué fin tendrá
boda que en sangre comienza?

CARBALL. ¿Vivo y sano y enterrar?
¡Oh trágicos azadones!

MANUEL. María: mis maldiciones
ya me empiezan á alcanzar. (*Vanse.*)

ESCENA IX

Salen DOÑA MARÍA *de mujer*, DON JUAN *y* DIAGUITO

JUAN. Aguardaréle en Tanor,
aunque dilate esperanzas
que martirizan tardanzas;
ha de ser doña Leonor
mi esposa, y es cada día
siglo eterno mi deseo.
Manuel de Sosa hizo empleo,
hermosa doña María,
digno en vos de su nobleza;
encubrióme vuestro ser,
mas no se puede esconder
disfrazada la belleza.
Más decente es ese traje,
hálleos en él quien os ama;
respétoos como á su dama,
si primero como á paje
de mi Leonor os tenía
voluntad.

MARÍA. Ya me prometo
dichas de feliz efeto
en la noble compañía
de amigo tan generoso.
Quiéreos mucho Manuel.

JUAN. Paga mi fe; pero de él
vengo no poco quejoso,
pues no se fió de mí
ni quien érades me dijo.
Tal esposa y con tal hijo;
yo tan su amigo, ¿y así
encubrirme sus amores?

MARÍA. La brevedad del viaje;
el andar yo en este traje
y el riesgo de sus temores
disculpa le pueden dar (1).
JUAN. ¿Qué riesgo pudo temer
esposo de tal mujer
en Goa para ocultar
seguridades de amor;
y encubriéndolas así
querer que esperéis aquí?
MARÍA. Hay quien le fía el honor
en Goa, en fe de promesas
imposibles de cumplir,
que rotas han de surtir
en venganzas portuguesas.
Tiene padre poderoso;
y en belleza, sangre y fama
es igual á vuestra dama:
ved, con esto, si es forzoso
excusar tan ciertos daños.
DIAGUIT. ¿Dama y padre y que á Leonor
se iguala y fía su honor?
No hay voluntad sin engaños:
logre la vuestra y con bien
le traiga á Tanor el cielo.
Señor Diaguito, recelo
que, según os halláis bien,
con vuestra ya conocida
madre, os habéis de olvidar
de vuestro padre y dejar
de llorar por él.
MARÍA. Mi vida:
¿á quién queréis de los dos
más?
DIAGUIT. Bueno es todo. A mi padre
como á cabeza; á mi madre
como alma suya.
MARÍA. Y que en vos
logra toda su ventura.
Mucho os quiere Safidín.
JUAN. La Reina, su esposa, en fin,
es vuestra dama.
DIAGUIT. Es figura.
MARÍA. ¿No os regala?
DIAGUIT. Sí; mas besa
demasiado señora,
y tiene el olor de mora.
¡Si ella fuese portuguesa,
aún, vaya!
JUAN. ¿Vaya? Temprano;
de tal árbol fruto tal;
no os negará Portugal
por lo tierno y cortesano.
(Ruido de tiros.)
Salva en la playa, ¿qué es esto?

ESCENA X

Entra CARBALLO.--DICHOS.

MARÍA. ¿Naves nuevas?
CARBALL. Linda tierra;
valle fértil, fresca sierra.
JUAN. ¿Carballo?
CARBALL. ¿Señor?
JUAN. ¿Tan presto
vos aquí?
CARBALL. Y con mi señor.
MARÍA. ¿Qué dices?
CARBALL. La verdad pura:
altarimar cingladura,
tomando puerto en Tanor,
viento en popa y mar bonanza
sesenta embocamos leguas.
MARÍA. Pesares, ya os daré treguas;
amor, ya os daré esperanza.
CARBALL. ¿Qué renunciación es esa
de traje, señora mía?
¿De Acuña en doña María?
¿de soldado en portuguesa?
MARÍA. Volver á mi natural,
pues en mis dichas he vuelto.
CARBALL. Mi señor viene resuelto
de vivir en Portugal.
Capitán de un galeón
el Gobernador le ha hecho;
que no le ha visto, sospecho,
tan grande nuestra nación.
Desembarcará mañana
con un presente que envía
á Safidín don García
y á la Reina, si es cristiana;
que hoy ya es tarde, y así salgo
á daros cuenta á los dos
de esta venida, y á vos,
señora, á deciros algo
que os regocije al oído.
MARÍA. Señal que albricias esperas.
CARBALL. ¿Viste todas las quimeras
que los dos habéis temido
en Goa, la muerte al ojo
al creer que don García
el nieto parto sabía
y que fulminara enojo?
Pues, no sólo no lo sabe,
pero juzgando á favor
que el capitán, mi señor,
lleve á Portugal su nave,
el cargo le ha dado de ella,
y está esperando á don Juan
para que esposo y galán
de la Leonor, doncella
al uso, alegre su padre,
y aunque parió de esta traza
correrá como otras plaza
la tal, de virgen y madre.
MARÍA. Todo lo dispone el cielo,
á mis suspiros clemente.
Mas doña Leonor, ¿qué siente
de eso?
CARBALL. Darála consuelo
el ver que secreto queda
su atrevimiento amoroso,
y que remudando esposo
sirve á su padre y le hereda.
MARÍA. Buenas nuevas te dé Dios;
toma esta cadena.
CARBALL. Buenas
son nuevas que dan cadenas.
Mientras que no os veis los dos,

(1) En el original y en las reimpresiones del siglo XVIII y de Ortega se dice: «ser»; pero es notoria errata.

que será en amaneciendo,
llevémosle allá á Diaguito
en vez de papel escrito,
pues en él está leyendo
el amor que le tenéis.

MARÍA. Mañana ¿no le verá?

CARBALL. Triste con su ausencia está.
Si este regalo le hacéis
daréisle la mejor cena
que se puede imaginar.

DIAGUIT. Madre, llévenme á embarcar
con mi padre.

MARÍA. En hora buena.

JUAN. Yo le voy á prevenir
refrescos, é iré con él
á cenar.

CARBALL. Amigo fiel,
en fin.

JUAN. Débole servir.

MARÍA. Diego: ¿en efecto, queréis
dejarme por vuestro padre?

DIAGUIT. Mañana vendremos, madre,
á verla los dos.

MARÍA. ¿No veis
cuán mal dormiré sin vos?

DIAGUIT. Madre, á fe que llore.

MARÍA. Andad,
y estos abrazos le dad
de mi parte.

CARBALL. Adiós.

DIAGUIT. Adiós.

(Vanse Carballo *y* Diaguito.)

MARÍA. Esta es la primer ventura,
cielos, que mi amor os debe;
ya que es sola, no sea breve,
pues no lo es la que no dura.
¡Oh mar, tu golfo asegura,
siquiera en fe de mostrar
cuánto va de amor á mar,
color de cielos y celos;
deja éstos, sé de los cielos
retrato en no te mudar!

ESCENA XI

Salen DON JUAN *y otros.*—DICHA.

JUAN. Una falúa prevén
que me lleve al galeón,
y en ella el refresco pon
que te apercibo.

CRIAD. 1.º Está bien.

JUAN. Cúbrela de banderolas
que el aire alegren inquietas;
chirimías y trompetas
hagan aplauso á sus olas.
¿Queréis que vamos los dos
á verle esta noche?

MARÍA. Sí.

CRIAD. 2.º Esta carta es para ti,
y ésta también para vos.
Al embarcarse, el criado
que ahora en tierra saltó
que os las diese me rogó.

JUAN. ¿Cartas? ¿Cuyas?

MARÍA. ¡Ay cuidado!
Esta es de Manuel de Sosa.

JUAN. Su letra es ésta y su firma.

MARÍA. Nuevos recelos confirma
mi desdicha rigurosa.
Quien á la lengua del agua,
pudiéndome ver, me escribe,
nuevas penas apercibe,
nuevas desventuras fragua.

JUAN. Aguardar quien las traía
á embarcarse para darlas,
y en tierra disimularlas
viniendo á vernos, no fía
mucho su dueño de mí.

MARÍA. Toda soy desasosiego.
¿Cartas y llevarme á Diego?
Leed, don Juan, ¡ay de mí!

JUAN. *(Lee.)* «En Dío logró el secreto,
don Juan, una coyuntura
que dió en Goa á la hermosura
fruto, de su causa efeto;
don García tiene un nieto
con que remoza sus años,
esposa yo, amor engaños,
Leonor gusto, vos prudencia;
cura el tiempo, olvido ausencia,
y acuerdo los desengaños.»—
¡Oh aleve! ¡oh Leonor ingrata!
¡oh falso Gobernador!
¡oh celos, que es lo peor,
pues vuestro infierno me mata!
No quede nave en el puerto
que amarras no haga pedazos,
remos que á fuerza de brazos
no sigan á quien me ha muerto.
Velas que lleven venganza,
pues más que los vientos corren;
balas, que esperanza borren
de quien me quita esperanza.
Quejas que cielos obliguen,
flechas que tiranos pasen,
y celos que los abrasen,
penas que ingratos castiguen. *(Vase.)*

ESCENA XII

DOÑA MARIA.

Mudos son mis sentimientos;
que las ansias que aliviarse
pueden, cielos, con quejarse
no son ansias, no tormentos.
Quítenme los instrumentos
con que el dolor se mitiga;
no suspire, no prosiga
lágrimas que salgan fuera,
quien porque en sí misma fuera (1),
en sí misma se castiga.
Alma que su pena apoca
en el cuerpo que la hospeda,
sin darse muerte se queda
ó viviendo no está loca,
ciérrela el pesar la boca;
halle la salida escasa,
en los ojos ponga tasa
la pena, el llanto ya tarde,

(1) Así en todos los textos, que, como se ve están viciados. Tal vez en el segundo *fuera* deba leerse «muera».

y abrásese por cobarde
quien no osa salir de casa.
Veneno es este papel
como el traidor que le escribe:
quien con tantas penas vive
podrá ser vivo con él,
á su fe y palabra infiel
é ingrato á Dios: ¿qué esperáis,
alma, que no le miráis?
Si os es el vivir molesto,
vedle, mas con presupuesto
que muerte me deis y os vais.
(Lee.) «Aprietos de don García,
inocencias de Leonor
y un sepulcro que el rigor
para tres cuerpos abría,
prenda mía, ya no mía,
á mi pesar injuriada,
mi fe castigan quebrada,
mas para cortas venturas
fundó el cielo en las clausuras
presidios de gente honrada.»—
No lo serán para mí
pues que sin honra me dejas,
ni el cielo, á mis llantos sordo,
pondrá en olvido su ofensa.
Ya está la adúltera nave,
menospreciando firmezas,
favoreciendo mudanzas
que imita al traidor que lleva,
sin recelo que les calme
el viento, hinchadas las velas
las ayudan mis suspiros,
que dan por la popa en ellas;
para atormentarme más,
las voces infames llegan
de los ministros villanos
á mis confusas orejas.

UNA VOZ. *(Dentro.)* ¡Iza, que el viento se alarga!

ESCENA XIII

DOÑA MARÍA.—DIAGUITO, *dentro.*

DIAGUIT. ¡Madre, señora!: sin ella,
¿dónde me lleva mi padre?

MARÍA. ¡Ay, cielo! ¡ay, ansias! ¡ay, penas!
¡Dejadme arrojar al agua,
mi bien, mis ojos! ¿Qué intentan
los que sin vos lastimosa
mis desdichas acrecientan?
¿Que el rigor no me permita
este consuelo siquiera?
Diego mío, espejo hermoso,
¿que aun no gusta que me vea
en vos vuestro padre ingrato?
Mas si en vos se representa,
en vos veré ingratitudes,
amores, querida prenda.

DIAGUIT. Madrecita de mis ojos
yo me echara al mar tras ella
si estos hombres me dejaran.

MARÍA. ¡Cielos santos! ¿No hay tormentas,
no hay calmas, no hay huracanes,
que ingratos al puerto vuelvan?
¿Todo ha de ser mar bonanza?
¿Todo viento en popa? Vengan
borrascas que el leño embistan,
piratas que le acometan,
rayos que le despedacen,
rémoras que le detengan,
ballenas que le trastornen,
bajíos que le hagan piezas.
¡Diego mío!

DIAGUIT. *(Muy lejos.)* Adiós, adiós.

MARÍA. ¡Plegue al cielo que no tengas,
cruel, próspero viaje!
El mar, enriscando sierras,
tus pilotos desatine;
desmenuce tus entenas,
tus velas al agua arroje,
tus jarcias todas revuelva,
no te quede mástil sano,
no te deje tabla entera;
diluvios sobre ti caigan
porque zozobres en ellos;
en su piélago agonices,
y si llegares á tierra,
estériles playas llores;
encuentres Libias desiertas,
caribes tu esposa agravien,
indios roben tus riquezas,
la sed mate á tus amigos,
de hambre tus ministros mueran.
Las prendas que más estimes,
esas en pedazos veas
pasto de hambrientos leones,
de tigres mortales presas.
No sepan de ti las gentes,
ni otra sepultura tengas
que las silvestres entrañas
de las más bárbaras fieras. [mas
Mas, ¡ay, cruel!, tus maldiciones mis-
son éstas, no te alcancen, que me lle-
la prenda más querida; [vas
por ella ampare Dios tu ingrata vida.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA MARÍA, DON GARCÍA y DON JUAN.

GARCÍA. No aumentan, doña María,
mis ansias vuestros enojos,
que en vos salen por los ojos
parando en el alma mía;
no sabía
que desposados los dos,
(¡ay, honra! ¡ay, Dios!)
cuando su fama ofendiera,
se atreviera
al cielo, á mi honor y á vos.
¿Qué importa que para el mundo
sea legítima esposa,
Leonor, de Manuel de Sosa?
Preso en tálamo segundo
en Dios fundo
el derecho verdadero,
y así infiero

que es adúltero Manuel
para con él,
casado con vos primero.
De un golpe sólo ha quitado
seis honras, siete ofendido,
á Dios el yugo rompido
que al hombre una esposa ha dado;
á mí engañado,
ignorante de este error,
y á Leonor,
que ser única creía,
y en un día
pierde esposo, ser y honor.
A vos, pues, os menosprecia,
dejándoos con tal crueldad;
á don Juan, cuya amistad
rompe, que un bárbaro precia.
Leonor, necia,
llorará bastardo un hijo;
que colijo
de quien hidalgo se llama,
y á su fama
ofende... ¿ni qué me aflijo?
Si yo el consejo siguiera
de mi venganza, ocultara
mi agravio y los enterrara
juntos, puesto que muriera.
¿Y á qué espera
padre que en su honor estriba,
si se priva
de restaurar desaciertos?
A estar muertos
no llorara infamia viva.
Era la honra mi espejo:
sienta el alma su destrozo;
su aumento procuré mozo,
su pérdida lloro viejo.
Vil consejo
de piedad: esto merece
el que obedece
á su amor, porque enterrado
el pecado
ni deshonra ni padece.
¡Qué bien guardará secretos
un sepulcro vengativo!
Ya mi agravio sucesivo
pasará de hijos á nietos;
ya respetos
de honor el remedio es tardo,
ya no aguardo
sino descendencia infame
cuando llame
mi nieto el mundo un bastardo.

JUAN. Los sentimientos son vanos,
perdóneme Vueseñoría,
cuando la venganza envía
sangre animosa á las manos.
Mientras vive el ofensor
no desmaye el ofendido;
doña Leonor no ha perdido
un ápice de su honor.
Si la deslealtad supiera
del capitán, cosa es clara
que la mano le negara,
que la suya no admitiera.
No le juzgaba casado;
su engaño creyó apacible,
y la ignorancia invencible
excusa todo pecado.
Faltando el consentimiento
no hay culpa en la voluntad;
no consintió su beldad
sin conyugal sacramento
que amor le aposesionase;
y así no me espanto yo
que quien á ti engañó
á una mujer engañase.
Es crédula la belleza;
¿qué mucho que en tal porfía
se fiase de quien fía
el rey una fortaleza?
Manuel de Sosa, ese sí,
que su lealtad atropella
contra el cielo y Leonor bella,
contra tu honra y contra mí.
Pero por eso el honor
halló amparo en la venganza,
menoscabo en la tardanza
y padrino en el valor.
Yo iré tras él, pues me toca
tanta parte de este mal,
no sólo hasta Portugal,
cuando falte alguna roca
que alevosos despedace,
por todo cuanto al sol mira
desde el sepulcro en que expira
hasta la cuna en que nace.
Yo le traeré á tu presencia,
porque en ella amigo falso,
el teatro de un cadahalso
represente la sentencia
capital, que ya le intimo;
y satisfecho tu honor
la mano á doña Leonor
daré, que no desestimo
yo inocencias engañadas
de amorosas persuasiones.
Tú que en las ocupaciones
de aqueste gobierno atadas
tienes las manos y pies
estorbando el ausentarte,
permite, señor, vengarte
la ira de un portugués
que tu honor va á restaurar,
y, aunque aborrecido, adora.
Tiende velas, desancora,
alza amarras, vira al mar. *(Vase.)*

ESCENA II

DICHOS *menos* DON JUAN.

GARCÍA. ¡Plegue á Dios que los alcances
y que venciendo imposibles,
surques golfos apacibles
victorioso de sus trances!
¡Plegue á Dios que á mi presencia
don Juan generoso, tornes
con ellos, para que adornes
armas que á tu descendencia
dejes, y escriban historias
la fama de tu valor;
que el restaurar un honor
más vale que mil victorias! *(Vase.)*

ESCENA III

DOÑA MARÍA.

¡Plegue á Dios que favorables (1)
vientos, don Juan noble, lleves,
porque faciliten leves
sus piélagos formidables!
¡Plegue á Dios que halles concordes
olas de la mar sagrada,
y que á la primer jornada
la nave adúltera abordes!
Mas si un ingrato ha de ser
de tu venganza despojos
nunca ¡plegue á Dios! tus ojos
sus gavias merezcan ver.
Diversa derrota sigas
vientos tengas por la proa,
nunca llegues á Lisboa,
nunca tu intento consigas.
Dificultades inmensas
se opongan á tu furor,
porque más puede un amor
si es firme, que mil ofensas. *(Vase.)*

ESCENA IV

Aparécese una nave en lo alto, y en ella DOÑA LEONOR, MANUEL DE SOSA, CARBALLO *y otros; zunchazos.*

DOÑA LEONOR.

¡Favor, cielos piadosos!
¡Ay, mi Manuel, que vientos tan furiosos!

MANUEL.

Calmó, Leonor, el Leste,
persíguenos Sudueste con Nordeste;
el mar al cielo llega.

CARBALLO.

Maldiga Dios el alma que navega.

DOÑA LEONOR.

¡Favor, cielo divino!

CARBALLO.

¡Agua de Satanás, tórnate vino!
Servirá de sufragio
en lugar de tormenta tu naufragio.

MANUEL DE SOSA.

Por Junio en estos mares
estos dos vientos siempre dan pesares.

CARBALLO.

No vaya yo al infierno
por agua, ni en paraje donde invierno
es por Junio y por Mayo.
Muerte aguada, ¿qué quieres de un lacayo,
que en puras ocasiones
trocaba tus espumas en jamones?

MANUEL DE SOSA.

Distamos, Leonor mía,
de la línea abrasada al medio día
cerca de treinta grados;
por invierno y con vientos encontrados
irémonos á pique;
volvamos á Sofala ó Mozambique
é invernemos en ella.

TODOS.

Vira la proa.

CARBALLO.

¿Qué maldita estrella
me sacó de Galicia?

TODOS.

¡Jesús sea con nosotros!

CARBALLO.

Por justicia
entre rayos airados,
ya cocidos nos llevan, y ya asados,
si peñascos, jigote
no hicieren de nosotros ó almodrote.
Gallego Ribadavia,
¿dónde estás?

TODOS.

¡Jesús!

MANUEL DE SOSA.

Arbol y gavia
arrancó el mortal viento,
aligera el navío.

CARBALLO.

¿Ha tal tormento?

MANUEL DE SOSA.

Echa al agua esas cajas
de drogas y pimienta.

CARBALLO.

Con ventajas
juega el mar si está airado,
¿qué hará después, señor, salpimentado?
Otras cosas le aplica
que la pimienta abrasa, enoja y pica.
Échale dos poetas
de estos que silva el vulgo y son maletas
de Apolo; de estos bromas
que hacen andar los versos por maromas.
Échale treinta suegras
y en ellas cebarán sus olas negras;
échale diez madrastras,
verás, si por sus males las arrastras,
cuán presto se sosiega.

MARINERO 1.º

El agua hasta las obras muertas llega
sin que á fuerza de brazos
sangrarla puedan bombas ni zunchazos.
La tierra está cercana,
varar en ella importa, aunque inhumana.

MANUEL DE SOSA.

El cabo es formidable,
que de Buena Esperanza hizo agradable
el nombre lisonjero,
si cabo Tormentoso fué primero;
mortal su llano y sierra.

(1) El original no expresa que sea D.ª María quien dice estos versos; pero del contenido y oposición con los de D. García se deduce que es ella quien habla.

TODOS.

¡Que nos vamos á pique!

MANUEL DE SOSA.

Vara en tierra;
echa el batel. Señora,
la vida importa, no la hacienda ahora.
Venid.

(Entranse.)

ESCENA V

CARBALLO.

¿Luego me dejas
á que me torne congrio? Oigan mis quejas;
sordos son, mas no mudos;
romadizado el cielo da estornudos;
no hay hijo para padre,
flemas vomita el mar sin mal de madre.
Cada cual tabla escoge
en que la vida como resto arroje;
buscad una, Carballo,
si sabéis por la mar ir á caballo;
harta tu sed ahora
con un millón que tu profundo dora,
sórbelo, mar traviesa,
que en esto eres de casta ginovesa.

ESCENA VI

Salen DIAGUITO, DOÑA LEONOR, *con un niño en los brazos y* MANUEL DE SOSA.

MANUEL. Pues quedamos con las vidas
démosle gracias á Dios;
¡Señor, perdonadme vos
tantas culpas cometidas!
Basten ya tantos trabajos;
halle amparo en vos mi fe;
perdí mi hacienda y hallé
los venturosos atajos,
para vos, de la pobreza.
Si la limosna os obliga,
permitid, Señor, que diga,
no soberbio, que es bajeza,
sino alegando servicios
para que os doláis de mí,
que á necesitado di
remedio; que beneficios
atajaron desconciertos
de pobres que sustenté,
las huérfanas que casé,
sacrificios que hice á muertos,
religiosos amparados,
hospitales socorridos
y cautivos redimidos;
cuarenta y seis mil cruzados
en vuestros libros de caja
hallaréis, piadoso Dios,
en partidas, donde vos,
si premios de tal ventaja
ofrecéis, piadoso y largo,
á quien el sediento envía
sólo un vaso de agua fría,
podréis librar mi descargo
y asentar mi finiquito.
Si por pagado no os dais;
si airado, Señor estáis,
yo solo que hice el delito
el castigo experimente
que mi soberbia enfrenó;
yo pequé, páguelo yo;
no, mi Dios, tanto inocente.

LEONOR. Ea, mi bien, tu valor
prueba la suerte importuna;
no venciendo á la fortuna,
no te llames vencedor.
Sorbió nuestra hacienda el mar,
¿qué importa, si vida tienes?
No hay que hacer caso de bienes
que son bienes al quitar.
Cleantes los arrojó
voluntario y no forzado,
lo que hizo un gentil de grado,
¿por qué he de sentirlo yo?
Si, como dices, me quieres,
tu caudal logras en mí.

MANUEL. ¿Tú me consuelas así,
mi bien, sol de las mujeres?
¿Tú, que frágil necesitas
el consuelo? No te nombres
mujer, pues vences los hombres
y tu valor acreditas.
En los trabajos diamante,
ni temerosa, ni opresa,
eres en fin portuguesa,
no hay peligro que te espante.
Diego, ¿cómo venís vos?

DIAGUIT. Mojadillo, pero sano.
Señora, déle á mi hermano
de mamar.

LEONOR. Entre los dos,
Diego, mi amor repartido
un mismo lugar tenéis;
vos, porque lo merecéis,
y él porque yo lo he parido.

ESCENA VII

Salen cuatro MARINEROS.--DICHOS.

MAR. 1.° Del mal el menos.

MANUEL. ¡Hermanos!

MAR. 2.° Ciento diez hombres se quedan
por la costa donde puedan
servir á los inhumanos
monstruos del mar de sustento;
los cuarenta de ellos son
portugueses.

LEONOR. ¡Compasión
extraña!

MAR. 2.° Pero el aliento
de ver la muerte á los ojos
á quinientos animó.

MAR. 3.° De la nave se sacó
alguna ropa y despojos,
cien mosquetes, cien espadas
y cosa de treinta picas.

MANUEL. Estas son presas más ricas
que las joyas más preciadas.

MAR. 3.° Pero está la munición
hecha un agua.

LEONOR. Enjugaráse
cuando esta tormenta pase.
MAR. 3.° Lo demás y el galeón
sorbióselo el mar ingrato.
LEONOR. Jugó fortuna, ganónos;
alzóse, en fin, y dejónos
eso poco de barato;
agradezcámoselo,
que en el juego es ordinario
perder, y el tiempo es voltario,
volverá lo que llevó.
MAR 4.° ¿Hay tal ánimo?
LEONOR. ¿Qué tierra
es ésta?
MAR. 1.° Si hemos de dar
fe á cartas de marear,
de cafres es esta tierra:
los bárbaros más crueles
de la Etiopía africana.
LEONOR. Todo el esfuerzo lo allana;
armas hay que abrasan pieles.
MANUEL. ¿Cuánto habrá de aquí á Zafala?
MAR. 1.° Si hubiera en qué navegar
doscientas leguas por mar;
pero por costa tan mala
su camino pone espanto.
LEONOR. Todo ha de vencerlo el brío
MAR. 1.° Cien leguas de aquí está el río...
MANUEL. Bien.
MAR. 1.° Del Espíritu Santo;
y será posible hallar
portugueses que por él
con esta gente cruel
marfil suelen rescatar
por herramienta y espejos.
MANUEL. Pues, amigos, imposibles
vencen pechos invencibles;
no está el socorro tan lejos
que en ese río esperamos
que buscarle no podemos.
Portugués valor tenemos,
quinientos hombres quedamos.
MAR. 2.° Sí, mas ¿qué hemos de comer?
LEONOR. Arboles hay por los riscos,
y por la costa mariscos;
hombres sois, mas yo mujer
que he de llevar la vanguarda;
Manuel, dadme ese bastón.
MAR. 1.° Si nos pone corazón
tan hermoso ángel de guarda,
¿quién ha de haber que peligre?
MANUEL. Pues alto; á marchar, soldados.
MAR. 2.° Vamos todos apiñados;
que hay tanto león y tigre,
que en desmandándose alguno
bien pueden doblar por él.
LEONOR. ¡Animo, pues, mi Manuel!
no se descuide ninguno.
MANUEL. Dejad, mi bien, que primero,
de las tablas que ha arrojado
el mar, con todos airado,
os hagan, aunque grosero,
algún sillón en que os lleven.
LEONOR. Correréme si eso mandas;
á imágenes lleven andas,
damas sus regalos prueben,
que yo he de ir á pie y delante.
MANUEL. Dame esos brazos, valor
de Portugal.
LEONOR. Soy Leonor,
león al nombre semejante.
MANUEL. Traigan los negros de carga
lo que nos perdonó el mar.
LEONOR. Señores, alto, á marchar,
porque es la jornada larga.
Cuando falte de comer
cuentos y donaires tengo;
veréis cómo os entretengo
el hambre.
MAR. 2.° ¡No hay tal mujer!
Por animarnos se ríe.
MAR. 1.° Siempre hemos de ir playa á playa.
MANUEL. Dios en nuestro amparo vaya;
el ángel santo nos guíe. (*Vanse.*)

ESCENA VIII

Salen BUNGA y QUINGO, *negros.*

BUNGA. ¿Fuéronse los blancos?
QUINGO. Si.
BUNGA. Míralo bien.
QUINGO. Ya se han ido;
desde aquel bosque escondido,
hecho un escuadrón los vi,
que marchaban ordenados
por la costa.
BUNGA. Fuego en ellos;
que tanto miedo hé de vellos
con rayos desatinados,
que ardiendo echan los bodoques
y alcanzan de á legua y más.
QUINGO. De ellos se quedan atrás
tal vez, Bunga, en que provoques
el apetito.
BUNGA. Bien sabe
la carne blanca, es muy tierna;
antaño comí una pierna
porque se perdió una nave
cerca de aquí, y de la gente
que casi ahogada salió,
medio blanco me tocó.
QUINGO. Viene mucha del Poniente
por el marfil que rescatan
aquí cerca, hacia aquel río
del rey de Bongo.

ESCENA IX

Sale CARBALLO.—DICHOS.

CARBALL. ¡Dios mío,
favor!
BUNGA. ¡Ay!
CARBALL. Que me maltratan
aguas que nunca probé.
QUINGO. ¿Qué es eso?
BUNGA. Un blanco arrojó
el mar.
QUINGO. ¿Tiene rayo?
BUNGA. No.
QUINGO. Pues si no, le pasaré
con esta vara tostada,
y tendremos que cenar.

BUNGA. ¡Oh, qué hartazgo me he de dar!
CARBALL. ¡Ay, tras cada bocanada
echo las tripas!
QUINGO. ¿Le paso?
BUNGA. Bien pasado el pobre está.
Cojámosle vivo.
CARBALL. Ya
no hay, Carballo, que hacer caso
de vos, ya estáis enjuagado;
estómago que ha sufrido
tanta agua, de él me despido;
no quiero vivir aguado.
BUNGA. Agárrale, pues te alegras
con tales presas.
QUINGO. Aquí. (*Cógente.*)
CARBALL. ¡Jesús, que vienen por mí
dos pájaros de uñas negras!
¡Cata la cruz!
BUNGA. Tenle bien.
CARBALL. ¡San Blas, San Arquitriclino,
que volviste el agua en vino;
San Pero González!
QUINGO. Ten.
BUNGA. ¡Ay, cielos, qué linda cara
tiene el blanco!
CARBALL. ¡San Domingo,
San Miércoles!
BUNGA. Oye, Quingo,
flaco está, si él engordara
sabroso bocado fuera.
QUINGO. ¿Pues hay más que le cebemos
dos meses?
BUNGA. Así lo haremos;
agasájale, no muera
de temor, porque seguro
que no le hemos de matar
más fácil podrá engordar.
QUINGO. Bien has dicho.
BUNGA. ¡Guro, guro!
QUINGO. Cuçazú, morcí, morcí.
CARBALL. No os entiendo, no os entiendo;
¿qué diablos me estáis diciendo?
BUNGA. Jigo...
CARBALL. ¿Jigote de mí?
¡Ay, cielos, guisarme quieren!
QUINGO. Morcí.
CARBALL. Y morcillas también
si en vino no me cocieren.
BUNGA. Asarú, jigo, quizú.
CARBALL. ¿Asado y jigote yo?
¡mal haya quien me parió!
QUINGO. Pastilay, Bunga mi zú.
CARBALL. ¿Que hay pastel en mí y buñuelos,
dicen?
BUNGA. No quiere entender.
Dile que yo soy mujer,
que pierda el temor. ¡Ay, cielos!
que en él me estoy abrasando.
Dile que no morirá.
QUINGO. Pastilay.
CARBALL. Pastel habrá
y empanadas.
BUNGA. ¡Que temblando!
QUINGO. Albongonzú.
CARBALL. Albondiguillas
me quieren hacer también.
BUNGA. Pastilay.
CARBALL. ¡No huelo bien,
pues dice ésta que hay pastillas!
BUNGA. Quingo, en mi tambo estará
mejor si hemos de cebarle,
que yo sabré regalarle
y así se asegurará.
¿No te parece?
QUINGO. Pues yo
tengo más gusto que el tuyo.
BUNGA. ¡Ay, amor, si este es mi cuyo
en buen punto acá salió.
Bunga, yo, *carni veri.*
CABBALL. Ya me hacen carnero verde.
BUNGA. Parece que el temor pierde.
CARBALL. Regalos me hace, ¡ay de mí!;
contemporizar, Carballo,
por no morir.
BUNGA. Bongo, bongo.
CARBALL. Será fin de Monicongo,
no te entiendo.
BUNGA. Bongo.
CARBALL. Andallo.
(*Abrázale.*)
Abrazóme.
BUNGA. Si con él
me caso, no hay más placeres.
Bongo.
CARBALL. ¿Qué diablos me quieres,
tarima de San Miguel?
BUNGA. Yo le hartaré de marfil.
Coci, coci.
CARBALL. Ya entender:
dice que me han de cocer,
ya yo llevo perejil. (*Vanse.*)

ESCENA X

Salen DOÑA LEONOR, MANUEL, DIAGUITO *y los cuatro* MARINEROS.

MANUEL

El deseado río descubierto,
no hallamos, Leonor mía, embarcaciones;
el hambre cuatrocientos nos ha muerto,
pasto fatal de tigres y leones;
infructífero y sólo este desierto,
salada el agua y tantas maldiciones
como me alcanzan, niegan la salida
la muerte al alma y al dolor la vida.
Un vaso de agua cuesta cien escudos;
premio mortal de aquel que va por ella;
pues apenas se parte, que desnudos
de ropas y crueldad le dan por ella
muerte los cafres bárbaros y mudos.
Acabóse el sustento, esposa bella;
un pellejo de cabra mis soldados
comieron hoy, y costóme cien cruzados.
El reyecillo vil de aquesta gente
nos ofrece en sus fuerzas hospedaje,
entretanto que el cielo, más clemente,
nos trae amigos que nos den pasaje;
pero hallo en ello más inconveniente
que en todo lo demás de este viaje,
porque las armas en rehenes pide,
ó si no se las damos nos despide.
Dice que sus vasallos, asombrados
de nuestros arcabuces, no aseguran

sus vidas de nosotros si hospedados,
su pobre habitación darnos procuran,
entre riscos incultos retirados,
firmes en este tema todos juran
que si nos desarmamos amigables,
nos darán de sus frutos miserables.
Obligarles por fuerza es imposible
si miráis de estos montes la aspereza;
rendir las armas, condición terrible,
pues no hay seguridad en su fiereza;
morir de sed y hambre es cosa horrible,
mas será indubitable la certeza
de nuestro lastimero fin, de modo
que todo es peligroso, mortal todo.
Pero de tantos males y trabajos
el menor, si os parece, es bien que escoja;
simples son; con caricias y agasajos
se amansa un tigre y su rigor se afloja;
al remedio busquemos los atajos,
alivie la prudencia á la congoja;
mi voto, amigos, es que les rindamos
las armas que nos piden, y vivamos.

MARINERO 1.°

Yo, á lo menos, morir armado quiero.

MARINERO 2.°

Yo de idólatras bárbaros no fío.

MARINERO 3.°

El plomo es mi defensa y el acero.

DIAGUITO.

Mataránnos sin armas, padre mío.

MARINERO 4.°

Quien las da no es fidalgo caballero.

LEONOR.

No os engañe, mi bien, tal desvarío;
sin armas y entre bárbaros tiranos,
¿no es querer eso atarnos pies y manos?

ESCENA XI

Salen los negros *y* CARBALLO.—DICHOS.

CARBALL. «Mensajeros sois, amigos,
no merecéis culpa, no.»
Acá el rey negro me envía,
negra Pascua le de Dios,
sentenciado por lo menos
entre estos alanos dos,
corchetes del Limbo entrambos
y obligados del carbón,
vengo, si no concedéis
con su gusto á un asador
de palo, que no de hierro,
á título de lechón.
Pesaránme por arreldes,
que así lo notificó
por señas un carnicero
que allá se llama Sisón.
Dice, pues; va de embajada;
que por hacernos favor,
en fe de ser tan amigo
de los de nuestra nación,
que aquí suelen rescatar,
os ofrece desde hoy
una vecindad de hollín
en un reino de Plutón.
Comeréis lindos regalos,
cocos, plátanos y arroz,
jigote, mondongo humano
y una pierna en salpicón.
Gozaréis ninfas del Limbo
cual su madre las parió,
que se afeiten con zumaque
y es su solimán mejor.
Por lo grajo, son grajea,
y por las narices son
dos valones sevillanos,
muy ancho cada valón;
mas haos de costar todo esto
las armas y munición,
que la confitura nuestra
no les hace buena pro.
Sin azúcar temen balas
y confites de cañón,
que no quieren, ayunando,
que les demos colación.
Todas las armas, en fin,
el rey cordobán pidió,
si queréis vivir con ellos,
y no dándolas, alón.
Este sabe nuestra lengua
bien que mal, porque trató
en rescates portugueses
y él os lo dirá mejor.

CURGUR. No tenemo má que habrá ya (1)
di como lo Embasalor
lo que le mandamo el reye
tomamos resilución.
Si arma damo, le hospedamo,
turo como el culaçón,
si no damo despedimo:
mira qué queremo vos.

MANUEL. Esto es fuerza, compañeros;
resolvámonos, Leonor:
su sencillez nos convida;
muerte es toda dilación.
¿De qué nos han de servir
armas contra tan feroz
enemigo como el hambre?
Dios nos dará embarcación,
presto ya el invierno pasa,
no ha de ser todo rigor;
presto vendrán portugueses
al rescate; lo mejor
que el hombre tiene es la vida;
seguid todos mi opinión,
no muráis desesperados;
ninguno diga de no.

MAR. 1.° Yo, á lo menos, si las diere
forzado será.

MAR. 2.° Pues yo,
puesto que deseo servirte,
dudo de hacer tal error.

LEONOR. ¿Las armas les quieres dar?
pues, mi Manuel, muerta voy;
no esperes piedad en fieras
sin discurso ni razón.

DIAGUIT. Padre, mire lo que hace.

(1) Verso de nueve sílabas: quizá sobra el «ya» final.

MANUEL. Matadme, pues, ya que sois,
vuestros homicidas mismos
y tan desdichado yo.
Acabemos de una vez
con tanta persecución;
cumpla en mí el cielo presagios,
satisfaga su rigor.
CURGUR. No tenemo que temé ya.
MANUEL. Hijos, si no por mi amor,
por el vuestro, que es perdernos
esa desesperación.
MAR. 1.º Alto; si en tal tema das,
más que nos maten.
MAR. 2.º Por Dios,
que es sentenciarnos á muerte.
Mas vaya.
MAR. 3.º Arcabuz, sin vos
no hago cuenta de la vida.
MAR. 4.º Ya yo sin armas estoy
y despedido del mundo.
LEONOR. El discurso te faltó,
Manuel mío, al mejor tiempo.
MANUEL. Dios, mi bien, lo hará mejor;
llevad las armas, tomadlas,
y al Rey decid que hizo hoy
él solo más que han podido
en Asia tanta nación,
que nos dé salvoconducto.
CARBALL. Escapéme del tajón
de muerte, de albondiguillas,
de la sartén y asador.
GURGUR. Aguardámono un poquito
que habramo con reye voy,
arma damo para ya
ya no tenemo temó.
(Vanse con las armas.)

ESCENA XII

DICHOS *y* NEGROS.

LEONOR. Mal hemos hecho, Manuel.
MANUEL. De dos daños el menor
es éste: así pasaremos,
mi bien, hasta otra ocasión.
(Van saliendo Negros *arriba.)*
NEGR. 1.º Mueran los blancos sin armas.
NEGR. 2.º Pasadlos de dos en dos
con las varas y las flechas.
¡Ea, cafres, vuestros son
sus despojos!
NEGR. 3.º ¡Mueran!
NEGR. 4.º ¡Mueran!
MANUEL. ¡Ay, cielos! ¿esta traición
consentís?
LEONOR. Quien dió las armas (1)
esto y más merece.
MAR. 2.º Miren
si era buena mi opinión.
MANUEL. ¿Todo, cielos, desventura?
¿Todo, fortuna, rigor?
¿Todo, desdicha, pesares?
¿Todo, en fin, persecución?
Ea, arroje el cielo rayos,
rompa límites veloz
el mar, ábrase la tierra,
cúmplase mi maldición.
MAR. 1.º Huir que brotan los riscos
negros y flechas.
CARBALL. Temor
todo soy; pies, apostemos
cuál corre más de los dos (1).
(Bajan Negros.)
CURGUR. A ellos, á ellos.
MANUEL. Traidor;
moriré, pero vengado,
que aún respira el corazón;
desesperado me animo,
brazos tengo, Manuel soy.
(Vánse todos.)
CARBALL. Entre tanto que se ceban
en los primeros, si sois
para seguirme, corred,
llevaréisme por guión. *(Vase.)*

ESCENA XIII

Vuelve á salir MANUEL *con* DIAGUITO *en los brazos y* DOÑA LEONOR *con el otro niño en los suyos, y pónele* MANUEL *en el suelo.*

MANUEL. Esto es lo más escondido
de este bosque dilatado,
los cafres se han retirado;
que aquí me esperéis os pido.
Buscaré los compañeros
que, aunque sin armas están,
troncos de aquí cortarán
con que suplan los aceros.
Ningunos bárbaros queden,
quememos su población,
haga la desesperación
lo que las fuerzas no pueden.
La militar disciplina
vencerá su multitud.
LEONOR. Desarmados no hay virtud
contra ellos, si no es divina.
¡Ay Manuel, qué deslumbrado
anduviste!
MANUEL. Ya eso es hecho:
el salir de tanto estrecho
es lo que me da cuidado.
Si de noche acometemos
su rústica población,
del fuego y la confusión
huyendo, restauraremos
las armas; voy á buscar
nuestra gente; luego vengo. *(Vase.)*

(1) Así en todos los originales; pero quiza deba leerse este veaso

consentis?
LEONOR. Quien armas dió

(1) Aquí está alterado el texto, pues dice «*Vase*», por Carballo, que inmediatamente vuelve á aparecer. En las reimpresiones de D.ª Teresa de Guzmán y de Ortega, se insertan en este lugar estos versos:

MANUEL. Retiraos con esa gente,
dulce esposa; vivid vos;
que yo quedaré entretanto
por blanco de su furor.
Mientras en mí lo quebrantan,
escapaos, que, muerto yo,
tendrán fin tantas desdichas.
(*Bajan negros*), etc.

LEONOR. Ya de la vida no tengo
que defender ni esperar.
¡Ay hijo, en qué mala estrella
naciste!
DIAGUIT. Señora mía:
si llora, el niño que cría
vendrá á morirse por ella.
Calle, que yo espero en Dios
que nos ha de socorrer.

ESCENA XIV

CURGURU *y otro* NEGRO.—DICHOS.

CURGUR. Sola está aquí una mujer;
desnudémosla los dos,
gocemos de sus despojos,
y huyamos la sierra adentro.
Un tigre sale al encuentro.
(Sale un tigre y ase á Diaguito.)
DIAGUIT. Padre mío de mis ojos,
que me lleva á hacer pedazos.
(*Ase un* Negro *á* Leonor.)
CURGUR. Tráela.
LEONOR. ¡Cielo rigoroso,
¿qué es esto? ¡Manuel, esposo!
(*Entranse con ella.*)
CURGUR. No la sueltes de los brazos.
LEONOR. ¡Manuel de Sosa, favor!
(Diaguito *en lo alto.*)
DIAGUIT. ¡Socorro, padre, que muero!

ESCENA XV

Sale MANUEL DE SOSA.—DICHOS.

MANUEL. ¿Qué es esto? ¡ay cielos! ¿qué espero?
LEONOR. ¡Dulce esposo!
MANUEL. ¡Mi Leonor!
(Leonor *en lo alto.*)
LEONOR. Cuando no puedas mi vida,
ven á defender mi fama.
DIAGUIT. ¡Señor padre!
MANUEL. ¿Quién me llama?
DIAGUIT. Cuando mi muerte no impida,
écheme su bendición,
que yo rogaré por él
á Dios.
MANUEL. ¡Ay suerte cruel!
¡Ay trágica confusión!
¡Ay cielos! ¡Ay hado impío!
¡Hay más males, más enojos!
LEONOR. ¡Manuel!
MANUEL. ¡Leonor de mis ojos!
DIAGUIT. ¡Señor padre!
MANUEL. ¡Diego mío!
LEONOR. ¡Favor!
DIAGUIT. ¡Socorro!
MANUEL. Divida
el alma esta adversidad;
defienda cada mitad
á la mitad de su vida.
Bárbaros allí amenazan
el honor de quien adoro;
allí tigres el tesoro
de mi vida despedazan.
¿Adónde iré? ¿qué he de hacer?
Mientras Leonor se defiende
librar á mi hijo pretende
mi amor, mas no ha de poder,
morir con él es mejor.
LEONOR. Dueño ingrato, ¿así me dejas?
MANUEL. Justas son aquellas quejas:
socorramos á Leonor.
DIAGUIT. Padre mío, ¿así me olvida?
MANUEL. Alma: allí el socorro os cuadre.
DIAGUIT. ¡Padre!
LEONOR. ¡Esposo!
MANUEL. Esposo y padre;
aquí la honra, allí la vida,
y uno yo; los daños dos,
los peligros divididos
y para matarme unidos;
¿y no hay remedio, mi Dios?
Pues no ha de haber desconcierto
que á desesperar me obligue:
¿todo el mundo me persigue?
Pues persiga. Ya habrá muerto
á Diego el sangriento bruto;
matemos, valor, muriendo,
á mi esposa defendiendo,
al cielo obligando á luto,
al mar que tarde se amanse,
la tierra que nos sepulte,
al monte á que nos oculte,
la crueldad á que descanse.
Porque si por tantos modos,
hombres, cielos, mar y tierra,
todos nos hicieron guerra
nos tengan lástima todos.

ESCENA XVI

Salen GARCÍA, DON JUAN *y* DOÑA MARÍA.

GARCÍA. ¡Extraordinaria tormenta!
MARÍA. Viniendo embarcada yo,
¿qué mucho? Jamás me dió
quietud la suerte violenta.
GARCÍA. ¿Qué barra es ésta?
JUAN. Este el río
es del Espíritu Santo.
GARCÍA. Descansaremos en tanto
que sosiega el mar su brío.
Entró por Gobernador
de la India Jorge Cabral,
por el Rey de Portugal
nombrado, y tráeme mi honor
á remediar desatinos
si tienen (habiendo en medio
tanto imposible) remedio.
JUAN. El cielo abrirá caminos
por medio de la venganza
que aseguren tu sosiego.
GARCÍA. Si á Lisboa vivo llego,
en mi Rey tengo esperanza
que, premiando mis servicios,
castigue al torpe Manuel
de Sosa.
JUAN. Hallarás en él
severidad para vicios
y amparo para virtudes,
y en mí un fiel ejecutor
porque restaures tu honor
y en gozo tu pena mudes.

GARCÍA. ¿Qué gente habita en la tierra?
JUAN. Negros torpes y bozales
que entre fieros animales
son vecinos de esa sierra.
Dióles el cielo abundancia
de marfil, que portugueses,
en fe de sus intereses,
cargan con harta ganancia,
y estos bárbaros lo dan
por vidrios y niñerías
de poco precio.
GARCÍA. ¿Qué días
nos pueden faltar, don Juan,
para entrar con salvamento
en Lisboa?
JUAN. Si doblamos
este cabo donde estamos
y nos favorece el viento,
en dos meses.
GARCÍA. Quiera Dios
que apacible el mar hallemos,
y que fin alegre demos
á nuestras penas los dos.

ESCENA XVII

Sale CARBALLO *como asustado.*—DICHOS.

CARBALL. ¿Portugueses? ¡Dicha mía!
Carballo á la vida dad
ensancha, si esto es verdad.
GARCÍA. ¿Carballo?
GARBALL. Gran don García
ya tienen fin á tus pies
mis desdichas; ya perdí
el temor.
GARCÍA. ¿Qué haces aquí?
CARBALL. Ya te lo diré después.
Ven á socorrer ahora
tus hijos, que si están vivos,
entre esos cuervos cautivos,
los comerán dentro un hora.
GARCÍA. ¿Qué dices?
MARÍA. ¡Ay, honra mía,
ya el cielo os allana estorbos!
CARBALL. Zampóse el mar en dos sorbos
la nave y lo que traía,
que nunca gasta otros huevos;
quinientos vivos quedamos
que infierno ó tierra tomamos
para hallar peligros nuevos.
De quinientos, ciento y treinta
quedamos que tigre y hambre
los demás, aunque en fiambre,
con ellos hicieron cuenta.
No quedó perro ni gato
que no supiese á conejos;
cueros de cofre, pellejos,
hasta suelas de zapato
nos comimos; y el remate
de esta peregrinación
fué entregar la munición,
ropa y armas por rescate
de comida á la grajuna
república de esta gente.
Con nosotros insolente
jugó después la fortuna,
de modo que nos desnudan
antípodas alemanes
hasta que en los cordobanes
nos dejan, y aun desto dudan;
porque con varas tostadas
nos agarrochan, sin ser
toros, y juran hacer
convites y borrachadas
con nosotros, de manera,
que si yo no me escapara,
tripas negras caminara
hasta la puerta trasera.
Pues traes gente y arcabuces,
defiende á Manuel de Sosa,
tu nieto, y su triste esposa
de estos grifos avestruces.
GARCÍA. ¡Válgame el cielo! Llamad
mis soldados, que si viven,
librándolos, aperciben
mi venganza en mi piedad:
mueran los dos á mis manos
y no entre bárbaros negros.

ESCENA XVIII

Sale un MARINERO.—DICHOS.

MARINER. Diérate la bienvenida
si llegaras á otro tiempo;
pero pésames te doy
del más trágico suceso
que conservaron anales,
que desdichas escribieron.
Ya, noble Gobernador,
maldiciones cumplió el cielo,
vengó agravios, oyó lloros,
y dió al prudente escarmientos.
Desnudaron sin piedad
estos bárbaros hambrientos
la hermosa doña Leonor,
sin bastar llantos ni ruegos.
Vió el sol la primera vez
los alabastros honestos
que le ocultaron retiros
del recato y del respeto.
Pero no los gozó mucho;
porque fueron los cabellos
vicevestidos hermosos
que soles nieves cubrieron.
Y lo que ellos no alcanzaron,
relicario sirvió el suelo,
viva abriendo su sepulcro
á la otra mitad del cuerpo.
Con su compostura casta,
la del monarca primero
curioso alargó la toga
hasta los pies; mas espejo
de las matronas, Leonor,
viva se entierra, escondiendo
si avarienta, recatada,
de su belleza secretos,
reservados solamente
á amorosos himeneos.
Hallóla Manuel de Sosa
desta suerte, ya entre hambrientos
tigres, malogrado un hijo,
y con el otro á los pechos.

Traspasóse de dolor,
atajando el desconsuelo,
para atormentarle más,
llanto y suspiros sin seso.
Se entró por entre esas selvas,
donde entre riscos soberbios,
ó intentará precipicios,
ó fieras le habrán deshecho.
Satisfechas tus venganzas,
ya puede el dolor paterno
las exequias funerales
fiar á los sentimientos.
Aquí si pueden los ojos
sufrir del Scita fiero
espectáculo tan triste,
está el teatro funesto
(Descubre á Doña Leonor, *ya difunta, y á* Diaguito *ensangrentado.)*
en que la ciega fortuna
tragedia eterniza el tiempo
para escarmiento de amantes,
y este es el acto postrero.

GARCÍA. Cerrad las puertas, dolor,
al alma; ahóguese dentro
de sí misma, no la alivien
llantos ni suspiros tiernos.
¡Ay, Leonor! nunca tomaran
tan á su cargo los cielos
agravios de un padre airado;
venganzas de un triste viejo.
No hay vida que tanto sufra;
muramos ya y acabemos
de una vez desdichas tantas.

MARÍA. ¡Ay, Manuel! ¡Ay, caro Diego!
¡Ay, mal logros de mi amor!

JUAN. Mármol soy, absorto quedo,
estatua en la admiración
de puro sentir no siento.
A espectáculo tan triste
eche Timantes el velo
y sirva en la compasión
de *escarmientos para el cuerdo.*

LA REPÚBLICA AL REVES

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

IRENE, *Emperatriz.*
CONSTANTINO, *su hijo.*
CAROLA, *Infanta.*
LIDORA, *dama suya.*
MELISA, *pastora.*
FLORILO, *pastor.*
ITALIO, *pastor.*
HONORATO, *senador.*
CUATRO GUARDAS.
UNOS PRESOS.
CAMILA, *criada.*
ROSELIO, *Infante.*
LEONCIO, *camarero.*
ANDRONIO, *caballerizo.*
MACRINO, *secretario.*
DOS CRIADOS.
TARSO, *pastor.*
DINAMPO, *pastor.*
DAMÓN, *alcalde.*
CLODIO, *galán.*
LISO, *pastor.*
EL REY DE CHIPRE.
RELATOR.
LA FORTUNA.
UNOS CAZADORES.
SOLDADOS.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen marchando soldados, y detrás de ellos IRENE, *armada con bastón y corona de Emperatriz.*

IRENE. Cesen, griegos, las trompetas;
cesen las cajas también;
haced los pífanos rajas
y los clarines romped;
abatid los estandartes
y no los enarboléis,
que el placer de mis victorias
ya es pesar y no placer.
¡Ay, Constantinopla ingrata,
patria á tus hijos cruel!
¿este es mi recibimiento?
¿este el triunfo imperial es?
¿Así mis hazañas pagas,
cuando entrar en ti pensé
sobre el victorioso carro
entre el bélico tropel?
¿Cuando entendí que el senado,
debajo el palio y dosel
me llevara á Santa Sofía
yo á caballo y él á pie,
y adornando tus paredes
de damasco y brocatel,
tus calles, de flores llenas,
fueran calles de un vergel?
¿Ahora, cuando aguardaba
recibir el parabién
de tantos reinos ganados,
tantos cetros á mis pies;
ahora, senado ingrato;
ahora, griego sin ley,
el Imperio me quitáis
porque mi hijo goce de él?
Yo le quiero coronar,
pues vosotros lo queréis,
descubra su excelso trono
el imperial sumiller,
y ruego al cielo que os rija,
vasallos griegos, tan bien,
que defienda vuestro Imperio
sin que me hayáis menester.

(*Tocan música, descubren una cortina detrás de la cual estará, debajo de un dosel,* Constantino, *y á sus lados, y en pie,* Leoncio, Andronio, Macrino *y otros. A un lado, en una mesilla, estará, sobre una fuente de plata, la corona, el estoque y el mundo.*)

ESCENA II

CONSTANTINO, LEONCIO, ANDRONIO y MACRINO.—DICHOS.

CONSTAN. Injustas quejas has dado,
madre, en aquesta ocasión
al griego Imperio y Senado
que muestran el ambición
con que el mundo has gobernado.
¿Qué mayores quejas dieras
si, cuando á Grecia vinieras
triunfando con regocijo,
en vez de imperar tu hijo
un extraño imperar vieras?
¿Tan mal, madre, galardona
el Imperio tu persona,
si el día que entras triunfando
á tu hijo le está dando
del Imperio la corona?
Basta, que tu desatino
(que este nombre ha de tener)
á vituperarme vino;
Semíramis querrás ser
y hacerme á mí infame Nino.
Porque mientras que atropellas
bárbaros y cuerpos huellas
con guerra que el mundo abrasa
me quede encerrado en casa
hilando con tus doncellas.
Hijo tienes que ya alcanza
en la milicia alabanza;
holandas, madre, dibuja;
que á la mujer el aguja
le está bien, mas no la lanza.

IRENE. Si hombre en el Imperio hubiera,
Constantino, que hasta ahora
le amparara, Irene fuera
Penélope tejedora,
no Semíramis guerrera.
Mas si cuando el Persa vino
las telas del raso y lino
con oro y perlas bordara,
¿quién sus escuadras echara
del Imperio, Constantino?
Los hombres no, que en regalos
y femeniles placeres,
por huir sus intervalos
hilaran como mujeres
y fueran Sardanapalos.

(Tocan música y sube á coronarle Irene; *pónele la corona en la cabeza.)*

Hágate Dios gran Monarca,
y tanto, que este laurel
ciña lo que el Sol abrasa,
y triunfes del moro infiel
sin que lo estorbe la Parca.

(Dale el estoque.)

Toma aqueste estoque agudo
que hoy te ofrece, Emperador,
tu Imperio, limpio y desnudo,
en señal que en su favor
has de acudir como acudo.
Dátele limpio y derecho
porque en ninguna ocasión,
si has de ser juez de provecho,
le ha de manchar la pasión
ni ha de torcerle el cohecho.
Si por dádivas le sueltas
vivirás con mil revueltas,
que el juez que por interés
tuerce la justicia es
espada con muchas vueltas.
La cruz de este estoque mira,
y verás salir á luz
un consejo que me admira;
siempre has de mirar la Cruz
cuando estuvieres con ira;
que su piadosa presencia
amansará tu violencia,
y fué invención extremada
poner juntas en la espada
la justicia y la clemencia.

(Dale el mundo.)

Toma este globo, en quien fundo
tu Imperio, y serás gigante,
ó nuevo Alcides segundo,
pues, cual si fueras Atlante,
te han cargado todo el mundo.
Siempre has de vivir así,
la espada desenvainada
junto al mundo que te di,
porque en dejando la espada
te dejará el mundo á ti.
Quiero decir que es en vano
el librar de algún tirano
tu Imperio si te desarmas,
que el reino que está sin armas
deslízase de la mano.
Tenlo bien, siendo prudente,
que con la prudencia sola
gobernarás bien tu gente,
porque como el mundo es bola
rodaráse fácilmente.
La Cruz que ves de ese modo
es la ley de Dios, y estima
su ley, á que te acomodo,
que por aqueso está encima,
porque Dios es sobre todo.
Con tres cruces galardona
el Imperio tu persona,
y cada cual es pesada;
púsote cruz en la espada,
en el mundo y la corona.
Ruego al cielo que no des,
cuando ruede la fortuna,
con tanta Cruz al través,
que si Dios cayó con una,
¿que harás tú llevando tres?

CONSTAN. Cesa, madre, de agorarme,
si no quieres enojarme,
que yo me sabré tener,
y cuando venga á caer
será para levantarme.
Constantino soy, mi nombre
dice constancia; resiste
tu temor y no te asombre,
que pues que tú te tuviste,
yo me tendré, que soy hombre.
Vamos, amigos, que presto
veréis á mis plantas puesto,
sin temor de enojos vanos,
el mundo que está en mis manos.

Mas ¡válgame Dios!, ¿qué es esto?

(Levántase y al bajar cae en tierra con el estoque que se le quiebra, el mundo y la corona.)

Caí en tierra y la espada
se me quebró.

IRENE. Mi recelo
aumenta la suerte airada.

LEONCIO. La corona dió en el suelo,
y el mundo.

CONSTAN. No se os dé nada,
que á tanta soberbia vuelo
que si con caer no diera,
señal que me basta el suelo,
guerra al mismo cielo hiciera
hasta conquistar el cielo.

IRENE. Diversa interpretación
adivina el corazón;
ahora bien: yo determino
irme á vivir, Constantino,
á una aldea y recreación
que dos leguas de este espacio
está, donde en su floresta
seré, viviendo despacio,
si hasta aquí Belona, Vesta,
que ya me enfada el palacio;
y dando á Marte de mano,
imitaré á Diocleciano,
que tuvo por vituperio
la púrpura del imperio
hecho en Dalmacia hortelano.

CONSTAN. Bien haces, anda con Dios,
que allí podrá tu viudez
descansar.

IRENE. Trono, de vos
caí en tierra una vez
y no quiero caer dos.
En vos me vi entronizada,
mas caí por ser pesada,
y es milagro asiento falso
que, cayendo de tan alto,
no salgo descalabrada.

CONSTAN. ¿Vaste?

IRENE. Aguardo á que me des
los brazos.

CONSTAN. Adiós, que es tarde;
acompañadla los tres.

IRENE. Dios, griego imperio, te guarde,
que vas á dar al través. *(Vase.)*

ESCENA III

Salen dos CRIADOS.—DICHOS, *menos* IRENE.

CRIAD. 1.° Una flota entra en la barra
y alegre en el puerto amarra,
dando al viento los grumetes,
flámulas y gallardetes.

CONSTAN. A ocasión vendrá bizarra,
si es mi esposa, que ella sola
aguardo.

CRIAD. 2.° Griego monarca,
la bella infanta Carola
en el puerto desembarca.

CONSTAN. ¿Mi esposa es? ¡Caballos, hola!

(Vanse todos si no es LEONCIO, *y quédase el mundo en tierra.)*

ESCENA IV

LEONCIO. *Voces dentro.*

Mundo, en tierra os han dejado:
¿cómo estáis tan despreciado?
Con honra poca os reciben;
mas no es mucho que os derriben
por los que habéis derribado.
¿Levantaréos, mundo? Sí,
que aunque pagáis mal, me fundo
en levantaros, venid;
mas pues os levanto, mundo,
levantadme vos á mí.
Pero si he de caer luego,
dejadme así, mundo ciego,
que será el subir trabajo
si me habéis de echar abajo.

VOZ. *(Dentro.)* Leoncio, Emperador griego.

(Abrese el mundo en cuatro partes, y de en medio sale una mano con una corona de laurel.)

LEONCIO. ¡Cielos! El mundo se ha abierto
y una mano sale de él
que, haciendo mi temor cierto,
me da el imperial laurel.
¿Sueño? No, que estoy despierto.
Buenas señales son éstas,
si no se vuelven funestas;
vamos, que quiero pagaros,
mundo, este bien con llevaros,
aunque sois pesado, á cuestas. *(Vase.)*

(Suena ruido de desembarcar. Dicen de dentro.)

MARINERO 1.°

¡Chipre!

MARINERO 2.°

¡Constantinopla!

TODOS.

¡Grecia! ¡Grecia!

MARINERO 3.°

Echa á tierra la puente y pasadizo.

ESCENA V

(Salen por una puerta CONSTANTINO, LEONCIO, ANDRONIO *y* MACRINO; *por otra parte echan desde la popa de una galera un pasadizo al tablado, y bajan por él* CAROLA, *la infanta;* LIDORA, *dama;* ROSELIO, *su hermano, y otros.)*

CONSTANTINO.

Palafrenes traed, caballerizo,
para la Infanta y damas.

ROSELIO.

¡Qué bien precia
esta ciudad el mundo, y qué bien hizo
el magno Constantino en ilustrarla
y con su nombre, imperio y silla honrarla!

CAROLA.

Famoso puerto y espaciosa playa:
no es tal la de mi patria Famagusta.

ROSELIO.

Dudo que igual en toda Europa la haya.

MACRINO.

Ya está en tierra la que ha de ser Augusta.

ROSELIO.

El César viene.

CAROLA.

¡Ay, Dios! aquella saya
compón, Lidora, presto; el cuello ajusta.

LIDORA.

Todo está bueno, no llegues á ello.

CAROLA.

¿Y el tocado?

LIDORA.

También.

CAROLA.

Mira el cabello.

CONSTANTINO.

Deme su mano vuestra gran belleza.

CAROLA.

Más razón, gran monarca, es que yo pida
la vuestra.

CONSTANTINO.

¿Cómo viene vuestra Alteza?

CAROLA.

Para serviros, vengo agradecida
al mar, que en paz á ver vuestra grandeza
me trajo.

CONSTANTINO.

Quedará la mar corrida
de que la tierra, bella Infanta, os cobre,
pues sin vuestra belleza queda pobre.

ROSELIO.

Envidiosa á lo menos justamente
puede estar del favor que con vos gana,
invicto Emperador de todo Oriente,
á sus orillas mi dichosa hermana;
y por la mucha parte que al presente
me cabe de merced tan soberana,
los pies os beso, Emperador Augusto.

CONSTANTINO.

Roselio, Infante, alzad.

ROSELIO.

Aquesto es justo.

CONSTANTINO.

¿Dejaste con salud al Rey?

ROSELIO.

Con ella
para serviros queda.

CONSTANTINO.

¿Y á Ariodante?

CAROLA.

El Príncipe, mi hermano, se querella
de que haya coyuntura semejante
para os servir y ver, y que con ella
le detenga mi padre.—Levántale, Lidora.

(Cáesele un guante, levántale Lidora, *dásele de rodillas, y túrbase* Constantino *en verla.)*

CONSTANTINO.

¿No hay criados aquí? Dejad, señora;
del suelo os levantad, y...

LEONCIO.

¿No oyes esto?
¿No miras cómo el César se ha quedado?

ANDRONIO.

Tiene la dama garabato y gesto
picante.

LEONCIO.

Y aun el alma me ha picado.

CAROLA.

¿Qué accidente, señor, ha descompuesto
vuestro semblante así? ¿Qué os ha turbado?

CONSTANTINO.

¡Válgame el cielo! ¡Que un mirar suave
suspenda el alma y sus sentidos trabe!
¿No es bueno que al momento que me vieron
aquellos ojos cuya luz me abrasa
dió un vuelco el corazón y suspendieron
sus actos mis suspiros? Lo que pasa
á los que ayuda al homicida dieron,
que entrándole á buscar el juez, la casa
trasiega toda, de ese mismo modo
me ha trasegado amor el pecho todo.

CAROLA.

¿No me diréis, señor, qué os ha turbado?

CONSTANTINO.

No sé á fe; un accidente sentí ahora
que me inquieta, algo que...

CAROLA.

¿Y hase aliviado?

CONSTANTINO.

Un poco estoy mejor; venid, señora,
que mientras mi imperial Corte y Senado
estatuas os levanta y arcos dora,
y la entrada magnífica os previene,
fuera de la ciudad que estéis conviene.
Mi palacio de monte es maravilla
de toda Grecia, y sus jardines bellos
distan de la ciudad sola una milla;
á los de Chipre olvidaréis en ellos,
sus cercas besan de la mar la orilla.
(Y yo tengo de ser, si llego á ellos,
Tarquino de Lidora, si es Lucrecia,
aunque se pierda como Roma Grecia.)

CAROLA.

Como yo viva en vuestra compañía,
de Chipre olvidaré prados y huertos,

que sois emperador del alma mía,
y así con vos son Chipres los desiertos.

CONSTANTINO.

¡Ay sol hermoso de mi obscuro día;
de mi muerte verás indicios ciertos
si no te gozo!

CAROLA.

O yo soy desdichada,
ó estáis malo, señor, ¿qué habéis?

CONSTANTINO.

No es nada.
Venid, Infante. Apreste Grecia fiestas
en mi casa del monte, que á mi esposa
festejen.

CAROLA.

Todas me serán molestas
hasta que de esa suspensión penosa
la causa sepa.

CONSTANTINO.

Amor, hoy manifiestas
la fuerza de tu mano poderosa.
¡Ay Leoncio!

LEONCIO.

¿Qué tienes?

CONSTANTINO.

¿No es Lidora
mejor para imperar que su señora?

LEONCIO.

Mucha belleza tiene, mas no es tanta
que merezca, señor, ser preferida
á la Infanta.

CONSTANTINO.

¿Qué dices á la Infanta?
Al sol de quien recibe su luz vida.
Emperatriz la haré.

LEONCIO.

Si así te encanta,
gozarla puedes, sin que aqueso impida
el imperar tu esposa.

CONSTANTINO.

¿Es vituperio,
que á quien el alma doy la dé mi Imperio?
Ya aborrezco, Leoncio, vive el cielo,
la hermosura que alabas en Carola.

LEONCIO. (*Ap.*)

Y á mí, con ser el corazón de hielo,
le ha bastado á encender Lidora sola.

CONSTANTINO.

¿Qué dices?

LEONCIO.

Que te dió hechizos recelo.

CONSTANTINO.

Dices verdad; vió el alma y hechizóla.
Vamos, señora.

LEONCIO.

Si esta pasión dura,
la vida he de perder por su hermosura.

ESCENA VI

Salen DINAMPO, FLORINO, TARSO *y* MELISA, *pastores.*

DINAMPO. Mi parecer es de viejo.
¿La Emperatriz all aldea?
Que muy bien venida sea;
haga fiestas el Concejo.
TARSO. ¿Por qué es la fiesta?, ¿quién viene
al puebro?
FLORINO. La Emperadora.
TARSO. ¿Cuándo?
FLORINO. Luego.
TARSO. ¿Agora?
FLORINO. Agora.
TARSO. ¿Que la Emperatriz Irene
viene? Pues ¿á qué?
DINAMPO. A vivir,
en su casa de pracer.
TARSO. ¿Y el Imperio?
DINAMPO. Era mujer
y no le pudo sufrir.
TARSO. Pesa mucho; ¿mas en quién
le renunció?
DINAMPO. En Constantino.
MELISA. ¡Oh, qué grande desatino!
TARSO. Plegue á Dios que lo haga bien.
FLORINO. Diz que es un disparatado.
TARSO. Dejemos esto y vení,
que pues ella viene aquí
he de ser muy su privado.
DINAMPO. Luego, ¿conóceos?
TARSO. Sí, á fe.
DINAMPO. Pues haráos mucho servicio.
FLORINO. Buena vida.
TARSO. Será vicio;
con ella me entretendré. (*Vanse.*)

ESCENA VII

Salen LIDORA *y* CONSTANTINO.

LIDORA.

Tu Alteza, invicto César, se reprima (1);
que aunque es de mucha estima que el augusto
me tenga amor, no es justo, ni conviene,
que quien á servir viene, se prefiera
á su señora.

CONSTANTINO.

Espera, por el cielo,
que de mi fuego, es hielo su presencia.

---

(1) Nótese el artificio de estos versos; que consiste en que todos consuenan en su silaba séptima con la última del que le antecede, en esta forma.

Tu alteza, invicto César se repri*ma*
que aunque es de mucha esti*ma* que el augu*sto*
me tenga amor, no es *justo*, ni con*viene*
que quien á servir *viene*.....

Sin embargo, leidos á la ligera, parecen endecasílabos sueltos. Mucha facilidad debia tener TIRSO, para imponerse voluntariamente tan poco lucidas dificultades.

LIDORA.

Más muestra la experiencia que le abrasa,
pues tan presto se casa vuestra Alteza;
porque, si su belleza le enfriara,
claro está que aguardara que en la corte,
pues no hay para qué importe que sea ahora,
le diera mi señora como esposa
la mano generosa. Mas pues veo
que le obliga el deseo á que en un monte
y desierto horizonte dé la mano
á mi señora, es llano que le aflige
la dilación, y elige lo más breve
por mejor; que á ser nieve, no se diera
tal prisa; que el que espera, cuando arde
todo lo juzga tarde y, si aborrece,
un siglo le parece que es instante.

CONSTANTINO.

Cuando alzastes el guante que me diste,
y viéndoos yo, rendistes mis suspiros;
por no verse perdidos previnieron
el remedio que vieron conveniente;
y como amor ardiente se repara
con otro amor, gustara que este medio
sirviera de remedio. Remediarme
quise con desposarme, porque he oído
que entre esposa y marido amor desnudo
hace un sabroso nudo. Desposéme,
aborrecí, y heléme tan helado,
que aunque no la he gozado, ya me siento
con arrepentimiento de lo que he hecho.
El tálamo y el lecho que me espera
esta noche quisiera se abrasara.
Si yo á Carola amara, ¿de qué modo
á vos, Lidora, toda el alma diera?
La llama verdadera, y el perfeto
amor, sólo á un objeto se termina,
sólo á un blanco se inclina su sentido;
que el amor repartido no merece
nombre de amor, ni ofrece amor sus leyes
tan capaces...

LIDORA.

Los Reyes, griego augusto,
tienen muy ancho el gusto y apetito:
nunca tiran á un hito solamente;
en su amor aparente hay la mudanza,
que en su misma privanza venlo todo,
y el ver como es de modo, que de él nace
cuando el objeto aplace el desearlo
y es fácil alcanzarlo, porque adquieren
los Reyes cuanto quieren; sus empleos
son como sus deseos: pues ¿qué mucho,
si á la experiencia escucho, esta certeza
que quiera vuestra Alteza á mi señora
la Emperatriz y ahora juntamente
á mí obligarme intente?

CRNSTANTINO.

Bien arguyes,
pero no me concluyes; porque entiendas
que tus hermosas prendas sólo han hecho
tributario mi pecho y á ti sola,
despreciando á Carola, estimo y quiero,
esta noche prefiero tu hermosura
á la suya; procura que entretanto
que con su negro manto está la noche
del transparente coche desterrada
goce el alma abrasada tu belleza;
que tú serás cabeza de mi imperio,
y en dulce cautiverio presa el alma
que tienes puesta en calma, haré que el orbe,
sin que la envidia estorbe dichas tantas,
se postre á aquesas plantas; tu señora
te servirá, Lidora, y aunque sea
Emperatriz, no crea ningún hombre
que lo es más que en el nombre.

LIDORA.

¡Qué abundante
que promete un amante pretendiente,
y qué apocadamente cumple luego
que se aplacó su fuego! No harás nada;
quedaréme criada, pobre y sola,
y Emperatriz Carola; muy mal labras
tus gustos con palabras, pues son viento.
En cumpliendo tu intento seré necia
y fea; la que precia el primer fruto
es cuerda y da tributo al yugo tierno
del sacramento eterno, que al fin dura.

CONSTANTINO.

La perfecta hermosura nunca enfada;
mas después de gozada, si es perfeto
el amor, más sujeto está el amante,
más firme, más constante y apacible;
¿no es siempre apetecible lo que es bueno?

LIDORA.

Lo bueno como bueno, es gran regalo;
pero en razón de malo mala cosa.

CONSTANTINO.

¡Ay mi discreta hermosa que me vences
cada instante y convences! Yo te adoro,
y aunque el bello tesoro de tus brazos
con violentos abrazos hoy pudiera
forzarle si quisiera, no me agrada
la voluntad forzada, y al contrario
el amor voluntario me combate;
de remedio se trate, que me abraso,
mi sol, mi luz, mi fe.

LIDORA.

Paso, Constantino.

CONSTANTINO.

Si me amas, determino hacer que Oriente
dé perlas á tu frente y cuanto abarca;
serás griega monarca y Reina sola;
mandarás á Carola.

LIDORA.

¡Oh interés loco!
venciste poco á poco, mucho puedes;
cazáronme tus redes.

CONSTANTINO.

¿Correspondes
á mi amor? ¿Qué respondes?

LIDORA.

Que, pues fuerza

no me has hecho, me fuerza no haberla hecho
á que dentro del pecho te reciba.

CONSTANTINO.

¡Viva Lidora, viva tu hermosura!
¡ya es cierta mi ventura!

LIDORA.

El cómo traza,
y adiós, que me embaraza la venganza; (1)
¿qué habrá en el mundo que interés no venza?
(Vase.)

ESCENA VIII

CONSTANTINO.

Sansón, ¿qué vale cuando al campo sale
con las puertas á cuestas que de Gaza
arranca fiero, si una mujer traza
que en la tahona, ciego, á un bruto iguale?
¿Qué vale Alcides con amor; qué vale
cuando leones vence y despedaza,
si vuelta rueca su invencible maza
á hilar le obligan el amor y Onfale?
Sardanapalo, no tuvo vergüenza
cuando sentado cual mujer le vieron
desceñirse la rueca por regalo
¿Qué mucho, pues, que una mujer me venza,
no siendo yo más fuerte que lo fueron
Sansón, Alcides y Sardanapalo?

ESCENA IX

CONSTANTINO y LEONCIO.

LEONCIO.

¿Yo competencia á un César? ¿Yo á su dama
amor? Cielos, ¿qué es esto? Mas que importa
que compita en amar, si en el imperio
compito? ¿Una voz dulce no me ha dado
nombre de Emperador? Pues si pretendo
lo más, que es el imperio, ¿qué milagro
que pretenda lo menos, que es Lidora?
Mas ¡ay! vana ambición, déjame un poco,
que temo que me quieres volver loco.

CONSTANTINO.

¡Leoncio!

LEONCIO.

Gran señor.

CONSTANTINO.

Ya dió Lidora
el deseado sí de mi esperanza;
el tálamo aprestado aquesta noche
para Carola, quiero que lo ocupe
la Venus Cipria que me abrasa el alma.

LEONCIO.

¿Qué escucho, cielos? Pues, señor, ¿tú esposa?

CONSTANTINO.

No me la nombres; volveráse á Chipre
con su padre.

LEONCIO.

¿Qué dices, gran Monarca?
Hoy te acabas de desposar con ella,
¿y quieres con afrenta tan notable
que á su padre se torne?

CONSTANTINO.

Pues ¿qué agravio
le puedo hacer, si antes de gozarla
á su padre la vuelvo?

LEONCIO.

Dirá el mundo
mil oprobios de ti, y el Rey, su padre,
podrá con justa causa hacerte guerra.
Mira, señor, que tienes en tu Corte
á Roselio, su hermano, y que en sabiendo
el agravio que hacerle determinas
incitará á su padre á la venganza.

CONSTANTINO.

Poco importa, que echándole de Grecia
y ocupándole lejos en la guerra
no sabrá mis intentos. El ejército
que está en Egipto contra el Soldán turco
no tiene Capitán general, quiero
con este cargo honroso desterrarle
y hacer que allá le den veneno ó muerte,
quitaremos de en medio aqueste estorbo.
Otra dificultad hay mayor que ésa,
que es el estar mi madre viva y libre,
y temo que si ve mis desvaríos
ha de quitarme libertad é imperio;
que la adoran de suerte los soldados
de toda Grecia, que me dicen lloran
por verla del Imperio retirada.
Pero si con prenderla quedo libre,
prenderéla.

LEONCIO.

¿Qué dices?

CONSTANTINO.

Pues ¿es mucho
que por asegurar mi gusto, prenda
á mi padre, mi madre y mi linaje?
De aquesta suerte viviré seguro.
Tomaré por achaque de prenderla
que levantarse quiso. Llama á Andronio
y haz que á mi madre ponga en una torre,
y toma aquesta llave de mi cámara,
y engañando á Carola, haz que á Lidora
en su lugar aquesta noche goce,
que yo voy luego á despachar á Egipto
á Roselio; que importa que se parta
para quitar estorbos á mi gusto. *(Vase.)*

ESCENA X

LEONCIO.

¡Ay ciego Emperador! ¡Ay loco Augusto!
No querrá el cielo ni mi amor que goces

(1) Así en el original y en la reimpresión de D.ª Teresa de Guzmán; pero es claro que TIRSO escribió «vergüenza» consonante de «venza».

aquesta noche á quien el alma he dado.
La llave de su cámara es aquesta,
yo haré que entienda ser Lidora hermosa
la que le aguarda en su lasciva cama,
cuando á acostarse vaya, y que esté en ella
la pobre Emperatriz que ya aborrece;
que yendo á obscuras con silencio mudo,
creyendo que es Lidora la que aguarda,
no se sabrá mi provechoso enredo
y yo á Lidora gozaré con nombre,
esta noche, del César Constantino.
Buena traza es ésta si se logra;
yo voy á ejecutarla, aunque la vida
pierda, que por tal prenda es bien perdida.

ESCENA XI

Salen FLORILO, DINAMPO, ITALIO y TARSO, *pastores; y* MELISA, *y detrás de ellos* IRENE, *la cual se sienta.*

TARSO. Perdone la cortedad
de vueso pruebo grosero
su mercé, y mire primero
que al don á la voluntad.
Que á ser tan rica como ella
con tales veras mostrara
su amor, que se aventajara
á todo el imperio en ella.
Alcaldes, Concejo y gente
del puebro, á su señoría
un pobre presente envía;
pero basta ser presente.
Seis mozas en delantera
van compuestas y garridas,
que en seis fuentes escogidas
de la más limpia espetera,
llevan cubiertas de flor
rosas y tortas cuajadas
de miel, que fueron masadas
hoy por la del herrador.
También llevan confitura
poca, porque cara cuesta,
que ayer compró media cesta
en Constantinopla el cura.
Luego se siguen seis mozos,
los más apuestos y ricos,
todos con nuevos pellicos
y todos con rubios bozos,
que andando con pasos graves
llevan de palos pendientes
mil regalos diferentes
de conejos, liebres y aves.
Tras ellos van cien cabritos
de mil colores y modos,
unos más que el ampo todos,
otros de manchas escritos,
que llevan en medio de ellos
dos terneras señaladas,
con campanillas doradas
de los arrugados cuellos.
Después van doce zagales
con otras tantas doncellas,
cargados ellos y ellas
de requesones, panales,
quesos que el tiempo conserva,
cuajada, natas, mantecas,
y frutas verdes y secas,
hasta el níspero y la serva.
Todo aquesto humilde ofrece
el lugar á su mercé:
pobre en obras, rico en fe,
que es lo que más le engrandece;
y yo un alma le presento,
contenta ahora sin tasa,
tan ancha como la casa
que le ha de dar aposento.

MELISA. ¡Qué bien lo ha despotricado
el diabro!

DINAMPO. Como discreto.

FLORILO. Basta ser poeta.

DINAMPO. Poeto
diréis, que es hombre y barbado (1).

IRENE. Yo estoy muy agradecida
al lugar por el cuidado
que en regalarme ha mostrado,
y gusto de mi venida.
Y en pago de este presente
que aqueste lugar me ha hecho,
os hago francos de pecho
por veinte años.

DINAMPO. Otros veinte,
¿veinte dije? veinte mil
tenga de vida y salud
su merced.

IRENE. En la quietud
del campo que viste Abril
sí tendré, que en el palacio,
donde la ambición se bebe,
la más larga vida es breve.

TARSO. Acá vivimos despacio.

IRENE. Pues, Tarso, ya ha muchos días
que no nos vemos.

TARSO. Después
que pisaron vuestros pies
imperios y monarquías
y os ausentásteis de aquí
no os he visto.

IRENE. Pues ¿por qué?

TARSO. Porque en la corte pensé
que os olvidárais de mí.
Muda el mandar la costumbre
y la púrpura imperial
no hace caso del sayal;
estábades en la cumbre,
¿quién había de subir
tan alto á habraros? Acá
más tiempo y lugar habrá.

MELISA. Agora la he de pedir
que me quieras por justicia,
veremos si esto aprovecha.

TARSO. No, Melisa; que sos hecha
como casa á la malicia.

ESCENA XII

Salen ANDRONIO *y otros, en cuerpo.*—DICHOS.

ANDRON. Aquí dicen que ha de estar,
trocando en florido campo
el campo armado.

(1) Como siempre que TÉLLEZ emplea los nombres pastoriles de *Tarso* y *Tirso* suele referirse á sí mismo. Muchas veces se considera ó llama sacristán para indicar además su profesión.

FLORILO. Dinampo:
soldados en el lugar.
DINAMPO. ¿Qué diabros querrán agora?
que si nos echan soldados
no hay mujeres ni ganados.
IRENE. ¿Qué es esto Andronio?
ANDRON. ¡Señora!
IRENE. Ya comienzo á agradecer
la lealtad que habéis tenido,
pues el primero habéis sido
que me haya venido á ver.
¿Qué tenéis? ¿Qué os entristece
y os hace enjugar los ojos?
¿Qué hay de nuevo?
ANDRON. Mil enojos,
señora, que no merece
vuestra Alteza.
IRENE. ¿A qué os envía
á mi casa, Constantino?
Que en veros así adivino
alguna desgracia mía.
ANDRON. Sabe Dios lo que me pesa
que me lo mandara á mí.
IRENE. ¿Qué os ha mandado? Decí.
ANDRON. Que lleve á una torre presa
á vuestra Alteza.
TARSO. ¿Qué dijo?
FLORILO. Presa parece que oí.
IRENE. ¿Mi hijo me prende á mí?
ANDRON. Sí, señora.
IRENE. ¡Qué buen hijo!
ANDRON. En una torre me manda
que os ponga guardas.
IRENE. Pues ¿qué
le han dicho de mí?
ANDRON. No sé.
IRENE. Yo sí, que bueno el mundo anda.
No es muy difícil saber
que, pues á Nerón se iguala,
si me prende, no es por mala,
mas porque él lo pueda ser.
Que viva en prisión ordena
porque no lo esté su antojo,
que la reprehensión al ojo
mil liviandades refrena.
Y pues prenderme ha mandado
cuando sus vicios refreno,
despedazar quiere el freno
para correr desbocado.
Corra, que este vituperio
venganza vendrá á tener,
que yo sé que ha de correr
hasta atropellar su Imperio.
¿Dónde Constantino está?
ANDRON. En la casa de placer
del monte.
IRENE. Quiérole ver;
llevadme primero allá.
ANDRON. No puedo en eso serviros,
y de ello el alma se corre;
luego manda que á una torre
os lleve, sin consentiros,
señora, que á su presencia
lleguéis.
IRENE. ¿Aqueso os mandó?
ANDRON. Plugiera al cielo que yo
pudiese hacerlo.
IRENE. Paciencia.
Vamos, pues lo manda así.
Amigos, adiós, adiós.
TARSO. Yo, señora, iré con vos;
de mí, señora, os serví;
yo iré en vuestra compañía.
IRENE. No, Tarso; ya querrá el cielo
que vuelva á ver este suelo
con más contento algún día.
TARSO. Quedando sin vos me aflijo.
IRENE. Adiós; vamos de aquí, Andronio.
(Llévanla.)
DINAMPO. ¿Aqueste es hijo ó demonio?
TARSO. Demonio sí, mas no hijo. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

Sale CAROLA *sola.*

Blasone el hombre arrogante
que es un diamante en sus hechos,
que hoy he visto en un instante
que hay diamantes contrahechos
y que se quiebra el diamante.
Bien puede ser este error,
y el hombre, por varios modos,
ser firme, y más en amor,
mas conmigo pierden todos
hoy por el Emperador;
porque si bien me quisiera
con más amor me mirara;
pero, si me aborreciera,
el desposorio aguardara
que en Constantinopla fuera.
Declarad, piadosos cielos,
este caos de mis recelos,
este nuevo laberinto,
aqueste infierno que os pinto
de confusión y de celos.
Este enigma que se ofrece
el alma confusa aquí,
pues Constantino parece
que amándome á mí sin mí,
cuando me ama me aborrece.

ESCENA XIV

Sale LIDORA.—DICHA.

LIDORA. ¿En qué andáis, travieso amor?
Mas ¿diréis que no es error
el que aquesta noche hiciste,
cuando la fuerza rendiste
de mi honra al Emperador;
y que si la gente infama
la mujer con justa ley
que así mancha su honra y fama
no pierde nada si un Rey
su amor solicita y ama?
Murmúrese, pues, mi exceso
que (1) haber dado ser y honor,
porque de un Emperador
esposa ser intereso.

(1) En los impresos así; pero, como falta un verso á la quintilla, está oscuro el sentido.

CAROLA. Lidora, ¿qué suspensión
os trae confusa y en (1) calma?
LIDORA. Nuevos pensamientos son
y pretensiones de un alma
que ya se juzga Faetón.
CAROLA. ¿Faetón? ¿Tan alta subida
intenta?
LIDORA. Desvanecida,
quiere con él competir.
CAROLA. ¿Y no teme que el subir
espera mayor caída?
LIDORA. Ella se sabrá tener.
CAROLA. Tal seguridad no es buena;
guardaos, no seais Lucifer
en pretender silla ajena,
que será cierto el caer.
LIDORA. ¿Ajena? ¿Qué patrimonio
da señal ó testimonio
de que tiene dueño ajeno?
CAROLA. ¿Qué patrimonio? ¿No es bueno
el del santo matrimonio?
LIDORA. ¡Jesús! aquese hasta ahora
está en cierne, otro mejor
tiene el alma en quien la adora,
que es un vínculo de amor
y mayorazgo.
CAROLA. ¡Ay, Lidora,
mira lo que haces; mira
que hay Dios y que si se aíra,
castigará con rigor;
mira que el Emperador
es mi esposo, y que suspira
por él mi alma, Lidora.
LIDORA. Miro, que como no eres
buena para imperar, quieres
ser para predicadora; (2)
no me canses.
CAROLA. Ya comienza
en ti á campar la falta
de honor; no habrá quien te venza,
que cuando la honra falta
también falta la vergüenza.
LIDORA. Si la lengua no reprimes,
forzaréte á que me estimes,
cortándotela á raíz.
CAROLA. ¡Villana! ¿á tu Emperatriz?
LIDORA. ¿Emperatriz? ¡Qué sublimes
pensamientos! el renombre
me agrada; deja el humillo,
que eres, para que te asombre,
sólo Emperatriz de anillo,
y no tienes más que el nombre.
Y no hagas tanta cuenta
del título que te afrenta,
pues eres, con tal blasón,
Emperatriz á pensión,
y he de gozar yo la renta.
Que el cielo, que galardona
contra la opinión que tienes
y ennoblece una persona,
podría ser que á mis sienes
trasladase tu corona.
CAROLA. Como el mundo anda al revés
no es mucho que en eso des,
y que suba tu bajeza
á coronar tu cabeza
de descalzarme los pies.
Mas, cuando estés coronada,
¿no te parece, Lidora,
que quedaré más honrada,
pues tendré, siendo señora,
una Emperatriz criada?
LIDORA. Norabuena sea así;
resulte la honra en tí
y yo goce tu apellido,
que si hasta aquí te he servido,
tú me servirás á mí.
CAROLA. ¿Yo á ti, soez, baja, loca?
Cuando el laurel imperial
me quite mi dicha poca,
¿no soy yo de sangre real?
¿y tú?
LIDORA. Refrena la boca,
que si mi enojo echa el resto,
haréte arrepentir presto.
CAROLA. ¿A mí, ramera de Grecia?
¿mal nacida?
LIDORA. Toma, necia.
(Dale Lidora *á la* Infanta *un bofetón.)*
CAROLA. ¡Ay, Dios! ¿Bofetón?

ESCENA XV

Salen CONSTANTINO, LEONCIO *y* ANDRONIO.—DICHAS.

CONSTAN. ¿Qué es esto?
LIDORA. *(Ap.)* Constantino viene aquí;
fingiré que recibí
el bofetón que di. ¡Ay, Dios!
CONSTAN. ¡Lidora mía!
LIDORA. ¿Por vos
tienen de tratarme así?
¿Por vos injuria tan clara?
¿Por vos llamarme ramera?
¿Por vos la mano en mi cara
la Infanta?
CONSTAN. ¡La Infanta muera!
CAROLA. *(Ap.)* ¿Vióse insolencia más rara?
Mas para que con razón
todo en aquesta ocasión
ande al revés, no me espanto
que ésta forme queja y llanto
y yo lleve el bofetón.
Más vale que pase así;
y aunque yo sea la injuriada,
que piense el mundo que di
bofetón á mi criada,
y no que le recibí.
Es verdad; yo castigué *(A ellos.)*
á quien tan soberbia fué
que se descomidió ahora
contra su propia señora.
CONSTAN. Pues ¿cómo el cielo, que ve
su bella luna eclipsada,
con un castigo ejemplar
no la ha dejado dañada? (1)
CAROLA. Pues ¿es nuevo castigar
la señora á su criada?

(1) ¿Será «sin»?
(2) Falta un verso, pues son todas quintillas.

(1) Así en el original; pero la reimpresión corrigió con acierto escribiendo «vengada».

CONSTAN. Calla, asombro de mi gusto.
Llévala presa.
LEONCIO. Señora,
tener paciencia aquí es justo.
(Ap.) No sabrá así que á Lidora
anoche gocé, el Augusto.
CONSTAN. Vamos, que con palio honroso
vuestro nombre haré famoso
en venganza desta afrenta,
siendo con fiesta opulenta,
bella prenda, vuestro esposo.
Ea, pues, que ya es razón
que cese aquesa pasión,
mi bien. Basta ya, vení.
LIDORA. ¿Suélese olvidar así
la injuria de un bofetón?
(Vanse Constantino *y* Lidora.*)*

ESCENA XVI

CAROLA *y* LEONCIO.

CAROLA. Vamos, pues gusta que presa
padezca, el Emperador.
LEONCIO. Mientras que su enojo cesa,
sufrid aqueste rigor,
Infanta, que de él me pesa.
CAROLA. ¡Qué bueno anda el mundo ahora!
Despreciada la señora;
antepuesta la criada;
presa la que está injuriada,
con honra la que es traidora.
La que descalzó mis pies,
entronizada en el puesto
del imperio. Mas poco es
en la república aquesto,
que es república al revés.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen LIDORA *y* CLODIO *vestidos de camino.*

CLODIO. Tan lleno de pesares
quedé cuando partiste,
que con el menor de ellos
fué mucho no morirme.
Maldije el griego imperio
y á la Infanta maldije,
que fué ocasión, señora,
de aquella ausencia triste.
En ella de mi pena
pensaba divertirme
con ejercicios varios,
sin tu presencia viles.
Salí á cazar mil veces,
y otras tantas volvíme,
porque me daban caza
pensamientos terribles.
Perdía si jugaba,
que como perdió Chipre
tu agradable presencia,
perdiéndose él, perdíme.
Quisieron mis amigos
con pláticas sutiles
entretener mis penas;
mas como siempre aflige
al que es discreto el necio,
al soberbio el humilde,
y al avariento el pobre,
así al amante el libre.
Con otras hermosuras
poner remedio quise
al fuego que en el alma,
en viéndote, encendiste.
Mas era echar más leña,
porque es necio el que dice
que el amor más constante
con otro amor se rinde.
En fin, cuantos remedios
en su *Ars amandi* escribe
Ovidio, el desterrado,
tantos propuse é hice.
Mas como al que es de muerte
de tormento le sirven
las medicinas varias
que el médico apercibe,
empeoré con ellos;
¡mal haya amén, quien dice
que es remedio la ausencia
para que amor se olvide!
¡Qué de veces rondaba
las paredes felices
que habitación te dieron
cuando mi mal oiste!
¡Y qué de veces, loco,
desde tus rejas quise,
llamándote, Anajarte,
representar un Iphis!
Las sabrosas palabras
y prendas que me diste
eran de mi naufragio
la tabla convenible.
Mas todo aquesto era,
sin verte, hermosa Circe,
cual vela que se acaba,
arder para morirme.
Vime, en fin, tan enfermo,
tan desahuciado vime,
que hacer una novena
á tu hermosura quise.
Llegué á Constantinopla;
y apenas de un esquife
á tierra salté, cuando
en un carro sublime
de perlas, marfil y oro,
mis ojos hechos linces,
te vi llevar debajo
de un rico palio; ¡ay triste!
Creí que me engañaba;
llegué á un nombre y le dije:
¿Carola no es aquélla,
hija del Rey de Chipre?
Respondió: «No es la Infanta
que esa dama infelice
trajo consigo el daño
que su ventura oprime.
Una criada es suya
á quien el César rinde
la cerviz de su imperio

porque es de su amor Circe.»
Quedéme casi muerto,
y vi que el vulgo libre
te echaba maldiciones,
y aun yo ayudarle quise;
y de mi muerte cierto,
pues miro ya imposible
mi débil esperanza,
antes que se marchite,
busqué ocasión de darte,
cruel más que Bisiris,
el parabién del lauro
que en tu cabeza ciñes.
¿Quién duda que si antes
amando, me tuviste
en Chipre por tu Adonis,
aquí seré Tersites?
Ya pisas oro y perlas,
diamantes y rubíes,
¿quién duda que con ellos
también mis dichas pises?
Castíguente los cielos;
pero no te castiguen,
sino que con mi muerte
de tanto mal me libren.

LIDORA. ¡Qué extraordinario gusto
me da, Clodio, el oirte
aquesas tiernas quejas
que dentro el alma imprimes!
¡Oh, qué contento causan
los celos apacibles
tras una larga ausencia
de dos amantes firmes!
Muy bien venido seas,
deja temores viles,
que aunque el Imperio gozo,
no es ocasión que olvide
el abecé primero
que el alma estudió en Chipre,
cuando de esclava tuya
la argolla le pusiste.
Mi hermano finge que eres,
que yo haré, si lo finges,
que rijas el Imperio.

CLODIO. Cesó el obscuro eclipse
de mis confusos celos;
aquesos brazos ciñe
á mi dichoso cuello,
que hoy miro un imposible
en ti, mi bien, pues eres
mujer y mujer firme.

LIDORA. El César, Clodio, viene.

CLODIO. Yo haré lo que me dices.

ESCENA II

Salen CONSTANTINO, HONORATO, *senador viejo*, LEONCIO, MACRINO, ANDRONIO *y otros*. -- DICHOS.

CONSTAN. ¿Qué es lo que me pide, pues,
el Senado?

HONORAT. Cosas justas,
que diré, señor, si gustas.

CONSTAN. Dilas.

HONOROT. La primera es
suplicarte toda Grecia,
y en nombre suyo el Senado,
en albricias del estado
que Dios te dió, si es que precia
tu Alteza su autoridad,
que les des un día feliz
poniendo á su Emperatriz,
y tu madre, en libertad.
Y piensa que hacerlo así
como el Senado te exhorta,
aunque mucho nos importa,
más, señor, te importa á ti.
Porque las murmuraciones
del vulgo y de los soldados
que por ella gobernados
vencieron tantas naciones,
publican que es vituperio
de Grecia y de su nación
que consientan en prisión
á quien defendió su Imperio.
Todas la lloran y, en fin,
como la aman en extremo,
si dura su prisión, temo
algún popular motín.

CONSTAN. ¿Piden más?

HONORAT. Sí, que á la Infanta
de Chipre, pues es tu esposa,
tan discreta, tan hermosa,
tan prudente, honesta y santa,
el nombre y estado des
que goza quien le ha usurpado;
y que pues te has desposado
con ella, es razón que estés
advertido que no puedes,
mientras viviere, tener
á Lidora por mujer,
pues los límites excedes
de la ley que puso Dios,
cuando justamente veda
que ningún cristiano pueda
vivir casado con dos.
Este es el consejo sabio
que te suplican que admitas,
gran Monarca; no permitas
el intolerable agravio
con que Irene, presa está;
mira que tu madre Irene
en pie aqueste Imperio tiene,
que ya cayendo se va.
Si á clemencia te provoco
no dejes de ejecutalla;
mira, invicto César...

CONSTAN. Calla;
no digas más, viejo loco.
¡Qué donosa petición
para gobernar mi Estado!
Hoy verá el griego Senado
en mí un Cómmodo, un Nerón.
¿El ha de regirme á mí?
¿Es este el mundo al revés?

HONORAT. Ni aquese nombre le des
ni te alborotes así;
que si envía á suplicarte
lo que he venido á advertirte,
no es, señor, para regirte,
sino para aconsejarte.
¿Qué monarca ó rey desprecia
el consejo, si es prudente?

CONSTAN. Yo basto y soy suficiente

para gobernar á Grecia.
El Senado no ha de dar,
sin pedirle, parecer,
que él sólo ha de obedecer
y yo solo he de mandar.
Sus livianos pareceres
muestran lo que han estudiado;
yo haré de su vil Senado
un Senado de mujeres.
Basta, que es donoso cuento
que con livianos consejos
me quieran dar cuatro viejos
mujer á mi descontento.
Si á mi madre tengo presa
es porque viva en sosiego
mi Estado é Imperio griego,
y si al Senado le pesa
de que la tenga en prisión,
no ignora la deslealtad,
que en dándola libertad
ha de intentar su traición.
Ya sé que quiere que torne
al trono Imperial que pierde,
y que con el lauro verde
su frente otra vez adorne.

HONORAT. Mira, gran señor...

CONSTAN. Ya es tarde;
vuestro intento es manifiesto:
yo lo remediaré presto.
Parte al Senado cobarde
con los soldados, Macrino,
de mi guarda, y prende luego
todo ese Senado ciego
autor de tal desatino;
y con basquiñas y tocas,
para que el vulgo provoques,
ponles ruecas por estoques,
que sus pretensiones locas
declaren, y de esta traza,
porque mejor los convenza
su locura, á la vergüenza
estén todo hoy en la plaza;
porque soy de parecer
que como mujeres vean
los que el Imperio desean
que gobierne una mujer.
Y á este loco y vano viejo
en ella le harás colgar,
que así le quiero pagar
su locura ó su consejo.

HONORAT. Señor...

CONSTAN. Llévalos.

HONORAT. Advierte...

CONSTAN. Ea, llévalos de aquí.

HONORAT. Ejecuta luego en mí
este castigo, esa muerte,
y deja libre el Senado,
que es en tu Imperio el espejo
de la prudencia y consejo.

CONSTAN. Buenas muestras de esto han dado.
¿Qué aguardas?, llévalos pues.

MACRINO. Ya, gran señor, te obedezco.

HONORAT. Por dar consejos padezco.
¡Ay República al revés!
(*Llévale* Macrino.)

ESCENA III

DICHOS, *menos* HONORATO.

CONSTAN. Andronio.

ANDRON. ¿Gran señor?

CONSTAN. Corre
donde mi madre está presa
y con diligencia y priesa,
dentro de la misma torre
la da un garrote.

ANDRON. ¿Qué dices?
¿á tu madre?

CONSTAN. ¡Ola! También
á aqueste muerte le den.

ANDRON. ¿A mí?

CONSTAN. No te escandalices;
ó á mi madre mata, ó muere.

ANDRON. Yo haré, señor, lo que mandas.
¡Ay mundo, y qué al revés andas!
(*Vase.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* ANDRONIS.

CONSTAN. Si el Imperio darle quiere,
su silla, justo es me cuadre
la seguridad que elijo,
que no seré el primer hijo
que dé la muerte á su madre.
Leoncio, ve por Carola.

LEONCIO. Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA V

DICHOS, *menos* LEONCIO.

CONSTAN. Quiero que á su tierra
se vuelva, y hágame guerra
su padre, que si enarbola
el mundo sus estandartes
contra mí, poco el mundo es,
que pues se cayó á mis pies,
no temo sus cuatro partes.
Sólo con rigor se doma
este extraño monstruo griego,
que estoy por ponerle fuego
como Nerón hizo á Roma.

ESCENA VI

LIDORA, CONSTANTINO *y* CLODIO.

LIDORA. ¿Tan enojado, señor?

CONSTAN. La luz de esos bellos ojos
desterraron mis enojos;
ya se acabó mi rigor.

LIDORA. ¿Con quién la cólera ha sido?

CONSTAN. Contra quien privarme gusta
de vos; mirad si es bien justa.

LIDORA. ¿Cómo?

CONSTAN. Hanme persuadido
á que, viviendo la Infanta,
vos no podéis ser mi esposa.

LIDORA. Remediarlo es fácil cosa,
dadla muerte.

CONSTAN. Crueldad tanta
no es bien que de mí se piense;

á su padre la enviaré,
y ausente una vez, yo haré
que el Patriarca dispense
en nuestras bodas. ¿Quién es
el que está con vos, señora?

CLODIO. Hermano soy de Lidora;
dame á besar estos pies.

CONSTAN. ¿Qué dices?

LIDORA. Hermano es mío,
que á asistir en tu servicio
viene de Chipre.

CONSTAN. Da indicio
de serlo su talle y brío;
y pues es ya mi cuñado,
justo es honrarle desde hoy;
el cargo noble le doy
de Secretario de Estado,
que es oficio de valor.

CLODIO. Haga tu nombre imperial
la fama y tiempo inmortal.

LIDORA. Danos esos pies, señor.

CONSTAN. ¿Cómo es tu nombre?

CLODIO. Liberio.
(Como me mudé en otro hombre
también quiero mudar nombre.)

CONSTAN. Tú gobernarás mi imperio.

ESCENA VII

Salen LEONCIO *y* CAROLA.--DICHOS.

LEONCIO. Aquí está, señor, la Infanta.

CONSTAN. Seais, señora, bien venida.
Sentaos. (*Siéntanse los tres.*)

CAROLA. ¡Ay Dios, si la vida
feneciese en pena tanta!

LEONCIO. Ahora el Emperador
viene á saber mi delito,
y si el castigo no evito
mataráme su rigor.
Adiós inútil privanza,
que no halla otro remedio
como poner tierra en medio
de mi vida la esperanza.
Grecia ¡adiós! que de este modo
librar mi vida procuro,
pues mal viviré seguro
donde anda revuelto todo. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* LEONCIO.

CONSTAN. Sabe el cielo el descontento
que me causa el no poder,
Infanta, satisfacer
vuestro justo sentimiento.
Viniste de Chipre á Grecia
á darme mano de esposa,
y fuérades venturosa
si, como os estima y precia
mi conocimiento, os diera
posesión mi voluntad
y al peso de la beldad,
que en vos confiesa, os quisiera.
Sólo sigue sus antojos
amor, cuando un alma exalta,
que por tener esta falta
le suelen pintar sin ojos.
Y pues son las calidades
del amor cierta influencia,
lazada ó correspondencia
que anuda dos voluntades,
y aquesta el cielo ha querido
que nos falte á mí y á vos,
habiendo este ciego dios
para mi esposa escogido
á Lidora, será fuerza
que admitiendo mi disculpa,
y echando al amor la culpa
que á la razón vence y fuerza,
á vuestro reino os tornéis,
que vuestra mucha hermosura
y grandeza os asegura,
señora, que cobraréis
pronto el contento perdido,
siendo de algún Rey esposa
con quien seáis más dichosa
que conmigo lo habéis sido.
Yo he escrito al Rey, vuestro padre,
Infanta, el caso presente
que, siendo como es prudente,
no dudaré que le cuadre.
Y en volviendo de la guerra
el Infante, vuestro hermano,
premiándole de mi mano
se volverá á vuestra tierra.
¿Cuándo intentáis de partiros?

CAROLA. Cuando la vida se parta;
que ya de desdichas harta
se va partiendo en suspiros.
Monarca de todo Oriente,
querido esposo y señor,
que este título he de darte
aunque otra me le usurpó:
La prueba de mi paciencia,
la fuerza de mi razón,
las quejas de mis agravios,
la pérdida de mi honor,
todas tu dureza ablanden
y con ellas el amor
que va creciendo en mi pecho
al paso de tu rigor.
Dicen que un retrato mío
que miraste fué ocasión
de pedirme por esposa
al Rey, mi padre y señor.
¡Mal haya el pincel, la tabla,
la idea, mano y color
que vida á mi imagen dieron,
pues mi muerte ahora son!
Pudo ser que en mi belleza
mintiese el sutil pintor
y que, visto el desengaño,
causase tu desamor.
Mas si la propia alabanza
es justa en la oposición
presente, porque redima
con ella mi obligación.
Bien sabe Grecia, y tú sabes,
cuántos los Príncipes son
que por mi causa han sufrido
más que por Raquel Jacob.
Y entre todos te escogí,

no por ser Emperador
de Grecia, sino por serlo
del alma que te adoró.
¿Por qué, pues, con tal crueldad,
ya que imitas á Absalón
en belleza, quieres serlo
en el desdén y el rigor?
Mas no puede persuadirse
mi afligido corazón
que le desprecies de veras.
¿Es así? Yo sé que no.
Si ha sido para probar
de mi fineza el valor,
mi lealtad y sufrimiento,
bien ves cuán de prueba soy.
¿No doy ventaja en quererte
á cuantas mujeres, dió
en el amor conyugal
nombre la fama veloz?
Ni amaron á sus maridos
con más firmeza que yo
Porcia, Penélope, Julia,
Evadnes, Pantea y Michol.
No permitas, César, pues,
que volviendo á Chipre yo,
mi infamia y deshonra vea
el padre que me engendró.
Abre primero este pecho,
y en él verás que estampó
tu imagen, siendo pinceles
sus llamas tiernas, amor.
Ea, vierte aquesta sangre;
mas ¡ay! que tengo temor
que porque morir deseo
suspendes la ejecución.
Mas, pues, con tan poca dicha
la fortuna el ser me dió
que aun para que me des muerte
quiere que busque favor,
(De rodillas.)
postrada á tus pies, Lidora,
te suplico, si es que yo
merezco algo, porque he sido
de tu dicha la ocasión,
que de Constantino alcance
mi muerte tu intercesión,
siquiera porque os gocéis
con buen título los dos.
Ves aquí al revés el mundo:
á tus pies postrada estoy,
y, pues que pisan el orbe,
sobre mi cara los pon,
que no es mucho que los pies
ponga en ella quien osó
poner las manos el día
que me diste un bofetón.
(Levántase.)
¡Cielos! ¿que aun morir no alcanzo?
pero ¿cuándo lo alcanzó
el perseguido infelice?
ni ¿quién lo fué más que yo?
Mas ¿qué digo, esposo mío?
tu obediente mujer soy;
donde quisieres me lleva,
contenta á mi patria voy;
que en medio de las injurias
de tu desdén y el dolor
de mi padre, estaré alegre
por ver que el cielo me dió
para consolar mis males
fruto de la primer flor
que en el tálamo cogiste,
con ser dueño, cual ladrón.
Dentro en mis entrañas siento
prenda tuya; quiera Dios
que á luz salga...

CONSTAN. ¿Prenda mía?
¿Cómo es eso?

CAROLA. Luego, ¿no?

CONSTAN. ¿Estás fuera de ti, Infanta?
¿Cuándo te he gozado yo?

CAROLA. ¿Querrás negarlo también?
No fué en vano mi temor;
la obscuridad de la noche
que el cielo me desposó
contigo sabe que he dicho
la verdad.

CONSTAN. Aquí hay traición.
La noche del desposorio,
¿no fuísteis, señora, vos
quien hizo mi dicha cierta?

LIDORA. Vuestra esposa fuí, señor.

CAROLA. ¿Qué es esto que escucho, cielos?
¿Qué oís, triste corazón?
¿Con tan grande testimonio
os quieren manchar, honor?
Ya no es posible tener
paciencia; tu pretensión
entiendo, monstruo del mundo;
ya sé que queréis los dos
acusarme de adulterio
para que podáis mejor
con aparentes disculpas
gozar vuestro infame amor.
No en vano con tal recato
me entraste á engañar traidor
la noche de mi desdicha;
ya he entendido la ficción
que tan confusa me tuvo
cuando aquesa misma voz
me llamaba su Lidora,
su luz, su cielo, su sol.
Por engañarme lo hiciste.

CONSTAN. ¡Vió el mundo tal confusión!
¿Qué es de Leoncio? Llamadle.

SOLD. 1.° Á llamarle, señor, voy.

CAROLA. Querrás que testigo sea,
aunque falso, de este error,
y no me espanto, pues hubo
quien jurase contra Dios.
Bien trazado va tu enredo,
aunque para mí no son
estas marañas bastantes,
que bien te conocí yo.
(Sale quien fué á buscar á Leoncio.)

SOLD. 1.° No hay quien en toda la casa
halle á Leoncio, señor;
sólo un mozo de caballos
dice que ensillar mandó
uno de monte poco ha,
y que, mudado el color
del semblante, se fué solo.

CONSTAN. Leoncio me fué traidor.
Despachad postas tras él,

que á quien tuviese valor
de traerle, vivo ó muerto,
le prometo en galardón
hacerle mi camarero.
SOLD. 1.º No habrá en la Corte quien hoy
de tal premio codicioso
no vaya. (*Vase.*)
CONSTAN. Corra esta voz;
que si en mis manos cae vivo
y la tierra no tragó
su infame cuerpo, será
ejemplo su muerte atroz.
A un cuarto de mi palacio,
Infanta, os retirad vos,
mientras que al Rey vuestro padre
de este caso aviso doy.
En él quiero que estéis presa.
Guardas, Alesio (1) le pon. (*Llévanla.*)
CAROLA. ¡Dios, amparo de inocentes,
descubrid esta traición!

ESCENA IX

CONSTANTINO, LIDORA *y* CLODIO.

CONSTAN. Venid, Lidora querida;
que el cielo camino abrió
á medida de mi gusto
para gozarnos mejor.
LIDORA. (En todo soy venturosa,
mi secretario mayor
fingido hermano y amante
de veras.) Vamos, que hoy
quiero que sepas cuán firme
en mi amor primero estoy.
CLODIO. (¡Cielos! ¿qué mudanza es esta?
¿Clodio, secretario yo?
Pero según anda el mundo
no me espanto.)
LIDORA. ¿Vienes?
CLODIO. Voy.
¿Yo secretario del Cesar?
No caigamos plegue á Dios. (*Vanse.*)

ESCENA X

Salen: TARSO, *con una cesta abierta, é* ITALIO, *pastores.*

TARSO. Basta.
ITALIO. Villano, ¿por ti
me ha de despreciar Melisa?
TARSO. Como la primer camisa
que en mi vida me vestí
me acuerdo de ella.
ITALIO. Pastor,
tan loco de celos vivo,
que mientras lo estés, me privo
de vivir.
TARSO. Bravo favor.
ITALIO. O te has de ir de la Cámara (2)
ó perder aquí la vida.
TARSO. ¿La vida? ¿Es barro? Escondida
debe haber otra en el arca.
Anda con Dios que estás loco;
basta decir que aborrezco
á Melisa y que os empezco
en vuestros amores poco;
más sublime el vuelo tiene
mi amor, pues pica más alto,
que, aunque de méritos falto,
por lo menos ama á Irene.
Aquí un regalo la llevo;
Italio quedaos con Dios.
ITALIO. Eso no; vivos los dos,
crecerá mi mal de nuevo.
Poco importa, Tarso esquivo,
que aborrescas mi pastora,
si ella tu presencia adora.
Mientras que estuvieres vivo;
(*Saca* Italio *una daga.*)
ha de morir mi espeperanza
muere tú porque ella viva.
TARSO. De la paciencia me priva
tu locura y mi venganza.
(*Saca* Tarso *otra daga y mátale.*)
Toma, pues amas tanpoco
la vida...
ITALIO. ¡Ay!
TARSO. Tu desconcierto
te mata; y más vales muerto
que vivir celoso y loco.
Murió; huir me conviene
antes que tenga noticia
del matador la justicia.
Mi sagrado será Irene. (*Váse.*)

ESCENA XI

Sale LEONCIO.

Pies perezosos, ¿qué es esto?
Huid, ¿quién os entorpece,
que en el turbaros parece
que grillos en vos me han puesto?
Mas ¡ay! que del malhechor
propio efecto el temor es,
y para turbar los pies
¿qué más grillos que el temor?
Tan atajado me hallo
de los que tras mí han venido,
que he tomado por partido
desjarretar el caballo
y esconderme en la espesura
de este monte, mas ¿qué importa?
que si mi dicha es tan corta
y el Emperador procura
matarme, no ha de haber donde,
vida, estéis segura vos,
porque un Rey es como Dios
que ninguno se le esconde.
(*Tropieza con el muerto.*)
¡Jesús! en medio el camino
ó durmiendo, ó muerto está
un hombre; agüero será
del mortal fin que imagino.
Quiero hacerle que despierte.
Hombre, ¿duermes? ¿Qué pretendo,
si he visto que está durmiendo

(1) En el original así: en la reimpresión dice «de vista».
(2) Así en ambos impresos. TIRSO habrá escrito «comarca» que pide el consonante.

en la cama de la muerte?
¡Válgame Dios! ya adivino
de mi fin el triste punto,
pues ha salido un difunto
para enseñarme el camino.
Porque el salir de esta suerte
un hombre al paso en tal caso
es para enseñarme el paso
que hay de la vida á la muerte.
Mas, ánimo, corazón,
que para enseñaros muestra
la necesidad, maestra
de enredos, una invención.
Venid, difunto, que en medio
de esta selva entretejida,
seréis, aunque estáis sin vida,
hoy de mi vida el remedio. *(Llévale.)*

ESCENA XII

Salen los PASTORES *y con ellos dos* GUARDAS *del Emperador.* DAMÓN *sale como Alcalde.*

GUAR. 1.º Ya os dije el traje y las señas.
DAMÓN. Bien las sé, pierda cuidado.
FLORILO. Estar debe agazapado
como liebre entre estas peñas.
GUAR. 2.º Si le halláredes, os hace
de su cámara el Augusto.
DAMÓN. ¿De su cámara? No gusto
de ese cargo; no me place.
FLORILO. Ofrezco al diablo el oficio
de cámaras.
DAMÓN. Yo os le doy;
si de su cámara soy,
querrá que esté á su servicio.
GUAR. 1.º Es dignidad noble y grave.
DAMÓN. Sí será; mas huele mal.
GUAR. 1.º Tiene el que es [más] principal
de su cámara la llave;
mirad si es gran preeminencia.
DAMÓN. Si de su cámara da
la llave, nunca podrá
hacella sin su licencia.
¡Pardiez! si no se me escapa,
y camarón me han de hacer,
que he de ir á Roma á ser
de la cámara del Papa. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

Saca LEONCIO *el muerto ensangrentadas cara y manos y trocados los vestidos.*

LEONCIO. La cara le he desollado,
y con mi propio vestido
él es Leoncio fingido,
y yo un pastor disfrazado.
Aquí no importa dejarle,
porque guardas y justicia
si á Leoncio hallar codicia,
le venga á hallar sin hallarle.
Adiós, que en este desierto
los dos hacemos el vivo;
un muerto yo que está vivo,
vos un vivo que esta muerto. *(Vase.)*

ESCENA XIV

Salen los PASTORES *y los* GUARDAS.

FLORILO. Por aquí sentí ruído.
DAMÓN. Llegad paso, no se asombre
y se nos vaya.
FLORILO. ¡Hola! un hombre
está en el suelo tendido.
DAMÓN. Pues agarradle los dos
y asidle bien.
FLORILO. Su malicia
pague.
DAMÓN. ¡Tené á la justicia!
Muerto está.
GUAR. 1.º ¡Válgame Dios!
¡qué miro! ¿no es el que veo
Leoncio?
GUAR. 2.º El es.
GUAR. 1.º ¿Quién le ha dado
muerte?
FLORILO. El rostro desollado
tiene.
DAMÓN. A fe que está bien feo.
FLORILO. Y aun las manos, ¡bravo ultraje!
DAMÓN. Pues no es San Bartolomé
GUAR. 1.º ¿Sí es él, ó si me engañé?
mas no, que aqueste es su traje.
Este vestido ó cadena
conozco.
GUAR. 2.º Pues ¿qué enemigo
pudo darle tal castigo,
que me causa verle pena?
GUAR. 1.º Aún dudo mucho si es él.
GUAR. 2.º Mírale las faltriqueras,
satisfaráste de veras.
GUAR. 1.º Aquí he topado un papel.
GUAR. 2.º Por él lo sabrás mejor.
GUAR. 1.º Mirar lo que dice quiero:
«A Leoncio, camarero
mayor del Emperador.»
DAMÓN. No me quiero encamarar
si me han de quitar la vida.
GUAR. 1.º Sin duda que el homicida
debió partirse á buscar
alguna cabalgadura
para llevarle á la corte
por cobrar el premio en porte
de esta cruel aventura.
DAMÓN. Ten de ahí que aquesta vez
le echamos la bendición.
FLORILO. Ya, Alcalde, sois camarón;
¡buen oficio!
DAMÓN. Sí, pardiez.
FLORILO. Ya la gravedad os urga
allá dentro; Camarlengo
sois del César.
DAMÓN. Sí, que tengo
oficio de día de purga.
(Vanse y llevan al difunto.)

ESCENA XV

Salen ANDRONIO *y* TARSO.

TARSO.

Hazme aquesta merced, señor.

ANDRONIO.

Notables
muestras das de leal; yo te concedo,
pastor, que á Irene comuniques y hables;
entra y despacha luego.

TARSO.

Desde hoy quedo
por tu esclavo.

ANDRONIO.

Sea breve la salida. (*Vase* TARSO.)

ESCENA XVI

ANDRONIO.

¡Que persuadirme á tal delito puedo!
¡que quiera hacerme bárbaro homicida,
el César, de su madre y su señora!
¡La vida quite á quien le dió la vida!
Pero buena ocasión se ofrece ahora,
amor, lealtad, temor dentro del pecho,
que á Irene va á matar y á Irene adora.
¿Es posible que el breve trato ha hecho
tan grande efecto en mí que amor de Irene
ponga mi libertad en tal estrecho?
¿Yo á Irene amor? ¿á quien el mundo tiene
por maravilla suya? ¿no es más justo
que este apetito la razón refrene?
Mas ¿cómo ha de poder, si corre el gusto
á rienda suelta, y la pasión ha roto
de la sabia prudencia el freno justo?
Navega mi deseo en mar ignoto,
¿qué mucho que me anegue siendo ciego
de aquesta pobre barca el vil piloto?
¿La estopa no se abrasa junto al fuego?
¿Está junto al ladrón seguro el oro?
Hacienda por el mar, dinero en juego,
todo corre peligro, y yo que adoro
de mi divina presa la hermosura,
perdonen mi deslealtad y su decoro,
gozar quiero primero mi ventura
y luego darla muerte, pues me ofrece
mi amor y el César esta coyuntura.
Atrevimiento extraño me parece,
pero, si ha de morir, mi desatino
no se sabrá jamás: pues ya anochece
yo quiero dar contento á Constantino
y á mi fuego amoroso; de este modo...
Mas ¡ay! que voy á hacer un desatino;
pero si así mi amor hoy acomodo,
aunque sea traidor, alma, buen pecho;
que andando como anda el mundo todo,
necedad es andar á lo derecho. (*Vase.*)

ESCENA XVII

Salen IRENE *y* TARSO.

TARSO. Yo sé que el Emperador
ha mandado darte muerte,
y será fácil ponerte
en salvo si de pastor
te vistes, y en mi lugar
sales, pues la noche obscura
cualquier engaño asegura.
Ea, vamos trocar
los vestidos.

IRENE. Dete Grecia,
Tarso, la palma y laurel,
por el más leal y fiel
que el siglo presente precia,
que yo, aunque te cause espanto,
antes en morir me fundo,
que en sufrir que pierda el mundo
un hombre que vale tanto.
Vete con Dios, que me aflijo
de que con tal desengaño
me dé la vida un extraño
cuando me la quita un hijo.

TARSO. Yo me tengo de dar muerte
si no procuras huir;
y pues tengo de morir,
señora, de cualquier suerte,
goza del tiempo oportuno;
salva la vida, por Dios;
que no es bien que mueran dos
pudiendo vivir el uno.
Mi trágico fin ordeno
si pones más intervalos.

IRENE. ¡Cielos, que entre tantos malos
haya un hombre que es tan bueno!

ESCENA XVIII

Salen CONSTANTINO *y el* REY DE CHIPRE.

REY.

Escríbesme que mi liviana hija
mi honra, gran señor, tiene manchada,
y espántaste de que el camino elija;
déjame hacer, su infamia averiguada,
y verás que en su torpe sangre dejo
la mancha triste de su honor lavada.
Mas ¿es posible que la que era espejo
de las mujeres, poderoso Augusto,
la sangre injurie de su padre viejo?
¿Adúltera, Carola? ¡Cielo injusto!
¿Carola de un adúltero preñada?
Deja que dude, que el dudarlo es justo.
Carola en todo el mundo celebrada
por Vesta en castidad cuando doncella,
¿lasciva Venus es cuando casada?
Mil imposibles tiene tu querella;
perdóname si ves que dificulto,
que una pasión por todas atropella.

CONSTANTINO.

A no ser cierto, Rey, aqueste insulto,
¿soy hombre yo, que había de afirmarle?
Grecia te lo dirá, que no es oculto,
y tuvieras razón para dudarle
si fuera menos yo y él más secreto,
y no se murmurara en cualquier calle.
Trata á tu Emperador con más respeto,
que poner en mí duda es desacato,
y te castigaré.

REY.

Vesme sujeto,
y en fin llegué á tu corte sin recato,
que yo sé que me hablaras de otra suerte

si me vieras con bélico aparato.
Mas, Constantino, la razón advierte
que me fuerza á temer y estar dudoso,
verás que es grande y mi sospecha fuerte.
El día mismo que te dió de esposo
nombre mi hija (nunca te le diera),
en el fuego de amor libidinoso
de una vil mujer, Circe hechicera,
según vengo informado, te encendiste,
fingiendo esta maraña, esta quimera.
A tu madre en prisión cruel pusiste,
temiendo que á tu amor vano é injusto
pusiera fin, que, aunque mujer, temiste.
Si es prenda tuya, pues, invicto Augusto,
la que tiene mi hija en sus entrañas,
¿por qué deshonra mi vejez tu gusto?
Ella lo jura así, cesen marañas,
pues hay de su inocencia mil indicios
que muestran que te engañan ó me engañas.
Pobres, ricos, plebeyos y patricios
á Carola apellidan por señora,
y aun no sé si murmuran de tus vicios.
Pues si tienes tu madre presa ahora,
siendo de la virtud claro dechado,
y pospones mi hija por Lidora;
si has afrentado tu imperial Senado,
que era la basa de tu griego imperio,
por habértelo justo aconsejado,
¿qué mucho que quien tiene en cautiverio
su esposa y madre ordene esta maraña
y finja aquel ilícito adulterio?

CONSTANTINO.

Si el dolor que tus canas acompaña
no me hicieran creer que estás sin seso,
fueras motivo de una cruel hazaña.
Si huyó el autor de aqueste vil suceso,
¿no es bastante ocasión que fué culpado
Leoncio, pues huyó? Déjate de eso,
y agradece que no te he castigado.

REY.

Pluguiese á Dios que aquí me dieses muerte
por no vivir confuso y afrentado:
que dos hijos me dió mi infeliz suerte
que vengaran mi vida.

CONSTANTINO.

Porque creas,
Rey, que es verdad cuanto te digo, advierte:
yo quiero hacer que aquesta noche veas
tu afrenta y desengaño, y que escondido,
testigo de tu mismo agravio seas.
No solamente el vil Leoncio ha sido
quien de Carola mancha el nombre honesto
y es el Eneas de esa casta Dido;
con la Guarda mayor es manifiesto
que en la prisión su nombre y fama infama;
tú propio puedes ser testigo de esto;
detrás de las cortinas de su cama
te puedes esconder, y por tus ojos
efectos ver de su lasciva llama.
Castiga sus ilícitos antojos,
que si en silencio tuve este suceso
fué por no acrecentar más tus enojos.

REY.

¡Válgame Dios! ¿que á tan notable exceso
llega mi infamia? pues me dejáis vivo,
quitadme, cielos, con la honra el seso.
A ver este delito me apercibo:
haz que no sepa, César, mi venida;
verás presto mi enojo vengativo,
y, adiós, que voy á entretener la vida
porque no se me acabe hasta que sea
de aquesta infame hija filicida
y mi venganza con mi muerte vea. *(Vase.)*

ESCENA XIX

Salen CLODIO *y* LIDORA. CONSTANTINO *retirado.*

CONSTAN. En brava confusión quedo.
¿Quién me ha enseñado á mentir,
y cómo podré cumplir
con mi fama y con mi enredo?
LIDORA. Esta noche gozarás
la esperanza que entretienes
si, como te digo, vienes,
Clodio, solo como estás,
y entras por la sala donde
guardan la Infanta Carola,
que tiene una puerta sola
que á mi cuadra corresponde.
Ves aquí la llave della,
que ya te ha dado mi amor
la del alma.
CLODIO. Ese favor
estimo, Lidora bella.
¿Qué en tu dichoso retrete
tendrá fin mi pena?
LIDORA. Sí.
CLODIO. Quedo; el César está allí.
LIDORA. ¿Hate visto?
CLODIO. No.
LIDORA. Pues vete.
CLODIO. Adiós; noche perezosa,
á apresurar tu camino
me parto. *(Vase.)*

ESCENA XX

Sale CONSTANTINO; *luego* UN CRIADO.—DICHA.

LIDORA. ¡Mi Constantino!
CONSTAN. ¡Dulce y bellísima esposa!
LIDORA. ¿Qué pensamiento os divierte
y os tiene triste y suspenso?
CONSTAN. Una traza, mi bien, pienso
con que al de Chipre dar muerte,
que importa á nuestro respeto (1).
(Tocan cajas y sale un Criado.*)*
¿Qué es esto?
CRIAD. 1.° César invicto:
Roselio viene de Egipto
y su Soldán victorioso.
CONSTAN. El viene á buena ocasión;
premio su esfuerzo merece;
un medio el cielo me ofrece
importante á mi intención.
A ver su entrada salgamos,
que es un famoso soldado.

(1) Así en los impresos: deberá leerse «reposo».

Buena maraña he forjado;
mataránse los dos, vamos. *(Vanse.)*

ESCENA XXI

Salen IRENE, *de pastor, y* ANDRONIO.

IRENE. Tu lealtad al mundo asombre;
la fama te inmortalice,
y en mármoles eternice,
pastor famoso, tu nombre.
ANDRON. ¿Vaste?
IRENE. Sí, que es largo el trecho
de nuestro pueblo y es tarde.
ANDRON. Anda con Dios.
IRENE. El te guarde
y me saque de este estrecho.
(Vase Irene.)

ESCENA XXII

ANDRONIO.

¿Contó jamás la mentirosa fama
igual suceso y caso de esta suerte
en cuantas partes de sus plumas vierte
las nubes portentosas que derrama?
¿Contó jamás de un hombre que en la llama
se abrasa de amor, dios cobarde y fuerte,
que pretenda gozar y dar la muerte
á un mismo tiempo á quien adora y ama?
Rigor es inaudito y sin segundo;
mas, por vivir, á hacerle me provoco,
pues en su ejecución mi vida fundo.
Cuente la fama, pues, mi intento loco,
que yo sé que dirá después el mundo
que en un reino al revés todo esto es poco.
(Vase.)

ESCENA XXIII

Salen SOLDADOS *y sacan mesa, vela, dados y juegan.*

SOLD. 1.º Sacar dineros, soldados.
SOLD. 2.º ¿No hay harta noche?
SOLD. 1.º ¿Qué importa,
si la más larga es más corta
cuando se juega? Echen dados.
Pasé á nueve.
SOLD. 2.º Topo y gano,
los tres á once.
SOLD. 1.º Topo,
aquí y aquí.
¡Voto á Dios! Gané.
SOLD. 4.º Perdí.
Venturosa fué esta mano.
Eche.
SOLD. 2.º A ocho he de parar,
esto.
SOLD. 1.º Pase, no le duela.
SOLD. 3.º Despabilen esa vela.
SOLD. 2.º Repárola.
SOLD. 1.º Topo.
SOLD. 4.º ¡Azar!
SOLD. 2.º Siete y llevar.
SOLD. 1.º Lléveme
el diablo si aquesta pierdo.

ESCENA XXIV

Salen TARSO, *con el traje de* IRENE, *y* ANDRONIO.

ANDRON. No hay, señora, amante cuerdo;
amor es ciego y no ve.
Dadme gusto, y vive Dios
que del fiero matricida
ponga en salvo vuestra vida
huyendo juntos los dos.
Ea, respondedme, pues
veis á lo que estoy dispuesto.
TARSO. ¡No faltaba más que aquesto
para andar todo al revés!
Ya no puede durar nada,
habiendo luz, mi disfraz;
ánimo, ciego rapaz,
quitarle quiero la espada.
(Quítale la espada.)
Hombre no más que en el nombre,
tu muerte tiene de ser
un hombre que hecho mujer
dará muestras de que es hombre.
Irene huyó; mi valor
la dió libertad.
ANDRON. Soldados,
dejad los infames dados,
matad á aqueste traidor.
(Echan mano todos contra él.)
SOLD. 1.º ¿Traidor? Traidora dirás.
¿No es mujer?
TARSO. Cuando lo fuera,
bastante una mujer era
para vosotros, y aun más.
ANDRON. Muera, que es un vil pastor.
TARSO. Huid, que es lo que os conviene,
que con el traje de Irene
me ha vestido su valor. *(Vase.)*
ANDRON. Seguidle, escuadrón cobarde.
SOLD. 1.º Vamos. *(Vanse los* Soldados.)
ANDRON. ¡Ay, cielo enemigo!
el César me da un castigo
atroz, no es bien que le aguarde;
huyamos, pues, vida amada,
que estáis en notable estrecho;
¡qué buena burla me han hecho
á no salir tan pesada! *(Vase.)*

ESCENA XXV

Salen ROSELIO *y* CONSTANTINO.

ROSELIO. ¿Mi hermana, cielos, manchó
su sangre siendo liviana?
¡Jesús! ¿mi hermana? ¿mi hermana?
¿duermo? mas ¡ay, Dios, que no!
CONSTAN. Yo os pondré, Roselio, en parte,
donde del daño que digo,
siendo vos propio el testigo,
cojáis á Venus con Marte.
ROSELIO. Alto, pues, honra perdida:
la venganza es bien que os cuadre;
vamos, no sepa mi padre,
señor, mi triste venida
hasta que de mí colija
que el cielo le quiso dar
hijo que sabe vengar
las infamias de su hija. *(Vase.)*

CONSTAN. Bien se traza de esta suerte;
de noche es; haré, aunque ladre
contra mí el vulgo, que un padre
y un hijo se den la muerte. (*Vase.*)

ESCENA XXVI

Sale el REY DE CHIPRE *y luego* ROSELIO. *Luego* CLODIO.

REY. Este es el teatro, honor,
donde el mundo representa,
anque á osbcuras, nuestra afrenta,
tu venganza y mi rigor.
El papel tienes mejor,
sal, si decirle procuras,
y si á mucho te aventuras
á obscuras, no temas, llega,
que pues la venganza es ciega
bien puedes vengarte á obscuras.
(*Sale* Roselio *por la otra puerta.*)

ROSELIO. Aquí me trajo el Augusto,
donde á obscuras he de ser
lince, que tengo de ver
mis agravios, ¡mundo injusto!
A obscuras vengarme gusto;
que si la luz es testigo
de la deshonra que digo,
saldrá[se] á luz mi despecho,
y delito á obscuras hecho
á obscuras pide castigo.

REY. Parece que las pisadas
del adúltero me avisan
que sus plantas viles pisan
de mi infamia las moradas;
ánimo, venas heladas.
dad á la venganza rienda
y no sufráis que os ofenda
sangre vil, sin sacar sangre;
que la afrenta que es de sangre
justo es que la sangre encienda.
(*Saca la daga.*)
Salid, vengativa daga,
y cuando pase, abrid paso
á su vida, que en tal caso,
sólo así mi honor se paga.

ROSELIO. No sé, cielos, lo que haga;
temblando voy; mas, honor,
¿dónde está vuestro valor?
(*Saca otra daga* Roselio.)
¿De qué tembláis, brazo flojo?
Mas también tiembla el enojo
cuando echa fuera el temor.
(*Sale* Clodio *por en medio de ellos.*)

CLODIO. Esta es la dichosa hora
para mi ventura cierta,
y este el cuarto de la puerta
donde me aguarda Lidora;
presa aquí la infanta mora;
gozar quiero la ocasión
y abrir.

REY. Ahora, corazón,
sacad la flaqueza fuera.
Muera el vil.

ROSELIO. El traidor muera.
(*Danle los dos, uno por las espaldas, otro por el pecho.*)

CLODIO. ¡Ay, muerto soy, confesión!

ESCENA XXVII

Sale CONSTANTINO.—DICHOS.

CONSTAN. Que se mataron colijo
los dos, traza fué excelente.
¡Ah de mi guarda! ¡hachas! ¡gente!
(*Sacan hachas.*)
¿Qué es aquesto?

ROSELIO. ¡Padre!

REY. ¡Hijo!

CONSTAN. Trocóse mi regocijo;
vivos los dos han quedado.
¡Todo al revés, cielo airado!

ROSELIO. ¿Señor?

REY. Infante, ¿en tal parte?
¿á qué viniste?

ROSELIO. A vengarte.

REY. Ya yo propio me he vengado.
¡Ay invicto Emperador!
que á mi costa salió cierto
lo que dijiste: ya he muerto,
no castigado, al traidor.
Pero, ¿cómo mi rigor,
siendo la injuria sangrienta,
con tan poco se contenta?
Vamos, que una muerte sola
no basta, ¡muera Carola!
(*Vanse los dos.*)

ROSELIO. Muera, y con ella esta afrenta.

CONSTAN. Mátenla y podré gozar
seguro esposa é imperio.
¡Ah desdichado Liberio,
tú lo hubiste de pagar!
¿Quién te trajo á este lugar
para morir sin reparo?
Llevadle de aquí; ¡qué avaro
te fué el cielo! ¡ay mi Lidora!
dirás que te salió ahora
tu amor é Imperio bien caro. (*Vase.*)

ESCENA XXVIII

Sale CAROLA *medio desnuda.*

Ya no hay, fortuna atrevida,
con que perseguirme más.
¿Estás contenta? no harás,
porque aún me ves con la vida.
Sólo el honor me convida
á guardarla, que no huyera
si honrada morir pudiera.
Esta puerta sale al mar.
Peces: ¿queréisme ayudar
en persecución tan fiera?
¡Qué de cosas he perdido
juntas, mundo burlador!
Imperio, esposo y honor,
padre, hermano y el vestido;
casi desnuda he salido
huyendo mi muerte: pies
huyamos á la mar, pues
quizá en su golfo profundo,
andará derecho el mundo
pues en tierra anda al reves.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sale IRENE *vestida de pastor.*

IRENE.

Monte soberbio, que entre pardas nubes
de estrellas coronado
imitas á Nembrot y al sol asaltas,
pues hasta el cielo subes;
si á la verdad que allá se fué has mirado,
vivir de asiento en sus moradas altas,
declárale las faltas
que en la tierra introdujo la malicia;
dile que no hay justicia,
que el mundo y su gobierno está de modo
que, andando al revés todo,
del hijo la madre huye,
porque su vida, bárbaro destruye,
hallando aunque te asombres,
en tus fieras piedad, mas no en los hombres.

ESCENA II

Sale TARSO *de pastor. Dentro* CAROLA *y un* MARINERO.—DICHA.

TARSO.

En tus fieras piedad, mas no en los hombres,
pienso hallar monte espeso,
que ya en los hombres tu aspereza fundo.
Trocad, brutos, los nombres
por ellos, que por más brutos confieso
los que hombres llama el engañado mundo;
un Príncipe iracundo
que á su madre ha querido dar la muerte,
hace que de esta suerte
huya, porque de su tirana furia
estorbe aquesta injuria.
Mi habitación seréis áspero monte,
sepa vuestro horizonte
que hoy á habitar vuestra esperanza viene,
Tarso, el pastor que dió la vida á Irene.

IRENE.

Aquí, cielos, ¿qué escucho?
Fortuna ciega, no te temo ahora.
Libertador solemne
de aquesta vida con quien peno y lucho,
mi dicha con tu vista se mejora.

TARSO.

Bellísima señora,
¿es posible que aquí te trajo el cielo?
Que lo sueño recelo;
vida, en verte recibo.

IRENE.

Tarso, ¿qué, vienes libre?

TARSO.

Libre y vivo;
porque vengué tu ultraje
con el valor que me vestí en tu traje.

IRENE.

Pues la fortuna en paz, su guerra muda,
cese el rigor; piadoso cielo, ayuda.
(*Gritan de dentro* Carola *y un* Marinero.)

CAROLA.

¡Cese el rigor: piadoso cielo, ayuda!

MARINERO.

No temas, que la tierra
está cerca, señora.

CAROLA.

¡Ay mar airada!
¡Vuestro favor acuda;
sed, Virgen, paz en tan confusa guerra,
por ser mujer, cual vos más desdichada!

MARINERO.

Ya no hay que temer nada,
tira de aquesta cuerda.

IRENE.

Tarso, espera;
una voz lastimera
sale del mar.

ESCENA III

Sale un MARINERO *mojado y tirando de un cordel, á quien va asida* CAROLA *sobre una tabla.*—DICHOS.

CAROLA.

¡Ay cielos, que me muero!

IRENE.

¿No ves un Marinero
y una mujer asida á aquella tabla
que ni se mueve ni habla?

MARINERO.

Libre estás ya del mar, mujer; levanta.

CAROLA.

¡Ay, perseguida y desgraciada Infanta!

IRENE.

¿Ay, perseguida y desdichada Infanta?
¿qué desdicha te ha puesto en tal aprieto?
Mas ¿qué pregunto, si el que de esta suerte
me hace andar, con desatinos vive?
¡Ah Infanta!, ¡ah mi Carola!

CAROLA.

¿Quién me llama?

IRENE.

Irene soy.

CAROLA.

¿Irene?

IRENE.

La infelice.

CAROLA.

¿La madre de mi esposo?

IRENE.

La que diera
por no serlo la vida que él persigue.

CAROLA.

Ya muero con contento en tu presencia;
dame esos brazos.

IRENE.

No permita el cielo
que á ver mis ojos tal desgracia lleguen.

MARINERO.

¡Cielos!, ¿esta es Irene? ¿esta es Carola,
madre y esposa del Monarca griego?
Sin duda que el temor de verse presas
les hizo que, rompiendo las prisiones,
huyesen de este modo. Mas ¿qué aguardo,
que no voy á avisar á Constantino?
Pues sabiendo por mí que aquí se esconden,
saldré de pescador con las mercedes
que de su mano espero. Adiós, señores,
que, pues la Infanta, á quien sin conocerla,
la vida he dado, en vuestra compañía
está segura y libre, yo me parto
en busca de los otros compañeros
que conmigo saltaron de la barca,
cuando la abrieron las mojadas rocas.

CAROLA.

Aún no tengo con qué poder pagarte
el favor que me has dado. El cielo quiera
darme con que te premie este socorro.

MARINERO.

Adiós. (A dar aviso al César corro.) *(Vase.)*

IRENE.

Infelice señora, ¿qué fortuna
nos persigue á las dos?

CAROLA.

Aquese monstruo,
que por hijo te dió nuestra desdicha,
á mi padre y hermano ha persuadido
que en adúlteros brazos le deshonro,
y huyendo de su furia... Mas, ¡ay cielos!
¡qué terible dolor! ¡Jesús, que muero!

TARSO.

Pues ten, señora, esfuerzo y no le pierdas,
y vamos, que en lo espeso de este monte
haremos chozas de sus verdes ramas,
y aunque groseras, camas de sus hojas.
Mi pedernal y yesca dará lumbre
con que enjugar las ropas y abrigarte;
y aunque en peligro ponga aquesta vida,
iré al lugar y pueblo más cercano
á traer de comer, aunque el vestido
en trueco deje.

IRENE.

Vamos, poco á poco.

CAROLA.

¡Ay, Jesús, qué dolor!

IRENE.

¡Ay, hijo loco! *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen CONSTANTINO, MACRINO *y* LIDORA.

CONSTAN. Ya Carola será muerta;
que aunque del padre y hermano
al mar huyó por la huerta,
fueron tras ella, y es llano
que harán su venganza cierta.
Huyó mi madre también,
y aunque el darla muerte fuera
más seguro, me está bien
que por otras manos muera,
que no me faltará quien
me asegure el reino y tierra
con su muerte; y pues destierra
su ambición y así se va
de mi Imperio, no podrá
con su ayuda hacerme guerra.
En fin, que el morir Liberio,
aunque con tal vituperio,
fué causa, bella Lidora,
de que gocemos ahora
los dos seguro el Imperio.

LIDORA. No puedo negar, señor,
la pena que siento en vano
por mi hermano, que su amor
pasaba de amor de hermano
á otro más estrecho amor.
Mas aunque con ella lucho,
por ser vuestro gusto escucho;
doy por bien su muerte presta,
porque si mucho me cuesta,
entendáis que os amo mucho.

CONSTAN. Mucho amáis, porque os amé
mucho; ya, gracias al cielo,
mi Imperio regir podré,
sin que temor ni recelo
madre y esposa me dé.
Desde hoy hacer determino
leyes que, de Constantino,
Constantinas llame el mundo,
siendo Licurgo segundo
de Grecia. Llama, Macrino,
á audiencia todos los presos;
que, pues deshice el Senado
que juzgaba sus procesos,
es bien que tenga cuidado
de castigar sus excesos.

MACRINO. Yo voy. *(Vase.)*

LIDORA. Esos ejercicios
dan, mi bien, de vos indicios,
reconociendo en vos Grecia
juez que las virtudes precia
y que castiga los vicios. *(Siéntanse.)*

CONSTAN. Sentaos, pues, que vuestro amor
ha de ser mi guía.

(Salen Macrino *y un* Relator.)

MACRINO. Señor,
ya tienes en tu presencia
presos á quien dar audiencia.

EXCENA V

Salen los PRESOS, *y van llegando como los van nombrando.*

CONSTAN. Diga, pues, el Relator,
¿por qué está aqueste hombre preso?
RELATOR. Es un ladrón afamado
que, como reza el proceso,
ha estado ya sentenciado
otra vez á ahorcar.
CONSTAN. ¿Por eso?
RELATOR. Sí, que son de precio extraño
los hurtos que en solo un año
en Constantinopla ha hecho.
CONSTAN. Hágale muy buen provecho;
soltarle, no le hagáis daño.
Licurgo Lacedemón,
cuyas sabias leyes sigo,
estableció, y con razón,
que no le diesen castigo
por ningún hurto al ladrón.
Pues sus leyes os enseño,
soltarle, que no es pequeño
el peligro á que se arroja
de que en las manos le coja
el hurto al ladrón su dueño.
MACRINO. ¡Buenos jueces!
RELATOR. ¡Extremados!
MACRINO. Serán, con tal libertad,
ladrones los más honrados.
CONSTAN. Quiero que haya en mi ciudad
castigo de descuidados;
hurta sin que te corrija
el temor.
LADRÓN. Tu Imperio rija
desde el Indo Batro al Tibre. *(Vase.)*
CONSTAN. Anda con Dios, vete libre.
MACRINO. (No sé de esto qué colija.)
CONSTAN. Venga otro preso.
RELATOR. Este mozo
ha que está en el calabozo
un mes.
LIDORA. ¿Y por qué desastre?
RELATOR. Porque hurta, siendo sastre,
sin máscara ni rebozo
la mitad de todo cuanto
corta.
LIDORA. Ya es inclinación
muy antigua; no me espanto,
si han de vestir un pendón
que crece y que dura tanto.
CONSTAN. Yo remediaré este daño
sin que haya más engaño,
ni los prendan más por eso;
tomen por medida y peso
de hoy más, los sastres el paño,
y después que esté cosido,
cuando lo vuelvan á dar,
sea pesando el vestido,
y así no podrán hurtar.
(Vase el Sastre.*)*
LIDORA. Traza de tu ingenio ha sido.
CONSTAN. Otro.
RELATOR. Este es un casado
que ha un año que no hace vida
con su mujer, y hanle hallado
con otra mujer perdida
dos noches.
CONSTAN. No es gran pecado.
Ven acá, ¿cuánto ha que estás
casado ó cansado, y das
sustento á mujer y casa?
HOMBRE. Señor, de diez años pasa.
CONSTAN. Pobre de ti, ¿diez?
HOMBRE. Y aún más.
CONSTAN. Suficientes eran dos
para hacerte padecer
un infierno; anda con Dios,
mártir eres de mujer,
no hagáis más vida los dos.
(Vase el Hombre.*)*
Y pregónese en mi nombre,
aunque mi Imperio se asombre,
de mandatos tan extraños,
que de cuatro en cuatro años
remude mujer el hombre.
RELATOR. ¿Vos contra la ley cristiana?
CONSTAN. No importa, otra ley me avisa
que fuera cosa bien sana
el mudar como camisa
la mujer cada semana.
MACRINO. ¡Ay Grecia, que vas perdida!
CONSTAN. La experiencia me convida
hacerlo de aquesta forma;
que no hay más pesada corma
que una mujer de por vida.
¿Por qué estáis preso?
RELATOR. Señor,
en un horno echar le han visto
con herético furor,
cuando ardiendo estaba, un Cristo,
y aún afirma en el error
del Emperador León,
autor de blasfemias tantas,
que cuantos adoración
á las imágenes santas
diesen, idólatras son.
CONSTAN. Dice la verdad más cierta
de cuantas mi ley concierta;
sólo á Dios se ha de adorar
del cielo, y no idolatrar
un palo ó estatua muerta.
Y publique Grecia luego
que honrar simulacros tantos
es error de herejes ciego;
las imágenes de santos
se quemen, haciendo un fuego
público, pena de muerte.
RELATOR. Vuelve, gran señor, en ti.
CONSTAN. A Dios honro de esta suerte.
¿Contradíceslo tú?
RELATOR. Sí.
Oye, Emperador, advierte:
la adoración que se aplica
á la imagen, prenda rica
de nuestra humana miseria,
no es por ella ó su materia,
más por lo que significa.
Es la imagen como historia
que nos trae á la memoria
en los católicos templos
los portentosos ejemplos
de los que están en la Gloria.

Si porque de palo son
ó plata, los adorara
la cristiana religión
y adelante no pasara
nuestra justa devoción,
fuera idólatra sin duda
quien una imagen desnuda
reverenciara, y tuviera
por Dios y favor pidiera
á un palo, á una tabla ayuda.
Mas, como tu sello real
se estima en tu propia cuenta,
no porque es de oro ó metal,
sino porque representa
tu dignidad imperial,
y de quien le depreciara
y en las llamas le arrojara
se agraviara tu corona,
cual en tu misma persona
su locura ejecutara,
de esa suerte, pues, la gente
que de la inmortal presencia
de los santos vive ausente,
su memoria reverencia
en sus tablas solamente.
Y si con error tan ciego
mandas que tu Imperio griego
queme sus santas figuras,
los mismos santos procuras
echar también en el fuego.

(Levántanse.)

CONSTAN. Prended á aqueste hablador;
veamos si hay algún santo
que venga á dalle favor;
y esté sin comer en tanto
que defendiese este error,
que debajo de los pies
los he de poner, pues es
idólatra quien los precia.
Bien parece que eres, Grecia,
la república al revés.

(Vanse.)

ESCENA VI

Salen el REY DE CHIPRE *y* ROSELIO.

ROSELIO. Según dijo el marinero,
las olas del mar amargo
tomaron, padre, á su cargo
vengar nuestro agravio fiero;
que escondiendo en su profundo
su lascivo cuerpo, intenta
que sepultando tu afrenta
no venga á saberla el mundo.
A Chipre puedes volverte;
que si Carola ha manchado
su honor, el mar ha lavado
la mancha, con darla muerte.

REY. ¿Cómo ha de poder lavar
el mar mi justo dolor,
si para manchas de honor
es poca el agua del mar?
¡Ay, Roselio, que no puedo
persuadirme á que la Infanta
fué autora de culpa tanta,
y temo que ha sido enredo
del infame Emperador!

ROSELIO. A mí, la propia sospecha
me tiene el alma deshecha.

REY. Oye, que viene un pastor,
y en este desierto quiero
saber en qué parte estoy.

ESCENA VII

Sale LEOCIO *de pastor.*—DICHOS.

LEONCIO. Cielo airado, ¿dónde voy?
¿Qué pretendo? ¿En quién espero?
Mi suerte vil, ¿qué procura?
¿De quién huyo, si conmigo
traigo el mayor enemigo,
que es la falta de ventura?
¡Ah fortuna vil! ¿así
das á Leoncio sosiego?
¿Es este el imperio griego
y mundo que abierto vi?
Mas, cómo juegas y burlas,
burláronme tus quimeras,
tú me afrentarás de veras,
pues que me honraste de burlas.

REY. ¡Leoncio! ¡Oh, dichoso el día
en que el cielo soberano
quiere, que vengue mi mano
vuestra deshonra y la mía.

(Cógenle los dos y sacan las dagas.)

¡Ah, traidor! Aquí tu insulto
me pagarás sin huir,
que Dios sabe descubrir
lo más secreto y oculto.

LEONCIO. ¿Roselio? Rey, gran señor
detente, escucha primero.

ROSELIO. ¡Ah, lobo vil, que el cordero
despedazas de mi honor!
¿Qué injuria te hice jamás
que así mi sangre deshonras?

REY. Ladrón cruel de las honras,
yo haré que no robes más.

LEONCIO. Si con mi muerte te pagas
de tu agravio, morir quiero;
mas óyeme Rey, primero,
para que te satisfagas;
que ese furor ya imagino
y sé que debe de ser
por haberte hecho creer
que te afrenté, Constantino.
Mas la noche que á Carola
de esposa la mano dió
en su lugar pretendió,
gozar á su dama sola,
y dándome de ello cuenta,
me mandó que procurase
cómo la Infanta quedase
ignorante de esta afrenta.
Yo, que en la amorosa llama
de Lidora me encendí,
al revés la traza di,
y trocando cuadra y cama,
su esposa el César gozó,
que era Lidora creyendo,
y al mismo tiempo fingiendo
que era Constantino yo,
en nombre suyo gocé

la hermosura de Lidora,
y á la infanta, mi señora,
de aquesta suerte vengué.
Y en este fingido traje,
temiendo fuese sabida
mi traza, libré la vida.
Si esto ha sido hacerte ultraje,
mátame, Rey, mas no creo
que lo juzgarás por tal.

REY. Antes muestras de leal,
Leoncio, en tu rostro veo;
yo estoy cierto que has contado
la verdad, porque acá dentro
el corazón en su centro
así lo había adivinado.
Roselio, ¿qué te parece
si fué cierto mi temor?

ROSELIO. Estoy confuso.

REY. ¡Ah traidor
Constantino!, bien parece
que eres griego, descendiente
de Ulises y sus engaños;
no corte el hilo á mis años
la Parca, que venir siente
mi vejez larga y prolija,
hasta que asuele tu imperio;
vengue mi difunta hija.

LEONCIO. ¡Válgame Dios!, pues ¿es muerta?

REY. ¡Ay, Leoncio amigo, sí,
ya murió! mas vive en mí
su venganza.

LEONCIO. Será cierta,
si á tu reino luego partes
y embarcando armas y gente
sobre Grecia de repente
pusieres tus estandartes
en las famosas almenas
de Constantinopla, adonde
nuestro enemigo se esconde;
que mientras tu campo ordenas,
yo en persona partiré
á las legiones que están
sin caudillo y capitán
en Armenia, y las haré
amotinarse y venir
contra este desatinado
que á todos nos ha afrentado.
Fácil será persuadir
al ejército que haga
esto, y más que los soldados
se ven de él menospreciados
y ha un año que no les paga.

REY. Pues con aquesa esperanza
yo me parto.

LEONCIO. Y yo también.

REY. Muerte, tu curso detén
hasta que me des venganza. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Sale LIDORA *con* CAMILA *á tocarse al espejo y siéntase.*

CAMILA. ¿Qué vestido has de ponerte?

LIDORA. Cualquiera; saca el morado
sobre tela acuchillado.

CAMILA. Triste estás de aquesta suerte.

LIDORA. ¿Triste? ni por pensamiento;
lo morado, ¿no es amor?

CAMILA. Sí; pero aquese color
es de Cuaresma ó Adviento.

LIDORA. Salga el turquesado, pues.

CAMILA. Deja lo azul á los cielos,
no te pronostiques celos;
el de rosa seca es
buen color y grave.

LIDORA. Quita
allá tanta terquedad;
que la rosa de mi edad
ni está seca ni marchita.

CAMILA. Ponte el de flor de romero.

LIDORA. La color es extremada,
pero el nombre no me agrada.

CAMILA. ¿No le quieres?

LIDORA. No le quiero.

CAMILA. ¿Qué es la causa porque cobras
odio al romero?

LIDORA. ¿No ves
que huele á pobreza y es
la pastilla de los pobres?

CAMILA. Pues traeréte el verde obscuro.

LIDORA. Verde obscuro, ¿qué mudanza
entristece mi esperanza?
¿No vive mi amor seguro?

CAMILA. Ponte el blanco.

LIDORA. Es de novel
que se arma caballero.

CAMILA. ¿Pajizo?

LIDORA. No desespero.

CAMILA. ¿Encarnado?

LIDORA. Es muy cruel.

CAMILA. ¿Verde mar?

LIDORA. No me contenta,
que esperanza puesta en mar
ó se tiene de anegar
ó ha de padecer tormenta.

CAMILA. El leonado es á mi gusto.

LIDORA. No me llamo yo Leonora
ni estoy congojada ahora.

CAMILA. Ponte el negro.

LIDORA. De ese gusto
ningún color se le iguala,
por eso con él me alegro,
que sale sobre lo negro
por extremo cualquier gala.
Ponle los botones de oro
porque no digan que es luto.

ESCENA IX

Sale CONSTANTINO.

CONSTAN. A darte viene tributo
el amor con que te adoro.
La sala de mi consejo,
llena de mil negociantes
y embajadas importantes
sólo por tu causa dejo,
que tiene que negociar
mil cosas contigo el alma
y vive sin verte en calma.

LIDORA. Déjame, mi bien, tocar.
Por fuerza has, señor, de ver
mis faltas. ¡No me dejaras
tocar primero!

CONSTAN. Dos caras
suelen dar á la mujer,

una hermosa y otra fea;
la hermosa es cuando compuesta
hace al gusto plato y fiesta
y los sentidos recrea.
Pero cuando se levanta
dicen que pone temor,
que una cara en borrador
no enamora, sino espanta.
De ti otro tanto juzgara
á no venirte así á ver,
mas ya sé que, aunque mujer,
no tienes más de una cara.

LIDORA. Reir me has hecho; alza más
aquese espejo.

CONSTAN. ¿Está bien?

LIDORA. Sí; aquesos cabellos ten.

CONSTAN. Los rayos del sol dirás.

LIDORA. ¿Estoy á tu gusto?

CONSTAN. Sí.

LIDORA. Pues no sé cómo, que dejo
de mirarme en el espejo,
mi bien, por mirarme en ti.

CONSTAN. Suelta estos pocos cabellos
al descuido, que es donaire
verte el rostro cuando el aire
está jugando con ellos.
Ahora que te has tocado,
mírate bien, cara esposa,
verás si es mi dama hermosa
y si estoy bien empleado.

LIDORA. No por cierto; más mereces,
que es fea y de necio trato,
mírate tú en tu retrato
y verás cuán bien pareces.

(*Mirase* Constantino *en el espejo y espántase.*)

CONSTAN. ¡Ay!

LIDORA. ¿Qué has visto?

CONSTAN. Un hombre armado
del propio rostro y figura
de Leoncio, que procura
matarme.

LIDORA. ¡Lindo has estado!
¿pensabas burlarme así?

CONSTAN. ¿Turbárame á no ser cierto
lo que he visto?

LIDORA. ¿A Leoncio muerto
no le trajeron aquí?
Calla, que ese es devaneo.

CONSTAN. ¡Ay cielos!, quítale allá
¿no le has visto cual está?
(*Vuelve á mirarse.*)

LIDORA. Sola aquí mi imagen veo.

CONSTAN. Alguna hechicera vil
me pretende dar la muerte
con hechizos de esa suerte;
y si es encanto sutil
no hago de hechizos caso
que soy otro Ulises yo.
Leoncio ya se murió,
¿qué mal puede hacerme?

ESCENA X

Salen un MARINERO *y* MACRINO.—DICHOS.

MARINER. Paso.

MACRINO. Aguárdate allá, grosero.

MARINER. Si está aquí el Emperador
téngole de hablar. Señor,
yo, que un pobre marinero
soy, he sabido que das
premio á quien noticia tiene
de la Emperatriz Irene.

CONSTAN. ¿Tiénesla tú?

MARINER. Sí; sabrás
que en los montes más cercanos
de Constantinopla está,
y fácilmente vendrá
ella y Carola á tus manos,
porque si no es un pastor
no tienen otra defensa.

CONSTAN. Digno eres de paga inmensa;
premiaráte mi favor.
Y á fe que ha de ser de traza
que en vida y trato mejores.
Llamadme mis cazadores,
que quiero salir á caza.

LIDORA. Pues yo os he de acompañar,
que una caza como aquesa
promete famosa presa.

CONSTAN. A mi madre he de cazar;
que pues su vida me mata,
matarla por vivir quiero.

LIDORA. Camila, dame el baquero
de verde y hojas de plata. (*Vanse.*)

ESCENA XI

Salen LEONCIO *de pastor, y* SOLDADOS.

LEONCIO. Soldados del griego Imperio;
capitanes valerosos
de vuestra patria defensa,
de los contrarios asombro;
vosotros que tantas veces
las banderas habéis roto
de la multitud morisca,
y á quien tiembla el mundo todo;
vosotros que habéis vencido
tantos bárbaros remotos,
como son: tártaros, persas,
húngaros, polacos, godos;
vosotros, griegos, en fin,
¿consentís que os rija un mozo,
un Emperador hereje,
un disparatado, un loco?
¿Qué es de vuestro valor, griegos?
¿Qué es del renombre glorioso
con que el magno Constantino
pasó aquí su Imperial trono?
¿Sabéis á qué Augusto César
honran las hojas de Apolo?
¿Queréis ver que hazañas hace?
Escuchadme, pues, un poco:
A la Emperatriz Irene,
que acaudillándoos á todos,
con ser mujer, dejó atrás
los hechos del Macedonio,
prendió, y queriendo matarla,
huyó á los desiertos solos
donde desterrada habita
entre tigres pardos y osos.
La hija del Rey Chipre,
á quien dió mano de esposo,

fué por él menospreciada
la noche del desposorio,
y con una dama suya
casado otra vez, ha roto
la ley de Dios retirando
el primero matrimonio.
Los Senadores ha muerto,
desterrado vive Andronio,
y premiando á quien me mate
huyo en este traje tosco.
Pero todo aquesto es nada,
que de lo que más me asombro,
es que á Dios pierde el respeto.
Los simulacros devotos
de Cristo y su madre y santos
echa en el fuego furioso
y la adoración les niega;
prisiones y calabozos
de mil católicos llenos,
para el martirio están prontos,
por no seguir las blasfemias
de este bárbaro furioso.
¿Este Emperador tenéis,
capitanes belicosos?
¿éste consentís que viva?
¿Acaso es por los tesoros
que con vosotros reparte?
Yo sé que no; porque sólo
los gozan los lisonjeros,
truhanes, rameras y otros
semejantes en sus vicios,
pues ha un año que estáis todos
sin pagas y despreciados.
¡Alto, soldados famosos!
sacudid este vil peso
de vuestros honrados hombros,
y muera aqueste tirano
de Grecia y del mundo oprobio.

UNO. ¡Leoncio, *semper* Augusto,
viva y reine!

TODOS. ¡Viva Leoncio!

LEONCIO. No, soldados, otro habrá
más digno del cargo honroso
que me dais.

TODOS. ¡Leoncio viva!

LEONCIO. Legiones de Armenia, hoy pongo
en vuestras manos mi vida.

TODOS. ¡Viva Leoncio! ¡Viva Leoncio!

LEONCIO. Pues Emperador me hacéis,
desde hoy á mi cargo tomo
vuestra defensa; marchad
á Constantinopla todos,
que allí el de Chipre me aguarda
con armas, gente y socorro
en venganza de su injuria.
¡Cielo benigno y piadoso,
ya miro cierto y cumplido
el pronóstico dichoso
de mi Imperio; no permitas
que tenga fin lastimoso!
¡Alto á Grecia, capitanes,
que os aguardan sus tesoros!

UNO. ¡Muera el loco Constantino!

TODOS. ¡Viva Leoncio! ¡Viva Leoncio!

(Llévanle en brazos; suena dentro ruido de caza y gritan.)

ESCENA XII

CONSTANTINO, MACRINO *y otros*, *luego* LIDORA.

CONSTANTINO.

No vengo á cazar fieras ni es mi intento
que tras el oso ó tigre el lebrel ladre;
cesen las voces que atronáis el viento,
que aquesta caza no es razón que os cuadre.
Si en ella pretendéis darme contento,
en vez de jabalí cazad mi madre,
que ella es la presa que pretendo sola.

(Sale Lidora *de caza.)*

LIDORA.

Cazadores, ¿qué hacéis? dadme á Carola.

CONSTANTINO.

¡Oh, mi nueva Diana! A veros Febo
en ese traje, que érades creyera
su antigua Dafne, y con curso nuevo
segunda vez gozaros pretendiera.

LIDORA.

Como sólo con vos el gusto cebo,
Dafne esquiva para Febo fuera
vueltos laurel mis desdeñosos brazos,
que sólo son de vuestro cuello lazos.

CONSTANTINO.

El sol, que aquese disfavor escucha,
intenta, por vengarse, que os ofenda
de su luz el calor que ahora es mucha;
haced, mi bien, que os armen una tienda
al pie de aquella encina, mientras lucha
mi amor con vuestra ausencia, porque empren-
el fin que intento, y vuestro gusto trace [da
cuando á mi madre con Carola cace.

LIDORA.

Pedidme albricias cuando halléis la Infanta,
que á fe que he de intentar nuevos favores,
y porque Apolo su cenit levanta,
adiós, querido esposo.

CONSTANTINO.

Adiós, amores.
¡Alto, amigos! No quede peña ó planta
que no busquéis, pues de los cazadores
el que hoy lo fuese de mi madre Irene
ser cazador mayor por premio tiene.

CAZADOR 1.°

Dichoso quien tuviere tal ventura;
señores, cada cual tome el camino
distinto y busque sólo la espesura.

CAZADOR 2.°

Bien dices; irme sólo determino.

CONSTANTINO.

Gana de dormir tengo.

MACRINO.

Pues procura
al margen deste arroyo cristalino

recostarte, ó al pie de aquellas hayas,
que yo te guardaré.

CONSTANTINO.

Pues no te vayas.

(Echase á dormir.)

MACRINO.

El apacible sitio me convida
de aquella zarza con taray funesto
y parras enlazada y retejida.
Adiós, durmióse; el sueño tiene presto;
á mi zarza me voy que en ella anida
un ruiseñor y es agradable el puesto.
¡Que el sueño ponga á un hombre de esta suerte!
Bien dicen que es imagen de la muerte.

(Echase á dormir.)

ESCENA XIII

Descúbrese una rueda grande, á cuyos pies estará CONSTANTINO *durmiendo, y en la cumbre estará asentada* IRENE, *armada, con espada, mundo y corona, y á un lado* CAROLA, *que va subiendo, y á otro* LEONCIO, *cabeza abajo, como que se precipita; y á una parte la* FORTUNA, *vendados los ojos, la cual dice primero de dentro.*

FORTUNA.

Ah, Constantino!

CONSTANTINO.

¿Quién mi sueño asalta?

FORTUNA.

La que es más variable que la Luna;
la que al tiempo mejor se muda y salta.

CONSTANTINO.

¿Qué quieres, diosa ciega é importuna?

FORTUNA.

Tu silla derribar, que está muy alta.

(Descúbrese la rueda.)

CONSTANTINO.

¿Qué rueda es esa?

FORTUNA.

La de la Fortuna.

CONSTANTINO.

¿No estaba encima yo, mudable rueda?
Pues ¿cómo estoy abajo?

FORTUNA.

Como rueda.

CONSTANTINO.

¿Quién es aquella, pues, que en lo alto tiene
el trono que he heredado de mi padre?

FORTUNA.

Esta es, cruel, la Emperatriz Irene,
que ya se menosprecia en ser tu madre;
presto verás que á castigarte viene,
pues porque al cielo tu castigo cuadre,
á cuyos santos das tantos enojos,
te ha de sacar aquesos viles ojos.

CONSTANTINO.

Temerosa visión, Fortuna loca,
¿por tan pequeña culpa, pena tanta?

FORTUNA.

Según la que mereces, ésta es poca.

CONSTANTINO.

¿Quién es esa que sube y se levanta
en tu rueda, que á envidia me provoca?

FORTUNA.

Carola es ésta, la inocente Infanta
á quien risueña, su fortuna esquiva,
la mano ha dado porque suba arriba.

CONSTANTINO.

Su virtud lo merece; y ¿qué soldado
es aquél, diosa fácil, á quien quitas
la corona imperial que le habías dado
y al suelo de tan alto precipitas?

FORTUNA.

Leoncio es, que el imperio te ha quitado,
á quien prenderá Irene.

CONSTANTINO.

Al fin limitas
en el caer, si en el subir; ¿y es cierto
que es Emperador?

FORTUNA.

Sí.

CONSTANTINO.

Pues ¿no era muerto?

FORTUNA.

Vida tirana por tu daño tiene,
y ya llega á prenderte.

CONSTANTINO.

¡Ah, de mi guarda!

(Ciérrase la apariencia.)

¡Filipo! ¡Lesbio! ¡Alesio! ¿nadie viene?
¿ah, Macrino?

ESCENA XIV

CONSTANTINO *y* MACRINO.

MACRINO.

Señor, ¿quién te acobarda?

CONSTANTINO.

Prende á Leoncio, da la muerte á Irene,
saca la espada.

MACRINO.

Ya la saco, aguarda.

CONSTANTINO.

Mata á Carola.

MACRINO.

Ten, señor, sosiego.

CONSTANTINO.

¿A Leoncio no ves monarca griego?

MACRINO.

Soñando estás, que no hay persona alguna
en todo aquesto que inquietarte pueda.

CONSTANTINO.

Luego ¿no ves la rueda de Fortuna?

MACRINO.

¿Qué rueda ó qué fortuna?

CONSTANTINO.

Vi su rueda,
y en ella, hasta la esfera de la Luna,
está mi madre, que en su cumbre queda;
sube Carola, cae Leoncio al suelo,
y yo, abatido, mi prisión recelo.

MACRINO.

Déjate de eso, gran señor, sosiega,
pues, es creer en sueños, desatino.

CONSTANTINO.

¿Leoncio, cielos, en mi silla griega?

ESCENA XV

Salen dos CRIADOS, *uno tras otro.*—DICHOS.

CRIADO 1.º

Huye la muerte, invicto Constantino,
que ya Leoncio en busca tuya llega
con la gente de Armenia.

CONSTANTINO.

¿Ves, Macrino,
cómo soñé verdad?

CRIADO 1.º

Toda tu gente
le llama augusto César del Oriente.
Entró en Constantinopla, y en la plaza
la corona le dió su Patriarca,
y sabiendo que aquí viniste á caza,
te viene á dar la muerte.

CRIADO 2.º

Gran Monarca:
el de Chipre las olas embaraza
al pie de aqueste monte, echando á tierra
gran multitud de gente en son de guerra.

CONSTANTINO.

¡Todos son contra mí! mas no me espanto,
que he sido contra todos: ¿No hay do pueda
huir la muerte, pues el cielo santo
es mi enemigo y su favor me veda?
Seguí mis torpes vicios hasta tanto
que me han puesto debajo de tu rueda,
fortuna vil; ¿por qué razón me infamas?
¡Mas, ay, que eché los santos en las llamas!

(*Vase.*)

ESCENA XVI

Sale CAROLA *vestida de pieles.*

Ya creí, Fortuna airada,
que viviendo entre las fieras
me dejaras y estuvieras
con mis desdichas vengada.
Mas, pues hasta aquí me sigues,
mi muerte te es de importancia,
dime, pues, ¿por qué ganancia,
fortuna vil, me persigues?
¿Cuándo entiendes de poner
fin á tu venganza fiera?
Tenme lástima, siquiera
por ser, como tú, mujer.
Mas ¡ay cielos! que imagino
que ya mi fin se llegó.

(*Tocan de dentro cajas.*)

ESCENA XVII

Salen marchando LEONCIO *y* SOLDADOS.—CAROLA.

LEONCIO. No seré Emperador yo
mientras viva Constantino.
Buscadle, que mi rigor
en su oprobio y vituperio,
me trae por cazar su imperio,
á caza del cazador.
Pero ¿qué mujer es esta
que aquí llora, triste y sola?
Cielos, ¿no es esta Carola,
Infanta? Haga Chipre fiesta,
si sois vos; albricias pida
la fama por tantos bienes.

CAROLA. ¿Qué es esto Leoncio? ¿vienes
para dar fin á mi vida?
¿Envía por mí el augusto?
Constantino?

LEONCIO. Yo, señora,
soy solo el augusto ahora,
que de vuestro gusto gusto.
El lauro imperial me ha dado
Grecia de todo el Oriente,
y de que estáis inocente
el Rey de Chipre informado.
Justas venganzas concierta
y con ejército viene
en mi favor, aunque os tiene
él y Roselio por muerta;
yo le dejé satisfecho
de vuestro mucho valor.

CAROLA. Si resucita mi honor,
cielo, poco mal me has hecho.

LEONCIO. ¿Quién os pudo sustentar
sola en aquesta espesura?

CAROLA. Quiso mi suerte y ventura
que, habiéndome echado al mar
casi muerta, á tierra vino
á darme el vital favor
Irene, con un pastor
que, huyendo de Constantino,

en este desierto tiene
más amparo que en su hijo.
LEONCIO. (Ya mi perdición colijo,
si halla mi campo á Irene.
Importaráme quitarla,
si quiero imperar, la vida
antes que sea conocida.)
¿Dónde, Infanta, podré hallarla?
CAROLA. ¿Qué es lo que quieres hacer?
LEONCIO. ¿Que? respetarla y tenella
por señora, pues es ella
quien me ha dado vida y ser.
(Otro intenta el corazón.)
CAROLA. Si eso es así, vamos donde
de su propio hijo se esconde.
LEONCIO. Ya temo mi perdición.
(Gritan adentro.)
TODOS. ¡Viva Irene, viva Irene!
LEONCIO. ¿Qué es esto, fortuna esquiva?
TODOS. ¡Viva Irene, Irene viva!
OTRO. A Irene el Imperio viene.

ESCENA XVIII

Sale un SOLDADO.—DICHOS.

SOLDADO. Todo tu campo, señor,
se amotina; en salvo ponte,
que hallando á Irene en el monte
huyendo con un pastor,
el ejército la aclama
por Emperatriz augusta
y ya de tu muerte gusta
y á voces tu nombre infama.
LEONCIO. ¡Ah! ¡Variable fortuna,
qué poco estuviste queda;
subísteme en tu vil rueda
hasta el cerco de la luna,
y ya me vences y ultrajas!
TODOS. ¡Viva Irene, Irene viva!
LEONCIO. ¿Por qué me subiste arriba
pues que tan presto me abajas?
UNO. Emperatriz es Irene,
ella viva, Leoncio muera.
CAROLA. ¡Cielos!, pues Irene impera,
¿qué aguardo? Pero ya viene.

ESCENA XIX

Salen IRENE *y* SOLDADOS.—DICHOS.

IRENE. A lo menos en prisión,
soldados, es bien que esté
quien á su Emperador fué
traidor; que, si por razón
me da que sus desvaríos
le obligaron á negarle
la obediencia y á quitarle
su imperio y sus señoríos,
responderé que no hay ley
ni razón ninguna hallo
con que despoje un vasallo,
por malo que sea, á su Rey.
No quiero la muerte darte,
aunque la pida tu error,
que un hereje Emperador
á aqueso pudo obligarte.
Pero con tenerte preso
castigaré tu traición.
LEONCIO. Tus pies en mi boca pon,
pues mi locura confieso,
goces señora mil años
del mundo la redondez,
que te conoce otra vez
por su Augusta.
IRENE. Ya los daños
de nuestra persecución,
Infanta, se han acabado;
ya el cielo aclaró el nublado
de su obscura confusión.
Vos imperaréis conmigo,
dadme los brazos.
CAROLA. Ya he dado
por feliz mi mal pasado.
IRENE. Buscad á aquese enemigo.
Castigaré la malicia
con que á tantos ofendió,
que, aunque soy su madre yo,
es mi madre la justicia.
Pero ¿qué es esto? *(Suenan cajas.)*

ESCENA XX

Salen marchando el REY DE CHIPRE, ROSELIO *y* SOLDADOS, *y sacan á* LIDORA *y á* CONSTANTINO *sin espada sale también* ANDRONIO.

REY. ¡Tirano!
De los hombres destrucción,
para tu imperio Nerón,
para tu Dios Diocleciano.
El cielo, que tu mal traza,
me forzó á desembarcar
donde pudiese vengar
mi injuria.
CONSTAN. ¡Ah infelice caza!
CAROLA. ¿Mi padre no es el que aquí,
cielos, con mi hermano veo?
¡Padre mío!
REY. Si el deseo
no me hace salir de mí.
¿Carola es ésta?, Mas no,
que es muerta, ¡fortuna esquiva!
ROSELIO. Bella hermana, qué, ¿estás viva?
CAROLA. Sola mi pena murió.
Dejóme la vida el mar
que vosotros perseguistes.
REY. Años largos, canas tristes,
bien os podéis alegrar.
Aquesos brazos enlaza
á aquesta vejez prolija,
y muera yo luego, hija.
TARSO. ¡Dichosa y alegre caza!
CAROLA. Habla á la Emperatriz griega.
REY. ¿A quién?
CAROLA. A Irene, por quien
hoy nos vino tanto bien,
y á quien Grecia alegre entrega
el imperio que otra vez
gozó.
REY. Qué, ¿aquí estáis señora?
A la cumbre llegó ahora
de sus dichas mi vejez.
Y pues el cielo ha querido

que otra vez por tal misterio
subáis al famoso imperio
que este tirano ha perdido,
juzgadle, señora, vos,
que aunque escondido le hallé
y en él vengar intenté
mis injurias, pues que Dios
os hizo juez superior,
su castigo ejecutad
como madre con piedad,
y como juez con rigor.
También esta mujer loca
por vos juzgada ha de ser,
aunque el ser como es mujer
á lástima me provoca.

IRENE. Yo recibo, sabio Rey,
los presos de vuestra mano,
y si en Roma hubo un Trajano
tan observante en su ley,
dejar en Grecia colijo
memoria que al mundo cuadre,
sacando, aunque soy su madre,
los ojos de un traidor hijo.

CAROLA. Eso no, si es justa cosa
que en aquesta ocasión llegue
á vuestras plantas y ruegue
por Constantino su esposa.
Perdonadle, si merezco
su vida; llegad los dos.

IRENE. Juez de la causa de Dios
he de ser; no me enternezco
con ruegos; llevadle preso
á una torre y denme cargos
todos de sus vicios largos,
que sustanciado el proceso,
sin que me ablanden los llantos
de su esposa, haré de modo
que quede vengado todo
el mundo, Dios y los Santos.
Esa mujer que os sirvió,
por vos sea castigada,
que, pues fué vuestra criada
y siéndolo os injurió,
Infanta, el mayor castigo
que al presente puedo darla
me parece es entregarla
á su mayor enemigo.

CAROLA. Pues no lo tengo de ser
con ella en esta ocasión;
antes, sí mi intercesión
con vos algo ha de poder,
os suplico perdonéis
á Leoncio desde ahora,
como reciba á Lidora,
si os parece, por mujer.

IRENE. Que se casen es razón;
Emperadores han sido
y á un mismo tiempo han caído
del Imperio y su ambición.
Sea su esposa, y si lo niega
dadle muerte.

LEONCIO. Yo, señora,
digo que quiero á Lidora.

LIDORA. Yo y todo, ¡ay fortuna ciega!

IRENE. De secretario mayor,
Tarso, el oficio tendrás,
y con el cargo darás
indicios de tu valor
digno, que le envidió el mundo.

TARSO. Tus pies imperiales beso.

IRENE. No estoy contenta con eso,
en premiarte más me fundo.

TARSO. Das señora testimonio
de quien eres; ya estoy rico.

REY. Pues yo también os suplico
que, dando perdón á Andronio,
le volváis á su privanza,
que huyendo de Constantino
á valerse de mí vino.

TARSO. Baste la burla en venganza
que le hice disfrazado
de mujer.

IRENE. Yo, Rey, concedo
cuanto pidáis.

REY. Y yo quedo
por mil partes obligado.

IRENE. ¿Dónde al Príncipe mi nieto
dejaste, Tarso?

TARSO. Escondido
en un roble le he tenido,
temiendo el mortal aprieto
en que la persecución
nos puso de Constantino.

IRENE. En su nombre determino
gozar de la posesión
del Imperio; ve por él,
y á Constantinopla vamos
donde bautizar le hagamos.

CAROLA. Yo con mi padre y con él
irme á Chipre determino,
porque no podré sufrir
en toda Grecia vivir
viendo preso á Constantino.

IRENE. Quédese, pues, el Infante
por general de la guerra
en todo mi imperio y tierra,
que de este cargo importante
es digno.

ROSELIO. Tus plantas beso.

IRENE. Alto: á mi Corte, soldados,
que en ella seréis premiados
como merecéis.

TODOS. Con eso
danos, señora, esos pies.

UNO. ¡Viva Irene!

TODOS. ¡Viva Irene!

TARSO. Este fin, senado, tiene
La República al revés.

EL AQUILES

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Ulises.
Nicandro.
Telémaco, *niño.*
Quirón, *viejo.*
Héctor.
Aquiles.
Briseida.
Tetis, *dama.*
Licomedes.
Peloro.
Menelao, *Rey.*
Patroclo.
Lisandro, *Principe.*
Diomedes.
Palamedes.
Garbón, *pastor.*
Deidamia, *Infanta.*
Casandra.
Nisiro, *soldado.*
Tebandro.
Policena.
Soldados.
Un Criado.
Un Paje.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen Ulises, Telémaco, *niño, y* Nicandro, *griego.*

Ulises.

Nunca al tálamo justo,
coyundas de Himeneo,
de Peleo y de Tetis enlazaras
con la cerviz el gusto;
ya que dió á Peleo
la mano Tetis, nunca convidaras
los dioses, ni injuriaras
la discordia traviesa,
cuya manzana de oro
ponzoña dió en tesoro
é infausta sobremesa
á la ocasión tirana
si hechiza á toda Grecia una manzana.
Nunca fuera piadosa
con el pastor tirano
la osa tributaria de sus pechos,
ó ya que de una osa
mamó el licor villano,
pues al monstruo cosario pagó pechos
nunca de él satisfechos,
árbitro juez le hicieran
competidores ojos,
ocasionando enojos,
que tal venganza esperan,
si yo llevo la pena,
la gloria Venus y la culpa Elena.
¡Ay Penélope bella!
¡ay hijo amado mío!
mitades de mi vida; en mi tormento,
estorbos atropella
de amor el señorío
cuando á la honra obliga el juramento.
Contra el pastor violento
todos los griegos Reyes
juraron la venganza
de Menelao, y alcanza
el rigor de sus leyes
á mi quietud sabrosa
seguro con tal hijo y tal esposa.
El parche vengativo
á vuestro Ulises llama,

detiene amor y el juramento aprieta,
si no me parto vivo
con riesgo de mi fama
al qué dirán del vulgo vil sujeta;
si me parto, es profeta
el alma de los daños
que en esta ausencia temo;
y entre uno y otro extremo,
miedos y desengaños
confusa traen mi vida
partida entre el sosiego y la partida.
El honor me aconseja
que no pierdan los ojos
de vista esposa que apetecen tantos,
y el mismo honor no deja
que, asegurando enojos,
tímido quiebre juramentos santos;
encuéntranse los llantos
de obligación y ausencia;
aquélla me da prisa,
y ésta mi muerte avisa;
¿qué hará, pues, mi paciencia
sin una y otra joya,
de tres almas en Grecia, un cuerpo en Troya?

NICANDRO.

De dos forzosos daños,
el menos peligroso
escoge el sabio que el peligro mide;
á tus maduros años,
Ulises generoso,
consultando el menor, consejos pide.
Si el alma se divide
partiéndote de Grecia
en las prendas que adoras
y contando las horas
que la quietud desprecia,
Penélope está enferma,
¿por qué querrás dejar tu patria yerma?
Procure el injuriado
vengar agravios suyos,
y de Elena castigue la mudanza,
que no por su cuidado
es bien crecer los tuyos
y á tu esposa olvidar por su venganza.
Si tu experiencia alcanza
los daños que recuerdas,
¿será prudente cosa
por que él cobre á su esposa
que tú la tuya pierdas?
¿y que en demanda ajena
á Penélope dejes por Elena?

TELÉMACO.

Padre, no se me ausente,
que está mi madre mala
y se nos morirá si la desprecia;
si mis suspiros siente
y el tierno amor iguala
á la hermosura y caridad de Grecia,
¿no será cosa recia
que tal esposa é hijo
por ausentarse olvide?
Mi madre esto le pide,
y si se va, me dijo
que no esperase, padre,
gozar una hora más viva á mi madre.
Pues si ella se me muere
y el padre se me ausenta,
huérfano de los dos, ¿de mí qué aguarda?
Quédese en casa, ¿quiere?
Tendrála á ella contenta
y á mí seguro en su amorosa guarda;
advierta que si tarda
de asegurar temores
dos vidas atropella,
pues muerto yo con ella,
aumentaré dolores
diciendo en la otra vida
que de su esposa é hijo fué homicida.

ULISES.

¡Ay, Telémaco mío!
Persuasivo, elocuente,
anegarme en tu tierno llanto puedes;
cada perla es un río
que en líquida corriente
á las del Nilo en eficacia excedes.
Ya viene Palamedes
á llamarme perjuro
si el juramento santo
que al cielo hice quebranto;
no está mi amor seguro
si niego mi partida,
ni si me parto lo estará mi vida.
Pero si el amor fuerza
y el juramento obliga,
venza el amor, pues es mayor su exceso;
¿qué fuerza hay que á su fuerza
resista, sin que siga
yugo inmortal que á tanto dios ha preso?
Quíteme amor el seso
y no me quite ahora
mi esposa por la ajena;
robó Paris á Elena,
si Menelao la adora,
réstame su hermosura,
que no hay obligación donde hay locura.

(Llévase el niño y vase.)

ESCENA II

Salen PALAMEDES y PELORO.—NICANDRO

PALAM. No queda en Grecia señor
que no parta contra Troya,
y esta acción sólo se apoya
en el ingenio y valor
de Ulises, pues sus ardides,
si á sabios se ha de creer,
de más provecho han de ser
que las hazañas de Alcides.
Juró defender á Elena
con los demás en la ley,
que Tíndaro, griego Rey,
si no la cumplen, condena.
Robóla Paris; si intenta
Ulises buscar ahora
excusas por ver que llora
Penélope, de su afrenta
serán los dioses testigos;
pues sus aras menosprecia,
y á los Príncipes de Grecia

tendrá por sus enemigos.
El ejército me envía
por él.

PELORO. Amor, que es más fuerte,
y á las puertas de la muerte
con Penélope porfía,
ó acabarla, ú obligar
á que su esposa se quede,
en tal juramento puede
justamente dispensar.

NICANDR. Dejar sola tal mujer
ni es amor ni es fortaleza,
tiraniza á la belleza,
ya la ausencia, ya el poder.
Y si uno y otro se junta
y tantos la han pretendido,
siendo madre del olvido
la ausencia, llore difunta
su honra, Ulises ausente.

PALAM. Penélope es la más casta
de toda Grecia.

PELORO. No basta
ese valor excelente
para el recelo que lleva,
ni puede discreto ser,
siendo vidrio la mujer,
quién con la ausencia la prueba.
Según esto, no os espante,
viendo que á la muerte está,
si Ulises con vos no va.

PALAM. Menos valiente es que amante;
pero yo no he de ir sin él
ó ha de quedar por perjuro,
pues la victoria aventuro
que tengo cierta por él.

ESCENA III

Sale ULISES *medio desnudo y loco.*—DICHOS.

ULISES. Toquen las cajas aprisa,
y pues Grecia á Troya pasa,
abrase Ulises su casa.
¿Hércules está en camisa?
Deyanira le pegó
la ponzoña del Centauro.
Creta encierre el Minotauro,
que Pasifé le parió;
pobre Minos, ¿qué dolor
de cabeza os atormenta?
El marido que se ausenta
eche en remojo su honor.
Toro se llama la cama
del matrimonio en latín,
etimología ruin
sacará de ella la fama,
díganlo los adivinos,
mientras yo mi ausencia lloro,
¿la Pasifé con el toro
y sin azotalla Minos?
¡Oh, bellaco! ¿De malicia
qué laberintos trazáis
y á mí á Troya me enviáis?
¡Malos años! ¿no hay justicia?

PALAM. ¿Qué es esto?

NICANDR. Ulises sin seso,
que á no perderle, no fuera
tan discreto, ni quisiera
su esposa en tanto exceso.

PELORO. Deja la mayor belleza
que enamoró al dios rapaz
el reino que goza en paz
y un hijo de su riqueza
y discreción heredero;
pártese á ajenas venganzas,
el honor teme mudanzas
y amor desnudo el acero.
Quien ama cuerdo, ama poco;
ama mucho y loco está.

PALAM. Cobarde temor será
y engaño el fingirse loco.
Ya Grecia tiene experiencia
de sus astucias, malicia
es toda.

ULISES. *(Pregona y azótase.)*
Esta es la justicia
que manda hacer el ausencia
á un recién casado (dale;
¡oh, cómo escuece el traidor!)
que se ausenta de su honor
y de su casa se sale.
¡Qué indigenta está la penca!
Gran delito debe ser
dejar á propia mujer
por otra mujer mostrenca.
Libros hay de ejemplos llenos,
donde leerá el que los trata
que es un asno el que se mata
cual yo por duelos ajenos.
Por Dios que estábamos buenos
dejándonos en los nidos
los pajaricos perdidos
en uñas del gavilán.
El refrán
diga que á muertos y á idos
no hay amigos, mas yo trueco
(perdóneme Dios si peco)
á estos versos los sentidos,
y entendidos,
rezan con causa mayor
que el honor
canta, que á muertos y á idos
no hay maridos,
no hay maridos, que es peor.
Pues si entre ausencias y olvidos
de la honra no hay noticia,
y de milicia á malicia
va tan poco,
¿quién se parte á la milicia?
¿Ausencia necia
á mí sacarme de Grecia?
¡Malos años! no hay justicia.

NICAND. ¿Hay lástima semejante?

ULISES. ¿Yo, entre cajas y pendones,
marido de comisiones?
Vaya la mujer delante,
llore y cante
como cuerdo y como loco
quien tiene su honor en poco,
que yo, entre el llanto y la risa,
ni tengo espacio ni prisa.
Menelao su enojo aplaque
y vengue su badulaque,
porque, cual dijo mi abuela,

á quien le duele la muela,
la muela, que se la saque;
ó si no yo iré á la guerra,
como no quede en mi tierra
hombre que amando negocia;
que yo ausentarme no quiero
si no los llevan primero
á todos á Capadocia.
¿Penelopica en Escocia,
y yo sin Penelopica?
(¡Fuego de Dios, cómo pica!)
Ella hilando, otros urdiendo,
y amor la trama tejiendo
en mohatras la avaricia
conquistando la codicia.
¿Pasife abrazando al toro
y Venus al monstruo de oro?
¡Malos años! no hay justicia.

PELORO. ¡Desgracia, por Dios, extraña!

NICAND. Notable fuerza de amor.

ULISES. De alfeñique es el honor
y la mujer es de caña,
si á Paris Elena engaña
llévese él la penitencia;
¿comílo yo? ¿hay tal sentencia?
mandar pagar sus amores
justos hoy por pecadores.
Donosa es, por Dios, la maula,
metiérala en una jaula,
ó colgarásela al cuello,
que yo (si quieren sabello),
loco, mas no mentecato,
no dejo la carne al gato
ni á los osos la colmena;
si Elena es mala ó es buena
allá se lo haya;
si se fué á holgar á la playa
tómese lo que la vino,
que el borracho junto al vino
dirá la jurispericia
que es malicia;
lo que el Troyano comió
¿quieren que lo escote yo?
¡Malos años! no hay justicia.
(Vase.)

NICAND. Id tras él, que está furioso;
no le suceda algún daño.

PALAM. Todo esto es ficción y engaño.
Ulises es cauteloso:
yo probaré su locura
ó fingido frenesí
que no ha de excusar así
su miedo y nuestra ventura. *(Vase.)*

ESCENA IV

Sale ULISES *sembrando sal.* — DICHOS *menos* PALAMEDES.

ULISES. Fuera, que soy labrador;
sal siembro en lugar de pan,
porque así no picarán
avechuchos en mi honor;
tienen á mi esposa amor
muchos, y por Dios que es malo;
la sal preserva al regalo,
mi esposa se queda acá,
y no se me dañará
si aunque me ausente la salo.
(Siembra.)
¿No es la sal sabiduría?
El sembrarla, pues, me importe,
que hay poca, y anda en la Corte
en coches la bobería;
hay notable carestía
de doncellas recatadas;
las más están decentadas,
por eso me ocupo en esto,
que si se dañan tan presto
es porque no están saladas.

NICAND. Rey, gran señor, vuelve en ti.

ULISES. Bueno, ¿pues paréceos mal
sembrar mi casa de sal
y esterilizarla así?
El amor ¿no es fuego? Sí.
¿No es estopa la hermosura?
Pues si abrasarla procura
el fuego del amor ciego,
saltar ha la sal del fuego
y mi honra estará segura.
Ea, ya habemos sembrado;
démosle ahora una reja;
quien se va y su mujer deja
no cogerá fruto honrado;
¿no entierra al grano el arado,
que con el tiempo batalla,
y después colmado se halla?
Pues quien quisiere coger
fruto de honra en la mujer,
cuando se ausente, enterralla.
La deshonra es, á mi cuenta,
mastín que á la fama ladra;
mirad si el nombre le cuadra,
pues muerde al pobre que afrenta;
luego si mi amor se ausenta
y da tras mí, (1)
¿no es bueno sembrar sal? Sí;
y no sembrarla, ¿no es malo?
sí; que al perro, si no hay palo,
el remedio es «¡sal aquí!»
Vosotros me serviréis
de guebras, poneos aquí.
(Ara con ellos.)

PELORO. Si ha de sosegarse así,
sigamos su humor.

ULISES. ¿No veis
que es justo que me ayudéis,
pues cultivar mi honor quiero?
Are el cuidado primero
lo que la opinión sembró;
mas con bueyes, eso no,
que en tal tierra es mal agüero,
mejor es el azadón
(Toma el azadón y cava.)
y ahorraremos de molestias,
que no es bien fiar de bestias
el honor y la opinión;
quitemos toda ocasión,
ningún terrón nos impida
la cosecha en mi partida,
que es tropezón la belleza,
y la mujer, si tropieza,
dadla también por caída.

(1) Verso incompleto en el original.

ESCENA V

Sale PALAMEDES *con* TELÉMACO *en los brazos.*—DICHOS.

PALOM. Ea, Ulises, yo también
soy labrador como vos,
sembremos juntos los dos.
ULISES. Pardiez, vaya, decís bien.
PALAM. Porque buen año nos den
frutos de esta sementera
grano es Telémaco, muera,
(Saca la daga.)
y os dará el tiempo oportuno
los hijos ciento por uno
á la cosecha primera.
Con su sangre es bien regar
la tierra, pues que no llueve;
muera, y fruto el campo lleve.
TELÉM. ¿Por qué me quiere matar?
Padre, llégueme á vengar.
PALAM. Yo seré el ejecutor,
muera el fruto, aunque esté en flor,
y multiplique despojos.
(Vale á dar. Tiénele Ulises.)
TELÉM. ¿Padre?
ULISES. ¡Ay hijo de mis ojos,
tierno efecto de mi amor!
Si con prueba tan costosa
se ha de excusar mi partida,
Ulises pierda la vida
y auséntese de su esposa.
Mi locura cautelosa,
Palamedes, ya ha cesado;
obedezcamos al hado
y no pierda yo opinión
con vos, pues cualquier perdón
merece el temor casado.
PALAM. Con la victoria presente
mi fama á ilustrar comienzo,
que, pues en ingenio os venzo,
más que todos soy valiente.
Vamos, Ulises prudente,
á Troya, que la venganza
tiene puesta su esperanza
sólo en vos, pues más efeto
hace un capitán discreto
que el arnés, la flecha y lanza.
Consolad á vuestra esposa,
y veréis que en esta ausencia,
si es casta por excelencia,
os gana fama gloriosa.
ULISES. ¡Ay prenda del alma hermosa!
En fin, me parto y os pierdo;
honor, entrad en acuerdo,
y pues en el mal que toco
no bastó fingirme loco,
sed vos en mi ausencia cuerdo.
(Vanse.)

ESCENA VI

Salen: AQUILES, *que ha de hacer la mujer vestida de pieles con un birtón, y* QUIRÓN, *viejo, también de pieles, y* TETIS, *bizarramente vestida de campo.*

QUIRÓN. Ya no te pueden sufrir,
Aquiles, estas montañas,
á nadie dejas vivir;
de tus costumbres extrañas
todos procuran huir;
¿qué pastor por ti no está
señalado?; ¿qué pastora,
cuando á su cabaña va,
de ti no se queja y llora,
y mil querellas me da?
No diferencias los brutos
de los hombres, ni aun los frutos
de ti se pueden librar,
pues, antes de madurar,
forzados te dan tributos.
No sé yo de qué aprovecha
lo mucho que te he enseñado,
la ciencia está satisfecha
con el natural templado
que el bárbaro ser desecha.
Hizo á la filosofía
para moderar pasiones,
el Sol, que todo lo cría;
en ella te di lecciones,
y en ti lograrse podría;
la música, ya tu sabes
que con agudos y graves,
ánimos silvestres templa,
y que el que en ella contempla
le da del alma las llaves.
Tocas el arpa y la lira
y tus costumbres no tocas;
quien te oye cantar se admira,
y de tus costumbres locas
asombrado se retira.
Debajo de tal belleza,
¿es posible que se esconda
tan cruel naturaleza?
En las fieras corresponda
al cuerpo la rustiqueza,
pero no en ti, cuya suerte,
si tan bello quiso hacerte,
arrepentido repara
que enamoras con la cara
y con los brazos das muerte.
AQUILES. Tú tienes la culpa de eso;
desde niño me criaste,
Quirón, robusto y travieso;
con leche me alimentaste
de una onza, así profeso
el natural heredado
de la leche que mamé.
Carnes de fieras me has dado
á comer, nunca gusté
ni la liebre ni el venado.
En éstos el temor crece
que huyendo los envilece;
imitando á esotros voy;
bien haya, pues su hijo soy,
quien á los suyos parece.
TETIS. ¿Hijo de las fieras?
AQUILES. Sí.
TETIS. ¿Y no mío?
AQUILES. El ser primero
te debo, pues que nací
de ti, pero no el postrero
que del sustento adquirí.
Ya sé que el Rey Peleo fué
mi padre y esposo tuyo;

pero como me crié
entre estos montes, concluyo
que en ellos me transformé.
A Quirón me encomendaste;
forma quejas, madre, de él
si tan diverso me hallaste,
que yo estimo ser cruel
en más que ser tu hijo.

QUIRÓN. Baste.

AQUILES. Voy á vengar en leones
y tigres lo que no puedo
en vuestras reprehensiones.

TETIS. Hijo, espera.

AQUILES. Escuche el miedo
consejos y persuasiones. *(Vase.)*

ESCENA VII

DICHOS, *menos* AQUILES.—*Dentro* DEIDAMIA *y* VOCES.

TETIS. ¡Ay hijo del alma mia!
ese valor ha de ser
mi muerte, y yo he de perder,
perdiéndote, mi alegría.
Quirón: un mortal asombro
ocasionó mi camino;
el oráculo divino
y mil sabios que no nombro
me afirman que si se parte
con el ejército griego
mi Aquiles á Troya, el fuego
que Venus ofrece á Marte
ha de ser su perdición;
muerte le han de dar cruel,
puesto que quede por él
asolada la nación
que en Troya á Paris ampara.
Esto profetiza Apolo;
es hijo Aquiles, es solo
y es los ojos de esta cara.
Si siempre que se me acuerda
que su luz me ha de faltar
excede mi llanto al mar,
¿qué he de hacer cuando le pierda?
Tú, que su ayo y maestro
eres desde que salió
al mundo, y de quien fió
mi fe el amor que le muestro,
aconséjame del modo
que podré librar su vida,
que á esto ha sido mi venida.

QUIRÓN. Ya yo sé que el mundo todo
ha de registrar Ulises,
que de buscarle se encarga,
y á cuya prudencia larga
los más remotos países
no han de poder defenderle.
Si su natural inquieto
diera lugar al secreto,
lo mejor fuera esconderle.
Mas ¿cómo tendrá sosiego
encerrada la inquietud,
con grillos la juventud,
y dentro la mina el fuego?
¿Pero qué es ello?

TETIS. ¡Ay de mí!
(De dentro voces y ruido.)

DEIDAM. ¡Aquí, cazadores míos,
favor!

AQUILES. No huyáis, persuadíos
que no soy mónstruo.

DEIDAM. ¡Aquí, aquí!

AQUILES. Hechizo que el viento excedes,
detén el curso y temor;
hombre soy.

DEIDAM. Dadme favor,
vasallos de Licomedes.

TETIS. Este es mi Aquiles; procura
sosegarle.

QUIRÓN. El es de suerte
que ó los ha de dar la muerte
ó hacer alguna locura. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Sale AQUILES *con* DEIDAMIA *en los brazos, que vendrá vestida de caza bizarramente.—Luego* CAZADORES.

AQUILES. Desmayóseme en los brazos.
(Pónela en el suelo.)
Emboscado estoy seguro;
aquí corre un cristal puro
que el cuerpo divide en lazos.
Cristal con cristal pretendo
resucitar.

DEIDAM. ¡Ay de mí!
¿Dónde estoy?

AQUILES. Ya ha vuelto en sí.
Dos soles están lloviendo.
Sosegad, mi cazadora,
que si da gusto la presa
á quien la caza profesa,
un alma que en vos adora
tenéis á los pies rendida;
mas ¿qué mucho la rindáis
si con dos flechas tiráis
que, dando muerte, dan vida?

DEIDAM. Monstruo, mas no digo bien,
que ofendo tu gentileza,
aunque tan rara belleza
monstruosidad es también.
Deidad de este bosque umbroso,
héroe, semidiós ú hombre,
que no hallo decente nombre
que cuadre á tu rostro hermoso;
mira que heredera soy
hija del Rey Licomedes,
y que si el límite excedes
honesto y dos voces doy,
tengo esta montaña llena
de monteros que podrán
darte muerte y mezclarán
con mi venganza mi pena.

AQUILES. Princesa de mis ojos,
que, pues en ellos tiene
su origen mi esperanza
justo es que en ellos reines,
recelos asegura,
que no osan atreverse
á tu deidad hermosa
deseos descorteses.
Efectos tan contrarios

en mí ha causado el verte,
que hielas por lo grave
y por lo hermoso enciendes.
Solía yo, y no ha mucho,
matando entretenerme,
haciendo mal holgarme,
pacífico ofenderme,
cazando día y noche,
huían igualmente
de mí por esos campos
los brutos y las gentes.
¿Qué rústico los pisa
que en viéndome no tiemble,
de día no se esconda,
de noche no me sueñe?
¿Qué serranilla simple
me mira que dispense
con ella la hermosura
humilde por silvestre?
Los más robustos árboles
de aquestas selvas verdes,
temblándome en sus hojas
dan muestras que me temen.
Los tigres y leones,
sin que mi lucha esperen,
huyendo con bramidos
me aplauden más valiente.
Tú sola, victoriosa,
trofeos grabar puedes
en bronces inmortales,
pues sola tú me vences.
Salí á buscar venganzas
de agravios que reprenden
en canas venerables
dictámenes crueles,
y cuando más furioso,
miréte en una fuente
copiando tu hermosura
cristales por pinceles,
templado suspendíme,
suspenso contempléte,
perdíme contemplándote,
contemplando adoréte.
En agua me abrasaste,
no sé si fué agua ardiente,
más sé que de ella forjas
rayos para vencerme.
Alzaste los dos soles,
y apenas llegó á verme
la luz que en ellos vive,
cuando á los vientos leves,
hurtándoles las alas
la fugitiva liebre,
no osó cuando corrías
correr más, por correrse.
Talares de Mercurio
me dió mi feliz suerte,
pues te alcancé amoroso
y te detuve alegre.
Desmayos y temores,
si frágiles, prudentes,
al pecho retiraron
corales y claveles.
Mas ya que restituyes
á la animada nieve
la púrpura usurpada
que á darla esmaltes vuelve,
penetra con los ojos
un alma, que entre pieles
rendida te idolatra
y humilde te obedece.

DEIDAM. Discreto, persuasivo,
¿en qué escuelas aprendes
retórica amorosa
en montes elocuente?
Conclúyesme elegante,
hermoso me enterneces,
compuesto me aseguras
y sabio me convences.
Si como amante obligas,
mi rigurosa suerte
hubiera excepcionado
mi gusto antes de verte,
y no tuviera padres,
cuya obediencia prende
en concertadas bodas
el alma que suspendes,
¿qué dicha como amarte?
¿qué gloria como hacerte
del reino y alma mía
señor eternamente?
Mi padre me da esposo,
que ya por ti aborrecen
los ojos, que no ha un hora
lloraban hasta verle.
Soy hija, es Rey severo
mi padre Licomedes;
¿á quién no obligan padres?
¿á quién no fuerzan Reyes?
Amante de imposibles
soy ya, véngate en verme
imposibilitada
del bien que mi alma pierde.
Nunca pluguiera al hado
sacara al campo redes
que en vez de fieras y aves
su cazadora prenden,
pues volveré á mi Corte,
si loca por quererte,
eternizando llantos
que tu memoria aumenten.

AQUILES. ¿Pues quién será bastante,
si tú, mi bien, me quieres,
á violentar tu gusto?
yo soy... (*Voces y ruido de dentro.*)

CAZA. 1.º Aquí, aquí gente.

CAZA. 2.º Aquí, que el fiero monstruo
nuestra Princesa ofende;
cercad todo este bosque,
echadle los lebreles.

AQUILES. ¿Qué es esto?

ESCENA IX

Sale GARBÓN, *pastor*.—DICHOS.

GARBÓN. Señor mío,
huye, si no pretendes
que con tu muerte lloren
los prados y las gentes;
con flechas y con dardos
cercando el bosque vienen
monteros atrevidos
de la Princesa y Reye;

asegurar la vida
por este atajo puedes;
¿qué harán, si aquí te matan,
sin ti Quirón y Tetis?

AQUILES. ¡Oh estorbos envidiosos
de los mayores bienes,
que en cifras de hermosuras
los cielos comprehenden!
Sabréis quién es Aquiles.
Hermoso Sol que enciendes
un alma hasta hoy de bronce;
si para detenerte
son ruegos poderosos
y, como afirmas, tienes
amor á quien ya llora
el verse de ti ausente,
espérame no más
del tiempo y plazo breve
que tardo en quitar vidas
á los que nos ofenden.
Garbón, sé tú mi Argos,
y mientras mi amor vuelve
á reiterar favores,
guárdame diligente
la prenda que te fío.
¡Ay cielos, si te duermes,
para pagar descuidos
qué pocas vidas tienes! *(Vase.)*

ESCENA X

GARBÓN *y* DEIDAMIA.

GARBÓN. Par Dios bueno; ¿yo alcaide,
en bosques, de mujeres
que aprenden cantonadas,
si aún no sé guardar bueyes?
Sabrá, señora mía,
que yo he sido sirviente
de Arquillas y Esquilón
un año y cuatro meses.
Hame hecho este muchacho
mastín suyo; ¿qué quiere?
Par Dios, si se me escurre
que es diabro y me despierne.
Con ella ha de agarrarme
para que no me deje,
seré siquiera un rato
de tal hembra corchete.

DEIDAM. ¡Ay confusiones mías!
decid, ¿aguardaréle?
Mas ¡ay! que si le aguardo
mi honor ofensas teme.
Pues ¿qué queréis? ¿que huya?;
mas si en el alma viene
al vivo retratado
y en ella asiento tiene,
¿quién huye de sí misma
que en sí misma no lleve,
si alas, también grillos
que vuelan y detienen?

ESCENA XI

Sale QUIRÓN.—DICHOS.

QUIRÓN. Huye, Princesa hermosa,
los ímpetus crueles
de un mozo ocasionado
de amor y de años verdes.
No aguardes cortesías
de quien á nadie teme,
que pocas coyunturas
de amor fueron corteses.
Cebado en matar hombres,
lugar y tiempo ofrece
para que al Rey, tu padre
y mi señor, te lleve.
Aquí tengo un caballo
que á los del sol excede
y lleva pies de plumas
con que ligera vueles.
¿Qué aguardas?

DEIDAM. ¡Ay amor!,
¡ay honra!, indiferente
estoy entre vosotros;
pero si la honra vence
donde el valor se estima,
perdone amor aleve,
que jura hasta que goza
y goza hasta que miente.
(Vanse los dos.)

ESCENA XII

GARBÓN.

Señor... ¡A esta otra puerta!
Llevósela; si vuelve
Arquillas y no la halla,
¿que hará, Garbón probete?
El diabro que le aguarde,
mas hétele á dó viene;
aquí hay un alcornoque,
su hueco ha de esconderme.
No tengo, si me agarra,
para el primer puñete,
que así despacha tigres
como Garbón molletes.
(Escóndese en el tronco de un árbol.)

ESCENA XIII

Sale AQUILES.—DICHO.

AQUILES. Huyeron, y sin seguillos
sólo he querido espantallos,
que son de mi bien vasallos
y no es justo perseguillos.
Después que amo, traigo grillos,
sino es para aquí, en los pies;
aquesta mi prisión es
y aquí me aguarda mi hechizo.
Mas ¡ay cielos!, ¿qué se hizo?

GARBÓN. El alma traigo al revés.
(Asomándose entre las ramas.)
Temblando estoy.

AQUILES. ¿Mi señora?
¿mi sol, mi gloria? ¡Ay de mí!

GARBÓN. Par Dios, si me encuentra aquí,
que no vivo un cuarto de hora.

AQUILES. ¡Garbón, Garbón!

GARBÓN. Agora
topa conmigo, y si llega,
por un pie me agarra y juega

á la pelota y me arroja,
si por no hablarle se enoja,
al cielo, y desde allí á Noruega.
Más vale antes que me toque
hablarle, como que soy
su dama, y por él estoy
convertida en alcornoque,

AQUILES. Si no queréis que provoque,
deidades, la religión
que os da el mundo sin razón,
volvedme la prenda mía.

GARBÓN. Si á los dioses desafía,
¿qué no hará de vos, Garbón?
Si á injuriar los dioses llega
con tal furor, ¿qué no hará
de quien destilando está,
de puro miedo, pez griega?

AQUILES. Si mi sol su luz me niega,
¿dónde irá ciego quien ama?
Mi bien, mi gloria.

(*Dentro del árbol, disimulando la voz, responde* Garbón.)

GARBÓN. ¿Quién llama?

AQUILES. ¡Ay cielos! ¿quién eres?

GARBÓN. Fuí
quien te adoraba.

AQUILES. ¡Ay de mí!

GARBÓN. Y ando ya de rama en rama;
hazte allá, que quien me toca
comete un grave pecado.

AQUILES. ¿Hate algún Dios transformado?

GARBÓN. ¡Y cómo!

AQUILES. ¿En qué?

GARBÓN. En alcornoca.

AQUILES. Si Apolo á Dafne provoca
hasta en laurel convertilla,
si Clecie á su luz se humilla
la cabeza vuelta en flor
y Apolo le tuvo amor,
no es nuevo, aunque es maravilla.
¿Amábate Apolo?

GARBÓN. Sí.

AQUILES. ¿Quísote gozar?

GARBÓN. También.

AQUILES. ¿Y huiste de él?

GARBÓN. Con desdén.

AQUILES. ¿Fuete siguiendo?

GARBÓN. Hasta aquí.

AQUILES. ¡Que en tal ocasión me fuí!
¿Llamaste algún dios?

GARBÓN. ¿Y cómo?

AQUILES. ¿Y qué dios era?

GARBÓN. El dios Momo.

AQUILES. Por sus efectos lo veo;
mas máteme mi deseo
si venganza de él no tomo.
¡Ay amor siempre cruel! (*Al árbol.*)
mi planta serás divina,
como de Hércules la encina,
como de Apolo el laurel.
Consagraréte como él,
ya que tuve tales fines.

GARBÓN. No es bien que en eso imagines.

AQUILES. ¿Por qué?

GARBÓN. Ya está consagrado
el alcornoque, abogado
de corchos para chapines.

AQUILES. ¿Qué disparates son éstos?
¿quién hace burla de mí?
Desgajaréte, y así
veré engaños manifiestos.
(*Desgaja la mitad del árbol y sale* Garbón.)

GARBÓN. Señor, los hinojos puestos
tiemblo y te pido perdón.

AQUILES. ¿Quién eres?

GARBÓN. Yo soy Garbón.

AQUILES. ¿Qué es de mi princesa bella?

GARBÓN. Ocupada está, vo á vella.

AQUILES. ¿En qué?

GARBÓN. Si he de hablar verdad,
en cierta necesidad
que él no puede hacer por ella.

AQUILES. ¡Ah traidor!

GARBÓN. Ea, ya comienza.

AQUILES. ¿Qué es de mi bien, hombre vil?

GARBÓN. Fuese á atar un cenogil,
que tuvo de mí vergüenza.
No sé si era orillo ó trenza;
pero presto volverá.

AQUILES. ¿Huyó de mi amor?

GARBÓN. Verá
cuál se la traigo.

AQUILES. Detente.

GARBÓN. Dando estoy diente con diente.
Espulgándose estará;
luego viene, aguarde un poco.

AQUILES. ¿Huyes, villano?

GARBÓN. Me escurro.

AQUILES. Aguarda.

GARBÓN. Aguárdele un burro. (*Vase.*)

AQUILES. A qué furor me provoco.
(*Va tras él, sale al encuentro* Tetis *y tiénele.*)

ESCENA XIV

TETIS *y* AQUILES.

TETIS. Hijo, detente.

AQUILES. Estoy loco.

TETIS. Ya me ha contado Quirón
la fuerza de tu afición;
por Deidamia estás perdido,
á remediarte he venido;
fin á tus pesares pon.

AQUILES. ¿Quién es Deidamia?

TETIS. El espejo
en que te miras.

AQUILES. ¿Y adónde
está? ¿Qué es della? Responde.

TETIS. Llevóla á su padre viejo,
Quirón.

AQUILES. Pagará el consejo
muriendo Quirón tirano. (*Llora.*)

TETIS. Refrena el enojo vano,
que no eres hombre, pues lloras.

AQUILES Adórola.

TETIS. Si la adoras
yo te la pondré en la mano.
Dispónte tú á obedecerme
y dispondréte á alcanzarla.

AQUILES. ¿Cómo podrás tu obligarla?

TETIS. Todo es posible.

AQUILES. Ofenderme
será, madre, el prometerme
cosas que no has de cumplirme.
TETIS. Determínate seguirme,
hijo, y á no replicarme,
que tu amor sabrá enseñarme
y mi industria prevenirme.
AQUILES. ¿Qué me podrás tú mandar,
por imposible que sea
que, como á Deidamia vea,
dificulte ejecutar?
TETIS. Tiéneslo de rehusar.
AQUILES. No tengas temor.
TETIS. Si así
lo cumples, vente tras mí.
AQUILES. Qué, ¿á Deidamia alcanzaré?
TETIS. Hijo, sí, y te libraré
de los daños que temí.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen AQUILES, *de dama bizarramente vestida de camino, y* TETIS.

AQUILES. ¡A extrañas cosas me obligas!
TETIS. Transformaciones de amor
dan á los dioses valor.
AQUILES. Es verdad; mas no me digas,
madre, que no degenero
con aquestos trajes viles
de mi ser. Yo soy Aquiles
con gentil arnés de acero.
¿Para la guerra me ensayas
que en Troya Grecia me ofrece?
¿Fama mi valor merece
entre chapines y sayas?
Afuera pasiones locas,
que con cobardes cautelas
corchos viles por espuelas
y por la celada tocas
entorpecen mi valor.
¡Vive Dios que he de rompellas,
pues no es bien que infame en ellas
mi opinión un torpe amor!
TETIS. Cuando á Hércules se iguale
el que disfraza tu ser,
y en hábito de mujer
le contemples con Onfale,
dejarás de estar confuso;
pues no te aconsejo yo
que, si Hércules hiló,
juegues tú á la rueca y huso.
Nunca mucho costó poco,
mucho si amas has de hacer.
AQUILES. ¿Yo vestido de mujer
y no me juzgas por loco?
Bien lograré de Quirón
las lecciones y ejercicios
con que, refrenando vicios,
pieles del tigre y león
despedazados por mí
por galas me acomodaba,
y en vez de triunfos me daba
los brazos viéndome así
¿Qué diría si me viese
de infame mujer vestido?
TETIS. Eso fuera, hijo querido,
cuando Quirón lo entendiese;
mas sólo hemos de saberlo,
después del cielo, los dos.
AQUILES. Pues ¿no sabrá que algún dios
en mi afrenta puede verlo?
Esta razón te convenza:
que merece infames nombres
quien se esconde de los hombres
y de Dios no se avergüenza.
Cuanto y más que, aunque pudiera
ser posible el ocultar
de los dioses el obrar
cosa que justa no fuera;
el que en valor se señala
no lo ha de dejar de hacer
porque ellos lo puedan ver,
mas porque es de suyo malo.
Deidamia y su amor perdone,
que, aunque la adoro, no es justo
que oprima á la honra el gusto
y tal infamia ocasione.
¡Vive Dios, que de afrentado
de la vileza presente,
tengo de huir de la gente
y nunca entrar en poblado!
¿Yo joyas, sedas y rizos?
¿chapines y tocas yo?
TETIS. Siempre el amor inventó
galas, disfraces y hechizos;
mas, pues no quieres usallos,
procura olvidar, si puedes,
á la hija de Licomedes
que, aunque salen sus vasallos
en su nombre á recibirnos,
y él desea tanto vernos,
fácil nos será volvernos
y de su corte encubrirnos.
Quien sus pasiones reprime
no tenga amor, pise estrellas;
Deidamia es de las más bellas
que honran su deidad sublime;
goce Lisandro las glorias
que dejas tú, pues se casa
con ella, y tú el tiempo pasa
en atormentar memorias,
de puro honrado, homicidas.
Galas lascivas desnuda,
de opinión y traje muda,
asalta las defendidas
murallas que en Troya empieza
á guarnecer el valor
mientras Lisandro al amor
ejecuta en la belleza
de Deidamia.
AQUILES. ¿Quién es ese
que á mi dueño ha de gozar?
TETIS. Con quien la quiere casar
su padre.
AQUILES. Eso no, aunque fuese
pública al mundo la infamia,
de aquestos disfraces viles;

pues sólo merece Aquiles
la hermosura de Deidamia.
Vence, amor, vuestro poder,
dioses, los que habéis amado.
Aquiles enamorado
se disfrace de mujer.
No pierda yo mi opinión
con vosotros, que no es nuevo
en Neptuno, Jove y Febo
transformarse. Dioses son
y hombre Aquiles, que hoy imita
á Júpiter vuelto en toro,
águila, cisne, nube, oro
con que mi amor acredita.
Celoso estoy, mis desvelos
fuerzan lo que amante dudo,
que lo que el amor no pudo
siempre lo acaban los celos.
Madre, al Rey vamos á hablar
y á dar á Lisandro muerte.

TETIS. Lo que te he enseñado advierte.

AQUILES. Sólo dificulto andar
sobre estos corchos, no quepo
en ellos ni se regillos;
fueran acerados grillos
cadenas, prisiones, cepo,
que con hacerlos pedazos
quedara libre después;
mas con corchos á los pies
y con puños en los brazos,
terribles cosas me mandas,
¡que prender puedan á Aquiles
corchos y telas sutiles,
y en vez de maromas, randas!

TETIS. Todo es fácil á quien ama.
Cuando estés en la presencia
del Rey, haz la reverencia
que te he enseñado de dama;
vuélvela á ensayar aquí.

AQUILES. (*Hace una reverencia de soldado.*)
Si la errare no te asombre.

TETIS. Esa es reverencia de hombre.

AQUILES. Y esta de mujer. Caí.
(*Cáese de los chapines.*)
Juráralo madre yo
que en haciéndome mujer
había luego de caer.
Mas ¿qué es esto?

TETIS. El Rey salió
de mi venida avisado,
tu dama y competidor.

AQUILES. Sólo esta vez el temor
mi corazón ha usurpado;
los efectos del vestido
me pegan su liviandad.

TETIS. Hijo: en la dificultad
tu ciego amor te ha metido;
ten con las acciones cuenta
que te enseñé.

AQUILES. Harélo así.

TETIS. Si te conocen aquí
caerás en mayor afrenta.
Mira no eches á perdello.

AQUILES. Amor, ayudadme vos,
porque sino, vive Dios,
que habemos de revolvello.

ESCENA II

Acompañamiento: LICOMEDES, *viejo;* DEIDAMIA, *con otro vestido;* BRISEIDA, *dama;* PELORO *y* LISANDRO.—DICHOS.

LICOMED. Ya se me cumplió el deseo
que de conocer tenía
á quien, siendo sangre mía,
es esposa de Peleo.
Dadme, señora, los brazos.

TETIS. Con ellos el alma os doy,
pues asegurando estoy
en ellos mortales lazos
que mi agravio pronostican,
no hallando en vos, gran señor,
el esperado favor
que mis remedios publican.
Llegad á besar la mano,
Nereida, al Rey vuestro tío.

AQUILES. En ella el amparo fío
que ha de hacer mi temor vano;
pues, fuera de ser mujer,
soy, gran señor, deuda vuestra,
y vos espejo en quien muestra
la clemencia su poder.
(*Ap.*) ¿Cuál de aquellos dos será
que Deidamia trae al lado,
el que á mi amor y cuidado,
veneno entre celos da?
Gana tengo, vive Dios,
de dar tras todos.

LICOMED. Admiro,
de la belleza que miro,
hermosa sobrina, en vos,
de vuestros padres la suerte,
pues que les dió su ventura
en vos toda la hermosura
y en vuestro hermano el más fuerte
héroe que la guerra apoya;
pues, según dice la fama,
su Marte, Grecia le llama,
y destrucción suya Troya.

AQUILES. No quedará vuestra Alteza
de esa dicha defraudado,
pues en mi prima ha cifrado
su amor, armas y belleza.
Belleza con que enamora
y armas con que quita vidas,
puesto que por bien perdidas
se den por vos, gran señora.

DEIDAM. No sé yo con qué pagar,
prima, tan nuevos favores;
mas salgan por mis fiadores
los brazos que os llego á dar.

AQUILES. (*Ap.*) ¡Ay! Quién en ellos pudiera
sosiego eterno tener.
Deseo de conocer,
Princesa, á quien sea espero
dueño de vuestra hermosura;
causa de mi envidia ha sido
y mi camino.

LISAND. Elegido
para tan alta ventura
espero ser, si llamado
soy por el Rey, mi señor.

AQUILES. Yo sé cierto opositor
á quien celos habéis dado,

que podrá ser no consienta
que malogréis su esperanza.
LISAND. Basta para mi venganza
que él tanto mis dichas sienta;
que en las victorias de amor
son los triunfos más lustrosos
que tienen más envidiosos;
mas ¿quién es mi opositor?
AQUILES. Yo que basto, y yo que sobro.
TETIS. *(A él, ap.)* Hijo: ¿te quieres perder?
LISAND. Si de mujer á mujer
hay celos, yo no los cobro,
Nereida hermosa, de vos;
pues antes acrecentáis
el amor que en mí envidiáis.
AQUILES. *(Ap.)* Que esto sufro, ¡vive Dios,
que estoy...
TETIS. *(Ap.)* Hijo: sé discreto.
LISAND. Ya por vos en más me estimo.
AQUILES. ¡Ay, si los corchos arrimo,
qué mala boda os prometo!
LISAND. Descansad, prima querida,
porque quede satisfecho
del favor que me habéis hecho;
¿sabré de vuestra venida
la causa?
DEIDAM. La imagen propia
del monstruo hermoso á quien di
el alma retrata en sí
Nereida; basta ser copia
de tan bello original
para adoralla.
TETIS. *(Ap.)* ¡Hijo mío!
refrena el gallardo brío
de tu inquieto natural.
AQUILES. Pídeselo tú á los cielos;
que si libre de pasiones,
despedazaba leones
Aquiles, ¿qué hará con celos?
LISAND. Peloro: hermosa mujer.
PELORO. Por extremo.
LISAND. Al lado de ella,
si fué sol Deidamia bella,
sombra suya viene á ser.

ESCENA III

Salen ULISES *y* DIOMEDES, *de camino, y* GARBÓN, *de soldado gracioso.*

ULISES. En fin: ¿vos fuísteis criado
de Aquiles y de Quirón?
GARBÓN. De Arquillas y de Esquilón
los bueyes he apacentado;
mas como Arquillas se ha ido
y Esquilón llora por él,
yo, que no me hallo sin él,
en busca suya he venido
de soldado, como veis.
DIOMED. ¿Sois valiente?
GARBÓN. Temerario;
mi padre fué boticario
de mi pueblo, y le heredé,
no en tanto bote y redoma
como dejó el pecador,
que eso dió en un acreedor;
mas con su pan se lo coma,
sin tenerle nadie envidia;
porque tal vez cuando mozo
vi venderle agua del pozo
por de llantea y de endivia;
y porque no se muriera
un su amigo que enfermó,
dos rábanos le vendió
por raíz de escorzonera.
No le heredé, en fin, en esto.
ULISES. Pues ¿en qué estribó la herencia?
GARBÓN. Al cabo de la dolencia,
el pie en el estribo puesto,
antes de expirar me dijo:
«Id á la guerra, Garbón,
ganaréis más opinión
que en este oficio prolijo:
que no van los boticarios
al cielo, ni yo allá iré;
armas, Garbón, os daré,
que maten vuesos contrarios
mijores que las saetas
que el dios Marte inventó»;
y luego sacar mandó
estas sartas de recetas.
(Saca debajo del vestido dos sartas de recetas como las de los boticarios.)
Diciéndome: «no os asombre
con éstas miedo ó fortuna,
que no hay receta aquí alguna
que no haya enterrado su hombre.»
¿Cuando empuñe la jineta
tendrá mi valor segundo
si despacho al otro mundo
á troyano por receta?
DIOMED. No decís mal.
GARBÓN. Vo á buscar
á Arquillas, porque reparta
con él destas la una sarta,
y ambos podremos matar
troyanos que sea un joicio.
ULISES. Pues ¿sabéis dónde está vos?
GARBÓN. ¿Si lo sé? Bueno, por Dios;
¿pensáis que vengo de vicio?
¿No andáis los dos á buscalle?
DIOMED. Impórtanos saber de él.
GARBÓN. Pues yo, que andaba con él
esta tarde, pienso hallalle.
ULISES. ¿Cómo?
GARBÓN. Mira: el otro día
cazaba por esta sierra
la señora de esta tierra,
que se llama...
ULISES. Esa seria
Deidamia.
GARBÓN. Pienso que sí,
hija del rey Nicomedes,
Nicenades.
ULISES. Licomedes
se llama el que reina aquí.
GARBÓN. De ésa, pues, se enquillotró
nueso Arquillas de manera,
viéndola en una ribera,
que con ella se emboscó
por una alameda obscura;
quiso libralla su gente,
y el muchacho, que es valiente,

acometerlos procura
y á mí me encarga el guardalla.
Esquilón tiró con ella
y á su padre fué á traella;
yo, luego que vi llevalla,
metíme en un alcornoque
de miedo de su amador;
dió conmigo su furor,
mas primero que me toque
afufelas lindamente
y entre matas me escondí;
él, que quiso dar tras mí,
á su madre topó enfrente.

DIOMED. La Reina Tetis es ésa.

GARBÓN. Si la Reina Tetas fué,
yo, lo que le habró no sé,
que estaba la mata espesa
y lejos; pero llevóle
consigo; seguílos yo,
que en fin Arquillas me dió
su pan, y luego vistióle
de mujer en la espesura;
el para qué, Dios lo sabe,
y vuelta una dama grave
no vi más bella figura.
Anocheció y acogióse
con él del modo que digo,
y yo, como veis, le sigo,
sospechoso de que cose
costuras de amor agora
con su dama hecho mujer.
Malicias deben de ser,
que es la malicia pastora;
mas sea lo que se fuere,
á que me reciba voy
por su dueña, que aunque estoy
tan barbado, quien me viere
así, dirá, si es persona,
que es invención pelegrina
que á una dama masculina
sirve una dueña barbona. *(Vase.)*

ESCENA IV

DICHOS *menos* GARBÓN.

ULISES. Diomedes: este villano
malicioso dió en lo cierto.
Aquiles está encubierto
ciego de un amor liviano.
El oráculo divino
así lo significó;
el cargo Grecia me dió
de buscarle; hoy determino
de mis astucias valerme
hasta descubrir á Aquiles;
entre galas femeniles
vela Amor y Marte duerme.

DIOMED. Si no se puede ganar
Troya, como pronostica
Apolo, sin él, aplica
marañas con que sacar
de tal afrenta al mejor
héroe que conoce Grecia.

ULISES. Puesto que Aquiles desprecia
torpemente su valor,
Ulises soy, mercader;
he de comprar una joya
que tenga por precio á Troya.

DIOMED. ¡Tal varón en tal mujer! *(Vanse.)*

ESCENA V

AQUILES, *de mujer y* DEIDAMIA.

DEIDAM. Ya, prima, que se partió
vuestra madre, y asegura
en mi corte la hermosura
que, prudente, receló,
en su reino, tendré yo
con vos entretenimiento
que dilate mi contento
y haga sabrosos los días
que en tristes melancolías
me daban antes tormento.

AQUILES. Yo en vuestra conversación,
prima hermosa, transformado
como hombre, por Dios la he hallado
transformado el corazón,
perderé la inclinación
que á ejercicios varoniles
tengo, juzgando por viles
los del femenil regalo,
porque en cuanto esto me igualo
y soy lo mismo que Aquiles.
Cuando el parche ronco suene,
el estrado y la almohadilla
por el arnés y la silla
trocar mi valor ordena.
Como Paris robó á Elena
y vió en furor encenderme
mi madre, temió perderme,
y en vos, para asegurarme,
quiso, Princesa, emplearme,
mejor diré suspenderme,
que á no haberos visto á vos,
yo soy hombre...

DEIDAM. ¿Cómo es eso?

AQUILES. En el valor que profeso
soy hombre.

DEIDAM. Bien.

AQUILES. Que á los dos
adúlteros, ¡vive Dios!

AQUILES. Pues, ¿juráis siendo mujer?

DEIDAM. En llegándome á encender
tengo el corazón soldado;
lo jurado sea jurado;
no me pude contener.
Tratemos en otras cosas
más apacibles y blandas.

DEIDAM. En labrar sedas y holandas
las mujeres generosas
pasan las horas ociosas.
¿Qué labor hacéis mejor?

AQUILES. Cadeneta, con que amor
me prende, bordo y esmalto,
y también haré punto alto,
si alcanzo vuestro favor.

DEIDAM. Lisonjera estáis: ¿sabéis
bordar?

AQUILES. Lienzos de murallas,
de escalas con que asaltallas.

DEIDAM. ¿A las armas os volvéis?

AQUILES. Como vos no refrenéis

mi bélica condición,
llévame mi inclinación
á los marciales extremos.

DEIDAM. ¡Extraña cosa!, bordemos
en buena conversación,
divertiréisos así.
Sacadnos los bastidores.

(Sacan dos bastidores de bordar.)

AQUILES. *(Ap.)* Dos balas fueran mejores;
ya llegó lo que temí.

(Siéntanse á la labor.)

DEIDAM. Sentaos, prima hermosa, aquí;
lo que el ingenio dibuja,
matice después la aguja.

AQUILES. *(Ap.)* ¡Cielos! ¿Hay afrenta igual?
Mejor que aguja y dedal
fuera la lanza en la cuja.

DEIDAM. No os asentáis como dama.

AQUILES. La culpa tienen los pies,
que no se doblan después
que toca parches la fama.

DEIDAM. ¡Notable mujer!

AQUILES. Quien ama,
poco, á la labor se aplica.

DEIDAM. Esta banda, es cosa rica,
bordadla.

AQUILES. Bordadla vos;
que yo no sé, vive Dios,
punto, labor ni vainica.
Mas, ¿qué esto?

ESCENA VI

Salen esgrimiendo con espadas negras un Maestro de esgrima y LISANDRO.—DICHOS.

MAESTRO. De la lanza
bien las lecciones sabéis;
ahora ensayar podéis
lo que en la esgrima se alcanza.

LISANDR. Para cortar una pica
rebatiendo el bote así.
¡Oh señoras, rinda aquí
las armas que Marte aplica
á las de vuestra belleza,

(Suelta la espada negra, y vase el Maestro.)

pues siempre fué vencedor
desnudo y ciego el amor (1)

DEIDAM. Tan bien, Lisandro, parece
en un Príncipe la espada,
como la aguja ocupada
en la mujer que ennoblece.
Ejercitad vos, señor,
las armas y ejercitemos
las nuestras, y cumpliremos
nuestra profesión.

LISANDR. Mejor
es que goce quien os ama
la ocasión que amor ofrece:
guerra la labor parece
no menos digna de fama
que la que Belona encierra;
en las telas que tegió
Aragnes desafió
á la diosa de la guerra.
Señal de su semejanza,
de telas la aguja gusta,
y en la tela el valor justa
labrando hazañas la lanza.
De la celada es retrato
el dedal, y siendo así,
bien puedo aprender aquí
lo que entre las armas trato.
Labrad vos, que de rodillas
tomaré lección más bien.

(Hinca la rodilla al lado de Deidamia.)

AQUILES. Nunca parecieron bien
espadas entre almohadillas.
Quitaos, Lisandro, de ahí,
ó si no quitaréos yo.

LISANDR. ¿No amó Marte á Venus?

AQUILES. No.

LISANDR. Historias dicen que sí.

AQUILES. Dejemos historias ya
y tened en más estima
las armas.

DEIDAM. ¿Qué es esto, prima?

AQUILES. Desprecio de ver que está
á los pies de un bastidor
una espada afeminada;
que estimo en más yo una espada
que á toda vuestra labor.
¿Vos sois hombre? Por los cielos,
que estoy... Dejad ese lado.

LISANDR. ¿De esto os habéis alterado?

AQUILES. Tengo razón, tengo celos.

(Sale un paje.)

PAJE. Gran señora...

AQUILES. Tengo celos.

DEIDAM. A ver lo que manda voy;
mientras que con él estoy
no sentiréis con tal dama
mi dilación, prima mía;
sustituid vos por mí,
que al momento vuelvo aquí.
Mas mirad que no querría
formar celos de los dos,
que temo vuestra hermosura *(Vase.)*

ESCENA VII

Quédanse, AQUILES *labrando y* LISANDRO *hinca la rodilla á su lado.*

AQUILES. Andad, que menos segura
estáis de mi prima vos.

LISANDR. Agradecer debo á Apolo,
mi Nereida, esta ocasión,
pues terciando en mi pasión
con vos me ha dejado solo.
Antes que vuestra belleza
nuestra corte y reino honrase
y en ella á vistas sacase
milagros naturaleza,
amaba á Deidamia yo;
mas, en viéndoos, mis deseos
mejoraron los empleos
del alma que se os rindió.
Y si no es que presunciones

(1) Falta un verso.

mi amor loco desvanecen,
yo sé que me favorecen
vuestras imaginaciones;
pues los celos que mostráis
porque amo á Deidamia bella,
siendo vos mujer como ella,
¿quién duda que los formáis
por quererme bien á mí?
Y tan loco de esto estoy,
que el alma rendida os doy
olvidando desde aquí
de la Princesa hasta el nombre,
que mis dichas violentaba.

AQUILES. (*Ap.*) (¿Esto Aquiles os faltaba?
¿A mí me enamora un hombre?
A menos que esto vendremos;
basta que debo de ser
hermosa para mujer.
¿Hay amores más blasfemos?

LISAND. Queréis, Nereida divina,
admitir mi fe?

AQUILES. (*Ap.*) ¡Oh, malhaya
el disfraz é infame saya
que me afrenta y afemina!

LISAND. Dadme una mano á besar
y en mi vida os daré celos.

AQUILES. No puedo negarla.
(*Dásela, y apriétale y da gritos* Lisandro.)

LISAND. ¡Ay cielos!
soltad, ¿queréisme matar?

AQUILES. No; más premiar el cuidado
de vuestro amor.

LISAND. No apretéis
de esa suerte.

AQUILES. ¿Qué queréis?
yo siempre quiero apretado.
Mas para que no seáis
mudable, cuando mi prima
por dueño suyo os estima,
y lecciones aprendáis
que os den nombre de valiente,
yo enseño de esta manera.
(*Levántase y toma la espada de esgrima, y échale á espaldarazos.*)

LISAND. Señora, señora, espera.

AQUILES. ¡Ah cobarde!

LISAND. Mujer, tente.

AQUILES. Mirad si me sé tener
de aquesta suerte mejor
que en corchos.

LISAND. ¡Favor, favor,
que me mata esta mujer! (*Vase.*)

ESCENA VIII

Sale DEIDAMIA *y vuélvese* AQUILES *á la labor.*

DEIDAM. ¿Qué es esto? ¿quién está dando
voces? ¿Quién alborotó
el Palacio, prima?

AQUILES. Yo
aquí me he estado bordando.

DEIDAM. ¿Qué es de Lisandro? ¿qué has he-
¿qué fué? [cho?

AQUILES. Que no ha sido nada;
ahí tomamos la espada
los dos, y no es de provecho
lo que sabe por tu vida.

DEIDAM. ¿Luego con él reñido has?

AQUILES. Que no, prima; no fué más
de echar una ida y venida.

DEIDAM. ¿Hay semejante mujer?
Pues ni has de esgrimir.

AQUILES. ¿Qué quieres?
También ha habido mujeres
belicosas; iba á hacer
la naturaleza en mí
un varón, y arrepintióse,
hizo medio hombre y quedóse
lo que en mí faltaba, así
acabó lo que quedaba
en mujer.

DEIDAM. Extraña estás.

AQUILES. Como estaba hecho lo más
y el alma que me animaba
fué varonil, no te asombre
que corresponda á mi ser:
en la cara soy mujer
y en todo esotro soy hombre.

DEIDAM. ¿Qué dices, prima? ¿qué es esto?

AQUILES. Que, si me tienes amor,
sigas, Princesa, mi humor;
solas estamos, yo he puesto
los ojos en ti de suerte
que, como si varón fuera,
no sufro que otro te quiera,
porque mi vida es quererte.
Supón que no soy mujer,
sino un hombre que te adora,
ama, cela, riñe, llora,
podremos entretener
el tiempo así, y yo quedar
satisfecha en este empleo,
que extrañamente deseo
saber si sé enamorar.
Finge que mi dama eres
y yo tu galán.

DEIDAM. ¡Quimera
donosa!

AQUILES. De esta manera
se entretienen las mujeres
cuando apetecen casarse,
engañando el gusto así
unas con otras; yo vi
muchas damas ensayarse
cuando niñas, que amor ciego
travesea á todas horas.
Los señores y señoras
llaman los niños á un juego
en que contentos imitan
lo que á sus padres oyeron
y en materia de amor vieron,
con que después facilitan
dificultades mayores
que trae consigo el recato.
Holguémonos así un rato,
que aun de burlas, los amores
entretienen, prima mía;
si esto me niegas, me enojo.

DEIDAM. Alto, cúmplase un antojo
y acaba con tu porfía.

AQUILES. ¿No tengo yo la apariencia
para un galán extremada?

DEIDAM. A lo menos, retratada
miro en tu rostro y presencia
la de un hombre cuya copia
eres y me hechizó á mí
no ha mucho.
AQUILES. ¡Oh! pues siendo así,
saldrá la fiesta más propia.
Veamos cómo se ensaya
nuestro amor, y mi ventura.
DEIDAM. ¿Yo, en fin, hago la figura
de dama?
AQUILES. Sí.
DEIDAM. Vaya.
AQUILES. Vaya.
(Hace que sale del vestuario.)
En busca de un alma vengo
que en un monte me robaron
dos ojos que saltearon
tesoros que en ella tengo;
de sus descuidos me vengo
si el vengarlos es llorar.
DEIDAM. Espera; ¿no has de tomar
nombre de hombre?
AQUILES. Prima, sí.
Aquiles soy desde aquí.
DEIDAM. Vaya.
AQUILES. Vuelvo á comenzar.
En busca de un alma vengo
que en un bosque me robaron
dos ojos, en quien cifraron
el sol que en el alma tengo;
¡oh qué albricias os prevengo
si la vuelvo á hallar, amor!
Sed vos su descubridor;
pues siendo la luz efeto
del fuego, no habrá secreto
contra vuestro resplandor.
DEIDAM. En un bosque, cazadora,
me dió caza una belleza
que de la naturaleza,
siendo efecto, es vencedora;
en su ausencia el alma llora,
y huyendo de ella la sigo:
¡ay doméstico enemigo!
qué mal su remedio prueba
quien huye amando, si lleva
lo mismo que huye consigo.
AQUILES. ¡Prenda mía!
DEIDAM. ¡Amado dueño!
AQUILES. No se huelga el que soñó
que sus tesoros perdió
viendo después falso el sueño,
ni cuando restaura el dueño
el primogénito huído,
como yo restituído
al sol que mis ojos ven,
pues no se conoce el bien
como después de perdido.
DEIDAM. No se regocija tanto
el que en el naufragio llora
si ve que el tiempo mejora
y cesa el mortal espanto,
ni el que tras la pena y llanto
goza su gusto cumplido,
como yo, dueño querido,
hoy que mis dichas os ven,
pues no se conoce el bien
como después de perdido.
AQUILES. ¿Que tal merezco escuchar?
pero claveles que amparan
jazmines que á amor separan,
¿qué han de brotar, sino azahar?
Bien pueden dioses gozar
el néctar que consagrado
su ser ha inmortalizado,
que no iguala al que adquirí,
ni hay tal néctar para mí
como un favor sazonado.
DEIDAM. ¿Qué llegó la suerte impía,
después de tantos suspiros
á transformar por oiros
mis penas en alegría?
Bien puede de su ambrosía
gozar Jove regalado,
que aunque inmortal, no ha igualado
al que con vos adquirí,
pues no hay gusto para mí
como un amor sazonado.
AQUILES. ¿Hay tal contraposición
de palabras y favores?
Dioses, envidiad amores
de tan sabrosa sazón;
labios, gozad la ocasión
de los cristales presentes;
manos, de quien manan fuentes
de eterna felicidad,
mis labios comunicad
y admirarán elocuentes.
Brazos en que amor procura
depositar su consuelo,
Zodíaco sois del cielo,
ceñid orbes de hermosura;
lengua que en tal coyuntura
su intérprete el alma os llama,
pedid lenguas á la fama
porque en hipérboles sabios
alma, brazos, lengua y labios
celebren á quien os ama.
(Besa la mano.)
¡Ay nieve, que helada abrasas!
¡ay fuego, que ardiendo hielas!
¡ay mano, en fin, que consuelas
cuando con flechas traspasas!
Por la boca al alma pasas;
y cuando mis penas locas
envidian penas que tocas,
todos mis miembros se holgaran,
porque todos te besaran,
hacerse (1) un Argos de bocas.
DEIDAM. Paso, prima, que parece
que va esto de veras.
AQUILES. Pues,
¿luego esto de burlas es?
DEIDAM. ¿No jugábamos?
AQUILES. Ofrece
amor, que entre juegos crece,
nuevo fuego á mis quimeras;
de burlas matarme esperas
cuando de mi amor te burlas.
Lleguéme al fuego de burlas
y heme abrasado de veras;

(1) Así en el original. Parece deber leerse «á ser»

¿mas di, prima, te pesara,
ya que lo más hemos hecho,
si mi amor te ha satisfecho,
que en hombre me transformara?
DEIDAM. Que estás perdida repara;
¿eso, cómo puede ser?
AQUILES. ¿Júpiter no puede hacer
que mi ser conforme al nombre?
Tiresias fué primero hombre
y después se vió mujer.
Haz cuenta, pues, que hombre soy.
DEIDAM. Esta es cuenta sin provecho.
AQUILES. ¿Te holgaras, di, di.
DEIDAM. Sospecho
que en la ocasión en que estoy...
déjame, prima.
AQUILES. Y si hoy
fuera yo hombre generoso,
¿me admitieras por esposo?
DEIDAM. Como padre no tuviera,
ó á Lisandro despidiera,
mi amor fuera el venturoso.
Pero ¿de qué ha de servir
desvanecernos en esto?
Ya yo al juego fin he puesto.
AQUILES. Y yo tirano al vivir.
En fin, ¿piensas admitir
á Lisandro?
DEIDAM. Si los cielos
quieren premiar sus desvelos,
¿qué he de hacer?
AQUILES. Pues oye ahora,
verás que como enamora
sabe Aquiles pedir celos.
(Hace que vuelve á salir.)
No creyera yo, Princesa,
de tan generoso pecho
y tan divina hermosura,
que las mudanzas del tiempo
tuvieran jurisdicción
sobre vuestros pensamientos,
hoy mudables y olvidados,
ayer amantes y tiernos.
Yo soy hermana de Aquiles,
y Aquiles es á quien dieron
en un monte vuestros ojos
vida y muerte en un sujeto.
Contado me ha los amores
que en una fuente pudieron
retratar en vuestra cara
engaños y fingimientos;
retratos en agua, en fin,
mudable y común espejo,
que cuantos llegan imita
en aire, acciones y cuerpo,
y en apartándose de ella
desaparece en el viento
la imagen representada
con todos lo mismo haciendo.
Llega el hombre, el ave, el bruto,
y con líquidos reflejos
los imita sin saber
distinguir merecimientos;
fuente es vuestra voluntad,
pues con los mismos efectos
sin hacer distinción ama,
imita y olvida luego.
Llegó mi hermano á adoraros,
vióse en vuestros ojos bellos
retratado y admitido,
¿quién creyera que tan presto
como se ausentó borraran
olvidos, en vos ligeros,
copias que amor ingenioso
creyó eternizar con fuego?
No hacéis honrosa elección
(porque el agua os presta ejemplos)
entre Lisandro y Aquiles;
siendo éste un héroe no quiero
loárosle, que, en fin, es
mi hermano, aunque compitiendo
se permite el alabanza
que alegue de su derecho;
díganlo las fieras mismas
que tantas veces sirvieron
á sus brazos de despojos,
á su valor de trofeos.
Díganlo las inclemencias
de un monte, pues no pudieron
defraudar á su hermosura
milagros que admira el cielo.
Díganlo los dioses mismos,
pues, encerrado en desiertos,
á sus oráculos hacen
de su valor pregoneros.
Díganlo sabios y reyes
y hasta el injuriado Griego
que, sin más en su favor
que en el que de tantos reinos
vienen á vengar su agravio,
pues sin Aquiles es cierto
que no ha de ganarse Troya,
según vaticina Delfos.
Dilo tú misma, que absorta,
en medio de un bosque espeso,
la caza hiperbolizaste
de quien ya haces menosprecio
por Lisandro, por un hombre
en quien, indigno de serlo,
sacó una espada de esgrima
á vistas su infamia y miedo;
huyendo le eché de aquí.
Mira en que defensa has puesto
tu honra. Si como á Elena
te roba Paris, soberbio,
dirás que obedeces gustos
de tu padre, rey severo,
cuyo natural dominio
te violenta á su respeto;
pero engáñaste, Deidamia,
que sólo engendran los cuerpos
los padres, las almas no,
que Dios las infunde en ellos,
y no siendo el hombre causa
del alma, pues no es su efecto,
no tiene jurisdicción
sobre ella, si no es el cielo.
Amor de la voluntad
es acto, cuando es perfecto;
la voluntad es potencia
del alma, que es su sujeto.
El padre no engendra al alma,
pues la crían dioses, luego
fuera estará del dominio

de tu padre; y según esto,
no tienes obligación
de sujetar á decretos
humanos lo que al divino
pertenece de derecho.
Di tú que la ingratitud
é inconstancia de tu pecho;
el ser mujer semejanza
del humo, la sombra, el viento,
te han inclinado á Lisandro,
y por parecerte á Venus,
afeminados Adonis
amas, no Martes de acero.
Que siendo así, si á mi Aquiles
no dan la muerte sus celos,
pues he venido á tu Corte
por dar á su amor remedio,
él es tal y tal amante,
que antes que lloren incendios
los troyanos robadores
asolará aqueste reino,
dará la muerte á tu padre,
pondrá á sus presidios fuego,
vestirá de tocas viles
á su opositor molesto.
Y yo, que en fin soy su hermana,
y ya como propias siento
injurias de tus olvidos,
pues obligarte no puedo,
ministros de mi venganza
hará el agua, el aire, el fuego,
tierra, brutos, peces, aves,
montes, prados, selvas, cielos,
que á todos los injuria tu desprecio,
pues aborreces lo que adoran ellos.
(Vase.)

DEIDAM. Oye, prima, escucha, aguarda.
Piadosos dioses, ¿qué es esto?
¿Son estas veras ó burlas?
¿Es esto verdad ó juego?
Juego no, que es muy pesado;
verdad sí, que ha descubierto
amores que solos sabe
el monstruo elocuente y bello.
Si fué Aquiles; si es su hermana
la que por tantos rodeos
segunda vez ha encendido
amores ausentes muertos,
¿qué mucho que al uno adore
y á la otra pague el ingenio,
para Aquiles favorable
y para mi amor discreto?
Todo el mundo en su alabanza
se hace lenguas, los supremos
oráculos y los sabios,
pues quien en plazas y templos
en vida está deificado
y solamente sujeto
á mi amor, más poderoso
que todos, pues que le ha preso.
¿Qué mucho que el vencedor
vencido goce trofeos
de un alma que ya le adora,
de un corazón que le ofrezco?
Perdone mi padre el Rey
y perdóneme...
(De dentro Aquiles.)

AQUILES. ¡Ay!
DEIDAM. ¿Qué es eso?
AQUILES. Tirana: tu ingratitud
pide castigo á los cielos;
tu desdén á Aquiles mata;
más daños tu olvido ha hecho,
pues tal capitán le quitas,
que el torpe Troyano al griego
desdeñado de ti el pecho
donde indignamente vives.
DEIDAM. ¿Qué escucho? ¡Nereida! ¡ay cielos!
AQUILES. Abre esa puerta y verás
espectáculos funestos
de una fe menospreciada.
DEIDAM. Triste de mi, si eso es cierto;
mas, ¡válgame Apolo santo!
¿quién eres, hombre sin seso?
¿qué desleal te dió ayuda?
¿Por dónde entraste aquí dentro?
(Tira una cortina y halla á Aquiles *de hombre con calzas y jubón bizarro.)*
AQUILES. Tu Aquiles soy, prenda cara.
DEIDAM. A tan grande atrevimiento
castiguen desdén y voces.
AQUILES. Nereida soy, ten sosiego.
DEIDAM. Acaba, pues, de aclarar
estos confusos misterios,
que en sola tu cara miro
dos rostros, uno y diversos.
¿Eres Nereida ó Aquiles?
AQUILES. Uno y otro, que no quiero
con amorosos engaños
tener tu temor suspenso;
disculpen llamas de amor
disfraces que han encubierto
con peligro de mi fama
el valor que en tanto tengo;
y tú, agradecida y noble,
paga servicios y excesos
de quien su ser ha negado
por dar á su amor sosiego;
¡Vive Dios, si eres ingrata...
DEIDAM. No acabes el juramento,
que me vences atrevido
y que me enamoras tierno.
¿Serás mi esposo?
AQUILES. Y tu esclavo.
DEIDAM. Si me olvidas...
AQUILES. ¿Cómo puedo?
DEIDAM. Mudándote.
AQUILES. Soy Aquiles.
DEIDAM. Eres hombre.
AQUILES. Y aun por eso.
DEIDAM. Búscate Grecia.
AQUILES. ¿Qué importa?
DEIDAM. Llevaráte.
AQUILES. No hayas miedo.
DEIDAM. Dejarásme.
AQUILES. Es imposible.
DEIDAM. Mataréme.
AQUILES. Forma ejemplo.
DEIDAM. Promete amor.
AQUILES. Es verdad.
DEIDAM. Nunca cumple.
AQUILES. El vil hace eso.
DEIDAM. Goza y huye.
AQUILES. El mal nacido.

DEIDAM. Jura y miente.
AQUILES. El lisonjero.
DEIDAM. ¿No lo eres tú?
AQUILES. Yo soy noble.
DEIDAM. Vendrá Ulises.
AQUILES. Sin efecto.
DEIDAM. Hallaráte.
AQUILES. No podrá.
DEIDAM. ¿Dónde estarás?
AQUILES. Encubierto.
DEIDAM. ¿Como hasta aquí?
AQUILES. Sí, mi bien.
DEIDAM. ¿Qué tanto?
AQUILES. Mide tú el tiempo.
DEIDAM. Mientras durare...
AQUILES. Mi vida.
DEIDAM. No, esta guerra.
AQUILES. Yo lo acepto.
DEIDAM. Largo plazo.
AQUILES. Por ti es corto.
DEIDAM. Jura.
AQUILES. Por tus ojos bellos.
DEIDAM. ¡Ay perjuro!
AQUILES. ¡Ay gloria mia!
DEIDAM. Tu esposa soy.
AQUILES. Di, mi cielo.
(Danse las manos.)
DEIDAM. Perdone el Rey, que por Aquiles dejo á Lisandro.
AQUILES. ¡Ay mi bien!
DEIDAM. ¡Ay dulce dueño! (1)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen LICOMEDES *y* LISANDRO.

LICOMED. ¿Con tantas quejas y prisa
ayer, viendo que no os doy,
Lisandro, á Deidamia, y hoy,
con voluntad tan remisa
me proponéis dilaciones
de tan flaco entendimiento
para vuestro casamiento?
LISANDR. La princesa da ocasiones,
gran señor, para pediros
que esta boda se dilate;
no quiera el cielo que trate
á costa de sus suspiros
cosa de que ella no gusta.
Después que á esta Corte vino
Nereida, á lo que imagino,
mi presencia le disgusta.
Tibia me habla; no responde
con el amor y deseo
que antes; cuando la veo,
por no encontrarme, se esconde.
Todo su entretenimiento
es estar sola con ella,
y con la misma querella
que yo, muestran sentimiento.
Sus damas, pues, no hace caso,
por Nereida, de ninguna;
la más sabia es importuna;
la más amiga, ni un paso
con ella ha de dar que luego
Nereida no se lo impida;
llámala su bien, su vida;
si no la ve no hay sosiego;
ella la viste, la toca,
la adorna, peina y regala
en el estrado, en la sala;
por manos, ojos y boca,
muestra el corazón la llama
en que Deidamia está presa,
su lado ocupa en la mesa,
su lado usurpa en la cama.
Siempre abrazadas, por Dios,
que me atormenta el recelo
de verlas, sin ser del cielo,
hechas Géminis las dos.
LICOMED. Es la Princesa su prima;
la sangre y la discreción
vínculos del amor son
que más la amistad estima.
Necia sospecha os abrasa.
LISANDR. Necia ó loca debe ser;
mas de mujer á mujer
muchas veces amor pasa
de parentesco á...
LICOMED. Callad.
LISANDR. Yo sé algunas ha habido,
gran señor, que se han querido
á lo malicioso.
LICOMED. Andad,
que lo estáis vos; prevenios,
que os tiene de dar la mano
mañana.
LISANDR. ¡Ay amor tirano!
autor sois de desvaríos;
por Nereida pierdo el seso
y de la Princesa estoy
celoso; un sujeto soy
de disparates.
LICOMED. ¿Qué es eso?

ESCENA II

Salen ULISES *y* DIOMEDES *de mercaderes.*—DICHOS.

ULISES. Yo, poderoso señor,
soy un griego mercader,
que, sin mucho encarecer
de mi caudal el valor,
tengo dentro de mi casa
cuanto apetece la gente,
pues no hay tesoro en Oriente
que á mi poder no se pasa.
No tiene púrpuras Tiro,
ni exhala aromas Sabbá,
ni telas la Persia da
que en mis riquezas no miro.

(1) Así este pasaje, que quizá escribiría el autor:
DEIDAM. Perdóneme el Rey, que dejo
por Aquiles á Lisandro.
AQUILES. ¡Ay, mi bien!
DEIDAM. ¡Ay, dulce dueño!

Toda el Asia me tributa:
las minas con sus diamantes,
con marfil sus elefantes,
y el ámbar, que se disputa
si es sudor de la ballena
ó de alguna planta goma,
con ser el mayor aroma,
mi casa cada año llena.
En fin: cuanta perla fina
en sus pesquerías dan
las riberas de Ceylán,
y cuanta piedra examina
la experiencia y el valor
que sus quilates sublima,
no se tiene por de estima
no siendo yo su señor.
Como el mundo se alborota
con esta guerra que abrasa,
á Grecia y Europa pasa
contra el Asia, la paz rota
que tantos años duró,
huir su rigor procuro,
que con Marte no hay seguro
mercader, ni lo estoy yo.
Supe que este Rey, no sólo
estaba libre y exento
del general juramento
que sobre altares de Apolo
hizo Grecia, de vengar
la injuria del frigio amante,
la seguridad bastante
que en Vuestra Alteza he de hallar,
pues por el mundo la fama
vuela del Rey Licomedes,
sus favores y mercedes
que á los extranjeros llama;
y así, embarcando mi hacienda,
siendo vuestro amor mi norte,
vengo á ser en vuestra Corte
vecino, á fin que pretenda
otra ganancia mayor
de la que en serviros muestro,
pues siendo vasallo vuestro,
lo soy todo, gran señor.

LICOMED. A ocasión habéis venido
en que fuera de estimar
el que os vengáis á amparar
de mí; seréis recibido
con gusto, porque se casa
la Princesa, y le tendré,
que vuestra riqueza dé
nuevas joyas á mi casa;
muchas os pienso comprar.

ULISES. Serviráse Vuestra Alteza
de las de mayor riqueza;
y entre otras le quiero dar
una cautiva que canta
como un ángel, tan hermosa
como diestra.

LICOMED. Bella cosa.

DIOMED. En cara y en voz encanta.

LICOMED. Gustará Deidamia mucho
con ella, que es inclinada
á la música.

ULISES. Elevada
tengo el alma si la escucho,
y entre tanto que á palacio
las joyas de más valor
y curiosidad, señor,
me traen, quiero que despacio,
oyéndola Vuestra Alteza,
juzgue si es merecedora
de que sirva á mi señora
la Princesa.

LISANDR. En esta pieza
queda Deidamia.

LICOMED. Primero
que la vea gustaré
que la oiga.

ULISES. (*Ap.*) Hoy, cielos, sabré
industrioso lo que espero.
Traednos vos la cautiva.

DIOMED. Si como dicen está
aquí Aquiles, hoy saldrá
de donde no es bien que viva
tal valor afeminado.

LICOMED. Aquí viviréis seguro.
¿Cómo os llamáis?

ULISES. Palinuro

LICOMED. Entrad.

ULISES. Bien lo hemos trazado.
(Vanse.)

ESCENA III

Salen AQUILES, *de mujer, y* DEIDAMIA.

DEIDAM. ¡Sosiégate, por tus ojos!

AQUILES. Dame en ellos pesadumbre
de que su luz bella alumbre
á quien á mí me da enojos.
¿Por qué con vanos antojos
tiene de mirarse en ellos
Lisandro, si poseellos
solo Aquiles mereció,
y estando con vida yo
se ha de llamar dueño dellos?

DEIDAM. Si amor reciprocación
de las almas nos ha unido
y estás ya dueño querido
en la quieta posesión,
¿qué importa que en pretensión
te quiera hacer competencia
quien provoca tu impaciencia?
Pleitee perdidos bienes
y goza tú, pues que tienes
en tu favor la sentencia.
¡Ojalá yo no tuviera
más ocasión de temer
que te tengo de perder
y más segura viviera!

AQUILES. Pues ¿de qué temes?

DEIDAM. Te espera
Grecia contra Troya armada,
y mientras es deseada
la belleza, belleza es;
mas no es belleza después
que se goza, pues enfada.

AQUILES. Eso, cuando el apetito
satisfecho queda en calma;
no amor, potencia del alma,
que ese crece en infinito;
amarte más solicito
cuanto más llego á gozar,
pues si es amor desear

sin que del término exceda,
cuanto más gozo me queda
en ti mucho más que amar.
Ya yo, mi bien, te he jurado,
mientras durare esta guerra,
guardar la prisión que encierra
la gloria que amor me ha dado;
si de mujer disfrazado
vengo esposa á poseer
lo que de hombre he de perder,
mujer mi dicha me nombre,
pues nunca he sido más hombre
que después que soy mujer.

DEIDAM. Pues si intentas parecerlo
y mi pena asegurar,
siéntate aquí, que peinar
quiero tu hermoso cabello.
(*Siéntanse y peina y toca* Deidamia *á* Aquiles.)

AQUILES. Tu amor oprime mi cuello;
obedecerte es forzoso.

DEIDAM. ¡Qué dilatado y hermoso!

AQUILES. Los griegos siempre criaron
largos cabellos.

DEIDAM. Causaron
con tal uso mi reposo,
pues si tú no los tuvieras
así, nunca me engañaras,
ni mujer ocasionaras
tus amorosas quimeras.

AQUILES. Pararon burlas en veras.

DEIDAM. Porque sueltos no me den
celos y á cuantos los ven
en tales lazos no venzas,
de ellos he de hacer dos trenzas,
que yo sé que te están bien.
Pon en mi falda el espejo
y mira en él los despojos
de tu cara.

AQUILES. Si en tus ojos
puedo verme, mal consejo
me das, por sus soles dejo
esa luna en que fingida
mi imagen miro esculpida,
pues en ti vive en su centro
mi amor.

DEIDAM. Cantando están dentro.
(Canta dentro una mujer.)

AQUILES. Oye, amores, por tu vida.
(*Cantan.*)

VOZ. «En el regazo de Omphale
el Tebano vencedor
de aquellos doce trabajos
que le intitularon Dios,
afeminado infamaba
la piel del Nemeo león,
que por imperial trofeo
corona y se viste el sol.
La rueca en vez de la clava
que á Mercurio consagró,
poblada de infame lino
que hilaba torpe amador,
en traje vil de mujer
dicen que le halló Jason,
noble por su vellocino,
y de esta suerte le habló:»

AQUILES. ¡Qué enfadoso y triste tono!

DEIDAM. ¡Qué claro metal de voz!

AQUILES. Para mi voz de metal
es, pues me incita á furor.
¿No ves cómo reprehende
mi amujerado valor,
y en nombre ajeno me injuria
su tácita reprensión?

DEIDAM. Anda, amores, que no es eso.

AQUILES. Pues ¿quién es la que cantó?

DEIDAM. Alguna de mis doncellas
que estará haciendo labor;
sosiégate, no te alteres,
que no en balde digo yo,
mi bien, que para dejarme
buscas cualquiera ocasión.
¿Negarásme esta verdad?

AQUILES. Para dejarte, eso no;
más para enojarme, sí.

DEIDAM. Para tenerte en prisión
he tejido yo estas trenzas.

AQUILES. Si por un cabello estoy
preso, esposa, en tu hermosura,
los demás supérfluos son.

DEIDAM. Ya he acabado de tocarte
oigamos, mi bien, los dos,
lo que cantando prosigue
que me causa admiración.
(*Echase* Aquiles *en las faldas de* Deidamia *y ella con el peine le pule los cabellos.*)
(*Canta.*)

VOZ. «¿De qué sirvieron los triunfos
del triforme Gerión,
del aborto de la tierra,
del vaquero robador;
si hazañas eternizando
después de tanto blasón,
en cobrando buena fama
á dormir os echáis hoy?
Júpiter es vuestro padre;
pero no sois su hijo vos,
pues degenera de serlo,
vuelto hombre vil, tal varón.
Peinad cabellos lascivos
que encrespados miré yo
asombrar la esfera eterna
que vuestro hombro sustentó.»

AQUILES. Ya no se puede sufrir
tanta afrenta, vive Dios,
que por mí lo dice todo,
viendo que sufriendo estoy
el vil peine en mis cabellos.
¡Afuera torpe afición;
vengad injurias cantadas
y volved, honra, por vos!

DEIDAM. Mi bien, ¿quieres sosegarte?
¿en eso estimas mi honor?
¿en eso tus juramentos?
¡Cielos, perjuro salió!
¡Aquiles, cielos, Aquiles,
de Deidamia violador,
rompe la fe que me ha dado;
mirad que satisfacción!

AQUILES. No des voces, prenda mía.

DEIDAM. Voces y querellas doy
al cielo de ti ofendido
á tu rota obligación;

yo, ingrato, me daré muerte
á tus mismos ojos, yo...

AQUILES. Basta, no haya más, no llores;
preso en tus brazos estoy;
cante ó no cante en mi ofensa
quien mi pecho alborotó.
Hércules hiló vestido
de mujer, mas no perdió
por eso la eterna fama
que le da nombre de dios,
ni yo perderé la mía
si, como su imagen soy
en el ánima y esfuerzo,
lo intento ser en su amor,
pues los dioses autorizan
mi amante transformación.
(Canta.)

VOZ. «No se ganan los blasones
que de eterna fama son,
entre afrentosos afeites
que la sangre es su color.
Echado en la áspera falda
de un monte, durmiendo os vió
despedazar entre sueños
los tigres vuestro valor,
mas no en las de una mujer
que nunca se levantó
de tan torpe y blanda cama,
si no es enfermo el honor.
Al arma toca Marte, al arma amor;
el uno es apetito, el otro dios.
Al arma toca Marte, guerra, guerra,
lo que el valor infama, el valor venza.»
(Tocan cajas y trompetas.)

DEIDAMIA.

Mi bien, espera, aguarda,
que sale el Rey.

AQUILES.

¿No ves que toca al arma?

DEIDAMIA.

Sosiega que es fingido.

AQUILES.

Torpe afrenta,
lo que el amor infama, el valor venza.

DEIDAM. ¿No te quieres sosegar?

AQUILES. ¡Ay, cielos! ¿en dónde estoy?

DEIDAM. Conmigo, tu esposa soy.

AQUILES. Déjame, amores, llevar
del ímpetu belicoso
de la música.

DEIDAM. ¡Maldiga
el cielo la voz que obliga
á perturbar mi reposo!
Asegura mis temores
que viene el Rey, ¡ay de mí!

AQUILES. ¿Cuándo saldremos de aquí,
traje vil, torpes temores?

ESCENA IV

Salen LICOMEDES *y* LISANDRO, *después* ULISES *y* DIOMEDES. — DICHOS.

LICOMED. Notable voz.

LISAND. Peregrina.

LICOMED. Hija, de industria he querido
que hayas la música oído
sin verla. Hermosa sobrina,
una esclava os he feriado,
cuya suave destreza
suspenda vuestra belleza.

AQUILES. Las dos la hemos escuchado
y es digna de tal señor.
(Sale Diomedes.)

DIOMED. Ya están las joyas aquí,
(Sale Ulises.)
que mandas traer.

ULISES. *(Aparte.)* (Salí
con astucias vencedor
de engaños y de disfraces:
la turbación de la cara
de aquella mujer declara
que, entre afeminadas paces,
encubre lo que pretendo;
el pecho le alborotó
el bélico son que oyó;
toda el alma le estoy viendo.)
Gran señor, con tu licencia
intenta ser liberal
esta tarde mi caudal,
pues estando en la presencia
de estas bellezas, no es justo
dejar de reconocer
con tributos su poder.
Elija paños el gusto
de la Princesa y sus damas,
que esta tienda á saco doy.
(Descorre una cortina y descúbrese una tienda de joyería con mucha riqueza, y á un lado un espejo grande, una rodela de acero y una lanza.)

LICOMED. Agradecido os estoy;
plumas dais á muchas famas.
Feriad joyas, hija mía;
sobrina, joyas tomad,
que el valor y cantidad
pagaré yo.

ULISES. No sería
dar, señor, las ferias yo,
sino avariento vendellas;
vuestras son el dueño y ellas;
dadas, sí; vendidas, no.

DEIDAM. Alto, pues, yo quiero hacer
principio. Esta banda tomo,
este anillo y este pomo.
Prima, ¿dónde vas?

AQUILES. A ver,
para verme en este espejo.
(Mírase en el espejo, y afréntase de verse mujer.)

DEIDAM. No te enamores de ti.

AQUILES. ¡Ay, cielos, mi imagen vi
afrentada á su reflejo!
¡Qué bien mi infamia declara!
Aquiles torpe, ¿qué hará
todo el mundo cuando os da
un cristal con él la cara?
¡Oh, quién pudiera arrancaros,
rizos infames, sin ser
conocido! No oso ver
en desengaños tan claros
mi vileza; una rodela

es aquella y una lanza.
ULISES. (Salió cierta mi esperanza,
venció mi sutil cautela.)
Este es Aquiles, Diomedes,
de haberse visto en tal traje
se afrenta.
AQUILES. ¿Con tal ultraje,
blando amor, vencerme puedes?
(Embraza la rodela y vibra la lanza.)
Esta sí que es digna joya
del valor de que estoy falto.
¡Toca al asalto, al asalto!
(Tocan á guerra dentro cajas y clarines. Aquiles, *detrás todos.)*
UNOS. ¡Viva Grecia!
OTROS. ¡Muera Troya!
AQUILES. Muera Troya y Grecia viva.
Aquiles soy, ¿qué teméis?
la victoria alcanzaréis.
¡Al asalto, arriba, arriba!
LICOMED. ¿Qué es esto mujer? Detente,
perdió el seso.
LISAND. Muerto soy. *(Vase.)*
DEIDAM. Perdí todo mi bien hoy.
¿Qué has hecho esposo imprudente?
(Huyen todos.)

ESCENA V

Vuelven á salir LICOMEDES *y* ULISES.

LICOMED. Mujer loca, vuelve en ti.
ULISES. No es mujer, aunque merece
del traje que le envilece,
que le intitulen así.
A Aquiles encubre aquí
el disfraz de un torpe amor;
mira el daño, gran señor,
que á Grecia toda resulta,
mientras con tocas oculta
su victoria tu favor.
LICOMED. ¿Qué dices?
ULISES. Que el cielo saca
de entre tímidas mujeres
á Aquiles.
LICOMED. Y tú, ¿quién eres?
ULISES. Ulises soy, Rey de Itaca.
LICOMED. ¿Hay mayor traición?
ULISES. Aplaca
el justo enojo.
LICOMED. Matad
ese traidor.
ULISES. La beldad
de la Princesa ha podido
tener el héroe escondido
más fuerte de nuestra edad.

ESCENA VI

Sale AQUILES *vestido de hombre, la espada desnuda y la rodela, tendidos los cabellos;* DEIDAMIA *y* DIOMEDES.—DICHOS.

AQUILES. ¿Quién ha de matarme á mí?
Deidamia es esposa mía,
el que estorbarlo porfía
salga al campo si está en sí.
Ya con el traje rompí
prisiones del amor tierno;
tu yerno soy, juzga eterno
el blasón de tu valor,
pues no puede ser mayor
que tenerme á mí por yerno.
ULISES. Ni más ilustre renombre
que el que hoy mi industria ha adquirido,
pues hoy te ha restituído
á tu primero ser de hombre.
Ulises soy, no te asombre
que á engaños venzan engaños;
restaura pasados daños,
mancebo ilustre, y no ocultes
tus hazañas ni sepultes
las primicias de tus años.
¿Será razón que consumas
en regalos de Cupido
de tu edad lo más florido
y ganar fama presumas?
Ya corta la infamia plumas
con que escriba á tu memoria
satírica y torpe historia,
y en los brazos de Deidamia
eternizando tu infamia
ciegue el camino á tu gloria.
Grecia te aguarda, mancebo,
y en ti funda su esperanza;
profética es la venganza
que en ti nos promete Febo;
como el águila te pruebo
á los rayos de la fama
que contra Troya te llama.
Afréntete aquí escondido,
Héctor de acero vestido
y tú de cobarde dama.
El Troyano robador
desde los muros responde
que el temor es quien te esconde
en vil mujer, no el amor;
pues ¿será bien que el temor
blasone que te ha encerrado
cobarde y afeminado
entre basquiñas y galas,
por plazas de armas las salas,
por el caballo el estrado,
por los penachos las tocas,
por los muros los tapices,
que delicado matices
seda que lascivo tocas?
Todo el mundo se hace bocas
contra ti.
AQUILES. No digas más,
que si así en cara me das
con infamia ya tan clara,
te ha de salir á la cara
y no sé si vivirás.
Ya con el infame traje
los afectos desnudé
del torpe amor; ya olvidé
de amor el blando lenguaje;
yo satisfaré mi ultraje
de mi valor represado,
cual río que violentado
estrecha canal encierra:
guárdese de mí la tierra,
pues las presas han quebrado.

Inundará mi furor
á Troya, no en agua, en fuego,
vengaré el agravio griego;
Héctor sabrá mi valor.
¡Afuera liviano amor;
afuera prisión prolija,
Belona trofeos me erija,
y tú, Rey, guarda el decoro
á la Princesa que adoro
como á mi esposa y tu hija! *(Vanse.)*

LICOMED. Si Aquiles me ha de dar nietos
de eterna fama, ya estoy
satisfecho.

DEIDAM. A llorar voy,
mudanzas, vuestros efetos.
Rompió disfraz y secretos
el artificio y engaño:
¡Ay costoso desengaño,
nunca el Asia á Troya viera,
porque nunca padeciera
ella el castigo y yo el daño! *(Vase.)*

ESCENA VII

Salen NISIRO *y* PELORO, *soldados, y* GARBÓN, *sin armas, graciosamente vestido.*

PELORO. En fin, para nuestra guerra,
¿te alistaste por soldado?

GARBÓN. En mi vida fuí quebrado,
ciclán sí; nací en la tierra,
que engendra, por ser tan fría
de cuando en cuando capones.

NISIRO. ¿Qué armas ó municiones
traes, pues?

GARBÓN. ¡Gentil bobería!
Armado de aqueste modo
salga un gigante al encuentro.

PELORO. ¿Pues qué armas llevas?

GARBÓN. Van dentro
y son contra el mundo todo.
Contra enemigo casero,
mujer que gruñendo abrasa
son armas, en yendo á casa,
entrar riñendo primero.
Contra celos, si excusallos
no puede ser, por no oíllos,
traigo armas de no pedillos,
que es dar licencia de dallos.
Contra una suegra emperrada
doy cuñada á mi mujer,
porque tengan siempre que her
la suegra con la cuñada.
Contra el amor tengo ausencia;
contra desvergüenza, un palo;
contra flaqueza, regalo;
contra la muerte, paciencia.
Contra la pobreza, maña,
que la industria siempre medra;
á un testimonio, una piedra;
á un «vos mentís», una caña.
A la ambición, paja y heno;
á la pretensión, espuelas;
dos trampas á dos cautelas;
á la prosperidad, freno.
A amigo que pide, digo:
«Daros quiero y no emprestar;»
por no perder al cobrar
la deuda con el amigo.
Y por ahorrar de contienda,
sino el amigo el deudor,
sobre prendas doy mejor
cuando más vale la prenda.
Guardar dineros ajenos
es en mí cosa vedada,
porque dinero y cebada
á más contar se halla menos.
Contra injurias tengo olvido,
sólo no he podido hallar
armas que puedan bastar
contra un necio presumido.
Aunque huir su menosprecio
diz que es remedio gallardo,
y así las espaldas guardo
para la guerra y el necio.

NISIRO. Bien armado está el modorro.

GARBÓN. Con esto quito ocasiones.
que entre espadas y picones
cuando no corro, me corro.

ESCENA VIII

TEBANDRO, *soldados y* DEIDAMIA *de hombre.*

DEIDAM. Esto es hecho, ya yo estoy
en el griego campo; excusa
persuasiones.

TEBAND. De ellas usa
la fe con que te las doy;
que no sé si ha de llevar
bien tu esposo el verte aquí.

DEIDAM. ¿Hame llevado tras sí
el alma y no se ha de holgar
que el cuerpo sus pasos siga?

TEBAND. Primero que él has llegado.

DEIDAM. Celos las alas me han dado,
vuela amor, la ausencia instiga;
todo deseo es lijero
y toda ausencia pesada.

TEBAND. Entre tanta gente armada,
tanta lanza, tanto acero,
¿cómo has de hallarte?

DEIDAM. Mejor
que entre escuadras de desvelos,
entre ejércitos de celos
y entre muros de temor.
No tendré yo gusto igual
si á Aquiles mis ojos ven;
que en presencia, el mal es bien,
y en ausencia el bien es mal.
¡Bravos muros!

TEBAND. Son de Troya,
á quien el Asia obedece.

DEIDAM. ¡Brava gente los guarnece!

TEBAND. La honra es la mejor joya,
todos compiten por ella
en el campo y la muralla,
los unos por restauralla,
los otros por defendella.
Treguas gozan por diez días
los dos campos enemigos.

DEIDAM. En ellas serán testigos
de galas y bizarrías,

que saca la ostentación
para recibir mi esposo.
TEBAND. Con su venida orgulloso
está el griego.
DEIDAM. Y con razón.
TEBAND. Y el troyano, con mayor
ánimo, á lo que parece,
que en el noble pecho crece
á más riesgo más valor.
DEIDAM. Escucha, que llega ya
al campo el esposo mío.
TEBAND. Majestuoso señorío,
miedo y gusto á un tiempo da.
DEIDAM. Y las troyanas murallas
están de hermosuras llenas.
TEBAND. Si son damas sus almenas
suba amor á conquistallas.
DEIDAM. En fe de las treguas gozan
la paz que el derecho encierra.
TEBAND. ¿Treguas dices? Llama guerra
bellezas que almas destrozan.
DEIDAM. Lleguémonos á esta parte,
verémosle entrar mejor.
TEBAND. Con tal guarnición, amor,
no asaltará Troya á Marte.
(*Música de chirimías.*)

ESCENA IX

Salen á los muros POLICENA *y* CASANDRA, *y otras damas muy bizarras.*

POLICEN. ¡Qué gallarda ostentación,
si no fuera de enemigos!
CASANDR. El valor no desmerece
por esta causa, si es digno
de alabanza.
POLICEN. Ni yo quiero
disminuirle, aunque envidio
á los contrarios la gloria
que con él se han prometido.
CASANDR. Si es cierto lo que encarecen
oráculos y adivinos,
á Troya ha de conquistar.
POLICEN. ¡Qué soñados desatinos!
A Hércules le comparan
elogios ponderativos;
mas no es tan fuerte el león
como le pintan.
CASANDR. Vestido
de mujer, dice la fama,
que Ulises le halló, y colijo
por la causa los efectos
de este ensalzado prodigio.
POLICEN. Si amor, absoluto en todo,
y no el temor, como he oído,
le disfrazó, no me espanto
que es invencible, aunque niño.

ESCENA X

Con cajas y trompetas marchando, ULISES, *un page de jineta y otro con una celada en una fuente, y* AQUILES *armado con sombrero y bastón, todos muy bizarros y* GARBÓN.—DICHOS.

CASANDR. Él tiene bizarro talle,
si al cuerpo conforma el brío
que muestra, dichosa Troya
á tenerle por caudillo.
POLICEN. No nos hace Aquiles falta
mientras Héctor esté vivo;
puesto que tras sí me lleva
el alma con el sentido.
GARBÓN. ¡Oh, Arquillas de mis entrañas,
no quepo de regocijo
por ambos dos carcañales
en somo de mis hocicos!
Garbón soy, ¿no me conoces?
AQUILES. ¡Oh, Garbón!
GARBÓN. Fuí vaquerizo;
mas dejelo por la guerra;
busquéte un mes, y aborrido
de no hallarte, di en soldado.
GARBÓN. Huélgome de haberte visto.
AQUILES. Esquilón llora por ti,
con ser viejo, como un niño.
AQUILES. Téngole en lugar de padre.
GARBÓN. Bravamente te han vestido.
¿Dónde compraste ese sayo,
que tan al justo te vino?
Ni tien costuras, ni pliegues,
pardiez, que está bien tejido;
de vidrio pensara que es,
si hubiera sastres de vidrio.
NICAND. Donoso está el ignorante.
GARBÓN. Si, cual dicen, has venido
á ser nuestro General,
también yo tengo mi oficio.
AQUILES. Y ¿cuál es?
GARBÓN. Cabo de escuadra
me ha de ser prometido.
El capitán que nos trujo
por un hecho peregrino
que me vió hacer en un pueblo,
y merece estar escrito
y aun guardarle en los archeros.
PALAM. Mentecato, en los archivos.
GARBÓN. Eso de chivos es pulla.
AQUILES. Es tan donoso y sencillo,
que el oirle me entretiene.
ULISES. Ya le conozco.
GARBÓN. Es mi amigo.
AQUILES. Hermosa coronación
de muros; si guarnecidas
de tales armas están,
¿quién no teme su presidio?
ULISES. La Princesa Policena,
de la hermosura prodigio,
es aquella con sus damas
que á verte entrar han salido;
treguas hay; si verla quieres,
acércate más.
AQUILES. ¡Divino,
milagro; belleza rara!
Si tal tesoro conquisto
¡qué hazañas más bien premiadas!
De nuevo ánimo infundido
siento, Ulises, mi valor
con la hermosura que miro.
(*Hácele* Policena *señas con un lienzo.*)
ULISES. Señal te hace con un lienzo
para hablarte.
DEIDAM. Celos míos,
¿qué escucháis? ¿qué es lo que veis?

¿Ayer ausencia, hoy olvidos?
CASAND. Escucha, que ya se acerca.
AQUILES. Ardid debe de haber sido,
puesto, señora, que nuevo,
el mostrar al enemigo,
en fe de que no le temen,
los despojos más lucidos;
y no sé si es discreción,
que yo, después que os he visto,
por la dicha del ganaros (1)
pienso atropellar peligros.
POLICEN. Si en fe de ser tan galán,
Príncipe, lo que habéis dicho,
es cortesía amorosa,
á gozar hemos venido
vuestra gallarda presencia;
pero si habláis presumido,
sabed que son cazadores
nuestros troyanos invictos,
y que os ponen el reclamo
porque con él divertidos,
os entendemos coger
en las redes de Cupido.
AQUILES. Poderoso estratagema;
discreto y sutil arbitrio.
Diera yo por verme preso
en vuestros lazos divinos
el alma, que ya no es mía;
ya me parecen prolijos
los términos de esta tregua,
pues dilatar han podido
conquista de estima tanta,
y á poderla hacer suspiros,
fueran de poco provecho
máquinas, flechas y tiros.
POLICEN. ¡Ay! si vos fuérades nuestro,
diéraos yo...
CASAND. ¡Qué desvaríos,
señora, el respeto ofenden
á tu recato y juicio!
POLICEN. ¿Qué he de hacer? No puedo más;
aunque la lengua reprimo,
es móvil primero el alma
de las palabras que digo.
DEIDAM. ¿Que esto escucho y no me vengo?
Celos, ¿á esto hemos venido?
TEBAND. ¡Señora!
DEIDAM. Estoy por dar voces.
¡Ay, esposo fementido!
ULISES. Despídete, que se acerca
nuestro campo, que ha sabido
nuestra venida, y el Rey
sale á él á recibirnos.
AQUILES. Despide tú, si es que puedes,
la luz del sol; saca el Nilo
de su madre; quita al fuego
el calor, que es su principio,
y será posible entonces
despedirme del hechizo
que he bebido por los ojos.
Partiréme de mí mismo.

(1) Así en el original; pero TIRSO habrá escrito «de ganarlos», pues habla de los despojos.

ESCENA XI

Cajas y trompetas, SOLDADOS *marchando*, PATROCLO, *y detrás* MENELAO, *viejo, con bastón*.—DICHOS.

AQUILES. Deme vuestra Majestad
los pies.
MENEL. Brazos apercibo
para coronar los hombros
en que ha de tener alivio
el peso de mi venganza.
Vos seáis tan bien venido
como en Grecia deseado,
gloria y sol de nuestro siglo.
PATROCL. Abrazad vuestro Patroclo
si os acordáis de él.
AQUILES. ¡Oh, amigo!
¿cómo pueden olvidarse
amistades desde niños?
Juntos nos hemos criado;
y ahora el veros estimo
en lo que ganará Troya.
PATROCL. Dándoos los brazos, confirmo
de nuevo nuestra amistad.

ESCENA XII

Sobre los muros, Héctor *armado*.—DICHOS.

HÉCTOR. Príncipe, que en vaticinios,
profecías y esperanzas,
si no mienten adivinos,
conquistador os blasonan
de nuestra ciudad, dominio
del Asia, corte y cabeza
del célebre reino frigio;
después de daros alegre
y cortés el bien venido,
pues venciendo os esperamos
fama que eternizan libros;
para que no dilatéis
los triunfos que prevenidos
os tiene Grecia, fiada
en vuestro valor invicto,
con permisión de las treguas,
cuerpo á cuerpo, os desafío
para mañana.
AQUILES. ¿Quién sois,
confiado comedido,
vos, que me desafiáis?
HÉCTOR. Héctor, mayor de los hijos
de Príamo, Rey troyano.
AQUILES. Mostráis, Príncipe, cuán digno
sois de la fama que os honra,
y aceptando el desafío
os retorno parabienes
que, por ser vuestros, estimo.
(*Echale un guante* Héctor *y otro* Policena, *coge éste* Deidamia *y el otro* Patroclo, *y entrambos* Aquiles.)
HÉCTOR. Recibid, pues, ese guante.
POLICEN. Y éste también, por ser mío,
que si el de mi hermano os reta,
ése os favorece.
AQUILES. Admito
el uno y el otro ufano.
PATROCL. Estando Patroclo vivo,

desafiado primero,
mi derecho es más antiguo,
y así este guante me toca.
(Con banda al rostro, Deidamia.)

DEIDAM. Y éste á mí, pues, ofendido,
si para vos de favor,
de guerra para mí ha sido.

AQUILES. Suelta Patroclo, si intentas
no ser de hoy más mi enemigo,
suelta tú, si no pretendes
dar á mis celos principio.

PATROCL. Yo he de pelear con Héctor
primero, Aquiles, que he sido
primero desafiado.

DEIDAM. Yo he de matarme contigo
antes que el guante te dé.

AQUILES. ¿Quién eres, hombre atrevido?

DEIDAM. Sabráslo si me buscares.

AQUILES. ¿Dónde?

DEIDAM. ¡Traidor, en ti mismo! *(Vase.)*

AQUILES. Tenedle; ¿qué es esto, cielos?

HÉCTOR. Si estás, Patroclo, ofendido,
hagamos nuestra batalla
luego los dos.

PATROCL. Eso pido.

HÉCTOR. Pues espera que ya bajo.

ULISES. Dar fin á esta parte quiso
nuestro autor; con la segunda
mañana os convida TIRSO.

QUIEN NO CAE NO SE LEVANTA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CLEANDRO, *viejo.*
LEONELA, *criada.*
LELIO, *galán.*
MARGARITA.
VALERIO.
ALBERTO, *lacayo.*
BRITÓN, *lacayo.*
LISARDA.
CELIO.
LUDOVICO.
ANDRONIO.
ROSELIO.
PINARDO.
PINABEL.
FELICIO.
UN ANGEL.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

CLEANDRO *de camino*, MARGARITA *y* LEONELA.

CLEAND. No hay mucho desde aquí á Sena.
Laurencia tu tía, está
á la muerte, el verme allá
tiene de aliviar su pena;
mi hermana es y hermana buena.
Sola ella pudiera ser
ocasión, hija, de hacer,
aunque corto, este camino,
que no es poco desatino
dejar sola una mujer
moza y doncella en tu edad,
donde el vicio y la insolencia
habitan, porque Florencia
no tiene otra vecindad.
Parentesco y voluntad
me obligan; pero el temor
de tu edad y de mi honor,
viendo el peligro en que estás,
vuelven los pasos atrás
que da adelante mi amor.
Hija, si una despedida
licencia de hablar merece,
por ver lo que se parece
á la muerte una partida,
haz cuenta que de la vida
en esta ausencia me alejo,
y como cansado y viejo,
no á Sena, al sepulcro voy;
y que en el paso en que estoy
te encamino y aconsejo.
Sola en mi casa naciste
de una madre á quien Florencia,
aunque muerta, reverencia;
pero bien la conociste;
nobleza antigua adquiriste;
lo mejor de esta ciudad,
honrando mi calidad,
pariente mayor me llama,
riqueza heredas y fama,
discrección y autoridad.
El verte sola, y querida
y celebrada en Florencia
dió á tu mocedad licencia
más suelta que recogida;
al fin le costó la vida
á tu madre el conocerte
tan libre, y por no ofenderte,
ni con reñirte enojarte,
quiso más por adorarte
morirse que reprehenderte.
¿Cuántas veces te llamó
poniendo á tu vida freno,
y á solas, en nombre ajeno,
tus costumbres reprendió?
¿Cuántas veces te leyó
sucesos con que Dios toca
la mocedad libre y loca,
y temiendo darte enojos
te castigó con los ojos
lo que no osó con la boca?
Pues yo sé vez que, enojada
de ver tu desenvoltura,
tu libertad y locura

castigó en una criada,
y tú, por esto agraviada,
en un mes no nos hablaste
ni á la cara nos miraste,
hasta que vino á quebrar
por nosotros, que á callar
y á sufrir nos obligaste.
Todo esto causa el no haber
más de un hijo en una casa;
la edad vuela, el tiempo pasa;
sólo ha de permanecer
la fama, que en la mujer
corre peligro doblado;
tu honra es mi espejo amado:
si le procuras quebrar,
¿cómo me podré mirar
en un espejo quebrado?

MARGAR. Pues ¿á qué efecto es ahora
tan estudiado sermón?
¿Qué afrenta ó disolución
en mí tu linaje llora?
¿Heme ido, como Lidora,
con algún hombre, perdida?
¿De qué ventana, atrevida,
de noche escala has quitado,
ó qué persona has hallado
tras el tapiz escondida?
¡Oh, qué pesadas vejeces!

CLEAND. Soy pesado y tú liviana.
No vi escala en la ventana,
pero á ti sí, muchas veces;
y como en ella pareces
siempre, por más que te digo,
tu fama ha de ser castigo
de la licencia que toma;
que pocas veces se asoma
que no dé abajo consigo.
Y si á caerse comienza
en la calle, ¿habrá quien calle?
No, que la fama en la calle
será fama á la vergüenza;
el recato al gusto venza;
no uses mal de mis regalos
para libres hijos, malos;
deja algún tiempo del día
palos de la celosía
que dan al honor de palos.
¿Qué oraciones y ejercicios
lees? Cuando estás despacio,
las novelas de Bocaccio,
maestrescuela de los vicios;
tus mangas darán indicios,
escritorio, cofre ó arca
de los papeles que marca,
y con quien haces tu agosto
el furioso del Ariosto
y las obras del Petrarca.
¿Con tal compañía quieres
que tu honor no ande en demandas?
De los amigos con que andas
podremos sacar quién eres.
¿Qué gusto ó provecho adquieres
de traer las faltriqueras
preñadas con las quimeras
de canciones y tercetos,
de liras y de sonetos,
de décimas ó terceras?
Anda, que ninguno aprende
que no procure saber;
la poesía es mercader
que versos por honra vende;
es fuego sordo que enciende;
sus vanos terceros son
tercetos que al torpe son
de los sonetos que miras,
leyendo liras deliras,
dando á tu afrenta ocasión.

MARGAR. Recoletándome vas
con industria peregrina:
¡ea, vuélveme capuchina,
que así contento estarás;
no me traigas galas más;
quítame el oro y la plata,
el chapín al alpargata
reduce, al sayal la seda,
porque encartujada pueda
ser á tu gusto beata.
Por onzas vienes á darme
la libertad de la vida,
pues aun vista tan medida
determinas cercenarme.
¿Qué daño ha de resultarme
de que las varas posea
de una celosía, y vea
por su confusa noticia?
A ser varas de justicia,
pudieran hacerme rea.
¿No es una jaula enredada?
¿Aún menos quieres que sea
que un pájaro, y que no vea
segura de ser mirada?
¿Qué monja hay tan encerrada
que, ya por rejas de acero,
ya por el rallo grosero
ó vistas á ver no venga,
si aun no hay torno que no tenga
su socarrón agujero?
¿O pretendes con casarme
propagar tu sucesión,
ó huyendo la condición
de un yerno, monja encerrarme?
Si lo primero has de darme,
deja que en canciones reales
las cortesanas señales
pueda aprender de un poeta,
que no han de hacerme discreta
los salmos penitenciales.
Pero debes de gustar
que entre estameña y picote
me entre monja, porque el dote
temes que acá me has de dar;
la vejez toda es ahorrar;
y pues ella me limita
lo que un convento aún no quita,
vete con Dios donde vas,
que á la vuelta me hallarás
recoleta ó carmelita.
(Hace que se va; detiénela Leonela.)

CLENARD. Hija, Margarita, espera;
Leonela, vuélvela acá,
no te reñiré más ya,
que soy viejo considera;
prolija es la edad postrera;
llégate acá, abrázame,

todo es de burlas á fe;
ansí probarte he querido,
tu virtud he conocido,
tu recogimiento sé.
Quita el lienzo de los ojos,
no llores lágrimas vanas,
ó en la holanda de estas canas
deposita tus despojos.
¿No ves que me das enojos
cuantas veces me amenazas
entrarte monja? Si trazas
matarme pronto, hazlo así,
ea, por amor de mí.
De mala gana me abrazas,
pedirte quiero perdón;
dame la mano y pondréla
sobre la boca... Leonela,
¿dala el mal de corazón?

LEONELA. De tu mala condición
mil es poco que la den.

CLEAND. Pues ¿ríñesme tú también?

LEONELA. Si está por ti mi señora
de esta suerte cada hora
y la afliges, ¿no hago bien?

CLEAND. Buena anda toda mi casa;
¡oh amor de hijos imprudente!
Quiérola excesivamente;
no hay poner á mi amor tasa;
con ella mi vejez pasa
en descanso.

MARGAR. ¡Ay me!

CLEAND. ¿Volviste?

MARGAR. No sé.

CLEAND. Ea, no estés triste.
Mírame alegre, y de Sena
te prometo una cadena
como á la que Lesbia viste;
más si palabra me das
que no te has de meter monja.

LEONELA. No es esta mala lisonja.

MARGAR. Como no me digas más
vejeces, siempre hallarás
en mí una justa obediencia.

CLEAND. No oso salir de Florencia,
porque un monasterio temo.

MARGAR. Ya se ha acabado este extremo.

CLEAND, Pues júralo.

MARGAR. En mi conciencia.

CLEAND. Pues con esa condición
á verme parto á mi hermana:
hasta después de mañana
orden en mi casa pon.

MARGAR. Ni ventana ni balcón
la calle ha de ver abierto
hasta que vuelvas.

CLEAND. Bien cierto
estoy que has de ejecutallo.
Ea, adiós. ¡Hola el caballo!
Amor todo es desconcierto.

(Vase.)

ESCENA II

DICHOS *sino* CLEANDRO.

LEONELA. Vaya con... iba á decir
una sarta de galeotes,
quítale al sol los capotes
que ya te puedes reir.
¿Saco mantos?

MARGAR. ¿Para qué?

LEONELA. ¿No hemos de irnos á un convento?

MARGAR. De Venus.

LEONELA. ¡Buen fingimiento,
y de harto provecho á fe!
No hay sino en riñendo el viejo
decir que á enmonjarte vas;
¡buen «cata el coco» hallado has!

MARGAR. No medro si no me quejo.

LEONELA. No sino haceos miel. ¡Qué enfado
es un padre ó madre vieja
cuando á una hija aconseja
sin quitársela del lado,
que habiendo en su mocedad
no perdonado deleite,
conversación, gala, afeite,
fiesta, sarao ni amistad,
más envidiosa que honrada,
riñe, aconseja, limita
en la mesa, en la visita,
y porque de desdentada
no puede comer por vieja,
es perro del hortelano
que, con la col en la mano,
ni come, ni comer deja!

MARGAR. No esgrime con ejercicio
quien no ha sido acuchillado,
ni hay amigo taimado
como el que es del mismo oficio.
Los viejos de nuestros días
cansados é impertinentes,
que el gusto á falta de dientes
repasan con las encías
papilla nos piensan dar
á los que al mundo venimos.

LEONELA. Esa al viejo se la dimos
ya que no puede mascar.
Váyase el caduco al rollo;
y pues es tu edad en flor,
bollo de azúcar de amor,
busca quien coma ese bollo.
Ni bien seas primavera
que toda en flores se va,
ni bien estío, que está
abrasado dentro y fuera.
Entre Abril y Julio hay Mayo
y Junio, que dan tributo
parte en flor y parte en fruto,
en lo que has de hacerte ensayo.
¿Entiéndesme lo que digo?

MARGAR. Anda, necia, que ya sé
que me aconsejas que dé
un medio al gusto que sigo.

LEONELA. No como el Abril en flores
pases el tiempo inconstante,
«daca el guante, toma el guante»
papeles, cintas, colores;
que hay mujer que el tiempo pasa
en aquestas chucherías,
y al cabo de muchos días
que á fuego lento se abrasa,
quando echa mano á la presa
que de sustancia ha de ser,
no se la dejan comer,

porque levantan la mesa.
Buena es cuando alguno brinda
la guinda antes de la polla
y el melón entre la olla,
mas no ha de ser todo guinda;
ni todo también pechuga,
sino, como el hortelano,
vaya puniendo la mano
entre col y col lechuga.
Gasta tus años de modo
que, sin perdonar manjar,
puedas después afirmar
que sabes comer de todo.

MARGAR. Maestra estás: pon escuela.

LEONELA. Dime en los estudios prisa.

MARGAR. Aunque me has causado risa,
te pienso seguir, Leonela.
Pero escucha: ¿Qué es aquello?

LEONELA. Callejeros mercaderes.
(De dentro sale con una caja llena de buhonería.)

ALBERTO. ¿Compran peines, alfileres,
trenzaderas de cabello,
papeles de carmesí;
orejeras, gargantillas,
pebetes finos, pastillas,
estoraraque, menjuí,
polvos para blanquear diente
caraña, copay, anine,
pasta, aceite de canine,
abanillos, mondadientes.
Sangre de drago en palillos,
dijes de alquimia y acero,
quinta esencia de romero,
jabón de manos, sebillos,
franjas de oro milanés,
agua fuerte, adobo en masa
de manos. ¡Cristo sea en casa! (1)

ESCENA III

Sale ALBERTO.—DICHAS.

ALBERTO. ¿Quién llamaba aquí al francés?

LEONELA. Aquí, nadie.

ALBERTO. ¿Es menester
poner postizo algún diente?
Haréle naturalmente,
sin que al dormir ó al comer
sea menester quitalle
ni haya quien la falta vea
por más curioso que sea,
aunque se llegue á miralle.

MARGAR. Gracias á Dios y al cuidado
buena dentadura tengo.

ALBERTO. *(A Leonela.)* Señora hermosa, no vengo
en balde: ¿cómo ha dejado
criar ahí tanta toba?
¡Jesús, qué perdida está
la dentadura!

LEONELA. Será
porque soy tan grande boba
que nunca cuido de mí.

ALBERTO. Mas ¿por qué come á menudo
confitura del desnudo?

LEONELA. Si es del amor, así, así.

ALBERTO. Pues verá en distancia poca
cuál la dejo; asiéntese,
la toba la quitaré.

LEONELA. ¡Ay, Jesús! ¿hierro en mi boca?
Váyase con Dios, hermano.
Quítese allá.

ALBERTO. Pues ¿rehusa
lo que la importa y no excusa,
el remedio de mi mano?
Si quiere no desdentarse,
aqueste polvillo tome,
que la toba limpia y come
los dientes; ha de estregarse
al levantarse muy bien
enjugándose con vino
y con un paño de lino
hasta que enjutos estén;
que, como tenga cuidado,
brevemente encarnarán
y de marfil quedarán.

LEONELA. ¿Cuánto vale?

ALBERTO. Un ducado;
pero sírvase con ellos,
no riñamos por el precio.

LEONELA. No es el merecero necio.

ALBERTO. Para enrubiar los cabellos
tengo una raíz famosa.

MARGAR. Fuéme el cielo tan propicio
que sin buscar artificio
los tengo cual veis.

ALBERTO. Hermosa
sois, señora, por el cabo.

MARGAR. ¿Trae cintas de resplandor?

ALBERTO. Y son la cosa mejor
de Italia: no las alabo
por mías; este papel
(Dale un papel con unas cintas.)
si es verdad ó no dirá,
que lleno de ellas está.
Escoged, señora, en él...
Mas, ¡cuerpo de Dios!

MARGAR. ¿Qué es eso?

ALBERTO. Quedóseme en la posada
la bolsa, y no está cerrada
la caja donde la he puesto;
en ella mi caudal tengo;
el diablo por Dios sería
que me la dejasen fría.
Esperen, que luego vengo. *(Vase.)*

ESCENA IV

DICHOS, *menos* ALBERTO.

MARGAR. Confianza hizo de mí
el mercero alborotado,
pues el papel me ha dejado
yéndose, Leonela, así.

LEONELA. Tal prisa le da el dinero.

MARGAR. Líbrele Dios de un ladrón.

LEONELA. Veámos qué tales son,
que hurtarle unas varas quiero.
¿Qué miras?

MARGAR. Letra gallarda,
un sobre escrito que está
en el papel.

LEONELA. Veamos ya
estos listones.

(1) Esta relación se halla también en la escena IX del acto segundo de *Por el sótano y el torno*.

MARGAR. Aguarda.
«A Margarita de Ursino.»
LEONELA. ¿A quién?
MARGAR. ¿No escuchas mi nombre?
LEONELA. Aquí hay maula, no era el hombre
mercero que á vender vino,
sino un gentil alcahuete.
MARGAR. Casarte puedes con él.
LEONELA. ¿Qué aguardas? Mira el papel
que grandes cosas promete.
Con cintas en vez de tinta
le escriben, señal será
que quien con cintas le da
te desea ver en cinta.
MARGAR. «Valerio» dice la firma.
LEONELA. Si es suyo, bien recibido
será.
MARGAR. Muy bien le he querido.
LEONELA. Así Florencia lo afirma
pues has llegado á dar nota
con él de no recatada.
MARGAR. Este negro ser honrada
mil buenos ratos agota.
Mi padre tuvo noticia
de no sé qué y se ausentó
Valerio, porque temió
el rigor de la justicia.
LEONELA. Mírale: ¡que tengas flema
para no verle!
MARGAR. ¡Ay! cuál viene
el pobre, tal fuego tiene
que hasta la mano me quema.
LEONELA. Mas qué, ¿no viene en poesía?
MARGAR. ¿En qué lo echaste de ver?
LEONELA. En que es papel mercader,
pues cintas de oro te envía;
y el poeta, cuyo nombre
por ser el principio en Pó
de la pobreza heredó,
por más que escriba no es hombre
que da de contado así;
porque son tan buenas lanzas
que pagan siempre en libranzas
al Sol, Luna y Potosí.
«Tus cabellos son del Sol,
tus dientes perlas de Oriente,
tus pechos plata luciente,
tus mejillas arrebol.
Del alba rubíes tu boca,
tus ojos no son distintos
de esmeraldas y jacintos,
en cristal tu frente toca.»
Y creo que los planetas,
según están de corridos,
deben de andar escondidos
de estos diablos de poetas;
pues si en ello se repara
deben de pensar que son
de casta de bofetón
que los traen de cara en cara.
MARGAR. Mal dices de la poesía.
LEONELA. Yo coplas no puedo verlas,
que, según tratan en perlas,
nos han de dar perlesía.
Un rústico oyó unos versos
en que un poeta alababa
la corte donde habitaba;
y entre atributos diversos
que daba á sus damas era
decir que cuantas vivían
en ella, perlas tenían
por dientes. Y de manera
se le encajó ser verdad;
que dejando casa é hijos
malbarató unos cortijos
y parte de una heredad;
y creyendo estas novelas
dijo que iba, á su mujer,
á la corte á enriquecer
siendo en ella sacamuelas.
Porque si en doliendo un diente
y en sacándolo era perla
no era difícil de haberla
una baíca de Oriente.
Pues llenando una tinaja
de dientes, perlas, podía,
vendiéndolas en Turquía,
tener más oro que paja.
Dió en esto, y en lances pocos
tan rematado quedó,
que el poeta le llevó
á la casa de los locos.
MARGAR. Tú puedes irte con él.
LEONELA. Duendes y poetas son
unos humo, otros carbón.
MARGAR. Ahora bien, va de papel.
(*Lee.*) «Temores, más de la justicia
que de tu padre, me ausentaron de
Florencia, y deseos de tu vista me
han traído esta noche escondido á
gozarla; obligaciones me tienes y te
tengo más de marido que de preten-
diente; si gusta llévalas adelante,
pues tu padre, según he sabido, está
en Sena. Al anochecer irán por ti los
negros con una silla, que no oso en-
trar en tu casa, porque desde la no-
che que me halló tu padre, la tengo
por agüero. No lo seas tú de mi
amor, sino fíate de los que te han de
traer, hasta que Dios quiera que,
muerto el viejo, vivamos los dos jun-
tos. El te aguarde. *Valerio Nigro.*»
LEONELA. Como marido dispone;
parece señor de casa.
MARGAR. Quiérole bien y no pasa
las leyes que amor propone.
Tomó quieta posesión
de lo más, ¿qué mucho, pues,
que de lo que menos es
se la dé mi inclinación?
LEONELA. ¿Piénsaste casar con él,
muerto el viejo?
MARGAR. Bien le quiero;
mas que es también considero
determinación cruel
ser su esposa, porque están
en estado arrepentido
cuantas han hecho marido
del que antes fué su galan,
y recélome, en efecto,
que el galán cuando se casa,
como sabe ya la casa,
entra perdiendo el respeto.

No porque Valerio ame
pienso consentirme asar,
en todo quiero picar.
LEONELA. El buey suelto bien se lame.
MARGAR. Papel y tinta hay aquí.
LEONELA. ¿Sabes tú si volverá
el francés fingido acá?
MARGAR. Paréceme á mí que sí.
LEONELA. No pide el papel respuesta,
que tú sola lo has de ser,
si viene al anochecer
la silla.
MARGAR. Poco me cuesta,
por si vuelve ó no, escribir
dos renglones.
LEONELA. El mercero
es un gentil embustero;
á fe que le he de pedir
si vuelve, pues que me quedo
de noche en casa y solita,
que entre á ver cómo me quita
la toba, y con ella el miedo.
(*Suenan pretales.*)
MARGAR. Esto basta: ¿qué es aquello?
LEONELA. Carrera á fe de cristiana.
MARGAR. No perderé la ventana
aunque estuviese en cabello,
que me muero si en la calle
suenan pretales.
LEONELA. ¿Y aquí
te dejas el papel?
MARGAR. Sí;
luego volveré á cerralle. (*Vanse.*)

ESCENA V

CLEANDRO *de camino.*

Dos veces he salido de Florencia,
y el recelo, otras tantas adivino,
volviendo las espaldas al camino,
no me consiente hacer de casa ausencia.
Venció al fraterno amor la diligencia
del honor que amenaza un desatino,
que al fin su parentesco es más vecino,
aunque su hermano soy, cual de Laurencia.
Si ella á la muerte el túmulo previene,
y á la muerte mi honra en casa espera,
fuerza es mirar por lo que más conviene.
Menos me importa que Laurencia muera,
que quien enfermos en su casa tiene
no hay para qué visite á los de fuera.
La puerta falsa hallé abierta,
que mi sospecha encamina,
y temo que salga cierta,
que no vuelve la honra fina
que sale por falsa puerta.
Nadie acá abajo ha quedado
haciendo tanto calor.
La sala baja han dejado;
pero como es fuego amor
busca su esfera elevado.
¿Mas qué están á la ventana?
¿Qué importa cerrar la puerta,
si la deshonra liviana
trae alas y la hallé abierta
tan alta como profana?
(*Suena de dentro carrera.*)
¿Carrera hay? No fué quimera
mi sospecha apercibida.
¡Ah mocedad altanera!
¿Mas que ha de salir corrida
mi honra de esta carrera?
Un papel hay aquí escrito,
letra de Margarita es;
si es sentencia que después
eche á mi honra un sambenito...
No es prudente padre aquel
que su hija enseña á que escriba,
porque en la tinta y papel
conserva la ocasión viva
que se muriera sin él.
Bien puede un padre excusar,
si quiere vivir alerta,
la vieja que entra á terciar,
tener cerrada la puerta
y las ventanas clavar.
Pero, cuando escribir sabe,
en vano guarda á su hija,
por más que eche reja ó llave,
que, en fin, ¿por qué rendija
un papel sutil no cabe?
Estos argumentos son
contra mí, pues que procura
más que mi honra mi aflicción;
quiero verle, á buen seguro
que no es de mi devoción.
(*Lee.*) «No quiero multiplicar palabras donde tan presto se han de ver las obras. La silla espero, y supuesto que ya anochece, pudiera haber venido. Guárdete el cielo y detenga allá al viejo todo lo que durare el quererme. Tu bien,» etc.
Buena ausencia quise hacer;
no hay de mi honor que presuma
que seguro está en poder
de un papel y de una pluma
en manos de una mujer.
Dejad, amor liberal,
que el castigo que ejecuto
sea á tanta ofensa igual,
que no es árbol que da fruto
la mujer si no es formal.
Ea, remisa aflicción,
aplicad medios crueles
al honor, que no es razón
que por Florencia en papeles
ande mi honra en opinión.
No sé á quién esto se escribe;
la silla quiero aguardar
que mi deshonra apercibe
y en ella la muerte dar
á quien en mi agravio vive;
que en silla vengarme intento
de quien en ella mancilla
mi honor, pues es argumento,
que quien da á mi agravio silla
me quiere afrentar de asiento. (*Vase.*)

ESCENA VI

LELIO *y* BRITÓN *con baqueros de mozos de silla, correones y palos, tiznados como negros.*

BRITÓN. Bien pudieras ya decirme
á qué fin has hecho, Lelio,

con los dos este guisado
de hígado, pues es negro;
desenguinéame ya,
que, mirándome al espejo,
temor tuve de mí mismo
según estoy sucio y feo.
Si fueran Carnestolendas,
cuando destierran el seso
de Florencia, no era malo
el disfraz, puesto que puerco.
¿Qué niñas á espantar vamos,
ó para qué nacimiento
hacemos la Epifanía
que al rey tizne represento?
O declárate, ó me lavo;
que ¡vive Cristo! que temo
que me he de quedar así
per omnia sæcula.

LELIO. Necio:
¿mondo yo nísperos? Calla,
y ven conmigo.

BRITÓN. No quiero,
ni he de quitarme de aquí
si no me dices primero
dónde vamos y á qué causa.

LELIO. ¿Estás borracho?

BRITÓN. Estoy hecho
el propio un galán de *requiem*,
no falta más que el entierro.

LELIO. Calla, y sígueme.

BRITÓN. Es en vano.
Yo he dado por hoy en esto:
¡vive Dios! si no te explicas,
que me has de ver estafermo.

LELIO. ¡Válgate el diablo por loco!

BRITÓN. ¡Válgate el diablo por cuerdo!

LELIO. Ven, sabráslo de camino.

BRITÓN. No, hay que hablar; aquí me asiento,
ó sacando agua de un pozo
me quito todo el ungüento
de esta carátula sucia,
que á grajos y pringue huelo.

LELIO. Sabrás, pues, ya que porfías...

BRITÓN. Eso vaya.

LELIO. Que Valerio
quiere á Margarita bien.

BRITÓN. Dime otra cosa de nuevo,
que esa ya sé que la tiene
más ha de un año en destierro.

LELIO. Gozóla á lo que se dice.

BRITÓN. Y diráse lo que es cierto,
que en un año de afición
ni ella es manca ni él es lerdo.

LELIO. El temor de sus parientes,
solicitados del viejo,
la hacen vivir con recato,
hasta que la muerte y tiempo,
que vencen dificultades,
al yugo del casamiento
los iguale.

BRITÓN. Dices bien;
que es más ella y él es menos.

LELIO. Esta tarde, pues, se fué
Cleandro á Sena, sabiendo
que está á la muerte su hermana;
supo su ausencia Valerio,
y, fiándose de mí,
vino á Florencia encubierto
á verse con Margarita...

BRITÓN. Diligente caballero.

LELIO. Para que esta noche vaya
á mi casa, donde ha puesto
el tesoro de sus gustos
y han de gozarse en secreto.
Pidió á Grimaldo prestada
la silla con los dos negros
dueños de aquestos vestidos.

BRITÓN. Muy bien huelen á sus dueños.

LELIO. Yo, que como soy de carne
y no de mucha edad, tengo
mis tentaciones humanas,
ha más de un mes que deseo
ser de aquesta Melisendra
por una noche Gaiferos,
y aun se lo he dado á entender.

BRITÓN. ¿Mas que respondió *no cheo?*

LELIO. ¡Zape! dijo con la boca
y *miz* con los ojos.

BRITÓN. Bueno.
Ahí un no es medio sí:
milagros son de estos tiempos.

LELIO. No imagino si se ve
en la ocasión, como ordeno,
que se hará de pencas mucho,
aunque es muy ilustre.

BRITÓN. *Credo:*
que es viña, en fin, vendimiada
y da á todo pasajero
un grumo, y más de racimo
que se queda siempre entero.

LELIO. Pues porque por diligencia
no quede, esta noche intento
hurtarle esta Margarita.

BRITÓN. Si te la cuelgas al cuello
no será malo el joyel;
envidia, por Dios, te tengo;
que, como voy ya calando,
no hay amante sin ingenio.

LELIO. Como supe que pidió
á Grimaldo silla y negros,
llamélos aquesta tarde
y dentro de un aposento
sus zaques llené de vino.

BRITÓN. ¿Desnudástelos?

LELIO. Dejélos
en carnes.

BRITÓN. Muy bien guardaste
tu vino, pues queda en cueros.

LELIO. Cerrélos después con llave,
encomendélos al sueño,
y machacando carbón,
con él y claras de huevos,
he compuesto este betún
con que los dos parecemos
infantes de Monicongo;
y fiado del silencio
de la noche, en el zaguán
de mi dama á punto tengo
la silla en que á Margarita
llevemos los dos.

BRITÓN. Apelo.
Aún si me cupiera parte,
vaya; mas ¿no es caso recio
que la lleve yo ensillada

y tú la goces en pelo?
Pero, dejando las burlas,
si viene por ella Alberto,
criado de su galán,
y has de ir en su seguimiento
hecho ganapán de silla,
¿cómo ha de tener efecto
tu mal digerida traza?

LELIO. Una riña fingiremos
con él; y con los correones
de suerte le apartaremos
de nosotros en la calle
que huya como liebre ó ciervo.

BRITÓN. ¿Y dónde piensas llevarla?

LELIO. ¿Eso preguntas? ¿No tengo
en Florencia otras dos casas,
una de la otra lejos?

BRITÓN. Alto, la maula está hecha:
¡vive Dios que eres discreto!
El ingenio te ha aguzado
la muela de algún barbero.
Mas ¿no es este Alberto?

LELIO. El mismo.

BRITÓN. Enguinéate y hablemos
á lo de zape y Angola.

ESCENA VII

ALBERTO.—DICHOS.

ALBERTO. ¿En qué diablos andáis, perros,
que en todo hoy no os he topado?

BRITÓN. Habra bien, sino que temo
que *turu ru* palo encaje
en cabeza y sacan seso.

ALBERTO. ¿Qué es de la silla?

LELIO. Esa acá.

ALBERTO. ¿Acá está ya?

LELIO. Acá traemo,
porque ruega ansí tu amo.

ALBERTO. ¿Pues cuándo le hablastes?

BRITÓN. Ruego.

ALBERTO. ¿Y os mandó aguardarme aquí?

BRITÓN. Sí, y sanca de frantiquero
ocho reale para vina,
que esa nobre cagayero.

ALBERTO. Alto; viendo mi tardanza,
dándole prisa el deseo,
los debió de enviar aquí.
Aguardadme en este puesto,
iré á avisar á la dama
que habéis de llevar.

BRITÓN. Queremo, haga Valerio co eya
quaquala.

(*Vase* Alberto.)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* ALBERTO.

LELIO. Primo, callemo.
Famosamente se traza.

BRITÓN. Bueno se le va poniendo
el ojo al haca.

LELIO. ¡Oh qué noche!

BRITÓN. No la dormirás al menos.

LELIO. Lindo embuste.

BRITÓN. Para ti,
que yo soy sólo el jumento
que le hacen llevar á cuestas
la paja, y se queda hambriento.
A mi costa has de cenar.

LELIO. Tú buscarás tu remedio.

BRITÓN. ¿Qué he de hacer. Cuando no hallare
cecial, cenaré abadejo.

ESCENA IX

MARGARITA *con manto*, LEONELA *en cuerpo y* ALBERTO.—*Sacan los* NEGROS *la silla.*

MARGAR. Leonela: cierra la puerta.

LEONELA. Di de mi parte á Valerio
que si me ha de enviar barato.

ALBERTO. ¿Y la silla?

LELIO. Aquí traemo.

ALBERTO. ¿Queréis que me quede yo
por barato en casa?

LEONELA. ¡Bueno!
A ahorcado tal barato.

ALBERTO. Del rollo de vuestro cuello.

LEONELA. Sois grande para joyel.
¡Oh hi de puta y qué mercero!
Bien vendéis vuestras agujas.
¿Entraste?

MARGAR. Sí, cierra.

(*Entrase en la silla.*)

LEONELA. Cierro.

ALBERTO. ¿He de volver?

LEONELA. ¿Para qué?

ALBERTO. Para la toba.

LEONELA. No cheo.

ALBERTO. En fin, ¿no he de volver?

LEONELA. No;
mas si volviese sea luego.

(*Entrase* Leonela.)

ESCENA X

DICHOS, *menos* LEONELA.

ALBERTO. Ea, perros, por aquí.

LELIO. Ya dije que no yamemo
perra á nadie, que también
hay en mundo branca perro.

ALBERTO. Pues ¿de qué se entona el galgo?

BRITÓN. Négoro fa cagayero
y no hay négoro sudío;
que come mantega y puerco.

ALBERTO. Hablen menos y anden más,
que ya se me va subiendo
á las narices el humo.

LELIO. Po lo Dioso jelalero
que han de pagá de un beyaco
con cozo é lale con cuero
de buey.

BRITÓN. Dale culubán.

ALBERTO. ¡Ay!

BRITÓN. ¿Quejamo?

ALBERTO. ¡Ay! que me han muerto.

LELIO. Síguele por que se aleje,
que al momento volveremos
por la silla.

BRITÓN. Bien se traza.

(*De dentro.*)

ALBERTO. ¡Ah perrazos!

BRITÓN. Aguala á perro. (*Vanse.*)

ESCENA XI

Sale CLEANDRO.

La silla que mi deshonra
lleva he seguido encubierto
hasta aquí, por conocer
quién es su lascivo dueño.
Pues dándolos muerte juntos
verá Florencia si tengo
la sangre helada, ó si hierve
con la venganza, que es fuego.
Pero sola se ha quedado,
porque los mozos huyeron;
amor, dejadme vengar,
pues mi enojo es cual vos, ciego.—
Deshonra de aquestas canas
á quien tan mal pago das.
Lamia torpe: ¿dónde vas?
¿por qué mi sangre profanas?
Tus mocedades livianas
castiga quien de ese talle
quiere que en la calle te halle
y huye tu desenvoltura,
pues, al fin, como basura
te han arrojado á la calle.
No por pesada te suelta
quien á cuestas te llevaba,
pues tu liviandad bastaba
á dar á Italia una vuelta.
Mas como te vió resuelta
á ser de tu honor tirana,
tu propio peso amilana
sus fuerzas, porque confiesa
que la cosa que más pesa
es una mujer liviana.
El modo y traza condeno
con que tu infamia procura
dar muestras de tu locura,
pues vas sin silla y sin freno;
que enfrenaras fuera bueno
la torpeza que te abrasa.
Entra en casa, si es que pasa
por ello y te admite en sí,
que, por echarte de sí,
te abrió sus puertas mi casa.
Para dar al vicio entrada
las abrió Leonela ahora,
que siempre de la señora
es retrato la criada.
Sólo has tenido de honrada
el irte sin responder,
con que has podido vencer
aquesta daga desnuda;
pero ¿cuándo no fué muda
la vergüenza en la mujer?
Gente viene; al que me ofende
no conozco; hablarle intento;
engendrado ha atrevimiento
el enojo que me enciende.
Si en esta silla pretende
deshonrarme mi enemigo,
con ir en ella consigo
que sea en venganza igual,
esta silla tribunal
de mi agravio y su castigo.
Ahora bien: aunque el temor
tiene en la vejez su centro,
determino entrarme dentro,
que también sabe el honor
disfrazarse como amor;
trazas tienen de ser éstas
para mi ofensor molestas,
pues me ha de llevar su gente
sobre sí, cual penitente
que lleva su cruz á cuestas. (*Entrase.*

ESCENA XII

Salen los NEGROS.—DICHOS.

LELIO. Bien le habemos alejado.
BRITÓN. Cual novillo va corrido.
LELIO. Habíase de haber ido
la dama, que hemos tardado.
BRITÓN. ¿Donde diablos, si ha cerrado
su puerta? Cual plomo pesa.
Aquí está.
LELIO. Famosa empresa.
BRITÓN. Como de tu ingenio fué.
LELIO. Peldona vuesa mecé.
Anda, plimo.
BRITÓN. Vamo apriesa.
(*Llévanla de un cabo á otro del tablado.*)

ESCENA XIII

Sale VALERIO.—DICHOS.

VALERIO. O el esperar al que aguarda
con sofísticos engaños
le vende instantes por años,
ó mi Margarita tarda.
Pero estos los negros son
y esta la silla en que viene
quien ha ya un año que tiene
en mi pecho posesión.
(*Requebrando al viejo.*)
Sol mío: ¿qué maravilla
de noche os saca bizarro,
y saliendo el sol en carro,
sois vos sol y andáis en silla?
Pero, pues dejáis el coche,
corred cortinas también,
porque los que en silla os ven,
puedan ver al sol de noche.
¿No queréis hablarme, amores,
mi bien, mi dueño, mi vida?
Muda seréis mi homicida.
BRITÓN. Cagayero dejan frores
que pensan mucho mujer
y queremo caminar.
VALERIO. Pues por aquí habéis de echar,
que en cas de Lelio ha de ser
donde habéis de parar.
LELIO. Bueno.
Anda con Dioso, que aquí
sabemo dó va.
VALERIO. Qué, ¿así
me desconocéis?
BRITÓN. Sereno
no conoce que está obscuro.
VALERIO. Valerio soy.
BRITÓN. Para eya.

LELIO. No sa para vos donceya,
apartamo.
VALERIO. Perros, juro.
BRITÓN. No yama perro, que hay palo,
de siya y hay cureón.
VALERIO. ¿No es linda disolución?
LELIO. Que yeva pasa Gonzalo
si no aparta de camino.
VALERIO. Basta, que burlan de mí:
ó habéis de echar por aquí,
ó he de hacer un desatino.
(Echa mano y da espaldarazos.)
Ea, perros, caminemos
ó moriréis á estocadas.
LELIO. Compañeras cuchuradas,
palo de siya tenemos,
aguarda vuesa mecé
y veremos maravilla.
(Llégase á sacar á Margarita *y descubre al viejo que sale, y echa mano.)*
VALERIO. Amores: sal de la silla
y á casa te llevaré.
Mas ¿qué es esto?
CLEAND. El desengaño
que has de ver en mi venganza;
la burla de tu esperanza,
de tu atrevimiento el daño.
No es Margarita mujer
que, deshonrando su casa,
al deseo que te abrasa
tiene de corresponder.
Que ella misma me avisó
de tu intención atrevida,
y el castigo de tu vida
aquí dentro me metió.
La espada tienes desnuda:
si, como afrentas mujeres,
tu infamia defender quieres,
palabras en obras muda,
que si me haces que trasnoche,
á matarte es, enemigo.
VALERIO. No suelen reñir conmigo
fantasmas que andan de noche.
¡Jesús, mil veces! No puedo
creer que Cleandro seas,
sino el diablo, que deseas
ponerme de noche miedo.
Y no será maravilla,
que, según el mal gobierno
de mi vida, del infierno
demonios traigan la silla.
¡Jesús, infinitas veces!
¿La Margarita sois vos?
No más amores por Dios. *(Vase.)*
CLEAND. ¿De un viejo huyes? Bien mereces
nombre infame de cobarde;
soy pesado, no te sigo;
mas yo te daré castigo;
que si llega nunca es tarde. *(Vase.)*
BRITÓN. Burlaos con silla ó con coche.
¡Oigan cómo ha enmudecido!
¡Gentil dama hemos traído!;
duerme con ella una noche.
LELIO. Déjame.
BRITÓN. ¡Burla gallarda!
Dado te han linda papilla,
si hasta aquí trujiste silla,
desde hoy más te pon albarda.
LELIO. ¿Hay burla mayor? Metamos
las dos en este zaguán,
y vámonos.
BRITÓN. Ganapán
sin fruto.
LELIO. Buenos quedamos.
BRITÓN. En blanco nos han dejado;
mas miento, mejor diré,
pues contigo me tizné,
que nos dejan en tiznado.
LELIO. Llega ya, y la silla carga.
BRITÓN. Cuento hay para muchos días,
mas buen despacho tenías
si te echaras con la carga.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Sale LELIO *quitándole á* LISARDA, *su esposa, unas joyas, y* BRITÓN.

LELIO.

Por vida de los dos, que no las quiero
para jugar. Lisarda, no me enojes;
he menester un poco de dinero,
é importa que esas joyas te despojes
para empeñarlas, no para venderlas.

LISARDA.

En lindo tiempo, por mi fe, me coges;
deseo debes de tener de verlas
empleadas mejor en otro cuello
más digno que no yo de mi oro y perlas.
Es dama al uso, que tendrá el cabello
negro, que ya no se usan hebras de oro,
y si es moreno el rostro será bello.

LELIO.

¡Oh, qué pesada estás! Porque te adoro
te atreves á enojarme.

LISARDA.

¿Es ojizarca?
Pero ojinegra es, que no lo ignoro;
en los tiempos del Dante y del Petrarca
los ojos zarcos eran los mejores,
adorados del príncipe y monarca,
y á los negros rasgados dan favores;
que las bellezas son como el vestido,
que mudan con la hechura los colores.

LELIO.

Quítate ya esas joyas, que he tenido
mucha paciencia; ¡ea!

LISARDA.

¿Qué es aquesto?
¿Cuándo, Lelio, el respeto me has perdido?
Dos años ha que el yugo nos ha puesto
del conyugal amor la Iglesia santa,
tirando á su coyunda el carro honesto,

voluntad me has mostrado siempre tanta,
que á cuantas damas hay envidia he dado.
Pues ¿qué mudanza mi ventura espanta?
De un mes acá te veo tan trocado,
que, si antes á las nueve te acostabas,
volver sueles al alba disfrazado.
Apenas, Lelio, de comer acabas
cuando, antes que levanten los manteles,
tomas la capa que antes olvidabas.
Jugaste, y aunque pocas veces sueles
gastar el tiempo en esto, ya has perdido
el dinero, la plata y los doseles,
y no tan malo, si en el juego ha sido
esta pérdida sola y no en desvelos
que sospecho te traen desvanecido;
que el juego que hay peor es el de celos,
pues pierden con la vida la paciencia.

LELIO.

¿Quieres, Lisarda, no llorarme duelos?
Ni el juego ni el amor me da licencia
para quitarte joyas que no he dado,
pues las trajo tu dote por herencia;
salí fiador, estoy ejecutado,
no quiero que entre en casa la justicia
y lo sepan tu tío y mi cuñado;
otras joyas habrá de más codicia
que comprarte prometo; acaba, amores.

LISARDA.

Ya esa fianza vino á mi noticia,
deuda es que tiene muchos acreedores,
y aunque su honra es ya dita quebrada,
se empeñan más por ella sus deudores.
No estoy, Lelio, en tu amor tan descuidada,
que aunque callo y consiento, no trasnoche
celosa con razón, y desvelada.
Bien piensas tú que del disfraz de anoche
tan ignorante estoy que no he sabido
la negra traza de la silla ó coche.
Autor de este entremés debe haber sido
aqueste bienaventurado.

BRITÓN.

¡Bueno!
Yo he de tener la culpa. Si ha perdido,
Britón le hizo perder; si del sereno
le duele la cabeza, este bellaco
de Britón es la causa; si el moreno
se emborracha con vino ó con tabaco,
Britón le dió á beber; si falta en
casa alguna cosa, Britoncillo es caco.
No lo puedo sufrir, de raya pasa,
un año ha que te sirvo, hagamos cuenta,
diez reales cada mes me das por tasa,
aquí está el papelillo en que se asienta
lo que recibo; débesme once reales
menos tres cuartos, no tengo otra renta,
páguenmelos y adiós, y sean cabales.

LELIO.

¿Estás sin seso?

BRITÓN.

Estoy muy enojado
y harto de llevar ya tus atabales.
A un hombre como yo bien opinado
no es razón que le llamen alcahuete.
¿Hanme visto llevar algún recado?
¿Cuándo te traje yo carta ó billete?
Siempre el rosario traigo en cuello ó mano,
dentro mi faltriquera no se mete.
De fray Luis, y porque veas si miento,
estas hojas dirán si soy cristiano.

(Va á sacar un libro de la faltriquera y saca envuelta al rosario una baraja de naipes, que se le cae.)

LISARDA.

Muy bien lo dicen, pues de ciento en ciento
te salen á abonar descuadernados
como tu vida; y quién te da sustento
de esas y de otras cartas despachadas;
por el infierno debes ser correo.

BRITÓN.

¡A afrentarme salistes desolladas!
¡Volveos al nido, que en mi muerte creo,
que de vosotras, en lugar de tablas,
he de hacer ataúd, según deseo
que andéis conmigo siempre!

LELIO.

En vano entablas
dilaciones; del cuello el oro quita,
que pierdo tiempo mientras tanto me hablas.
Quita las perlas.

LISARDA.

¿Qué furor te incita?
¿No están mejor al cuello de tu esposa
que no al cuello...

LELIO.

¿De quién?

LISARDA.

De Margarita?

LELIO.

No digas necedades, si celosa
estás; que es tan honrada como bella
Margarita, y doncella generosa.

LISARDA.

Será virgen y madre, si es doncella,
que de Valerio dicen que ha parido.

LELIO.

Mientes, y toma; acordaráste della.

(Dale un bofetón.)

LISARDA.

¡Ay, cielos!

BRITÓN.

Más me pesa, que has rompido
la sarta.

LELIO.

Los anillos le he quitado
y los zarcillos.

BRITÓN.

Su pirata has sido.

LELIO.

Coge las perlas.

BRITÓN.

¿No me ves bajado,
cual fraile en *Gloria patri*?

ESCENA II

ROSELIO.—DICHOS.

ROSELIO.

¿Qué es aquesto?
Lisarda, ¿de qué lloras?

LISARDA.

He quebrado
la sarta de las perlas en que he puesto
todo mi gusto.

BRITÓN.

No hay más linda pieza
que una mujer para mentir de presto.

ROSELIO.

No es esa la ocasión de tu tristeza;
que no eres tú, sobrina, tan liviana
que por eso des muestras de tristeza.
¿Qué es eso del carrillo? Mas la grana
en que se tiñe el daño que recelas
y tu honrada respuesta me hizo llana.
Lelio, ¿hasla dado?

LELIO.

¿Yo?

ROSELIO.

Deja cautelas.
Britón: ¿qué es esto?

BRITÓN.

Es una niñería,
un dolorcillo que le dió de muelas.

ROSELIO.

¿Calláis los dos? A la sospecha mía
doy crédito; la cara de Lisarda
es un papel que á mi venganza envía,
tinta es la sangre que la letra aguarda,
con cinco plumas la escribió el villano
valiente con mujeres que acobarda.

LISARDA.

Por mi fe que te engañas.

ROSELIO.

Jura en vano,
que ya en la plana de tu rostro veo
el renglón riguroso de la mano.
¡Ah Lelio, Lelio! ¿es este el justo empleo
que hace en ti de Lisarda que te adora?

LISARDA.

No ha reñido conmigo.

ROSELIO.

Ya lo veo.

LELIO.

Si la he reñido, ¿qué tenemos ahora?
Quitéla estos zarcillos y estas perlas
que llevo, á una mujer; quiso, habladora,
por resistirme consentir romperlas,
y dile el bofetón que te ha ofendido;
estas las joyas son, si quieres verlas.

ROSELIO.

¿Por qué la tratas mal?

LELIO.

Soy su marido.

ROSELIO.

Una vez sola pone el que es honrado
la mano en su mujer: si infame ha sido.
No le quites el oro que no has dado,
vuélveselo, ó si no...

LELIO.

Aparta viejo,
si no quieres...

ROSELIO.

La sangre se me ha helado;
mas no por eso que me injuries dejo.
Has de darle las perlas.

LELIO.

¡Buen aviso!
Pagarte á coces quiero ese consejo.
(*Derríbale y dale de coces.*)

LISARDA.

¿A mi tío?

LELIO.

El se tiene lo que quiso.

ROSELIO.

Soy tierra; en fin, atréveste á la tierra.

LELIO.

Pues si eres tierra con razón te piso.

BRITÓN.

Hoy reina alguna suegra, todo es guerra.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA III

ROSELIO y LISARDA.

ROSELIO. ¿A mí en el suelo y de coces?
Lisarda: dame una espada.
LISARDA. Sosiégate, no des voces,
que no es justo sepan nada
los vecinos.
ROSELIO. Mal conoces
mi condición, ¡vive el cielo!
¿De un cobarde mal nacido?
LISARDA. Deja las leyes del duelo,
que tú la culpa has tenido
de que te echase en el suelo.
ROSELIO. ¿Yo la culpa en defender
tu injuria? ¿En mí un mozalbete
las manos ha de poner?
LISARDA. Eso tiene quien se mete

entre marido y mujer.
¿Qué tengo yo que no sea
de Lelio?

ROSELIO. ¿A ti un bofetón?

LISARDA. Ni me afrenta, ni me afea;
afeites del honor son
con que el amor se hermosea.
Es mi esposo, hacerlo pudo.

ROSELIO. Hablas al fin como honrada;
pero el acero desnudo,
ya jubilado en la espada
me vengará.

LISARDA. De eso dudo. (*Vase.*)

ESCENA IV

ROSELIO y VALERIO.

ROSELIO. ¿Aquí estás? ¿Cómo te atreves
salir en público así,
si por tus costumbres leves
anda Cleandro tras ti,
y antiguos enojos mueves?

VALERIO. Quiero hoy volverme al aldea
y he menester que me des
unos escudos.

ROSELIO. Granjea
tu hacienda así, que después
no es mucho que corta sea.
¿Cuántos los escudos son?

VALERIO. Quinientos.

ROSELIO. Pues ¿para qué?

VALERIO. Compro cierta posesión.

ROSELIO. ¿Tú, posesión? Ya yo sé
de tu santa inclinación
la posesión en que estriba
tu liviana voluntad,
en torpes vicios cautiva.

VALERIO. ¡Por Dios que es una heredad!

ROSELIO. Si es heredad, será viva.

VALERIO. ¡Oh, que de ello que me cuesta
cualquier cosa que me das!
Digo que es para una fiesta;
para jugar; ¿quieres más?
para una mujer.

ROSELIO. Y honesta.

VALERIO. ¿Tienes otro que te herede
más que á mí y para que estimes
lo que es justo, que acá quede?
Ya soy hombre, no escatimes
lo que mi edad me concede.

ROSELIO. ¿Tantos pasos y argumentos.
gastas, si en darte me fundo,
los reales cientos á cientos?

VALERIO. Más que un hermano segundo
en cobrar sus alimentos.
Si me los tienes de dar,
¿para qué con esa flema
me los haces desear?

ROSELIO. A ti y Lelio un mismo tema
os hace locos de atar.
Ea, en mí las manos pon,
como hizo Lelio en tu prima;
si te parece razón,
mi cano rostro lastima,
dame en él un bofetón.
El oro y joyas me quita
con alborotos y voces,
y en tierra me precipita,
darásme otra vez de coces
por amor de Margarita.

VALERIO. ¿Cómo es eso?

ROSELIO. A su mujer
las joyas Lelio ha quitado
que no le supo traer,
y un bofetón le ha costado
el quererlas defender.
Y porque yo, como tío,
sus locuras reprendí,
fué tanto su desvarío,
que puso los pies en mí.
¡Mira que valiente brío!
A Margarita pretende;
para ella las joyas son
con que su interés entiende.
Si es esta la posesión
que tu deshonra te vende,
cómprala, y cual Lelio yerra;
echa á mal mi hacienda así
y de casa la destierra;
písala bien como á mí
Lelio me ha pisado en tierra. (*Vase.*)

VALERIO. ¿Lelio á mi padre ha injuriado?
¿Lelio en Margarita, ¡cielos!
emplea hacienda y cuidado?
¿Lelio afrentas? ¿Lelio celos?
mas ¿qué mucho si es cuñado?
Voile á buscar, que mejor
satisfará á mi esperanza
que á la lengua mi valor;
daré de un golpe venganza
á mi padre y á mi amor. (*Vase.*)

ESCENA V

LEONELA y MARGARITA.

LEONELA. ¡Buena traza!

MARGAR. No más silla.

LEONELA. ¿Escarmentarás desde hoy?

MARGAR. Triste desde anoche estoy;
alcánzame esa almohadilla
que la labor entretiene,
olvidaré pesadumbres.
(*Dale vainicas, y toma* Leonela *randas.*)

LEONELA. Cuando á ella te acostumbres,
si amor quiere, tan bien viene
á la labor como al ocio;
pues tal vez si le aprovecha,
hace de la aguja flecha
con que entabla su negocio.

MARGAR. Como es la materia blanda,
aunque se suele picar,
huélgase tal vez de andar
entre la aguja y la holanda.
¿Has las randas acabado?

LEONELA. No, porque aunque son ligeros,
cánsanme cien majaderos
que haciendo un manoteado
enmarañan mi labor.

MARGAR. Si un majadero no más
da tanto enfado, ¿qué harás
con ciento juntos?

LEONELA. Mejor
son éstos que están atados;
pues menos tormento dieran
los necios como estuvieran
del modo que éstos colgados.
MARGAR. Leonela: ¿no es gentil hombre
Lelio?
LEONELA. Tu pretendiente es
rico, galán y cortés;
pero como tiene nombre
de casado, no me agrada.
Para mí mucho ha perdido
en serlo.
MARGAR. ¿Por qué?
LEONELA. Un marido
que es con carga tan pesada
ganapán del matrimonio,
sufre mucho.
MARGAR. Bueno está.
LEONELA. Un marido sufrirá
todo un falso testimonio.
MARGAR. ¿Por qué, que estás importuna?
¿De todo has de mal decir?
LEONELA. Hombre que puede sufrir
el ruïdo de una cuna,
¿qué diablos no sufrirá
al lado de una mujer
que por fuerza ha de tener
las inmundicias que ya
te constan?
MARGAR. Eso es sin duda.
LEONELA. ¿No sufre más que un peñasco
hombre que no tiene asco
de un rostro con paño ó muda?
MARGAR. Galán melindroso hicieras.
Amor Lelio me ha mostrado,
liberal me ha regalado
y me agradan sus quimeras,
pues Valerio es sospechoso,
y mi padre de éste está
seguro; tráemele acá,
que, aunque el viejo es receloso,
cuando venga y le halle aquí,
no faltará una mentira
que le engañe.
LEONELA. Si él suspira
y tú le escuchas así,
voy por él, servirte quiero.
MARGAR. Que varíe me has mandado;
sabré á qué sabe un casado
pues ya sé lo que es soltero.
LEONELA. A ambos puedes reducillos.
MARGAR. ¿Dos juntos? ¡Líbreme Dios!
LEONELA. Lo bueno es de dos en dos,
que es comer á dos carrillos. (*Vase.*)

ESCENA VI

MARGARITA.—*Luego una* Voz *dentro.*

MARGAR. La inclinación de mi edad
más gusta oir cada día
sermón en la Compañía
que misa en la Soledad.
Sola estoy y no soy santa,
perdone mi padre viejo
que no hay gusto con consejo;
mas ¡Válgame Dios! ¿quién canta?
VOZ. (*Canta de dentro.*)
«Margarita, Margarita:
maldita fuera mejor
que te llamase Florencia,
pues eres su maldición.»
MARGAR. ¿Quién puede ser la que canta?
¡Ay cielos, qué triste voz!
Los cabellos me ha erizado,
palpítame el corazón.
¡Hola! ¿quién canta allá dentro?
Pero ¡qué medrosa soy!;
alguna de mis criadas
es que está haciendo labor.
Cante alegre ó cante triste,
que el uno y el otro son,
suspenden y avivan más
sentimientos del amor.
VOZ. (*Canta.*) «Margarita te llamaron,
pero no conforma, no,
con tus obras tu apellido
con tus vicios tu valor.
Libre te crió tu madre
causando tu perdición,
¡pobre de ella, cuál lo paga!
de llamas es su prisión.»
MARGAR. ¿Qué es esto? ¿A mí se dedican
los versos de esta canción?
¿Mi libertad reprehenden?
¿Maldicen mi inclinación?
Éste es mucho atrevimiento:
¿cuándo sufrí burlas yo?
Castigaré en la criada
este agravio, ¡vive Dios!
¡Hola! Florisa, Marcela,
Faustina, Andronio, León.
¿No me responde ninguno?
¿Si estoy soñando? Mas nó,
no debe de ser de casa
la cantora ó el cantor
que mi vida satiriza;
algún vil murmurador
de los de mi vecindad
me piensa poner temor.
Digan, allá se lo hayan:
libres son y libre soy.
De la más santa murmuran;
del rey como del pastor;
mas que digan que mi madre,
porque libre me crió,
se abrasa, esta es desvergüenza;
sufrirlo será baldón,
castigarle será justo.—
¡Hola! llamadme á Gascón,
ese mozo de caballos.
Mas, ¿qué es esto? loca estoy.
¿No hay en Florencia mujeres
de mi nombre y que no son
de más benditas costumbres
ni más honestas que yo?
Cantes de ellas y de mí,
que yo les daré desde hoy
materia para sus versos,
porque he de vivir peor.
VOZ. (*Canta.*)
«No harás, porque antes de mucho

el infernal cazador
que caza almas, con tus ojos
perderá tu posesión.
Aunque has perdido la cuenta,
de tu vida en un sermón,
por las cuentas de un rosario,
borrará tus cuentas Dios.
A un hombre puesto en un palo
has de tener tanto amor,
que has de perder el juïcio
en la vulgar opinión.»

MARGAR. ¿Cómo? ¿Yo á un ajusticiado?
¿A un hombre en un palo yo?
¿Yo á difuntos? ¿Yo sin seso?
Desmayos me da el temor.
¿Mujer de mi calidad
ha de estar sin lo mejor
del alma, que es el juïcio?
¿Yo amante de quien perdió
la vida en un palo vil?
No es buena satisfacción
de mis culpas deshonrarme;
perdonaráme el sermón,
si sermones han de ser
causa de mi conversión.
No he de oirlos en mi vida;
intente otros medios Dios,
que por ése no haya miedo
que me coja, pues desde hoy
no he de oir sermón ni misa;
vuélvome á hacer mi labor.
¡Ay! si Leonela viniese,
si entrase conversación
y dejase de cantar
aquesta agorera voz.

VOZ. (*Canta.*) «Margarita: ¿de qué sirve
hacer piernas contra Dios,
ni tirar, cual dijo á Pablo,
coces contra el aguijón?
Si de tu libre albedrío
siguieres la inclinación
y sus vicios no dejares,
daránte mal galardón.

(Descúbrese al son de tristes instrumentos una escalera de flores, y al cabo una silla y corona de fuego.)

»En el reino del espanto,
entre fuego y confusión,
aquesta silla te espera
sino excusas tu rigor.
Aunque por flores se sube,
que el deleite es torpe flor,
este es el fruto que ofrecen
flores que de vicios son.
En vez de oro tiene fuego,
brasas sus follajes son,
su corona basiliscos,
azufre y pez es su olor.»

MARGAR. ¡Ay, cielos; qué horrenda vista!
Leonela, Fabia, señor,
criados, vecinos, gente,
¿ninguno me da favor?
Pues que ninguno me ayuda,
matarme será mejor;
¿no hay cordel que sea verdugo
de mi desesperación?

(Al son de música alegre se descubre una escalera hecha de rosarios, y sobre ella una silla muy hermosa y sobre la silla una corona de oro.)

VOZ. (*Canta.*) «El cordel que te remedie
las cuerdas divinas son
de esta escala, donde sirve
cada cuenta de escalón
por ella, para que suba
hasta el cielo el pecador,
da la mano poderosa
su admirable devoción.
Silla y corona de rosas
es quien paga el fruto en flor
á María, flor de gracia,
é intenta tu conversión.
Teje del rosal divino
del rosario y su oración
las rosas de sus misterios,
si alcanzar quieres perdón.»

MARGAR. ¡Oh, qué belleza de silla!
El alma me consoló,
encubrióse su hermosura,
la voz dió fin á su voz.
Entre el consuelo y tristeza,
la esperanza y el temor,
me tienen entre dos aguas
y me cubre un frío sudor.
¡Cuánto va de silla á silla,
válgame el poder de Dios;
y de corona á corona,
de reino á reino! Venció
el temor aquesta vez.
¡Viva la virtud! desde hoy,
salgan los vicios de casa;
salid fuera, torpe amor. (*Vase.*)

ESCENA VII

LELIO *y* VALERIO *acuchillándose*, LEONELA *dando voces.*

LEONELA.

¡Valerio, envaina, que me causas miedo!
¡Jesús! Lelio, ¿no ves que estoy preñada?
Palpitaciones tengo, muerta quedo;
no hay coco para mí como una espada.

VALERIO.

Amigo al uso, no verás si puedo
la traza infame de tu amor vengada;
que á castigar en ti me traen los cielos
la injuria de mi padre y de mis celos.
Lisarda es prima mía, en quien villano
la vil mano pusiste, que atrevida
muestra tu infamia, aunque se excuse en vano,
porque quede tu afrenta conocida,
no pone el noble en su mujer la mano
sí no es para, quitándola la vida,
mostrar que, ocasionando su deshonra,
no le dió menos causa que en la honra.
Y porque de defender mi padre trata
de su sobrina el lícito decoro,
pisaste vil su venerable plata,
cuando á tu esposa le quitaste el oro.
¡Bravas hazañas! ¡Tu valor quilata

con viejos y mujeres; ya no ignoro
el esfuerzo que en ti tiene su espejo
hiriendo á una mujer, pisando á un viejo.

LELIO.

Con la mano te pienso dar respuesta,
ya que así te desbordas y desmandas,
pues es la espada lengua.

VALERIO.

En ti molesta
y no enseñada, pues tan mal la mandas,
que, en fin, como tu mano descompuesta,
rostros tiernos afrenta y canas blandas,
no podrás de cobarde delicado
sufrir el peso del acero honrado.

LELIO.

Habla cuanto quisieres, que no irrita
tu cólera el valor que en mí conoces.
Sólo digo que adoro á Margarita
y que he de procurar que no la goces.

VALERIO.

¡Oh, infame! Aguarda.

LEONELA.

¡Santa Inés bendita;
que se matan! ¡San Roque!

LELIO.

Si de coces
di á tu padre, mis pies que le maltratan
te pisarán la boca.

LEONELA.

¡Que se matan!

(*Vanse.*)

ESCENA VIII

Riñendo CLEANDRO *y* ROSELIO.

ROSELIO.

Con la lengua desnuda de esta espada
digo otra vez que, mientras tenga vida,
no se verá tu hija desposada
con Valerio, aunque más palabras pida.

CLEANDRO.

No es Valerio tan noble.

ROSELIO.

Ni ella honrada.
Y sin honra, ¿qué importa ser nacida
de Augustos y Alejandros excelentes,
como es para injuriarlos así?

CLEANDRO.

¡Mientes!

ROSELIO.

No puedes afrentarme, que no tienes
honra; y sin ella un hombre nunca afrenta;
mas, pues tan loco á despeñarte vienes,
ten de tu vida, loco viejo, cuenta,
la lengua que agraviar honras intenta
mejor que de tu hija.

CLEANDRO.

Por que enfrenes,
el bocado de acero es esta espada
que en orden la pondrá si es desbocada.

(*Vanse.*)

ESCENA IX

Salen ALBERTO *y* BRITÓN *riñendo.*

BRITÓN.

Medio lacayo, no lacayo entero;
medio aún es mucho, cuarterón, ¡qué digo!
dos onzas de lacayo; caballero
ando en honrarte siendo mi enemigo;
una onza de lacayo, y aún no quiero
darte una onza, que seré prodigo;
adarme de lacayo á quien desmayo,
¿adarme? escrupulillo de lacayo;
¿tú con Leonela, fregatriz divina,
célebre desde el Ganjes hasta el Tajo,
que dando censo en agua á su cocina,
de los rayos del sol hizo estropajo?
¿Tú con una mujer que Celestina
crió á sus pechos y en sus brazos trajo,
á quien el orador como el poeta
llaman en prosa y verso alcahueta?
¿Tú, competir conmigo? ¡Vive el vino!
que he de hacer un castigo más sonado
que mocos con tabaco.

ALBERTO.

No me indino
así, ni he de reñir sino enojado.
Veme encendiendo más, habla sin tino;
podrá ser que de injurias enojado
saque la espada, en castidad Lucrecia,
que como á gusarapa te desprecia.

BRITÓN.

¿Yo gusarapa? ¡Mientes!

ALBERTO.

No es nada eso;
dime más.

BRITÓN.

Digo que eres un gabacho.

ALBERTO.

Fuélo mi padre, la verdad confieso;
Dime más.

BRITÓN.

Digo que eres un borracho.

ALBERTO.

Glorióme de serlo.

BRITÓN.

Eres confeso.

ALBERTO.

Confesor y no mártir no es despacho
que me pueda afrentar.

BRITÓN.

Eres marido.

ALBERTO.

¿Marido yo? Mi enojo has encendido.
Mientes hasta la enjundia, y echa afuera
la virginal espada.

ESCENA X

LEONELA y MARGARITA.— DICHOS.

LEONELA.

Sal, señora,
si no pretendes que tu padre muera,
que con Roselio se mataba ahora.

MARGARITA.

Cuando le maten en la edad postrera
no muere mal logrado, ni me azora
ese temor: peor será que viva.

ALBERTO.

Echese hacia acá abajo.

BRITÓN.

Echo hacia arriba.

LEONELA.

Valerio que, celoso, está informado
de que Lelio te sirve, le provoca
hasta haberse los dos acuchillado

MARGARITA.

Pues ¿eso te da pena? Calla, loca,
que una mujer que por el mundo ha dado
no gana fama, ó la que gana es poca,
por más amantes que su garbo inquiete,
si no han muerto por ella seis ó siete.

LEONELA.

¿Esa es la santidad que prometías
á la visión que viste y me has contado?

MARGARITA.

Debieron de ser vanas fantasías;
soy moza, no me pongas en cuidado;
malograré mi edad en breves días
si miro en disparates que he soñado.

LEONELA.

El alma es de tu madre que te avisa.

MARGARITA.

Mañana daré un real para una misa.

LEONELA.

¿Un real? Limosna larga.

MARGARITA.

Basta y sobra

LEONELA.

Quien á lo humano gasta, á lo divino
es avarienta.

MARGARITA.

Deja ya esa obra,
que tanta santidad es desatino;
si Lelio viene y los cabellos cobra.
á la ocasión, hacerle determino
cacique de estas Indias.

LEONELA.

Es bizarro,
y tú su Potosí si él tu Pizarro.
Mas ¿qué es esto?

BRITÓN.

Desgracia nunca oída.
Lelio ha herido á Valerio malamente,
y dos horas no más le dan de vida,
que está sin habla y ya ni ve ni siente;
sus parientes te llaman su homicida.

MARGARITA.

No hago caso de dichos de la gente.
Pésame, cierto; y Lelio, ¿dónde ha huído?

BRITÓN.

Está en Predicadores retraído.
Pero no es la mayor desgracia ésta,
que tu padre también...

MARGARITA.

¿Cómo?

BRITÓN.

Ha quedado
herido y preso, y no por causa honesta;
que el padre de Valerio le ha afrentado
y está preso también.

LEONELA.

Hagamos fiesta,
pues se te cumple ya lo deseado.

MARGARITA.

¿Dónde le tienen preso?

BRITÓN.

En el palacio
viejo del Duque, y por su Alcaide á Horacio.

MARGARITA.

¿La herida es algo?

BRITÓN.

No, cierto rasguño
de oreja á oreja.

MARGARITA.

¿Cómo?

BRITÓN.

Miento, miento;
hirióle en la muñeca, junto al puño,
Roselio; mas no es nada.

MARGARITA.

Verle intento.

BRITÓN.

Aqueste vuestro amor es el dimuño:
matáis á uno y engañáis á ciento;
no vais á ver á vuestro padre ahora
que está con vos airado, aunque os adora.

MARGARITA.

No importa, que en achaque de ir á verle
quiero ver á tu amo, el retraído.

BRITÓN.

¿Queréisle bien?

MARGARITA.

Pues ¿he de aborrecerle
si por mi causa para tanto ha sido?

BRITÓN.

Pues ahora hay lugar, si habéis de hacerle
esa merced; porque al sermón ha ido
toda Florencia, que su gente aplica,
si fray Domingo de Guzmán predica;
y mientras que en la Iglesia está ocupada
con el dicho sermón, á un lado de ella
le hablarás sin que nadie note nada.

MARGARITA.

Bien dices; todo el gusto lo atropella,
Lelio me deja tierna y obligada,
y á fe que enciende más de una centella.

BRITÓN.

Es yesca la mujer, ¡qué maravilla!

MARGARITA.

Dame un manto Florisa; ¡hola! la silla. (*Vase.*)

ESCENA XI

DICHOS, *menos* MARGARITA.

BRITÓN.

Ya que sola te quedas, di, cerrojo
de cárcel traqueado, pandillera:
¿con mi amor es razón que seas chancera,
por Albertillo manco, zurdo y cojo?

LEONELA.

No hay mujer que no haga trampantojo,
y más con el remate de escalera.
Váyase noramala, salga fuera. (*Escúpele.*)

BRITÓN.

No escupas más, que me emplastaste un ojo,
tintero de botica.

LEONELA.

¡Ay, cerbatana!

BRITÓN.

¡Ay, tercerona!

LEONELA.

Y ¡ay, alcabalero!

BRITÓN.

¡Ay, trota calles!

LEONELA.

¡Ay, estriega lodos!

BRITÓN.

¡Ay!

LEONELA.

¡Ay!

BRITÓN.

¡Miz!

LEONELA.

¡Zape!

BRITÓN.

¡Ay, flaqueza humana!
¡Ay!

LEONELA.

¡Ay!

BRITÓN.

¡Púpú!

LEONELA.

¡Lá, lá!

BRITÓN.

¡Ay, yo soy, soy Duero!

LEONELA.

¡Ay, rasca muelas!

BRITÓN.

¡Ay, los ayes todos! (*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen CELIO, PINARDO *y* LUDOVICO, *galanes.*

CELIO. Pues ¿de la iglesia os salís?
PINARDO. Tengo poca devoción.
LUDOVIC. ¿Para qué, pues, acudís
tanto á ella?
PINARDO. No el sermón
me trae, si lo advertís.
CELIO. Pues ¿qué?
PINARDO. Lo que os trae á vos.
CELIO. Yo á ver las damas que vienen
acudo sólo, por Dios.
LUDOVIC. Las mismas aquí me tienen.
PINARDO. Confórmome con los dos.
CELIO. Buena vino la mujer
de Honorato.
LUDOVIC. Quién, ¿Marfisa?
mejor suele parecer.
PINARDO. Debióse afeitar de prisa
y echábasele de ver.
LUDOVIC. ¿Qué os pareció de Rosalba?

CELIO. Brava reverencia os hizo.
PINARDO. Fuera más bella que el alba
si no trajera postizo
el cabello.
LUDOVIC. Pues qué, ¿es calva?
PINARDO. Como un San Pedro.
CELIO. ¿Y Octavia?
LUDOVIC. Es vieja.
PINARDO. No lo es Lucrecia.
CELIO. Esa tiene mucha labia
y toca en puntos de necia
porque despunta de sabia.
LUDOVIC. ¿Casandra es de buena cara?
PINARDO. Sí; pero dicen que es puerca.
CELIO. ¿La española doña Clara?
LUDOVIC. No parece bien de cerca
y para de treinta es cara.
CELIO. ¿La del ginovés Marín?
PINARDO. Hanme dicho que trae esa
una torre por chapín,
y para chica es muy gruesa.
CELIO. No lo es para el florentín.
PINARDO. Las hermanas Garambelas
me agradan mucho, por Dios.
CELIO. Aféanlas las viruelas,
y no osan dejar las dos
verdugados y arandelas.
LUDOVIC. Buena es Fabia.
PINARDO. Malas manos.
CELIO. ¿Y la Urbina?
LUDOVIC. Es muy arisca.
PINARDO. ¿Laura?
CELIO. Tiene muchos granos.
LUDOVIC. ¿Doriclea?
PINARDO. Es medio bizca
y habla á moros y cristianos.
CELIO. Hoy los tres hemos venido
mal contentadizos.
LUDOVIC. Son
lo que hemos dicho.
PINARDO. Ha traído
fray Domingo á su sermón
todo el mundo.
CELIO. ¿Habéisle oído?
PINARDO. Una vez.
LUDOVIC. ¿Y qué os parece?
PINARDO. Que es un apóstol San Pablo
que á darnos luz amanece.
CELIO. No tendrá ganancia el diablo
con él.
LUDOVIC. No se desvanece.
PINARDO. Según recoleta el mundo,
si él prosigue en predicar,
antes de mucho me fundo
que al demonio le han de dar
de azotes por vagamundo.
Estas cuentas del rosario
píldoras de vicios son.
LUDOVIC. Concepto de boticario.
CELIO. Dejemos la devoción,
que estáis hoy extraordinario,
y decid si habéis sabido
la causa de la pendencia
de Lelio.
PINARDO. Pues ¿ha reñido?
LUDOVIC. Sábelo toda Florencia,
¿y con eso habéis salido?
PINARDO. ¿Con quién?
CELIO. Con Valerio.
PINARDO. ¿Siendo
su cuñado?
LUDOVIC. ¿Eso no basta?
PINARDO. ¿Y hay sangre?
LUDOVIC. Estáse muriendo
Valerio.
PINARDO. Lelio es de casta
de valientes; pero entiendo
que celos de Margarita
han puesto á Valerio así.
CELIO. Como á ésos el seso quita.
LUDOVIC. Pues retraído está aquí
Lelio.
PINARDO. ¡Qué honrada y bonita
que es Lisarda, su mujer!

ESCENA XIII

Sale PINABEL. — DICHOS.

PINABEL. ¿De cuándo acá el diablo á misa?
CELIO. Pinabel: ¿qué hay?
PINABEL. ¿Qué ha de haber?
que el mundo se acaba aprisa.
LUDOVIC. ¿Cómo?
PINABEL. Ahora acabo de ver
á Margarita en sermón.
PINARDO. Hace una raya en el agua.
LUDOVIC. No la trae la devoción;
que, si vino, á fe que fragua
alguna nueva invención.
CELIO. ¿Habían ya comenzado
á predicar?
PINABEL. Buen rato ha.
PINARDO. ¿Y os salís?
PINABEL. Harto he llorado;
como estábades acá,
salí de voces cansado.
LUDOVIC. En fin: Margarita escucha
al padre predicador;
mostrará devoción.
PINABEL. Muchas
señales da de dolor
ó locura con que lucha.
PINARDO. ¿Y la criadita?
PINABEL. Quemada
y hecha polvos la vea yo.
LUDOVIC. ¡Qué relamida y taimada!
CELIO. En ella el demonio halló
una gentil camarada.
PINARDO. ¡Qué bien sabe la bellaca
toda la girobaldía
del trato alcahuete!
PINABEL. Saca
jugo de una piedra fría.
LUDOVIC. Y guarda más que una urraca.

ESCENA XIV

ANDRONIO y FELICIO.—DICHOS.

ANDRON. ¡Gran sermón!
FELICIO. Cuando Dios toca
de esta suerte un corazón,

habla por la misma boca
del que predica.
ANDRON. El sermón
vuelve á Margarita loca,
ó la vuelve santa.
FELICIO. Todo
puede ser, que el mundo llama
loco al santo.
ANDRON. ¿De ese modo
ya es loca y santa esta dama?
FELICIO. Lo primero la acomodo.
PINARDO. ¿Qué es esto, señores?
ANDRON. Es
milagros que hace el sermón
de fray Domingo, después
que vino aquí.
PINARDO. La ocasión
nos decid, Andronio, pues.
FELICIO. Margarita, poco á poco
en el sermón convertida
de Domingo, á quien invoco,
ó muda de estado y vida,
ó la ha dado un furor loco.
A cada voz que intimaba
el padre predicador,
una joya se quitaba;
y sin mirar el valor
de su sangre y dónde estaba,
medio desnuda y llorando,
el sermón interrumpía
voces y suspiros dando.
PINABEL. ¿Ella, santa?
ANDRON. ¿No podría?
PINABEL. No estoy el poder dudando
del cielo; pero primero
seré yo fraile que vos
la veáis santa.
CELIO. No quiero
dudar del poder de Dios;
el fin de este caso espero.
Mas ¿no es ésta?
LUDOVIC. Sí, y tras ella
toda la gente que sale.
CELIO. Loca viene.
PINABEL. Loca y bella.
ANDRON. Como su virtud iguale
á sus vicios, dichosa ella.

ESCENA XV

MARGARITA, *medio desnuda, y* POBRES *tras ella, y* LEONELA. — DICHOS.

MARGAR. Afuera galas dañosas,
joyas torpes y lascivas,
plumas con que la corneja
prestada hermosura envidia.
Casa del demonio he sido,
y por que al huésped despida,
en fe de mudarse á ella
mi Dios la desentapiza.
Tomad, pobres de mis ojos.
LEONELA. ¡Ah, señora de mi vida!
¿en la calle te desnudas?
¿no adviertes en quién te mira?
MARGAR. Leonela: el mundo avariento,
para quien por él camina,
puerto es de Arrebata-capas,
y así las ropas me quita.
Vestidos hizo el pecado
que á Adán y Eva ensambenitan;
la verdad anda desnuda,
adornada la mentira.
En la calle han de ver todos
que la hermosura fingida
que en mí los encadenó
prestada fué, que no mía.
Fué hermosura de alquiler,
pues claro está que la alquila
quien con galas es hermosa,
si sin ellas la abominan.
LEONELA. Pinabel, Celio, Pinardo,
pues aquí estáis, reducidla,
que se le va por la posta
la medula de la vida.
PINABEL. Señora: volved en vos,
que no es bien que Margarita
tan bella y que tanto vale
la lloremos hoy perdida.
MARGAR. ¡Qué bien en el uso estáis,
idiotas, cuya doctrina
cuando os rodeabais de sabios,
la llama Pablo estulticia!
La parábola ignoráis
de la mujer afligida
que, descuidada, perdió
la preciosa margarita,
y revolviendo la casa
luz enciende, trastos quita,
cofres busca, suelos barre,
galas saca, cajas mira,
hasta que, habiéndola hallado,
llama á voces las vecinas;
sale de sí, fiestas hace,
gasta, festeja, convida.
Pues si Margarita soy
y, perdiéndome en mí misma
estaba fuera de mí,
sin valor y sin estima,
y hoy dentro de mí me busco,
la luz del sol encendida
de la palabra de Dios
que fray Domingo predica,
¿qué mucho que para hallarme
arroje galas malditas,
barra el alma de sus culpas,
y sin mirar quién me mira,
pues á mí misma me hallé
cuando en mí estaba perdida,
haga fiestas por las calles
y dé á los pobres albricias?
Margarita soy hallada,
de Dios sigo la doctrina.
Amigos: hagamos fiestas,
á convidar voy amigas, (*Baila.*)
cantadme mil parabienes,
bailemos, que la alegría
aquestos efectos causa;
todos celebren mi dicha.
LEONELA. Miren cuál anda el meollo,
señora, mas que nos tiran
pepinazos los muchachos,
y que nos van dando gritan.
LUDOVIC. ¡Hay lástima semejante!

MARGAR. ¿Esta es lástima? ¿Y la vida
que yo tuve y vos tenéis
os alegra y no os lastima?
Muy necio sois para alcalde.
LEONELA. ¿Qué hacéis, señores? Asidla
y á su casa la volvamos.
¡Malhaya nuestra venida!
PINARDO. No os habéis de desnudar;
ni porque estéis convertida
habéis de hablar disparates.
MARGAR. Quien es loca que los diga,
¿Dónde me lleváis?
CELIO. A casa.
Tenedla y vaya.
MARGAR. ¡Oh que linda
compañía me llevaba!
¡Afuera gente lasciva!
que si se pagan los vicios
por las malas compañías
no quiero que me paguéis
los vuestros, ya que estoy limpia;
¡Fuera, digo, gigantones
del mundo! La seda encima
y la paja por de dentro,
amantes á la malicia,
que soy amante de veras.
PINARDO. Dejadla, que desatina
y está furiosa. (*Vanse.*)
VOCES. (*De dentro.*) A la loca.

ESCENA XVI

MARGARITA *sola.*

Mi Dios, si hizo el mundo estima
de mi frágil hermosura,
hoy al menosprecio incita;
llámenme loca por Vos,
seré la loca divina.
¡Albricias me pedí, cielos, albricias!
que si soy la perdida Margarita,
pues á la luz de la verdad me hallaron
venga mi Dios y le dará su hallazgo.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sale LEONELA *á lo beato,* LELIO *y* BRITÓN *de peregrinos.*

LELIO. Un año, Leonela, he estado
en el duro cautiverio
de la ausencia, y de Valerio
temeroso; él ha sanado
y yo por puntos peor
moriré, pues Margarita
mudada imposibilita
mi vida, como mi amor.
¿Qué trueco de vida es éste?
¿qué llanto? ¿qué soledad
manchará su mocedad
porque la vida me cueste?
LEONELA. ¿Qué quieres? Todos andamos
á lo capacho; yo y todo,
como ves, ando del modo
que anda un Domingo de Ramos,
suspirando por instantes,
vestida de devoción,
siendo en toda procesión
paso de disciplinantes;
y, en fin, si en la *vita bona*
que ya me hacen dar de mano,
fuí bellaca á canto llano
ya soy santa socarrona.
Todo se muda; el camino
de virtud sigo, ¿qué quieres?
BRITÓN. Mejor medrarás si hicieres
fayancas á lo divino.
LEONELA. El rosario y fray Domingo
han acabado esto y más.
BRITÓN. Hecha un almíbar estás
del cielo; si en tí me pringo
pegaráseme el ser santo.
LEONELA. Pues llegue, que aquí hay cordón
que tiene por devoción
diez ñuditos como un canto.
LELIO. Qué, ¿no se acuerda de mí
tu señora?
LEONELA. No hay que hablar,
con rezar y más rezar
al malo aparta de sí.
Trae al cuello de ordinario
más cuentas que un buhonero.
LELIO. De esa suerte yo me muero.
LEONELA. Conviértete tú en rosario
y á su cuello te traerá.
LELIO. Luego ¿de nada ha servido
lo que de mí has recibido?
Luego ¿en vano escrito te ha
en esta ausencia mi amor,
que de su industria discreta
te aproveches?
LEONELA. No hay receta,
por sabio que sea el doctor,
que aproveche si el enfermo
no la quiere ejecutar;
no tienes que me culpar,
que en verdad que no me duermo.
No hay ocasión de nombrarte
que, encajándole la historia,
no le traiga á la memoria
lo mucho que debe amarte.
Y aun hubo vez que mohina,
después que me reprendió,
sin que ayunase, me dió
colación de disciplina.
Viene fray Domingo á casa,
y endiósala de manera
que, si al mundo fué de cera,
para Dios es ya de masa.
Su padre está tan contento
como antes estaba triste;
sayal ó estameña viste,
hierbas son nuestro sustento,
que carne no es ya comida
que á nuestras mesas ayuda (1).

(1) En el original «de que nuestra mesa ayuda.» Hartzenbusch corrigió como nosotros.

BRITÓN. Opilóse con la cruda
y págalo la cocida.
LEONELA. No sé; lo que experimento
es, que desde un año acá
solos rosarios me da
por salario y por sustento.
En lugar de letuario
rosarios he de almorzar;
á comer, á merendar
y á hacer colación, rosario.
Rosario al hacer labor,
rosario al agua bendita,
rosario cuando hay visita,
rosario si hace calor.
Rosario si llueve ó hiela,
y, en fin, me tiene tan harta
que es cada hora ya una sarta
de rosarios en Leonela.
BRITÓN. Si Apuleyo te topara
y una mano te mordiera,
rosada estás de manera
que al punto te desasnara.
LELIO. Pues, Leonela, yo he venido
con tan loco frenesí,
que he de darme muerte aquí,
ó el fuego que se ha encendido
en mi alma poco á poco
Margarita ha de apagar.
Hoy la tengo de gozar
ó morir hoy.
LEONELA. ¿Estás loco?
LELIO. No sé qué furia me incita
y me trae como me ves.
Margarita mi bien es,
moriré sin Margarita.
No dudes de esto.
LEONELA. Habla paso
no sepa que estás aquí.
LELIO. ¿Qué importa?
LEONELA. ¡Pobre de mí!
LELIO. Yo me muero, yo me abraso.
LEONELA. Calla, que si te conoce
y contigo me oye hablar
esta noche he de cenar
confites de doce en doce,
que de cuerdas de vihuela
hizo de alambre y de pita.
LELIO. Si no gozo á Margarita
este es mi entierro, Leonela.
De peregrino he venido
para hallar fácil la entrada
de esta casa tan mudada
sin que sea conocido.
Si á mi vida no das traza
de mi muerte no te espantes.
LEONELA. Pues menos la amabas antes.
LELIO. Después que así se disfraza
y de estado y vida muda,
ó lo hace la privación
ó el infierno, en su afición
me enciende.
LEONELA. Aqueso es, sin duda.
Mas yo ¿qué tengo de hacer?
si tu nombre le repito
ya en libros y horas escrito,
ya llegándole á esconder
en las mangas de la ropa;
debajo la cabecera,
en la labor, en la estera,
el nombre de Lelio topa.
¡Qué golpes no me ha costado,
por más que niego y reniego!
ni ¿qué importa encender fuego
si lágrimas ha topado,
que cada instante que reza
en estas cuentas derrama,
con que apagando la llama
me quiebro yo la cabeza?
No sé cómo correspondas
con tu gusto.
LELIO. Sólo un medio
á mi mal dará remedio,
y es que esta noche me escondas
adonde mi persuasión
su áspera vida mitigue
y á que me quiera la obligue
la fuerza de la ocasión.
LEONELA. Y que me llueva á mí á cuestas.
LELIO. Con decir que nada sabes
cumples.
LEONELA. Si tengo las llaves
y no hay otras puestas que éstas,
¿qué he de responder?
LELIO. Responda
esta cadena por ti.
LEONELA. Si me eslabonas así,
cuando en el alma te esconda,
no es nada. ¡Buen cabestrillo!
Entrate allí dentro, anda.
¿Qué postema no se ablanda
con este ungüento amarillo?
Yo te cerraré con llave
dentro de aquel aposento.
BRITÓN. ¿Y yo?
LEONELA. Tengo cierto cuento
que decille: ya él lo sabe.
BRITÓN. Ahí te las tienes todas.
LEONELA. Aun así te quiero bien.
Lelio: con ella te avén,
veamos cuál te acomodas,
que yo con esto he cumplido.
LELIO. La vida te soy á cargo.
BRITÓN. Soy tu amargo.
LEONELA. Y muy mi amargo;
Entra presto que he sentido
gente.
BRITÓN. ¡Qué linda beata! (*Vanse.*)
LEONELA. Aunque se vista de seda
la mona, mona se queda,
que el mercader siempre trata.

ESCENA II

Sale MARGARITA, *en hábito honesto.*—LEONELA.

MARGARITA.

Rosario soberano: mi esperanza
en vuestras cuentas tiene un firme estribo;
esclava fuí del infernal cautivo,
un año ha que tomó de mí venganza.
Mucho os debo, mi Dios; en mucho alcanza
á mis pequeños gastos el recibo;
no saquéis mandamiento ejecutivo,
que yo os daré en Domingo una fianza.

Mas, Señor, si os agradan las migajas
de mi corto caudal, aunque son cosas
de pequeño valor y prendas bajas,
ejecutadlas, y serán dichosas,
que si el mal pagador os paga en pajas,
aunque yo os pague mal, pagaré en rosas.
¿Leonela?

LEONELA. Señora mía.

MARGAR. ¿En qué entiendes?

LEONELA. En pasar
de un lugar á otro lugar
una y otra Avemaría.

MARGAR. ¿Has aprendido del modo
que el rosario que es entero
se divide?

LEONELA. Aunque grosero
mi ingenio, ya lo sé todo.

MARGAR. Repite, pues la lección
que acerca de esto te di.

LEONELA. Agora la repetí,
estoy haciendo oración;
soy muy flaca de cabeza;
mejor fuera merendar.

MARGAR. Leonela: ya no hay jugar;
deja las burlas y empieza,
si quieres que el bien te cuadre
con que Dios el alma ayuda.

LEONELA. Soy, señora, por ser ruda,
buena para el mal de madre.
Y según me haces comer
rosas, debes de pensar
que he menesterme purgar;
ya no puedo padecer
tanto, que Lelio es testigo.

MARGAR. ¿No te he mandado que el nombre
no mientes aquí de ese hombre?

LEONELA. Bien sé yo por qué lo digo;
que, como Lelio es discreto,
todas las veces que pasa,
que son hartas, por tu casa,
viendo mi flaco sujeto
me dijo: «no ayune tanto»;
porque si una vez desquicio
los umbrales del juïcio
enloqueceré á lo santo;
y no es bien que pague mal
á Lelio, que bien te quiere.

MARGAR. Leonela: cuando te oyere,
sin hacer de mí caudal,
nombrarme otra vez ese hombre,
no has de estar más en mi casa;
ya de los límites pasa
tu atrevimiento; ni el nombre
he de oir del instrumento
de mi torpe perdición.

LEONELA. Pues ¿yo?

MARGAR. No des ocasión
Leonela, á mi sufrimiento;
usa bien de mi paciencia,
ó despídete.

LEONELA. Señora:
si nombrase desde ahora
á Lelio, ni en tu presencia
ni ausente, aunque Lelio sea
tan galán y gentil hombre,
pues te da de Lelio el nombre
enfado y no te recrea,
plegue á Dios que Lelio venga
á estar en casa escondido
por mi mal, y que perdido
el seso tan poco tenga,
que Lelio y tú estando juntos,
porque yo fuí la ocasión,
tú me des un bofetón
y Lelio estampe los puntos
del zapato en mi barriga;
porque Lelio, ¿qué me ha dado?
Si es Lelio ó no es Lelio honrado,
el mismo Lelio lo diga.

MARGAR. O que me enoje apeteces,
ó loca debes de estar;
mándotele no nombrar
y nómbrasle tantas veces.

LEONELA. Escucha, y no seas cruel,
ni por nombrarle te ofendas,
que hago Carnestolendas
para despedirme de él.

MARGAR. Dejemos, Leonela, gracias;
hincate aquí de rodillas
y sabrás las maravillas
que contra nuestras desgracias
aqueste rosario encierra.
(*Hincanse las dos*)

LEONELA. En fin: ¿nos hemos de hincar?
¡Válgate Dios, por rezar!
Hincada estoy en la tierra.

MARGAR. Los misterios del Rosario
son quince; ¿sábeslos?

LEONELA. Sí;
jugar al quince aprendí
en casa de un boticario.

MARGAR. Los primeros, que son cinco,
son gozosos.

LEONELA. No hay tal gozo
como el dar la mano á un mozo
blanco y rubio como un brinco.

MARGAR. ¿Qué dices?

LEONELA. Que cinco son
los que son gozosos solos;
pero no cinco de bolos,
cinco, sí, de devoción.

MARGAR. Los otros cinco se llaman
dolorosos.

LEONELA. ¡Qué dolor
es gastar mi edad en flor,
cuando dos lacayos me aman,
hincada aquí como estaca!

MARGAR. Los otros son los gloriosos.

LEONELA. ¡Oh misterios generosos!
Pues que soy tan gran bellaca
levantadme de aquí presto.

MARGAR. Los cinco primeros, pues,
quiero enseñarte, y después
los otros.

LEONELA. Buena me han puesto.

MARGAR. La soberana embajada
del paraninfo Gabriel
contempla, que desde Abel
tan pedida y deseada
fué hasta este punto divino.
¡Qué lágrimas no vertían
los que á las nubes pedían:
«lloved, cielo cristalino,
el rocío celestial

que nuestras penas consuele,
y en la concha se congele
soberana y virginal.»
¡Ay, qué soberano ejemplo
dais, amoroso Señor,
de vuestro infinito amor!
¿No contemplas?

(*Duérmese* Leonela.)

LEONELA. Ya contemplo.

MARGAR. Pues en oración mental
contempla aquel *Ecce ancilla*,
de aquella humildad tranquila,
pues que tuvo fuerza tal
que al mismo Dios derribó,
pues el *Ecce* apenas dijo,
cuando el que era de Dios hijo
en su pureza encarnó.
¡Ay, que el corazón destemplo
en amor, ternura y llanto,
mi Dios, mi humanado santo!
¿No contemplas?

LEONELA. Ya contemplo.

MARGAR. Contempla, pues, esto así,
mientras yo á la Virgen doy
gracias, aunque indigna soy,
por aquel divino sí
que dió al cielo. ¡Ay, rosa bella;
que siendo Jessé el rosal
y la causa virginal,
María al fin nació de ella;
aquella rosa sagrada,
por nuestra dulce *ecce ancilla*,
que eternamente destila
celestial agua rosada!
¡Ay, cuentas, qué provechosas
sois á quien os satisface!
Rosas sois de quien Dios hace
para el alma un pan de rosas.
Con vosotras me recreo,
que sois mi consuelo, en fin,
y como por un jardín
por vosotras me paseo.
Como Dios es hortelano
y su gracia la que os riega,
nunca el duro invierno os llega,
siempre gozáis del verano.
Primavera sois de bienes,
siempre sois florido mayo.

LEONELA. ¡Válgate Dios! por lacayo
qué buenas piernas que tienes.

MARGAR. ¿Qué es eso?

LEONELA. Estoy contemplando.

MARGAR. ¿En la embajada?

LEONELA. ¿Pues no?
En la que Lelio me dió. (*Aparte.*)

MARGAR. ¿Qué dices?

LEONELA. Digo, que ando
agora en cuando del cielo
el ángel se despedía
de los deudos que tenía,
haciendo jornada al suelo,
lo que llorarían con él;
paréceme que los veo
decir: «Que volváis deseo
muy rico de allá, Gabriel.
Guardaos de murmuradores,
calcillas y bigotillos,
conventuales de corrillos
y academias de censores.
Que aunque sois un San Gabriel
han de murmurar de vos,
pues no perdonan á Dios
ni á sus ministros con El.
Apartaos de los poetas,
aunque hay tantos, que no sé
si podréis, pues ya se ve
entre agujas y banquetas
Apolo, por su desastre,
y el zapatero se mete
á dalle con el tranchete
y con su tisera el sastre.»

MARGAR. Leonela: los que acá bajan
siempre gozan la presencia
de Dios y su eterna esencia;
no hay llanto allá, no trabajan.

LEONELA. ¿Luego no se despidió
el ángel de esotros bellos?

MARGAR. Si estaba siempre con ellos,
¿para qué?

LEONELA. Engañéme yo.

(*Ruido de dentro de carrera.*)

Mas ¿qué es esto? Carrerita,
no la pienso yo perder.

MARGAR. ¿Dónde vas?

LEONELA. A ver correr.

MARGAR. ¿Estás loca?

LEONELA. Estoy contrita.
Pero esto de cascabeles
inquiétanme de ordinario.

MARGAR. Cuando rezas el rosario,
¿es justo que te desveles
en cosas vanas? ¿Qué intentas?

LEONELA. Todo es pura devoción,
pues los cascabeles son
redondos como las cuentas,
y de los dos imagino
que son, y no es dicho en vano,
el pretal rosario humano,
y ese otro pretal divino.

ESCENA III

Sacan PINARDO *y* ALBERTO *á* VALERIO *desmayado.*

PINARDO. Si es verdad que vive en vos
la piedad con que Florencia
vuestra fama reverencia,
y amando ya á lo de Dios,
sois al mundo ejemplo nuevo
que vuestra vida acredita,
no es posible, Margarita,
que, mirando este mancebo
cuál está de una caída
que dió un caballo corriendo,
su desgracia socorriendo
no intercedáis por su vida.
Pruebe en vos la devoción
lo que médicos no pueden.

(*Vase Pinardo.*)

ALBERTO. Vuestras oraciones queden
con él, pues bastantes son
á volverle en sí, y Leonela
y yo iremos á buscar

agua con que despertar
su desmayo.
LEONELA. ¿Qué cautela
es ésta?
ALBERTO. Por agua ven,
y sabráslo de camino.
LEONELA. Ir por ella determino
al mar.
ALBERTO. Y estarále bien
á Valerio, porque tardes,
que no es el suyo desmayo.
LEONELA. ¿No? Pues ¿qué?
ALBERTO. Amoroso ensayo:
oye, y ven, porque no aguardes.
(Vanse estos dos.)

ESCENA IV

MARGARITA y VALERIO.

MARGAR. ¿Qué enmarañada invención
quiere inquietar mi sosiego?
Junto á la pólvora el fuego,
la hacienda junto al ladrón.
Si es Valerio, y la ocasión
puede tanto, ¿qué he de hacer?
Agua fueron á traer
los que de mí no hacen caso;
traigan agua, que me abraso
sin saberme defender.
¿Iréme de aquí? Mas dejo
á Valerio desmayado,
y si le halla en este estado,
¿qué dirá mi padre viejo?
Quedarme no es buen consejo:
pues no irme ni quedarme
y consentir abrasarme
mi afrenta vuelvo á temer,
que estoy sola, soy mujer
y no hay que poder fiarme.
¡Ah Leonela! Pero fué
por agua y no volverá,
que sobornada estará
porque á mi mal tiempo dé.
Aconsejadme qué haré,
cielos piadosos, aquí:
¿huiré este peligro? Sí,
que si Valerio cayó
no es razón que caiga yo
y que me lleve tras sí.
Desmayado está, no quiero
aguardar á que en sí vuelva,
y que torpe se resuelva
á lo que intentó primero.
VALERIO. Espera, entrañas de acero,
si te obligan á esperar
lágrimas que despertar
este desmayo han podido.
¿Es posible que yo he sido
quien tuvo en tu amor lugar?
Mas sí, que en esta desgracia,
no tan por peligroso hallo
la caída de un caballo
como el caer de tu gracia.
La hermosura que te agracia
no es razón que esté empleada
en la vida despreciada
que con este traje adquieres,
porque no te digan que eres
la bella mal maridada.
Yo fuí tu primero dueño,
ser quiero tu esposo ahora;
Valerio es el que te adora,
aunque en méritos pequeño;
el alma otra vez empeño
que á los principios te dí;
no es bien que borres así,
entre esa estameña obscura,
Margarita, una hermosura
de las mas lindas que ví.
MARGAR. Valerio: volved en vos;
mudad de intento y estado;
por Dios sólo os he dejado,
no hagáis competencia á Dios.
Solos estamos los dos,
si pasar la vida en flores
queréis, no las hay mejores
que las que en mis cuentas veis;
aquí amores hallaréis
si habéis de tomar amores.
Si de mi pasado yerro
os vine cómplice á hacer,
locura será volver
al vómito como el perro:
á Dios por amante encierro;
dentro del alma le oí
decirme: «mi gracia os dí,
y pues que entre los del mundo
soy amante sin segundo,
no dejéis por otro á mí.»
VALERIO. Pues si por ruegos no basto,
por fuerza hoy cruel verás
del mal pago que me das
un castigo poco casto.
En balde palabras gasto,
y de intento ó vida muda.
MARGAR. ¡Cielos! ¿no hay quien me dé ayuda?

ESCENA V

LELIO *con el bordón desenvainado.*—DICHOS.

LELIO. ¿Cómo te puede faltar,
donde yo estoy, que á estorbar
tu agravio quiere que acuda?
MARGAR. ¡Lelio en mi casa! ¿qué es esto?
VALERIO. ¿Qué ha de ser, sino señal,
hipócrita desleal,
de tu trato deshonesto?
Tu fama en el vulgo has puesto
hasta el cielo, y escondido
tu vil galán atrevido;
á tu viejo padre engañas
que con tan torpes hazañas
tu santidad ha fingido.
El hábito honesto deja,
que para Dios no hay engaño;
pues para hacer mayor daño
viene el lobo en piel de oveja;
vuelve á tu costumbre vieja,
pues no tienes que perder,
y volverá el vulgo á hacer
burla de tu torpe vida,
que la honra una vez perdida

mal la cobra una mujer.
Con Lelio en público trata,
si en secreto á hablarte vino,
que bien viene un peregrino
con una falsa beata.

LELIO. Mientes, y refrena ó ata
la lengua descomedida,
ó quitaréte la vida.

VALERIO. Aquí no, vente tras mí
porque satisfaga en ti
tu atrevimiento y mi herida.
Y tú, hipócrita, no dudes,
pues tan convertida estás,
que he de ocuparme de hoy más
en pregonar tus virtudes,
y aunque á su casa acudes
á servir á Dios, desde hoy
haré en la ciudad que estoy
que sus vecinos te alaben.

LELIO. Ya sabes á lo que saben
mis manos.

VALERIO. Ven.

(*Vase* Valerio.)

ESCENA VI

DICHOS, *menos* VALERIO.

LELIO. Tras ti voy.
Margarita: no es razón,
ya que en tu defensa cuerda
la vida pierda, que pierda
antes de ella la ocasión;
si una justa obligación
á mi amor basta á moverte,
y el salir á defenderte
te mueve, paga mi fe,
ó antes que me la dé
Valerio verás mi muerte.
Sólo tu amor ha podido
disfrazarme como ves;
tu amor, Margarita, es
quien hoy aquí me ha escondido.
Valerio se va ofendido
á decir por la ciudad
que con fingida amistad
pagas mi amor torpemente,
y pues le ha de creer la gente,
haz su mentira verdad.

MARGAR. No permitas, Lelio, que haga
á Dios y al rosario ofensa.

LELIO. No he de forzarte; mas piensa
que si así mi amor se paga,
ha de acabarme esta daga,
y hallándome aquí sin vida,
la ciudad, de ti ofendida,
te llamará descompuesta,
con Valerio deshonesta
y conmigo mi homicida.
Paga bien voluntad tanta.

MARGAR. ¡Oh, torcida inclinación!
¡Oh, fuerza de la ocasión!
Sola estoy, Lelio, levanta
devoción piadosa y santa.
¿Qué lobo deja la presa
por más que ayunar profesa?
¿qué tesoro el avariento,
ó qué manjar el hambriento
cuando le ponen la mesa?
Soy mujer, bástame el nombre,
frágil es mi natural;
ni acero ni pedernal
será razón que me nombre;
de la costilla del hombre
la mujer recibió el ser,
al centro quiero volver
que mi inclinación dispone,
Dios y el rosario perdone.

LELIO. Qué, ¿mi amor vino á vencer?
Déjame poner la boca
en estas manos, los brazos
sean de este cuello lazos
donde mi alma su bien toca.

ESCENA VII

LEONELA *y* ALBERTO *con agua.*—DICHOS.

ALBERTO. ¡Ay mudanza torpe y loca!
A buen tiempo el agua viene
si acaso sed tu ama tiene,
que habrá sido el calor mucho.
Mas, ¿qué veo?

LEONELA. Y yo ¿qué escucho?

ALBERTO. Hecho me he quedado grulla
en un pie. ¿Con quién se arrulla
la santa?

LEONELA. Es un avechucho
que en figura de romero
no le conoce Galván.

ALBERTO. ¿No es Lelio éste, aquel galán
de Margarita? ¿qué espero?

LEONELA. ¿Y el desmayado?

ALBERTO. Eso quiero
preguntar.

LEONELA. Gentil ensayo.

ALBERTO. Mas que tienes su lacayo
con el mismo fingimiento
aquí.

LEONELA. Como se lo cuento.

ALBERTO. Pues yo también me desmayo.

LEONELA. ¿Dónde Valerio estará?

ALBERTO. Saberlo será mejor.

LEONELA. ¡Ay, señora, mi señor!

ALBERTO. ¿Cómo?

LEONELA. En la sala entra ya.

ALBERTO. Leonela, dime: ¿no habrá
desván ó zaquizamí
adonde me escondas?

LEONELA. Sí.
¡Eh, lo que ha de hacer el viejo!
mas haga, allá me los dejo.

ALBERTO. Escóndeme.

LEONELA. Ven tras mí.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA VIII

Sale CLEANDRO *y halla abrazados á* MARGARITA *y* LELIO.—DICHOS.

CLEANDR. Valerio descolorido
de mi casa y descompuesto
contra mis canas, ¿qué es esto?

¿Aún no ha escarmentado herido?
Pero no sin causa ha sido,
según lo que llego á ver,
á inconstancia de mujer
no es mucho sienta los lazos
si toma el honor abrazos
que otra vez vuelva á caer.
Pidan eterna quietud
al mar donde no hay sosiego,
flores y hierbas al fuego,
prudencia á la juventud,
á la enfermedad salud,
verdades al mercader,
seguridad al poder
y humildad á la riqueza,
como no pidan firmeza,
ni palabra á la mujer.
¡Qué presto te arrepentiste
de la virtud que profesas:
al vicio pusiste presas,
pero presto las rompiste!
La estameña que se viste
no es honra en ti, mas baldón,
que el hábito y religión
no hace santo al que le muda,
si al vestirle no desnuda
su perversa inclinación.
También tú te has disfrazado,
pero bien fué que viniera
un romero á una ramera
como ella disimulado.
Corta estación has andado
para el traje que desdora
tu fama; mas porque ahora
excuses jornada tanta,
por no ir á la casa santa
vienes á la pecadora.
A tan devota estación
justo es que luces encienda,
yo encenderé con la hacienda
la imagen de devoción;
no ha de haber más ocasión
en mi casa de pecar,
toda la quiero abrasar,
aunque la vida me cueste,
que es hacienda al fin de peste
y la manda el juez quemar.
Sacar de aquí una hacha quiero.

(*Descubre á* Britón *de peregrino y á* Alberto *y en medio á* Leonela.)

BRITÓN. ¡Par Dios, que nos ha cogido!
CLEANDR. ¿Qué es esto?
BRITÓN. No es nada, un nido
de chinches en agujero;
un San Roque, soy romero.
ALBERTO. Yo á su mastín me acomodo.
LEONELA. Y yo vengo á hacer de todo
mi figura en el retablo,
que en casa en que vive el diablo
anda á lo del diablo todo.
CLEANDR. ¿Qué hacéis de esa suerte?
BRITÓN. Al son
que nos hacen nuestros amos,
también los mozos bailamos.
CLEANDR. ¿Vió el mundo tal perdición?
Ya ni hay seso ni hay razón
que darme la muerte impida.
¡Ay casa! ¡ay honra perdida!
¡ay hija torpe y liviana!
Si fray Domingo no os sana,
yo me quitaré la vida. (*Vase.*)

ESCENA IX

DICHOS, *menos* CLEANDRO.

LELIO. No he tenido para hablarle
cara ni lengua.
MARGAR. Eso puede
la razón que al vicio excede,
y le enfrena porque calle,
no sé como he de miralle
al rostro desde hoy.
LELIO. Repasa
la violencia que me abrasa,
á pesar de mi valor,
y obligaráte mi amor
á dejar por mí tu casa.
Tu padre es determinado
y está indignado contigo,
sólo la muerte es castigo
del padre ó marido honrado;
pues si á fray Domingo ha dado
de estas liviandades cuenta,
¿cómo sufrirás la afrenta
con que es fuerza te dé en cara?
Huye, que su mal repara
quien ha pecado y se ausenta.
En Nápoles viviremos,
que es Babilonia del mundo.
Huye el ímpetu segundo
de tu padre.
MARGAR. ¡En qué de extremos
los que pecamos caemos!
BRITÓN. Leonela: yo me despido;
títeres habemos sido
en tu confuso retablo.
ALBERTO. Si el viejo vuelve, algún diablo
le aguarde.
BRITÓN. Algún descosido.
LEONELA. Entrense acá, que les quiero
decir á los dos un poco.
BRITÓN. ¡Que me traiga ésta hecho un loco!
ALBERTO. ¿Y yo no ando al retortero?
BRITÓN. Ahora bien: compañero,
alcancemos dos bocados
amigos y conformados.
ALBERTO. ¿Y si de palos nos dan?
BRITÓN. Graduado de galán
quedarás.
ALBERTO. Fuego en los grados.
(*Vanse éstos.*)
LELIO. ¿Qué determinas?
MARGAR. Forzoso
lo que dices ha de ser;
morir quiero y no me ver
ante el rostro riguroso
de mi padre.
LELIO. Venturoso
fin has dado á mi amor hoy;
pues esperándote estoy,
¿qué aguardas?
MARGAR. ¡Ay amor loco!
Déjame aquí sola un poco.

LELIO. Date prisa.
MARGAR. Tras ti voy.
(*Vase* Lelio.)

ESCENA X

MARGARITA *sola.*

Virgen divina: si mi vida exenta
de mi casa me saca en que habéis sido
huéspeda mía un año que he cogido
rosas de aquel jardín que el bien aumenta,
ya que me parto por huir mi afrenta,
puesto que cuenta no me hayáis pedido,
tomadla, no digáis que me despido
haciendo sin la huéspeda la cuenta.
Cuentas os debo de hoy, que no he rezado;
pero, Señora, aún no es pasado el día,
mas no queréis que os pague en este trance.
Mal viene la oración con el pecado;
huir es lo mejor, Virgen María,
mas temo vuestro alcance no me alcance.
(*Va á ir y cae.*)
¡Jesús, mil veces! Caí,
el chapín se me torció,
en fe de que también yo
con él la virtud torcí.
Mal suceso ha de tener
amor que empieza en azar,
si es agüero el tropezar,
¡cielos! ¿qué será el caer?
¡Ay, si mi dicha quisiera
que, cayendo de un chapín,
pues es corcho, vano al fin,
de mi vanidad cayera,
y por excusar la afrenta
que de huir conseguiré,
se quedara mi honra en pie
y yo cayera en la cuenta!
Ahora bien: Lelio perdone,
y su amoroso interés,
pues adivinan los pies
el lazo que amor les pone.
Ya la virtud reducida,
pues que libre me levanto,
sirva de freno al espanto,
si temo la recaída.
Mas ¿con qué vergüenza puedo
aguardar la reprensión
de quien con tanta razón
me amenaza si aquí quedo?
Todo el gusto lo atropella;
si aquí á mi padre esperara,
jamás alzara la cara,
pues me ha de dar siempre en ella
con el honor que le quita
mi liviandad. ¡Ay, amor!
¿Qué haré? Quedarme es mejor.
¡Viva la honra!
LELIO. (*De dentro.*) ¡Ah, Margarita!
¿Así cumples tu promesa?
MARGAR. ¡Ay, cielos! Lelio me llama,
Valerio á voces me infama,
mi vicio el vulgo confiesa;
Fray Domingo de Mendoza,
si aguardo su reprensión,
ha de ser mi confusión,
mi inclinación libre y moza
peude infinito conmigo;
mi padre ha vuelto en furor
todo su pasado amor,
y es bien tema su castigo.
Todo lo reparo huyendo;
adiós casa, adiós vejez;
honra, adiós.—Caí otra vez;
¿qué aguardo? mas ¿qué pretendo?
Si en la primera caída
Pablo su remedio funda,
cayendo yo la segunda,
¿qué espero en tal recaída?
Pero en tan confuso abismo
por menos difícil hallo
caer Pablo del caballo
que el pecador de sí mismo.
Aunque no le imito yo
por ser más frágil mi ser,
que, en fin, Pablo, con caer,
de su presunción cayó.
Ea, sospecha ligera,
de vuestro padre el furor
huid, pues os guía amor
y Lelio amándome espera.
¡Jesús, caí! ¿Dónde voy?
Mas ¡ay, torpeza perdida,
si va de tres la vencida,
vencida y en tierra estoy!
No me puedo levantar,
¡ah intenciones desbocadas!;
Dios os da de sofrenadas
¿y el freno queréis quebrar?
Póngaos su castigo miedo.

ESCENA XI

Un mancebo muy galán, que es el ANGEL DE LA GUARDA, *sale y levanta á* MARGARITA.

ANGEL. Si su justicia os espanta,
mi Margarita, levanta.
MARGAR. Gallardo joven, no puedo.
Tullida estoy y con duda
de volver en mí jamás.
ANGEL. Por ti sola no podrás
si la gracia no te ayuda.
MARGAR. ¿Y podré con ella?
ANGEL. Sí.
MARGAR. ¿Pues quién me la dará?
ANGEL. Llega,
que Dios su gracia no niega
al que hace lo que es en sí.
MARGAR. Mejor fuera no caer;
pues, aunque favor me ofreces,
si he caído ya tres veces,
¿cómo me podré tener?
ANGEL. Con la gracia de Dios santa.
MARGAR. ¿Cómo he de volver en mí
si tercera vez caí?
ANGEL. Quien no cae no se levanta.
No hay natural tan robusto
que pueda tenerse en pie.
MARGAR. Bello mancebo, ya sé
que siete veces cae el justo;

mas no de caídas tales
que pierda en cada caída
la esperanza con la vida,
pues las suyas son veniales,
mas las mías son de muerte.

ANGEL. El gigante que luchaba,
de la tierra que tocaba
se levantaba más fuerte.
Dame la mano, que así
no volverás á caer.

MARGAR. ¿Quién eres tú, que á encender
mi pecho vienes aquí,
desde que tu mano toca
las mías? Dichoso empleo:
desde que tus ojos veo;
desde que vierte tu boca,
no palabras, sino almíbar;
desde que tus labios bellos
contemplo y en tus cabellos
arma lazos de oro Tíbar,
tan perdida estoy de amor,
que en lugar de arrepentirme
y á la enmienda reducirme
que me predica el temor,
sea dicha ó sea desgracia,
á no tenerme tú, hiciera
amor que otra vez cayera,
por solo caerte en gracia.
¿Quiéresme decir, señor,
quién eres?

ANGEL. Quien por quererte
ha dado entrada la muerte.
Soy un fénix del amor
que, muerto por los desvelos
con que mis méritos tratas,
hoy á tus manos ingratas
me rinden preso los celos.

MARGAR. ¿Celos de mí? Juraré
que no te he visto en mi vida.

ANGEL. ¡Ay, Margarita perdida!
¿No me has visto? Pues yo sé
hasta el menor pensamiento
de tu amoroso cuidado,
y trayéndome á tu lado
en fe del amor que siento
y que le pagues aguarda,
tanto te ha dado en celar,
que me pudieras llamar
al propio tu Angel de Guarda.

MARGAR. En la celestial belleza
con que á amarte me provoco,
ángel eres, y aún es poco;
si celos te dan tristeza,
piérdelos, mi bien, que ya
Lelio es mi muerte y Valerio
mi tormento y vituperio;
sólo en mi pecho hallará
entrada alegre y suäve
tu amor, que por dueño queda,
y por que otro entrar no pueda,
cierra y llévate la llave.

ANGEL. Si tal reciprocación
halla en ti mi voluntad
gozar quiero tu beldad
y no perder la ocasión,
en tu tálamo amoroso
me hallarás, sígueme luego. (*Vase.*)

ESCENA XII

MARGARITA, *luego el* ANGEL.

MARGAR. En otro amor, otro fuego
otro cuidado sabroso
diverso del que hasta aquí
abrasar el alma siento,
¡ay suäve encantamento!
¿qué es esto que siento en mí?
¿Hay semejante hermosura?
¿hay gracia más pegajosa?
¿hay lengua más amorosa?
¿hay más donosa cordura
para niño tan cüerdo
tan grave y tan cortesano?
No hay que hablar, aquí me gano,
si por él desde hoy me pierdo;
aunque caí no me espanta
pues me levantó el temor,
que en los sucesos de amor
quien no cae, no se levanta.
(*Tire una cortina y esté el* Angel *acostado en una cama.*)
Aquí ha de ser el empleo
de toda mi voluntad,
aquí espera la beldad
que adoro, mas ya le veo.
Y no entiendo lo que es esto,
pues, en tan dichoso paso,
siento que por él me abraso
y el fuego es santo y honesto.
Tan diferente motivo
me rinde la libertad
que soy toda voluntad
sin tener el sensitivo
apetito entrada aquí.
Mi bien, mi luz, mi regalo,
que á mereceros me igualo.

ANGEL. Margarita: advierte en mí
y las ventajas verás
que llevo á los que has querido
y amantes tuyos han sido.
Y si persuadida estás
á ser mi querida esposa,
no en tálamos de la tierra,
donde amor no es paz, que es guerra,
sino entre el jazmín y rosa
del deleite que es eterno,
nos hemos de desposar.

MARGAR. Si vos me habéis de guiar,
galán cuerdo, amante tierno,
vamos donde vos gustéis,
que ya sin vos todo es vano.

ANGEL. Dame de esposa la mano.

MARGAR. En ella el alma tenéis.

ANGEL. Sígueme, pues, que encamina
el cielo tus dichas todas.

MARGAR. ¿Dónde vamos?

ANGEL. A unas bodas
donde es Virgen la madrina,
y su tálamo un rosal
cuyas rosas acrecientas
cuando rezas en sus cuentas.
(*Sube desde la cama el* Angel *al cielo y lleva consigo á* Margarita.)

MARGAR. ¡Ay, esposo celestial!

Si á tal suerte, á dicha tanta
llega á gozaros mi vida,
diga mi feliz caída
quien no cae no se levanta.

ESCENA XIII

LISARDA, VALERIO *y* LELIO, *desenvainadas las espadas, y* ROSELIO.—*Luego* LEONELA.

LISARDA. Primo mío, esposo caro,
si sois una sangre mesma,
¿por qué queréis derramarla
en mi daño y vuestra ofensa?
Mis lágrimas pongan paz
en esta civil pendencia,
que espadas son de dos filos
que mis ojos á hilos riegan.
No haya más.
VALERIO. Falso cuñado,
que al nombre las obras muestra,
la muerte tengo de darte
á la entrada de estas puertas,
por donde en agravio mío
entran mi enojo y tu afrenta.
LELIO. Habla menos y obra más.
ROSELIO. ¡Que con vosotros no puedan
mi autoridad ni mis canas!
Soltad las armas inquietas.
(*Sale* Leonela.)
LEONELA. ¡Milagro, milagro extraño!
Hagan tocar en iglesias,
en monasterios y ermitas
las campanas vocingleras;
entrad, veréis maravillas.
VALERIO. ¿Qué confusiones son éstas?
LEONELA. Entrad, veréis el milagro
de mi casa.
ROSELIO. ¿Qué voceas?
LELIO. ¿No sabremos lo que es esto?

ESCENA XIV

CLEANDRO, ALBERTO *y* BRITÓN.

CLEAND. Las armas, Valerio suelta,
que cuando el cielo hace paces
no es bien que riña la tierra.
El acero, Lelio, envaina,
porque no es ocasión esta
de aceros duros y helados,
sino de pechos de cera.
Margarita que, vencida
de la ocasión hechicera,
mujer en el nombre frágil,
pero gigante en las fuerzas,
irse á Nápoles con Lelio
quiso, y dejar á Florencia,
según el Guzmán Domingo
me ha dado dichosa cuenta,
amparándola el rosario
y el Angel Pastor que enseña,
cuando van descarriadas,
el camino á sus ovejas,
cuando se iba desbocada,
tiró las airadas riendas,
dando con sus vanidades
y amor tres veces en tierra.
Y cuando desesperada
imitar á Caín ordena,
en traje de su galán,
que es el que más le contenta,
se le aparece y levanta
y á un jardín bello la lleva
donde, transformando en rosas,
está la Virgen sus cuentas
sueltos los cabellos de oro
que, como las almas suelta,
que en ellos tuvo cautivos
y no quiere que más prenda,
los saca libres al aire
de una red de oro y de seda,
desmayada del amor
divino, en la cama se echa,
que mullen las mismas rosas,
sin que haya espinas en ellas,
y con la esposa diciendo
cuando con Dios se requiebra:
«Cercadme, Señor, de flores,
rosas del rosario vengan,
y sirvan de manzanillas
por fruto dulce sus cuentas.»
En el sueño con que el justo
quiere su esposo que duerma,
quedó á la cosa del siglo,
pero para Dios despierta.
VALERIO. Si esto es así, cesen, Lelio,
vuestros enojos, pues cesa
la causa. Dadme esos brazos.
LELIO. Y con ellos paz perpetua.
ROSELIO. ¡Gran mudanza!
CLEAND. Y gran ventura.
LISARDA. Ya se acabó mi tristeza,
mi temor, mi llanto y celos.
CLEAND. Vida loca y muerte cuerda.
LEONELA. Señor de mi corazón:
desde hoy ha de ser Leonela
una santa Catalina;
no más burlas, todo es veras;
mujer convertida soy,
diez mil maravedís vengan,
dote de gente traída.

(*Descubren un jardín arriba con muchas rosas, y en él, echada, á* Margarita, *sueltos los cabellos, con un Cristo, como pintan á la Magdalena, los ojos en el cielo.*)

CLEANDR. Para que cumplidos sean
vuestros deseos, mirad
el jardín que á Dios recrea,
donde es rosa Margarita.
ROSELIO. Lágrimas: servid de lenguas
para dar gracias á Dios.
LISARDA. Rosario, hazañas son vuestras;
no en balde os quiero yo tanto.
ROSELIO. De vuestro hábito y librea
tengo de ser, Orden santa.
CLEANDR. Y yo, porque buen fin tenga
mi vejez, dándoos los brazos,
quiero que en la Orden mesma,
en hermandad religiosa,
nuestra enemistad fenezca.

BRITÓN. Según eso motilones
nos cabe ser.
ALBERTO. Como vengan
las llaves del refectorio
á mi cargo y la bodega.
BRITÓN. Yo escojo la portería,
que en fin han de entrar en ella
los regalos, que alcabala
pagan al que está á su puerta.
LEONELA. Yo también escojo ser
desde ahora hospitalera.
BRITÓN. Por comerte los bizcochos
y andar catando conservas.
LELIO. Ya, Lisarda de mi vida,
no tengo de hacerte ofensas,
sino adorarte y tenerte
por espejo de Florencia.
LISARDA. Para que esté todo en paz,
y Valerio estado tenga,
con Matilde se despose,
tu hermana.
LELIO. Como él lo quiera,
en ello ganaré mucho.
VALERIO. Si mi padre da licencia,
el sí la doy con el alma.
ROSLEIO. Para largos años sea.
CLEANDR. No desespere el caído
que, aunque más pecados tenga:
quien no cae no se levanta;
Margarita ejemplo sea.

LA VIDA DE HERODES

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

ANTIPATRO, *Rey viejo.*
FASELO, *su hijo, Príncipe.*
HERODES, *su hermano.*
SALOMÉ, *Infanta.*
JOSEFO.
MITILENE.
AUGUSTO CÉSAR.
HERBEL.
HIRCANO, *Rey viejo.*
ARISTÓBULO, *Príncipe.*
MARIADNES, *Infanta.*
ELIACER.
EFRAÍM.
PACHÓN, *pastor.*
FENISA, *pastora.*
DOS ROMANOS.
UN VERDUGO.
ZAPIRO.
JABEL.
BATO.
LISENO.
NISO.
UNA MUJER.
PASTORES. (1)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen ANTIPATRO, *viejo;* JOSEFO; FASELO *y* SALOMÉ, *dama.*

JOSEFO. Después de besar tus pies,
que en el humano teatro
siempre, invencible Antipatro,
pisando coronas ves;
porque á la fortuna des
las gracias de tu grandeza
y porque estimes la alteza
de tus inmortales glorias,
en premio de tus vitorias
te da el amor su belleza.
Contra su rueda voltaria
has triunfado de Idumea,
conquistado á Galilea
y sujetado á Samaria;
y porque con dicha varia
la vejez que se te atreve
al templo tus triunfos lleve
del tiempo inmortal tesoro,
hijos te dió en siglos de oro
restauración de tu nieve.
Dióte al Príncipe Faselo,
fénix nuevo en quien se ve
tu imagen, y á Salomé,
bella exhalación del cielo;
dióte á Herodes, que en el suelo,
mientras á Alejandro imita,
para que con él compita,
y el mundo admire su fama,
en vez de Alejandro llama
á Herodes Ascalonita.
Filipo al nacelle un hijo
asombro de Babilonia
y blasón de Macedonia,
que era venturoso dijo,
no tanto porque predijo
en él su gloria real,
cuanto porque en tiempo tal
Aristóteles vivía,

(1) Intervienen además TIRSO, pastor y UNA JUDÍA.

porque á su filosofía
su valor hiciese igual.
Pero tú con más certeza
decilo puedes mejor,
pues cría á un tiempoel amor,
si hijos tú, Judá belleza;
que si la naturaleza
hace con ellos seguras
de Dios en vivas figuras
imágines naturales,
suerte es que para hijos tales
te dé tales hermosuras.

ANTIPAT. Tú seas, Joseph ,venido,
á nuestro Ascalón con bien,
pues que de Jerusalén
tales nuevas me has traído.
Sagaz medianero he sido
con el Senado Romano
para entronizar á Hircano
(que ya sepultaba el ocio),
en el reino y sacerdocio
que quiso usurpar su hermano.
Rey y Sacerdote sumo
su Jerusalén le llama,
y en altar de Thimiama
aromas ofrece en humo,
reinando por mí, presumo,
si agradecido repara
en mi amistad noble y clara,
que estimé por justa ley
juntar Sacerdote y Rey,
la corona á la tiara.
Descendiente generoso
es de Judas Macabeo,
que al linaje Asamoneo
dió blasón limpio y glorioso;
el sacerdocio piadoso
que honró en el desierto á Aarón,
propagó su sucesión
contra ambiciosos engaños
por ciento y setenta años
de varón siempre en varón.
Ilustrar mi descendencia
con renombre soberano
y emparentar con Hircano
apetece mi experiencia:
á Mariadnes, excelencia
de cuanta belleza ha habido,
para el Príncipe he pedido,
como Aristóbulo dé
con la mano á Salomé
envidia al amor y olvido.
De Hircano hijos los dos son,
como Salomé y Faselo
míos, si permite el cielo
darme en ellos sucesión,
del alcázar de Sión
poseerán el solio real
y con ventura inmortal
gozará sangre idumea
mezclándole con la hebrea
un reino sacerdotal.
Si esto Hircano me concede
largas albricias me pide.

JOSEFO. No sólo á tu gusto mide
el suyo, pero aún le excede.

(Dále un retrato.)

Sacar de esta copia puede
el Príncipe que se nombra
su esposo (si no se asombra
la luz que su cielo da),
qué tan bello el sol será
siendo tan bella su sombra.

(A Salomé otro.)

Mire en éste vuestra Alteza
á Aristóbulo en bosquejo.

SALOMÉ. Hermoso asombro, Josefo.

JOSEFO. No pudo la sutileza
del pincel en tal belleza
ostentar más su primor,
y aunque honrando á su pintor
Apeles se ha aventajado,
con ser éste su traslado
parece su borrador.
Aquí sólo no permite
la naturaleza sabia,
por más que el arte la agravia,
que sus estudios imite,
porque ni el oro compite
con sus cabellos, ni toca
su frente el cristal de roca,
ni hay clavel, rosa ó jazmín
que se opongan al jardín
de sus mejillas y boca.
Vueltos aquí barbarismos
los hipérboles verás,
porque estos dos son no más
hipérboles de sí mismos;
de libertades abismos,
por no llamarles prisión,
y milagrosa lección
donde tomó en sus trasuntos
la naturaleza puntos
para leer de ostentación.

FASELO. No lisonjero procedes
en su alabanza, si es cierta
la fama con que despierta
amor almas y armas redes,
pues no estiman las paredes
reales soberbios ornatos,
ni en doseles y aparatos
funda la ambición sus galas,
mientras no adorna sus salas
con estos bellos retratos.
Egipto dé testimonio,
pues sabe bien que idolatra
en Aristóbol Cleopatra,
en Mariadnes Marco Antonio;
¡Oh lazos del matrimonio
que por mi amor habéis vuelto!
A seguir estoy resuelto
vuestra recíproca ley
adonde el esclavo es rey
y cautivo el que anda suelto.

SALOMÉ. Yo, bellísimos despojos,
no os hablo, que estoy en calma,
mientras la lengua y el alma
se trasladare á los ojos;
si quitáis, pintado, enojos,
¿qué haréis, Príncipe, presente?
Calle el alma lo que siente
porque sienta lo que calla,
que amor que palabras halla
tan falso es cuanto elocuente.

ESCENA II

Sale HERODES, *bizarro, á lo soldado.*—DICHOS.

HERODES. A tus pies, invicto padre,
trofeos mis dichas postran,
si imitación de tus hechos,
primicias de tus victorias;
que, puesto que comparadas
á las tuyas, serán pocas
las de Alejandro en Asiria
y las de Aníbal en Roma,
por ser las primeras, creo
que antepondrás á las propias
las alabanzas de un hijo
enigma de tus memorias.
Salí de Ascalón, mi patria,
cuando el toro que hurtó á Europa
en oro pagaba al sol
un mes de hospicio y lisonjas,
y con doce mil soldados,
feliz número si notas
que con otros tantos puso
freno al Asia Macedonia,
cerqué á Pacono en Petrea;
Pacono, aquel con que asombran
los Partos las cuatro letras
que Craso en Grecia enarbola.
Y de su madre sacando
al Ganges, porque se corra
que en los brazos de su madre
un hijo tan viejo corra,
guiado por el silencio,
una noche obscura y sorda,
restituí á sus cristales
sangre, que aumentó sus olas.
Y degollando á su Rey,
el alma, que iba á la boca,
saliendo por la garganta
la jornada halló más corta.
No perdoné ningún sexo;
lirio cano, joven rosa,
caña humilde, roble fuerte,
madre casta ni hija hermosa.
Pero donde se ve más
mi venganza victoriosa
fué en la pueril inocencia,
pues de las madres piadosas
arrancando tiernos hijos,
mostré que mi sed provoca
sangre en leche de inocentes
medio blanca y medio roja.
Bajé á Armenia desde allí,
y destruyendo sus tropas,
en púrpura de sus venas
teñí sus listadas tocas.
Encastillóse su rey
en un castillo, una roca
tan alta, que su cabeza
coronó del sol la zona.
Era de peña tajada
y con una entrada sola
tan inexpugnable y fuerte,
que haciendo dificultosa
su conquista, aseguraba
al rey la vida y las joyas
que atesoró en su homenaje
la codicia temerosa.
Pero como el interés
tiene alas, sus puertas rotas,
sirvió de escala una pica
por donde subió la honra.
Y franqueando las llamas
la entrada á mi gente heroica,
retrató el fuego en Armenia
venganzas griegas de Troya.
Di á saco la fortaleza,
y mientras el metal roban
que la codicia persigue,
aunque más el sol la esconda,
despeñando al Rey armenio
quedaron las peñas toscas
cada cual con un pedazo,
que también ellas despojan.
Bañado en sangre enemiga,
cantando el valor vitoria
á las voces destempladas
de los míseros que lloran,
entré en una galería
que por treinta claraboyas
de alabastro, jaspe y mármol
los bastidores de Flora
enamoradas miraban,
y en los cristales que adorna
con marcos de primavera,
se retratan majestuosas.
Colgaban de sus paredes
cuadros, en lugar de joyas,
si desvelos del pincel
emulación de la gloria,
pues retratando bellezas
refrescaban la memoria,
tal del milagro de Chipre
y tal de la virgen diosa.
Allí la Griega robada,
si del pastor robadora,
que hurtó en las huertas de Venus
la manzana á la discordia,
á amor y aborrecimiento
provocaba á las historias,
por liviana aborrecible
y adorada por hermosa.
Allí al honor consagraba
la tarde cuerda, Matrona,
Tarquinos atrevimientos,
recuerdos tristes de Roma.
Y allí, en fin, la hermosa Reina
que Africa estima y adora,
holocausto de sí haciendo,
dejaba ejemplos á Porcia.
Pero, entre tantas bellezas,
la que por fénix de todas
gozaba el lugar supremo
en la mitad de la lonja
era una hermosa judía
(perdone el Dios de Helicona)
que no igualó á su hermosura
la Ninfa que le corona.
Bien pudo Dina á Sichén
ser tragedia lastimosa,
librar Judith á Bethulia
del furor de Babilonia,
hacer Raquel que Jacob
juzgase distancia corta
catorce años de servicio,

poner á Amán en la horca
el casto hechizo de Asuero,
precipitar vitoriosa
Bersabé al Profeta rey
(que aun cantando creo que llora),
y, en fin, bien pudo rendir
las letras, que el amor postra,
del rey pacífico y sabio
la hermosura de Etiopía.
Mas con éstas comparada
es lo que el sol con la sombra,
con la ciencia la ignorancia,
con la verdad la lisonja.
Supe quién era, aunque callo,
porque la lengua no osa
dar celos al corazón,
que los tendrá si la nombra.
Y como una alma pintada,
dejando en prendas la propia,
salí de mí y del castillo
sin libertad ni memoria.
Doce mil hombres llevé,
y con ellos vuelvo agora
sin que falte, padre invicto,
ni de su sangre una gota.
Sola una alma vuelve menos
que por los ojos me roban,
para ofrecer á su origen
su más que divina copia.
Triunfa en Ascalón con ellos,
pisa reinos, trofeos goza,
premia heridas, honra hazañas,
haz mercedes, da coronas,
y á mí licencia que busque
en premio desta vitoria
un alma que, fugitiva,
es vencida vencedora.

ANTIPATRO.

No hallo coronas á tu nombre iguales,
hijo invencible, que tu fortaleza
premien mejor que abrazos paternales;
ceñir tu cuello en vez de tu cabeza
las cívicas no bastan, ni murales,
ni cuantas dió de Roma la grandeza
á la ambición que eternizó su fama,
puesto que junte al oro, al roble y grama.
Conquista reinos que dichoso goces,
gana blasones que te inmortalicen,
plumas tu fama añada que veloces
el valor te aseguren que predicen,
y mientras la fortuna que conoces
en tu favor los tiempos autoricen,
antes que acabe el círculo su rueda
un clavo al eje pon, y estará queda.
Si enamorado vuelves, no me espanto,
que Marte y Venus al amor producen,
pues sus hazañas triunfarán en tanto
que sus aceros á sus llamas lucen.
Tus dos hermanos á su yugo santo
dos cuellos dichosísimos reducen,
los más hermosos que en su ardiente carro
puso coyundas el amor bizarro.
Hircano, rey y sacerdote sumo,
al reino y templo que eterniza el Arca
y á Dios da habitación en niebla y humo,
entre las alas que el Cherub abarca,
en premio del favor (según presumo)
con que se ve sacerdotal monarca,
sus dos hijos ofrece, luz del cielo,
á tus hermanos Salomé y Faselo.
Importa que prevenga su partida
por lo que el nombre ganará idumeo,
si á la corona aspira apetecida
que restauró á su sangre el Macabeo. (*Vase.*)

SALOMÉ.

Perdona si no doy á tu venida,
invicto hermano, á gusto del deseo
parabienes retóricos, que duda
de hablar quien ama agradecida y muda.
(*Vase.*)

FASELO.

Yo, que sin alma todo me vuelvo ojos,
salamandra de amor, vivo en su llama,
puesto que ufano de que á tus despojos
cinceles del valor, plumas la fama,
pues adoras del sol los rayos rojos,
mi cortedad perdona, y con tu dama
coteja esa belleza, aunque en pintura,
y alaba, si no envidia, mi ventura.
(*Dale el retrato y vase.*)

ESCENA III

HERODES *sólo.*

¿Si no envidio tu ventura?
¿Por qué ocasión? Mas ¡ay, cielos!
¿no es esta de mis desvelos
la causa? En esta pintura,
¿no se cifra la hermosura
que mi libertad abrasa?
Si con Faselo se casa
y mis dichos tiraniza,
celos, volad en ceniza
mi padre, hermanos y casa.
¿Qué importa que quiera Hircano
que se case con Faselo?
¿Es su padre amor del cielo?
¿es monarca soberano?
Antes que le dé la mano
cuando el corazón la di
un nuevo Caín en mí
verá Faselo mi hermano
que no es padre cuerdo Hircano,
ni rey, tigre hircano sí.
Celos, que os habéis entrado
al alma que atormentáis,
¿por qué vivo me abrasáis
si es mi amor sólo pintado?
El amor os ha engendrado,
imitalde, pues procura
cifrarse en esta figura;
mas ay, que en tales motivos
me da los tormentos vivos,
y la esperanza en pintura.
Pero ¿de qué sirven, cielos,
quejas y lamentos vanos,
si el amor es todo manos
y todo furor los celos?
Lágrimas darán consuelos
á cobardes esperanzas,
como al olvido mudanzas,

pero á injurias conocidas
de pretensiones perdidas,
no hay quejas como venganzas.
¿No ha abrasado mi valor
la Armenia que he destruído?
¿Pues es bien que sea vencido
en mi casa y vencedor?
¡Muera mi hermano traidor
y mi padre, pues que pasa
las leyes que mi amor tasa,
porque yo con ellas muera!
¡Al arma, venganza fiera;
al arma, asaltad mi casa!

ESCENA IV

Sale ANTIPATRO.—DICHO.

ANTIPAT. ¿Qué tienes, hijo, qué es esto?
HERODES. Quejas son á que me incitas
cruel. ¿Es bien que permitas
el tormento en que estoy puesto?
Cuando á tus pies manifiesto
reinos al romano iguales,
¿así á recebirme sales,
y estos triunfos me previenes?
En lugar de parabienes
me recibes para males.
¿Tú eres mi padre y desdices
del amor que te ha obligado?
Miente el ser que tú me has dado
y mientes tú si lo dices,
hoy llorarás infelices
mis años, padre cruel;
ciprés en vez de laurel,
amor á mis sienes ata,
pues si á otros con flechas mata,
á mí con sólo un pincel.
ANTIPAT. ¿Estás en ti?
HERODES. Estoy sin mí,
sin ser, sin alma, sin vida,
sin cuerpo, sombra fingida
soy no más de lo que fuí;
pero ¿qué te importa á ti
que yo tenga seso ó no?
Quien el alma me quitó,
¿cómo mi padre será?
Ser el padre al hijo da;
mi ser pierdo por ti yo.
Pues si no te debo nada,
¿qué me quieres? Déjame;
una alma perdí, y hallé
otra alma, pero es pintada;
mátame; saca esa espada;
mas, ¡ay, padre! que estoy loco.
Si á lástima te provoco,
piadoso mi mal escucha;
mas no, que es mi pena mucha
y tu sentimiento poco.
Pero de mi poco seso
está, padre, reducida
la restauración y vida
en esta mano que beso;
que te he agraviado confieso,
mi remedio y salud trata.
¡Ay! mano cruel y ingrata,
¿cómo á los labios te llego,
si de ti ha nacido el fuego
que mi esperanza maltrata?
Huyendo de los engaños
con que darme muerte quieres,
me voy, tirano, no esperes
remozar en mí tus años;
padres serán los extraños,
pues tú lo dejas de ser;
no soy tu hijo desde hoy,
alma en pena, sí, que soy
de una pintada mujer. *(Vase.)*

ESCENA V

ANTIPATRO *solo.*

¿Qué locuras serán estas
que en confusión me han dejado?
¿Qué hechizos, hijo, te han dado
que en llanto envuelve mis fiestas?
De tus acciones opuestas
solamente he colegido
que habiendo el seso perdido
anuncias mi desventura.
¿En qué retrato ó pintura
dices que te has convertido?
Ya llamándome tirano
riguroso te despides;
ya, humilde, perdón me pides
con los labios en mi mano;
culpas me imputas en vano,
que ignoro y saber deseo;
ó estás loco, ó lo que creo
por más cierto, estás celoso,
que amor con celos furioso
las formas hurta á Proteo.
Si porque al Príncipe caso
con Mariadnes se agravió,
si fué el retrato que vió
de su libertad ocaso.
¡Oh, amor liberal y escaso!,
ya mal podré remediarte,
por más que intente curarte,
si es el daño que recelo,
porque á casarse Faselo
á Jerusalén se parte.
Pues tienes alas, volaras,
que en la presteza dispuso
tu dicha, quien te las puso,
y sus celos remediaras.
Culpa tus plumas avaras
y no á mí, ciego tirano,
que cuando celoso, en vano
pierda á Herodes, me consuelo
del reino que por Faselo
á mis sucesores gano. *(Vase.)*

ESCENA VI

Sale HIRCANO, *y* ELIACER *vistiéndole.*

HIRCANO. Al Rey de Tiro agradezco
su embajada y petición,
mas llega en mala ocasión
cuando al Príncipe la ofrezco
de Idumea, por quien reino;
es mi amigo y comarcano,

dióme el Senado romano
por su intercesión el reino.
Hame pedido á mi hija
para esposa de Faselo,
nuestra ley guarda, y el cielo
me aconseja que le elija.
Aristóbulo también
á Salomé su hija hermosa,
ha nombrado por esposa,
y alegre Jerusalén
su entrada espera festiva,
pues desde su puerta santa
arcos y estatuas levanta
y antiguos muros derriba.
Esto al Rey de Tiro di,
y al de Sidón, que me pesa
no admitir de la Princesa,
su hija, la mano, y sí
para Aristóbulo, en fe
de lo que la estimo y quiero;
adelantóse primero
el amor de Salomé
y ganóle por la mano
la mano que le apercibe.
Lo mismo, Eliacer, escribe
al rey de Persia, Artabano;
á la infanta de Corinto;
al Rey de Líbano, Hirán,
y á todos cuantos están
dentro el ciego laberinto
del amor de mis dos hijos;
y en fe de casar con ellos,
por generosos y bellos,
son pretendientes prolijos,
que siendo no más de dos
mal tantos yernos tendré.

ELIACER. Liberal contigo fué
en hijos y en reinos Dios.
Rey Sacerdote te ha hecho
y el primero á quien ampara
con la corona y tiara
tu honra y nuestro provecho.
Dos hijos también te ha dado,
milagros de la hermosura,
con quien el cielo procura,
eternizando tu estado,
premiar de tus ascendientes
el celo con que ampararon
la ley que nos restauraron
los Macabeos valientes.
El reino y los hijos goces
siglos por años, señor.

HIRCANO. ¿Dónde están?

ELIACER. Dando al amor
y fama plumas y voces.
Como la belleza cría
amor, y tan bellos son,
con inseparable unión
y amorosa compañía
uno con otro retrata
un Géminis que en el suelo,
avergonzando al del cielo,
usurpar su signo trata.
A caza querían salir
por dar luz á este horizonte,
y los caballos del monte
mandaban apercebir.

ESCENA VII

Sale EFRAÍM.—DICHOS.

EFRAÍM. Sal á uno de los balcones
que honran tu parque, señor;
que si en él los ojos pones,
verás confuso el amor
en iguales opiniones,
y á los dos Príncipes bellos
en dos caballos, y en ellos,
Xantho y Pyrois transformados,
por más que á su Sol atados
procura el sol detenellos.
Bordados caparazones
portátiles tronos son
cuyas verdes guarniciones
labró Flora á imitación
del campo hermoso á jirones.
Las crines entre distintas
lazadas, si al mayo pintas
que su tienda sale á abrir,
no harás poco en distinguir
si son flores ó son cintas.
Ni el oro, aunque más presuma
en los jaeces mostrar
valor en suma, sin suma,
se podrá desestimar
del esmalte de su espuma.
Los dos, en fin, muestras dan,
uno bayo, otro alazán,
cuán bien se les medra y luce,
que si el viento los produce
los apacienta el Jordán.
Los dos hermanos sobre ellos,
sueltos al sol los cabellos,
robando almas y dando ojos,
para que los suyos rojos
trence envidioso de vellos.
Gabanes de verdemar
honran, que el oro guarnece,
dando á amor que recelar,
que en mar que esperanza ofrece
no es cordura confiar.
Con cuchillos damasquinos,
cuya hermosa guarnición
al sol puede ofrecer signos,
pues, cuando no estrellas, son
sus piedras esmaltes finos,
y de plumas tanta copia
que entre ellas la fama propia
fácilmente se ofuscara,
pues si Faetón las llevara
no fuera negra Etiopia.
Dos sacres llevan ufanos
que, en lugar de las pigüelas,
grillos de sus pies livianos,
habrán menester espuelas
para salir de sus manos,
pues ni águila ni garza real
les podrá dar presa igual
cuando la sigan traviesos
como la que gozan presos
á alcándaras de cristal.
Desta suerte, porque igualen
pasatiempos con cuidados,
que por los montes señalen
de cazar almas cansados,

á caza de fieras salen.
Gózate en ver tus vasallos
mil bendiciones echallos;
mas los dos llegan aquí,
no sé si á volver por sí,
pues yo no supe pintallos.

ESCENA VIII

Salen á caballo, y vestidos como EFRAÍM *dijo*, ARISTÓBULO *y* MARIADNES.—DICHOS.

MARIAD. Para la felicidad
de nuestra caza, señor,
y vuelta con brevedad,
su bendición y el favor
nos dé vuestra majestad,
porque en tales ocasiones
la fortuna satisfecha
honrará nuestras acciones
si su mano real nos echa,
en una, tres bendiciones:
de sacerdote primero
y Pastor de nuestra ley,
que reverencio y prefiero;
de Padre y luego de Rey
con que buen suceso espero
cuando volvamos los dos.
HIRCANO. Ya todas tres las gozáis
Mariadnes bella, vos,
pues que apacible os lleváis
la mía, del pueblo y Dios.
Garzas el viento embaracen
sin que el nebli las dé enojos,
que cuando el cielo amenacen
no es mucho que vuestros ojos
siendo garzos, garzas cacen.
Y vos, Aristóbulo mío,
¿también salís á cazar?
ARISTÓB. Amor alienta mi brío;
no hay de cazar á casar
mucho; y pues me casas, fío
de mi ligera esperanza
empresas dignas de fe
contra el olvido y mudanza,
que si es garza Salomé,
más vuela amor, pues la alcanza.
Dejad, señor, que la siga
el alma que en ella adora,
si una caza á la otra obliga.
MARIAD. Ya, padre y señor, es hora.
HIRCANO. El mismo amor os bendiga.
No os alejéis porque esté
alegre nuestro horizonte
si en sus cristales os ve,
que yo á la casa del monte
á recibiros saldré. (*Vanse.*)

ESCENA IX

Salen PACHÓN *y* TIRSO, *pastores.*

TIRSO. En fin: ¿vos tenéis amor
á Fenisa?
PACHÓN. Mirad, tío,
yo no sé si es amorío,
si estangurria ó si sudor.
Mas sea lo que se sea,
mi mal, como dijo el otro,
en viéndola me quillotro
y el alma se me menea.
El pecho se me bazuca
y me dan ceciones luego;
si este es amor doile al huego,
que, pardiez, que es mala cuca.
Si vuesa edad no me endilga
lo que es esto, abrid la huesa
á Pachón.
TIRSO. Celera es esa.
PACHÓN. Estoy hecho una pocilga
de celos, que por ser tercos,
ponerse siempre de lodo
y andar gruñéndolo todo
se comparan á los puercos.
TIRSO. Pues bien: y ella, ¿sabe acaso
que la amáis?
PACHÓN. Sí.
TIRSO. Bueno está;
y ¿habéisla hablado?
PACHÓN. Verá:
pullas la echo á cada paso.
TIRSO. Pescudo si la habéis dicho
vueso amor.
PACHÓN. Por comparanzas,
tal vez hay, que entre otras chanzas
la declaro mi capricho.
TIRSO. ¿De qué modo?
PACHÓN. Daros quiero
cuenta de vuesa demanda;
ya vos veis del modo que anda
el gaticinio en Febrero.
Estaba una gata bizca
con cierto gato rabón
allá en el camaranchón,
tan tierno él como ella arisca,
cual si les pegaran ascuas
diciéndose cada uno
en su lenguaje gatuno...
TIRSO. Sí.
PACHÓN. Los nombres de las Pascuas.
Porque si explicaros quiero,
él siempre que maullaba
de maulera la llamaba
y ella con *fuf* de fullero.
En fin, con gritos feroces
andaban dando carreras,
que gatos y verduleras
sus faltas se echan á voces.
Escuchábalos Fenisa,
quizá envidiosa de vellos,
y yo, que iba á componellos,
la manga de la camisa
la así, porque no se escape;
y como el amor me afrige,
miz, hocicando la dije,
pero respondiendo *zape*,
me dió en la cara un aruño
que un carrillo me llevó;
agarréla entonces yo,
mas ella cerrando el puño
escopir me hizo dos muelas
deshaciéndome el gallillo.
TIRSO. Hizo bien, porque un gatillo
de ordinario es sacamuelas,
y ese fué lindo favor.

PACHÓN. ¿Lindo? A otros dos si me toca
me ha de despoblar la boca;
pero otro me hizo mayor.
TIRSO. ¿Mayor, cómo?
PACHÓN. Hué al molino,
y yo tras ella, antiyer;
y acabando de moler
llegué á cargalle el pollino.
Y él cuando el costal le pongo
dos yemas sin clara echó,
y á la primera que vió
dijo: «¡Papaos ese hongo!»
Yo, como la vi burlar,
las manos la así y beséselas,
y apartómelas y apartéselas,
y volviómelas á apartar.
Tiróme una coz después,
pronóstico de una potra,
y yo tornándole otra
jugamos ambos de pies.
y volviendo á porfiar,
volvióme dos y aparésclas,
y tirómelas y tiréselas,
y volviómelas á tirar.
TIRSO. ¿Qué más quieres si conoces
que te hace tanto favor?
PACHÓN. Dad al diablo, tío, el amor
que entra á pellizcos y coces.

ESCENA X

Sale FENISA.—DICHOS.

FENISA. Valga el dimonio la gente
y quien acá la envió.
PACHÓN. Esta es mi Fenisa.
FENISA. ¡Yo,
que te estriego!
(*Llégase á ella y dale una coz.*)
TIRSO. Impertinente:
dila, si casarte tratas,
que tenga de ti mancilla.
PACHÓN. Llegad vos á persuadilla
que tenga quedas las patas.
FENISA. ¡Oh! ¿Es mi tío?
TIRSO. Pues ¿con quién
gruñís?
FENISA. Con el diablo gruño.
PACHÓN. Burlaos con ella.
FENISA. El dimuño
sacó de Jerusalén
aquestas damas machorras
que, olvidando los chapines,
andan corriendo rocines,
cazando gangas ó zorras.
Y con unos pajarotes
tan grandes como milanos
que atados traen en las manos
con borlas y capirotes.
No han dejado lino á vida.
TIRSO. Nuesos príncipes serán
que á volar garzas saldrán.
FENISA. Yo vengo tan aburrida,
que quizá el diablo los trajo
acá; si la honda desciño...
PACHÓN. ¡Mirad vos qué lindo aliño
de decirla un resquebrajo!
Fenisa: vuesos hocicos
me traen tan emberrinchado
desde que antiyer al prado
llevábamos los borricos,
que como amor me provoca
hoy he dado en retozón.
FENISA. ¡Yo, que te estriego, Pachón!
(*Dale un mojicón.*)
PACHÓN. ¡Ay!
TIRSO. ¿Dónde te dió?
PACHÓN. En la boca,
machucádomela ha toda;
á este andar, sino que os duela,
no ha de haber diente ni muela
para el día de la boda.

ESCENA XI

Salen HERODES *y* JOSEFO.—DICHOS.

HERODES. No la gozará Faselo,
por más que lo intente Hircano,
aunque del primer hermano.
renueve agravios el cielo.
JOSEFO. Si ya se la ha prometido,
¿cómo estorballo podrás?
HERODES. Loco estoy y necio estás;
amor que no se ha adquirido
con dificultad no sé
que tenga estima ni fama.
Veré mañana á mi dama;
mi hermano la pintaré
de suerte que lo aborrezca.
Diré que es desagradable,
descortés, tosco, intratable,
y porque mal le parezca,
como tú el fin me acredites,
pintaré en él el extremo
de un esposo, un Polifemo,
de un Coricleo, un Tersites.
Pero ¿qué gentes son éstas?
JOSEFO. Rústicas de estas montañas,
cuyas pajizas cabañas
desprecian cortes compuestas.
HERODES. ¿Cuánto está Jerusalén
de aquí, buen hombre?
PACHÓN. Una legua,
que se la papa mi yegua,
señor, en un *sancti amen*.
Mas ¿para qué lo pescuda
si viene á cazar de allá
con la Infanta?
HERODES. Pues ¿está
la Infanta aquí?
PACHÓN. ¡Buena duda!
FENISA. En un caballo sobida,
como hombre desparrancada,
á la jineta ensillado.
PACHÓN. Tomárala yo á la brida.
FENISA. Nos trae puestos en rencilla
de vella así cada vez,
si deja la doncellez
la Infanta sobre la silla.
HERODES. Y vos, serrana de plata,
¿vivís aquí?
FENISA. Desde hoy más.

PACHÓN. Quítese él de detrás
que es falsa de aquesa pata.
Guárdese que no le borre
de un golpe el encaramiento.
JOSEFO. Sobre un caballo del viento
vuela un cazador ó corre.
(Ruido de dentro, como que corre un caballo.)
TIRSO. Será el Príncipe, que hoy
vuela garzas por aquí.
(Voces dentro.)
¡Tener, tener!
HERODES. ¿Cayó?
JOSEFO. Sí.
MARIAD. ¡Válgame Dios, muerta soy!
HERODES. ¡Terrible golpe!
TIRSO. No mueve
pie ni mano.
HERODES. A dalle ayuda
me manda el amor que acuda.
(Entrase Herodes *y* Josefo.)
FENICIA. Mas que el diablo se la lleve,
que así mis linos maltrata.
PACHÓN. Si él vuesos sembrados pisa
no os venguéis en mí, Fenisa,
apartad allá la pata.

ESCENA XII

Saca HERODES *á* MARIADNES *desmayada en los brazos.*

HERODES. Pastores, sentid conmigo
hoy la pérdida mayor
que pudo hacer el amor;
llamadme, si es que os obligo,
venturoso, desdichado,
en el hallazgo que he hecho.
FENISA. Que es el Príncipe sospecho.
PACHÓN. Mas ¿si se ha descalabrado?
FENISA. No es sino la hermosa Infanta
de Jerusalén.
HERODES. Si muere,
ni el sol dar vueltas espere
á su hermosa esfera y santa,
ni en sucesión infinita
piense la naturaleza
eslabonar su belleza
cuando la mayor nos quita,
que del fuego que amenaza
en el diluvio segundo
la destrabazón del mundo
llegó al término.
FENISA. Esta caza
dola al diablo, nunca ha hecho
si este bien á los que engaña.
TIRSO. En esta pobre cabaña,
aunque grosero, hay un lecho:
de heno y paja está lleno,
echalda sobre él, señor,
que toda hermosura en flor
viene á rematar en heno.
HERODES. Decís bien; ¡ay suerte incierta!
qué avarienta os me mostráis,
pues la dicha que me dais
ó es pintada ó medio muerta.
(Llévala Herodes.)

ESCENA XIII

TIRSO, PACHÓN *y* FENISA.

PACHÓN. ¡Por Dios que es desgracia extraña!
FENISA. ¿Quién diablos la metió á ella
en andar, siendo doncella,
corriendo por la montaña
á caza sobre un rocín?
TIRSO. La mujer, si es recogida,
no ha de tener más caída
que la de un bajo chapín.
FENISA. Metióse en oficio ajeno,
tomóse lo que la vino;
que lo que pecó en mi lino
lo paga ahora en mi heno.
PACHÓN. ¿No será bien avisar
á los que, desparramados,
andan por montes y prados
y vinieron á cazar
con ella, que á remedialla
acudan, no se nos muera
entre manos?
TIRSO. Bueno fuera
que aquí viniesen á hallalla
y nos pidiesen su muerte.
PACHÓN. ¡Oste puto! A avisar voy
al Reye.
FENISA. Yo también soy
de tu opinión.
PACHÓN. De esa suerte
tú á los cazadores llama,
yo iré á Jerusalén.
TIRSO. Yo voy contigo también,
que si se muere en mi cama
antes que se certifique,
mos tiene de acrebillar
el Reye.
FENISA. No hay que dudar,
por Dios, que nos crucifique. *(Vanse.)*

ESCENA XIV

Salen HERODES *y* JOSEFO.

HERODES. Esperanza da de vida,
puesto Josefo que poca,
á lo menos con su boca,
temiendo la despedida
del alma, la mía sellé
para que, cuando saliera
en aura, no se me huyera,
porque cuando imaginé
que bebiéndola el aliento
el alma, que salir duda,
fuera huésped que se muda
de uno en otro aposento.
Debiólo de echar de ver,
y temiendo sus agravios,
cerró el recelo los labios
y volvió á retroceder
al corazón, donde ordena
vivir de asiento y me abrasa,
porque, dueño de tal casa,
¿cómo vivirá en la ajena?
Ve por agua, mi Josefo,
podrá ser que vuelva en sí.

JOSEFO. Harélo, señor, así:
amante y solo te dejo.
Que traiga el agua querrás
de las más lejas corrientes
que dan cristal á sus fuentes,
para que me tarde más.
Voy, pues, que no es de perder
por mí lo que tu amor fragua;
yo volveré con el agua
cuando no sea menester. *(Vase.)*

ESCENA XV

HERODES *solo.*

Alma: agora si que os veis
en más confusa porfía:
al amor y cortesía
en competencia tenéis;
la ocasión porque gocéis
lo que vuestra fe merece,
á vuestra dama os ofrece,
cuando contra la esperanza
la nobleza y confianza
la defiende y favorece.
Enamoróme pintada,
y la ocasión y ventura
me la dan casi en pintura,
pues me la dan desmayada.
La cortedad es culpada
en quien se precia de amar,
mal el amor podrá usar
finezas hoy cortesanas;
entre cabañas villanas
la ocasión entro á gozar.
Pero, amor, si no os reporto,
mi nobleza os culpará
preciar de cortés, pues va
poco de cortés á corto;
no por un deleite corto
intentéis perder así
los blasones que adquirí;
detened el paso, amor,
que no hay vitoria mayor
como es el vencerse á sí.
Mas si pierdo por cortés
la ocasión, ¿volveré á hallalla?
No, que el tesoro que uno halla
en el campo, suyo es.
Si tengo derecho pues,
al que aquí acabé de hallar
y me le viene á quitar
Faselo en mi menosprecio,
en perderle seré necio:
la ocasión entro á gozar.
Mas no gozo, si lo advierto,
sino como Pigmaleón,
una estatua sin acción;
volved en vos desconcierto,
que gozar un cuerpo muerto
será brutal frenesí;
la vida cortés la di,
dalda también el honor,
que no hay hazaña mayor
como es el vencerse á sí.
Obligaréla cortés,
si sabe que he refrenado
apetitos al cuidado,
ganancias al interés;
para asegurarla, pues,
mudarme intento el vestido
por el de pastor fingido,
ya que asegurarla quiero,
que en viéndome caballero
ha de juzgarme atrevido.
Trajes vi de cazadores
colgados en la cabaña,
haced hoy en mí, ¡oh montaña!
transformaciones de amores;
no paguéis en disfavores
cortesanas cortedades,
que, si en estas soledades
no me ayudáis, siendo Dios,
formaré quejas de vos
y no me fiaré en deidades. *(Vase.)*

ESCENA XVI

MARIADNES *sola.*

¡Cielos! ¿quién me trajo aquí
y entre estos bárbaros techos,
en una cabaña pobre
de aqueste modo me ha puesto?
¿Dónde están mis cazadores?
El Príncipe, ¿qué se ha hecho?
¿Cómo sóla me han dejado?
¿Si imaginan que me he muerto?
Acuérdome que caí
de un caballo que siguiendo
una garza remontada
iba imitando su vuelo,
y aguardando la vitoria,
de dos halcones soberbios,
imaginé con sus plumas
vender despojos al viento.
Debíme de desmayar
más del golpe que del miedo,
y algún pastor que me vió
me trajo y redujo al heno
de su rústico descanso
pabellones opulentos.
Si esto es así, ¿dónde está?
¡Ay temerosos recelos!
¿Si han hecho afrenta á mi honor
villanos atrevimientos?
Yo mujer y sin sentidos,
descorteses y groseros
labradores licenciosos,
la ocasión vendiendo al tiempo
tesoros que la honra guarda.
Yo, sobre el humilde lecho
de una despreciada choza,
mis vestidos descompuestos,
ausente el que aquí me trajo,
conjeturad pensamientos,
mi desdicha y vuestro daño,
y dadme muerte si es cierto.
¿Quién duda que si violó
un cuerpo sin alma el dueño
bárbaro deste hospedaje,
que con las alas del miedo
huiría el justo castigo
encomendando al silencio

afrentas que ya la fama
esparcirá por los vientos?
¡Triste de mí! ¿qué he de hacer?
Mil veces maldiga el cielo
al inventor que los gustos
cifró en el errante vuelo
de un pájaro codicioso,
que entre leves pasatiempos
de plumas que lleva el aire,
Icaro al honor ha hecho.
Mas de la misma cabaña,
sino del mal que sospecho,
parece que un pastor sale.
Hombre, ¿qué buscas adentro?

ESCENA XVII

Sale HERODES *de pastor.*—MARIADNES.

HERODES. Busco lo que hallando en vos,
después que con vida os veo,
ha de hacer, hermosa Infanta,
corte ilustre este desierto.
Agua rosada salí
á pedir á un arroyuelo
que, coronado de rosas,
les bebe el licor de Venus,
para espantar el desmayo
que de vuestro rostro bello
tiranizaba las flores
de amor, que es su jardinero.
Mas, ya que volviendo en vos
la luz al sol habéis vuelto,
la primavera á estos prados.
las estrellas á estos cielos,
para dar á la fortuna
justos agradecimientos
quisiera que me feriaran
sus lenguas los lisonjeros.
MARIAD. ¿Sabéis quién soy?
HERODES. Por mi dicha.
MARIAD. ¿Quién me trujo aquí?
HERODES. Recelo
si os lo digo, gran señora,
que he de aguaros el contento.
MARIAD. ¡Ay de mí! ¿Por qué ocasión?
Temores, si salís ciertos,
yo haré en mi vida injuriada
lo que el desmayo no ha hecho.
HERODES. Corriendo sobre un caballo,
que del tercer elemento
debió de heredar las alas,
sino es que el Dios mensajero
sus talares le prestó,
íbades siguiendo el vuelo
de una garza perseguida
de dos halcones hambrientos,
cuando en un hoyo que puso
la envidia, que salió á veros,
tropezando, renovaste
llantos del hijo de Febo.
Y retratando de Fidias
un mármol sin vida bello,
casi á infundiros el alma
quiso volver Prometeo.
Lloraban vuestra desgracia
las aves deste desierto,
las flores de aquestos prados,
las fuentes, guarnición dellos,
cuando llegó presuroso
un atrevido mancebo,
si villano en sus acciones,
en su traje caballero,
y honrando con vos sus brazos
en mi humilde alojamiento,
el ébano y el marfil
tuvieron envidia al heno.
Lastimado y compasivo
buscara el temor remedios
en boticas naturales
de simples no descompuestos,
cuando, cargado de hierbas
como de lágrimas, vuelvo
á dar vida á vuestro honor,
en vez de dársela al cuerpo,
porque el atrevido joven
desnudo intentaba y ciego,
por dejar injurias vivas,
usurpar despojos muertos.
Yo entonces, que aunque villano,
tan ilustre el alma tengo
que por no violentar frutos
las encinas no vareo,
diciéndole mil oprobios
con medio roble grosero,
á lascivos desatinos
puse noble impedimento.
Y despreciando las voces
con que dijo: «Hombre grosero:
advierte que á quien injurias
es al Príncipe Faselo,
que, á pesar de pretendiente,
á ser de la Infanta vengo
venturoso poseedor,
si no legítimo dueño.
No estorbes en daño tuyo
ocasiones con que el tiempo
imposibles facilita
para que cumpla deseos.»—
Afrentado le hice huir,
despejando el aposento,
porque no hay descortesía
á quien no acompañe el miedo.
Fué á buscar vasallos suyos
porque, volviendo con ellos,
con agravios dé principio
á tu amor, señora, honesto.
Aun no le dejé tomar
las ropas reales, que ofrezco
en muestra de mi valor
y prueba de sus intentos;
(Saca sus vestidos.)
que quien desnudó del alma
el noble comedimiento,
bien merece por castigo
que lleve desnudo el cuerpo.
Si aguardas su vuelta torpe,
que tardará poco, pienso
que has de llorar deshonrada
violadores menosprecios.
Porque no intenta casarse
el que pretende violento
gozar despojos robados
que le vienen de derecho.

Estas son las ropas suyas,
y los brazos, señora, éstos,
que en defensa de tu fama
serán del honor trofeos.
Mira lo que determinas,
que, si tomas mi consejo,
huyendo de los peligros
sale vitorioso el cuerdo.

MARIAD. Pastor... no pastor, mas sí;
que pues hoy del lobo fiero
la inocencia de mi fama
has defendido, no tengo
blasón mejor con que honrarte:
yo pagaré lo que debo
á tu generoso trato
con largos y nobles premios.
Estos vestidos infames
tu verdad abonan, puesto
que tal vez juraran falso
si á Josef doy por ejemplo.
Vamos á Jerusalén,
donde, con honroso trueco,
justos premios satisfagan
la nobleza de tus hechos,
y donde, libre y seguro,
juzgue el aborrecimiento
descorteses desacatos
del atrevido idumeo.
¿Cómo te llamas?

HERODES. Claricio.

MARIAD. Hacerte claro prometo
entre cuantos la privanza
sobre sus alas ha puesto.

HERODES. Dame á besar esas manos.
¡Oh amor criado en enredos,
con bien de aqueste me saca,
labraréte de oro un templo!
Atado al tronco dejé
un caballo de aquel cedro,
sube en él, seré la aurora
que va delante de Febo. *(Vanse.)*

ESCENA XVIII

Salen HIRCANO, FASELO, ARISTÓBULO, SALOMÉ, ELIACER, EFRAÍM *y los* PASTORES.

HIRCANO. Muerta la Infanta mi hija,
quebró el cristalino espejo
en que la naturaleza
se miraba.

FASELO. Si esto es cierto,
en túmulos lastimosos
los tálamos de Himeneo
ha convertido la envidia,
cuando á desposarme vengo.
De mi vida á su memoria
la haré sacrificios tiernos,
sin que á restauralla basten
persuasiones ni consuelos.

ARISTÓB. ¿Aquí dices que mi hermana
quedó?

PACHÓN. Como se lo cuento. *(Entran.)*

HIRCANO. Entrad por ella, ¡ay de mí!
¿cómo vivo, pues que muero?
(Salen.)

ELIACER. No hay en toda esta cabaña
sino es en su pobre suelo
unas pajas miserables,
y entre sayales groseros
estos curiosos y nobles.
(Saca los vestidos de Herodes.)

TIRSO. ¡Aun el diablo vería eso!

HIRCANO. Villanos: ¿qué es de mi hija?
¿no habláis?

PACHÓN. ¿Qué quiere que hablemos?

FENISIA. ¿No le fuimos á llamar?
¿no la pusimos ahí dentro,
quemando porque oliscaba
á manojos el espliego?
Quizá quien la agarró el alma
volvió después por el cuerpo,
ó la comieron á escote
algunos grajos y cuervos.

FASELO. ¿Estos vestidos no son
de mi hermano?

HIRCANO. ¡Ay santos cielos!
Sin duda, que por roballe
estos villanos le han muerto.

TIRSO. ¡Aún peor está que estaba!

ARISTÓB. ¿Hay más trágico suceso?

HIRCANO. ¿Qué es de mi hija, traidores?

FASELO. Mi sol, mi luz, ¿qué se ha hecho?

PACHÓN. ¿Hay son que, si se ha perdido,
le dé un real al pregonero
prometiendo buen hallazgo?

HIRCANO. ¡Oh crueles! ya sospecho
que por hurtarles las joyas,
homicidas y avarientos,
dos soles habéis quitado
que daban luz á mis reinos:
enterrados los habrán.

PACHÓN. No les faltará á lo menos,
si es cerote lo que sudo,
cera hilada en el entierro.

HIRCANO. Prended esta vil canalla,
descoyuntalda á tormentos
hasta que la verdad digan.

PACHÓN. Fenisa: potro tenemos.

FENISA. Más quisiera tener potra.

HIRCANO. ¡Ay desventurado viejo!
No dejéis piedra ni planta
de este monte, caballeros,
que no busquéis.

ARISTÓB. ¡Triste caso!

PACHÓN. Yo os juro á Dios que me huelgo.

FENISA. ¿De qué?

PACHÓN. De que os han de dar
en el potro pan de perro. *(Vanse.)*

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen MARIADNES *y* HERODES *de pastor.*

MARIADNES.

Deja, pastor, que el sol sus flechas quiebre
en las hierbas menudas que marchita
y á ese caballo dan fértil pesebre;

y mientras el tirano solicita
mi deshonra y su bárbara venganza
por la ocasión que tu valor le quita,
entre estas sombras que el rigor no alcanza,
y en cuyas hojas leves representa
á los tiempos el viento su mudanza,
premiada tu lealtad tome á su cuenta
principios de favores que te debo,
y porque los asiente, aquí te asienta.

HERODES.

Afrentaránse de favor tan nuevo
estos cedros y palmas, gran señora,
de la ventaja y dicha que les llevo;
quisieran ellos humillar agora
sus elevadas cumbres y cabezas
para besar tus pies, que el mundo adora.

MARIADNES.

El campo siempre obliga á las llanezas
que la ambición desprecia, dando silla
á la soberbia hinchada con grandezas;
de aquí á Jerusalén habrá una milla;
siéntate, que de noche entrando en ella
aseguro peligros.

(*Siéntase ella é hinca él la rodilla.*)

HERODES.

La rodilla
hincada, como á imagen de amor bella,
es mejor que te adore agradecido
á mi propicia y venturosa estrella.

MARIADNES.

Este es mi gusto, acaba.

(*Siéntase él.*)

HERODES.

¡Que ha podido
mi dichá verme junto al sol sentado!
Amorosa deidad, perdón os pido.

MARIADNES.

Agora, pues, que nos convida el prado
á divertir agravios del estío
y dar lícitas treguas al cuidado,
quiero que dejes satisfecho el mío,
que, en mil contradicciones, te prometo,
se quieren persuadir á un desvarío.
Mil cosas he mirado en tu sujeto
tan opuestas y nuevas como extrañas:
si rústico, ¿cómo eres tan discreto?
No niego yo que á veces las montañas
no fertilice el cielo dando en ellas
al ingenio, al valor y á las hazañas;
comunes son á todos las estrellas,
y entendimientos hay que entre sayales,
en cuerpos toscos, cubren almas bellas;
pero por más que influyen naturales,
no retóricas lenguas, que consisten
en idiomas de corte artificiales,
los que antíparas toscas cual tú visten,
con palabras groseras satisfacen
á los que en techos míseros asisten;
que aunque es verdad que los ingenios nacen
delicados, tal vez en cualquier parte,
los oradores con el uso se hacen,
ó la naturaleza pule el arte.
Tú, pues, sin él, que afrentas la elocuencia
y á Demóstenes puedes compararte,
¿cómo, falto de letras y experiencia,
sutilizas conceptos y palabras
y á Atenas hurtas el lenguaje y ciencia?
Y aunque el misterio á mis enigmas abras,
con respuestas que ignoro y dificulto;
dime si al sol y al aire riges cabras
y su inclemencia por el monte inculto
los rostros tiraniza, pues los yerra
como si el ver sus rayos fuera insulto.
Si el cultivar la siempre fértil tierra
paga surcos en callos que en las manos
por la dureza imitan á la sierra,
¿cómo injurias afeites cortesanos,
siendo excepción de generales leyes?
¿Tú solamente culto entre villanos?
Manos groseras que al arado y bueyes
acostumbradas el trabajo tuesta,
¿pueden en ti afrentar las de los reyes?
Cara, que á la del sol adusto opuesta,
jamás huyó el encuentro á sus rigores,
¿compite con la dama más compuesta?
A tu traje desmientes, tus colores,
por más pastor que intentes con negallo
encubrirte entre engaños labradores,
cuando agora la silla del caballo
la sed me hizo dejar de aquella fuente
que de ti murmuraba lo que callo,
y tú, templando del calor ardiente
la furia rigorosa con su risa
bañaste en su cristal manos y frente;
testigo contra ti fué la camisa
que, por el cuello libre del ultraje
con que la encierras en sayal me avisa
no dicen bien las puntas de su encaje
con el buriel hipócrita que aforra
en blanco lino el penitente traje.
Declárame este enigma, si no borra
tu poca confianza en el secreto
lo que te debo; así el cielo socorra
tus esperanzas con dichoso efeto.
Las dudas satisface, di cómo eres,
si rústico pastor, galán discreto.

HERODES.

Ya que apurar mis pensamientos quieres,
curiosa por saber sucesos míos,
por imitar á las demás mujeres,
oye de la fortuna desvaríos
que ya que no te admiren, te entretengan,
mientras aquestos árboles sombríos
por huésped bello tu hermosura tengan.
Ya que el sutil ingenio
hijo de esa alma noble,
curioso inquisidor
de celos y de amores,
sacando del sagrado
donde el secreto absconde,
sucesos de mi vida,
discreta los conoce,
sabrás, hermosa Infanta,
que el Rey del sacro monte
que á Salomón dió cedros
para que el templo corte
y Hiram el mundo llama,
se honra con el nombre

de padre mío, puesto
que injuria estos blasones.
Fertilizó su sangre
en himeneos conformes,
el cielo con tres hijos,
los dos dellos varones.
Y siendo yo el pequeño,
mis años corresponden
al grado en que he nacido
que en dichas son menores.
Como perdí el derecho
al reino, que dispone
su herencia al mayorazgo,
porque los demás lloren,
mis quejas satisfizo
con darme en fuerzas dobles
para un alma de cera
un corazón de bronce.
Dispúsome á la guerra,
que en ella inclinaciones
dan á segundos hijos
riquezas y opiniones.
Y haciendo alarde al viento
de plumas y atambores,
de galas á Cupido
y á Marte de escuadrones,
salí contra el de Arabia
que, descuidado entonces,
pagaba en verdes años
censo en deleites torpes.
Vencíle, brevemente,
que ahorrando digresiones
no con prolijos cuentos
pretendo que te enojes;
dándole, pues, la muerte,
á su vivir conforme,
di á mis hazañas reinos
y á mi valor renombres.
Y mientras que permito
que afrenten y despojen
tesoros y hermosuras
soldados vencedores,
en una galería
entré, que en artesones
dorados eran suma
del cielo y de sus orbes.
Caía á un jardín bello
por cuyos corredores
jazmines frescos eran
escalas de sus flores.
Colgaban sus paredes
pinceles triunfadores
de la naturaleza,
cuyas ostentaciones
bellezas celebraban,
robaban corazones
y daban almas vivas
alientos y colores.
En medio estaba un cuadro
y en él (no sé cómo ose
pintarle sin su injuria
mi lengua agora torpe)
un fénix de belleza,
poco dije, perdone
la diosa enamorada
que en rosa volvió á Adonis.
Yo sé que si la viera
el dios del cuarto coche
causara nuevos celos
á Clicie y á Leucote;
menospreciara á Onfale,
el que la rueca pone
por el mayor trofeo
de sus trabajos doce.
Mas, para no cansarte,
si quieres que la copie,
mírate en el espejo
de ese cristal que corre,
que estando tú presente,
porque su vista goce,
no hay para qué sutiles
buscar comparaciones.
Metiéronla en el alma
ojos aduladores,
pagando, como el Griego,
hospicios con traiciones.
Y yo sin mí y con ella
volví á ostentar perdones,
dando á mi patria vuelta
que con festivas voces
sus Venus y Narcisos,
de amor aduladores,
alegres me esperaban
con triunfos y ovaciones.
Mi padre y dos hermanos,
no sé si así los nombre,
quisieron por mi cuello
desocupar balcones.
Y oyendo parabienes,
gozando aclamaciones,
cantándome vitorias
Homeros y Anfiones.
Veo á mi padre ingrato,
¡ay si muriera entonces!
del Rey Orbel de Lidia
honrando embajadores.
Traíanle el retrato
de la Princesa Doris,
y el sí con el de esposa
para mi hermano Orontes.
Pagaba el Rey albricias
con gracias y con dones,
y el Príncipe lozano
exageraba amores.
Cuando los dos me dicen:
—«A tus victorias nobles,
añade, Periandro,
la dicha que hoy conoces
en tu mayor hermano,
pues es ya su consorte
el sol que á Lidia alumbra
en tálamos conformes.»—
Dejáronme el retrato,
solícitos disponen
recibimientos reales;
mandan que palios borden,
triunfales arcos labran
con versos y con motes,
ya ingenios muestran prendas
que premien intenciones.
Partiéronse, al fin, todos,
y yo, como quien oye
la capital sentencia
si imprórvido le coge,

estatua fuí de mármol
por dos horas, inmóvil,
que repentinas penas
suspenden las acciones.
Pero volviendo en mí,
furioso de que roben
tesoros de esperanzas
tiranos salteadores,
cual onza que los hijos
le llevan cazadores,
partí desesperado;
y sin saber por dónde,
sin seso y sin camino,
mil veces con mil voces
enmudecí las aves
y lastimé los montes.
Llegué al fin á un desierto
rasgando el traje noble
(que mal sufrirá abrigos
quien un volcán absconde),
y allí, á no socorreime
solícitos pastores,
fuera sin duda presa
de tigres ó leones.
En fin: determinado
de huir soberbias cortes,
destierro de verdades
y amparo de ambiciones,
compuse una cabaña
de ramos y de adobes
donde pobrezas ricas
huyen riquezas pobres.
Pero, cuando gozaba,
en vez de aduladores,
por dulces compañeras
mis imaginaciones,
una apacible tarde,
umbrales de la noche,
que el cielo se vestía
rosados arreboles,
veo venir huyendo
una mujer de un hombre,
si aquel que gustos fuerza
es digno deste nombre.
Opúseme á su furia
con pasos tan veloces,
que á un tiempo le alcanzaron
mis pasos y mis voces.
Y siendo el instrumento
de su castigo un roble,
á su torpeza y vida
dió fin un solo golpe.
Volví á ver mi agraviada,
y hallé que los colores
de nieve y rosicleres,
con un desmayo inorme,
en gualdas y violetas
trocaba, dando entonces
premisas á la muerte,
obsequias á las flores.
Pero, reconociendo
sus eclipsados soles,
originales bellos
de aquella imagen noble
que el alma me ha robado
agravios y favores,
agradecí con quejas
al ciego amor sin orden.
¿Qué hallazgo tan divino
con tal pesar congoje?
Mas ¿cuándo dió el amor
deleites sin dolores?
Cogíla alegre y triste
en brazos, y sirvióme
al cuello de cadena
libre en tales prisiones,
y en un grosero albergue,
sobre unas pajas pobres,
deposité aquel cielo
de amor primero móvil.

MARIAD. Pastor ilustre, espera,
primero que provoques
sospechas que en el alma
engendran mis temores.
Con la verdad me engañas,
pues pienso que propones
sucesos de mi vida
trocando el reino y nombres.
Casi lo que refieres,
antes que el cuento tornes,
para pintar mi historia,
te da falsos colores.
Yo debo ser, sin duda,
la que, llamando Doris,
cuando á Faselo aguardo,
me das por dueño á Orontes.
¿Qué es esto?

HERODES. Infanta bella,
sosiega y no te asombren
sucesos que á las veces
hermanan ocasiones.
No es esta la primera
que en dos distintos nombres,
naturaleza sabia
un mismo rostro forme.
¿Qué mucho, pues, que así
amor sujetos forje
con cuya semejanza
engendre admiraciones?

MARIAD. No sé qué diga en eso,
tú mismo me responde,
y acaba de sacarme
de tantas confusiones.

HERODES. Quedaba de mi historia...

MARIAD. En que dejaste á Doris
dando con su desmayo
á amor ponderaciones.

HERODES. Viéndola, pues, ansí,
y que para que goce
cabellos la ocasión
al viento los descoge,
su poca resistencia,
la soledad de un monte
y, en fin, amor que ciego
casi imposibles rompe,
por poco me vencieran
con necias persuasiones
á que el valor olvide
y que la honra postre.
Mas la razón, que cuerda,
noblezas reconoce,
ató al atrevimiento
deseos y ocasiones.
Pues sólo satisfecha

con que la vista goce
despojos sin injuria
del sol que es bien que adore,
licencia dió á los labios
para que, mientras cogen
el ámbar de su aliento
se impriman en sus flores.
Pero antes que prosiga
mis lícitos amores,
bellísima señora,
¿qué hicieras tú si entonces,
volviendo del desmayo,
sirvieran de eslabones
tus brazos de marfil
al cuello de quien oyes?
¿Y más, si satisfecha
de las obligaciones
con que amparó tu fama,
supieras que aquel hombre,
abeja de tus labios,
atrevimientos nobles
ejecutando en ellos
gozó tales favores?

MARIAD. Aunque con tal pregunta
en confusión me pones,
y á sospechosas dudas
indicios das mayores,
no sé si agradecida
á que por él no llore
mi honra restaurada
agravios violadores,
pagara resistencias
de un apetito torpe
con dalle honestos frutos
á quien sus rosas coge.
Y si al contrario desto
contigo lo hizo Doris
y ingrata dió á tu hermano
de esposa mano y nombre,
engaño á su honor hizo,
pues necia defraudóle
primicias usurpadas
de labios ya traidores.
Mas de eso, ¿qué coliges?

HERODES. ¡Oh, juez sin pasión! Oye...
mas no podrás, que vienen
tus viles ofensores;
mi vida con tu fama
á cargo el valor tome,
pues no es bien que consienta
que nadie te deshonre.

MARIAD. ¡Ay Dios! ¿Por dónde vienen?

HERODES. Vuelve los claros soles,
podrá ser que los ciegues;
veráslos que trasponen
aquel verde collado.

MARIAD. Y yo, porque te asombre,
pues el valor me anima
de mis antecesores,
ofreceré á las aras
que el mundo al honor pone
la vida, antes que el mío
sus viles manos toquen.
Mas ¿qué es de ellos?

(Mientras ella vuelve á ver los que vienen, se quita el sayo rústico y queda en calzas y jubón de tavi muy bizarro.)

HERODES. Aquí
tus dos ojos vencedores,
de amor siempre invencible,
verán metamorfosis.
Yo soy, hermosa Infanta,
quien triunfos y blasones,
como á deidad suprema.
hoy á tus plantas pone.
Pintada me rendiste
y viva echas prisiones
á un alma que allá tienes,
feliz si la conoces.
Halléte casi muerta
y sin testigos, donde
pudieran apetitos
vencer obligaciones;
pero mi amor hidalgo
alegre contentóse
con que pagasen labios
deseos acreedores.
Juez fuiste de ti misma
en tribunal de flores,
sentencias ejecuta
y agradecida ponme
en posesión de gustos,
que, como trueque el nombre
de amante en el de esposo,
en láminas de bronce
escribirá á los tiempos
de Doris y de Orontes
engaños verdaderos
tu siempre esclavo Herodes.

MARIAD. Basta: que en Palestina
también nacen Sinones
que ofrezcan entre enredos
á Troya Paladiones.
No quiero revocarte
sentencias que di á Doris,
y pagará Mariadnes,
no con ponderaciones
culpar atrevimientos,
agradecer favores,
loando resistencias,
encareciendo acciones.
Ya Febo ha permitido
que sus caballos mojen
sus crines en el mar
y estrellas da á la noche.
Ocupa, Infante ilustre,
de aquése los arzones,
que yo, alegre en sus ancas,
hoy mostraré á la corte
que amor es coyuntura;
sus dichas, ocasiones;
sus armas, cortesías;
mudanzas, sus blasones.
Perdonará Faselo,
y cuando no perdone,
¿qué importa, como sea
esposo mío Herodes?

HERODES. Dame á besar cristales,
mientras que se corone
mi cuello de tus brazos.

MARIAD. Celosa estoy de Doris,
con ser dama fingida.

HERODES. ¿Por qué, si no es Orontes
quien idolatra en ti?

MARIAD. ¿Pues quién eres?
HERODES. Herodes.

ESCENA II

Sale HIRCANO.

HIRCANO.

No ha el sol de destrenzar cabellos rojos
tras el aurora fría
en el purpúreo Oriente
sin ver salir dos mares de mis ojos
que aneguen cada día
memorias de tu pérdida inclemente;
ni con pincel valiente
podrá la primavera
juntar alegres prados
que alivien mis cuidados,
por más que esmalte flores lisonjeras,
sin dalles mis congojas
más lágrimas que brota en Abril hojas.

ESCENA III

Sale ANTIPATRO. — DICHO.

ANTIPATRO.

No agostará los campos el estío
con pálida guadaña
cuando á abrasallos llegue,
sin que el prolijo y caudaloso río
que mis mejillas baña,
hijo querido, aquestas canas riegue,
ni porque rico llegue
otoño generoso
de frutos adornado,
que sabio ha sazonado,
y ofrece al hortelano codicioso,
de mí tendrá otro fruto
que lágrimas, mi Herodes, en tu luto.

ESCENA IV

Sale ARISTÓBULO. — DICHOS.

ARISTÓBULO.

No de plata escarchada hará el Diciembre
al suelo bordaduras
y alfombras al invierno,
que impida, hermosa hermana, que no siembre
entre lágrimas puras
penas que den por fruto llanto tierno,
mi desconsuelo eterno,
Mariadnes querida,
mientras que me faltares
y viviere sin ti con media vida,
convirtiendo mis gustos en pesares
cada vez que se acuerde
obsequias llorará del bien que pierde.

ESCENA V

Sale FASELO.—DICHOS.

FASELO.

Viudo antes que casado, quiso el cielo,
mi Mariadnes bella,
que tu pérdida llore,
no merecía tu hermosura el suelo,
sino que vuelta estrella
tu belleza en su zona el sol decore,
por que en ella te adore
la esfera que te abraza;
maldiga el hado fiero
al inventor primero
que á riesgo puso en la silvestre caza
la vida, de quien pierde
por un liviano gusto su edad verde.

ESCENA VI

Sale SALOMÉ. — DICHOS.

SALOMÉ.

Si blasonas ser Dios, ¿por qué maltratas,
amor, á quien sujeto
te da el alma en tributo?
Si te precias de dar, ¿por qué dilatas
el premio que el discreto
es árbol que en dar luego dobla el fruto?
Galas truecas en luto,
y faltando mi hermano
con la Infanta, haces vano
con deseo que alienta mi esperanza;
pero en el mar de amar siempre hay mudanza.

HIRCANO.

Cubrid de jerga negra mi palacio,
fúnebres instrumentos
imiten mi tristeza,
dad muerte á esos traidores tan despacio
que duren sus tormentos
lo que mi mal, que cuando acaba empieza;
adornad mi cabeza
en vez de la diadema
y tiara suprema,
que tal caída ha dado á mi grandeza,
de ceniza, y mi vida acabe en ella,
pues falta Herodes y Mariadnes bella.

ESCENA VII

Salen MARIADNES *y* HERODES, *éste se retira.* — DICHOS.

MARIAD. Si las muestras de dolor
con que se enluta tu corte
son por mí, padre y señor,
mi vista su mal reporte,
mis brazos paguen tu amor.
HIRCANO. Hija mía: al pecho llega
esa luz sin la cual muerto
en desconsuelos se anega;
que no alegra tanto el puerto
al que sin velas navega;
el perdón al sentenciado,
el tesoro al avariento,
los despojos al soldado,
la fuente fresca al sediento
y el tálamo al desposado,
como tu alegre venida,
cuanto menos esperada,
tanto más agradecida,
pues da á mi vejez cansada
prolongación de su vida.

ASTIRÓB. Quien por muetra os ha llorado,
bella hermana, ¡qué consuelo
sentirá cuando os ha hallado!
FASELO. Albricias pida á Faselo
su amor ya desesperado
y mis brazos galardón
de su pasada tristeza.
SALOMÉ. Lloraba la dilación
que daba vuestra belleza
á mi amante corazón;
mas ya que con vos se ve,
en su esperanza primera
mi gozo restauraré.
HIRCANO. Mirad, Infanta, que espera
vuestros brazos Salomé
y el Rey Antipatro, á quien
debe tanto mi corona
y es vuestro padre también,
dándoos su hijo, pregona
triunfos á Jerusalén.
Agradeced su venida.
MARIAD. Con más extremo sintiera,
señor, que el perder la vida
el que la dicha perdiera
siendo vuestra hija querida,
quien interesa tener
por mi dueño, prenda vuestra
y el dejar de conocer,
señora, en la corte vuestra
lo que no sé encarecer,
y en vos ha cifrado el cielo.
SALOMÉ. Respondan por mí los ojos
á cuyas lenguas apelo.
FASELO. Para que destierre enojos,
dad al Príncipe Faselo
las nuevas de su ventura;
que si entre luto y dolor
hacer obsequias procura
á su mal logrado amor,
fénix es vuestra hermosura
que de sí misma renace.
HIRCANO. ¿Qué suceso, hija querida,
con tantos extremos hace
que el peligro de tu vida
las de tantos amenace?
¿Qué te sucedió cazando?
MARIAD. Desgracias que venturosas
temo y estoy deseando;
pérdidas que gananciosas
libre me están cautivando.
En fin, con una caída
que tras una garza di
hasta el sol desvanecida,
á un tiempo gané y perdí
la libertad y la vida.
Opuestos contrarios son,
padre, los que necesitan
imprudencia y discreción:
¿hay razones que compitan
con amor y obligación?
Si á los umbrales me vieras
de la muerte desmayada,
y á elección de hambrientas fieras,
que era presa mal lograda
de su crueldad supieras,
y un hombre entonces llegara
que, cortés y piadoso,
segunda vez animara
el cuerpo, que temeroso
la muerte copió en su cara,
con cuya ayuda volviese
al cuerpo el alma constante,
y mi honra defendiese,
¿tuvieras premio bastante
que igual á esta deuda fuese?
HIRCANO. Si aprecia el alma el amor
que te tengo, mi corona
no igualara su valor.
MARIAD. Y si acaso esta persona,
entre la ausencia y rigor
de los celos me adorara,
y en aquella soledad
con la ocasión consultara
lances de la voluntad,
que en estorbos no repara,
y contra apremios de amor
la voluntad lisonjera
reconociera al valor,
y sin mi ofensa saliera
de sí mismo vencedor,
al favor, padre, primero,
¿qué pudieras añadir?
HIRCANO. Estatuas que el tiempo fiero
no bastara á consumir,
por más que vuele ligero.
MARIAD. ¿Y si éste fuera pastor
y se sintiera injuriado
que en premio de su favor,
habiéndome así obligado,
otro usurpara su amor?
HIRCANO. Ese descubriera el pecho
que procuró honrar en vano,
pues mostrara sin provecho
que era en la ambición villano,
si bien nacido en el hecho.
Y pues premios apetece
fuera de su natural,
nada dalle me parece,
que es bien á quien pide mal
le quiten lo que merece.
MARIAD. Alegara, aunque villano,
que le ofreció la ocasión
tiempo, á no ser cortesano,
en que á su satisfacción
se pagara de su mano.
HIRCANO. No importara su porfía,
pues con tan loco interés
le quitó en un mismo día,
lo que mereció cortés,
su misma descortesía.
Y tú, que por él alegas,
si es verdadero el enima
y por un rústico ruegas,
¿cómo á un pastor sin estima
las prendas del alma entregas?
¿Quiéresle bien?
MARIAD. La ocasión
en que guardó mi honra y vida,
¿no es digna de obligación?
HIRCANO. La que á su ser tosco mida
la prudencia y la razón.
MARIAD. ¿Pagaréle con desdén
su socorro liberal,
Princesa en Jerusalén?

HIRCANO. Eso no.
MARIAD. ¿Querréle mal?
HIRCANO. Tampoco.
MARIAD. ¿Querréle bien?
HIRCANO. Eso sí.
MARIAD. ¿Y el bien querer
no es amar?
HIRCANO. Casi es amor.
MARIAD. Luego casi he de tener
voluntad á este pastor,
que casi me vino á ver
muerta, si no me ayudara.
Pues un casi no es rigor
que su fortuna haga avara;
ni mira en puntos amor,
ni nunca en casis repara,
honra y vida me dió nueva
honra y vida le he de dar,
pues cuando á pedir se atreva
lo que no puedo negar,
¿qué le doy que no le deba?
HIRCANO. De tu mucha discreción,
hija, has ya degenerado
con tan indigna afición.
MARIAD. No hay mal nacido (1)
ni en el noble ejecución
de socorro recebido
que no pague liberal;
los réditos que han corrido
igualan al principal,
y á ejecutar me han venido;
mas dime, si el acreedor
en nobleza me igualase,
¿mereciera que el deudor
con la deuda le negase
la obligación de su honor?
HIRCANO. Entonces por justo empleo
de su valor te entregara,
si tan lícito deseo
la palabra no estorbara
que he dado al Rey idumeo.
MARIAD. ¿No estriba la que me has dado
en que me case con su hijo?
HIRCANO. En ésa me ha ejecutado.
MARIAD. Y si es padre del que elijo,
¿no la habrás desempeñado?
HIRCANO. No hay duda.
MARIAD. Pues dale al cielo
gracias, padre, que no ha sido
pastor de rústico suelo
el que, noble y comedido,
quitó á mi honor el recelo,
como el peligro á mi vida,
sino un Príncipe que aquí
pide paga agradecida
de que, venciéndose á sí
me restituya vencida.
Y amor que estatuas le labra
quiere, en fe de sus blasones,
que templos la fama le abra,
que pague yo obligaciones
y tú cumplas tu palabra.
HERODES. Fortuna, que siempre ha sido
juego de amor de importancia,
de quien sale con ganancia
á veces el más perdido,
cuando más lo estaba yo,
celoso y desesperado,
volvió en mi favor el dado
y en suerte su azar trocó,
pues habiendo el caudal puesto
de mi vida en esta mano

(*Dale la mano.*)

envidó su amor mi hermano
y ganéle todo el resto.
Un destierro fué el tablero,
y jugador de ventaja
amor, que el dado baraja
con sospechas de fullero.
Si su pérdida llorare,
seguro estoy de perder,
porque no pienso querer
aunque envide y se repare.
Cuando levantarme trato,
dando barato á mi amor,
en fe de que el jugador
no juega en dando barato,
ni será, padre, cordura
impedir nuestro sosiego
sabiendo que amor y juego
consisten sólo en ventura.
Mariadnes es mi esposa,
si alguno intenta, tirano,
barajarme aquesta mano,
y esta suerte quitarme osa,
no me juzgaré arrogancia
castigar su desatino,
como quien sale al camino
á robarme la ganancia.
Porque estoy determinado
contra cualquiera poder
á morir y defender
el caudal que hoy he ganado.
ANTIPAT. Si es en tu favor el cielo
y esa ganancia permite,
no es bien que yo á Herodes quite
lo que ha perdido Faselo.
Hijos míos sois los dos,
en un mismo grado estáis,
si en competencia jugáis
y perdéis, Príncipe, vos,
ó esotro, cosa es que pasa,
y yo en mi provecho alego
la ganancia deste juego,
pues, en fin, se queda en casa.
La Infanta escoja, que es cuerda,
y juzque esto el Rey Hircano.
HIRCANO. Si Herodes ganó por mano,
Faselo por postre pierda;
que en amor la diligencia
gana de quien se levanta;
dalde la vuestra á la Infanta,
tenga quien pierde paciencia,
y salgamos á alegrar
mi corte, que os llora muerta
de llanto y luto cubierta.
MARIAD. Si, albricias tengo de dar
de que el alma esposo os cobre,
en fe que adeudada queda,

(1) Así en el original; pero el consonante, el metro y el sentido piden otro verso y completo.

dadme abrazos que dar pueda,
que sin ellos estoy pobre.
(*Van á abrazarse, alborótase* Faselo *y llégase á detener á* Herodes.)

HERODES. Hermano: ya llegáis tarde;
de la Infanta soy esposo,
pierde amando el perezoso
como en la guerra el cobarde.
La ocasión y coyuntura
mis bodas y dichas traza,
que el amor, el juego y caza
sólo consiste en ventura.
(*Vanse* Herodes *y* Mariadne *de las manos.*)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* HERODES *y* MARIADNES.

FASELO. ¿Qué es esto, padre cruel?
Riguroso Rey, ¿qué es esto?

ANTIPAT. En la voluntad ha puesto
su imperio amor; quejaos dél,
si contra vos ejecuta,
hijo, su gusto la Infanta,
porque en resolución tanta
sobre gustos no hay disputa.
(*Vase con los dos.*)

FASELO. Hircano, en el nombre fiero
como en las obras: ¿ansí
se cumplen palabras?

HIRCANO. Di:
la que si cumpliros quiero
halla mil dificultades,
porque la Infanta hace ley
de su gusto y sólo es rey
amor de las voluntades.
La de mi hija es absoluta,
su gusto es fuerza seguir,
que á intentalle resistir
sobre gustos no hay disputa. (*Vase.*)

FASELO. Hermana: decidme vos
si esto es sueño ó es verdad.

SALOMÉ. Violencias en voluntad
no las sufre amor, que es dios;
pues que su gusto ejecuta,
desbaratalle es en vano,
pues, como sabes, hermano,
sobre gustos no hay disputa. (*Vase.*)

FASELO. ¿Sois vos, Príncipe, también
desta tirana opinión?

ARISTÓB. Amor es obligación
y su paga el querer bien;
la ocasión, tercera astuta,
y el gusto rey que soberbio
dice, conforme al proverbio,
sobre gustos no hay disputa. (*Vase.*)

FASELO. La ley que no las admite
no es hija de la razón,
pues la ciencia y la opinión
más probable las admite.
Cuando, ciego, amor las quite
y la acción que tengo tuerza
su agravio, á vengarme es fuerza,
tiranas resoluciones,
que quien no admite razones
da permisión á la fuerza.
Leyes la justicia escribe
que llama el mundo derechos,
y contra tiranos pechos
armas la fuerza apercibe;
cuando mi hermano derribe
mi esperanza, y con desvelos
me ofenda á mí y á los cielos,
si mientras los ejecuta
sobre gustos no hay disputa,
tampoco hay templanza en celos.
Marco Antonio en Asia rige
la monarquía romana,
y á la célebre gitana
su idólatra amor dirige;
ser su Emperador colige
y oprimir la libertad
de Roma, por tanta edad
conservada en su Senado,
conmigo noble ha guardado
las leyes de la amistad,
con César Augusto tiene
guerras por la monarquía,
que no admite compañía
quien á amar ó á reinar viene.
Su opinión mi fe mantiene
contra su enemigo Augusto,
y pues Herodes injusto
á Marco Antonio se opone,
hoy mi venganza dispone
tragedias contra su gusto.
Referiré á Marco Antonio
mi agravio con su delito;
sacando gente de Egito,
de su amistad testimonio,
y afrentando el matrimonio
que goza y tirano alcanza,
verá con justa mudanza,
pues ciego mi amor disfruta,
que, si en gustos no hay disputa,
hay en agravios mudanza.

ESCENA IX

Salen dos ROMANOS.—DICHOS.

ROM. 1.º Marco Antonio, mi señor,
que en prueba de tu amistad
quiere en la necesidad
hacerla de tu favor,
antes que á la guerra parta
que sobre el Imperio apresta
contra Augusto, la respuesta
aguarda de aquesta carta.
(*Dale una carta.*)

FASELO. A medida del deseo
que tengo viene; esperanza:
dad filos á mi venganza
mientras su ejecución leo.
(*Lee la carta.*) «A embarcarme parto á la isla de Samos, para reducir al trance de una batalla naval la pérdida ó imperio del mundo contra Augusto, mi competidor. Llevo ochocientas naves y ciento y cincuenta

mil hombres. Todos los Reyes, mis amigos, muestran serlo en mi ayuda, y no espero yo menos de V. Alteza, estando en el primer lugar. Aventajaráse á todos si, trayéndome preso á su hermano el Infante Herodes, parcial de mi contrario, aseguramos un enemigo poderoso, y será dichoso pronóstico de mi vitoria si para premio della viene en su compañía la Infanta de Jerusalén Mariadnes, cuya hermosura en relación me tiene sin libertad para uno y otro. Envío provisiones bastantes y aguardo la ejecución por ellas de entrambas cosas. Los dioses me den vitoria y á V. Alteza guarden. De Bizancio á las Calendas de Junio, año de la fundación de Roma 754. *Yo el Emperador.*»

ROM. 2.º Estas son las provisiones
que Marco Antonio te envía.

FASELO. Di que de la dicha mía
son felices comisiones.
Si la amistad se antepone
al deudo que hay más cercano,
y me ha ofendido mi hermano,
su deudo y sangre perdone.
¡Ay amorosos desvelos,
lo que estas cartas preciara
si sus letras no borrara
la sospecha de mis celos!
A Mariadnes quiere ver
en muestras de su hermosura
Marco Antonio, y si procura
juntar á amor su poder,
¿qué hará en viendo sus despojos
quien de oídas la celebra,
si amistad y leyes quiebra
amor que asiste en los ojos?
Que se la lleve me pide,
y aunque en la Egipcia idolatra,
¿qué mucho deje á Cleopatra
y obligaciones olvide
de nuestra amistad pasada,
que aunque la Gitana es bella,
al fin para aborrecella
basta ser mujer gozada?
Perdonará su amistad,
que no llega su valor
á las aras del amor
ni ley de la voluntad.
Porque mis sospechas claras,
aunque su amistad admiten,
sólo que llegue permiten
el amigo hasta las aras.
El tentar á la fortuna
no es cordura en tal demanda,
ni de dos cosas que manda
será poco hacer la una.
Prender á mi hermano quiero,
que es lo que le está mejor
á mi venganza y amor,
porque de su muerte espero
resucitar mi esperanza,
aumentar mi patrimonio
y granjear de Marco Antonio
la amistad y la privanza. (*Vanse.*)

ESCENA X

Salen PACHÓN, FENISA *y un* VERDUGO.

VERDUG. Ya está el potro aparejado,
paciencia, hermano, ¿qué espera?
Acabemos: ropa afuera.

PACHÓN. Quedaréme en verdugado
cuando me quede con él,
que es verdugo sin ser dama.
Fenisa: si el potro es cama
de nuestra boda cruel,
á gentil boda, por Dios,
nos convida el casamiento.
¿No bastaba por tormento
el casarnos á los dos?
Supuesto que hay suegra en casa
¿hay potro que más afrija
que una suegra que, prolija
rezongando al que se casa,
gruñe más que una lechona?

FENISA. ¿En fin, que también á mí
me empotran?

VERDUG. Hermana, sí.

FENISA. El que á nadie no perdona
es un potro, ¡ay mi Pachón!

PACHÓN. Aunque el ánima me arrancas,
tú irás, Fenisa, á las ancas,
y yo me tendré al arzón.

FENISA. ¡Oh huego de Dios en potro
que sin albarda ni cincha
ni camina ni relincha!

PACHÓN. Ese potro, dómele otro,
pues, no comiendo cebada,
sin menearse de un puesto
al rollo llega tan presto
que es su ordinaria jornada.

VERDUG. Acaben.

FENISA. No se dé prisa.

VERDUG. ¿No se desnudan?

FENISA. ¡Ay cielo!

PACHÓN. Potro de palo y en pelo
á caballo y en camisa,
corcovos sin caminar,
medroso en él, el más diestro
al de encima con cabestro
y al de abajo sin herrar.
Atados el uno al otro,
descoyuntando medulas,
verdugo el mozo de mulas,
¡válgate el diablo por potro!

FENISA. ¿Y qué tormento, si sabe,
mos tienen de dar?

VERDUG. De toca.

FENISA. ¿Qué es de toca?

VERDUG. Abrir la boca,
y toda el agua que cabe
en un cántaro tragar
con veinte varas de lino.

PACHÓN. No huera mijor de vino,
¿agua es la que os han de echar?

VERDUG. Agua que aun no sufren peñas.

PACHÓN. ¿Con tocas un hombre honrado?
¿Han mis tripas enviudado,
ó son por ventura dueñas?

VERDUG. Así sacarse procura
la pura verdad.

PACHÓN. Pues ¿cómo,

si un cántaro de agua tomo,
sacarán la verdad pura?
VERDUG. Todo esto se excusará
si confesáis este robo
y estas muertes.
PACHÓN. No es mal bobo
su mercé. Pues venga acá.
Si Fenisa algo supiera,
¿luego no lo desbuchara?
¿No sabe que no la para
secreto que no eche fuera?
¿Para qué eran menester
potro, cordel ni testigos?
¿No hay mayores enemigos
que el secreto y la mujer?
¿No ve que en las más calladas,
cuando se ven en aprieto,
es mal de madre el secreto
que las hace dar arcadas?
Ahora acabe de saber
que meten por no guardalle
los dedos para sacalle.
Mas ¿qué es esto?
VERDUG. Deben ser
los jueces.
PACHÓN. Fenisa: el miedo
dentro el alma me da voces.
FENISA. ¡Huego en potro que da coces
que matan y se está quedo!

ESCENA XI

Salen FASELO, HERBEL *y otros.*

FASELO. Mi padre y el Rey Hircano
tengan, Herbel, por prisión
el alcázar de Sión;
y del presidio romano
quinientos hombres los guarden,
porque desta suerte trato
que no estorben el mandato
de Marco Antonio, ni aguarden
que ruegos ni persuasiones,
al tirano de mi amor
han de poder dar favor
ni alivialle las prisiones.
Esté también detenida
la Infanta en su mismo cuarto,
mientras á Grecia no parto
á quitalle con la vida
de su esposo la esperanza
de gozar su libertad,
mientras que mi voluntad
lo que le usurpó no alcanza.
Guardas la poned también.
HERBEL. Así, gran señor, se hará.
FASELO. Y por sus bodas verá
tragedias Jerusalén.
Salgan libres esos dos,
pues inocentes están.
PACHÓN. Mas, ¿no, nada?
VERDUG. ¿No se van?
PACHÓN. ¿Dónde?
VERDUG. Libres.
PACHÓN. Mas, ¿por Dios?
FENISA. ¿Sin tormentos ni quillotros?
HERBEL. Ya los Infantes perdidos
parecieron.
PACHÓN. ¿Sin ruidos
de tocas, aguas y potros?
HERBEL. Acabad.
PACHÓN. Adiós, rabel,
por quien paga la garganta
en el aire lo que canta
bamboleos á un cordel.
Cama mal encordelada,
que en vez de chinches y pulgas
verdades buscas y espulgas;
arpa siempre destemplada,
donde con voces prolijas
en vez del Orfeo sutil
te tañe un verdugo vil
y son piernas las clavijas,
y brazos del desdichado
á quien tus cuerdas dan vueltas:
do las culpas van absueltas
cuando no se han confesado.
Que si á nueso Rey profeta
las suyas Dios perdonó,
cuando aquél pecó, cantó
al arpa con voz perfeta.
Al que en ti cantó sus penas,
porque otra arpa en ti se ve,
apenas dice «pequé»
cuando á muerte le condenas.
Potro que, sin coyunturas,
te quedas sano y entero,
y el que llevas caballero
sale con las mataduras.
Corra tus carreras otro
que, pues de ti me libré,
más vale salir á pie
que á la jineta en tal potro. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Sale EFRAÍM.

EFRAÍM. A tu hermano, gran señor,
traen á tu presencia preso.
FASELO. Que temo velle os confieso,
que, aunque á mi sangre es traidor,
es mi hermano, y mis enojos
su presencia ablandará,
que es mi sangre, y se entrará
al corazón por los ojos.
Pluguiera á Dios que no fuera
tan á costa de mi vida
la injuria dél recebida,
que si yo vivir pudiera
sin la prenda que me ha hurtado,
viera en mí la diferencia
que le hace la clemencia
de que noble me he preciado.
Sin la Infanta será en vano
adorándola vivir,
y si el uno ha de morir,
viva yo y muera mi hermano,
vengándose mis enojos
sin verle, que en tal demanda
amor, como es niño, ablanda
niñas que están en los ojos.
Llevalde preso conmigo,

que, si á la Infanta renuncia,
la muerte que ya pronuncia
Marco Antonio, su enemigo,
contra él, vuelta en amistad,
celebraré en su favor
los quilates de mi amor
y la ley de mi piedad. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

Salen HERODES *preso y* JOSEFO.

HERODES. ¿Por qué sin verme te vas,
tirano? ¿Por qué razón
temes mostrarme la cara,
si es de infames el temor?
Las espaldas me volviste;
mas, haces bien, que al fin hoy
echas, vendiendo tu sangre,
á las espaldas tu honor.
Vuélvelas y podrás verme
por ellas, que ya sé yo,
villano, que las espaldas
son la cara del traidor.
Medrando vas en oficios:
ayer Príncipe te vió
Idumea; hoy, mercader;
creciendo va tu opinión.
A feria de afrentas vas,
caudal llevas de valor,
abre tiendas á tu infamia,
venda en ellas tu traición
tu misma sangre, que della
sacarás caudal mayor,
que fratricida primero
materia de tu lición.
Si te sentiste agraviado
de que me pusiese amor,
siendo juez la voluntad,
en la hermosa posesión
de la Infanta, armas tenías,
desafíos aplacó
la venganza y el agravio
donde pudieras mejor
vengar injurias del alma,
que no vil pesquisidor,
cifrar armas en procesos,
civil juez de comisión.
Agraviarte de que goce
despojos que la ocasión,
el tiempo, la soledad
y hasta un desmayo ofreció
al deseo, que cortés
de si mismo vencedor,
obligando comedido
generoso conquistó.
¿Y no te agravias de ser
afrentoso ejecutor
de quien, torpe, solicitas
menosprecios de tu amor?
¿No te pide Marco Antonio
la Infanta? ¿No te escribió
que, preso de su belleza,
intenta ser su opresor?
Pues, dime, amante tercero:
¿parécete que es mejor,
en ofensa de tu dama,
ser mercader de su honor?
¿Que, gozándola tu hermano,
obligarnos á los dos,
cortesano liberal,
á darte inmortal blasón?
¿Tú eres Príncipe? ¿Tú, hermano?
¿Tú, amante? ¿Tú..?

JOSEFO. Gran señor:
¿de qué sirven esas quejas?

HERODES. De aliviar el corazón.
¡Ay, Josefo! ¿Cómo puedo,
cuando sé que á morir voy,
dejar en Jerusalén
el alma en tal confusión?
¿Podré yo tener descanso,
cuando en un infierno estoy
de celos, si mi enemigo
de mi Infanta es sucesor?
Hoy á mi esposa he alcanzado,
pues ¿será justo que hoy
llame dueño con mi muerte
á mi ingrato matador?
Ya á Faselo llame esposo,
ya al cruel Emperador,
siendo un preso de su gusto
de afrentosa posesión,
¿qué gloria en el otro mundo
tendrá el alma que la amó,
si despojos que ha ganado
premio de otro dueño son?
¿Quieres tú darme remedio?

JOSEFO. Pluguiera, Príncipe, á Dios,
que hallaran en mí tus penas
segura satisfación.

HERODES. Sí la hallarán, si eres fiel.

JOSEFO. Siempre te tuve afición.

HERODES. En Jerusalén te deja
por sabio Gobernador
mi tirano fratricida;
á los muertos es razón
satisfacer los amigos
dando muestras de su amor;
no túmulos de Artemisa,
no aromas que exhala el sol,
no pirámides de Menfis
han de hacer ostentación
de la lealtad que me debes,
sino una resolución,
quilate de tu amistad,
descanso de mi pasión.

JOSEFO. Cuanto más difícil fuere
dándome fama mayor,
ilustrará más mi nombre
y honrará mi sucesión.
La vida y el ser te debo;
hechura, Príncipe, soy
de tus manos; deshacerme
puedes, seguro dispón
de mí y della á tu servicio.

HERODES. Júrame, pues, si no son
lisonjeras tus promesas,
de ser fiel ejecutor
de lo que aquí te mandare.

JOSEFO. Niégueme su amparo Dios,
su sepultura la tierra
y el mundo su habitación
cuando no lo ejecutare,

y con nombre de traidor,
como quien su patria vende,
me aborrezca mi nación,

HERODES. Mira lo que me has jurado.

JOSEFO. Lo que me mandas propón.

HERODES. Ley fuerte es la voluntad
última del testador.
Supuesto que has de cumplilla,
y que yo á la muerte estoy,
lo que de jurarme acabas
es ¡ay terrible rigor!
que al punto mismo que sepas
que la muerte ejecutó
en mí el natural poder
que no permite excepción,
se la des á Mariadnes.

JOSEFO. ¿Qué dices?

HERODES. Será menor
mi pena mortal sabiendo
que en su compañía voy;
quitaréle á mi homicida,
con su muerte, la ocasión
del oprobio de mi fama
y desprecios de mi amor.

JOSEFO. Mira...

HERODES. Esto me has prometido;
cualquiera ponderación
disminuirá tu lealtad
y el crédito que te doy.

JOSEFO. Cumpliré mi juramento
aunque si supiera yo
que á tal crueldad se obligara...

ESCENA XIV

Sale EFRAÍM.—DICHOS.

EFRAÍM. Ya se parte, gran señor,
tu hermano.

HERODES. Y yo consolado
parto á morir. Tu valor
muestra en esto.

JOSEFO. Harélo así.
¿Hay tal determinación?

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen HERODES *preso*, HERBEL, ZAPIRO *y* JABEL.

HERODES.

En fin, Faselo me condena á muerte.

HERBEL.

Murió Hircano, blasón del Macabeo,
y Marco Antonio, que en Faselo advierte
la amistad y valor, aunque idumeo,
antes que pruebe la dudosa suerte
que contra Augusto le dará el trofeo,
ó el imperio del mundo ó fin tirano,
Rey de Jerusalén nombró á tu hermano;
mandóle que en venganza de que sigas
de Augusto la opinión, con tu cabeza
mengüe parcialidades enemigas
asegurando en Asia su grandeza;
mas él, tu sangre, en fin, si es que te obligas
á repudiar la Infanta y su belleza
permites, que autorice su corona
y á Marco Antonio sigues, te perdona;
de manera, que está tu muerte ó vida
en tu mano.

HERODES.

Mi muerte bien dijeras
si repararas por cuán bien perdida
la dan leyes de amigo verdaderas.
La amistad á la vida es preferida;
la honra da al valor nobles banderas,
contra la infamia del vivir sin ella
el amor, vida y reinos atropella.
Amigo soy de Augusto, que inmutable
en el peligro mi firmeza pruebo;
la honra es mi blasón incontrastable
y eternamente conservalla debo;
mi esposa es Mariadnes, que agradable
como carácter dentro el alma llevo;
¿qué importa, pues, la muerte que aperciben,
si mi amistad, mi honra y amor viven?
¿Permitiré por una vida infame
(del mundo oprobio, injuria de los cielos)
que á mi consorte bella esposa llame
otro que yo? La sombra de los celos
me abrasa sola; pues cuando derrame
de golpe su ponzoña y en desvelos
se reduzca la afrenta que me asombra,
¿qué hará si me atormenta sólo en sombra?
¿Faselo, usurpador, esposa mía,
viviendo yo, de tus hermosos brazos?
Ni muerto; pues el cielo no sería
descanso para mí de eternos lazos,
si desde allá te viese en compañía
de otro que yo, le arrojaría pedazos,
por ser azules, de los mismos cielos,
para vengar así celos con celos.
Díle que bañe, infame fratricida,
en sangre de su mano, acero y ojos;
será la Infanta oprobio de su vida,
de Marco Antonio ilícitos despojos,
que yo más noble que él mientras que pida
el mundo al sol su luz de rayos rojos,
esposo he de llamarme á su disgusto
de la Infanta, y amigo fiel de Augusto.

ESCENA II

Sale FASELO.—DICHOS.

FASELO.

Pues morirás, para mayor afrenta
bárbaro, á vista de tu amada Infanta,
dentro en Jerusalén, porque mi afrenta
su sed mitigar pueda en tu garganta.
Llevalde allá, pues que morir intenta,
y en la plaza del templo antigua y santa,
un cadahalso haced que cubra el luto
de sus amores merecido fruto.

HERODES.

No le tendrá, tirano, tu esperanza,
que Mariadnes, que gozar pretendes,

en mi satisfacción y su venganza,
conmigo ha de ir, aunque su honra vendes;
juntos al reino libre de mudanza
partiremos, cruel; y pues ofendes
su inocencia, mi amor y al cielo justo...

FASELO.

¿Qué es esto?

VOCES. *(Dentro.)*

Emperador de Roma Augusto.
(Música dentro y voces.)

ESCENA III

Sale AUGUSTO CÉSAR *como Emperador á lo antiguo, laurel en la cabeza, bastón y acompañamiento.*— DICHOS.

AUGUSTO. Gracias al cielo que ya
no tendré competidor
que contradiga el favor
que la fortuna me da.
Marco Antonio huyó vencido;
ampárele la Gitana
tan bella como liviana,
y recójale en el nido
de Menfis, que si procura
defendelle, y allí están
sus pirámides, podrán
servilles de sepultura,
si los pasos no les toma
mi valor y la presteza
con que la egipcia belleza
triunfos me previene en Roma.
Marchad á Egipto, soldados,
muera Marco Antonio en él,
Cleopatra dé á mi laurel
triunfos de fama doblados.
Mas ¿qué miro? ¿este no es
Herodes, mi fiel amigo?
pues ¿qué delito y castigo
cadenas ciñe á sus pies?
¿Faselo no es éste? ¡cielo!
Pues ¿cómo será razón
que Herodes esté en prisión
y coronado Faselo?
¡Bárbaro! ¿á tu hermano prendes?

FASELO. Vueltas son de la fortuna,
mudable como la luna;
no me espanto si te ofendes
de que de Jerusalén
la corona me autorice;
las partes contra ti hice
de Marco Antonio, prevén
rigores que á mi lealtad
den la pena, que te ofrece
tu dicha, si la merece
una segura amistad.
Que el valor da testimonio
con que sus leyes guardé;
que yo honrado moriré
amigo de Marco Antonio;
porque no ha querido sello
mi hermano, está como ves
con cadenas á los pies
y con el cuchillo al cuello.
Su prisión será testigo
de lo que por leal gano,
pues tengo en menos mi hermano
que la opinión de mi amigo.
Si no te parece mal,
venga en mí tu pecho airado,
moriré por desdichado,
pero no por desleal.

HERODES. Y yo, invictísimo Augusto,
gozoso que al mundo des
leyes, humilde á tus pies
en albricias deste gusto
la vida doy, que ofrecía
al templo de tu amistad,
y en fe de aquesta verdad,
si una nueva cada día
me diera el cielo, y pudiera
comprarte de la fortuna
un mundo con cada una,
tantos mundos adquiriera
á tus hazañas cumplidas,
que con blasones profundos,
por darte infinitos mundos,
perdiera infinitas vidas.

AUGUSTO. La tuya estimo yo en tanto,
que el que acabo de adquirir
diera yo por redimir
amigo que vale tanto.
Mas, pues los dioses de suerte
favorecen mi victoria
que no han querido su gloria
disminuir con tu muerte,
y á tal tiempo te socorren
con mi venida oportuna,
pues una misma fortuna
los buenos amigos corren,
la adversa llore Faselo
que á Marco Antonio postró,
mientras la próspera yo
gozo, y agradezco al cielo,
haciéndote á ti también
partícipe del provecho
como del peligro he hecho.
Llámete Jerusalén
su Rey; tributaria acuda
á obedecer tu persona;
mude sienes la corona,
pues el cielo reyes muda.
(Quítale á Faselo *la corona de laurel y ponesela á* Herodes.)
Y la que en las déste ves,
con que tu amor satisfago
goza; pero dale en pago
las que atormentan tus pies;
que cuando fortuna empieza
á habitar á quien ultraja,
la corona en hierro abaja
á los pies de la cabeza.
En poder suyo te hallé,
en poder tuyo le dejo;
haz dél según tu consejo:
dale muerte ó suéltale.
Y quédate, Rey, con Dios,
que yo al Egipto encamino
mi gente, que no imagino,
mientras vivieren los dos,
Antonio y Cleopatra bella,
que estará mi Imperio firme,

su monarca ha de aplaudirme.
Roma triunfante con ella.
Nuevas armas aperciben
y así prendellos procuro,
que no hay monarca seguro
mientras sus contrarios viven. (*Vase.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* CÉSAR AUGUSTO.

HERODES. César generoso, espera,
iré si gustas contigo,
liberal y cuerdo amigo;
no solamente la esfera
del mundo que has conquistado
es digno de tu valor,
la del sol fuera mejor
que confirmara tu estado.
En sus orbes celestiales
merece triunfar tu fama,
la zona que honra su llama
con sus signos inmortales
te ofrezca entre luces bellas
su Vía láctea, que autorices
por alfombras y tapices,
cielos goza y pisa estrellas.
Y pues eres maravilla
del valor más inmortal,
quítale al sol su sitial
si no te asienta en su silla.
Y tú, cuya confianza,
frágil hiedra de Jonás,
cuando iba creciendo más
y alentara su esperanza,
en llanto tu ambición trueca,
porque el humano favor
es una hierba que en flor
luego que nace se seca.
En un día juez y reo,
libre y preso, esclavo y Rey,
de la fortuna sin ley
oprobio y juego te veo.
Escarmienta en la grandeza
que hoy en ti abatida ves,
pues son hierros de tus pies
el oro de mi cabeza.
Que no importa que bizarro,
cuando á ser monarca vengas,
la cabeza de oro tengas
si al fin son los pies de barro.
En este castillo preso
te servirán de lición
los consejos de Solón
y el desengaño de Creso.
Que, para poder vengar
mi injuria y tu tiranía,
por matarte cada día
nunca te pienso matar.
Llevalde.

FASELO. Dióme el poder
la mano subiendo yo;
si la escala se quebró
¿qué mucho venga á caer?
Haga la suerte inclemente
prueba en mí, que hasta morir,
á lo menos en sufrir
seré más que tú prudente.
Que no irritaré tu furia
hablando en tu menosprecio,
porque sé que el preso es necio
que al juez con la lengua injuria.
(*Llévanle.*)

ESCENA V

Sale EFRAÍM *con una carta.*—HERODES.

EFRAÍM. Aquésta trujo un correo
para Faselo tu hermano,
y siendo el fin inhumano
que tuvo su reino hebreo,
huyó de ti, que ignorante
no le aseguró el temor
las leyes de embajador.
Mira si es algo importante.

HERODES. (*Toma la carta y lee.*)
«Si acaso á tu hermano has muerto
por casarte con su esposa,
por ser la honra peligrosa,
lo que hay en ello te advierto.
En mujer ausente es cierto
ser mudable la mejor;
Josefo, el gobernador
que diste á Jerusalén,
á la Infanta guarda bien,
mas no con ella tu honor.»
¡Cielos! ¡Oh celos! ¿Creeré
lo que este papel afirma?
No; porque carta sin firma
si no miente no hace fe.
Pues ¿cómo satisfaré
sospechas que hace al temor?
(*Lee.*) «Josefo, el gobernador,
que diste á Ierusalén,
á la Infanta guarda bien
mas no con ella tu honor.»
Agora, alma, ¿os acobarda
un papel sin más consejo?
¡Josefo, cielos, Josefo,
la Infanta y no mi honor guarda!
Vuestra venganza, ¿qué aguarda,
deshonra, pues os han muerto?
(*Lee.*) «En mujer ausente es cierto
que es mudable la mejor.»
¡Ah, peligros del honor
que os anegáis junto al puerto!
¿De qué, corona, servís,
si ya con afrenta tanta
sois cordel de mi garganta
que á darme muerte venís?
Pisaréos, pues sufrís
agravios de una mujer
sin que os ose más traer
mi cabeza deshonrada,
porque afrenta coronada
echaráse más de ver.
¡Válgame Dios! ¡que se guarde
con tanta industria la vida
de acero y hierro vestida
tras las murallas cobardes!
¡Que no osando hacer alarde
del oro naturaleza
guarde tanto su riqueza,

que le sirven las montañas
de cofres, cuyas entrañas
aseguran su aspereza!
Con naves de nácar cierra
las perlas que esconde el mar,
y aun no las puede guardar
del avaro y de su guerra;
con armas la fértil tierra
á sus plantas satisfizo,
archeros de espinas hizo
contra el interés sutil,
y hasta la fruta más vil
vistió el arnés de un erizo,
y que la honra que es suma
de todo el valor y ser,
la fíe de una mujer
que es viento, sombra y espuma!
¿Del humo vil, de la pluma,
confianza se ha de hacer?
¿Cómo ha de poder tener
cargas del honor molestas
una mujer flaca á cuestas,
sin que le deje caer?
¡Ah, vil papel, en quien pinta
la deshonra mis desvelos;
si son veneno los celos,
veneno es también tu tinta!
La muerte, en suma, sucinta
me has dado, pero castigos,
¡ay, renglones enemigos!
en mis manos; mas deshonra
es, rasgándoos, contra mi honra
multiplicar los testigos.

(Rasga el papel y vuelve á coger los fragmentos.)

Vuelva á cogeros mi afrenta,
que seré, si roto os dejo,
como quien rompe el espejo
y en pedazos le acrecienta.
En vano mi agravio intenta
vengarse en vos; pero rabio,
y aunque no es mi furor sabio,
soy toro, á quien se le escapa
el dueño y hace en la capa
demostración de su agravio.
Honra: flor sois que se agosta
con vientos de una sospecha;
celos os da la cosecha
del amor á vuestra costa.
¡Hola!, ensilladme una posta:
á Jerusalén, engaños,
que son los instantes años.
¡Averigüemos, desvelos,
si son infiernos los celos,
lo que serán desengaños! *(Vanse.)*

ESCENA VI

Salen SALOMÉ *y* ARISTÓBULO.

ARISTÓB. Bella esposa, ten sosiego.
SALOMÉ. Menosprecios de la Infanta
á mi enojo añaden fuego;
no ha de ser su altivez tanta
como la que á ver hoy llego
en su ánimo levantado.
Bastara el ser yo tu esposa,
cuando no fuera mi estado
de estirpe tan generosa
como la que ella ha heredado.
ARISTÓB. ¿En qué tu valor afrenta,
Salomé hermosa, la Infanta?
SALOMÉ. En mejor lugar se asienta;
ni cuando entro se levanta,
ni cortesana hace cuenta
de mí. Fuí á vella á su casa
que la sirve de prisión,
hallándola tan escasa
que su loca presunción
aun las altezas me tasa.
Una vez sola me dió
este título en un hora
que conmigo conversó,
porque soberbia y señora
tantos rodeos buscó
y términos desiguales
para mostrar la grandeza
de sus humos más que reales
que por ahorrar de otra alteza
me habló por impersonales.
Yo colérica. —«Ya sobras
(le dije) de descortés
y ambiciosa fama cobras,
que quien en palabras es
avara, ¿qué hará en las obras?
No hayas miedo que destruyas
bien criada tus grandezas,
pues cuanto más serlo arguyas
y me dieres más altezas,
aumentarán más las tuyas.
Infanta como tú soy,
con tu hermano desposada,
no en menor estado estoy
ni tú tan entronizada
que así me desprecies hoy.
¿Qué imperio romano alcanza
tu ambición, que crece al doble,
y te obliga á tal mudanza,
no campea en el más noble
mucho más la buena crianza?
Respondióme: —Sí, campea,
mas no con su desigual,
y aunque real tu sangre sea
no iguala á mi estado real,
que eres, en fin, idumea.
Yo, que de Abraham deciendo
y de David he tenido
la corona, que pretendo
por mil años he traído
la sangre real que estás viendo,
y si á tu padre hizo el cielo
Rey, dispensando en las leyes
que hace el poder en el suelo,
¿qué sé yo, si guardó bueyes
en Palestina tu abuelo?»—
Levantóse airada y loca
yendo á responderle yo
por lo que á su honra toca,
y descortés me dejó
con la palabra en la boca.
Mas no importa que si alcanza
la carta que hoy á Faselo
le despachó mi venganza,

satisfacerme recelo
quitando á la esperanza
que siendo su esposa tiene
del solio y real posesión
que Judea le previene,
y su loca presunción
verá en lo que á parar viene.

ARISTÓB. Anda, no mires, mi bien,
en aquesas liviandades;
antes, si me quieres bien,
á renovar amistades
conmigo á su cuarto ven.

SALOMÉ. ¿Qué dices? ¿Yo, tal bajeza?

ARISTÓB. Oye, que ella sale acá.

SALOMÉ. Excusemos su grandeza,
que el palacio rodeará
por no intitularme alteza. (*Vanse.*)

ESCENA VII

Salen MARIADNES *y* JOSEFO.

JOSEFO. Tanto te adora como esto.

MARIAD. Muerte mandó que me dieses
cuando la suya supieses.

JOSEFO. No le es el morir molesto
tanto como el ver que quedas
á la tirana elección
de Faselo, en ocasión
que persuadida dél puedas,
olvidando la venganza
de su muerte, ser su esposa;
que en las mujeres es cosa
ordinaria la mudanza
y más en muerte ó en ausencia.

MARIAD. Mal de mí se satisface
quien tan poco caudal hace
de mi amor.

JOSEFO. ¿Con qué paciencia
morirá quien te dió el alma,
si para mayor castigo
te casas con su enemigo?

MARIAD. Nunca dió fruto la palma
si su consorte la quitan:
aunque otro planten por él
palma soy de Herodes fiel;
cuando matalle permitan
sus enemigos, ¿qué importa
si no tengo de dar fruto,
menos que en llanto y en luto,
á quien mi palma me corta?
De mi esposo no me quejo,
puesto que de mi opinión
no tiene satisfacción,
antes estimo, Josefo,
que me mande dar la muerte,
y cuando él no la mandara
yo mismo la ejecutara,
que no es mi amor menos fuerte
que el de Porcia para hacer
lo que sus hechos declaran,
pues cuando dagas faltaran
brasas supiera comer.

JOSEFO. A tu esposo guarde el cielo,
que es lo que importa, señora;
porque, aunque tanto te adora,
no es tan bárbaro Faselo
que en su sangre misma bañe
sus manos.

MARIAD. Hacen los celos
mil crueldades.

JOSEFO. Tus recelos
la cuerda prudencia engañe.
Faselo no es rigoroso
ni de manera terrible
que el natural apacible
de su valor generoso
trueque en hazaña tan fiera,
ya ves cuán opuestos son
los dos en la condición,
y que quien los considera
tiene por menos tratable
á tu Herodes que á Faselo.

MARIAD. Su muerte es la que recelo;
mas, haga el hado inmutable
lo que quisiere, que yo,
viva ó muera, determino
seguir el mismo camino
que el cielo á mi esposo dió.

JOSEFO. Divierte esos pensamientos,
no siempre en eso imagines.

MARIAD. Cuando á eso me determines
¿cómo si mis pensamientos,
ya duerma, ya esté despierta,
siguiendo á mi esposo van,
entretenerse podrán,
ni qué habrá que los divierta?

JOSEFO. Con ellos mismos podrás
consolarte y divertirte,
no llegues á persuadirte
que es muerto tu esposo; mas
imagínate que viene
por Rey de Jerusalén,
y por que se haga más bien,
si es que aquesto te entretiene,
finjamos que Herodes soy,
que habiendo vencido Augusto
á Marco Antonio con gusto
de su vitoria vengo hoy
á transformar tu tristeza
en abrazos y alegría,
que ya suceder podría
salir mi ficción certeza.

MARIAD. ¡Ay, que no soy yo, Josefo,
tan dichosa!

JOSEFO. Deja ahora
de agorar tu bien, señora,
y haz esto que te aconsejo.
Veamos con qué blasones
sabes darle el parabién
cuando entre en Jerusalén.

MARIAD. No sé lo que en tus razones
hallo que me pronostican
algún dichoso suceso;
que me consuelas confieso.

JOSEFO. ¡Así remedios se aplican
á la tristeza!

MARIAD. Ahora bien:
aunque por ser tan pequeños
como tesoro entre sueños
después más pena me den,
por buen presagio he tenido
tu propuesto pasatiempo;

ocupemos así el tiempo,
que en mi esposo no es perdido.

JOSEFO. Salgo, pues, esposa mía.

MARIAD. ¡Ay, príncipe de mis ojos!
No con sus reflejos rojos
alegra el sol tanto el día
como tu amada presencia,
en tanto más estimada
cuanto menos esperada,
como de la cruel sentencia
del bárbaro fratricida.
¿Libre, caro esposo, vienes?

JOSEFO. Porque si tú mi alma tienes,
mal puede ofender mi vida
quien quitármela pretende,
siendo tú mi esposa bella
el fiel depósito della.

MARIAD. Bueno es, que mi mal suspende,
Josefo, el entretenido
engaño que has inventado.
¡Ay Dios si en ti transformado
mi esposo hubiese venido!

JOSEFO. Podrá ser que profetice
su libertad mi invención.

ESCENA VIII

Sale HERODES *acechando.*—DICHOS.

HERODES. (Averiguad, confusión,
si lo que la carta dice
es verdad, por vuestros ojos,
y satisfaceos de espacio.
Por la huerta de palacio
me han traído mis enojos
á este cuarto, donde espero
apurar mi pena cruel,
aunque si me ofende en él
no es cuarto, sino tercero.
Mas ¡ay, cielos! no me quejo
sin causa, ni mentís vos,
papel; aquí están los dos
solos: la Infanta y Josefo.
Mirad, honra, desde aquí
sustanciar la información
que, puesta en ejecución,
ha de salir contra mí.)

MARIAD. Pasa, Josefo, adelante;
asegundemos favores,
presagios de mis amores;
que haces muy bien un amante.

HERODES. (¿Qué es esto, cuerdo temor?
Si favores asegundan,
en los primeros se fundan
mis injurias, ¡ay, honor!
Vuestra muerte llorar quiero;
papel, en creeros me fundo,
si este agravio es el segundo,
¿luego vistes el primero?
¿Luego ya me han ofendido?
¿Luego habláis por evidencias?
Luego ¡ay, ciegas consecuencias,
mi muerte habéis conseguido!
«¡Que haces muy bien un amante»,
dijo! Y un traidor también,
diré yo, y diré más bien.
¿Hay desdicha semejante?)

JOSEFO. Digo, pues, esposa mía,
que ya bien puedo gozar
tal nombre, sin recelar
del que usurparme quería
el título con que amor
hace de sus gustos ley,
que hoy ha de verme su Rey
Jerusalén.

HERODES. (¡Oh, traidor!
¿El reino me tiranizas?
¿Esposa á la Infanta llamas?
¿Ausente mi boda infamas?
¿Torpes bodas solemnizas?
¿Esto escucho y tengo seso?)

MARIAD. ¿Cómo has vencido imposibles,
dueño amado, tan terribles?

JOSEFO. Dejando al Infante preso,
que tu esposo se llamaba.

HERODES. (Preso imagina que estoy.)

JOSEFO. Trocó la fortuna hoy,
que de mudable se alaba
su prosperidad, de suerte,
derribando su ambición,
que á su reino y pretensión
dará triste fin su muerte.

HERODES. (Ya imagina que Faselo
dió á mi vida fin cruel.)

JOSEFO. Muerto, pues, y libre dél
no hay de quién tener recelo.

MARIAD. ¡Qué bárbaro!

JOSEFO. ¡Qué arrogante!

MARIAD. ¡Qué indiscreto!

JOSEFO. ¡Qué atrevido!
¡Llamóse, en fin, tu marido!

MARIAD. ¿Cómo siendo tú mi amante
tienes celos?

JOSEFO. Es forzoso.

MARIAD. ¿Por qué?

JOSEFO. Amor es desconcierto.

MARIAD. Pues ¿quién los tiene de un muerto?

JOSEFO. ¡Ay mi bien!

MARIAD. ¡Y ay dulce esposo!

JOSEFO. ¿No celebras mi venida?

MARIAD. ¿Cómo?

JOSEFO. Dándome los brazos.

ESCENA IX

Descúbrese HERODES.

HERODES. Primero haciéndoos pedazos,
aunque en quitaros la vida
no satisfaga mi afrenta,
mitigaré mi furor.
¡Vivo está Herodes, traidor,
aunque por muerto le cuenta
el honor que me has quitado!
¡Torpe Flora, Herodes vive,
que hoy en tu sangre apercibe
lavar la honra que has manchado!

MARIAD. ¡Ay mi bien, que vivo vienes,
que vuelves con libertad!
Burlas en veras trocadas,
abrazos y parabienes.

HERODES. ¡Aparta, adúltera cruel,
que ya engaños llegan tarde
contra el afrentoso alarde
que he visto, y este papel

en oprobio tuyo afirma,
que aunque sin firma se ha escrito,
mis ojos, que tu delito
han visto, sirven de firma.

JOSEFO. ¡Señor!

HERODES. ¡Ah, infame sin ley!
¿señor nombras al que infamas?
¿mujer á mi esposa llamas?
¿de mi reino te haces rey?

ESCENA X

Salen EFRAÍM *y* HERBEL. — DICHOS.

EFRAÍM. Gran señor: ya sabe
Jerusalén tu venida;
y alegre y agradecida
de que sobre el trono grave
de su silla te autorice
Augusto César, previene
triunfos, y á besarte viene
los pies.

HERODES. ¡Ay suerte infelice!
Prended á aqueste traidor,
no me entre ninguno á ver,
que mal puedo su rey ser
sin seso, vida y honor.
Cerrad esas puertas todas,
llevadme de aquí esta infame,
ninguno reina la llame,
que el tálamo de sus bodas
será un mortal cadahalso.
Esté en el castillo presa.
¿Qué hacéis villanos? Daos priesa.

JOSEFO. Mira, gran señor.

HERODES. ¡Ah falso!
¡Ah tirana de mi honor,
qué de engaños viles sabes!
Llevalda y dadme las llaves.

MARIAD. ¿Hay tal crueldad, tal rigor?
(*Llévanlos.*)

ESCENA X

HERODES *solo.*

¿Quién creyera, honra mía, que perdida
por un vasallo, su amistad borrara
y que una mujer fácil derribara
la fortaleza vuestra ya abatida?
El interés de una corona olvida
obligaciones, la belleza rara
postra amistades, y en la ausencia avara
el loco á la mujer firmeza pida.
Si el amor y el reinar es tiranía
que derriba el honor del más prudente,
y el fuego del amor la ausencia enfría,
no es mucho que él me agravie y ella afrente.
¡Malhaya, amén, el hombre que confía
de amigo avaro y de mujer ausente!

ESCENA XI

Sale otra vez EFRAÍM.

EFRAÍM. Sal, gran señor, si pretendes
sosegar la plebe loca
que se alborota y provoca
cuando ser su rey entiendes.
Jerusalén, conmovida
de una nueva extraordinaria,
á tu corona contraria
en riesgo pone tu vida.
Tres Reyes que en el Oriente
diademas Arabia da,
y de Tarsis y Sabá
ciñen nobles cada frente,
con soberbia ostentación
y variedad de vasallos,
dromedarios y caballos
traen tu corte en confusión.
Reposteros de brocado
de su recámara real,
ofrecen al sol sitial
mejor que el suyo dorado.
Las cargas debajo dellos,
aunque cubiertas están,
en la fragancia que dan
desde los corvos camellos
odoríferos aromas,
muestran ser de más estima
que el bálsamo que sublima
en Gadir y ofrece en pomas.
Atan el sabeo aroma,
porque ir más suave pueda,
cordones de fina seda,
garrotes de plata y oro.
Y los penachos sin suma
que al aire adulan sutiles,
son portátiles pensiles
que llevan montes de pluma.
Venerable majestad
representa el rey primero,
pagando en plata el Enero
los tres tercios de su edad.
El segundo, que retrata
de Abril el joven decoro,
censos toma al tiempo en oro,
que después trocará en plata.
Y el tercero más robusto
con el enano se atreve,
bruñido á hacer que la nieve
su color envidie adusto,
pues la bella perfección
de su negra compostura
enseña, con la hermosura
de sus partes, trabazón.
Con esta presencia bella
han entrado todos tres
en tu corte, y dicen que es
su paje de hacha una estrella
que á vista desta ciudad
se les ha desparecido,
sin que el sol haya podido
suplirles su claridad.
Y así perdido su norte
contra la ambición, concluyen
que hasta las estrellas huyen
los peligros de la Corte.
Síguelos Jerusalén,
miran las damas sus talles,
y ellos por plazas y calles
preguntan á cuantos ven
adónde está el que ha nacido
rey de los judíos.

HERODES. Tente.

EFRAÍM. «Vimos su estrella en Oriente
y á adoralle hemos venido.»
HERODES. ¿A adorar vienen al rey
que ha nacido á los judíos?
¿Qué aguardáis temores míos,
celos sin orden ni ley?
No ha un hora apenas que reino,
y cuando acaba un traidor
de quitarme el ser y honor,
¿me quita un muchacho el reino?
¿Cuándo hubo persona alguna,
cielos, que nacer rey pueda?
El reino que no se hereda
le conquista la fortuna.
Pues ¿quién es éste que ahora
nace rey y me atropella?
¿Quién es éste que á una estrella
manda ser su embajadora?
¿Este que con ella avisa
tres Reyes y cortes hace,
éste que al punto que nace
coronas de Oriente pisa?
Si le viene de derecho
á la sangre de Judá
y á mí, idumeo, me da
Roma el reino sin provecho,
¿para qué Augusto me elige?
De David la descendencia
hereda esta preeminencia;
mas la ambición que me aflige
no tiene de permitir
agravio tan evidente,
el que fuere descendiente
de David ha de morir.
A Aristóbulo prended,
que por ser hijo de Hircano
su derecho tiene llano.
¿No vais?
EFRAIM. Sí, señor.
(*Vase uno.*)
HERODES. Poned
nuevas guardas á la Infanta;
dad un garrote á Josefo,
no quede mozo ni viejo
de la estirpe real y santa
del Rey Profeta con vida;
ponga esto en ejecución
esa romana legión
en mi guarda apercebida.
Mi vida importa su fin;
muera también el Senado
de los Setenta que han dado
tanta fama al Sanhedrín.
No quede hombre en Israel
que sangre de David tenga,
aunque fama á alcanzar venga
á Herodes del más cruel
que vió el mundo; no haya hombre
que en el siglo venidero
si un rey quiere pintar fiero
no le atribuya mi nombre.
Sangre mi rabia derrame,
que en ella mi reino fundo;
quien cruel fuere en el mundo
Herodes desde hoy se llame.
Esos tres Reyes de Oriente
á mi presencia llamad,
los escribas convocad,
no quede escriba ó prudente
en los libros de la ley
y profeta que no acuda
á sacarme de esta duda.
Sepamos quién es el Rey
que encubriéndose de mí
recién nacido me asombra.
Rey en mi agravio se nombra
y trae de Oriente hasta aquí
los reyes de tres en tres
y predominando estrellas
en todos nace sobre ellas;
que si acaso Dios no es,
á pesar de la fortuna,
si una vez sé donde está
túmulo suyo será
en vez de trono su cuna. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen TIRSO, BATO, PACHÓN *y* FENISA.

TIRSO. ¡Válgate Dios por chicote,
por pesebre y por portal!
Bato, ¿vistes tal zagal?
BATO. Lindo es, ¡voto á mi capote!
PACHÓN. No nace el blanco cordero
mientras que la oveja bala
que vista el vellón por gala,
más nevado que un Enero.
No regocija el cabrito
recién nacido al pastor
por las peñas trepador
de rojas pintas escrito;
ni el corzo, ó simple ternera,
mientras que los pechos goza
cuando á la madre retoza
en el soto ó la ribera,
dan tanto gusto, pardiez,
como el chicotillo bello.
FENISA. No hago sino ir á vello
y apenas Pachón hay vez
que me aparte dél, que luego
me aquillotro por volver
á velle.
TIRSO. Debe de ser
el Dios de amor.
PACHÓN. Ese es ciego.
Mas estotro sus dos ojos
como dos candelas tien,
par Dios, dichosa es Belén
en gozar tales despojos.
TIRSO. ¡Y que un pesebre sea cuna
de quien lleva al sol ventaja!
Cuando le vi entre la paja,
Pachón, voto á mi fortuna,
que quitándome el pellico
en somo dél se le eché,
sólo entonces envidié
del rey el toldo más rico.
BATO. ¿En el heno estaba echado?
TIRSO. ¿No has visto cuando conservas
entre la paja las servas
ó el níspero coronado,
la camuesa con su flor,
que trae en ambas mejillas

cual dama las salserillas
á pares de la color?
Pues la competencia es baja,
porque no hay camuesa ó serva
entre la atocha ó la hierba
como el chico entre la paja.

PACHÓN. Yo cuando vi su hermosura
le dije: «¡Pardiez, garzón,
que quien en la paja os pon
para comer vos madura,
y pues en Belén os dan
á cuantos os quieren bien,
si es casa de pan Belén
creo que sois el Dios pan
que para que mos hartéis
de la troj del cielo abaja,
pues como pan en la paja
hermoso grano nacéis!»
Debió entender mi simpleza
el tamaño.

FENISA. ¿Cómo así?

PACHÓN. Porque se rió de mí,
meneando la cabeza
que los rayos del sol dora.

BATO. Qué, ¿se rió?

PACHÓN. Y juntamente
llorara creo agua ardiente,
pues me abrasa y enamora.

FENISA. ¿Y la madre?

PACHÓN. Esa es la luna,
el sol, el alba, el ciprés,
la flor, la palma en Cadés,
la Fénix que sola es una.

TIRSO. ¿Y el padre?

PACHÓN. El Jusepe es
esposo de niña tal,
padre del bello zagal.

TIRSO. Para en uno son los tres.

PACHÓN. ¡Y el buey, Bato, y el borrico!

FENISA. En eso habías de parar.

PACHÓN. ¡Par Dios! que le quise dar
mil besos en el hocico.
¿Pues el mancebete hermoso
que de alas y plumas lleno
el cielo volvió sereno
y más que el sol relumbroso
que en aquella noche ó día,
alegró nuesa majada
con la divina embajada?

BATO. ¡Pardiobre, que parecía
un Angel!

FENISA. Si era Angel,
¿qué mucho lo pareciese?

PACHÓN. ¡Ahao! ¿mas que no se cayese
volando?

TIRSO. ¿No era Luzbel,
el otro que por roín
le echoren?

BATO. ¡Desdicha brava!

FENISA. Garridamente volaba.

PACHÓN. Era de Dios volatín;
mas ¿qué hué lo que cantó?
porque yo, por San Mingollo,
que tengo fraco el meollo
y no me acuerdo.

BATO. Ni yo.

TIRSO. «Gloria á Dios en las alturas»,
nos cantó el bello rapaz;
y luego: «en la tierra paz
á las humanas criaturas».

PACHÓN. Gloria á Dios, paz á la tierra
nos cantó; decís verdad.

TIRSO. Y de huena voluntad.

BATO. ¿Luego ya no ha de haber guerra?

TIRSO. Si es el Mesías el chico,
según Josef le da el nombre,
her cuenta entre Dios y el hombre
paz perpetua.

PACHÓN. Del borrico,
Bato, yo estó enamorado.
¡Oh, quién en él se volviera
y en el pesebre estuviera
junto del zagal atado!
Pardiez, por que no llorara,
que le había de arrullar,
y en vez, Bato, de cantar,
sospecho que rebuznara.
De parto estaba Fenisa,
(que el día que me casé
como huevo la dejé
de dos yemas) dando prisa
por las torrijas, y yo
que goloso me comía,
Bato, más que la freía;
luego que el ángel cantó
la gloria y paz de aquel modo,
enamorado del son,
sin alzar el cucharón
salí con sartén y todo,
y alegróme de manera
en la voz, plumas y cara,
que cro, si entonces bajara,
que las torrijas le diera.

ESCENA XIII

Sale LISENO.—DICHOS.

LISENO. Pastores: si queréis ver
lo que no sé encareceros,
ni es bien por no deteneros,
volvé al portal que ha de ser
más que el templo celebrado
que á Dios labró Salomón.
Venid, veréis el garzón
de tres Reyes adorado,
que piden que los despache
para sus reinos con gozo:
prata el buen viejo, oro el mozo,
y el tercero es azabache.
Perdióseles una estrella
que les mostrara el camino,
cuando á ver la corte vino,
y ellos, á escuras sin ella,
á Herodes hueron á hablar,
preguntando por un Reye
que ha nacido y nuesa leye
diz que viene á mejorar.
Lleno el cruel de alboroto,
pidió que á adoralle fuesen
y por allí se volviesen,
porque él humilde y devoto
quería adoralle también;
pero lo que desto saco

que Herodes es un bellaco.
Salió de Jerusalén
de los tres la trinca bella,
y apenas el campo pisan,
cuando contentos divisan
otra vez la hermosa estrella.
Y guiados al portal
venturoso de Belén,
aquel brinco de Dios ven
de oro, nácar y cristal,
en los brazos del aurora
que tal bello sol encierra.
Cada cual postrado en tierra,
los pies le besa y adora,
y de oro, mirra y encienso,
tributo le van á dar.
Mas ¿cómo oso yo contar
ni medir lo que es inmenso?
El portal que reverencio
es este del Dios de amor,
velde y callad, que es mejor
que la lengua aquí el silencio.

ESCENA XIV

Descúbrese un portal de heno, romero y paja, lleno de copos de nieve, y en él la adoración de los Reyes como se pinta.

FENISA. ¡Hermosa apariencia á fe
y de fe á lo que imagino,
que este aparador divino
por misterio le tendré!
TIRSO. Postrado el Rey viejo está
á los pies del Dios de amor.
BATO. Es del cielo Emperador,
por eso los pies le da.
PACHÓN. ¡Dichoso el que en tales leyes
emplea alma y corazón!
FENISA. No vi en mi vida, Pachón,
igual cuatrinca de Reyes.
PACHÓN. Como es de amor la baraja,
gana el cielo el que aquí envida
el corazón y la vida.
TIRSO. ¿Cuatro Reyes sobre paja?
¿Ay tal cuatrinca? ¿Ay tal juego?
BATO. Y son los Reyes presentes
de manjares diferentes.
PACHÓN. Es verdad, porque á ver llego
que el uno, que en negros pastos
y toscos reina, será
el rey de bastos.
TIRSO. ¡Verá
qué gallardo Rey de bastos!
PACHÓN. El viejo de reales ropas
que en la copa al niño ofrece
el incienso, me parece
que se llame el Rey de copas,
y el mozo que sus tesoros
rinde al chico y oro abate,
de eterna ley y quilate,
llamarse puede Rey de oros.
TIRSO. Pues el niño, si á vencer
viene al mundo y el pecado
de nuesa flaqueza armado,
Rey de espadas vendrá á ser.
PACHÓN. Antes lo viene á ser todo,
que Dios que el alma me abranda,
hoy profetizar nos manda,
y así digo deste modo:
que si la divinidad
que encubre es el oro rico
que disfraza en el pellico
de nuesa mortalidad,
y es infinita la ley
del oro de su riqueza,
según su naturaleza,
de oros el Niño es Rey.
FENISA. Después, cuando se desangre
en el huerto, y el temor
de la muerte y su rigor
le obligue á que se dé en sangre,
bañando flores y ropas
y el cáliz de mi ventura
beba en copa de amargura,
será entonces Rey de copas.
TIRSO. Otro manjar le señalo
cuando se eclipse la luz
del sol y sobre la Cruz
el triunfo le entre del palo.
Que si allá su Reino muda,
y con tal basto deshace
las culpas, contra quien nace
Rey de bastos es, sin duda.
BATO. Mísero quien le provoca
y en desgracia suya caiga,
cuando de dos filos traiga
la espada puesta en la boca,
que las almas condenadas
eternamente al volcán,
por su desdicha sabrán
que este Niño es Rey de espadas.

ESCENA XV

Sale NISO. — DICHOS.

NISO. Pastores: el que tuviese
hijo al pecho de su madre,
para que el vivir le cuadre
escóndale, si no quiere
que el furor de un Rey tirano,
lobo de tiernos corderos,
bañe en leche los aceros
de su cuchillo inhumano.
Degollar los niños manda
que de dos años abajo
paguen en risa el trabajo
de sus madres, y en demanda
de la inocencia pueril,
andan verdugos crueles
cortando tiernos claveles
que apenas sacó el Abril.
Sin que con él aproveche
el llanto que los socorre;
por las calles sangre corre,
y entre ellas cándida leche.
Poco los ruegos importan
de las madres, que en sus brazos
los lloran hechos pedazos,
porque los pechos los cortan
para quitárselos dellos,
y sus gargantas segando
la leche que están mamando

vuelve á salir por sus cuellos.
Deste milano cruel
esconded vuestros polluelos,
que sin admitir consuelos
sus hijos llora Raquel.

FENISA. ¡Ay desdichada de mí!
Un niño de trece días
tengo, y de las penas mías
consuelo; amigos vení
y en las peñas le escondamos
que en estos montes están,
que, en fin, más blandas serán
que aqueste tirano.

PACHÓN. Vamos.

TIRSO. No es bien que en pámpanos podes
el majuelo de Israel,
tirano rey.

FENISA. ¡Huego en él!

PACHÓN. Es un tigre.

FENISA. Es un Herodes. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Salen HERODES, HERBEL, JABEL *y otros.*

JABEL. Sosiégate, gran señor.

HERODES. ¿Cómo queréis que sosiegue
quien la vida, el reino y honra
á un tiempo y á un punto pierde?
La vida un traidor me quita,
la honra una mujer leve;
el reino, que aún no he gozado,
un niño que me atormente.
Hidrópico estoy de sangre,
más sed tiene quien más bebe,
dejad que me harte en ellas
y aplaque este fuego ardiente.
Mueran todos, pues que muero,
y traspase en mí la muerte
toda la jurisdicción
que sobre los hombres tiene.
No ha de quedar de David
hombre ó niño en quien conserve
la esperanza que ha fundado
el reino sobre su especie.
La parca soy de las vidas,
cortaré en pámpanos verdes
los sarmientos que en Judá
para atormentarme crecen.
Prometiéronme volver
en hallando los tres Reyes
á este Niño portentoso
que han adorado sin verle;
mas, pues que me han engañado,
y mi propósito aleve
conocen, pues temerosos
á avisarme dél no vuelven,
paguen en él mis agravios
todos cuantos inocentes
á los pechos de sus madres
su amor alimenta en leche.
Podrá ser que muera entre ellos
el triunfador del Oriente
que, naciendo coronado,
cetros pisa y reyes vence.
Bañe en su sangre el cuchillo
el que mi vasallo fuere,
porque el fuego en que me abraso
puedan mitigar sus fuentes.
De dos años tengo un hijo
que, engendrado en Mitilene,
de la sangre de Judá
derecho á este reino tiene,
mas degollalde también
para que ninguno quede
exento de mi furor,
pues él pasa por sus leyes.

JABEL. Catorce mil y más niños
degollados enternecen
las piedras, que con su sangre,
no piedras, cera parecen.
¿Un niño te hace temblar?
Monarcas rindes, ¿y temes
la inocencia de un infante?

HERODES. Niño no, gigante fuerte
es quien gigantes conquista;
si recién nacido puede
postrar reyes á sus plantas,
¿qué hará, vasallos, si crece?
Dejadme morir matando,
nadie me hable ni aconseje;
Rey soy, púrpura de sangre
es la que mi rabia quiere.

ESCENA XVII

Sale MITILENE *con un niño en los brazos vestida á lo bizarro, de judía.*

MITILEN. ¿Cómo es posible, señor,
que á tu mismo hijo sentencies
al riguroso cuchillo
de los verdugos crueles?
¿Tu misma imagen deshaces?
Llega en este espejo á verte,
que de tu misma sustancia
con mis brazos se guarnece.
La amada vida le diste,
¿qué dirá de ti el que viere
que lo que una vez has dado
avariento á quitar vuelves?
Tu misma sangre derramas,
sangra, médico imprudente
la vena del corazón
que en fuego de mi amor hierve.

ESCENA XVIII

Sale otra JUDÍA *con otra criatura en los brazos.*

JUDÍA. Cielos, ¿cómo permitís,
si es que os preciáis de clementes,
tan bárbara crueldad?
¿Qué Phalaris, qué Diomedes
hizo tal? Tirano rey:
¿qué hazañas á honrarte vienen?
¿qué triunfos te inmortalizan?
¿qué injurias te hacen que vengues?
¿Posible es que los balidos
de este cordero inocente
no enternecen tus entrañas
y tus ojos humedecen?
Mátame á mí, deja un niño

que apenas en el oriente
de su vida ve la luz
cuando se pone en la muerte.

(*Quitalas los niños de los brazos.*)

HERODES. Soltad, enfadosas madres,
los amorosos joyeles
que vuestros pechos adornan
y á más venganza me mueven;
retratos de aquel infante
que á usurpar mi reino viene.
Lobo soy, corderos busco,
vuestra sangre me sustente;
espigas sois de David,
en berza es razón que os siegue;
racimos sois de Judá,
vendimiaros quiero en ciernes.
¿Lloráis? Pero ¿qué me espanta?
también los sarmientos verdes
lloran antes de dar fruto;
flores sois de almendro fértil,
yo cierzo que por tempranos
me manda el rigor que os seque;
mi rabia que os despedace,
mi pena que os atormente.
¡Ojalá que entre vosotros
aquel infante estuviese,
de mi frenesí la furia
causa y principio inclemente!
Satisficiera mi hambre
con las manos, con los dientes,
porque con su corazón
mi enojo hiciera un banquete.
Pero supliréis por él,
y serviréis en mi muerte
de ofrenda, como corderos;
morid, pues Herodes muere. (*Vase.*)

MITILEN. Pedid venganza, hijo mío,
al cielo.

JABEL. Tiernos claveles,
á Dios vuestra sangre clama;
hijos, pedilde que os vengue.

ESCENA XIX

Sale EFRAÍM *y descúbrese muerto* HERODES *con dos niños desnudos y ensangrentados en las manos.*

EFRAÍM. Murió el bárbaro rabiando
y ahogando los dos Abeles;
se libró Jerusalén
de sus tiránicas leyes.
Sirva su vista de espanto,
y demos fin con su muerte
á su inaudita crueldad
y lástima á los presentes.

LA DAMA DEL OLIVAR

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON GASTÓN, *caballero.*
DON GUILLÉN, *Comendador de Santiago.*
NISO, *pastor viejo.*
CORBATO, *pastor.*
NUESTRA SEÑORA.
ROBERTO, *bandolero.*
DOÑA PETRONILA.
GALLARDO.
MAROTO, *pastor.*
ARDENIO, *pastor.*
MONTANO, *pastor.*
LAURENCIA, *pastora.*
MARBELIO, *bandolero.*
LIRANO, *bandolero.*

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen NISO, *pastor viejo;* MAROTO, CORBATO, ARDENIO, MONTANO, LABRADORES.

NISO. ¡Brava fiesta!
CORBATO. Y la señora
por quien se hizo, hermosa y mansa.
MONTAN. Quien en servilla se cansa
lo mucho que pierde ignora.
ARDENIO. ¡Buen mayordomo!
NISO. Y devoto.
MONTAN. Pastor que el ganado deja
por tan blanca y pura oveja,
dichoso él.
NISO. En fin, Maroto,
vos habéis dejado el cargo
con honra y fama.
MAROTO. Y vendrá
otro que me sacará
de la puja rico y largo.
NISO. ¡Qué buena estaba la igreja!
MAROTO. Como pude la compuse;
claveles en ella puse
desde el altar á la reja.
Verbena, espadaña y juncia
por el suelo derramé;
agua de trébol eché
en las pilas.
ARDENIO. Bien anuncia
vuesa mucha devoción
la que en el alma encubrís.
NISO. Galán, Maroto, venís.
MAROTO. Yo saco en la procesión
todas las galas que tengo.
El más pobre de Estercuel
soy.
CORBATO. Y el más devoto dél.
MONTAN. Alegre en extremo vengo
de haber visto cuán compuestas
las calles de nuestra aldea
estaban.
MAROTO. Toda desea
her á nuestra Virgen fiestas.
MONTAN. ¡Qué de pinos que plantaron
por ellas! Y las mujeres
con qué gustos y praceres
que las ramas adornaron
con sus basquiñas de grana.
CORBATO. No dejaron paramento,
cual si huera el monumento,
cortina ó red aldeana
que en las puertas y paredes
no colgasen.

NISO. Pescarán
si en el mar del mundo están,
el cielo con tales redes.
ARDENIO. Pues á falta de pastillas
no faltó incienso y espliego
y aun estoraque, que el huego
no quemase en escodillas,
que por las calles á trechos
daban gusto y devoción.
MAROTO. ¡Oh, qué incienso es la oración,
y qué grandes sus provechos!
NISO. La fiesta, en fin, de Setiembre
en que nació nuesa estrella,
ha estado extremada y bella.
MAROTO. El labrador are y siembre
los granos que el hielo cubre
y restituye en Agosto;
llene las cubas de mosto;
coja la fruta en Octubre;
compre y venda el mercader
en las herias y mercados,
traten de armas los soldados,
vista galas la mujer.
Los sabios estudien leyes,
tienten pulsos los dotores,
dense placer los señores
y ganen tierra los reyes.
Mientras yo apaciento el hato
donde el manso me conoce,
el corderillo retoce
y se encarame el chivato.
Que más precio los halagos
con que el mastín me hace fiestas,
la leche en tarro, las fiestas
que dan el deleite á tragos;
á la noche en casa la olla,
y al amanecer las migas,
que de los ajos amigas,
son deudos de la cebolla;
y tras ellas una misa
al alba en que el sacristén
dice cantando el amén
sobre el sayo la camisa,
que cuanta riqueza guarda
el avaro.
MONTAN. A eso me acoto.
CORBATO. Venturoso vos, Maroto,
que el temor no os acobarda
del señor, como al privado.
MAROTO. Bueno me le ha dado Dios.
ARDENIO. Medra su hacienda por vos.
NISO. A buen amo, buen criado.
MAROTO. Don Gastón de Bardají,
noble señor de Estercuel,
ni es soberbio ni cruel;
desde que su pan comí
mil mercedes Dios me hace.
NISO. Mucho priva con el Reye.
MAROTO. Conoce su esfuerzo y leye,
por eso le satisface.
A conquistar á Valencia
el Rey don Jaime partió
y consigo le llevó.
NISO. Tiene en la guerra experiencia.
Que os hallase me holgaría,
cuando volviese, Maroto,
casado.
MAROTO. ¿A mí?
MONTAN. ¡Juro al soto
que había de her aquel día
mil locuras de placer!
MAROTO. No sabré yo her buen casado.
NISO. Ya que en esto hemos tocado,
hombre que está sin mujer,
Maroto, no es hombre entero,
pues le falta la mitad.
MAROTO. La mitad, ¿cómo?
NISO. Escuchad:
¿De nueso padre primero
no dice el cura que á Eva
durmiendo un día sacó?
MAROTO. De sus huesos la formó.
NISO. ¿Luego la mitad le lleva?
MAROTO. No me casaré, aunque pueda,
con mujer que en eso da,
que al hombre le quitará
la otra mitad que le queda.
Y á fe que es cosa inhumana
que, formándose de un hueso
tan firme, tan duro y tieso,
la mujer sea tan liviana.
Dalda á la buena ventura;
que es, al fin, la más hermosa,
si de carne, peligrosa;
y si de hueso, muy dura.
ARDENIO. No decís mal.
MAROTO. Y aun por eso
las mujeres, Niso, son
de tan mala digestión:
que no se digiere el hueso.
NISO. Pues mi Laurencia no es tal,
ni en liviana ó dura peca,
que en lo amoroso es manteca
y en lo honrado pedernal.
No hay en Aragón mujer
que mijor os pueda estar,
y si os la vengo á pintar
yo sé que la heis de querer.
Sus años verdes y en flor,
y su hermosura en la aldea,
no hay borrico que la vea
que no rebuzne de amor.
Es de una imagen su cara:
¿con qué la lava? dirás;
con lleve el diablo lo más
que un caldero de agua clara.
Los cabellos, no dirán,
son que al sol causan vergüenza,
y cuando en cola los trenza
en las rodillas la dan.
La frente bruñida y lisa,
las cejas son de amor arcos,
los ojos, si no son zarcos,
provocan á amor y á risa.
Pues los carrillos, no hay mozo
que no cante al descobrillos:
«Más valen vuesos carrillos
que el carrillo de mi pozo.»
De las narices no pocos
han dicho: «Alegre estuviera,
Laurencia, si amor me hiciera
de vuesas narices mocos.»
¿Pues qué la boca? Aunque pasa
de raya, limpia y risueña;

que no es bien que sea pequeña
la portada de la casa.
Los dientes altos y bajos,
en hilera y procesión,
piñones mondados son,
á lo menos dientes de ajos.
¿Qué diré de los hocicos,
son que amapolas parecen
cuando entre los trigos crecen?
Pues los dos hoyuelos chicos
que hace en riéndose, el cielo,
á tener allá su cara,
en ellos cro que jugara
con el amor al hoyuelo.
Pues la barba, ¿qué otra cria
más abajo de cristal?
Con ella el mejor zagal
barba á barba la abriría.
Las tetas son naterones
y los corpiños encellas,
que mamara amor en ellas
á no encubrir los pezones.
Las manos, que nunca adoba,
más brancas fueran que el pecho,
á no habellas callos hecho
ya el cedazo, ya la escoba.
La cintura puede entrar
(*Señala los dedos.*)
aquí, y si amor navegara
mijor su estrecho pasara
¡pardiez! que el de Gibraltar.
Pues aquella redondez,
monte de nieve y cristal,
rodará encima el brial
por ella amor cada vez.
Pues las piernas, si en el río
lava, porque el cristal borre,
corrido de vellas corre
más aprisa y con más brío.
Los pies calzan once puntos,
cuando la aprieta el botín;
mas sea ella honrada, en fin,
que no miraréis en puntos.
Pintada os la tengo toda,
puesto que mal y en bosquejo,
lo demás allá os lo dejo
para el día de la boda.

MAROTO. No del todo me despido
de daros, Niso, placer,
que, en fin, la buena mujer
suele hacer bueno al marido;
pero venga mi señor,
que lo que ha de ser dirá.

NISO. Rico dote se os dará,
que aunque es mi hija la menor,
por vella con vos casada,
vos prometo dar, Maroto,
un pedazo deste soto
y media fanega arada
de tierra, catorce ovejas
y seis cabras con el perro,
la barrosa y el becerro,
una casa con sus tejas,
que no de techo pajizo;
una cama con su ajuar,
un San Miguel, que pintar
en una sábana hizo
mi abuela, que Dios perdone,
y dos calderas también
con su cuchar y sartén
que rojas las migas pone.

ESCENA II

Sale UN CRIADO.—DICHOS.

MAROTO. Todo es bueno, y lo mejor,
ser Laurencia vuestra hija.
CRIADO. El pueblo se regocija
porque viene mi señor
de Valencia y ha dejado
al buen Reye en Zaragoza.
MAROTO. No en balde el monte le goza
y se está riendo el prado,
que no hay señor que le iguale.
NISO. Bien podéis eso decir.
CORBATO. ¡Ao! vámosle á recebir;
pero al encuentro mos sale.

ESCENA III

Sale DON GASTÓN, *bizarro de camino.*—DICHOS.

GASTÓN. ¡Oh, mis zagales: Alcalde,
Corbato, Ardenio, Maroto!
NISO. Llegad, las manos besalde.
MAROTO. No en balde se alegra el soto
ni está verde el prado en balde,
viéndoos, señor, con salud
en vuesa tierra y vasallos.
GASTÓN. Huélgome con su quietud,
que no puedo deseallos
mejores.
NISO. Por su virtud.
MAROTO. ¿Cómo venís de la guerra,
buen señor?
GASTÓN. Gracias á Dios
vitorioso.
MAROTO. Nuesa tierra
estaba triste sin vos.
GASTÓN. Es, en fin, mi estado y tierra.
MAROTO. El ganado que apaciento,
y por ser vuestro es dichoso,
sin vos dejara el sustento.
El cordero temeroso,
que da los brincos á ciento,
balaba por don Gastón;
las ovejas os llamaban;
y con ronco y triste son,
por suspirar, rebuznaban
los borricos, con perdón.
Secábase el prado ameno,
donde el hato flores pace,
de luto y tristeza lleno,
porque todo este mal hace
la ausencia de un señor bueno.
GASTÓN. Debéisme esa voluntad.
NISO. ¿Qué ha habido de guerra?
GASTÓN. Queda
conquistada la ciudad
de Valencia, donde pueda

renacer la cristiandad
que el mahomético Profeta
desterró por tantos años.
Borró della el Rey su seta
llena de vicios y engaños;
ya queda segura y quieta,
su mezquita consagrada,
sus cautivos redimidos,
su soberbia derribada
y con blasones debidos
eternizando su espada,
el Rey don Jaime glorioso,
tan agradecido al cielo,
que, devoto y generoso,
premió con divino celo
al estado religioso
fundando cuatro conventos
en ella.

MAROTO. ¡Gran cristiandad!

GASTÓN. Honró Dios los pensamientos
de su liberalidad
con milagrosos portentos;
porque cerca de Valencia,
al tiempo de conquistalla,
para mayor evidencia
de su amor, nuestro Rey halla,
animando su presencia,
un retrato de aquel sol
que, abrasando á Dios de amores,
le vistió de su arrebol.
Un ramillete de flores,
gloria del suelo español;
un tanto monta del día;
una suma del jardín
que á Dios se aposenta y cría;
un cielo en el suelo; en fin,
una imagen de María,
que en medio de aquella sierra
el Godo escondió del moro
y en sus entrañas encierra
aquel divino tesoro,
feliz paz de nuestra guerra.
Desde que el campo asentó
en su sitio el santo Rey;
Salomón que á Aragón dió,
por defensa de su ley,
el que por ella murió.
Cada noche aparecía
un resplandor soberano
sobre el monte que escondía
á la que á Dios hizo humano,
que al sol competencia hacía.
Música alegre sonaba,
dando tal gusto el oílla,
que la devoción juzgaba
ser de ángeles la capilla
y su autor quien la entonaba.
Determinóse de ver
el Rey el misterio oculto
que allí se podía esconder,
y con religioso culto
el primero quiso ser
que, con la azada villana,
para que todos trabajen,
cavase.

MAROTO. ¡Fe soberana!

GASTÓN. Y hallando una hermosa imagen
debajo de una campana,
alegre con tal tesoro
dió su vitoria por cierta.

MAROTO. De placer devoto lloro.

GASTÓN. Con los obispos concierta
para que esté con decoro,
que un monasterio real
allí mismo se edifique
á su devoción igual,
y que á la Merced se aplique
y se dé á su General
Fray Pedro Nolasco, piedra
sobre quien Dios edifica
la Orden que por él medra,
con el cuarto voto rica
de la caridad, que es hiedra
que á Dios alcanzan sus ramas.
Orden de tantos favores,
que, eternizando las famas
de sus hijos redentores,
los Fénix son de sus llamas.
Fué el santo Rey fundador
de la Orden militar
dándola ser y favor,
con que se quiso llamar,
como Dios, Rey redentor.
Y, en fin, como era su hechura
y de su celo heredera,
dalle la imagen procura
de la que es de Dios esfera
y cifra de su hermosura.
Labró, en fin, en su montaña
el templo, y hasta él con fiesta
la coloca y la acompaña.
La imagen del Puche es esta
que ha de ennoblecer á España;
de que vengo tan devoto
y envidioso, que quisiera,
á merecerlo, Maroto,
que de mi estado heredera
viniera á ser.

MAROTO. ¡Qué buen voto!
Dome á Dios, mi buen señor,
que es como suya esa fe,
y que me muero de amor
por ella, después que sé
tan milagroso favor.
Pero no se desconsuele;
sirva y pretenda tal dama;
róndela, aunque se desvele,
que á la casa de quien la ama
venirse de asiento suele.
Soltero es, no hay tal esposa
como la Virgen María,
que es discreta y es hermosa,
no pasa por ella día
ni es en las galas costosa,
que el sol de vestirla trata
con cintas de resplandores,
de estrellas sus trenzas ata,
chapines trae de valores (1)
con sus virillas de prata,
pues los adorna la luna;
dote suyo son los cielos,
do no hay temer la fortuna,

(1) En el original: «valor».

y, en fin, no le dará celos,
que es lo que más importuna.
GASTÓN. ¡Oh, qué buen casamentero,
Maroto, sabéis hacer!
NISO. Pues sabed, señor, que quiero
helle novio con mujer
que vos aprobéis primero.
ARDENIO. Al menos de nuesos votos
lo que esto le importa sabe.
MAROTO. De lo ajeno manirrotos
sois.
NISO. No es bien que en vos se acabe
la casta de los Marotos.
GASTÓN. Y vos ¿qué decís á esto?
MAROTO. Que el casarse no es delito,
y aunque es el estado honesto
mijor, á vos me remito,
en quien tengo el gusto puesto.
GASTÓN. Pues si está en mi parecer,
vamos agora á palacio,
que hay mucho en esto que hacer,
y ha de mirarse despacio
esto de tomar mujer. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen DON GUILLÉN *con hábito de Santiago, y* LAURENCIA, *como que ha cernido.*

LAUREN. Déjeme cerner mi harina.
GUILLÉN. Laurencia hermosa, cerned
pensamientos de mi amor,
porque la harina apuréis
de esperanzas candeales
que con el agua amaséis
de mis ojos, y cozáis
en el horno de mi fe.
Celos serán levadura,
tan agria cuanto cruel,
que os dará pan blanco y tierno.
LAUREN. No le como si trechel.
Mire que he de amasar hoy,
vaya con Dios su mercé
y á las bobas diga amores,
porque yo ya sé quién es.
GUILLÉN. ¿Quién soy?
LAUREN. Amante común
que enamora cuantas ve,
mesón que todo lo acoge,
fuente que da de beber
á gente de toda broza,
prado concejil en quien
pacen de comunidad
hierba que mata después.
Yo no tengo más de un alma,
sólo un dueño ha de tener,
que con una voluntá
á una sola quiera bien.
GUILLÉN. Sola vos sois, sol hermoso,
en quien me siento encender,
fénix sola en hermosura.
LAUREN. Vaya, señor don Guillén,
y venda esos morrimullos
á Constanza y á Isabel,
burladas de sus promesas
como Polonia y Inés,
y perdone que me vo
porque hay mucho que cerner.
GUILLÉN. Aguardad un poco.
LAUREN. Mire...
GUILLÉN. ¿Qué?
LAUREN. Que le enharinaré.
GUILLÉN. Yo sé cuándo menos dura
me escuchábades.
LAUREN. Cerré
las orejas con candados.
GUILLÉN. Pues ¿por qué es tanto desdén?
LAUREN. Porque tiene el corazón
muy ancho y caben en él
á gruesas, como botones,
las pastoras que mantién.
Caballero es de Aragón,
sobre su pecho se ve
la Cruz que de Montalbán
le encomendó nuesa Fe.
Pero ¿qué importa que traiga,
mostrando que es hombre fiel,
á los pechos la Cruz roja
si en ell alma el diablo tien?
Los que son Comendadores
y Caballeros como él
damas sirven de palacio
con estrado y con dosel.
Deje villanas groseras
de sayal y de buriel,
que no es bien coma truchuela
quien truchas puede comer.
GUILLÉN. En fin, ¿ya me despedís?
En fin, ¿ya no me queréis?
LAUREN. No, que da mal fin á todas
y un mal fin es de temer.
GUILLÉN. Escuchadme una palabra.
LAUREN. Ya le he oído más de diez
y no quiero escuchar once.
GUILLÉN. Acabad.
LAUREN. Apártese.
GUILLÉN. No puedo.
LAUREN. Pues ¡por mi vida!...
GUILLÉN. ¿Qué?
LAUREN. Que le enharinaré.
GUILLÉN. Pues en esquiva habéis dado,
y vos sola en Estercuel
no estimáis mi voluntad,
adiós.
LAUREN. ¿Luego vase?
GUILLÉN. Pues.
LAUREN. Vaya con la maldición.
GUILLÉN. ¿Qué más maldición queréis
que partirme y no obligaros?
LAUREN. En fin, ¿se va?
GUILLÉN. ¿Qué he de hacer?
LAUREN. Volved acá, caballero,
no seáis tan descortés,
que los noes al principio
son síes en la mujer.
No estáis ducho en conocernos,
y pues no lo estáis, sabed
que las palabras que habramos
han de entenderse al revés.
GUILLÉN. Pues ¿qué quieres?
LAUREN. Que no os vais.
GUILLÉN. Pues ¿tiénesme amor?
LAUREN. Sí, á fe.

GUILLÉN. ¿Mucho?
LAUREN. Mucho, que es con celos.
GUILLÉN. ¿Quién te los causa?
LAUREN. Isabel.
GUILLÉN. Aborrézcola.
LAUREN. Mentides.
GUILLÉN. Mucho sabes.
LAUREN. Mi mal sé.
GUILLÉN. ¿Dónde la vi?
LAUREN. En el molino.
GUILLÉN. Yo, ¿cuándo?
LAUREN. Vos, y antiyer.
GUILLÉN. ¿Enamorado?
LAUREN. Y perdido.
GUILLÉN. Pues ¿qué la dije?
LAUREN. «Mi bien.»
GUILLÉN. ¿Hubo más de aqueso?
LAUREN. ¿Pues?
GUILLÉN. ¿Qué hubo?
LAUREN. La embracijasteis.
GUILLÉN. ¿Eso qué importa?
LAUREN. ¡Oh, cruel!
GUILLÉN. ¿Pues un abrazo?
LAUREN. Es luchar.
GUILLÉN. ¿Para qué?
LAUREN. Para caer.
GUILLÉN. Si tú me quieres...
LAUREN. ¿Qué hará?
GUILLÉN. Aborrecella.
LAUREN. ¿Y después?
GUILLÉN. Ser amante tuyo.
LAUREN. ¿Y luego?
GUILLÉN. Adorarte á ti.
LAUREN. ¡Qué bien!
GUILLÉN. Yo lo juro.
LAUREN. ¿De qué modo?
GUILLÉN. Por tus ojos.
LAUREN. Burlas ven.
GUILLÉN. Por el cielo.
LAUREN. Está muy lejos.
GUILLÉN. Por mi fe.
LAUREN. No guarda fe.
GUILLÉN. Por mi vida.
LAUREN. Moriráse.
GUILLÉN. Por esta cruz.
(Pone la mano en la del pecho.)
LAUREN. No la cree.
GUILLÉN. Por Dios.
LAUREN. Es un mal cristiano.
GUILLÉN. Pues ¿por quién quieres?
LAUREN. No sé.
GUILLÉN. Fía en mí.
LAUREN. ¿Sobre qué prendas?
GUILLÉN. Sobre el alma.
LAUREN. Iráseme.
GUILLÉN. ¿No es prenda segura?
LAUREN. No.
GUILLÉN. ¿Por qué?
LAUREN. Por que no se ve.
GUILLÉN. ¿Quieres otra?
LAUREN. Como fuere.
GUILLÉN. Mis brazos.
LAUREN. Arrédiese.
GUILLÉN. ¿Qué recelas?
LAUREN. Que he cernido...
GUILLÉN. ¿Pues?
LAUREN. Y le enharinaré.
GUILLÉN. Echemos cosas á un lado,
Laurencia, de amor laurel,
de quien es mi amor Apolo,
aunque más dichoso que él.
Un mes ha que estoy perdido
por ti, juzgando este mes
por siglos de dilaciones,
propiedad del bien querer.
Yo he sabido que tu padre,
de mi amor padrastro infiel,
casándote darme intenta
con celos muerte cruel.
¿Será, pues, razón, serrana,
que esperanzas que sembré
goce un tosco labrador
de quien esposa has de ser?
¿Que un rústico sea hortelano,
que coja de tu verjel
la flor primera debida
á la imagen de mi fe?
Primero que tal consienta
he de abrasar á Estercuel,
y en venganza de mis celos
Nerón seré aragonés.
LAUREN. Pues ¿qué queréis que yo haga?
GUILLÉN. Que esta noche entrada des
á atrevimientos de amor
que facilita el querer.
Por las tapias de tu casa
confiado subiré
de que desvelada esperas
en tu huerta, y si una vez
las primicias de tus gustos
gozo, en bronce escribiré
obligaciones que al tiempo
jamás pueda deshacer.
¿Qué respondes?
LAUREN. Que no vengas.
GUILLÉN. ¿No, dices? Si te he de creer,
y el no en la mujer es sí,
porque habláis siempre al revés,
tu no misterioso adoro.
Llega y dame...
LAUREN. Apártese
que está muy limpio.
GUILLÉN. ¿Qué importa?
LAUREN. ¿Qué? que le enharinaré. *(Vanse.)*

ESCENA V

Salen MAROTO, NISO, CORBATO, MONTANO, DON GASTÓN *y* CRIADOS.

DON GASTÓN.

Maroto: lo que Niso me ha pedido
está puesto en razón, y es justa cosa.
En mis manos habéis comprometido
la elección de casaros provechosa.
Hoy de Laurencia habéis de ser marido,
que es rica, cuerda, honesta y es hermosa,
y Dios le dice á Adán cuando le cría
que el hombre no está bien sin compañía.
Cuando á medias se llevan los trabajos
no pesan tanto, y es el yugo leve
de amor, que hallando alguno estos atajos

á caminar con más valor se atreve;
los altos Reyes, los pastores bajos,
para pasar la vida triste y breve,
buscan mujer, en cuyo estado amable
muestran que el hombre es animal sociable.
La tortolilla con suspiros quiebra,
viuda, los vientos por el bien que pierde,
y mientras las exequias le celebra
huye del agua clara y roble verde.
Enlaza á su consorte la culebra;
si la hiedra amorosa al olmo pierde,
da, pálida y marchita, testimonio
de los bienes que causa el matrimonio.
Un hombre solo triste vida pasa;
los más breves pesares son prolijos;
casado en paz, la más estrecha casa
es alcázar y corte los cortijos.
Cuando del monte deis la vuelta á casa,
¿hay gloria como ver los caros hijos
al lado tierno de la madre honesta
que os sale á recibir y os hace fiesta?
Esto ha de ser, Maroto; este es mi gusto;
yo, que también casarme determino,
quiero que en este estado santo y justo
abráis á mis intentos el camino.
En buena edad estáis, mozo robusto
sois, y que llevaréis bien imagino
la cruz del matrimonio.

MAROTO.

El que es prudente
recela de tal cruz ser penitente.
Pero, en fin, pues vos dais, señor, en eso,
digo que della desde aquí me encargo,
aunque tan grande cruz y más de hueso,
en el camino de la vida largo
derribará un gigante con su peso.

CORBATO.

Cirineos en el (1) mundo hay que ese cargo
alivian.

MAROTO.

Nunca hará en su honra empleos
el marido con tales cirineos.

DON GASTÓN.

Pues vengo á vuestra casa, Niso hermano,
á tratar esta boda, haced que agora
la desposada salga.

NISO.

Noble y llano,
honráis nuestra humildad.

CORBATO.

Bien os adora
todo Aragón, [señor].

NISO.

Llamad, Montano,
á Laurencia que, á fuer de labradora,
ó rastrilla ó jabona, ó cierne ó cuece
ó á su hermanillo mientras hila mece.

(1) En el original «del».

ESCENA VI

Sale LAURENCIA.—DICHOS.

LAUREN. ¿Qué es, padre, lo que mandáis?
NISO. Que agradezcáis el favor
que nueso dueño y señor
os hace, hija, y que pongáis
la boca humilde en su pata.
LAUREN. ¡Oh, mi señor don Gastón,
bien venido!
GASTÓN. Con razón
de hermosa Estercuel os trata.
Bizarra vasalla tengo
en vos.
NISO. ¡Oh! pues si viniera
lavada, mijor pudiera
llamalla hermosa.
GASTÓN. Yo vengo,
Laurencia, aquí, cuando menos
á daros marido.
LAUREN. ¿A mí?
GASTÓN. Labradora bella, sí;
y en vuestros ojos serenos
miro la dicha y ventura
de quien os ha de gozar.
LAUREN. Pues ¿cómo me he de casar,
señor, si aún no estoy madura?
¡Buenos están los engaños!
GASTÓN. ¿Qué edad tenéis?
LAUREN. Cumpliré,
si al cura hemos de dar fe,
para estas hierbas veinte años.
GASTÓN. Luego, según vuestra cuenta,
á buen tiempo vengo yo.
LAUREN. Mi madre no se casó,
señor, hasta los cuarenta,
y tuvo á mucha ventura,
según mi abuela contaba,
que cuando menos cuidaba
la casasen tan criatura.
GASTÓN. Ya ese tiempo se ha perdido.
CORBATO. Y como las que ahora nacen
diz que lo primero que hacen
es decir «taita, marido».
GASTÓN. Vuestro padre determina
que con Maroto tengáis
el dueño que deseáis;
mi hermana ha de ser madrina
y yo os he de apadrinar.
¿Qué decís?
LAUREN. Tengo vergüenza.
GASTÓN. Púrpura á salir comienza
vuestro rostro á hermosear.
Acercaos, Maroto, aquí,
y hablalda.
MAROTO. ¿Hablarla qué importa,
siendo una boda tan corta
que no tiene más de un sí?
GASTÓN. ¿Daisle vos de buena gana?
NISO. Pues ¿no ha de dalle si vos
lo mandáis?
CORBAT. ¡Verán los dos
qué mudos están!
GASTÓN. Mañana
los desposorios serán.
Vestíos, Maroto, de fiesta,

que desposada como ésta
merece el novio galán.
Y quedaos, Laurencia, adiós,
que la nueva os ha turbado.
¡Envidia llevo á los dos!

CORBAT. Cualquiera se la tendrá
si su cara llega á ver.

ARDENIO. Maroto: buena mujer
os han dado.

MAROTO. Ella dirá. (*Vanse.*)

ESCENA VII

Queda sola LAURENCIA.

LAUREN. ¿Qué es esto, desdicha mía?
¿Cabrán, si ya tengo dueño,
en corazón tan pequeño
dos huéspedes en un día?
Don Guillén es el primero,
y siendo abeja de amor,
le ofrecí la primer flor;
derechos del jardinero.
Es noble y quiérole bien,
pues ¿por qué en tal alboroto
tiene de usurpar Maroto
derechos de don Guillén?
Perdonará, pues espera
á don Guillén mi fortuna
y va á avisalle la Luna,
de amantes casamentera.
Primero el cántaro llena
aquel que llega primero,
si Maroto vien postrero
Dios se la depare buena. (*Vase.*)

ESCENA VIII

Sale MAROTO.

MAROTO. A la fe, mi Dios, que han dado
en que he de tener mujer,
yo soldemente sé her
empleyta y guardar ganado.
¡Pues meterme á mí en rencilla
con una mujer! El cura
diz que nunca está madura,
porque, al fin, es de costilla.
Es hacer que me descarne
para ella y que pierda el seso;
aun si huera todo hueso
y no cubierto de carne,
no anduvieran diligentes
tantos, hendo en la honra mella,
porque temieran mordella
por no quebrarse los dientes...
Yo no tengo si el rosario
con quien en tales afrentas
me aconseje y haga cuentas,
que es el mejor secretario.
Ahora bien: rezarle quiero
que si ayuda á todos da,
lo mijor me endilgará,
que es divino consejero.
¿Yo cautivarme en un día?
¿Hay cosa más importuna
que un muchacho en una cuna
cuando llora? *¡Ave María!*
(*Reza paseándose.*)
«Virgen, la esposa más buena
érades para mí vos;
dígalo el ángel de Dios,
pues vos llamó *gratia plena.*
Mas cautivar mis praceres,
pues nadie en toda la vida
halló mujer que no pida
entre todas las mujeres,
¿no es disparate, Jesú?
Esto á enloquecerme basta;
aunque si eres mujer casta,
Laurencia, *bendita tú.*
Que si libre de delito
da de su honor testimonio
al hombre en el matrimonio
regocijado *y bendito.*
Mas ¿qué esposo habrá que encuentre
mujer á quien si quillotro
la diga mío y no de otro
es el fruto de tu vientre?
¿Casamientos ahora?, ¡sús!
dejadme, que pierdo el seso.
¿Yo en casa con sobre hueso
estando sano? ¡Jesús!
¿Yo riñendo cada día
á quien sin tomar consejos
como sea á la [más] lejos
va á Misa á *Santa María?*
Pues que me encomiendo á vos,
si no soy para casado,
de tan peligroso estado
libradme, *Madre de Dios.*
Santos, pues estáis vosotros
en el eterno placer,
libres de toda mujer
y en paz, *rogad por nosotros.*
Maridos, si de estos modos
son las mujeres, tened
mucha paciencia y sabed
que rezo por mí y por todos.
Pues si por quitar temores
las mujeres no nacieran,
muchos más los santos fueran
y menos los *pecadores.*
El alma su prisión llora:
¿hay más riguroso paso,
pues si que agora me caso
me han de cautivar *agora?*
Porque el trance que hay más fuerte
y que más puede temblarse
es al tiempo de casarse
y en la hora de nuestra muerte.
Haga á los solteros bien
Dios, guardando sus sentidos,
dé paciencia á los maridos
y digan todos *Amén.*»

ESCENA IX

Salen DON GUILLÉN *y* GALLARDO.—MAROTO.

GUILLÉN. Gallardo: si mi Laurencia
aguarda, cual prometió,

amor posesión me dió
de la más bella presencia
que celebra su deidad.
GALLARD. ¿Qué diablos hiperbolizas
y hermosura solenizas?
GUILLÉN. Pues ¿aquesto no es verdad?
GALLARD. No, por cierto, con perdón;
¿es más de una labradora
que estará cerniendo agora
y quizá cantando al son
que hace con el cedazo
«á las tres ánades, madre»,
mientras que duerme su padre,
que es el mayor villanazo
que tiene todo Estercuel?
GUILLÉN. Laurencia es un sol, un cielo.
GALLARD. Que has de enloquecer recelo.
¡Miren qué Dafne en laurel,
qué Leucote vuelta incienso,
ó que Clicie en girasol!
¡Par Dios, si Laurencia es sol,
que es muy puerco el sol!
GUILLÉN. No pienso
que estás en ti, si eso dices.
¡Oh, quién verla ya pudiera!
¡oh, quién la hablara! ¡quién fuera!...
GALLARD. Di, moco de sus narices.
GUILLÉN. ¡Quién sus manos ó cristales...!
GALLARD. ¿Besallas?
GUILLÉN. Sí.
GALLARD. Buen galán
besa, que quizá estarán
lavando agora pañales.
¿Es posible, di, señor,
que un caballero estimado,
á quien mil damas han dado
más fama que á Galaor,
con esa flemaza agora
el sayal grosero ensalza,
tú, que los puntos que calza
la más guardada señora
sabes, botines deseas?
GUILLÉN. Gallardo: ya estoy cansado
de tanta seda y brocado;
las más graves son más feas.
Hermosura que en la tienda
se vende, ¿quién la ha de amar?
GALLARD. Si el afeite es rejalgar
Bercebú que las pretenda.
Tu opinión sigo en cuanto eso,
que caras de solimán
la muerte á un hombre darán,
como píldora en un beso
por no vendella, de balde.
Hermosuras de retazos
de sastre, hechas á pedazos
de color y de albayalde,
con que jalbegan las casas,
como pared de mesón,
caras como colación,
cargadas de miel y pasas.
GUILLÉN. Y miel virgen.
GALLARD. Es verdad,
con que engañarnos pretenden,
porque todas ellas venden
postiza la puridad.
No hay tienda si vas á ella,
porque este discurso sigas,
que en cintas, bandas ó ligas
no halles carne de doncella.
Y pues en cintas las pinta
el interés, no me engaño
cuando sospeche que hogaño
se usan doncellas en cinta.
GUILLÉN. ¿Luego yo discreto soy
en buscar sin compostura
la natural hermosura
de Laurencia?
GALLARD. Amigo soy
de amor que huele á tomillo,
y más tomillo salsero,
que es carne con sal y quiero
bien este trato sencillo;
pero no has de encarecello
con tanta exageración,
que es plato de salpicón,
aunque sabroso al comello,
que después huele á cebolla;
mas dirás que es polla bella
y que por eso con ella
quieres jugar á la polla.
MAROTO. Maroto: ¿no escucháis esto?
Andaos á caza de bodas.
GUILLÉN. Estas labradoras todas,
por lo simple y por lo honesto,
me enamoran; si saliese
y la seña hiciese ya.
MAROTO. ¿Señas le ha de hacer? ¡Verá!
¡Oh, qué mal agüero es ése!
GUILLÉN. La gente de casa, amor,
¿por qué no la habéis dormido?
GALLARD. Sobre la tapia ha salido
tu labradora, señor.

ESCENA X

Sale arriba LAURENCIA.—DICHOS.

GUILLÉN. Sí, que la luna salió
á enseñarme su presencia.
MAROTO. Trepadora sois, Laurencia:
no os llevo á mi casa yo. (*Ap.*)
LAUREN. ¡Ce! ¿es Don Guillén?
MAROTO. (*Ap.*) ¿Por la ce
comenzáis, sin ser casada?
Labradora sois letrada;
ya llegáis al A B C.
Pues bien sé yo, aunque villano,
que si llegáis á la D,
por más riqueza que os dé,
que no heis de darme la mano.
GUILLÉN. Yo soy quien en vos viviendo,
y sin vos muriendo en mí,
por la vida vengo aquí
que me usurpáis.
LAUREN. Yo no entiendo
aquesas algarabías;
pero lo que os sé decir
que aún no se ha echado á dormir
mi padre.
GUILLÉN. Desdichas mías
le despiertan.
LAUREN. Hablad paso

y volved mañana acá;
mas no, que en vano será,
porque mañana me caso.
MAROTO. No conmigo, si yo puedo. (*Ap.*)
GUILLÉN. ¿Que os casáis? ¿Cómo ó con quién?
LAUREN. Con Maroto, Don Guillén.
GUILLÉN. ¡Ay, cielos!
LAUREN. Sospirad quedo.
GUILLÉN. Daré yo muerte á Maroto.
MAROTO. ¿Qué más muerte que casarme?
GUILLÉN. ¿Luego podréis olvidarme
el nudo de mi amor roto?
LAUREN. Mandólo nueso señor
don Gastón de Bardají.
GUILLÉN. ¿Y habéis vos ya dado el sí?
LAUREN. Más por fuerza que de amor.
MAROTO. Yo os le suelto desde agora. (*Ap.*)
GUILLÉN. Pues, Laurencia, aunque se abrase
el lugar, antes que os case
logrará quien os adora
la posesión deseada
que merece mi afición.
MAROTO. ¿Y después como melón
dármela á mí decentada?
¡Malos años para vos! (*Ap.*)
LAUREN. Ahora bien: desde aquí á una hora
volved, que es temprano agora,
y quedad, señor, con Dios.
GUILLÉN. Dadme una mano primero.
MAROTO. De azotes la merecía.
¿Hay tan gran bellaquería? (*Ap.*)
LAUREN. No tien la tapia agujero
por donde darla, y está
tan alta, que no podréis
alcanzarla, si volvéis
presto, amor lo ordenará.
GUILLÉN. El amor todo lo alcanza,
que sabe hacer invenciones.
Gallardo: si aquí te pones,
podrá subir mi esperanza
y alcanzar esta ventura.
¿Oyes?
GALLARD. Durmiéndome estaba.
GUILLÉN. Ponte aquí debajo, acaba.
GALLARD. Pues ¿soy yo cabalgadura?
GUILLÉN. No seas necio ni pesado.
GALLARD. Si subes no lo seas tú.
(*Pónese en cuclillas y sobre las espaldas D. Guillén de pies.*)
MAROTO. ¿Que aquesto se use ¡Jesú!
el amo sobre el criado?
Miren cuál anda ya el mundo,
unos sobre otros los vicios.
GALLARD. Si son cortos los oficios
en darte gusto me fundo;
pero si van á la larga,
desde agora te prevengo
que, en pesando, me derriengo,
y que me echo con la carga.
MAROTO. ¡Lo que sufre un alcahuete!
GALLARD. ¡A lo que obliga un señor!
GUILLÉN. ¡Mi cordera!
LAUREN. ¡Mi pastor!
GUILLÉN. ¡Mi mayo!
LAUREN. ¡Mi ramillete!
GUILLÉN. Qué ¿os casáis?
LAUREN. Contra mi gusto.
GUILLÉN. ¿Con un bárbaro?
LAUREN. Un grosero.
GUILLÉN. ¿Quién soy yo?
LAUREN. Mi jardinero.
GUILLÉN. Pagadme, pues.
LAUREN. Esto es justo.
GUILLÉN. ¿Y con qué?
LAUREN. Con las primicias.
GUILLÉN. ¿De vuestro amor?
LAUREN. Claro está.
GUILLÉN. ¿Cuándo?
LAUREN. Esta noche será.
GALLARD. ¿No ahorraremos de caricias
don Guillén? Que me deslomo.
MAROTO. ¿Qué esto sabe una mujer? (*Ap.*)
GALLARD. Mas ¿que he de hacerte caer?
GUILLÉN. Soy un pájaro.
GALLARD. De plomo.
GUILLÉN. ¡Qué hermosa mano!
LAUREN. Grosera
que friega, barre y amasa.
GUILLÉN. Es de nieve.
MAROTO. Y os abrasa. (*Ap.*)
GALLARD. Que me matas considera.
GUILLÉN. ¿Podré entrar luego?
LAUREN. No sé.
GUILLÉN. Ya el viejo se habrá dormido.
LAUREN. Si vos estáis escondido
mientras que voy y lo sé,
entrad.
MAROTO. Bellaco va esto:
excusemos un pecado. (*Da gritos.*)
¡Ah de casa; que han entrado
ladrones, acudid presto!
Niso, Corbato, Montano,
mozos, zagales, garzones,
que andan ladrones, ¡ladrones!
LAUREN. ¡Ay, cielo, vete!
GUILLÉN. ¡Oh, villano!
¡vive Dios! que has de pagarme
el dar á la gente aviso.
MAROTO. ¡Ladrones, ladrones! Niso,
¡Salid, que quieren matarme!
¡Ladrones!
GALLARD. Huye, señor,
no te conozca esta gente.

ESCENA XI

Salen los PASTORES *con chuzos.*—DICHOS.

GUILLÉN. ¿Que así un bárbaro insolente
haya estorbado mi amor?
GALLARD. Cada cual su hacienda guarda.
GUILLÉN. ¿Que aquesto pase por mí?
GALLARD. Yo de burro te serví
pero tú fuiste mi albarda.

ESCENA XII

NISO *y* ARDENIO. — DICHOS.

NISO. ¿En casa de la justicia
ladrones? ¿Adónde están?
ARDENIO. Ténganse al Rey los ladrones.

NISO. ¡Por Dios, que los he de ahorcar!
GALLARD. Huye, señor, que villanos
ya sabes que en su lugar
son reyes, y que los gallos
cantan en su muladar.
GUILLÉN. ¡Que este rústico grosero
de mi suerte fuese azar
que esta ocasión me impidiese!
Mas él me lo pagará. *(Vanse los dos.)*

ESCENA XIII

Sale DON GASTÓN. — DICHOS, *menos* DON GUILLÉN *y* GALLARDO.

GASTÓN. ¿Qué alboroto es éste, Niso?
MAROTO. ¡Oh, señor! vino á robar
un ladrón aquí una joya
de Laurencia.
GASTÓN. ¿Cómo?
MAROTO. Y tal,
que si una vez se la quitan,
aunque la percuren más,
ojos que la vieron ir
á vella no volverán.
NISO. ¿Mas si fuese la patena
con la sarta de coral?
MAROTO. Patena y corales son
dignos, Niso, de estimar.
Y si arrancan la patena,
la sarta se quebrará,
derramando los corales
que asidos con ella van.
Este negro casamiento,
si va á decir la verdad,
me trae sin seso ni gusto
desde esta mañana acá.
Como el hombre que se vela,
su mujer ha de velar,
en fe que es vela el honor
que el fuego suele quemar,
á velar vine á estas puertas
más celoso que galán,
que un marido es como un muerto,
pues le velan como á tal.
De temores y sospechas
cansado (que poco va
de estar cansado á casado,
y más siendo á mi pesar)
á la fe que me dormí;
yo confieso que hice mal,
que honra y sueño pocas veces
se guardaron amistad.
Echéme á aquestos umbrales;
que un marido ha de imitar
al mastín, que cuidadoso
á las puertas tién de estar.
Apenas que me dormí,
cuando comencé á soñar
que Niso me había vendido
un hermoso colmenar.
Yo, que no estaba contento
con la compra, vi llegar
á robarme la miel virgen
dos osos de Montalbán.
Como toda miel se pega,
y sin cera no hay panal,
y la cera junto al huego
por fuerza se ha de quemar,
viendo que se derretía
pretendílo remediar,
pues colmenas sin miel virgen
aun no valen la mitad.
Los celos, que son abejas,
y ya zánganos serán,
á los osos colmeneros
iban locos á picar.
Mas viendo su resistencia
comenzaron á gritar
(que sus voces son susurros):
«¡Ladrones en el lugar!»
Despertéme yo á mí mismo,
y á fe que á no despertar,
que de aquesta pesadilla,
muerte me diera el afán.
Salistes alborotados,
y pues presentes estáis,
sed testigos desde ahora
que no me quiero casar.
Colmenas tan peligrosas
en campos de libertad,
sin más guardas que á sí mismas,
comprallas es necedad.
Si á una viña ponen cercas,
y la guarda por demás
el lanzón de un viñadero,
pues las hurtan en agraz,
¿qué hará una colmena sola
en el campo, á voluntad
de cualquiera caminante
sino comer y picar?
A lo dulce no hay defensa,
Niso, que aunque en el corral
lo guardéis, hay quien las tapias
dél se atreverá á saltar.
Líbreme Dios de colmenas
con pies, que se subirán
en somo de las paredes
si una vez en ello dan.
Tienen alas las abejas,
y como en corchos están,
pesan poco y vuelan mucho,
pican honras y se van.
No curéis de persuadirme,
que si me ha dado pesar
aun durmiendo una mujer,
despierto (decid) ¿qué hará?
Primero que yo me case
(aunque me lo rueguen más),
torciéndome la cabeza
llevaré la cara atrás.
Esposo entonces seré
cuando de aquel olivar
nazca, en lugar de aceituna,
mi esposa; no hay más que hablar.
(Vase.)

ESCENA XIV

DICHOS, *menos* MAROTO.

NISO. Oye, Maroto... ¡Maroto!
GASTÓN. Misterio tiene el hablar

mi pastor de esta manera.
Algo ha visto.
NISO. Pues se va
y mi hija menosprecia,
vaya con Dios el gañán,
que no es Laurencia mocosa
ni peina canas.
CORBATO. ¡Verá!
GASTÓN. El casarse, mis amigos,
ha de ser con voluntad;
no le forcemos la suya.
NISO. ¿Qué llama, señor, forzar?
¿Peina canas mi Laurencia?
CORBATO. Que es un simpre.
NISO. Vaya en paz
y no se case, hasta tanto
que lleve la cara atrás.
CORBATO. ¿Hay tal bruto? Siembre esposas
aquí, quizás nacerá
alguna que le enamore,
cual dice, en este olivar.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen DON GASTÓN, DOÑA PETRONILA, LAURENCIA *y* LABRADORES.

PETRON. Bueno y apacible está
el prado, sentaos aquí.
GASTÓN. Si vuestro sol luz le da
en tapetes de tabí
estrados os prevendrá.
En vuestras hebras derrama
su tibia tez la retama,
vuestras mejillas hermosas
dan nuevo ser á las rosas
que Venus adora y ama.
Las maravillas se ven
en vuestros ardientes ojos,
la frente es jazmín también,
en la nariz los despojos
de la azucena están bien.
Si los dientes son azahar
que en grana pudo enlazar
amor, que nació en verjeles,
muros hizo de claveles
en que se puedan guardar.
Y así el prado con su flor
imita vuestra belleza,
siendo planteles de olor
él de la naturaleza,
vos, señora, del amor.
PETRON. Favores de vuestra mano,
¿á quién no enriquecerán?
Si por venir con vos gano
las ternezas de galán
y los regalos de hermano.
Basta, señor don Gastón,
que por no dar ocasión
á que el alma se divierta,
tenéis tomada la puerta
á toda imaginación.
Como hermano me guardáis,
como galán me servís,
como esposo regaláis,
y á serlo todo venís,
pues que con todo os alzáis.
GASTÓN. No tanto, mi Petronila,
que no sepa que en el alma
sus flechas amor afila,
y que el pensamiento en calma
esperanzas recopila.
Yo sé que tenéis capaz
la voluntad para extremos
del atrevido rapaz,
tanto, que en ella cabemos
otro y yo viviendo en paz.
Porque en casa semejante,
si él es aposentador,
posada dará bastante
para un hermano el amor
y también para un amante.
PETRON. Si ese en el alma ha de entrar,
de vos vendrá acompañado,
pues cuando os quiera hospedar
costumbre es que un convidado
á otro pueda convidar.
GASTÓN. Como forastero pasa
un rayo, y de paso abrasa,
y es tal don Guillén, por Dios,
que, por quedarse con vos,
temo que me eche de casa.
Aunque si os caso con él,
diré, Petronila mía,
puesto que es trance cruel,
que por vuestra mejoría
dejaré mi casa en él.
PETRON. Eso no, que será poca
voluntad la que mostráis
si á dejarme se provoca,
y para que no salgáis
cerrará el alma la boca.
GASTÓN. Don Guillén de Montalbán
es mozo, noble, galán,
Comendador generoso,
en las paces amoroso
y en las guerras capitán.
Escogile para vos,
y pienso que agradecéis
la elección que hice en los dos;
mas para que en él penséis
quedaos, bella hermana, adiós.
Que apacible compañía
os dejo, y yo, como suelo,
por ser inclinación mía,
de aves que mate al vuelo
volver cargado querría. (*Vase.*)

ESCENA II

DICHOS, *menos* DON GASTÓN.

PETRON. Pues Laurencia ¿en qué se entiende?
LAUREN. Nunca falta, mi señora,
á la gente labradora
en qué, y más la que pretende
casarse y se le despinta.

PETRON. ¿Echastes hogaño gansos?
LAUREN. Veinte hay que gordos y mansos
la nieve en ellos se pinta.
CORBATO. Dos de esos serán del cura.
LAUREN. ¿Diezma en todo?
CORBATO. Como lleva
en toda cosecha nueva
el diezmo (1), de la verdura,
de los pollos, los lechones,
la fruta, el pan y cebada,
¿no fuera cosa extremada
que diezmara en las quistiones,
los males y calenturas?
¡Mala landre que le tome,
como las maduras come
comiera también las duras!
PETRON. ¡Mal estáis con él!
CORBATO. Quisiera
que de diez días que he estado
en la cama desahuciado,
uno al cura le cupiera;
diez melecinas me echaron
una le vien de derecho.
NISO. Ley fuera esa de provecho
para el otro que azotaron,
pues de quinientos tocinos
cincuenta el cura llevara.
ARDENIO. Yo sé que á alguien le pesara,
á usarse esos desatinos;
que nadie quisiera ser
casado en tales porfías,
porque de diez en diez días
le había de dar su mujer.
CORBATO. ¡Plugiera á Dios que él tuviera
tres veces en cada mes
esa carga! que después
yo sé que el diezmo perdiera,
de lo demás que le damos,
por no sofrir tanta pena.
ARDENIO. ¿Hay plomo, hay costal de arena
como aqueste que llevamos
á cuestas con las mujeres?
LAUREN. ¿Y nosotras que sufrimos;
que hechas esclavas vivimos
aguándonos los placeres
vosotros; de hijos cargadas;
ya callando, ya meciendo,
mil dolores padeciendo,
nueve meses de preñadas,
siempre con temor y susto
de que el parto nos asombre,
dejándonos cualquier hombre
la pena, y llevando el gusto?
NISO. No golosmeara Eva
de la manzana el sabor
y pariera sin dolor;
mas si tal trabajo lleva,
Laurencia, la que se casa,
¿por qué os morís vos por ello?
LAUREN. ¿Yo?
NISO. Vos, pues que por sabello
no hay diabro que os tenga en casa.
MONTAN. En fin, ¿no quiso Maroto
desposarse?
NISO. No es la boda
para él, sólo se acomoda
al ganado, monte y soto.
Mas ¿qué es esto?
ARDENIO. Don Guillén
viene acá, que como sabe
que estáis aquí, y es tan grave,
al que como él quiere bien
la ausencia, el estar sin vos
tendrá por tormento extraño.
LAUREN. Todo es mentira y engaño
el hombre; líbreme Dios
de creer más sus desvelos;
amarme fingió el traidor,
y mudándose su amor
sembró gusto y cogí celos.

(1) En el original: «diez de uno».

ESCENA III

Salen DON GUILLÉN, GALLARDO *y* CRIADOS. — DICHOS.

GUILLÉN. ¡Oh, serranos!, á gozar
de vuestra conversación
me ha traído la ocasión.
NISO. Viniéndonos vos á honrar
será apacible esta tarde,
por más que el sol la molesta.
GUILLÉN. ¡Qué mucho abrase la fiesta
el prado, si haciendo alarde
el sol que flores perfila
con el oro que en él pasa,
otro sol de amor abrasa,
bella doña Petronila,
en vuestra hermosa presencia!
PETRON. Si como lo decís bien
amáis (señor don Guillén),
dichosa es por excelencia
la que serviros merece.
Sentaos, si gustáis, aquí.
GUILLÉN. Jamás la ocasión perdí
cuando el amor me la ofrece.
Con vuestro hermano, señora,
he concertado de ser
vuestro esposo, y por tener
mientras se llega esa hora,
en quien el amor que os debo
se ejercite (que no es justo
que ocioso se embote el gusto),
esta serrana me llevo,
ensayaré en su hermosura
la que en vos pienso gozar.
(*Cogen* Don Guillén *y* Gallardo *á* Laurencia *y llévansela.*)
PETRON. ¿Qué es eso?
TODOS. Aquí del lugar.
GUILLÉN. El que morir no procura
sosiéguese, ó ¡vive Dios
que le cuelgue de ese roble!
NISO. ¿Pues es esa hazaña noble?
GUILLÉN. Llevadla vosotros dos
á Montalbán.
LAUREN. ¡Ay de mí!
GUILLÉN. Gallardo: aprisa con ella.
GALLARD. No os quejéis, Laurencia bella,
que os lleve Gallardo ansí,
que también tiro yo gajes
de don Guillén y su amor,

pues lo que sobra al señor
viene á parar en los pajes.
Seréis de su gusto presa
y hartaréisle en breve rato,
gozándoos yo como plato
que levante de la mesa.
(Vanse con ella.)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* GALLARDO *y* LAURENCIA.

PETRON. Don Guillén de Montalbán:
respetad, si sois prudente,
el ver que estoy yo presente.
GUILLÉN. El que no fué buen galán
no puede ser buen marido;
quien cañas ha de jugar
primero se ha de ensayar;
sólo á ensayarme he venido
en Laurencia; si os molesta
la osadía que en mí veis,
consolaos con que seréis
de aqueste ensayo la fiesta. *(Vase.)*

ESCENA V

DICHOS, *menos* DON GUILLÉN.

NISO. ¿Hay tan gran bellaquería?
¿Que esto suframos, serranos?
¿Para qué mos dieron manos
los cielos?
CORBATO. No sufriría
tal afrenta aunque muriese.
Juntemos todo el lugar.
PETRON. A mi hermano id á avisar.
¡Que á mis ojos se atreviese
á tal insulto! ¡Ay amor,
qué mal me habéis empleado!
MAROTO. ¡Todo Estercuel salga armado
y muera aqueste traidor!
Niso será el capitán,
pues es Alcalde.
NISO. Eso intento:
vos alférez, vos sargento;
abrasaré á Montalbán
si aquesto adelante pasa.
TODOS. Vamos.
PETRON. Y mis desconsuelos
me abrasarán en sus celos
mientras Montalbán se abrasa.
(Vanse los villanos.)

ESCENA VI

Sale DON GASTÓN.—DOÑA PETRONILA.

GASTÓN. ¿Qué alboroto, hermana mía,
es éste? ¿Quién os da enojos
y las perlas de esos ojos
agravia, luz de mi día?
¿Dónde mis vasallos van
confusos y alborotados?
PETRON. Van á vengarse afrentados
del señor de Montalbán.
Confieso que le he querido;
porque como una afición
se funda en la inclinación
y no en consejos, han sido
en vano los que me han dado;
porque aun las travesuras,
por no llamarlas locuras,
que en don Guillén han causado
común aborrecimiento,
pudieran curar mi amor
es loco, y al fin furor
que ciega el entendimiento.
Pero ya el no aborrecerle
fuera, más que amor, locura.
GASTÓN. Pues ¿qué hizo?
PETRON. ¡Gran ventura
fuera, hermano, no quererle!
Sin respetar mi presencia
ni el amor que le he tenido,
descortés como atrevido
llevó robada á Laurencia
con ayuda de criados,
que en la escuela de sus vicios
aprenden estos oficios;
los pastores agraviados
han convocado el lugar
para intentar su venganza,
y yo ya sin esperanza
todo lo libro en llorar.
GASTÓN. ¿Es posible que este loco
á mis vasallos se atreva?
Si á Laurencia, hermana, lleva,
yo haré que la goce poco.
¡Vive Dios! que ha de saber
quién es á quien ha ofendido.
¿El en mi tierra atrevido?
PETRON. ¿Qué es lo que intentas hacer?
GASTÓN. Pegar fuego á Montalbán,
hacelle entender así
que es don Gastón Bardají
á quien ofende: hoy verán
los que sustenta Aragón
(ya que mi paciencia instiga)
de la suerte que castiga
á don Guillén don Gastón.
PETRON. Hermano: su poco seso
perdona.
GASTÓN. ¿No te ha ofendido?
PETRON. Aunque es loco y atrevido,
que le adoro te confieso.
Busca otros medios más sabios.
GASTÓN. Pagará lo que merece.
PETRON. El amor con celos crece
y se aumenta con agravios. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Salen DON GUILLÉN, GALLARDO *y* LAURENCIA.

GUILLÉN. Echala de aquí Gallardo.
¡Jesús, y qué mala cosa!
juzgábala antes hermosa
ya morir, viéndola, aguardo.

LAUREN. ¡Traidor! ¿Después de alcanzada
de ti soy aborrecida?
Huésped vil que la comida
no pagas ni la posada.
¿Será de noble esa empresa?
GUILLÉN. Echarla de aquí procura. *(Vase.)*

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* DON GUILLÉN.

GALLARD. Siempre echan en la basura
los relieves de la mesa.
Si sacuden los manteles
mándanme que los sacuda.
Adiós, que el amor se muda
en odio.
LAUREN. ¡Rabias crueles
me incitan á la venganza!
GALLARD. De todo manjar barato
un señor, si es tosco el plato,
un bocado sólo alcanza.
Yo tengo acción desde agora,
Laurencia, á tu hermoso talle,
y así no hay que rehusalle.
Gallardo, mi bien, te adora.
Deja la pena y recelo,
que el caballo que corrió
en silla, lo llevo yo
al pilón y voy en pelo.
LAUREN. ¡Grosero desenfrenado!
No incites más mi furor,
que puesto que á su señor
es semejante el criado,
no conoces bien mis bríos.
GALLARD. Estaos, Laurencia, quedita;
los zapatos que se quita
mi señor son siempre míos;
y asi por mía os acoto;
pues después que os ha calzado
venís á ser del criado,
porque sois zapato roto.
Sosegaos, Laurencia hermana,
que soy discreto y galán,
y vos, si antes cordobán,
ya zapato de badana.
Dadme esa mano nevada.
LAUREN. ¡Oh infame! *(Dale.)*
GALLARD. ¡Ay, que me mató!
Mano es la que os pido yo,
Laurencia; no manotada.
LAUREN. Presto verá lo que puede
la afrenta en una mujer;
rayo del mundo he de ser;
no piense el traidor que quede
sin castigo su desprecio.
¡Vive Dios! si mi lugar
no me procura vengar,
don Guillén, infame y necio,
que, pues estoy deshonrada,
mudando el traje y el nombre,
que ha de verme Aragón hombre,
vuelta la rueca en espada,
hacer de mi injuria alarde;
aunque la rueca mejor
fuera para ti, traidor,
que es insignia de cobarde.
Mas, pues la suerte nos trueca,
será, traidor, desde aquí
la espada el adorno en mí,
y en ti, villano, la rueca. *(Vase.)*

ESCENA IX

GALLARDO *solo.*

¡Malos años y cuál va!
No quiero más tu afición,
que da coz y mojicón
que el diablo la esperará.
Amansarán sus querellas
si las sabe remediar,
y más que yo sé lugar
donde se curan doncellas. *(Vase.)*

ESCENA X

Salen todos los VILLANOS, *menos* Niso.

MONTAN. No ha querido don Gastón
dejarnos salir contra él,
como es señor de Estercuel
obedecelle es razón.
Dice que este agravio se hizo
á él solo, y que así le toca
castigar la furia loca
de quien tan mal satisfizo
al honor que con su hermana
pensaba en Aragón dalle,
y así va á desafialle;
que si no á son de campana
habíamos convocado
todo el lugar.
CORBATO. ¿Qué, no hay quien
se libre de don Guillén?
ARDENIO. No imagino que ha quedado
doncella en esta comarca
que no le pague primicias.
CORBATO. ¿Es cura?
ARDENIO. De las malicias.
Todas las mochachas marca.
MONTAN. Aunque fuera el Moro entre ellas
y Córdoba Montalbán,
pues el pecho que le dan
es cual el de cien doncellas.
CORBATO. Este es turco aragonés.
¡Qué bien hizo en no casarse
Maroto!
ARDENIO. Fuera cargarse
la cabeza ya hecha pies.
MONTAN. El es sabio, aunque parece
ignorante.
ARDENIO. Es buen cristiano.
CORBATO. Dios le tuvo de su mano,
y el cuerdo se está en sus trece.
MONTAN. Y Niso, ¿qué hace?
CORBATO. Llora
de su Laurencia la afrenta.
ARDENIO. Si ella quisiera, á mi cuenta
que estoviera honrada agora.

CORBATO. Como allá dicen que andaba
con don Guillén de escondidas
en cuentos.
MONTAN. Están perdidas
por él las mozas.
ARDENIO. Habraba
con él los disantos todos,
ya en el soto, ya en el río.
MONTAN. Y aun por esa se hacen, tío,
de esos polvos estos lodos.
Tómese lo que se tiene,
y tenga agora paciencia;
mas ¿no es ésta Laurencia?
ARDENIO. La misma.
CORBATO. ¡Verá y cuál viene!

ESCENA XI

Sale LAURENCIA.—DICHOS.

LAUREN. ¿Qué hacéis aquí, afeminados,
hombres sólo en la apariencia,
en conversación infame,
que no sentís vuestra afrenta?
Gallinas, y aun no gallinas,
pues ya saben volver éstas
los picos contra el milano
que sus polluelos le lleva.
¿Qué pastor hay tan cobarde
que, con gritos, hondas, piedras,
no libre del lobo vil
la ya acometida oveja?
Una hormiga, si la quitan
el grano que avara encierra,
muerde atrevida al contrario.
Un mosquito se sustenta
de la sangre de un león,
y hasta la más torpe abeja
acomete vengativa
á quien roba sus colmenas.
Pues, gallinas, el milano
se atreve á las pollas tiernas
de vuestro lugar y casas,
¿y no vengáis vuestra ofensa?
El lobo bárbaro os roba,
villanos, una cordera
delante de vuestros ojos,
¿y le dejáis ir con ella?
Volved, hormigas cobardes,
por la agostada cosecha
del honor que os han quitado
de un traidor las insolencias.
Aún menos sois que mosquitos,
pues ninguno hay que se atreva
á sacar sangre afrentosa
á quien derrama la vuestra.
Mas, pues, vuestra cobardía
llevar los panales deja,
del colmenar de la fama
zánganos sois, que no abejas.
No os llaméis hombres, cobardes;
ceñid al lado las ruecas,
pues no sabéis ceñir armas
más que para la apariencia.
Si como sabéis guardar
las espadas que las vean
desnudas contra tiranos
guardarais las hijas vuestras,
no las violara la injuria;
mas si las espadas vuestras
son vírgenes, mal podréis
defender tantas doncellas.
¡Que á vuestros ojos un hombre
haga torpe y loca presa
en una frágil mujer,
en una vecina vuestra!
¡Que os lleve con ella la honra,
y que no tengáis vergüenza
de vivir y no vengaros!
¡Que estéis de aquesa manera
conversando unos con otros
como si en paces ó fiestas
contárades las hazañas
que emprendistes en la guerra!
Diez leguas de Zaragoza
vivís, y la gente della
son espejo de las armas,
blasones de la nobleza.
¿Cómo se os pega tan poco,
decid, gente aragonesa?
¿Por qué afrentáis vuestra patria
afeminados en ella?
Si no sois para vengaros,
llamad las mujeres vuestras;
pedildas que os desagravien,
quejaos llorosos ante ellas,
y mientras se arman valientes
y la aguja en lanza truecan,
el acero por las galas,
las espadas por las ruecas,
quedaos en casa vosotros,
hilad, barred, viles hembras;
jabonad y haced colada,
que aunque la hagáis, yo estoy cierta
que no sacaréis las manchas
que en vuestra honra el agravio echa,
si no es con sangre enemiga
que es la más eficaz greda.
¿Calláis? ¿Teméis? ¿No venís?
Mas ¿para qué? No os den pena
injurias de vuestras hijas,
comprad trompas y muñecas;
jugad, niños, que es razón
que mientras vive Laurencia
ella tomará venganza.
¡Vive Dios! que en vuestra afrenta
ha de mudar, gente vil,
el traje y naturaleza,
por que os enseñe á ser hombres,
siéndolo vuestra Laurencia.
Bandos hay en Aragón;
volviéndome bandolera,
no he de dejar hombre á vida.
¡Guárdese de mí mi tierra!
Que en vosotros los primeros
he de vengar mis ofensas,
y vestidos de mujeres
sacaros á la vergüenza.
El que hombre fuere, mis agravios sienta.
¡Al arma! ¡Don Guillén, serranos, muera!

(*Vase.*)

ESCENA XII

DICHOS, *menos* LAURENCIA.

CORBATO. Salpimentado nos ha.
ARDENIO. ¡Malos años para ella,
y qué sabida que es!
MONTAN. No tién pelillo en la lengua;
mas sóbrala la razón,
CORBATO. Si aquí su padre estuviera
también llevara su parte;
pero ¡qué infamia es la vuestra!
Vamos, aunque mos lo estorbe
don Gastón, y el fuego encienda
á Montalbán y á su dueño,
que si no es de esta manera
corre peligro Estercuel.
TODOS. ¡Al arma! ¡Don Guillén muera!
ARDENIO. Muera; porque antes de un año
no ha de haber en esta tierra
una virgen por un ojo.
MONTAN. Si el fuego de amor le quema
un clavo saca otro clavo,
con un fuego otro se venga.
CORBATO. La campana de Concejo
tocad, por que todos vengan
á vengar nuestras injurias.
ARDENIO. ¡Al arma, serranos!
TODOS. ¡Guerra! (*Vanse.*)

ESCENA XIII

Salen DON GUILLÉN *y* DON GASTÓN.

GASTÓN. La cruz que traéis al pecho,
señal de vuestra nobleza,
para adornar la cabeza
de los Césares se ha hecho.
Las veces que sin provecho
la veo en hombres que no son
de crédito y opinión,
aunque lástima me da,
sospecho que es cruz que está
pintada en algún rincón.
En el más alto lugar
y sublime chapitel
se pone la cruz, y en él
la suele el cuerdo estimar;
la nobleza suele dar
alto sitio cuando intenta
darle el pecho, mas si afrenta
la posesión, no se estime,
porque en la cruz más sublime
un pájaro vil se asienta.
Digo esto, y no sin razón,
porque aunque con ella os veo
adornar el pecho, creo
que es cruz que está en el rincón;
que puesto que ese blasón,
que ilustre y noble os ha hecho,
en vos es cruz sin provecho,
pues, según dais los indicios,
mil aves de torpes vicios
se asientan en vuestro pecho.
Yo, á lo menos, como suelo
adorar la Cruz que ensalzo,
con reverencia la alzo
la vez que la hallo en el suelo;
como es insignia que el cielo
reverencia, del lugar
donde no es decencia estar
la quito, y así al presente,
por no ser lugar decente,
la cruz os vengo á quitar.
Que, pues tan torpe afrentáis
mis vasallos, más castigo
os darán, siendo testigo
la cruz que al pecho lleváis.
Cuando las honras quitáis
á las doncellas, que en vano
os dan nombre de tirano,
sacáis vuestra infamia á luz,
pues delante de una cruz
el que peca es mal cristiano.
En vos está mal empleada,
y así vengo satisfecho,
que la cruz de vuestro pecho
quitará la de mi espada.
Mi tierra llora afrentada
por vos, y no será yerro
que la cólera que encierro,
la cruz os deje, si da
hoy la muerte, y servirá
de cruz para vuestro entierro.
GUILLÉN. Cuando vi que con cruz tanta
veniades, don Gastón,
os juzgaba procesión
que sale en Semana Santa.
Mas no me admira ni espanta
lo que os oigo, que el valor
que á mi sangre da favor
me enseña en nuestras querellas
que santiguándoos con ellas
mostráis tenerme temor.
Quistión será peregrina
la que empezáis, dándoos luz
por la señal de la cruz
como niño de doctrina.
Dad en eso, que es divina
traza, y en vos señalada;
predicad, no se os dé nada,
tendrá por nuevo favor
en vos un predicador,
Aragón, de la Cruzada.
Que yo, más travieso y roto,
de mi valor haré alarde,
porque el hombre que es cobarde
siempre da por lo devoto;
si vuestra tierra alboroto
mi gusto es, y está bien hecho,
y si no estáis satisfecho,
entrad con furia doblada
por la cruz de aquesta espada
á quitarme la del pecho.
(*Echan mano.*)

ESCENA XIV

Sale GALLARDO.—DICHOS.

GALLARD. Don Guillén: á Montalbán
ha puesto fuego Estercuel;

acude al remedio dél,
mira los gritos que dan.

GUILLÉN. Hazañas vuestras serán
éstas, y vendréisnos luego
á predicar con sosiego
cruz, valor, fe y opinión,
cuando pegáis á traición
á vuestros vecinos fuego.
Pero agradeced ahora
que ayuda mi gente pida,
dándoos término de vida,
á mi pesar, por un hora.

GASTÓN. La injuria, que es labradora,
se ha vengado desta suerte.
Id, que en ceniza convierte
la hacienda que os atropella,
que cuando volváis sin ella
entonces yo os daré muerte.

(*Entranse por puertas diferentes.*)

ESCENA XV

Sale LAURENCIA *de hombre y los* BANDOLEROS.

LAUREN. En otro tiempo sintiera
haber dado en vuestras manos;
pero ya agravios villanos
me mudaron de manera,
que estoy contenta en extremo,
Roberto, de andar con vos,
por que venguemos los dos
agravios que ya no temo.
Bandolero sois, Roberto,
que desta suerte se alcanza
en Aragón la venganza.
Don Guillén mi honor ha muerto;
vengadme dél y cobrad,
si es deuda una obligación,
de mi la satisfación
en oro de voluntad.
Vuestra soy desde este día,
sin honra ni fama estoy
mientras venganza no doy,
Roberto, á la afrenta mía.
Nadie me llame Laurencia,
que soy hombre en restaurar
mi honra, si fuí en amar
mujer de poca experiencia.
En este traje pretendo
serviros, acompañaros,
suspenderos, asombraros,
y si en mi amor os enciendo
yo os pagaré de manera
que, no quedándoos deudora,
si me amasteis labradora
me queráis más bandolera.

ROBERTO. Cuando no haya yo ganado
con los bandos que profeso
sino el escucharos eso
y el traeros á mi lado,
dando deleite á mis ojos,
entretenimiento á amor,
al pecho esfuerzo y valor
y á la voluntad despojos,
tengo por ser bandolero
más dicha que por ser rey.
Compañeros: haced ley
de mi gusto: desde hoy quiero
que mi Laurencia nos mande;
ella es nuestro capitán.

BAND. 1.° Si por caudillo nos dan
un sol, en dicha tan grande,
¿quién habrá que nos resista?
¿Y qué presas no esperamos
si á cuantos vengan les damos
con este sol una vista?

BAND. 2.° Yo la estimo y reverencio.

ROBERTO. ¡Laurencia viva! decid.

TODOS. ¡Viva Laurencia!

LAUREN. Advertid
que he de llamarme Laurencio,
y que de Roberto soy
amorosa compañera;
pero con los demás fiera
leona y tigre desde hoy.
No ha de quedar hombre á vida
de cuantos á nuestras manos
vinieren, ya sean villanos,
ya de sangre conocida;
que quiero, por estos modos,
ya que mi amor banderizo,
que el mal que un hombre me hizo
lo vengan á pagar todos.

ROBERTO. Tu gusto es, mi bien, el nuestro.

LAUREN. No imagine don Guillén
que su villano desdén,
si en torpezas está diestro,
se ha de quedar sin castigo.
¡Vive Dios! que ha de saber
que una ofendida mujer
es el mayor enemigo.

BAND. 1.° Gente parece que viene.

LAUREN. ¡Ojalá fuera el primero
mi ofensor!

ESCENA XVI

Salen DON GUILLÉN *y* GALLARDO.— DICHOS.

GUILLÉN. El fuego fiero
mi tierra asolada tiene.
¡Vive Dios que aquesta afrenta
la tengo de castigar,
si España vuelve á llorar
de su pérdida sangrienta (1)
segunda vez el destrozo!
De enojo y cólera ardo;
yo haré en Aragón, Gallardo,
que se le convierta el gozo
de don Gastón en tristeza;
yo le allanaré á Estercuel
por el suelo.

GALLARD. Hazaña cruel,
indigna de su nobleza,
ha sido; mas ¡vive Dios!
que, según los dos andamos,
no es mucho que nos perdamos
en esta ocasión los dos.
Los llantos de las doncellas,
que yo te he solicitado

(1) En el original «afrenta»; pero es notoria errata.

y tú sin razón logrado
han llegado á las estrellas.
Dios por ellas nos castiga.
ROBERTO. Ténganse y las armas den.
LAUREN. ¡Cielos, este es don Guillén!
Pues mi deshonra os obliga
hoy verá Aragón en mí
que un agravio basta á hacer
tigre hircana á una mujer.
GUILLÉN. ¿Qué es esto?
GALLARD. Purgar aquí
lo que pecamos los dos;
los que ves son bandoleros.
GUILLÉN. ¿Hay más males, cielos fieros?
Mas tengo ofendido á Dios,
no me espanto.
LAUREN. Don Guillén:
¿conocéisme?
GUILLÉN. Si creyera
los ojos, que eres dijera
Laurencia.
LAUREN. Y dijeras bien.
GUILLÉN. Pues ¿cómo? ¿Tú en este traje?
LAUREN. De tu amor vil le aprendí,
y por parecerme á ti
en el oficio y lenguaje,
cual ves me vuelvo en razón;
que, como ser ladrón quieres
del honor de las mujeres,
de ti aprendo á ser ladrón.
Cual bandolero asaltaste
mi honor, que era peregrino,
y saliéndole al camino
una joya le quitaste
que todo mi ser valía;
y cual suele el bandolero,
en sacándole el dinero,
la bolsa arrojar (1) vacía,
ingrato me despreciaste;
que la mujer sin honor
es un vaso sin licor,
y como tal me arrojaste.
Yo, pues, que por ti ofendida
á ser salteadora aprendo,
quitarte agora pretendo
la vil y bárbara vida.
Y sirviendo de cadalso
un roble, cual tú cruel,
te mandaré colgar dél
como hacen al peso falso.
GUILLÉN. Laurencia: humilde confieso
mi crueldad y ingratitud;
mas tu prudencia y virtud
perdonen mi poco seso,
que no querrás dar la muerte
á quien tanto un tiempo amaste.
LAUREN. ¡Qué mal mi amor aplicaste!
Con él pienso convencerte.
La miel de un panal sabroso,
si se corrompe, en acíbar
convierte su dulce almíbar;
del vino más generoso
sale el vinagre mejor,
y á este modo, don Guillén,
se engendra el mayor desdén
del más firme y puro amor.
El corazón, ¡vive Dios!
te he de sacar y comer.
GALLARD. ¿Y de mí qué vendrá á ser?
¡cielos!
LAUREN. Venid acá vos,
que sois corredor de oreja,
de vicios casamentero,
de juegos torpes tercero,
el que la ropa que deja
vuestro señor os vestís,
alzáis del deleite platos,
calzáis sus rotos zapatos
y de su sombra os cubrís.
Venid acá.
GALLARD. De rodillas
puestas las manos, Laurencia,
Gallardo os pide clemencia.
No armaré desde hoy pandillas.
LAUREN. Sois un gran bellaco.
GALLARD. En esto
no hay señora que negar,
es virtud el confesar,
yo pecador lo confieso.
LAUREN. Tenéis muy bellacos hechos.
GALLARD. ¿Qué mucho si en mí repara
teniendo tan mala cara?
LAUREN. ¡Y qué mala!
GALLARD. Los deshechos
del mundo, porque se asombre
de lo que alego en mi abono,
mi padre iba á hacer un mono
y por yerro hizo en mí un hombre.
Mire este rostro de cerca
si con gana de reir viene,
que cuando está mejor tiene
color de gamuza puerca.
La nariz, segunda Roma
que porque no me la hurtasen
los que á envidialla llegasen,
me la remachó Mahoma.
Los ojos de cuya lumbre
son las dos niñas morenas,
de sangre y lagañas llenas
por venirles su costumbre.
Y porque vea mi trabajo,
en tres ojos con que vengo,
sepa que almorranas tengo,
así arriba como abajo.
¿Quién de un hombre tal pensara,
aunque más le persiguieran,
que almorranas le nacieran
en los ojos de la cara?
Pues la boca, y dentadura
en ella, una moza echó
el servicio, que creyó
ser carretón de basura.
Los hociquitos dirán,
según son gordos y bellos,
yo muy rubio, y bellos ellos,
que soy inglés ó alemán.
Las manos cándidas, pues
que lisas, blandas y bellas,
por anillos traigo en ellas
los juanetes de los pies.
Pues el talle de bacique,
segundo Brunelo en todo,

(1) En el original «sacar», errata evidente.

que no hay dicho, mote, apodo
que al propio no se me aplique.
Pues si por el cuerpo saca
el alma que en él está,
¿qué tal el huésped será
de posada tan bellaca?
Por eso en el alma aguardo
lo que mi cuerpo promete;
traidora ella, él alcahuete,
y un bellacón, Gallardo,
Pues yo me culpo y me riño,
perdóneme, que si erré
como mozo y niño fué.

ROBERTO. ¡Válgate el diablo por niño!

BAND. 1.º ¿Tú niño? De Satanás.

LAUREN. Roberto: hoy tienes de ver
nuevas crueldades hacer,
sin que asombre al mundo más
Falaris, Sila ó Nerón,
porque aventajallos quiero.

ROBERTO. Si amorosa eres cordero,
injuriada eres león.
Pues tengo dicha en quererte,
yo haré como no enojarte;
pues viviré en agradarte
y moriré en ofenderte.

LAUREN. Tráeme atados estos dos,
imaginaré tormentos
tan nuevos como sangrientos.

GUILLÉN. ¡Paciencia, cielos!

GALLARD. ¡Par Dios,
que es muy linda tu paciencia!

GUILLÉN. Pagaré locuras mías.

GALLARD. Yo engaños, bellaquerías,
mala vida y peor conciencia. (*Vanse.*)

ESCENA XVII

Sale MAROTO.

Soledades discretas,
si es discreción comunicar con pocos
pasiones que secretas
dicen á voces, bárbaros y locos,
con vosotras me entiendo
que habláis callando y regaláis riendo.
Cautivarme quería
quien envidioso está de mi ventura,
con triste compañía,
pues suele ser prisión una hermosura
que con dulces cadenas,
tal vez da por un gusto dos mil penas.
Más precio yo, mi prado,
ser rey de vuestras flores y belleza,
tejiendo coronado
guirnaldas que regalen mi cabeza,
entre el arado y bueyes
que la diadema avara de los reyes.
Más precio los vasallos
de mansas ovejuelas y corderos,
que en coches y caballos
la adulación de hechizos lisonjeros
donde el engaño mira
que á la verdad oprime la mentira.
Más precio el pan moreno
con la cebolla y rústico tasajo,
que el banquete más lleno,
pues con la dulce salsa del trabajo
sustento mi alegría,
sin miedo de la torpe apoplegía.
Más precio, cuando ordeño
las cabras en el tarro que en él eche,
para brindar al sueño,
el pecho que sus pechos paga en leche,
licor blando y sabroso,
que el vino más caliente y generoso.
Oh, soledad hermosa
con vosotras estoy solo casado,
no quiero tener esposa,
que la quietud de vuestro alegre prado
alivia mis desvelos
y conserva el honor sin tener celos.

ESCENA XVIII

Salen LAURENCIA *y los* BANDOLEROS.—DICHO.

LAUREN. Atados en estos robles
servirán de puntería
hoy á la venganza mía
y á vuestras pistolas dobles.
Tirarán los pedreñales,
en señal de mi dureza,
al blanco de su torpeza,
pues fueron los dos iguales.
Al pedernal duro y ciego
que descalabró mi honor,
pues como su torpe amor
á puros golpes da fuego.

ROBERTO. Mi Laurencia: haz sacrificio
de quien le hizo de tu fama,
su sangre torpe derrama;
que ya su muerte codicio,
en fe que de don Guillén
estoy celoso y cobarde,
porque al fin se olvida tarde
lo que se ha querido bien.

LAUREN. Bien dices, cuando la injuria
no llega á quitar la honra;
pero el amor que deshonra
sus llamas convierte en furia.
Mas ¿quién es éste? Aguardad.

ROBERTO. Un pastor grosero y roto.

LAUREN. ¿Este, cielos, no es Maroto?
Pues ya soy toda crueldad;
que (1) por mujer no me quiso
cuando guardarme pudiera
y mi honor en pie viviera;
pagará su poco aviso.
Prendelde.

MAROTO. ¿Qué es esto? ¡Ay cielo!

LAUREN. Laurencia, villano, soy.

MAROTO. Sea en buena hora, y yo le doy
el parabién sin recelo,
de ver que se ha vuelto hombre;
que á fe que Dios la ha sacado
de mujer que es de pecado,
y pues en el traje y nombre
se ha convertido en varón,
dele barba Dios también,

(1) En el original «y».

que no será hombre de bien
si se convierte en capón.
LAUREN. A lo menos no lo fuera
si yo os dejara con vida.
MAROTO. Pues ¿qué le he hecho yo?
LAUREN. Ofendida
me tenéis (1).
MAROTO. No hay mandamiento
de casaráste.
LAUREN. Tormento,
atado, aquí os han de dar.
MAROTO. ¿Porque casar no me quise?
LAUREN. Colgádmelo de ese olivo.
MAROTO. ¡Mas arre allá, que estoy vivo!
LAUREN. En su mismo daño avise.
Ea, colgalde.
MAROTO. ¡Mas no nada!
¿No ve que falta escalera?
Mas, pues me ahorca soltera,
¿qué hiciera estando casada?
LAUREN. Vivir honrada con vos,
sin llorar mi honor enojos.
MAROTO. Si me sacara los ojos
tuviéramos paz los dos;
que los maridos al uso,
y más si son cortesanos,
no tienen ojos ni manos,
que el oro vendas les puso.
Y de mi cura he sabido
que Dios sanó, porque pudo,
uno ciego, sordo y mudo,
que pienso que era marido.
LAUREN. Acabad, colgalde.
MAROTO. Atajo
es del cielo, no me espanta;
más vale de la garganta
ser de un olivo colgajo,
que serlo en esta ocasión
de la cabeza.
ROBERTO. ¡Simpleza
notable!
MAROTO. De la cabeza
quedó colgado Absalón,
y si maridos pasaran
como él, quizá los más dellos,
que traen ganchos por cabellos,
colgados también quedaran.

ESCENA XIX

Sale un BANDOLERO.

BAND. 1.° Mira, Roberto, por ti;
que todos estos lugares,
para vengar sus pesares,
se van convocando aquí.
Procura hacer resistencia
ó embocarte en la espesura.
ROBERTO. ¿Qué haremos?
LAUREN. Probar ventura;
hoy veréis quién es Laurencia.
En matando á don Guillén,
acometerlos podremos
para que ricos quedemos,
que huir no parece bien.
ROBERTO. Moriré determinado
de defender tu beldad.
LAUREN. A ellos, pues, y dejad
aquí este villano atado.
Pero no, venga conmigo,
que si vitoria alcanzamos
de los que á acometer vamos,
después le daré castigo. (*Vanse*)

(1) Faltan dos versos en el original para completar esta redondilla y empezar la que sigue.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen LIRANO, MARBELIO *y* MAROTO.

LIRANO. No fué nada; huyeron todos;
y aunque han ido por más gente,
cuando asaltarnos intente
no nos han de faltar modos,
si nos llevasen ventaja,
para emboscarnos, que aquí
todo es monte.
MARBEL. Es asi;
pero entre tanto que baja
la aragonesa cuadrilla,
de aqueste olivo colgad
ese hombre.
MAROTO. ¿Y que es verdad
que á vista de nuesa villa
me quieren ahorcar?
LIRANO. De noche
es, no hay que tener temor
que os salgan á dar favor.
MAROTO. Porque una mujer reproche
y con ella no me caso,
¿es justo matarme así?
LIRANO. Mándalo Laurencia.
MAROTO. Aquí
de un salto hasta el cielo paso.
Pero, pues hemos llegado
á hablar verdades, más quiero
morir ahorcado, soltero,
que estar vivo y ser casado.
Olivo: de mi fortuna
os doled, mirad mi daño,
que no dais buen fruto hogaño
ni Maroto es aceituna
para que de vos colgado
imitéis en tales dudas
al saúco de do Judas
dicen que estuvo ahorcado.
MARBEL. Atalde mientras que apresto
el cordel.
MAROTO. ¡Aquí del Reye!
Porque no me caso ¿es leye?
¿Es justicia?
MARBEL. Acabad presto;
pero, escuchad, que parece
que hay ruido de batalla.
VOCES. (*Dentro.*)
¡A ellos, mueran, que es canalla!

OTRAS. ¡Mueran!
LIRANO. El peligro crece.
MARBEL. Dejalde atado, y después
volveremos á acabar
lo empezado.
LIRANO. Si el lugar
no le libra.
MARBEL. Vamos, pues.
(Vanse y dejan atado á Maroto.)

ESCENA II

MAROTO *solo.*

¡Madre de Dios, siempre he sido
amigo y vueso devoto;
porque no quiere Maroto
ser de una loca marido,
me matan, Madre de Dios!
Toda boda es peligrosa,
yo no quiero más esposa
ni más amores que á vos;
las demás que esposas son
las manos y libertad
atan, que al fin es verdad
que toda esposa es prisión.
Pero vos, que á los humanos
desatáis libertadora,
pues que sois mi esposa agora
desatad mis pies y manos.
Que porque no me maltrate
quien mi muerte sentenció,
si así una mujer me ató
otra es bien que me desate.
(Ábrese un olivo, y entre sus ramas está una imagen de Nuestra Señora de la Merced.)

ESCENA III

NUESTRA SEÑORA *y* MAROTO.

VIRGEN. ¡Maroto!
MAROTO. ¡Ay, Dios! ¿Quién
me nombra?
VIRGEN. Alza alegre la cabeza.
MAROTO. ¿Quién sois, divina Señora?
VIRGEN. Quien tu fe y devoción prueba.
La Dama del Olivar
ha de llamarme esta tierra,
consagrándola mi nombre
y honrándola mi presencia.
El olivo significa
misericordia, y la Iglesia
se alumbra con su licor.
Misericordia es clemencia,
la clemencia á nadie mata,
siendo esta verdad tan cierta,
necio es quien en este olivo
darte muerte ciego intenta.
Yo, que al fin soy la paloma
que en el diluvio y tormenta,
que en el mar de los pecados
todos los hombres anega,
desde el arca de Noé,
de la ley de gracia nueva,
el ramo de oliva traje
que anuncia la Pascua eterna.
Aquel pimpollo admirable,
ramo de la oliva inmensa,
que siempre verde y florido
el tronco del padre engendra.
Aquel ramo que plantó
el labrador que sustenta
los cielos en mis entrañas,
sin que humana obra se atreva
á poner en su labor
la mano, porque en vez della
es el Espíritu Santo
quien la planta y quien la riega.
Aquel engerto divino,
que de dos naturalezas
en un supuesto da el fruto
que sana el que comió Eva.
En fin, yo la oliva soy
que á Dios hombre cría y lleva,
que es aceite derramado
en el lugar de la iglesia.
Yo, pues, que en ella quedé
por legítima heredera,
por ser Hija, Madre, Esposa,
de los tres que en uno reinan,
he plantado un olivar,
que puesto que agora empieza
á crecer, se extenderá
por el orbe de la tierra.
Cuatro frutos dará al año,
aunque de especies diversas,
porque su fertilidad
cause asombro á quien la vea.
Será el primero sabroso
por el voto de pobreza,
que aunque la forzosa amarga,
la voluntaria deleita.
Pues no sin causa la oliva
es amarga á quien la prueba
verde, y después por sabrosa
honra la más noble mesa.
Tras este fruto se sigue
el segundo de obediencia,
mortificando sus gustos
á la voluntad ajena:
que por eso la aceituna,
que es su símbolo, se quiebra,
muele, parte y martiriza
en el lagar y la prensa,
de donde el aceite puro
se saca, que á Dios recrea;
que después de los trabajos
ofrece luz la paciencia.
El tercero es castidad,
fruto que la palma lleva
á todas cuantas virtudes
á los santos hermosean.
Que no sin causa el aceite,
si con el agua le mezclan,
á otro licor le juntan,
por más que con él le envuelvan
siempre está encima de todos;
que siendo el cielo su esfera,
como rey de las virtudes
sobre todas triunfa y reina.

El cuarto la caridad,
emperatriz que gobierna
los cielos y rige el mundo:
fuego que abrasa y no quema;
luz que alumbra á todo hombre;
que, en fe desto, en nuestra iglesia
da luz de noche y de día
y el fuego de amor sustenta.
Redimirá aqueste fruto
los cautivos que atormenta
el blasfemo y torpe amor,
para que con fama eterna,
llamándose Redentores,
den sus vidas y su hacienda
por sus hermanos, que oprimen
las crueldades sarracenas.
Darán para ellos sus vidas,
quedándose en sus cadenas,
porque ellos salgan seguros,
virtud excelente y nueva.
Pero, en fin, como la oliva,
que toda á todos se entrega
dejándose hacer pedazos,
dando sus entrañas mesmas,
llamaráse este olivar
de la Merced, porque en ella
la han de hallar sus oprimidos,
blasón que ha de ennoblecerla...
Y para que estimes más
esta heredad, que comienza
desta tierra á florear
con divinas influencias,
un Rey es su labrador
para que más se ennoblezca:
mira cómo con sus armas
la autoriza su nobleza.
Don Jaime el Conquistador,
que entra triunfando en Valencia,
le planta y le da principio,
¿qué maravilla que crezca?
Del pecho piadoso nace
de Pedro Nolasco, piedra
fundamental, que promete
en el valor y firmeza.

(*Con los Santos y corona que refiere ha de estar adornado el árbol.*)

Por primicias de ese fruto
es la primer fruta nueva
otro Pedro de Armengol,
que dél, como oliva cuelga.
Un Ramón es verde rama
que mi olivar fertil echa,
no nacido y milagroso
que con un candado cierran,
porque tal aceite y fruto
en fe de lo que se precia,
con candado ha de guardarse
para dar luz á mi Iglesia.
Un Serapión es esotro,
oliva sabrosa y tierna,
que en el lugar del martirio
descoyuntan y atormentan.
La corona que remata
este olivo, á todos muestra
que es real, militar y noble,
para que á todos exceda.
Siendo, pues, de tal valor
esta heredad, porque tenga
lo necesario, he querido
que aquí se labre una iglesia
donde mi aceite se guarde,
y con mi misma presencia
se autorice en Aragón
que á esta Orden sirve y precia.
Ve, pues, pastor, á Estercuel,
su gente convoca, y llega
á su señor, mi devoto,
llama y diles que aquí vengan,
y este sitio me dediquen
con un templo, donde vean
mi imagen, que en este olivo
como en su trono se asienta,
y dándole á la Merced
estimen la merced nueva
que les vengo á hacer propicia,
y tú, por que goces della,
pues por esposa me elijes,
el ganado y campos deja,
y sírveme en esta casa,
pues el que me sirve reina.

(*Encúbrese.*)

MAROTO. ¡Oh visión digna de espanto!
pues que me libras y sueltas
y tengo en ti tal esposa,
dete alabanzas mi lengua.
A hacer voy lo que me mandas:
Religión piadosa y tierna,
yo os serviré desde hoy más.
Olivar de fama eterna,
desde hoy quedará memoria
que celebre tu grandeza,
la *Dama del Olivar*,
de amor y de dichas prenda. (*Vase.*)

ESCENA IV

Sacan á DON GUILLÉN *los* LABRADORES, *y salen* DON GASTÓN *y* DOÑA PETRONILA.

NISO. Huyeron los bandoleros,
y á dos encinas atados,
para pagar sus pecados,
aquestos dos lobos fieros
de nuestras tiernas ovejas
se dejaron.

CORBATO. Permisión
del cielo, pues ellos son
la causa de nuestras quejas.

GASTÓN. A mi poder, don Guillén,
la fortuna os ha traído,
y aunque de vos ofendido
querellas justas me den
mis vasallos, y pudiera
satisfacella con vos,
el valor que me dió Dios
mi agravio no considera.
Sin mi gusto á Montalbán
os quemaron mis vasallos,
que no pude refrenallos,
porque ofendidos están.
Que cuando la injuria es tal,
las riendas del tiento pierde,
y un perro con rabia muerde

con ser tan fiel animal,
Mostrara ser caballero
agora, y libre os dejara,
si en daño no resultara,
como sabéis, de tercero.
Pero haciéndolo, provoco
todo el lugar de Estercuel,
y ya sabéis cuán cruel
es un pueblo y vulgo loco.
Mientras Laurencia parece
y se aplaca tanto exceso,
será razón que estéis preso,
y el alcaide que os ofrece
mi nobleza, es á mi hermana,
que en regalo y cortesía
dará muestras que lo es mía.

GUILLÉN. Libertad mi suerte gana
con ser yo su prisionero;
y aunque estimo este favor,
sois caballero mayor
y en Aragón el primero,
bien pudiérades mostrar
vuestro poder por mil modos,
que vuestros vasallos todos,
son de bien y mal pasar
y á vuestro gusto obedientes.
Cuando libertad me deis
han de aprobar lo que hacéis
sin mirar inconvenientes;
pero hacer podéis de mí
vuestro gusto, pues estoy
sujeto.

GASTÓN. Su señor soy,
mas el valor que adquirí
quiere, por más que me amen
si de bien y mal pasar
son, que los de este lugar
no de mal pasar se llamen.
Mas solo de pasar bien,
que cuando á regillos vengo,
los viejos por padres tengo
y por hermanos también
los mozos, porque es mejor,
para poder gobernallos,
hacer hijos de vasallos
y convertir en amor
el poder, que no han de dar
como encina el fruto á palos,
pues por fuerza saldrán malos
vasallos de mal pasar.

GUILLÉN. Enseñáisme, don Gastón,
á vivir por vuestro preso,
y obligado me confieso,
puesto que si mi prisión
goza de tal carcelera
más parece libertad.

PETRON. ¡Que tenga yo voluntad
á quien no la considera!
¡Oh, fuerza de un dios tirano!
libraréle, que es rigor
prender á quien tengo amor.
(*Llévanle y vase* Doña Petronila.)

GASTÓN. Este queda en vuestra mano.
Como no le deis la muerte
ni saquéis sangre, vengad
en él vuestra voluntad
para que á enmendarse acierte.

ESCENA V

DICHOS, *menos* DOÑA PETRONILA *y* DON GUILLÉN.

NISO. Hacéisnos señor merced.
¡Yo os juro á San...! alcahuete,
que heis de pagarlo.

GALLARD. Hoy promete,
Gallardo, enmienda. Tened,
lástima deste lacayo.

CORBATO. Allá lo veréis, venid.

ARDENIO. No le saquéis, advertid,
sangre.

NISO. Yo os voto á mi sayo
que la afrenta de Laurencia
nos la habéis hoy de pagar.

ARDENIO. No le podréis azotar
mientras no mos den licencia
de sacarle sangre.

NISO. Bueno;
desnúdele yo una vez,
que siendo como la pez
dentro, y de fuera moreno,
en él quebraré mi cinta
sin miedo que se desangre,
porque éste no tiene sangre,
sino en lugar della, tinta.
(*Llévanle.*)

ESCENA VI

Sale MAROTO.--DICHOS, *menos* GALLARDO.

MAROTO. Señor: dad gracias al cielo
y vuestra dicha estimad,
en vuestra misma heredad
para premiar vuestro celo,
un tesoro hay encerrado
que con él rico quedéis.

NISO. ¿Tesoro?

MAROTO. Un tesoro he hallado
en el olivar.

GASTÓN. Maroto:
¿qué decís? ¿estáis en vos?

MAROTO. No hay cosa, después de Dios,
que valga tanto.

CORBATO. Remoto
venís de vueso juicio.

ARDENIO. ¿Qué tesoro puede haber
que tanto llegue á valer?

MAROTO. Ni el sol, á quien sacrificio
hicieron tantas naciones,
ni del cielo el mejor santo,
ni un serafín vale tanto;
si no creéis mis razones
venid, y sobre un olivo
veréis la Fénix que es una,
la Estrella del mar, la Luna,
la que es Hija de Dios vivo,
de Dios vivo Madre hermosa,
de Dios vivo Esposa bella,
porque se encierran en ella
ser Hija, Madre y Esposa.
Atado en él me dejaron

los bandoleros crueles,
y rompiendo los cordeles
mis tinieblas alumbraron
sus rayos de luz divina;
mandóme que aquí viniese
y que á todos os dijese,
si servilla determina
nueso dueño y Estercuel,
que una casa la edifiquen
y á la Imagen la dediquen
que es la flor y fruto dél,
y á los Padres Redentores
de la Merced se la den,
porque su Merced también
nos ha de hacer mil favores.
¿Hay tesoro que sea igual?
Venid conmigo y veréis
la verdad que no creéis.

CORBATO. No habéis vos bebido mal.
¡Ao, por santo se nos vende!
diz que la Virgen María
del cielo á hablarle venía.

ARDENIO. Sí, por cierto.

NISO. Bien lo entiende.

GALLARD. El, es verdad, que es buen hombre
y devoto, mas no tanto
que quiera hacérsenos santo
y con milagros asombre.
La imagen que España goza
á su Apóstol por lo menos
mostró sus ojos serenos
dando vida á Zaragoza
y renombre á su Pilar;
pero ¡á un pastor simple y tosco!

MAROTO. Que soy pecador conozco;
pero no habéis de mirar
mi indigno ser y bajeza,
que Dios desprecia tal vez
de los hombres la altivez
y antepone la pobreza.

GASTÓN. Cosas de milagro son,
Maroto, dificultosas,
y al crédito peligrosas;
mirad que será ilusión
del demonio, que ya sabe
transformarle en una cruz
y fingirse Angel de luz
porque de perderse acabe
el simple que es indiscreto;
vuelva vuestro seso en sí,
que éste será frenesí
ó ilusión vana.

MAROTO. En efeto
que la dicha que os ofrezco
¿no creéis?

NISO. Andad con Dios.

GASTÓN. Ni hasta aquí sois santo vos,
ni yo tanto bien merezco. (*Vanse.*)

MAROTO. En fin, no quieren dar fe,
dulce esposa, á mis palabras,
á mis ovejas y cabras
corrido me volveré.
Vos los podréis alumbrar
con otro mejor testigo
mientras yo adoro y bendigo
la *Dama del Olivar*. (*Vase.*)

ESCENA VII

Salen los LABRADORES *con* GALLARDO, *y sacan un vaso con una purga.*—DICHOS, *menos* MAROTO *y* DON GASTÓN.

NISO. Ea, ténganle los dos,
que yo le he de dar tormento.

GALLARD. Señores míos, con tiento.

CORBATO. Calle.

GALLARD. Por amor de Dios;
ya saben que esto ha de ser
sin sacar sangre.

NISO. El humor
queremos sacar, traidor,
que bellaco os vino á hacer,
y á todos nos alborota.
Callad, y sufrí el castigo.

GALLARD. Sin sacar sangre les digo.

ARDENIO. No os sacarán ni una gota.

GALLARD. Pues ¿qué ha de ser?

NISO. Esta purga
habéis de beber aquí.

GALLARD. ¿Purgarme en salud á mí?

CORBATO. La bellaquería os hurga
allá dentro, y es razón
que quedéis limpio del todo.

GALLARD. No cumpliréis de ese modo
lo que manda don Gastón.

MONTAN. ¿Por qué?

GALLARD. ¿No dice que sea
sin que sangre me saquéis?

NISO. Sólo quiero que os purguéis,
nadie sangraros desea.

GALLARD. Esas razones son vanas,
pues mal me podréis purgar
sin que sangre venga á echar,
que estoy malo de almorranas.

MONTAN. No se entienda el mandamiento
de sangre que sin castigo
sale por roin postigo.

NISO. Tomad.

GALLARD. ¿Hay igual tormento?
Que he de morirme es notorio.

CORBATO. Purgad vuestro mal gobierno
y pasaréis al infierno
desde aqueste purgatorio.

GALLARD. Eso es fuera de razón;
al que al purgatorio pasa
el infierno no le abrasa.

NISO. ¿Pues eso no es de pasión,
que pasaporte os darán?

ARDENIO. ¡Vaya de purga!

GALLARD. ¿No sabes
que purgarse sin jarabes
es mal hecho?

NISO. En Montalbán
os jaropeastes primero.

GALLARD. ¿Con qué?

NISO. Con bellaquerías,
jarabes todos los días
tomabais alcabalero.

GALLARD. ¿Cuál es?

NISO. Guindas serenadas
con azúcar.

GALLARD. Yo, ¿qué es de ellas?

NISO. ¿No son guindas las doncellas

agridulces coloradas?
¿No las sacábades vos
de noche por el sereno?
¿Decid, cacique moreno,
y á la mañana los dos
las echábades traviesos?

GALLARD. Si son guindas las que escucho,
quien come guindas, no es mucho
que arroje después los huesos.

NISO. Jaropado estáis, purgar
os falta agora.

GALLARD. ¿No sabes
que la purga y los jarabes
siempre se han de confremar?
Si doncellas serenadas
me jaropan, ¡fuego en ellas!
los jarabes de doncellas
piden purga de casadas.

CORBATO. Bien rehusáis para vos.

NISO. ¿Aún ahí vos las tenéis?
Bebelda, si no queréis
que el cincho me quite.

GALLARD. ¡Ay, Dios!
¿No hay vinagre ó aceituna
con que la tome?

CORBATO. Esa cara
toda es vinagre.

GALLARD. Repara...

CORBATO. No hay reparación ninguna.
Abra la boca le digo.

GALLARD. ¡Puf!

NISO. Pues qué, ¿no huele bien?

GALLARD. Huele á ruibarbo y á sen.

NISO. ¡Ea!

GALLARD. ¡Dios vaya conmigo!

CORBATO. Agora que esto está hecho
venga y verá lo que falta.

GALLARD. El alma en las tripas salta.

NISO. Calle, que es de gran provecho.

GALLARD. Señores, hagan su oficio,
que si dónde no me dan,
de mi cámara serán
y estarán á mi servicio.

NISO. Allá lo veréis, vení.

GALLARD. Ya la prisa me provoca,
la purga tengo en la boca.

ARDENIO. No ha de colar por ahí.

GALLARD. Déjenme, pues.

MONTAN. ¡Bien, á fe!
Aún no sabéis el soceso.

GALLARD. No importa llevarme preso,
porque yo me soltaré. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Sale MAROTO.

MAROTO. Madre mía, Esposa mía,
yo llevé vueso recado,
nadie crédito me ha dado,
que juzgan á hipocresía
mi buen celo. ¿Qué he de hacer?
Pena notable recibo.
(Aparécese Nuestra Señora.)

VIRGEN. Maroto.

MAROTO. ¿Sobre el olivo
os merezco otra vez ver?

VIRGEN. Vuelve y dile á don Gastón
que, estimando su ventura,
venga, y si gozar procura
tan celestial ocasión,
que aquí me labre una casa
y á la Merced se la dé.

MAROTO. ¿Cómo si no me dan fe
y es mi suerte tan escasa
que burlan de mi simpleza?

VIRGEN. Llégate, Maroto, acá;
agora te creerá.
(Vuelve la cabeza atrás y encábrese.)

MAROTO. ¡Ay, Dios! ¿Qué es de mi cabeza?
¿Qué es de mi cara? No tiento
si cogote y colodrillo,
señora, si he de decillo,
¿con qué boca, con qué aliento?
Pero á las espaldas tengo
la cara que me torció
el rostro, y acá le echó,
un hombre hecho revés vengo.
Si Estercuel en mí repara,
de verme tendrá temor,
ó creerá que soy traidor,
pues llevo detrás la cara.
No la puedo revolver,
los carcañales me miro,
no sin ocasión me admiro,
¿cómo tengo de comer?
Adelante la barriga
y á las espaldas la boca.
¿Qué es esto? Simpleza loca.
¿Quién desta suerte os castiga?
Mas, pues me manda que acuda
la Virgen, así hecho un mostro,
y echándome atrás el rostro
en hombre al revés me muda,
y es mi cuello de tornillo
que alrededor se me anda,
vo á decir lo que me manda
y á hablar por el colodrillo,
que con señal semejante
me creerán, y de hoy más
los pies irán hacia atrás
para andar hacia delante. *(Vase.)*

ESCENA IX

Salen DON GUILLÉN *y* DOÑA PETRONILA.

DOÑA PETRONILA.

Ya, don Guillén, que vuestra carcelera
me hizo don Gastón, porque ha sabido
serlo mío el amor y llama fiera
que en fuego me abrasó, no agradecido
porque os privéis de tanta gente fiera
y pueblo que de vos se ve ofendido,
y os quiere aquí abrasar de enojo ciego,
siendo verdugo un fuego de otro fuego,
si palabra me dais de ser mi esposo
(puesto que en vos palabras viento sean),
de aqueste trance, fiero y peligroso,
sacaros quiero, porque todos vean
que en mí el amor es noble y generoso,
si el vuestro ingrato, y en piedad se emplean

mis pensamientos, dando en lo que hoy hago
á vuestra ingratitud diverso pago.

DON GUILLÉN.

Hermosa Petronila, arrepentido
de tantas travesuras como he hecho,
jamás han de borrar tiempo ni olvido
favores nobles de ese hidalgo pecho;
á vuestra voluntad estoy rendido
y de amor tan notable satisfecho;
ya preso quede, ya me deis la vida,
á vuestro amor desde hoy queda rendida.
Si en mí tiene valor el juramento,
por la cruz que ennoblece aqueste lado,
á quien servir desde hoy humilde intento,
si hasta aquí indignamente la he llevado,
por el cielo y su hermoso firmamento,
por esos ojos, en quien han hallado
mis travesuras fin, mi amor reposo,
de ser, agradecido, vuestro esposo.

DOÑA PETRONILA.

Pues por este portillo, que secreto
sale al campo y ninguno le ha sabido,
podéis libre salir, y tenga efeto
lo que me habéis jurado y prometido.

DON GUILLÉN.

Si en Montalbán me veo, yo os prometo
de dar orden al punto, agradecido,
al desposorio que á mi amor conviene.

DOÑA PETRONILA.

Salid, pues; mas ¿qué es esto? Gente viene.

ESCENA X

Sale GALLARDO.—DICHOS.

GALLARD. Desátame aquestas manos,
señor, por amor de Dios;
desatacadme los dos.
¡Lleve el diablo á los villanos!
GUILLÉN. ¿Es tiempo éste de locuras?
¿Qué dices?
GALLARD. ¡Ay!
GUILLÉN. ¿Qué es esto?
GALLARD. Desatadme presto, presto.
GUILLÉN. ¿Qué hay, pues?
GALLARD. ¡Bravas apreturas!
Hay, que el ruibarbo me hurga
las tripas, ¿quién vió purgado,
señor, jamás atacado?
GUILLÉN. ¿Qué tienes?
GALLARD. Estoy de purga.
Córtame estas agujetas,
ó sin ser juez, ¡vive Dios!
que me provea en los dos.
GUILLÉN. ¿Qué te han hecho?
GALLARD. Si me aprietas
será fuerza que me afloje.
PETRON. Ya sueltas las manos tienes.
GUILLÉN. ¿Cómo de esa suerte vienes?
GALLARD. Cuando menos me congoje
este mal, te lo diré.
Más tienen de dos mil nudos
aquestos lazos cornudos,
mas, par Dios, que los corté.
Aguarda, que luego vuelvo
á contarte lo que pasa. *(Vase.)*
GUILLÉN. Agora que el sol abrasa
en no salir me resuelvo.
PETRON. De noche será mejor,
no te sientan los villanos.
GUILLÉN. Yo agradeceré á tus manos
mi vida, ser y favor.

ESCENA XI

Sale GALLARDO.— DICHOS.

GALLARD. Ya que aliviado me siento,
cumpliendo en este discurso,
señor, con el primer curso
sin estudiar, va de cuento.
Mandó á aquestos villanotes
don Gastón que se vengasen
en mí, sin que me sacasen
sangre; libréme de azotes
y toda mutilación;
mas hallaron un tormento...
Mucho aprieta este argumento,
voy á dalle solución. *(Vase.)*
GUILLÉN. Si ha de sentir vuestro hermano
que me libréis...
PETRON. Don Guillén:
mi hermano me quiere bien,
y es tan noble y cortesano,
que si los dos nos casamos
será extraño su contento.

ESCENA XII

Sale GALLARDO.— DICHOS.

GALLARD. Pero hallaron un tormento
(aquí pienso que quedamos)
para mi daño y su risa,
y fué purgarme, atacarme...
¡Válgate el diablo por prisa! *(Vase.)*

ESCENA XIII

Sale DON GASTÓN.—DICHOS, *menos* GALLARDO.

GASTÓN. A ver hermana del modo
que vuestro preso guardáis
he venido, y pues estáis
con tal cuidado el día todo
sin que le perdáis de vista,
no por descuido se irá.
PETRON. Preso, hermano mío, está,
sin que se queje ó resista.
En la obligación que os tiene
deseoso de pagar
en cosa que os ha de dar
gusto, y á mí me conviene.
GUILLÉN. Vuestra hermana y mi señora
(puesto que es mi carcelera)
interceder por mí espera

y ser mi procuradora.
Y yo, si deste lenguaje
usar con ella es razón,
con el alma y corazón
le pagaré el carcelaje.
GASTÓN. Si yo os veo, don Guillén,
con el sosiego que es justo,
tendré en eso mucho gusto.

ESCENA XIV

Sale MAROTO *con la cabeza torcida.*—DICHOS.

MAROTO. Cuantos me escuchan y ven
se admiran de la postura
de mi cabeza trocada.
GASTÓN. ¿Qué es esto?
MAROTO. Una cabezada
que hoy me ha dado mi ventura.
Como todos ponéis duda
en mi grosera simpleza
y habéis dado de cabeza,
mi cabeza, cual veis, muda,
la *Dama del Olivar*,
para que tanto portento
hoy os sirva de escarmiento
y la vengáis á buscar.
Asióme con ambas manos,
y como es de barro el hombre
(porque este caso os asombre
y me deis fe más humanos)
de una vuelta que me dió,
cual si fuera de tornillo,
acá me echó el colodrillo
y acá la cara me echó.
Dice que esto sea señal
de que en el olivo hermoso
os espera, y que un famoso
convento, en fábrica real,
la labréis allí en que viva,
que su sagrario ha de ser
el olivo, donde á ver
vaya Aragón esta oliva;
que á los padres Redentores
se entregue la dicha casa,
por ser gente que á Argel pasa
y con divinos fervores
como olivos frutifican
en la casa de su Dios.
Patrón habéis de ser vos
si este templo la fabrican
dejando el blasón aquí
eternamente fundado
del renombre que ha ganado
la sangre de Bardají.
GASTÓN. ¡Caso nuevo!
PETRON. ¡Gran milagro!
GASTÓN. ¡Virgen santa! don Gastón
os pide humilde perdón;
yo desde agora os consagro
esa casa, que ha de ser
honra de mi descendencia;
no perdamos tal presencia;
venid don Guillén á ver
esta nueva maravilla.
Suelto estáis, que no es razón
que nadie quede en prisión
si está la Reina en mi villa.
GUILLÉN. Debidas gracias os doy.
GASTÓN. A la Virgen se las dad.
GUILLÉN. Pagaré la libertad,
Petronila hermosa, hoy
con quedar de nuevo preso
en el lazo y yugo santo
vuestro, si merezco tanto.
PETRON. Mi ventura estriba en eso.

ESCENA XV

Sale GALLARDO.—DICHOS.

GALLARD. En fin, las manos atadas
y la purga en la barriga...
GASTÓN. ¿Qué es esto?
GALLARD. Es cierta fatiga
de tripas alborotadas.
GASTÓN. ¡Gallardo! descolorido
estáis: ¿habraos maltratado
esta gente?
GALLARD. Hanme sacado
el alma á traición.
GASTÓN. ¿Qué ha sido?
GALLARD. Escarmentar desde hoy más
de alcahuetar á ninguno.
GASTÓN. Pues ¿qué es?
GALLARD. Un mal importuno,
mal de madre por detrás.
Poeta, señor, me he vuelto,
que en lugar de redondillas
á pares las seguidillas
echo, y mucho verso suelto.
Que me declare, dirás,
y así á lo pulido digo
que vengo por más castigo
con vómitos por detrás.
GASTÓN. ¡Buen humor!
GALLAR. El bueno y malo
he purgado, ¡vive Dios!
GUILLÉN. Sueltos estamos los dos.
GALLARD. Para ti será regalo
que, en fin, por tu vida has vuelto;
mas yo que con tal pasión,
sin cadenas ni prisión,
cada momento me suelto,
¿qué he de hacer? Pero ¿qué es esto?
¿Quién la cara os puso así?
MAROTO. Vamos, señores, de aquí;
así el cielo me la ha puesto.
GALLARD. En eso nos parecemos
los dos, sin ser Galalón,
que las caras á traición
y la enfermadad tenemos.
GASTÓN. Virgen, yo os haré una casa
en que os sirva la Merced.
¡Vos á todos nos la haced!
GUILLÉN. Desde hoy vuestro amor me abrasa,
doña Petronila hermosa,
y dejando travesuras
he de fundar mis venturas
en teneros por esposa.
GALLARD. Yo me holgara si tuviera
la cara atrás como vos,

que desta suerte, par Dios,
que lo que purgara viera. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Salen los VILLANOS.

NISO. ¿Mi Laurencia bandolera
después de estar deshonrada?
¿Y no ha de ser castigada
la torpeza infame y fiera
de quien ha sido ocasión
de tanto mal? ¿Esto es bien?
Si no mata á don Guillén
y me venga don Gastón
tendré causa contra él justa.
ARDENIO. Don Gastón de Bardají
es noble y cuerdo, y así,
pues de traiciones no gusta,
cumplirá con vuestra queja
como, en fin, nuestro señor.
NISO. No hay satisfación de honor
si vivo á don Guillén deja;
pero, esperad, ¿qué tropel
de gente es ésta que aquí
sale? ¿No es don Gastón?
CORBATO. Sí,
y casi todo Estercuel
le acompaña.
NISO. ¿A qué vendrá?
MONTAN. Quizá viene á dar castigo
al cruel.
CORBATO. También lo digo.
ARDENIO. Si el señor de Montalbán
muere, yo quedo contento.
NISO. Y yo haré que mi Laurencia,
alegre á nuesa presencia,
trueque en gozo mi tormento.

ESCENA XVII

Salen todos los que pudieren.—DICHOS.

MAROTO. Este es el olivo santo
donde vi la vez primera
y la segunda á la Virgen
que me torció la cabeza.
Aquí la habemos de hallar.
GASTÓN. Hinquemos todos en tierra
las venturosas rodillas,
y con oraciones tiernas
la Salve todos digamos,
porque obligada con ella
nuestra ventura asegure
mostrándonos su presencia.
PETRON. Yo, pues, comienzo la Salve.
Aurora del Sol divino
que á alumbrar el mundo vino
con sus rayos, *Dios te salve.*
GASTÓN. Hija del Eterno padre,
Reina de inmenso poder,
en ti mereció tener
nuestra dicha, *Reina y Madre.*
GUILLÉN. A Dios pusiste en concordia
con el hombre rebelado,
porque en ti la espera ha hallado,
Virgen de misericordia.
MAROTO. Tú quitaste el amargura
de la fruta triste de Eva,
porque en tu amor goza y prueba
el alma, *vida y dulzura.*
PETRON. Aunque nuestra culpa muestra
el castigo que temblamos,
seguros contigo estamos,
que eres *esperanza nuestra.*
GASTÓN. Por patrona te nombramos;
sin tu favor no podemos
vivir; por luz te tenemos,
madre nuestra, *á ti clamamos.*
GUILLÉN. Pues de los cielos airados
eres la llave maestra,
haz como en la patria nuestra
te gocen *los desterrados.*
MAROTO. Y, pues eres madre nueva,
de nuestra gracia y perdón
hijos tuyos sólo son
los que fueron *hijos de Eva.*
Sin ti huérfanos estamos,
y como el niño suspira
cuando á su madre no mira,
Señora, *á ti suspiramos.*
GASTÓN. Si lágrimas derramando
gana el cielo el que es más fuerte,
tus hijos que están advierte,
Madre, *gimiendo y llorando.*
GUILLÉN. Sin ti, que de nuestro espanto
eres remedio, ¿qué haremos
los que afligidos nos vemos
en este *valle de llanto?*
MAROTO. Si nuestro consuelo muestra
tu presencia, Virgen bella,
muéstranos tu luz en ella,
ea, pues, abogada nuestra.
PETRON. Alivia nuestros enojos;
si en tus ojos la paz vive,
que nuestra vida recibe,
muéstranos esos tus ojos.
GASTÓN. Que si fueron rigurosos
los de la ira de Dios,
esos tus luceros dos
serán *misericordiosos.*
Alegrando nuestro luto
tú que eres árbol de vida,
nos darás con paz cumplida
á Jesús, bendito fruto.
MAROTO. Porque cuando nos encuentre
el enemigo cruel,
tendremos remedio en él
por ser fruto *de tu vientre.*
PETRON. ¡Oh palma, oh ciprés, oh rosa!
alegra nuestra esperanza,
Luna llena sin mudanza,
¡oh clemente! ¡oh piadosa!
GASTÓN. ¡Oh aurora de nuestro día!
¡oh arca del testamento!
¡oh estrella del firmamento!
¡oh dulce Virgen María!
GUILLÉN. Con tus favores benignos
y gracia, *ruega por nos,*
sagrada Madre de Dios,
para que seamos dignos.
MAROTO. En el mar que el mundo ha visto,

donde la culpa se embarca,
pues de Noé eres arca
de las promesas de Cristo.

ESCENA XVIII

Aparécese NUESTRA SEÑORA.—DICHOS.

VIRGEN. Hijos: el amor que siempre
he tenido á vuestra tierra,
pues en vida á Zaragoza
ilustré con mi presencia,
me obliga á que mi retrato
os deje, en quien todos tengan
refugio en sus aflicciones
y socorro en sus miserias.
Labradme en este olivar
un Monasterio y Iglesia
que mis hijos Redentores
dichosamente posean,
y haciendo el altar mayor
en esta parte, por prueba
de que soy paloma pura
que el ramo de oliva lleva,
en este olivo tendré
mi sagrario, sin que vean
que sus hojas saludables
eternamente estén secas.
Sanarán enfermos tristes
de enfermedades diversas
con las hojas deste olivo
poniendo mi gracia en ellas.
Y el pastor que descubrió
esta maravilla inmensa
(Vuélvesele la cara adelante.)
y ya por mi favor tiene
en su lugar la cabeza,
sirviéndome en esta casa,
trocará campos y ovejas
por la oveja que dió al hombre
el *Agnus* que Juan enseña.
Hónrate de aquí adelante
á los patrones que heredan
esta villa y devoción
con hazañas y nobleza.
Hijos: mi imagen os dejo;
reverenciándome en ella,
La Dama del Olivar
ilustra la patria vuestra.
(Encúbrese.)

ESCENA XIX

DICHOS, *menos* NUESTRA SEÑORA.

GASTÓN. ¡Oh, hermosura del Carmelo!
PETRON. ¡Oh, luz de nuestras tinieblas!
GUILLÉN. ¡Oh, salud de nuestros males!
MAROTO. ¡Oh, en fin, paz de nuestra guerra!
GASTÓN. Yo emplearé en vuestro servicio
aquí mi vida y hacienda,
que buen mayorazgo en vos
á mi sucesión le queda.
MAROTO. No sé cómo ya no tengo,
señor, la cabeza tuerta!
Desde hoy pastor de la Virgen
he de ser, y mi esposa ella.

ESCENA XX

Sale LAURENCIA.—DICHOS.

LAUREN. ¿Qué luz es la que ha alumbrado
mi alma, que loca y ciega
en desatinos vivió?
GASTÓN. ¿Qué es aquesto?
NISO. Mi Laurencia.
LAUREN. Una voz de este olivar,
entre estas ocultas sierras
donde el agravio, me hizo,
de don Guillén, bandolera,
me llamó, y viniendo aquí
con la virginal presencia
de esta señora divina,
mis vicios dan hoy la vuelta.
Yo os consagro, insigne imagen
mi vida, y desde hoy ordena,
si en pecados la imité
en virtud ser Magdalena.
GALLARD. Yo vengo tan bien purgado,
que ningún mal humor queda
en mi cuerpo ni en mi alma.
Gallardo, Virgen inmensa,
será vuestro motilón;
y si me dan la despensa,
seré un santo despensero,
si es posible que esto sea.
GASTÓN. Partamos á Zaragoza,
y al General que gobierna
la Orden de la Merced,
Pedro Nolasco, que es piedra
divina de este edificio,
convidaremos que venga
á tomar la posesión
desta Virgen pura y bella;
y labrándose al momento
fábrica que permanezca
en honra de nuestra sangre
la piedad aragonesa
tendrá un santuario más.
GUILLÉN. Y yo, Petronila bella,
siendo esposo vuestro, doy
al cielo firmes promesas
de enmendar mis travesuras.
GASTÓN. La imagen divina es esta
y *Dama del Olivar.*
Perdonad las faltas nuestras.

LA SANTA JUANA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

La Santa Juana.
Juan Vázquez, *su padre.*
Don Juan.
Marco Antonio.
Ludovico.
Lillo, *lacayo.*
Francisco Loarte.
Juan Mateo, *viejo.*
Doña Leonor.
San Francisco.
Santo Domingo.
La Abadesa.
El Angel de la Guarda.
Sor María Evangelista.
Maestra de novicias.
Carlos V.
Don Alonso de Fonseca, *arzobispo de Toledo.*
El Gran Capitán.
Decio.
Un Criado.
Una Niña.
Elvira.
Gil.
Crespo.
Toribio.
Llorente.
Melchor.
Julio.
Fabio.
Labradores (1).

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen Elvira *y* Gil *de las manos, la* Santa *al lado de* Elvira, *como su madrina;* Juan Vázquez, *su padre, padrino;* Crespo, Toribio *y* Llorente, Músicos *cantando todos, de* Pastores, *con mucha grita.*

Músicos. *(Cant.)* Novios son Elvira y Gil,
él es Mayo y ella Abril;
para en uno son los dos,
ella es luna y él es sol.
Toribio. Elvira es tan bella.
Todos. Como un serafín.
Toribio. Labios de amapola.
Todos. Pechos de jazmín.
Toribio. Carrillos de rosa.
Todos. Hebras de alelís.
Toribio. Dientes de piñones.
Todos. Y aliento de anís.
Toribio. Gil es más dispuesto...
Todos. Que álamo gentil.
Toribio. Tieso como un ajo.
Todos. Fuerte como un Cid.
Toribio. Ella es hierbabuena.
Todos. Y él es peregil.
Toribio. Ella la altemisa.
Todos. Y él el torongil.
Novios son Elvira y Gil,
él es Mayo y ella Abril;
para en uno, *etc.*
Llorent. ¡Par Dios que habéis cantado
bravamente!
Toribio. ¿Ha estado bueno?
Llorent. ¡No lo entonara Galeno
tan bien!
Gil. Habéisnos honrado.
Juan. Aquí los novios se asienten
mientras se pasa la siesta.

(1) Intervienen además Cecilia, criada y Músicos.

GIL. Apacible sombra es ésta.
CRESPO. A docenas, Gil, se cuenten
los hijos que os diere Dios,
y para cada cual dellos
más ducados que cabellos
tengáis. Gocéisos los dos
más que Sara y Abrahám,
y calme Dios con ventajas
de vino vuestras tenajas
y vuestras trojes de pan.
Y por decir cuanto puedo,
por junto, hágaos el Señor
el más rico labrador
de la Sagra de Toledo.
Todo el mundo os quiera bien,
honrándoos por varios modos;
y pues he habrado por todos,
respondan todos, Amén.
TODOS. Amén.
GIL. Todo ese bien y ventura
que nos habéis deseado,
os vuelva el cielo doblado
con la bendición del cura;
que ya mi Elvira imagina
que, con favores sin tasa,
Dios bendice nuesa casa
por virtud de la madrina.
Pues si en tales regocijos,
porque más dicha nos cuadre,
la madrina es casi madre
y los novios son los hijos,
el bien que el cielo la ofrece
es bien que á los novios caya,
porque nos digan «Bien haya
quien á los suyos parece».
Juana es la vertú de España
tan buena como el buen pan.
Juan Vázquez, su padre, es Juan,
que basta, y aquí en Hazaña,
nueso pueblo, es tan amado
del poderoso y del chico,
que con ser hombre tan rico
de ninguno es envidiado.
Quien los conoce, los llama
de toda esta Sagra espejos;
él es dechado de viejos
y ella de doncellas fama.
Y así padrinos los nombra
por participar su estima;
que al que buen árbol se arrima
le cobija buena sombra.
JUAN. Basta, Gil, no digáis más;
págueos la alabanza Dios,
que es propio al bueno, cual vos,
decir bien de los demás.
Yo y mi Juana, á vos y á Elvira
os quedamos obligados,
que sois ya nuesos ahijados;
y, pues mi afición os mira
cual hijos, ved lo que os cuadre
en mi casa, que desde hoy
hijos sois y padre soy.
LOS DOS. ¡Viváis mil años, compadre!
JUAN. Hablad, Juana, á vuestra ahijada.
SANTA. Vos, padre, habláis por los dos;
hágaos sierva suya Dios,
Elvira, y muy bien casada.
LLORENT. Propia bendición de santa;
breve, en fin, y compendiosa.
TORIBIO. Siesta hace rigurosa,
vuestro sosiego me espanta.
Hagamos algo.
GIL. Mi bien,
no sale el sol tan bizarro
cuando en su lucido carro
alumbra el mundo.
CRESPO. ¡Qué bien!
Reirme del dicho quiero;
muy bien sabéis requebrar,
mas quiérote preguntar,
Gil, si el sol es carretero.
Que si en carro le rotulas,
cuando muestra su arrebol,
podrá ser que quiera el sol
comprarme mi par de mulas.
GIL. Crespo, déjanos aquí.
CRESPO. ¡Quién oyera al sol ligero
decir siendo carretero,
¡arre, mula, pesia á mí;
y de Madrid á Toledo,
cuando llueve ó hace barro,
junto á Cabañas el carro
atascado, tieso y quedo,
echar votos!
TORIBIO. Majadero,
¿el sol había de votar?
CRESPO. Sí, par Dios, y aun renegar,
si es que el sol es carretero.
¡La necedad en que ha dado
nuestro lenguaje español!
No hay estrellas, luna ó sol,
plata, oro ó cristal helado,
que luego no dé con ello
en la cara de su dama.
El hombre que quiere y ama,
la hace de oro el cabello,
porque tiene algunos rojos;
perlas los dientes; cristal
la frente; el labio coral,
y soles después los ojos.
¡Válgate el diablo! Repara,
amante, que una mujer
es imposible traer
tanto en un palmo de cara.
LLORENT. Calla, necio, antes trae más.
CRESPO. ¿Más?
TORIBIO. Sí.
LLORENT. Pues ¿no es cosa llana?
Mira tú una cortesana
con atención y verás
en la más honesta y casta
sueltas todas esas dudas.
Cara hay que ha gastado en mudas
de huevos una banasta,
cien cantarillas de miel,
veinte cofines de pasas;
pues ¿qué si al solimán pasas,
turco del rostro cruel,
que la destruye y jalbega?
No gasta en un año entero
tanta cal un pastelero
cuando la Pascua se llega,
como una cara pringada,
pues la de más bizarría

no es más que pastelería
por la Pascua jalbegada.
La color, pues, que codicia
encubrir la opilación,
no gasta más bermellón
una casa á la malicia.
Pues el sebo que hace hermosas
las manos, ya es tanto y tal,
que sin ser de Portugal
las pueden llamar sebosas.
Eso es lo que yo más llevo
de su engañoso arrebol;
¿por qué ha de ser luna y sol
lo que es solimán y sebo?
¿No fuera menos trabajo,
sin andar de Ceca en Meca,
llamar la cara manteca
y á los dientes, dientes de ajo,
que son blancos y son dientes;
á los cabellos esparto,
que es rubio á veces y hay harto,
y no rayos transparentes,
el sol y la luna clara
con que amantes y poetas
dicen que andan los planetas
saltando de cara en cara?

LLORENT. Al menos las de la Sagra
no se afeitan.

TORIBIO. ¿No? Verá;
todas son de corte ya,
cualquier *per signum* se almagra.

GIL. Dejemos eso y tratemos
algo que nos entretenga.

ELVIRA. Bien dices: un juego, venga.

LLORENT. Di, ¿queréis jugar? Juguemos
á los propósitos.

ELVIRA. Son
melancólicos.

TORIBIO. No hay juego
de más gusto y más sosiego
que buena conversación.
Proponed alguna enigma,
y la novia dé un favor
al que la acierte mejor.

JUAN. Si mi parecer se estima,
cada cual, por varios modos,
pinte aquí las propiedades,
efetos y calidades
del amor; y el que entre todos
mejor al rapaz pintare,
Elvira le dé un listón.

GIL. Nuesamo tiene razón.

LLORENT. Cada cual piense y repare.

SANTA. Padre: dejémonos de eso
que es ocioso disparate.

JUAN. ¿De qué quieres que se trate?

SANTA. De algún ejemplo ó suceso
en que dos buenos casados
y santos nos entretengan,
y de ellos á aprender vengan
su virtud los desposados.
Este es lindo pasatiempo;
cuentos sé yo, no sé cuántos,
de algunos casados santos.

JUAN. Quien da lo que es suyo al tiempo
es discreto, y el que ves
es más de entretenimientos,
hija, que de tales cuentos;
guárdalos para después.
Que si al tiempo te acomodas,
has de hablar, según mi ejemplo,
en el templo, como en templo,
y en las bodas como en bodas.
En boda estás; esta vez
goza su conversación.

SANTA. Obedecerte es razón.

JUAN. Vaya, que yo seré el juez.

CRESPO. Yo os sacaré á la vergüenza,
amor, si os llego á pintar.
Llorente, tú has de empezar.

LLORENT. ¿Yo?

GIL. Tú.

LLORENT. Comienza.

TORIBIO. Comienza.

LLORENT. Paréceme á mí que amor
será un pequeñuelo infante
de alegre y bello semblante,
trapacista, enredador,
desnudo por el calor
de su irreparable fuego,
con dos alas, medio ciego
y amigo de hallarse en todo,
con el indio, con el godo,
con el español y el griego.
Serán sus propios efetos
sujetar con dulces daños
floridos y verdes años
y engañar libres sujetos;
volver los necios discretos
y Demóstenes los mudos,
romper de Gordio los ñudos
y oprimir con leyes graves,
desde las vestidas aves
hasta los peces desnudos.
Son los efectos de amor
mezclar penas con consuelos,
satisfaciones con celos
y esperanzas con temor;
el favor y el disfavor,
lo amargo con lo sabroso,
lo cierto con lo dudoso,
como yo he experimentado,
pues que vivo enamorado,
triste, confuso y celoso.
Ya yo he dicho, Elvira hermosa.

ELVIRA. Y harto bien.

LLORENT. Ese favor
quiero agradecelle á amor.

JUAN. Diga Toribio.

TORIBIO. ¿Yo en prosa?
Harto mejor os prometo
que en poesía lo dijera.

ELVIRA. Vaya en verso.

CRESPO. ¡Copla fuera!

TORIBIO. Tomad allá este soneto:

Amor, deidad que lo imposible alcanza,
es propensión violenta en quien se inclina,
celeste influjo, en cuanto predomina,
pues si éste cesa, entibia la mudanza;
Amor es relación de semejanza
que al objeto su movil se encamina;
sangre nos dice que es la medicina
y un mixto del temor y la esperanza.
La dama en interés funda su empleo;

el torpe afirma ser sólo apetito,
pero unidad el lícito deseo.
El del alma es virtud, pero delito
el material, mudable, torpe y feo,
que amor es Dios, y aspira á lo infinito.

CRESPO. Como en Alcalá estodiabas
tienes pergeño sotil.

JUAN. Ea, diga agora Gil.

GIL. Digo, pues.

LLORENT. ¿Y en qué?

GIL. En octavas.
Amor, conforme yo le he imaginado,
será como quien es, hijo de herrero,
un muchacho mal hecho, corcovado,
asido de los fuelles, negro y fiero;
su madre enredadora le habrá dado
algunas licioncillas de hechicero,
con que las brasas sopla y fuego atiza
del descuidado amante á quien hechiza.
Su propiedad y efeto no consiste
sino en quitar el seso y sufrimiento
al pobre amante en cuya esfera asiste,
obligando á locuras sus tormentos;
y así ya está el amante alegre y triste,
celoso, confiado, descontento;
ya teme, ya es valiente, ya travieso:
¡mal haya, amén, amor que quita el seso!

LLORENT. ¿Cómo, Gil, recién casado
y amor tan aborrecido?
O tu estás arrepentido
ó sin duda que has hablado
por boca de ganso.

CRESPO. ¿Hay tal?

GIL. Por mi honra volver quiero;
yo, el amor que vitupero
no es el amor conyugal,
que aquese es tan atinado
que idolatro en sus favores.

LLORENT. Pues ¿cuál?

GIL. Hay dos amores,
soltero uno, otro casado.
El soltero es el dimonio
y sus faltas saco á luz.

CRESPO. ¿Y esotro?

GIL. No, porque es cruz.

CRESPO. Si cruz es el matrimonio,
yo he de decir maravillas,
porque he de entrar en más hondo.

GIL. ¿Y en qué?

CRESPO. Mi ingenio es redondo,
y así diré en redondillas:
Considero yo al amor
que será por su desastre,
como un aprendiz de sastre
ó mozo de tundidor,
de una personilla chica
que con interés se encarna,
todo cubierto de sarna,
que por eso come y pica.
La vista llorosa y ciega,
una nube en cada niña
y la cabeza con tiña,
que amor cual tiña se pega.
Trampista que compra y vende
y engaña á quien por él pasa,
ladrón ratero de casa
que se esconde como duende.
O será un animalejo
al modo de un arador,
pues cual él se mete amor
entre la carne y el hueso.
Mona que todo lo imita,
y, en fin, á mi parecr,
pues está en hombre y mujer,
amor es hermafrodita.

LLORENT. Gil: tápale aquesa boca.

ELVIRA. Esto escucha quien consiente
hablar un necio entre gente.

CRESPO. Yo soy necio y vos sois loca.

(Gritan dentro LILLO, *lacayo*, FRANCISCO LOARTE, *su amo*, *y* DON JUAN.)

LILLO. ¡To, to, capitán! ¡marquesa!

FRANC. ¡Cita, zagala, zagala!

LILLO. Al viento la liebre iguala.

FRANC. Dificultosa es la presa.

LILLO. Traspúsose por el cerro.

FRANC. Perdióse.

LILLO. ¡Buena demanda!

ESCENA II

Salen LILLO, FRANCISCO LOARTE, *y* DON JUAN.—DICHOS.

LILLO. ¡Oh lleve el diablo quien anda
hecho loco tras un perro!
¡Que ha de andar un hombre á caza
para cansarme y cansarse
por lo que puede comprarse
por dos reales en la plaza!
¡Que desto gusto reciba
y no le aten á un pesebre!

FRANC. No hay galgo que alcance liebre
cogiendo una cuesta arriba.

D. JUAN. Si el camino le atajamos
no se nos escapa.

FRANC. No.

LILLO. Galgos, los mozos llamó
un discreto, de sus amos,
y dijo verdad expresa,
pues el que sirve á un hidalgo,
no comiendo como galgo
más que huesos de su mesa,
con él alcanza la liebre
de la otra, que á mensajes
de los galgos ó sus pajes,
la fuerza á que rompa ó quiebre
su cazador ó galán
con su inclinación honesta,
y aunque corra por la cuesta
del soy y del qué dirán,
la diligencia del galgo
ó el criado (lo propio es)
la trae rendida á sus pies.
Pues ¿decir que le dan algo
después que todo esto pasa?
Si ladra por su salario
una coz es lo ordinario
con que le arrojan de casa.

(Levántanse todos.)

JUAN. Señor Loarte: ¿por aquí
con tan gran calor?

FRANC. ¡Oh, amigo!
Mi inclinación, cual veis, sigo.
¿Qué es esto? ¿qué hacéis así?

JUAN. Cásase Gil, mi criado,
con Elvira de Añover,
y sálense á entretener
el calor, cual veis, al prado,
FRANC. Por muchos años y buenos.
GIL. Siéntese aquí su mercé.
FRANC. ¿Sois vos el novio? Sí haré;
ninguno dirá á lo menos
que vuestra esposa no es bella.
GIL. Como quiera que seamos,
señor Loarte, aquí estamos,
para serville, yo y ella.
D. JUAN. La madrina es tan hermosa
que más parece divina
que humana.
FRANC. ¡Ay Dios! ¡qué madrina
tan bella!
CRESPO. Sí, no es mocosa.
D. JUAN. Esta doncella, ¿quién es?
JUAN. Mi hija Juana, señor.
FRANC. Venturoso labrador
que tan precioso interés
tiene en casa, y quien emplea
en ella hacienda y ventura.
No he visto tal hermosura.
JUAN. Así, así, como de aldea.
Al menos mi senectud
se llama en vella dichosa.
FRANC. Notablemente es hermosa.
JUAN. Más notable es su virtud.
FRANC. Don Juan, decid: ¿qué os parece?
D. JUAN. Hermosa.
FRANC. ¡Ay, deseos extraños!
¿Qué edad tiene?
JUAN. Trece años.
FRANC. Si mi amor se está en sus trece
no sé, don Juan, qué he de hacer;
perdido estoy.
D. JUAN. ¿Cómo es eso?
FRANC. No sé; sé que pierdo el seso.
LILLO. Los galgos voy á traer,
no se pierdan.
D. JUAN. Desenfrena
después, Lilio, los caballos
y á pacer puedes echallos
en el prado.
LILLO. O en la arena.
(Vase.)

ESCENA III

LICHOS, *menos* LILLO.

JUAN. ¿A qué bueno desde Illescas
á Hazaña, señor, salís?
Porque si á cazar venís
estas mañanas, que frescas
me han convidado á que vea
media legua de aquí un haza,
he hallado famosa caza
para quien correr desea.
En las viñas del Concejo
deben de tener sus camas
dos liebres como unas gamas,
que á cogerme menos viejo
ya las hubiera colgado
de la pretina.
FRANC. ¡Ay de mí, *(Ap.)*
que vine á cazar aquí
y pienso que estoy cazado!—
Si donde decís están,
mañana en amaneciendo,
ir á correllas pretendo;
porque esta noche don Juan
y yo tenemos de ser
vuestros huéspedes.
JUAN. Mi casa
quedará honrada.
D. JUAN. ¿No pasa
el regocijo y placer
adelante?
FRANC. ¡Por mi vida,
que se baile un poco!
TORIBIO. Oid,
lo que nos manda, advertid.
CRESPO. Bailemos, pues nos convida
este viento lisonjero,
y ya la tarde declina.
FRANC. Al lado de la madrina,
si gustáis, sentarme quiero,
que después acá que sé,
ser hija vuestra, la estimo.
(Siéntanse todos.
CRESPO. No ha escogido mal arrimo.
JUAN. Y hacéisla mucha merced.
FRANC. Perdonad, madrina hermosa,
que sin licencia he tomado
el más agradable lado
que halló mi suerte dichosa.
Que á fe, aunque la novia es bella,
que es la madrina mejor.
SANTA. Como sois noble, señor,
honráisnos á mí y á ella.
JUAN. Gil: á la novia sacad.
FRANC. Tu fuego, amor, se reprima, *(Ap.)*
que aunque su beldad me anima
me enfrena su honestidad.
(Cantan y bailan tres ó cuatro.)
MÚSICOS. A la boda y velación
que hace Elvira de Añover
con Gil, de quien es mujer,
cantó el pueblo esta canción:
«La zagala y el garzón
para en uno son.»
Y después de haber cantado,
viendo á la madrina al lado,
que es para alabar á Dios,
bailaron de dos en dos
los zagales de la villa,
que si linda era la madrina
por mi fe que la novia es linda.
Y por el viento sutil
los pájaros á quien llama
el canto de mil en mil
saltando y volando de rama en rama
pican las flores de la retama
y las hojas del torongil.
Prendó amor á Gil Pascual
(que es alguacil del que mira)
de la hermosura de Elvira,
y á ella dél otro que tal,
y al desposarse el zagal
levantan esta canción:
«La zagala y el garzón, *etc.*»

FRANC. Por extremo lo habéis hecho.
JUAN. Volvámonos al lugar,
que es hora ya de cenar.
FRANC. Veneno llevo en el pecho. (*Ap.*)
JUAN. No seréis tan regalados
ni dormiréis tan á gusto
esta noche como es justo
á huéspedes tan honrados;
pero á este riesgo se pone
el que se aposenta en casa
estrecha, pobre y escasa.
La cortedad se perdone
y recíbase el deseo.
D. JUAN. Todo sobra donde vos
estáis, Juan Vázquez.
FRANC. ¡Ay, Dios! (*Ap.*)
¿Qué hechizo es este que veo?
(*Vanse.*)

ESCENA IV

Salen MARCO ANTONIO *y* LUDOVICO *de camino.*

MARCO ANTONIO.

Perdí recién casado
mi patrimonio y mi florida hacienda;
y el crédito quebrado,
que tuvo en pie mis gustos y mi tienda,
me enseñó, Ludovico,
cuán presto es pobre el mercader más rico.
Dejé mi amada esposa
en confianza de su fe y mi miedo,
y el alma temerosa
de Toledo salió, y quedó en Toledo;
que cuando amor no calma
suele animar dos cuerpos sola un alma.
Rompí la blanca espuma
del proceloso y húmedo elemento
y al Perú llegué, en suma,
después que vi la muerte entre agua y viento,
y me dió el mar noticia
del peligro á que pone la codicia.
Hallé parientes ricos
con cuya ayuda reparé los daños
que ya juzgo por chicos,
y en el discurso breve de dos años,
con hacienda sin tasa,
vengo á gozar mi esposa, patria y casa.
Estas son sus paredes,
depósito que guarda su hermosura;
besar sus piedras puedes
como reliquias, si la noche obscura
te estorba que divises
la casa de Penélope y Ulises.
Aquí, hecha España Grecia,
me labra mi Artemisia un Mauseolo;
aquí vive Lucrecia,
en lealtad y belleza Fénix solo.
Llama, que esta es la puerta
cerrada al vicio, á la virtud abierta.

LUDOVICO.

Con gusto te he escuchado
las amorosas salvas que alegre haces
á tu esposa, y notado
que como tras la guerra, quietas paces,
tras la ausencia prolija,
presente amor sus gustos regocija
de mi señora.

MARCO ANTONIO.

Ludovico, llama.

ESCENA V

Desde arriba MELCHOR *y* JULIO.—DICHOS.

JULIO.

Libréme por ligero.

MELCHOR.

Vendióme algún soplón.

JULIO.

Sopló la dama.
No está esta pared alta.

MELCHOR.

Mamóla el Alguacil.

JULIO.

¿Qué esperas? Salta.
(*Saltan al tablado.*)

MELCHOR.

Ya estamos en la calle.
Por Dios, que es bella moza y que el marido
dejó á riesgo un buen talle.

JULIO.

Dichosos esta noche habemos sido.
¿Adónde bueno agora?

MELCHOR.

A dormir, que es la una.

JULIO.

Sí, ya es hora. (*Vanse.*)

ESCENA VI

DICHOS, *menos* MELCHOR *y* JULIO.

LUDOVICO.

Dos hombres han saltado,
pienso que de tu casa, y ya se han ido.
Suspenso te has quedado.

MARCO ANTONIO.

«Por Dios, que es bella moza y que el marido
dejó á riesgo un buen talle.»
¡Honor! ¿así os arrojan en la calle?—
Mira, mira si duermo.

LUDOVICO.

Despierto estás.

MARCO ANTONIO.

Luego ¿mi daño es cierto?
¿Si acaso como enfermo
que frenético ve sombras despierto,
no he visto mis enojos?
Pero mi casa es esta, estos mis ojos.
No ha sido Leonor casta,
no, que escaló mi fama un enemigo;

tú eres testigo, y basta
en cosas del honor sólo un testigo.
¡Malhaya quien confía
de la mujer la honra un solo día!
¿Quieres que éntre y acabe
pasando su lascivo y flaco pecho?

LUDOVICO.

Un delito tan grave
si queda con vengarse satisfecho,
¿quieres que vuelva en brasa
las adúlteras piedras de esta caso?
¡Cielos, castigo tanto!
¿Lloras, señor?

MARCO ANTONIO.

Murió, Claudio, mi fama.
Si en muerte es justo el llanto,
bien puedo yo llorar, aunque en quien ama
y ver lo que á ver llego,
no son agua las lágrimas: son fuego.
Cruel: ¿así has pagado
mi firmeza, violando los altares
del tálamo manchado?
Oro en los montes, perlas en los mares
busqué, cuya riqueza
pudiese competir con tu belleza.
Dejéte á la partida
sembrada en tu lealtad mi confianza;
amor, lágrimas, vida,
y en vez de dulce fruto hallo mudanza,
deshonras, desconsuelos;
pero quien siembra amor, que coja celos.
Pena: matarme quiero...

LUDOVICO.

Sosiégate, señor; ¿tú eres el sabio?
Infórmate primero
si es cierta la sospecha de tu agravio,
que despeña la ira
si la prudencia su favor retira.

MARCO ANTONIO.

Informaréme luego
del adulterio infame que me afrenta,
si de mi agravio el fuego
primero que lo sepa no ensangrienta
la ya violada cama
que ausente el dueño ajenos brazos llama.
En Toledo escondido,
cuando del sol se ausente el claro coche,
sin saber que he venido,
rondaré estas paredes cada noche,
hasta que mi esperanza
los coja dentro y triunfe mi venganza.
Presto el tálamo falso
será de una tragedia vil teatro,
ó triste cadahalso,
que, pues Córdoba tuvo un veinticuatro
valeroso, si puedo,
como á él me estimará desde hoy Toledo.

(*Vanse.*)

ESCENA VII

Salen MELCHOR *y* FABIO, *de noche.*

MELCH. Fuese á la guerra el marido,
quedó sola la mujer,
dila, Fabio, en pretender,
y la que Porcia había sido,
forzada de la pobreza,
porcelana quebrada es;
que al golpe de un interés
se quiebra cualquier belleza.
Dos meses de pretensión
me cuesta, y al cabo de ellos,
esta noche los cabellos
cogí á la calva ocasión.
Y al tiempo que la codicia
de mi amor templó la llama,
llega de repente y llama
á la puerta la justicia.
Subimos á la azotea,
viónos un corchete vil,
avisólo á su alguacil,
y él, que prendernos desea,
siguiónos; pero burlado
le dejamos, cuando vió
que saltamos Julio y yo
de la azotea á un tejado
de la casa donde vive
doña Leonor, bella esposa,
de Marco Antonio y virtuosa,
que está en Indias, y recibe
nombre de Lucrecia casta,
por quien ya comparar puedo
á Roma nuestra Toledo,
pues es honra suya.

FABIO. Basta.

MELCH. Estaba el tejado bajo
y fuénos fácil saltar
á la calle, sin mirar
si había gente. Al fin, trabajo
nos costó, mas todo es poco,
que es un ángel la mujer.
¿Qué hora es?

FABIO. Deben de ser
las dos. Entra, que andas loco.

MELCH. Mi padre ¿no me habrá echado
menos?

FABIO. ¿Cómo te ha de echar,
si cuando se va á acostar
te deja siempre acostado?

MELCH. ¡Cómo estos engaños sabe
la traviesa mocedad!

ESCENA VIII

Sale JUAN MATEO, *con un candil.*—DICHOS.

MATEO. Mi sospecha fué verdad;
él debe de tener llave
de casa, hechiza. Confieso
que intenta enfrenar el mar
el que pretende enfrenar
un hijo mozo y travieso.

FABIO. ¡Buen lance habemos echado!
Tu padre es este, señor.

MATEO. ¿Qué haces aquí, Melchor?
¿No te dejé yo acostado?
Levantaráste á estudiar,
ya que á tal hora te veo,
para cumplirme el deseo
que te da tanto pesar,
de que de la iglesia seas;

sin duda es lo que imagino,
que el vestido de camino
en este ejercicio empleas.
¿Tú de noche? Considero
que debes de pretender,
siendo hijo de mercader,
levantarte á caballero.
Que es propio de los señores
rondar de noche las damas,
aunque peligren sus famas.
Mi sangre es de labradores,
no de caballeros vengo;
un labrador fué tu abuelo;
mi madre, que esté en el cielo,
lo fué; un hermano tengo,
labrador es en Hazaña,
honrado y cristiano viejo.
No porque el arado dejo,
si esta presunción te engaña,
te despeñe así el deseo,
porque, para que te asombre,
no es Pimentel mi renombre,
ni Mendoza; Juan Mateo
es el apellido mío;
deste me precio, Melchor.
Juan Vázquez, un labrador,
es mi hermano y es tu tío.
No has de estar más en Toledo
un hora; el vestido vino
muy bien, que estás de camino.

MELCH. Señor: escucha...

MATEO. No puedo.
A Alcalá te he de llevar
por que dejes la ocasión
que dicen hace al ladrón;
allí puedes estudiar.
Hoy te has de ir, y antes que á Illescas
llegues, quiero que conozcas
casas pajizas y toscas,
porque no te ensoberbezcas,
que es el solar conocido
de tu linaje en Hazaña.

MELCH. Mira, señor, que te engaña
tu sospecha; este vestido
me probaba...

MATEO. Ya colijo
que me quieres engañar.
Ven, que así ha de remediar
el padre cuerdo al loco hijo.
(*Vanse.*)

ESCENA IX

Salen JUAN VÀZQUEZ *y* FRANCISCO LOARTE

FRANCISCO.

No me habéis de decir de no, si es cierto
que mi vida estimáis, pues no consiste
sino en el sí de vuestra honrada boca.
La causa de quedarme aquí esta noche
en vuestra casa, fué para pediros
que remediéis mis males. Vuestra hija;
su honestidad hermosa, sus virtudes;
la fama que en la Sagra la hace Fénix,
me obliga á que me maten sus deseos.
Ya sabéis, en Illescas, mi prosapia,
la hacienda y el valor de los Loartes;
yo sé que si me dais á vuestra Juana
por esposa, que al oro de nobleza
el esmalte á mi sangre no le falta,
pues la virtud de Juana será esmalte.

JUAN VÁZQUEZ.

Dudoso estoy; no sé lo que os responda.
Por una parte los afectos miro
con que os obliga amor, y sé su fuerza;
por otro la notable diferencia
de vuestro estado y mío; vos hidalgo
premiado y estimado justamente
del César Carlos quinto, que Dios guarde;
leal á su corona, como muestran
el valor y la fe de vuestros hechos
en las Comunidades de Castilla;
piedra de toque donde el oro fino
mostraron de su fe los más leales,
y su dorada alquimia los traidores.
Sois Francisco Loarte, al fin, que basta
para decir que sois honra de Illescas.
Yo, aunque cristiano viejo, en sangre limpio,
soy labrador; mi casa y sus paredes
(en vez de los tapices que en las vuestras
adornan) se contentan con vestirse
de cedazos, arneros y de trillos,
y los doseles que mis techos cubren,
horcas de ajos, pimientos y cebollas.
No sé si llevarán bien mis parientes
que, pudiendo casar con uno dellos
á mi Juana, la saque de sus quicios,
que ya sabéis que el labrador sin raza,
estima en más la tosca caperuza
que el sombrero con plumas y medallas.
Fuera de que mi Juana aún es muy niña
y no la siento ahora con deseos
de cautivar su libertad; dejalda
crecer, y tratarélo con mis deudos,
que entretanto podrá ser que se aplaquen
esos primeros ímpetus, y libre,
mirándolo mejor, queráis esposa
con que se pueda honrar vuestro linaje,
criada en noble y cortesano traje.

FRANCISCO.

Juan Vázquez, aunque á amor le pintan ciego,
con ojos me ha dejado el que me abrasa,
y aunque no sois hidalgo, poco menos
es un honrado labrador. Leído
he yo de mil señores que en las cepas
de sus noblezas (sin perder su lustre)
han enjerto sarmientos labradores.
¿Qué puedo yo perder, y qué no gano
si sois el más honrado de la Sagra,
rico y de sangre limpia? Yo sé cierto
que si el sí me negáis, cortará en cierne
la muerte el verde fruto de mi vida,
y os llamará La Sagra mi homicida.

JUAN VÁZQUEZ.

Ahora bien, id con Dios, que yo os prometo
que no quede por mí, señor Francisco,
el daros ese gusto. Estos negocios
de casamientos, es razón primero
comunicarlos; yo tengo un hermano,
mercader en Toledo, advertiréle
lo bien que nos está; si me aconseja

que ennoblezca mi casa, vuestra esposa
será mi Juana.

FRANCISCO.

¿Dentro de qué tiempo
tendréis resolución?

JUAN VÁZQUEZ.

Yo iré á Toledo
de semana sin falta, que esta noche
voy (porque así mi Juana lo ha pedido)
al monasterio de la Cruz en vela,
porque su madre, viéndola muy mala,
ofreció de llevarla allá y murióse
sin cumplir la promesa, y Juana quiere
que se cumplan los votos de su madre
dados á Dios. Iremos como digo
esta noche, por ser cuando se juntan
de toda esta comarca mil devotos
y van allá á velar con varias fiestas,
y pediréle á Dios que, si nos cumple
aqueste casamiento, le encamine,
y si no que le aparte.

FRANCISCO.

Aquese tiempo,
aunque se me ha de hacer eternos siglos,
esperará el deseo entre balanzas
de tímidos recelos y esperanzas.

ESCENA X

Sale LILLO.—DICHOS.

LILLO.

¿Hémonos de ir, señor? Ya está ensillado
y á caballo don Juan.

FRANCISCO

Vamos; el cielo
me cumpla este deseo por que pueda
llamaros padre.

JUAN VÁZQUEZ.

Ya alegre colijo
que honrará nuestras casa tan noble hijo.

(Vase.)

ESCENA XI

Queda JUAN VÁZQUEZ *solo.*

Quiere hacer un tapiz la industria humana
en donde el arte á la materia exceda,
y con su adorno componer se pueda
la pared de la cuadra más profana.
Matiza en el telar la mano ufana
y mezcla hilos con que hermoso queda;
pero entre el oro ilustre y noble seda
entreteje también la humilde lana.
Lo propio hace el amor, que mezcla y teje
con la lana la seda, aunque más valga,
igualando al villano con el noble.
Noble yerno me da, no es bien le deje,
que con mi lana y con su seda hidalga
saldrá el tapiz de amor curioso al doble.

ESCENA XII

Salen JUAN MATEO *y la* SANTA.—DICHOS.

SANTA. Aquí un huésped despedía;
en extremo se holgará
de veros.
MATEO. Grande estáis ya,
hermosa sobrina mía.
Mucho crecéis.
SANTA. Siempre crece
la mala hierba.
MATEO. Otra fama
de vos la Sagra derrama.
¿Cuántos años tenéis?
SANTA. Trece.
MATEO. Ya sois gran mujer.
JUAN. Hermano:
¿vos aquí? ¡Gran novedad!
MATEO. Aquesos brazos me dad.
JUAN. Después que sois ciudadano
no nos queréis ver.
MATEO. Razón
tenéis de reprehenderme.
Llevóme á Toledo á hacerme
mercader mi inclinación;
mas no por eso me olvido
del respeto y el amor
que, como hermano mayor,
os debo.
JUAN. ¡A fe que habéis sido
de cuidado! Yo y mi Juana
formábamos quejas ya
y, á no venir vos acá,
pensaba yo esta semana
iros á ver á Toledo;
pero ya que habéis venido,
yo apostaré que no ha sido
sólo á verme, si bien puedo
decirlo.
MATEO. Tráeme el cuidado
de veros, poner en orden,
en los vicios y desorden
de un hijo desbaratado.
A Melchor llevo á Alcalá
porque me pierde el respeto
y anda, hermano, muy inquieto.
JUAN. Pues ¿enmendaráse allá?
MATEO. Sí, que ausente de su tierra,
y faltando la ocasión,
pondrá su vida en razón.
JUAN. Yo pienso, hermano, que yerra
el que teniendo presente
un hijo sin que se enmiende
viéndole su padre, entiende
que se ha de enmendar ausente.
La presencia, hermano, honrada
de un padre viejo es indicio
que, si corre tras el vicio,
le tendrá la sofrenada
de su respeto y temor;
mas ausentalle no es bueno,
porque eso es quitalle el freno
para que corra mejor.
MATEO. Hay en Toledo ocasiones
notables.
JUAN. ¿Y faltarán
en Alcalá, donde están

dando los vicios licciones?
Mal sabéis el privilegio,
que de una Universidad
el vicio y la libertad
también tiene su colegio.
Hermano: no os lo aconsejo.

MATEO. Por vuestro gusto me rijo.

JUAN. El tener al ojo su hijo
es lo mejor, pues sois viejo;
escoged mi sabio medio.

MATEO. Ese será más barato.

JUAN. Sabed, hermano, que trato
de dar á Juana remedio.
Después sabréis lo que pasa,
y lo que me esté mejor
me aconsejaréis. Melchor:
¿dónde está?

MATEO. Aguardando en casa.

JUAN. Pues venid, yo os daré luz
de lo que os quiero decir.

SANTA. Tío: ¿quiérese venir
con nosotros á la Cruz,
á una vela?

MATEO. Sí, sobrina;
que soy yo muy su devoto.

SANTA. Vamos á cumplir un voto.

JUAN. Es su inclinación divina. (*Vanse.*)

ESCENA XIII

Salen LABRADORES *á la vela, cantando con grita y fiesta.*

TODOS. (*Cantando.*)

Que la Sagra de Toledo mil fiestas hace
á la Virgen de la Cruz, que es Virgen madre.

LABRADOR 1.º

Que la Sagra de Toledo contenta envía
vuestros hijos y devotos, Virgen María,
y con fiestas y alegría van los lugares.

TODOS.

A la Virgen de la Cruz, que es Virgen madre

LAB. 1.º Este sitio me contenta. (*Siéntanse.*)

LAB. 2.º A mí esta hierba me agrada.

LAB. 3.º ¡Famosa noche!

LAB. 4.º Extremada.

LAB. 1.º ¿No veis cómo representa
la noche morena y zarca
su estrellada autoridad?

LAB. 2.º Fanfarrona majestad
muestra cuando, abriendo el arca
las estrellas saca afuera
que adornan su aparador.

LAB. 3.º Hízola el divino Autor
del cielo la repostera. (*Gritan dentro.*)

LAB. 4.º ¡Brava grita á fe!

LAB. 1.º ¡Oh, bien haya
la Sagra!

LAB. 4.º ¿Éstos quien son?

LAB. 2.º ¿Serán los de Torrejón?
Vengan, darémosles vaya.

ESCNA XIV

Salen más LABRADORES *con grita y música.*

TODOS.

Norabuena vengais, Abril;
si os fuéredes luego volveos por aquí.

LAB. 1.º Abril cari alegre

LAB. 2.º Muy galán venís.

LAB. 1.º El sayo de verde

TODOS. Muy galán venís.

LAB. 1.º La capa y sombrero

TODOS. Muy galán venís.

LAB. 1.º De flor de romero

TODOS. Muy galán venís.

LAB. 1.º Blancos los zapatos

TODOS. Muy galán venís.

LAB. 1.º Morados los lazos

TODOS. Muy galán venís.

LABRADOR 1.º

Pues que sois tan bello, risueño y gentil

TODOS.

Nora buena vengáis, Abril.
Si os fuésedes luego, etc. (*Siéntanse.*)

LABRADOR 1.º

Métete, Torrejón, con tus torrejas
y mira que rebuznas cuando cantas.

LABRADOR 5.º

Ugena: guarda la cigüeña y calla,
que tienes bien por qué, no me provoques
á que te diga lo del campanario.

LABRADOR 1.º

Calla tú, Torrejón, aunque sin torres
que diré lo del Drago.

TODOS.

¡Hú, que te corres!

ESCENA XV

Más LABRADORES *con tamboril, flauta y grita.*

LABRADOR 6.º

Casa Rubillos viene y su Concejo.

LABRADOR 5.º

Sí, el tamboril es suyo.

LABRADOR 6.º

No le toques
que del pellejo de tu madre se hizo.

LABRADOR 5.º

De tu mujer dirás, que es desollada.

LABRADOR 4.º

Daca el mercado donde todo un día
vendiste solamente dos cebollas.

LABRADOR 8.º

Daca tú la cigüeña de tu torre,
á quien saliste á recibir un día
con danzas, procesión y monacillos,

y enviaste al Alcalde á convidalla
con la casa del Cura, pensando era
alguna viuda honrada y forastera.

LABRADOR 2.º

Mientes tú y el mercado que socorres.

TODOS.

¡Hú, que te corres! (1)

LABRADOR 8.º

¿No sabremos por qué razón se llaman
señores Torrejones los del Drago?

LABRADOR 3.º

Eso yo os lo diré. Vieron un día
parado un coche orillas de un arroyo
y juzgando por pies las cuatro ruedas,
alas las puertas y la lanza cola,
como jamás hubiesen visto coches
y el encerado fuese todo verde,
creyeron ser dragón que se comía
las mulas que tiraban, y tocando
aprisa la campana del Concejo
fueron con chuzos á matar el drago,
y viéndole después que le llevaban
las mulas, y sabiendo que era coche
todos al fin cayeron de sus burras.
¿No es verdad esto, hermanos de las Torres?

LABRADOR 6.º

Todo es falso y mentira.

TODOS.

¡Hú, que te corres!

ESCENA XVI

Salen JUAN VÁZQUEZ, JUAN MATEO, MELCHOR *y* LA SANTA.

JUAN VÁZQUEZ.

No vi en mi vida más alegre noche.

SANTA.

Como es la fiesta de quien presta rayos
al planeta mayor y hermosa luna,
que cuando el sol se ausenta es su virreina,
no es mucho que sea clara y apacible.

MELCHOR.

Sentémonos aquí, que hay lugar harto.
(*Siéntanse.*)

JUAN MATEO.

Digo que el casamiento me parece
honroso para todos, y entretanto
que se conciertan, (1) porque en una aldea
no está segura de un violento gusto
la honra frágil de una mujer moza,
y un poderoso puede aprovecharse
de la ocasión, la llevaré conmigo,
pues en mi casa vivirá segura
de esos peligros.

JUAN VÁZQUEZ.

Su virtud es tanta
que adondequiera lo estará; mas sea
lo que queráis, no viva en el aldea.

LABRADOR 4.º

Los de Hazaña han venido; dad tras ellos,
que bien hay que decir.

LABRADOR 3.º

Eso no es justo.
que viene allí la hija de Juan Vázquez,
espejo de la Sagra de Toledo,
y es tan honesta y agradable á todos
que nos ha de obligar á callar.

LABRADOR 1.º

Bueno,
pues ¿cómo habemos de pasar la noche?

LABRADOR 3.º

Ella referirá cuentos sabrosos
que nos entretendrán; vamos á hablarla.

LABRADOR 4.º

Mantenga Dios la buena gente.

JUAN VÁZQUEZ.

¡Y cómo
que nos mantiene!

LABRADOR 6.º

Acá venimos todos
á que nos cuente Juana una conseja,
y par Dios que gustara de mi voto
que mos dijera qué principio tuvo
la fiesta de la Cruz á que venimos,
y cada año celebra aquí la Sagra.

SANTA.

Que me place por cierto. Sentaos todos
alrededor de mí, que yo he sabido
lo que me preguntáis con certidumbre,
y os lo diré con gusto.

JUAN VÁZQUEZ.

¡Oh! en siendo cosa
de santos y de iglesias, en su centro
estará su alegría.

SANTA.

Oid, que esta
es la historia y principio desta fiesta.
El vellocino de Aries
pintaba sus guedejas
con los pinceles de oro
que el Sol al mundo muestra,
cuando en la humilde villa
de Cubas, que aquí cerca
sus términos dichosos
alcanzan fama eterna,
nació una santa niña
de pobre y simple cepa
(que suele hacer hazañas
notables la pobreza).
Inés era su nombre,
su edad trece años era.
(Notad todos qué moza
y en la virtud cuán vieja.)

---

(1) Falta la mitad de este verso.
(2) En el texto se lee *conviertan*; pero creo que es errata.

Un lunes venturoso
en la apacible hierba
con que los prados viste
la hermosa primavera,
Inés apacentaba
junto á una fuente fresca
los animales toscos
que llaman de la cerda.
Y mientras que pacían,
postrada por la tierra
apacentaba el alma
con el precioso néctar
de la oración sabrosa,
haciendo por las cuentas
devotas de un rosario
con Dios y su alma cuentas.
La Virgen sacrosanta,
enamorada della
(que siempre la humildad
fué su mayor presea),
cubierta del brocado
y soberana tela
con que la gloria adorna
á los de su librea,
cegándola los ojos
la luz de su presencia,
(porque aquí los mortales
á tales soles ciegan),
la preguntó: «¿Qué haces
aquí, carilla tierna?»
y alegre, aunque turbada,
responde:—«Hermosa hembra:
guardo estos animales.»
«¿Por qué ayunas mis fiestas
en viernes?» la pregunta.
«Porque es bien que obedezca
mis padres que lo mandan»
responde. «Eres muy cuerda;
mas desde agora gusto
que el día en que la fiesta
de mi Anunciación santa
cayese, el mismo sea
tu ayuno todo el año.»
«Mi voluntad lo aceta»
la pastorcilla dijo.
Y la gloriosa Reina
que nuestro bien procura,
prosigue:—Ve á tu aldea,
dirás á sus vecinos
que hagan penitencia,
porque mi Hijo, airado,
abrasará la tierra
antes de muchos días
con grande pestilencia;
y en fe de su justicia
caerán del cielo piedras
envueltas en la sangre
que verterán sus venas.
Desapareció entonces,
dejando con su ausencia
triste la hermosa niña,
y no poco suspensa.
Volviéndose á sus padres,
esta visión les cuenta,
mas tiénenlo por burla
y á la niña aconsejan
que no lo diga á nadie.
Cumpliólo y, dando vuelta
al prado al día siguiente,
volvió la Virgen mesma
como el pasado día
diciendo: «¿Por qué dejas
de hacer lo que te mando?»
«¡Temo que no me crean!»
responde la pastora.
«Pues yo te daré señas
con que de tus palabras
ninguno duda tenga»
dijo la Virgen pura;
y con su mano bella
la diestra de la niña
de tal manera aprieta,
que la hizo dar un grito,
con que pegados deja
los cinco dedos todos
la cruz, sobre ellos hecha.
Oblígala á que vaya
de aquel modo á la aldea
y al Cura y sus vecinos
les diga la sentencia
que Dios contra ellos daba.
Desaparece, y queda
la humilde pastorcilla
gozosa, aunque suspensa.
Vuelve á la villa luego,
cuenta á gentes diversas
las maravillas grandes
que Dios hizo por ella.
Mostrábales la mano,
y aunque las fuerzas prueban
para desapegarla,
no basta humana fuerza
contra virtud divina.
Al fin van á la iglesia
devotos y descalzos,
y dentro della ordenan
salir en procesión
hasta la parte mesma
donde nuestra patrona
bajó la vez primera;
llevaban una Cruz
(entre otras) de madera
por ser para aplacar
á Dios la mejor prenda,
y al tiempo que llegaban
á las cercanas eras
Inés oyó una voz
que dijo: «Aquí te acerca.»
Mandó parar á todos,
la Cruz toma, y con ella
la voz divina sigue
y del lugar se aleja.
Volvióse á aparecer
la Madre de clemencia
en el lugar que antes,
y con la mano diestra
tomó la Cruz preciosa
metiéndola ella mesma,
hincadas las rodillas
palmo y medio en la tierra.
«Aquí, carilla (dice),»
me labren una iglesia
que sea de mi nombre,
y tú irás luego en vela

á mi querida casa
de Guadalupe, y lleva
para sanar la mano
cuatro libras de cera.»
Dijo, y volvióse al cielo,
dejando en el arena
las plantas estampadas
que el pueblo adora y besa.
Sanaron los enfermos:
con los granos que llevan,
fué Inés á Guadalupe,
volvió la mano buena:
labróse dentro un año
la soberana iglesia,
dejando la Cruz santa
del modo que antes puesta;
setenta y seis milagros
la Virgen hizo en ella,
y entre ellos once muertos
cobraron vida nueva.
Hicieron una casa
ciertas devotas dueñas,
pegada con la ermita,
donde después se encierran,
y de Francisco santo
el instituto y regla
siguieron que su Orden
quiso llamar Tercera.
Aquí la pastorcilla
vino á ser Abadesa,
que la virtud preciosa
al que es humilde premia;
pero como es tan grande
nuestra humana flaqueza,
perdióse la virtud,
cayó Inés la primera,
apostataron todas
y el monasterio dejan;
que el más perfecto es flaco,
y á Cristo Pedro niega.
Mas como siempre el justo
levanta si tropieza
(que Dios la mano ofrece
al flaco que da en tierra),
Inés, arrepentida,
dió tan notable vuelta,
que admiran los rigores
de su gran penitencia.
Murió tan santamente,
que las campanas mesmas,
tañéndose, señalan
que Inés con Cristo reina.
Desde entonces, los pueblos
desta comarca y tierra
las nueve apariciones
á Inés en Cubas hechas
por la amorosa Virgen,
celebran y festejan
con ofrendas devotas
y piadosas novenas.
Este es todo el suceso
y historia verdadera
que me solía contar
mi madre, que Dios tenga.

MATEO. ¿Vió el mundo mayor gracia?
Bendita sea tu lengua;
la leche que mamaste
también bendita sea.

JUAN. A la misa del alba
nos llaman de la iglesia.

LAB. 1.º Pues vamos á la misa
cantando todos.

LAB. 2.º ¡Ea!

(Vanse cantando como al principio.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen JUAN VÁZQUEZ, JUAN MATEO *y* LA SANTA *llorando.*

JUAN. De tu humildad y obediencia
jamás, hija, imaginara
mi gusto tal resistencia,
á no mirar en tu cara
deste engaño la experiencia.
Siempre, aunque en vano, creí
que, como en la cera, en ti
mi voluntad se imprimiera,
y que tu sí ó tu no fuera
solamente mi no ó sí.
Mas mi desengaño llega
á ver hoy cuán poco puede
un padre que á su hija ruega,
lo que callando concede
y con ese llanto niega.
¿Tú llorar, cuando ese susto
convertirle en gozo es justo
porque el mío consideras?
¿Tú la hierba del sol eras
siempre siguiendo mi gusto?
No te espantes si me espanto
en ver esta novedad,
cuando te entristece tanto
opuesta á mi voluntad
con el no de un mudo llanto
que es justo mi sentimiento.

MATEO. Sobrina: este casamiento
que os procuramos los dos
es de la mano de Dios,
y como mi hermano siento
las muestras dese pesar.
Francisco Loarte es hombre
con quien nos podéis honrar;
mozo, rico, gentilhombre,
y de su casa y solar
ha ennoblecido el valor
el César nuestro señor;
y pues con su sangre hidalga
quiere Dios que luzga y valga
vuestro estado labrador,
no me parecen discretos
esos extremos.

JUAN. Verás
si te casas mil efetos
de gusto, y más si me das
hidalgos y nobles nietos.
Yo he dado ya la palabra
á quien en el alma labra

casa en que la tuya viva;
ella también le reciba
y alegre sus puertas abra,
que si más lágrimas gasta
el sentimiento presente
y mis intentos contrasta,
llamaréte inobediente;
yo lo quiero y esto basta.
Alza el rostro.

SANTA. ¿Cómo puedo
si la carga con que quedo
de la palabra que has dado,
sobre los hombros me ha echado
los peñascos de Toledo?
Darme, padre, la sentencia
de mi muerte, y tus enojos
tienen por inobediencia
que llorando hablen los ojos
cuando calla la paciencia.
Dios la muerte que mandó
darle su padre lloró,
pero no fué inobediente;
pues si Dios la llora y siente,
¿he de ser más fuerte yo?

JUAN. ¿Casarte es matarte?

SANTA. Sí,
que si es la libertad vida
y esa la pierdo por ti,
muerta soy, tú el homicida.
¿Quieres ver si esto es así?
Pues del matrimonio advierte
el nombre, substancia y suerte,
hallarás por testimonio
que si es cruz el matrimonio
el casarse será muerte.
Luego mi muerte publicas
con el estado que á luz
sacas, pues cuando le aplicas,
siendo el matrimonio cruz,
me casas y crucificas.
Fuera de que no es igual
nuestro labrador sayal
con su terciopelo noble,
y la palma con el roble
juntaránse tarde y mal.
Es ligero el elemento
del agua en su propia esfera,
como la pluma ó el viento,
pero si le sacan fuera
pesa, porque está violento.
En mi centro estoy, no quiera
quien en él me considera
que mi peso le derribe,
que el pece en el agua vive
y muere sacado fuera.
Yugo llaman los que miran
la vida de los casados
y en sus coyundas suspiran
justamente, pues atados
del tálamo el carro tiran.
Mas, porque no sean mortales
las cargas que tantos males
causan al siglo presente,
para tirar dulcemente
han de ser los dos iguales.
Luego no te escandalices
si me vieres resistir
el yugo fiero que dices
cuando pretendes unir
tan desiguales cervices.
Dame otro mejor estado
que te alivie del cuidado
que suele quitar el seso
de un yerno mozo y travieso,
jugador y mal casado;
que todo esto lo aseguras
con más noblé cautiverio
que es el que darme procuras.
Méteme en un monasterio,
donde entre vírgenes puras
se alegrará mi esperanza
si á Dios por su esposo alcanza
y adquirirás nombre eterno.
Padre: éste sí que es buen yerno
sin pobreza, sin mudanza.
En Santo Domingo el Real
tengo una tía; la fama
deste monasterio es tal,
que toda España le llama
Paraíso terrenal.
Conmigo ha comunicado
mi tía el dichoso estado
de las monjas que allí viven,
sin dote en él me reciben.
Dulce padre, padre amado,
tío prudente, hoy los dos,
me habéis de dar este nombre,
que no queréis, padre, vos
darme por esposo un hombre
cuando lo quiere ser Dios.

MATEO. Casi enternecido estoy;
mil gracias al cielo doy
que tan notable virtud
en tan tierna juventud
ha puesto.

JUAN. Tu padre soy;
tu remedio he procurado,
no tengo hijos (como ves)
sino á ti; sola has quedado,
nietos quiero que me des,
ya mi palabra he empeñado.
Nunca acostumbro quebrallas
las veces que llego á dallas,
ni las hijas han de hacer,
Juana, sino obedecer
en llegando á remediallas.

ESCENA II

Sale LILLO *con galas de desposada en un azafate.*—DICHOS.

LILLO. Desde Madrid á Toledo
con tal presteza he venido,
que pienso que me ha traído
otro artificio ó enredo
como el de Juanelo.

JUAN. ¡Lillo!

LILLO. Señor.

JUAN. ¿Y Francisco Loarte?

LILLO. Mañana de Illescas parte
más ligero que un novillo
cuando le sueltan del coso.

MATEO. Prestarále amor sus alas.

LILLO. Yo vengo con estas galas
que envía el futuro esposo
á mi sa Juana; un baúl
queda abajo en el patín
donde viene un faldellín
de oro y damasco azul,
que se le puede poner
la mujer de un Monseñor;
ropas de todo color,
cuyas colas pueden ser
cola canóniga, ó cola
de una cátedra perdida
de primavera florida;
otra entera á la española.
Probómela el sastre á mí,
y aunque con barbas, me estaba
tan pintada, que pensaba
que con la suya nací.
Tanto, que un gato aruñable,
viendo mi tallazo y brio,
dijo enamorado: «mío»,
que fué un requiebro notable.
En fin: tantas galas vienen,
que cual novia se engreía
la mula que las traía.
Parte dellas se contienen
en este tal canastillo
ó azafate; vuesarcé
rompa muchas, porque dé
estrenas al señor Lillo.

JUAN. Yo, Lillo, os las quiero dar
en nombre de Juana, mi hija;
recebid esta sortija.

LILLO. Déjete el cielo gozar
y ver choznos que á la puerta
te saquen, y á los reflejos
del sol dejes nietos viejos.

JUAN. Hija, porque se divierta
tu pena, las galas mira
que tu esposo te ha feriado;
que no hay tan grande cuidado
en la que llora ó suspira,
ni con el gozo se iguala
de ver una gala nueva,
porque no hay tristeza á prueba
del mosquete de una gala.

MATEO. Mucho á Francisco Loarte
debes, sobrina querida;
el ser desagradecida
es crueldad.

JUAN. Quiero dejarte
sola, que así mirarás
en la razón, que es tu espejo,
cuán bien te está mi consejo
y alegre le cumplirás.

SANTA. ¡Ay de mí!

JUAN. ¿No vienes, Lillo?

LILLO. Cuando el sí nos hayan dado,
vendrá ya más recatado
que capa en el baratillo.

(Vanse, dejan las galas.)

ESCENA III

Queda LA SANTA *sola.*

Bien acompañados quedan
los males en que me fundo
entre las galas del mundo;
mas no hará (por más que puedan)
mella en el bien que acaudalo,
pues por malas os señalo,
y alas que nos dais veneno,
decid lo que tenéis bueno,
diré lo que tenéis malo.

(A los chapines.)

Vengamos al fundamento
sobre que el mundo fabrica
la máquina que edifica
entre sus torres de viento.
¡Miren sobre qué cimiento
labra la hermosura humana
su presunción loca y vana!
¿Esto á la mujer no avisa
que, si sobre corchos pisa,
por fuerza ha de ser liviana?
Con corcho el mundo os engaña,
hermosuras españolas;
ved cuál os traerán sus olas
en corchos si sois de caña.
Loca soberbia de España
que el mundo has vuelto al revés,
¿con plata, que es tu interés,
coronas chapines vanos?
¿Lo que afanaron tus manos
es bien que pisen los pies?
Líbreme el cielo de estado
donde, como el indio necio,
he de dar el oro á precio
de corcho y papel pintado.
Lástima tengo al casado,
que si es su honor la mujer
y en corchos la ha de traer,
peligrosos son sus fines,
porque honor sobre chapines
á pique está de caer.

(A las cadenas.)

Cadenas, si causa penas
vuestro aparente tesoro,
hierro sois, que no sois oro,
pues yerra quien no os condena.
Si hay prisión donde hay cadena
y la prisión siempre es mala,
¿quién por buenas os señala?
Vestidos que en el delito
de Adán fuisteis sambenito,
¿del sambenito hacéis gala?
¡Ay Dios, que en tal cautiverio
mi padre aflígirme trate!
El mundo es mar que combate
con alas de vituperio.
Nave será un monasterio
si el cielo el paso me allana.
Galas viles, no soy vana
de vuestras galas, mi Dios,
me adornad y vestid vos.

(Caen las galas abajo, saliendo en su lugar un hábito de monja de San Francisco.)

VOZ. *(Dentro.)* Estas son mis galas, Juana.

SANTA. ¡Ay cielos! ¿Qué es lo que he visto?
Una voz divina oí
y un saco pobre está aquí.
¿Cómo el contento resisto?
Estas son galas de Cristo

y de Francisco librea,
Santo en quien Dios hermosea
las llagas con el carmín,
que el alado Serafín
en vuestras carnes emplea.
Con tan soberana gala,
¿qué hermosura no tendrá
el alma que os sigue ya
y por vuestra se señala?
Este cordón será escala
con que desde el alboroto
del mundo el cielo, aunque ignoto,
y su gloria meta á saco,
que aunque está roto este saco
no le echaré en saco roto.
El monasterio sagrado
de la Cruz, Francisco mío,
es vuestro y en él confío
escapar del mundo á nado;
ya el cómo y cuándo he pensado,
aseguradme el camino,
Seráfico peregrino,
que dándome vos favor
hoy tiene de hacer amor
un disfraz á lo divino.

(*Vase y lleva el hábito.*)

ESCENA IV

Salen MARCO ANTONIO *y* LUDOVICO.

LUDOVIC. Infórmate tú mejor,
que hoy lo he venido á saber.
MARCO. ¿El hijo del mercader?
¿El estudiante Melchor?
LUDOVIC. Ese fué el mismo que viste
saltar la noche pasada
de tu casa ya escalada
la pared.
MARCO. ¿A quién lo oiste?
LUDOVIC. A quien ha visto rondalle
(hechos de tu agravio jueces
los vecinos muchas veces)
estas puertas y esta calle.
Pues no sabe que has venido
nadie á Toledo, tu agravio
puedes vengar como sabio
antes de ser conocido.
Aguárdale hasta que salga
á rondar como acostumbra,
cuando al Indio el sol alumbra,
y entonces, sin que le valga
fuerza ni industria, podrás
dándole muerte vengarte
y luego á Madrid tornarte,
desde donde volverás
dentro de un mes á Toledo,
fingiendo que entonces llegas
de Sevilla.
MARCO. ¡Ay, honras ciegas,
que siempre os combate el miedo!
Dime: ¿no será mejor
darlos muerte juntos?
LUDOVIC. Eso
será pregonar su exceso.
En cosas de honra, señor,
por menos inconveniente
se tiene el disimularlas
que, por vengarse, sacarlas
al qué dirán de la gente.
MARCO. Eres, en fin, más discreto
que yo; buena es tu cautela.
Muera el que mi afrenta vela
y esté mi agravio secreto.
Ven, y templarán mi furia
tu presencia y mi esperanza,
que no hay bastante venganza
cuando es pública la injuria.

(*Vanse.*)

ESCENA V

Salen MELCHOR, JULIO *y* FABIO.

MELCH. ¿Hay tormento como un viejo,
Julio, para un hijo mozo?
Si esta noche no la gozo
la mejor ocasión dejo
que el amor me puede dar.
JULIO. ¿Vívese Marcela allí
adonde fué Troya?
MELCH. Sí.
JULIO. Pues bien, ¿y hemos de tornar
á saltar tapias huyendo
de la justicia?
MELCH. Eso fué
una vez.
JULIO. De allí quedé
escarmentado. No entiendo
que nos conviene; Melchor,
busca en Toledo otra dama,
que peligra así la fama
y honra de doña Leonor,
que vive junto á su casa,
y piensa la vecindad
que rondas más su beldad
que á Marcela.
MELCH. Ponme tasa.
JULIO. Si sucediese saltar
otra vez por sus paredes,
y te vieren, ¿cómo puedes
después, Melchor, restaurar
el nombre y reputación
que en dos años ha adquirido
ausente de aquí el marido?
MELCH. Comiénzame á hacer sermón.
Yo cumpliré el gusto mío;
tema, Julio, el que es cobarde;
mi padre se acuesta tarde
después que está aquí mi tío,
y á mi prima intenta dar
nuevo estado y nuevo dueño.
Vestiréme al primer sueño,
que aunque me obliga á acostar
dentro su mismo aposento
desde que mi inquietud sabe,
de la puerta tengo llave.
Fabio, por darme contento,
en la sala más afuera
podrá dejarme el vestido
de color.
JULIO. Tú estás perdido.
MELCH. Podré, en fin, desta manera,
sin que mi padre lo sienta,

salir en tu compañía,
si gustas.
JULIO. Yo gustaría
que comieses sin pimienta
esta trucha salmonada.
MELCH. Julio: eso ya es flaqueza.
JULIO. Quiébrate tú la cabeza,
que debes tener guardada
otra en el arca.
MELCH. Yo iré
con aviso.
JULIO. Y yo contigo.
MELCH. Fabio: el vestido que digo
esta noche.
FABIO. Así lo haré. *(Vanse.)*

ESCENA VI

Salen DOÑA LEONOR *y* CELIA, *criada.*

LEONOR. ¿Mi esposo en Toledo?
CELIA. Así
me lo han dicho.
LEONOR. Loca quedo;
¿Marco Antonio está en Toledo?
¿Mi esposo, sin verme á mí?
¡Ay, cielos, qué puede ser!
No, Celia; mentira ha sido.
CELIA. Yo así lo hubiera creído
si no hubieran visto ayer
á Ludovico, señora.
¿No ha un mes que desembarcó
en Sevilla y te escribió
que vendría por ahora?
Pues quien le vió en la ciudad
bien le conoce.
LEONOR. ¡Ay de mí,
Celia, si eso fuese así!
Alguna gran novedad
sin duda debe de haber.
¡Ay sospechas! vuestro miedo
comienza. ¡Que esté en Toledo
y no vea á su mujer!
¿No era doña Leonor
de su honesto amor la fragua?
Mas ha pasado mucha agua
y habrase anegado amor.
Celia: ¿qué puede ser esto?
CELIA. Según lo que ha sospechado
quien el recato ha notado
con que anda, es manifiesto
que alguna mujer le hechiza
en Toledo.
LEONOR. ¡Ay, amor ciego!
Apagó el mar vuestro fuego,
llevóse el viento en ceniza
el rescoldo que su fe
prometió conservar vivo.
¡Pobre de mí, que recibo
celos de lo que aún no sé!—
Celia: á mí me importa hablar
aquese hombre.
CELIA. ¿Para qué?
LEONOR. Dél dónde acude sabré
mi esposo, y en qué lugar
vive esta Leucote nueva
de quien soy, Celia, celosa.
CELIA. No será difícil cosa
hablarle.
LEONOR. Ven y haré prueba
del fiero mal que me abrasa,
que si vivió con sosiego
mi fe, los celos son fuego
que echan al dueño de casa. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Sale la SANTA *vestida de hombre.*

La esposa que en los cantares
herida de vuestro amor
(divino esposo y señor)
por tan diversos lugares
os busca, me hace atrever
á que, disfrazada en hombre,
ni el ser de noche me asombre,
ni el temor que en la mujer
es natural, la ley guarde
del miedo que ya he rompido,
porque amor hace atrevido
el animal más cobarde.
Casarme quieren, mi Dios,
siendo cosa reprobada
el ser dos veces casada
y siendo mi esposo vos.
Ya conozco vuestros celos,
no os los quiero, mi Dios, dar;
mi padre quiero dejar,
que con humanos desvelos
me impide el bien que publico,
y por un mortal esposo
un divino y poderoso
me quita inmortal y rico.
Sólo vuestro amor me cuadre,
que si á mi padre dejé,
en vos, mi Cristo, hallaré
Rey, Señor, Esposo y Padre.
El vestido de mi primo
en hombre me ha disfrazado;
la diligencia y cuidado
importa, ya que camino,
y del sol la clara luz
á la noche ha dado treguas.
No hay más de cinco ó seis leguas
desde Toledo á la Cruz,
donde el instituto santo
del Seráfico pastor
tiene de abrazar mi amor.
Vamos, pues; mas ¡ay, qué espanto!
Grillos me pone á los pies.
¿Qué dirá el mundo de mí?
Si me sigue y halla así
mi padre, ¿creerá después
que servir á Dios ordeno,
ó que con tan nuevo traje
voy á afrentar mi linaje
roto á la vergüenza el freno?
¿Qué dirán los que en tal talle
tuvieren de mí noticia?
¿Y qué dirá la justicia
si así me topa en la calle?
Honra: ¿qué dirán de vos?
Mas ¿por qué mi temor fundo
en el qué dirán del mundo

si el mundo dejo por Dios?
No seré yo la primera
que con varonil vestido
busqué á Dios; otras ha habido
que abrieron esta carrera.
Una Eugenia en traje de hombre
su casa y padres dejó,
y con los monjes vivió,
mudando en Eugenio el nombre;
de modo, que de su vida
es la mía imitadora.
¿No fué una santa Teodora
por hombre también tenida,
hasta que después de muerta
el mundo la conoció?
¿Por qué he de ser menos yo?
Cerraré al temor la puerta,
que el amor haga esta hazaña.
En Hazaña me dió el ser
Dios: hazañas he de hacer;
mas ¡ay cielos! ¿si me engaña
mi loca imaginación?
Una mujer que es espejo
de su honor, sin más consejo,
sin más consideración,
¿tiene de dejar así
su fama? ¿No puedo yo
ponerla á riesgo? Sí... no...
pues... volveréme... no... sí...
Y si mi padre me casa,
¿heme de ir de noche obscura?
Esta es gran desenvoltura;
Juana, volvamos á casa.
Poco importa que te ensayes,
amor, pues no te resuelves.

(*Quiere entrarse y detiénela el* Angel de la Guarda.)

ANGEL. Tente, Juana. ¿Dónde vuelves?
Esfuérzate, no desmayes. (*Vase.*)

SANTA. ¡Jesús! qué notable fuerza
sin ver á nadie he sentido
que la vuelta me ha impedido!
La voz sonora me esfuerza;
ánimo cobro ya nuevo.
Eterno esposo, ya os sigo,
que, pues os llevo conmigo,
suficiente guarda llevo. (*Vase.*)

ESCENA VIII

Salen MARCO ANTONIO *y* LUDOVICO *de noche.*

MARCO ANTONIO.

Si saliese de noche, Ludovico,
el adúltero infame que me afrenta,
verás de mis agravios la venganza
satisfecha en mi honra mi esperanza.

LUDOVICO.

No creyera jamás lo que la noche
que vimos dar asalto á tu honra y casa
sucedió.

MARCO ANTONIO.

Amigo, allí mi honor se abrasa.

LUDOVICO.

Toledo al menos á tu esposa llama
Penélope española en esta ausencia.

MARCO ANTONIO.

No han hecho como yo ellos la experiencia.

LUDOVICO.

Bien puede ser que mi señora ignore
sus injurias, y dé alguna criada
al que te agravia así en tu casa entrada,
que á ser doña Leonor mujer liviana,
saliera tu enemigo por la puerta,
pues sin saltar pared la hallara abierta.

MARCO ANTONIO.

¿Cómo puede eso ser, si al saltar dijo:
«Por Dios, que es bella moza, y que el marido
dejó á riesgo un buen talle?» Estoy perdido.
Aquí, amigo, cualquier discurso cesa;
no hay disculpa bastante; Melchor muera,
que sola esta disculpa mi honra espera.

ESCENA IX

Salen DOÑA LEONOR *de hombre y* DECIO *como de noche.*—DICHOS.

DOÑA LEONOR.

Desde el mesón donde encubierto posa
le sigo recelosa de mis daños,
que amor todo es engaños. Decio amigo,
á la paga me obligo del cuidado
y aviso que me has dado.

DECIO.

En esta casa
vive por quien se abrasa, que esta tarde
hizo su amor alarde, preguntando
quién la honraba habitando estas paredes.

(*Señala á* Marco Antonio.)

Tu Marco Antonio es, puedes por tus ojos
ver claros tus enojos y recelos.

DOÑA LEONOR.

¿Que este es mi esposo? ¡Cielos! ¿Desta suerte
mi amor se paga? ¿Es muerte al fin la ausencia?
Ya miro la experiencia de mis daños;
firmeza de dos años combatida
de la ocasión, ¿se olvida deste modo?
Decio, piérdase todo. (*Da voces.*)

DECIO.

No des voces.

DOÑA LEONOR.

Si mi rabia conoces, ¿qué te asombras?
Noche: que en viles sombras favoreces
traidores, bien pareces que te abscondes
del sol, pues correspondes á quien busca
la obscuridad que ofusca obligaciones.
Estrellas: que á ladrones dais amparo;
cielo con el sol claro que está ausente;
luna: un tiempo creciente, ya menguante,
á su amor semejante en la mudanza;
paredes: que en venganza de la fama,
con que el mundo me llama roca firme,
¿queréis por afligirme que os adore,

mi esposo, porque os llore quien os mira,
calles en quien ya tira mi locura
piedras, que piedra dura no enternece
el mal que me enloquece? Gran Toledo,
en cuyos libros quedo eternizada
por noble, por honrada, por coluna
del honor. Cielos, luna, sol, estrellas,
paredes, rejas bellas, calles, puertas,
mis sospechas son ciertas, mis recelos,
mis tormentos, mis celos no hay sanarlos;
cosa es el aumentarlos ya forzosa.

DECIO.

¡Señora!

DOÑA LEONOR.

Ved si es cosa que se calle,
cuando ronda la calle donde habita
quien mi tormento incita; ved si el hombre
es bien que tenga de mudable el nombre.

MARCO ANTONIO.

¿Qué voces serán éstas? ¿No es Leonora
la que se queja, llora y grita, cielos?
¿Si llora infames celos del que ha sido
mi deshonra? Perdido estoy, ya es cierta
mi sospecha. ¿A su puerta y á tal hora
dando voces Leonora? Amigo, muera
quien me ha ofendido.

LUDOVICO.

Espera.

MARCO ANTONIO.

El cadahalso
será esta calle.

DOÑA LEONOR.

¡Ah falso! ¿Esto has traído
de las Indias que han sido tu Leteo?
Con sus bárbaros veo que recibes
sus ritos. ¿Qué caribes han trocado
aquel amor pasado, que envidiaban
cuantos la paz miraban, en que unidos,
ejemplo de maridos Marco Antonio
eras y testimonio? Pero miente
quien tal afirma, y siento que aquél era
acero. Tú eres cera y frágil caña.
¿Tú en España, en España? ¿Tú en Toledo
sin ver tu casa, y puedo persuadirme
que eres amante firme?

MARCO ANTONIO.

¡Ah, vil mudable!
Nombre de variable me das, cuando
por verte, atropellando inconvenientes
tantas provincias, gentes, tantos mares
pasaron mis pesares; cuando, ingrata,
al Potosí su plata, al mar sus perlas
hurté, para ofrecerlas á tu gasto,
viniendo al tiempo justo de dos años
(que son destos engaños larga tasa)
y llegando á mi caso vi...

DOÑA LEONOR.

¿Qué viste?

MARCO ANTONIO.

Que con tu fama diste y casto nombre
en tierra. Vi que un hombre con un salto
de una pared, dió asalto á mi sosiego;
vi que se alabó luego haber triunfado
de ti y de mi cuidado. A tus paredes
preguntar quién es puedes, quien procura
entrar de noche obscura; mas si agora
á sus puertas, traidora, te he cogido,
¿por qué á mi enojo impido la venganza?

DOÑA LEONOR.

¿Disculpas tu mudanza de esa suerte?
Esposo ingrato, advierte que en defensa
de mi fama no piensa mi respeto
mostrársete sujeto, aunque te llame
mi marido. El infame que dijere
(séase quien se fuere) que mi casa
los límites traspasa que el honesto
amor en ella ha puesto, y que por obra
ó pensamiento cobra detrimento
mi fama, miente.

MARCO ANTONIO.

¿Miento yo que he visto
tu liviandad?

DOÑA LEONOR.

Si asisto en este traje
no es por hacer ultraje á lo que debo.
Decio diga si es nuevo en mí este exceso,
que por tal le confieso. Yo he sabido
que á Toledo has venido (aunque encubierto)
por los amores muerto de una Circe
(que así puede decirse quien te abrasa),
y viendo que tu casa así olvidabas
y á mí me despreciabas, te he seguido
con Decio, que ha sabido tus quimeras.
Si disculparme esperas con culparme,
armas tengo; vengarme en ti confío,
que por el honor mío, al propio esposo
mataré.

MARCO ANTONIO.

¡Ay, engañoso cocodrilo!
las riberas del Tajo has vuelto en Nilo.

ESCENA X

Salen JULIO Y FABIO.—DICHOS.

FABIO.

Dejéle como digo en el retrete
de la sala de afuera aderezado
el vestido que saca cada noche;
levantóse, y buscándole, no pudo
hallarle, ni yo sé quién le ha tomado;
en fin, que se volvió á la cama haciendo
extremos y locuras de un furioso.

JULIO.

No vi en mi vida cuento más donoso.

MARCO ANTONIO.

Leonor: aquí no bastan las disculpas;
Ludovico lo vió, no hay engañarse
tantos ojos. Melchor, el estudiante
hijo del mercader, por tus paredes
entra de noche y sale; esto es sin duda.

JULIO.

¿Quién nombra aquí á Melchor? Escucha, Fa-
[bio.

MARCO ANTONIO.

Hoy moriréis los dos.

JULIO.

En el engaño
he caído. Melchor fué venturoso
en que le hurtasen el vestido, y este
es de doña Leonor esposo caro,
que ya ha venido de Indias, y la noche
que en casa de Marcela la justicia
le obligó á que saltara sus paredes,
nos vió sin duda; miren si saliera
Melchor, ¡cuán venturoso hubiera sido!

FABIO.

Dióle la vida quien le hurtó el vestido.

JULIO.

Desengañarle, Fabio, es lo que importa.
¡Ah caballero! ¿Hay paso seguro?

MARCO ANTONIO.

Si dice antes el nombre.

JULIO.

Que me place.
Julio me llamo y es un grande amigo
del señor Marco Antonio.

MARCO ANTONIO.

No hay ninguno
aquí con ese nombre.

JULIO.

Yo lo creo,
pues por sí ó por no, desengañaros
quiero de una sospecha que os aflige.
Melchor (de quien tenéis esos recelos)
no os ha ofendido, ni hay en toda España
quien se atreva á rendir la fortaleza
que vuestra esposa bella ha conservado
el tiempo que en Toledo os lloró ausente.
Lo que ha pasado es esto: Melchor trata
con una dama que pared en medio
de vuestra casa vive, cuyo nombre
es Marcela. Una noche tuvo aviso
la justicia que estaban los dos juntos;
entró á buscarlos y Melchor subióse
á una azotea, desde donde viendo
que le seguía un alguacil, fué fuerza
saltar un tejadillo vuestro, y luego
dél á la calle. Examinad si es cierto
del alguacil Ayuso, y dad mil gracias
á Dios y á vuestra esposa que merece
otro nombre mejor del que os parece.

MARCO ANTONIO.

Amigo Julio: ¿es cierto lo que dices?

JULIO.

Yo acompañé á Melchor aquella noche.

MARCO ANTONIO.

Quitó á mi amor tu aviso las tinieblas
de celos que eclipsaban mi sosiego.
Como el que duerme y tiene pesadilla,
desde que entré en Toledo, Julio, he estado;
despertásteme; en fin, ya he sosegado.
Dame esos brazos, cara y dulce esposa,
y echemos á los celos esta culpa,
que no en balde los pintan con un ojo,
y el otro ciego, porque vean á medias
y engañan como á mi me han engañado.

DOÑA LEONOR.

Ya todo lo daré por bien empleado.

ESCENA XI

Sale UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

¡Gran desgracia!

MARCO ANTONIO.

¿Qué es esto?

CRIADO.

Fabio.

FABIO.

Amigo.

CRIADO.

Juana, sobrina del señor, la hija
de Juan Vázquez, aquella que en Hazaña
tantas señales dió de virtuosa,
esa falta de casa.

FABIO.

¿Cómo?

CRIADO.

Viendo
que la forzaba el padre á que tan niña
se casase, esta noche se ha ausentado,
y á lo que dicen disfrazada de hombre;
porque el vestido que Melchor tenía
de color, no parece.

JULIO.

Eso es sin duda,
y hale valido el dar al primo vida,
que á dejarle, ya estuviera muerto.

CRIADO.

Su padre está sin seso, su tío loco,
y todos imaginan que se ha ido
al monasterio de la Cruz, dos leguas
de Illescas, á ser monja, que así dijo
lo había prometido.

FABIO.

Pues ¿qué intentan?

CRIADO.

Todos van en su busca.

FABIO.

Y yo ¿qué aguardo?

JULIO.

Extraordinarias cosas hemos visto
en breves horas.

MARCO ANTONIO.

Vamos, Julio, amigo,
á mi casa, que quiero regalaros

y que sepáis por experiencia el gusto
que causa amor después de largos celos.

JULIO.

Como el sol tras las nubes en los cielos.

(*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen FRANCISCO LOARTE *y* LILLO *de camino.*

LILLO. La alegre conversación
facilita la molestia
del camino; hablemos, pues,
que aunque no hay más de seis leguas
de aquí á Toledo, me cansa
el verte que en todas ellas
por contemplar á tu esposa
no has despegado la lengua.

FRANC. ¡Ay! que estas seis leguas, Lillo,
me han parecido seiscientas,
según el amor da prisa
al alma que nunca llega.
Mas ya que en conversación
quieres que las entretenga,
vuelve otra vez á contarme
de mi esposa la belleza,
cuando las joyas la diste
y la sabrosa respuesta
que te dió su viejo padre,
ya que la casta vergüenza
de mi Juana enmudeció.

LILLO. De todo te he dado cuenta
dos veces.

FRANC. No seas pesado.

LILLO. Contarételo quinientas.
Llegó la señora mula
con su badulaque á cuestas
y el señor Lillo á las ancas
hasta la espaciosa vega.
Apeóse allí mi merced,
y cuando llegué á la puerta
de Visagra, alcé los ojos
y vi el aguilucho en ella
con sus dos cabezas pardas,
y haciendo una reverencia
dije: salve, pajarote
de toda rapiña reina.
Entré por la calle arriba
y á poca distancia, cerca
de un barbero, vi una casa
que, aunque algo baja y pequeña;
el olor que despedía
me confortó de manera
que me obligó á preguntar
si algún santo estaba en ella.
Respondióme uno: aquí vive
San Martín. Hinqué en la tierra
las rodillas y creí
sin duda que era su iglesia.
Todo un Domingo de Ramos
vi encima de una carpeta
á la entrada, y dije: aquí
fiestas hay, pues ramos cuelgan.
Entré muy devoto dentro,
vi mil danzantes en ella
de capa parda bailando,
ya de pies, ya de cabeza.
Estaba sobre un tablero
una gran vasija llena
de agua con muchas tazas;
lleguéme allá, pensé que era
pila del agua bendita,
metí la mano derecha
mojando el dedo meñique
y salpiquéme las cejas.
Estaba allí una mujer
más gorda que una abadesa,
cura de aquella parroquia
una sobrepelliz puesta
ó devantal remangado,
y recogiendo la ofrenda
dada al San Martín divino
que estaba sobre una mesa,
y debía de haber dado
á otro pobre la otra media
capa, porque estaba en cueros,
dijo la mujer: ¿No llega,
hermano? Ya voy, la dije.
Saqué de la faldriquera
medio real (que no doy menos
en limosnas como aquéllas)
y tomando una medida
me dió de sus propias venas
San Martín la blanca sangre
que hace hablar en tantas lenguas.
Proseguí con mi camino.

FRANC. Saldrías de la taberna
como sueles.

LILLO. ¿Cómo suelo?
Calzadas con cinco suelas
las tripas, en fin, llegué
en cas de tu suegro.

FRANC. Espera.

LILLO. ¿Qué hay de nuevo?

FRANC. A pie y corriendo
me parece que se acerca
un muchacho hacia nosotros.

LILLO. Pues bien: ¿será cosa nueva
ver correr á un caminante?

FRANC. No, mas la sangre me altera
su vista.

LILLO. Pues ¿qué imaginas?

FRANC. Nada; sepamos qué priesa
le obliga á que así camine.

LILLO. Sepamos en hora buena.

ESCENA XIII

Sale LA SANTA *vestida de hombre.* — DICHOS.

SANTA. Mi Dios: alas me habéis dado
con que como el alma vuela,
el cuerpo que de los lazos
del mundo se desenreda.
No siento cansancio alguno;
pero quien el yugo lleva
de vuestra ley, Cristo mío,
no se cansa, que no pesa.

FRANC. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
Lillo: ¿mi Juana no es ésta?
Sí, que el retrato del alma
su imagen me representa.

LILLO. Yo ser tu esposa jurara,
á no tener por quimera
que mujer tan recogida
á tal locura se atreva.
FRANC. Mi querida esposa es, Lillo,
prenda de mis ojos bella.
¿Adónde vais de ese modo?
SANTA. ¡Ay Dios! ¿qué desdicha es ésta?
Perdida estoy, dulce esposo.
Si corre por vuestra cuenta
el volver por vuestro honor
y yo soy esposa vuestra,
libradme deste peligro,
que ha visto el lobo la oveja,
y si no me guardáis vos
os ha de quitar la presa.
FRANC. Dadme, mi esposa, esos brazos,
seré venturosa hiedra
de tu cuello.

(*Va á abrazarla, hace que no la ve, ni* Lillo *tampoco.*)

LILLO. ¡Ay tal suceso!
FRANC. ¡Juana mía!, más ¿qué es della?
Lillo: ¿qué se hizo mi bien?
LILLO. No sé pardiós; ó lo sueñas,
ó estoy cual suelo borracho,
ó hay brujas en esta tierra.
Ella se ha vuelto invisible.
FRANC. Cara esposa: ¿así me dejas?
SANTA. Mi Dios: bien sabéis burlaros
de quien ofenderos piensa.
Aquí estoy y no me ven;
voime, pues los ojos ciega
mi esposo destos perdidos.
A fe, divina clemencia,
que hacéis muy buen guarda damas.
(*Vase.*)

ESCENA XIV

DICHOS, *menos* LA SANTA.

FRANC. Mi bien, mi querida prenda:
¿qué es esto? ¿adónde te has ido?
Dame esos brazos, no seas
cruel conmigo.

(*Va á abrazar á* Lillo.)

LILLO. ¡Arre allá!
¿Adónde diablos te pegas?
¿A mí los brazos? ¿No ves
que soy hembro y no soy hembra?
FRANC. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
LILLO. Señor: ¿si acaso las setas
que comimos nos han vuelto
boca abajo las molleras?
¿Qué Urganda nos ha encantado
para enseñarnos quimeras
semejantes? Si has leído
á Urganda, ¿no se te acuerda
del anillo de Brunelo
con que Angélica la bella
se hacía invisible? Par Dios
que si tú Orlando ser piensas
que te la ha dado á mamar.

ESCENA XV

Salen JUAN VÁZQUEZ *y* JUAN MATEO — DICHOS

JUAN. Primero que monja sea
bañaré estas canas blancas
en la sangre de sus venas.
MATEO. Todo esto merece, hermano,
quien quiere casar por fuerza
sus hijas.
JUAN. O ha de hacer
lo que yo la mando, ó muera,
pues no obedece á su padre.
MATEO. Si por Dios los hombres deja,
¿quién la podrá persuadir
á casarse?
JUAN. La obediencia.
FRANC. ¿No es éste Juan Vázquez, Lillo?
LILLO. Juan Vázquez parece; llega
y agárrale, no se vaya,
que el diablo se regodea
con nosotros y se burla.
JUAN. ¡Hijo!
FRANC. Señor.
JUAN. Si deseas
cobrar tu esposa, mis pasos
sigue.
FRANC. ¡Ay Dios!, pues ¿quién la lleva?
JUAN. El deseo de ser monja
le dió atrevimiento y fuerzas
para disfrazarse de hombre.
En la Cruz tomar intenta
el sayal de San Francisco,
mas no hará lo que desea
mientras mis miembros cansados
tengan vida. Ven, ¿qué esperas?
FRANC. No ha un instante que la vimos
Lillo y yo de esa manera.
JUAN. ¿Cómo no la detuvistes?
LILLO. Jugó á la gallina ciega
con nosotros, y acogióse
invisible.
MATEO. En su defensa
lleva á Dios, ¿qué mucho?
JUAN. Vamos.
FRANC. ¡Ay, Lillo, mi muerte es cierta!
(*Vanse.*)

ESCENA XVI

Sale LA SANTA *de hombre.*

Esta es la casa divina
de la Cruz, en testimonio
que la cruz del matrimonio
que darme el mundo imagina
menosprecio por la luz
que la cruz de Dios me da,
y así mi nombre será
de hoy más Juana de la Cruz.
Vuestras paredes sagradas
beso, casa santa y rica,
pues dentro de vos fabrica
las piedras vivas labradas
Dios, á poder de las llamas
que el mundo en mi pecho ha visto,
porque aquí tiene mi Cristo
el cuarto real de sus damas.

Quiero entrar, Francisco santo,
donde con vuestra librea
compuesta el alma se vea,
y aunque no merezco tanto
hacéis vos mi dicha cierta,
pues os tengo por patrón;
quiero ir á hacer oración,
pues está la iglesia abierta.

(Al tiempo que quiere entrar cantan dentro.)

(Cantan.) Norabuena venga
Juana á mi casa,
que la tierra se alegra
y el cielo canta.

SANTA. Músicos divinos:
si mercedes tantas
hace vuestro dueño
á sus desposadas,
dichosa mil veces
y rica otras tantas
la que sus deseos
le ofrece y consagra.

(Cantan.) Entra á desposarte
con Dios, que te aguardan
de Francisco santo
las humildes galas.

SANTA. Temo justamente
conforme á la traza
y traje en que vengo
que mis esperanzas
no sean admitidas.
Virgen soberana:
pues por Madre os tengo,
allanad la entrada.

(Cantan.) Paloma escogida:
tu esposo te llama
para aposentarte
dentro de su alma.

ESCENA XVII

Salen LA ABADESA *y la* MAESTRA DE NOVICIAS.—LA SANTA.

ABADESA. ¿Qué música celestial
con maravilla tan nueva
nuestros sentidos se lleva
tras sí?

SANTA. ¡Dichoso sayal,
cuyas entretelas son
la seda y brocados finos
de favores tan divinos!
Ensánchese el corazón
con tan venturoso estado.

MAESTR. ¡Oh música soberana!
¿Quién puede ser esta Juana
á quien el cielo ha cantado
motetes de su venida?

SANTA. Esta la prelada es
deste convento.—Esos pies
en quien consiste mi vida
bese mi boca.

ABADESA. Señor:
alzad; ¿eso habéis de hacer?

SANTA. Una mísera mujer
os pide gracia y favor.

MAESTR. ¿Vos mujer?

SANTA. Este disfraz
de mi casa me destierra,
donde el mundo me hizo guerra,
y vengo á buscar la paz.
A Dios, vuestro esposo, madre,
di de mi dueño el renombre;
quiso después, con un hombre,
que me casase, mi padre;
y por último remedio,
con el vestido que veis,
vengo á que ayuda me deis.
Atrevido ha sido el medio;
mas Dios, que todo lo allana,
los estorbos allanó
que el demonio me ofreció.

ABADESA. ¿Cómo es vuestro nombre?

SANTA. Juana.

MAESTR. Este es el mismo que el cielo
con regocijos festeja.

ABADESA. Aunque confusa me deja
y con notable recelo
el veros, hija, llegar
de ese modo, la intención
puesta ya en ejecución,
es digna de ponderar.
El alma me pronostica
las virtudes que encubrís
con que á enriquecer venís
esta casa, que estáis rica
de los bienes celestiales
que en ella son menester.
Hoy os hemos de poner
las estimadas señales
que Francisco nos dejó
á las esposas de Cristo.

SANTA. ¿Cómo el contento resisto?
¿Cómo el gozo no salió
á agradecer tanto bien
por la boca y por los ojos?
Ya cesaron mis enojos;
cesó mi temor también.

ESCENA XVIII

Salen JUAN VÁZQUEZ, JUAN MATEO *y* FRANCISCO LOARTE.—DICHAS.

JUAN. Aquí sin duda ha de estar;
porque en este Monasterio
intentó desde la cuna
ser monja. Permita el cielo
que mi presencia la obligue
á que, mudando deseos,
no me dé triste vejez.

FRANC. Contadme los dos por muerto
si no quiere ser mi esposa.

MATEO. Aquí está en el traje mesmo
que sospechamos en casa
cuando salió de Toledo.

JUAN. ¿Qué es esto, hija de mis ojos?

FRANC. Dulce esposa: ¿cómo es esto?

MATEO. Sobrina: ¿así nos dejáis?

JUAN. ¿Las canas de un triste viejo
que te dió el ser y la vida
desprecias? El corto tiempo

que he de vivir, hija Juana,
¿es bien que viva muriendo?
No me dió más hijos Dios;
contigo vivía contento;
en ti á tu madre miraba
por ser tu rostro su espejo.
Tú eras, si estaba triste,
mi regalo, mi deseo,
mocedad de mi vejez,
de mi enfermedad remedio.
¿A quién dejaré mi hacienda
si me dejas y te dejo?
Mi muerte es cierta sin ti,
pues vivo porque te veo.
Hija, compañera, madre,
que esto y más contigo tengo,
¿tu padre quieres matar?
¿este pago será bueno?

MATEO. Sobrina: mirad que Dios
quiere se haga el mandamiento
de los padres, y que os manda
que le obedezcáis al vuestro.
Casada podéis servirle,
que en el dulce casamiento
del matrimonio mil santos
os pueden servir de ejemplo.

FRANC. Esposa del alma mía,
reina de mis pensamientos,
mira que yo te di el alma;
por el alma ó por ti vengo.
Si mis quejas no te obligan,
si no te ablandan mis ruegos,
en tu presencia he de darme
la muerte, que estoy sin seso.
Mi hacienda, mis padres nobles
están, los brazos abiertos,
aguardándote en Illescas;
¿por qué con tal menosprecio
quieres que mi muerte lloren?

SANTA. Padre: á Dios por padre tengo;
tío: Dios solo es mi tío;
Dios es mi esposo y mi dueño;
Francisco Loarte: aquí
determino morir; esto
os tengo de responder.
Dios lo quiere y yo lo quiero.

JUAN. Eso no; no quiere Dios
que á tu mismo padre viejo
mates, siendo tú el verdugo.
Madres: perdonad si os llevo
lo que es mi hacienda por fuerza.

(Quiere llevarla por fuerza y La Santa *se abraza á las monjas.)*

ABADESA. Señor: resistir al cielo
es pecado.

JUAN. Has de venir,
ó haré locuras y excesos.

SANTA. Madres: ¿así me dejáis?
Mi Dios, mi esposo, si es cierto
que son de los malhechores
sagrado asilo los templos,
¿por qué á mí no han de valerme?
En sagrado estoy, ¿qué es esto?
Mi Dios: Iglesia me llamo.
¡Aquí del Rey y del cielo,
que de la Iglesia me sacan!
Francisco: el hábito vuestro
ha de librarme esta vez;
cordón: sed vos mi remedio.
¿No sois vos embajador,
Francisco, de Cristo mesmo,
y el rey de armas de su casa,
pues en vos las suyas vemos?
De casa de embajadores
no sacan á ningún preso;
pues defendedme, Francisco,
que os quiebran los privilegios.

MAESTR. ¿Hay más virtud en el mundo?

ABADESA. No quiera el piadoso cielo
que de nuestra casa salga
el tesoro que tenemos.

MATEO. Hermano: volved en vos,
dejad injustos extremos.
Dios por suya á Juana escoge;
Dios quiere ser vuestro yerno.
¿Queréis vos ir contra Dios?

JUAN. No sé quién me ablanda el pecho
y su dureza derrite;
pero el amor todo es fuego.
No quiero á Dios ofender;
suyo es todo cuanto tengo;
sírvase con todo Dios,
pues ya lo mejor le entrego.
Mi bendición y la suya,
hija, os alcance.

SANTA. Ya beso
esos pies, agradecida.

FRANC. ¡Ay, Dios: cuán vanas salieron
mis marchitas esperanzas!

MAESTR. Sosegad, señor.

FRANC. No puedo
ni podré mientras que viva.

ABADESA. Vamos, hija, y os daremos
el hábito venturoso
de Francisco.

SANTA. Mi contento
se cumplió de todo punto.

ABADESA. Para que se cumpla el vuestro
esperad todos un rato,
y veréis á Juana presto
adornada con las galas
de su desposado eterno.

(Vanse las tres.)

ESCENA XIX

DICHOS, *menos* LA SANTA, LA ABADESA *y* LA MAESTRA DE NOVICIAS.

JUAN. Señor Francisco Loarte:
aquí el más sano consejo
es ver que, si Juana os deja,
no es por otro hombre del suelo,
sino por Dios; ya lo veis
las ventajas que os ha hecho
Dios, vuestro competidor.

FRANC. Dejadme, que no hay consuelo
que mis tormentos aplaque.

MATEO. ¿Cómo un hombre tan discreto
así se deja llevar
del tropel de sus deseos?

FRANC. No puedo más, que estoy loco.
Pues mi esposa hermosa pierdo,

piérdase con ella todo:
fuera vida, fuera seso:
huyan los hombres de mí.
JUAN. Sosegaos.
FRANC. Soy el infierno,
¿cómo queréis que sosiegue?
Huid de mí: ¡fuego, fuego! *(Vase.)*

ESCENA XX

DICHOS, *menos* FRANCISCO DE LOARTE.

MATEO. ¡Qué lástima!
JUAN. Sabe Dios
lo que su desdicha siento;
mas El lo remediará,
pues por su causa se ha hecho.

ESCENA XXI

Salen LA ABADESA, LA MAESTRA DE NOVICIAS *y* LA SANTA, *de monja.*—DICHOS.

SANTA. ¡Qué alegre y compuesta salgo!
Pedid, padre, á mi contento
albricias; este es brocado;
no es, padre, sayal grosero.
Cristo es ya mi Esposo, tío;
dentro del alma le tengo.
Reina soy, porque El es Rey;
vos, padre, veréis sus reinos.
JUAN. Las lágrimas á los ojos
salen, mi Juana, al encuentro
para darte el parabién
del nuevo estado.
SANTA. ¡Y qué nuevo!
El alma me ha renovado.
MATEO. De manera me enternezco
que no puedo hablar de gozo;
mas darte los brazos puedo.
SANTA. Padre y señor: esto baste,
que estamos perdiendo el tiempo
y reñiráme miEsposo,
porque es celoso en extremo;
ya no soy mía; adiós, padre.
ABADESA. La grande virtud contemplo
que encierra este serafín.
MAESTR. Grandes cosas della espero.
SANTA. Dadme los brazos y adiós.
JUAN. ¡Hija mía: que te dejo!
(Vanse los dos.)

ESCENA XXII

DICHOS, *menos* JUAN VÁZQUEZ *y* JUAN MATEO.

SANTA. Bien guardada me dejáis,
en el cielo nos veremos.
Madre Abadesa: si gusta
vuestra caridad, pretendo
dar sólo gracias á Dios
por la merced que me ha hecho.
ABADESA. Su Maestra de Novicias
se la dará.
MAESTR. Vuelva luego
al noviciado.
SANTA. Sí haré.
MAESTR. ¡Hay tal ángel!
ABADESA. Es un cielo.
(Vanse las dos.)

ESCENA XXIII

LA SANTA; *luego* SANTO DOMINGO *y* SAN FRANCISCO.

SANTA. Mi Dios: de casa soy ya;
ya los huéspedes se fueron,
aquí siempre ha de durar
el pan de la boda eterno.
¡Qué dello os he de servir!
¡Qué palabras, qué requiebros
os piensa decir el alma!
Mas ¡válgame Dios! ¿qué es esto?
Música arriba y aparécense entre unas nubes Santo Domingo *y* San Francisco *con sus llagas.*
S. FRANC. ¿Conócesme, hija mía?
SANTA. ¿Si estoy en mí? ¿Si no duermo?
Vos sois mi Francisco santo,
á quien por padre obedezco.
DOMINGO. ¿Y yo?
SANTA. Sois Santo Domingo,
cuyos pies sagrados beso,
por honra de nuestra España
que dió tal Guzmán al suelo.
DOMINGO. El gran padre San Francisco,
á quien por hermano tengo,
y yo, Juana, competimos
con amorosos extremos
sobre cúya hija has de ser;
yo en mi favor alego
que ser mía pretendiste
en mi amado Monasterio
El Real, que ilustra mi nombre
y tanto estima Toledo,
y á quien tan devota fuiste.
¿Esto, mi Juana, no es cierto?
SANTA. Sí, mi Padre.
DOMINGO. Pues ¿qué esperas?
Ven.
S. FRANC. Eso no, Padre nuestro;
ella se vino á mi casa,
la posesión suya tengo.
Ya se vistió mi pobreza,
mía es; mas con todo eso
escoja; en su voluntad
su elección y gusto dejo.
DOMINGO. Niña: mi hábito recibe;
ya ves los santos que dieron
hoy al mundo de mi Orden;
ya sabes lo que te quiero.
Este escapulario blanco
es de la pureza ejemplo
que á Dios su virginidad
consagra; el hábito negro
es el luto por el mundo,
pues que para ti ya es muerto.
La devoción del Rosario
que ves adornar mi cuello,
de mi Orden es. ¿Qué aguardas?
Paga el amor que te muestro
con tomar mi hábito santo.
S. FRANC. Juana: aunque el mío es grosero,

tú escogiste su humildad;
mira cuál te agrada déstos,
que yo gusto de tu gusto,
porque conozco tu pecho.

SANTA. Divino Predicador:
perdonad si veis que dejo
vuestra sagrada blancura
por estos pobres remiendos,
que, como las cinco llagas,
aunque pobre, guarnecieron
con sus rubíes el sayal
de Francisco, es ya sin precio.
Dios es mi esposo, Domingo;
si á Dios en Francisco veo,
para estar siempre con Dios
estar con Francisco tengo.
(*A* San Francisco.)
Vos sois mi santo, mi padre,
mi refugio, mi remedio,
mi regalo, mi descanso,
y así vuestro sayal quiero.

S. FRANC. Mía ha sido la victoria.

DOMINGO. Yo estos brazos os ofrezco,
mi carísimo Francisco,
en señal del vencimiento.
(*Abrázanse los dos* Santos *y encúbrense.*)

SANTA. ¡Oh, soberana visión!
Mi llagado, alegre quedo.
Juana, holgaos; alegraos, Juana.

ESCENA XXIV

Sale la MAESTRA.—LA SANTA.

MAESTR. ¿Hermana?

SANTA. ¿Madre?

MAESTR. ¿Qué es esto?
¿Cómo da voces así?
Guardará un año silencio,
sin que á más que al confesor
pueda hablar.

SANTA. Yo la obedezco.

MAESTR. Del oro de su obediencia
probar los quilates quiero.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen LA MAESTRA DE NOVICIAS *y* SOROR MARÍA EVANGELISTA.

MAESTR. Confieso desta mujer
la virtud más excelente
que puede en un alma haber,
y confieso juntamente
que mi verdugo ha de ser.
¿Ves lo que toda la casa
la quiere? ¿Ves lo que pasa
en su fe, en su mansedumbre?
Todo me da pesadumbre,
todo me inquieta y abrasa.
Su humildad conmigo lidia;
cuanto tú más la celebras
más me cansa y me fastidia,
porque todas las culebras
me atormentan de la envidia.
Dos años ha que tomó
el hábito, siendo yo,
por mi desdicha, maestra
de las virtudes que muestra,
y en ellas se adelantó
de modo que, por mi daño,
mi pesar cubro y engaño
y en ella á Dios reverencio.
Guardar la mandé silencio,
y ya sabes que en un año
no habló palabra.

EVANGEL. Si vieses
lo que Dios por ella ha hecho,
yo te digo que no hicieses
esos extremos. Al pecho
de su madre, de dos meses,
la mostró en mil ocasiones
el cielo revelaciones
que te hubieran admirado
á habérselas escuchado
como yo en sus recreaciones.
Desde que nació, los viernes
ayunó; y á quien Dios da
los favores que disciernes,
¿qué daño hacerle podrá
tu pesar?

MAESTR. No me gobiernes,
que es la envidia pestilencia
del seso y de la paciencia
y temo...

EVANGEL. ¿Qué hay que temer?

MAESTR. Que esta Juana me ha de hacer
con su virtud competencia.
Deseo ser Abadesa,
como sabes, desta casa.

EVANGEL. Pues ¿de una recién profesa
que en la cocina ahora pasa
su vida, temes?

MAESTR. Sí, que esa
mis intentos desvanece,
porque al paso que ella crece,
mi esperanza, amiga, mengua;
no sé qué tiene en la lengua
que cuando habla me parece
que, á mi pesar, se levanta
con el Monasterio todo
por ser su sencillez tanta
y amarla todas de modo
que ya la tienen por santa
y no estiman mis lisonjas.

EVANGEL. Las virtudes son esponjas
que las voluntades beben.

MAESTR. Las suyas temo que aprueben
de tal manera las monjas
que, aunque me pese, la elijan
por Abadesa después;
mira si es bien que me rijan
mis pesares.

EVANGEL. No les des
ese nombre, ni te aflijan,
que es muy moza para eso.

MAESTR. Donde hay santidad y seso
hay vejez.
EVANGEL. Dices verdad.
MAESTR. Luego no le falta edad,
aunque es moza.
EVANGEL. Lo confieso;
mas mira que viene aquí.
MAESTR. Mis malas entrañas culpo.
EVANGEL. Que era la envidia leí
de la condición del pulpo,
que se está royendo á sí.

ESCENA II

Sale LA SANTA *con un barreñón de barro.*—DICHAS.

SANTA

Ya ha dos años, mi Dios, que entré contenta
en vuestro real palacio por criada;
libros tenéis de cuenta en que la entrada
del que os viene á servir, Señor, se asienta.
Camino es esta vida, el mundo venta;
en ella es bien que quede averiguada
la nuestra, porque al fin de la jornada
sepáis que soy mujer de buena cuenta.
Después que vuestro pan, mi Cristo, como,
os sirvo en la cocina, y no me ciega
la bajeza y desprecio de este trato,
Porque dice Francisco, el mayordomo,
que quien en vuestra casa platos friega
con Vos se asienta y come en vuestro plato,

MAESTR. ¡Ay, soror Evangelista!
Todo aquello es santo y bueno,
pero para mí es veneno
que entra al alma por la vista.
EVANGEL. Para mí es gloria.
(Cae y quiebra el barreñón.)
SANTA. ¡Ay mi Dios!
Caí, y háseme quebrado,
el barreñón... ¡Ah tiznado...!
¿Mas que andáis por aquí vos?
EVANGEL. La orza quebró
MAESTR. Quisiera
que el corazón se quebrara,
porque quieta me dejara.
EVANGEL. Madre, no diga eso.
MAESTR. Espera,
verás lo que hace.
SANTA. Pues bien:
¿ha de alabarse el tiñoso
que ha salido victorioso
de Juana? Eso no, mi bien.
¿Queréis que el convento entienda
lo para poco que soy,
y digan que en él estoy
para quebrarles su hacienda?
(Junta los pedazos é hincase de rodillas.)
No, mi Dios, que es el convento
muy pobre. Esposo querido,
aunque lo que agora os pido
declare mi atrevimiento,
á fe que me habéis de dar
mi rota vasija entera,
aquí vuestra esposa espera;
no me veréis levantar
de la oración que os consagro
hasta que os venza su instancia;
que, aunque es de poca importancia,
y es bien que cualquier milagro
por grande ocasión se haga,
en cosas pocas, Señor,
se muestra más el amor,
porque de todo se paga.
San Benito, ¿no pidió
á vuestro amor excesivo
le sanásedes un cribo
que á su amo romper vió?
Yo, pues, también hago alarde
de vuestra piedad divina;
acabad, que la cocina
me aguarda (mi Dios) y es tarde.
(Sale un barreño nuevo en lugar del quebrado.)
EVANGEL. ¿Has visto tal maravilla?
Di, madre, ¿qué te parece?
Así el cielo favorece
á quien le sirve y se humilla.
MAESTR. Espántame lo que he visto.
EVANGEL. Juana de la Cruz es santa.
SANTA. ¡Lindo amante hacéis mi Cristo!
Una cosa os he de dar
por merced tan soberana
que yo me sé.
MAESTR. Soror Juana,
¿dónde va?
SANTA. Madre, á fregar.
MAESTR. ¿No quebró ese barreñón?
Pues ¿cómo está entero y sano?
SANTA. Lo que echó á perder mi mano
sanó Dios en la oración,
que hace milagros por ella
al paso de la esperanza.
MAESTR. Pues qué, ¿tanto, hermana, alcanza
con Dios? Diga, ¿quién es ella
para que á su intercesión
se haga cosa importante?
Vanagloriosa, arrogante,
ya sé que estas cosas son
hechicerías; ya sé
quién es; álcese; ¿qué llora?
(Hincase en tierra llorando.)
SANTA. Soy la herencia pecadora;
no se espante si pequé;
deme los pies y perdone.
MAESTR. ¿Los pies la había yo de dar?
SANTA. Besaré, pues, el lugar
y tierra donde los pone.
(Besa la tierra.)
EVANGEL. ¡Qué humildad tan soberana!
MAESTR. ¡Ay, soror Evangelista!
No hay quien mi envidia resista;
vamos. *(Vanse.)*

ESCENA III

Quédase LA SANTA *postrada en tierra.*

SANTA. ¿Qué es aquesto, Juana?
¿Qué arrogancia es esta vuestra?
¿Qué altivez y frenesí?

Mas diréis que no es ansí.
Pues lo dice la Maestra,
verdad es; yo os sacaré
la soberbia y hinchazón,
cuerpo vil y fanfarrón,
á azotes; así os tendré
postrado en este lugar
hasta que la Madre os vea
y que sois humilde crea
dándoos los pies á besar;
que no es en vos ahora nuevo
esto de la gloria vana.
Mas yo os castigaré.

ESCENA IV

Levantándola el ANGEL DE LA GUARDA.

ANGEL. Juana.
SANTA. ¡Ay Dios, qué hermoso mancebo!
ANGEL. El Angel soy de tu guarda
que he venido á consolarte;
yo propio he de levantarte.
SANTA. El temor que me acobarda
viendo tan grande beldad,
Angel, no me deja hablaros,
porque vuestros rayos claros,
esa hermosa majestad
me ciegan; que de los pajes
sois vos del Rey, mi señor,
que con tanto resplandor
viste á quien tira sus gajes.
Dichoso el que asiste allá
libre de esta confusión;
si tales los pajes son,
¿qué tal el Señor será?
¿Hay más extraña belleza?
Pues la humana cortesía
llama al señor señoría,
y al Príncipe y Rey Alteza;
desde hoy mi lengua procura,
ayo mío venturoso
(pues sois tan bello y hermoso),
llamaros Vuestra Hermosura.
Este título he de daros,
mas no os habéis de partir,
que ya no podré vivir,
Angel mío, sin miraros.
ANGEL. Dios quiere que hables conmigo
siempre que hablarme quisieres
dondequiera que estuvieres,
y como á hermano y amigo
me veas y comuniques.
SANTA. ¡Gran favor! Ya mi paciencia
llevará mejor la ausencia
de mi Dios, cuando me expliques
su celestial señorío,
porque mis penas reporte
la grandeza de su corte
y su amor, custodio mío.
¡Qué gloria que he de tener!
¡qué contenta que he de estar
¡qué dello os he de tratar!
Porque no hay gloria y placer
para un alma que se abrasa
en la ausencia de su amante,
como hablar dél cada instante
con la gente de su casa.
ANGEL. Esta en que estás te encomienda
nuestra Reina soberana;
tú la has de gobernar, Juana,
tu protección la defienda;
que después que la pastora
Inés se dejó vencer
del mundo, como mujer,
la Reina, nuestra señora,
á su Hijo soberano
pidió que al mundo enviase
quien su casa gobernase;
y su poderosa mano
te crió para este fin,
conforme á su Madre dijo
Cristo tu esposo y su Hijo.
Aquí has de hacer un jardín
de plantas, cuya hermosura
la del cielo ha de adornar;
aquí tienes de plantar
el voto de la clausura,
que por no guardarle Inés
ni sus monjas se perdieron,
aunque penitencia hicieron
y se salvaron después.
Hoy te harán, Juana, tornera.
SANTA. Angel santo: no hay en mí
bastantes fuerzas.
ANGEL. Así
lo quiere Dios; dél espera
ayuda y fuerza segura.
SANTA. A servirle me provoco,
que todo se me hace poco
yendo con Vuestra Hermosura.
(*Vanse.*)

ESCENA V

Salen GIL *llorando y* LLORENTE.

LLORENT. ¿Un hombre tien de llorar
aunque le den más enojos?
GIL. ¿No tienen los hombres ojos?
LLORENT. Sí, sólo para mirar;
no para que al llanto acudan,
porque no es hombre el que llora.
GIL. No lloran los míos agora,
Llorente.
LLORENT. Pues ¿qué hacen?
GIL. Sudan.
Cuando mi Elvira murió
(que Dios haya), no lloré,
aunque, como veis, la amé;
porque con ella expiró
el recelo que hace guerra
al que una mujer percura
guardar; que no está segura
sino es debajo la tierra.
Pero en tan triste ocasión,
no os espante que me aflija
de ver cuál está mi hija.
LLORENT. ¿Por un mal de corazón
habéis de llorar así?
GIL. Mal de corazón ¿es barro?
Si fuera tos ó catarro
no hubiera tristeza en mí;
pero mal de corazón,
¿á quién no lastimará?

LLORENT. Si habla siempre que la da
más latines que un sermón,
no es el dolor muy roín.
GIL. Llorente: aqueso me espanta.
LLORENT. Es vuesa hija estodianta
y habla vascuence y latín,
¿y lloráis? Yo, por ventura
y no pequeña, tuviera
que mi hija latín supiera
y la viera después cura.
GIL. Afirma el beneficiado
que tien espíritos.
LLORENT. ¿Cómo?
GIL. Yo por eso pesar tomo.
LLORENT. Pues ¿por dónde habrán entrado?
¿por la boca ó por la zaga?
GIL. ¿No tien hartos agujeros
una mujer?
LLORENT. ¡Oh, fulleros!
¡Oste puto! ¡zorriaga
en ellos!
GIL. ¿No habrá un remedio?
LLORENT. Echalda una melecina
de miel y de trementina
hirviendo de medio á medio,
y por no verse quemados
por la boca se saldrán.
GIL. Si en el infierno los dan
huego con los condenados,
y comen como avestruces
brasas, ¿cómo han de temer
ell agua?
LLORENT. Hacelda comer
media docena de cruces
con su calvario, y veréis
cómo se salen huyendo
de la cruz.
GIL. Sanarla entiendo
presto. Ya os acordaréis
de Juana, nuesa madrina.
LLORENT. ¿La que es monja?
GIL. La que espanta.
LLORENT. Todos la llaman la santa.
GIL. Es una mujer divina.
Desque su padre murió,
que habrá un año, no la vi;
yo sé que en viéndome ansí,
pues por su causa me dió
Dios la hija que ya lloro,
que ella me la vuelva sana.
LLORENT. Queríala mucho Juana,
y es la niña como un oro.
No ha sido el remedio malo.
Gil, yo os quiero acompañar.
GIL. Venid, que la he de llevar
de miel y leche un regalo.
LLORENT. ¿Que así el diablo se zampuza
en un cuerpo? Desde hoy quiero
tapalle el lugar zaguero
con el sayo y caperuza. (*Vanse.*)

ESCENA VI

Sale LA SANTA *con las llaves de portera.*

Aunque del coro me aparta
el torno y la portería,
bien puede hallarse María
entre los brazos de Marta.
El alma contemple y parta
al cielo, pues con Dios priva,
y el cuerpo, que es Marta activa,
trabaje, que no hay lugar
donde á Dios no pueda hallar
la vida contemplativa.
Yo me acuerdo, Jesús mío,
que, á falta de otro lugar,
mi Iglesia era un palomar
cuando estaba con mi tío.
Lo demás es desvarío
de perezosos ingratos,
que los más sabrosos ratos
donde el sentido se arroba
es entre la humilde escoba,
las rodillas y los platos.
No hay lugar que me reporte
á no buscaros, Señor,
porque es piedra imán amor
y siempre mira á su norte.
¿No dicen que está la corte
donde está el Rey? De ese modo
á buscaros me acomodo
en cualquier parte, mi Dios,
que todo es corte con vos
pues sois Rey y estáis en todo.
(*Ha de haber un torno.*)
Tornera soy; ahora bien;
entreteneos, alma mía,
pensad que esta portería
es el portal de Belén.
Aquí pastores estén,
aquí el buey, aquí el jumento:
¡oh qué lindo nacimiento!
razón es que se celebre.
El torno será el pesebre,
las mantillas mi contento,
aquí la Virgen está;
¡ay soberana Señora!
mirad que mi Niño llora,
por mis pecados será;
mas José le acallará,
que como le está sujeto
Cristo, le tendrá respeto;
mas Juana, acállale tú.
(*Canta y mece el torno.*)
¡A la mú, Niño, á la mú!
¡qué bello que es y perfeto!
No lloréis, yo os haré fiesta,
Niño de infinito nombre.
¿Quién os hizo mal? El hombre.
¡Oh bellaco! ¡para ésta!
¡Qué cara, mi Cristo, os cuesta
su golosina liviana!
Dalde al Niño la manzana
que tan mal provecho os hizo,
que para Dios fué de hechizo,
aunque la comistes sana.
Ea, no haya más, Manuel,
mi Pontífice, mi luz,
juralde al hombre la cruz,
que en cruz moriréis por él.
Mi azucena, mi clavel,
en vos contempla el sentido
á vuestro amor reducido;

más grande mi dicha fuera
si en el torno ahora os viera
de veras recién nacido.

(Vuélvese el torno, y estará en él un Niño Jesús desnudo entre heno y copos de nieve.)

Pero mi buena fortuna
lo que deseaba ha visto.
Mi Niño, mi Dios, mi Cristo,
Sol de la Virgen, que es Luna,
¿del torno habéis hecho cuna?
Daros mil abrazos quiero,
Pastor, Rey, León, Cordero.
Buena ha estado la invención;
mas finezas de amor son,
que siempre fué invencionero.

(Desaparécese.)

¡Qué contenta me dejáis!
¡Qué de favores me hacéis!
¡Qué dello que me queréis!
¡Qué dello que lo mostráis!
Acá os tengo, aunque os me vais;
mas ¿qué es esto? La campana

(Tocan una campana.)

toca á alzar; pues, ¿cómo, Juana,
es bien que el ver vuestra vida
en el Altar os lo impida
esta pared inhumana?
¡Ay quién pudiera partilla
por ver alzar! ¡Ah, mi Dios!
todo es fácil para vos.

(Rásgase la pared, y detrás está un cáliz con un Niño Jesús.)

¡Ay Jesús, qué maravilla!
Ensalzáis á quien se humilla.
¡Dichosa la enamorada,
mi Dios, que os sirve y agrada!
Ya se juntó la pared,
y en fe de tanta merced
quedará siempre quebrada
una piedra. Esposo casto:
mucho con vos medro y privo;
mas ¡ay! que es mucho el recibo,
y poco ó ninguno el gasto.
Mucho me dais, y no basto
á pagar aun las migajas
de tan divinas ventajas;
pero, perdonad, Señor,
si, como el mal pagador
después os pagase en pajas. *(Vase.)*

ESCENA VII

Salen LA ABADESA *y* LA MAESTRA.

ABADESA.

Esto al servicio del Señor conviene;
el Padre Provincial ha ya venido;
noticia de la hermana Juana tiene;
por Prelada el convento la ha pedido;
yo acabo ya mi oficio, pues que viene
nuestro Padre á visita, y persuadido
está de la virtud que en ella mora;
sin duda que la hará mi sucesora.

MAESTRA.

¿A una mujer que no tiene experiencia,
canas, ni autoridad? No trate de eso
que se me acaba, Madre, la paciencia.

ABADESA.

¿Qué importan canas donde sobra el seso?
La edad que más importa es la prudencia:
ella la tiene, autoridad y peso.

MAESTRA.

Yo lo pretendo, y se me hace agravio.

ABADESA.

El Padre Provincial es cuerdo y sabio;
él mirará la que es más conveniente
para regirnos.

MAESTRA.

¡Que una hipocresía
se me anteponga así! ¿Que esto consiente
el cielo? ¡Oh rabiosa envidia mía!

ESCENA VIII

Sale LA SANTA. — DICHAS.

SANTA.

Madre: al torno ha llamado alguna gente
y entrar á hablarla dice que querría;
que, como no hay clausura en el convento,
siempre quieren entrar.

MAESTRA.

¿Hay tal tormento?
Presente está quien mientras tenga vida
será mi muerte.

ABADESA.

Su humildad me espanta.
Entren, hermana.

SANTA.

Voy. *(Vase.)*

MAESTRA.

¡Que ésta me impida
ser Abadesa! ¿Hay desventura tanta?
Madre: ¿no echa de ver cómo es fingida
toda aquella virtud?

ABADESA.

Juana es gran santa;
si lo contrario ven sus ciegos ojos,
es porque son de envidia los antojos.

ESCENA IX

Salen LA SANTA, GIL, LLORENTE *y otros* LABRADORES. — DICHAS.

GIL.

Señora Juana: Gil soy. ¿No se acuerda
de Gil y Elvira, de quien fué madrina?

MAESTRA

Voime de aquí que temo no me pierda
la envidia que me abrasa y desatina.

SANTA

Nuestra Prelada es ésta, sabia y cuerda;
sin su licencia no soy de hablar digna.

GIL.

Pues ¿cuál es la emperrada?

LLORENTE.

Aquella vieja.

SANTA

La Abadesa es aquésta.

GIL.

¿La Abadesa?
Señora: aquí venimos á rogalla
que mos haga merced de dar licencia
á Juana para vella y para hablalla.

ABADESA.

¿Hablarla? Como sea en mi presencia.

LLORENTE.

Pues claro está; que no hemos de llevalla
á Francia.

GIL.

¿Como está su rabanencia?

SANTA

Mejor que yo merezco, Gil amigo.

GIL.

Muy fraca está, por Dios, también lo digo.

SANTA

¡Jesús! No jure, hermano.

GIL.

Este es mal uso;
¿cómo no me pregunta por Marica,
mi hija?

SANTA

¿Cómo está?

GIL.

Vengo confuso;
la más salada estaba y más bonica
de toda Hazaña; pero ya rehuso
el vella nadie, porque tien la chica
espiritos, según dice nueso Cura
que la da con la estola y la conjura.
Así la guarde Dios que mos los quite
pues que sus oraciones oye, Juana.

SANTA

¿Yo, hermano? ¿aqueso dice?

GIL.

Si permite
mi Marica vuelva á casa sana
os diabros se van al alcrebite
donde Pero Botero los batana
en su caldero, quedaré contento.
Aquí la tengo fuera del convento.

SANTA

¿Quién soy yo para hacer cosa tan grande?

LLORENTE.

Ella puede sacarlos, no hay excusa.

SANTA

Soy una grande pecadora.

GIL.

Ande;
que pues llegar aquí Marica rehusa,
los espiritos la temen.

LLORENTE.

Madre, mande
que mos haga este bien.

SANTA

Estoy confusa.

ABADESA.

En virtud se lo mando de obediencia.

SANTA

Traigan luego la niña á mi presencia.

ESCENA X

Sacan dos ó tres á una NIÑA, *como por fuerza.*

NIÑA.

No me lleven allá que pondré fuego
á todas las esquinas desta casa.
Juanilla de la Cruz, estando ausente,
las ánimas me saca de las uñas
y me atormenta más que mil infiernos;
pues ¿qué haré en su presencia?

LABRADOR 1.º

¡Verá el diabro,
que dello que forceja y refunfuña!
¡Que no os ha de valer, sucio avechucho!

NIÑA.

Dejadme, gente vil, que el tiempo pierde
quien me intenta mover.

LABRADOR 2.º

¡Ay, que me muerde!

LABRADOR 1.º

Medio brazo me lleva de un bocado.
¿Qué también come el diabro carne, Crespo?

LABRADOR 2.º

Come huevos y leche y no tien bula,
¿y deso os espantáis?

LABRADOR 1.º

¡Huego en su gula!

NIÑA.

¿A qué te allegas tú, di, amancebado
con la mujer del herrador? Anoche
bien sé yo dónde estabas escondido.
cuando vino de Illescas el marido.

LABRADOR 2.°

¿Quién diabros se lo dijo?

LLORENTE.

Si es el diabro,
¿quién se lo ha de decir?

LABRADOR 2.°

Yo os juro á cribas
que yo os mire si estáis bajo la cama
acechando otra vez. ¡Oh marrullero!
¿Así me echáis las faltas en la calle?

LABRADOR 1.°

¿Adónde os apartáis? Llega y tiralle.

NIÑA.

¿Qué ha de llegar, bodegonero triste;
que en Illescas á un fraile diste un dia
grajos salpimentados y cocidos
á real y medio el par, diciendo que eran
palominos?

LABRADOR 1.°

¿Las trampas del bodego
comenzáis á decir? Pues no me llego.

SANTA

Dejadla, que yo haré con el ayuda
de mi Esposo Jesús que no os deshonre.
¡Ah tiñoso! ¿aquí estáis?

NIÑA.

Déjame, déjame.
(*Echale al cuello el cordón.*)

SANTA

La cuerda de mi padre San Francisco
os hará sosegar.

NIÑA.

¡Ay, que me quema!
Juanilla de la Cruz: quítale presto.

GIL.

Agora no hablaréis, diabro molesto.

SANTA

¡Sal, maldito, de aquí!

NIÑA.

Ni tú ni el cielo
no me podrán echar, que esta es mi casa.

SANTA

Podrálo mi Jesús.

NIÑA.

Eso me abrasa.

SANTA

¡Sal presto!

NIÑA.

Nolo exire, vil Juanilla,
in domo mea maneo; haec est mea domus
sine me.

GIL.

¡Aho, Llorente! ¿los dimoños
van cuando son mochachos al estudio?

LLORENTE.

Sí, que también hay diablos estodiantes.

SANTA

Sal, padre de mentiras.

NIÑA.

¿Potestatem
habes ut me ejicias? Accipe higam.
(*Dale una higa.*)
¡Idiota! ¿no me entiendes?

SANTA

Don de lenguas
me ha dado á mí el señor.

NIÑA.

Mi poder menguas.

SANTA

¡Vete al infierno luego!

NIÑA.

Non che vollo.

GIL.

De noche bollos dice que la demos
y saldrá.

LLORENTE.

Buen espacio nos tenemos.

GIL.

Bollos y tortas le daré.

NIÑA.

Patrona:
sentite una parola, per mea vita,
mi che volo parlar Chichiliano.

GIL.

No debe ser cristiano este demonio.

LLORENTE.

¡Cristiano había de ser! ¿Hay diabro alguno
cristiano?

GIL.

Pues ¿no hay diablos bautizados?

LLORENTE.

Así los llaman.

NIÑA.

Mi seño lo diabolo
de Palermo.

SANTA

Yo soy Juana, que ruega
á su Esposo divino que permita

librar el cuerpo desta sierva suya;
el cordón de Francisco ha de acaballo.
¡Sal fuera!

NIÑA.

¡Ay, que me abrasas, que me quemas!
Yo saldré, mas ¡para ésta! vil Juanilla,
que te acuerdes de mí.

ABADESA.

¡Gran maravilla!
(Cae la Niña en tierra desmayada.)

SANTA.

Llevalda: que ya el Angel condenado
dejó á la niña libre. Gil: llevalda
donde descanse y del desmayo vuelva;
haced después que sea gran cristiana.
(Llévanla.)

GIL.

Dios se lo pague, amén, hermana Juana.

ESCENA XI

Sale SOR MARÍA EVANGELISTA, LA SANTA *y* LA ABADESA.

EVANGELISTA.

El padre Provincial, Madre, ha venido.

ABADESA.

Hermana Juana, vamos. Espantada
voy de tanta virtud. Yo haré de suerte
que nuestra casa y religiosas rija.

EVANGELISTA.

¡Oh, quiera Dios que el Provincial la elija!
(Vanse.)

ESCENA XII

Salen el EMPERADOR CARLOS QUINTO, DON ALONSO DE FONSECA, *Arzobispo de Toledo, y* FRANCISCO LOARTE.

CARLOS. Paso á Sevilla á la posta
y ser vuestro huésped quise.
FRANC. De que los umbrales pise
hoy desta su casa angosta,
vuestra Majestad, se precia
de suerte, que la comparo
á los palacios que Paro
labró á Constantino en Grecia.
En ella otra Menfis pinto,
pues ensalzan sus paredes
las imperiales mercedes
que hoy la hace Carlos Quinto.
CARLOS. Basta, Francisco Loarte,
que ya he visto vuestro amor.
FRANC. Si es propio de ti, señor,
ennoblecer cualquier parte,
no es mucho que hoy me ennoblez-
pues tan adelante pasa [cas,
mi ventura.
CARLOS. Es vuestra casa
de las mejores de Illescas,
y vos un vasallo leal;
memoria tengo de vos.
FRANC. Prospere tu vida Dios.
CARLOS. Flaco estáis.
FRANC. No lo fué el mal
que me ha tenido á la muerte.
GARLOS. Pues ¿de qué fué?
FRANC. De desvelos;
si de Dios puede haber celos,
dél los tuve.
CARLOS. ¿De qué suerte?
FRANC. El día que pretendí
desposarme, se metió
monja mi esposa, y dejó
burlado mi amor. Sentí,
señor, de modo el perdella,
que ha ya cerca de tres años
que lloro estos desengaños.
CARLOS. ¿Era hermosa?
FRANC. Era muy bella;
pero á su belleza gana
su virtud, porque es de modo,
señor, que este reino todo
la llama la santa Juana.
FONSECA. Esa es Juana de la Cruz;
su patria, Hazaña.
FRANC. La propia.
FONSECA. Son sus milagros sin copia;
ya me han dado della luz;
dos leguas está de aquí.
¿Quiere vuestra Majestad
ver en una tierna edad
celestiales cosas?
CARLOS. Sí.
Noticia tengo (aunque poca)
della.
FONSECA. Lo que es más notable
es que el espíritu hable
de Dios por su misma boca.
Tiene don de profecía
y de lenguas; cuentan cosas
(aunque ciertas) prodigiosas.
Habla griego, algarabía,
y latín, de la manera
que si se hubiera criado
en cada tierra.
CARLOS. Espantado
estoy; ya verla quisiera.
Partamos luego.
FONSECA. Ya están
prevenidas postas.
CARLOS. Ea,
venid.
FONSECA. Poco se rodea.
CARLOS. Llamen al Gran Capitán. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

Salen LA MAESTRA *y* SOR EVANGELISTA.

MAESTR. La envidia el alma me abrasa.
EVANGEL. Ya es sobra de pasión esa.
MAESTR. ¿Juana, de casa Abadesa?
¿Juana, prelada de casa,
y mis partes, mi gobierno,
mi pretensión despreciada?

¿Juana, de la Cruz prelada?
¡Ay, cielos! En un infierno
estoy de envidia.

EVANGEL. No tome,
madre, tan grande pasión.

MAESTR. Las telas del corazón
alguna sierpe me come.
Esta es hechicera; en ella
hay, sin duda, algún encanto.
¿Por qué el Espíritu Santo
había de hablar por ella?
¡Cómo finge! Es disparate;
yo sé que está endemoniada
cuando se queda arrobada
cada punto.

EVANGEL. ¡Que la trate
ansí! ¡Que eso diga!

MAESTR. Pues,
¿no es el demonio quien habla
tantas lenguas con que entabla
sus pretensiones? ¿No ves
el bastante testimonio
que á todas os causa espanto?
No es el Espíritu Santo
quien habla sino el demonio.

EVANGEL. Disparate es escucharla. (*Vase.*)

ESCENA XIV

MAESTRA DE NOVICIAS *sola.*

¿Qué aguardo que no me vengo?
Por el hábito que tengo
que un lazo tengo de armarla
con que, al paso que ha subido,
caiga, siendo menosprecio
del mundo. ¡Ay, intento necio
para el mal siempre atrevido!
¿Quién á despeñarme viene?
La envidia, ¿qué bien causó?
Mas como me vengue yo
no importa que me condene. (*Vase.*)

ESCENA XV

Salen LA SANTA *y* EL ANGEL DE LA GUARDA.

SANTA. Angel santo, ¿yo prelada?
¿Yo de la Cruz Abadesa?
¿Cómo ha de poder llevar
tan gran carga mi flaqueza?
Suplico á Vuestra Hermosura,
pues asiste en la presencia
de Dios, que alcance me quite
la Cruz, que me oprime á cuestas.
¿Yo cuenta de tantas almas
no pudiendo tener cuentas
con la mía? (*Llora.*)

ANGEL. ¿Por qué lloras?
Juana: ¿es esa tu obediencia?
¿Es bien que la voluntad
de Dios resistas, que ordena
que gobiernes esta casa?
¿No te crió para ella?
¿No puedo ayudarte yo?
¿Conmigo ese temor muestras?
¿Es eso lo que me estimas?

SANTA. No haya más, Angel, no sea
lo que quiero; su Hermosura
me anima, conforta, alegra
y me quita mis pesares;
bien es que á Dios obedezca.
Su esposa soy, este anillo
me dió con su mano mesma,
y los desposados suelen
llevar el trabajo á medias.
Pero, decid, Angel mío,
¿cómo nunca me dais cuenta
de vuestro nombre admirable?
Razón será que le sepa,
pues que somos tan amigos;
decildo, que en la perfeta
amistad, nunca ha de haber
cosa oculta ni encubierta.

ANGEL. San Laurel Aureo es mi nombre;
hízome la mano eterna
de Dios de sus más privados;
dióme gracias tan inmensas,
que el Angel del Privilegio
me llaman, y en verme tiemblan
las infernales moradas
que á mi nombre están sujetas.
Yo fuí el ángel de la Guarda
de David, rey y profeta;
de San Jorge y San Gregorio,
coluna de nuestra Iglesia.
Mira lo que á Dios le debes,
pues tu guarda me encomienda
y á tales santos te iguala,
y en tu misma boca y lengua
habla el Espíritu Santo,
y hablará lenguas diversas
por trece años, predicando
su ley divina y excelsa.
Su predicadora te hace.

SANTA. ¡Ay de mí! que he de dar cuenta
de tantas prerrogativas.
Quiera el cielo no me pierda
siendo ingrata á tanto amor.

ANGEL. No harás, porque la clemencia
de tu Esposo y nuestro Rey
te amó antes que nacieras.
Tus súbditas vienen, Juana.

SANTA. Pues ¿cómo sola me deja
Vuestra Hermosura?

ANGEL. No son
dignas que cual tú me vean.
Siempre estoy, Juana, á tu lado.
(*Vase.*)

ESCENA XV

Sale la que era ABADESA, SOR EVANGELISTA *y otras dos* MONJAS.—LA SANTA.

ABADESA. Carísima madre nuestra:
¡qué alegre está vuestra casa
con prelada tan perfeta!

SANTA. ¡Ay madre! en las entrañas
os tengo á todas impresas;
gloria á Dios que la clausura

ya nuestra casa profesa.
Ya no hay salir del convento
que, aunque es tal nuestra pobreza,
Dios nos la remediará;
dejaldo á su providencia.

EVANGEL. Madre: una cosa venimos
á suplicarla, no sea
en vano nuestra esperanza
por ser la cosa primera
que sus hijas caras piden.

SANTA. Daros el alma quisiera
donde os tengo á todas juntas.
Pedid ,pedid, norabuena.

ABADESA. Las almas del Purgatorio
(después, madre, que por ella
somos tan devotas suyas)
nos causan pena sus penas.
Pues nada la niega el cielo
de cuanto le pide y ruega,
pida á Cristo nos bendiga
nuestros rosarios y cuentas,
y que con su mano propia
las toque y después conceda
por su amor é intercesión
perdones y indulgencias.

TODAS. Madre: no diga que no.

SANTA. La intención, hijas, es buena;
yo lo comunicaré
con mi Angel.

EVANGEL. Ya se alegran
nuestros corazones todos.

SANTA. ¿Adónde está la Maestra?

ABADESA. En el coro estaba agora.

SANTA. Dios, Madre, las dé paciencia;
yo quiero dar bien por mal;
Vicaria quiero que sea
del convento.

EVANGEL. ¡Qué virtud!

ABADESA. ¿A quien su muerte desea
da el gobierno de su casa?

SANTA. Váyanse, pues, y no pierdan
el tiempo; váyanse al coro.

ABADESA. Quien el dulce rato emplea
en la conversación santa
y doctrina de su lengua
no le pierde.

SANTA. Miren que hoy
he comulgado, y me inquietan.

EVANGEL. Este ratico no más
habemos de estar con ella.

SANTA. ¿Qué he de hacer Esposo santo?
Veros quiero y no me dejan.

VOZ. (*Dentro.*) Pues yo te llevaré adonde
no te inquieten, cara prenda.

(*Volando desaparece* La Santa.)

EVANGEL. ¡Que se nos fué nuestra madre!

ABADESA. Juana santa, madre nuestra,
¿por qué nos dejáis así?
Vamos las dos á la iglesia
y pidamos á su Esposo
que á nuestra madre nos vuelva.

EVANGEL. ¡Soberana maravilla!

ABADESA. ¡Gran milagro!

EVANGEL. ¡Cosa nueva!

ABADESA. ¡Dichoso el convento y casa
que tiene tal Abadesa!

ESCENA XVI

Salen LA SANTA *y* EL ANGEL DE LA GUARDA *con un legajo de papeles, y váselos dando.*—DICHOS.

ANGEL. Las almas del Purgatorio
te dan esas peticiones,
porque con tus oraciones
su refrigerio es notorio.
Sus penas tu Esposo aplaca
por ti, y á tal favor llegas,
que á los por quien tú le ruegas,
de entre sus llamas las saca.
Esta es de una que ha veinte años
que está en su fuego mortal
por un pecado venial,
que uno solo hace estos daños.
Esta es de un grande de España
que pide alivio y consuelo
porque eres grande del cielo.
Esta es de un hombre de Hazaña
y alega que es tu pariente;
en fin, todas han ya visto
que si es Rey tu Esposo, Cristo,
eres tú su presidente.

SANTA. Pues dice Vuestra Hermosura
que por ruegos de su sierva
de las penas les preserva
que el oro de su fe apura,
á mi Esposo rogaré
por ellas.

ANGEL. Cúmplelo así.

SANTA. Ningún mérito hay en mí;
pero de mi Cristo sé
que es amigo que le rueguen
por modos extraordinarios,
Angel. Y de los rosarios,
¿qué me respondéis?

ANGEL. Que lleguen
cuantos tus monjas hallasen,
que hoy los tengo de llevar
al cielo, donde ha de dar
perdones con que se amparen
Cristo (Juana), los mortales,
y inmensas prerrogativas,
que es de suerte lo que privas,
y tus virtudes son tales,
que tu Esposo soberano
cuanto pidas quiere hacer;
El los tiene de tener
y bendecir con su mano.

SANTA. ¡Oh, qué alegres han de estar
mis monjas con tal ventura!
¿Dónde va Vuestra Hermosura?

ANGEL. Ya te vienen á buscar,
y no quiero que me vean
del modo que tú me ves. (*Vase.*)

ESCENA XVII

Sale la que era ABADESA *y* SOR EVANGELISTA.—LA SANTA.

ABADESA. Aquí está. Dadme los pies,
que ver mis ojos desean.

EVANGEL. ¿Así os vais y nos dejáis,
madre?

SANTA. Día de comunión,

no ha de haber conversación.
Hijas: lo que deseáis
el cielo nos lo ha cumplido;
mi Esposo bendecir quiere
cuantos rosarios le diere,
mi Angel ha intervenido;
buscad muchos y veni
entretanto que yo ruego
á su Hermosura que luego
los lleve.

EVANGEL. ¿Esta tarde?

SANTA. Sí.

ABADESA. ¿Hay tal ventura? No quede
en todo Cubas rosario
que no venga.

SANTA. Extraordinario
favor mi Cristo os concede.
¡Venturoso el desposorio
donde me ha llegado á dar
Dios tanto! Voy á rogar
por las que en el Purgatorio,
siendo mejores que yo,
de mi intercesión se valen. (*Vase.*)

ABADESA. ¿Qué mercedes hay que igualen
á las que el cielo nos dió?

ESCENA XVIII

Sale la MAESTRA.—DICHAS, *menos* LA SANTA.

MAESTR. Madre: el Emperador
y Arzobispo de Toledo
están en casa; no puedo
hablar de envidia y dolor;
á ver la Abadesa vienen.

ABADESA. ¡Válgame Dios! ¿Aquí están?

MAESTR. También el Gran Capitán.

EVANGEL. Si el tiempo nos entretienen
y la ocasión se nos pasa
del bien que nos hace el cielo
con los rosarios, recelo
no se pierda.

ABADESA. Si está en casa
el César, haga traer
los rosarios del lugar,
que yo iré luego á juntar
las monjas para irle á ver
y recibir entretanto
al Emperador.

EVANGEL. Bien dice. (*Vase.*)

MAESTR. ¡Que hasta el César autorice
á Juana! ¿Esto no es encanto?

ABADESA. Avisen á la tornera
que abra la portería.

MAESTR. Miente quien niega y porfía
que Juana no es hechicera. (*Vanse.*)

ESCENA XIX

Salen el EMPERADOR, ARZOBISPO *y* GRAN CAPITÁN.

FONSECA. Este es (señor) el convento
donde está la santa.

CARLOS. Aquí
hoy, don Alonso, adquirí
gustos que en el alma siento.
Gonzalo Fernández: vos
veréis de Dios el poder
en una humilde mujer.

G. CAPIT. Todo lo puede hacer Dios.

CARLOS. Arzobispo: ¿han avisado
que venimos?

FONSECA. Sí, señor.

ESCENA XX

Salen la ABADESA, *la* MAESTRA, EVANGELISTA *y otras.* DICHOS.

EVANGEL. Aquí está el Emperador. (*Vase.*)

ABADESA. Mil veces sea bien llegado
vuestra Majestad á honrar
esta casa, que ennoblece
con su vista. (*Todas de rodillas.*)

CARLOS. Bien parece,
hasta en el modo de hablar,
la virtud que aquí se encierra
y que es de Dios este celo.
Levantaos, Madres, del suelo.

ABADESA. Señor.

CARLOS. Alzaos de la tierra.

ABADESA. Dénos, pues, la santa mano,
primado grande de España,
por quien más alegre baña
Tajo el muro toledano,
de quien sois prelado y padre.

FONSECA. A la posta el César viene
por el deseo que tiene
de ver hoy á vuestra Madre.
Haced cómo pueda vella
y avisalda.

ABADESA. Ya lo está;
mas, ¿cómo, señor, saldrá,
si está el espíritu en ella
de Dios, que su lengua toca,
dejándola transportada,
sin sentido y elevada?

CARLOS. Su devoción me provoca,
y de esa suerte deseo
vella.

ABADESA. Bien, señor, podéis.
(*Descubren una cortina, y á* LA SANTA *de rodillas arrobada.*)

FONSECA. ¡Qué de mercedes que hacéis,
Señor, al humilde!

CARLOS. Hoy veo
la vanidad en que fundo
de mis reinos las grandezas.
¿Qué importan honras, riquezas,
la corona, el cetro, el mundo
ni la púrpura imperial
que cause soberbia tanta,
si con Dios se nos levanta
un remendado sayal?
Hincad todos en la tierra
las rodillas.

G. CAPIT. No han podido
[todos] cuantos han querido
vencerme, haciéndome guerra,
ni sus bélicos despojos
ablandarme el corazón,

y saca en esta ocasión
una mujer de mis ojos
el agua, que nunca han visto.

CARLOS. Estas sí, Gran Capitán,
son hazañas.

G. CAPIT. ¿Qué no harán,
señor, soldados de Cristo?

SANTA. Hijo Carlos, por quien crece
en el mundo la ley santa
de mi iglesia (pues la aumentan
tus nunca vencidas armas),
oye atento lo que dice
el mismo Dios (que es quien habla
y rige agora la lengua
de Juana, mi esposa cara):
«Yo soy la tercer persona
de la Trinidad beata,
que en tres supuestos distintos
es un Dios y una substancia.
En pago del santo celo
con que nuestro nombre ensalzas,
hasta las Indias remotas,
que en cielo convierte á España,
te prometo de ayudarte
tanto, que jamás tu fama
borre el tiempo ni el olvido.
Vencerás en Alemania
los escuadrones soberbios
del sajón que te amenaza,
pervertido con la seta
de Lutero, cual él falsa.
Pondrán tus leyes su yugo
en la cerviz indomada
de Flandes, que te hace guerra
sin advertir que es tu patria;
tendrá á tu buena fortuna,
y no imitadas hazañas,
tal miedo el turco feroz
que, volviendo las espaldas
la otomana multitud,
pisarán después tus plantas
las lunas que enarboló
la potencia Solimana.
Roma te abrirá sus puertas;
Milán, Nápoles y Francia
conocerán tus vitorias,
y las cercas africanas
de Túnez te llamarán,
á su pesar, su Monarca,
dándole el Rey que quisieres
y él á ti tributo y parias.
Y para que eches el sello
con la más heroica hazaña,
por la milicia divina,
dejando la que es mundana,
renunciarás en Filipo,
hijo de mi iglesia amada,
los reinos, púrpura y globo,
y en Yuste verá tu España
que las honras que ganaste
las pisas, porque son vanas,
pues si es mucho el adquirirlas
mucho más el despreciarlas.
A ti, Gonzalo Fernández,
Gran Capitán, que en Italia
dejaste en bronce esculpidos
los blasones de tus armas,
por tu católico celo
el nombre que á tu prosapia
dejas de Cordoba, haré
famoso, honrando tu casa.
El espíritu de Dios,
que por la boca de Juana
os habla, agora os bendice.»
(*Échales la bendición y corren la cortina.*)

CARLOS. ¿Quién no se admira y espanta?
¡Dichosa casa mil veces,
y yo dichoso otras tantas,
que tal maravilla he visto!

G. CAPIT. Derretida llevo el alma.

CARLOS. Avisadme, Tesorero,
para que limosna haga
á esta casa.

FONSECA. Yo la doy,
por ser su pobreza tanta,
el beneficio de Cubas.

ABADESA. Tu largueza nos ampara.

G. CAPIT. Yo la doy quinientos mil
maravedís.

ABADESA. Esos bastan
para que un cuarto labremos.

CARLOS. Vamos, ¡ay, divina Juana!
si á España las armas honran,
hónrelo también tal Santa. (*Vanse.*)

ESCENA XXI

Quédanse las MONJAS *y sale* SOR EVANGELISTA.

EVANGEL. ¡Madres, albricias! Ya ha vuelto
nuestra dichosa Prelada
del éxtasis, y la he dado
cuentas, rosarios y sartas
en gran copia; aquí las tiene
encerradas en esta arca,
(*Saca una arquilla.*)
y dejándome la llave
está en su celda postrada
pidiendo á Dios las bendiga.

ABADESA. Todo cuanto quiere alcanza
de su Esposo.

EVANGEL. Esta es la hora
que ya el Angel de su guarda
al cielo las ha subido.

ABADESA. Abramos agora el arca;
veamos si están aquí
las cuentas. (*Abren.*)

EVANGEL. Aquí no hay nada;
pues nadie la arquilla ha abierto.

ABADESA. Penetróla quien las saca,
que todo lo puede Dios
y por él su esposa santa.
Vamos á ver nuestra madre;
hermana: vuelva á cerrarla.

MAESTR. ¡Qué no me dejes, envidia!

ABADESA. ¿No viene, madre Vicaria? (*Vanse.*)

ESCENA XXII

Sale LA SANTA.

SANTA. Esposo de inmenso nombre,
¡qué importuna soy! ¿No os cansa

lo que os pido? Pero no,
que tenéis las manos largas;
el ver benditas sus cuentas
todas mis monjas aguardan;
haceldas esta merced.

ESCENA XXIII

Salen las MONJAS.—LA SANTA.

ABADESA. Aquí está; lleguen hermanas,
y hablémosla. Mas ¿qué es esto?
(*Todas de rodillas, suena música, ábrese una apariencia de la Gloria. Cristo, sentado en un trono, el* Ángel *de rodillas dándole los rosarios y muchos ángeles alrededor.*)

ANGEL. Autor eterno de gracia:
estos rosarios suplica
vuestra esposa y tierna Juana
que bendigáis. (1)
(*Échalos Cristo la bendición.*)

ABADESA. ¿No le ha visto echar, hermana,
á Cristo la bendición?

EVANGEL. Miro maravillas tantas
que no sé si estoy dispierta.
(*Encúbrese la Gloria y baja el* Ángel.)

ABADESA. ¿No ve cómo el Ángel baja
y los rosarios la ofrece?

SANTA. ¡Oh, cuánto debe mi alma,
Angel, á Vuestra Hermosura!

ÁNGEL. A estos rosarios, Juana,
ha concedido tu esposo
los privilegios y gracias
que tienen los *Agnus Dei*.
Quien rezare en ellos saca
de penas de Purgatorio
cada día muchas almas,
y gana tantos perdones
como hay hojas, flores, plantas
media legua alrededor
deste monasterio y casa,
y las indulgencias propias
de Asís, famosa en Italia.
Saldrán los demonios luego
de los cuerpos con tocarlas;
librarán de enfermedades
torbellinos y borrascas.
La misma virtud tendrán
las cuentas á estas tocadas;
todo lo concede Cristo,
con tal que las que da el Papa
se estimen como es razón.
Ven, esposa soberana,
adonde tu esposo veas.
(*Vuélvese un torno y desaparecen.*)

EVANGEL. Llevósela transportada.

ABADESA. ¡Oh, milagrosa mujer!
Son tus maravillas tantas,
que no hay lengua que las cuente;
para alabarte éstas bastan.
(*Sale uno que acaba la comedia.*)
En *la segunda comedia*,
el autor, senado, os guarda
lo que falta desta historia;
suplid agora sus faltas.

(1) Falta el resto del verso.

SEGUNDA PARTE DE LA SANTA JUANA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CRISTO.
LA SANTA JUANA.
EL ANGEL DE LA GUARDA.
SAN ANTONIO DE PADUA.
EL NIÑO JESÚS.
SAN FRANCISCO.
CRISTO CRUCIFICADO.
SOROR EVANGELISTA.
UNAS MONJAS.
MENGA.
MARI PASCUALA.
CARLOS V, *Emperador*.
DON JORGE.
LILLO.
CRESPO.
MENGO.
BERRUECO.
MINGO.
UN PAJE.
OTRA GENTE.
PASTORES (1).

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Música, y salen la SANTA *y el* ANGEL *arriba, que va bajando hasta la mitad del tablado, y la* SANTA *subiendo dél al mismo tiempo, hasta emparejar los dos, y entonces cesa la música.*

ANGEL.

Esposa cara del Monarca eterno,
contra cuyo poder no prevalecen
las puertas tristes del Tartáreo infierno;
las entrañas de Dios que se enternecen
con el agua sabrosa de tu llanto
remedio al mundo por tu ruego ofrecen;
delante de su altar, tálamo santo,
llorando estabas el estrago horrible
que al mundo anuncia confusión y espanto
por la ponzoña del dragón terrible
de las siete cabezas que en Sajonia
niega la ley católica infalible.
Llorabas que con falsa ceremonia
y hipócrita apariencia, el vil Lutero
imitase á Nembrot en Babilonia,
y que el rebaño del Pastor cordero,
este lobo, en oveja disfrazado,
despedazase con estrago fiero.
Llorabas que se hubiese dilatado
su blasfema y pestífera dotrina
por Alemania y su imperial estado,
y que, cual de la máquina divina,
derribó la tercer parte de estrellas
la angélica soberbia serpentina,
este Anticristo austral, las leyes bellas
de la alemana Iglesia derribase,
asolando la mies de Dios con ellas.
Lloras el ver que tanto cáncer pase
tan adelante y su infernal blasfemia
que lo mejor de vuestra Europa abrase.
El católico reino de Bohemia
la verdadera ley de Dios destierra,
y al apóstata falso sirve y premia.
Flandes le sigue ya, y Ingalaterra
sus desatinos tiene por ganancia,
desamparando á Dios su gente y tierra.
Polonia, Hungría y la cristiana Francia

(1) Intervienen además la VICARIA y la ABADESA.

frenéticas aprueban los errores
que el vicio trajo al mundo y la ignorancia;
por esto lloras, y es razón que llores
pérdida tan notable.

SANTA.

¡Ay, Angel mío!
Comprando Dios á costa de dolores
las almas con su sangre redimidas,
¿tantas se han de perder costando tanto?
De tres partes del mundo están perdidas
las dos, porque Asia y Africa no adoran
sino de Agar las leyes pervertidas;
los más la luz de la verdad ignoran,
y perdido el camino verdadero,
al despeñarse sin remedio lloran,
pues si agora el apóstata Lutero
este rincón de nuestra Europa abrasa
con la doctrina falsa y el acero;
si á Europa, que es columna firme y basa
de nuestra militante Monarquía,
los límites que Dios la puso pasa,
¿quién duda que la bárbara herejía
de mar á mar ensanchará el imperio
que tuvo antes la ciega idolatría?
No permita mi Dios que en cautiverio
tenga á su pueblo el condenado Egipto
ni pase la verdad tal vituperio.
Bien sé que este rigor es por delito
de mis culpas, que son merecedoras
de un castigo inmortal, Angel bendito;
pero páguelo yo.

ANGEL.

Por ver que lloras
con tanto afecto, Dios, por el estado
de la Iglesia y su ley que humilde adoras,
desde aquí, Juana Santa, me ha mandado
que te venga á enseñar el fértil fruto
que en las Indias España al cielo ha dado.

(Van subiendo los dos hasta el un ángulo superior, y descúbrese en un nicho dél una estatua de don Hernando Cortés, *viejo, armado á la antigua, con bastón y un mundo á los pies.)*

Si un pequeño rincón paga tributo
en Europa á Lutero, pervertido
por la ambición, que le hace disoluto,
un nuevo mundo rico y extendido
ha descubierto la romana barca
que al yugo de la Cruz está rendido.
Mira al pesar (1) del bárbaro heresiarca
este nuevo Alejandro que conquista
el orbe indiano al español monarca.
Don Hernando Cortés (con cuya vista
se alegra el mar del Norte), es éste, Juana,
digno de que sea yo su coronista.
Por él se extiende nuestra ley cristiana
por infinitas leguas, y al bautismo
regiones inauditas vence y gana.
Este es quien pasa el fluctuoso abismo
que márgenes de plata y oro baña,
y para eternizar su nombre mismo
á vuestra España da otra Nueva España,
muerte á la idolatría, almas al cielo,
y á su linaje una inmortal hazaña.

(1) Claro es que debe leerse *á pesar*.

SANTA.

Ya, soberano Angel me consuelo
viendo lo que la ley de Dios se extiende
y que le adora tan remoto suelo.
¡Oh, ilustre capitán! Si el tiempo ofende
la memoria de hazañas infinitas,
defienda Dios la tuya, pues defiende
su ley tu brazo y las columnas quitas
del estrecho de Cádiz, por ponellas
en tierras y naciones inauditas.
Esculpa el mundo tu renombre en ellas,
pues á la iglesia das el Occidente
y el cielo pueblas otra vez de estrellas.

(Pasan los dos por el aire al otro ángulo del tablado y en él enséñale una estatua de don Alonso de Alburquerque, *viejo, á lo portugués antiguo, con otro mundo á los pies, y bastón.)*

ANGEL.

Vuelve agora los ojos al Oriente
y verás la nación del griego Luso
y las hazañas de su ilustre gente.
Este fiel capitán las quinas puso
desde el Atlante monte al mar Bermejo,
á pesar del idólatra confuso.
Mira en aquellas canas el consejo
y el valor de la fe en aquella espada,
que en uno y otro fué español espejo.
Por él ha vuelto nuestra ley sagrada
á hacer que en Asia el bárbaro se asombre
viendo en ella su iglesia restaurada.

SANTA.

Angel: ¿quién es tan milagroso hombre?

ANGEL.

Alonso de Alburquerque, lusitano,
que de Magno ganó fama y renombre.
Este, venciendo al moro y al pagano,
al etíope torpe, al ciego persa,
la Cruz dilata con valor cristiano.
Si gente, pues, tan bárbara y diversa
en América y Asia á Dios adora,
¿qué importa que la herética perversa
contra el cielo publique guerra agora,
si por una provincia sola gana
dos mundos cuyas almas atesora?

SANTA.

¡Oh nobleza católica y cristiana
de Portugal! ¡Oh célebre Castilla!
¡Viva la ley de Cristo soberana!
Alegre estoy de ver tal maravilla.

ANGEL.

Aunque el Rey don Manuel dichoso tiene
la lusitana y invencible silla,
ya el tiempo deseado á España viene
en que se junten los castillos de oro
con las sagradas quinas; ya conviene
que dando al cielo un Sebastián el moro,
goce en España el Salomón segundo
con Portugal un orbe lleno de oro.

(Bajan un poco y en la mitad del teatro descúbrese otra estatua de Filipo *segundo, viejo, con dos mundos á sus pies.)*

Ya el César Carlos quinto ha dado al mundo
un Filipo primero, que el primero
de quien nació Alejandro, aunque es segundo.
Su ilustre imagen enseñarte quiero
del modo que en edad grave y madura
en oro ha de volver la edad de acero.
Aquí la cristiandad está segura;
la justicia en su punto y la prudencia.

SANTA.

Su gravedad deleita y compostura,
respeto pone su real presencia.

ANGEL.

Dos mundos á sus pies sujeta el cielo,
y cada cual su nombre reverencia;
enjuga, pues, el llanto y desconsuelo,
pues que tan dilatada, Juana, has visto
la ley divina que respeta el cielo,
que si el Sajón, apóstata anticristo,
la potestad del cielo á Roma niega,
y á quien es en su silla vice-Cristo,
y con malicia y pertinacia ciega
las indulgencias de las cuentas santas
contradice y blasfemias loco alega,
por eso Dios ha dado gracias tantas
á las sagradas cuentas que su hijo
te dió, con que su ceguedad quebrantas;
para contradecirle las bendijo.
Y en fe de que el rosario santo aprueba
que el sacrílego fiero contradijo,
un árbol ha nacido y planta nueva
en la isla de Irlanda en este instante
que en vez de fruta mil rosarios lleva.
Jamás el mundo vió su semejante;
nació y creció en un punto, convenciendo
al pueblo pervertido y ignorante;
de sus ramas las cuentas están viendo,
que como de las parras los racimos,
en fe de la Fe santa están pendiendo.
(Descúbrese un árbol lleno de rosarios arriba.)
Aqueste el árbol es.

SANTA.

¡Qué merecimos
en nuestros tiempos ver, rosarios santos,
el árbol de quien sois frutos opimos!
Celebre el cielo con alegres cantos
hazaña tan ilustre y portentosa,
pues tal consuelo dais á nuestros llantos.

ANGEL.

Desta suerte la mano poderosa
de Dios castiga, y desta suerte sana.
(Bajan volando al tablado.)

SANTA.

¿Qué merecí, señor, ser vuestra esposa?

ANGEL.

Carlos quinto ha venido á verte, Juana.

SANTA.

¿Adónde, pues, se va Vuestra Hermosura?

ANGEL.

Contigo quedo: ¡oh vista soberana,
gran consuelo, gran suerte, gran ventura!
(Sale volando el Angel, *todo se encubre.)*

ESCENA II

Salen el EMPERADOR CARLOS QUINTO *y acompañamiento, y* DON JORGE, *del hábito de Santiago*, y LILLO.

SANTA. Señor: ¿otra vez honráis
esta vuestra humilde casa?
CARLOS. Si vos, madre, en ella estáis,
¿quién por vuestras puertas pasa
sin que vos le bendigáis?
Soy yo muy devoto vuestro,
y así lo que os quiero muestro.
SANTA. A lo menos sois, señor,
de la cristiandad favor,
y por eso lo sois nuestro.
CARLOS. La guerra, madre, publico
contra el hereje que ampara
el Duque Juan Federico
de Sajonia y se declara
contra el Imperio. Es muy rico
y poderoso, y también
quiere el Lanzgrave de Hesén
defender las falsedades
de Lutero y cien ciudades
rebeldes; pero aunque estén
tan poderosos, entiendo
de la verdad que defiendo
que el áspid he de pisar
y el basilisco, y quitar
del mundo este monstruo horrendo.
Por esto antes de partirme,
madre, en tan ardua ocasión,
de vos vengo á despedirme,
por que vuestra bendición
nuestras victorias confirme.
SANTA. Id, columna de la Fe,
gloria del nombre español,
que, porque vitoria os dé,
haréis que detenga el sol
su curso cual Josué.
El rebelado alemán
y el flamenco os labrarán
estatuas de bronce y oro,
vencido en Túnez el moro
como en Buda Solimán.
De vuestra parte tenéis
á Dios, pues, por varios modos,
por que más fama cobréis,
en Yuste, vencidos todos,
á vos mismo os venceréis.
El cielo os dé su favor,
pues que sois su defensor
y destos reinos espejo.
CARLOS. Con grande cuidado dejo,
madre, ya al Gobernador
de España y encomendada
esta casa.
SANTA. Siempre ha sido
de su valor amparada.

CARLOS. Yo estoy muy agradecido
por veros siempre ocupada
en encomendarme á Dios,
pues, ayudándome vos,
bien á España regiré,
y muy seguro podré
partirme. Adiós, madre, adiós;
y advertid también que queda
don Jorge muy encargado
que os acuda en cuanto pueda.
Aquesta villa le he dado,
con otras muchas que hereda,
y con tan noble vecino,
que enriquecerá imagino
esta casa y posesión,
que es don Jorge de Aragón,
madre Juana, mi sobrino.
JORGE. Soy tu hechura.
CARLOS. Hacer alarde
del valor que vive en vos,
y vamos de aquí, que es tarde.
Madre: encomendadme á Dios.
SANTA. El os de vitoria y guarde.
(*Vase* LA SANTA *por una puerta.*)

ESCENA III

Al irse por la otra acompañando al EMPERADOR, DON JORGE *se vuelve á él y le dice:*

CARLOS. ¿Dónde vais?
JORGE. A acompañar
á vuestra Majestad voy.
CARLOS. Quedaos, don Jorge, á tomar
de los lugares que os doy
la posesión y á gozar
el nuevo y alegre estado,
que estáis recién desposado.
Mas sírvaos el casamiento
de más sosiego y asiento
que hasta ahora habéis mostrado,
que habéis sido muy travieso;
y pues ya tenéis edad,
si con ella viene el seso,
pasen con la mocedad
las locuras.
JORGE. Tus pies beso
y serte otro te prometo.
CARLOS. Quedaos, pues, y sed discreto.
JORGE. Prospere tu vida Dios.
CARLOS. Enojaréme con vos,
don Jorge, si andais inquieto.
(*Vanse.*)

ESCENA IV

Quedan DON JORGE *y* LILLO.

LILLO. Dile que dónde predica
mañana su Majestad.
JORGE. En vano á la voluntad
desbocada el freno aplica
por que no corra veloz.
LILLO. ¿Al gato pone maneotas?
Dile que las tiene rotas,
y si llega dale coz.
¡Par Dios, que es linda la flema!
A un Fray Guarín te redujo.
JORGE. Malo soy para cartujo
y loco en seguir mi tema.
Verdad es que estoy casado;
pero ¿por eso he de estar
privado de otro manjar?
LILLO. Cocido come y asado
quien tiene caudal, señor,
y también puede un marido,
si el matrimonio es cocido,
dar vueltas al asador
y alcanzar de una perdiz
las dos pechugas.
JORGE. Bien dices.
LILLO. Son las villanas, perdices
que no ofenden la nariz,
porque huelen á tomillo,
y el tercero es el trinchante
que se las pone delante.
JORGE. Pues mi trinchante eres, Lillo,
caza y parte.
LILLO. ¡Bueno es eso!
Lo mejor te comerás,
y dándome lo demás
dirás: róete ese hueso.
JORGE. Hermosas labradorcillas
hay en Cubas.
LILLO. Encuballas
si te agradan, ó alcanzallas.
JORGE. Lillo: hermosuras sencillas
entre tosca frisa y paño
son las que busco y codicio,
que siempre del artificio
dicen que se hizo el engaño.
Da al diablo tanto tocado,
tanta seda y guarnición,
gigantes que en procesión
son paja y visten brocado.
LILLO. Nunca de esas hago cuenta,
porque ya es cosa sabida
que carne que está sentida
la disfrazan con pimienta.
Enfádame la mujer
que gasta galas sin suma,
porque ave de mucha pluma
tiene poco que comer.
Llega, que si te regala
el donaire labrador,
siendo de Cubas señor
cobrar pueden alcabalas,
sin cortesanos trabajos,
de sus ninfas tus deseos,
pues si damas son rodeos
labradoras son atajos.
JORGE. A medida vino á hallarte
mi amor de su gusto.
LILLO. Fuí
hurón un tiempo ó neblí.
JORGE. ¿De quién?
LILLO. De Francisco Loarte
en Illescas, que perdido
por esta santa mujer
que agora acabas de ver
pretendió ser su marido;
pero como se acogió
á *fidelium*, de su tierra

se fué á Flandes á la guerra
y sin amo me dejó;
mas entrándote á servir
todo en ti lo vine á hallar.
JORGE. ¿Qué fiesta es ésta?
LILLO. El lugar
que te sale á recibir.

ESCENA V

Salen CRESPO *y* MINGO, *Alcaldes;* BERRUECO, MARI PASCUALA, MENGA *y* MÚSICOS LABRADORES.

MÚSICOS. (*Cantan.*) El Comendador,
bendiga vos Dios.
MÚS. 1.º La Virgen de Illescas...
MÚS. 2.º Señor San Antón...
TODOS. Pues venís á Cubas...
MÚS. 2.º El Comendador...
MÚS. 1.º A ser nuevo dueño...
MÚS. 2.º Bendiga vos Dios.
MÚS. 1.º La Virgen de Illescas...
MÚS. 2.º Vos dé bendición...
MÚS. 1.º El cirio pascual...
MÚS. 2.º Señor San Antón...
TODOS. El Comendador.
MÚS. 1.º La vuesa esposica...
MÚS. 2.º Os para un garzón...
MÚS. 1.º Como un Holofernes...
MÚS. 2.º Como un Salomón...
MÚS. 1.º Que vaya á la guerra...
MÚS. 2.º Y de dos en dos...
MÚS. 1.º Prenda los moricos...
MÚS. 2.º Que en Sansueña son...
TODOS. El Comendador.
BERRUEC. Agora habéis de llegar
y helle una remenencia.
MINGO. Dios mantenga á su Cubencia.
BERRUEC. ¿Cubencia?
MINGO. ¿No ha de mandar
á Cubas?
BERRUEC. Sí.
MINGO. Pues bien puede
llamarse Cubencia.
CRESPO. Sí.
MINGO. Los dos venimos aquí
ambos á dos (sin que quede
de todos cuatro costados
quien no venga con los dos,
porque, en fin, los dos, par Dios,
somos hogaño empalados).
Venimos á recebillo
por nueso dueño á compás,
y porque no es para más
guarde os Dios. Porte un cuartillo.
JORGE. ¡Gracioso recibimiento!
MINGO. Llegad vos.
CRESPO. ¿Llegaré?
MINGO. Sí.
CRESPO. A Mingo Pulgar y á mí
nos cupo el embazamiento
de hogaño, y Martín Berrueco,
hijo de Gil Porquerizo,
Bras Moreno y Sancho Erizo,
Pero Antón y Agustín Seco,
el cura y el herrador,
y el barbero Herrán Bermejo,
entramos hoy en Concejo
á tomaros por señor,
y pues tomado os habemos,
en volviendo á entrar los dos...
pero, ¿qué os importa á vos
de que entremos ó no entremos?
A ser nueso dueño entráis,
y por ahorrar escritura,
tal os dé Dios la ventura
como nos la deseáis.
TODOS. Amén.
JORGE. Sois muy elocuente;
dado me habéis gran contento;
bien habláis.
CRESPO. Yo só un jumento
no quitando lo presente.
JORGE. ¿Es vuestra hija esta zagala?
CRESPO. ¡Qué presto que la atisbó!
BERRUEC. Yo só su padre.
JORGE. ¿Vos?
BERRUEC. Yo.
JORGE. ¡Buena cara!
CRESPO. No era mala
para vuesa señoría
si podiera ser su igual.
JORGE. ¿Llamáisos?
MARI. Mari Pascual.
JORGE. Mucho me agradáis, María.
MARI. Por muchos años y buenos.
JORGE. Vamos.
LILLO. ¿Agrádate?
JORGE. Sí.
LILLO. Echóla calza.
JORGE. Vení.
la de los ojos morenos. (*Vanse los dos.*)

ESCENA VI

DICHOS, *menos* DON JORGE *y* MARI PASCUALA.

MINGO. Golosmero me paresce
el Comendador, Alcalde;
si se os pegare, ojealde
de la moza.
CRESPO. Si en sus trece
se está, en casa hay sana amores
que del alma los arranca,
porque entre otras habrá tranca
para los Comendadores. (*Vanse todos.*)

ESCENA VII

Salen la VICARIA, SOROR EVANGELISTA *y otra* MONJA.

VICARIA. Madres: bien puede ser santa,
pero no lo he de creer;
privarla tengo de hacer
del oficio.
EVANGEL. ¡Que sea tanta
su pasión! ¿No considera
los milagros que Dios hace
por ella?
VICARIA. Todo eso nace,
madres, de que es hechicera
Soror Juana de la Cruz.

EVANGEL. No diga tal cosa, acabe.
VICARIA. Venir el demonio sabe
en forma de ángel de luz,
y él es quien habla por ella
tantas lenguas; no hay que hablar;
al Provincial he de dar
cuenta de que está por ella
destruída nuestra casa.
EVANGEL. ¿Destruída? Pues ¿tuviera
qué comer si ella no fuera
su Prelada?
VICARIA. Si el beneficio
que el Arzobispo nos dió
de Cubas ya le impetró
otro por Roma, ¿es buen juicio
meterse una religiosa
en pleitos, y que defienda
á costa de tanta hacienda
tan impertinente cosa?
¿Qué nos importa un curato?
EVANGEL. ¿Qué? La honra y el sustento
de todo nuestro convento.
VICARIA. ¿Y hanos salido barato,
si para el pleito ha vendido
hasta los cálices?
EVANGEL. Sí.
VICARIA. El Provincial vendrá aquí
y sabrá que ha destruído
nuestra hacienda.
EVANGEL. Venga acá:
¿qué hacienda en la Cruz halló
Soror Juana cuando entró
á gobernarla? Dirá
que nueve reales de renta
solamente; pues de pan,
por su ocasión, ¿no nos dan
cada año ciento y cincuenta
fanegas, y de dinero
casi docientos ducados
con que tiene remediados
nuestros trabajos? Si quiero
contalla los beneficios
que la debe nuestra casa,
¿no sabe que son sin tasa?
¿Qué celdas ó qué edificios
tenía, si no labrara
este cuarto y aposentos?
¿No nos ha dado ornamentos?
Sin ella, ¿quién la habitara?
¿Quién nos da reputación?
Mas hala puesto á los ojos
la envidia vil sus antojos
y así no ve la razón.
VICARIA. Predíqueme por su vida
la hipócrita, idiota, necia,
que ya yo sé que se precia
de la santidad fingida
de su abadesa; igual fuera
que acabara de aprender
la mentecata á leer
para que rezar supiera
sin venirme á predicar.
EVANGEL. Tiene infinitas razones,
daréla mil ocasiones;
los pies la quiero besar.
VICARIA. Todo el convento ha caído
en la cuenta de quién es
Juana de la Cruz después
que con embustes ha sido
por santa reverenciada;
todos saben mi caudal,
y así harán al Provincial
que me elija por Prelada,
y entonces verán las dos
si con hechizos y encantos
hacen milagros los santos. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHAS, *menos la* VICARIA.

EVANGEL. Madre: espere, aguarde; ¡ay Dios!
¡Qué gran tropel de trabajos
contra mi madre querida
se levantan! Mas la vida
llega por estos atajos
á la ciudad soberana
donde reina un Dios cordero;
mas presto ir á avisar quiero
de todo á mi madre Juana. (*Vanse.*)

ESCENA IX

Salen la SANTA *y el* ANGEL *llorando.*

SANTA. ¿Vos llorando, Angel bendito?
¿Vos con tanto desconsuelo?
Nunca el llanto entró en el cielo,
porque nunca entró el delito.
Todo es contento infinito,
que de la presencia viene
de aquella fuente perenne
que eternamente gozáis.
¿Cómo, pues, Angel, lloráis,
si el cielo llantos no tiene?
No haya más, mi San Laurel,
mi custodio, mi ventura;
enjugue Vuestra Hermosura
ese sol, pues me veo en él.
¿Qué daño ó qué mal cruel
es bastante á que os desvele,
ángel mío; ó cuándo suele
suceder lo que hoy se ve,
que un ángel llorando esté
y una mujer le consuele?
Mas ¡ay de mí! ya he caído
en la cuenta de ese llanto;
algún pecado, Angel santo,
contra Dios he cometido.
Mil veces he merecido
por mis culpas el infierno;
¿es acaso el llanto tierno
porque condenada estoy
que bien sé cuán digna soy
del fuego y castigo eterno?
ANGEL. Segura está tu conciencia,
Juana; nunca has cometido
culpa mortal; siempre has sido
monja vieja en la inocencia.
Aunque lloro en la apariencia
no lloro por propiedad,
que los que ven la deidad

infinita y soberana
jamás pueden llorar, Juana,
ni sentir penalidad.
Hete parecido ansí
en muestras y testimonio
de que ha pedido el demonio
licencia á Dios contra ti;
si te regaló hasta aquí,
como á Job probarte intenta,
y el común contrario inventa
un tropel de tempestades,
trabajos, enfermedades,
desprecio, agravio y afrenta.
Dios los trabajos amó
en el mundo, de tal suerte;
jamás, Juana los dejó.
¿Qué santo no los pasó?
Ninguno; que son favores
de Cristo, y en sus amores
son su escogida librea,
y quien amalle desea
justo es traiga sus colores.

SANTA. Pues ¿por eso es la tristeza?
Trocad vuestro llanto en risa;
lluevan trabajos á prisa
pues vos me dais fortaleza.
Bien sabe vuestra belleza
lo que ha que yo pido á Dios
que, pues que somos los dos
esposos, nos parezcamos
en que los dos padezcamos:
Si ya lo alcanzo por vos,
vengan penas y castigos
que del cielo son atajos,
pues (dicen) que en los trabajos
se echan de ver los amigos;
que si amó á los enemigos,
porque en ellos halló el bien
de las penas, yo también
sigo sus plantas divinas,
pues entre zarzas y espinas
Dios se apareció á Moisén.

ESCENA X

Aparécese CRISTO *con la Cruz á cuestas, arriba, coronado de espinas, y á su lado una silla de brocado y sobre ella una corona de oro.*

CRISTO. Juana: varón de dolores
me llamo yo en la Escritura;
quien imitarme procura
busque espinas, deje flores.
El que goza mis favores
pasar por trabajos trata,
y aunque el mundo más le abata,
con los trabajos se esfuerza,
que el cielo padece fuerza
y el violento le arrebata.
Para llegar á esta silla
tienes de entrar por la puerta
desta Cruz, que no está abierta
sino para el que se humilla.
Procura, esposa, adquirilla,
y si á los premios te inclinas
del cielo, adonde caminas,
lleva, Juana, en la memoria
que esta corona de gloria
cuesta corona de espinas. (*Encúbrese.*)

SANTA. ¡Oh! espinas, rico caudal
de la celestial grandeza,
Dios os pone en su cabeza
como provisión real.
Si premio tan inmortal
da por trabajos el cielo,
persígame todo el suelo;
ya me apresto á la conquista,
Angel, que con vuestra vista
todo me dará consuelo. (*Vanse.*)

ESCENA XI

Sale MARI PASCUALA *con un cántaro de agua, como que viene de la fuente, y* DON JORGE.

MARI. Déjeme, que vó de prisa:
¡qué importuno es su mercé!
JORGE. María: escúchame un poco.
MARI. Dado le ave, apártese (1),
que me aguarda mi marido.
JORGE. Aquí os aguarda también,
aguadora de mis ojos,
un alma muerta de sed.
MARI. Pues ¿qué quiere el alma agora?
JORGE. ¿Qué? que la deis de beber.
Dadme solamente un trago,
mitigaráse con él
mi fuego.
MARI. Allí está la huente;
si no, yo le llevaré
al pilón, donde se harte.
JORGE. Ea, no seáis cruel.
MARI. ¿Bebe el alma?
JORGE. Por los ojos
bebe el veneno que ven.
MARI. No se llegue, que en mi alma...
JORGE. ¿Qué?
MARI. Que le remojaré.
JORGE. Negar el agua es crueldad.
MARI. Sí; ¿agua sola quería él?
¡Quien no se las entendiese!
JORGE. Como esas manos me den
de beber, iré contento.
MARI. Pues ¿no dice su mercé
que se está quemando?
JORGE. Sí.
MARI. Estará sudando, pues,
y beber agua sudando,
matarále.
JORGE. Comeré
el blanco terrón de azúcar
de esas manos.
MARI. ¡Oxte! Iré
buena yo á casa sin manos
habiéndolas menester.
JORGE. ¿Para qué?
MARI. ¡Linda pescuda!
para fregar y barrer.
JORGE. ¿Del agua sois avarienta?
MARI. Sí, porque le mataré.

(1) Así en el original.

JORGE. Muera Marta, y muera harta.
MARI. Que me aguardan, déjeme.
JORGE. ¡Agua, Dios...!
MARI. Que ruin se moja.
JORGE. Tomaréla.
MARI. Pues á fe
si llega y digo «agua va...»
JORGE. ¿Qué?
MARI. Que le remojaré.
JORGE. Ved que os quiero bien, María.
MARI. ¿Por qué no me heis de querer?
¿heos hecho yo algún mal?
JORGE. Sí.
MARI. ¿Qué mal?
JORGE. Muértome.
MARI. ¿De qué?
JORGE. De ojo.
MARI. ¡Chico es el niño!
JORGE. Es verdad: niño amor es.
MARI. ¿Quiere una cuenta de azogue,
ó una higa para él?
JORGE. ¿Qué mas cuenta que el perderla,
qué más higa que un desdén,
qué más ojo que el miraros,
qué más mal que el querer bien?
MARI. ¿Qué bien quiere?
JORGE. Estoy perdido.
MARI. ¿De qué se perdió?
JORGE. Jugué.
MARI. ¿Qué juego?
JORGE. A la gana pierde.
MARI. ¿Cómo?
JORGE. Perdiendo gané.
MARI. ¿Qué ganó?
JORGE. Esta coyuntura.
MARI. ¿Y qué perdió?
JORGE. Todo el bien.
MARI. ¿De qué?
JORGE. De la voluntad.
MARI. ¿Qué es amor?
JORGE. Un no sé qué.
MARI. ¿No sabe qué?
JORGE. No, María.
MARI. ¡Bueno!
JORGE. ¿Queréislo saber?
MARI. Sí.
JORGE. Escuchad.
MARI. No se me acerque,
porque le remojaré.
JORGE. (*Tómala una mano.*)
¿Hay tal mano? ¿hay tal blancura?
MARI. Agarrómela, pardiéz.
JORGE. Déjamela dar mil besos.
MARI. Bese presto y váyase.
JORGE. ¿Quiéresme bien?
MARI. Un poquillo.
JORGE. Paga mi amor.
MARI. No hay con qué.
JORGE. ¿Qué te falta?
MARI. No ser mía.
JORGE. Pues ¿cúya?
MARI. De un Locifer
que hasta los pasos me cuenta.
JORGE. ¿Los pasos cuenta?
MARI. Sí, á fe.
JORGE. Lo contado como el lobo;
cuando quiere una mujer,
no hay llaves, puertas ni muros;
quiéreme tú, que yo haré
fáciles los imposibles.
MARI. Vedme mañana otra vez,
que soy agora madrina
de un bateo y pienso que es
tarde y me esperan en casa.
JORGE. Pues yo el padrino seré.
MARI. No, señor; que es el barbero.
JORGE. Por verte á ti le iré á ver.
MARI. Aquí en la Cruz se bautiza,
y es hijo del sacristén.
JORGE. ¿Al fin me quieres?
MARI. El diabro
en esos ojos tenéis
que me reconcome el alma
desde el punto que os miré.

ESCENA XII

Sale LILLO.—DICHOS.

LILLO. Señores: el espantajo
ha venido.
MARI. ¡Ay Dios! ¿qué haré?
JORGE. Adiós.
MARI. Adiós.
JORGE. Mucho os quiero,
María.
MARI. Yo á vos también.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA XIII

Sale CRESPO.—MARI PASCUALA.

CRESPO. ¿«Yo á vos también», al partirse
don Jorge de mi mujer?
No anda bueno el reportorio;
pero yo le enmendaré.
MARI. ¡Crespo mío!
CRESPO. ¿Qué os quería
don Jorge?
MARI. Aquí le encontré
y mandóme que os pidiese
que hoy el galgo le prestéis.
CRESPO. Pedilde á Crespo, que os ama,
el galgo, y yo á vos también;
no viene bien la respuesta,
ni la excusa vino bien.
Ea, ea, á casa, María,
que cuando el bateo esté
acabado, dos liciones
os daré de responder.
MARI. Pues ¿qué tenemos?
CRESPO. No, nada;
ratoneras sé yo her
donde los golosos cojo;
Jorgito, yo os cazaré.
No es esta agua toda limpia;
vacialda y venid. ¿Qué hacéis?
MARI. Si el miedo llevan que yo
todas las que quieren bien,
¡huego de Dios en el bien querer!
Amén, Amén. (*Vanse.*)

ESCENA XIV

Salen el ANGEL *y la* SANTA.

ANGEL.

Juana: Dios manda que tu misma historia
y los milagros que contigo ha hecho
escribas, porque todo sea en gloria
de su eterno poder y en tu provecho.

SANTA.

¡Ay, Angel santo! y si la vanagloria
que tantas buenas obras ha deshecho,
asalta el alma y mi humildad derriba,
¿qué servirá que yo mi historia escriba?

ANGEL.

Dios, que lo manda, te dará su ayuda.

SANTA.

Angel: ¿yo he de escribir en mi alabanza?
¿No sabéis vos que la virtud es muda?
¿No sabéis vos que la ambición se alcanza
con la propia jactancia y que se muda
la humildad en soberbia?

ANGEL.

No hay mudanza
que á las virtudes haga resistencia
si en la humildad fabrica la obediencia,
cuanto y más que escribiendo maravillas
de Dios, tu Esposo, su poder levantas
y á ti te abate más con escribillas,
por ser indigna de mercedes tantas.

SANTA.

Nunca yo he merecido recibillas;
pero, Angel santo, tú que siempre cantas
en la presencia de mi Esposo eterno,
de el *Sancto, Sancto, Sancto,* el himno tierno,
suplícote me alcances dél licencia
para que no sea yo mi coronista
ni quiebre la virtud de la obediencia
(que la alabanza á la virtud conquista).

ANGEL.

Eso y más te concede su clemencia;
mas manda que María Evangelista,
cuya lengua su eterno poder toca,
tu vida escriba de tu misma boca.

SANTA.

Si no sabe leer ni escribir sabe,
¿cómo ha de ser?

ANGEL.

La omnipotencia suma
no hay cosa que no pueda y que no acabe;
ella es quien rige ya su mano y pluma.

SANTA.

Su nombre santo el cielo y tierra alabe;
pues El lo manda, no es razón presuma
resistir su divino mandamiento;
su esclava soy, su voluntad consiento.

ANGEL.

Ya se te acerca, Juana, el fiero trance
de los trabajos con que Dios permite
que tu paciencia tu corona alcance.

SANTA.

Regalos son que mi obediencia admite;
mucho espero medrar en este lance.

ANGEL.

Toda la casa pide que te quite
el oficio que tienes de Abadesa.

SANTA.

Con gran razón mi indignidad confiesa.

ANGEL.

Gran torbellino contra ti levanta
el demonio; de afrentas perseguida
de todos has de ser.

SANTA.

Nada me espanta,
si Dios me da favor.

ANGEL.

A que le pida
á Dios, la Reina de la corte santa
me parto al cielo. Adiós, Juana querida.
(*Vase.*)

ESCENA XV

La SANTA, *sola.*

Al arma toca el mundo; cuerpo bajo,
vamos á ejercitarnos al trabajo;
antes que entremos, Juana, en la batalla
hagamos militares ejercicios.
¿No tengo yo una cota hecha de malla?
Á vestírmela voy contra los vicios.
Corona tiene Dios; para alcanzalla
no son malas escalas los cilicios;
por espinas da Dios sillas divinas.
Al arma, Juana, pues; buscad espinas. (*Vase.*)

ESCENA XVI

Sale SOROR MARÍA EVANGELISTA.

Madre Abadesa: amada madre Juana,
¡gran milagro! que sé leer y escribo;
de la mano de Cristo soberana
por su ocasión esta merced recibo.
¡Oh qué letora soy! ¡oh qué escribana!
No tendrá la Vicaría más motivo
de afrentarme de torpe y de ignorante;
leer y escribir supe en un instante.
¿Dónde está, Madre nuestra?

ESCENA XVII

Aparécese la SANTA *en una cruz, coronada de espinas, con una soga al cuello y una túnica de sayo, y bájase de ella cuando la llama* SOR EVANGELISTA.

SANTA.

¿Quién me llama?

EVANGELISTA.

¡Ay, cielos, qué crueldad! Madre amorosa:
¿qué hace de esa suerte?

SANTA.

En esta cama,
aunque áspera á la vista, amor reposa.

EVANGELISTA.

Espinas flores son para quien ama,
y en ellas estáis bien, porque sois rosa.

SANTA.

En las sillas celestes y divinas
dan coronas de gloria por espinas.
De aqueste modo voy apercibida
á pelear, que estoy desafiada
de mil persecuciones.

EVANGELISTA.

Perseguida
crece más la virtud y es celebrada;
Dios me manda escribir su santa vida.

SANTA.

Ya sé que su divino amor se agrada
de que el mundo su eterno nombre alabe;
de ese modo ya sé que escribir sabe;
sabrán todos que soy gran pecadora,
pues con tantas mercedes no soy santa.
Para mi confusión es.

EVANGELISTA.

¿Por qué llora?

SANTA.

Por ver tanto favor, clemencia tanta
en tantas culpas ¡ay de mí! En la hora
de dar la cuenta al Juez, ¿quién no se espanta?
¿quién no tiembla?

EVANGELISTA.

La gente del aldea,
Madre, su santa bendición desea.
Vienen á bautizar una criatura
y de su mano esperan justamente
la bendición del niño y la ventura;
vamos, por que no espere tanta gente.

SANTA.

Yo lo consultaré con Su Hermosura;
que no es razón sin San Laurel, que intente
cosa ninguna.

EVANGELISTA.

¡Oh Sagra toledana!
sagrada estás, pues te consagra Juana.
(Vanse.)

ESCENA XVIII

Salen los LABRADORES *todos con música y bateo.*

TODOS. *(Cantan.)* Trébole danle al niño,
trébole ¡ay Jesús, qué olor!
LAB. 1.º Trébole y poleo.
TODOS. Trébole.
LAB. 1.º Alegre el bateo.
TODOS. Trébole.
LAB. 1.º Rosas y junquillos.
TODOS. Trébole.
LAB. 1.º Para los padrinos.
TODOS. Trébole.
LAB. 1.º Espadaña y juncia...
TODOS. Trébole.
LAB. 1.º Para el señor cura.
TODOS. Trébole.
LAB. 1.º Lirios de los valles...
TODOS. Trébole.
LAB. 1.º Para el padre y madre.
TODOS. Trébole.
LAB. 1.º Y para el Alcalde la hierba del sol.
TODOS. Trébole, denle trébole al niño,
trébole; ¡ay Jesús, qué olor!
CRESPO. Entre en la Iglesia el bateo,
y mientras que le bautizan
bailen los que solenizan
la fiesta.
MENGA. Ya lo deseo.
BERRUEC. Par Dios que ha parido Gila
un hijo como un becerro.
CRESPO. ¡Qué tieso, oh hi de puta, perro!
¿Mas que se mea en la pila?

ESCENA XIX

Salen DON JORGE *y* LILLO.—DICHOS.

JORGE. ¡Oh buena gente!
BERRUEC. ¡Oh señor!
JORGE. Haz lo que tengo ordenado.
LILLO. Voy, pues. *(Vase* Lillo.*)*

ESCENA XX

DICHOS, *menos* LILLO.

JORGE. Sin ser convidado
me vengo.
CRESPO. Es mucho favor.
MINGO. En este poyo se siente
su señoría.
JORGE. Sí, haré. *(Siéntase.)*
¡Hermosa madrina, á fe!
CRESPO. Yo os la quitaré de enfrente
y os haré trampa en que caya
vueso amor; dejaldo estar.
¿No se comienza á bailar?
MINGO. Ea, salgan.
MENGO. Vaya.
TODOS. Vaya.
(Cantan y bailan.)
Envidiosa Gila en Cubas
del hijo que sin sazón
parió Marina en Orgaz,
un muchacho rempujó.
¡Oh, qué lindo y grande que es!
Bendígale la Ascensión!
Su padre le vea barbero,
sacristán ó tundidor.
Ya le van á bautizar,
ya le llaman Perantón,
ya le vuelven á su casa,

ya sacan la colación.
Si merendares, comadres,
si merendares, llamadme.
Si merendáredes nuégados
y gaabanzos tostados,
pues somos convidados,
al repartirlo avisadme.
Si merendáredes, *etc.*
Ya el muchacho se gorjea;
ya sabe decir «ajó»;
ya le han sacado los brazos,
ya le han puesto un correón,
ya le hacen hacer pinitos
y le dicen á una voz:
«Anda, niño, anda,
que Dios te lo manda
y Santa María
que andes en un día;
señor San Andrés
que andes en un mes;
señor San Bernardo
que andes en un año
sin hacerte daño
en esta demanda.
Anda, niño», *etc.*
Ya ha crecido y va á la escuela,
ya en el Cristo da lición,
ya sabe jugar al toro,
ya corren de dos en dos,
á «la trapa, la trapa, la trapa,
en mi caballito de caña».
Ya quieren que vaya al campo
y aprenda á ser labrador;
ya le visten de sayal
el capote y el calzón.
Caperuza cuarteada
su señor padre le dió,
y probándosela todos
ansí le dicen á un son:
«Que la caperuzita de padre
póntela tú, que á mí no me cabe.»

ESCENA XXI

Salen LILLO *y otros, y llévanse á* MARI PASCUALA.

JORGE. Llega, Lillo, que ahora es tiempo.
MARI. ¿Qué es esto? ¡Ay cielos, traición!
LILLO. Ninguno el paso me impida.
CRESPO. ¡Oh infame! ¿Cómo que no,
si es mi esposa la que llevas?
JORGE. ¿Por qué no?
CRESPO. ¡Muera el traidor!
JORGE. Ninguno pase de aquí,
si no pasaréle yo.
CRESPO. ¡Par Dios, que es linda la flema!
Que es Mari Pascual, señor.
JORGE. Segura va, sosegaos.
CRESPO. ¿Con quién?
JORGE. Con vuestro señor.
CRESPO. ¿Con vos?
JORGE. Conmigo.
CRESPO. ¿A qué va?
JORGE. Eso adivinaldo vos.
CRESPO. ¿Y mi honra?
JORGE. ¿Qué más honra
que amarla el Comendador?
CRESPO. ¿Esa es justicia?
JORGE. Villanos:
no me enojéis, que yo soy
señor de Cubas, y ansí
todo es mío. (*Vanse.*)

ESCENA XXII

DICHOS, *menos* PASCUALA, JORGE, LILLO *y* CRIADOS.

CRESPO. ¿Esa es razón?
¿Esto consentís, cobardes?
¡Matalde!
MINGO. Mátele Dios
que le hizo.
CRESPO. ¿Tal injuria
consentís? ¿Tan gran traición?
MINGO. A quien le duele la muela
que se la saque; andad vos,
si os atrevéis sin tenazas,
y sacalde ese raigón.
BERRUEC. ¡Ah, cielos!
MINGO. Que no la quiere
sino por un día ó dos,
y luego os la volverá.
CRESPO. A estar el Emperador
en España...
MINGO. ¡Buena flema!
Guarde el cielo mi rincón.
BERRUEC. ¿Estas mañas tenéis, Jorge?
Yo me vengaré de vos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen DON JORGE, LILLO *y* LABRADORES.

JORGE. Pegad á todo el lugar
fuego, sin que dejéis casa
que no convirtáis en brasa.
Villanos: no ha de quedar
piedra en Cubas sobre piedra.
MINGO. Señor: por amor de Dios;
por nuestra hacienda y por vos,
con cuya presencia medra,
que mandéis á los soldados
que en Cubas habéis metido
salir dél; basta el roído
los dineros y ganados
que nos roban, sin que intenten
robar también nueso honor;
que no es honra del señor
que sus vasallos afrenten,
claro está.
JORGE. ¿Y es justo
que se opongan los vasallos
á su señor?
MINGO. Si afrentallos
quiere su travieso gusto,
¿qué mucho que se defienda
quien ve que ese honor se pierde?
CRESPO. El perro con rabia muerde;

¿salísme á robar la prenda
más estimada y querida,
sin poderos abrandar,
y espantáisos que el lugar
su agravio y mi afrenta impida?

BERRUEC. Mari Pasquala es mi hija.

CRESPO. Mi esposa había de ser.

BERRUEC. ¿Por qué habéis vos de querer
dar á mi vejez prolija
tan mal fin, y que el lugar
me afrente, y viéndola diga:
esta que veis es la amiga
de don Jorge?

LILLO. Que mirar
tendrán por sí, de manera
que no se acuerden de vos.

JORGE. Luego ¿entendisteis los dos
que Mari Pasquala era
solamente en quien mi gusto
pongo, y á quien amo y quiero?
¡Bueno, á fe de caballero!
Pues si eso os daba disgusto,
consolaos, que no seréis
solos los que de hijos míos
seáis abuelos y tíos,
que con todos me veréis
emparentar.

CRESPO. Y lo hará
como lo dice.

MINGO. Buen cargo
ha tomado.

JORGE. El tiempo es largo,
Crespo; todo se andará.

MINGO. ¿Y eso es justo?

LILLO. ¿Por qué no?

JORGE. Sois muy toscos y groseros,
y pretendo ennobleceros,
pues lo quedaréis si yo
mezclo con vuestro sayal
un jirón de mi nobleza.

CRESPO. Alto; ¡dióle en la cabeza!

JORGE. ¿Dónde está Mari Pascual?
Porque escondella es querer
que todo el pueblo destruya.
¿No vais por ella?

CRESPO. Si suya,
así como así ha de ser,
no empiece en Mari Pascual;
que es como guindas amor,
la postrera la mejor,
y para guinda no es mala.

MINGO. Que destruyas nuesa hacienda
importa poco, tomalda,
y si os servís abrasalda,
como el honor no se ofenda;
que el lugar consentirá,
como no le deshonréis,
que la hacienda le quitéis.

JORGE. Mingo: todo se andará;
decid adónde llevastes
vuestra sobrina, ó haré
que os den tormento.

MINGO. Pues ¿sé
yo dó está?

JORGE. ¿No la quitastes
á Lillo en ofensa mía
con ayuda del lugar?

LILLO. Eso puedes preguntar
á mis lomos, que á porfía,
haciendo con ellos fiestas,
tantos palos les pegaron,
que, sin jugar, me cargaron
un flux de bastos á cuestas.
Líbrete Dios de una tranca
en manos de un labrador
si se enoja y con furor
tras un desdichado arranca,
que no dirás sino que es
sota de bastos con ella.

JORGE. Crespo: en vano es escondella;
yo os la volveré después
y seréis de su hermosura
legítimo poseedor.

CRESPO. Lo que otro suda, señor,
diz que á mí poco me dura.
Eso es lo que mi honra busca;
no me falta ya si tiña,
vendimiadme vos la viña
comeré yo la rebusca.
¡Bueno! eso no ¡juro al soto!
que no es discreto el marido
que puede comprar vestido
entero y le compra roto.
¡Malos años; no en mis días!

LILLO. A la encina y al villano,
si no es á palos, en vano
pedirles fruto porfías.

JORGE. Dices, Lillo, la verdad.
¡Hola! saca un potro aquí.

CRESPO. ¿Potro aquí? Ya siento en mí
extraordinaria humedad.

BERRUEC. Mira que al Emperador
ofendes, y cuando venga
y destos agravios tenga
noticia, ha de hacer, señor,
el castigo que tú sabes,
de su justicia y enojo.

JORGE. Pocos consejos escojo,
por más que al César alabes,
pues cuando él volviese acá
ya yo por diversos modos
os tendré muertos á todos,
y nadie se quejará.
Dónde está Mari Pascuala
declarad, ó en el tormento
moriréis.

CRESPO. A lo que siento,
lleno estoy de unto sin sal;
yo diré la verdad llana.
Cuando á Pascuala os quitamos
al convento la llevamos
de la Cruz. La madre Juana
allí guardándola está
de vueso ciego cuidado;
si hasta aquí lo hemos negado
es porque no vais allá
y hagáis de las que soléis
con que el convento se inquiete.

JORGE. Pues, á Juana, ¿quién la mete
(por más que se lo roguéis
vosotros) si no en rezar?

CRESPO. Es una santa, señor,
y mira por nueso honor.

JORGE. Cuando me llego á enojar

no miro yo en santidades
que, quizá, fingidas son;
acuda ella á su oración
y no intente novedades.
Disciplínese, que es justo;
ayune y rija su casa;
mas si los límites pasa
de su estado y de mi gusto
y irritan mi libertad,
guárdese, que podrá ser
que vengamos á saber
qué tal es su santidad.

ESCENA II

Sale UN PAJE.

PAJE. La Vicaria del convento
de la Cruz éste te envía.
(Dale un billete.)

JORGE. Si es que resistir porfía
mi amoroso pensamiento,
mal sus ruegos y lisonjas
mis gustos resistirán;
conténtese con que están
seguras de mí sus monjas.
(Abre el billete y lee.)
«La presunción de la madre Juana de la Cruz es tanta, que, no contenta con regir su casa, ha pretendido gobernar las ajenas, de suerte que para remediar (según dice) la de V. S., ha escrito á Madrid á la señora doña Ana Manrique, esposa de V. S., insultos indignos de tal persona, y persuadióla á que, no enmendándose de ellos, se queje al Gobernador de Castilla don Juan Tavera para que los remedie, y con capa de santidad fingida tiene banderizada esta casa. Ahora que la está visitando Nuestro P. Provincial será de importancia la autoridad de V. S. para que se pierda la suya y la quiten el oficio que ha tantos años ejerce de Abadesa. Las más monjas deste monasterio son deste parecer; y porque al Señor del lugar conviene procurar la quietud dél, y ésta resulta de la de esta casa, aguardamos á V. S. para la libertad de ella y de una doncella que, según he sabido, contra su gusto tiene en este convento. Para lo uno y lo otro importará la presencia de V. S., á quien N. S. guarde.—*La Vicaria.*»
¡A doña Ana contra mí
para que al Gobernador
se queje contra mi honor!
¡Oh hipócrita falsa! ¿Ansí
tu santidad se acredita?
Al Provincial hablaré
y el alma le quitaré
si el oficio no le quita.
No en vano por sospechosa
tuve la virtud fingida
desta mujer atrevida,
que, pues llega á ser odiosa
hasta [á] sus monjas, ¿quién duda
que, perturbando su paz,
con el fingido disfraz
de santa sus vicios muda?
Su eterno perseguidor
tengo de ser desde aquí.
Al convento voy.

CRESPO. ¿Ansí
nos quieres dejar, señor,
sin mandar á los soldados
que se vayan del lugar?

JORGE. Villanos: habéis de estar
con su presencia obligados
á mi gusto.

CRESPO. Cuanto quieres
haces; ¿quién hay que te ofenda?

JORGE. Señor soy de vuestra hacienda,
vuestras casas y mujeres;
todo me ha de dar tributo,
pues que vuestro dueño soy.
Ven, Lillo.

LILLO. Contigo voy.

MINGO. ¿Las mujeres? ¡Oste, puto!
¿Qué hemos de her?

CRESPO. Trasponellas
como puerros.

BERRUEC. Ese es
mi voto: yo á Leganés
pienso llevar dos doncellas
que en casa quedan.

MINGO. Si á pares
á las doncellas sacáis,
á las casadas dejáis
á figura.

BERRUEC. En los lugares
vecinos pueden estar
seguras, hasta que venga
el Emperador y tenga
noticia de que el lugar
nos destruye este traidor.

CRESPO. Cuando Carlos venido haya,
á fe que no se le vaya
con ella el Comendador.

MINGO. De mi voto no saquéis
las mujeres del lugar,
que mos puede resultar
mayor mal del que teméis.

BERRUEC. Callad, dejaos de quillotros.

MINGO. Temo, de esos pareceres,
que en faltando las mujeres
tiene de dar tras nosotros. *(Vanse.)*

ESCENA III

Salen la SANTA *y* MARI PASCUALA.

SANTA. Es la hermosura, María,
niebla que el sol desvanece,
sombra que desaparece,
fimera que vive un día,
vela que luce lo que arde
la frágil luz de la vida,
hierba con el sol florida
que se marchita á la tarde,

y es instante cuyo ser
está á las puertas del nada,
joya del tiempo prestada,
por quien luego ha de volver.
Pues fabricar la esperanza
sobre el vano fundamento
de la nieve, sombra y viento,
despojos de la mudanza,
¿paréceos á vos cordura?
¿Es bueno tomar á censo
pena eterna, fuego inmenso,
por el deleite que dura
lo que la sombra y la flor?
¡Ay, María! mal sabéis
lo que costado le habéis
á Dios, con cuyo valor
vino el mundo á remediaros;
y con ser tal su poder,
tuvo por bien el vender
su vida para compraros.
Joya, pues, que vale tanto,
¿en tan poco ha de estimarse?
¿En balde ha de derramarse
sangre de mi Esposo santo?
No lo permitáis, María;
estimaos en más á vos;
no os merece sino Dios.

MARI. Basta, madre, madre mía,
basta, que me derretís
el alma y el corazón;
palabras de fuego son,
madre, las que me decís.
Si me he dejado vencer
de las promesas y amor
del fuego, Comendador
persiguióme; soy mujer,
mi flaqueza combatió;
mas, pues, por vos valor cobra,
no temáis ponga por obra
lo que, hablándome, intentó.
Diamante seré á su amor,
jamás vencerme podrán
sus promesas.

SANTA. Más galán
es Dios que el Comendador.
Sí, porque no le habéis visto,
esotro os ha satisfecho
porque trae la cruz al pecho,
más preciosa cruz trae Cristo
á las espaldas, cosecha
de mis vicios desbocados,
que, por no ver mis pecados,
á las espaldas los echa.
Su encomienda es de más cuenta,
y si no, julgaldo vos,
pues que llevamos los dos,
él la cruz y yo la renta.
Cristo el Gran Maestre es
desta preciosa encomienda,
rica y inmortal hacienda,
infalible su interés.
Pues, cuando don Jorge os muestre
amor, ¿no es notable error
amar al Comendador
despreciando al Gran Maestre?

MARI. ¡Ay, madre! Tan persuadida
á servir á Dios estoy,
que, si quisiera, desde hoy,
mudando de estado y vida,
quedarme por freila aquí.

SANTA. Ojalá que yo pudiera,
que temo, si salís fuera,
vuestra pérdida.

MARI. ¡Ay de mí!

SANTA. Hay visita en casa agora
y está nuestro Provincial
en ella; es poco el caudal
nuestro, y yo gran pecadora.
Todas le piden que os eche
de casa, que una seglar
su quietud puede inquietar,
sin que mi ruego aproveche.
Fuerza es, hija, que os volváis
á casa de vuestro padre.

MARI. Pues ¿cómo? ¿No veis vos, madre,
que al lobo la oveja echáis?

SANTA. No puedo más; la ocasión
suele dar fama notoria,
y Dios, por ver la vitoria,
permite la tentación.
Si de vos misma salís
vitoriosa, buen padrino
os será el amor divino,
por cuyo amor combatís.
Yo haré por vos oración
á Dios.

MARI. ¿Hay tal desconsuelo?
Dadme, pues, la mano.

SANTA. El cielo,
hija, os dé su bendición.

(*Vase* Mari Pascuala.)

ESCENA IV

Sale el ANGEL.— *La* SANTA.

ANGEL. ¿Juana mía?

SANTA. ¿Mi Laurel?
¿Vuestra Hermosura no sabe
que en el peligro más grave
se ve el amigo más fiel?
Agora que el Provincial
admite discursos largos
de las que me ponen cargos
porque las gobierno mal,
¿me escondéis esa belleza?

ANGEL. Jamás me aparto de ti.

SANTA. Todo es, mi Laurel, así;
pero, para mi tristeza,
no basta que estéis conmigo,
sino que os me dejéis ver.
Agora os he menester,
que sois mi mayor amigo.

ANGEL. Las más, Juana, del convento
son contra ti.

SANTA. ¡Qué bien hacen!
Pues de mis pecados nacen
causas de su descontento;
helas escandalizado,
Angel, con mi mala vida,
siendo soberbia, atrevida;
y habiendo de ser dechado
de todas, la menor dellas
pudiera ser mi prelada.

Nunca me han visto enmendada,
viviendo siempre con ellas.
Porque más no las estrague,
es razón, Angel bendito,
que castiguen mi delito:
quien tal hace que tal pague. (*Llora.*)

ANGEL. Mirando está tu humildad
tu Esposo, á quien enamoras
con las lágrimas que lloras,
porque con su Majestad,
sus méritos aventaja
quien pequeño se parece;
tanto más la fuente crece
cuanto el agua suya abaja.
Tú crecerás hasta el cielo,
pues hasta el suelo te abates,
y porque conmigo trates
cosas que te den consuelo,
en pago de las afrentas
que presto has de recibir,
te quiero, Juana, decir
los milagros que tus cuentas
tienen de hacer en España.

SANTA. ¡Qué buena conversación!

ANGEL. Sentémonos, que es razón.

SANTA. ¿Yo con vos? ¡Merced extraña!
De rodillas, Angel, sobra
para mí.

ANGEL. Tu familiar
soy.

SANTA. Así tengo de estar.
Sentaos vos.

ANGEL. Aunque no cobra
mi angélica agilidad
cansancio del movimiento,
por no ser en mí violento,
con más familiaridad
y amor en esta ocasión,
porque consolarte espero,
sentarme, mi Juana, quiero
contigo á conversación. (*Siéntase.*)
Los venturosos rosarios
que la Majestad inmensa
en su soberano Alcázar
tuvo en sus manos eternas,
salieron con tantas gracias
como se esperaba de ellas;
que manos de Dios no saben
hacer mercedes pequeñas.
Las virtudes de los *Agnus*
que el vice-Dios en la tierra
concede, esas mismas dió
Cristo, tu Esposo, á tus cuentas.
Gracia de sacar demonios;
contra tempestades fieras;
contra enfermedades varias;
contra tentaciones ciegas,
y otros muchos privilegios
que son sin número y cuenta;
que cuentas que al Cielo suben
el Cielo es bien baje en ellas.
Han de ser tan estimadas
como es justo, que son prendas
que en fe de su amor dió Cristo
á Juana, su esposa tierna.
El segundo Salomón,
Filipo (cuya prudencia
hará á la justicia y paz
que otra vez á España vuelvan),
una destas cuentas santas
tendrá con la reverencia
que promete el que ha de ser
de la cristiandad defensa.
Y luego el tercer Filipo,
con su Margarita bella,
los pacíficos, los santos,
tendrán en otras dos cuentas
sumado el valor y estima
de sus célebres riquezas,
por ser joyas con que el alma
se compone y hermosea.
Clemente octavo vendrá
á esta casa antes que sea
de la barca de San Pedro
patrón y rija la Iglesia,
y con una cuenta tuya
á Roma dará la vuelta,
con que adorne la tiara
que ha de ilustrar su cabeza.
El santo fray Julïán
de tu Orden (que en herencia
en Alcalá, de Francisco
será ejemplo de inocencia),
y fray Francisco de Torres,
de quien este reino espera
milagros y maravillas
que sus vidas engrandezcan,
estas cuentas soberanas
han de estimar de manera
que con su autoridad pongan
freno á desbocadas lenguas.
Veinticuatro religiosas,
del falso espíritu opresas,
tienen de quedar en Francia
libres y sanas por ellas,
y si algún endemoniado
una cuenta destas llega,
apenas la tocará
cuando se libre de penas.
Tres ciegos cobrarán vista,
á dos mudos darán lenguas,
oirán por ellas los sordos,
cobrarán salud perfecta
enfermos de corazón,
de fiebres, de pestilencia,
de costado, de cuartanas,
de garrotillo, de lepra;
serán único remedio
contra los que desesperan
de Dios, y harán que, contritos,
se arrojen á su clemencia.
Desterrarán tempestades,
amansarán las tormentas,
sin que los rayos furiosos
hagan daño en su presencia.
Contra espantos y visiones
serán medicina cierta;
darán sosiego y quietud
á escrupulosas conciencias,
y entre los muchos milagros
que ha de obrar la fe por ellas,
los que se comprobarán
tienen de ser más de treinta.
Todas estas maravillas

ha de hacer Dios, por que entiendan
lo mucho que te ama, Juana.
Mira si es bien que padezcas
por tan liberal esposo.

SANTA. ¡Ay, Angel divino! ¡Vengan
trabajos y menosprecios,
persecuciones y afrentas,
que si paga á letra vista,
Dios, en tan rica moneda,
y antes que á cuentas lleguemos,
son en mi favor las cuentas.
Sin cuenta quiero serville.

ANGEL. La Vicaria es ya Abadesa;
el oficio te ha quitado;
ya tus trabajos comienzan,
Job de España, ya ha llegado
el tiempo en que ha de hacer prueba
del oro de tu constancia
el toque de la paciencia.
Contigo quedo, ten firme. (*Vase.*)

SANTA. Si mi guarda os encomienda
mi Esposo, ¿qué importan olas
en sufrimientos de piedra?

ESCENA V

Sale la VICARIA, *ya* ABADESA, *y las* MONJAS. LA SANTA.

ABADESA. Ya, hermana, ha querido el Cielo
que los embustes se sepan
de su santidad fingida
para que remedio tengan.
Nuestro Padre Provincial
escandalizado queda
de modo de sus excesos,
que se ha partido sin verla,
y quitándola el oficio
me eligió por Abadesa
(contra mi gusto por cierto);
mas obedecer es fuerza.

SANTA. Nuestro Padre Provincial
en tan justa elección muestra
su cristiandad, su virtud,
su gobierno y su prudencia.
Que sin verme se haya ido
y mis culpas aborrezca
no me espanto, que es un santo,
y yo digna de las penas
del infierno. Aquesos pies,
aunque yo no lo merezca,
ponga, madre, en esta boca.

ABADESA. No me hable de esa manera;
hipócritas humildades
en mí han de hacer poca mella.
Alcese del suelo, acabe.

SANTA. Si todos me conocieran
como ella, madre, ¡en qué poco
me estimaran y tuvieran
los que me juzgan por santa
siendo el mismo vicio! Es cuerda
y conoce mis pecados.

ABADESA. Con fingidas apariencias
no me ha de engañar, hermana;
escuche la penitencia
que me manda que la dé
nuestro Padre.

SANTA. ¡Qué pequeña
comparada con mis culpas
será, por grande que sea!

ABADESA. El velo manda quitarla. (*Quitasele.*)

SANTA. Hace bien, que quien no vela
con las vírgines prudentes
hasta que el Esposo venga
bien merece que la quiten
el velo y que con la puerta
la den. ¡Ay de mí, que soy
una de las cinco necias!

ABADESA. Manda que todas las monjas,
hermana, la den en rueda
una disciplina.

SANTA. Es justo
que á Dios pague en la moneda
que pagó por mis pecados;
cinco mil azotes fueran
más justos en mí que en El.
Ya me alivian esas nuevas.

ABADESA. También manda que la encierren
y den por cárcel su celda,
porque la han dicho que está
endemoniada y que intenta
el demonio por su boca
engañar á los que llegan
á escuchalla cuando habla
fuera de sí en tantas lenguas.

SANTA. No me espanto, que también
llamaba la envidia hebrea
á mi Esposo endemoniado;
razón es que le parezca.
Enciérrenme, que es muy justo,
porque mis culpas no vean,
que por ser tan grandes temo
que ha de tragarme la tierra.

ABADESA. Pena de descomunión
manda que no hable con ella
ninguna monja.

SANTA. ¡Qué sabio
mandato, qué gran prudencia!
A los que están apestados
dicen que nadie se llega
porque su mal no les toque.
Los vicios son pestilencia;
como soy tan pecadora
por apestada me encierran,
y es bien que ninguna me hable
porque de peste [no] muera.

ABADESA. Sabe Dios lo que he rogado
á nuestro Padre por ella;
pero hale dado don Jorge
tan extraordinarias quejas,
que, satisfaciendo á todos,
y aun usando de clemencia,
le da este corto castigo

SANTA. ¡Y qué corto! El cielo quiera,
madres, que yo no lo pague
allá en las penas eternas.

ABADESA. Deje ya los fingimientos,
hermana, y al coro venga
adonde todas la azoten.

SANTA. Vamos muy en hora buena.

MONJA 1.ª ¿Es posible que fingida
toda esta santidad sea?

MONJA 2.ª Pues el Provincial lo dice,
que tiene tanta experiencia,
¿quién lo duda? y más sabiendo
que el lobo se finge oveja. (*Vanse.*)

ESCENA VI

Quedan SOROR EVANGELISTA, *la* ABADESA *y la* SANTA.

EVANGEL. Hanme mandado callar,
y el corazón me revienta
viendo padecer mi madre
de pesar y de tristeza;
mas, si son los gustos oro
y sus quilates acendra
la tribulación, ¿quién duda
que Juana ha de salir de ella
con infinitos quilates
para que sirva á la mesa
del infinito Monarca?
Esto sólo me consuela. (*Vase.*)

ESCENA VII

DICHAS, *menos* SOROR EVANGELISTA.

ABADESA. Ya se cumplió mi deseo;
en fin, me han hecho Abadesa;
ya se vengará mi envidia
desta hipócrita; contenta
voy en extremo. ¡Oh, qué vida
la pienso dar! No habrá afrenta,
castigo ni menosprecio
que no he de probar en ella. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS *menos la* ABADESA.

SANTA. A fe, Juana, que os conocen;
alegre estoy de que os tengan
por lo que sois; desta vez
nadie os juzgará por buena.
Quien tal hace, que tal pague;
pagad, Juana, vuestras deudas,
que, pues todas os persiguen,
á todas hacéis ofensa. (*Vase.*)

ESCENA IX

Salen DON JORGE, LILLO, CRESPO, MINGO *y* BERRUECO.

DON JORGE.

Los propios del lugar y renta aplico
á mi hacienda.

CRESPO.

¿No basta su encomienda?

DON JORGE.

No repliquéis, villano.

CRESPO.

No replico;
mas, ¿por qué nos despoja de la hacienda?

DON JORGE.

Estoy yo pobre y el concejo rico;
no habrá quien de vosotros me defienda,
que entre villanos mal podrá enfrenallos
si el dueño es pobre y ricos los vasallos.
¿Qué depósito tiene aquí el concejo?

MINGO.

Cien fanegas de pan que da cada año
á pobres del lugar.

DON JORGE.

¡Lindo aparejo
para holgazanes!

MINGO.

No teme ese daño;
porque sólo se da al enfermo viejo
y á la mísera viuda.

DON JORGE.

Ese es engaño;
aplícolo á mi renta.

BERRUECO.

Pues los pobres,
¿qué han de comer cuando su pan los cobres?

DON JORGE.

Remedio habrá para ellos.

BERRUECO.

¿De qué suerte?

DON JORGE.

A los pobres enfermos desterrallos.

CRESPO.

Que eres cristiano y que lo son advierte.

DON JORGE.

En Illescas podrán mejor curallos.

BERRUECO.

¿Y á los viejos?

DON JORGE.

¿Los viejos? Darlos muerte,
pues no hay limosna igual como sacallos
deste mal mundo.

MINGO.

¿Y ese es buen consejo?

DON JORGE.

¿Para qué ha de vivir, si es pobre, un viejo?

MINGO.

¡Plegue á Dios que no llegues á esos días!

DON JORGE.

Las viudas hilen, si de edad no fueren
para casarse.

BERRUECO.

Bien tu intento guías.

DON JORGE.

No ha de haber pobres; los que aquí lo fueren
haceldos desterrar, que son harpías
que á nuestras mesas sustentarse quieren;
y un poderoso que los desterraba
ratones de los ricos los llamaba.

CRESPO.

Mejor nombre les da el cristiano celo,
de quien en este mar los llama naves
en que la caridad despacha al cielo
riquezas de que tiene Dios las llaves.
El mundo es mar y en él, cierto, recelo
de sus Caribdis y sus Sirtes graves.
En su golfo se pierde el que navega;
sola la caridad al cielo llega.

DON JORGE.

Predicador villano: ¿tú conmigo
con ejemplos y réplicas te pones?
Vete, si no es que aguardes el castigo
digno de tus hipócritas razones.
No es bien que á pobres se reparta el trigo,
que son de la república ratones.
Vete.

MINGO.

Si limosnero, señor, fueras,
tus vicios, con ser tantos, encubrieras.
(Vanse los tres.)

ESCENA X

Sale MARI PASCUALA.—DON JORGE *y* LILLO.

MARI. A no salir del convento,
de modo me enamorara
tu divino entendimiento,
Juana santa, que dejara
de dar al cuerpo sustento
por tus palabras, manjar
que desterrando el pesar
dejan el sentido en calma,
pues con las sobras del alma
me pudiera sustentar.
Pero, pues que dél salí
y palabra en tu presencia
de no ofender á Dios di,
no hayas miedo que en tu ausencia
pueda la pasión en mí
lo que ha podido hasta agora,
que, en fin, eres mi fiadora,
y Dios severo acreedor
que cobrará con rigor
si no paga la deudora.
A don Jorge quise bien;
pero ya en ceniza fría
sus torpes brasas se ven.
¡Ay cielos! éste es.

JORGE. María:
á mi vista albricias den
mis deseos, que en tu ausencia
han mostrado á la experiencia,
en el potro del amor
los tormentos que el temor
suele dar á la paciencia.
¿No me hablas? ¿Por qué enojos?
Pones mi esperanza en duda.
Mas ya sé que son antojos
de amor, que la lengua muda
suele pasarse á los ojos.
Mi María: si no es vano
el amor que te provoca,
ya que por temor liviano
me niega el habla tu boca,
hablar puedes por la mano,
que su cristal me enamora.

MARI. ¡Ay confianza habladora!
Cuán lejos suele vivir
el prometer del cumplir
he experimentado agora.
Soldado he sido cobarde;
hice en la paz menosprecio
de la guerra, y en su alarde
caí; que es propio del necio
temer el peligro tarde.
Prometí de no ofender
á Dios; pero, ¿qué he de hacer,
si la poca resistencia
me cupo sólo en herencia
de la primera mujer?
De un modo empiezan su nombre
mudanza y mujer liviana;
mudéme, nadie se asombre,
si á Eva vence una manzana,
que hoy á mí me venza un hombre.

JORGE. ¿Qué dices?

MARI. Que no quisiera,
por lo bien que me estuviera,
deciros que os quiero bien.

JORGE. Pues, mi labradora, ven
adonde mi amor te espera.

MARI. ¿Estas las cenizas son
frías? Mas dejó una brasa
escondida la afición,
y quemaráse la casa,
porque sopla la ocasión.
(Vanse los dos.)

ESCENA XI

Queda LILLO *y sale* CRESPO.

CRESPO. Yo, señor Lillo, quisiera
hablar al Comendador.

LILLO. Por el Lillo y el señor
le llamara si estuviera
para eso; pero está
ocupado.

CRESPO. Pues ¿qué hace?

LILLO. Una dueña en quien deshace
lo que ella otra vez no hará.

CRESPO. Que es cosa y cosa parece.

LILLO. Cosa sin cosa podría
ser ya.

CRESPO. ¿Quién será?

LILLO. María

CRESPO. ¿Mari Pasqual?

LILLO. Esa ofrece,
pues que sabello codicias,
primicias de su hermosura
á don Jorge.

CRESPO. Pues ¿es cura
para llevar las primicias?

LILLO. Esta es la verdad.
CRESPO. ¿No estaba
en la Cruz?
LILLO. Hízola echar
Juana.
CRESPO. Yo voy á avisar
á su padre, que pensaba
que allí la tenía guardada;
pero diréle que queda
bellaca para moneda.
LILLO. ¿Por qué?
CRESPO. Porque está cercenada.
(Vase.)

ESCENA XII

Sale DON JORGE *maltratando á* MARI PASCUALA, LILLO.

JORGE. Echa, con la maldición,
esta mujer, en quien veo
que es la esperanza y deseo
mejor que la posesión.
¡Que lo que pretendí tanto
tanto me llegue á enfadar!
LILLO. Amón eres con Tamar;
gozástela, no me espanto.
Dos caras el gusto pinta,
señor, en cualquiera cosa:
si es ajena, muy hermosa;
pero si propia, distinta.
Cuando ajena, cosa es clara
que el sol era su traslado;
pero ya que la has gozado
verás la segunda cara.
MARI. ¿Así se paga el honor
de una mujer, fementido?
Mas de honras, ¿cuándo ha sido
el mundo buen pagador?
JORGE. Déjala y ven. *(Vase.)*

ESCENA XIII

LICHOS, *menos* DON JORGE.

MARI. Oye, escucha...
¡Ah tirano; ¿así te vas?
Mas la deuda negarás,
que es costumbre cuando es mucha.
Paga como caballero;
pero dirás, y es verdad,
que perdió la voluntad
el gusto, que es su dinero.
Que eres noble considera.
LILLO. Pasito, Mari Pasqual,
que no fuera él principal
si pagara y no debiera;
y si de palacio el trato
sabes, ten por negocio hecho
que eres mía de derecho,
porque he levantado el plato.
Si te dejares comer
mi apetito estimarás.
MARI. Como imitándole estás,
vendrás tan infame á ser
como el señor, de quien eres
torpe solicitador,
sin sentir tu vil señor
que te sirvan las mujeres
que él deshonra, de despojos.
Pero, afrentoso alcahuete,
aguárdame, y sacaréte,
porque no lo seas, los ojos.
LILLO. ¿Porque á mi amo ha servido
tantos humos ha cobrado?
Advierte que es del criado
todo el ropaje traído;
y que aunque el Rey tenga un bayo
de notable estimación,
quitado el caparazón,
le corre cualquier lacayo. *(Vase.)*

ESCENA XIV

Queda MARI PASCUALA.

¿Estos son pagos del mundo,
en deudas tan merecidas
como son deudas de honor
cuando se acercan sus ditas?
¿Así se cumplen palabras
con lágrimas ofrecidas,
con promesas intimadas,
con ansias encarecidas?
¿Aquesto es ser caballero?
¿En esta nobleza estriba
el valor que España ensalza
y estimaron mis desdichas?
¿Mudables, dicen que son
las mujeres, ofendidas
de tantas lenguas mordaces
tantas plumas enemigas?
¿Esto es ser hombre, de quienes
tantas virtudes se afirman,
tantas hazañas se alaban,
tanta firmeza publican?
Si así los hombres son que España cría,
¡mal haya la mujer que en hombres fía!
¡Ah ingrato y necio pastor!
¿la oveja dejas perdida
para que lobos la coman
después que la lana esquilmas?
¿Cómo, cielos rigurosos,
si es verdad que la justicia
desterrada de la tierra
vuestro tribunal habita,
no castigáis este ingrato,
pues no valen allá arriba
las dádivas ni el poder
que tantas varas derriban?
Justicia os pide mi agravio
de un traidor que famas quita,
de un hombre, en fin, que en ser hombre
será la mudanza misma.
Mas, pues deudas de honor tan presto olvidan,
¡mal haya la mujer que en hombres fía!
Pero, alma: ¿de qué os quejáis
de promesas no cumplidas,
si la palabra quebrastes
que á Dios distes este día?
Si os quitó don Jorge la honra,
por vos quitaron la vida

á Dios; si él os ha dejado,
sin Dios andáis vos perdida.
Yo prometí no ofender
su Majestad infinita,
Juana salió mi fiadora;
mas ¿quién de ocasiones fía?
¿Tendrán perdón mis pecados?
No; que es la ofensa infinita.
¿No puede Dios perdonarme
si le llamo arrepentida?
Sí puede, mas no querrá;
pues ¿será razón que viva
mujer que perdón no aguarda
y de un hombre fué ofendida?
Eso será gran deshonra;
pues ¿quitaréme la vida?
Sí; que ya estoy condenada,
y el Angel que en compañía
y guarda el cielo me dió
me ha dejado, porque escrita
ha visto ya la sentencia,
por mi mal, difinitiva.
¿Adónde un lazo hallaré?
Mas ¿será tal mi desdicha
que aun le faltará á mi muerte
el instrumento homicida?
Dadme, verdugos eternos,
un cordel, que al que castigan
de balde le da la soga
con que muera, la justicia.

(*Echanla un cordel.*)

¿Qué es esto? ¡ay de mí! Una soga
me arrojaron desde arriba.
¡Que por tan cruel salario
halle el mundo quien le sirva!
Dádivas son del infierno
que promete oro de Tíbar
y teje sogas de esparto
que esperanzas precipitan.
Pero ¿qué mucho, si á Dios,
cuando con pan le convida,
en vez de pan le dé piedras
que en sogas libre sus ditas?
Matad, pues, cuerda, una loca
desesperada y precita,
que quien el honor perdió
justo es que pierda la vida.
El desprecio de un hombre es mi homicida:
¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

ESCENA XV

Quiere ahorcarse, baja de arriba LA SANTA, *volando, y detiénela.*—DICHA.

SANTA. Detén la bárbara mano.
¿Por qué, ingrata, desconfías
de Dios misericordioso
y apelas de su justicia?
Quien perdonó á Magdalena
te perdonará, María,
pues es su misericordia,
como entonces, infinita.
Pide con ella perdón,
y en estas cuentas benditas
espera, que Dios en ellas
tus cargos y cuentas libra.

(*Dale un Rosario y desaparece.*)

ESCENA XVI

MARI PASCUALA *sola.*

¡Oh mil veces santas cuentas;
milagrosa medicina
de precipitadas almas!
Por vosotras reducida,
confieso y tengo por fe
que á un «pequé» del alma, olvida
Dios infinitas ofensas.
Pequé, Señor, mi alma diga.
En la Cruz he de ser monja;
vuestra Majestad permita
que sus religiosas santas
me lo otorguen, aunque indigna,
que, como la Cananea,
las migajas y reliquias
de su venturosa mesa
podrán sustentar mis dichas.—
Juana: por vuestra oración
me ha dado el cielo dos vidas,
la del alma y la del cuerpo.
Misericordia infinita:
pues perdonáis ofensas cada día,
¡bien haya la esperanza que en vos fía!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sale LA SANTA, *presa, á una reja.*

Presa estoy por mi Abadesa,
y en esta celda reclusa,
que, á quien tan mal del bien usa,
justo es que la tengan presa.
Castigado el loco asesa;
el contento me provoca
desta pena que, aunque es poca,
los que me reverenciaban
y la santa me llamaban
ya me llamarán la loca.
¡Qué buen nombre me darán
y qué contenta estuviera
si llamarme loca oyera
á los que en mí hablando están!
Leve castigo me dan
para hallarme tan culpada;
pero tengo una prelada
tan apacible conmigo
que juzgará á gran castigo
el tenerme aquí encerrada.
Suele el preso entretener
la pena y melancolía
que el temor y el ocio cría,
ya en jugar y ya en leer;
lo segundo quiero hacer

sin dar lugar á querellas.
Libros sois, máquinas bellas,
de milagrosa dotrina,
con signos de estampa fina,
cuyas letras son estrellas.
Once cuadernos encierran
vuestras hojas soberanas,
en cuyas escritas planas
tantos filósofos yerran.
Los polos fijos que cierran
este libro y su tesoro,
son las manecillas de oro,
y el sol y la luna son
la hermosa iluminación
que hizo el libro que adoro.
En esta hermosa cartilla
que, cual pergamino extiende
el Maestro eterno, aprende
toda criatura sencilla.
El sabio se maravilla
como el ignorante en vella,
y sin poder comprehendella
sino su Autor soberano,
desde el hombre hasta el gusano
están deletreando en ella.
Aves, que con varias plumas,
dándoos el viento papel
estáis escribiendo en él
de Dios las grandezas sumas.
Peces, que cortando espumas
formáis círculos mejores;
hierbas, que en tantos colores
cartas al cielo escribís;
fuentes claras que imprimís
vuestros lazos en sus flores,
pues andamos á esta escuela
y deste libro la fe
nos enseña el abecé
que el más letrado desvela,
daros lición me consuela.
Aquí os podéis allegar,
pues que nos sobra lugar,
y ya la Abadesa mía
á las gentes, cual solía,
no me deja predicar.

(Descúbrese un campo con aves y un río con peces, oyendo predicar á La Santa.)

Mi Seráfico llagado
predicaba muchas veces
á las aves y á los peces
cuando no estaba en poblado.
Pues solos nos han dejado,
ea, hermanos pajaricos,
de plumas y voces ricos,
llegaos de dos en dos.
Animalejos de Dios,
plateados pececicos:
venid todos y escuchad
con atención y respeto;
ninguno me esté inquieto,
que le azotaré en verdad.
La Divina Majestad
repartiendo su tesoro
en este esférico coro
su providencia dilata
criando peces de plata
y aves de esmeralda y oro.
Junto al líquido marfil
pasa la fresca ribera,
con cortes que primavera
trujo al apacible Abril.
Luego dió al Mayo sutil
tornasolados plumajes
de ramas y flores, trajes
con que sus pajes compuso,
que, pues casa al hombre puso,
bien es que la vista pajes.
Después el pródigo Agosto
cubrió de manojos rubios
las eras desde los ubios
del carro largo y angosto;
y luego, en sabroso mosto,
pasado el estío enjuto,
dió generoso tributo
Septiembre á los labradores,
porque después de las flores
quiere Dios que demos fruto.
Reinó luego el cierzo frío:
de Enero la barba cana
dando de nieve la lana
al monte, el cristal al río;
el escarchado rocío
sobre el campo siembra y vierte;
que como año (si se advierte)
llega la edad más cumplida
desde el Abril de la vida
al invierno de la muerte.
En otros tiempos diversos
Dios, con manos liberales,
sustenta á los animales,
peces y aves universos,
para que, en compuestos versos,
alaben perpetuamente
entre sus guijas la fuente,
y con agudos y graves
entre los ojos las aves
y entre los pueblos la gente.
Cada cual al cielo avisa,
que esta obligación forzosa
cumple el campo con su rosa
y el arroyo con su risa.
Sólo es del hombre divisa
la ingratitud, que procura,
como no ve la hermosura
de su eterno bienhechor,
por olvidar el Criador
perderse por la criatura.
Pero, aunque pueda aprender
de vuestra obediencia el hombre,
hermanicos, no os asombre
que tenga que reprehender:
la hormiga no ha de querer
que el avaro, siempre pobre,
alas con su ejemplo cobre
para que adquiera y no gaste,
bueno es llevar lo que baste,
malo es llevar lo que sobre.
¿Por qué vos, hermana hormiga,
lisonjera del montón,
á la gula dais ficion
porque su apetito siga?
Siempre del comer amiga,
pues, en trabajos y fiestas
por los llanos y las cuestas,

como el avariento humano,
sois ganapán del verano
llevando tercios á cuestas.
No es esto bien hecho, hermana,
ya es supérfluo ese cuidado;
quien hoy os ha sustentado
os sustentará mañana.
Y el avecilla liviana
que con las alas y pico
acude al sembrado, que es
la vida y sustento humano,
que para comer un grano
deja descubiertos tres,
¿qué merece? ¿Esto es bien hecho?
¿No es como el pródigo loco
que, habiendo menester poco
para quedar satisfecho,
desperdicia sin provecho
la hacienda suya y la ajena?
Coma el ave, enhorabuena,
si le basta un grano ó dos,
que para todos da Dios;
mas el perderlo condena.
Y la hermana golondrina
que en los santos edificios
quiere estorbar los oficios
de la Majestad divina
cantando, ¿es buena vecina?
Por muy mala la contemplo,
pues con sus voces da ejemplo
á los que en conversación
la casa, que es de oración,
hacen sarao y no templo.
Cuando el sacerdote canta,
callad, hermana picuda,
que á veces la lengua muda
merece nombre de santa.
El perro leal me espanta
de ver que tanto amor cobre
al rico, que ladre al pobre:
esa es poca caridad,
que el pobre en la calidad
es oro, y el rico es cobre.
También en reñir me fundo
los peces, que, cual los ricos,
los grandes tragan los chicos,
pegando esta peste al mundo.
Aunque el siglo es mar profundo,
no es bien despreciar los buenos,
que, si agora valen menos,
son norias los señoríos
donde bajan los vacíos
y vuelven á subir llenos.
Ea, acábese el sermón,
con que cuantos aquí estamos
ensalcemos y sirvamos
al Divino Salomón;
él os dé su bendición.
¡Hermanos animalejos:
de los hombres sois espejos!
Adiós; tomen este pan
y mañana volverán;
daréles nuevos consejos.

(*Encúbrese el campo.*)

De completas es ya hora;
quiero, mi Jesús, rezarlas.
¡Ay, quién oyera cantarlas
vuestra capilla sonora!
Aunque soy mala cantora,
yo sé, Amor, que no os pesara
si algún motete entonara,
haciendo á mis dichas fiesta.
Pero ¿qué música es ésta?

ESCENA II

Aparécese con música San Antonio de Padua *con el* Niño *y el* Angel *con una corona de flores.*

Santa. ¡Oh luz apacible y clara!
Jesús. ¡Esposa mía!
Antonio. ¡Mi hermana!
Santa. ¡Mi Jesús, mi San Antonio!
El Niño dé testimonio
de lo que vuestro amor gana.
Antonio. ¿Quieres tenerle tú, Juana?
Santa. No soy digna como vos
de ese bien; gozaos los dos,
que, como en dichosos lazos
siempre le traéis en los brazos,
parecéis madre de Dios.
Jesús. De esposo te vengo á dar
esta sortija. (*Dale una sortija.*)
Santa. ¡Qué bella!
Vos seréis diamante en ella,
que sois la piedra angular.
Bien hacéis en visitar
los presos, dueño querido.
Jesús. Juana: quien te ha perseguido
está á la muerte.
Santa. ¡Ay, mi bien!
¿Quién me ha perseguido?
Jesús. ¿Quién?
Tu Vicaria.
Santa. Aquesa ha sido
mi madre y es mi Abadesa.
Jesús. Siempre te ha querido mal,
y con castigo inmortal
lo ha de pagar.
Santa. No es paga esa
digna del bien que confiesa
mi alma haber recebido
por su causa, que si he sido,
mi Dios, presa y castigada,
soy mala, y es mi Prelada,
bien lo tengo merecido.
Habéisla de dar perdón
por mi ruego, Esposo santo;
dalda doloroso llanto
y muera con contrición;
ablandalda el corazón,
ó no os soltaré tan presto.—
Mi Jesús, yo quiero esto:
¿habéislo de hacer por mí?
Decid sí.
Jesús. Digo que sí.
Santa. ¡Echó mi ventura el resto!
Jesús. ¿Qué me pedirás, esposa,
que no haga?
Santa. ¡Ay, dueño amado!
Jesús. Estoy muy enamorado
de ti.
Santa. Y yo muy venturosa.

(*Pónela* El Angel *la corona.*)

JESÚS. Con esta corona hermosa
que Laurel, tu ángel, te pone,
tu constancia te corone.
SANTA. ¿Dejáisme?
JESÚS. Quédate á Dios.
(Encúbrese.)
SANTA. Eso es quedarme con Vos.
Mi dicha el mundo pregone.

ESCENA III

Salè SOROR MARÍA EVANGELISTA *y* MARI PASCUALA *de monja. — La* SANTA.

EVANGEL. Madre: la Madre Abadesa
se nos muere.
SANTA. Ya lo sé.
EVANGEL. No quiere que esté más presa,
si no que perdón la dé
de las culpas que confiesa.
MARI. Muestras de extraño dolor
tiene.
SANTA. Gracias al Señor,
que su pecho ha vuelto tierno.
EVANGEL. Teme que ha de ir al infierno.
SANTA. De eso no tenga temor,
que ni se ha de condenar
ni ha de ir al Purgatorio.
EVANGEL. ¡Qué favor tan singular!
SANTA. Al eterno desposorio
mi Jesús la ha de llevar.
A vos, ¿cómo os va, María?
MARI. Como en vuestra compañía,
madre santa, que es del cielo.
Mas de Don Jorge recelo;
porque de nuevo porfía
á perseguirme después
que sabe que monja soy;
temo mi flaqueza, que es,
al fin, de mujer.
SANTA. Yo os doy
palabra que el interés
de su torpe amor, María,
ha de volverse este día
en devota pena y llanto.
Don Jorge ha de ser un santo.
MARI. Pedildo á Dios, madre mía.
SANTA. Confiésoos este favor
de mi amoroso Señor,
que es muy largo y liberal;
yo he de dar bien por mal
si fué mi perseguidor.

ESCENA IV

Sale una MONJA.—DICHOS.

MONJA. Madre: la Abadesa os llama;
porque dice que sin vos
todo es pena.
SANTA. Mucho me ama;
vamos, que á gozar de Dios
volará desde la cama. *(Vanse las tres.)*

ESCENA V

Queda MARI PASCUALA *y sale otra* MONJA *con un cestillo de fruta.*

MONJA. Su padre, hermana, le envía
esta fruta; la andadera
se la trajo á la tornera.
MARI. Yo la estimo, madre mía.
¿Quiere della?
MONJA. Haráme daño
y soy mala comedora.
Adiós. *(Vase.)*

ESCENA VI

MARI PASCUALA *sola.*

¿Fruta mi padre ahora?
Regalo es si no es engaño.
El cestillo quiero ver.
Manzanas son y un billete;
todo engaños me promete;
aquí he aprendido á leer
un poco. ¿Cúyo será,
que mi padre nunca escribe?
¿Si es de don Jorge en quien vive
el fuego que apagué ya?
¡Oh, qué mala fruta nueva
será y qué triste presente,
si es don Jorge la serpiente
que engaña con fruta á Eva!
¿Otra vez el corazón
rendís, mudanzas livianas?
¡Ay, hechizadas manzanas,
y ay, hechicera afición!
Imposible es no miralle,
pues ha de ser, sin creelle,
abrille para leelle,
leelle para rasgalle.
¡Las mentiras que habrá en él!
Una manzana ligera
engañó á Eva: ¿qué hiciera
con manzanas y papel?
(Lee la carta.)

«Para castigo de mi ingratitud basta ausencia de un mes; y para premio de mi amor que, como fénix, renace de las cenizas del pasado, determinate esta noche á aguardarme, á las doce, junto á las paredes más bajas de la huerta de esa casa, que, pues no eres profesa en ella y yo sí en quererte, á esa hora las asaltaré, para que con secreto (si tú quisieres) satisfaga quejas pasadas, ó con el alboroto, si te resistes, dé que decir á todos. No aguardo respuesta, porque, de una manera ó de otra, tú sola lo has de ser, á quien el cielo guarde. *Don Jorge.*»

Resuelto el mudable está:
cielos, ¿qué responderé?
¿Persuadiréme y creeré
que don Jorge pagará
segundas prendas de amor

con promesas lisonjeras,
si despreció las primeras,
de más estima y valor?
No; mejor es excusar
el rigor de la justicia
de Dios. Mas ¿no soy novicia?
Segura puedo dejar
el hábito; ¡qué cruel
pensamiento! ¿Pagará
mi amor quien en arras da
de mi honor un vil cordel?
¿Dirélo á mi madre Juana?
No, que viéndome dudosa
podrá ser que rigurosa
me castigue por liviana.
Ya es de noche; ¿qué he de hacer?
Amparadme, Juana, vos,
pues, os suele decir Dios
lo que ha de suceder. *(Vase).*

ESCENA VII

Sale solo LILLO, *de noche.*

LILLO. ¡Par Dios, que me trae don Jorge
en buenos pasos! Mas son,
los pasos de la Pasión.
El diablo temo que forje
alguna trampa en que demos.
Su mudable natural,
gozada Mari Pasqual
y empalagado, hizo extremos.
Dejóla, metióse monja,
y agora la privación
como si fuera eslabón
y el alma yesca de esponja,
tal fuego ha venido á dar
que, loco, hace juramento
que ha de entrar en el convento
y otra vez la ha de gozar.
Y á mí que toda la tarde
jugando he estado y bebiendo,
y quisiera estar durmiendo,
me manda que aquí le aguarde.
He cargado delantero,
que soy devoto de Baco,
y por mi devoción saco
soplando el ánima á un cuero.
Dos mil candiles y luces
me representan en vano,
y como soy buen cristiano
con los pies hago mil cruces.
Pienso que doy al través
tropezando, y por más mengua
pronunciando erres la lengua,
escriben equis los pies.
Sentado podré aguardalle.
¿Bostecitos? brindis son,
al sueño; haré la razón
aunque me duerma en la calle;
que quien de Baco es amigo
y á tragos sus pechos mama,
jamás dormirá sin cama,
que siempre la trae consigo.

ESCENA VIII

Sale DON JORGE *como de noche.*—LILLO *durmiendo.*

JORGE. Lo que desprecié deseo,
que es niño amor, y apetece
hoy lo que ayer aborrece.
Ya tendrá Pascuala, creo,
el papel que la escribí;
su amor puede asegurarme
que debe ya de esperarme.
A Lillo mandé que aquí
me aguardase; ¡buena guarda
tendrá en él mi pretensión!
Pero si mujeres son
tímidas, ¿qué me acobarda?
No está la pared muy alta
para las alas de amor;
pero no, que si es traidor
quien del Rey la casa asalta,
¿qué será quien la de Dios
quiere escalar? Mas dejemos,
alma, temores y extremos,
porque no digan de vos
que amáis poco. Alto, cuidados,
subid, que no hay que esperar.
LILLO. *(Entre sueños.)*
Digo que tengo de echar
(pues que soy mano) los dados;
juega y calla.
JORGE. Si está dentro
quien adoro, ¿en qué repara
mi recelo? Subo.
LILLO. Pára.
JORGE. ¡Que pare! Pues ¿qué hay?
LILLO. Encuentro.
JORGE. ¿Encuentro? Luego ¿otro amante
la goza dentro? ¡Ay de mí!
mataréle si es así.
Pasemos, alma, adelante
que éstos son todos encantos;
¿qué me puede resultar
de entrar y sacalla?
LILLO. Azar.
JORGE. ¿Qué será esto, cielos santos?
¿Quién mi daño pronostica?
¿Azar me ha de suceder?
Hechizos deben de ser
que aquella Juana fabrica
por que mi amor vuelva atrás;
pues en vano será.
LILLO. Espera.
JORGE. ¿Qué quieres, voz?
LILLO. Salte afuera.
JORGE. No quiero.
LILLO. Pues perderás.
JORGE. ¿Qué hay que temer?
LILLO. Mala suerte.
JORGE. Hechizos son, pero en vano;
subo.
LILLO. Espera, echa otra mano.
JORGE. Que eche á otra mano me advierte;
luego ¿no voy bien por ésta?
LILLO. No, vuelve otra vez á echar
el dado.
JORGE. Que vuelva á amar
otra mujer me amonesta.

No sé, por el cielo eterno,
lo que haga.

LILLO. Ya has perdido.

JORGE. ¿Qué?

LILLO. El alma paso.

JORGE. Sentido:
¿adónde vais?

LILLO. Al infierno;
paso.

JORGE. Déjame gozar
á Pascuala, y venga luego
los que en el eterno fuego
se abrasan.

LILLO. Siete y llevar.

JORGE. Lillo es, por Dios, que, dormido,
mi amor ha puesto en cuidado,
pues todo lo que ha soñado
de mi mal presagio ha sido.
Aumentado ha mi temor
por lo que durmiendo acierta.
¡Borracho, loco, despierta!
(Dale de coces.)

LILLO. Barato fuera, señor.
(Levántase.)
Como has venido tan tarde,
que par Dios, que me dormí.

JORGE. ¡Buena ayuda tengo en tí!
Vuélvete á casa, cobarde,
y haz que venga alguna gente
por si fuere menester.

LILLO. ¿Quieres subir?

JORGE. ¿Qué he de hacer?

LILLO. Ya yo sé que eres valiente;
mas una escala no es nada
á estos tiempos.

JORGE. Vuelve aquí
con la escala.

LILLO. Harélo así. *(Vase.)*

ESCENA IX

DON JORGE, *solo.*

Las monjas que con Pascuala
están no pondrán en duda
mis violentos pareceres,
que huirán como mujeres
viendo una espada desnuda.
Mal hago; pero al fin sigo
mi inclinación; della espero
mi contento; subir quiero.
Amor: venid en mi ayuda.

ESCENA X

Al querer subir, se aparece la SANTA *arriba de rodillas, y á su voz se retira y estremécese, temeroso de lo que dice.*

SANTA.

Don Jorge: ¿dónde vas? ¿qué es lo que intenta
tu juventud liviana?
Ten cuenta que mañana has de dar cuenta
á Dios, severo Juez, y que mañana
te espera, cuando todos te hacen cargo,
larga cuenta que dar de tiempo largo.
(Desaparece.)

ESCENA XI

DON JORGE, *solo.*

¿Larga cuenta que dar de tiempo largo?
¿Y hasta mañana vivo?
¿Tan corto el plazo, tan probado el cargo?
¿Tan poco el gasto de tan gran recibo,
y que me aguarde, cuando más vicioso,
término breve, tránsito forzoso?
Alma: ¿sois de diamante?, ¿sois de piedra?
Si es la muerte el gusano
de Jonás, que la vida como hiedra
derribas, ¿qué esperáis, intento vano,
si mañana he de ver á lo más largo
terrible tribunal, juïcio amargo?
Perdiendo la ocasión, perdí la vida
en la torpeza y vicio.
¿Qué espera, pues, un alma tan perdida?
Sin juïcio viví, pues el juïcio
no temí, que es por ser tan riguroso
aun á los mismos santos espantoso.
Todos son contra mí, todo me culpa;
no tengo cosa buena
que poder alegar en mi disculpa,
ni vale aquí el favor contra la pena,
porque es en tribunal tan espantoso
recto el Juez, y entonces riguroso.
Pues, alma, demos vuelta; si hasta agora
de vicios sois trasumpto,
que Dios perdona al pecador que llora;
no perdáis punto, porque en solo un punto
ganaréis si lloráis contrito y tierno,
punto en que va á gozar de Dios eterno.
Por un «pequé» perdona de improviso
Dios al salmista hebreo;
á Dimas da un momento el Paraíso;
por cambio, el cielo, en cambio da á Mateo.
Alma: en tu mano está, ó el premio eterno,
ó el penar para siempre en el infierno.

ESCENA XII

Sale LILLO.—DICHO.

LILLO.

Señor: ¿subiste ya?, ¿salió Pascuala?
Seis criados de casa prevenidos
traigo, que es cada uno un Rodamonte.

DON JORGE.

¡Ay, Lillo! Pues ¿podrán esos seis hombres
defenderme del trance riguroso
de un Dios que es Juez severo y poderoso?

LILLO.

¿Cómo es esto? ¿Ya hablas capuchino?
¿Qué has visto?

DON JORGE.

La sentencia de mi muerte;
mi mala vida, el libro de las cuentas
que ha de ajustar mañana Dios conmigo:
¡Ay del que espere dar cuenta tan mala!

LILLO.

Que, en fin, ¿ya no te acuerdas de Pascuala?

DON JORGE.

Mortal estoy, yo siento que me muero.
Juana: si quien os ha cual yo ofendido
merece que por vos perdón alcance,
imitad vuestro eterno y santo Esposo,
que por sus enemigos á su padre
rogó en la cruz; pedilde que no muera
sin el dolor perfecto de mis culpas;
no permitáis que para siempre pene,
no permitáis que mi alma se condene.

LILLO.

Salud tienes agora, mozo eres;
¿q uién te metió en los cascos que te mueres?

DON JORGE.

Mañana pagaré el común tributo.

LILLO.

Aún no tan malo si me cabe un luto.
Di, ¿qué tienes, señor?

DON JORGE.

Culpas sin suma;
la justicia de Dios es libro y pluma.

LILLO.

¿Tú eres don Jorge?

DON JORGE.

Soy mortal que basta.

LILLO.

¿Qué temes?

DON JORGE.

Del alcance el mal descargo,
larga cuenta que dar de tiempo largo. (*Vanse.*)

ESCENA XIII

Salen la SANTA *y las* MONJAS.

EVANGEL. Madre: ¿que os vemos ya libre?
¿que se alegra vuestra casa
otra vez con vuestra vista?
MONJA 1.ª ¡Que por vuestra oración santa
murió la que os perseguía
como un ángel!
MONJA 2.ª ¿Quién no alaba
vuestra virtud, madre nuestra?
SANTA. Hijas: demos muchas gracias
á mi soberano Esposo,
pues goza nuestra Prelada
de su presencia divina
en su celestial alcázar,
y dadme los brazos todas.
MONJA 3.ª Corridas y avergonzadas,
las que antes la persiguieron,
la piden perdón. (*De rodillas todas.*)
SANTA. Hermanas:
alzad del suelo, abrazadme.

ESCENA XIV

Sale MARI PASCUALA.

MARI. Madre mía: pues alcanza
todo lo que á Dios le pide,
duélase (1) agora de un alma
que en el trance de la muerte
invoca su ayuda santa.
Don Jorge se está muriendo;
quísele bien, madre amada,
sentiré que se condene
por mí, que he sido la causa
de los desatinos suyos.
SANTA. Esas lágrimas me agradan;
lástima tengo á don Jorge;
no permita Dios que vaya
al infierno. Hermanas mías:
lloremos todas, que alcanzan
las lágrimas cuanto pueden.
Todas al coro se vayan
á rogar á Dios por él,
mientras que yo, arrodillada,
suplico á quien derramó
por él su sangre en el ara
de la cruz, que no permita
tanto mal, desgracia tanta.
MARI. Vamos, madres, que ya voy
con cierta fe y confianza
que don Jorge ha de salvarse,
aunque son sus culpas tantas.
(*Vanse.*)

ESCENA XV

La SANTA *sola.*

Hoy es viernes de la Cruz
y de la Semana Santa
el día más misterioso,
de más dolor, de más gracia.
La cruz tiene á Dios clavado,
que es su tálamo, su cama,
su cátedra, su palenque,
su esposa, su enamorada.
En otra cruz quiero yo
ponerme, que, si le agrada
tanto la cruz á mi Esposo,
¿quién duda que por su causa
me dará cuanto le pida? (*Crucificase.*)
¡Ay mi Dios, y quién pasara
en este madero santo
los tormentos, penas y ansias
que pasastes Vos por mí!
¿Yo el pecado, Vos la gracia;
yo en regalos, Vos en cruz;
Vos con tormentos, yo sana?
¡Ay Jesús del alma mía!
Vuestros dolores traspasan
mi abrasado corazón,
mis encendidas entrañas.
¡Ay Seráfico Francisco,
quién con las insignias santas
os viera que el Serafín
os dió por joyas preciadas!
Vos que imitación de Cristo
sois vos en quien se retrata,
vos en quien su pasión pinta,
vos en quien puso sus llagas,
venidme á ver y lloremos
los dos el ver cuál maltratan
los lobos nuestro Cordero.

(1) «Dúdade» en el original.

ESCENA XVI

Aparécese San Francisco *en cruz con el serafín, como se pinta.—La* Santa.

Franc. Contigo estoy, hija cara.
Santa. ¡Oh, Alférez de Dios humano,
dosel donde están sus armas,
imitación de su vida,
depósito de sus llagas!
Desde aquí las reverencio;
Mayordomo de su casa,
vos sois sus pies y sus manos,
su magnate, su privanza.
Bien os están los rubíes;
buen provecho, santo, os hagan.
¡Qué envidia tengo de veros,
si envidia puede haber santa!

ESCENA XVII

Aparécese Cristo *crucificado.*—Dichos.

Cristo. Hija: porque no la tengas
y porque no es razón haya
cosa que no comunique
con su prenda quien bien ama,
ven para que imprima en ti
las señales soberanas
de mi pasión y dolores.
Santa. Yo, Majestad sacrosanta,
no merezco tal merced,
ni los que os ven cara á cara
en vuestra divina corte
son dignos de merced tanta,
cuanto más un vil gusano
como yo, aún menos que nada.
Cristo. Esposa: yo gusto desto.
Santa. Si Vos gustáis, vuestra esclava
soy, amantísimo Esposo;
vuestra voluntad se haga.

(*Va subiendo la* Santa *y* Cristo *bajando hasta el medio del tablado, y allí se juntan y abrazan en cruz los dos.*)

Santa. ¡Ay qué dolor, Jesús mío!
¡que me muero! Basta, basta,
que las llagas que me dais,
el corazón me traspasan!

(*Apártanse y queda la* Santa *en cruz en el aire con las llagas.*)

Cristo. Hasta mi Ascensión gloriosa
has de estar así.
Santa. ¡Hay tal paga
de amor y de voluntad!
No oso mirarme adornada
con joyas de tanta estima.
Franc. Hija: ya mi dicha igualas.
Santa. No hay con vos igual ninguno,
Seráfico Patriarca.
Pero, Esposo de mi vida,
no es día hoy de negar nada;
don Jorge se está acabando,
no permitáis que su alma
se condene.
Cristo. Ya murió,
y por amor de ti, Juana,
padece en el Purgatorio.
Santa. Yo os doy infinitas gracias,
Señor, por tantas mercedes.
Cristo. Abrázame, prenda amada.
Santa. ¿Dejáisme?
Cristo. Contigo quedo.
Santa. Sí, que siempre mi alma os aguarda.

ESCENA XVIII

Vuelve Cristo *á bajar, abraza á la* Santa, *desaparécense y queda la* Santa *en el aire sola.*

¡Qué rica estoy de rubíes!
Si el avaro el oro guarda,
joyas, guardaros pretendo,
porque nadie os vea en casa.
Las cinco quinas me ha dado,
sin ser yo reina, por armas
mi Esposo; mas como es Rey,
razón es que yo las traiga.
Voime á contemplar en Vos,
mi manirroto Monarca,
que si á mí me ven mis monjas,
querrán decir que soy santa.

ESCENA XIX

Encúbrese, salen algunas Monjas *y* Sor Evangelista.

Evagel. El Emperador está
otra vez, madres, en casa,
que con venir de camino
quiere ver la madre Juana,
y luego á Madrid partirse.
Una. Vamos, pues, madre, á avisalla
y abrid las puertas, que al César
no ha de haber puerta cerrada.

(*Vanse.*)

ESCENA XX

Salen el Emperador, *acompañamiento y los* Labradores.

Carlos. A no atajalle la muerte,
vuestras injurias vengara.
Mingo. Pues es muerto, gran señor,
no queremos más venganza
ni en premio de la lealtad
que siempre este pueblo guarda,
sino ser vuestros.
Carlos. Yo aceto
tan fiel y justa demanda.
No tendréis otro señor.
Crespo. Vivas más años que sarna
y que ha que en Castilla viven
las coplas del perro de Alba.

ESCENA XXI

Salen las Monjas.—Dichos.

Monja 1.ª Dadnos, señor, esos pies.
Carlos. Alzad; religiosas santas.

del suelo, alzad de la tierra.
¿Dónde está la Madre Juana?
(*Descúbrese como estaba antes.*)

MONJA 2.ª Hala concedido Dios
la maravilla más alta
que, despues de San Francisco,
gozó criatura humana.
En manos, pies y costado
impresas tiene las llagas
de su soberano Esposo,
en quien está transformada.
Véisla, gran señor, aquí.

CARLOS. ¡Oh, gloria de nuestra España!
¡oh, pies y manos dichosos!
mil veces quiero besallas.
¡Que haya mujer en el mundo
en Toledo y en su Sagra
que tanto de Dios alcance!
De ternura se me abrasa
el corazón, madres mías;
estimad tan grande santa,
guardad tan preciosa joya.

UNOS. ¡Gran milagro!

TODOS. ¡Cosa extraña!

CARLOS. Vamos, que no somos dignos
de vista tan soberana.
¡Oh, portentosa mujer,
no cesen tus alabanzas!

UNO. Si esta *segunda comedia*,
Senado ilustre, os agrada,
con la tercera os prometo
fin de maravillas tantas.

TERCERA PARTE DE LA SANTA JUANA

ACTO PRIMERO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL

Don Luis. (Toledo.)
César. (Montemayor.)
Don Diego, *viejo*. (Cristóbal.)
Lillo. (San Payo.)
Cristo, Nuestro Señor. (Montemayor.)
La Santa. (María de Morales.)
San Laurel. (Antonio de Prado.)
Aldonza. (La Sra. Petronila.)
Peinado, *pastor*. (Aguado.)
Doña Inés. (La Sra. Anna María.)
Crespo, *pastor*. (Aguado.)
Mingo, *pastor*. (S. Pedro.)
Berrueco, *pastor*. (Juan Ximénez.)

En Toledo, á 6 de Agosto de 1614 años, por Fr. Gabriel Téllez.

ESCENA PRIMERA

Don Luis y César, *como de noche.*

Luis. ¿Hay más de eso?
César. ¿Es esto poco,
don Luis, para obligaros
á la razón que os provoco?
¿No basta para apartaros
de ese pensamiento loco
el saber cuán adelante
ha estado mi amor constante
y que fuí favorecido
poco menos que un marido
y mucho más que un amante?
En un año que he gozado
el dulce entretenimiento
que ya niega á mi cuidado,
mil veces mudé el asiento
desde la silla á su estrado,
y en él dando á mis amores
esperanzas en favores
de cintas, guantes, cabellos,
he alcanzado otros por ellos,
no sé si diga mayores.
Esto es cierto; averigualdo,
y si veis que vuelve atrás
vuestro crédito, dejaldo.
Luis. ¿Tenéis que decirme más?
César. Harto os he dicho, miraldo.
Luis. Ya lo he visto, y como es
el amoroso interés
feria de cambios y trazas,
sabéis mucho en sus trapazas,
que sois, César, ginovés.
Ya sé que vuestras porfías
por remediar vuestros daños
inquietan las dichas mías;
que son propios los engaños
en guerras y en mercancías,
y como es guerra el amor
y mercancía la mejor
que pone el gusto en su tienda,
por quedaros con la hacienda
dais hoy en enredador.
Pero no habéis de tener
mucha ganancia conmigo,
que es necio, á mi parecer,
quien fía de su enemigo
ó cree á su mercader.
Doña Inés es principal
y discreta, y siendo tal,
cuando algún favor os diese
no haría cosa que estuviese
á su reputación mal,

y á hacella vos, en efeto,
de cuatro eses con que han dado
fama al amante discreto,
la mejor habéis borrado,
que es la ese del secreto;
y á quien no sabe guardalle
hace bien en desprecialle
y echar de la voluntad
á quien, quizá sin verdad,
sus faltas echa en la calle.

CÉSAR. Refrenad la lengua airada,
que en un caballero es mengua
el no tenella enfrenada,
y contra una libre lengua
suele ser lengua la espada;
que no sin causa parece
lengua el acero que ofrece
venganza que á la honra sigue,
porque una lengua castigue
lo que otra lengua merece.
Y si el término os provoca
de mi trato cortesano,
responded por lo que os toca
con la lengua de la mano
y dejad la de la boca.
Yo ha un año que á doña Inés
pretendo y sirvo y después,
puede ser que por venganza
de celos ó de mudanza,
que es mujer, y ella lo es,
dicen que da en admitiros
y en olvidarse de mí;
yo he venido á persuadiros
con término honrado aquí,
mas pues no basto á advertiros
cosas que pusieran tasa
en el amor que os abrasa,
á ser más considerado,
hoy vengo determinado
á que no entréis en su casa.
Mi resolución es ésta,
la vuestra haced manifiesta
luego, que de no lo hacer,
la espada sola ha de ser
quien me ha de dar la respuesta.

LUIS. A estar en otro lugar
y no en la calle y la puerta
de mi casa, sin hablar,
respuesta os diera tan cierta
como lo es vuestro pesar;
pero en otro más capaz
á vuestro amor pertinaz
responderé por borralle,
que es el reñir en la calle
llamar á quien ponga paz.

CÉSAR. Yo no tengo sufrimiento
para tanta dilación,
y así, aquí vengarme intento.

LUIS. Castigará mi razón
vuestro mucho atrevimiento. (*Riñen.*)

ESCENA II

Sale DON DIEGO, *viejo.*—DICHOS.

DIEGO. ¿Qué es esto? ¿Agora pendencia,
y en la calle? Don Luis:
ten respeto á mi presencia;
señor: tened, si os servís,
á mi vejez reverencia.
Loco: sosiégate ya,
mira que tu padre está
embotando á tu rigor
los filos. Señor, señor,
sosegaos.

LUIS. Entraos allá,
padre, no deis...

DIEGO. Tente inquieto.

LUIS. Si os pierdo el respeto.

DIEGO. Impida
mi amor tu enojo indiscreto.

LUIS. ¡Oh!

DIEGO. No pierdas tú la vida
y piérdeme á mí el respeto;
y vos, señor caballero,
templad el airado acero,
si á esto un viejo padre os mueve
en esta agua, en esta nieve.

LUIS. Ya yo os adverti primero
que no hace el valor alarde
cuando riñe donde acuda
gente que su vida guarde,
y que siempre pide ayuda
de aquesa suerte el cobarde;
ya veis de eso prueba llana;
yo os avisaré mañana
donde, sin impedimento,
nos veamos.

CÉSAR. Soy contento.

DIEGO. De su mocedad liviana
algún mal suceso espero.

LUIS. ¡Oh, qué importuna vejez!

DIEGO. Tenme respeto.

LUIS. No quiero. (*Va se.*)

ESCENA III

DICHOS, *menos* DON LUIS.

DIEGO. ¡Quiera Dios que alguna vez
no lo pagues! Caballero:
no os vais, esperad un poco,
si con ruegos os provoco.

CÉSAR. Ya yo os espero admirado
de que á padre tan honrado
desprecie un hijo.

DIEGO. Es un loco.

CÉSAR. Quien tan poca reverencia
tiene á su padre no hay duda
que morirá en la pendencia
mañana, pues en mi ayuda
ha de ser su inobediencia.
¿Qué es, señor, lo que mandáis?

DIEGO. Que la causa me digáis
de este enojo. ¿Es por el juego?

CÉSAR. Todo es uno, juego y fuego,
si una letra les mudáis;
fuego es amor, y amor es
ocasión de esta pendencia.
Yo quiero á una doña Inés,
tan bella, que en su presencia
el sol se postra á sus pies;
tan rica, que su caudal
es á su belleza igual;

tan noble, como notable
en hacienda, y tan mudable,
como bella y principal;
un año ha que la he servido
dando el fuego que me abrasa
tantas muestras, que he tenido
en su calle y en su casa
parabienes de marido;
porque, aunque es tal doña Inés,
la corte sabe quién es
mi linaje y la nobleza
que se iguala á mi riqueza.

DIEGO. ¿No sois César, ginovés?

CÉSAR. Para serviros.

DIEGO. La fama
que en Madrid todos os dan
tanto os celebra, que os llama
rico, discreto, galán,
y digno que cualquier dama
de vuestro amor sea testigo.

CÉSAR. Hacéisme merced.

DIEGO. No digo
sino sólo lo que sé.

CÉSAR. Estos favores gocé
un año; pero, en castigo
de lo que nunca he pecado,
mudóse por persuadirme
la variedad de su estado;
mas, mujer y un año firme,
¿á quién no diera cuidado?
Supe que quien eclipsaba
la luz que mi amor gozaba
era don Luis; pedíle
me escuchase. persuadíle
cuán mal á su honor estaba
su pretensión amorosa,
porque amar á doña Inés
y no amalla para esposa
no es posible, y esotro es
empresa más peligrosa.
Fué la respuesta, en efeto,
no con el justo respeto
y valor que merecía
mi término y cortesía,
mas no hay enojo discreto;
obligóme á desafialle,
no reparando en que estaba
á su mesma puerta y calle;
llegastes, y aunque bastaba
vuestra vista á sosegalle,
hizo su cólera prueba
de la inobediencia nueva
con que ciego os respondió,
y quien á vos se atrevió,
¿qué mucho que á mí se atreva?
Éste es, señor, el suceso
y ocasión de esta pendencia.

DIEGO. Luis es mozo y travieso;
y de su poca experiencia
se arguye su poco seso;
y pues en vos resplandece
lo uno y otro, si merece
obligaros mi vejez,
tened á raya esta vez
la furia que os embravece,
que yo haré que don Luis
no hable con esa dama
por quien con él competís.

CÉSAR. Mal reprimiréis su llama,
pues que tan mal reprimís
la libertad con que os trata.

DIEGO. No importa, que amor dilata
las leyes entre hijo y padre,
y en su rostro el de su madre,
que esté en el cielo, retrata.
Es mi único heredero,
y aunque me pierde el decoro,
no os espante si le quiero,
que en su juventud de oro
dora mi vejez su acero.
Si esta razón es bastante
no ha de pasar adelante,
César, aquesta quistión.

CÉSAR. Como la reputación,
que á un hombre es tan importante,
no pierda en mí su valor,
y él deje su intento, digo
que, por serviros, señor,
desde hoy en nombre de amigo,
trueco el de competidor.

DIEGO. Dadme esos brazos por él,
y de este enojo cruel,
una amistad nazca nueva.

CÉSAR. Y el alma en ellos, en prueba
de que soy su amigo fiel
y hijo vuestro, si por vos
deja aquesta competencia.

DIEGO. No la tendréis más los dos.

CÉSAR. Yo fío en vuestra prudencia.

DIEGO. Bien podéis.

CÉSAR. Adiós.

DIEGO. Adiós.

(*Vase* César.)

ESCENA IV

DON DIEGO *solo.*

Si la imagen al espejo
causa amor tan excelente,
como á la experiencia dejo,
siendo sólo un accidente
que pinta el cristal reflejo,
¿qué mucho llegue á querer
un padre á un hijo en quien ver
pueda, no como en cristal,
su retrato accidental,
sino su sustancia y ser?
No tengo más de este hijo
y si la vejez desea
hacer que en tiempo prolijo
su memoria eterna sea,
y, como Séneca dijo:
«por eso el viejo edifica
para que en lo que fabrica
viva su memoria quede,»
¡con cuánta más razón puede
si en hijos su amor aplica
eternizar su blasón
sin que el olvido le ultraje,
pues solos los hijos son
para gloria de un linaje
su eterna conservación!

Mil travesuras consiento
á don Luis, y aunque siento
que lo hago mal, el amor
de las manos de el rigor
quita el castigo violento.

ESCENA V

Salen LILLO *y* DON LUIS.—DICHO.

LILLO. No estuviera yo delante
y de carrillo á carrillo
llevara un pasa volante
con que diera al diablo á Lillo
y olvidara el ser amante.
LUIS. ¿Eres valiente?
LILLO. ¿Eso dices?
¿No he hecho yo por que autorices
mis lacayas maravillas
que, como hay adoba sillas,
hay aquí adoba narices?
¿Qué cara no he sobreescrito
cual si fuera sambenito,
donde quien vello desea
en sus puntadas no lea
Lillo me fecit escrito?
Vive Dios, si el ginovés
delante de mí te hablara
que de un tajo ó de un revés
la cabeza le enviara
rodando hasta doña Inés.
LUIS. ¡Hay fanfarrón!
LILLO. No profeso
menos que hazañas...
DIEGO. ¿Qué es eso,
Luis? ¿dónde vos tan tarde?
LUIS. Voy á buscar un cobarde.
DIEGO. Si fueras á buscar seso
no hicieras mal. ¿Qué locuras
son estas que, á mi pesar,
y por matarme procuras?
¿Qué es esto? ¿en qué han de parar,
Luis, tantas travesuras?
¿Por qué usas mal de mi amor?
¿Por qué malogras la flor
de tu edad desbaratada
para que, en agraz cortada,
me des vejez con dolor?
Trújete de Torrejón,
donde naciste, y mi hacienda
te ha dado su posesión
por verte correr sin rienda
tras una loca afición
de una villana, instrumento
de mi deshonra y tormento,
pues de suerte te ha cegado
que me dicen que la has dado
palabra de casamiento.
Este peligro evidente
remedié, que tu muerte era,
porque en Torrejón su gente
ni libertades espera
ni atrevimientos consiente.
Trújete á Madrid, y apenas
limpié á mis primeras penas
el llanto, cuando ya fundas
mi muerte con las segundas,
que darme la muerte ordenas.
Como sin madre quedaste
en edad tierna y temprana,
casi en brazos te criaste,
Luis, de la Santa Juana,
en quien mejor madre hallaste.
No te espantes si me espanta,
hijo, que de virtud tanta
sacases tan poco seso
y salieses tan travieso
de los brazos de una santa;
aunque de esta justa queja
tu contraria inclinación
desengañado me deja,
que no es oveja el león
por dalle leche una oveja.
En cuantas cartas me escribe
esta santa me apercibe
el riesgo y peligro en que anda
quien como tú se desmanda
y tan sin prudencia vive.
Dice que no te consienta
tanta libertad, que impida
con tus locuras mi afrenta,
y tema el dar de tu vida
á Dios rigorosa cuenta;
mas mi paterna afición
rompe por todo, razón
es que de tu vida loca
te duelas.
LUIS. Otra vez toca
con tiempo, padre, á sermón,
y predica algo más corto;
¡quizá me convertirás!
DIEGO. Cuando con amor te exhorto
¿esa respuesta me das?
¿Tan poco, Luis, te importo
que verme muerto deseas?
Ruego al cielo que lo veas
presto, pues te canso tanto.
LUIS. ¡No faltaba más de un llanto
agora!
LILLO. Señor: no seas
desa condición; ya ves
que le enojas si replicas;
llega y bésale los pies.
LUIS. Pues ¿también tú me predicas?
DIEGO. ¿Quién es esta doña Inés
que de nuevo te enloquece,
y con pendencias te ofrece
la muerte?
LUIS. ¿Quién ha de ser?
¿Querer bien á una mujer
es milagro?
DIEGO. Bien parece,
que eres mozo.
LUIS. Y tú eres viejo.
¿Parécete mal consejo
si me casa mi ventura
con la hacienda y la hermosura
de una mujer que es espejo
de toda la corte? Acaba.
DIEGO. En mujer empleas tu gusto
de quien otro hombre se alaba
más de lo que fuera justo;
ya esto sólo te faltaba.

LUIS. César esa fama ha echado
por verse menospreciado,
que doña Inés no es mujer
que le había de aborrecer,
habiéndole una vez dado
prendas ilícitas.
DIEGO. Muda
de parecer y afición,
pues mi experiencia te ayuda,
don Luis, que no es razón
casarte tú en esa duda.
La honra es luz de la vida
que hace la fama lucida;
mas con tal riesgo se trata,
que un soplo sólo la mata
si no está bien encendida.
César á probar se obliga
lo que no es bien que yo crea;
pero, para que se siga
tu afrenta, cuando no sea,
basta, Luis, que se diga.
Esta vez tu afición ciega,
pues tu padre te lo ruega,
hijo, tienes que dejar.
Damas hay á quien amar;
sirve, ronda, gasta, juega
y desperdicia mi hacienda,
como no arriesgues la vida,
que corre á morir sin rienda.
César me tiene ofrecida
su amistad como no ofenda
tu amor el suyo: por mí
¿no harás esto?
LILLO. Di que sí,
y después nunca lo hagas.
DIEGO. ¡Qué mal, Luis, mi amor pagas!
LUIS. Digo, señor, que por ti
ni á Doña Inés veré más
ni con César reñiré.
DIEGO. Júralo.
LUIS. En pesado das.
DIEGO. Jura, acaba.
LUIS. En buena fe.
DIEGO. ¿Ahora escrupuloso estás?
LUIS. ¿No juré? Déjame, pues.
DIEGO. Dios te libre de ocasiones.
¿Dónde vas, que la una es?
LUIS. A jugar unos doblones.
(Ap.) A ver voy á doña Inés. *(Vase.)*

ESCENA VI

DICHOS, *menos* DON LUIS.

DIEGO. Quedaos, Lillo, vos.
LILLO. ¿Quién, yo?
DIEGO. Vos, pues.
LILLO. ¿No he de ir con él?
DIEGO. No.
LILLO. Alto, pues, quédome aquí.
DIEGO. En mi casa os recebí
desde el día que murió
don Jorge, vuestro señor;
y aunque sin mi gusto fué,
como os tiene Luis amor,
mi propio gusto troqué
por el suyo; aunque mejor
fuera, según lo que veo,
no ejecutar su deseo
ni recebiros ansí.
LILLO. ¿Qué [he] hecho yo, pobre de mí?
DIEGO. Que sois mucha parte creo
en todas las travesuras
de Luis.
LILLO. ¿Soy yo su ayo
que á mí culparme procuras?
¿Soy más de un pobre lacayo?
¿Puédole yo en sus locuras
ir á la mano?
DIEGO. Los dos
os entendéis.
LILLO. ¡Plegue á Dios...!
DIEGO. Basta. De las mocedades
de don Jorge y libertades
os echan la culpa á vos;
ya sabéis que esto es verdad.
LILLO. ¡Si en amos soy desdichado!
DIEGO. De la poca voluntad
que en Cubas os han cobrado
vuestros milagros sacad.
LILLO. Mal me quieren sin razón;
mas como villanos son,
dicen que cuando cazaba
don Jorge gangas, andaba
tras ellas yo como hurón;
y alguna causa han tenido,
que no me quiero hacer santo;
mas después de convertido
y muerto don Jorge, es tanto
lo que estoy arrepentido,
que, á no importar encubrillo
y ser soberbia el decillo,
pienso, señor, que algún día
verás en la letanía
y calendario un san Lillo.
DIEGO. Págome muy poco yo
de gracias; si no pensáis
mudar de vida, cesó
el salario que ganáis
en mi casa.
LILLO. Aqueso no;
todo lo dicho, señor,
ha sido burlas; mi humor
sabes, yo prometo al cielo
ser desde hoy un san Ciruelo.
DIEGO. Si no ofendiera al amor
que tengo á Luis, de casa
os echara.
LILLO. No ha de ser
tu favor con tanta tasa.
DIEGO. Que vais luego he menester
á Cubas.
LILLO. Señor: repasa
por tu memoria que estoy
tan mal quisto, que si voy
me tienen de mantear
todos los de aquel lugar.
DIEGO. Importa que llevéis hoy,
Lillo, á la beata Juana
un regalo y un papel.
LILLO. Iré, aunque de mala gana.
Mi sentencia llevo en él.
¡Oh, qué bellaca mañana,
Lillo, esperáis, si no huís

y á costillas prevenís
las trancas que considero!
DIEGO. De la santa Juana espero
el remedio de Luis,
que, si cuanto pide alcanza
de Dios, en quien su esperanza
pone, teniendo afición
á Luis, de su oración
se ha de seguir su mudanza.
La carta á escrebille voy.
LILLO. ¡Oh, cuberos enemigos!
temblando de aquí os estoy.
DIEGO. Gran cosa es tener amigos
con Dios. (*Vase.*)
LILLO. Afúfolas hoy. (*Vase.*)

ESCENA VII

Tocan chirimías.—Arriba se aparece CRISTO *con una tunicela encarnada, como resucitado, y la* SANTA JUANA *junto á él. Música.*

CRISTO. Ya llegó de mi Asención
el día por ti esperado;
ya las llagas te he quitado
de mi sagrada pasión.
Si por tu importunación,
esposa cara, no fuera,
de por vida te las diera;
mas no las quieres, y así
quiero volvellas á mí,
que soy su divina esfera.
SANTA. Eterno Esposo: no están
en mí con vuestra licencia
con la debida decencia
que á su inmenso valor dan.
Francisco, que es capitán
de vuestra iglesia, ese sí
que es digno de el carmesí
de esa amorosa librea,
porque el mundo en ella vea
el fuego que encierra en sí;
en él sus joyas engasta
justamente vuestro amor,
que á mí sentir el dolor
de vuestra pasión me basta.
CRISTO. Juana humilde, esposa casta,
aunque sin llagas estás,
mis dolores sentirás
todos los viernes que vivas.
SANTA. Mercedes son excesivas;
no hay, mi Dios, que pedir más.
CRISTO. Y pues hoy es mi Acensión
y al cielo glorioso vuelo,
quiero dejarte en el suelo
de mi sagrada pasión
las insignias; éstas son.
(*Aparécese la cruz y sobre ella la corona de espinas y tres clavos.*)
SANTA. Todo el mundo os engrandezca.
CRISTO. Justo es que te las ofrezca:
¿Quiéreslas?
SANTA. Dulce amor, sí.
CRISTO. No hallo fuera de mí
quien como tú las merezca.
(*Pónele la corona de espinas en la cabeza.*)
Esta corona de espinas
sembró en mi cabeza amor.
SANTA. ¡Ay mi Dios, qué gran dolor!
CRISTO. Mayor que el que en ti imaginas
sintió en mis sienes divinas
mi cabeza delicada.
(*Dale la cruz en la mano derecha.*)
Esta cruz, esposa amada,
te doy por más noble prenda.
SANTA. Con tu divina encomienda,
rica quedaré y honrada.
(*Dale los tres clavos en la mano izquierda.*)
CRISTO. Los tres clavos, Juana cara,
son estos que á mis esclavos
libraron.
SANTA. Todos tres clavos
poned, Señor, en mi cara,
que ya mi ventura es clara,
pues para que esté á mis pies
la fortuna, que al través
da con todo, hacéis que pueda,
mi Dios, poner en su rueda,
en lugar de un clavo, tres.
Para alivio de la pena
que siento ausente de Vos,
buenas memorias, mi Dios,
me dejáis.
CRISTO. Sí, que eres buena.
SANTA. Parezco una Santa Elena.
CRISTO. Darte sus insignias quiero.
SANTA. ¿Váisos, Pastor verdadero?
CRISTO. Sí, Juana.
SANTA. ¡Ay, prenda querida!
CRISTO. ¡Ay, mi esposa!
SANTA. ¡Ay, mi vida!
CRISTO. ¡Ay, mi oveja!
SANTA. ¡Ay, mi cordero!

ESCENA VIII

Encúbrese CRISTO *y baja* LA SANTA *con las insignias, y aguárdala abajo el* ANGEL. *Toquen chirimías.*

ANGEL. ¡Juana mía!
SANTA. Mi Angel fiel,
guarda damas de mi casa,
fénix de amor que se abrasa
como salamandra en él.
ANGEL. ¿Contenta estás?
SANTA. Mi Laurel,
¿no lo he de estar, si me ha dado
las joyas mi enamorado
que costaron lo que El vale,
pues porque el precio le iguale
le han costado su costado?
ANGEL. Pues porque puedas gozar
el bien que en ellos apoyas,
quiero ser tu guardajoyas;
en mi poder han de estar.
SANTA. Pues vos las queréis guardar
mi hacienda estará segura.
ANGEL. Dios regalarte procura.
SANTA. ¿Vaisos, Angel?
ANGEL. Juana, sí.

SANTA. Vamos, que no estoy en mí
no viendo á Vuestra Hermosura.
(*Vanse.*)

ESCENA IX

Sale ALDONZA, *labradora, con una cesta de zarzamoras, unos manojos de trébol y poleo y otros de pajuelas, y con ella* PEINADO, *pastor.*

ALDONZA. Persiguióme don Luis
de la suerte que te cuento,
un año, tiempo bastante
para aun quien sintiera menos;
criámonos casi juntos,
y empezando de pequeño
el amor, dicen, Peinado,
que se vuelve en parentesco.
Refrené mi inclinación
por ver que era caballero
y yo labradora humilde,
puesto que amor es soberbio;
pero como el resistirse
diz que es echar leña al fuego,
abrasábase don Luis
y amábale yo en extremo.
Dióme un martes en la noche
palabra de casamiento,
palabras pagué en abrazos;
mas fué en martes, ¡mal agüero!
Vino á saber á este punto
nuestro amor su padre viejo,
y remedió con ausencias
sus daños; ¡caro remedio!
Cuatro leguas de distancia
mil en su memoria han puesto,
que es niño amor y se olvida
con cualquiera tierra en medio.
A una doña Inés, que vive
en esta casa, hace dueño
del alma que ya era mía,
y así por mi hacienda vuelvo.
Esta es la causa, Peinado,
de mis celosos desvelos,
que han de costarme la vida
como me cuesta el sosiego.

PEINADO. Pardiez, Aldonza, que echastes
vuestro ciego amor á censo
en tan malas hipotecas
que no heis de cobrar á tiempo.
Es caballero don Luis,
y pagan los caballeros
tan mal ya deudas de amores
como deudas de dineros;
pero, pues no os ha gozado,
¿qué hay perdido?

ALDONZA. El sufrimiento,
la esperanza, los sentidos,
la vida, el alma y el seso.
A doña Inés haré creer
que es mi esposo.

PEINADO. Mas ¡qué presto
sabe una mujer forjar
cuatro docenas de enredos!
Mas pues vive aquí la dama
que le quillotra, entrad dentro
y cobrad siquiera en pajas,
que en Santa Cruz os espero.

ALDONZA. Prevénme en ella, Peinado,
si no le obligo, mi entierro.

PEINADO. ¡Qué dellos mueren de amores,
y qué pocos vemos muertos! (*Vanse.*)

ESCENA X

DON LUIS *y* DOÑA INÉS *llorando.*

LUIS. Enjugad, mi bien, los ojos
sin negarme la luz dellos,
que, pues son soles, no es bien
que lloren soles tan bellos.
Volvedme á mostrar sus niñas,
pues es niño amor, juguemos,
que no es bien que se levanten
cuando por ellos me pierdo.
César mintió, ya lo sé,
que alabarse es argumento
de las mentiras, que sabe
fingir el pesar y celos.
¡Ea, no haya más, amores!

INÉS. ¿Cómo, si con vida veo,
don Luis, á un mentiroso
que mi honor y fama ha muerto?
¿Joya es de tan poca estima
la honra, que en detrimento
de su reputación noble
el término que la ha puesto
una lícita afición
había de pasar? ¡Qué presto
os creisteis don Luis!
Poco amáis y poco os debo.

LUIS. Por la luz de aquesos ojos,
doña Inés, que no lo creo,
y que le desafié
sólo por ese respeto,
y he de matalle esta tarde.
¡Ea, mi bien, acabemos!
¿Somos amigos?

INÉS. No sé.

LUIS. ¿Quién lo sabe?

INÉS. Lo que os quiero.

LUIS. Dadme aquesa hermosa mano,
honraré mis labios.
(*Asómase al tablado* Aldonza.)

ALDONZA. Bueno:
porque, celos, cierto veis
dice el mundo que sois ciegos.

ESCENA XI

Sale ALDONZA.—DICHOS.

ALDONZA. ¡Ay de mí! ¡Y á las pajuelas!
¿Quieren trébole y poleo,
pajuelas y zarzamoras?

INÉS. ¿Qué es esto?

ALDONZA. ¿Quieren poleo?

INÉS. ¿No hay zaguán en esta casa
para que pregonéis eso
sin entrar aquí?

ALDONZA. ¿Por qué entra,
si sabe, en la igreja el perro?
Porque halla la puerta abierta;

pues ¿es mucho haber yo hecho
lo que un perro sabe hacer?
¿Quieren trébole y poleo?

INÉS. ¡Ola! salíos allá fuera.

ALDONZA. ¡Ola! digo que no quiero,
que también sé yo olear
sin ser cura ni haber muertos.

INÉS. ¿Quién os mandó entrar aquí?

ALDONZA. Naide, que no hay mandamiento
de no entrarás en la casa
de tu prójimo. ¿Ah, mancebo?
todos estamos acá.

LUIS. ¡Oh Aldonza! Pues ¿qué tenemos?

ALDONZA. ¿Qué sé yo? Pena de ver
que habléis con Costanza. ¡Puerros!
á ella digo; ¿no me compra
zarzamoras?

INÉS. ¡Qué molestos
que son siempre estos villanos!
Ya os digo que no las quiero.

ALDONZA. Pues compraldas vos, buen hombre,
que zarzamoras os vendo,
porque amor en zarzas mora
y ansí tan picada vengo.

LUIS. Aldonza: no seas pesada.

INÉS. ¿Conocéisla?

LUIS. Mucho tiempo
ha que la vi en Torrejón.

ALDONZA. ¿Mucho tiempo, caballero?
Más ha que murió mi agüelo.
Pero dejémonos de esto
y compradme zarzamoras;
que en mi tierra yo me acuerdo
que andabais en busca dellas,
y entre las zarzas y enredos
de promesas incumplidas
y favores lisonjeros
llegastes á coger una
que el comella por lo menos
causó pena y costó gritos.
Súpoos bien y amargóos luego.

LUIS. ¡Oh, qué bachillera estás!

ALDONZA. Y vos sois un majadero,
pues á la Corte os venís
por zarzamoras, sabiendo
que aquí no las hay con flor
que se les pierde en naciendo;
y después de desfloradas
andan á la flor del remo (1);
mas como las zarzamoras
que comistes en mi puebro
la voluntad os mancharon,
y vuestro gusto cumplieron,
y para quitar las manchas
de moras no hay tal remedio
como buscar otras nuevas,
querréis quitalle al deseo
la mancha con esta verde:
¡huego en vos y en ella huego
si os creyere como yo!

INÉS. Geroglíficos son estos,
don Luis, no de villana.

LUIS. ¡Qué esto sufro, vive el cielo!
Loca, ella me enreda aquí,
si la escucho y me detengo;
quiero ausentarme por ver
si me sigue, que sospecho
que el infierno la ha traído
para fin de mi sosiego.
Mi padre me está esperando,
yo volveré presto á veros;
no creáis rusticidades
de villanos.

ALDONZA. Pagaréislo.

LUIS. ¡Villana, si no calláis..! (*Vase.*)

(1) Remo dice el original, aunque parece debe de ser «berro».

ESCENA XII

DICHAS, *menos* DON LUIS.

ALDONZA. ¿Amenazas? ¡Lindo cuento!
¡Hao! ¿no compráis zarzamoras?

INÉS. Si como zarzas los celos
despedazan las entrañas,
zarzas están deshaciendo
mi engañado corazón
con espinas de tormentos.
¿Qué enigmas son los que has dicho?

ALDONZA. ¿Soy yo tienda de barbero
que de enigmas se compone?
La verdad deciros quiero.
Sabed que á una zarzamora
picó este tordo en mi pueblo
dándola antes de picalla
palabra de casamiento.
Si empalagado procura
con promesas y embelecos
picar en vos, ¡oje allá!
zarzamora, tened seso,
que tien ya este tordo torda
y os quiere burlar aquesto.
Basta, y ¡á las zarzamoras!

INÉS. Escucha.

ALDONZA. ¿Quieren poleo? (*Vase.*)

ESCENA XIII

INÉS *sola.*

¡Oh engañoso don Luis!
De tu natural travieso
y mudable condición
no te esperaba sino esto.
Aunque tanto te he querido
no viene tarde el remedio;
á César dejé por ti,
desde hoy por César te dejo.
Hoy daré satisfacción
á mi venganza y sus celos
y á mi mudanza disculpa.
¡Ay hombres, plumas al viento!

ESCENA XIV

LA SANTA *y* CRESPO, MINGO *y* BERRUECO, *pastores.*

CRESPO. Madre Juana, esto ha de ser,
que es amparo de Toledo.

SANTA. Nada valgo y poco puedo.

CRESPO. No hay que habrar. Ha de saber
que si Mari Crespa da
en rezongas y en porfías,
aunque habre veinte días
arreo no callará
si todo el pueblo se junta
y con cura y campanilla
va en procesión á pedilla
que calle un poco.
MINGO. Despunta
de habradora, y es gran mengua
que una mujer habre tanto.
CRESPO. ¡No la diera el cielo santo
almorranas en la lengua!
Vine de la arada ayer
cansado, si en ocasiones
cansan tanto los terrones
como hablando una mujer,
y dije: ¿qué hay que cenar?
Dijo: Olla.—No quiero olla,
respondí, si con cebolla
la vaca podéis picar
y her un salpicón.—No quiero,
respondió, si que cenéis
olla.—No me repriquéis
ni andemos al retortero,
Crespa de la maldición,
dije; y dijo:—Heis de cenar
olla, no hay que porfiar.
—No ha de ser si salpicón,
respondí.—Pues no hay sino olla;
—Pues salpicón ha de ser.
—Pues olla habéis de comer.
Subióse el humo á la cholla
y levantando las haldas
del sayo, con un bastón,
haciéndola salpicón
los güesos en las espaldas,
por más que anduvo la folla
sin decir «Dios sea conmigo,»
daba gritos:—Olla digo,
olla quiero, no hay sino olla.
Y dalle que le darás,
ella olla, yo salpicón,
hasta que quebré el bastón
y ella no pudo habrar más.
Pero aunque no pudo habrar,
por salir con su interés,
arrastrando cuerpo y pies
se hué derecha al vasar,
y aunque no podía gañir,
dijo después que se echó
entre las ollas que halló:
«Entre ollas he de morir.»
Hice matalla una polla,
por vella tan mal parada
y llevándosela asada,
dijo:—No ha de ser sino olla;
y tanto en su tema dura,
que habiendo el cura venido,
por decir: «Confisión pido»,
le dijo: «Olla, señor cura».
Ella queda, en fin, de suerte
que hoy se irá, á lo que me fundo,
por ollas al otro mundo
y á mí me piden su muerte,
si no es por vos, madre Juana,
curádmela de tal modo
que, porque sane del todo,
la dejéis la lengua sana.
SANTA. Crespo: el hombre que se casa,
á sufrir está obligado
los defectos de su estado
y las faltas de su casa.
La cabeza no maltrata
ni menosprecia los pies;
curalda, y ved que no es
mala la mujer que trata
bien su honor y le respeta,
y llevad con más amor
faltas que no son de honor;
que no hay cosa tan perfeta
que alguna falta no tenga
en el mundo; regalalda,
hermano Crespo, y curalda,
porque á morirse no os venga.
CRESPO. Si es la lengua cruel veneno
en la mujer, madre Juana,
y éste con otro se sana,
remedio para harto bueno
por quitalla este quillotro
que la hiciéramos comer
la lengua de otra mujer,
sanara un veneno al otro;
mas, pues no hay tienda de lenguas
y me puso esta cruz Dios,
pedid que la sane, vos,
que yo sofriré mis menguas.

ESCENA XV

Sale LILLO.—DICHOS.

LILLO. La madre Juana está aquí:
con no poco temor llego.
SANTA. ¡Oh, hermano Lillo!
LILLO. Don Diego,
mi señor, que sólo en ti
puesta su esperanza tiene,
aquesta carta te envía
y para la enfermería,
mientras que á verte no viene,
un regalo y cien ducados
de limosna.
SANTA. Siempre da
con largueza. ¿Cómo está?
LILLO. Con infinitos cuidados
en que don Luis le ha puesto.
SANTA. Algún mal le ha de venir
notable por consentir
que viva tan descompuesto.
Y el hermano, ¿no escarmienta,
en dos amos que ha tenido,
á quien tan mal ha servido?
¿No sabe que ha de dar cuenta
delante el tribunal mismo
de Dios?
LILLO. Soy un mal cristiano
que, pecando en castellano,
he de dar cuenta en guarismo;
pero yo juro la enmienda
si el perdón de Dios me alcanza.
CRESPO. ¡Hao! ¿esta es la buena lanza
por quien nuestro honor y hacienda

don Jorge habría destruído
á no morir?

MINGO. ¡Que se atreva
venir aquí!

BERRUEC. Si no lleva
el castigo merecido,
no somos hombres de bien.

CRESPO. Uno trazo que no es malo.

LILLO. En el torno está el regalo
y los dineros también.

SANTA. Vaya, pues, hermano, al torno,
y respuesta llevará.

CRESPO. Y en volviendo por acá
le daremos el retorno
de las burlas que nos debe.

SANTA. La salud pediré á Dios
de vuestra mujer, y á vos
os pido, si la ira os mueve
otra vez, que no deis muestras
de vuestra necia crueldad;
sus faltas disimulad,
pues ella sufre las vuestras.

(*Vanse* La Santa *y* Lillo.)

ESCENA XVI

DICHOS, *menos éstos.*

CRESPO. Yo juro no hella más daño
por que más no nos inquiete;
y nos pague este alcagüete
lo de antaño y lo de hogaño,
un castigo le he de her
con que se acuerde de mí;
una purga compré.

MINGO. ¿Sí?

CRESPO. Para dar á mi mujer,
que la recetó el dotor
y ella recibir no quiso.

MINGO. Hizo bien.

BERRUEC. Eso la aviso.

CRESPO. Hagamos que este hablador
la tome, y purgue con ella
todas las bellaquerías
que quillotró en tantos días.

BERRUEC. Bien decís.

CRESPO. Pues vó por ella.

MINGO. Andad y buena pro le haga.

CRESPO. En saliendo hel de esperar,
que, pardiez, ha de purgar
las entrañas por de zaga. (*Vase.*)

ESCENA XVII

Sale LILLO.—DICHOS, *menos* CRESPO.

LILLO. Con la Santa he despachado
lindamente; quiera Dios,
Lillo, que os escapéis vos
deste pueblo conjurado;
pero, aquí están; ¿qué he de hacer?

BERRUEC. ¿Qué hay por acá, señor Lillo?

LILLO. Hay harto ungüento amarillo
si quieren llegar á oler.

MINGO. ¿No mos responde?

LILLO. No puedo,
que cierta prisa me avisa
que me vaya, y una prisa,
si es de tripas y con miedo,
no repara en cortesías.

BERRUEC. Pues hoy ha de reparar
en ellas á su pesar. (*Detiénenle.*)

LILLO. Acerté, desdichas mías.
Déjenme ir, que siento en mí
temerario desconcierto.

MINGO. No se ha de ir, aquesto es cierto.

LILLO. ¡Por Dios, que me vaya aquí
si no me dejan, señores!

BERRUEC. Alléguese, socarrón;
agora sabrá quién son
de Cubas los labradores;
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.

LILLO. Ni mujer que no se estrague,
ni sarna que no se pegue.

ESCENA XVIII

Sale CRESPO *con un vaso.*—DICHOS.

CRESPO. ¡Hao, par Dios, que viene entera!
Buena á mi mujer hallé,
y callando, que no hué
poco milagro.

BERRUEC. Aquí espera
un amigo vuestro.

CRESPO. ¿Es Lillo?
Beso á vuesarcé las manos.

LILLO. Líbreme Dios de villanos.

CRESPO. ¿Qué tiene, que está amarillo?

LILLO. Corrimientos á traición.

CRESPO. Deme ese pulso. ¡Oh qué malo!

LILLO. Mas ¿qué hay receta de palo?

CRESPO. Tenéis grande opilación.

LILLO. ¿Yo?

CRESPO. De socarronería.

LILLO. ¿Y querréis darme el acero?

CRESPO. Al menos que purguéis quiero
toda esa bellaquería.
Haceos la cruz y bebed,
que seis reales me costó.

LILLO. Veneno es; mi fin llegó.

BERRUEC. ¿No bebéis?

LILLO. No tengo sed.
Beba vuesarcé primero;
que siempre fuí bien criado.

CRESPO. Acabemos.

LILLO. Ya ha llegado
mi muerte; bebiendo muero.
Castigos hay menos malos
sin que la muerte me deis;
riendas y azotes tenéis,
darme podéis dos mil palos;
pero matarme, ¿por qué?

CRESPO. Que no es veneno, traidor,
sino purga que el humor
os cure; yo la compré
por seis reales con intento
de vuestro bien y quietud.

LILLO. Tal os dé Dios la salud
como es vuestro pensamiento.
¡Lástima de mí tened;
mirad que es cruel castigo
el darme veneno!

CRESPO. Digo
que no es sino purga, oled.
LILLO. ¡Puf, qué de ruibarbo echó
el ladrón del boticario!
BERRUEC. Acabad.
LILLO. Extraordinario
castigo el diablo inventó;
aún no ha entrado y ya me urga
las tripas.
MINGO. Beba.
LILLO. ¿Hay más graves
burlas? ¿Sin darme jarabes
quieren que tome la purga?
MINGO. Ea, que no es más de un trago.
LILLO. De mi muerte lo será;
mas pues de cámaras va,
hoy de mi cámara os hago.
CRESPO. Acabemos, ó si no...
LILLO. Allá va. ¡Jesús, mil veces! (*Bebe.*)
MINGO. ¿Embocólo?
CRESPO. Hasta las heces.
LILLO. ¡Mal haya quien te guió
y la especie que te echaron!
Ea, ya podrán dejarme,
pues me obligan á purgarme
en salud; bien se vengaron.
¡Ay! ya empieza el apretura;
váyanse, porque me voy.
¡Ay, ay, Dios, qué hinchado estoy!
¿No se van? Que de madura
se va cayendo esta fruta.
CRESPO. Sosiéguese.
LILLO. ¡Hay tal tormento!
MINGO. Empiece á contar un cuento.
LILLO. ¿Qué cuento? ¡Pese á la puta
que me parió!
CRESPO. Buenos pagos
nos da.
LILLO. ¿Qué os he de pagar?
CRESPO. La purga.
LILLO. Llegá á cobrar.
CRESPO. ¿De dónde?
LILLO. De los rezagos.
¡Ay, ay! Señores, señores,
pues que ya se han burlado harto,
déjenme. ¡Ay!
MINGO. ¿Está de parto?
LILLO. Sí, hermano, y con los dolores.
¿No basta ya la matraca?
CRESPO. ¿Es niño ó niña?
LILLO. Será
el diablo, pues sabe ya
antes de nacer la caca.
¡Ay! ¿mas que han de hacer que hieda
la burla? ¡Ay! no hay que esperar.
(*Vase.*)
CRESPO. Un tarugo le he de echar
y atalle por que no pueda
her nada.
BERRUEC. Acabad, dejalde.
CRESPO. Venid, veréis lo que pasa.
¡Alcagüetes: alto, á casa,
que yo os purgaré de balde!

ACTO SEGUNDO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL

DON LUIS. (Toledo.)
ALDONZA. (La Sra. Petronila.)
DON DIEGO. (S. P.º)
LILLO. (San Payo.)
DON JORGE. (Cristóbal.)
MARÍA, *monja*. (La Sra. Anna María.)
DOÑA INÉS. (La dicha.)
CÉSAR. (Montemayor.)
NUESTRA SEÑORA. (La Sra. Petronila.)
EL NIÑO JESÚS. (San Paico.)
EL ANGEL. (Antonio de Prado.)

En Toledo, á 12 de Agosto de 1614, por Fr. Gabriel Téllez.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS y ALDONZA.

LUIS. ¿Segunda vez me persigues?
ALDONZA. Al amor pongo por juez,
que solamente una vez
te amé por que me castigues;
un amor, una memoria,
un cuidado y un deseo
es siempre el mío, y no veo
una palabra, una gloria,
un favor, una esperanza,
un regalo, una afición,
pues en ninguna ocasión
hallo en tu rigor mudanza.
Castiga, pues, mi porfía,
pues tu rigor la condena,
que por librarte de pena
quiero hacer tu culpa mía.
LUIS. ¿Qué te debo yo?

ALDONZA. No sé.
LUIS. Pues ¿qué me pides?
ALDONZA. Amor.
LUIS. ¿Sin deberle?
ALDONZA. No, señor.
LUIS. Luego ¿debo?
ALDONZA. Sí, á mi fe.
LUIS. La fe sin obras es muerta:
mal fundada deuda cobras.
ALDONZA. Si en mi fe faltaron obras
fué por tu culpa, que es cierta.
LUIS. Bien sé yo que en Torrejón,
patria tuya, heredad mía,
como de burlas tenía
y te mostraba afición;
porque el amor desterrado
del interés, de Madrid,
se fué con discreto ardid
al campo en que fué criado,
y jugando mano á mano
con los dos junto á una fuente,
sentí un ligero acidente,
que, gloria á Dios, ya está sano.
Cumplió su destierro amor,
y, al fin, se ha vuelto á la corte
á pretensión que me importe
de más gusto y más valor;
no puedes llamarme ingrato
siendo aquel amor un juego,
pues si gané, te di luego
mil requiebros de barato.
ALDONZA. No da en barato el avaro
amando de cumplimiento
palabra de casamiento,
que así lo barato es caro;
mas como á todas le das
y sé que juegas agora,
vine á ver á esa señora,
y así si me dieses más.
Pero, pues me has despedido
cuando tan humilde llego,
entenderé que en el juego
con esa dama has perdido;
y más habiéndome dado
ella de barato un gusto,
que es despreciar como es justo
al que á mí me ha despreciado,
pues dió palabra el amor
de castigar el mal trato
de cualquier amante ingrato
con otro competidor.
Doña Inés y el interés
me vengan de tu inconstancia,
que en ella, por su ganancia,
es ya su amor ginovés.
César, traidor, te usurpó
la dama que juzgas fiel,
que es César, y como él,
al fin vino, vió y venció.
¡En buen cuidado te he puesto!
LUIS. Solos estamos los dos,
y á los celos, como á Dios,
se les da la fe muy presto.
Dime lo que en eso sabes,
no aumentes más mis enojos,
que en la boca y en los ojos
no sufre la mujer llaves.
Volverte á amar te prometo
si aquesto vengo á saber:
di, pues paga una mujer
á quien la escucha un secreto.
ALDONZA. Es verdad; pero no en mí,
que el sabello me costó
mil penas.
LUIS. Paguélo yo
con tu amor.
ALDONZA. ¿Querrásme?
LUIS. Sí.
ALDONZA. Aunque tu dureza es tal,
con nueva esperanza llego,
pues los golpes sacan fuego
del más duro pedernal.
Digo, pues, escucha.
LUIS. Di.
ALDONZA. Que vine á entrar donde estaba
tu dama.
LUIS. Ya lo sé; acaba.
ALDONZA. ¿Consientes el nombre?
LUIS. Sí.
ALDONZA. Luego ¿es tu dama?
LUIS. ¿Pues no?
ALDONZA. ¡Y á mí que me paren duelos!
LUIS. ¡Oh!, pues, ¿si repican celos?
ALDONZA. ¡Oh!, pues, si no he de ser yo
tu dama, cuéntelo ella.
LUIS. Vuelve, espera, que tú eres
entre todas las mujeres.
ALDONZA. ¿Tu esposa?
LUIS. Mi prenda bella.
ALDONZA. Esta dama de ajedrez,
pues se queda con el nombre,
y sin el dueño, aunque es hombre,
que la pagará otra vez.
LUIS. No haré tal si me ha ofendido.
ALDONZA. Pues no ha ofendido en verdad,
que si muestra voluntad
es el señor su marido;
que en saliendo de la calle
tu persona amartelada,
entró tentando la espada
otro de tan lindo talle;
y apenas tocó en la reja,
cuando la buena señora,
porque esperaba la hora,
puesta á sus hierros la oreja,
le respondió y ordenó
un diálogo que llamas (1)
duo de galanes y damas,
cual le tengamos tú y yo.
«Alma, vida, corazón,
quiero, estimo, adoro, amo,
busco, pido, sigo, llamo;
ventura, tiempo, ocasión;
fe, lealtad, constancia, gloria;
obras, palabras, deseos»,
y otros gustos y trofeos,
reliquias de su victoria.
LUIS. ¡Ay de mí!
ALDONZA. Mucho más hay
en su venturosa suerte;
pídele, pues, á la muerte,

(1) Confuso en el texto esta palabra.

si tienes celos, un ay,
que aquesta noche los dos
tienen, cruel, de gozarse,
y esotro día casarse
con la bendición de Dios.

LUIS. Basta, calla, que aunque veo
mi desengaño en tu hablar,
la lengua te he de cortar,
que puedo más que Thereo.
Ni me hables ni veas jamás;
vete.

ALDONZA. Harélo, aunque me pesa,
pues el ave que está presa
por librarse se ata más. (*Vase.*)

ESCENA II

DON LUIS *solo.*

¡Oh, tiempo riguroso! ¡Oh, noche aleve
encubridora del amor tirano!
¡Oh, quién al ángel que á los cielos mueve
pudiera detener la diestra mano!
¡Oh, quién al día, cuyo curso breve
la sucesora noche sigue en vano,
le pudiera aumentar mil horas largas,
por más que á mi temor fueran amargas!
Extranjero ladrón, rico dichoso,
metal de estima lejos de su origen,
río á larga corriente caudaloso,
pues ondas tuyas mi chalupa afligen,
dinero con mujeres poderoso,
cuyas armadas letras vencen, rigen,
atropellan, subliman, sueltan, prenden,
dan, quitan, menosprecian y defienden;
atrevido, cobarde, avaro, franco,
maná que á todo sabes, ¿qué me quieres?
Dinero en reales blancos cuyo blanco
es al que miran hombres y mujeres,
si estás como en galera puesto en banco,
¿por qué me haces remar? ¿por qué prefieres
á mi amor el de César extranjero?
Mas ¿quién es natural como el dinero?

ESCENA III

DON DIEGO *leyendo una carta y* LILLO.—DON LUIS.

DON DIEGO.

Beso mil veces la amorosa firma
de aquella mano venerable y santa
cuya memoria tierna me confirma
el bien que espero y mi temor espanta.
Juana no más por humildad se firma,
que es cifra Juana y la abundancia es tanta
de gracia en Juana, que á su letra vista
la puede acreditar San Juan Bautista.

DON LUIS.

Mi padre viene y por su edad anciana,
contrario á mi deseo y verdes años,
favores busca de la Santa Juana;
no sé si diga en mi opinión engaños,
¡ay de mí triste! que á su tiempo vana
produce mi esperanza tantos daños.

LILLO.

Y ¡ay de mí! que he purgado en pie y vestido
en verso suelto el alma y el sentido.

DON DIEGO.

¿Quién da voces, que en ellas me parece
mi caro don Luis?

DON LUIS.

Yo soy, que siento
de mi fortuna que en desdichas crece
la fuerza que ha de hacer mi fin violento.
Muero rabiando, que morir merece
en tierna edad un loco pensamiento;
rabiando, pues jamás tendrá ventura
para gozar del gusto que procura.

DON DIEGO.

Querido hijo, imagen de mi alma;
calor de mi vejez helada y fría;
de mis trabajos merecida palma:
siempre verde laurel, corona mía,
cuando parece que en serena calma
navega mi esperanza en quieto día,
se me obscurece el cielo porque sienta
cifrada en ese rostro mi tormenta.
De mis hijos, Luis, fuiste el postrero;
tomó la muerte en los demás venganza,
quedaste sólo, y como tal te quiero,
por no tener de otros esperanza.
Cuando tu atrevimiento considero
como eres tú mi ser y semejanza,
si quiero castigarte, al punto digo:
no dice bien amor con el castigo.
Luis: ¿qué tienes? ¿quién te da disgusto?
No sólo al corazón, al rostro llega. (*Abrázale.*)
¿Hate faltado en ocasión de gusto
fortuna aleve, que es mudable y ciega?
Gasta mi hacienda, tu deleite es justo,
inventa galas, enamora, juega,
mi amor conoces, mi escritorio sabes,
saca dineros, ves aquí las llaves;
mas ¡ay de mí! que en esta carta leo
otras razones de mayor estado.
La santa Juana culpa mi deseo
dándome de tu bien mayor cuidado;
su aviso santo y su prudencia creo,
que no suele gozarse mal logrado
el hijo libre, si en edad tan tierna
su padre no le enseña y le gobierna.
Una cuenta santísima me envía
porque en el nombre de tan alta cuenta
me acuerde que he de darla cada día
desa tu edad y libertad violenta.
Ea, pues, hijo, cara prenda mía,
como pasados tus descuidos cuenta
y vive de manera que tu vida
no la dejen los vicios mal perdida.

DON LUIS.

¡Oh, mal haya mi vida, pues en ella,
cuando yo rabio tu sermón escucho!
Quien dió de corta edad larga querella,
de el mundo y de su ley no sabe mucho.
¿Tan vicioso soy yo? ¿Tan mala estrella
me precipita? Con tus quejas lucho,
y pienso yo cuando me miro y veo

que aquesa monja me pintó más feo.
¿Qué cosa hay en el mundo tan cumplida
que no llegue á tener alguna falta?
El sol hermoso, padre de la vida,
con un eclipse se obscurece y falta;
el diamante, en firmeza no vencida
que con sus rayos los del sol esmalta,
no está de faltas y malicia ajeno,
porque, deshecho, sirve de beleno.
La tierra, el agua, el aire, es bueno y malo,
y ya sirve tal vez un elemento
de gusto, y da al manjar vida y regalo
y tal vez de castigo y de tormento.
Humano soy, por sello los igualo,
á uno tendré quejoso, á otro contento;
soy bueno y malo, ajeno de artificio,
tendré alguna virtud como algún vicio.
No mida más la monja por su gusto
los de mi edad, que puede ser que sea
desta mi injusta vida el fin tan justo
que ella le envidie cuando en mí le vea;
y si no se pretende mi disgusto,
ni se reciba cuenta ni se lea
carta de Santa Juana, que es lisonja
llamarla santa cuando sobra monja.

DIEGO. Ya te debo responder
á dos cosas. La primera,
don Luis, porque quisiera
que mudases parecer,
es en la estima y respeto
de Santa Juana, á quien yo
por ver que le mereció,
guardalle siempre prometo;
porque si Naamar me avisa
que tanto estima y respeta
la santidad de un profeta
y aquella tierra que pisa,
que lleva á su patria della
por reliquia soberana,
yo estimo á mi Santa Juana
su tierra y sombra por ella.
Ninguna disculpa salva
á quien culpa un religioso,
que suele vengar un oso
el murmurar de una calva;
cuanto y más que si recibes
por su oración y virtud
los consejos, la salud
y hasta la vida que vives,
no la debes murmurar,
porque parecen tiranos
contra Joseph sus hermanos,
pues él les lleva el manjar
y ellos le venden á él;
pasión de envidia inhumana,
y sustenta Santa Juana
á quien le vende cruel.

LILLO. ¡Que tantas letras alcance
y las historias que escucho
un viejo! Pero ¿qué mucho,
si hay sermones en romance?

DIEGO. La segunda cosa es
que, respetando su nombre,
agora vivas como hombre
y como santo después;
que si yo te di el consejo,
no fué por darte pesar,
sino que quise pagar
la deuda de padre y viejo.

(Hablan entretanto padre é hijo.

LILLO. Agora llega mi vez,
y convertido en dotor
si quieres santir, señor,
y dar alegre vejez
á tu padre, está en mis manos
su salud y vida. Espera:
récipe una purga entera
de Cubas y sus villanos,
y verás que en pocos días,
como yo, si á esto te atreves,
serás un santo si bebes
purga de bellaquerías
sin quedar una no más,
porque hice mil seguidillas,
más que la cera amarillas,
y fuí poeta por detrás. (1)

LUIS. Padre mío: estoy de suerte
que no me puedo alegrar,
y pienso que has de llorar
por culpa tuya mi muerte
si no me haces un favor
y me cumples un deseo.

DIEGO. Dile, hijo, que no creo
que te le niegue mi amor.

LUIS. César me importa que esté
por esta noche en prisión.

DIEGO. Pues ¿cómo ó por qué razón?

LUIS. *(Aparte.)* Buena es la que imaginé.
Por las cuchuilladas que hoy
tuvo conmigo á mi puerta.

DIEGO. Poca razón, aunque cierta.
A dalle noticia voy
á un alcalde amigo mío,
que, sin mostrar que es hacer
mi causa, le hará prender
de justicia.

LUIS. Yo confío
de tu amor y diligencia
que me ha de dar este gusto.

DIEGO. Vence, aunque no fuera justo,
el amor á la conciencia.
Yo voy.

LUIS. Vamos, Lillo, pues.

LILLO. Pienso que tu mal gobierno
nos va llevando al infierno
como recua á todos tres. *(Vanse.)*

ESCENA IV

MARÍA, *monja, y* LA SANTA.

MARÍA. Doña Ana Manrique está,
madre, de un mortal dolor
de costado cual dirá
esta carta, y con temor *(Dásela.)*
yo de que está muerta ya.
Fué de don Jorge mujer,
y por lo que á los dos debo,
madre, llego á interceder
por ella; á mucho me atrevo,
pero por mí lo ha de hacer.

(1) En el original están tachados estos versos que dice LILLO.

Escríbele, madre mía,
que ruegue por ella á Dios
que es hoy el séptimo día,
y á mí, por ver que las dos
nos hacemos compañía.
También me escribe le acuerde
esto mismo, madre Juana.
Duélase de la edad verde
de su devota doña Ana
que aprisa la vida pierde.

SANTA. Siempre doña Ana Manrique
con obras y devoción
me ha obligado á que publique
su valor y mi afición
le muestre y le signifique;
y así yo tendré el cuidado
que á su mucho amor le debo,
y Dios será importunado
de mí, pues siempre me atrevo
á su llaga de el costado
en cuya fuente divina
la experiencia y la esperanza
salud y vida imagina,
que aun al dueño de su lanza
le sirvió de medicina.
En su costado pondré
el dolor que en él padece
doña Ana, y Jesús le dé
la salud que ella merece,
si no por mí, por su fe;
que fué mi perseguidor
don Jorge, y por su persona
la debo tener amor,
pues me labró la corona
de tanto precio y valor.

MARÍA. ¡Ay madre de el alma mía!
que renueva la memoria
que de él tengo cada día.
¿Si está don Jorge en la gloria,
cómo de Dios se confía?
Si por ventura padece
en purgatorio por mí,
¿qué más la causa merece
que en este mundo le di?

SANTA. Dios es quien le favorece.
Vaya y tráigame recado
de escribir; responderé
á la carta que me ha dado.

MARÍA. Favor debido á la fe
que doña Ana la ha mostrado. (*Vase.*)

ESCENA V

LA SANTA *sola.*

Sabe Dios cuánto deseo,
como la madre María,
saber el dichoso empleo
de don Jorge desde el día
que murió, que aunque sé y creo
que Dios á mi instancia y ruego
le perdonó, y es notorio
que ha de gozar su sosiego,
no sé si en el purgatorio
aún da materia á su fuego.

(*Aparécese un toro, al parecer de bronce, echando llamas.*)

Regalado Esposo mío:
soy, como mujer, curiosa
de saber; ruego y porfío
qué fué el alma venturosa
de don Jorge; en Vos confío.

(*Sacan el toro echando fuego.*)

Pero ¿qué monstruo de fuego
de otro Fálaris tirano,
cielos, turbami sosiego?
Laurel, Angel soberano,
que os dejéis ver, pido y ruego.

ESCENA VI

Sale el ANGEL *por arriba, después* DON JORGE.—DICHA.

ANGEL. ¿Cuándo fué el enamorado
de la dama que pretende,
si llamado importunado,
pues que viene y condeciende
luego á su amor y cuidado?
Aunque yo no he merecido,
Juana mía, el ser tu amante,
Dios es por quien he venido,
y en tu amoroso semblante
su paje de guarda he sido.

SANTA. Con la quietud y reposo,
Angel mío, que estáis vos,
sereno el rostro y hermoso,
bien dice que veís á Dios
y que le gozáis glorioso.

(*Abrese por un costado el toro y esté dentro* Don Jorge.)

¡Ay mi Laurel!

ANGEL. Muestra aliento;
mira á don Jorge en sus penas.

JORGE. Vuelve, Juana, el pensamiento,
que en penas de penas llenas
excedo al rico avariento;
mas, por lo mucho que alcanza
tu oración, de los favores
de Dios espero bonanza,
que entre las llamas mayores
es céfiro la esperanza.
En el purgatorio estoy
por tu favor y merced;
pues de mí te acuerdas hoy
y es tan terrible mi sed,
piadosas voces te doy...
Madre Juana: la ocasión
tienes de pagar agravios
con piadoso galardón;
recrea mis secos labios
con agua de tu oracion. (*Encúbrese.*)

SANTA. Alma pacífica, en medio
de tantas penas espera,
que yo por darte remedio
estas penas padeciera.
¡Si hallar pudiera algún medio!

(*Baja el* Angel.)

ANGEL. Basta el deseo que tienes
para que á don Jorge valga
la ayuda que le previenes;
por ti querrá Dios que salga
á gozar, Juana, sus bienes.

SANTA. ¡Qué bien conoces quién es
el dueño de aquesa gloria!

Eres nube de sus pies;
por mí no encubrió la estoria
de sus ángeles Moisés;
mas antes que Tu Hermosura
me deje triste y se parta,
la salud que aquí procura
doña Ana en aquesta carta,
Laurel divino, asegura.

ANGEL. ¿Quisieras tú que yo fuera
y que á doña Ana Manrique,
salud en su nombre diera,
por que de tu amor publique
honra y fama verdadera?

SANTA. Por mí no; mas por la gloria
que ha de resultalle á Dios
de aquesta hazaña notoria.

ANGEL. Vamos á verla los dos;
será tuya esa vitoria.

SANTA. Angel mío: dadme luego
vuestras alas y favor.

ESCENA VII

Sale MARÍA *con tinta y papel.*—LA SANTA.

MARÍA. Madre Juana, tarde llego,
si hay tardanza en el amor;
escriba á Madrid la ruego;
mas ¡ay de mí! que la veo
penetrando el aire puro.
Goce yo dese trofeo;
alguna prenda procuro
cual de Elías á Eliseo;
arroje siquiera el velo,
si Elías arrojó el manto.

SANTA. Hermana: tenga consuelo,
no soy digna, ni levanto
por tanto tiempo mi vuelo;
yo volveré á vella luego,
que voy á ver á doña Ana.
(*Desapareee.*)

MARÍA. Sin vos no tendré sosiego.
Yo voy á contallo, Juana,
con doce lenguas de fuego. (*Vase.*)

ESCENA VIII

LILLO *y* DON LUIS, *como de noche.*

LILLO. Si va á decir la verdad,
cosa que no suelo hacer,
yo no acabo de entender
tu enredada voluntad.

LUIS. ¿Qué dudas? Pregunta.

LILLO. Escucha.
Cuando hablé á la madre Juana,
en la cual, con ser humana,
la divinidad es mucha,
me dijo un largo sermón
que te dijese y no digo,
porque pienso que contigo
pudiera más un salmón;
y al fin cifró sus consejos
con que el hombre es vidrio en todo;
quiébranse del mesmo modo
los vasos nuevos y viejos.
No es el concepto muy grave
á quien no le entiende bien.

LUIS. Yo sí le entiendo.

LILLO. Y también
un tabernero lo sabe.
Volví á Madrid con respuesta
esta tarde, en ocasión
que tratabas de prisión
de César. La duda es ésta:
¿para qué has hecho prender
este ginovés, que ha dado
sospechas de que ha quebrado,
y á quién has venido á ver?

LUIS. ¿Dudas más?

LILLO. ¿No son tres dudas
el por qué, cómo y á quién,
y por ser hombre de bien,
por dudas, no se ahorcó Judas?

LUIS. ¿Prendieron á César?

LILLO. Sí;
que apenas llegó, un soplón
á un alguacil motilón,
no de los graves de aquí (1),
embolsáronle en la red;
que una vara pesca ya
ginoveses.

LUIS. Porque está
preso te he de hacer merced
de un vestido.

LILLO. Tal que pueda
parecer tu mayordomo.
Fácil es hacelle.

LUIS. ¿Cómo?

LILLO. De tus marañas de seda.

LUIS. Respondiendo á tu pregunta,
digo que él tiene una dama
hermosa y de mucha fama.

LILLO. Esa es mucha gracia junta;
pero pregunto: ¿héisla visto
por la mañana en ayunas?

LUIS. ¿Por qué?

LILLO. Porque sé de algunas
que, antes de tomar el pisto,
la unción, el ajo, el betún,
el no sé cómo le llame,
tienen una cara infame
y un frontispicio común;
y después de preparado
de el rostro, alguna mujer
tiene mejor parecer
que puede dar un letrado.

LUIS. Basta decir que es muy bella.

LILLO. No basta.

LUIS. Pues ¿por qué no?

---

(1) Entre este verso y el siguiente hay, aunque tachados, estos otros:

LUIS. ¿Qué es motilón?
LILLO. Alguacil
de la villa; ¿esto no sabes?
LUIS. Pues ¿quién son esotros graves?
LILLO. En criminal y en civil
los alguaciles de corte
son como más estimados
los de corte, si los pones
en danza los más honrados,
maestros y presentados
y esos son los motilones.

LILLO. Quiero contestarme yo,
si tengo de hablar con ella.
LUIS. Pues por gozar desta dama
que pretendo y solicito,
al ginovés se la quito,
por más que le quiere y ama,
porque esta noche tenía
aplazado el primer bien.
LILLO. Luego ¿es doncella también?
LUIS. Doncella, por vida mía.
LILLO. Las doncellas de por vida
se han dado agora en mudar
en doncellas al quitar.
LUIS. Es doncella y bien nacida.
LILLO. ¿Así que nació doncella?
Eso aún se puede creer
de tan honrada mujer
por tu respeto y por ella.
LUIS. Yo vengo, en fin, á gozar
esta cesárea afición.
LILLO. Tú vienes á ser ladrón;
amor te ha de disculpar.
Dijo un buen entendimiento,
por cortesano lenguaje,
que la ocasión tiene un paje
llamado arrepentimiento;
porque es forzosa razón
que se duela y se arrepienta
cualquier persona que sienta
que se pasó la ocasión;
y tú, que en aqueste ensayo
nadie quieres que te ultraje,
por excusar aquel paje
vienes con este lacayo.
LUIS. Calla, que ya en la ventana
hacen señal.
LILLO. Pues espera,
que si ella te conociera
fuera tu esperanza vana.
Déjame: llegaré yo,
y creerá que soy criado
de César.
LUIS. Bien has pensado.

ESCENA IX

A la ventana DOÑA INÉS.—DICHOS.

LILLO. ¿He de llegar?
LUIS. ¿Por qué no?
INÉS. ¡Ce!
LILLO. De.
INÉS. ¿Sois vos?
LILLO. ¿Eres tú?
INÉS. ¿Es César?
LILLO. Y caballero
con seis letras de dinero
bien venido del Pirú.
LUIS. ¿Qué dices?
LILLO. Aún no me ha oído.
LUIS. Habla como su criado
y no como él.
LILLO. Yo he pecado;
que pude ser conocido.
INÉS. ¿Quién es?
LILLO. Soy un servidor
ó orinal de César, que
viene con él, y llegué
por él hablarla. ¿Señor?
INÉS. No me hables que le está mal
á mi honor; entra, que es hora.
LILLO. Ya llega César, señora,
como un reloj puntual,
como un reloj concertado,
como un reloj cuidadoso,
como un reloj dadivoso
y como un reloj armado.
LUIS. ¡Mi bien!
INÉS. Entrad, gloria mía;
gozad, César, la ocasión. (*Vanse*).
LILLO. Si es César ó Cicerón
allá lo veréis de día.
Pero ¡por Dios, que he quedado
á la luna de Valencia!
El no entrar fué impertinencia,
lacayo soy serenado.
Bien me pudiera yo ir
acostar, porque mi amo
no puede, si yo le llamo,
socorrerme ni acudir.
No me acuerdo que haya santo
abogado contra el miedo,
el mejor santo es san Credo
y si alguien viene san Canto.

ESCENA X

Sale DON DIEGO.—LILLO.

DIEGO. Preso está César, y temo
alguna gran travesura
de Luis, que es quien procura
que esté preso.
LILLO. Por extremo
tiemblo.
DIEGO. He venido á rondar
esta calle, por si acaso
le hallo.
LILLO. Ya siento un paso;
Judas debe de pasar.
DIEGO. La casa de doña Inés
pienso que es aquélla; sí.
LILLO. Un bulto negro está allí,
Mauregato pienso que es.
Voyme, que es descortesía
defendelle yo la puerta.
DIEGO. Pues él se va, cosa es cierta
que no es su casa; querría
saber quién es. ¡Hola, hidalgo!
LILLO. No soy hidalgo.
DIEGO. ¿Galán?
LILLO. No soy galán.
DIEGO. ¿Sacristán?
LILLO. No soy sacristán.
DIEGO. ¿Sois algo?
LILLO. No soy nada; que es mejor
no ser nada en paz que mucho
en guerra.
DIEGO. Escuchad.
LILLO. Escucho.
DIEGO. ¿Es Lillo?
LILLO. Yo soy, señor;
y si no supiera yo
que es mi amo quien me humilla,

triunfara con la espadilla
que muchas bazas ganó.

DIEGO. ¿Dónde está Luis?

LILLO. No sé.

DIEGO. Pues, ¿no está aquí?

LILLO. Sí estará.

DIEGO. Luego, ¿sabes dónde está?

LILLO. No sé yo si estará en pie,
sentado, acostado ó cómo;
porque el amor y Mahoma
permiten que duerma y coma
sin decirnos duermo y como.

DIEGO. No sé si entraré; no es justo
darle pesadumbre en eso;
pues su contrario está preso,
huélguese, siga su gusto.
¡Ay, amor, qué mal cumplís
las leyes de vuestro honor!
Mas soy padre, tengo amor,
y no más que á don Luis (1).
Huélguese, que aunque no es justo
habelle en esto ayudado,
más quiero verme culpado
que velle á él con disgusto.
Quedaos Lillo. (*Vase.*)

LILLO. ¡Oh, padre tierno!,
amoroso y tan sufrido
que, de amor desvanecido,
llevas tu hijo al infierno.

ESCENA XI

Sale DON LUIS.—LILLO.

LUIS. ¡Oh, mal haya!

LILLO. ¿Ya lo escupes?
¿Tan malo es el bodegón?

LUIS. En gozando la ocasión
nunca más la calle ocupes.

ESCENA XII

Sale CÉSAR.—DICHOS.

CÉSAR. El alcaide, aficionado
de mi dinero y de mí,
me da licencia que salga
por esta noche á dormir
á mi casa.

LUIS. Gente suena.

LILLO. Si suena será nariz.
¿Si es tu padre?

LUIS. Sea quien fuere,
vámonos, Lillo, de aquí.

ESCENA XIII

A la ventana DOÑA INÉS.—CÉSAR.

INÉS. Ya perdido el primer sueño
será imposible dormir,
y así quiero ver si César
se fué ya. ¿No es aquél? Sí.
César: mi bien.

CÉSAR. Inés mía:
dichoso he sido en venir
á tal punto, pues mi amor
á la reja recebís.
No sabéis como estoy preso
por un señor alguacil,
que es como necesidad
con cara de hereje al fin.
Prendióme por causa leve,
que apenas llegué á reñir,
sino á mostrar de mi espada
el toledano buril.

INÉS. ¿Cómo no me lo habéis dicho
hasta aquí?

CÉSAR. Porque no os vi
hasta agora.

INÉS. ¿Cómo es eso?
César mío: ¿qué decís?

CÉSAR. Digo, mi bien, que estoy preso,
y por dineros salí
esta noche de la cárcel,
y mi amor vengo á cumplir.
Mandad, señora, á una esclava
de quien fiando os servís,
que, porque espero á la puerta,
venga más de prisa á abrir.

INÉS. ¿Qué decís, César?

CÉSAR. ¿Qué digo?
¿Qué confusión hay aquí
de lenguas? Nunca yo os dije
cosas de amor en latín.
Mandadme abrir; no os burléis.

INÉS. Si vos no os burláis de mí,
no os entiendo.

CÉSAR. ¿Cómo no?

INÉS. Pues ¿agora no salís?

CÉSAR. Sí, señora, de la cárcel.

INÉS. No, sino de mi jardín,
donde, en amorosos lazos,
palabra de esposa os di;
donde, con atrevimiento
más que fuera justo en mí,
Venus matizó las rosas
de mi mal logrado Abril.

CÉSAR. ¿Qué es lo que decís, Inés?
Yo no soy, porque no fui
el venturoso ladrón,
abeja dese jazmín,
Otro Paris ha gozado
lo que á mí me atribuís,
que no guarda más sus frutos
el paraíso de Madrid.

INÉS. Ya, cortesano extranjero
y desatino gentil,
te entiendo; ya sé que niegas
las prendas que yo te di.
No es este lugar de quejas
ni he de dar voces aquí;
mujer soy, si me injuriaste
yo me vengaré de tí. (*Vase.*)

CÉSAR. Escucha, engañada hermosa;
mira si fué don Luis
el ladrón del dulce sueño
que ha tenido tan mal fin.
El es sin duda ninguna.
¡Plegue á Dios, si fuese así,
que marchite y seque el tiempo

(1) Así en el original manuscrito.

la verde edad de mi abril!
¡Plegue á Dios no vuelva á Italia
sin padecer y sentir,
tormentas donde me anegue
sin darme ayuda el delfín!
¡Plegue á Dios que Dios me falte
si no me vengare en ti
ó matándote ó muriendo,
pues es vengarse el morir! *(Vase.)*

ESCENA XIV

La SANTA *sola.*

¿No sabremos, cuerpo bajo,
qué cansancio ó aflicción
os da pena? Mas no son
ruines para el trabajo.
¿Diréis que andáis todo el día,
lo que el coro da lugar,
ocupado, ya en curar
monjas en la enfermería,
ya en los ejercicios santos
del fregar y del barrer,
ya en ir al horno á cocer
el pan para pobres tantos,
ya en llevar de la obediencia
el yugo, y querréis decir
que ya no podéis sufrir
tanto ayuno y penitencia,
que os dé descanso de hoy más?
¿Y parecerá muy bien
que, cual los hijos de Efrén,
volváis la cabeza atrás,
cuando la victoria espera
el premio que merecéis,
y que cansado os paréis
en mitad de la carrera?
No, cuerpo, hasta la vitoria,
si la queréis alcanzar,
todo ha de ser pelear,
que al fin se canta la gloria.
Quien quiere tener caudal
cuando el alma se despida
en el día de la vida
ha de ganar el jornal
que en la noche de la muerte,
como el jornalero, cobra;
que no ha de alzar de la obra
hasta la noche el que es fuerte.
Caminad, que se apresura
la noche, y si tenéis cuenta,
á vista estáis de la venta,
si es venta la sepultura;
si viene el cansancio, echalde,
y anímeos el interés
por que no os digan después
que tomáis el pan de balde.

ESCENA XV

La VIRGEN *Nuestra Señora, y el* NIÑO JESÚS, *el* ANGEL *y otro* ANGEL *arriba. — La* SANTA. *— Toquen chirimías.*

VIRGEN. ¡Juana!
SANTA. Virgen amorosa,
luna, sol, palma en cades (1)
plátano, cedro, ciprés,
lirio, clavellina, rosa.
JESÚS. ¡Dulce esposa!
SANTA. Eterno amante,
David, Salomón, Asuero,
hombre Dios, león, cordero,
pastor, Rey, niño, gigante,
siempre he de subir á veros,
amor, con santa ventaja.
JESÚS. Ansí ensalzo al que se abaja.
SANTA. Amores son verdaderos.
JESÚS. ¿Qué haces?
SANTA. Reprender,
mi Dios, un cuerpo holgazán
que, comiendo vuestro pan,
la carga deja caer
que la religión encierra;
pero como fué formado
de tierra y está cansado,
no hay quien le alce de la tierra.
VIRGEN. ¿Quiéreste, Juana, venir
con nosotros?
SANTA. Si ha de ser
el ir para no volver,
no tengo que prevenir;
todo, Reina soberana,
está á punto; vamos luego.
JESÚS. A mi celestial sosiego
irás brevemente, Juana;
ruegos de tus monjas son
los que hasta aquí han impedido
tu muerte.
SANTA. Tu amor ha sido,
mi Dios, larga dilación
de este destierro pesado;
y siendo, Señor, ansí,
con David diré: ¡Ay de mí,
que me le habéis prolongado!
Pero, amores, ¿dónde bueno (2)
vais, que así me convidáis?
JESÚS. A recrearte.
SANTA. Bien dais,
amoroso nazareno,
muestras que es vuestro blasón
el amor que aquí os envía.
JESÚS. Ven.
SANTA. En vuestra compañía
todo será recreación.
Dejadme, mi Dios, besar
estos soberanos pies,
porque á los vuestros después,
Virgen, me pueda postrar.
JESÚS. ¡Ay prenda cara, y qué dello
te quiero!
SANTA. ¡Qué tal escucho!
¡Ay mi Dios!
JESÚS. ¿Quiéresme mucho?
SANTA. Mucho.
JESÚS. ¿Cuánto?
SANTA. Tanto dello.
JESÚS. Pídeme mercedes.

(1) Así en el original.
(2) Este y los dieciséis versos que siguen están tachados en el original.

SANTA. Pido
dos cosas no más, mi Dios;
mas siendo tan largo Vos
corta en el pedir he sido.
Un muerto y un vivo son
los que por intercesora
me han puesto, y de Vos agora
tienen de alcanzar perdón.
El alma, Esposo divino,
de don Jorge está penando
y entre llamas apurando,
como metal rico y fino,
los quilates de aquel oro
que en vuestra mesa ha de estar;
yo le vi, Señor, penar
dentro de un ardiente toro,
con un tormento excesivo;
alcance yo destos pies
que esté ya libre.
JESÚS. ¿Quién es
el segundo?
SANTA. Un muerto vivo:
muerto en vicios vino al mundo.
Es, mi Jesús, don Luis,
y si Vos le reducís
tendréis un Saulo segundo.
JESÚS. Hijo que desobedece
á su padre, Juana mia,
y en sus pecados porfía
obstinado, no merece
mi perdón.
SANTA. Sí, sí, mi Dios,
que es mi devoto su padre;
pues sois su divina Madre,
Virgen, pedídselo vos.
VIRGEN. Hijo: á cosa que os suplica
Juana, no digáis de no.
JESÚS. Madre, no sea; cesó
mi enojo.
SANTA. Ya quedo rica.
JESÚS. Yo haré que, cual otro Saulo,
si á la virtud hace guerra,
caiga don Luis en tierra
y imite después á Paulo.
SANTA. ¿Y de don Jorge, Señor?
JESÚS. Por ti, Juana, le perdono.
SANTA. Vuestro eterno amor pregono.
JESÚS. Hoy á mi eterno favor
subirá.
SANTA. Qué ¿por los dos
tal favor se me concede?
MARÍA. Sí, que todo aquesto puede
Juana de la Cruz con Dios. (*Toquen.*)

ACTO TERCERO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL

DON DIEGO. (Alofre.)
DON LUIS. (Toledo.)
LILLO. (Guardia.)
CRESPO. (Aguado.)
BERRUECO. (Juan Ximénez.)
MINGO. (S. P.°)
CÉSAR. (Montemayor.)
DOÑA INÉS. (Ana Cabello.)
LA SANTA. (María de Morales.)
EL ANGEL. (Juan de M. s)
NUESTRA SEÑORA. (La Sra. Petronila.)
JESÚS, *niño*. (San Paico.)
MARÍA, *monja*. (La Sra. Anna María.)
OTRA MONJA. (La Sra. Madalena.)
UNA NIÑA. (San Paico.)
UN ALMA. (Juan Ximénez.)

En Toledo, á 24 de Agosto de 1614 años, por Fr. Gabriel Téllez.

ESCENA PRIMERA

DON DIEGO, DON LUIS y LILLO.

DIEGO. Seguro estás, hijo ingrato,
de que no culpe y condene
tu injusto y vicioso trato;
porque mi lengua no tiene
palabras, no te maltrato.
Será tu culpa mayor
no hallarse castigo igual
en palabras ni en rigor,
que aun no sé decir el mal
que sabes tú hacer mejor.
Tus vicios me han retirado
de Madrid, y la prisión
fingida, el amor pasado;
no estoy como Cipión
con más honra desterrado,
sino por vicios ajenos,
por necesidad, jamás
honrosa para los buenos;
no sabré decirte más
ni tú sabes hacer menos.
LUIS. ¡Con sermones cada día,
sin por qué ni para qué!
¡Oh, qué enfadosa porfía!

¿Estoy yo falto de fe,
ó he venido de Turquía?
¿Qué he hecho yo que no sea
lo que un caballero mozo
si no es cartujo desea?
¿Qué quieres? Mis años gozo
como mi edad los emplea.
¿He sido yo, cual Nerón,
que quiso mudar el ser
por variar el afición?
Querer bien á una mujer
es marca de discreción.

LILLO. Y á dos y á tres y á tres mil,
y á cuantas el mundo abarca;
sea hermosa, noble, vil,
no es culpa mayor de marca
y no es marca de gentil.

LUIS. ¿Tú predicas?

LILLO. ¿Y te pesa?
¿Qué motilón no aprendió
á echar también su traviesa,
y si en el púlpito no,
predica sobre una mesa?

DIEGO. Como todos en mi casa
de tus daños participan,
y toda por ti se abrasa,
los que pueden se anticipan
á llorar el mal que pasa;
como has jugado y perdido
la hacienda, que es sangre y vida,
cualquiera será atrevido
á culparte de homicida,
pues tu flaqueza ha sentido.

LUIS. Ya jugué, ya se perdió;
también se pudo quemar
la hacienda.

LILLO. ¿Y no se quemó?

LUIS. La hacienda es para gastar,
que para guardarla no.
Ninguna moneda es buena
no más que para dar peso
á un arca pesada y llena;
si no ha de servir más de eso
bien puede henchirse de arena.

LILLO. Eres leído; ese ardid
usó con agüelos míos
ó tuyos mi agüelo el Cid,
mas no consiente judíos
guardosos nuestro Madrid,
que el señor Lercio, el pobre (1),
gasta más de lo que tiene
y el tercio antes que le cobre;
y al guardoso le conviene
prestar de lo que le sobre.

DIEGO. No alabo yo de prudente
á quien detuviese un río
y guardase la corriente:
ese fuera desvarío,
pues corre continuamente.
Coger la que es menester
y la demás agua pase,
pues hoy vendrá como ayer.
Quien tiene renta no tase,
guarde ni estreche el poder,
que los ríos y los juros
corren siempre, están sus dueños
de la agua y renta seguros,
y no han de ser más pequeños
sus gastos, ni ellos más duros;
pero es necio el que á la fuente
de el río y de la hacienda,
deshace y rompe y no siente
que, cuando después pretenda
agua y río, no hay corriente.
Mis posesiones vendí;
ya no tengo posesión
ni buena esperanza en mí;
retiréme á Torrejón,
mi sepulcro tendré aquí;
éste has querido dejarme
que no le vendes jamás,
y no ha sido por honrarme,
mas porque no viva más
ni falte donde enterrarme.

LUIS. Déjame ir. ¿Qué galera
es ésta? ¿No basta el remo,
sino atado al banco?

DIEGO. Espera.

LUIS. ¿Cómo he de esperar, si temo?
Déjame esconder siquiera;
son mis costumbres feroces,
mi vida áspera y inculta;
si por fiera me conoces,
la fiera luego se oculta
que siente pasos y voces.
¿No hay Indias? Italia y Flandes,
¿no pagan sueldo al soldado?
Que vuelva, pues, no me mandes,
que en mis males he juzgado
verte y oirte por grandes.

DIEGO. Escucha, que ya el temor (1)
de padre que te castiga
quiere aplacar el rigor,
aunque se murmure y diga
que soy vasallo de amor;
que de mi pasión arguyo
que alma y vida perderé;
pues gusto, aunque es malo el tuyo,
no sólo que digan que
esclavo soy, pero cúyo.
Si con honrosas ventajas
siguieras en una impresa
el ronco son de las cajas,
que el honor que se interesa
ilustra personas bajas,
eso, Luis, ¿por qué no
pudiera ser? Que soldado
honraras á quien te honró;
mas irte desesperado
eso no lo diré yo.
Espera y pretenderé
en Madrid alguna plaza
honrosa que el Rey te dé,
porque con industria y traza
se alcanza lo que hoy se ve.
El Rey me la prometió
cuando le anduve sirviendo,
y para ti diré yo

(1) Así en el manuscrito.

(1) Tachada toda esta glosa en el original.

que la plaza, Luis, pretendo,
que cuyo soy me mandó.
Cuando, después, victorioso
volvieses y acrecentado
con algún oficio honroso,
no pagues lo que te he dado;
gózalo tú y sé dichoso,
que aunque es de tu padre y tuyo
el bien, ni aun correspondencia
de tu ingrato pecho arguyo,
y así yo le doy licencia
que no diga que soy suyo.

LUIS. Suéltame el brazo, que entiendo
que es del mar y que me anega.
(Derríbale.)

DIEGO. Con nueva razón me ofendo,
y ya mi pasión es ciega
si vengarme no pretendo.
Apartas con tanta ira
de tus brazos mi flaqueza
que he caído; ¿no te admira
que está á tus pies tu cabeza,
y que Dios te escucha y mira?

LUIS. El viejo es fruta madura,
cáese ella misma y se pierde.

DIEGO. Es verdad, y más segura
y más dulce que la verde
y más tan amarga y dura.
La misma comparación
puso alabando á los viejos,
aquel prudente Catón,
que en sus maduros consejos
hay salud, gusto y sazón.

LUIS. Pues cuando la fruta verde
está en almíbar süave,
amargura y daño pierde,
y así hay mancebo que sabe
más de que algún viejo acuerde.
Más discreto soy que vos.
(Dale con el pie y vase.)
Levantaos y pasaré,
que no cabemos los dos
en el mundo.

DIEGO. Llega el pie
que abrasen rayos de Dios.
Por el pie aleve y escala
este ya violado templo
donde tu pie se señala.
Dios le corte para ejemplo
de quien en culpas te iguala.
Bien haces, traidor; levanta
contra mí, pues yo la he hecho,
esa mal trazada planta,
cuyo edificio deshecho
deje la venganza santa.

ESCENA II

Salen los PASTORES.—DON DIEGO y LILLO.

CRESPO. ¿Voces, clamores, ruido
y salir echando chispas
don Luis? Desgracia ha habido.

BERRUEC. ¡Oh! que le piquen avispas,
que es un bárbaro atrevido.
Pero ¿no ves cómo está
levantándole del suelo
Lillo al viejo?

MINGO. Entremos ya.

CRESPO. ¡Oh, malos truenos del cielo
que quemen al que se va!
¿Qué es esto, señor?

DIEGO. No fué,
no tiene ser el pecado.

BERRUEC. ¿Quién os derribó y por qué,
que él se verá derribado
de Dios si le asienta el pie?

DIEGO. No quiero que se alborote
Torrejón.

CRESPO. Pues ¿de eso dudas?
Es un Judas Iscariote
don Luis, y mató Judas
al padre con un garrote.

LILLO. No hay quien á contar acierte
lo que hoy ha sufrido el cielo,

DIEGO. Ya fragua un rayo más fuerte.
Voy á quien me dé consuelo,
que es Juana en mi adversa suerte.
(*Vanse* Don Diego y Lillo.)

ESCENA III

DICHOS, *menos* DON DIEGO y LILLO.

CRESPO. No viniera un ciego aquí,
y otras veces son prolijos,
y rezaran, Mingo, ansí:
«Padres, los que tenéis hijos,
crialdos bien, porque sí.»
Mas volvámonos, compadre,
porque mi niña quedó
muriéndose, y ya sin madre
quedará, y quedaré yo
sin un perro que me ladre.

ESCENA IV

Sale CÉSAR.—DICHOS.

CÉSAR. ¿Por qué, si sabéis, amigos,
le lleva ansí á los hombros
Lillo á su amo?

CRESPO. Hay testigos
que vieron con mil asombros
de venideros castigos
que don Luis le derribó
y dió con el pie al volver
á su padre, y le dejó;
que es víbora y quita el ser
al dueño que se le dió.

CÉSAR. No creo yo de don Luis
esa nueva mentirosa.

CRESPO. Muy en su favor venís.

CÉSAR. Don Luis no hiciera cosa
tan buena como decís.

MINGO. ¡Esto es bueno!

CÉSAR. En la ocasión,
porque maltratar al padre
de tan mal hijo es razón,
y en dar la muerte á su madre
fué justísimo Nerón;
que quien tal monstruo parió

merecido premio fué
morir por él cual murió,
y es justo poner el pie
en quien tal monstruo crió.

CRESPO. ¡Andaos á plomosías!
vamos, mi niña veremos,
que son al fin cosas mías. (*Vanse.*)

ESCENA V

CÉSAR *solo.*

CÉSAR. Siguiendo al fin tus extremos,
honor, al campo me envía.
Aquí dicen que ha venido
mi enemigo don Luis;
si os tiene tanto ofendido,
César, á tiempo venís
que todo lo halláis vencido.
A don Luis no conviene
temer, que eso mesmo le ata
las manos; vencido viene,
que quien su padre maltrata
cierta la desdicha tiene.
Y si pensaba Caín,
muerto ya su hermano Abel,
con ser menos culpa, en fin,
que la tierra iría tras él
hasta dalle un triste fin,
en don Luis que dice ó piensa
que está mi espada envainada,
mejor vengaré mi ofensa
estando contra él la espada
de Dios alzada y suspensa.

ESCENA VI

Sale la SANTA *sola.*

Albricias, alma mía,
que ya de vuestro bien se acerca el día,
y el destierro cumplido
que ausente de la patria os ha tenido,
el soberano Esposo
llamándoos á su tálamo amoroso,
con música os convida
á eterna paz, á enamorada vida,
al néctar de su vista deleitoso,
al real palacio, á la tranquila casa
donde no llega el mal ni el bien se pasa.
Con el salmista hebreo
cante, cual cisne, amor, vuestro trofeo;
decí á vuestro querido:
«Alegre estoy, mi Dios, de lo que he oído,
dichosa habitadora
seré de la ciudad donde el bien mora;
ya se pasó el invierno
ya se acerca el Abril y el Mayo tierno
que el cierzo no marchita ni desflora.
Jerusalén: tus calles infinitas
veré empedrar de jaspe y margaritas.»

ESCENA VII

El ANGEL *y la* SANTA.

ANGEL.

Juana: ¿qué nuevo canto
te iguala al cisne?

SANTA.

¡Ay, mi custodio Santo!
¡ay mi Laurel divino,
mi guarda compañero y mi padrino!
Del contento que encierro
pedí albricias: alzáronme el destierro.
Mañana, ángel, mañana,
veré con vos la patria soberana
rotos los grillos del pesado hierro
que Adán echó á los hombres, de tal suerte,
que no hay rompellos otro que la muerte.

ANGEL.

La Invención sacrosanta,
mañana, de la Cruz celebra y canta
todo el mundo, y en ella
te quiere Dios llevar á su Sión bella.
En semejante día
naciste al mundo para su alegría,
el hábito tomaste
y en este santo día profesaste.
Juana eres de la Cruz, pupila mía,
la Cruz adoras y en su día subes
pasando estrellas y pisando nubes.

SANTA.

Para tan grande fiesta
como me ofrece amor y Dios me empresta,
cuando mi bien señalas,
Laurel divino, vuélveme mis galas;
mi guardajoyas fuiste,
la púrpura que el mismo Dios se viste
de la cruz y los clavos
que dieron libertad á sus esclavos,
y la corona que guardar quisiste
me puedes, Angel, dar, porque con todas
pueda subir á celebrar sus bodas.

ANGEL.

La cruz de Cristo, dama,
está á la cabecera de tu cama;
los clavos y corona
que el reino de tu Esposo y bien pregona
por único Monarca,
guardadas tengo, Juana mía, en el arca
de tus joyas divinas,
donde tienes cilicio y disciplinas,
y otra prenda de amor que en cuanto abarca
el sol no la hay más rica ni más bella,
en el arca te espera; corre á vella.

SANTA.

¿Qué prenda es, Angel santo,
la que me da mi Esposo y vale tanto?

ANGEL.

No vale Dios más que ella.

SANTA.

¡Ay prenda soberana! ¡ay joya bella!
¿y en el arca encerrada
la tiene Dios?

ANGEL.

En ella está guardada.

SANTA.

¿Qué joya es, Angel bello?
Decildo, que me muero por sabello.

ANGEL.

Para que tu alegría sea doblada
no lo sabrás por más que lo deseas
hasta que abriendo el arca tu bien veas. (*Vase.*)

ESCENA VIII

La SANTA *sola.*

Albricias, madres mías:
tocad á fiesta; haced mil alegrías,
venid cantando todas
veréis la joya de mi amor y bodas.
¡Oh, arca soberana!
¿Por qué no vas á vella, indigna Juana?
Alegraos, cielo, tierra,
por la joya que Dios en mi arca encierra,
por lo que en ella mi ventura gana.
Madres: vengan, verán mi prenda rica,
pues sólo es bien el que se comunica.

ESCENA IX

Salen MARÍA, *monja, y* OTRA.—LA SANTA.

MARÍA. Madre: ¿qué voces son éstas?
SANTA. Si vieran lo que me ha dado
mi divino enamorado,
hicieran conmigo fiestas.
¡Oh, qué prendas manifiestas
tengo, madres, del amor
de mi divino Señor!
¡Oh, qué joya tengo entrellas
que aventaja á las estrellas
en belleza y resplandor!
MARÍA. ¿Dónde está? Vámosla á ver,
si nuestro amor lo merece,
que, pues tanto la encarece,
notable debe de ser.
MONJA 2.ª Pues ¿no podremos saber
qué joya es?
SANTA. No lo sé yo,
madres, que quien me la dió
decírmelo no ha querido,
porque el bien no prevenido
en mucho más se estimó.
(*Descúbrese una arquilla curiosa sobre una mesa.*)
Pero, pues el arca es ésta
ó, por mejor decir, zona
de los clavos y corona
que son galas de mi fiesta,
hoy he de hacer manifiesta
á todos la dicha mía,
y la joya que me envía
mi Dios les he de mostrar
por que puedan celebrar
justamente mi alegría.
Hinquen las rodillas todas. (*Híncanse.*)
MONJA 2.ª ¿Qué será?
MARÍA. Nuevos favores
de Dios, cada vez mayores.
SANTA. Centro feliz que acomodas
las vestas de nuestras bodas;
velo hermoso, aunque pequeño;
depósito de el empeño
que el amor ha puesto en ti;
nave, que del Potosí
trae riquezas de mi dueño,
haz manifiesto el tesoro
que apetece mi deseo;
fe tengo, con ella creo
lo que sin ver en ti adoro;
salga de su mina el oro
que á mi ventura prevengo,
que, pues á gozalle vengo
sin saber lo que es diré:
Tan rica estoy que no sé,
gran Señor, lo que me tengo.
(*Abrese el arca y sale entre nubes doradas el Santísimo Sacramento.*)
Pero ¡ay cielos! ¿qué ventura
es ésta?
MARÍA. ¡Milagro extraño!
SANTA. Pan que fertiliza el año
(*Toquen poco.*)
de la celestial hartura;
maná de eterna dulzura,
blanco que señala Juan,
medalla de amor galán,
pues á mi arca habéis venido,
diré que habéis proveído,
mi Dios, el arca del pan.
Mas, decidme, Esposo amado:
¿á qué á mi arca venís?
¿de qué enemigos huís,
que os acogéis á sagrado?
¿Si porque os he celos dado
os escondéis para prueba
de mi amor? Ya sé que os lleva
á que acechéis almas fieles
por ventanas y canceles,
mas por arca cosa es nueva;
mas como parto mañana
á la patria de la vida
prevenísme la comida,
providencia soberana.

ESCENA X

Aparécese el ANGEL *junto al arca detrás de ella.*
DICHAS.

ANGEL. Esta forma, amada Juana,
comulgó un hombre en pecado
que está muerto y condenado,
y saliendo de él se vino
á tu poder.
SANTA. ¡Qué divino
favor! ¡Qué tierno bocado!
Con tan divinos despojos,
¿quién me iguala, Laurel santo?
MONJA 2.ª Llena de amoroso llanto
estoy.
SANTA. Fin de mis enojos,
pan de leche, pan con ojos
vos cumplisteis la esperanza
de mi bienaventuranza;
mañana os comulgaré
y la gloria alcanzaré,
pues llevo en vos la libranza.
(*Toquen poco. Encúbrese el* Angel *y el arca.*)

ESCENA XI

DICHOS, *menos el* ANGEL.

MONJA 2.ª Llena de confusión santa
voy.
MARÍA. ¡Que tanto Dios regale
un alma! La luz que sale
de su hermoso rostro es tanta
que nos deslumbra y espanta.
MONJA 3.ª Con tal reverencia quedo,
que no oso hablalla, aunque puedo.
MARÍA. ¿Quién su dicha no pregona,
dándote Dios tal patrona,
reino ilustre de Toledo?
(*Vanse las* Monjas.)

ESCENA XII

Salen los PASTORES.—DICHAS, *menos las* MONJAS.

CRESPO. Si no me la resocita
yo me ahorco, madre Juana...
SANTA. ¡Oh hermanos!
CRESPO. Firmeza (1) hermana,
y mos ama, no permita
tal desgracia.
SANTA. Pues ¿qué ha sido?
CRESPO. Mis pecados deben ser.
Cenó mi Elvirilla ayer
unos berros, que han urdido
mis penas, que tiene tacha
de comellos. Socedió
¡ay Dios! que la dije yo:
No comas berros, mochacha.
SANTA. ¡Y pues!
CRESPO. Comió un amapelo
entre los berros, y luego
tomó las de Villadiego
y afufólas para el cielo,
que acá ños solos tenía;
era sola y viudo yo,
que Mari Crespa murió
dicen que de hipocresía.
BERRUEC. De hidropesía diréis.
CRESPO. Sea lo que huere, en fin;
ella heredaba un mastín,
seis gallinas y otros seis
pollos, un majuelo, un banco,
un barbecho y un rastrojo;
un buey, aunque tuerto y cojo;
un asno sin cola y manco,
una cama, un arambel
con la historia de Tobías
cuando al gigante Golías
mató junto á Peñafiel,
y otras cosas, que só rico:
¡mirad vos qué hemos de her
sin hijos y sin mujer
el buey y yo y el borrico!
Dalde vida, que es afrenta
que de comer ensalada
muera una mujer honrada
sin estar calenturienta.
Si la matara el dotor
entre los más que ha matado
que, aunque necio, es licenciado,
diérame menos dolor;
que, en fin, el puebro y alcalde
le pagamos y hace bien,
en matarmos, que no es bien
que le paguemos de balde;
mas un amapelo cruel
no es bien; sanad mi dolor,
que se correrá el dotor
de no habella muerto él.
SANTA. No seáis tan malicioso.
CRESPO. No es malicia hablar verdad.

(1) Confusa y dudosa esta palabra en el original.

ESCENA XIII

Salé DON DIEGO.—DICHOS.

DIEGO. Madre: estos labios honrad
con esos pies; vergonzoso
vengo y con razón á vos
por no tomar los consejos
que, en ser vuestros, son espejos
de la claridad de Dios.
SANTA. Señor don Diego: no es
aquese vuestro lugar.
DIEGO. No os oso al rostro mirar,
y así me postro á los pies.
Un hijo que á intercesión
vuestra, madre, Dios me ha dado
y por haberse criado
con la santa educación
vuestra en su tierna niñez
imaginé que aprendiera
virtudes, con que me diera
después alegre vejez;
con las alas que mi amor
le ha dado, la libertad
de su loca y moza edad,
el poco freno y temor
que rompe y desprecia ya,
tan en mi daño ha salido
que, si la culpa he tenido,
la pena él mismo me da,
por dalle yo larga rienda.
A tal extremo ha llegado,
que habiendo desperdiciado
la honra con el hacienda
que le di como indiscreto
y él no supo disponer,
por no tener que perder
viene á perderme el respeto;
aconsejástesme vos
con tiempo que no le diese
tanta licencia y temiese
la estrecha cuenta de Dios.
Pudo más su amor conmigo;
por su causa á Dios dejé,
y así quiere que me dé
él mismo, madre, el castigo.
SANTA. Y es razón, que á quien el yugo
de Dios por sus gustos trueca
sea el mismo por quien peca,
señor don Diego, el verdugo;
que no por ser don Luis
vuestra sangre era razón
no enfrenar su inclinación;

que la sangre, si advertís,
con ser la vida y substancia
del cuerpo y más excelente
humor, la saca el prudente
cuando daña su abundancia.
Cuando los límites pasa
un hijo y la ley de Dios,
sacad esa sangre vos
y echalda, señor, de casa,
que, si no es por este medio
y no os permitís sangrar,
mal os podremos curar
agora que no hay remedio.
A mi Esposo he suplicado
que de don Luis y vos
se duela. Es todo amor Dios;
su real palabra me ha dado
de enfrenar su juventud.
Vos le pudierais sanar,
que no siempre se ha de dar
por milagro la salud;
pero, como escarmentéis,
explicaréselo agora.

DIEGO. Si vos sois mi intercesora,
madre, ¿qué no alcanzaréis?

CRESPO. ¿Y mi hija, madre Juana?

SANTA. Á mi Esposo celestial
rogaré.

CRESPO. Ya olerá mal;
ruégueselo presto, hermana.

ESCENA XIV

Sacan la NIÑA *muerta.*

SANTA. Dos padres piden, mi Dios,
á vuestro amor excesivo
por dos hijos: uno vivo
y otro muerto; pues sois Vos
camino, verdad y vida,
dádsela á los dos, que en calma
están, al uno en el alma,
que en vicios muerta y perdida
pide por ella su padre,
y á la otra en el cuerpo. En esto
haréis, Señor, manifiesto
que me amáis.

NIÑA. ¡Ah Juana madre!
¿por qué del sosiego eterno
me sacas, si en él me ves,
para que crezca después
y me condene al infierno?
¿Por qué del sacro sosiego
y del lugar celestial
quieres que al mundo mortal
vuelva á tu instancia y tu ruego?
Posando estoy; adiós, madre;
¿á qué he de volver al suelo
pudiendo siempre en el cielo
encomendalle á mi padre?

TODOS. ¡Gran milagro!

SANTA. Escarmentar
en aqueste ejemplo pueden
todos los padres que exceden
la justa ley en amar
á sus hijos demasiado.

DIEGO. Admirado, madre, voy.

SANTA. Señor don Diego: desde hoy
veréis vuestro hijo enmendado.

DIEGO. ¡Gran santa!

(*Vanse la* Santa *y* Don Diego.)

ESCENA XV

DICHOS, *menos la* SANTA *y* DON DIEGO.

BERRUEC. Desde este día
mis hijos castigaré;
azotallos voy á fe,
que si el padre que los cría
con libertad se condena,
que no ha de haber quien me note
en eso.

MINGO. Yo haré un azote
que de docena en docena
los sacuda.

CRESPO. Voy á dar
tierra á Elvira.

BERRUEC. ¡Oh, quién pudiera,
porque mujeres no hubiera,
cuantas viven enterrar! (*Vanse.*)

ESCENA XVI

LILLO *y* DON LUIS.

LILLO. Tamañito estoy, que un niño
me meterá en un zapato.
Yo, señor, ya no te riño,
que quien tiene tan mal trato
no ha menester más aliño;
pero no quiero que venga
sobre ti un rayo de Dios,
y estando yo cerca tenga
en que entender con los dos.
Voime, por fin de mi arenga;
dos amos de malos tratos
bastan, que el temor me amansa;
no quiero terciar contratos
de amor, que el diablo se cansa,
dicen, de romper zapatos.

LUIS. Ya te habías de haber [ido] (1).

LILLO. No pagas; porque me pagues
lo que debes me despido.

LUIS. Mira, Lillo, no me estragues
la paciencia.

LILLO. ¿Hete servido?

LUIS. Sí.

LILLO. ¿Hasme pagado?

LUIS. Sí y no.

LILLO. Dime tú esa adivinanza,
porque no la entiendo yo.

LUIS. Ya te pagué en esperanza,
que alguno en ellas pagó.

LILLO. ¿Dísteme otra cosa?

LUIS. Sí;
más de dos bellaquerías
que has aprendido de mí,
y valen en estos días
las indias de un Potosí.

---

(1) Tachado hasta el verso:

«¡Vete, villano, cobarde!»

Pregúntale á la riqueza
por qué comunica menos
con los hombres de nobleza
ó ingenio al fin, con los buenos,
que ellos tienen más probeza,
y responderá al momento,
porque de mentira, engaño
y maldades me sustento,
y nunca sabe hacer daño
el de noble entendimiento.
Luego, si yo te he enseñado
enredos, mentiras mías,
traza de rico te he dado,
y en moneda que estos días
vale y corre te he pagado.

CÉSAR. Pues no pasa esa moneda
en Torrejón.

LUIS. ¿Por qué no?
Bien hay quien trocalla pueda,
que siempre el engaño halló
quien sus mentiras hereda.

LILLO. Mis miembros que están desnudos
no admiten estas razones,
que engaños no son escudos.

LUIS. Son con dos caras doblones.

LILLO. Pues págame tú en menudos,
ó haré á la justicia alarde
del tiempo que te he servido.

LUIS. Vete, villano cobarde,
que desde aquí te despido.

LILLO. Ya llegó el despido tarde,
que yo solo me despido;
que este es el blasón que saco.

LUIS. ¡Por Dios si paras aquí!...

LILLO. Más vale servirme á mí
para servir á un bellaco. (*Vase.*)

VOZ. (*De dentro.*) Hombre.

LUIS. El paso, la persona,
el movimiento, la voz,
todo pienso que pregona
temor que lengua feroz
el aire denso inficiona.

ESCENA XVII

Sale un ALMA *de galán.*—DON LUIS.

VOZ. ¡Hombre!

LUIS. Aunque dices mi nombre,
y tú pareces lo mismo,
me das causa que me asombre
y esté en un confuso abismo,
viendo que me llamas hombre,
y bien me puedo ofender
porque hombre sólo es afrenta,
pues no dice más del ser
y otro cualquier nombre aumenta
valor, hacienda y poder.

VOZ. Como vos no tenéis más
de ser hombre el ser desnudo
sin el bien que los demás,
hombre os llamé y temo y dudo
que no lo fuistes jamás.
Cuando deshecha se ve
y borrada una pintura,
para dar noticia y fe
della, escrebirse procura
su nombre y quién ella fué;
y así, hombre, no os asombre
que siendo imagen de Dios
borrada, que aun no sois hombre,
porque os conozcáis en vos
de hombre os dé sólo el nombre.

LUIS. Como crecen los agravios
va creciendo en mí el temor.
Decid, pensamientos sabios,
¿cómo no siento valor
en el pecho ni en los labios?
¿Yo, cuanto más ofendido,
más temeroso y turbado?
¿Qué nueva mudanza ha sido?
¿Quién eres? No te he llamado
hombre, ni lo has parecido;
porque un hombre igual á mí
solo y con armas iguales
no le temiera yo ansí.

VOZ. Aunque mienten las señales,
no soy cuerpo, un alma sí;
un amigo y el más cierto
vuestro fuí.

LUIS. ¿Qué fugitivo
temor mi rostro ha cubierto?
¿Quién eres, que entierra el vivo
su memoria con el muerto?

VOZ. Soy don Juan, el que en la corte
en tierna edad y con vos,
hice de mi gusto el norte.

LUIS. Amigo caro: ¡por Dios!
que tu rigor se reporte.
Y dime: ¿en qué parte estás?
¿entre almas gloriosas?

VOZ. Menos.

LUIS. ¿Entre condenados?

VOZ. Más.

LUIS. ¿En el purgatorio? Buenos
indicios de fe tendrás.

VOZ. Allí estoy por atrevido,
por libre, por descortés
á mi padre.

LUIS. ¿Y ha tenido
muchas penas quien lo es,
alma, porque yo lo he sido?

VOZ. Tantas tengo, que al momento
me acordé de vos y quise
daros algún sentimiento,
y aunque no dejan que avise
su gente el Rico avariento,
yo, que en más noble lugar
estoy, por la Santa Juana
os he venido á avisar,
que experiencia soberana
y memoria os pienso dar.

LUIS. ¿Es tan grande y inhumano,
como el fuego del infierno
el del purgatorio?

VOZ. Hermano:
aunque regalado y tierno,
llegad la vuestra á mi mano.
(*Danse las manos y sale dellas una llama de fuego.*)

LUIS. ¡Ay, que me abraso y me quemo,
no sólo la mano y palma,
sino el alma! Morir temo.

VOZ. ¡Hombre: que os avisa un alma!
Mudad el vicioso extremo. (*Vase.*)

ESCENA XVIII

DON LUIS *solo.*

Mano de fuego, esperad,
no os apaguéis; mas por Dios,
que con la luz que dais vos
descubro yo una verdad,
pero no tanta crueldad,
aunque es venganza forzosa,
haced dos luces piadosa;
sed justa viendo propicia,
misericordia y justicia,
que una sin otra es dañosa.
Dios mío: este fuego labra
nueva vida; desde luego
pondré la mano en un fuego
que he de cumplir mi palabra.
Vuestro tesoro se abra
de gracia, á quien llevó aquellos
pecados por los cabellos,
que yo no puedo, mi Dios,
ir con ellos yendo á Vos,
ni sin Vos librarme dellos.
Vayan arrastrando, lleguen,
pues llevo en la mano luz,
al Rojo mar de la cruz
donde se limpien y aneguen.
Ningunos respectos nieguen
el bien que el alma ganó;
no hay inconvenientes, no,
que me estorben mi deseo,
pues siendo cambio Mateo
con cielo y tierra se alzó.
Padre de mi alma, espera,
que si á mirarte me atrevo,
Dios me dará un libro nuevo
y el del cordero quisiera;
ya entiendo su verdadera
música y puedo enseñar
en esta mano á cantar,
que en esta mano si vive
se ve lo que no se escribe
sino es al Rey Baltasar. (*Vase.*)

ESCENA XIX

Salen los PASTORES, DON DIEGO, CÉSAR, DOÑA INÉS *y los más que pudieren.*

PAST. 1.º Nuestra madre se nos muere,
nuestro amparo, nuestra Santa.
Cielos, ¿qué habemos de hacer?
PAST. 2.º No castiguéis nuestra patria
con tal azote, mi Dios.
PAST. 3.º Dadnos, nuestra madre amada,
nuestra salud, nuestra vida,
y el amparo de la Sagra.
INÉS. ¡Ay de mí, triste sin ella!
DIEGO. Si muere la Santa Juana,
¿qué aguarda más mi vejez?
CÉSAR. Mostradnos, madres amadas,
el cuerpo de nuestra madre,
para dejar consolada
nuestra tristeza y pesar.
INÉS. Madres: las puertas se abran
para ver este tesoro.
TODOS. Mostradnos, madres, la Santa.

ESCENA XX

Sale UNA MONJA.—DICHOS.

MONJA. Por cumplir vuestros deseos,
antes que del cuerpo salga
deste ángel el alma bella,
que ya apresta su jornada,
es justo que la veáis.
(*Descubren una cortina y aparecerá la* Santa *de rodillas con un Cristo en la mano y coronada la cabeza como la pintan y las* Monjas *á sus lados, y estén sobre una tarima á forma de cama.*)
DIEGO. Madre nuestra, madre Juana,
¿por qué nos dejáis tan tristes?
SANTA. Sosegad, hijos, las ansias.
PAST. 2.º ¿Quién ha de poder, si vemos
perdida nuestra esperanza?

ESCENA XXI

Sale DON LUIS.—DICHOS.

LUIS. Juntos están, pediré
de mis culpas la venganza.
Humilde estoy á esos pies,
veis aquí, César, mi espada
para vengar los delitos
que la justa muerte aguardan,
y ansí digo que gocé
á doña Inés, y palabra
doy, si gustáis, de su esposo.
Dejad ofensas pasadas
si acaso el perdón merece
una culpa confesada.
Padre mío: yo os suplico
que, no mirando á mis faltas,
me perdonéis como á hijo.
Perdón pido, madre Juana,
rogad á los dos por mí,
y á Dios que sane la llama
deste fuego riguroso;
rogádselo, madre santa;
humilde el favor os pido;
por vos el perdón aguardan
mis pecados.
SANTA. Levantad,
hijo; que mejor alcanzan
esas lágrimas con Dios
el perdón que mis palabras.
Yo rogaré de mi parte
que El os conserve en su gracia,
y á don Diego y César pido
que perdonen vuestras faltas.
DIEGO. Basta que vos lo pidáis
para quedar perdonadas.
CÉSAR. Perdón y brazos os doy.
LUIS. Vuestra nobleza se ensalza
con este nuevo favor,
y merced tan señalada,
que perdón tan liberal
de vos sólo se esperaba.
DIEGO. Dad á doña Inés la mano,
LUIS. Mas ¡ay de mí! virgen Juana,
ya estoy sano de aquel fuego
que tanto me atormentaba,

INÉS. Yo me tengo por dichosa,
después de tantas desgracias,
pues he venido alcanzar
mis perdidas esperanzas.
Yo soy, señor, vuestra esposa.

(*Descúbrese de rodillas sobre una tarima, puestas las manos* La Santa *elevada, y á sus lados* Las Monjas *hincadas de rodillas.*)

SANTA. Hijos: adiós, que me llama
mi Esposo. Allá, en su presencia,
tendrá eternamente España,
y en ella este reino ilustre,
una propicia abogada.
Esposo, venid por mí.

JESÚS. Sube á gozar, prenda santa,
los premios de tus trabajos.

(*Toquen poco.*)

DIEGO. ¡Gran suerte!

TODOS. ¡Visión extraña!

ALDONZA. Madre: ¿qué, os vais de esa suerte?

SANTA. Quedaos á Dios, prendas caras.
¡Mi bien!

ESCENA XXII

Aparece el NIÑO JESÚS.

JESÚS. ¡Mi esposa!

SANTA. ¡Mi Dios!

JESÚS. Con las joyas soberanas
de mi cruz, corona y clavos,
te recibo.

SANTA. Joyas santas.
Cruz mía, con vos nací,
Juana de la Cruz me llama
el mundo, y es justa cosa,
Cruz, pues sois mi joya amada,
que vos me llevéis al cielo,
y por que segura vaya,
en vuestras manos, Señor,
os encomiendo mi alma.

JESÚS. Ven á mi palacio eterno.

DIEGO. El corazón se me arranca.

(*Suben la tramoya.*)

ANGEL. Aquesta corona y silla
es para la Santa Juana. (*Tocan.*)

LUIS. ¡Oh, venturosa mujer!
Si tus divinas hazañas
se hubieran de reducir
á poemas, no bastaran
cuantos ingenios celebra
con tanta razón España;
quédese á la devoción,
pues que las lenguas no bastan.

Estas comedias de *La Santa Juana* he visto, y no hallo en ellas cosa contra nuestra santa fe católica ni buenas costumbres.—Fecha en 14 de Diciembre de 1613.—*Fr. Bernardo de Briçuela.*

Dase licencia para que se puedan representar estas comedias conforme á la censura.—Madrid, á 15 de Diciembre de 1613.

Represéntense estas comedias de *La Santa Juana* en Valladolid, á 3 de Febrero 1615.—*Juan de Céspedes.*

Por comisión del Señor Don Juan Ramírez de Contreras, provisor vicario general en Córdoba y su obispado, vi estas comedias de *La Santa Juana* y no hallo en ellas cosa contra nuestra santa fe católica y me parece se les puede dar licencia para representarlas.—En Córdoba, á 27 de Enero de 1616 años.—*Licenciado Andrés de Bonilla,* racionero.

Estas comedias se pueden representar.—En Granada, 15 de Abril de 1616.—*El Doctor Francisco Martinez de Rueda.*

Puédense representar estas comedias de *La Santa Juana.*—Málaga 15 de Julio de 1616.—*Francisco de Soto.*

Dase licencia para que en esta ciudad de M.ª se pueda representar esta comedia. Por mandado de su merced.—*Manuel de San Pedro,* notario mayor.

Por la presente doy licencia para que se pueda representar la requisitoria de suso, en esta ciudad de Jaén y su obispado, sin por ello incurrir en pena alguna.—Dado en Jaén á treinta de Setiembre de mil seiscientos y diez y seis años.—Ante mí *Gregorio d.....*

El Licenciado Alonso de Cetina, Provisor y Vicario general desta ciudad y obispado de Cádiz, habiendo visto estas comedias, las remitió á el Señor Doctor Alonso Gámez de Mendoza, canónigo de la magistral desta Santa Iglesia, para que las vea y dé su parecer.—Dada en Cádiz, veinte y seis días de el mes de Junio de mil y seiscientos y diez y siete años.—*Licenciado Martin Roldan?*

Bien se pueden representar estas com [edias].—Cádiz, 27 de Junio 1617.—*Loctor Alonso Gámiz de Mendoza.*

El Licenciado Alonso de Cetina, Provisor y Vicario general deste obispado de Cádiz, etc. Doy licencia para que en esta ciudad y su obispado se pueda representar esta comedia, sin que en ello le sea puesto impedimento.—Dada en Cádiz, veinte y ocho de Junio de mil seiscientos y diez y siete años.—*Alonso de Cetina. Cristóbal de Vega.*

LA FIRMEZA EN LA HERMOSURA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Doña Elena Coronel.
Don Juan de Urrea.
El Conde de Urgel.
Doña Josefa de Luna.
Engracia.
Don Alonso.
Buñol., *gracioso.*
Un Paje.
Beltrán, *alcaide.*
Un Carcelero.
Escuderos.

La escena es en Zaragoza y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO

(Sala en casa de Doña Elena, en Zaragoza.)

ESCENA PRIMERA

Doña Elena, *con manto;* Engracia *sin él, y* Don Juan.

Juan. No has de ir, por vida mía.
Elena. ¿Vida y tuya? Toma, Engracia,
allá este manto.
(*Quitaselo y vase* Engracia.)
Juan. ¡Qué gracia!
¡Qué primor! ¡Qué cortesía!
Elena. Sólo en tu vida se fía
mi esperanza, y en su esfera
sus alivios considera;
que para mí no hay más mal
que el recelarte mortal,
porque eterno te quisiera.
Si á sospechas te provoco,
no, mi don Juan, suelto el manto;
mas vida que estimo en tanto
no la jures por tan poco.
Juan. Con tantas finezas loco,
aunque las adoro y precio,
mis méritos menosprecio;
porque llego á conocer,
mi bien, que no puede ser
tan dichoso quien no es necio.
Elena. Querer bien por elección,
y no por razón de estado
(queaunqueeste nombre le han dado
no sé que haya en él razón)
nunca va en diminución,
y si agora que niño es,
en los extremos que ves,
don Juan mío, te parece
que mucho te favorece,
juzga tú qué hará después.
Juan. La hermosura y discreción
reina pueden coronarte;
mas, Condesa, en esa parte
no ha acertado tu elección:
si amaras con proporción
lograras tus pensamientos;
pero recela escarmientos
mi mucha desigualdad;
fénix tú de la beldad,
y yo sin merecimientos.
¿Qué has visto en mí que te obligue
á tan prodigioso amor?
Noble nací; mas valor
á quien la dicha no sigue,
en vez de ayudar, persigue.
Mi padre fué el más valido
de un Rey poco agradecido;
y bien sabes, tú, señora,
que esto de «fué y no es ahora»
es desaire aborrecido.
Don Pedro el cuarto, «El Cruel»
le ha intitulado Aragón;
mas no yo, que este blasón
no es en los vasallos fiel.
Don Pedro, pues, cifró en él
de su favor el exceso;
pero imitó en su suceso

á los más que se le igualan;
que los privados resbalan
oprimidos con el peso.
Quitóle vida y estados;
que la fortuna y los Reyes
siguen unas mismas leyes
con sabios y con privados:
heredé solos cuidados
que á mi desdicha añadieron
lisonjeros que subieron
por mi padre á la privanza,
y, después, en mi mudanza,
aun pésames no me dieron.
Don Jaime, Conde de Urgel,
conmigo sólo propicio,
me recibió en su servicio,
librando mi suerte en él:
digno es que ciña el laurel
de Roma su heroica frente,
del Rey, cercano pariente,
y los dos ínclitos nietos
del cuarto Alfonso, respetos
con que á su sombra me aliente.
Este es todo mi caudal,
bellísima Elena mía;
yo el crepúsculo, tú el día;
tu sangre de estirpe real,
Condesa de Belrosal,
tu renombre Coronel,
tan generosa por él
que hizo el valor que te abona,
de tu coronel corona
digna del sacro laurel.

ELENA. Lección nueva al amor das;
sabré por ella, á lo menos,
que quien se presume menos
es digno de amarse más;
ocasionándome vas
á creer, cuando atropellas
tus prendas, que por tenellas
enajenadas te humillas,
ó que das en deslucillas
por no deshacerte de ellas.
Si es tu sangre casi real,
bien ves, por más que te abajes,
que, cuando no me aventajes,
en nobleza eres mi igual.
¿De la hacienda haces caudal,
don Juan mío? Compre y venda
amor vil, y ponga tienda;
que el noble que á reinar viene,
ni Consejo de Indias tiene
ni vió al Consejo de Hacienda.
Sirve al Infante de Urgel,
digno de mayor corona,
y pues tus prendas abona,
déjame que aprenda de él,
no de don Pedro el Crüel,
la noble satisfacción
de la discreta afición
con que su pecho te fía;
ó, pues que culpas la mía,
culpa también su elección.

JUAN. Tu entendimiento es de suerte,
que la victoria he de darte:
vivo, amores, de adorarte;
fuerza es que tiemble el perderte.
No por eso has de ofenderte,
que todo desconfiado
duda del dichoso estado
en que le encumbra el favor,
y con celos nunca amor
fué bien acondicionado.
Pacífico siglo goza
Aragón por la blandura
de nuestro Rey, que procura
cortejar á Zaragoza:
sigue la nobleza moza
su apacible inclinación,
que de las musas patrón,
entre ejercicios diversos,
se deleita con los versos,
y ampara su profesión.
Una comedia que ha escrito
el primero Rey don Juan,
en los conceptos galán
y en el asunto erudito,
sazona hoy el apetito
del gusto, que en las sentencias,
consonancias y cadencias
se alegra de la poesía;
que el alma es todo armonía,
y búscanla sus potencias.
Seis títulos y señores
la representan; tres damas
de la Reina encienden llamas
en laberintos de amores;
el Buen Retiro entre flores,
con que al Ebro el cristal bebe,
da el teatro en que se atreve
á hurtar á Plauto y Terencio
aplausos con que al silencio
admiraciones renueve.
Perder por mí fiestas tales
será fineza indiscreta,
pues, siendo Rey el poeta,
traza y versos serán reales;
tu vista aumente sus sales,
aunque has de dar ocasión
á que pierda su razón,
porque, ¿quién ha de tener,
si una vez te llega á ver,
en la comedia atención?

ELENA. ¿Para qué siembras enojos
que broten después agravios,
si me permiten tus labios
lo que me niegan tus ojos?
Don Juan, de ruegos tan flojos
conjeturar mi amor puede
que tu temor me concede
lo mismo que te desmaya,
y que el pedirme que vaya
es rogarme que me quede.

ESCENA II

Sale BUÑOL.—DICHOS, *menos* ENGRACIA.

BUÑOL. Más ha que por ti pregunta
el Conde Infante de una hora:
quien, sirviendo, se enamora,
contrarios extremos junta.
Quiere que en la quinta amena
la comedia de palacio

goces, ¡y tú, muy despacio,
Paris, ciego de esta Elena,
brujuleas regodeos
del dios *enrédalo todo!*
Vamos, que es tarde.

JUAN. ¿De modo,
amores, que tu deseo
he de estorbar? En fin, ¿quieres
que sin ti, Condesa mía,
salga la comedia fría?
No es justo: ven.

ELENA. Mas, ¡cuál eres!
Anda, don Juan, que yo sé
lo que el quedarme te agrada.

JUAN. Después de representada,
la comedia te traeré:
leerás su traza discreta,
y advertirásla mejor.

BUÑOL. No le haces mucho favor
con eso al dicho poeta.

JUAN. ¿Has de quedarte, mi bien,
sola, en efeto, y sin mí?

ELENA. Mientras que contempla en ti,
no lo está quien quiere bien.
(*Vanse* Don Juan *y* Buñol.)

ESCENA III

Sale ENGRACIA.—DOÑA ELENA.

ENGRAC. Doña Josefa de Luna
á nuestras puertas se apea. (*Vase.*)

ELENA. Querrá que con ella vea
esta fiesta, ya importuna
para mí, mas no es fineza
darle á don Juan pesadumbre.

ESCENA IV

Sale DOÑA JOSEFA.—DOÑA ELENA.

JOSEFA. La amistad vuelta en costumbre
es otra naturaleza.
Ha tanto, Condesa mía,
que las dos la profesamos,
que si á esta fiesta no vamos
juntas, suceder podría
que me pareciese mal,
sin merecerlo su autor.

ELENA. Débote en ese favor,
Marquesa, todo el caudal
que no tengo, y más ahora
que un estorbo que no digo
no me consiente ir contigo.
Permíteme tu deudora
hasta que en otra ocasión
me dé el gusto más espacio.

JOSEFA. Luego, ¿no has de ir á palacio?

ELENA. En yendo daré ocasión
á irremediables enojos.
Juramentada me dejan
celos que de mí se quejan
que no la han de ver mis ojos;
y el cumplirlo es tan preciso
como lo es el respirar.

JOSEFA. Mil cosas que maliciar,
Condesa, me da tu aviso.
¿Qué sería si una traza
nos quitase, doña Elena,
fiestas que el amor ordena
y la sospecha embaraza?
¿Sírvete el Conde de Urgel?

ELENA. Logrando en ti su cuidado
ese miedo es excusado.
No fuera yo amiga fiel
si, sabiendo que le quieres,
te le enajenara yo.

JOSEFA. Poco en respetos miró
la amistad en las mujeres.
Ni que lo tema te espante,
porque el Conde me ha pedido
con afecto encarecido
y con recelos de amante
que, si su quietud deseo,
pierda esta fiesta por él;
que está celoso el de Urgel
del Rey.

ELENA. Tan hermoso empleo
como el de tu amor, ¿qué mucho
que del mismo sol te guarde?
Mas si el Conde hiciera alarde
de servirme, como escucho
á tus sospechas, ¿quién duda
que en no ir allá te empeñaba,
porque si me declaraba
su pasión, hasta aquí muda,
deseoso de obligarme,
no diese á celos lugar,
á costa de tu pesar?
Y así, no había de privarme
de una fiesta majestad
á quererme el Conde bien.

JOSEFA. Amiga, los celos ven
más que la seguridad.
Esto, por malicia, pase.

ELENA. Pues ahora, ¿adónde vas?

JOSEFA. Puede otro precepto más,
y dudo, si le quebrase,
esperanzas en vislumbres
que el pecho obligado esconde.

ELENA. ¿Mudable tú?

JOSEFA. Fuélo el Conde,
y imito yo sus costumbres.
Ruégame don Juan de Urrea,
con todo encarecimiento,
que en este entretenimiento
asista, porque desea
saber á cuál de los dos
obedecen mis cuidados
en gustos tan encontrados.

ELENA. ¿Qué dices? (*Aparte.*) ¡Válgame Dios!
¿Don Juan te pretende á ti?
¿Don Juan al Conde compite?

JOSEFA. Pocas lealtades permite
amor, ciego frenesí.

ELENA. ¿Qué maravillas no harán
tus divinas perfecciones?
En efecto: ¿te dispones
á atropellar por don Juan
con el Conde?

JOSEFA. De manera
que, sin que pierda con él,
cumpla yo con el de Urgel
y con don Juan, que me espera.

ELENA. Si es tu ingenio para tanto,
mucho tus trazas le deben.
JOSEFA. ¡Cómo á esas cosas se atreven
los disimulos de un manto!
Pero, en efeto: ¿no admites,
Condesa, el venir conmigo?
ELENA. Ya mi imposible te digo.
JOSEFA. En las finezas compites
con tu hermosura. Las dos
no somos de un parecer;
pero, pues sin ti he de ver
la comedia, amiga, adiós. (*Vase.*)

ESCENA V

Sale ENGRACIA.—DOÑA ELENA.

ELENA. No sé cómo mi pasión
ha disimulado tanto.
Engracia, vuélveme el manto.
¡Disfrazada la traición
con halagos y caricias!
Pero sí, que deslealtades,
cuando afectan humildades,
nunca vienen sin malicias.
(*Pónense las dos los mantos.*)
Registrarán mis enojos
verdades que lloren luego;
que, puesto que amor es ciego,
los celos son todos ojos.
Cubre el rostro, y ven conmigo.
ENGRAC. Esperando el coche está.
ELENA. Más presto que él llegará,
Engracia, el temor que sigo,
que lleva alas en los pies;
no quiero que por el coche
saquen quién soy esta noche,
dando que decir después.
ENGRAC. Pues ¿qué intentas?
ELENA. Que, sin verme,
desdichas pueda mirar;
que me muero por hallar
lo que, hallado, ha de perderme.
(*Vanse.*)

ESCENA VI

(Entrada de un jardín. Es de noche.)

EL CONDE *y* DON JUAN.

CONDE. Confiésote que tiene
el Rey buen gusto, y que es este recreo
de príncipes empleo,
porque á cifrarse en la comedia viene
cuanto entretenimiento deleitoso
es alivio del noble y ingenioso.
JUAN. De ti, señor, se ampare
Apolo defendido.
CONDE. Dichoso hubiera sido,
aunque el Rey en su abono se declare,
á celebrar su fama
doña Josefa, pues con ser su llama
de las de amor amiga,
las musas, que aborrece, desobliga.
No he podido con ella
que vea la comedia, y te confieso
(ya sabes que en sus ojos vivo preso)
que, por no hallarse en ella,
para mí ha de faltarla
la sazón que tuviera con mirarla.

ESCENA VII

Sale DOÑA ELENA, *tapada*.—DICHOS.

ELENA. (*Llegándose al* Conde *y apartándole de* Don Juan.)
Vuestra Alteza sea servido
de escucharme dos palabras,
que le han de importar no poco.
CONDE. Decid, que no hay importancia
que para mí pueda serlo
como el servir á las damas;
pero abreviad, si es posible,
que advertirá el Rey mi falta
si no asisto en su comedia.
ELENA. Vos pensáis que queda en casa
la belleza que os hechiza,
y en prueba de que os engaña,
disimulada y cubierta
es oyente de la farsa;
porque cierto amigo vuestro,
que os compite, se lo manda.
CONDE. ¿Qué decís?
ELENA. Lo que es, sin duda.
CONDE. ¿Y quién es el que maltrata
obligaciones de amigo,
fiscal vos de su fe falsa?
ELENA. Eso adivinadlo vos
y registrad circunstancias
de afectos, cuidados, señas,
entre los que os acompañan;
que en fe de que amor es ciego,
creyendo que todos andan
de la suerte que él, sin vista,
pocas veces se recata.
CONDE. Algo os duele á vos, señora,
este recelo.
ELENA. Me abrasa
la vida su ingratitud,
el corazón sus mudanzas.
CONDE. Fiadme, pues, su noticia,
que, volviendo por mi causa,
de camino haré la vuestra,
ya que á los dos nos agravia.
ELENA. No lo he yo de poner todo:
lo que os he advertido basta
para que estudiéis atento
quién de los que os sirven anda
esta noche en la comedia
diligenciando tapadas;
que acciones inadvertidas
son lenguas que mudas hablan.
CONDE. Pues no habéis vos de eximiros,
siendo parte interesada,
de tan precisa advertencia.
ELENA. ¡Ay, Conde Infante! que es tanta
la fuerza de mis congojas,
que, para certificarlas,
en fe del mal que han de hacerme
desvelándose mis ansias,
aunque me pese, es sin duda
que será en mi vigilancia

un lince cada sentido,
un Argos cada pestaña.
(Saca un lienzo, descubierta la mano, y, sin descubrir el rostro, enjuga los ojos.)

CONDE. ¡Qué caros compráis, señora,
esos celos, pues os sacan
prendas del alma á los ojos!
¡Ay, mano hermosa! Tornadla
al guante, que es mi homicida,
y hiela al tiempo que abrasa.

ESCENA VIII

UN PAJE.—DICHOS.

PAJE. Ya se han sentado los Reyes. *(Vase.)*
CONDE. Entrad, señora. *(Aparte.)* Si iguala
el talle á la discreción,
y á la mano, amor, la cara,
á sus celos tengo envidia,
y, aunque ofendido, feriara
con el desleal amigo
por ésta á Josefa ingrata.
(Vanse los dos.)

ESCENA IX

DON JUAN *solo.*

¡Notable facilidad!
¡Válgame Dios! ¡Qué contrarias
son juventud y firmeza
del poder y la inconstancia!
Confiesa el Conde que adora
á doña Josefa, y cuantas
aventuras se le ofrecen
le llevan tras sí.

ESCENA X

Sale BUÑOL.—DON JUAN.

BUÑOL. ¿Qué aguardas?
¿De qué son los soliloquios
ermitaños?
JUAN. Comparaba,
con el del Conde, mi amor;
tan difíciles mis llamas
de ofender la prenda mía
como las suyas livianas,
pues cuantas mira apetece.
BUÑOL. ¿Qué quieres? El Conde baila
al son que doña Josefa
le tañe, pues no se cansa,
por enjaularte en su amor,
de ponernos añagazas.
JUAN. ¡Qué inútiles diligencias!
BUÑOL. Eres la lealtad de España.
Pero veamos las fiestas.
JUAN. ¿Qué fiestas, necio? ¿Pagara
finezas de Elena así?
Privase ella, por mi causa,
de verlas, siendo mujer,
y, cuando se queda en casa
por no ocasionar mis celos,
¿tendré yo gusto en gozarlas?
Cadáver soy sin Elena.
BUÑOL. Perfúmate, pues se aparta;
que olerás á cuerpo muerto,
si eres cadáver sin alma.
JUAN. No murmures lo que ignoras;
pero, entretanto que gasta
la comedia el tiempo en burlas,
las veras que me regalan
vamos á ver: sepa Elena
que sabe mi amor pagarla
primores del mismo estilo
que los suyos.
BUÑOL. No es hazaña
provechosa, si en ti sueña,
á las doce despertarla.
Déjala amar á cierra-ojos.
JUAN. No duerme quien teme y ama,
pues quedando recelosa
de que sin ella en la farsa
bellezas advenedizas
solicitan mi mudanza,
mal dormirá mi Condesa.
BUÑOL. Mal ó bien, si no es fantasma,
celos y sueños á sorbos,
ya suspiran, ya descansan.

ESCENA XI

ENGRACIA, *cubierta el rostro.*—DICHOS.

ENGRAC. *(Sin verlos.)* La multitud de la gente
que entró de tropel, fué tanta,
que nos desencuadernó.
No está Don Juan en la sala:
buscarále la Condesa,
y si de la fiesta falta,
creyéndole en otros gustos,
tragedias nos amenazan,
que pagaré yo por todos.
Esperaréla á que salga,
pues ha de ser por aquí.
Quiera el cielo que no caiga
sobre mí este torbellino,
porque siempre las criadas
hemos de llevar á cuestas
los disgustos de las amas.
Las congojas del calor
me están asando la cara.
(Descubre el rostro.)
Perdióseme el abanillo.
¡Jesús! quiero desahogarla;
que aquí y de noche, no luego
han de dar conmigo.
JUAN. ¡Engracia!
ENGRAC. ¡Válgame el cielo!
JUAN. ¡Aquí y sola!
BUÑOL. ¿Al primer tapón zurrapas?
JUAN. Pues ¿dónde bueno? ¿A quién buscas?
¿Con quién vienes? ¿A qué causa,
si entraste á ver la comedia,
la dejas medio empezada?
¿No he merecido, en efeto,
que una fiesta perdonara
por excusar mis temores?
Quien en lo pequeño falta,
¿qué hiciera, Engracia, á pedirla
dificultades más arduas?

¿Qué preceptos temió Elena?
¿Quién es el dueño que manda
más que yo en su voluntad?
Dímelo, ansí satisfaga
eternamente dichosas
el cielo tus esperanzas.

ENGRAC. Señor don Juan, deteneos:
mirad que ciego os arrastran
por extraños descaminos
los desaires que os abrasan.
Por lo menos, de más fondo
es la amante fe que os guarda
mi señora, pues, sin duda,
no da crédito arrojada.
Avisáronla no ha un hora
que obligastes á una dama
á que, viniendo encubierta,
os diese lugar de hablarla.
No lo creyó; mas temiólo,
que el recelar en quien ama
es fineza, y grosería
culpar, en duda, mudanzas.
Ordenóme que os siguiese,
dióme un caballero entrada,
discurrí todo el salón,
buscándoos la vigilancia
de mi solícita agencia,
que fué, os certifico, tanta
que hasta el vestuario mismo
registré disimulada.
Presumí, como no os vía,
que la comedia os feriaba
en otra parte ocasiones
con la belleza indiciada,
y que, fingiendo sospechas,
obligasteis á que en casa
se quedase mi señora,
porque en ésta no os echaran
menos amantes desvelos,
que buscan lo que les daña.
Sacásteisme mentirosa,
pues donde no os busco, os hallan
inocentes mis quimeras,
si bien en razón fundadas.

JUAN. Si eso es así, Engracia mía,
en albricias de ser falsas
mis sospechas, las perdono.
¿Que está mi Condesa en casa?
¿Que á ser mi escolta te envía?
¿Que su firme amor realzan
celos que le hacen perfeto?

ENGRAC. Con tanto rigor la tratan,
que han de valerme estas nuevas
más de dos joyas ó galas.

JUAN. Lucirán, si en nombre mío,
con ésta las acompañas.
(*Quítase* Don Juan *una sortija y dásela á* Engracia.)

ENGRAC. Recíbola por ser vuestra;
y adiós, porque amor que aguarda
ó desengaños ó alivios,
juzga eternidades largas
las dilaciones más breves.

JUAN. Obligarásme, si callas
malicias de mis sospechas,
infinito.

ENGRAC. Sosegarla
pretendo yo, no afligirla.

BUÑOL. Hablaste tan elegante,
Engracia, en tu legacía,
que me vas cayendo en gracia.
(*Vase* Engracia.)

ESCENA XII

Sale DOÑA JOSEFA, *cubierto el rostro.*—DICHOS, *menos* ENGRACIA.

JOSEFA. ¡Qué poco, señor don Juan,
os preciáis de adulador,
cuando del Rey el favor
los que en su comedia están
afectan! ¿Y vos, ingrato,
por bellezas de acarreo
que os diviertan el deseo
perdéis tan gustoso rato?
¿Cómo verla no queréis,
y á sus umbrales estáis?
Cuanto más os acercáis,
más á su dueño ofendéis;
que el escuchar celebrarla
es premio del escribirla;
pero el no querer oirla
es peor que el murmurarla.
Poco el amor os abrasa
de la belleza que, ausente,
empeñándoos obediente,
se queda por vos en casa.
Pero podréis disculparos
diciendo que, aunque es hermosa,
la pretendéis para esposa
y queréis ejercitaros
en manüales favores;
que damas de poca estima
son como espadas de esgrima
en que se ensayan amores.
Si ésta (1) en mi pecho estuviera,
sin hacer tanta confianza,
temiendo vuestra mudanza,
disimulada viniera,
dándome crédito á mí,
á ver lo que en vos tenía;
pero, don Juan, ¿qué sería
si esto hubiese sido ansí?
Dígolo, porque he advertido
á los pies de cierto Conde
no sé qué manto, que esconde
con melindre divertido,
que, por deslumbrar enojos,
en el tal Conde ocupaba
los oídos que le daba,
y en vuestra busca los ojos.

JUAN. ¿Quién seréis vos, mi señora,
que, fiscal de mis costumbres,
dais corteses pesadumbres
y obligáis, murmuradora?
Pero, ¿qué manto, qué Conde,
qué prenda á sus pies es ésa?

JOSEFA. Espíritus de Condesa
manifiesta lo que esconde
y lo bien que os obedece.
Si os importa, conocella;
el Conde sale con ella:
ved que alabanzas merece.

(1) Ella, vuestra dama.

ESCENA XIII

DOÑA ELENA, *tapada, y el* CONDE.—DICHOS.

ELENA. No desdore Vuestra Alteza
generosas cortesías
que le debe mi recato,
ni conocerme permita.

CONDE. No queráis tampoco vos,
prodigioso y bello enigma
de quien por fe os idolatra,
que ésta os adore sin vista.
Dadme licencia que os vea.

ELENA. ¡Ay, Infante! ¡Y qué distintas
pasiones nos desconforman,
y mi quietud martirizan!
Aquel hombre, Conde Infante,
(*Señalando á* Don Juan *que sigue hablando con* Doña Josefa.)
aquel hombre, que entre indignas
ingratitudes desmiente
la fe con que se acredita,
es quien, perjuro á finezas,
desleal, os desestima;
descompuesto, se os opone;
tirano, mi enojo incita.
Perdonadme; que impaciencias,
la vez que se precipitan,
ni saben guardar respetos
ni advierten en cortesías.
(*Apártase del* Conde *y vase llegando á* Don Juan *sin descubrirse.*)

CONDE. (*Ap.*) Aquél, ¿no es don Juan de Urrea?
Luego, si como me avisa,
disfrazada, esta ponzoña,
contra su lealtad conspira,
y osa hacerme competencia,
la dama que solicita
es la Marquesa inconstante.
¡Ay, sospechas homicidas!
duplicado habéis mis celos,
y con ellos se duplican.

JOSEFA. Don Juan, estimad extremos
de quien por vos no hace estima,
de blasones coronados
que mis imperios humillan.
Mudanzas piden mudanzas,
que en quien agravios castiga
no hay venganza más airosa
que olvidar á quien olvida.
Y porque llega el Infante,
adiós.
(*Llégase á* Doña Elena, *y dícela aparte.*)
¡Ay, Condesa amiga!
¡Qué de ello don Juan me debe!
¡Qué bien empeños desquita!
Adorándole, me adora.
No hay Conde que le compita,
no hay Rey que se le compare.
Loco queda; voy perdida. (*Vase.*)

ESCENA XIV

DICHOS, *menos* DOÑA JOSEFA.

ELENA. (*A* Don Juan *aparte, descubriéndose.*)
En mitad de mis enojos
les debo tanto á mis iras,
desconocido don Juan,
que, templada, aunque ofendida,
vengo sólo á preguntaros.

CONDE. (*Aparte, mirando á* Doña Elena.)
Corrió á la imagen divina
del sol estorbos molestos,
amor, ciega monarquía.
¡Válgame su luz hermosa!
¿No es la que mis celos miran
doña Elena, en quien la fama,
para enmienda de la antigua,
tanta clausura blasona,
tanto recato nos pinta,
tanto retiro encarece,
tanto desdén nos intima?
Pues ¿cómo sola y de noche
créditos desautoriza,
y, arriesgando honestidades,
en don Juan desvelos libra?

ESCENA XV

UN PAJE.—DICHOS.

PAJE. Conde Infante, el Rey os llama.
(*Vase.*)

CONDE. (*Ap.*) Llamas, llamándome, atiza,
que con lo imposible crecen.
¡Ah, cielos! ¡que en tan precisa
ocasión el Rey me estorbe!
(*Llégase á* Don Juan *y le habla aparte;* Doña Elena *vuelve á cubrirse.*)
Don Juan, esa dama es cifra
de todas mis esperanzas,
ni negadas, ni admitidas.
Débola mudos agrados
esta noche, aunque no vista
(que no he sido tan dichoso),
por lo menos, advertida
á pasiones consultadas.
Si mi respeto os obliga,
entretanto que al Rey veo,
detenedla y divertidla,
que presto daré la vuelta.
Mirad que me va la vida
en esto, y que si se ausenta,
la vuestra, don Juan, peligra.
(*Vase el* Conde, *y descúbrese* Doña Elena.)

ESCENA XVI

DICHOS, *menos el* CONDE.

JUAN. Vuelve á preguntarme ahora,
para que inocencias finjas,
¿qué tantas almas me alientan,
ó cómo está dividida,
si el ser á una sola debo,
en bellezas tan distintas,
la que tu firmeza agravia,
la que mi lealtad derriba?
Encaréceme primores
de la fe que desperdicias
en empleos mal pagados
que al escarmiento retiras.
Mira, ingrata, si salieron

mis sospechas profecías,
falsedades tus finezas,
certidumbres mis desdichas.
Porque á esta fiesta faltases,
atravesando mi vida,
pensé obligarte con ella:
¡qué primorosa! ¡qué fina,
disimulando cautelas,
dijiste por encubrirlas:
«¿Vida y tuya? Toma, Engracia,
allá este manto.» ¡Ah fallidas
confianzas en mujeres;
cuando más se hiperbolizan
más lejos de las verdades,
más cerca de las malicias!
¡Qué necio yo al escucharte:
«Sólo en tu vida se cifra
mi esperanza, y en su esfera
todos mis gustos estriban»!
Ya consiguió diligencias;
ya á tu cara sacrifica
llamas de amor inmortales,
si antes que te viese, tibias.
¿Qué más medras? Ya te adora.
¿Qué más triunfos? Ya le humillas.
¿Qué más lauros? Ya te tiembla.
¿Qué más penas? Ya me olvidas.

ELENA. ¡Ah desleal! Homicida (1)
de esperanzas en ti secas,
¿dobleces tuyas me aplicas?
¡Lisonjero me persuades
á que á las fiestas no asista,
por celebrar sin pensiones
las que tu traición fabrica!
Al Infante he de querer.

JUAN. Ya le quieres; no me digas
sino que le has de olvidar;
que en ti con la mesma prisa
que se abrasan tus afectos,
las mudanzas los entibian.
Mas, porque mejor los logres,
yo buscaré medicinas,
en tu ausencia poderosas,
contra el fuego que me hechiza.
Yo mudable, tú liviana,
alejaré mi noticia
de suerte de las memorias
de mi patria, que no impidan
ambiciones de tu empleo;
yo discurriendo provincias,
que Aragón, que España ignora,
que más la aspereza enrisca,
huyendo Circes que encantan,
esfinges que precipitan,
sirenas que lisonjean,
Medeas que desatinan,
en los desiertos alegre
donde las fieras habitan,
donde los áspides moran
y basiliscos anidan,
más seguro en su veneno
que en tus aleves caricias,
que en tus dobladas ficciones,
que en tus finezas de alquimia,
te vengaré con vengarme
de mis esperanzas mismas,
necias por mal empleadas,
bárbaras por presumidas.
No aguarden verme tus ojos,
no nuevas que, compasivas,
tarde tus lástimas muevan
para llorar mis desdichas;
que no lo son, aunque maten,
las que, cuerdas fugitivas,
de tus engaños me ausentan,
de tus traiciones me libran;
pues cuando me rediman,
serán de mi naufragio alegre calma.
(*Vase.*)

ELENA. Tenedle, cielos, que me lleva el alma.

(1) Falta un verso; pero como el sentido está completo, parece que debió ser descuido del autor, y se ha respetado.

ESCENA XVII

Salen el CONDE *y* ESCUDEROS.—DICHOS, *menos* DON JUAN.

CONDE.

¿Qué es esto?

DOÑA ELENA.

¡Ay, hado fiero!
que se ausenta don Juan, que sin él muero;
que sin remedio lloro;
Infante, que me deja, que le adoro.
Id tras él, detenedle.

CONDE (*Aparte.*)

¡Ah, rabiosas envidias! ¡Ah, rebelde pasión!
(*A los* Escuderos.) Llevadle preso.
(*Vanse los* Escuderos.)
¡Doblarme agravios, y quitarme el seso! (*Vase.*)

DOÑA ELENA (*Siguiéndole.*)

Préndanle, Conde, pues nos ha ofendido;
que más le quiero preso que perdido.

ACTO SEGUNDO

(Sala en casa de Doña Elena.)

ESCENA PRIMERA

DOÑA ELENA *y* ENGRACIA.

ENGRAC. Ya te he dicho de la suerte
que la noche del festín
á las puertas del jardín
se quedó por no ofenderte,
pareciéndole delito
ver la comedia sin ti,
sin osar pasar de allí.

ELENA. ¡Ay, Engracia! que aunque admito
finezas que me encareces,
sólo porque tú las dices,
temo lances infelices
que me asombran cuantas veces

mis desdichas considero.
Partióse el Rey á Cerdeña,
y el Conde, que se despeña
tras su apetito ligero,
quedó por Gobernador,
ó Virrey de esta corona.
Si éste, pues, porque blasona
que le enloquece mi amor,
á don Juan mandó prender,
y, para desdicha mía,
guarnece de tiranía
los presidios del poder,
¿resistirále mi amante?
¿Qué amenaza, qué promesa,
por que admita á la Marquesa
por esposa, el Conde Infante
ha perdonado? ¿Hay firmeza
en el más valiente amor,
que, coronado el rigor,
amenace la cabeza
del súbdito en tal fortuna,
y ose resistir constante?
Don Juan es pobre, el Infante
con la Marquesa de Luna
le ofrece benigna estrella;
pídele ésta enamorada;
yo, Engracia, soy desdichada,
mi contraria rica y bella;
don Juan solo y perseguido,
el Infante casi rey;
la necesidad sin ley,
interesable el olvido;
contra tantos, ¿qué podrán
resistencias del más fuerte?
No dudes, pues, de mi muerte
en dejándome don Juan:
luego mejor es morir
y acabar con mis temores.

ENGRAC. Entre tanto que eso ignores
el esperar y el sufrir
es de ánimos generosos;
cuanto y más que no sé yo,
si por tu causa olvidó
los extremos amorosos
el Conde de la Marquesa,
que te esté mal un amante,
en la calidad Infante,
con quien tu casa interesa
esperanzas cuyo fin
te haga Reina de Aragón.
No tiene el Rey sucesión;
solamente don Martín,
su hermano, si éste muriese
sin hijos, es quien le hereda,
y luego el Conde, en quien queda
esta corona; si fuese
tan propicia tu fortuna
que pasase tu beldad
de condesa á majestad,
y la Marquesa de Luna,
que agora temes en vano,
envidiándote después,
se te postrase á los pies
y te besase la mano,
¿culparías tu elección?

ELENA. Ten, que por verme reinar
llevas traza de matar
toda una generación.
El Rey (déle Dios mil vidas)
es mozo y recién casado,
sin que admita mi cuidado
esperanzas homicidas.

ESCENA II

DON JUAN.—DICHAS.

JUAN. Para que me des albricias,
para excusarte congojas,
para alegrarte esperanzas
y para borrar memorias,
he feriado de mi alcaide
con dádivas y lisonjas
permisiones de tu vista
solamente por media hora.
Volveréme dentro de ella,
que dejé mi fe fiadora,
y, aunque la juzgas fallida,
quien la conoce la abona.
¡Ah Elena! á ser yo agorero,
temiera el ver que te nombras
como la que, por mudable,
llevó tragedias á Troya.
No en vano advierten presagios
que las estrellas apropian
los nombres á las costumbres,
porque tal vez se conforman.
Excusara yo desdichas,
á advertir mi afición loca,
que fuera asombro ser firme
siendo Elena y siendo hermosa.
Digna de imperios naciste,
ya pisas casi coronas,
un Infante te apetece,
con él tus afectos logras.
Virey Aragón le adula;
quítale dos letras solas
al *virey*, gozarás reina
majestades á mi costa,
que para desocuparte
quien me persigue y te adora,
engaños que me vendiste,
me notifica que escoja
ó el cuchillo mi garganta,
ó esta noche por esposa
á la Marquesa de Luna.
¡Proposición rigurosa!
pues *mar*, que empieza *Marquesa*,
y *Luna*, inconstancias toda,
¿qué han de dar lunas y mares
si no son mudanzas y olas?
Muera yo, Elena, mil veces,
que por ti mil serán pocas;
mas porque doña Josefa,
que ingrato á su amor me nombra,
no se queje de mí, dila
que la coyunda amorosa
del tálamo pide un alma
de sus potencias señora,
y que no es dueño la mía
de sí, porque me la roban
ingratitudes mudables
que tu inconstancia pregonan.
Que si tú me la volvieras,

pudiera ser que en dichosas
correspondencias pagara
finezas que amor retorna.
Mas, pues me parto á morir,
finge siquiera que lloras
pérdidas de un amor firme;
seránme tus penas glorias,
con que, aliviado, fenezca,
pues disminuyen congojas
lágrimas del enemigo,
si la compasión las brota.
Pero no llores, Condesa;
que si entre el jazmín y rosa
de tus mejillas te atreves
á finezas tan costosas,
podrá ser me resucites;
pues un alma en cada aljófar,
tras la noche de mi muerte,
me dará vida tu aurora.
Goza, ingrata, al Conde Infante,
y plegue á Dios si le gozas,
que Aragón con su diadema
te ofrezca sus barras rojas;
que yo, si en el otro mundo
se tiene de éste memoria,
y amor al alma acompaña,
te prevendré protectoras
la fortuna y las estrellas
por que tu dicha dispongan,
tus esperanzas alegren
y fertilicen tus bodas.
El alma, Elena, te dejo;
trátala bien, que fué forma
de un corazón en que estuvo,
idólatra de tu copia.
Y adiós; que queda en rehenes
mi palabra, y más importa
morir que vivir quien deja
su fama por sucesora. (*Quiere irse.*)

ELENA. Espera, mi bien, y advierte,
aunque airado te retiras,
que no ofenden con mentiras
los que están, cual tú, á la muerte.
(*Dale la mano.*)
¿Dasme el *sí* de esposo y dueño,
y del modo que las palmas,
anudándonos las almas,
haces de la tuya empeño?

JUAN. ¡Ay dulce prenda! pequeño
mi mérito á tal favor,
ya moriré sin temor,
viviendo tú siempre en mí.
En la brevedad de un *sí*
te ofrezco un eterno amor.

ELENA. Pues ya corre por mi cuenta
la integridad de tu fama;
no la abrasará la llama
de quien profanarla intenta:
por la tuya, esposo, asienta
tu honor; velando sobre él
tú cuidadoso, yo fiel,
conservémosle de suerte,
que, aunque se oponga la muerte,
no nos le eclipse el de Urgel.
Medios la industria me enseña
con que, antes que la belleza
del sol trueque la tristeza
de la noche en alegría,
si logro la industria mía,
exageres mi firmeza.

JUAN. En manos de tu consejo
queda, Elena, nuestro honor.
¡Qué receloso mi amor
se aparta cuando te dejo!

ELENA. La honestidad es mi esposo.

JUAN. Sí; pero los de cristal
defiéndense, esposa, mal.

ELENA. A más riesgos, más cuidado,
porque en lo más delicado
se desvela el que es leal.

JUAN. ¿Si te persiguen?

ELENA. Sufrir.

JUAN. ¿Si te combaten?

ELENA. Vencer

JUAN. ¿Si te prenden?

ELENA. Padecer.

JUAN. ¿Si te apremian?

ELENA. Resistir.

JUAN. ¿Si te violentan?

ELENA. Morir.

JUAN. Pues en la fortuna extrema,
mi bien, si dura su tema,
sufrir, padecer, penar;
que en la honra hasta triunfar,
no hay peligros que amor tema.
(*Vanse por diferentes puertas.*)

ESCENA III

(Sala en el palacio del Conde.)

DOÑA JOSEFA *y el* CONDE.

JOSEFA. Mudéme porque os mudasteis,
señor Conde; que hasta en esto,
imitándoos las costumbres,
me debéis el pareceros.
Dejáisme por la Condesa,
y, así, por don Juan os dejo;
de celos éste me abrasa
si aquélla os mata de celos.
Iguales en las pasiones,
una fortuna corremos,
un imposible seguimos,
una desdicha tememos.
Sólo nos diferenciamos
en que vuestro amor, ni cuerdo,
ni cortés, ni generoso
(perdonadme, que no puedo
dejar de decir verdades),
con el apetito, ciego;
con el poder, arrojado;
con la privanza, soberbio;
tirano os volvéis de amante,
y, atropellando los medios
que la esperanza consiguen,
os valéis de los violentos.
Tan leal os ha servido
don Juan, que sus pensamientos,
con ser átomos del alma,
no han desmandado deseos
que merezcan reprimirse;
pues con saber de los vuestros
cuán inconstantes se mudan,
sólo por haberlos puesto

de burlas en mí, han bastado
á que me pague en despegos
finezas que de algún modo
disminuyen mi respeto.
Dejóme por no dejaros,
perdióme por no perderos,
solicitáisle á su dama,
tenéisle, por ella, preso,
¿y amenazáisle la vida?
¡Hazaña digna por cierto
de un Infante, de un Virrey,
de un señor que, agradeciendo
tal lealtad, tales servicios,
libra á la crueldad los premios,
las venganzas al verdugo
y su garganta al acero!
Conde Infante: yo le adoro;
envidio, lloro, enloquezco;
de imposible amor me abraso;
estoy perdida de celos.
Pero, aunque, menospreciada,
de su ingratitud me quejo,
y á la Condesa persigo,
no presumáis que pretendo
torcer con las amenazas
la voluntad que apetezco,
ni que, á costa de su vida,
se venguen mis pensamientos.
Aborrézcame don Juan
y viva, mientras padezco,
siglos, para mí de agravios,
como él se deleite en ello;
que si en su conservación
mis esperanzas aliento,
¿cómo podré sustentarlas
yo sin alma y don Juan muerto?
No, Conde, no haréis tal cosa;
que es don Juan en este reino
veneración de los mozos,
admiración de los viejos,
el triunfo de las hazañas,
la escuela de los discretos,
la envidia de los Narcisos,
el sol de los caballeros.
Tiene parientes ilustres,
tiene la Condesa deudos,
tiene espíritus amantes,
y yo también, Conde, tengo
resolución generosa,
armas, vasallos y esfuerzo
para poner, por librarle,
mi vida y estado á riesgo.

CONDE. ¡Venturoso en sus desgracias
es don Juan si alcanzó extremos
en la Condesa y en vos
semejantes! ¡Oh, si el cielo
de mi fortuna y la suya
hiciera un lucido trueco,
dándole yo mis estados,
dándome él merecimientos,
de tanta experiencia dignos!
Sazonara yo con ellos
pobreza y persecuciones
y no duplicara celos.
Pero, aunque culpáis mi enojo,
añadiéndome los vuestros,
no penséis que, destemplado,
porque le envidio, me vengo.
Quitóle vida y privanza
á su padre el Rey don Pedro,
porque, parcial del navarro,
se carteaba en secreto
con él, en ofensa suya,
y á no descubrirse intentos
de su fallida lealtad,
alborotara estos reinos.
Don Juan Jiménez, su hijo,
es justamente heredero
de su sangre y sus acciones:
enseñaros cifras puedo
que al segundo don Enrique
de Castilla remitieron,
y á don Sancho el de Navarra,
don Juan y otros. Mas ¿qué es esto?

ESCENA IV

BELTRÁN.—DICHOS.

BELTRÁN. Vuestra Alteza, gran señor,
advierta que la Condesa
de Belrosal atraviesa
solicitudes de amor
contra la fe y la lealtad
que vuestra alteza me fía.
Corriendo por cuenta mía
la guarda y seguridad
de don Juan, no han de torcerme
promesas de este papel.
(*Dásele y léele el* Conde *para sí.*)
Pídeme que huya con él,
y promete enriquecerme
si le saco de Aragón
y en Navarra le aseguro;
pero yo sólo procuro
cumplir con la obligación
de la lealtad, que es mi espejo.

CONDE. ¡Disculpad, Marquesa, ahora
á vuestra competidora!
Decid que llevarme dejo
de pasiones y venganzas.
Ved si don Juan me sacó
verdadero.

JOSEFA. Ya sé yo
lo que pueden asechanzas
que buscan contra su vida
alguna disculpa honesta.

BELTRÁN. Doña Elena está dispuesta
también para la partida.

CONDE. Según lo que escribe aquí,
huir intenta con él.

JOSEFA. Aunque puede ese papel
ser fingido, haced por mí,
señor Infante, una cosa:
podrá ser, si la alentáis,
que el efeto consigáis
de vuestra pena amorosa.
¿No decís, Alcaide, vos
que la Condesa os escribe
que esta noche se apercibe
para salir con los dos
huyendo de esta corona
á Navarra?

CONDE. Ansí lo afirma
esta letra y esta firma.

JOSEFA. Pues si la dicha sazona
mis industrias, no dudéis
del fin que amor nos promete.
Dé á don Juan ese billete
el Alcaide, y vos haréis
depositar la Condesa,
sacándola de su casa;
pues, en fe de lo que pasa,
podéis retirarla presa.
Estaré yo en su lugar;
vendrá don Juan, todo amor,
reconocido á favor
tan digno de celebrar;
persuadiréle amorosa
que, deudor de mi cuidado,
yo la libertad le he dado,
pues su dama, temerosa
de culpas que la atribuyen,
sin saberse adónde, huyó.
En los nobles bien sé yo
lo que obligan y concluyen
beneficios y firmezas;
siéndolo, pues, don Juan tanto,
ni descortés á mi llanto,
ni mármol á mis ternezas,
ha de dejar de pagarlas.
Mas, cuando no lo consiga,
y leal á mi enemiga,
persevere en despreciarlas,
viniendo en su busca vos,
riguroso y indignado
por la prisión que ha quebrado,
y hallándonos á los dos
solos y juntos, diré
que mi firme voluntad
se arriesgó á su libertad,
y que él, pagando la fe
de mi amor, se ofrece á darme
palabra y mano de esposo.
Imploraréos generoso,
y vos, cortés, al postrarme
á vuestros pies, ya templado,
diréis que á mi intercesión
confirmáis con el perdón
la palabra que me ha dado.
¿Tendrá don Juan en tan poco
su fama, mi voluntad,
su vida, su libertad,
que por doña Elena loco,
riesgos á riesgos añada,
al poder indignaciones,
á mis quejas sinrazones
y que no le persüada
tanto amor, peligro tanto?
No, Conde, no lo creáis.
De este modo aseguráis
la salida de este encanto;
porque cuando don Juan niegue
que el *sí* me ofreció de esposo,
no será dificultoso
hacer que el Alcaide alegue
haberse hallado presente
á nuestro honesto contrato.
Aborrecerále ingrato
la Condesa, y, si es prudente,
por sólo vengarse de él
admitirá vuestro amor.

CONDE. Aunque pudiera el rigor
valerse de este papel,
y atajar con su castigo
estorbos á mi esperanza,
venza por vos mi templanza;
seréis vos misma testigo
de que, ofendido y celoso,
perdono. Vaya Beltrán
á la prisión por don Juan;
persüádale ingenioso
á que, en fe de ser hechura
de la Condesa, que está
esperándole, pondrá
su lealtad en aventura;
déle el papel que le ha escrito,
(Vuélvesele.)
y en su casa, vos, Marquesa,
sazonad cuerda esta empresa,
mientras yo la deposito,
y ayude amor mis quimeras,
dando á mis penas salida.
JOSEFA. *(Aparte.)* Don Juan, libre yo tu vida,
y, mas que nunca me quieras.
(Vanse.)

ESCENA V

(Cárcel dentro del palacio.)

ENGRACIA y BUÑOL.

ENGRAC. Vengo á verte en las desgracias
de tu prisión cada día,
y ¡háblasme ansí!
BUÑOL. *(Llorando.)* Engracia mía,
no está el tiempo para gracias.
ENGRAC. ¿Lloras?
BUÑOL. Lloro, que el de Urgel,
por ser de don Juan criado,
dicen que me ha recetado
las gárgaras de un cordel.
Lloro la fortuna ingrata
del amor que te he tenido,
pues me juzgué tu marido
y te he de dejar intata.
Lloro las temeridades
de don Juan que, siempre necias,
en apreturas tan recias
repara en puntualidades.
Consiéntele que visite
esta noche, por media hora,
el Alcaide á tu señora,
con tal que le necesite (1)
su fe y palabra á tornarse
á la prisión, dentro de ella;
sale alegre y suelto á vella,
y cuando pudo escaparse
del verdugo y el cuchillo,
¡se vuelve, cumplido el plazo,
á fiar la nuez de un lazo,
y morir de garrotillo!
Si él entonces se escurriera
y, aunque preso, me dejara,
yo después las afufara
y perro muerto les diera.

(1) Obligue.

ESCENA VI

UN CARCELERO.—DICHOS.

CARCEL. Buñol, el Alcaide os llama (1),
y en casa de la Condesa
os espera con don Juan.
BUÑOL. ¿Cómo?
CARCEL. Quedo, que os oirán
los presos, y se interesa
el perdernos, ó el ganarnos
en salir sin que nos sientan.
Con el Alcaide irse intentan,
y él se ofrece á acompañarnos
hasta fuera de Aragón;
soy su pariente y le sigo.
BUÑOL. Alégrome, pues, y digo
que hay bondad, que hay compasión
aun hasta en los carceleros.
Yo hablé por boca de ganso.
Vamos, y pisemos manso.
Noche, no nos saques hueros.

ESCENA VII

(Sala en casa de Doña Elena. Está á oscuras.)

DON JUAN y BELTRÁN.

BELTRÁN.

Por la Condesa he puesto
la vida, hacienda y honra al manifiesto
peligro del rigor del Conde Infante,
en fe que la Condesa me ha criado.
El sueño su familia ha descuidado;
apresurar la fuga es importante
antes que vuelva el día:
aquí os aguarda á escuras, que no fía
de la luz al secreto
que pide tanto aprieto.
Entrad callado y disponed prudente
la salida de tanto inconveniente,
que yo entretanto prevendré caballos,
y fuera la ciudad haré llevallos,
dando la vuelta luego. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DON JUAN *solo.*

El apetito, amor, del Conde ciego
me obliga por mi honor á tanta ausencia.
Favoreced, estrella, mi inocencia;
sed mi segura guía;
que el huir su rigor no es cobardía.

ESCENA IX

DOÑA JOSEFA y DON JUAN.

DOÑA JOSEFA.

(*Ap. al salir.*) Hablar á don Juan siento;
buscad, enamorado pensamiento,
entre las protectoras
tinieblas, de mi engaño encubridoras,
razones persuasivas,
de suerte en mi favor ponderativas
que, imaginando soy su doña Elena,
airosa salga yo de tanta pena.

DON JUAN.

Hermoso dueño mío,
¿sois vos la que acrédora
del alma que os adora,
á pesar del celoso desvarío
de un poderoso ciego,
atropelláis estados y sosiego?

DOÑA JOSEFA.

Bajad la voz, don Juan, que cohechados
domésticos criados,
puesto que estén durmiendo,
estorbarán sazones que pretendo,
y no ponderéis tanto
el ver que á acompañaros me apercibo,
pues si es vuestro el aliento con que vivo,
y faltándome vos, mortal mi llanto,
si un alma nos anima,
un yugo nos conforma,
un espíritu sólo nos informa
y una suerte envidiosa nos lastima,
cuando, cobarde, ausente os permitiera,
y el temor en mi patria me dejara,
de mí misma homicida ingrata fuera,
el cuchillo yo misma me afilara;
y ansí, si amante os sigo,
á mí misma me obligo,
á mí me satisfago,
yo me debo á mí misma, yo me pago.
Prendióte la impaciencia
del riguroso Infante
por competir con él, por ser mi amante,
dorando su violencia
con imputarle insultos
entre el navarro y tu inocencia ocultos:
huyendo, pues, daremos ocasiones
á las malicias que el furor derrama;
peligrará tu fama,
y tú, que tan celoso siempre de ella,
por sólo defendella,
la vida has despreciado,
¿querrás vivir sin honra y desterrado?
Consúltate á ti mismo, y templa celos:
contradecir los cielos,
cuyas disposiciones
no te permiten mío,
es ciego desvarío;
navegas agua arriba si te opones
á lo que el hado ordena.
La Marquesa de Luna
mejorará su suerte y tu fortuna;
no te merece ¡ay triste! doña Elena.
Paga, aunque muera yo, su fe constante,
despósate con ella;
obligarás al ofendido Infante,
desmentirás á tu enemiga estrella,
no correrá tu fama
peligros afrentosos;
y si temes, bien mío, que la llama
de mis afectos, en tu amor dichosos,
puesto que malogrados,

(1) Verso suelto entre dos redondillas.

en el Infante ocupe mis cuidados,
primero que consiga
su aborrecible intento,
será sólido el viento,
la noche del planeta cuarto amiga,
retrocediendo para nuevos daños,
el cielo, el sol, los ríos y los años.

DON JUAN.

Tan lejos de creer que hablas de veras,
tan fuera de pensar que te has mudado,
escucho tus quimeras,
que á sueño los oídos persüado,
y mientras no te veo
y la voz disimulas,
ó que te finges la que no eres creo,
ó que, engañosa, mi temor adulas,
ó que si desmentiste
el natural, liviano en las mujeres,
trocando lo que fuiste por lo que eres,
por lo que eres desprecias lo que fuiste;
porque prodigio fuera
que en ti perseverara
constancia que venciera,
firmeza que triunfara
y amor impersuasible,
que mujer y firmeza no es posible.
Aún no ha pasado una hora
que al consagrado nudo
tu mano aduladora
necesitarme pudo,
¡y tan presto, inconstante,
desenlazarla intentas!
Olvidarásme amante,
llorara yo rigores y no afrentas;
pero piadosa, ingrata, hubieras sido,
si agravios no añadieras á tu olvido.

DOÑA JOSEFA.

Crüel, ¿luego á mis males,
de la Condesa esposo,
añadiste imposibles conyugales?
¡Ah cielo riguroso!
¿De qué sirven industrias, trazas, medios
que en vano amor me advierte,
si después de la muerte
salen desesperados los remedios?
Sacad luces, criados;
alumbren mis quimeras resplandores,
pues ya, desengañados
ardides de mi amor, quieren rigores
quitarme en su venganza
aun el frágil favor de la esperanza.

ESCENA X

Salen ENGRACIA *y* BUÑOL *con luz.*—DICHOS.

BUÑOL. Engracia, ¡voces y á escuras!
Soplonizado nos han.
JUAN. ¡Marquesa!
JOSEFA. Ingrato don Juan,
ya que mi vida aventuras
con la desesperación
del hallarte enajenado,
ya que imposibilitado
das á mi muerte ocasión,
no la des á la venganza;
que esta noche, si resistes
á tu enemigo, entre tristes
obsequias de mi esperanza.
te han de acabar; esto es cierto.
Sal de tan confuso abismo,
redímete tú á ti mismo,
vive ingrato, y no fiel muerto.
JUAN. Marquesa: aun ansí rehuso
ofender mi esposa bella.
BUÑOL. ¡Cuerpo de Cristo, con ella!
¡Miren qué marido al uso!
Que hay muchos que por mudar
ropa limpia en todas partes
se desposan cada martes.
Sé marido titular,
pues no nos cuesta dinero.
ENGRAC. Señor: ¿por qué desestimas
remedios con que redimas,
burlando al Conde severo,
tu vida y la de tu esposa?
Testigos somos los dos
de este engaño.
BUÑOL. ¡Aquí de Dios!
Esto de morir, ¿es cosa
de sorber huevos? Acaba:
mira que el Infante llega.
JUAN. Desesperado es quien niega
la fe que tu amor alaba.
A seguirte estoy dispuesto;
seráte de hoy más, señora,
mi vida eterna deudora
del empleo en que la has puesto.
¡Oh! ¿quién dos almas tuviera
para pagar con la una
de la Marquesa de Luna
la piedad más verdadera
que á historias dieron motivo?
JOSEFA. No hay favor que satisfaga,
don Juan, como el que, sin paga,
no está atenido al recibo.

ESCENA XI

Salen DOÑA ELENA *y* BELTRÁN. — DICHOS.

BELTRÁN. (*Hablando aparte con* Doña Elena, *que se queda asomada á una puerta.*)
De suerte os ama el Infante
que, aunque indignado, os permite
vuestra casa; solicite
brevemente vuestro amante
la jornada prevenida,
que yo, como os ofrecí,
cumpliré la fe que os di,
aunque aventure la vida. (*Vase.*)

ESCENA XII

DICHOS, *menos* BELTRÁN.

ELENA. (*Ap.*) No alcanzo, confusos cielos,
el fin de mi suerte escasa;
sacóme el Conde de casa,
culpándome sus recelos,
¡y restitúyeme ahora
cortés y amante! ¡Ay de mí!
Algún engaño hay aquí

que en su ofensa el alma ignora.
Pero ¿no es aquél don Juan?
La Marquesa, ¿no es aquélla?
¡Libre en mi casa y con ella!
Ya mis sospechas se van
convirtiendo certidumbres.

JOSEFA. ¿De qué sirve encarecerme
lo que confiesas deberme,
para aumentar pesadumbres?
No excedas de agradecido,
que si es mi vida la tuya,
cuando te la restituya,
suficiente paga ha sido
el permitirme llamar,
del modo que hemos trazado,
tu esposa.

ELENA. *(Aparte.)* ¿Cómo? ¡Ay, cuidado!
¿Esto venís á escuchar?
¡De doña Josefa esposo
don Juan, y que él lo confiesa!
¡Su vida de la Marquesa
deudora! Amor engañoso,
no me permitáis más viva;
salga el alma por los labios;
ponzoña son los agravios;
á su pena se aperciba
quien los engendra en mi pecho,
muera y mate mi dolor.

ESCENA XIII

Salen el CONDE, BELTRÁN *y* ESCUDEROS.—DICHOS.

BELTRÁN. *(Hablando aparte con el* Conde *á otra puerta.)* Este es don Juan, gran señor.

CONDE. No lograrás satisfecho,
ingrato, desconocido
á tu lealtad, á tu ley,
á tu patria y á tu Rey,
y al favor que me has debido,
la fuga con que confirmas
delitos que disfrazaste,
y de tu padre heredaste;
tus papeles y tus firmas
disculparán la aspereza
con que el rigor te amenaza.
Mañana verá en la plaza
esta corte tu cabeza.

JOSEFA. Corta primero la mía,
si en tanta severidad
pierde el blasón la piedad
que en ti mi esperanza fía.
Don Juan, gran señor, se ofrece,
si tu indignación mitigo,
á desposarse conmigo:
lo que la envidia encarece
desmentirá de este modo;
no salga con su interés
la malicia: en estos pies
consiste mi amparo todo.

CONDE. Alzad, señora, del suelo;
discreto don Juan ha andado
en valerse del sagrado
que en vos imita al del cielo.
Daos las manos, que yo doy
por ellas su libertad;
vuélvale vuestra beldad
á mi gracia, que desde hoy
agravios pongo en olvido.

JUAN. Si tanta suerte intereso
por esta mano que beso,
feliz mi desdicha ha sido;
en ella mi suerte fía
mi seguridad.

(Va á dar la mano á Doña Josefa *y llega* Doña Elena.)

ELENA. ¡Traidor!
¿Y tu Dios, mi fe, mi amor?

JUAN. ¡Esposa del alma mía!
¡Vos presente y yo inconstante!
¡Yo cobarde y vos leal!
Perdone el riesgo mortal
que tiene el temor delante;
perdone el severo Infante,
la Marquesa compasiva,
la fortuna ejecutiva,
las plebeyas opiniones,
las piadosas persuasiones,
que sin vos quieren que viva;
que puesto que la clemencia
de la Marquesa me nombra
su esposo, no más que en sombra,
su consorte en la apariencia;
sombra que en vuestra presencia
se atreve á desposeeros
de los derechos primeros
que el tálamo pudo daros,
ni aun en sombra ha de agraviaros
ni en apariencia ofenderos.
Conde, en esta hermosa mano
dos almas enlaza amor,
cuyo nudo es el honor,
cuyo imperio es soberano;
desatarle será en vano,
mientras conformes y unidas
sus coyundas no dividas;
si á Alejandro has de imitar,
y el romper es desatar,
rompe el lazo á nuestras vidas.
Pero si el Rey te encomienda
su imperio, y toda tu acción
consiste en la obligación
de que por ti se defienda,
reino es mi honor; no pretenda
ningún tirano usurparle;
que sabrá mi fe guardarle,
y mi valor defenderle;
perderme por no perderle,
y morir por conservarle.

(Saca la espada y vase, llevándose á la Condesa.)

CONDE. Id tras ellos, deteneldos.
¡Que un hombre se atreva á tanto!

(Vase, y síguenle los que le acompañan.)

JOSEFA. Encubridlos, cielo santo;
noche oscura defendeldos.

BUÑOL. ¡Oh, azadas toscas, oh bieldos,
oh tasajos labradores,
seguros de estos temores!
¡Quién fuera vuestro gañán!

JOSEFA. Librese, cielos, don Juan,
y mátenme sus rigores.

ACTO TERCERO

(Sala de un castillo á corta distancia de Zaragoza.)

ESCENA PRIMERA

DON JUAN y DON ALONSO.

DON ALONSO.

Mándame que os sepulte
en esta fortaleza,
y, porque mi piedad no dificulte
tan desconforme acción á su grandeza,
le han de dar dos testigos
fe de que muerto os vieron.
No sabe que los dos somos amigos,
y ansi la infeliz noche que os prendieron
(si resuelto valiente, no advertido)
me encargó vuestra guarda,
y la aceté gustoso, porque ha sido
acción de la amistad, cuando es gallarda,
tomar por cuenta suya su suceso;
pues á teneros otro que yo preso,
¿quién duda que al Infante obedeciera,
y ejecutor de vuestra muerte fuera?
En fin, amigo, en tan precioso extremo,
temo al Infante; daros muerte temo;
mas si admitís la traza que aventuro,
vos viviréis, y yo estaré seguro.
Ved si os parece cuerda,
porque ó vos no perdáis, ó no me pierda.

DON JUAN.

Finezas habéis hecho
por mí tan ventajosas,
que, dejándose atrás las fabulosas
de los Damones, Pílades, Zopiros,
admirarlas podré, mas no serviros
de suerte que á mi empeño satisfaga,
que al primer beneficio nunca hay paga.
Pero si con mi muerte
sosiega la fortuna tempestades,
y la enemiga suerte
templa en mi esposa bárbaras crueldades
con que el Infante intenta
rendir su honesta fe para mi afrenta,
¿no son medios mejores
que yo desdichas venza y vos temores?
Tiénenla sus crueldades retirada,
de estados y opinión desposeída,
y tan necesitada,
que aun para lo forzoso de su vida
desea la Condesa
las sobras de la más mediana mesa.

DON ALONSO.

La desesperación es cobardía
indigna del valor que el cielo os fía.
Yo he de afirmaros muerto;
un primo y un hermano
tengo aquí, y sé de cierto
que vituperan el rigor tirano
con que el Conde os persigue;
siendo mi sangre, pues, y ésta piadosa,
no es mucho que se obligue
á fingir la tragedia lastimosa
de vuestra muerte oculta.
Persuadiránle, pues, que aquí os sepulta,
en fe de su preceto,
la noche, la obediencia y el secreto;
mostrarémosle luego ensangrentados
los tres vuestros vestidos;
sosegará el recelo sus cuidados;
y con otros groseros y fingidos,
huyendo de las manos de la muerte,
tendrá que agradecerme vuestra suerte.
O resolveos en esto,
ó no os agravie que á mi noble trato
os imagine ingrato.

DON JUAN.

Segunda vez por vos me engolfo, expuesto
al mar de los peligros que excusara
si en el sepulcro los depositara,
porque alargar la vida á un desdichado
no es piedad, es rigor disimulado.
Pero, en efeto, amigo:
mi gusto por el vuestro contradigo.
Muera yo para todos;
viviré para vos, para mi Elena:
deberáos los alivios de su pena.

DON ALONSO.

Sí; mas, don Juan, ya veis si el Conde alcanza
que estáis libre por mí, que á su venganza
me expongo.

DON JUAN.

Siempre anduvo recatado,
don Alfonso, el amor acompañado
de honor y de recelos advertidos.
Perdedlos vos, y apercibid vestidos
que deslumbren curiosas atenciones,
pues sigo vuestras fieles persuasiones,
entretanto que llega
nuestro Rey, que me afirman que navega,
Cerdeña sosegada,
á Barcelona su triunfante armada;
que en mi inocencia y su justicia espero
ardides deshacer del Conde fiero. (*Vanse.*)

(Sala de una casa de campo cerca de Zaragoza. *Sobre una puerta un retrato de don Juan de cuerpo entero.*)

ESCENA II

DOÑA ELENA, *en hábito muy llano.* ENGRACIA, *que saca una almohadilla y un azafate de labor.*

ELENA. (*Viendo á su criada llorar.*)
Yo, mi Engracia, te agradezco
la lástima y compasión
que deben á tu afición
las desdichas que padezco;
pero á los ojos perdona
de tu fe tantas señales,
que no son males los males
que amor con gusto sazona.
¿Ves los temosos rigores
con que el Infante crüel

intenta que de tropel
su crueldad y mis temores
den con mi firmeza en tierra?
¿Las culpas que á mi lealtad
levanta la falsedad
cohechada? ¿Qué me destierra
presa á vista de la corte,
porque el tenerla presente
más mis pesares aumente,
menos mis ansias reporte?
¿Los estados que me quita?
¿La hacienda que enajenada,
y al fisco real aplicada,
lo preciso me limita?
¿Parientes que se resuelven
en usurparme mi estado,
que para el que es desdichado
deudas los deudos se vuelven?
¿El extremo á que me humilla,
la estrechez con que estoy presa,
pues necesita mi mesa
socorros de la almohadilla?
Pues aumenten desleales
amenazas y rigores;
que cuanto fueren mayores,
hay un bien entre estos males
con que endulzándose van,
sin que igualen todos ellos
al gusto de padecellos
doña Elena por don Juan.

ENGRAC. Yo que tus trabajos siento
sin esa ayuda de costa,
como tengo más angosta
el alma y el sufrimiento,
llevo sin paciencia el ver
que si no labra ó dibuja
curiosidades tu aguja,
no tenemos qué comer.

ELENA. *(Siéntase á hacer labor.)*
Penélope (porque ausente
su consorte, los veinte años
entretuvo con engaños
tanto amante pretendiente),
como no necesitaba
de la tela que tejía,
si de noche deshacía
lo que con el sol labraba,
no fué mucha sutileza
(cuando la necesidad
no apretaba en su lealtad
cordeles á la pobreza)
la de su ardid ingenioso,
ni gran cosa deshacella,
no habiendo de comer de ella.
Dejóla rica su esposo,
que, para obligarla, basta
y sobra; el milagro fuera
hallarla, cuando volviera,
perseguida, pobre y casta.

ENGRAC. Para todo hallas salida.
Celebre el mundo tu amor.
Tus discursos y labor
te alivien entretenida;
entretanto que llevo ésta
á quien medra en su barato,
habla con ese retrato
enamorada y honesta,
que es solamente el caudal
que escapó del Conde Infante;
tenle tú siempre delante,
que no hay bien para ti igual.
Daréme toda la prisa
posible para volver
á aliñarte de comer;
que puesto que el hambre guisa
manjares de sazón llenos,
y para ella no hay pan malo,
si no hallare otro regalo,
los duelos con pan son menos.
(Vase Engracia, *y* Doña Elena *hace labor, mirando á veces el retrato.)*

ESCENA III

Sale DON JUAN, *de labrador, con capote de dos faldas y caperuza.*—DOÑA ELENA.

JUAN. *(Para sí al salir.)*
Deseo, en violencia tanta
resistirme es por demás;
los pasos que doy atrás,
mi amor me los adelanta.
Mi muerte se ha divulgado;
este traje me asegura;
teme mi corta ventura
(si á la noticia ha llegado
que no vivo, de mi esposa)
ó que se quite la vida,
ó que, pobre y perseguida,
se rinda su fe animosa.
Asegurarla es mejor,
y excusará, de esta suerte,
ó los riesgos de su muerte,
ó los que teme mi honor.
Pero ¡ay cielos! aquí está.
¡Que no exhalaran las flores
de esta quinta, los olores
que su hermosura les da!
Mi muerte sin duda ignora,
porque, á saberla, bordara
el cambray desde la cara
con las perlas que amor llora.
(Viendo que Doña Elena, *con la aguja en la mano, mira el retrato.)*
¡Dichosas persecuciones,
pues compraron por barato
las glorias para un retrato
que envidian mis atenciones!
Volved otra vez, prisiones;
medrará con vuestra usura
experiencias mi ventura,
ya feliz, ya no crüel.

ELENA. *(Abriendo la almohadilla y hallando dentro un papel cerrado.)*
¡Válgame Dios! ¿Qué papel
turbar mi quietud procura?
¡Ah Engracia! No es tan leal
la fe que tu amor profesa.
(*Lee:*) «A doña Elena, condesa
(¡ay cielos!) de Belrosal.»

JUAN. (*Aparte.*) ¡Qué prevenido fiscal
de mis gozos fué el recelo!
¡Qué presto marchita el yelo
las flores de mi esperanza!

¡Qué en breve el mar en bonanza
se empieza á turbar, mi cielo!

ELENA. No habéis, vos, papel, venido
á patrocinar mi honor;
que indicios da de traidor
el extranjero escondido;
pero habéis, cuerdo, escogido
el sitio que aquí os oculta,
pues de su hechura resulta
un sepulcro, y si se advierte,
profeta fué de su muerte
quien en vida se sepulta.
Como la víbora envuelta
á la flor, que el hortelano
apenas la vió en la mano,
cuando medroso la suelta,
así asustada y resuelta
tiemblo vuestra contagión:
no os leerá mi turbación,
que quien recela el engaño
y le escucha, ya á su daño
da tácita permisión.
Volad, llevadle en pedazos
á vuestro autor la respuesta.
(Hace cuatro pedazos el papel y arrójale.)

JUAN. *(Aparte.)* Hazaña que es tan honesta
corónese con mis brazos:
voy á darla mil abrazos.

ELENA. Pero..., inadvertencia mía,
mas de mí mi amor confía,
porque huir antes de ver
del enemigo el poder
es culpable cobardía.
(Levántase y coge los pedazos.)

JUAN. *(Ap.)* Detente, mi bien, no admitas
indicios que la honra teme,
pues mancha, cuando no queme,
el fuego que solicitas.

ELENA. *(Volviéndose á sentar y juntando los pedazos sobre la almohadilla.)*
Palabras al aire escritas,
experimentad en mí
que, puesto que audiencia os di,
soy de la lealtad trasunto.
Los rotos pedazos junto.

JUAN. *(Aparte.)* ¡Ah Cielo!

ELENA. Y dicen ansí:
(Lee.) «En la muda obscuridad
de esta noche sola, estriba,
Condesa, que don Juan viva,
y vos cobréis libertad.
Feriadme vuestra beldad,
y advertid que es sin provecho
querer guardar en el pecho
el honor que me resiste,
porque éste sólo consiste
en el nombre y no en el hecho.»
(Levántase.) Mientes, torpe adulador;
que no es virtud suficiente
la que celebra la gente
si en sí no tiene valor.
(Vuelve á romper los pedazos del papel.)
Hipócrita es el honor
que temiendo al «qué dirán»,
de la opinión que le dan,
inútil crédito espera.
¿Qué importa que don Juan muera,
si muere honrado don Juan?

JUAN. *(Aparte.)* Gente ha entrado; dilatemos
á coyuntura mejor
el manifestar, amor,
de mi gozo los extremos;
á la noche volveremos,
donde pague mi ventura
empeños de esta pintura,
mostrando su original
por una Elena leal
la firmeza en la hermosura. *(Vase.)*

ESCENA IV

Sale DOÑA JOSEFA, *de luto.*—DOÑA ELENA.

JOSEFA. Condesa, don Juan es muerto;
que piensa el Conde engañoso
facilitarse esperanzas
quitándolas este estorbo.
Yo vi en su sangre bañados
los vestidos generosos,
flores de un Mayo apacible
que ya ha secado el Agosto.
Negará el Conde crueldades,
ofreciéndote á tu esposo
vivo y libre; que pretende
este cambio en tus oprobios;
pero si de estos ardides
no sale su engaño airoso,
cuando viudeces te enluten,
está prevenido de otros
que burlen tus esperanzas,
prometiéndote, en retorno
de posesiones presentes,
imposibles desposorios.
Alegará que, ya libre
del cautiverio amoroso,
que enajenó tus potencias
en lazo al tálamo roto,
mejoras, con él, de dueño,
asegurando los votos
que en sus futuras coyundas
truequen tu pesar en gozos.
Ofreceráte la mano;
mas no, Condesa, no ignoro
que en la sangre de tu dueño
bañada, te cause asombros.
Los escarmientos te enseñen
que el deseo lastimoso
vuela en promesas de pluma
y cumple en plazos de plomo.
Ejemplo casada diste,
aquéste celebren todos;
añade viuda á tu fama
los prodigios mauseolos.
No te acobarden los riesgos
con que aleves testimonios
se oponen á tu inocencia,
pues tiene el tiempo dos rostros,
y si te asombra el horrible
enseñándote el piadoso,
verás que, al fin, la verdad
corre al engaño rebozos.
No la pobreza que pasas
te precipite tampoco:

riquezas y estados tengo
dispuestos á tu socorro.
Idolo de don Juan fuiste,
como tal te reconozco;
los bienes de los difuntos,
plebeyos ó generosos,
se ponen en almoneda;
imagina, pues, que compro,
en fe que eres prenda suya,
su amor en ti, y que transformo
en tu pecho mis cuidados;
en él á don Juan adoro,
la casa en que está la prenda,
la joya y el escritorio.
Ya se nos descubre el puerto,
ya del conjurado golfo
que tanto te ha derrotado
la playa nos muestra Apolo.
Si hasta ahora sufragaste,
presto darán penas fondo
en la venganza que espero
del Rey afable y piadoso.
Las costas de Cataluña,
sosegado el alboroto
de los sardos, nos le ofrecen
en sus arenales rojos.
En busca suya me parto;
no creas que si me postro
á sus siempre invictos pies,
si en tu inocencia le informo,
si del sangriento homicida
las crueldades le propongo,
sus desatinos le cuento
y sus favores imploro,
que á la sabrosa venganza
niegue amparos, huya el rostro,
iras temple, olvide insultos,
mire ciego, escuche sordo.
Mañana me parto á verle;
alivia este plazo corto
congojas con el deseo,
que he de vengarte si torno;
y adiós, amiga del alma,
que este nombre nos es propio,
pues ya en desdichas iguales
tus mismas fortunas corro. (*Vase.*)

ESCENA V

DOÑA ELENA *dirigiéndose al retrato.*

No extrañéis, caro inocente,
el silencio que en mis ojos
niega conductos al llanto
y al tormento desahogos,
que penas que hallan salida
rompiendo al pesar estorbos,
y, para alivio del alma,
pueden dilatarse al rostro,
no son ansias, no son penas,
aquel río, sí, es furioso
que en la estrechez de la madre
no se divide en arroyos;
mortal, sí, aquel sentimiento
que al corazón busca sólo,
y, sin derramar sus fuerzas,
arrastra un imperio angosto.
Lloren pesares pequeños,
en fe de que son tan flojos
que, desatándose en agua,
libran la paga en sollozos;
que si es quinta esencia el llanto
de la sangre que provoco,
á la venganza que intento
y desperdicio el socorro
que en ella mi agravio espera,
¿de qué suerte, caro esposo,
conseguiré sus efectos
si inadvertida la arrojo?
Creyó el aleve homicida
desanudar amorosos
lazos que con verdes nudos
medró la yedra en el olmo.
Cortó sus ramas la muerte;
mas, permaneciendo el tronco,
puesto que seco y sin vida,
¿qué importa, si éste es su apoyo?
No están sujetas las almas
al cuchillo riguroso,
ni á la duración caduca
amor, de los cuerpos toscos.
Inseparable con ella,
se parte al clima remoto,
donde eternice deleites
y el pesar no asalte al gozo.
Mi amor, malogrado mío,
como accidente forzoso
del alma, que tras vos vuela,
os sigue á los dulces ocios
de la quietud que os asista;
que bien puede, aunque no en rotos
lazos del cuerpo, buscaros
en éxtasis y en arrobos.
Vivo el engaño os me ofrece
del Conde tirano, esposo,
en cambio de la torpeza
que le ha despeñado loco.
Venzan engaños á engaños,
ardides triunfen de oprobios,
crueldades paguen crueldades,
agravios castiguen monstruos.
A la torpeza me llama
con un papel y con otro;
las ansias disimulando
que dentro del alma escondo,
haré que esta noche venga
á dar motivo hazañoso
á los libros, á las plumas,
al escarmiento, al asombro,
de que no siempre ha postrado
al humilde el poderoso,
el engaño á la inocencia,
ni á la honestidad el oro;
porque yo, prenda querida,
serviré de ejemplo á todos
de que no temen peligros
finezas con que os adoro. (*Vase.*)

ESCENA VI

(Jardín de la quinta con salida al campo.)
DON JUAN *recatándose de* BUÑOL, *y éste detrás, buscándole el rostro.*

BUÑOL. Hombre del diablo, ¿qué quieres,
que no hay echarte de aquí?

¡Una hora andando tras ti,
y nunca saber quién eres!
Sombra, trasgo, labrador,
mirémonos por su tanda;
que parece que se te anda
la cabeza alrededor.
(*Búscale por los hombros la cara.*)
Habla siquiera tantico.
Detente, que me enloqueces.
¡Vive el cielo! que pareces
remate de villancico.
Linda aplicación te di,
pues tus plantas, nunca quedas,
hollando las flores,
cruzando veredas,
corriendo y saltando
de aquí para allí,
enturbian las fuentes,
inquietan las ramas,
tras por acá, mas tras por aquí;
y las hojas de las retamas
parecen estrellas
que imitan las llamas,
y cantan al alba
su quiquiriquí;
tras por acá, mas tras por aquí.
Vete, ya que no te he visto,
pues que la puerta te muestro.
(*Aparte.*) Esta es treta de maestro.
Cogido os he, ¡vive Cristo!
(*Entrasele á* Don Juan *por las piernas y saca el rostro* Buñol *por entre ellas, y descubre el de su amo.*)
¡Don Juan! ¡Señor de mi vida!
Pues ¿tú con Buñol crüel,
en la lealtad lebrel?
¿Es esta paga debida
á lo que por ti he llorado?
¿Tú escrupuloso conmigo?

JUAN. Téngote por mi enemigo.

BUÑOL. Será por verme criado
de quien debo aborrecer;
pero fineza fué mía
servirte de doble espía,
y tal vez de entretener
resoluciones violentas
del Conde descaminado.

JUAN. Poco sirvió tu cuidado,
pues no reprimiste afrentas
que algún doméstico vil
contra mi honor solicita.

BUÑOL. Engracia al Conde visita,
y su interés femenil
me ocasiona á maliciar
el «plegue á Dios» de la aldea,
con lo de «orégano sea»;
pues tanto salir y entrar,
volviendo á la luz la espalda,
y oliendo el poste primero,
como gozque forastero
entre perrillos de falda,
darme un mantazo en los ojos
y andarse cuchicheando
con el Infante, buscando
rincones, son trampantojos.
Anoche estuvo con él,
y no sé lo que la dió,
que hasta el manto se rió
al despedirse.

JUAN. (*Aparte.*) Un papel,
contra su lealtad Bellido,
contra mi quietud Sinón.
En fin, con tanta atención,
¿se te ha, Buñol, escondido
la muerte que don Alonso
afirma de mí al Infante?

BUÑOL. Vivas más que un elefante,
sin agüeros de un responso.
Algún ardid provechoso
te dió libertad y vida:
no es bien que agora te pida
cuenta de él, porque es forzoso
que el sol que se nos desmaya,
con la noche traiga al Conde.
Por esas matas te esconde;
volveré cuando se vaya.

JUAN. Dame esa capa y espada;
(*Dásela* Buñol *con el sombrero.*)
que puesto que mi obediencia
por señor le reverencia,
y en él temo retratada
la persona de mi Rey,
pues gobierna en su lugar,
defender y respetar
me mandan honor y ley.

BUÑOL. Bien pueden compadecerse
esas dos cosas; mas mira...

JUAN. La lealtad templa la ira,
y el honor sabe valerse
de su derecho y acción.
Yo procuraré cumplir
con uno y otro, ó morir.

BUÑOL. Si lo estás en su opinión,
como afirmas, no ocasiones
que lo estés con certidumbre.

JUAN. No teme amor.

BUÑOL. Dios te alumbre
en los riesgos que te pones.
Voile á esperar á la puerta;
los biombos de estas ramas,
ya romeros, ya retamas,
te encubran; que, pues despierta
la noche y el sol se duerme,
no puede el Conde tardar.
(*Ap.*) ¡Maretas, y yo en el mar!
Un dedo estoy de perderme. (*Vase.*)

ESCENA VII

(Anochece.)

Sale ENGRACIA.—DON JUAN.

ENGRAC. (*Sin ver á* Don Juan.)
Amor, si al Conde has traído,
y en prueba de que eres dios,
le avisaste por los dos
de imposibles que ha vencido,
su amor queda satisfecho,
y con no más que una acción
libró á don Juan, de prisión;
á su Elena, del estrecho
en que está, y yo medro albricias
que el pie me saquen del lodo;

luego serán para todo
provechosas mis malicias.
Pero ¡ay cielos! ¿quién se esconde
aquí? ¿Si acaso me oyó?

JUAN. (*Deteniéndola.*) No temas, Engracia.

ENGRAC. ¿No?
Pues ¿quién sois vos?

JUAN. Soy el Conde.

ENGRAC. ¿Conde, y no más? ¿Sin abrazos?
No habéis vos dichas oído
que mi gozo inadvertido
desperdició; acorto plazos.
Conde, no hay artillería,
sacre, esmeril, escopeta,
que en una mujer discreta
allanen la batería
como un papel sazonado,
que vuela por lo ligero,
mueve por lo lisonjero,
hechiza por su estudiado
y por lo amoroso abrasa:
poco las palabras valen,
que por donde entran se salen,
y un papel se queda en casa,
que repite la lección,
y sin perdonar al sueño,
patrocinando á su dueño,
facilita la ocasión.
Más pudo vuestro papel
que promesas, amenazas,
blanduras, rigores, trazas,
pues mi señora por él
os llama, os quiere, os admite,
y puesto que no os escriba,
por ser yo respuesta viva,
franca la puerta os permite,
donde, obligándoos galán,
en fe de lo que os estima,
con sus desgracias redima
la vida de su don Juan.
Ya conocéis su recato:
á escuras, Conde, os espera,
que la luz es bachillera.
Entrad solo de aquí á un rato,
y gozad, pues os le ofrece,
de las sombras el sosiego;
que, como el amor es ciego,
las tinieblas apetece. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DON JUAN, *solo.*

¡Válgame Dios! ¿Qué he escuchado?
¿Qué me ha dicho esta mujer?
¿Arrojaráse á creer
imposibles mi cuidado?
¿Tan cerca, honor lastimado,
puede en la belleza andar
el querer del desdeñar,
del negar el permitir,
que sea el fin del despedir
principio del otorgar?
¡Al Conde! ¡Cielo! ¡Al Infante,
quien, para vengarse de él,
mil piezas hizo el papel
que admiró su fe constante!
¡En una hora, en un instante,
amor y aborrecimiento,
desdén y consentimiento,
facilidad y firmeza!
¿Tendrán tanta ligereza
el ave, la pluma, el viento?
¿Qué importó romper razones
por no obligarse á creellas,
si después, para leellas,
volvió á juntar sus renglones?
¡Qué de necias presunciones
al honor han despeñado!
Leyóle, y como el cuidado
no dió crédito al temor,
rasgó honesta el borrador
y, torpe, guardó el traslado.

ESCENA IX

El CONDE *y* DON ALONSO.—DON JUAN, *retirado de los dos.*

CONDE.

En el alma me pesa
de mi resolución y vuestra priesa.
Mandéos darle la muerte;
mas no os creí de modo ejecutivo,
que, presuroso en malograr su suerte,
muerto me asombre quien me ofende vivo.
Vos fuisteis, en efeto,
más fiel que yo quisiera á mi preceto.

DON ALONSO.

Gran señor, el deseo
que tuve de agradaros...

CONDE.

Déboos esa fineza, ya lo veo;
desempeñarme pienso con honraros
cual merecéis; llegó mi piedad tarde.
Andad con Dios.

DON ALONSO.

Mil años Él os guarde. (*Vase.*)

ESCENA X

El CONDE *y* DON JUAN, *retirado.*

CONDE.

¡Ah, joven malogrado!
Mi amor desbaratado,
bárbaro jardinero,
cortó las flores de tu Abril primero.
¡Oh, si como el poder las vidas quita,
pudiera restaurarlas!
El Cielo para el bien nos le limita,
y nos deja el pesar para llorarlas.
¡Pluguiera á Dios me hiciera el desengaño
poderoso en el bien como en el daño!
Diviértase mi pena
con la tiniebla oscura
que, propicia á mi amor, torcer procura
el rigor invencible de mi Elena.
En busca voy de Engracia;
si me promete mi papel su gracia,
de puro amante, loco,
poco premio es mi estado, el reino poco. (*Vase.*)

ESCENA XI

DON JUAN, *solo*.

A mi deshonra acude.
¡Qué fácilmente darle muerte pude!
¡Qué de ello á mi respeto me he debido!
A mí mesmo me estoy agradecido.
Vamos, honor, á averiguar quimeras,
que aún dudo si las sueño:
no morirá el Infante, que es mi dueño;
yo sí, pesares, moriré de veras,
ya que lo estoy fingido,
si es verdad que mi esposa me ha ofendido
y estima en más mi vida que su fama;
que no teme el morir quien su honor ama.
(*Vase.*)

ESCENA XII

(Sala de la casa de campo.)

DOÑA ELENA, *de luto, con una pistola.*

(*Está á obscuras.*)

ELENA. Simbolizan los horrores
de esta negra oscuridad
con la viuda soledad
de mis difuntos amores;
vístanse de mis colores,
pues unos y otros mortales,
á imitación de mis males,
iguala una misma suerte
las tinieblas y la muerte,
que á todos nos hace iguales.
De las dos valerme entiendo,
porque, injurias castigando,
muera contenta matando,
pues ya viviré muriendo.
El descuido está durmiendo;
despierte en mí mi cuidado;
veréis, dueño malogrado,
que ni amor sabe temer,
ni es poderoso el poder,
si apura demasiado.

ESCENA XIII

Salen DON JUAN *y* BUÑOL.—DICHA.

BUÑOL. (*Hablando aparte con su amo.*)
Esta sala es la que habita,
y aquélla en la que reposa;
su oscuridad temerosa,
verla te imposibilita.
Guiándote voy á tiento,
que de las veces que entré,
de memoria el sitio sé:
refrena tu sentimiento,
por Dios, y hacia aquí te esconde;
sabré si vino el Infante,
y avisaréte al instante. (*Vase.*)

ESCENA XIV

DICHOS, *menos* BUÑOL.

ELENA. ¡Oh, si ya llegase el Conde!
JUAN. ¡Vive el cielo! que le aguarda,
y que su amor impaciente,
olvidado de mí, siente
siglos las horas que tarda.
¡Oh indicios averiguados!
No imaginé yo creeros;
mas para ser verdaderos
bastaba ser desdichados.
No por darme libertad
atropella obligaciones
quien de breves dilaciones
se queja á la oscuridad.
Solamente en su firmeza
se conservaba mi vida;
muramos, ésta perdida,
ella y yo, pues no hay belleza
que se resista constante.
ELENA. (*Ap.*) Parece que habla entre sí
no sé quién. ¿Si conseguí
mi esperanza? ¿Es el Infante?
(*Léganse y* DON JUAN *disimula la voz.*)
JUAN. Soy quien, como acostumbrado
á desprecios y rigores,
incrédulo á los favores
que amor me ha facilitado,
admirando lo que escucho,
dudo de lo que no veo.
ELENA. Imitáis á mi deseo,
que os juro, Conde, que ha mucho
que trazaba esta ocasión,
puesto que el vivir mi esposo
sirvió de estorbo forzoso
que enfrenó su ejecución.
Mas pues ya le goza el cielo,
y vos, por librarme de él,
de puro amante, crüel,
aseguráis mi recelo,
dueño de mi libertad,
dispondré de ella y de mí.
JUAN. ¿Luego, ya sabéis que abrí
puerta á mi felicidad
con su muerte?
ELENA. En sus despojos
me enseñaron mal vertida
la sangre, que el homicida,
poniéndomela á los ojos,
quiso que en exceso tanto
mi pesar la costa hiciese,
porque por ellos vertiese
la sangre el alma en mi llanto.
JUAN. (*Aparte.*) (Don Alonso fué sin duda
quien, sin permisión del Conde,
experimentó hasta adonde
llegó su fe, y si se muda
viuda quien ejemplo ha sido
de la virtud desposada.)
Todo esto, Condesa amada,
puede un amor atrevido
que llevaba mal el veros
empleada en desiguales
coyundas, cuando las reales
recelan el mereceros;
puesto que, amándole tanto,
admiro el que os consoléis
tan presto.
ELENA. Vos sólo hacéis
oposición á mi llanto:
porque es de suerte el deseo
que me llama á esta ocasión,

y tal la satisfacción
que he de sacar de este empleo,
que, á pesar de mis desvelos,
estimo el aseguraros
tanto, que aun no quiero daros,
llorando, á un difunto celos.

JUAN. Extremos de tanto amor
no con palabras presumen,
(Ap.) (¡Ah, cielos! que me consumen
las ansias de mi dolor.)
mis dichas satisfacerlos.
Dadme de esposa la mano.

ELENA. *(Aparte.)* (Para vengarme, tirano,
no para corresponderos.)
Está la diestra impedida,
que, en efeto, se la di
á don Juan, y le admití
por dueño en ella, y no olvida,
aunque difunto, la fe
de su amor, puesto que en vano,
y estando viuda esta mano,
no es fineza que la dé;
estotra sí, que, más cuerda,
excusó esa obligación,
y el lado del corazón
la autoriza, aunque es la izquierda;
(No se la da.)
que hasta en esto me debéis
primores que amor procura.

JUAN. *(Aparte.)*
(¡Ah aleve! ¡Ah ingrata! ¡Ah perjura!)
¿Qué andáis buscando? ¿Qué hacéis?

ELENA. El pecho la mano os toca
recelosa, y con razón,
que no afirma el corazón
lo que publica la boca;
que juzgo en vos muy distante
el alma de vuestros labios.

JUAN. *(Ap.)* Vengad, honor, mis agravios.

ELENA. *(Ap.)* Muera, honor, el cruel Infante.

(Tiéntale con la mano izquierda el pecho hacia el corazón, y apúntale con la derecha la pistola; quiere dispararsela, y Don Juan, *sacando la daga, daría con ella; y sale* Buñol, *con luz.)*

ESCENA XV

BUÑOL.—DICHOS.

BUÑOL. *(Saliendo alborotado.)*
El Conde ha venido ya.
¿Si con don Juan ha encontrado?

ELENA. ¡Jesús! Difunto adorado!
¡Feliz muerte en vuestros bra...!
(Cae desmayada en brazos de Don Juan.)

BUÑOL. *Brazos* pronunciar quería,
y el *zos* del desmayo fiero
quedósele en el tintero.

JUAN. ¡Ay, prenda del alma mía!
¡Qué costosos desengaños
mis sospechas aseguran!
¡Qué presto eclipsar procuran
felicidades mis daños!
Si murió, ¿qué es lo que espera
mi necia averiguación?

BUÑOL. *(Ap.)* (¿La pistola al corazón?
¡Oh inclemente epistolera!)
Mira que el Conde está en casa;
peligros, cuerdo, resuelve.

JUAN. Ven y alumbra, que si vuelve
mi bien en sí (¡ay suerte escasa!)
en albricias de su vida,
gozoso permitiré
que el Conde muerte me dé.

BUÑOL. Borremos esa partida
y en esta cuadra te encierra
donde acostumbra á dormir,
que esto, señor, de morir,
huele á puf y sabe á tierra.
(Vanse, llevándose Don Juan, *desmayada, á* Doña Elena.*)*

ESCENA XVI

EL CONDE *y* ENGRACIA, *con luz.*

ENGRAC. Hasta aquí, señor Infante,
se extiende todo el distrito
de mi solícita agencia;
esotro está á vuestro arbitrio.
Sangre real os ennoblece;
¿quién duda que en el archivo
de vuestro pecho se esconda
este piadoso delito?
Logradle, y quedaos con Dios.
(Vase y deja la luz sobre un bufete.)

ESCENA XVII

EL CONDE, *solo.*

Hicieron mis desatinos
inútiles mis promesas;
mal la daré á don Juan vivo
si le sepulta mi engaño;
pero ya es usado estilo
en imposibles como éste
jurarlos y no cumplirlos.
Consiga yo mi esperanza,
que, si las suyas marchito,
consolárase con otras,
que el tiempo amansa suspiros.
Guiad vos, amor, mis pasos.
(Quiere entrar y detiénese viendo sobre la puerta el retrato de Don Juan.*)*
La imagen de don Juan miro
valientemente copiada.
¡Ah, joven inadvertido!
Competísteme soberbio,
despeñástete á ti mismo.
¿Qué esperabas, confiado
en el liviano presidio
de una mujer que juzgaste
inexpugnable á los tiros
del poder en la pobreza?
Resistiránse al principio
ímpetus de honor franceses,
que al cabo mueren vencidos.
Vivo te juzga y te agravia,
que, en efeto, siempre ha sido
la mejor mujer, mujer,
y el más firme vidrio, vidrio.
No estorbarás más mi intento.
(Va á entrar y cae el retrato, cubriendo la puerta.)

¡Válgame Dios! Ofendido
en estatua, por la honra
vuelve el pintado del vivo.
Ajuntóse con la puerta
de suerte, ¡extraño prodigio!
que parece consultado
lo que sólo fué fortuito.
¡Qué valiente es la razón!
¡Qué pusilánime el vicio!
¡Qué independiente el imperio
del tálamo en su dominio!
¿Hay valor que se le atreva?
¿Cuál *yo el rey* fué tan temido
como *yo el dueño y esposo?*
Mas es blasón más antiguo
y debe reconocerse,
pues tuvo á Dios por ministro,
y el primer progenitor
antes que rey fué marido.
Por Dios, que le estoy temblando;
cobarde su copia miro.
¿Qué hiciera en mí el verdadero
cuando me asombra el fingido?
Respetemos su presencia,
(*Quítase el sombrero*)
deseos inadvertidos,
porque un esposo, aunque en sombra,
de veneración es digno.
Estotra puerta está franca,
ciego amor, por ella os sigo;
desmientan atrevimientos
lo que malogran hechizos.
(*En la puerta del otro lado aparece* Don Juan *con la espada desnuda, la punta al suelo, en cuerpo y sin moverse.*)
¡Válgame el Cielo piadoso!
¡Jesús mil veces! ¿Qué he visto?
O desatina mi idea,
ó mis ciegos descaminos,
para alumbrar escarmientos
despeñándose conmigo,
ejecutor de mi muerte
me ponen al que he ofendido.
¡Allí don Juan retratado!
¡Aquí, Cielos, don Juan vivo!
¿Dos esposos en dos puertas
y en entrambas dos el mismo?
Hasta los sepulcros se abren,
adelantándome avisos;
¡yo, yo, rebelde á los cielos,
buscando mi precipicio!
(*Entrase* Don Juan.)
No, desengaños piadosos;
no, descompuestos sentidos;
no, aduladores deseos;
no, pensamientos lascivos.
(*Llamando á voces.*)
¡Condesa, Engracia, criados!

ESCENA XVIII

Don Alonso *y* Beltrán.—*El* Conde.

Beltrán. Infante: el Rey ha venido
en secreto y á la posta,
tan indignado contigo,
que peligra tu cabeza,
porque le han encarecido
los deudos de los que agravias,
apadrinados de amigos,
el estado en que los tienes.
Conde. No es el primero tu aviso;
las pinturas me lo han dado,
los difuntos me lo han dicho.
Cegáronme amor y celos;
del real perdón soy indigno;
crüel será su piedad,
si es en mi muerte remiso.
(*Al retrato.*)
¡Ah, malogrado inocente,
por honrado perseguido,
por buen amante mal muerto!
¡Qué tarde, cielos, que vino
la piedad tras la venganza,
el pesar tras el delito!
Alonso. No tan tarde, gran señor,
que si con él te mitigo,
no venga á echarse á tus pies
seguro, gozoso y vivo.
Fingí su muerte piadoso.
Conde. ¿Qué dices, Alonso amigo?
Deberéte, si esto es cierto,
el alma, que fiel te rindo.

ESCENA XIX

Doña Elena *y* Don Juan, *de gala y de las manos.*—Doña Josefa, *también de gala.*—Engracia *y* Buñol. —Dichos.

Juan. Las nuestras, ¡oh heroico Infante!
tendrán desde hoy más alivio
en tu amparo generoso.
Conde. Todas mis venturas cifro
en estos brazos que os doy.
De patrones necesito
que enojos del Rey aplaquen;
en vuestras manos benigno
dejará justos agravios.
Juan. Verán en ellos cumplidos
sus gozos nuestros deseos,
que les faltaba el arrimo
de tal dueño, tal señor,
tal príncipe, en quien el siglo
presente venera á un nieto
del Monarca más invicto
que conoció nuestra España.
Josefa. Yo, don Juan, que he merecido
veros libre de naufragios
crüeles, cuanto prolijos,
para hacer mayor la fama
de mi amor constante y limpio,
contenta con sus memorias,
no casarme determino,
por que hereden mis estados
mis hermanos y sobrinos.
Y al Conde le doy mil gracias,
pues, venciéndose á sí mismo,
generoso os favorece,
si os persiguió competido.
Postraréme á los pies reales,
en fe de que en ellos fío
clemencias en vuestro abono.

BUÑOL. Y habremos comedia visto
que no acaba en casamientos.
ENGRAC. ¿Luego no piensas conmigo
celebrarlos?
BUÑOL. Ni por pienso.
ENGRAC. Pues ¿por qué causa, atrevido?
BUÑOL. Porque pueda rematarse,
sin curas y sin padrinos,
una comedia soltera.
ENGRAC. Deseábalo infinito.
JUAN. Senado: el perfecto amor
no sabe temer peligros;
ejemplo los dos seamos,
venturosos, si os servimos.

EL CABALLERO DE GRACIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El Caballero de Gracia.
Ricote, *lacayo.*
Isabela, *dama.*
Decio, *criado.*
Lamberto, *caballero.*
Julio Cataño.
Esperanza, *criada.*
Camilo, *caballero.*
Sabina, *dama.*
Conrado, *caballero.*
Ginés.
Paulo Adorno, *caballero.*
El Cardenal Espinosa.
Don Cristóbal de Mora.
Don Pedro, *caballero.*
Fisberto, *caballero.*
La Princesa Doña Juana.
Don Diego, *caballero.*
Don Juan.
El Rey Felipe II.
Inés, *criada.*
Roberto.
Un Angel.
Un Capitán.
Un Criado y Un Paje.
Un Pintor.
Músicos.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale el Caballero de Gracia *y* Lamberto, *su cuñado.*

Lambert. Pues á mi cargo has quedado,
tu remedio está á mi cuenta,
y así quiero darte estado.
Caball. Si tu amor honrarme intenta,
trueca el nombre de cuñado
en el de hermano apacible;
no fuerces mi inclinación,
mira que es cosa terrible,
sabiendo mi condición,
casarme.
Lambert. Ya es imposible
deshacerse este concierto.
Caball. ¿No ves que ya mi edad pasa
de los límites, Lamberto,
que piden bodas?
Lambert. Tu casa,
como sin hijos han muerto
tus padres, reduce en ti
mi nobleza y sucesión.
Palabra á Jacobo di
de casarte, y no es razón
no cumplilla.
Caball. Resistí
á mis padres tantos años
el peso del casamiento,
Argel de penas y engaños,
sirviéndome de escarmiento
sucesos propios y extraños,
que ya en mis amigos veo,
ya entre mis parientes toco,
ya en varias historias leo,
¿y quieres volverme loco
violentando mi deseo?
Lambert. Lo que no pudieron ellos
podrá hoy mi autoridad.
Caball. Nunca enlaza amor dos cuellos
por fuerza, ni hay voluntad
que vaya por los cabellos.
Lambert. En individuos tributo,
¿será bien que tú seas menos
que un roble tosco, que un bruto?
Caball. Ya que tú casado estás
con Isabela, mi hermana,
el ser resucitarás
de nuestra casa.
Lambert. ¡Qué vana
excusa á mis ruegos das!
No se estima por mujer
la línea que ilustra al hombre
y da al hijo todo el ser,
pues del padre toma el nombre

quien se quiere ennoblecer.
Deja de filosofar
y advierte que me encargó
que te obligase á casar
tu padre, cuando murió.
Y que á Sabina has de dar,
mi hermana, la mano y sí,
pues de Ferrara ha venido
sólo á este efecto, ó de aquí
has de irte.

CABALL. No es mal partido
el último para mí;
pues si es el conyugal peso
de los cuerdos tan rehusado
y á tantos priva del seso,
más vale estar desterrado
que no vivir siempre preso.
Mi natural es más quieto,
pues á la iglesia me inclino;
déjame, si eres discreto,
seguir aqueste camino,
más seguro y más perfeto.

LAMBERT. Sabina es noble y honesta,
y en fin, mi hermana, que basta;
á mi gusto está dispuesta;
la mujer ilustre y casta
ni es liviana ni es molesta.
De la tuya soy esposo,
si tú lo eres de la mía,
y á su dote caudaloso
juntas tu hacienda, sería
un parentesco dichoso
el nuestro, y no habrá poder
que en Módena nos iguale.
Esto, Jacobo, ha de ser.

CABALL. La hacienda, hermano, ¿qué vale
en manos de una mujer?
Gózala toda, y no intentes
cautivar mi voluntad
con tantos inconvenientes.

LAMBERT. Cuando mires su beldad,
sus costumbres excelentes,
su discreción y valor,
aunque un mármol fueses frío,
te has de abrasar en su amor.
Jacobo, este es gusto mío,
no provoques mi rigor,
en una quinta te espero,
hoy las vistas han de ser;
imita á la primavera
en galas, porque es mujer
de buen gusto, y no quisiera
que en ti hallase imperfección
que su amor desazonase.
Háblala con discreción
y finge, aunque no te abrase,
que eres de su sol Faetón;
no apartes los ojos della,
suspira de cuando en cuando,
tómala la mano bella.
Si estás con otros hablando,
hazla entender que, por ella,
ni en lo que dices estás
ni á propósito respondes,
y desta suerte verás
qué presto en tu pecho escondes
el amor que huyendo vas
y que empiezas á adorar
lo que, por no conocer,
hasta aquí te dió pesar;
que esto de amar y comer
no está en más que en comenzar;
voy á llamar quien te vista
de vistas, porque has de ir luego.
(*Vase.*)

CABALL. Mejor me fuera el ir ciego
que á tales vistas con vista.
Cielos: para que resista
tal violencia, dadme fuerza
antes que Lamberto tuerza
mi inclinación y la doble,
que no es la voluntad roble
que ha de dar fruto por fuerza.
Yo estoy contento, mi Dios,
con mi quieta soledad.
¡Aquí de Dios! Libertad:
¿por qué no volvéis por vos?
Mas diréisme que entre dos
conserva el amor su estado,
que la soledad da enfado;
mas sólo da luz Apolo,
que más vale vivir solo
que no mal acompañado.

ESCENA II

Sale RICOTE *con una fuente, capa y gorra con plumas, y adereço de espada dorada.—El* CABALLERO DE GRACIA.

RICOTE. El novio recoleto
á vistas, amor te llama;
gorra con plumas, la fama
te ofrece calza y coleto.
Módena te espera toda
con la novia en una quinta
donde el Abril mayos pinta;
goza del pan de la boda
que te amasa la belleza
de una mujer, que ahora es
miga toda, aunque después
se te ha de volver corteza.
Busca dientes de diamante,
porque las mujeres son,
por lo dulce, de turrón;
por lo duro, de Alicante,
y buen provecho te haga.

CABALL. ¡Ah, Ricote, que haya dado
en casarme mi cuñado!

RICOTE. El nombre te satisfaga
y haz lo que manda, no gruña,
que es cuñado con ventaja,
y en fe de sello te encaja
su hermana en lugar de cuña.
Vístete si has de ir allá.

CABALL. Bien sabes tú cuán pesado
tiene de serme este estado.

RICOTE. Si un yugo por premio da,
ya sospecho las molestias
de una mujer que es verdugo,
que nunca se pone el yugo
si no es para domar bestias.
Diérante á ti andar de día
de jubileo en sermón,

no dejar congregación,
no perdonar obra pía,
disminuyendo procesos,
consultando confesores,
reprehendiendo jugadores,
pagando deudas á presos,
y de noche en hospitales,
entre humildes ejercicios,
desopilando servicios
y bazucando orinales.
En oyendo el esquilón,
á pesar del lodo y vientos,
acompañar sacramentos,
dar á pobres tu ración.
Volver á casa desnudo
y rezando Ave Marías,
cenar dos lechugas frías
y un huevo entre asado y crudo.
Dormir sobre una tarima,
poco y mal, y cuando al alba
hacen los pájaros salva,
tener ya rezada prima.
Que en este entretenimiento,
que otros llamarán castigo,
no estimarás en un higo
el más rico casamiento.

CABALL. Eso, Ricote, apetezco,
y sin ello me hallo mal;
mi inclinación natural
es, poco en ello merezco;
pero, en fin, me dan mujer.

RICOTE. Casarte y tener paciencia,
que no es mala penitencia
si la acostumbras á hacer;
que, en fe de lo que aprovecha,
puedes hacer, si te casas,
cuenta, señor, que te pasas
á religión más estrecha.

CABALL. Más con eso me molestas.

RICOTE. Vístete si habemos de ir.

CABALL. ¿Cómo he de poder sufrir
tan terrible peso á cuestas?

RICOTE. Como quien lleva la cruz
del matrimonio excelente;
tú serás el penitente
y yo el cofrade de luz.
Mas mira: si al fin te casas
y vivir seguro quieres,
haz cuenta que las mujeres
son castañas en las brasas.
Regalallas y querellas,
mas, si en fe de tus amores,
se te suben á mayores
porque no falten mordellas,
ni tanta mano les des
que vengan á ser cabeza,
ni muestres tanta aspereza
que las trates como á pies.
Si destos extremos dos
quieres hallar el remedio,
la virtud consiste en medio,
que no sin misterio Dios,
cuando á la mujer ser da,
en fe desta maravilla
la formó de una costilla
que en medio del cuerpo está.
Y con esto emplúmate,
pues ya te has puesto las galas.

CABALL. ¡Ay plumas, servidme de alas,
y de una mujer huiré!

RICOTE. No me espanto que te pese,
que es carga de ganapán,
y si Dios se la dió á Adán
aguardó que se durmiese.

ESCENA III

Salen SABINA, ISABELA *y* CAMILO.

SABINA. ¡Bella quinta!

CAMILO. ¡Deleitosa!
En ella la primavera,
que en estas bodas espera
verte de Jacobo esposa,
también hace ostentación
de sus galas al Abril.

ISABELA. Mira en tazas de marfil
brindar la murmuración
destas fuentes á la risa,
que cuando á la sed provocas
por ti se hace todas bocas.

CAMILO. Mientras murmura te avisa,
si no es que te reprehende,
del mal pago que á Conrado
con esta mudanza has dado.

SABINA. Mi hermano su amor ofende,
que á casarme me ha traído
y es fuerza el obedecelle
si por padre he de tenelle.
Sabe Dios que he resistido
su voluntad hasta aquí;
está mi dote á su cuenta.
¿Qué he de hacer?

ISABELA. Mi esposo intenta,
juntando tu hacienda ansí
con la de mi hermano, hacer
de todas cuatro una casa.

CAMILO. Cuando sepa lo que pasa,
Conrado ha de enloquecer
de pena y celos.

SABINA. No hay ya
quien de celos pierda el seso.

CAMILO. Que te adora te confieso.

SABINA. La ausencia le curará,
que en Ferrara hay medicina
y contrahierba de amor.

CAMILO. Aunque el médico mejor
es el tiempo, en fin, Sabina,
si es amor enfermedad,
mientras sus términos pasan,
¿qué ha de hacer cuando le abrasan
memorias de tu beldad?
Si él supiera que venías
á más que á ver á tu hermano,
y que usurpalle la mano
que suya juzgó querías,
á otro Ariosto diera copia
para escrebir sus locuras.

SABINA. Orlando hacelle procuras,
aunque en mí es la historia impropia,
que ni Angélica me llamo
ni le dejo por un moro,
pues ni es, Jacobo, Medoro,
ni con liviandad le amo.

A vistas vengo, ¿qué quieres?
Lícito es ver.
CAMILO. Es verdad;
mas tenéis la voluntad
en los ojos las mujeres.
No saldrás libre de aquí;
avisar quiero á Conrado,
aunque si él fuera avisado
no se apartara de ti;
porque es la mujer, en suma,
como el pájaro liviano,
que en abriéndole la mano
vuela, y si deja algo es pluma.
(*Vase.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* CAMILO.

SABINA. En fin, Isabela hermosa,
¿tengo de ser tu cuñada?
ISABELA. Y aunque en el nombre pesada
en las obras amorosa.
SABINA. ¿Jacobo de Gracia es
discreto, cuerdo, apacible?
¿Es riguroso ó terrible,
conversable ó descortés?
Que habiendo de vivir tanto
con él, justo es que me informe
si es á mi gusto conforme.
ISABELA. Mi hermano es, amiga, un santo;
no te pueden dar los cielos
más segura compañía;
no temas, Sabina mía,
que te desvele con celos;
que, jugándote tu dote,
tus joyas empeñe ó venda;
que desperdicie tu hacienda,
que tus deudos alborote,
porque no es de aqueste mundo,
y aunque á su simplicidad
dan nombre de necedad,
cortesanos en quien fundo
todo el caudal en engaños,
en las cosas de importancia
es cuerdo, aunque la ignorancia
hace burla de sus años;
él, en fin, es importante
para ser de ti querido
y mejor para marido,
hermana, que para amante.
SABINA. Con eso me has enfriado
el alma: ¡Jesús mil veces!
¿Marido santo me ofreces?
Simple, hermana, le has llamado.
Si he de creer á la fama
ya sé que, subiendo el precio,
apacible nombra al necio
y sencillo al bobo llama.
El será, á lo que imagino,
algún junípero llano,
mentecato por lo humano,
devoto por lo divino.
Que andará desatinado,
y dirá que es por llaneza;
traerá baja la cabeza,
el cuello tuerto ó bajado,
y dirá que es vanidad
lo que el uso galas llama.
Y si en muestras que me ama
saca á luz la voluntad,
que no será en todos días,
sino la Pascua de Flores,
en vez de decirme amores
me rezará Ave Marías.
¡Buena vida me prometo!
ISABELA. ¡Por ser compuesto ha perdido!
SABINA. Compuesto para marido,
mejor es para soneto.
Quien no ha sido buen amante
mal buen marido será;
amor, aunque atado está
al matrimonio constante,
no pierde su inclinación,
antes con él se aquilata.
Sabrosos regalos trata,
las galas su esfera son
con que alivia los enojos
que el enfado solicita,
ya su esposa necesita
á no apartar dél los ojos.
ISABELA. De tu condición me espanto.
SABINA. Viviré triste en extremo
si por marido le temo
y le respeto por santo.

ESCENA V

Sale el CABALLERO DE GRACIA, *muy galán*; RICOTE, LAMBERTO *y* ESPERANZA.—DICHAS.

LAMBERT. Por mostraros, mi Sabina,
que en todo soy vuestro hermano,
un esposo de mi mano
daros mi amor determina.
Que si en el vuestro se abrasa
y os recibe por mujer,
vendremos los dos á hacer
una hacienda y una casa.
Estimadle, que yo espero,
si el sí y la mano le dais,
que por él no maldigáis
jamás al casamentero.
Turbada estaréis, ¿quién duda,
que, como hoy las vistas son,
en la novia es discreción
de turbarse y el ser muda?
Si no os ciega beldad tanta
el ser cortés os inclina.
(*A* Jacobo.)
Hablad, Jacobo, á Sabina.
CABALL. Dios, señora, os haga santa.
SABINA. ¿Por santidades comienza?
RICOTE. Devota salutación
para entrada de un sermón.
LAMBERT. El novio tiene vergüenza,
su turbación perdonad;
que el más discreto, cuando ama,
la primer vez que á su dama
ve, dice una necedad.
RICOTE. ¿Una? El dirá más de ciento.
CABALL. ¿Por necedad juzgáis vos
el rogar, hermano, á Dios
que le haga santa?

LAMBERT. El intento
es bueno, pero no viene
á propósito.
CABALL. Confuso
estoy.
LAMBERT. El amor y el uso
su idioma y estilo tiene.
CABALL. Pues ¿qué había de decilla
á fuer de los cortesanos?
LAMBERT. Bésoos, señora, las manos:
y luego arrastrar la silla
y preguntar: ¿cómo estáis?
que es el común abecé.
CABALL. Bésoos las manos, ¿por qué?
Necedad en mí llamáis
el decir que la haga santa
Dios, ¿y en el mundo no veis
si su mal uso os espanta?
Estornuda un caballero,
y los que le corresponden,
bésoos las manos, responden,
en pie, quitado el sombrero.
Y los que Dios os ayude
dicen, ¿no son cortesanos,
en fin, que besan las manos
al otro porque estornude?
Miren qué merced les hace:
traen luces cuando anochece,
y descortés les parece
el cuerdo que satisface
con decir que Dios les dé
buenas noches; solamente
al besamanos consiente
el uso necio, ¿por qué,
si tú la luz no has criado,
besarte es bien que permitas
las manos y á Dios le quitas
las gracias, que te ha alumbrado?
LAMBERT. Calla, y la costumbre admite,
que esto se usa en nuestro idioma.
CABALL. Y será ley de Mahoma,
que disputas no permite.
Yo no nací para esto;
sácame, hermano, de aquí,
y cásese otro por mí.
LAMBERT. Jacobo, no seas molesto;
ya has venido, no es razón,
si cortesano te llamas,
que quedes entre las damas
en mala reputación.
No desdice el ser cortés
de la virtud que te inclina;
siéntate junto á Sabina;
dile amoroso después
la buena suerte y ventura
que se te sigue de vella,
que estás perdido por ella,
que al sol vence su hermosura,
que su discreción te admira.
CABALL. ¿Eso he de decille?
LAMBERT. Pues.
CABALL. Tú debes de ignorar que es
pecado el decir mentira.
LAMBERT. Eso es encarecimiento
que usa el amor de ordinario.
CABALL. Afirmando lo contrario
de lo que imagino, miento.
Si yo por mujer la tengo,
¿por qué sol la he de llamar,
ni cómo podré afirmar
que á vella perdido vengo,
si no es porque el tiempo pierdo
de que á Dios he de dar cuenta?
Mentir un noble es afrenta;
téngame por necio ó cuerdo,
cáusela gusto ó enfado,
mal ó bien conmigo esté,
porque yo no mentiré
por cuanto Dios ha criado.
LAMBERT. Anda, hipócrita, que están
por ti en pie, siéntate allí;
lo que te enseño la di;
sé cortesano y galán,
que ¡vive Dios! si en desprecio
de lo que mando que digas
con amores no la obligas
y te confirma por necio,
que sí hará, porque es discreta,
que en Módena no has de estar
un hora, ni has de gozar
tu herencia.
CABALL. Poco me inquieta
la codicia de mi hacienda;
pero voy por no enojarte.
ISABELA. Si basta, hermana, á obligarte
mi amistad, aunque te ofenda
el poco curso que tiene
mi hermano en cosa de amores,
házmele muchos favores;
enamórale, pues viene
á domesticarse un bruto
con la costumbre suave,
que, si lo que es amor sabe,
tú verás, Sabina, el fruto
que sacas de ser su esposa,
y la vida que gozamos
si juntas las dos estamos.
SABINA. Por darte, Isabel hermosa,
gusto, y agradar á mi hermano,
lo que mandas quiero hacer;
el galán tengo de ser
esta vez, por lo que gano
de estar en tu compañía.
Toma esta silla, señor.
RICOTE. Albarda fuera mejor.
SABINA. Asentaos, por vida mía.
CABALL. No haré cierto, yo estoy bien,
sentaos, mi señora, vos.
(Sacadme desto, mi Dios.)
Sentaos, Lamberto, aquí.
LAMBERT. Bien.
No soy yo el que á vistas vengo,
aquese es vuestro lugar
y éste el mío, porque hablar
un poco á mi esposa tengo.
SABINA. Por mi vida, que os sentéis.
CABALL. Dos veces habéis jurado.
¡Jesús! Yo ya estoy sentado
á trueco que no juréis. (*Siéntase.*)
Y si se hace el casamiento,
quiéroos, señora, avisar
que nunca habéis de jurar,
porque es contra el mandamiento
segundo.

SABINA. ¡Pobre de mí!
¿Esto escucho y no me muero?
En muestra de lo que os quiero
yo juro cumplillo ansí.
CABALL. Pues no juréis otra vez.
SABINA. ¡Qué necio y qué escrupuloso! (*Ap.*)
Libertad, con tal esposo
ya desearéis mi viudez.
ESPER. Y él, ¿cómo ha callado tanto?
RICOTE. No sé por dónde empezar
contigo, Esperanza, á hablar.
ESPER. Pues qué, ¿da también en santo?
RICOTE. No; mas un poeta amigo,
que en la corte de Castilla
es águila y maravilla,
hablando una vez conmigo,
me dijo, viendo el ensayo
de una comedia famosa:
«Ya, hermano, es cansada cosa
que entre fregona y lacayo
siempre empiecen su papel
con esto. ¿Y él no habla nada?
¿Y ella es soltera ó casada?
Porque esto de *y ella y él*
era sagrado y chorrillo
de toda plebeya masa,
y ya en la corte no pasa
lacayo con estribillo,
y temo, si así le trato
y allá me ven algún día,
la grita y silbatería.»
ESPER. Líbrenos Dios de un silbato.
LAMBERT. ¡Que se haya un hombre criado
en mitad de Italia, que es
madre del trato cortés,
y que liciones ha dado
á mil bárbaras naciones
que su Imperio han adquirido,
y en más estima han tenido
que sus ricas posesiones
la urbanidad y crianza
que de su trato sacaron
y á sus patrias trasladaron
con que el ser de hombres se alcanza,
y que este bruto, Isabela,
criado en la policía
de vuestra casa y caricia,
y en Módena, que es escuela
del estilo y discreción,
hablar con una mujer
no sepa!
ISABELA. Si es menester
trato y comunicación
para cualquier arte y ciencia,
y aunque en el siglo ha vivido
Jacobo, nunca ha tenido
de sus cosas experiencia.
La cortedad no os espante;
tratadle en cosas de Dios,
y veréis que quedáis vos
torpe con él y ignorante.
Cásese él, que esos extremos
el tiempo los vencerá.
LAMBERT. Hablando con él está,
lo que le dice escuchemos.
SABINA. En fin, ¿no me decís nada?
CABALL. Nada os digo, pues que callo;
yo os prometo que no hallo
cosa, señora cuñada,
que deciros de momento.
SABINA. Créolo, que amor desnudo
á los principios es mudo,
y el propio efeto en mí siento,
que estoy muy enamorada,
señor Jacobo, de vos.
CABALL. Más vale estallo de Dios,
que yo no os importo nada.
SABINA. Amaros para marido
no es con intento liviano.
Dadme, Jacobo, esa mano.
CABALL. ¡Jesús! ¿la mano?
SABINA. Encogido
sois, dadle acá.
CABALL. No hay que hablar,
ó estas son vistas ó no.
SABINA. Sólo á veros vengo yo.
CABALL. Pues ver, pero no tocar.
SABINA. Mal debo de pareceros.
CABALL. No me parecéis muy bien.
SABINA. Grosero sois.
CABALL. Hago bien.
SABINA. Criado entre caballeros
poco su trato se os luce.
(*Levántanse.*)
¡Quitaos allá, descortés!
Si con vos el interés
que toda Italia produce
me dieran, no os estimara
para calzarme el chapín.
Tosco. ¡Miren á qué fin
me trajeron de Ferrara!
Cuando á vuestro cargo esté,
Lamberto, el darme marido,
porque vuestra hermana he sido
(que desde hoy no lo seré),
haced de mí más caudal
que el que aquí os he visto hacer;
el matrimonio ha de ser
en los consortes igual
cuando no se menosprecia,
y quien á un necio me da
por marido, claro está
que me ha tenido por necia;
y eso en mí es injuria al doble,
sabiendo quién es Sabina.
Buscad, Lamberto, una encina
con quien casar este roble,
y hacelde antes desbastar,
que se está con su corteza
y no podrá la riqueza
sobre ella un tronco dorar.
Que, puesto que vine en vano,
casarme á mi gusto espero,
pues para casamentero
tenéis tan pesada mano. (*Vase.*)

ESCENA VI

DICHOS, *menos* SABINA.

ISABELA. Enojada, y con razón,
va Sabina, hermana mía.
¡Qué necio es el que porfía
forzar una inclinación! (*Vase.*)

ESCENA VII

DICHOS, *menos* ISABELA.

LAMBERT. Si hallara capacidad
en ti para reprehenderte,
castigárate de suerte
que de tu rusticidad
quedaras arrepentido;
pero no lo sentirás,
porque tan bozal estás
que te falta hasta el sentido.
Pero á las obras remito
lo que excuso de razones,
si más en Módena pones
los pies, si deste distrito
no te vas, ¡viven los cielos!
que como loco he de hacer
que te salgan á correr
los muchachos: pagarélos
para que en calles y plazas
te persigan: comunica
rústicos, en quien si aplica
el vil natural que abrazas.
Por la caperuza trueca
las plumas, galas del noble;
hiere con el hacha el roble,
derriba su leña seca,
y vendiéndola, sustenta
tu bárbara vida ansí,
porque, si vuelves aquí
en tu daño y en mi afrenta,
yo vengaré el menosprecio
que hoy con mi hermana has tenido
con el castigo debido
que se suele dar á un necio. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* LAMBERTO.

ESPERAN. Ricote, adiós.
RICOTE. Esperanza:
¿es amarme el irte ansí?
ESPERAN. Ya no la tengas de mí,
pues por aquí va la danza;
participas de tu amo
la poca dicha, perdona:
la maza va con la mona,
necio es el necio y el amo.
Mientras con él estuvieres
necias serán tus demandas
que, en fin, dime con quién andas...
RICOTE. Vaya.
ESPERAN. Y diréte quién eres. (*Vase.*)

ESCENA IX

El CABALLERO *y* RICOTE.

RICOTE. ¡Buenos habemos quedado!
¿Qué habemos de hacer, señor?
CABALL. Libróse del cazador
el pájaro, el sentenciado
del riguroso verdugo,
del naufragio el marinero,
del lobo el manso cordero,
la libre cerviz del yugo,
del pirata el mercader,
y aún mayor mi dicha ha sido
pues que librarme he podido,
Ricote, de una mujer.
¡Oh, qué peso me han quitado
de encima del corazón!
RICOTE. Dicen que en cierta nación
era por rey adorado
aquel que á cuestas tenía
la cosa de mayor peso,
saliendo con el suceso
quien más tiempo le sufría.
Una vez se convocó
al pueblo á elegir cabeza,
y hubo quien tal fortaleza
entre los demás mostró,
que un enano, entero tuvo
día y medio, sin que hubiese
quién competir se atreviese
con él; y al tiempo que estuvo
casi el reino en su poder
y el pueblo le engrandecía,
salió otro que traía
á cuestas á su mujer,
y la gente convocada
en su favor sentenció,
que con la mujer no halló
otra cosa más pesada.
Mas si toca Dios de un hueso,
¿dónde piensas ir?
CABALL. No sé.
RICOTE. Con capa y gorra y á pie,
¿qué dirán de nuestro seso?
Si tomas mi parecer,
vuélvete, señor, á casa,
que todo enojo se pasa.
CABALL. Casa que huele á mujer
no me la mientes, Ricote.
RICOTE. Casarte han querido en ella,
mas dan dineros con ella,
que no hay esposa sin dote.
Sólo á quien casar se atreve
dineros y hacienda dan,
que es pagar al ganapán
la carga, por que la lleve.
CABALL. Deudos en Bolonia tengo,
á estudiar y á conocellos
iré.
RICOTE. ¿Deudos? ¡Fuego en ellos!
Mal los conoces; no vengo
en eso, aunque seguir quiero
tu buena ó mala fortuna.
CABALL. Este traje me importuna.
RICOTE. Una capa y un sombrero
tengo allí, con ella irás
mejor, si hemos de ir á pie;
ven por ella.
CABALL. ¡Que hoy libré!
Voluntad, ya os tengo en más;
que, aunque en tan terrible trance
me habéis costado mi hacienda,
bien podré, preciosa prenda,
decir que os compré de lance.

ESCENA X

Salen LAMBERTO, CONRADO, ISABELA *y* SABINA.

LAMBERTO.

Yo solo en vuestros celos soy culpado;
como Jacobo corre por mi cuenta,
su hacienda trajo, y siendo su cuñado,
por mi industria y gobierno se acrecienta,
parecióme, poniéndole en estado
y dándole á Sabina, que su renta
junta á la mía, la aumentara doble,
y una casa fundara rica y noble.
Ni Jacobo ha tenido entendimiento
para estimar la dicha deste día,
ni yo noticia del honesto intento
que os ha obligado á honrar la sangre mía.
Mi hermana, con el mismo pensamiento,
á mis consejos resistencia hacía,
y aunque su honestidad cuerda callaba,
sus ojos me decían que os amaba.
Yo alabo su elección, y que os escoja
por dueño suyo, sosegaos con esto.

CONRADO.

Si por esto amor, por ser niño, se enoja,
también, Lamberto, se apacigua presto.
Sacóme de Ferrara la congoja
furiosa de los celos que me han puesto
en términos de hacer un desatino;
mas tras la tempestad el iris vino.
Yo os perdono mi agravio.

SABINA.

Y yo os adoro
con más estima agora que primero,
que poco precia, mi Conrado, el oro
quien no conoce el hierro y el acero.
Quien nunca empobreció no ama el tesoro,
á más ejemplos aplicarme quiero,
que si los ojos hoy en otro he puesto,
más claro sale el sol junto á su opuesto.

CONRADO.

En fin, ¿Jacobo me hizo competencia?

ISABELA.

Pluguiera á Dios que fuera para tanto.

CONRADO.

Yo á lo menos envidio su inocencia.

LAMBERTO.

Que es un bruto.

CONRADO.

Mejor diréis un santo (1).
¿Que es dél?

LAMBERTO.

¿Había de venir en mi presencia?
De Módena le eché.

CONRADO.

De vos me espanto.

LAMBERTO.

Hágase hombre, si en su esfera cabe;
sepa del mundo, que harto de Dios sabe.
No me ha de entrar en casa en todo este año.

CONRADO.

Pues sabed que acusaros he venido
de un huésped que os tendréis, si no me engaño,
de no poco valor: hoy ha partido
veinte millas de aquí Julio Cataño,
estimado en Italia y conocido
en Roma por sus letras, sangre y celo;
su tío es Cardenal de San Marcelo:
Juan Cataño.

LAMBERTO.

Este es en quien ha puesto
la silla de San Pedro su esperanza.
Si muere Sixto quinto es manifiesto
que le ha de suceder.

CONRADO.

En su privanza
presumo entrar, porque ha vacado un puesto
que, si mi dicha y el favor le alcanza
y con Sabina desposado quedo,
enriquecer vuestros parientes puedo.
Fáltale el secretario, y como supe
que á Roma se partía, convidalle
con esta quinta quise.

LAMBERTO.

Desocupe
su espacio nuestro amor para hospedalle.

CONRADO.

Primero que otro aquesta plaza ocupe,
si os parece, Lamberto, pienso hablalle
esta noche.

LAMBERTO.

Haréis bien, que la tardanza,
como el provecho vuela, no le alcanza.
¿Vas, Isabela, á prevenir la cena?

ISABELA.

Pavos hay y capones.

LAMBERTO.

Esta sala
cuelguen de telas, que es capaz y buena.

CONRADO.

En esta quinta no hay ninguna mala.

LAMBERTO.

Maten vitelas.

CONRADO.

En la casa llena
fácilmente se sirve y se regala
á un Príncipe, aunque venga de repente.

LAMBERTO.

Camas ahí prevenid para la gente.

(Vase Isabela.)

ESCENA XI

Sale RICOTE, *después un* CRIADO. — DICHOS, *menos* ISABELA.

RICOTE.

Lamberto, caballeros, dad ayuda
á Jacobo de Gracia, que, salteado

(1) En el original dice «con esto».

de bandoleros, morirá sin duda,
no siendo de vosotros ayudado;
su bárbara codicia le desnuda
y á un roble tosco de ese monte atado
los dineros le piden que no tiene;
huyendo mi temor la muerte viene.
¿Qué aguardáis? Cerca está, si tardáis tanto,
dadle por muerto. Vamos, caballeros.

LAMBERTO.

O es hipócrita Jacobo ó es santo.
Si es santo, ¿de qué teme bandoleros?
Dios volverá por él, causando espanto
á ese escuadrón de salteadores fieros;
si es hipócrita, pague con la vida
lo que merece su virtud fingida.

CRIADO.

Monseñor está en casa.

LAMBERTO.

Pues salgamos
á recebille.

RICOTE.

Que obligar no puede
vuestra crueldad.

CONRADO.

A socorrelle vamos.

LAMBERTO.

Dios le socorrerá, no tengáis miedo.

SABINA.

Más razón es que á Julio recibamos.

LAMBERTO.

Ojalá le matasen, pues heredo
por mi mujer su hacienda.

RICOTE.

Al fin, cuñado.

SABINA.

De su desprecio el cielo me ha vengado.
(*Vanse, sino es* Ricote.)

RICOTE.

Miren qué hay que esperar de aquesta gente.
¡Maldiga Dios quien en cuñados fía,
viles madrastras cree, suegras consiente:
que estos tres hacen una cofradía!

ESCENA XII

Sale EL CABALLERO DE GRACIA, *desnudo*.—RICOTE.

CABALLERO.

Ricote: ¿estás ahí?

RICOTE.

Señor.

CABALLERO.

Detente
y no des voces, que excusar querría
las injurias y enojo de Lamberto,
que, si me ve cual vengo, será cierto.

RICOTE.

Qué, en fin, ¿te desnudaron?

CABALLERO.

Harto ha sido
dejarme vivo; ser piedad confieso.

RICOTE.

¿Piedad cuando te quitan el vestido?

CABALLERO.

¿Qué quieres? ¿no ves tú que viven deso?

RICOTE.

Discúlpalos también.

CABALLERO.

Agradecido
á quien le libra debe ser el preso.

RICOTE.

Donosa flema; no has de ser tan bueno
que te dejes echar la silla y freno.

CABALLERO.

Dame esa capa, cúbreme y avisa
á mi hermana, si puedes, en secreto
de mi desgracia.

RICOTE.

Si está en camisa
Lamberto, mala noche te prometo.

CABALLERO.

Haz tú que no lo sepa y vuelve aprisa,
mientras aquí me escondo.

RICOTE.

Eres discreto,
que en viéndote Sabina repudiada,
fiestas les ha de hacer tu encamisada. (*Vase.*)

ESCENA XIII

Salen JULIO *del cobertizo del camino*, LAMBERTO *y* CONRADO, *y velos.*

JULIO.

Bien sabéis obligar, señor Lamberto;
al hospedaje quedo agradecido.

LAMBERTO.

No ha un hora, Monseñor, que estaba incierto
desta dicha, que hubiera prevenido
con la casa que ofrece este desierto,
y regalos de Módena, el debido
hospicio que se os debe y era justo.

JULIO.

Lo que no se previene da más gusto.
¡Agradable jardín! Yo no he rezado
algunas horas; mientras se adereza
la cena quiero echar este cuidado
aparte.

LAMBERTO.

¿No le habláis?

CONRADO.

¿Cómo, si reza?

JULIO.

Déjenme solo.

CRIADO.
Todo está aprestado.
CONRADO.
¿Adónde ha de dormir?
LAMBERTO.
En esta pieza.
CONRADO.
Si me acomoda Julio con su tío
y sale Papa, enriquecer confío. (*Vanse.*)

ESCENA XIV

JULIO empieza á rezar santiguándose, y responde el CABALLERO DE GRACIA *desde donde está escondido.*

JULIO.
Deus in adjutorium meum intende.
CABALLERO.
Domine ad adjuvandum me festina.
JULIO.
¿Quién respondió? ¿qué es esto?
CABALLERO.
¿Qué pretende,
Cielos, mi natural que á esto me inclina?
Sin querer respondí; mas, si se ofende
y hacerme dar castigo determina,
viéndome así, ¿con qué disculpa intento
disminuir mi necio atrevimiento?
JULIO. ¿Quién es el que está escondido
tras esta murta?
CABALL. ¿En qué dudo?
Un hombre, señor, desnudo
del ingenio y del vestido.
No mirando lo que hacía,
cuando comenzó á rezar
respondí, sin reparar
que era Vuestra Señoría
el que estaba aquí, llevado
de un natural, que me obliga
que cosas devotas siga.
JULIO. ¿Cómo estáis ansí?
CABALL. Un cuñado,
que sabe mirar mejor
por mi bien que yo estimalle,
es causa que deste talle
me esconda de su rigor.
JULIO. ¿Quién es ése?
CABALL. Es Lamberto.
JULIO. ¿Y él os hizo desnudar?
CABALL. Quísome, señor, casar,
que es peor; soy poco experto
en materia de querer,
trájome á vistas aquí,
no se contentó de mí
la buena de la mujer;
riñó Lamberto conmigo,
de casa me desterró
y el cielo, que conoció
cuán digno soy de castigo,
me entregó á unos bandoleros,
á quien quedo agradecido,
pues, quitándome el vestido
y unos pocos de dineros,
me dejaron con la vida.
Volvíme aquí despojado,
y entretanto que un criado
envío para que pida
otro vestido á mi hermana,
aquí me quise ocultar
de Lamberto y excusar
de su cólera inhumana
el enojo y la pasión.
Salió Vuestra Señoría,
y cuando rezar quería,
llevóme mi inclinación
tras sí, y aunque sea verdad,
que no es fuerte esta disculpa,
perdóneme, que no hay culpa
donde falta voluntad.
JULIO. Yo os la he cobrado notable.
¡Qué apacible sencillez!
No hagáis temor que esta vez
Lamberto enojado os hable;
remediar esta desgracia
quiero.
CABALL. Del cielo tengáis
el premio.
JULIO. ¿Cómo os llamáis?
CABALL. Señor: Jacobo de Gracia.
JULIO. ¿Noble sois?
CABALL. Bueno quisiera
saber ser, que es de estimarse,
que sólo el saber salvarse
es nobleza verdadera.
JULIO. Tal sea mi vida. ¿Habéis
estudiado?
CABALL. Señor, sí;
artes en Bolonia oí.
JULIO. Bueno, y ¿qué pluma tenéis?
CABALL. Razonable, aunque alabada
de algunos que bien me quieren,
que siempre amigos prefieren
lo que vale poco ó nada.
JULIO. Huélgome de saber eso.
¿Gustaréis de estar conmigo?
CABALL. Yo, Monseñor, soy amigo
de hablar verdades; confieso
lo bien que me puede estar
el serviros y estimaros;
pero no sabré adularos,
porque, ni sé lisonjear,
ni dejaré reprehender
lo que mal me pareciere
por cuanto tesoro adquiere
todo el humano poder.
Querránme mal los criados,
que mi buen ánimo ignoran,
porque en Palacio desdoran
á quien no dora pecados,
y quien vicios no consiente
mal con señores lo pasa.
JULIO. Este servicio á mi casa
le faltaba solamente,
y vos le habéis de ocupar.
Repreháendeme á mí el primero,
que eso busco y eso quiero:
un hombre deseo hallar
que las verdades me diga.
¡Hola!

ESCENA XV

Sale DECIO. — DICHOS.

DECIO. Monseñor.
JULIO. Vestid
este hombre; un baúl abrid.
Escuchad.
CABALL. ¡Que me persiga
la inquietud desta manera!
Libréme de ser casado
y del palacio el cuidado,
agora, cielos, me altera.
¿Qué he de hacer si Dios lo quiere?
El me tenga de su mano.
(*Háblale al oído.*)
JULIO. Un vestido de mi hermano
le dad, y cuando estuviere
en el traje que es decente,
me avisaréis.
CABALL. ¿En efeto
he de servir?
JULIO. En secreto
le tendréis, que es conveniente
por agora.
DECIO. Harélo ansí.
JULIO. Idos con ese criado,
secretario.
CABALL. Buen cuidado
llevo; ¿secretario á mí?
¿Qué pretendéis, vanidades?
JULIO. Andad, que si sois discreto,
yo os confiaré mi secreto,
y vos me diréis verdades. (*Vanse.*)

ESCENA XVI

Sale ISABELA.— JULIO.

ISABELA. Bien puede vueseñoría
cenar, si ha rezado ya.
JULIO. Quien en vuestra casa está,
señora, excusar podía
el camino, que ya siento,
pues, según me han regalado,
por no ir mal enseñado,
en ella quedarme intento.

ESCENA XVII

Salen CONRADO *y* LAMBERTO. — DICHOS.

ISABELA. Pluguiera á Dios, monseñor,
que, como lo encarecéis,
os sirviéramos.
CONRAD. ¿Queréis
que, por no darle favor,
muera Jacobo en desprecio
de quien sois?
LAMBERT. Impertinente
estáis; ¿quién hay tan valiente
que pueda matar á un necio?
JULIO. ¿Es hora ya de cenar?
LAMBERT. Presto lo poco se guisa.
JULIO. La jornada me da prisa;
yo suelo siempre pagar
la posada adelantado,
y así quisiera hacello hoy.
A Roma, cual sabéis, voy,
no poco désta obligado,
como tengáis en su corte
los dos pleito ó pretensión
y en ella mi intercesión
alguna cosa os importe,
contento haré la jornada,
y si no, saldré corrido
cual huésped que no ha tenido
con qué pagar la posada.
CONRAD. Buena ocasión se me ofrece,
que le habléis por mí me importa.
LAMBERT. Aunque siendo ésta tan corta
tanta merced no merece,
quien pretende de ordinario
no pierde tiempo ó favor.
Conrado sabe, señor,
que buscáis un secretario,
y porque para este oficio
sé lo que es bien que presuma
de su ingenio y de su pluma,
estando en vuestro servicio
quedaremos él y yo
obligados; determina
ser de mi hermana Sabina
esposo, y no se atrevió,
si no es por mí, á suplicaros
que esta merced nos hagáis.
JULIO. Tarde, Conrado, llegáis;
no puedo en eso ocuparos,
pero mejoraros sí
con dueño más principal.
De mi tío el Cardenal
de San Marcelo entendí
que desea acrecentar
su casa; ya sabéis que es
en nobleza ginovés
y en opinión singular,
y que le han pronosticado
que á Sixto ha de suceder;
pues le voy agora á ver,
yo haré de suerte, Conrado,
que su secretario os haga,
y á Lamberto camarero,
que así el hospedaje quiero
satisfacer.
LAMBERT. Si ansí paga,
Monseñor, vueseñoría
de dos horas el hospicio,
¿qué espera el que en su servicio
su aumento y vida confía?
JULIO. Al secretario llamad,
Decio.
DECIO. Voy señor por él. (*Vase.*)
JULIO. Negociad los dos con él
y una memoria le dad
para que me acuerde en Roma
lo que los dos pretendéis,
que presto lo alcanzaréis
si él á su cargo lo toma.

ESCENA XVIII

Sale RICOTE; *después el* CABALLERO DE GRACIA *con otro vestido.*

RICOTE. Tras mi desnudo escondido
ando, y se ha desparecido.

Mas ¿Monseñor está aquí?
CABALL. ¿Qué manda vueseñoría?
LAMBERT. ¿Qué es lo que vemos, Conrado?
CONRADO. Jacobo es, vuestro cuñado.
LAMBERT. ¡Mi cuñado!
CONRADO. No desvaría
la vista que en él me pinta
su imagen.
LAMBERT. Bueno por Dios:
locos estamos los dos.
No ha un hora que de la quinta
le eché, y avísannos luego
que le roban salteadores,
¿y había de ser él?
CONRADO. Favores
son de su virtud, no niego
lo que decís; mas tampoco
lo que veo oso negar.
RICOTE. Mi amo es éste á pesar
de bellacos, ó estoy loco.
JULIO. Jacobo de Gracia: ved
lo que Lamberto y Conrado
os dicen.
CONRADO. ¿Veisle?
LAMBERT. Encantado
estoy.
JULIO. Y cuenta tened
de avisármelo después.
LAMBERT. ¿Qué es esto? ¡fortuna escasa!
JULIO. Aunque mal, tendrá en su casa
el Cardenal á quien es
en la suya tan avaro,
que á vos della echaros pudo,
y cuando volvéis desnudo
no le osáis pedir amparo.
Los dos vuestra pretensión
le referid, si os agrada,
porque no saldréis con nada
si no es por su intercesión,
que me he inclinado á querelle,
al paso que vos, Lamberto,
le aborrecéis, y estad cierto
que en agradalle y creelle
consiste el favor y gracia
que buscáis, y no la espere
en mí á quien no se la hiciere
el Caballero de Gracia. (*Vase.*)

ESCENA XIX

DICHOS, *menos* JULIO.

CABALL. No estéis, hermano y señor,
de verme, triste y confuso.
Dios estas cosas dispuso,
tercero y intercesor.
Con Monseñor diligente
prometo ser, sin venderos
embelecos por dineros,
mohatras del pretendiente;
pues, contra las vanidades
con que la mentira vive,
hoy Monseñor me recibe
para decir las verdades,
y porque á cenar se asienta,
los brazos, hermano, os pido.
Vamos.
LAMBERT. De puro corrido...
CABALL. Callad, no hagáis deso cuenta.
Dichosa fué mi desgracia;
gracias á Dios puedo dar.
RICOTE. Y desde hoy te has de llamar
el Caballero de Gracia.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Sale DON CRISTÓBAL DE MORA, *del hábito de Cristo, el* CABALLERO DE GRACIA *y otros.*

CRISTÓB. Las cartas que de favor
la Princesa ha recibido
del Cardenal, Monseñor,
las ha Su Alteza leído
con muchas muestras de amor;
y las reliquias que aplica
para el monasterio real
que á las Descalzas fabrica
agradece al Cardenal,
y por ellas significa
el favor que desea hacer
á vuesa merced.
CABALL. En eso
muestra la Princesa ser
hija de quien tuvo en peso
la Iglesia, que iba á caer
por la impiedad luterana
que enfrenó en tiempo sucinto
contra la furia alemana.
CRISTÓB. Heredó de Carlos quinto
la Princesa doña Juana
su cristiandad y valor,
y de Felipe segundo,
su hermano y nuestro señor,
el celo con que en el mundo
es de la Fe defensor.
Hame mandado Su Alteza
que por extenso me informe
de su persona y nobleza,
porque con ella conforme
cuerdamente la largueza
con que merced le ha de hacer
mientras en Madrid asista.
CABALL. Aunque es arrogancia el ser
de sí mismo coronista,
fuerza es el obedecer.
Módena, ciudad ilustre
estimada en Lombardía
por una de las mejores
que honran aquella provincia,
desde inmemorables tiempos
dió solar y casa antigua
al apellido de Gracia,
blasón de nuestra familia.
Cuento noblezas del mundo
por dar á vueseñoría
verdadera relación,
puesto que de más estima
es la virtud que la sangre.

CRISTÓB. Una y otra califican,
y cuando las dos se hermanan
el valor inmortalizan.
CABALL. Dióme á Jacobo de Gracia
por padre el Cielo y mi dicha,
de aquella ciudad espejo,
y por madre á Margarita,
noble y célebre matrona,
apacible, recogida,
ni en el gobierno severa,
ni en el castigo remisa.
En fin, casi con las partes
que en la mujer fuerte pinta
Salomón en sus Proverbios,
si es desta hipérbole digna.
Dióme también una hermana
á su virtud parecida,
de su valor heredera
y, en fin, de tal madre hija.
Casáronla con Lamberto,
en quien su ascendencia cifra
el valor que dió á su casa
sangre generosa y limpia.
Quisieron hacer lo propio
conmigo, mas no se inclina
mi natural á este estado;
otro más noble me obliga,
y después de mil trabajos
que ocasionaron mis dichas
y ampararon mi inocencia,
el ánimo noble inclina
y piedad de Monseñor
Julio Cataño, que iba
á Roma á instancia del Papa,
que en su casa me reciba.
Hízome su Secretario,
y al cabo de algunos días
en que mereció alcanzar
un capelo y una mitra,
dió el cargo de Mayordomo
de su casa y su familia
á Lamberto, mi cuñado;
pienso que á intercesión mía.
Crecí en crédito y amor,
y al mismo paso la envidia
creció en los interesados;
pero sin ella ¿quién priva?
Verdad es que ocasionó
mi condición enemiga
de callar faltas ajenas,
siendo tan grandes las mías,
su enojo, porque, avisando
al Cardenal lo que vía
digno en casa de remedio,
fuí causa de algunas riñas.
En fin: por esto ó por todo,
con mi cuñado conspiran
mis domésticos contrarios;
mas no me desautorizan
con Monseñor, pues, discreto,
testimonios averigua,
que á la verdad hermosean
afeites de la mentira.
Afrentados, pues, de ver
que sus intenciones sirvan
de escala, por donde suba
mi privanza más arriba,
una noche se conciertan
de esconder tras las cortinas
de mi cama una mujer
de las que en Roma hay perdidas.
Hizo esta hazaña el dinero;
meten la engañosa espía,
acuéstome descuidado
y al Cardenal luego avisan,
que, incrédulo de tal cosa,
entra en mi aposento, y mira
aquel caballo troyano,
vil preñez de su malicia.
Llueven luego acusaciones
sobre mí, mofas y risas,
el torpe honesto me llaman,
de hipócrita me bautizan;
pero, sin precipitarse
el Cardenal, examina
en mi rostro la inocencia,
donde es la vergüenza firma.
Llama á la mujer aparte,
amenázala que diga
la verdad, y sobre el potro
del temor, en fin, publica
los cómplices de mi agravio,
los ardides de la envidia,
la fuerza de la verdad
y el poder de la justicia.
Los demás, avergonzados,
su insulto, mudos, confirman,
que la turbación es juez
que se condena á sí misma.
Indignóse Monseñor,
y á que dé cuentas obliga
á Lamberto de su hacienda
y que á los demás despida.
Mas salió dellas tan mal,
que en solas cuatro partidas
en cuarenta mil ducados
le alcanza y le necesita
á vender toda su hacienda,
y no alcanzando estas ditas,
preso, y tarde arrepentido,
favores vanos mendiga.
Yo, que de aquel testimonio
libré, gracias infinitas
di al cielo, busco terceros
que por mí al Cardenal pidan
dé licencia á mi quietud,
en el palacio oprimida,
para que, libre con ella,
seguro de enredos viva.
Tanto pudieron los ruegos,
mis lágrimas y porfía,
que, su voluntad forzando,
me vino á decir un día:
«No quiero, Jacobo, creer
que ingratitud os obliga
á que por vos mi afición
no sea bien correspondida.
Sé vuestro natural quieto,
lo que en palacio peligra
la virtud siendo envidiada,
y aunque por mí conocida
contra todos os defiendo,
soy hombre, y tal vez podrían
verisímiles engaños

acreditar sus mentiras.
Muchos contrarios tenéis,
y para que no os persigan,
es bien que salgáis de Roma.
A la Infanta de Castilla,
Princesa de Portugal,
el Cardenal mi tío envía
para el Monasterio ilustre
y el Hospital que edifica
en Madrid, entre otras cosas,
una caja de reliquias,
que son, de su devoción,
las prendas de más estima.
Partid con este presente,
veréis la mejor provincia
de Europa, donde la Iglesia
da á la fe segura silla;
donde las ciencias florecen,
donde la nobleza habita,
donde el valor tiene escuela
y donde el mundo se cifra.
Si os queréis quedar en ella
(que á todos su corte hechiza),
llevando en vuestro favor
cartas de mi tío y mías,
Su Alteza os hará merced,
y si en su reino os prohija,
yo os impetraré del Papa
alguna prebenda rica.»
Vi el cielo abierto con esto,
dile las gracias debidas,
deseaba ver á España,
dispuse, en fin, mi partida.
Llegué á esta corte famosa,
di las cartas y reliquias
á la señora Princesa,
recibiólas de rodillas,
y á don Cristóbal de Mora
me manda acudir, que es dicha
no pequeña el enviarme,
señor, á vueseñoría,
cuya fama y cristiandad
hasta nuestra Italia admira,
y en cuyo favor espero
el buen fin de mi venida.

CRISTÓB. Yo, señor Jacobo, estoy
contento con la noticia
que de sus cosas me ha dado,
y hago dellas justa estima.
Informaré á la Princesa,
haciendo de parte mía
lo que pudiese en su aumento;
mas espere, que ella misma
sale de palacio.

CABALL. Irá
á las Descalzas á misa.

CRISTÓB. Y á ver á la Emperatriz,
su hermana, doña María.

ESCENA II

Sale la PRINCESA *de viuda*, DON DIEGO *y acompañamiento.*—DICHOS.

PRINCES. Al Rey, mi señor hermano,
he enviado á convidar
para que me venga á honrar
y con su celo cristiano
la fiesta nuestra autorice
y aumente su devoción.

DIEGO. Será la consagración
con su presencia felice.

PRINCES. Ya mis Descalzas desean
que se pase el Sacramento
á su Iglesia, y así intento
que este mes cumplido vean
su esperanza religiosa,
porque con su esposo estén,
y á las reliquias también
que con mano generosa
me ha enviado el Cardenal
de San Marcelo, deseo
hacer un rico trofeo
luego que del Escurial
venga mi señor el Rey;
con ellas le haré un convite,
que sé el gusto con que admite
las joyas de nuestra ley.

CRISTÓB. Aquí, gran señora, está
quien las trujo desde Roma,
y quien á su cargo toma
su aumento, la servirá
con satisfación debida,
que su virtud y nobleza
merecen que Vuestra Alteza
le haga merced tan cumplida.

PRINCES. Yo tengo deso cuidado,
pues sois hombre de valor.
El Rey, mi hermano y señor,
ocho encomiendas me ha dado
de Cristus en Portugal,
por que á mi disposición
las dé á sujetos que son
de sangre noble y leal.
Como aquí vivir queráis
y á vuestra patria olvidéis,
una dellas gozaréis
si en Portugal os prohijáis.
¿Qué decís?

CABALL. Que el interés
de servir á Vuestra Alteza
tengo por naturaleza.

PRINCES. Procurad prohijaros, pues,
y á don Cristóbal de Mora
por la encomienda acudid
cuando volváis á Madrid.

CABALL. Inmortaliza, señora,
la fama tal cristiandad.

CRISTÓB. Ya somos de una nación;
yo haré que la prohijación
le den con facilidad.
Acuda á verme después. (*Vanse.*)

CABALL. Beso á Vuesa Señoría
las manos. ¡Qué cortesía!
Mas basta ser portugués.

ESCENA III

Sale RICOTE.—EL CABALLERO DE GRACIA.

RICOTE. ¡Oh madre de gente extraña,
madre, punto y excelencia
de la real circunferencia
con que te corona España!

Goce tu apacible puesto
mi amo toda su vida,
sin que de ti se despida
jamás.

CABALL. Ricote: ¿qué es esto?

RICOTE. ¡Oh, señor! enamorado
de Madrid, de gustos mar,
gracias la empezaba á dar
por los amigos que he hallado.

CABALL. ¡Amigos tan presto!

RICOTE. Es villa
que á todos hace merced;
los amigos que mi sed
ha hallado son la Membrilla,
la siempre enlutada y llana
que salta sin dar enojos
desde la taza á los ojos.
Esquivias la toledana
que con ósculos de paz
se entra al alma por la boca,
Burguillos que brinda á toca
y los Molodros de Orgaz
que se oponen á Ajofrín,
y contra injurias del cierzo
felpas que aforran el Vierzo
y martas de San Martín.

CABALL. ¡Buenos amigos!

RICOTE. Sí son
más leales los más viejos,
todos éstos, siendo añejos,
me roban el corazón.
Pero unos curas seglares,
que aquí llaman taberneros
y andan bautizando cueros,
muestran, por darnos pesares,
que aquesta corte encantada
al vino imitar procura
pues ni en ella hay verdad pura
ni amistad que no esté aguada.
Pero, dejando esto, un pliego
tienes de Roma.

CABALL. Pues ¿vino
el correo?

RICOTE. De camino
no ha media hora que á ver llego
apearse en un mesón
cuatro padres carmelitas.
Yo, que nuevas exquisitas
busco siempre, veo que son
romanos y conocidos,
y que el Cardenal con ellos
te escribe: Si quieres vellos
sabrás casos sucedidos
en Roma, y el desconcierto
y mala cuenta que dió
de sí Lamberto, que huyó
de la cárcel.

CABALL. ¿Quién?

RICOTE. Lamberto,
tu cuñado, con Sabina,
su hermana.

CABALL. ¡Válgame Dios!

RICOTE. No se sabe de los dos.

CABALL. Donde viven me encamina
esos padres; hablarélos.

RICOTE. Junto á la Puerta del Sol
están. Babel español:
tus vinos son mis anzuelos. (*Vanse*)

ESCENA IV

Salen PAULO ADORNO, *ginovés*, *y* SABINA.

SABINA. Paulo Adorno, sed cortés
y advertid qne estoy casada.

PAULO. No repara amor en nada.

SABINA. Mirad que sois ginovés
y os corre la obligación
con que aquella Señoría
estima la cortesía
que ennoblece á su nación.

PAULO. Mirad vos que tengo preso
á Lamberto, vuestro hermano,
y que está sólo en mi mano
acriminarle el proceso
que á instancia del Cardenal
Monseñor Julio Cataño
le puede hacer mucho daño,
pues, siendo poco leal
á su casa, su servicio,
provocando su venganza,
en mil ducados le alcanza
de sus cuentas y su oficio.
Pues que librallos prometo
y pagar esta cuantía
por él, si á la pena mía
acudís con el secreto
que merece vuestro honor,
estimad la libertad
de vuestro hermano, y librad
con su peligro mi amor.

SABINA. Quedó mi esposo Conrado
preso en Roma, y por no dar
á atrevimientos lugar,
que con el mismo cuidado
que vuestra locura engaña
intentó algún atrevido,
tuve por mejor partido
venir con mi hermano á España,
y ya que perdió su hacienda
mi hermano, no será bien
que su honra pierda también
y en mil ducados la venda.
Pues, poniéndola en mi mano,
quiso dejalla á mi cuenta,
por deudas no será afrenta
el estar preso mi hermano.
Mas, decid, si me deshonra
de vuestro amor el exceso,
¿no es mejor honrado y preso
que salir libre y sin honra?

PAULO. Mirad que declararé
los insultos de Lamberto,
porque de su desconcierto
todos los excesos sé.
Forzarásme á deshonralle,
y no es bien, siendo mi amigo.

SABINA. ¿Puede dalle más castigo
la justicia que afrentalle?
Pues si eso vuestra malicia
intenta y le ejecutáis,
¿en qué os diferenciais
de la más cruel justicia?

Idos, amigo inconstante,
y esto os baste por castigo,
que quien es tan ruin amigo
mal puede ser buen amante.

PAULO. Básteme para venganza
de aquese desdén tirano
que esté preso vuestro hermano;
quíteseos la esperanza
de velle suelto jamás;
poco su peligro os mueve
y poco Lamberto os debe.
Yo procuraré de hoy más,
ingrata, desconocida,
de que vuestro poco seso
agrave más el proceso.

SABINA. ¡Ay hermano de mi vida,
que pudiéndote soltar
tenerte preso consienta!
Pero, ¡ay honor! vuestra afrenta,
¿no es más de considerar?
¿Qué haré en confusión tan grave,
donde el amor y la honra
concurren? Mas la deshonra
no afrenta si no se sabe.
Espera, Adorno, ¡ay de mí!

PAULO. La dicha de vuestro hermano
depende de vuestra mano.

SABINA. ¿Guardaréis secreto?

PAULO. Sí.

SABINA. Luego os alabáis los hombres
en gozando á una mujer.

PAULO. Noble soy.

SABINA. Temo perder,
por más que hidalgo te nombres,
la fama, que sólo estriba
en la vulgar opinión,
y así, muera en la prisión
mi hermano, como ella viva.
¡Vete ocasión de mi afrenta!

PAULO. ¿Voime?

SABINA. Aguarda, ¡ay vil temor!
no pensé yo, amado honor,
poneros jamás en venta.
En fin, ¿guardaréis secreto?

PAULO. Sí, que quien de veras ama
guarda el honor de su dama.

SABINA. Cuando es amante perfeto:
juradlo.

PAULO. Por esos ojos
que hacen cielo aquesa cara.

SABINA. Pluguiera á Dios que cegara
honor, y no os diera enojos:
soltad mi hermano primero.

PAULO. Haré que le den mi casa
por cárcel.

SABINA. La fama abrasa
más que el honor el dinero.

PAULO. Esta noche le tendré
en ella, por que no impida
la ocasión, prenda querida,
que intenta gozar mi fe,
si mi ardiente amor pagáis
y á la mañana en la vuestra
le tendréis.

SABINA. Honor: en muestra
de lo que á Lamberto amáis,
disimulad este insulto.

PAULO. ¿Vendré esta noche?

SABINA. No sé.

PAULO. Cuando en sus faldas esté
durmiendo el silencio oculto
vendré, sin que pueda Apolo
ver lo que por mí arriesgáis;
¿qué decís?

SABINA. Que no vengáis;
mas, si venís, que sea solo. (*Vase.*)

PAULO. ¡Victoria, ciego interés!
Sujeta á tus pies está
la honra; ¿mas qué no hará
en la corte un ginovés?
Pues aunque se suba al cielo
amor, porque todo es alas,
cuando son de oro las alas
cualquiera le alcanza el vuelo.

ESCENA V

Salen el CABALLERO DE GRACIA, FISBERTO *y* RICOTE

CABALL. El Cardenal, mi señor,
en esta carta me manda
que ponga todo calor
en la piadosa demanda
del Carmen, y que el favor
de la Princesa procure
para que sitio le den
de un convento que asegure
la Religión, y es muy bien,
aunque la vida aventure
en tan cristiano cuidado,
que honre la corte española
el instituto sagrado
del Carmen, que estaba sola
sin este Orden celebrado.
Luego hablaré á la Princesa,
Fisberto, con la eficacia
que pide tan justa empresa.

FISBERTO. Sois Caballero de Gracia,
por vos el cielo interesa
la virtud que reconoce
en vuestro cristiano celo.

CABALL. Razón es que Madrid goce
las gracias que da el Carmelo.
¿Cuántos padres vienen?

FISBERTO. Doce.

CABALL. Al sacro Colegio imita
de Cristo; yo haré que aquí
tenga la Orden Carmelita
un monasterio.

RICOTE. Eso sí,
devociones ejercita,
que tú engordarás con eso.

CABALL. Ya que me he vuelto español
su celo y virtud profeso;
esta es la Puerta del Sol,
bien estuviera, os confieso,
aquí el sitio desta casa,
que el concurso de la gente
que por aquí al Prado pasa
es notable.

FISBERTO. Y excelente
vuestra elección, si es que pasa
por aquesto el Hospital
de la Corte.

CABALL. Dudáis bien,
que es pobre, aunque en nombre real,
demás que está aquí también
la Victoria y se hacen mal,
cuando las comunidades,
por estar cerca, se quitan
provechos y utilidades
de devotos que visitan
sus conventos y hermandades.
Pero, decidme: ¿qué casa
es aquella donde tantos
salen y entran?
FISBERTO. Donde pasa
un trato no para santos.
RICOTE. Donde Venus da á la tasa
Zupia que el seso derriba;
feria donde abre sus tiendas
el vicio á gente lasciva,
y es, en fin, porque lo entiendas,
rastro de la carne viva.
CABALL. ¿Qué dices, loco?
RICOTE. ¿Esto ignoras?
A fe que lo saben hartos;
lonja de gente ruín,
de la basura rincón,
y por no hablar en latín,
es, hablando con perdón,
la casa pública, en fin.
CABALL. ¡Jesús! ¿La casa es aquesta
donde la gente perdida
vive ó muere deshonesta?
¿Donde la vergüenza olvida
la honra que tanto cuesta?
¡Válgame Dios, ya que admite
la costumbre y los engaños
que el vicio en la corte habite,
y porque mayores daños
excuse, aquéstos permite.
¿Es posible que consienta
que en esta publicidad
tenga su casa el afrenta?
¿Que la deshonestidad
pague aquí al infierno renta?
Junto á la calle Mayor,
por donde la gente pasa
de más caudal y valor,
¿la torpeza tiene casa
y á todos no causa horror?
¿Qué doncella recogida,
qué mujer noble y de suerte
verá esta gente perdida
al pasar, que no despierte
la pasión más reprimida?
¿A quién no ha de dar enojos,
siempre que por aquí venga,
el ver que en viles despojos,
esta nube Madrid tenga
en las niñas de sus ojos?
¿Donde el honor español
vive, la deshonra puebla,
siendo de virtud crisol,
la obscuridad y tiniebla
junto á la Puerta del Sol?
Eso no, ¡Madre de Dios!
ya tengo casa que os dar;
Del mundo salió por Vos
el demonio, que habitar
juntos, mal podréis los dos.
Salga de aquí, pues abrasa
la corte su vil noticia,
verá la gente que pasa,
si fué casa á la malicia,
que es ya de la virtud casa.
En el corazón me ha puesto
Dios que aqueste sitio escoja
para el convento propuesto,
porque el alma me congoja
que aquí el trato deshonesto
á toda la corte ofenda.
FISBERTO. Si lo alcanzarais, no hay duda
que es gran cosa.
RICOTE. ¿Y con qué hacienda?
CABALL. Virgen: dadme vos ayuda,
que yo lo haré aunque me venda.
Pero aguardad, ¿qué príncipe es aqueste
que tanto coche y gente le acompaña?

FISBERTO.

El Cardenal don Diego de Espinosa
invicto Presidente de Castilla
que á la Victoria va.

CABALLERO.

Dios me le ofrece
para que le suplique que al demonio
quite el colegio vil de gente infame,
que en mitad de la corte á cada hora
con torpe amor la honestidad desdora.
Vámosle hablar. ¡Mi Dios, Virgen del Carmen:
dadme palabras que movelle puedan
á que destruya aquestos que dan muerte
al alma, y son la gente más perdida.

RICOTE.

¿Qué muerte si le llaman «de la vida»?

ESCENA VI

Salen el CARDENAL, ESPINOSA, DON DIEGO *y otros.*

CARDENAL.

Consagra el Arzobispo de Toledo
don Gaspar de Quiroga el templo santo
que á las Descalzas hizo la Princesa,
y va Su Majestad á honrar mañana
la devoción y fiesta de su hermana,
y así es razón que todos los Consejos
solícitos acudan á servilla.

DON DIEGO.

Y más un Presidente de Castilla.

ESCENA VII

Salen el CABALLERO DE GRACIA, FISBERTO *y* RICOTE. DICHOS.

CABALLERO.

No es, señor ilustrísimo, á propósito
este lugar, para que en él reciba
memoriales y lea peticiones;
mas nunca pierde tiempo un pretendiente,
ni tiene el juez perfecto reservado
lugar adonde no entre la justicia;

porque los Jueces y Ministros reales
consigo han de llevar los Tribunales.
Supuesta esta verdad y mi justicia,
no debe mi osadía de admiralle
si hace sala de Audiencia aquesta calle.

CARDENAL.

Diga lo que pretende.

CABALLERO.

Digo en suma,
pues á Vuestra Ilustrísima compete
de aquesta corte el régimen político,
que en su riñón y centro y á los ojos
de lo más principal que habita en ella,
hay una casa donde cada día
se ofende á Dios con juegos prohibidos
pudiendo estar en partes más remotas.

RICOTE.

Y jugando al pasar, todas son pocas.

CARDENAL.

¿Casa en Madrid de juego prohibido,
y que públicamente se ejercite?

CABALLERO.

Y se sabe, señor, y se permite.

CARDENAL.

¿Yo lo permito?

CABALLERO.

El Rey y los Consejos.

DON DIEGO.

Este es loco.

CABALLERO.

No está su sitio lejos.

CARDENAL.

¿Cómo se llama el dueño de esa casa?

CABALLERO.

Torpeza vil que la virtud abrasa.
Ilustrísimo Príncipe: ¿es posible
que en mitad desta corte se consienta
tienda al demonio que le pague renta?
Las públicas mujeres deshonestas,
¿es bien que vivan en el mejor sitio
de la corte que rige los tormentos
el pecado mayor junto á la calle
Mayor deste lugar, y esto se calle?
Las leyes allá fuera de la corte,
mujeres despeñadas de sus vicios
entre barrancos y despeñaderos,
que cuando está apestada alguna casa
cerralla suelen cuando no se abrasa.
Los padres religiosos del Carmelo
buscan un sitio en que labrar palacio
á la Virgen divina, su Patrona.
Cuando viene á la corte una Princesa,
el Rey la hace dar casa de aposento;
conviértase esta casa en su convento.
No es bien que las tinieblas, señor, vivan
junto á la Puerta que del Sol se llama;
siendo Luna sin mácula María,
habitación tendrá más oportuna
si á la Puerta del Sol viene la Luna;
haga á Su Majestad Vuestra Ilustrísima,
pues es su capellán, ese servicio,
y á Madrid tan honesto beneficio.

CARDENAL.

El celo alabo; pero no conviene
mudar el orden que la corte tiene;
gobiérnese á sí mismo, y no se meta
en ajenos oficios y cuidados,
que Madrid tiene jueces y ministros
que dispongan las cosas que les tocan,
y quien juntó esa casa en este puesto
consideró primero lo que hacía,
y yo no pienso variar el uso
con que á Madrid la antigüedad dispuso.

CABALLERO.

Señor, señor, perdóneme, y advierta
que Dios interiormente me está dando
impulsos para que esto se concluya;
la casa del demonio ha de ser suya.
Y si Vuestra Ilustrísima rehusare
hacer al Carmen santo este servicio,
harélo yo, y echando esas mujeres
desta publicidad una mañana
con teclas y campanas verá el cielo
la casa vil que es casa del Carmelo.

CARDENAL.

Pues cuando llegue vuestro atrevimiento
con indiscreto celo á hacer tal cosa,
quitándoos la cabeza de los hombros
sabré yo dar el pago que merece
quien al Juez superior desobedece. *(Vase.)*

ESCENA VIII

El CABALLERO DE GRACIA, RICOTE *y* FISBERTO.

CABALLERO.

¡Virgen! ¿con la cabeza me amenazan
porque posada os busco? ¡Carmen mío!
¿Casa dan al demonio en esta corte
y os la niegan á vos? No lo permita
la devoción que vive en sus vecinos.
Con la cabeza me han amenazado,
si á su costa no más quito al demonio
aquesta lonja de sus vicios trato
y casa os doy, comprado habré barato.
Yo haré de suerte que mañana vea
aquesta infame casa convertida
la corte á mi buen celo agradecida.
A hablar voy la Princesa, que yo espero
de su real cristiandad, cuando edifica
monasterios á Dios y á sus Descalzas,
que no permitirá que el suyo tenga
aquí el demonio; yo daré dineros
para que busquen esas desdichadas
otro puerto á sus vicios conveniente
que no ofenda los ojos de la gente.

RICOTE.

Cualquier partido, si las das moneda,
te harán cuando las saques de su nido,
que por eso se llaman «del partido».
¡Qué notable virtud!

CABALLERO.
¡Virgen divina!
Como vos tengáis casa en esta corte,
y della se destierre la torpeza,
¿qué importa que me corten la cabeza? (*Vanse.*)

ESCENA IX

Sale LAMBERTO, *de noche.*

LAMBERT. A las puertas de mi casa
me han traído los recelos
del honor, que anda por mí
animando atrevimientos.
Dióme la suya por cárcel
la justicia á pedimiento
de Paulo Adorno, por quien
he estado hasta agora preso.
Mil ducados por mi paga,
y aunque, obligado, confieso
la libertad que me ha dado
y el interés que le debo,
si para discursos tristes
ofrece la noche tiempo,
de tal noche que mi honor
los haga en vuestro silencio.
Llegué huyendo de mis vicios
á Madrid, piadoso cielo,
sin hacienda y sin ventura,
y apenas en él me apeo
cuando las persecuciones,
de las desdichas correos,
me aposentan en la cárcel;
que poco importa ir huyendo
de su daño el que ignorante
le lleva consigo mesmo,
porque es alguacil el vicio
que prende á su mismo dueño.
Pues honor, si Paulo Adorno
de mi prisión fué p imero
autor, y á instancia de Roma
causas me intima y procesos,
si es su rigor mi fiscal,
el interés avariento
que me pide desterrado
mil ducados por lo menos,
sospechosa la codicia,
Paulo, ni amigo, ni deudo,
¿qué ocasión puede obligalle
á que me suelte tan presto?
Podrá ser que el Cardenal
le escribiese que, no habiendo
de dónde cobre su alcance,
me suelte; fué al fin mi dueño;
es generoso y ilustre
prometerme esto y más puedo
de su cristiandad hidalga.
Bien, honor, estoy con eso;
mas á ser así, decidme:
¿á qué propósito ha hecho
darme su casa por cárcel,
y apacible y lisonjero
esta noche solamente,
en su mesa y aposento
le mira mi libertad,
si por él mañana puedo
gozar seguro la mía?
¿Qué interesa en este tiempo?
¿Por qué me encierra esta noche?
¿Veis si aprieta el argumento?
¿Sabina sola y mujer;
yo ausente, afligido y preso,
y él liberal y agradable?
No, honor, no puede ser bueno.
Armado salió de casa,
y yo, ya que no discreto,
por lo menos sospechoso,
la palabra y cárcel quiebro
porque esté entero mi honor.
Desatinado y travieso
he sido, mas siempre honrado;
no ha de ser mi hermana el precio,
por más que el oro conquiste
de mil ducados, si puedo.
Sed en estas puertas escoltas,
no más que esta noche, celos.
Gente viene: aquí me encubro.

ESCENA X

Sale el CABALLERO DE GRACIA.—LAMBERTO *escondido.*

CABALL. En el encantado enredo
de palacio no han podido
hallar puerta hoy mis deseos
para hablar á la Princesa
y dar con su favor medio
para el convento del Carmen;
en balde he gastado el tiempo,
no me dejaron entrar
interesables porteros;
mas hablaréla mañana,
aunque ponga impedimentos
la vil deshonestidad
pesarosa de que intento
ganar para la virtud
el presidio del infierno.
Ni hallé á Ricote, ni sé
las calles por donde vengo,
y pienso que me he perdido;
llevadme á mi casa, cielos.

ESCENA XI

Sale PAULO ADORNO.—DICHOS.

PAULO. La obscuridad de la noche
ampara con su silencio
mi pretensión amorosa.
En mi casa está Lamberto,
Sabina determinada
y yo abrasado, ¿qué espero?
Pero gente hay en la calle,
el ofrecido secreto
que Sabina me encargó
es bien guardar aquí, quiero
esperar á que se vayan.

ESCENA XII

Sale SABINA.—DICHOS.

SABINA. ¿Si estará mi hermano suelto?
¡Ay honor, á lo que obliga

la sangre, pues á ofenderos
me fuerza! Noche confusa:
encubrid al vulgo necio
los peligros de mi fama.
Si es Paulo Adorno el que veo
abridle, honra, que en la calle
el recato corre riesgo.
¡Ay infelice Sabina!
¡Ay desdichado Lamberto!
¡Ay ofendido Conrado!

CABALL. ¿Qué escucho? ¡válgame el cielo!
¿Lamberto y Sabina aquí,
y Conrado entre lamentos
piadosos á tales horas,
si son los tres que sospecho?

SABINA. ¿Sois Paulo Adorno, señor?

CABALL. Por saber este suceso
tengo que decir que sí.
Yo soy, señora, ese mesmo.
Esta es la voz de Sabina.

LAMBERT. ¡Ay, qué á mi costa habéis hecho
verdad, honor, mi sospecha!

PAULO. ¿Otro Paulo Adorno? Bueno.
¿Descubriréme? Mas no,
que así la palabra quiebro
del secreto prometido.
Mejor es que el sufrimiento
aguarde á ver en qué para
este disfraz, que mis celos,
si prosiguiese en su engaño,
no dejarán que entre dentro.

SABINA. Si Lamberto está ya libre,
que lo supongo por cierto,
en fe de vuestra palabra,
pues sois, en fin, caballero,
mostradlo en esta ocasión,
y vuestra pasión venciendo,
obligad prendas del alma
sin injuriar las del cuerpo.
Vuestra nobleza agraviáis
si, cual tratante avariento,
vendéis la necesidad,
que mil ducados no es premio
equivalente al honor
que necesitada os vendo.
No afrentéis á una casada
ni á un marido ausente.

CABALL. ¡Cielos!
No en balde aquí me trujistes;
el perderme os agradezco.
Sabina es ésta, y si saco
consecuencias de aquí, á precio
de su honor la libertad
ha comprado de Lamberto;
razón será, cuando quito
á la desvergüenza el templo
de la deshonestidad
y su casa librar quiero,
que libre la de mi hermano.
¡Miren si he sido yo cuerdo
en no casarme! ¡Oh cruel yugo,
de ti libre Dios mi cuello!
¿Diré quién soy? Mas mejor
es, por que me admita dentro,
fingirme el interesado
deste afrentoso concierto,
que, apretando los cordeles
del honor, sabré por ellos
si hay firmeza, cuando él da
á la necesidad tormento.

LAMBERT. ¿Que mis torpes desatinos
en este trance hayan puesto
á mi hermana? ¿Y que su honor
haga la torpeza empeño?
¡Vive Dios, villano amante,
si á sus honrados deseos
no correspondes cortés,
que he de travesarte el pecho!

CABALL. Sabina: si no me abrís
y á mi amor buscáis rodeos,
haré volver á la cárcel
al punto al hermano vuestro.

SABINA. En fin: ¿no pueden con vos
lágrimas, conjuros, ruegos
ni el valor de vuestra sangre?
Entrad, pues, aunque primero
que ofendáis mi honestidad
podrá ser, libre el acero,
la fama que tiranizan
vuestros gustos deshonestos.

CABALL. Abrid la puerta.

PAULO. Eso no,
ladrón de honras encubierto;
que asiste aquí de Sabina
el amante verdadero.

LAMBERT. ¡Villano! Antes que mi hermana
agravies, tendrán ejemplo
en tu muerte los que la honra
piensan comprar con dineros.

CABALL. Paulo Adorno: sosegaos;
Lamberto, hermano: teneos,
que estáis los dos engañados.

SABINA. Aquí está mi hermano, ¡ay cielos!

PAULO. Lamberto supo, sin duda,
la fuerza de mi amor ciego
y á vengar su injuria vino.

LAMBERT. ¿Quién eres?

CABALL. Hermano vuestro:
el Caballero de Gracia.

LAMBERT. ¿Cómo?

PAULO. ¿Qué escucho? ¿Otro enredo?

LAMBERT. ¿Jacobo de Gracia vos?
¡Hola! sacad luces presto.

ESCENA XIII

Sale RICOTE *con un hacha.*—DICHOS.

RICOTE. Por una hacha fuí á mi casa,
y cuando á palacio vuelvo
por mi señor, no le hallo;
suspensión del vino temo.

CABALL. Ricote: llega esa luz.

RICOTE. Topé con él; desde hoy
un credo al Niño perdido.

LAMBERT. ¿Que he sido digno de veros,
Jacobo, en esta ocasión?

CABALL. Dad gracias á Dios por ello
que á los peligros acude.

LAMBERT. ¡Qué de ofensas que os he hecho!

CABALL. La que hoy hemos restaurado
es razón que ponderemos,
y para que otras se excusen

quiero en mi casa teneros
con Sabina vuestra hermana.
LAMBERT. No nos lo debéis.
CABALL. Sí debo,
pues de perseguirme vos
mi buena suerte intereso.
Yo haré que venga Conrado
libre de Roma, que espero
del Cardenal esto y más.
Y vos, pues os hizo el cielo (*A* Paulo.)
rico, aprovechad mejor
vuestra hacienda, que el empleo
de los vicios es caudal
que se pierde con su dueño.
Venid por los mil ducados
á mi casa.
PAULO. Yo los suelto,
dándolos por bien empleados,
pues os conozco por ellos.
CABALL. La vergüenza de Sabina
impedirá los deseos
que de verme habrá tenido:
andad con Dios, caballero,
y con vuestro oro fundad
un mayorazgo en el cielo,
que no es hazaña de noble
echar sobre el honor censos.
PAULO. Este hombre parece santo. (*Vase.*)
CABALL. Entrad, hermano.
RICOTE. ¡Qué es esto!
Esta noche está borracha,
ó yo lo estoy, que es más cierto.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen DON CRISTÓBAL DE MORA *y el* CABALLERO DE GRACIA *con hábito de Cristo.*

CRISTÓB. Ha aumentado la afición
que á vuesa merced tenía
la nueva prohijación
que á los dos desde este día
da una patria y profesión.
Ya es portugués adoptivo,
si yo lo soy natural,
ya á mi nación apercibo
con hijo tan principal
valor nuevo.
CABALL. Yo recibo
su noble insignia, señor,
bien que indigno de tal prenda,
con obligación mayor,
pues servirle me encomienda,
si me hace comendador
y el ánimo solicito
que vueseñoría me da
con la Cruz, en que le imito,
que buen ejemplo tendría,
si á sombra suya milito.
CRISTÓB. No sé si llega su renta
á mil ducados, mas quede
desde hoy á mi cargo y cuenta
el mejoralle.
CABALL. Bien puede
vueseñoría, aunque intenta
mi aumento, descuidar deso
que mucho menos le basta
al estado que profeso.
CRISTÓB. Sé cuán bien su hacienda gasta.
CABALL. Si trae la cruz mucho peso
podrá ser que á tropezar
me obligue de tal manera,
que me estorbe su pesar;
cuanto fuese más ligera
será mejor de llevar.
No apetezco mucha hacienda,
la que me dió Monseñor
y la de aquesta Encomienda
me sobra, y siendo mayor
mi quietud temo que ofenda.
CRISTÓB. El Rey sale con su hermana
la Princesa, mi señora.
CABALL. Mi dicha el peligro allana. (*Aparte.*)
¿Qué temo? Hablaréle agora,
pues con su presencia gana
el favor que he menester.

ESCENA II

Salen el REY *y la* PRINCESA, DON DIEGO *y* DON JUAN. DICHOS.

REY. Ya Vuestra Alteza estará
contenta, pues llega á ver
lo que deseado ha
tantos días.
PRINCES. Por tener
mi Monasterio acabado
y de su fábrica estar
Vuestra Majestad pagado,
puedo á mi ventura dar
el parabién deseado,
y porque con su asistencia
nuestra fiesta ha sido real.
REY. La Iglesia es por excelencia,
y el comenzado hospital
va conforme el arte y ciencia.
PRINCES. Con esa satisfación
no tendrá la obra defecto,
pues la aprueba el Salomón
de España, Rey y Arquitecto,
gloria de nuestra nación,
que el Escurial, en quien fundo
de Jerusalén el templo,
que fué milagro del mundo,
le ha de llamar á su ejemplo
nuestro Salomón segundo.
(*Llégase el* Caballero de Gracia, *de rodillas, al* Rey.)
CABALL. Vuestra Majestad, señor,
castigue en mí un desacato,
hecho con poco recato,
aunque digno de loor.
Junto á la calle Mayor
por donde el concurso pasa
de su Corte, tenían casa
las mujeres más perdidas
de Madrid, con cuyas vidas

la mayor virtud se abrasa.
Supliqué á su Presidente
de Castilla que mudase
aquella gente y la echase
á otra parte más decente,
y que el Carmen excelente
fundase allí, y la esperanza
de tan piadosa mudanza
diese á Dios, con dicha inmensa,
casa en que vivió la ofensa
y ya vive su alabanza.
Respondió con aspereza
que si la devoción mía
novedad alguna hacía
peligraba mi cabeza.
Pero yo, que la torpeza
de aquesta gente mundana
aborrezco, una mañana
hospedar á Dios dispuse,
desterré al demonio y puse
celdas, iglesia y campana.
Holgóse la vecindad
libre de aquel vituperio,
ya es del Carmen monasterio
el de la sensualidad.
Si esto Vuestra Majestad,
siendo tan cristiano y fiel,
(*Saca un cordel.*)
juzga por culpa, el cordel
desde ayer traigo conmigo,
para que me dé el castigo
que he merecido con él.

PRINCES. Vuestra Majestad le haga
merced, porque es cosa mía.

REY. Devota es vuestra osadía;
no es justo que se deshaga
casa de quien Dios se paga
y al vicio se pone freno.
Vuestro celo ha sido bueno,
y aunque el Carmen en tal cabo
está bien, el hecho alabo,
las circunstancias condeno. (*Vase.*)

ESCENA III

DICHOS, *menos el* REY.

CABALL. ¡Qué compendiosa sentencia!
¡qué cristiana conclusión!
Bien te llaman Salomón
en la justicia y clemencia:
prospere Dios tal prudencia.

PRINCES. En fin: me habéis imitado;
un Monasterio he fundado
y otro al Carmen dedicáis,
como un hospital hagáis
me habréis en todo igualado.

CABALL. No puedo yo ser igual
á hazañas tan excelentes,
aunque á los convalecientes
también he dado hospital.
La calle de Fuencarral
se honra con esta obra pía;
flaca la gente salía
enferma y para volver,
gran señora, á recaer,
¿de qué curallos servía?
Allí á su regalo asisto
mientras fuerza y salud cobra.

PRINCES. No sólo en hábito, en obra
sois caballero de Cristo;
el celo que en vos he visto
es bien, Jacobo, que aliente;
quien sustenta tanta gente
los gastos tendrá doblados.
¡Hola! dadle mil ducados.

CABALL. ¿Otros mil? El cielo aumente
la católica virtud
con que España se está honrando.

PRINCES. Encomendadme á Dios, que ando
muy quebrada de salud.

CABALL. Como mi solicitud
lo que le falte asegure,
¿qué habrá que yo no procure
para que su vida aumente?
Mas Vuestra Alteza, ¿qué siente?
podrá ser que yo la cure.

PRINCES. Con oraciones sí haréis.

CABALL. Dígame esto Vuestra Alteza.

PRINCES. De estómago y de cabeza
mil dolores, que podréis
remediar si instancia hacéis
á Dios.

CABALL. Valgo para eso
poco, y aunque no profeso
medicina, una receta
tengo yo santa y discreta,
á quien debo vida y seso.
Cuando en Bolonia estudiaba,
de suerte me perseguía
ese dolor cada día,
que por muerto me dejaba:
el médico me mandaba
beber vino, si mi vida
estimaba, consumida
con el estudio y cuidado,
mi estómago delicado,
el agua, y poca comida.
Pero nunca Dios permita
que el vino haga en mí sosiego,
tocar en el alma á fuego
ni su vecindad admita.
Ibame al agua bendita,
¡mire que extraña simpleza!
y prometo á Vuestra Alteza
que las pilas agotaba
bebiéndola, y me aliviaba
el estómago y cabeza.
Desde entonces hasta agora
no he sabido qué es dolor;
no hay medicina mejor
que agua bendita, señora.

PRINCES. Quien vuestra virtud ignora
juzgara por desatino
lo que el cielo á daros vino:
á ser mi fe cual la vuestra
hiciera en mi salud muestra
ese remedio divino.
Con la sagrada divisa
de Cristus honrado estáis,
si es que servirme gustáis,
Jacobo, ordenaos de Misa,
pues vuestra virtud me avisa
que con tan divino oficio

daréis de quien sois indicio,
mi capellán os haré.
CABALL. Vuestra Alteza en mi no ve...
PRINCES. Hacedme aqueste servicio.
(Vanse todos, sino es el Caballero.)

ESCENA IV

El CABALLERO DE GRACIA, *solo.*

¿Yo sacerdote ¡mi Dios!
con suficiencia tan poca?
¿Yo señor de vuestra boca?
¿Cristo de mi boca, Vos?
¿Tanta amistad en los dos
que, á mi palabra obediente,
bajáis, siendo Omnipotente,
cuando en el cielo asistís?
Mi Dios, si desto os servís
hacedme vos suficiente. *(Vase.)*

ESCENA V

Salen FISBERTO y RICOTE.

FISBERTO.

Mil ducados que ha dado la Princesa
para ayuda de costa á vuestro dueño
os dejo en casa.

RICOTE.

Buena mosca es esa;
mas ¿qué importa, si es número pequeño
cuanto tesoro de Indias interesa
el Rey para sus gastos? Yo os empeño
mi palabra que dure poco en casa,
aunque comemos con medida y tasa.
Ha hecho un hospital y en él sustenta
tantos convalecientes que es espanto;
ochocientos ducados que le renta
la Encomienda no bastan para tanto,
á un pobre caballero que aquí intenta
un mayorazgo, de su celo santo
ayudado socorre la pobreza.

FISBERTO.

Lastima más si cae sobre nobleza.

RICOTE.

Ayer hizo vender toda su plata
y dió á una mujer noble el precio della
para dote de una hija, porque trata
de empeñar su hermosura ú de vendella.

FISBERTO.

Es la necesidad madrastra ingrata,
no es en la corte la primer doncella
que á falta de otras joyas su honra vende.

RICOTE.

¡Plegue á Dios que después no la remiende!

FISBERTO.

Vos tenéis un señor bien diferente
de los que agora se usan en España,
dalde esa cantidad y adiós. *(Vase.)*

ESCENA VI

RICOTE *solo.*

¡Que intente
traerme al retortero una picaña!
¡Válgate el diablo, amor impertinente!
¿Una fregona á mí, una telaraña
me ha de coger cual mosca en su garlito?
Sirviendo á un santo amar es gran delito.
¡Ay si lo sabe, pobre de Ricote,
tras un sermón habrá despedimiento!
¿Que tenga yo por amo á un virginote
y me tiente Inesilla? No consiento:
emplee amor en otros su virote.
Mas, ¡ay Inés! no pidas casamiento
y friega en este pecho tu retrato,
de tu esperanza apetecible plato.
Esto de Inés, ¿qué voluntad no inclina?
Hay otros nombres ásperos: Olalla;
ola en mujer, borrascas adivina;
Dominga, que el domingo han de guardalla;
Polonia está sin dientes; Catalina,
empezando por cata han de catalla
cuantos llegaren; pero Inés, ¡qué agrado!
¡Ay Dios! ¿qué haré que estoy inenesado?

ESCENA VII

Sale el CABALLERO DE GRACIA.—RICOTE.

CABALLERO.

Extraña confusión me habéis causado,
católica Princesa. ¡Sacerdote
un pecador de crímenes cargado!
¿De Oza no temo el riguroso azote?
Si muere, porque el arca toca osado,
¿he de tocar yo á Dios?

RICOTE.

Señor.

CABALLERO.

Ricote.

RICOTE.

Mil ducados te envía la Princesa.

CABALLERO.

Déjame solo.

RICOTE.

Inés, mi alma es Inesa. *(Vase.)*

CABALLERO.

Los ángeles sin diezmo han alcanzado
la dignidad del sacerdocio eterno;
San Francisco, que fué vuestro traslado,
no se atrevió á ordenar humilde y tierno.
Cortóse el dedo Marcos, con que ha dado
á la fe su Evangelio y el gobierno
sacerdotal rehusó, valiendo tanto,
¡y osaré tocar yo vuestro Altar santo!

ESCENA VIII

Salen un CAPITÁN *y* ROBERTO.—DICHO.

CAPITÁN.

Pretender en la corte sin dinero,
alegando papeles y servicios,

es pedir fruta y flores por Enero,
que sólo el interés alcanza oficios,
pues ni el ser capitán, ni caballero,
ni en Flandes hazañosos ejercicios
bastan para alcanzar lo que pretendo;
pobreza, á vuestra industria me encomiendo.
Aquí, Roberto, vive una casada
rica en extremo, su marido ausente.

ROBERTO.

Nuestra necesidad es extremada,
la noche á nuestro intento conveniente.

CAPITÁN.

Entremos encubiertos, que, negada,
si sus joyas gozarnos no consiente,
con ellas perderá vida y belleza.

ROBERTO.

Y su infame rigor nuestra pobreza.

CABALL. ¡Oh cruel necesidad!
¡que la falta de dinero
obligue así á un caballero
á ofender su calidad!
Quitar quiero la ocasión
que le ofrece su pobreza
y socorrer la nobleza
que desdora su opinión.
Caballero: yo he sabido
que en la corte pretendéis
los cargos que merecéis
porque al Rey habéis servido
valerosamente en Flandes
contra su gente enemiga;
la necesidad obliga
á emprender delitos grandes.
Tomad estos cien escudos
por hacerme á mí merced,
y en gastándolos, volved
por más, que ellos cual yo, mudos,
socorrerán con largueza
el aprieto con que estáis,
y aquí, ya que allá la honráis,
no afrentéis vuestra nobleza
poniendo cosas por obra
que injurien vuestro valor,
porque, perdido el honor,
ó tarde ó nunca se cobra.
(Dáselos.)

CAPITÁN. Dios en mi remedio toca,
aquestos labios cristianos
con el socorro en las manos
con el consejo en la boca,
remedio de mi desgracia,
¿quién mi dicha en ti apercibe?

CABALL. Andad con Dios, que aquí vive
el Caballero de Gracia.

CAPITÁN. Gracias doy agradecido
á tan hidalgo valor.
Volvamos por vos, honor,
que os tuve casi perdido,
y al que os socorre de gracia
sin tener de mí noticia,
llamad de hoy por justicia
el Caballero de Gracia. *(Vanse.)*

ESCENA IX

El CABALLERO DE GRACIA, *solo.*

Agora importa avisar
que con cuidado defienda
su honra, casa y hacienda,
la que ocasión pudo dar
á roballa á este soldado,
que al pobre con opinión
hace agresor la ocasión
y la ocasión al pecado.
Pero, mi Dios, declarad
las dudas que mi alma tiene:
mandado me han que me ordene;
temo desta dignidad
la pureza que procura
llegar cada día, mi Dios,
á vuestro altar. Si con Vos
el alma más limpia y pura
es inmunda y pecadora,
¿quién no tiembla? ¿Qué señor,
aunque tenga más amor
á quien le sirve y adora,
si ve que con faltas llega
descompuesto y mal vestido,
no le echa de sí ofendido
y su presencia le niega?
Pues si nada se os esconde,
si caláis los pensamientos,
si medís los elementos,
si no hay parte ó lugar donde
de Vos puedan los humanos
sus defectos esconder,
¿cómo os osaré tener
en mis atrevidas manos?
Al santo Papa León
primero, que en Roma un día
con mil ansias os pedía
de sus culpas remisión,
vuestra piedad satisfizo
diciendo que perdonados
estaban ya sus pecados,
fuera de aquellos que hizo
en ordenar sacerdotes
sin virtud ni suficiencia.
Y volvió á hacer penitencia
por excusar los azotes
de vuestra ira; pues, Señor,
si á quien indignos ordena
dilata para más pena
el perdón vuestro rigor,
¿qué haréis al mismo ordenado
que el *sancta sanctorum* toca
con las manos y la boca
y del cielo os ha abajado?
Vos sabéis lo que deseo
el ordenarme, Señor,
que es propiedad del amor
cuyas llamas en mí veo
juntarse á la cosa amada,
y como os amo, querría
incorporar cada día
mi alma en vos abrasada
con la vuestra, pues con Vos
junto, en fe de que os adoro
mi ser realzo y mejoro
haciéndome de hombre Dios.

No os indigne que mi pecho
os busque, que es natural
el pretender cada cual,
Cristo mío, su provecho.
Decidme, por que no pene,
con qué más os serviré,
¡con que en este estado esté,
mi Dios, ó con que me ordene!

ESCENA X

Sale un PINTOR.—DICHO.

PINTOR. Por saber que es tan curioso
vuesa merced, y que estima
pinturas, si las anima
algún pintor valeroso,
para su oratorio tengo
aquí dos cuadros de mano
del celebrado Pinciano.
CABALL. Con pinturas me entretengo;
veamos qué tales son.
PINTOR. Por ser nuevo el pensamiento
désta, ha de dalle contento
y animar su devoción.
Esta es de Nuestra Señora,
que en fe de la reverencia
que tenía á la presencia
de un sacerdote, á la hora
que le vía, se postraba,
aunque Madre de Dios es,
y en levantando él los pies
sus impresiones besaba,
que así María acredita
á quien da á Dios en sustento.
Escribe este pensamiento
San Dionisio Areopaguita,
y es digno de que se note
y á espantar el mundo venga,
que á la Madre de Dios tenga
á sus pies un sacerdote.
CABALL. ¡Válgame Dios y qué á punto,
en castigo de mi mengua,
hace el cielo un pincel lengua,
y con aqueste trasunto
corrige el atrevimiento
que de ordenarme he tenido!
Angeles que habéis servido
á Dios de escabel y asiento,
y en honra de las bellezas
de vuestras jerarquías santas,
ponéis debajo las plantas
de María las cabezas;
¿cómo espanto no os provoca
que donde pone los pies
un sacerdote, después
ponga María su boca?
La que es en la gracia una,
la que pisa serafines,
guarneciendo sus chapines,
por ser de plata, la luna;
¿esa la tierra guarnece
con su boca, que ha pisado
el sacerdotal estado?
¿No tiembla, no se estremece
el que ordenarse porfía,
encargándose de andar
pasos que puedan besar
después labios de María?
¿De qué es esotra?
PINTOR. Esta es
del Redentor cuando estaba
de rodillas, y lavaba
al falso Judas los pies.
CABALL. Con eso crecen mis dudas:
¿cómo, Omnipotente Dios,
por qué ha de ordenarse Vos
besando los pies de Judas?
¿Del hombre más atrevido,
más desleal, más traidor,
de quien le fuera mejor,
mi Dios, nunca haber nacido,
¿vuestra boca en los pies fieros
ponéis, que os han hecho guerra,
que están con el polvo y tierra
que pisó yendo á venderos?
Si lo hacéis por que después
se ha de ordenar Jesús, bueno,
y yo también si me ordeno
os he de ver á mis pies,
aunque excuse lo que medro
en el altar por serviros,
no lo haré, por no deciros
lo que al lavárselos Pedro.
Perdóneme la Princesa
y mis deseos mal seguros,
que han de ser los pies muy puros
que Cristo regala y besa,
Y él esos cuadros me lleve
á mi Oratorio, y después
concertaremos lo que es,
dando lo que se le debe.
PINTOR. Este hombre es sin duda santo:
grande virtud he en él visto.
CABALL. ¿Que un sacerdote de Cristo
con vos, Señor, pueda tanto?
Si del talento que dais
y de la merced que hacéis,
libros de caja tenéis
y estrecha cuenta tomáis
y yo á pagaros no basto,
favor que es tan excesivo,
¿qué mucho deje el recibo
teniendo alcance del gasto?
Juzgádome ha insuficiente
el temor que en mí se esparce.

ESCENA XI

Salen DON JUAN *y* DON DIEGO.—DICHO.

JUAN. ¿Qué Rodrigo Vázquez de Arce
salió en fin por Presidente?
DIEGO. Presidente es de Castilla.
JUAN. ¿Que un letrado el mundo mande
cargo que es digno de un Grande
de España, la primer silla
un jurista?
DIEGO. Aunque se asombre
de un Presidente el poder,
si un ángel no lo ha de ser,
forzoso es el sello un hombre.

(*Vanse.*)

CABALL. «¡Si un ángel no lo ha de ser
forzoso es el sello un hombre!...»
Esto se dice en mi nombre,
alma, dejad de temer.
Bien es que el misterio note
que mi fe vino á animar,
no puede un ángel gozar
el cargo de sacerdote.
Hombre es fuerza que ejercite
tan suprema dignidad,
de nuestra fragilidad
Dios tocarte en pan permite.
Mi poco ánimo condeno,
fe santa, alentadle vos,
que el estar siempre con Dios
me obligará á ser más bueno.
Ayudada su eficacia,
si me da su gracia y fe,
llamarme mejor podré
el Caballero de Gracia.
Ya de sacerdote el nombre
amo, pues llego á saber,
si un ángel no lo ha de ser,
que es forzoso sello un hombre.

ESCENA XII

Sale INÉS *con mantellina, y* RICOTE.

RICOTE. Inesilla, tu hermosura
es el hechizo español,
y siendo tu cara el sol
no hay contigo noche obscura.
Ella y el diablo me tienta,
tu amor vinoso me abrasa.
Aunque me eche de su casa
mi señor y hagamos cuenta,
tu belleza he de gozar
esta noche á letra vista,
y siendo amor organista,
tus teclas ha de tocar.
Entrate en este aposento,
recámara de un lacayo,
que en tu abril busca su mayo.
INÉS. En no habiendo casamiento
no aguarde manifatura.
RICOTE. Ya empiezas á congojarme:
¡que no pueda yo librarme
de los asaltos de un cura!
Si bebo, un cura bautiza,
ó por decillo mejor,
un tabernero el licor
con que Noé se autoriza.
Si salir de noche intento
entre su tiniebla escura,
luego topo con un cura
que va á dar el Sacramento.
Si duermo, un cura soñado
que me descomulgue topo;
si entro en la iglesia, el hisopo
está de un cura agarrado.
Un cura, si no me caso,
impedirme á Inés procura;
en signo nací de cura,
pues los topo á cada paso.
Entre, y no se me rebulla,
que hay si la ven al momento,
sermón y despedimiento
velle en un pie como grulla,
que si vidas apetece
bodas tendremos después.
INÉS. ¿Que te casarás?
RICOTE. Sí, Inés.
INÉS. Júralo una vez.
RICOTE. Y trece;
pero no ha de ser pesada,
que cantará si me hechiza
con Monsieur de la Paliza,
«la bella malmaridada». *(Entrase.)*
Esto está como ha de estar,
cuésteme lo que me cueste;
mi amo antes que se acueste
las puertas hace cerrar.
Mas ya está la ganga en casa,
perdone su devoción,
que no es mucho un refregón,
pues si rizna, luego pasa.
Coja yo vuestro cabello,
ocasión, que si la dama
Iglesia después se llama,
yo negativo y á ello.

ESCENA XIII

Sale EL CABALLERO DE GRACIA *y* FISBERTO.—RICOTE.

CABALL. Pues los clérigos menores
á la corte á fundar vienen,
y como muebles no tienen,
ni dineros, ni favores,
mil ducados que me ha dado
la Princesa mi señora,
podrán cumplir por agora
mi deseo y su cuidado.
Compren un sitio con ellos,
que hacia el Prado estarán bien,
y mientras labran, estén
en mi casa, que en tenellos,
Fisberto, en mi compañía,
gozaré la bendición
que Dios echó á Obededón.
RICOTE. ¡Un convento cada día!
¿Qué hacienda basta y caudal?
El Carmen fundaste ayer.
No has acabado de hacer
á los pobres hospital
en que después convalezcan,
¿y ya quieres dar posada
á toda una clerigada
en tu casa? Aunque merezcan
todo eso y más, ¿quién te mete,
señor, en tantos extremos,
ni en casa cómo podremos
caber con tanto bonete?
CABALL. Pluguiera á Dios que pudiera
como el gusto lo acomoda,
hacer yo una corte toda
de Religiosos.
RICOTE. Y hubiera
mucho que ver en Castilla,
pues en fe de aquesa ley,
hubiera de andar el Rey
con bonete ó con capilla.

CABALL. Llevadlos ese dinero,
y mañana á vivir vengan
á mi casa, donde tengan
hospedaje, que, pues quiero
ser clérigo, en compañía
de los que clérigos son
Menores, su perfección
dará materia á la mía;
ve tú también con Fisberto.
RICOTE. Mas quedo con mi ocasión:
ciégamele San Antón,
que si la topa soy muerto. (*Vanse.*)

ESCENA XIV

El CABALLERO DE GRACIA, *solo.*

Dinero: echándoos de casa
echo della al enemigo,
y á la avaricia castigo
mísera, necia y escasa.
Mi Dios: pues sois Rey, razón
es que en la corte viváis,
y en muchas casas tengáis
religiosa habitación.
¡Ojalá que yo pudiera
en estas ocupaciones
traer cuantas religiones
os sirven, por que viviera
satisfecha la codicia
que alienta mi devoción,
porque las Ordenes son
tercios de vuestra milicia.
Sin dineros me he quedado
aun para la costa corta
de mi casa, mas ¿qué importa?
¿con Dios no los he gastado?
El nos dará de cenar,
que no es deudor avariento.
Pasos parece que siento.
¿Quién pudo adentro quedar,
si Ricote fuera está
y en su compañía sola
vine? ¿Quién puede ser? ¡Hola!
¿quién anda ahí? Salga acá.

ESCENA XV

Sale INÉS. — DICHO.

INÉS. Ya salen, ¡válanos Dios!
CABALL. ¿Qué es esto?
INÉS. Una mujer es
que no es nadie.
CABALL. ¿Quién?
INÉS. Inés.
CABALL. Pues ¿qué buscáis aquí vos?
INÉS. Buscaba á mi matrimonio,
que es Ricote.
CABALL. ¿Para qué
le buscáis vos?
INÉS. Ya lo vé;
engañónos el demonio.
CABALL. ¿Pues está con vos casado?
INÉS. No, señor; pero podía.
CABALL. ¿Hay tan gran bellaquería?
INÉS. Trátele bien, que es honrado.
CABALL. ¡Jesús! ¿Deshonestidades
en mi casa?

ESCENA XVI

Sale LAMBERTO.—DICHOS.

LAMBERT. ¿Qué es aquesto?
CABALL. Oh Lamberto, deshonesto
Ricote...
INÉS. Hablando verdades,
no ha habido hasta agora nada.
LAMBERT. Pues ¿qué es lo que había de haber?
CABALL. Llevadme aquesta mujer
á la galera.
INÉS. ¡Ay cuitada!
CABALL. Llevadla.
INÉS. ¿Yo galeota?
¡Señor, duélante mis quejas,
que diz que rapan las cejas,
y allí una cómitra azota
hasta que se cansa!
CABALL. Ansí
no ofenderéis á Dios más.
INÉS. Si agora perdón me das,
yo os prometo desde aquí
ser un ánima de Dios,
una santa Catalina.
CABALL. Lamberto: haced que Sabina
la tenga encerrada, y vos
cuidad también de guardalla
hasta que busquemos medio
con que la demos remedio.
INÉS. ¿Encerrarme? Más matalla.
CABALL. ¿Casarcisos?
INÉS. Eso sí.
CABALL. Pues sed vos mujer de bien,
que yo haré que dote os den.
Ea, llevadla.
LAMBERT. Vení.
INÉS. El verá qué bien apruebo
como casamientos haya.
CABALL. Tened cuenta no se os vaya.
LAMBERT. A casa, hermano, la llevo. (*Vanse.*)

ESCENA XVII

EL CABALLERO DE GRACIA, *solo.*

Que tenía en opinión
yo á Ricote de virtuoso,
mas siempre es dificultoso
conocer un corazón.
Ya os entiendo, torpe vicio,
que, como entrada no halláis
en mi casa, os contentáis
con el más frágil resquicio
de un criado, que el castillo
de más defensa y poder
tal vez se suele perder
por el más flaco portillo.
Sin luz quiero aquí esperarle,
que no acabo de creer
sino que aquesta mujer
entró aquí para engañarle;
sabré á obscuras lo que pasa
cuando la vuelva á buscar,

y un instante no ha de estar
si es que la trujo á mi casa,
que de la torpeza ciega
rehuso la vecindad,
y la deshonestidad
es contagio que se pega.

ESCENA XVIII

Sale RICOTE.—DICHO.

RICOTE. De la mitad del camino
vuelve el temor mis pies,
recelando que mi Inés
tope mi medio Teatino.
Cerrado en su sala está,
porque á la quietud se inclina,
y si no se disciplina,
ó contempla ó rezará.
Aquí mi virtud quedó,
el diablo me precipita.—
¿Inés; oyes, Inesita,
amores, si se durmió?
CABALL. ¿Hay tal cosa, que en travieso
haya dado aqueste loco?
RICOTE. Basta ya la burla un poco.
Inés, aquí está tu hueso.
CABALL. ¡Jesús, qué hombre tan perdido!
RICOTE. ¿Inés, fregoncilla mía?
Yo soy; el diablo sería,
Inés, que te hubieses ido.
Ya está mi amo santurrón,
ó rezando, ó acostado,
mira que estoy rematado;
háblame, mi corazón.
Ó está durmiendo ó se fué,
voy por luz para sabello. (*Vase.*)
CABALL. No lo creyera á no vello.
¡Cielos, que en mi casa esté
hombre de tales costumbres!
Despediréle al momento.

ESCENA XIX

Sale RICOTE *con una luz*

RICOTE. Mucho, Inés, tus burlas siento;
basten ya las pesadumbres;
háblame, ¡cuerpo de Cristo!
que no hay temer embarazos;
fregona, dadme esos brazos,
¡Ay, Jesús, qué es lo que he visto!
¡En las brasas hemos dado!
¡Oh quién no hubiera nacido!
CABALL. ¿Qué buscáis aquí?
RICOTE. He perdido,
porque el rosario he quebrado,
unas cuentas por aquí,
y traje luz para alzallas.
CABALL. Cuentas, que mal podréis dallas
de vos.
RICOTE. Algunas perdí,
y como rezo por ellas
pesadamente le llevo.
CABALL. Andad, y de lo que os debo
mañana volved á hacellas;
no estéis en mi casa más.
RICOTE. Pues qué, ¿hay ya despedidura?
¿Es por Inés por ventura?
Si la mirase jamás
un basilisco me mire.
CABALL. No me repliquéis, salid;
buscad señor en Madrid
á quien servir.
RICOTE. No se admire
de cosas, vuesamerced,
humanas.
CABALL. ¿Cómo no is?
RICOTE. Si á la Red de San Luis
vivimos y en una red
pesca el demonio por uso
tanto perdido mancebo,
¿qué se espanta si por cebo
una merluza me puso
que picase en el anzuelo?
CABALL. Idos, que os haré llevar
á la cárcel.
RICOTE. Perdonar
los pecados manda el cielo.
¡Duélase de un pecador
lacayo!
CABALL. Sois deshonesto.
RICOTE. Si se ha enojado por esto
yo me caparé, señor.
CABALL. Idos.
RICOTE. Iránse importunas
tentaciones desde hoy;
escarmiento, pues me voy
despedido y en ayunas. (*Vase.*)

ESCENA XX

Sale el CAPITÁN.—*El* CABALLERO DE GRACIA.

CAPITÁN. En fe, señor, de la ayuda
que no ha mucho que me hicistes,
cuando mi honor socorristes,
es fuerza que agora acuda
á ejecutar la palabra
que á mi pobreza habéis dado;
en Nápoles he alcanzado,
que en fin la paciencia labra
de la justicia los pechos
la conducta que pedí,
y para salir de aquí
y pagar los gastos hechos,
fuera de la cantidad
que me distes, y vos debo,
culpad, si veis que me atrevo,
mi muda necesidad,
otros doscientos ducados;
si me los dais, entended
que excusáis con tal merced
atrevimientos soldados;
que, con algún desatino
haré, negándolo vos,
cosa en ofensa de Dios
que remedien mi camino.
CABALL. Huélgome que despachado
de Madrid salga tan bien,
y que en Nápoles le den
premios de tan buen soldado;
pero vuesa merced viene
en coyuntura terrible,

por agora es imposible
socorrelle, que no tiene
esta casa un solo real;
pero procure volver
mañana, que podría ser
acudille.

CAPITÁN. ¡Pesia á tal!
á mañana, y con *podría*
me remite; ¡juro á Dios!
que he de salir á las dos
de la noche.

CABALL. Por un día
no es mucho que se detenga.

CAPITÁN. ¡Voto á Dios! que aunque procure
hurtarlo.

CABALL. Paso, no jure.

CAPITÁN. Pues no me diga que venga
tantas veces, que un hidalgo
de mis prendas y valor
suele...

CABALL. Dígame, señor:
¿por dicha débole algo?

CAPITÁN. Débeme mucho si mide
el empacho que me mueve,
porque al noble se le debe
lo que con vergüenza pide.
Mas no importa, que escalando
un par de casas tendré
con que pagar, y me iré
de hipócritas murmurando.
¡Voto á Cristo, que quien ruega
á quien guerras nunca ha visto!

CABALL. Pues ¿qué culpa tiene Cristo
de lo que un hombre le niega?

CAPITÁN. Es costumbre envejecida.

CABALL. Prométame no jurar
por su vida, y le haré dar
lo que pide.

CAPITÁN. ¿Por mi vida?
¿es censo? Aqueso sería
morirme yo.

CABALL. ¿Y por un año?

CAPITÁN. Es un siglo.

CABALL. ¡Vicio extraño!
¿Un mes?

CAPITÁN. Tampoco.

CABALL. ¿Y un día?

CAPITÁN. Por un día, aunque es tormento
vaya, yo lo cumpliré.

CABALL. ¡Jurará!

CAPITÁN. No juraré;
¡por el Santo Sacramento!

CABALL. ¿Pues jura?

CAPITÁN. Esto es despedirme
del juramento postrero.

CABALL. Vuelva por ese dinero
luego.

CAPITÁN. Tengo de partirme
esta noche.

CABALL. Haré empeñar
cuanto tengo.

CAPITÁN. Voy seguro;
mas ¡voto...

CABALL. ¿Jura?

CAPITÁN. No juro:
¡voto á Dios que iba á votar! *(Vase.)*

ESCENA XXI

El CABALLERO DE GRACIA, *solo.*

CABALL. No sé cómo cumplir pueda
lo que tengo prometido
á este soldado afligido
el corto plazo que queda.
Dentro de un hora vendrá
por los docientos ducados,
y por excusar pecados,
¿qué no hallándolos hará?
Por remedialle con ellos
he de buscallos; no hay prenda
mi Dios, que empeñe ni venda,
ni traza para tenellos.
Socorred esta desgracia
y volved, Señor, por mí;
mas ¿qué es esto?

ESCENA XXII

Sale un ANGEL *en traje de caballero.*--DICHO.

ANGEL. ¿Vive aquí
el Caballero de Gracia?

CABALL. Yo soy el que buscáis.

ANGEL. Cierta persona me envía
á que en alguna obra pía,
de las muchas en que estáis
todo el tiempo entretenido,
gastéis docientos ducados
que os traigo en oro.

CABALL. Cuidados,
el cielo os ha socorrido;
no sé con qué os satisfaga
la ocasión á que llegáis;
á Dios, señor, los prestáis,
segura tenéis la paga.
(Saca un libro de caja.)
En este libro apercibo
lo que yo á pagar no basto,
en él asiento su gasto
y en él pongo su recibo.
Firmad aquí que le dais
esos docientos ducados
á Dios, hidalgo, prestados.

ANGEL. ¿Para qué á Dios los cargáis
si al fin los recibís vos?

CABALL. Es esta costumbre mía.

ANGEL. Dios, Jacobo, os los envía,
agradecedlos á Dios.
(Cáesele la capa y sombrero y vuela el Angel.)

CABALL. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Desapareció y se fué
el que socorrió mi fe.
De su talle, rostro honesto
¿será mucho que imagine
que es Angel vuestro mi Dios?
mas esto, juzgarlo Vos
cuando yo no determine
la verdad de esta ventura,
aunque en el tiempo que corre
sólo es Dios el que socorre
la pobreza á coyuntura.
Buen fiador en Vos he hallado,

pues mi palabra cumplí,
y liberal no sufrís
que se quiebre.

ESCENA XXIII

Sale el CAPITÁN.--DICHO.

CAPITÁN. ¿Habéis hallado
aquel dinero, señor,
porque he de partirme luego?
CABALL. Nunca Dios desprecia el ruego
de quien le pide favor.
Tomad y partíos seguro,
vuestras deudas socorred;
pero hacedme á mí merced
de no jurar.
CAPITÁN. Ya no juro,
que, como os tengo por santo,
si vuestro gusto no sigo,
temo del cielo el castigo.
CABALL. No es nobleza jurar tanto;
pues sois caballero vos
hablad como caballero.
CAPITÁN. Seguir el consejo espero
que me dais. Adiós. (*Vase.*)
CABALL. Adiós.

ESCENA XXIV

Sale LAMBERTO, SABINA, FISBERTO *y otros.*
El CABALLERO DE GRACIA.

LAMBERT. Jacobo, dadnos albricias,
aunque por lo que ganamos
que os las demos es más justo;
ya Juan Bautista Cataño,
Cardenal de San Marcelo
el sumo Pontificado
goza en la romana Silla,
y con el nombre de Urbano
Séptimo tiene en sus hombros
de toda la Iglesia el cargo.
Por muerte de Sixto Quinto
todo el Colegio Romano
le adora por vice Dios.
CABALL. ¡Gracias á los cielos santos!
LAMBERT. El Cardenal, mi señor,
su sobrino, ha perdonado
mis travesuras.
SABINA. Y libre
á vuestra instancia, Conrado,
volviéndole á recibir
en su servicio y amparo,
también reduce á Lamberto,
y su hacienda y mayorazgo
le restituye y perdona,
por lo que debemos daros
las gracias mi hermano y yo.
CABALL. Dadme en albricias los brazos.
LAMBERT. Partirémonos á Roma
al punto.
CABALL. A la iglesia vamos
á dalle el pláceme á Dios,
de su divino Vicario,
que yo, después que en mi casa
seguro hospicio haya dado
á los clérigos Menores
de virtud espejos claros,
pienso partirme á Toledo
á ordenarme de Orden santo,
por que siendo sacerdote
tome el cielo con las manos.

ESCENA XXV

Sale RICOTE *de clérigo menor con un gran bonete.*
DICHOS.

RICOTE. Del ocio y mundo repudio;
no más chanzas y barrancos,
adiós, Inés fugitiva,
ya renuncio tu estropajo.
FISBERTO. Ricote: ¿qué traje es éste?
RICOTE. Este es un traje esquinado
con cuernos que no deshonran;
¿no me ven embonetado?
Pues por mí dicen que dijo
nuestro refrán castellano
lo de «á come de bonete».
CABALL. Huélgome que reformado
estéis de vida y costumbres.
RICOTE. Padre Ricote me llamo.
CABALL. Vamos á ver la Princesa,
que no poco se habrá holgado
con la elección acertada
de Su Santidad.
LAMBERT. Es tanto
lo que de este caballero
hay que decir, que lo guardo
para la segunda parte,
por lo que habéis estimado
al Caballero de Gracia
en Madrid sus cortesanos.

COMEDIA FAMOSA

LA ROMERA DE SANTIAGO

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

El Rey Ordoño.
Linda, *Infanta.*
Blanca, *dama.*
Ximeno.
Lauro.
Doña Sol.
Ortuño.
El Conde Don Lisuardo.
Relox, *lacayo.*
Conde Garci Fernández.
Fruela.
Ramiro.
Urraca.
Criados.
Música.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen los que pudieren de acompañamiento, y el Conde Don Lisuardo, *de camino, y* Ordoño, *Rey de León, y* Doña Linda, *Infanta, su hermana, y siéntanse el* Rey *y la* Infanta.

Ordoño. ¿Conde?
Lisuard. ¡Señor!
Ordoño. Escuchad.
La memoria de los reyes
hace asegurar las leyes
del temor y la lealtad,
con el premio y el castigo,
que son los polos por donde
suelen navegarse, Conde,
estos dos mares que digo.
Porque la difinición
de la justicia es igual
medida, que cada cual
con la pena ó galardón
da lo que le toca. Yo
estoy de vos obligado,
y vos no tan bien pagado
como el valor mereció
de vuestra heroica persona,
puesto que para pagallo
es poco con tal vasallo
partir, Conde, la corona,
y por ver si corresponde
la paga al valor igual,
quiero hacer un memorial
de vuestros servicios, Conde.
Cuando el moro de Navarra,
en ofensa de León
quiso hacer ostentación
de su persona bizarra,
saliendo yo con la mía
del Marte alarbe navarro,
al paso, vos tan bizarro
anduvistes aquel día
que nos dimos la batalla,
que cuerpo á cuerpo le distes
muerte y en fuga pusistes
toda la alarbe canalla;
y tanta africana luna
metistes de esta ocasión
arrastrando por León,
que envidié vuestra fortuna
más que la de haber nacido
Rey, en fin, porque es mayor

(1) Figuran además, Bermudo, Fávila y Pelayo.

imperio el que da el valor
que el que en la tierra han tenido
los príncipes que nacieron
con la dicha de heredallo:
que á tan valiente vasallo
Reyes llegar no pudieron.
Cuando sobre el feudo entró
Garci-Fernández, el Conde
de Castilla, hasta adonde
el Esla los pies bañó
á sus soberbios caballos,
sobre la puente del río
no mostró el romano brío
de Oracio para estorballos
el paso más valentía
que vos, pues á voces dijo
que erais rayo, que erais hijo
del sol, Castilla, aquel día.
Cuando el moro cordobés
las cien doncellas pidió
que Mauregato le dió,
rey infame, vil leonés,
y le obligó mi respuesta
á que pusiese en campaña
de la morisma de España
cuanta gente al arco apresta,
adarga embraza y empuña,
lanza jineta aprestando
otro berberisco bando
por la gallega Coruña
haciendo empeñar el suelo
y que el Africa se asombre,
¿no levantastes el nombre
de Ordoño segundo al cielo?
Si estos los servicios son
del Conde don Lisuardo,
y hacerle merced aguardo,
una Infanta de León,
legítima hermana mía,
sola los basta á pagar,
y hoy la mano os he de dar;
de más de que merecía
vuestra sangre este favor,
que no será la primera
que honrar vuestra casa espera.

LISUARD. A tanta merced, señor,
ni sé responder, ni acierto
á agradecer con razones;
bien que en tales ocasiones
es cordura el desacierto.
Considere Vuestra Alteza
lo que propone mejor,
porque le viene el favor
muy sobrado á mi nobleza.

ORDOÑO. Yo tengo considerado,
Conde, el favor que os he hecho,
y es justicia y es derecho,
razón y razón de Estado;
porque á granjear los dos,
Conde, venimos así:
tanto me conviene á mí
como os está bien á vos.
Linda, mi hermana, ha de ser
vuestra esposa, y dad la mano
á la Infanta.

LISUARD. El soberano
favor me ha de enloquecer.

ORDOÑO. Levántese, Linda, á dar
la mano al Conde.

LINDA. Ocasión
es, según sus partes son,
que se pudo granjear
á costa de mis deseos.

LISUARD. Llegar á tanto en tan poco
me ha de hacer que goce loco
tan soberanos empleos;
traición parece que ha sido
al gusto y á la ventura.

ORDOÑO. Quien pagar, Conde, procura
lo mucho que habéis servido,
de esta suerte lo ha de hacer.
Vuestro valor os levanta
á la alteza de una Infanta.

LISUARD. Sólo os puede responder,
Ordoño, en esta ocasión,
para no caer en mengua,
el silencio, que en la lengua
no hay sentimiento en razón
del saber encarecer
tan nunca vistos favores.

ORDOÑO. Si pudieran ser mayores
no los dudara de hacer.
Dé la mano Vuestra Alteza,
hermana, al Conde.

LISUARD. Dejad
que imagine que es verdad
tanto bien, tanta grandeza
primero, Ordoño valiente,
generoso, heroico y justo,
porque el gusto como el susto
puede matar de repente.
Con mil vidas que perdiera
por vos, con que derramara
de sangre un mar, no bastara
para que comprar pudiera
lo menos del bien que aguardo
tan sin pensallo.

LINDA. Yo estoy
pagada en saber que soy
del Conde don Lisuardo.
Esta es mi mano y con ella
el alma os rindo también.

LISUARD. Si no es sueño tanto bien,
loco estoy. Linda más bella
que el sol en belleza y nombre,
á tanto cristal, á tanto
del cielo, y de amor espanto,
no hay alma que no se asombre
y mil tener estimara
para ofrecer con la mano
á vuestro pie soberano,
prodigio de la más rara
belleza que ha visto el suelo,
de cuya mano divina
con la mía el alma indina
mide al sol rayo de hielo;
puesto que en empresa igual
más lince amor, que Dios ciego
hoy trueca flechas de fuego
á cometas de cristal.
Pero, señor, ¿con qué intento
si esta merced me intentastes
hacer, ponerme mandastes
de camino? Un casamiento

tan alto, ¿no requería
galas cortesanas, antes
que cosas que tan distantes
son para tan grande día
como las botas y espuelas?
Perdonad, que enigmas son
tan notable prevención
de caminar, tantas velas
de plumas en mis criados,
tremolando al aire ya,
adonde copiando está
la primavera los prados
en las galas de colores
y á quien el sol hace fiesta,
de cuya hermosa floresta
son clarines ruiseñores,
y tanto apercibimiento
como León sale á ver,
dando, Ordoño, en qué entender
al sol, al Abril y al viento,
y todo tan diferente
que obliga á esta admiración.

ORDOÑO. No ha sido sin ocasión;
escuchadme atentamente.
Desde el día que tomé
la resolución postrera
de casaros con la Infanta,
mi hermana, con su belleza
premiando vuestros servicios,
quise que las bodas nuestras
fuesen en un mismo día,
para juntar ambas fiestas
y para mostrar el gusto
que yo tengo, Conde, en ellas,
porque corramos los dos
en el estado parejas;
pues para tomarle yo
fué necesario que hiciera
primero las de mi hermana,
que es obligación y es deuda
con que los varones nacen;
y aunque Polonia y Bohemia,
Flandes, Borgoña y Castilla
me la han pedido, más fuerza
las obligaciones, Conde,
que os tengo, me han hecho, y éstas
con la merced de la Infanta
aún no quedan satisfechas.
Esta es la causa de haberos
mandado con la grandeza
que tenéis, Conde, aprestada,
que os pusieseis las espuelas
para que, luego que á Linda
la mano dieseis, partiera
vuestra persona á tratar
mis bodas á Ingalaterra
con Margarita, segunda
hija de Enrico, tan bella,
que la fama pasó el mar
hasta León con las nuevas,
para cuyo efecto agora
en la Coruña os esperan
cuatro bajeles, redondos
escollos que el mar navegan,
tan valientes y veloces
caballos en la carrera,
del campo de las espumas,
que en pocos días las leguas
que hay desde allí hasta Plemúa
medirán, poniendo en ella
duda al viento si son hijos
de su propia ligereza.
En aqueste pliego, Conde,
va la carta de creencia,
la instrucción y mi retrato.
Dadme los brazos y sepa
Ingalaterra por vos
de la Corona leonesa
la grandeza y el valor.

LISUARD. Perdonara á Vuestra Alteza
la merced por la pensión
que viene, Ordoño, con ella.
Si fuera llevando á Linda
fuera donde el sol no llega,
adonde trueca en la Libia
por átomos las arenas;
pero no sé con qué vida,
con qué esperanza sin ella
podré llegar donde voy.

ORDOÑO. Con el gusto de la vuelta
la ausencia puede sufrirse.

LISUARD. Como el rigor de la ausencia
primero se ha de pasar,
es necesario que sea
el valor más confiado,
más valiente la paciencia,
más sufrida la memoria,
la esperanza más resuelta;
mas donde méritos faltan
justo es que haya en recompensa
tanto infierno á tanto cielo,
á tal gloria tanta pena.

ORDOÑO. Esto es tan forzoso, Conde,
como veis, que por que fuera
á esta embajada con más
autoridad y grandeza
vuestra persona, he querido
honraros desta manera,
dando primero la mano
á la Infanta: de Su Alteza
os despedid, y adiós, Conde. (*Vase.*)

ESCENA II

DICHOS, *menos el* REY.

LISUARD. No tiene valor ni fuerza
para tanta empresa el alma.

LINDA. Conde, Dios os guarde y vuelva
á León con la salud
que, como es razón, desea
quien ha de ser vuestra esclava.
Porque, si es igual la ausencia,
entre dos que están amando,
del que parte y del que queda,
partamos los sentimientos
entre los dos, por que sean,
partidas y acompañadas,
Conde, menores las penas;
que yo os aseguro, Conde,
que lleváis á Ingalaterra
un alma que os acompaña,
tan fina y tan verdadera

amante, en fe de la mano
que os di, que podréis con ella
tener del tiempo al pesar
penas y gustos á medias.
Y á Dios que os guarde.

LISUARD. Esperad,
dejad que deje en la esfera
de la nieve de esas manos
con la boca el alma impresa.

LINDA. En el alma queda, Conde,
donde con firmeza eterna
ha de vivir; Dios os guarde.

LISUARD. Haced, Oriente, esas rejas
para verme partir; nazcan
vuestros dos soles en ellas
otra vez, no se me pongan
tan presto.

LINDA. Conde, quien tenga
menos causa de querer,
menos razón de estar ciega,
atreverse puede á tanto.
Permitidme, pues es fuerza
el ausentaros, que escuche
el mal, y que no le vea,
y guárdeos Dios. (*Vase.*)

LISUARD. Dios os guarde.
Loco voy, y no me dejan
las mismas ansias partir.
¡Mal haya, enemiga ausencia,
quien de amor te llama olvido
siendo pasión que te aumentas
en la misma privación!

ESCENA III

Sale RELOX, *de camino con fieltro.*—DON LISUARDO.

RELOX. No ha de ser mi norabuena
la postrera, ¡vive Dios!
Perdone la palaciega
ceremonia el caminante
traje de fieltro y librea
que á pisar indignamente
éntre estas salas; y luengas
edades goce Vusía,
vueselencia ó Vuestra Alteza
á la Infanta, mi señora,
que se me ha puesto en la testa
que ha de heredar á León,
porque le he visto con muestras
de impotente al Rey notables.

LISUARD. ¿De qué suerte?

RELOX. Es cosa cierta:
todo lampiño de barba
y bigotes no procrea,
porque son en el varón
señales de fortaleza,
como en éstos de templanza,
y si alguna vez engendran
en sus cluecos desposorios,
son aves para la Iglesia.

LISUARD. ¿Cómo?

RELOX. Capón es no más
gente que trae sin vergüenza
huevos de avestruz por caras,
que las pestañas y cejas
les han dado de barato,
aunque algunos se consuelan
cuando ven los angelitos
pintados, pues con ser esta
gente más honrada que ellos,
en cinco mil primaveras
de edad jamás han barbado.

LISUARD. Siempre estás de una manera.
¡Oh lo que envidio tu humor!

RELOX. También tengo mis tristezas;
también gozo mis pesares;
también lloro mis ausencias;
también hay Juana y Lucía,
Marina, Aldonza y Quiteria
de quien despedirse el hombre;
que llevo de una gallega
en el alma atravesados
trece puntos de chinela
que, á estar en un facistol,
pudieran cantar por ellas
un motete, porque anduvo,
según la apariencia enseña,
con esta nación de pies
pródiga naturaleza;
y no tres puntos, seis puntos...
¡Jesús! en unas talegas
traigo los pies, y son vainas
donde el juanete profesa
tan gran clausura, que obliga
con las meninas tijeras
á la cuchillada en cruz,
y dice abajo una letra:
«Aquí mataron á un callo,
rueguen á doña Teresa
que se calce un punto más,
porque desta suerte tenga
su apretado pie en descanso
de cordobán y de suela.»

LISUARD. Reirme has hecho sin gana
de tus disparates.

RELOX. Pecas
mortalmente contra amor
y no has de hallar quien te absuelva.
¿Sin gana? ¡qué grosería!
¡qué ingrata correspondencia!
¡qué poca fineza! ¿Cómo
te puede sufrir la tierra?
¡Jesús, Jesús, qué notable
delito! Dios te convierta,
despojado Jeremías,
amante de la ley vieja,
Heráclito de los Condes.

LISUARD. ¡Ah borracho!

RELOX. ¿Quién lo niega?

LISUARD. Adiós, Linda; adiós, hermoso
cielo de amor, pues es fuerza
dejaros, que hasta volver
el alma en rehenes queda,
y adiós, que parto sin alma. (*Vase.*)

ESCENA IV

RELOX *solo.*

¿Sin alma? ¡qué borrachera!
Dóysela de dos la una
á cualquier difunto. ¡Oh bestias

de amor! ¡Oh locos amantes,
qué presto que el alma dejan,
y como quien no hace nada
se van por su pie sin ella
trecientas leguas! Bien haya
un lacayo, que si llega
á despedirse de Elvira,
de Catalina ó de Menga,
no trata de almas ni trata
de más que de dar la vuelta
con alma y cuerpo y tomar
lo que le dan por fineza,
si son cuellos ó camisas
y sin lágrimas ni quejas,
suspiros ni otras embrollas,
se despide á media rienda
con un abrazo en aspón
y un beso de castañeta;
y sin hacer más misterios
él se va y ella se queda.
Yo le sigo; ¡ah, pobre Conde!
¡Cuál baja las escaleras
de palacio! No me espanto
de que la causa merezca
este enamorado aplauso,
que Linda, la Infanta, es bella,
y es Infanta de León.

ESCENA V

Arriba en una ventana LINDA *y* BLANCA.—DICHO.

BLANCA. Del Conde es esta librea.
LINDA. Llámale, por vida tuya,
Blanca.
RELOX. Adiós, paredes llenas
de nidos de golondrinas,
mondongas y urracas dueñas.
Adiós, patios de palacio
donde tantas y tan necias
pretensiones paseadas
hacen señal en las piedras.
BLANCA. Hola, ¡ah, lacayo del Conde!
RELOX. ¡Qué soberana belleza
en tiple me está oleando!
¿Quién sin ser cura me olea?
LINDA. ¿Partióse ya el Conde?
BLANCA. Mira
que te está hablando Su Alteza.
RELOX. Ya lo miro con dos ojos
y con treinta reverencias.
LINDA. ¿Partióse el Conde?
RELOX. Según
su sentimiento y su flema
pienso que no.
LINDA. ¿No eres tú
su criado?
RELOX. Y de Su Alteza
muy servidor, porque soy,
hablando con reverencia,
á quien tiene el Conde muchas
obligaciones y deudas,
de hacer merced por servicios,
que de persona y de lengua
le he hecho veinte años ha.
LINDA. Privarás con él, que muestras
desenfado cortesano.
RELOX. Tengo muchas excelencias.
LINDA. ¿Cómo te llamas?
RELOX. Relox.
LINDA. ¡Notable nombre!
RELOX. A mi abuela
le debo, después de Dios,
porque fuí desde la teta
al relox tan semejante,
que no hay cosa que convenga
tanto conmigo en tener
puntualidad en la eterna
vigilia de no dormir,
porque tengo la cabeza
con notable sequedad;
y no se halla quien duerma
menos que el relox, pues nunca
como frenético deja
de dar en su tema á voces,
como yo doy en mi tema,
en estar midiendo siempre
el tiempo en aguar las fiestas,
diciendo: «Las doce son,
las dos darán las primeras,
mañana es viernes, señores;»
y ya que en dar no parezca
relox, en pedir lo soy;
sólo doy en las tabernas,
que son mis parroquias, donde
tragos por horas me cuestan
por cuartos y por cuartillos.
LINDA. Pues haz, Relox, que no sean
del tiempo á pesar las horas
tan largas en esta ausencia;
apresura al sol los pasos,
los siglos al tiempo abrevia
y te deberá la vida,
aunque es tan á costa della.

ESCENA VI

Salen GARCI-FERNÁNDEZ *y* XIMENO, *criado*.—DICHOS.

XIMENO. A gran cosa te aventuras
si el mismo día que llegas
enamorado á León
en demanda desta empresa
al Conde don Lisuardo
da el Rey á Linda, pues quedan
capitulados y dadas
las manos, premisas ciertas
de que su esposo ha de ser,
luego que de Ingalaterra
vuelva el Conde.
GARCI. Nunca amor
de lo más fácil se precia.
Garci-Fernández, el Conde
de Castilla soy, y heredan
más altas obligaciones
mi valor y mi nobleza.
Y aunque me niegue su hermana
por nuestras pasadas guerras
y diferencias, Ordoño,
pretendo ser dueño della,
ó en la empresa he de morir.
RELOX. Dadme, señora, licencia,
porque el Conde, mi señor,
á estas horas galopea

fuera de León, por dar
más presto á veros la vuelta,
y soy de la infantería
y he de caminar por fuerza
delante de su caballo
ó al lado de su litera.

LINDA. Dile al Conde...

GARCI. Damas hay,
don Ximén, en estas rejas
que caen á los corredores.

RELOX. Guarde Dios á Vuestra Alteza.

GARCI. La Infanta es, y éste sin duda
que despidiéndose della
está, es lacayo del Conde.

LINDA. Dios te guarde.

RELOX. Adiós.

LINDA. Espera,
y esta banda que te arroja
Blanca, al Conde, Relox, lleva
para que al cuello en mi nombre
le acompañe en esta ausencia,
á quien le da mi esperanza
la color y mi firmeza
el oro, y vuélvale el cielo
con la salud que desean
mis ojos verle en León.

(Da la banda á Blanca *y éntrase.)*

GARCI. Ximén, si no pareciera
locura de amor, matara
al lacayo.

BLANCA. Relox, esta
es la banda; adiós.

(Echa la banda y éntrase.)

RELOX. Adiós.

(Llega Garci-Fernández *y cógela al vuelo.)*

ESCENA VII

DICHOS, *menos las damas.*

GARCI. Aparta, villano, y deja
trofeos de quien tus manos
son tan indignas, y cuenta
á tu dueño cómo un hombre
de más valor, de más prendas,
enamorado y celoso,
con esta banda se queda;
que me la pida del modo
que quisiere cuando vuelva
de Ingalaterra, que yo
le aguardo en León, si fuera
un Hércules, un Aquiles,
que no es razón que merezca
favores tan soberanos
menos que quien dueño sea
del mundo, como Alejandro,
para hacer á Linda reina
del mundo, ó Garci-Fernández,
Conde de Castilla, esfera
donde esta banda ha de ser,
á pesar de la tormenta
de mis celos, arco hermoso
de la paz que amor desea.
Vamos, Ximén.

RELOX. ¡Vive Dios!

GARCI. ¿Qué dices?

RELOX. ¿Yo? que me tengas
por tu amigo.

GARCI. Vete, pues.

RELOX. Ya me voy; pero...

GARCI. ¿Qué esperas?

RELOX. Nada, por cierto; mas mira,
si es posible con más flema,
que es de la Infanta esa banda
y que no hay burlar con ella
ni con el Conde, mi amo,
á quien se dirige, y fuera
razón tener cortesía;
y cuando no se la tengan
ausente, soy hombre yo
que la banda de Su Alteza
con tanta superchería
tiranizada por fuerza,
y en este lugar, sabré...

GARCI. ¿Qué sabrás?

RELOX. Irme sin ella. *(Vase.)*

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* RELOX.

GARCI. Loco con la banda voy.

XIMENO. ¡Notables cosas intentas!

GARCI. Para los pechos tan grandes
se hicieron grandes empresas.

(Vanse.)

ESCENA IX

Sale LINDA.

Cansada ausencia, dolor
en el alma tan asido,
parece que habéis nacido
de un parto con el amor.
Vuestro enemigo rigor
á un mismo tiempo sentí
que del amor conocí
el movimiento primero,
tanto que de ausencia muero
desde que al amor nací.
Cuando yo no conocía
qué era amor, imaginaba
que quien á querer llegaba
de ningún pesar sabía;
mas agora cada día
los daños de la apariencia
desengañan la paciencia,
que hallando á su mal testigos
va descubriendo enemigos
en el campo de la ausencia.
Pensaba yo que el mayor
era la ausencia no más,
y vanme enseñando más
las espías de mi amor,
porque celoso temor,
las sospechas y el olvido
acometen al sentido,
monstruos de tanto poder
que se dan á conocer
primero que hayan nacido.

ESCENA X

Sale BLANCA.—LINDA.

BLANCA. Señora.
LINDA. Blanca.
BLANCA. Tu hermano
manda avisarte primero
porque cierto caballero,
embajador castellano,
quiere besarte la mano,
y él excusa darle audiencia
con esto, que en tu prudencia
libra el desengaño.
LINDA. Ya
entiendo al Rey. ¿Dónde está?
BLANCA. Aquí, aguardando licencia.
LINDA. Dile que entre, que su intento
justamente de mí fía.
Notablemente porfía
Castilla en mi casamiento;
en pie recibille intento,
por que no quiero obligarme,
que se siente con sentarme.

ESCENA XI

Sale GARCI-FERNÁNDEZ *con la banda puesta*.—DICHOS.

BLANCA. Llegá, que Su Alteza espera.
GARCI. ¡Qué hermosamente severa
el audiencia aguarda á darme!
¡No he visto mayor valor
con tan divina belleza!
Deme los pies Vuestra Alteza.
LINDA. Levantaos, Embajador.
GARCI. Como otra deidad de amor
suspende, turba y admira
á quien su hermosura mira.
LINDA. O es deseo ó ilusión,
ó hace la imaginación
casi verdad la mentira,
ó esta es la banda que di
para el Conde. Blanca, escucha.
GARCI. Mucha es su cordura, y mucha
su beldad; no estoy en mí.
LINDA. ¿No es esta mi banda?
BLANCA. Sí,
señora, ó tan semejante,
que es á engañaros bastante.
LINDA. La semejanza me está
quitando el sentido.
GARCI. Ya,
para poder ser amante
más dichoso y confiado,
en sus divinos despojos
la Infanta ha puesto los ojos
con particular cuidado;
siempre la fortuna ha dado
victoria al que es atrevido.
LINDA. Perdiendo estoy el sentido.
¡Qué notable confusión!
GARCI. De tan justa suspensión
como viéndoos he tenido,
puedo valerme, señora,
para salvar el cuidado
de no haberos preguntado,
lo que es tan justo, hasta agora.
¿Cómo estáis?
LINDA. Como quien llora
la ausencia del Conde.
GARCI. ¡Ay, cielos!
Cuanto escucho y miro es celos.
LINDA. Que en bienes tan deseados
es centro de mis cuidados
y blanco de mis desvelos.
GARCI. El de Castilla pudiera,
señora, formar de vos
quejas, pues siendo los dos
de un nacimiento y esfera,
permitís que los prefiera
de vuestro hermano un vasallo.
LINDA. Ya en él tantas partes hallo,
después que le he dado el sí
y que la mano le di
de esposa, que aun igualallo
quien goza la monarquía
del Imperio no podrá;
y desengañarse ya
el de Castilla podría
sabiendo que no soy mía,
y que á sus cartas molestas
tan diferentes respuestas
tiene de Ordoño, mi hermano.
GARCI. Ama como castellano.
LINDA. Son necias finezas éstas
cuando me ve en esperanzas
de otro dueño.
GARCI. No es razón
que hasta estar en posesión
que tenga desconfianza;
y hasta agora prenda alcanza
de esas manos, que á su amor
da esperanzas el calor,
con que á dar celos se atreve
al sol, aunque no le lleve
otro bien su embajador,
que está dando afrenta al día
de tus soles, que hurtó al viento;
perdona el atrevimiento
y sus colores confía,
que una amorosa osadía
méritos gana.
LINDA. Es verdad,
cuando está la voluntad
de cobarde recatada;
mas prenda sin gusto hurtada
tiene poca calidad;
porque tan necia osadía,
y á persona como yo,
si en delito no incurrió
no escapa de grosería;
y no es bien que prenda mía
nadie goce á mi pesar,
que no quiero averiguar
de la manera que ha sido,
sino dejarte corrido
con llegártela á quitar.
(Arráncasela del cuello.)
De mi firma y de mi mano
esta respuesta y no más
á tu dueño llevarás,
embajador castellano;
y por vida de mi hermano

y del Conde, si en razón
desto has hecho relación
de mi autoridad ajena,
que te cuelguen de una almena,
la más alta de León. (*Vase.*)

ESCENA XII

GARCI-FERNÁNDEZ *solo.*

GARCI. Esquivos arrojamientos,
varoniles bizarrías
contra obstinadas porfías
de imposibles escarmientos;
que cuando los pensamientos
ciegos con su error se casan,
más los límites traspasan
del fin en que se desvelan
con desengaños que hielan
y con desdenes que abrasan. (*Vase.*)

ESCENA XIII

Salen el CONDE DON LISUARDO *y* FRUELA, LAURO, RAMIRO *y* RELOX, *criados.*

LISUARD. Ya me parece que es hora
de caminar, que los rayos
del sol, licencia á las sombras
por el ocaso van dando;
que basta lo que hemos sido,
mientras su fuerza ha durado,
huéspedes de estos laureles
y de estos cristales claros.
RELOX. El Marqués de Mantua fuiste,
hoy con todos tus criados.
LISUARD. ¿Cómo, Relox?
RELOX. Porque á todos,
dando á la merienda aplauso,
alrededor de una fuente
mandaste sentar.
LISUARD. El campo
nos brindó.
RELOX. ¿Qué te parecen
los de Galicia?
LISUARD. Retratos
de los jardines Hibleos.
LAURO. Los Elíseos los llamaron
muchos antiguos.
LISUARD. Tuvieron
razón, que pienso que el Mayo
de estos campos, de estas cumbres,
es eterno ciudadano,
y que pueden á cristales
hechos en peñas pedazos,
apostar el Sil y el Miño
con Guadalquivir y el Tajo,
cuyas fértiles riberas,
para hacer por Abril palio
al sol, parece que están
flores á estrellas copiando.
Plata y verde es la librea
que dan los montes bizarros,
siendo por faldas y cumbres
los arroyos pasamanos,
bendiciendo con las lenguas
que primero murmuraron,
al zafiro de los cielos
la esmeralda de los prados,
que á no gozallos tan triste
de ausente y enamorado,
fuera pasar por el cielo.
RELOX. Alabando estás de espacio
los arroyos y los ríos,
cuando nos está brindando
Ribadavia, á quien venera
santa nación, por el santo
licor, que sobre un magosto
de castañas, hace raros
milagros; perdonen todos
cuantos hay, tristes y blancos,
que este es el rey de los vinos,
ó el monarca.
LAURO. Eso está claro.
LISUARD. Fértil tierra.
RELOX. De esa suerte
bien puede un lacayo honrado
decir que es gallego agora.
LISUARD. ¿Por qué no, si estos peñascos
á Castilla y á León
tan honrada sangre han dado,
que para gloria del mundo
basta el blasón de los Castros,
en Galicia tan antiguo?
RELOX. Y los Relojes, ¿es barro
desde que se usaron horas?
Gente que siempre está dando,
á imitación de los Condes
y Marqueses.
LISUARD. Relox, paso,
no te desconciertes.
FRUELA. Siempre,
cuando está desconcertado
el reloj, suelen decir:
«el reloj está borracho.»
RELOX. No quitando lo presente,
señor escudero, hablando
con reverencia.
LISUARD. En efecto:
¿el camino de Santiago
es éste?
RAMIRO. Y en toda Europa
no hay camino más cosario,
aunque éntre el de Roma y éntre
el del Sepulcro sagrado
de Jerusalén.
LAURO. No tiene
el mundo provincia en cuanto
el bautismo se predica
que á este antiguo santuario
de nuestro Patrón no envíe
peregrinos, ni apartado
mar, adonde el pasajero
y el piloto del naufragio
en la pared de su templo
no cuelgue tabla ó milagro,
ni en las mazmorras de Fez
ó Argel, cautivo cristiano
que no traiga la cadena
de su libertad, pagando
las gracias en esto al cielo
y al Patrón de España.
FRUELA. Es tanto,

que al camino que en el cielo
por causa de estar cuajado
de estrellas llamó el gentil
camino de leche, han dado
en llamarle vulgarmente
el camino de Santiago.

RELOX. Y es de suerte, que viniendo
cierto labrador cansado
del campo á su casa humilde
una noche de verano,
queriendo hacelle su esposa
lisonja, en medio de un patio
le puso la cama al fresco;
mas él, los ojos alzando
al cielo y mirando encima
el camino de Santiago,
dió voces á su mujer,
y dijo: «¿No habéis mirado
dónde la cama habéis hecho?
¿Queréis que se caiga acaso
un bordón de un peregrino
de los que van caminando,
frasco lleno ó calabaza,
y que me quiebre los cascos?»
Y creyéndolo los dos,
á un aposento, temblando,
con más miedo que vergüenza,
los colchones retiraron.

LISUARD. El cuento me ha dado sed.

RELOX. ¿Y risa no? ¡Caso extraño!

LISUARD. Basta la que aquella fuente
entre cristalinos labios
muestra, brindando á bebella.

LAURO. ¿Quieres agua?

LISUARD. Tráela, Lauro,
en un cristal que compita
con el hermoso y helado
de esa fuente. (*Va por ella.*)

RELOX. ¡Infame antojo!
En mi vida me brindaron
para beber fuentecicas
ni arroyuelos despeñados
por traidores contra el vino.
Siempre entre dientes hablando,
y si por desdicha enferma
de tercianas un cristiano,
no hay fuente que le socorra,
con andar por esos campos,
sin tener que hacer baldías,
y no puede ser aguado
sino un rocío.

(*Sale* Lauro *con un vidrio de agua.*)

LAURO. Aquí está
el agua.

LISUARD. Muéstrala, Lauro,
y partamos.

ESCENA XIV

Salen DOÑA SOL *y* DOÑA URRACA *de peregrinas.*
DICHOS.

SOL. ¿Señor Conde?...

LISUARD. ¡Notable belleza!

SOL. Dadnos
limosna á estas dos romeras
que vienen de Santiago.

LISUARD. Del mismo cielo parece
que las dos habéis bajado.
Merced me haced de correr
á los rostros soberanos
de los volantes dichosos
las cortinas.

SOL. No llegamos
haciendo esta ostentación;
si sois servido de darnos
limosna, hacednos merced,
y si no, el Apóstol santo
en esta jornada os guíe.

LISUARD. ¡Esperad, esperad!

SOL. Vamos
con diferentes intentos.

LISUARD. No es cortés término darnos
con las espaldas tan presto,
ni novedad suplicaros
que los volantes quitéis.

SOL. A quien es tan cortesano,
tan caballero y señor,
no será razón negallo,
por no parecer nosotras
descorteses también. (*Descúbrense.*)

LISUARD. ¡Raro
y más que admirable extremo
de hermosura! No me acabo
de persuadir que es verdad
tan peregrino milagro
de honestidad y belleza.

SOL. Bebed, señor, y mandadnos
dar limosna.

LISUARD. ¿Cómo pide
limosna quien está dando
pródiga, al mundo hermosura,
rica, al sol rayos dorados,
poderosa, al cielo envidia,
divina, al tiempo milagros?
Quien ha menester pediros,
romera, ¿cómo ha de daros,
ni qué ha menester pedir
quien almas viene robando?

SOL. Yo soy, Conde, una mujer
de Castilla, noble tanto
como su Conde; hice voto
de visitar el sagrado
sepulcro de nuestro Apóstol;
de esta suerte caminando
á pie y pidiendo limosna,
aunque traigo mis criados
detrás con una litera
para los forzosos pasos
del camino, vuelvo agora
después de haber visitado
su sepulcro y su Padrón,
á Castilla, publicando
mi devoción en las conchas,
veneras y santïagos
de azabache y de marfil,
que, como es costumbre, traigo
en sombrero y esclavina;
y quien sois, sabiendo acaso
de los vuestros, á pediros
las dos limosna llegamos;
ved si nos la habéis de dar,
ó guárdeos Dios.

LISUARD. Alejandro

quedara corto, señora,
en esta ocasión. No hallo
para serviros, si no es
esta cadena que alabo
los diamantes, cuando estén
en vuestras hermosas manos,
por los mejores que ha visto
Ceylán.

SOL. Nosotras no vamos
sino es pidiendo limosna
por el voto de que os hago,
señor Conde, relación,
y los diamantes dejaldos
para quien tan bien los luce,
que allá en Castilla no estamos
las mujeres como yo
tan faltas dellos, que traigo
algunos con que poder
serviros y regalaros,
que pueden desafiarse
con más de una estrella á rayos.
Y el cielo os guarde con esto,
que me parece que estamos
los dos mal de esta manera:
vos, el tiempo dilatando
de caminar; yo, con vos
pasando ya del recato
los límites que me debo,
y que por quien soy me guardo,
y es razón no detenerme,
ni entreteneros hablando,
caminaréis más aprisa
y beberéis más despacio.

LISUARD. Detente, que, vive Dios,
que es rigor demasiado
partirte de esa manera.

SOL. Pues ¿qué quieres?

LISUARD. ¿Qué más claro
te pueden hablar mis ojos
de lo que te están hablando?

RELOX. Y vos, dulce motilona,
de este hermoso castellano
serafín, no os vais; mirad
que hay también quien os ha dado
más corazón que á Belerma.

URRACA. ¿Y es Durandarte el lacayo?

RELOX. ¡Qué presto me conociste!

URRACA. ¿No basta el fieltro por ramo
del vinagre que vendéis?

RELOX. Romera de los diablos,
poco á poco, que, por Dios,
que somos de un mismo paño,
y que te haré una manera,
sin saber cómo ni cuando,
en el alma.

URRACA. ¿De qué suerte?

RELOX. Con un beso y dos abrazos.

URRACA. Yo lo doy por recibido;
pero sepa que me llamo
Urraca y soy de Castilla,
y conmigo, señor Ganso,
no hay zorroclocos.

RELOX. Vertiendo
estás por ojos y labios
seis mil ducados de renta.

URRACA. ¡Encarecimiento extraño!

RELOX. ¿Pues hay más que encarecer
que con dinero sepamos?
¿Hay mayor donaire; hay cosa
de más hermosura?

SOL. Tanto
os hacéis desentendido
de lo que soy, que me canso
de estar cansada con vos
de advertiros y escucharos;
hacedme merced de hacer
como quien sois, y dejarnos
proseguir nuestro camino,
sin que nos impida el paso
poco decoro á la sangre
que tengo, al antiguo y claro
blasón de algún apellido
que honra á España y que heredaron
estos nobles pensamientos
que veis, y que están brotando
valor y honor por los ojos,
por las palabras, por cuantos
átomos de sangre tengo
de ser mujer; que esto al alto
y al humilde suele siempre
obligar y al más bizarro.
Sabed ser galán cortés,
no grosero cortesano.

LISUARD. Dejadme besar la nieve
de una mano.

SOL. De mi mano
esperad, Conde, más castas
hazañas, y reportaos;
no pasen las groserías
á poder llamarse agravios,
que ¡vive Dios! que mujer
como soy, sepa dejaros
con desengaños de libre,
con presunciones de ingrato,
con escarmiento de necio
y castigos de villano.
Vamos, Urraca. (*Vanse.*)

ESCENA XV

DICHOS, *menos* DOÑA SOL *y* URRACA.

RELOX. ¡Y por Dios
que ella no es mal papagayo!

LISUARD. ¡Mujer peregrina en todo!

LAURO. ¿Has de beber?

LISUARD. No, me abraso;
para tan poco remedio,
reparte á esas flores, Lauro,
ese cristal para perlas,
y caminemos, que parto
sin mí, dejando los ojos
en ese prodigio helado
de amor, en ese desdén
peregrino, en ese mármol
imposible.

RELOX. ¿Y Linda?

LISUARD. Linda,
de mi amoroso cuidado
ha de ser eterno dueño;
y es en semejantes casos
mujer propia, diferente
de la que ciego idolatro
por invencible y ajena.

RELOX. ¿Apenas estás casado,
cuando al primer trascartón
quieres dar matrimoñazo?
LISUARD. Déjame, necio.
RELOX. Confieso
que es verdad, que no te hablo
al gusto, que eres señor
al fin, y yo un mentecato.
Digo, que la peregrina
es querubín soberano,
y que puede con los ojos
matar á Poncio Pilato;
y el contrapeso me deja
perdido por sus pedazos,
y que pretendo ser tordo
de tan dulce Urraca.
LISUARD. Vamos,
y pase la gente toda
delante, y sólo un lacayo,
que es Relox, quede conmigo,
y cuatro ó cinco criados,
que quiero ir un poco á solas.
RELOX. ¡Oh, mental enamorado!
LISUARD. Loco por tus ojos voy,
romera de Santiago.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA SOL *y* URRACA *solas, de la misma suerte que primero.*

URRACA. Notablemente sentiste
que te pidiese favores
el Conde.
SOL. Urraca, no ignoras
que esto hasta aquí me trae triste.
¡Que un señor, un caballero
que más cortés debe ser
con una honesta mujer
anduviese tan grosero!
¿Diéronle acaso mis ojos,
Urraca, alguna ocasión?
URRACA. Cuando tan livianos son
animan á los antojos;
culpa á tu misma hermosura
de su atrevimiento.
SOL. Calla,
que estas son disculpas que halla
la necedad. ¿Por ventura
estoy obligada á ser
fea para no perderme
el respeto, sin valerme
el que debe á una mujer
cualquier hombre principal,
que es lo que se debe á sí?
URRACA. Tienes razón; pero di:
¿cómo te parecen mal
todos los hombres?
SOL. Urraca,
nací con esa aspereza.
URRACA. Siempre fué de la belleza
la ingratitud sombra.
SOL. Saca
de ese número la mía,
y llámala inclinación
honesta, sin la ambición
de la hermosa hipocresía,
que se precia, de ordinario,
de hacer arte del desdén.
URRACA. Pues que te parezca bien
algún hombre es necesario,
siendo mujer y naciendo
de los hombres.
SOL. Necia estás;
no hace diferencia más
un hombre presente viendo
que de un árbol, una fuente,
un edificio, un retrato.
URRACA. Corazón tienes ingrato,
pues no hay hombre que te aumente
un poco más el deseo
que lo que está inanimado.
Sin duda que se te ha helado
el apetito; no creo
que para mujer naciste.
SOL. Esto á quien soy corresponde.
URRACA. ¿Es posible que en el Conde
algunas partes no viste
que te pareciesen bien?
SOL. ¿Quién, dime, por vida mía,
te paga la tercería?
¿Quién te encargó mi desdén?
Pues cuándo sueles conmigo
tener este atrevimiento?
URRACA. De tu mismo sentimiento
son hijos los que te digo.
SOL. ¡Qué bien pareces criada,
pues una apenas se ve
en el mundo que no esté
para tercera pagada!
¡Oh, enemigos no excusados
de los dueños que ofendéis!
Murmuráis y malqueréis
regalados y pagados.
¡Qué de cosas se excusaran
si excusaros se pudiera!
URRACA. ¿Mandaste que la litera
y los criados pasaran
adelante?
SOL. Urraca, sí;
porque quiero caminar
hasta este primer lugar
á pie.
URRACA. Deberánte así,
más que á Abril, flores los prados.
SOL. Y yo á ti lo que callares,
que no son pocos pesares
sufrirte algunos enfados,
de mi condición ajenos
y nuevos en mí hasta agora.
URRACA. Perdón te pido, señora,
y estos campos por lo menos
enamoren tu hermosura.
SOL. La suya á la vida avisa
en el marchitarse aprisa.
Ya parece que procura
el sol entrarse en el mar;
un poco más caminemos,
Urraca, por que lleguemos
con luz alguna al lugar.

ESCENA II

Salen el CONDE DON LISUARDO *y todos sus criados embozados, con bandas por las caras y las espadas desnudas.*—DICHAS.

LISUARD. ¡Teneos!
URRACA. ¿Qué es esto, cielos?
¡Perdidas somos!
SOL. Urraca,
no te aflijas, no te turbes;
que estas desnudas espadas
no quieren sangre.
URRACA. ¡Ay, señora!;
pues ¿qué quieren?
SOL. Oro y plata;
que éstos son algunos hombres
de obligaciones, que pasan
necesidad y procuran
de esta suerte remedialla
saliéndose á los caminos;
deja que los hable.
URRACA. Acaba,
y sepamos lo que intentan
de esta suerte.
SOL. Camaradas:
contra dos mujeres solas
menos que una espada basta.
Retiradlas, que si vuestra
determinación lo causa
necesidad de dineros,
y dos mujeres honradas,
que en este traje caminan,
os parece que esa falta
pueden suplir, reportaos,
y sin armas ni amenazas
cortésmente os serviremos.
(*Descúbrese el* Conde.)
LISUARD. Romera hermosa y gallarda:
sólo tu belleza busco.
URRACA. ¡Hablara para mañana!
SOL. ¿Quién sois?
URRACA. ¿Al Conde, señora,
no conoces?
SOL. No son trazas
estas de hombres como el Conde,
y así en quien era dudaba.
LISUARD. Amor me obliga, romera,
y tu desdén, que con tanta
violencia á buscarte vuelva;
procura menos ingrata
corresponderme, que estoy
perdido.
SOL. Conde, repara
en quien soy, y juntamente
que en hacerme ofensa agravias
lo más noble de Castilla;
que soy doña Sol de Lara,
Condesa de Lara y hija
de don Manrique, á quien llama
España el nunca vencido;
que puesto que muerto falta
á mi honor, dél heredé
sangre tan noble, que basta
contra las locas porfías.
LISUARD. Pues yo te doy, Sol, palabra
de marido.
SOL. Y el primero
que ha hecho cuando se casa
estelionato eres tú.
LISUARD. ¿De qué suerte?
SOL. Si á la Infanta
de León la has dado, Conde,
¿cómo á un mismo tiempo tratas
otro casamiento? Advierte
que vienes ciego y que pasas
los límites de quien eres,
y prosigue tu jornada,
que no es razón...
LISUARD. No hay razón
en amor.
SOL. Ya se adelanta
eso á locura.
LISUARD. Tú misma
me disculpas.
SOL. Y tú infamas
tu valor.
LISUARD. Ya no hay valor.
SOL. Tendréle yo.
LISUARD. No habrá humana
resistencia al amor mío.
SOL. ¿A un ciego apetito llamas
amor?
LISUARD. Amor ó apetito,
yo he de gozarte.
SOL. Ya manchas
con las palabras mi honor.
LISUARD. No han de ser solas palabras.
SOL. Pues serán, Conde, las obras
imposibles; lo que el alma
rigiese esta sangre noble,
animare estas entrañas,
alentare este animoso
corazón, esta bizarra
presunción tuviese en pie,
ó dejaré de ser Lara;
antes de mis padres hija,
doña Sol y castellana.
LISUARD. Mi bien, mi gloria, mi dueño;
mujer sois, amor me abrasa;
vuestro soy, no me matéis
con tanto desdén, con tanta
ingratitud y aspereza,
que no hay ninguna inhumana
fiera que no quiera bien
su semejante; las plantas,
las peñas, fuentes y ríos
con ser insensibles, aman.
Aquel ruiseñor escucha,
y verás que cuando canta
amorosas quejas son;
mira allí cómo se abrazan
con los sauces y los olmos
las hiedras enamoradas;
hasta aquel peñasco está
enamorando las aguas
de aquel cristal fugitivo.
SOL. Mira entre esas semejanzas
de amor, si nadie por fuerza
lo que le niegan alcanza.
Amor es correspondencia
entre dos iguales almas,
que la costumbre la engendra
y alimenta la esperanza.
Las principales mujeres

de la estimación se pagan,
y esta es hija de los días
con el tiempo acreditadas,
que accidentes repetidos
de amor, finezas bastardas
cuando más arden, se hielan,
cuando comienzan, acaban;
que como del apetito
más que del amor cansadas,
corren por la posesión
y sobre el olvido paran.
Lo que no cuesta deseos
no lo estima el gusto en nada,
que á las fáciles empresas
siempre sigue la mudanza.
Da tiempo al tiempo, enamora,
con estimación regala,
sirve, ruega, desconfía,
escribe, recela, aguarda
y no atropelles por fuerza
prendas de tanta importancia,
pues no vienen á ser gustos
los del cuerpo sin el alma.

LISUARD. De espacio estás, doña Sol;
y mis amorosas ansias
más presurosas caminan.

SOL. No sé si hallarán posada.

LISUARD. Lleva mi amor privilegio.

SOL. Nunca recibe esta casa
huéspedes de esa manera,
porque tiene salvaguarda
del honor y del valor.
Tu ciego amor desengaña,
que no ha de pasar apenas
los umbrales. Conde, aparta,
que el bordón de una romera
con obligaciones tantas,
basta y sobra contra todas
las viles armas villanas
de un descortés caballero.
Haz lo que yo hiciere, Urraca,
ó mataréte también.

URRACA. Haz cuenta que te acompaña
una amazona.

RELOX. Urraquilla,
aceituna sevillana:
si á Relox no hay *rindibú*
te he de hacer á cuchilladas.

URRACA. De montante he de jugar;
lacayo: guardad la cara,
que he de echaros las narices
dos leguas de las quijadas.

LISUARD. Sol: aunque más rayos eches,
tu defensa ha de ser vana,
que eres Sol, y al paso mismo
que te defiendes, abrasas.

SOL. Por eso, villano Conde,
te sabré quemar las alas.

LISUARD. Ríndete, Sol, á mi amor;
pues al amor veces tantas
se ha rendido el sol del cielo.

(Entranse, acuchillando á Doña Sol, *y dicen dentro:)*

SOL. ¡Ay, que me has muerto!

LISUARD. ¡Mal haya
mi espada y mi ingratitud!
Tened, tened las espadas.

LAURO. Sobre la hierba ha caído,
volviendo en coral la grama.

LISUARD. Perderé también la vida
si á Sol la vida le falta.

ESCENA III

Salen la INFANTA LINDA *y* BLANCA.

BLANCA. ¿Cartas del Conde, señora?

LINDA. Sí, Blanca, del Conde son,
cuyas letras con razón
el alma besa y adora.

BLANCA. Desde el camino te escribe;
finezas de desposado
y galán enamorado.

LINDA. Con estos socorros vive
mi esperanza y mi deseo;
que no tiene la paciencia,
contra el rigor de la ausencia,
otras armas.

BLANCA. No te veo
alegre como solías;
todo te cansa y da guerra.

LINDA. Con el Conde á Ingalaterra
se fueron mis alegrías.
Como no has llegado á amar
no has sabido qué es tener
tristeza, llorar, temer,
esperar, desconfiar;
y mucho más que da el dueño
de esta ausencia, en cuya calma
toda es recelos el alma,
todo es temores el sueño.
¡Ay, Blanca, qué confusiones
quien quiere ausente padece;
y qué de miedo se ofrece
á las imaginaciones
cuando discurre quien ama
de veras! ¡Ay, Blanca mía!
ven acá. ¿El Conde podría,
acaso con otra dama,
darme en el camino celos,
y en Ingalaterra, donde
las hay tan bellas?

BLANCA. El Conde
tendrá los mismos desvelos
acerca de tu memoria,
ó de tu olvido también,
pues te quiere el Conde bien.

LINDA. Blanca: del amor la gloria
mientras la presencia falta,
tiene suspensiones todas.

BLANCA. Presto tus dichosas bodas
el temor que sobresalta
tu pecho sosegarán.

LINDA. Entretanto temo, espero,
desconfío, vivo y muero,
que es, Blanca, el Conde galán,
y miro en él infinitas
partes para deseadas.

BLANCA. A las tuyas obligadas,
¿qué temores solicitas?

LINDA. Verdad es; mas puede ser,
ya que la mano le di,
que las mire el Conde en mí
como de propia mujer.

BLANCA. Tiene esta regla excepción
en quien son como tú eres,
que, aunque son propias mujeres,
deidades humanas son.
Al Conde le tengo yo
lástima, que irá perdido,
sin consuelo, sin sentido,
pues el bien que mereció
por dicha, se le dilata
con tanto rigor la ausencia,
valiéndose la paciencia
de una esperanza que mata
cuando comenzó el deseo
de la misma posesión;
que una Infanta de León
no es tan ordinario empleo,
que la privación de aquello
que ha de volver á gozar
no le mate hasta llegar
á gozallo y poseello:
y después de poseído
y gozado, nunca el bien,
que es tan soberano en quien
está pasando, es creído;
que pasa cuando se alcanza
con la misma posesión
el término á la razón,
el límite á la esperanza.
LINDA. ¡Qué bien que sabes hablar,
sin tener, Blanca, experiencia
en tan peligrosa ausencia!
BLANCA. Todo se viene á alcanzar
con el humano discurso.
LINDA. Escuchar cantar quisiera,
porque quien amando espera
nunca tiene otro discurso.
¿Has traído el instrumento
contigo?
BLANCA. Señora, sí;
el instrumento está aquí;
toma, señora, un asiento,
y templa con más prudencia
tu grave melancolía.
LINDA. Cántame, por vida mía,
algunas cosas de ausencia.
BLANCA. (*Canta.*) «Madre: aquella niña
de los ojos lindos,
matadores de hombres
sin ser basiliscos.
De su dueño ausente,
sus ojos son ríos,
su música endechas,
sus bailes suspiros.
Suspensa parece
que la han dado hechizos,
sospechas de celos,
temores y olvidos.»
LINDA. Blanca: no prosigas más,
que parece que cantando,
con los temores, hablando
de mis recelos estás.
Y si como son recelos
que se dan tanto á temer
llegasen acaso á ser,
Blanca, averiguados celos,
pienso que el seso perdiera;
poco es el seso, la vida;
tanto esa causa homicida
de tantos gustos hiciera
en mi pecho enamorado;
y así, desde hoy, no te asombres,
ni me lo cantes, ni nombres,
basta que me den cuidado.
BLANCA. Siempre te he de obedecer.
LINDA. ¿Quién viene?
BLANCA. Su Alteza.

ESCENA IV

Sale el REY ORDOÑO.—DICHOS.

ORDOÑO. Hermana:
¿tan á solas? la cuartana
de la ausencia debe ser.
¿Cómo se halla Vuestra Alteza
de su gran melancolía?
LINDA. Con Blanca me entretenía
cantando.
ORDOÑO. Tan gran tristeza,
sólo puede suspender
la voz de Blanca.
LINDA. Confieso
que debo infinito en eso
á Blanca.
BLANCA. Si encarecer
lo que servirte deseo
con eso intentas ahora,
toda la merced, señora,
que me estás haciendo creo.
ORDOÑO. Siempre la música ha sido,
en el amoroso asedio,
diversión, si no remedio,
porque es calma del sentido,
que esta es la razón de haber
fingido que suspendió
al infierno cuando entró
Orfeo por su mujer.
Para encarecer así
la fuerza de la armonía
un filósofo decía
que era deidad de por sí.
Que en nuestro mundo inferior
tienen partes soberanas
y son deidades humanas
amor, música y olor.
LINDA. Si añadiera la poesía
Vuestra Alteza, de otros cuatro
elementos al teatro
humano adornar podía;
que á la tierra, al agua, al viento
y al fuego, los cuatro son
de tan igual proporción
como cualquier elemento.
Primeramente la tierra
imita á la poesía
en la variedad que cría,
en la hermosura que encierra.
La música al agua imita
que va con músico estruendo
dulce consonancia haciendo
cuando al mar se precipita.
Al aire toca el olor,
y la cuarta y la postrera
del cielo, cercana esfera

que es del fuego, es el amor,
en cuya ardiente pasión,
para vengar los desvelos
de los humanos, los celos
fieras salamandras son;
que agua, fuego, tierra y viento
tanto inficionando aquejan
con su aliento que no dejan
privilegiado elemento.

ORDOÑO. Mal encubre la experiencia
que es esta su enfermedad.

LINDA. Diciendo estoy la verdad
en el potro de la ausencia,
que aunque á voces la confieso,
después que sin él me vi,
ya me trae fuera de mí
como es dolencia del seso;
aunque á veces me confía
el mismo amor y valor
del Conde.

ORDOÑO. Siempre el temor
ser de amor sombra porfía;
pero para que no salga
con la suya, es menester
la imaginación vencer,
y que del tiempo se valga
divirtiendo el pensamiento
el discursivo rigor.

ESCENA V

Sale ORTUÑO.—DICHOS.

ORTUÑO. Aquí está el embajador
de Castilla, con intento
de hablarte, porque ha venido
á la audiencia que le has dado
para este día.

ORDOÑO. Cansado
este embajador ha sido,
tantos desengaños viendo
y tanta esquivez mostrando,
en irle así dilatando
lugar de escucharle.

ORTUÑO. Entiendo
que con la resolución
hoy volverse determina
á Castilla.

LINDA. ¡Peregrina
castellana obstinación!

ORDOÑO. Aquí quiero darle audiencia,
porque con más brevedad,
viendo de tu voluntad
y la mía la experiencia,
se canse y se desengañe
y dé la vuelta á Castilla.
Entre, y llegadle una silla.
(Vase Ortuño.)

LINDA. Hoy para que te acompañe
en esta audiencia me obliga
sólo tu gusto, que estoy
obligada al que te doy;
porque de ver que prosiga
este embajador grosero
con tan cansada embajada,
me tiene, Ordoño, cansada.

ORDOÑO. Que hoy quedes con gusto espero.

ESCENA VI

Sale el CONDE GARCI-FERNÁNDEZ.—DICHOS.

GARCI. A Vuestras Altezas beso
los pies.

ORDOÑO. Guárdeos Dios; tomad
asiento y después hablad.

GARCI. Porque sé lo que intereso
en el servicio del Conde
de Castilla, mi señor,
solícito embajador
parezco.

ORDOÑO. Cuando responde
de su embajada al intento
el mismo suceso, está
respondido el Conde ya.

GARCI. Sólo deste casamiento
que forme quejas ahora
me manda el Conde; pues viendo
la ventaja que está haciendo
á un vasallo, la señora
Infanta niegas á un Conde
de Castilla.

ORDOÑO. Embajador:
al mérito del valor
igual merced corresponde.
Y como yo me he preciado
de justiciero en León,
con esta satisfacción
los servicios he pagado
de un vasallo tan valiente,
demás de que su apellido
dos veces ha merecido
ser heroico descendiente
de nuestra casa Real.
Esto al Conde responded,
y que tengo por merced
el deseo.

LINDA. En caso igual,
también puede ser porfía.

GARCI. Con ese nombre se infaman
las finezas de los que aman
con poca dicha.

LINDA. La mía,
tan grande ha venido á ser,
que con las demás estoy
grosera.

GARCI. Corriendo voy
por los celos, hasta ver
mil veces mi desengaño;
y cada vez que le veo
nace de nuevo el deseo
y pasa adelante el daño.

SOL. *(Dentro.)*
Dejadme entrar, no me impida
de todo el mundo el rigor,
que me va en ello el honor,
que es mucho más que la vida.

ORDOÑO. ¿Qué es eso?

ESCENA VII

Sale ORTUÑO.—DICHOS.

ORTUÑO. Una peregrina,
y peregrina mujer
que contra todo el poder

de nosotros determina
entrarse furiosa á hablar.

ORDOÑO. Pues llega tan rigurosa,
con razón viene quejosa,
sin duda; dejalda entrar.

ORTUÑO. Tanto valor ha mostrado,
que ella se ha entrado primero.

ORDOÑO. Escuchar sus quejas quiero,
pues hoy estoy obligado,
como rey, por justa ley,
á no esconder las orejas
á la justicia y las quejas,
ó he de dejar de ser rey.

ESCENA VIII

Sale DOÑA SOL *con el cabello suelto.*—DICHOS.

SOL. Escúchame atentamente,
rey Ordoño de León,
á quien llama el justiciero
el hemisferio español,
si es que te precias de serlo,
ó para mí faltan hoy
todas las cosas que pueden
ser, Ordoño, en mi favor,
y alcanzará la fortuna
el imposible mayor
si á quien eres faltas tú,
porque sobre al mundo yo.
Yo soy, aunque no quisiera
después que sin honra estoy,
de don Manrique de Lara,
su heredera doña Sol.
Imagino que esto basta
para decirte quién soy;
que don Manrique en Castilla
es el último blasón.
De visitar desde Burgos
á pie, en el traje que voy,
pidiendo limosna, hice
voto al gallego patrón
desde una borrasca, adonde
golfo lanzado corrió
al mar, de una enfermedad
la vida leño veloz.
En cuya fe, como en tabla,
parece que me sacó
al puerto de la salud
esta piadosa intención.
¡Pluguiera á Dios que primero
muriera! ¡Pluguiera á Dios,
Ordoño, que hubiera estado
el cielo sordo á mi voz!;
que á veces sirve la vida,
á quien más la deseó,
de dar armas á su ofensa
y á la desdicha ocasión.
Daba la vuelta á Castilla
dando al cielo que me dió
lugar para visitar
del Apóstol español
el sepulcro, inmensas gracias,
con la autoridad y honor
de criados, que importaba
á mi persona, aunque voy
á pie, y limosna pidiendo,
con esclavina y bordón,
cuando, entre el Miño y el Sil
encontré al ponerse el sol
del Conde don Lisuardo
un cortesano escuadrón,
que para tratar tus bodas
iba por embajador
á Ingalaterra. Llegamos
otra compañera y yo,
doncella mía, á pedille
limosna, que ambas á dos
íbamos del mismo modo
vestidas, con el valor,
devoción y honestidad
que pedía el ser quien soy,
mi estado, mi pensamiento
y la peregrinación.
Pero poco importa todo,
si este monstruo, este escorpión
á quien llaman hermosura
(veneno fuera mejor),
este basilisco humano,
esta esfinge que nació
para vender á su dueño
de un parto con la traición,
esta breve tiranía,
esta lisonjera flor
de la maravilla, aquesta
breve mortal ambición
para romper del respeto
los privilegios que dió
la cortesana hidalguía,
no hubiese dado ocasión.
¡Mal haya amigo tan falso!
¡mal haya bien tan traidor,
tan villana tiranía,
tan costosa adulación!
El Conde, al fin...

LINDA. ¡Ay de mí!
Del aire pendiente estoy.

SOL. Al fin, el Conde, resuelto
con las alas del furor,
libre como el apetito,
y ciegos ambos á dos,
si mudos para el agravio,
sordos para la razón,
sin discursos, sin memoria
de que hay justicia, trazó
la más fiera alevosía
que usó humano corazón;
que gustos desordenados
de poderoso ofensor,
atropellando á su dueño,
corren á la posesión.
Al fin, el Conde, aquí tiemblo,
aquí me falta la voz,
aquí el aliento me falta...

LINDA. Y estoy sin sentido yo.

SOL. Haciendo pasar delante
sus criados, eligió
cinco, que con él vinieron
á tan infame facción,
y con desnudas espadas
al camino nos salió,
con bandas, como los cinco
cubierto el rostro traidor.

Salteadores bien nacidos
imaginamos que son,
y con corteses palabras
llego á reportallos yo;
cuando, descubriendo el Conde
el aleve rostro, dió
muestras de su infame intento
con ciega resolución.
Yo, con el valor de Lara,
remito altiva al bordón
la defensa de mi ofensa.
Pero ¿qué importa el valor
cuando la desdicha es más,
cuando el poder es mayor,
el apetito es campal
y está ciega la razón?
Una punta de su espada
en la frente me alcanzó,
cuando más mezclada andaba
la batalla de mi honor.
Sentí en los ojos la sangre,
y en el flaco corazón,
como, al fin, de mujer hizo,
más que la herida, el temor.
Ciega de la sangre, en tierra
el honor conmigo dió,
que siempre fué mal agüero
sangriento eclipse en el sol.
A este tiempo, entre los brazos
á recibirme llegó,
con piadosa tiranía,
con tirana presunción,
donde, haciendo á los demás
que se aparten, comenzó
á regalarme lascivo,
á enlazarse adulador.
Si con la boca me limpia
la sangre, con el dolor
fingido, lágrimas vierte,
que de cocodrilo son.
Yo, sin aliento, sin alma,
ni oigo, ni siento, ni estoy
para resistirle, y loco,
ciego y tirano intentó
mi desventura, mi infamia,
mi deshonra.

LINDA. ¡Muerta soy!

SOL. Y como en el apetito
que no es legítimo amor
suele el arrepentimiento
seguir á la posesión,
con la misma tiranía
en el campo me dejó
llena de sangre y de afrenta,
tan desdichada, que doy
quejas al cielo de verme
con la vida en la ocasión
que pudiera ser la herida
penetrante, porque yo
con la vida juntamente
matara mi deshonor.
Pero, quedando con ella,
vengo á pedirte, señor,
justicia de aqueste agravio,
castigo de esta traición.
¡Justicia, Ordoño; justicia,
por quien eres, por quien soy,
que no es bien que falte en ti
por privanza ni pasión!
Y cuando falte, á los pies
me iré del Emperador,
que tiene sobre los reyes
cesárea jurisdicción.
Y si él remiso estuviere,
me iré al Papa, y cuando él no
me quisiese hacer justicia,
por eso en el cielo hay Dios.
Demás de que tengo deudos
en Castilla y en León,
que sabrán tomar las armas
en defensa de mi honor.
Que el Conde Garci-Fernández,
Conde en Castilla lo es hoy
tan mío, que somos hijos
de dos hermanos los dos,
y vendrá de mejor gana
á volver por mi opinión
con las armas que á pedirte
el caballo y el azor.
Y cuando por desdichada
en ninguno halle favor,
para vengarme yo misma
y tomar satisfacción,
piedras pediré á la tierra,
al mar pediré furor,
alas al aire, y al fuego
rayos que arrojando estoy;
á las víboras veneno,
á los áspides rigor,
ojos á los basiliscos,
al infierno obstinación.
Y entretanto morderé
la tierra que esto sufrió,
como una perra con rabia,
como una bestia feroz,
sin osar alzar al cielo
sino es la imaginación;
que doña Sol afrentada
no es justo que mire al sol.

(*Arrójase á los pies del* Rey *y levántase el* Conde.)

ORDOÑO. ¡Raro suceso!

GARCI. Hasta aquí,
Ordoño, he representado
otra persona, llevado
del celoso frenesí
de un amoroso cuidado.
De ser dejo embajador
celoso, amante y galán;
que cesan las del amor
cuando de por medio están
obligaciones de honor.
Garci-Fernández, el Conde
de Castilla soy, á quien
toca este agravio, por donde
se ha de restaurar también;
si al Conde el abismo esconde,
que está mi sangre agraviada,
en doña Sol y conmigo
por mayor deuda obligada.
Y así desde luego digo,
puesta la mano en la espada,
que don Lisuardo, el Conde,
es cobarde y es traidor,

y á quien es no corresponde;
y que esto hará mi valor
verdad presto aquí y adonde
me diere el tiempo ocasión.
Y conforme al valor mío,
pondré con esta intención
carteles de desafío
en Castilla y en León,
en Francia, en Ingalaterra,
en Italia, en Alemania;
sacándole, si se encierra,
como prodigio de Hircania
de las venas de la tierra.
De doña Sol la opinión,
teniendo deudos tan buenos,
verá con satisfacción,
porque por Lara no es menos
que una Infanta de León.

ORDOÑO. Conde de Castilla, á mí
me toca, como á su Rey,
la satisfacción, y así
por la justicia y la ley,
seré lo que siempre fuí.
Pues me llama el justiciero
León, con mi obligación
cumplir como debo espero,
cuando fuera de León
el Conde sólo heredero.
Y entretanto á Sol tendré
de la Infanta en compañía,
y su honor satisfaré,
como el de la hermana mía
quede juntamente en pie,
que, como es público, ha dado
la mano al Conde de esposa,
que no es pequeño cuidado,
en que el alma temerosa
y confusa ha vacilado.
Mas todo lo facilita
la justicia y la prudencia,
porque el Rey que á Dios imita,
con humana providencia
lo que importa solicita.
Este caso pide más
atención que otro ordinario,
que pienso que igual jamás
se ha visto, y es necesario
ir, Conde, con el compás
de la prudencia midiendo
la justicia y la ocasión,
á quien acudir pretendo
con tanta satisfacción
como siempre en mí están viendo.
Vos á Castilla os volved,
Conde, hasta tanto que sea
ocasión, y agora haced
que esto más secreto sea,
que es hacer á Sol merced,
hasta que el Conde haya dado
de Ingalaterra á León
la vuelta, y perded cuidado,
que yo tomo su opinión
por mi cuenta.

GARCI. Confiado
en esa palabra quiero
á Burgos la vuelta dar,
adonde tu gusto espero
obedecer y esperar
al Conde.

ORDOÑO. El es caballero
tan valiente, que la cara,
cuando sin rey estuviera
y vasallo no se hallara,
á ninguno no escondiera
de los Manriques de Lara;
pero las armas aquí,
Conde, no han de sentenciar
lo que me compete á mí.

GARCI. La justicia, que en lugar
de Dios resplandece en ti. *(Vase.)*

ESCENA IX

DICHOS, *menos el* CONDE.

BLANCA. ¡Qué lastimoso suceso
en tan divina belleza
y en tal beldad!

LINDA. Dios te guarde,
mujer, cualquiera que seas;
retiradla.

ESCENA X

Sale RELOX *con fieltro y botas.*—DICHOS, *menos* DOÑA SOL.

RELOX. De tus bellas
plantas los chapines beso
y en los copos de la densa
nieve de las blancas manos,
pongo este pliego que espera
porte como de una Infanta
que pretende ser Condesa.

LINDA. ¿Quién eres?

RELOX. ¿No me conoces?
¿Tan presto se olvidan prendas
de lo que se quiere bien?
¿Posible es que no se acuerda
de Relox, lacayo suyo,
en tres semanas de ausencia?
¿el que te habló á la partida
y al que con tanta terneza
del Conde, encargaste entonces
la brevedad á la vuelta?
El mismo soy; aquí vengo
en figura de estafeta
con botas hasta las ingles
más altas que una cuaresma
por Marzo, y Dios sabe cómo
traigo las asentaderas,
que dejo al Conde embarcado
en la Coruña, y con estas
cartas me despachó, y quiere
que al desembarcarse vuelva
á recibille, señora,
de tu salud con las nuevas.
Relox soy; yo soy Relox.

LINDA. Relox: en mal hora vengas.

RELOX. Por cierto buenas albricias
para quien viene por ellas
de posta en posta, sin tripas
más de cuarenta y seis leguas.

¡Mal haya el hombre que fía
después que una vez se ausenta,
en Infantas ni en rocines!

LINDA. ¡Hola!, colgad de una almena
á este villano.

RELOX. ¿Qué dices?
¿Hablas de burlas ó veras?

LINDA. Presto lo verás, infame
cómplice de mis ofensas,
que en las cartas de ese ingrato
me traes víboras por letras.

RELOX. ¡Yo he llegado á muy buen tiempo
para todas mis quimeras!
¡A linda ocasión, por Dios!
Cuando pensé que me hicieran
Conde en aquesta ocasión
por albricias de estas nuevas
y hallo tantas novedades.

LINDA. ¡Hola!

ESCENA XI

Sale el REY ORDOÑO.—DICHOS.

ORDOÑO. ¿Qué voces son éstas?
¿qué tiene la Infanta?

LINDA. Celos,
que es la pasión más inquieta
que priva del albedrío.

RELOX. Yo pienso que está Su Alteza
de aquella cabeza loca.

LINDA. Antes, villano, estoy cuerda,
pues que sé sentir.

ORDOÑO. ¿Quién eres?

RELOX. Un lacayo sin librea
del Conde don Lisuardo,
mi señor, que es la primera
vez que se ha visto en su vida
con botas y con espuelas,
que dejándole embarcado
en la Coruña, desea
dar á Su Alteza este pliego
y volver con la respuesta
al desembarcarse el Conde;
que hallé estas puertas abiertas
y me metió el alborozo
hasta los pies de Su Alteza,
y cuando pensé salir
con un juro para en cuenta
de un título de Vizconde,
me manda colgar.

LINDA. En esa
relación de tu camino,
¿cómo olvidas la Romera
de Santiago?

RELOX. Pues yo,
¿qué culpa tuve, ó qué pena
merezco, si á mí y á Lauro,
á Ramiro y á Fruela
nos mandó volver con él;
que nosotros en la empresa
servimos de tenedor
y él trinchó el ave?

ORDOÑO. Confiesa
sin tormento la verdad,
y la información comienza
bien por esta confesión.
Escribe, Ortún, de tu letra
los nombres de estos criados
del Conde, y á éste le metan
donde ninguno entretanto
ni verle ni hablarle pueda;
y esté todo con silencio
esto en Palacio.

RELOX. ¡Que venga
á sólo esto un desdichado
por la posta tantas leguas
sobre navajas, en silla,
sobre tarascas gallegas!

ORDOÑO. Llevadle.

LINDA. Guárdete el cielo
por el socorro que intentas
dar, Ordoño, á mis agravios.

ORDOÑO. El pecho, Linda, sosiega,
que ha de ser tu esposo el Conde
aunque se ponga la tierra
de por medio, y de tus celos
las ciegas ansias desecha,
porque con el escarmiento
de la suma de la pena
culpas de la mocedad
fácilmente se descuentan.
(*Ap.*) Esta lisonja á la vida
y al sexo de Linda es fuerza
hacer con arte.

LINDA. No mires,
Ordoño, pues que deseas
ser católico Trajano,
ser Numa español; las prendas
del Conde, mi amor, mis celos,
mi vida, mi honor, la mesma
sangre que tienes, que es mía,
si á la justicia que enseñan
las leyes de tus pasados
has de faltar; pues sin ella
falta el poder al poder,
el decoro á la vergüenza,
el miedo á la majestad,
el amor á la obediencia.
Desnuda, Ordoño, el estoque
de la justicia, no pierdas
el nombre hasta aquí ganado;
muera el Conde, aunque yo muera.
Ni la pasión te acobarde,
ni la sangre te detenga;
que eso es política, en fin,
y en los Reyes que gobiernan
más importa la justicia
y para la paz la guerra.
Esto, Ordoño, contra sí
una loca te aconseja,
que de llorar, solamente
morir le queda de cuerda;
aunque es grande la desdicha
que la muerte le consuela. (*Vase.*)

ORDOÑO. ¡Notable suceso ha sido!
Síguela, Blanca.

BLANCA. ¡Qué fiera
pasión!

ORDOÑO. Camina, lacayo.

RELOX. ¡Oh, mal haya la Romera,
que siendo ella la gozada
padece Relox la fuerza!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen Doña Blanca *y* Ordoño.

Ordoño. ¡Blanca!
Blanca. ¡Señor!
Ordoño. ¿Cómo está
la Infanta?
Blanca. Tanto mejor,
cuanto el agravio al dolor
dando desengaños va;
porque ella la misma ha sido
en tan ciego pensamiento
causa de su sentimiento,
es de volverla el sentido;
que estando la ofensa enmedio
en una honrada mujer,
una propia viene á ser
la enfermedad y el remedio.
Ordoño. Bien dices, que en el amor
lo que el tiempo no ha podido,
agravios con el olvido
curan de celos mejor.
Hoy llega el Conde, en efeto.
Blanca. Que temo de la presencia
nueva celosa dolencia;
y como amor, es efeto,
de los ojos con los ojos
se aumentan, justos ó injustos,
los agravios y los gustos
las glorias y los enojos.
Ordoño. Bien ha menester más vidas,
sobre su rigor mirando,
á quien están esperando
dos mujeres ofendidas.
El cielo me inspire el modo
de suerte que, por codicia,
ni pasión, á la justicia,
no falte, que es faltar todo
el bien de un reino sin vella.
Blanca. Quien en tan floridos años
con tan altos desengaños
ha merecido por ella
el nombre que le da España,
demás del mucho valor
de sus aciertos, señor,
la experiencia desengaña.
Ordoño. Siempre he de ser el que fuí.
Blanca. Su Alteza viene, señor.

ESCENA II

Sale la Infanta, *bizarra.*—Dichos.

Ordoño. La causa de su dolor
me tiene, Blanca, sin mí,
cuando la pena la tiene
con sentimiento tan grande.
Hermana.
Linda. Ya á que la mande
Vuestra Alteza, Linda viene.
Ordoño. Favores son que me hacéis.
¿Cómo estáis?
Linda. Mucho mejor;
porque descuento el amor
en los agravios que veis.
Ordoño. ¿Qué ha sido la novedad
de la gala?
Linda. Venir hoy
el Conde y ser yo quien soy,
y ya que á la voluntad
no le debo esta alegría,
á la obligación responde
de la venida del Conde
por precisa deuda mía;
pues hasta agora no puedo
negar que el Conde es mi esposo,
y entretanto esto es forzoso.
Ordoño. Admirado, Linda, quedo
de tu raro entendimiento.
Linda. ¡Pluguiera al cielo que fuera
menos, porque no supiera
tener tanto sentimiento!

ESCENA III

Sale Ortuño.—Dichos.

Ordoño. ¿Qué hay de nuevo, Ortún?
Ortuño. Señor,
nuevas de que llegará
muy presto el Conde, que ya
para prevenir mejor
su entrada, en la sala adonde
le has de dar pública audiencia,
con peregrina advertencia
que á tu ingenio corresponde,
del Conde un criado está
una cortina poniendo
debajo la cual entiendo
que con propósito va
de poner de Margarita
el retrato hermoso y grave,
porque en el punto que acabe
la relación, solicita
enseñártele con toda
aquesta veneración,
como á Reina de León.
Al fin tu dichosa boda
llegue, señor, para bien
de tus reinos.
Ordoño. Dios te guarde,
Ortún.
Linda. Aunque llegan tarde
mis albricias para quien
tan buenas nuevas ha dado,
en todo son de estimar.
Ordoño. ¡Qué valor quiere mostrar!
Linda. Toma, y llámame al criado,
por que también se las dé.
(*Le da una sortija.*)
Ortuño. ¡Vivas más años que el sol,
milagro hermoso español!
Ordoño. Ortún, escucha. (*Hablan aparte.*)
Blanca. No sé
si á tan bizarro valor
ninguno se ha de igualar.
Ordoño. Esto se ha de hacer sin dar
sospechas de mi rigor,

que es importante el secreto,
como también el cuidado.
Advierte, Ortún, si el criado
está en la lista.

ORTUÑO. A este efeto
te entré á hablar; en ella está.

ORDOÑO. Pues hazle prender.

ORTUÑO. Yo voy.

LINDA. Hoy nombre á tu nombre doy
con el que valor me da
pues que te ayudo con él
á la justicia: esa es sola.

ORDOÑO. ¡Fénix divina española;
el oro, el bronce, el laurel
digno es de escribir tu nombre
solamente!

LINDA. Y del divino
tuyo solamente dino
porque la tierra se asombre.

ESCENA IV

Sale LAURO *de camino.*—DICHOS.

LAURO. De vuestra Alteza, señor,
beso los pies, y los vuestros,
señora, pido, también,
añadiendo el parabién
de los que lo han de ser nuestros,
pues llega tan presto el Conde
á gozar el bien que aguarda.

LINDA. Siempre para el alma tarda.

LAURO. Justamente corresponde,
señora, tan gran fineza
á la fe, al notable amor
con que el Conde, mi señor,
idolatra á Vuestra Alteza;
aunque ha estado con cuidado
de haber visto, y con razón,
que á su desembarcación
las cartas le hayan faltado.

LINDA. Falta de salud ha sido.
Toma, aunque merecen más,
estas nuevas que me das.
(*Dale una sortija.*)

LAURO. Guarde, á pesar del olvido,
el tiempo, tus verdes años.

LINDA. Inmortal debo de ser,
pues no han tenido poder
en mí algunos desengaños
para matarme.

LAURO. Recelo
que habla Linda sospechosa.

LINDA. Margarita ¿es muy hermosa?

LAURO. Las dos sois soles del suelo.
Su beldad es peregrina;
en la copia podéis ver
que yo he venido á poner
debajo de una cortina,
en la sala en que Su Alteza
al Conde audiencia ha de dar,
cuando le llegue á besar
la mano.

LINDA. Tanta belleza
merece este aplauso todo.

ORTUÑO. El Conde ha llegado ya
á palacio.

ORDOÑO. Ven acá;
¿cómo te llamas?

LINDA. De modo
la nueva me ha alborotado,
que estoy sin mí de alegría;
tanto en la fe pueden mía
las reliquias que han quedado.

ORTUÑO. Lauro es el último aquí
de la lista.

ORDOÑO. Ellos vinieron
como más menester fueron.
Prended á Lauro.

LAURO. ¡Ay de mí!

ORDOÑO. Delitos del Conde son
en que eres cómplice.

LAURO. ¡Ah, cielo!
No fué vano mi recelo.
Señora...

LINDA. En esta ocasión
no te he de poder valer.
Llevadle preso.

LAURO. Sin duda
que contra el Conde se muda
de la fortuna el poder. (*Llévanle.*)

ORTUÑO. Pienso que el Conde está aquí.

ORDOÑO. Sillas, y despeje, Ortún,
toda la gente común
que hubiere, y al Conde di
adónde está la cortina.

ORTUÑO. A advertille al Conde voy.

LINDA. ¡Con qué sobresalto estoy!

BLANCA. Tiene fuerza peregrina
amor, aunque esté ofendido.

ESCENA V

Sale EL CONDE.— DICHOS.

LISUARD. Dadme á besar vuestros pies.

LINDA. ¡Ay, alma! ¿Qué es lo que ves?

ORDOÑO. Seáis, Conde, bien venido.
¿Cómo venís? Levantad.

LISUARD. Deseando, por los vientos,
llegar con los pensamientos
á los de la voluntad.

LINDA. ¡Ay, Blanca! Viendo presente
al Conde, con el rigor
de la ofensa y del amor
tiemblo y ardo juntamente.
Mirándole estoy mortal.
¿Posible es que es éste á quien
yo llegué á querer tan bien
y me ha pagado tan mal?

BLANCA. Señora: en esta ocasión
más valor has de tener.

LINDA. Forzoso, Blanca, ha de ser.

LISUARD. Escuchad la relación.
Luego que con tu estandarte
los cuatro Marinos montes,
que al mar les diese obligaron
campo de cristal salobre,
prósperamente á tu fama,
lisonjero al viento entonces
de la Coruña á Plemúa
en breve tiempo nos pone.
Apenas sobre la espuma
nos descubrieron las torres,
cuando intentaron juntar

dos elementos conformes;
porque los alegres fuegos
fueron tan grandes, que sobre
el agua su ardiente esfera
paces juró aquella noche.
Aquí pasé algunos días
de Enrique esperando el orden,
con la cual, desde este puerto,
partí á la corte de Londres.
Honró mi recebimiento,
dando grandeza á la corte,
su Príncipe Feduardo
con los ingleses conformes.
Vine á apearme á Palacio
con todo este aplauso, adonde
los Reyes nos esperaban
en los mesmos corredores.
Llegué á besalles las manos,
y al mismo tiempo se opone
á escurecer Margarita
los reales esplendores.
Besé su mano, y hallé
más cristal que vale el orbe;
y entre rayos de oro y nácar
prodigios de nieve y flores.
Levantóme con los brazos
de la tierra, y preguntóme
por tu salud, juntamente
con la de Linda, que gocen
largos años estos reinos,
y á los Reyes que nos oyen,
y que me esperaban, vuelvo
y tus cartas doy entonces.
Leyéronlas, y contentos,
con un sarao me responden
donde la beldad inglesa
dió hermosas adoraciones.
Aposentáronme dentro
de Palacio, haciendo pobres
las grandezas de Alejandro
con varias ostentaciones.
Y después de algunos días
que conferimos la dote,
se firmaron los conciertos
de las capitulaciones,
y, remitiendo á las cartas
lo demás, partí de Londres
para embarcarme á Plemúa,
que estaba dándome voces
el deseo de llegar
á ver á Linda, que logren
mis esperanzas ausentes
el fruto de sus amores.
Y para hacerte lisonja,
á la partida el Rey dióme
de Margarita un retrato
á su estatura conforme.
Debajo de esta cortina
que te descubro se esconde;
su gentileza te admire
y su hermosura te asombre.

(*Corre la cortina, y está debajo* Doña Sol, *de peregrina.*)

ORDOÑO. ¿Es ese, Conde, el retrato?
LISUARD. ¿Qué es esto, cielos?
ORDOÑO. ¿Conoces esta mujer?
LISUARD. ¡Qué suceso tan extraño!
ORDOÑO. ¿No respondes?
LISUARD. Señor, sí...
ORDOÑO. La turbación
en el rostro, en las razones,
el más abonado ha sido
testigo que tienes, Conde,
contra ti.
LISUARD. Señor, señor...
ORDOÑO. No te disculpes ni ignores
que ha de ser contra tal yerro
el valor ni el blasón noble
parte para que te valgan
en culpas que son tan torpes
de seguros privilegios
y de libres excepciones.
Yo te cortaré las alas
que tan ciegamente rompen
del cielo en ofensa el viento
con soberbias presunciones.
LISUARD. De Vuestra Alteza á los pies
postrado...
ORDOÑO. No paséis, Conde,
delante; quedaos y haced
cuenta que para que cobre
su honor doña Sol no sois
hombre tan rico, tan noble,
sino el más triste vasallo
el más humilde, el más pobre
que hay en León; y por vida
de mi corona, que tomen
en vos todos escarmiento
y yo más heroico nombre. (*Vase.*)

ESCENA VI

DICHOS, *menos el* REY.

LISUARD. Señora, esposa, mi bien,
si de vos no se socorre
mi esperanza, estoy perdido.
Hablad al Rey, no se enoje
sin escucharme.
LINDA. No sé
quién eres, que vienes, Conde,
tan diferente, que aun tú
pienso que no te conoces.
El Rey ha de hacer justicia,
que son sus obligaciones;
remédiete el cielo. (*Vase.*)

ESCENA VII

DICHOS, *menos la* INFANTA.

LISUARD. Blanca,
sigue á la Infanta; y pues oye
lo que la dices tan bien,
con palabras, con razones
encarecidas disculpa
sus celos, no la apasiones
tan á su costa, pues sabe
que son de la edad errores,
y con halagos al Rey,
como puede, desenoje,

porque le temo indignado;
así dulcemente logres
tus esperanzas, así
tengas...

BLANCA. No me atrevo, Conde,
á hablar en ello á la Infanta,
ni ella al Rey, porque conoce
la condición de su hermano.
Busca otros medios que importen.
(*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* BLANCA.

LISUARD. ¿Hay hombre más desdichado?
Sol, templad los arreboles
y serenad los celajes
que vuestros rayos esconden.
Medie el Rey por ti mi culpa,
no pido que la perdones,
que yerros de amor no es mucho
que tu misma luz los dore.
Yo quiero ser tu marido
si de mi mano depone
la acción que tiene la Infanta,
y esclavo tuyo; dispone
á hablar al Rey, porque falto
de su gracia, no sé dónde
tengo segura la vida.
¿Qué dices? ¿Qué me respondes?

SOL. Que el Rey sabe lo que debe
hacer en esto, conforme
al blasón de la justicia
que mantiene y que dispone.
y que cuando correr vea
tu alevosa sangre, adonde
un verdugo la cabeza
de tu vil garganta corte,
no me hartaré de bebella;
que de la venganza, Conde,
ha de quedar más sedienta
mi hidrópica sed entonces.
(*Quiere irse y la detiene.*)

LISUARD. Espera, Sol, no te ausentes
de mí, que no soy la noche
de Noruega, aunque estoy puesto
de tus desdenes al norte.

SOL. ¡Ah, sirena, no me encantes!
¡Aspid libio, no me toques!
¡Basilisco, no me mires!
¡Cocodrilo, no me llores! (*Vase.*)

LISUARD. Echó la fortuna el sello
á mi desdicha.

ESCENA IX

Salen ORTUÑO *y la guarda.—El* CONDE DON LISUARDO.

ORTUÑO. Daos, Conde,
á prisión.

LISUARD. Ortún, ¿qué dices?

ORTUÑO. Que vengo, Conde, con orden
de llevaros preso; dad
la espada, y paciencia.

LISUARD. ¿A un hombre
como yo, Ortún, se le pide
la espada? ¿A un hombre que sobre
la luna y el sol ha puesto
con tantos hechos su nombre
y el de su rey, manda el Rey
dar la espada, cuyo corte
tanto católico acero
y africano reconoce?
¡Vive Dios!

ORTUÑO. Conde, estas cosas
no se negocian con voces.
Vasallo de Ordoño sois,
y es de vasallos traidores
no obedecer á sus reyes
y á los que los reyes ponen
en su lugar; á esto vengo,
representando su nombre.
Obedecedle, ó mirad
que vienen doscientos hombres
hijosdalgo y caballeros
conmigo, con orden, Conde,
de mataros, si intentáis
defenderos. No provoque
vuestra cólera la ira,
en tan fuertes ocasiones,
del Rey y de los que vienen
á vuestra prisión.

LISUARD. Bajóme
la fortuna hasta el abismo
de las desdichas, que corren
conmigo tormentas. Ortún,
sobre mi cabeza pone
mi lealtad la orden del Rey;
toma la espada y no tomes
ocasión para decir
que no soy leal.

ORTUÑO. Es, Conde,
esa la mayor cordura
y el mayor valor.

LISUARD. Valores
contra los reyes, no sirven
de más que de agravios. ¿Dónde,
si es lícito el preguntallo,
Ortún, voy preso?

ORTUÑO. A las torres
de palacio.

LISUARD. Vamos, pues;
que no es bien que me congojen
prisiones, pues las desdichas
se hicieron para los hombres. (*Vanse.*)

ESCENA X

Salen XIMENO *y el* CONDE GARCI-FERNÁNDEZ.

GARCI. ¿Y sabe el Rey que he llegado?

XIMENO. Y llegas, Conde, á León,
á tan famosa ocasión,
que hoy dicen que acompañado
de sus jueces, adonde
está su real consejo,
siendo de otro Numa espejo
asiste al pleito del Conde.

GARCI. El nombre de justiciero
le conviene conservar
si quiere Ordoño reinar;
si no, el castellano acero

verá en su vega desnudo,
y el Ezla argentar las manos
de los fuertes castellanos.

XIMENO. De su prudencia no dudo
que sabrá Ordoño acudir
á darte satisfacción.

GARCI. O será Troya León;
que no se ha de persuadir
el Conde don Lisuardo,
que menos que con la vida
satisface la ofendida
sangre de Lara.

XIMENO. Gallardo
dicen que es el Conde.

GARCI. Sí,
y valiente caballero,
que, aunque enemigo, á su acero
no niego el valor que vi
cuando cercando á León
sobre el feudo de Castilla
la castellana cuchilla
temió el sol.

XIMENO. Tienes razón;
que igualó á Marte ese día.

GARCI. Pero con esto ha borrado
cuanta opinión ha ganado;
que es vileza y cobardía
que contradice al valor
ofender á una mujer,
y más tan noble.

XIMENO. Al poder,
á la fuerza del amor,
no hay valor, razón ni ley,
porque su furia amenaza
hasta lo invencible.

VOCES. (*Dentro.*) ¡Plaza!

GARCI. Debe de salir el Rey.

ESCENA XI

Salen el REY *con memoriales,* ORTUÑO *y acompañamiento.*—DICHOS.

ORTUÑO. Todo el Consejo te espera,
y no ha quedado en León
letrado en esta ocasión
á quien la fama venera
que no asista en los estrados
en la defensa y ofensa
del Conde.

ORDOÑO. Poca defensa,
casos tan averiguados
pueden tener.

ORTUÑO. Aquí está
Garci-Fernández, el Conde
de Castilla.

ORDOÑO. Y corresponde
al valor que tiene.

GARCI. Y ya
á besar tus manos llega.

ORDOÑO. Y yo con los brazos, primo,
tantas mercedes estimo;
que cuando más en la vega
de León armado os vi,
jamás, el cielo es testigo,
que de pariente y amigo
la inclinación os perdí.

GARCI. La misma, Ordoño valiente,
debe al Conde de Castilla
Vuestra Alteza.

ORDOÑO. La cuchilla
desnuda y resplandeciente
de mi justicia real
verán hoy, como primero,
ayudando á Sol, y espero
hacer mi nombre inmortal.

GARCI. La fama, Ordoño, que en esta
edad habéis alcanzado,
en caso tan intrincado
nos promete y manifiesta
que ha de tener el suceso,
que á todos nos esté bien.

ORDOÑO. Hoy quiero, Conde, también,
que á ver del Conde el proceso
asistáis junto conmigo.

GARCI. Sois de la justicia espejo.

ORDOÑO. Venid, que me está el Consejo
esperando, Conde amigo. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Sale el CONDE DON LISUARDO *con cadena.*

LISUARD. Desdichas, ¿qué me queréis?
¿Qué pretendéis de mí, agravios?
No me persigáis, memorias;
dejadme morir, cuidados.
¿Qué infierno es este que miro
adonde ya, por extraño
y forastero del mundo,
los rayos del sol no alcanzo,
si no son los de las iras
de otro Sol menos avaro,
en correr los paralelos
de las fortunas que paso?
Mas, en parte, ¡oh! Sol hermoso,
muero contento, pensando
que gozando á Sol, di al sol
celos y envidia á sus rayos.
Y si tu desdén supiera
cuánto más me ha enamorado
la posesión, podría ser
que te obligara el milagro.
(*Tocan dentro una guitarra.*)
Si no me engaño, imagino
que un instrumento han tocado;
músicos deben de ser
del terrero de Palacio,
que, al silencio de la noche,
fía sus ansias cantando
algún amante. A tocar
vuelven, ¡qué ocioso cuidado!

VOCES. (*Dentro cantan.*)
«Preso tienen al buen Conde,
al Conde Don Lisuardo,
porque forzó una romera
camino de Santiago.
La romera es de linaje;
ante el rey se ha querellado,
mándale prender el rey
sin escuchar su descargo.»

LISUARD. ¿Tan públicamente cantan

mi desdicha? ¡Extraño caso!
Quiero escuchar, que imagino
que prosiguen con el canto.

VOCES. *(Cantan.)*
«La prisión que le da el rey
son las torres de palacio,
que compiten con el cielo
y confinan con sus cuartos.
Las guardas que el Conde tiene
todos eran hijosdalgo;
treinta le guardan de día
y de noche treinta y cuatro.
Ya levantan para el Conde
en la plaza su cadahalso,
y para los delincuentes
hay dos horcas á los lados.»

ESCENA XIII

Asómase RELOX *á lo más alto, preso con un tocador en cuerpo.*—DICHOS.

RELOX. Cante otra vez, ruego á Dios,
en galeras el bellaco
que la historia gargantea
del Conde Don Lisuardo;
por lo que me toca á mí,
que soy su menor criado,
por las nuevas de las horcas
y albricias de cadahalso.
¡Quién pudiera desde aquí,
músico de los diablos,
tirarte una almena!

LISUARD. ¡Ah, cielos!

RELOX. Aquí abajo se han quejado.
¿Si fué del Conde el sospiro,
que, según lo que han cantado,
debe de estar preso aquí?
Quiero sabello. ¿Ah de abajo?

LISUARD. Pienso que de las almenas
de este homenaje llamaron.

RELOX. ¿Conde, mi señor?

LISUARD. ¿Quién es?

RELOX. ¿Quién en este campanario
puede estar, que no sea tordo
ó relox?

LISUARD. Relox, hermano.
¿Ahí estás preso?

RELOX. Señor,
dos meses ha que aquí paso,
con arañas y ratones
notables casos y es harto
tener narices y orejas
á las horas que te hablo.
¿Qué hay del mundo por allá?
Que hasta agora que he escuchado
tu suceso infausto y triste
cantar á este mentecato
músico de Bercebú,
que otra vez cante á Pilatos,
no supe que estabas preso
en las torres de Palacio.

LISUARD. Apenas á ver el cielo
á esta plaza de armas salgo
esta noche, cuando escucho
también de mi muerte el cuándo.

RELOX. También me ha cabido á mí
un poco de horca; no vamos
muy lejos uno de otro;
pero yo estoy consolado
con que, en efecto, con esta
postrera carta de pago
han acabado conmigo
alguaciles y escribanos.
Que salir del susodicho
no será el menor descanso
que puede alcanzar con Dios
un delincuente lacayo.
Que me he visto en las parrillas
de un potro, pasando el trago
más agrio que pasar puede
un cómplice sagitario;
que, á no valerme la lengua,
hoy era, por mis pecados,
cecina de la justicia.

LISUARD. ¡Cómo!

RELOX. Confesé de plano.

LISUARD. No esperé menos de ti.

RELOX. Ni yo.

LISUARD. En efeto, villano.

RELOX. Luego vi, en siendo Relox,
que habían de hacerme cuartos,
aunque me importa primero,
no estando desde tan alto,
si es posible hacer contigo
de mi conciencia un descargo.

LISUARD. Pues descuélgate si puedes
á esta plaza de armas.

RELOX. Tanto
lo deseo, que he de hacer
escala de los pedazos
de dos mantas, donde he sido
siete durmiente empanado.

LISUARD. La traza mejor elige,
y baja, Relox.

RELOX. Ya bajo,
aunque al turco se lo usurpe. *(Vase.)*

ESCENA XIV

El CONDE DON LISUARDO, *solo.*

Cuanto por mí está pasando
parece sueño: ¿si estoy
despierto, si durmiendo acaso?
Durmiendo debo de estar,
aunque yo sé que me engaño,
porque solamente sueña
la desdicha un desdichado.

ESCENA XV

RELOX.—DICHO.

RELOX. Gracias al cielo que llego
á verte.

LISUARD. Dame los brazos,
que estoy alegre de verte,
puesto que me has condenado.

RELOX. Confieso, Conde, que soy
para tormentos muy flaco,

y que jamás en mi vida
de robusto me he preciado.
Pero ya que nací al mundo
con estrella de ahorcado,
un escrúpulo en tu amor
te he de revelar.

LISUARD. Di.

RELOX. Cuando
te partiste de León
á Ingalaterra, me echaron
para ti, desde unas tejas,
de las bellísimas manos
de Linda, una banda verde,
de cuya ocasión gozando
un hidalgo forastero,
que en lo soberbio y bizarro,
en lo atrevido, en lo airoso
me pareció castellano,
me la arrebató en el viento,
diciéndome que á mi amo
le dijese cómo un hombre
de más valor, de más altos
merecimientos y prendas,
celoso y enamorado
me la quitaba, y que aquellos
favores tan soberanos
merecellos no podía
un caballero, un vasallo
como tú, menos que siendo
monarca, como Alejandro,
del mundo, ó Garci-Fernández,
Conde de Castilla.

LISUARD. ¡Extraño
suceso! ¿Hay más?

RELOX. Más.

LISUARD. ¿Qué más?

RELOX. ¿Qué más? Que yo di dos pasos,
y, requiriendo la espada,
puesta en el puño la mano,
le advertí que le dejaba
con ella, y me fuí, callando
hasta agora, por no darte
pesadumbre, y procurando
satisfacer mi conciencia,
te lo digo al postrer paso.

LISUARD. ¡A buen tiempo, vive Dios,
que estoy por darte, villano!...

RELOX. ¿De qué te enojas? ¿Habías,
yendo entonces caminando,
de matalle por poderes?

LISUARD. No; mas pudiera el agravio
á León volverme entonces;
que las señas que me has dado
de Garci-Fernández son,
Conde de Castilla, bravo
pretendiente de la Infanta,
que celoso y despechado
quiso empeñarme con esa
bizarría.

RELOX. Es temerario;
un jayán me pareció.

LISUARD. Es siempre el miedo muy alto.

RELOX. Pienso que agora han abierto
una puerta, y siento pasos.

LISUARD. Los de mi muerte serán,
pues que la estoy esperando.
¿Qué es eso?

ESCENA XVI

Sale BLANCA *con una vela y la* INFANTA *con una llave.*—DICHOS.

LINDA. Conde, yo soy;
no os turbéis, que vengo á daros
la vida por esta puerta
que he abierto ahora en el cuarto
del rey mi hermano, con esta
llave maestra. He intentado
que me debáis por postrero
bien el de la vida.

LISUARD. Tanto
os debo, que no imagino
con muchas poder pagaros.

RELOX. Dejando á una parte ahora
las ceremonias, mi hermano,
con todo el real consejo,
á muerte os ha condenado,
que puesto que los jueces
y todos cuantos letrados
tiene León, se conforman
en que pudierais casaros
con Sol, porque las palabras
que nos dimos y las manos
fueron de tiempo futuro
y sirvieron de un contrato
no más, por sólo el decoro
que se debe al soberano
nombre de hermana de un rey,
manda por razón de estado
que muráis, satisfaciendo
también con esto al agravio
de doña Sol; no esperéis
más, que amanece y los rayos
del sol pueden ser espías
del que dejáis agraviado.
Esa pesada cadena
recoged entre los brazos
y caminad, que en el parque
hallaréis, Conde, un caballo
que, corriendo, con el viento
compita para escaparos.
Sueldo os dará el cordobés
rey ó el moro sevillano
con que paséis, y adiós, Conde.

LISUARD. Dadme á besar esas manos.

LINDA. Conde, esto basta; partíos,
que la piedad me ha obligado
de haber llegado á tener
nombre de vuestra.

LISUARD. Yo parto
sin alma á escapar la vida.

LINDA. Hasta salir de Palacio
tendréis quien os guíe; adiós.

LISUARD. Adiós.

RELOX. Yo sigo tus pasos
y azoto las ancas, Conde,
de ese hipógrifo, pues hago
de motilón delincuente
la figura.

LISUARD. Relox, vamos. (*Vanse.*)

ESCENA XVII

Salen PELAYO *y* BERMUDO.

PELAYO. Tanto al decoro del Rey
se debe, que declarando
que el de la Infanta no ha sido
matrimonio, han sentenciado
á muerte al Conde, y levantan
en la plaza el cadahalso.
BERMUDO. No puede haber sucedido
jamás tan notable caso.
PELAYO. Con esto queda también
satisfecho el agraviado
honor de Sol, la opinión
de Ordoño inmortalizando.
BERMUDO. Espectáculo espantoso
ha de ser.
PELAYO. ¡Qué alborotado
por el caso está León!
Y es tan general el llanto
de los hombres y mujeres,
que en el lamentable aplauso
se conoce lo que quieren
al Conde don Lisuardo.
BERMUDO. Era de todos bien quisto
por valiente y cortesano. (*Cajas.*)
Pero ¿qué cajas son esas?
PELAYO. Corriendo va el vulgo vario
de la ciudad á los muros.

ESCENA XVIII

Sale FAVILA. — DICHOS.

BERMUDO. Favila: ¿qué es esto?
FAVILA. Un raro suceso.
BERMUDO. ¿Cómo?
FAVILA. Escuchad.
A notificar entrando,
á don Lisuardo, el Conde,
la sentencia el secretario,
alborotado volvió,
al rey de no haberle hallado
en la prisión, sin saber
quién pudo ponerle en salvo.
Garci-Fernández, el Conde
de Castilla, imaginando
que de la Infanta ó del Rey
ha sido caso pensado,
en la vega de León,
con cuatro mil castellanos
que trujo para este efecto
de escolta en abierto campo,
desafió al rey y á todos
cuantos en aqueste caso
han intervenido, deudos
y amigos del Conde, estando
de sol á sol en la Vega.
Después de habelle retado
de cobarde, si no acude
en aqueste mismo plazo
á volver por su opinión
el Conde don Lisuardo.
Pienso que Ordoño, sin duda,
pues es su igual, saldrá al campo
con el Conde de Castilla,
porque tiene de bizarro
y de valeroso Ordoño
en las ocasiones, tanto
como de rey justiciero.
PELAYO. A ver este asombro vamos.

ESCENA XIX

Toquen. Salen XIMENO, *con bastón, y luego* EL CONDE *armado, y por otra parte* ORDOÑO *armado y* ORTUÑO *con bastón.* DOÑA SOL *armada, y por otra puerta* LA INFANTA, *armada, con la banda verde por el rostro, y* DOÑA SOL *con otra, y* BLANCA *y* URRACA *con bastones.*

ORDOÑO. Conde de Castilla: ya
tienes á Ordoño en el campo,
que no es la primera vez
que en él me ve el sol armado.
Bien sabe el cielo que estoy
libre de lo que imputando
me estás sin razón; mas debo
salir, Conde, como salgo,
á tu desafío, viendo
que eres mi igual; aquí estamos,
resuélvete, que en la espada
la mano puesta te aguardo.
GARCI. Ordoño: ya ves que estoy
en la defensa empeñado
de doña Sol, y no puedo
volver á Burgos dejando
sin satisfacer su honor;
y el Conde don Lisuardo
faltando, es razón que tú
me des, Ordoño, en tal caso,
por él la satisfacción.
SOL. Y yo también á tu lado,
Conde, con aquel valor
que tengo de Lara, aguardo
á la Infanta de León;
porque no hay duda que ha dado
ella libertad al Conde,
á costa de mis agravios,
y así la reto y la obligo,
viéndome armada en el campo,
que salga á satisfacerme
con las armas en la mano.
BLANCA. Doña Sol: á responderte
dos damas de su palacio
por Linda vienen; espera
que el Rey y el Conde hagan campo,
que luego vernos podrás
á las dos aquí.
ORDOÑO. ¿Qué estamos
esperando?
GARCI. Que nos partan
el campo y el sol.
ORDOÑO. Ya tasco
espuma y cólera, como
suele el andaluz caballo,
cuando escucha la trompeta
por ver los aceros blancos
dando reflejos al día
y apurándole al sol rayos.

ESCENA XX

Sale DON LISUARDO *armado, y* RELOX *con bastón.*

LISUARD. Aguarda, Garci Fernández,
que ya va don Lisuardo,
y el sol, Conde de Castilla,
aún no ha llegado al ocaso.
GARCI. ¡Notable valor!
LISUARD. Aquí
me tienes ya, castellano;
que el valor más que el peligro
conmigo ha podido tanto
que, habiéndome dado Linda,
por una puerta del cuarto
de Ordoño libertad hoy
con piadoso pecho humano,
y sabiendo en el camino
que me retabas llamando
á mi rey á desafío,
venciendo por el agravio
con el honor el temor
de la muerte, desarmando
un soldado de los tuyos
que hallé en el Ezla apartado
de su cuartel, me presento
antes que se haya ausentado
el sol á volver por mí,
como quien soy, disculpando
á mi rey, y juntamente
á cobrar determinado
vengo una banda que tienes
contra mi gusto, pensando
que era tan sufrido yo
como he sido desdichado.
GARCI. Soberbio vienes.
LISUARD. Resuelto
dirás mejor.
GARCI. Tan bizarro
no te imaginé jamás.
LISUARD. Pues has estado engañado;
que esto que ves es lo menos
que parezco.
GARCI. ¿Qué aguardamos
á palabras si hay aceros?
LISUARD. Eso es lo mismo que aguardo.
LINDA. Deteneos, y pues es
aquesta banda que traigo
por los ojos la que dice,
quiero volverla á su mano
del Conde, con esta mía
de esposa, porque en el campo
defenderla mejor pueda
del Conde don Lisuardo;
que pues está declarada
la nulidad y han estado
prendas mías en poder
del de Castilla esperando
esta elección, lo que he hecho
será al gusto de mi hermano,
que si repara en que di
la mano á don Lisuardo,
para besar cada día
la doy á cualquier vasallo.
Acuda á su obligación,
como es razón, entretanto
que del Conde de Castilla
soy mujer.
GARCI. Yo soy tu esclavo.
LISUARD. Yo, hermosa Sol, si merezco
la tuya, digo otro tanto.
SOL. Tuya soy.
ORDOÑO. Heroicamente,
Linda, el pleito has sentenciado;
dadme, Conde de Castilla,
los brazos.
GARCI. Siempre mis brazos
han de estar á tu servicio
con eterna amistad.
LISUARD. Danos
tus manos á mí y á Sol.
ORDOÑO. Quiero también abrazaros.
RELOX. ¿No sobrará para mí
algún codo de un abrazo,
pues soy de los delincuentes
que se han vuelto á Dios?
ORDOÑO. A Lauro,
á Ramiro y á Fruela,
que están en esto culpados,
haré contigo merced.
RELOX. Vivas tres hanegas de años.
ORDOÑO. Vamos á León.
LISUARD. Con esto
da fin, dichoso senado,
para fines más dichosos
LA ROMERA DE SANTIAGO.

EL COBARDE MÁS VALIENTE

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

MARTÍN PELÁEZ.
PAYO PELÁEZ.
BOTIJA, *lacayo.*
EL REY.
BERMUDO.
NUÑO.
EL CID.
ALVAR FÁÑEZ.
SANCHA.
MUZA.
ABENAMAR.
ALVARO, *criado.*
EL REY MORO (2).

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen MARTÍN PELÁEZ, PAYO PELÁEZ, ALVARO, *criado* y BOTIJA, *villano.*

PAYO. ¿Hasta cuándo pretendías
afrentar nuestras montañas,
pues al sol de otras hazañas
lucen en ti valentías?
¿Tú eres mi hijo? No aguardes
que te dé tal nombre aquí,
que no han de llamarme á mí
padre de hijos cobardes.
Tienes fuerzas superiores
al más robusto león,
y siempre tus hechos son
regalos, gustos y amores.
Cuando gano para ti,
labrando el campo, sustento,
marcha tú al campo sangriento
por blasones para mí.
¿No ves que parece mal
un necio entre hombres discretos,
entre avarientos, sujetos
al oro, el que es liberal?
Pues ¿qué pretendes, Martín,
entre montañeses fieros,
tan nobles como guerreros?
Vete con Nuño y Laín,
tus primos, que con tu tío
el Cid, su fama acreditan,
cuyas hazañas incitan
á un mármol helado y frío.
MARTÍN. Yo no estoy acostumbrado
á ver paveses y cotas.
PAYO. Pues ¿á qué?
MARTÍN. A buscar bellotas.
PAYO. Principio tiene el soldado.
El Cid te dará valor.
BOTIJA. ¿Y si no quiere tomallo?
PAYO. Traelde luego el caballo
y las corazas. *(Va* Alvaro *por ellas.)*

ESCENA II

DICHOS, *menos* ALVARO.

MARTÍN. Señor,
¿quieres que me maten luego?
BOTIJA. Lástima le tengo al pobre,
que cuando fuerza le sobre
á verle cobarde llego.

(1) Intervienen además: ORDUÑO, LIDORO; PEDRO BERMÚDEZ, AMETE, CALÍN, MOROS.
(2) Es el mismo que ABENAMAR.

PAYO. ¿En los demás no es igual
el peligro de la vida?
MARTÍN. Padre, y ¿después de perdida?
BOTIJA. ¡No ha preguntado muy mal
el mozo!
PAYO. Siendo por Dios
y por su rey, no se pierde.
BOTIJA. Pues yo he visto, Dios me acuerde,
y aun sois buen testigo vos,
á un ciento y más de soldados
cantalles *requiem amén*.
MARTÍN. Dice Botija muy bién.
PAYO. Pues iréis acompañados
los dos.
BOTIJA. Ya cantó el cuquillo
por mí. ¿En qué pequé, señor,
que no conozco á Almanzor
sino es para servillo?
PAYO. Allá le conoceréis
cuando con Martín salgáis
al campo.
MARTÍN. En poco estimáis
á un hijo.
PAYO. Bien lo sabéis.
La guerra os despertará
adonde echaréis de ver
que en ella os puedo querer
cuando os aborrezco acá.
BOTIJA. ¿Qué ha de echar de ver, señor?
Eso al amor contradice,
que el santo Evangelio dice
que nos tengamos amor.
Nuestro Señor Jesucristo
dice también en su historia....
Yo tengo linda memoria.
PAYO. ¿Qué dice?
BOTIJA. Pues ¿no lo ha visto?
Que el que el peligro buscare
muera muerte supetaña.
PAYO. ¡Hay simpleza más extraña!
De quien el alma arriesgare,
habla Dios, del cuerpo no,
cuando por él se aventura
la vida.
BOTIJA. Mucho me apura.
Como me quedara yo,
diera por buena la ida.

ESCENA III

Sale ALVARO *con las armas.*—DICHO.

ALVARO. Las armas están aquí.
PAYO. ¿Trajiste el caballo?
ALVARO. Sí.
BOTIJA. ¿Y alforjas? Que sin comida
no alzaré los pies del suelo.
PAYO. Este arnés has de llevar,
hijo; procúrale honrar,
que fué de Sancho, tu agüelo.
BOTIJA. Mucho estas casacas pesan.
PAYO. ¿No hablas? ¿no me respondes?
MARTÍN. No, porque en el pecho escondes
las crueldades que profesan
las fieras; no soy tan ciego
que no vea que me han dado
carga, con que el moro osado,
lidiando, me alcance luego.
Menos pesado es mejor,
pues mi padre me destierra,
así partiré á la guerra.
PAYO. Y si muestra más valor
el moro, y llega á las manos,
sin armas te ha de herir.
BOTIJA. Ahí entra bien el huir.
PAYO. Son consejos de villanos
los tuyos.
BOTIJA. Lo que yo hiciera
digo no más, que mi amo,
cuando corra como un gamo
será todo.
PAYO. Considera,
si de quien eres no das
muestra, como buen soldado...
BOTIJA. Sí dará, que es hombre honrado.
PAYO. Que no has de verme jamás.
Caballo y armas te doy,
que es de los nobles la herencia.
MARTÍN. ¿Tan presto vuestra presencia
me negáis?
PAYO. Llorando voy,
que es hijo al fin.
MARTÍN. ¡Ah, señor!
¿Cómo sin echarme os vais
la bendición?
PAYO. ¿Lloráis,
Martín? Yo tengo temor
de su vida. ¡Ay, hijo mío!
Mas ¿qué digo? Vaya y muera
antes que afrentarme quiera.
Al Cid, mi primo, os envío;
hijo, imitaréisle vos,
pues hay tanta obligación,
y alcánceos mi bendición,
buen Martín, con la de Dios.
BOTIJA. Écheme también á mí
su bendición, y veremos
cuál entre los dos extremos
vuelve primero.
PAYO. Si en ti
vive de Sancha el amor,
como la fama pregona,
ya ves que es otra amazona
en hermosura y valor
y ha de buscar, cuando quiera
rendirse al yugo amoroso,
al marido valeroso.
La guerra, Martín, te espera:
haz en ella alguna hazaña
por amante y por soldado,
que después, volviendo honrado,
te dará nuestra montaña
infinitos parabienes
en los brazos de tu esposa.
MARTÍN. Fortuna menos dichosa
es la que aquí me previenes.
Si mi tierno amor conoces,
¿por qué te quitas, señor,
que en prendas de tanto amor
regalados nietos goces?
Permite que Sancha sea
mi esposa, y mándeme luego
que donde trocado en fuego
el sol su carro posea,

viva entre bárbaros viles
ó adonde sauces y chopos
la borda cuajada en copos
hilos de nieve sutiles.
¡Valientes fueron los godos,
su nombre á los siglos dieron,
espanto á Italia pusieron,
mas no pelearon todos!
Yo, que bien lo sabéis vos,
entre la paz me gobierno,
porque soy...

BOTIJA. ¡Bobo es mi yerno!
Es un ánima de Dios.
Por no matar un cochino
lo dejará de comer.

PAYO. Mi voluntad se ha de hacer;
ese es, Martín, el camino.
Si os es la guerra molesta
y os volvéis, quiero advertiros
que saldrán á recibiros
las garras de una ballesta. (*Vase.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* PAYO PELÁEZ.

BOTIJA. Ea, cerróse de campiña:
¡No nos echara á la tarde
y no en ayunas! Aguarde.

ALVARO. ¿Quién es?

BOTIJA. ¿Cuándo se aliña
jornada entre hombres cristianos
sin tocar de la dispensa?
Payo, mi señor, ¿qué piensa?
¿Somos cuerpos soberanos?

ALVARO. Los pueblos por donde has de ir
que han de regalarte espero.

BOTIJA. Pues mientras llego al primero
me puedo, hermano, morir;
hagamos la alforja yo y tú.

ALVARO. ¿Tú no ves que no hay lugar?
Adiós.

BOTIJA. Tráguete la mar,
criado de Belcebú.
Fálteos, plegue á San Millán,
en poblado y en camino
casi el agua, todo el vino,
la carne os falte y el pan.
Parece esta maldición
que me la han echado á mí.

MARTÍN. Amigo, vamos de aquí.

BOTIJA. Pidiendo están confesión
mis tripas.

MARTÍN. No hay cosa alguna
en nuestra humana opinión
que no tema con razón
vaivenes de la fortuna.
Perderé á manos del moro
sin saberme defender
la vida, para perder
con tiempo el fuego que adoro.

BOTIJA. Por lo que dices de fuego,
tu Sancha viene hacia acá
pisando hongos.

MARTÍN. Será
burla.

BOTIJA. Pues, ¿soy yo ciego?

MARTÍN. Pues di que brotando vienen,
sus bellas plantas hermosas
muchos claveles y rosas.

BOTIJA. ¿No hay otras hierbas que tienen
virtud para una ensalada?
Cuanto pisa una mujer
luego dicen que ha de ser
ya la violeta morada,
lirio azul, blanco jazmín,
bello adorno del verano,
haciendo que sea hortelano
el cordobán del botín.

ESCENA V

Sale SANCHA.—DICHOS.

SANCHA. Martín: qué, por olvidarme,
¿te vas á la guerra?

MARTÍN. Así
tuvjera piedad de mí
quien de ti quiere apartarme.
Como la mayor belleza
que en nuestro suelo español,
sirviendo de espejo al sol
formó la naturaleza
tuviera celos de ti
cuando mi amor procurara,
pues sabes que le negara
el corazón que te di.
Y porque no te parezca
lisonja, cuando mis labios
haciéndole al sol agravios
lo que él matiza te ofrezca,
pregunta en tu pecho hermoso
al alma que te ofrecí.
Si parto, Sancha, sin mí,
antes puedo estar quejoso
de que presa en tu poder,
mi alma á la tuya asida,
me den tus ojos la vida
para venirte á perder;
pues, si habiéndome robado
el alma, muerto quedara,
mi padre no me ausentara
del sol que miro eclipsado.

SANCHA. Y muerto, ¿qué habías de hacer
en mis manos rigurosas?

MARTÍN. El sol, padre de las cosas,
tiene divino poder
para dar vida á las plantas,
y yo, como planta nueva
que á tus bellas luces prueba
el ser á que me levantas,
pudiera, Sancha, decir,
muerto en Fénix amoroso,
que era tu tema dichoso
que nace para morir.

SANCHA. ¡Oh, qué bien te has prevenido
de que lisonjas no son!

MARTÍN. Verdades del corazón,
¿cuándo lisonjas han sido?

SANCHA. No te he visto tan discreto,
ó por decirlo mejor,
tan amoroso pintor.

MARTÍN. Voy en tu ausencia sujeto
á la muerte, y como suele

muriendo el cisne cantar,
quise agora celebrar
la mía.

BOTIJA. ¡Mucho nos muele!
Señora Sancha, si gusta,
véngase su poco á poco.

MARTÍN. Ya das de pesado en loco.

BOTIJA. Pues una mujer robusta
no vendrá contando cuentos
á la sombra del rocín.

SANCHA. Como gustara Martín,
no me faltaran alientos
para seguir á un soldado.

MARTÍN. ¡Que tal diga una mujer!

SANCHA. Para poderte volver
el alma que tú me has dado
te quisiera acompañar,
que mal llevará la palma
quien va á pelear sin alma.

BOTIJA. Para eso ¿hay más que sacar
del purgatorio un par dellas?
Quédeme yo acá rezando
y se las iré enviando.

MARTÍN. Tu amor te ha hecho importuna:
darás ocasión que diga
el Cid que llevo á la guerra
afeminado el valor,
cuando entre espanto y rigor
pienso matizar la tierra
con sangre morisca.

BOTIJA. Aquí
sin haber sido escolar
hay quien comienza á dudar
de lo que has dicho.

MARTÍN. ¡De mí!
¿no sabes que á matar voy
mil moros?

SANCHA. ¿Quién lo dudaba?

BOTIJA. Es verdad, no me acordaba.

MARTÍN. Rayo de los moros soy.

BOTIJA. ¡Bien la medida le hinches!

MARTÍN. Pienso matar, Sancha mía,
diez mil moros en un día.

BOTIJA. Muchos son, aunque sean chinches.

MARTÍN. ¿Qué dices?

BOTIJA. Que yo también
de un golpe, y tú lo verás,
he de matar muchos más
como me los pongan bien.

SANCHA. ¡De un golpe solo!

BOTIJA. ¿No basta?

SANCHA. ¿Cómo?

BOTIJA. Desta manera:
voilos poniendo en hilera
como si fueran de pasta,
y con más fuerza que un toro,
dándole con un garrote
al primero en el cogote
topa en el segundo moro;
luego el tercero, sintiendo
el garrotazo que di,
cae sobre el cuarto, y así
van topando y van cayendo.
¿Hay quien esto no le cuadre?
Esto es juntos y apretados,
que si esperan apartados
venga á matarlos mi madre.

SANCHA. Mira que dicen que tiene
Burgos, donde agora vas...

MARTÍN. Pienso que celosa estás.

SANCHA. Eso mi amor te previene;
si alguna mujer tocares
que no te abrases te digo.

BOTIJA. Buen remedio.

SANCHA. Dile, amigo.

BOTIJA. No hablar en caniculares.

MARTÍN. Primero verás arder
las aguas, el aire, el fuego,
y al sol de la lumbre ciego
precipitado caer,
y todo nuestro horizonte
sin las que á tu sol reservo,
vivir en el mar un ciervo
y un delfín en ese monte
que yo te olvide jamás.

SANCHA. Primero que yo te olvide,
el tiempo, que el tiempo mide,
le verás volver atrás.

BOTIJA. Primero verás volver
una lechuza que yo.

MARTÍN. Quien de tu luz me apartó
no me concede lugar
para que más me detenga.
Dame tus brazos, y adiós.

BOTIJA. ¿Para abrazarse los dos
es menester tanta arenga?

SANCHA. ¿Tantos rigores conmigo?

MARTÍN. Sancha: adiós.

SANCHA. Adiós, Martín.

BOTIJA. Aliñemos el rocín,
que mañana yo me obligo
que estas hembras tengan dueño
que un galápago soldado
no ha de faltar.

MARTÍN. Yo he quedado
como el que en profundo sueño
en dulces glorias gozaba
teniendo aquel bien por cierto;
pero, viéndome despierto,
echo de ver que soñaba.

(*Vanse* Martín *y* Botija.)

ESCENA VI

SANCHA, *sola.*

¿Cómo podré yo acabar
con mi amor, sufrir su ausencia?
Imposible es la paciencia
en las que saben amar.
Seguiréle, sin que intente
ver lo que me está mejor,
porque en contiendas de amor
muere el honor más valiente. (*Vase.*)

ESCENA VII

Salen el REY *y* BERMUDO *por una parte, y el* CID, NUÑO LAÍNEZ, PEDRO BERMÚDEZ *y* ORDOÑO *por otra, y acompañamiento.*

REY. ¿Para ver á un rey salís
de tantos hombres armado?

CID. Señor: hanme acompañado,

si la verdad advertís,
aunque es gran dificultad
que adonde llega primero
la voz de algún lisonjero
pueda caber mi verdad.
Y en prueba, Alfonso, que aquí,
con alma de engaños llena,
os canta alguna sirena,
basta no escucharme á mí.

BERMUDO. ¡Al paso que sois guerrero
os preciáis de mal mirado!

CID. Callad vos, pues yo he callado
el nombre del lisonjero.
Mas, pues que vos desviáis
tan contra justicia y ley
de las orejas del Rey
la verdad que me escucháis,
sin duda que tenéis dentro
las mentiras que os escucha;
acométenme en la lucha
y hanme salido al encuentro.

REY. Advertid que estoy presente.

CID. No temáis que muestre bríos,
porque los agravios míos
llevo con serena frente.
No negará mi amistad
el que más mi ofensa intenta,
que yo perdono la afrenta
como al Rey trate verdad.

RREY. Los que yo tengo á mi lado
me la dicen más que vos.

CID. Engañáisos ¡vive Dios!

REY. A no haberos desterrado
hiciera un nuevo castigo
en vos; salíos de mi tierra.

CID. Si desta el Rey me destierra
ya está en su tierra Rodrigo.
(*Da unos pasos atrás.*)

REY. De Castilla habéis de ir
en el plazo de tres días.

CID. Temeréis verdades mías,
pues no las queréis oir.
Ya partiré desterrado
del reino; pero mirad
que á hombres de mi calidad
más término les han dado
para levantar su casa;
cuando desterrados van
á los ricos hombres dan
cuarenta días.

REY. No hay tasa
en mi gusto; el plazo os niego.

CID. Pues la ley también negáis,
y claramente mostráis
que de cólera estáis ciego,
pues ni en cuarenta podré,
testigos mis infanzones,
cargar, señor, los pendones
que en vuestras guerras gané.
No me negueis lo que os pido,
por éstos, sino por mí,
á quien tantas veces vi
defender vuestro partido.
Oid, don Nuño Laín;
Pedro Bermúdez, llegad,
y en prueba de mi lealtad,
para tan honroso fin,
mostrad las heridas fieras,
sobrinos, á Alfonso agora,
que, si bien no las ignora,
las juzgará por ligeras,
que yo iré muy satisfecho
si dais para mí partida
un día por cada herida
de las que muestre su pecho.

ORDOÑO. Pues ¿tan caro ha de costar
que con sangre ajena y mía
se ha de comprar cada día
de los que le habéis de dar?

NUÑO. Muy corta dais la licencia,
cuando entre el despojo opimo
Alvar Fáñez, nuestro primo,
queda cautivo en Valencia.

P. BERM. Herido y preso quedó
por vos en sangrienta lid;
merezca por él el Cid
el término que os pidió.

REY. Doy á vuestro ruego aquí
nueve días y no más.

CID. No fuí tan corto jamás
en las victorias que os di.
Desleal me habéis llamado,
si á alguno lo habéis oído,
cuantos lo han dicho han mentido,
y en esta campaña armado,
cual noble hidalgo español,
cuerpo á cuerpo los espero
desde que salga el lucero
hasta que se esconda el sol.
Y á no ser mi rey, es llano
que me igualaran las leyes,
pues sabes que muchos reyes
me han besado á mí la mano.
¿Estos vasallos tenéis,
Alfonso, y los desterráis,
y ¡vive Dios! que os quedáis
con traidores?

REY. No me deis
á que os castigue ocasión,
que hay fuerzas de rey en mí.

CID. Esas fuerzas yo os las di
con mi guerrero escuadrón.
Aunque para hablar severo
basta que nombre tengáis
de rey, con que substentáis
al enemigo más fiero.
Vos podéis hablar, señor;
pero no el que hablando lidia
que llama, muerto de envidia,
deslealtad á mi valor.
Ponelde freno en la lengua,
que son armas mujeriles,
armas cobardes y viles
de nobleza y valor mengua.

REY. Pues yo gusto de amparallos.

CID. Si tanto sabor os trueca,
con las riendas de Babieca
daré vuelta á castigallos.

REY. ¡Cid!

CID. ¡Alfonso!

REY. Bueno está.

CID. No está, señor.

REY. ¿Qué decis?

CID. Rey Alfonso, esto que oís.

REY. Vamos, Bermudo.
BERMUDO. El que va
con su rey disculpa tiene
si no responde.
REY. Es verdad;
id tras él, y procurad
no andar sin él, que os conviene.
(*Vanse.*)

ESCENA VIII

Salen ABENAMAR, *Rey Moro, y* ALVAR FÁÑEZ *sin espada.*

ABENAM. Alvar Fáñez: no pretendo
de tu persona el rescate,
aunque el mismo rey lo trate;
de que lo trates me ofendo.
Vete en paz, y al rey, tu tío,
dale este abrazo por mí.
ALVAR. Jamás en bárbaro vi
tan piadoso señorío.
Digo que en valor excedes
á Alejandro.
ABENAM. Al fin irás
en casa del Cid, podrás
hacerme en ella mercedes.
ALVAR. Tú puedes, señor, hacellas
á quien se rinde á tus plantas.
ABENAM. Tú puedes hacerme tantas,
que venga á ser rey por ellas.
ALVAR. Pues ¿en qué las puede hacer
á un rey un soldado?
ABENAM. (*Aparte.*) Dudo
descubrille el pecho. Pudo
hoy conmigo merecer
tanto tu valor... ¿Qué digo?
Ya estoy ciego.
ALVAR. No te entiendo.
ABENAM. En vano el alma defiendo
del fuego que adoro y sigo.
Dícenme que Sol y Elvira,
del Cid, dos hijas doncellas,
son, como los cielos, bellas.
ALVAR. ¿A qué blanco el moro tira?
ABENAM. Más que entre el bello arrebol
de Elvira, divina aurora,
blandamente luce agora,
Sol, su hermana, como el sol.
ALVAR. Pues ¿qué me quieres decir
siendo moro, cuando es ella
cristiana?
ABENAM. Que es Sol muy bella.
¿No me podrás permitir
que esto diga?
ALVAR. ¿Por qué no,
supuesto que no la ofendes?
ABENAM. Piadosamente me entiendes.
La fama, amigo, llegó
de su hermosura, de suerte,
que en veneno disfrazada
me dejó el alma abrasada.
Tuviera á dichosa suerte
que tú le hablases por mí,
que ansí tu favor podría
vencer á mi cortesía.
Mas quisiera darte aquí
este papel que le lleves,
en cuyos renglones breves
verá mi profundo amor,
porque pienso en mis fortunas,
blasón del cristiano y moro,
ofrecer al Sol que adoro
postradas mis medias lunas.
ALVAR. ¿Dícelo el papel también?
ABENAM. También el papel lo dice,
porque mi amor autorice.
ALVAR. Muestra...
ABENAM. Denme el parabién
las mismas glorias de amor.
(*Rompe* Alvar *el papel.*)
ALVAR. Esto responde por mí
doña Sol.
ABENAM. ¿Perdiste aquí
el seso? ¿Con qué valor
se ha armado tu atrevimiento
para tan gran desvarío?
ALVAR. No hubo más valor que el mío
que tu primer movimiento
castigó con divertir
esa locura en que das,
que á desvanecerte más
fuera más dulce al morir
á manos de un tigre fiero
que sufrir mi enojo y furia.
ABENAM. A un rey un cautivo injuria
de quien ya vengarme espero.
La muerte que ya te aguarda
te obliga á hablar desa suerte.
ALVAR. ¿Quién podrá darme la muerte
cuando mi voz te acobarda?
Pues te precias de soldado,
no te valgas de traiciones;
arroja tus escuadrones;
como esté en el campo armado,
y porque acortes los plazos,
prueba este brazo español,
verás, sin que pare el sol,
partir tu gente á pedazos;
que del varón sabio y fuerte,
si en mí es la alabanza impropia,
todo el mundo es patria propia,
infeliz ó adversa suerte.
Y quien en prisión sujeto
permite mengua en su honor,
tiene al peligro temor
lleno de infame respeto.
Mas bien sé que el no arrojarte
á venganzas atrevidas
es por no perder las vidas
que sientes que ha de costarte,
pues matara mi furor
á tantos en tu presencia,
que no quedara en Valencia
quien te llamara señor.
ABENAM. Mal en los hombres parece
hablar.
ALVAR. Engañado estás.
Dame una espada y verás
cómo la lengua enmudece.
La lengua, estando agraviada,
la honra tanto provoca,
que revienta de la boca
por convertirse en espada.

ABENAM. La que en la guerra perdiste
con la libertad te doy,
veré si ejecutas hoy
lo que en la lengua ofreciste;
porque en la espantosa lid
donde te he de castigar
quiero volverte á sacar
de entre los brazos del Cid.
ALVAR. Con humilde cortesía
mi libertad te agradezco
y con mi espada te ofrezco
lo que vale por ser mía.
Vale una ciudad cercada,
y en pago de tu clemencia,
pienso ganarte á Valencia,
y dártela por mi espada. (*Vanse.*)

ESCENA IX

Salen MARTÍN PELÁEZ *y* BOTIJA.

BOTIJA. ¡A buena ocasión llegamos,
que están haciendo novenas
á San Pedro pescador!
Ponte muy firme de piernas,
habla gordo lo posible,
porque dicen que en la guerra
vale mucho un hombre ronco.
MARTÍN. En el alma el pecho tiembla
de ver que á tales varones
un hombre cobarde ofrezca
mi padre; la culpa es mía,
y es bien que la pena sienta.
BOTIJA. Ya salen en procesión,
y pardiez ¡que vienen hembras
con ellos!
MARTÍN. Serán mis primas,
Elvira y Sol.
BOTIJA. ¡Guarda fuera!
¿Sol se llama? Abrasará
quien se abrazare con ella.
MARTÍN. Desvíate á un lado, necio.
BOTIJA. ¿A un lado? ¿soy fartiquera? (1)

ESCENA X

Salen el CID, *con pendón.* NUÑO LAIN, PEDRO BERMÚDEZ *y* ORDOÑO.—DICHOS.

CID. Pendón bendecido y santo,
hoy un castellano os lleva
por su rey mal desterrado,
bien plañido por su tierra.
No ha hecho traición al rey
por obra ni por semeja,
sino es que traición se llama
defenderle sus fronteras.
Por lisonjas de cobardes
busco las ajenas tierras,
desde lejos arrojado,
que no osaren desde cerca.
Pero agradézcanlo á Dios,
que á El solo es bien agradezcan
que en su ofensa no descubro
mi espada y mi cruz bermeja.
BOTIJA. ¿No llegas?
MARTÍN. Tengo temor
de ver la grave presencia
del Cid; espanto me pone.
BOTIJA. Si fueran moros, ¿qué hicieras?
Yo le diré que has venido.
MARTÍN. Aguárdate, necio, espera.
BOTIJA. Yo me arrojo. — ¡Ah, señor Cid!
ORDOÑO. Un corito á hablarte llega;
de lejas tierras parece.
CID. Llegue en buen hora.
BOTIJA. Así sea.
MARTÍN. Si tanto temor me han puesto
sosegados en la iglesia,
¿qué será verlos lidiando
al son de roncas trompetas?
Jamás me hubiera obligado
de mi padre la presencia.
CID. ¿Cómo no hablas?
BOTIJA No puedo.
CID. Despide el temor, sosiega.
Di á lo que vienes.
BOTIJA. Señor...
venimos... soy de mi tierra
y soy Botija también.
CID. Pues ¿entre nosotros tiemblas?
BOTIJA. Pues ¿no puedo yo temblar
donde quisiere?
MARTÍN. Mi afrenta
va publicando su miedo.
BOTIJA. Payo Peláez, bien se acuerda,
tuvo un hijo, y este hijo
quieren decir malas lenguas
que salió travieso un poco,
y salido, tenga en cuenta,
riñó su padre con él,
después de muchas pendencias,
porque era acuchillador.
MARTÍN. ¡Divinamente lo enmienda!
BOTIJA. Por quítame allá esas pajas
le sacó una vez las muelas
á un barbero; pero fueron
las que colgaba á la puerta.
Díjole su padre entonces:
vete, Martín, á la guerra,
despidióse y despedíme,
y acá estamos todos.
CID. Venga
en buen hora mi sobrino.
MARTÍN. Porque á vuestros pies merezca
nombre de vuestro soldado.
BOTIJA. ¿Venle aquí como una oveja?
Pues todo el año es así.
CID. El alma, Martín, se alegra
de veros; seáis bien venido
á la militar escuela
donde el honor se acrisola.
MARTÍN. Quien goza vuestra presencia
tendrá valor que le envidien
las naciones contrapuestas.
CID. Visitad á vuestras primas,
que Ximena yace enferma
en Leon!
MARTÍN. Voy á serviros.

(1) Así en el original. Parece querer decir faltriquera ó faldriquera.

CID. Como á bisoño en la guerra,
quiero en sucintas razones
daros de su trato cuenta.
No hay trabajos insufribles
que el soldado no padezca.
BOTIJA. ¡Mira con qué le saludan!
¡Por Dios que es linda la flema!
Pues con buen compás de pies
será bueno dar la vuelta
á guardar treinta borregos.
MARTÍN. ¿Quién hay que ignorancia tenga
desos trabajos, señor?
Y más quien viene á hacer prueba
del valor que me ha prestado
mi conocida nobleza.
CID. ¿Qué os parece, caballeros?
¿Podremos, con la defensa
de tan gallardo soldado,
buscar moros en su tierra?
BOTIJA. ¡Si lo pudiere excusar!...
CID. Serán las victorias ciertas
con su favor.
MARTÍN. Padre ingrato, (*Aparte.*)
¿por qué permites que vean
tu afrenta en mi cobardía?
¡Pluguiera á Dios que en la sierra
me hubiera muerto algún oso!
CID. Sobrino, por nuevas prendas
de mi amor, y porque espero
que en vuestra defensa tenga
mi pendón lugar seguro,
mientras dure la novena
le honraréis con vuestras manos.
MARTÍN. Donde hay tantos que merezcan
este honor...
CID. A vos se os debe.
BOTIJA El hará lo que no deba.
MARTÍN. Razón es obedeceros.
BOTIJA. En oyendo las trompetas
lo verán.
CID. Vamos.
BOTIJA. ¿Y á mí
no me darán una vela?
Iremos en procesión;
si aguardan que la merezca,
Botija soy, y en Asturias
es mi casa sola vieja.
ORDOÑO. ¡Solariega!
BOTIJA. Y en mis armas
las botijas de mi tierra
pintan un braguero de oro.
ORDOÑO. Pues ¿por qué?
BOTIJA. Porque se quiebra.
(*Vanse, con que se da fin á la primera jornada.*)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Suena un clarín y salen MARTÍN PELÁEZ *y* BOTIJA.

BOTIJA. Señor, ¿á qué toca el moro?
MARTÍN. Dicen que toca á embestir.
BOTIJA. Pues quiérome prevenir
para esconderme.
MARTÍN. Ya lloro
entre las desdichas mías
mi ya malogrado amor.
BOTIJA. No hay sino mostrar valor,
señor Martín.
MARTÍN. Pues ¿no fías
de mí que sabré mostrar
ánimo y pecho gallardo?
BOTIJA. Por eso digo: aquí aguardo,
para tener que contar
tus hazañas á la vuelta.
MARTÍN. Ya las espadas previene
el Cid; mostrar me conviene
determinación resuelta
de morir, antes que vea
la infamia que engendra el miedo.
Empeñado estoy, no puedo
excusar la imagen fea
de la guerra; amigo, adiós,
que ya suben á caballo.
BOTIJA. ¿De veras podré esperallo?
MARTÍN. Si hemos de volver los dos
cargados de mil trofeos
para Sancha, claro está. (*Vase.*)
BOTIJA. Pues tráigase hacia acá
un rey moro. Los deseos
de mi amo buenos son;
fuerzas y estómago tiene,
corriendo un carro detiene
de seis mulas; no hay Sansón
como él si da una puñada;
pero diz que no está en eso;
ya temo algún mal suceso.

ESCENA II

Sale SANCHA *en hábito de hombre.*—BOTIJA.

SANCHA. ¿Cuándo un alma enamorada
temió peligros de honor?
Los imposibles mayores
amor los convierte en flores,
porque es lisonjero amor.
Buscando vengo á Martín
disfrazada en el vestido,
aunque amor, como advertido,
mal puede encubrirse, en fin;
pues, por templar los enojos
que causa mi ardiente fuego,
pretende mostrarse luego
en el agua de mis ojos.
Y así en el disfraz mayor
con que amor cubrirme quiere,
verá quien mis ojos viere
que vengo muerta de amor.
Si, como es Martín gallardo,
sustenta el alma animosa,
no habrá mujer más dichosa;
verle solamente aguardo
que entre las escuadras lidie
para dalle mis deseos
mil amorosos trofeos
que nuestra montaña envidie.
Estos son los pabellones

del pueblo cristiano, y pienso
que quieren lidiar.
BOTIJA. Suspenso
por más de veinte razones
me tiene el montañesillo
que está en el valle parado.
SANCHA. Hacia aquí viene un soldado;
como él quiera he de servillo
para encubrirme mejor.
BOTIJA. ¡Qué bien la vista repara!
¡Par Dios! cortada la cara
parece á Sancha.

ESCENA III

Sale ALVAR FÁÑEZ.—DICHOS.

ALVAR. Al temor
de la castellana furia
que arrojan nuestros reales,
recoge ya sus cristales
en urnas de plata el Turia.
Pone el moro sus riberas
en banderas y pendones,
el Cid pondrá á sus leones
por alfombras sus banderas.
(*Tocan una caja.*)
Aquella caja señala
la sangrienta acometida;
aquí es bien perder la vida,
cuando en la fama se iguala
un valeroso español
al Macedón, cuya gente
pisó del Ganges la frente,
nevada cuna del sol.
Bien ha menester las manos
el fiero ejército vil,
aunque trae noventa mil
para ocho mil castellanos.
SANCHA. Pienso que volverse quiere,
que le dan las trompas voces;
volarán mis pies veloces
para decille que espere.
¡Ah, señor!
BOTIJA. ¿Adónde va
el muchacho?
ALVAR. ¿Quién me llama?
SANCHA. Quien quisiera daros fama
sobre el sol y os servirá
de paje en la paz y aquí
de llevaros si gustáis
escudo y yelmo.
ALVAR. ¿Buscáis
á quién servir?
SANCHA. Señor, sí,
porque á la guerra me inclino,
y así me perdone Dios
que os sirva de balde á vos.
ALVAR. ¡El muchacho es peregrino!
SANCHA. Diga: ¿quiere ser mi amo?
ALVAR. Tiene gallarda presencia.
¿El nombre?
SANCHA. Con su licencia
diré que Sancho me llamo.
ALVAR. Pues, Sancho, no hay ocasión
para que más me detenga;
cuando de la guerra venga
tomaré resolución
en vuestra comodidad.
SANCHA. ¿Cuándo volverá, señor?
ALVAR. Si nos da el cielo favor,
no llegará á la mitad
el sol sin que vuelva aquí.
SANCHA. Pues piense que ha vuelto ya
y recíbame, y verá
el favor que tiene en mí,
que pienso rezar por él,
aunque en guerreros estilos,
á San Domingo de Silos.
ALVAR. Ya fuera, Sancho, cruel
á tan buena voluntad
si no os recibiera.
SANCHA. Digo
que mil veces le bendigo,
ALVAR. En ese monte esperad
mi buena ó mala fortuna. (*Vase.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* ALVAR FÁÑEZ.

SANCHA. Con victoria os vuelva el cielo.
BOTIJA. ¿Qué le ha dicho este mozuelo,
si el preguntar no importuna?
SANCHA. Este es Botija; ¡ay de mí!
que pierdo, si me conoce,
mi pretensión.
BOTIJA. No se emboce,
que no estoy por bestia aquí.
A Sancha me huele el mozo.
SANCHA. Pues ¿qué es lo que quiere?
BOTIJA. Quiero
preguntar á lo barbero:
¿por qué no le sale el bozo
para que nos dé provecho,
que aquese talle no es barro?
Barba muy á lo guijarro
no es de hombre de pelo en pecho.
¿Tiene hoyo la barbilla?
SANCHA. ¿Con esas preguntas viene?
BOTIJA. Dígolo, porque no tiene
de Adán más que la costilla.
SANCHA. ¿Sueña?
BOTIJA. Ayer soñaba yo,
vaya conmigo, esté atento,
que en cierto despedimiento
cierta mañana se halló
su merced en cierto valle
que con cierto montañés
se abrazó; lo cierto es
que fué sueño, escuche y calle.
Lloraron mucho, y llorado,
venímonos, y venido
sentimos mucho, y sentido
hablamos al Cid, y hablado
resultó que desperté
diciendo: Sancha divina,
la invención es peregrina,
no te encubras por la fe
que debes á mi señor.
SANCHA. ¿Cómo, si es Martín mi dueño?
BOTIJA. Pues ¿no le digo que es sueño?
¡No ha estado linda la flor

del señorito! Entre manos
se me quiere hacer mujer.
SANCHA. Soñé yo también por ver.
BOTIJA. No hay que ver, que hay sueños va-
Pero, dígame también, [nos,
¿qué dijo á aquel caballero?
SANCHA. Dije que servirle quiero.
BOTIJA. ¿Halo mirado muy bien?
Porque llegar á servir
al primero que topó,
y más si acaso dejó
buen amo, da que decir,
y tanto, que juro á Cristo
que estoy para hacer un hecho...
SANCHA. Ya está el alma en más estrecho;
ya sin fruto me resisto.
No fué liviandad, Botija.
BOTIJA. ¿Estás borracho, muchacho?
Por no llamarme borracho
me dió el nombre de vasija.
¿Qué dices?
SANCHA. Que estoy soñando,
y aun pienso que sueño ha sido,
porque aún no me he conocido.
BOTIJA. ¿Dónde has de estar esperando
á tu señor?
SANCHA. Que le aguarde,
dijo, en este monte.
BOTIJA. Sube.
SANCHA. Alguna dichosa nube
porque á sus ojos me guarde,
me dió en el disfraz el cielo.
BOTIJA. Pardiez, que hoy ha de saber
Martín quién es la mujer.
¿Amores buscáis al vuelo?

ESCENA V

Salen el CID *y* MARTÍN, *cada uno de su parte.*—DICHOS.

CID. Si premio hubiera faltado
de honor, á un riesgo mortal,
no tuviese un rey caudal
para pagar á un soldado.
Con agradecido amor
es bien que lo satisfaga,
y no perdiendo en la paga
le dé ventajas de honor;
que un soldado estropeado
no siente el dolor cruel,
si sabe que dicen dél
que peleó como honrado.
MARTÍN. ¡Que mi afrenta y mi temor,
que con mi dolor compiten,
me traigan donde repiten
todos liciones de honor!
¡Qué he de hacer!
CID. Ea, capitanes,
entrad.
BOTIJA. Bien es si te esfuerzas,
lo que perdiste en las fuerzas,
que con la industria lo ganes.
En tropa puedes sentarte,
porque, viéndote á su lado,
pensarán que has peleado.
MARTÍN. Mil abrazos quiero darte
por el buen consejo.

ESCENA VI

Sale ALVAR FÁÑEZ.—DICHOS.

ALVAR. Vamos,
antes que el moro vencido
vuelva á ganar lo perdido.
MARTÍN. Por eso á entender le damos
siempre lo que pierde en ello.
(*Vanse* Alvar Fáñez y Martín Peláez.)

ESCENA VII

DICHOS *menos* ALVAR *y* MARTÍN.

CID. ¿Dónde Martín puede estar?
Su afrenta me ha de acabar,
tengo el alma de un cabello.
SANCHA. Sin duda el seso ha perdido;
ansí su infamia previene,
mas ¿quién tal ansí no tiene
vergüenza de haber huído?
A la mesa se ha sentado,
no es el que buscaba yo;
un mar de hielo cayó
sobre mi pecho abrasado.
¡Si viéredes más mis ojos
me despedace un león!
BOTIJA. ¿Dónde vas?
SANCHA. ¡Ay, corazón,
muerto entre penas y enojos!
Pero por venganza honrosa
del que tan sin honra vi
al que por amo escogí
daré la mano de esposa,
y á un villano, si faltare,
que una mujer ofendida
le dará el alma y la vida
al primero que topare. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* SANCHA.

BOTIJA. Mas ¿qué, se va de vergüenza
de lo que mi amo ha hecho?
Luego iré á templalle el pecho.
CID. Con buenos hechos comienza
Martín á honrar á su tío.
Ya en la montaña estarán
juzgándole capitán.
¿Qué diré en descargo mío
que no multiplique enojos?
Llamarále quien le vió
infame, pues se atrevió
á ser cobarde á mis ojos.
Pero quiero divertir
el ánimo triste un rato.
No merece hacer el plato
á los que osaron morir
tantas veces: ¿quién los ve
comer con tanto sosiego
que juzgue un rayo de fuego
la estampa de cada pie?
¿Quién no tendrá á maravilla
y á nuevo prodigio extraño
que recoja aquel escaño

la defensa de Castilla?
Leones domesticados
parecen en sus decoros,
despedazando más moros
que están comiendo bocados.
Pero ¿quién es el que veo
junto á Alvar Fáñez? ¿Sí es él?
Mas no fuera tan cruel
la fortuna á mi deseo,
que el premio de avergonzallo
nunca ha de osar admitillo
quien tuvo ante su caudillo
temor para conquistallo.
Mas como un cobarde está
ciego en tan honrosas cuentas
topa con honras y afrentas
sin saber adónde va.
¡Vive Dios que no ha de estar
más un momento en la mesa! *(Vase.)*

BOTIJA. A alguna afrentosa empresa
va el Cid: ¿en qué ha de parar?
(Vase.)

ESCENA IX

Sale el CID *sacando del brazo á* MARTÍN PELÁEZ, *con una servilleta, un panecillo y un cuchillo.*

CID. Sobrino, advertíros quiero
que tiene mal proceder
quien se convida á comer
sin que le llamen primero.
El convidaros comienza
por acto de voluntad;
ir llamado, es amistad;
sin llamaros, desvergüenza.
Y esto, para entre los dos,
que aunque son amigos caros,
pues se fueron sin llamaros,
quisieron comer sin vos.
Demás que aquí se reparte
la costa á los convidados,
y de los que veis sentados
puso cada uno su parte;
que como ellos han cortado
cabezas que Africa llora,
lo que están comiendo agora
por cabezas lo han echado;
y así, no es razón que deis
ocasión por tantos modos
á decir que compran todos
lo que sin pagar coméis. *(Vase.)*

ESCENA X

MARTÍN PELÁEZ *solo.*

Vuestras razones notorias
dicen del alma sentidas
que aquí se dan las comidas
á precio de las vitorias.
Si son los triunfos y glorias
con lo que se han de comprar,
claro está de averiguar
que en vuestra mesa ofendida
me negastes la comida
por que la salga á buscar,
y aunque el pan me habéis dejado,
Rodrigo, advertiros quiero
que sin compralle primero
no he de comer ni un bocado.
Laurel, teneldo guardado
como en depósito fiel
y sed guarda tan cruel
que aun á mí, si os lo pidiere
no me lo deis, si no os diere
una victoria por él.
Ea, afrentas, acabad
vuestro curso acelerado,
si en la cumbre habéis tocado
con la cabeza, bajad;
que tiene tal calidad
el honor precioso y bello
que aunque luchéis por vencello
ha de quedar superior,
porque es gran parte de honor
la vergüenza de perdello.
(Tocan al arma.)
Ea, que el moro tocó
segunda vez á embestir;
la ocasión puedo decir
que el cielo me la vendió;
de mí he de vengarme yo
tanto, que los que miraron
las afrentas que cargaron
sobre mi ofendido honor,
viendo ahora mi valor
presuman que se engañaron. *(Vase.)*

ESCENA XI

Salen ALVAR FÁÑEZ, NUÑO *y el* CID.

CID. ¡Qué, no os dejaron comer!
ALVAR. Antes se lo agradecemos,
á les buscar, porque iremos
más ligeros al vencer.
CID. ¿Quién se ha querido ofrecer
á la batalla primero?
¡Qué gallardo caballero!
ALVAR. Martín es quien nos convida.
CID. ¿Veis como no fué huidor
sino astucia de guerrero?
Socorramos á Martín,
caballeros.
NUÑO. Ya embistió;
por las batallas se entró.
ALVAR. Engañámonos al fin.
NUÑO. Apenas oyó el clarín
cuando acometió valiente.
(Vanse todos, menos el Cid.)

ESCENA XII

El CID *solo.*

Ya desbarata la gente,
y cual segador, espigas
de cabezas enemigas
tiene una muralla enfrente.
No vi más terrible osar;
ya empieza el campo á temelle;
con el contento de velle
se me olvida el pelear;

mas ¿qué espada ha de faltar,
si el mundo en la suya estriba
para que la fama escriba
que la afrenta del huir
la quiere agora cubrir
con los cuerpos que derriba?
En no ayudarle acrisolo
el honor que restauró,
que pues él solo huyó,
gane la victoria solo.
Ya le ofrece el mismo Apolo
para que á la envidia asombre
su laurel.

ESCENA XIII

Salen peleando ABENAMAR, LIDORO, MUZA *y otros con* MARTÍN. — *El* CID.

ABENAM. ¿Quién eres, hombre?
¿Alvar Fáñez, Laín ú Ordoño?
MARTÍN. Soy un soldado bisoño
del Cid, que aún no tengo nombre.
(*Entralos á cuchilladas.*)
CID. Ea, Martín, que fué el valor
mientras lo encubristes, mas
como el que da paso atrás
para dar salto mayor.
Ya puede llamarse honor
su huída, que ofendellos,
dando al cuchillo sus cuellos
por no darles honra ha sido;
que por haber él huído
no quiere que huyan ellos.
Su espada es la vencedora,
Dios con vitoria la vuelva.
Por una acerada selva
de lanzas se arroja agora,
espada y brazo mejora,
y en su generoso aliento
se mezcla el Marte sangriento
con el Rey: ¡heroica empresa!
ya bien merece la mesa,
que trae sobrado sustento.
Pero en tanto que pelean
quiero su campo apretar,
que la ocasión y el lugar
no lloran si se desean.

ESCENA XIV

Tocan al arma, y sale EL REY MORO, ALVAR FÁÑEZ *y* MARTÍN PELÁEZ.

ALVAR. Así tus vitorias sean
á las de Alejandro iguales.
MARTÍN. ¿Qué pides?
ALVAR. Que me señales
sola esa batalla aquí.
MARTÍN. Pues ¿fáltame esfuerzo á mí
para batallas reales?
ABENAM. Antes te ha sobrado tanto,
que quiero competidor
no de tan alto valor.
MARTÍN. Luego ¿doite más espanto
que Alvar Fáñez?
ABENAM. Yo sé cuánto,
pues una vez le vencí.
MARTÍN. Tuya es la batalla aquí;
mas si él te vence, ¿qué esperas?
ABENAM. La muerte en sus manos fieras,
pues á sus manos volví.
ALVAR. Antes pagarte pretendo
la libertad de aquel día.
ABENAM. Pues á tanta cortesía
hago mal si me defiendo.
Tu esclavo soy.
MARTÍN. No pretendo
que te adelantes jamás;
para vencerle no más
te concedí esta victoria,
que yo he de ganar la gloria
de la vida que le das.
Rey: el poder escaparte
del peligro á que has llegado
es por habernos juntado
dos hombres para matarte;
sigue tu propicio Marte,
mas confiésate rendido
de Alvar Fáñez, que él ha sido
el dueño desta amistad.
ABENAM. ¿Y quién me da libertad?
MARTÍN. El mismo que te ha vencido;
que aunque parte desta gloria
llegué á tener merecida,
entre los dos repartida
viene á ser corta victoria;
cifre tu famosa historia
esta hazaña en mi presencia,
mas huye, moro, á Valencia,
que si te vuelvo á encontrar,
ni te podrá perdonar
ni yo le daré licencia.
ABENAM. Parto á obedecer vencido
de vuestro heroico valor. (*Vase.*)

ESCENA XV

Sale SANCHA.—DICHOS, *menos* ABENAMAR.

SANCHA. Con vergüenza y con temor
á su presencia he venido;
ya los celos que he tenido
los han de pagar mis ojos.
ALVAR. No más triunfales despojos
honran el templo de Marte;
deja que llegue á abrazarte,
Martín.
MARTÍN. En perdiendo enojos
que recelos me han causado
podrás llegarme á abrazar.
ALVAR. Nadie se llegó á enfadar
conmigo.
MARTÍN. Pues yo me enfado.
¿Qué tienes que responder?
ALVAR. Que, más que valor, ha sido
soberbia la que has tenido.
Pero déjame entender
la causa por que te enfadas
y satisfación haré.
MARTÍN. Yo también te la daré.
ALVAR. ¡A mí! ¿Cómo?
MARTÍN. A cuchilladas.
ALVAR. ¿Por una vez que has mostrado
valor, te quieres poner

con el que supo vencer
antes que fueras soldado?

MARTÍN. Por eso hay más que escribir
los blasones que he tenido,
pues en valor te ha vencido
el que una vez viste huir;
que, si lo que viendo voy,
baldón alguno me das,
tan descomedido estás
como yo sufrido estoy.
Y advierte que fué el temor
que estas glorias me previene
lunar hermoso que tiene
la imagen de mi valor;
pero la alabanza mía
dejo librada en mi espada,
con más honra acreditada
que da luz al mundo el día.
¿Hoy te ha llegado á servir
un muchacho montañés?

ALVAR. ¿Es aquél acaso?

MARTÍN. El es.

ALVAR. Pues ¿qué me quieres decir?

MARTÍN. Que en mi casa se ha criado
y por yerro te ha servido;
que me lo vuelvas te pido.

SANCHA. Ya está en el pecho turbado
el corazón; no quisiera
ser de su daño ocasión.

ALVAR. Aunque tuvieras razón
y para dalla estuviera,
por el modo que has tenido
te la dejara de dar,
que al pedir me han de rogar.

MARTÍN. Pues yo mando cuando pido,
y en la distancia que ves
que hay del pedir al tomar,
te quise dejar lugar
para que el paje me des;
pero, pues que no conoces
lo que en pedírtele ganas
excusa ya voces vanas.

ALVAR. Tú eres el que das las voces.

MARTÍN. Pues en la fuente del Cisne
te espero.

ALVAR. Y allí verás
si importa rogarme á mí.

MARTÍN. De rabia y de celos muero.

(Vanse los dos.)

ESCENA XVI

SANCHA *sola.*

¡Que así hayan puesto los celos
causados de mi venida
en riesgo la mejor vida
que han dado aliento los cielos!
No me atrevo, estoy corrida,
que yo á sus pies me arrojara
para que grillos le echara
á su atención atrevida.

ESCENA XVII

Sale BOTIJA.—SANCHA.

BOTIJA. ¿Qué hay, mancebo?

SANCHA. Avisa al Cid,
amigo, que tu señor
y Alvar Fáñez ¡ay, amor!
para temerosa lid
se desafían.

BOTIJA. ¿Y va
con ellos alguna gente?

SANCHA. Solos van.

BOTIJA. ¿Dónde?

SANCHA. A la fuente
del Cisne.

BOTIJA. Pues no tendrá
lugar su furioso intento. *(Vase.)*

ESCENA XVIII

SANCHA *sola.*

¡Que tanto los celos puedan
que á toda amistad excedan!
Iré en los hombros del viento,
quizá les dará el amor
algún pacífico medio;
que amor suele hallar remedio
en el veneno mayor. *(Vase.)*

ESCENA XIX

Sale MARTÍN PELÁEZ *con rodela.*

MARTÍN. Dicen que abrasarse en celos
es la causa no estimarse
un hombre, porque presume
que el competidor amante
tiene más mérito que él;
porque quien lo juzga sabe
pues no conoce que el gusto
de errados desvelos nace.
Si hubiera elecciones justas,
fuera amor carga suave,
hubiera paces dichosas
y casamientos suaves.
Mas si del cuello de Adonis
de la belleza una imagen,
Venus mendigando gustos
va con Vulcano á casarse,
¿por qué no ha de tener celos
el mismo Fénix de su áspid,
si las mujeres escogen
lo más humilde por fácil?
Celos es razón que tenga,
no digo yo de Alvar Fáñez,
que un esclavo, vive Dios,
recelo que me aventaje.
Si conoce que es mujer
no hay sufrimiento que baste;
la amistad y el parentesco
los he de borrar con sangre.

ESCENA XX

Sale SANCHA.—DICHO.

SANCHA. Amor, ¿por qué me acobardas,
si sabes que son bastantes
las disculpas de mi fe?
Mas si me atreví á dejarle
y mi inconstancia conoce,

razón es que me acobarde
la vergüenza, aunque sin culpa.
MARTÍN. Amor, ¿es causa bastante
el ver á Sancha que el pecho
entre volcanes se abrase
de celos? ¡Viven los cielos,
que viene por Alvar Fáñez!
Enamoróse de verle
galán, entró por su paje
y creció su amor, por vernos
á él valiente, á mí cobarde.
¡Quién pudiera reducilla!
que, aunque es en belleza un ángel,
es en las demás acciones
mujer y podrá mudarse.

ESCENA XXI

Sale ALVAR FÁÑEZ.—DICHOS.

ALVAR. Cuando tan poco me importa
volvelle á Martín Peláez
el paje, ¿he de ser tan rudo
que olvide amistad y sangre?
Que, aunque él procedió conmigo
atrevido y arrogante,
no hubo agravio entre nosotros
para que el honor se manche.
Mas ya me espera en el puesto,
y con risueño semblante
llega á hablar al pajecillo;
delito será quitarle
su gusto; en hablando, pienso
firmar nuestras amistades
con lazo inmortal.
MARTÍN. Escucha,
para que después me mates.
SANCHA. ¿Qué me quieres?
MARTÍN. Darte un alma
que despreciada arrojaste
del cielo de tu hermosura.
ALVAR. No se le dicen á un paje,
Alvaro, aquestas razones.
MARTÍN. Sancha: ¿tan presto quebraste
la fe de tu amor primero?
Aquellas finezas grandes,
aquellas lágrimas tuyas
que dejaron arrogantes,
más que si fueran del alba
las flores de nuestros valles,
que luego las consumieron?
Mira que no es bien te iguales
á los que en la corte viven
que sólo traiciones saben,
y del valor que he podido
entre moriscos alfanjes
mostrar el valor del pecho
otros podrán informarte.
ALVAR. Esta es mujer, y cual suele
el pajarillo ampararse
del águila que le sigue
por el imperio del aire,
á mi amparo se ha venido,
encubriendo de su amante
el alma con los deseos
y el cuerpo con los disfraces.
Mas ya que se ha descubierto
otra fugitiva Dafne,
otra Europa entre las flores
y otra suspensión de Paris,
deje las selvas de Chipre
amor, si ya de cobarde
no se atemoriza en verme
teñido de polvo y sangre,
ganaré la montañesa
si para mi ofensa trae
más escuadrones que el griego
trajo en sus preñadas naves.
¿He tardado mucho?
SANCHA. No;
que para tratar de paces
entre parientes y amigos
jamás se ha llegado tarde.
En vuestra contienda injusta,
pues que de mi causa nace,
bien es que yo sea tercero.
Mi señor Martín Peláez
me echó de su casa un día,
y yo, viniendo á buscarle,
entré, en tanto que le hallaba,
á serviros.
MARTÍN. Dios te guarde
al paso de mis venturas.
ALVAR. Pues ya que conmigo entraste
me has de servir ¡vive Dios!
porque no ha de ser bastante
el miedo que ya le tienes.
MARTÍN. Pues nos hace el campo iguales
en la defensa y las armas,
verás cuando aquí te mate
el respeto que me debes.
SANCHA. ¡Hay desdicha semejante!
Señores, ¡que siendo amigos
y tan parientes se maten!
Mas ya los cielos piadosos
trujeron quien los aparte.
Mirad al Cid, caballeros.
ALVAR. ¡Cielos! ¿Quién pudo avisarle?
MARTÍN. ¿Qué haremos?
ALVAR. Lo que yo hiciere.

ESCENA XXII

Recuestánse en el suelo y sale el CID.

CID. Mal saben disimular,
porque en ocasión que el campo
sigue el victorioso alcance
para cercar á Valencia,
no es bien que los Capitanes
á descansar se retiren;
vendrán á desagraviarse
de alguna afrenta, sin duda.
ALVAR. Tres veces envió á llamar
el Rey, alzóle el destierro.
MARTÍN. Es en su corte importante
nuestro tío.
CID. ¡Qué bien fingen!
ALVAR. Los casamientos que hace
en orden á honralle ha sido.
MARTÍN. Son ricos y principales
los Condes de Carrión,

aunque, si verdades valen,
no partieron muy contentas
nuestras primas.

ALVAR. Ya se sabe
que os amaba tiernamente
doña Sol.

MARTÍN. Amor constante
os mostraba doña Elvira.

CID. ¡Qué tiernos discursos hacen
para encubrir sus agravios!
Que será bueno dejalles
reñir, que si agora estorbo
las intenciones que traen
serán con la paz fingida,
en mi presencia cobardes,
y después como ofendidos
podrán volver á matarse.
Más vale que en mi presencia
riñendo se desagravien,
que con las espadas fuera
pienso que será bastante
á concertarlos. Sobrinos,
¿agora gozáis el aire
cuando los demás trabajan?

ALVAR. Como nos toca la parte
del mayor trabajo, es bien
que el espíritu descanse.

CID. Hoy veré quién es Martín,
veré quién es Alvar Fáñez,
porque mi rojo pendón
quisiera verle colgarle
sobre la torre más alta
del muro; mas no ha de darse
sino al mejor Capitán,
al de valor más constante
en el peligro, que fuera
la desdicha más notable
que le viniera á Rodrigo
si el rojo pendón ganase
el Moro; y así querría,
supuesto que os juzgo iguales,
que miréis cuál de los dos
puede al peligro arrojarse.

ALVAR. Sólo yo llevarle puedo.

MARTÍN. Yo sólo puedo llevarle.

CID. Alto, pues, sólo el valor
es bien que del alma saque
la duda.

MARTÍN. Dadnos licencia,
veréis en pequeño instante
quién vuestro pendón merece.

CID. Como eso no más se aguarde,
licencia y campo tenéis.

SANCHA. ¡Buen modo de concertalles!
Todo en la guerra es furor,
todo es duelo, todo es sangre.

ALVAR. ¡Dichosa ocasión ha sido!

MARTÍN. Agora podré vengarme.

CID. Mirad que la cortesía
ni la amistad no os engañen,
porque al que viere vencido
lo he de juzgar por cobarde.

MARTÍN. Primero veréis mi muerte
que me dé atributos tales
vuestra lengua.

ALVAR. En sangre mía
veréis el campo bañarse
antes que el rojo pendón
ajenas fuerzas le ganen.

(*Riñen.*)

CID. Cese el enojo, sobrinos,
que en valor y fuerza iguales
podéis hacer competencia
en su quinto cielo á Marte.
Yo he de llevar el pendón,
por que ninguno se agravie.
Vuestro recebido enojo
en el campo ha de quedarse,
porque no ha de haber agravios
donde el Cid hace las paces.
Daos los brazos.

SANCHA. Dete el cielo
por dilatadas edades
más que á Alejandro vitorias.
¡Que los he visto abrazarse!

MARTÍN. Alvar Fáñez, dame á Sancho.

ALVAR. No quiero, Martín Peláez.

MARTÍN. Pues yo os mataré en Valencia.

ALVAR. Pues allá habrá quien os mate.

CID. Si los deudos son amigos,
¿qué contrario ha de esperarles?

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale ORDOÑO *dando voces.*

ORDOÑO. ¡Ah, invencibles castellanos!
Al real que se recoja
la gente, que le despoja
el moro; apretad las manos,
que si no hacéis resistencia
y aquí vengáis vuestro ultraje,
os lleva todo el bagaje
el Rey moro de Valencia.

ESCENA II

Tocan dentro á retirarse y sale BERMÚDEZ *con la espada desnuda.*—DICHOS.

BERMÚD. ¿Quién ha mandado tocar
á tal punto á recoger,
cuando llegando á poner
las escalas y á pisar
la corona de los muros
que el pagano defendía
casi vió el Cid este día
los castellanos seguros
y señores de Valencia?

ESCENA III

Sale un SOLDADO.—DICHOS.

SOLDADO. ¡Qué donosa retirada,
cuando está medio ganada
la ciudad!

ESCENA IV

Sale ALVAR FÁÑEZ.—DICHOS.

ALVAR. ¡Que haya paciencia
que á la voz de un atambor
retirándose perdido
es la ocasión el ruido
hechizo de algún traidor!

ESCENA V

Sale el CID.—DICHOS.

CID. A todos los atambores
de mi campo haced colgar
de esos robles. ¿Retirar
á tal ocasión, traidores?
¡Por vida de mi Ximena,
que á saber quién lo mandó!..

ORDOÑO. Rodrigo de Vivar, yo;
si merezco alguna pena.
Tocar hice á retirar
porque, después de asaltado
el muro, habiendo dejado
sin gente el real y robar
el bagaje y bastimento,
por el moro que salió
encubierto y aguardó
á ver nuestro alojamiento
sin guarnición ni soldados,
todo el despojo y tesoro
que en tantos meses al moro
quitaste, gente y ganados
y mujeres, sin dejar
cosa de importancia, lleva;
ved si merece esta nueva
que toquen á retirar.

CID. Al alcance, pues, amigos,
que dejar sin guarnición
el real dió la ocasión
á este daño; sean testigos
ellos mismos por su mal
del valor que os acompaña.
¡Alarma! no diga España
que el moro os despojó el real.

ORDOÑO. Por las huertas van, seguid
sus pasos.

TODOS. ¡Alarma!

CID. Desto,
¿qué dirá Alfonso el sexto?
¿Qué dirá España del Cid?
(*Vanse.*)

ESCENA VI

Tocan alarma, sale MARTÍN PELÁEZ *con la espada desnuda.*

¿Qué alboroto puede ser
el que nuestro real provoca
que agora á rebato toca
y tocaba á recoger?
¡Buena ocasión ha perdido
el Cid con su retirada!
Tuve una torre ganada
y el moro casi rendido,
y no sé con qué consejo
el campo se retiró;
pero más sabe que yo
el Cid y es prudente y viejo.

ESCENA VII

Sale BOTIJA *llorando.*—DICHO.

BOTIJA. ¡Ay, rocín del alma mía!
¿Qué hará Botija sin vos?
Para renegar de Dios
os lleva la morería.
Muy bien pudiera el perrazo,
antes de entrar en Valencia,
daros, mi rocín, licencia
siquiera para un abrazo.
Mas, como sois de importancia,
sin dejaros despedir,
ojos que vos vieron ir,
no os verán tornar á Francia.
Viendo me quedo este día,
porque no tendrá, por Dios,
otro rocín como vos
toda la rocinería.
No se vió cabalgadura
que tuviese, ya que empiezo,
como vos cola y pescuezo,
una legua de andadura.
Allá os vais con el bagaje,
mi rocín, mi pino de oro,
y afrentaréis, siendo moro,
todo el rocinal linaje.
Yo á pata y sin un real
diré de noche y de día:
¿adónde estás, bestia mía,
que no te duele mi mal?

MARTÍN. Botija, ¿qué llanto es ese?

BOTIJA. ¡Ay de mí! Peláez Martín;
renegó nuestro rocín;
ved si es justo que me pese.
En dándole medio pienso
por un haz de mielga fuí,
y apenas del real salí,
cuando, menos que lo pienso,
el moro robó el bagaje,
y Sancha, de hombre vestida,
va cautiva y afligida
sin aprovecharle el traje.
Hasta el medio celemín
y el arnero se llevó;
pero lo que siento yo
es el ver á mi rocín,
que, apenas el pobre toca
la cebada que le di,
cuando llevárselo vi
con el bocado en la boca,
aunque sin albarda y cincha,
y en medio de su tristeza
volvió el pobre la cabeza,
y mirándome relincha,
diciendo: «Botija, adiós,
que, pues llevo amo segundo,
si no es en el otro mundo
no nos veremos los dos.»

MARTÍN. ¿El bagaje lleva el moro?

BOTIJA. Sí, y el Cid le va siguiendo;
¿no oyes la grita y estruendo?
MARTÍN. Y mi Sancha, á quien adoro,
¿va cautiva?
BOTIJA. Y mi rocín
llevado de los cabellos.
¡Ah, perros! ¡Martín, á ellos!
¡démosles un San Martín!
MARTÍN. No tiene amor quien espera,
mi Sancha, vuestra prisión.
BOTIJA. Librádmele, San Antón,
y os daré un rocín de cera. (*Vanse.*)

ESCENA VIII

Tocan al arma y dase la batalla: después de algunas salidas, sale MARTÍN *acuchillando á* AMETE *y* CALÍN.

MARTÍN. No lograréis los despojos,
perros, que del real lleváis.
AMETE. ¡Favor, Alá!
MARTÍN. ¿Tembláis?
Mientras no vieren mis ojos
á Sancha, que es la luz dellos,
no ha de quedar moro á vida.
CALÍN. Oye.
MARTÍN. ¡Ay, Sancha querida!
¿qué he de hacer si vivo en ellos?
(*Vanse.*)

ESCENA IX

Sale un MORO *acuchillando á* BOTIJA, *armado á lo gracioso.*

BOTIJA. ¡Ay, que me matan, Martín!
¡Ah, Martín Peláez! señor,
este moro esgrimidor
tras llevarme mi rocín
me quiere matar.
MORO. ¡Ah, perro!
BOTIJA. Martinico: ¿por qué no me vales,
que galgos me matan á tus umbrales?
MORO. No huyas.
BOTIJA. Haga allá el hierro,
señor moro, así se vea
regidor de su lugar,
ó si es que sabe cantar
misa, cante allá en su aldea.
MORO. Muerte he de darte.
BOTIJA. ¿Quién? ¿El?
MORO. Yo te tengo de acabar.
BOTIJA. ¿Y si queda irregular
descolgado de un cordel?
Que nueso alcalde, por Dios,
si de matarme se huelga,
como perdices los cuelga
del rollo, de dos en dos.
MORO. ¡Ea!
BOTIJA. No hay por qué matarme,
que ya me muero de miedo.
MORO. ¡Ah, cobarde!
BOTIJA. Estése quedo;
¿no ve que puede lisiarme?
¡Válgame Dios, y qué extraño
y qué porfiado está!
MORO. ¡Ea, perro!
BOTIJA. Acabe ya;
¿ha de durar esto un año?
¡Ah, Martín, que están matando
á tu Botija! Ven presto,
dame un confesor.

ESCENA X

Sale MARTÍN.—DICHOS.

MARTÍN. ¿Qué es esto?
¿Qué tienes?
BOTIJA. Aquí andan dando,
sin habelle hecho mal,
este moro de esta tarde
en sacudirme.
MARTÍN. ¡Ah, cobarde!
¿Es más de uno? ¿No es tu igual?
BOTIJA. ¿No ves que tira el perrazo
como un trueno? Belcebú
le espere.
MARTÍN. Tírale tú
otro, pues tienes buen brazo.
Haz cuenta que al pie de un roble
con el hacha vas á darle
golpes hasta derribarle,
que yo tuve miedo doble,
y empezando á pelear
les perdí todo el temor:
gente es sin fuerza y valor.
Mira: así es como has de darle. (*Dale.*)
MORO. ¡Ay, Mahoma, que me han muerto!
MARTÍN. Dale, llega, dale así.
BOTIJA. Estéseme quedo aquí
y verá cómo le acierto. (*Dale.*)
MORO. ¡Ay!
BOTIJA. ¡Matéle!
MARTÍN. ¿No lo ves?
BOTIJA. ¡Pardiez, que se murió presto!
¿Esto es matar moros?
MARTÍN. Esto.
BOTIJA. Déjeme con ellos, pues,
que yo les daré una mano
que se espante quien me viere.
MARTÍN. Ven.
BOTIJA. Tan fácilmente muere
un moro como un cristiano. (*Vanse.*)

ESCENA XI

Salen ALVAR FÁÑEZ *y* ORDOÑO.

ALVAR. Entróse el moro en Valencia
con la presa que robó;
sólo la gente dejó
que iba cautiva.
ORDOÑO. Prudencia
digna de desgracia tal.

ESCENA XII

Sale el CID.—DICHOS.

CID. ¿Una vez sola que falto
os vais todos al asalto
y dejáis sin guarda el real?

En vosotros mismos hoy
tendréis el justo escarmiento.
Llevado os ha el bastimento
y hacienda; contento estoy
de que padezcáis la pena,
pues todos estáis culpados;
de pelear venís cansados,
y el moro os lleva la cena.
No tengo que os castigar,
por mí el moro os da el castigo,
pues, como si fuera amigo,
le habéis dado de cenar.
El vuestra locura enfrene,
que, mientras comiendo está,
yo apostaré que dirá
que el que no guarda no cene. (*Vase.*)

ESCENA XIII

DICHOS, *menos el* CID.

ORDOÑO. El Cid nos corrió y se fué.
ALVAR. Y con sobrada razón.
¡No fuera en esta ocasión
más temprano!
ORDOÑO. ¿Para qué?
ALVAR. Para escalar ese muro
y quitarle de la mesa,
como harpía, vida y presa,
que el moro goza seguro.
No tenga en mis venas yo
sangre noble y castellana
si no vengare mañana
lo que hoy el moro causó.
Que restaurando la afrenta
que del Cid á sufrir llego,
cenara, y yo hiciera luego
sin la huéspeda la cuenta.
ORDOÑO. O yo perderé la vida,
ó mañana en el asalto,
de sangre y de vida falto,
seré del moro homicida.
En la ciudad y en las puertas,
dándolas al Cid abiertas,
su agravio satisfaré,
verá el moro si le cuesta
tan barato el robo.
ALVAR. Vamos,
que si esta noche ayunamos
mañana será la fiesta. (*Vanse.*)

ESCENA XIV

Sale MARTÍN PELÁEZ.

¿Sancha cautiva, y vivo el que la adora
¿Cómo pareceré, cielo, en presencia
del gran Rodrigo y de su gente toda?
¿Yo sin mi Sancha y él sin su Valencia?
Cubierto vengo de la sangre mora,
que sin poder hacerme resistencia
el claro acero de mis armas mancha.
Mas ¿qué importa, si vuelvo sin mi Sancha?

ESCENA XV

Sale el CID.—DICHO.

CID. Martín, ¡vivo vos! ¿se atreve
á asaltar el real el moro
sin que vuestro valor pruebe?
¿Vos consentís que el tesoro
y el bastimento se lleve,
y no le quitáis la presa,
ni á que os venguéis os provoca?
Yo sé cuando, en cierta empresa,
con el bocado en la boca,
os hice alzar de la mesa
donde mi gente comía,
y vos, de aquesto afrentado,
comprastes desde aquel día
tan caro cada bocado,
que un moro el menor valía.
Desde entonces, bien segura
pensé yo tener con vos
mi mesa y vuestra ventura.
Juntos comimos los dos
en más de una coyuntura;
convidado vengo á ser
vuestro agora: de cenar
me dad, si os di de comer,
y si no halláis que me dar,
el moro os podrá vender
lo que el descuido le ha dado
de mis soldados seguros,
pues mientras mi campo armado
desmantelaba sus muros,
mi mesa ha desmantelado.
Ea, á cenar con vos vengo,
siendo vuestro Capitán.
¿Tenéis que darme?
MARTÍN. Sí tengo;
en este árbol hay un pan
con que mi valor mantengo.
(*Saca del tronco de un árbol un pan y una servilleta.*)
Cuando, por ser yo cobarde,
con la servilleta puesta
y el pan hicistes alarde
de lo que la fama cuesta,
y yo volví, aunque tarde,
prudentemente avisado
por vuestro castigo, en él
faltando el primer bocado,
puse el pan en el laurel
que hasta aquí me lo ha guardado.
Desde entonces, cada día
que alarma el tambor tocaba,
si temor en mí sentía,
el pan del laurel sacaba
y mirándole decía:
«Esfuerzo mi valor tome
á ganar de comer hoy,
Martín, aunque el miedo os dome
de ver la espantosa lid,
porque en la mesa del Cid
quien no lo gana no come.»
Y desta suerte el valor
he adquirido que te dí;
pues podré afirmar, señor,
que el pan que con vos comí
le gané con mi sudor.

Con él agora os regalo:
tomalde, que os aseguro
que al plato mejor le igualo,
y si os pareciere duro,
á buen hambre no hay pan malo.
Mas diréis, según colijo,
que si á secas os le dan,
escaso banquete elijo,
y que no sólo de pan
vive el hombre: Dios lo dijo.
Mas, por que no lo digáis
tené, el mío Cid, paciencia,
que si un poco esperáis,
yo os buscaré en Valencia
cosa con que lo comáis.

(*Vase, desenvainando la espada.*)

ESCENA XVI

El CID *solo.*

Martín Peláez, oye, espera;
el Cid te manda que aguardes.
¡Ah, buen español ¡pluguiera
á Dios que destos cobardes
mil mi ejército tuviera!
¡Oh, pan sabroso, el mejor
que ha sustentado mi casa!
La honra os dió harina en flor,
con sangre mora os amasa
y en el horno del valor
os cuece el atrevimiento.
Hoy, mis nobles castellanos,
haceros banquete intento;
Martín restauró en mis manos
el robado bastimento.
A un pan somos convidados
que es fuerza que bien os sepa;
venid á comer, soldados,
porque, aunque á bocado os quepa,
valen mucho estos bocados.
Convidados de Martín
somos; hacelde favor,
que aunque es pan principio y fin,
amigos, pan y valor
no es pan á secas, en fin.
Y vos, Martín, á quien dan
renombre inmortal, decid
que aunque es vuestro Capitán,
os podéis preciar que el Cid
ha comido vuestro pan.

ESCENA XVII

Sale BOTIJA *de moro gracioso y* SANCHA *de cautivo.*

BOTIJA. Sancha, si estáis cautivada,
acá estamos todos.
SANCHA. Pues
¿qué traje es éste?
BOTIJA. ¿Os agrada?
SANCHA. ¿Eres moro?
BOTIJA. Por un mes.
SANCHA. Como mozo de soldada.
¿Dónde vais de esta manera?
¿Dó nde dejas á Martín?
BOTIJA. El libertaros espera,
yo vó á ver á mi rocín,
porque sin él no me muera.
Mas si de aquestos galgazos
quiere excusar los pesares,
libraránle estos dos brazos,
él tirándolos á pares,
yo dando á nones porrazos.
Desde que aprendí á matar
moros, no les tengo miedo.
SANCHA. ¡Siempre de humor has de estar!
BOTIJA. Sin mi rocín, ¿cómo puedo,
Sancha mía, sosegar?
Mas, ¿cómo os va á vos, decid
después que estáis cautivada?
SANCHA. Trújome el Rey moro así,
y en fe que de mí se agrada
se quiere servir de mí.
BOTIJA. Pues ¿sabe que eres mujer?
SANCHA. En reputación estoy
de hombre.
BOTIJA. ¿Y muestra placer
en veros?
SANCHA. Dice que soy
un ángel.
BOTIJA. De Lucifer.
No tenga después el Papa
que absolver.
SANCHA. ¡Donoso estás!
BOTIJA. Si mi amo no os escapa,
echaos una chapa atrás
y seréis mujer de chapa.
SANCHA. Sólo quiere que de paje
le sirva.
BOTIJA. Si en vos repara
y os desconoce en el traje,
habladle cara con cara,
que á traición no es buen lenguaje;
que si Martín desde hoy más
sabe esto y pasa adelante,
tendrá celos á un compás
de Alvar Fáñez por delante
y del moro por detrás.
SANCHA. Anda, necio, en estos baños
que están fuera de Valencia,
aunque á sus muros extraños,
pueden en cualquier violencia
asegurarnos de daños.
El Rey servirle me manda
y agora á bañarse viene.
BOTIJA. Si Martín en tal demanda
de aquesto noticia tiene,
llevará el Rey una tanda...
SANCHA. ¡Buena flema y necedad
es la tuya! El Rey es éste.
BOTIJA. Pues, Sancha, disimulad
quien sois, porque no nos cueste
triunfo el decir la verdad.
SANCHA. Que te escondas es mejor,
no sepa el Rey que has entrado
aquí, que es lugar vedado.
BOTIJA. Aunque ya perdí el temor,
me quiero esconder por ti,
y en requebrándote el galgo
á darle dos cabes salgo
de los más lindos que vi.

ESCENA XVIII

Escóndese BOTIJA *y sale* ABENAMAR.—SANCHA.

ABENAM. ¡Sancho!
SANCHA. ¡Señor!
ABENAM. ¿Estás solo?
SANCHA. Solo ha rato que te espero.
ABENAM. Solo yo también te quiero
más que á Dafne quiso Apolo.
BOTIJA. ¡Oste puto! que os chamuscan,
moro, si en mi tierra os cogen.
ABENAM. Mis palabras no te enojen
que lo que piensas no buscan.
Yo he sabido con certeza
que eres mujer.
BOTIJA. Por ahí, vaya.
SANCHA. ¡Yo mujer! No habrá quien haya
dicho tal.
ABENAM. Esa belleza
lo está diciendo á voces,
y el alma que es adivina,
en fe que á tu amor se inclina
quiere que mi reino goces.
De mi esposa tendrás nombre;
mira que por ti estoy loco;
dame...
SANCHA. Señor, poco á poco,
que soy cristiano y soy hombre,
y puesto que estoy cautivo
tengo valor castellano.
ABENAM. El encubrirte es en vano,
y advierte que si recibo
desdén, en pago de amarte
harás que otro medio elija.
BOTIJA. El perrazo se embotija,
y aunque estoy en buena parte
escondido, á pocas veces
que ladre, iré en su socorro,
y haráme que andando al morro
le dé un pan como unas nueces.
ABENAM. Cristiana, dame esos brazos;
mi amor paga aquesta vez.
SANCHA. ¡Vive Dios, si descortés
fueres, que te hago pedazos!
Mal sabes, moro, el valor
que á estimar mi ley me esfuerza.
ABENAM. ¡Cruel, ingrata, por fuerza
has de dar fruto á mi amor! (*Vanse.*)
BOTIJA. Tras ella voy en su ayuda.
Galguito, si andáis salido
aguardad; mas ¿qué ruido
en miedo mi ánimo muda?

ESCENA XIX

Sale MARTÍN PELÁEZ.—BOTIJA.

MARTÍN. Subí al muro por la pica,
que si es honroso el trabajo,
el más soberbio es más bajo.
La ciudad se comunica
con estos baños y huertas,
que, aunque fuera della están,
los que aquí vienen y van
en sus muros tienen puerta.
De noche es ya; podrá ser
que obligado del calor,
por resistirle mejor,
querrá el Rey ahora hacer
en sus baños asistencia,
y que mi suerte sea tal
que, si él ha ganado el real,
que le gane yo á Valencia.
Al ejército he avisado
que, en viendo en los muros fuego,
á lo alto acuda luego.
El Cid es mi convidado;
si por principio de cena
á Valencia le presento,
convite le hago opulento.
Ea, pues, noche serena,
á costa destos paganos
dame para él esta presa;
ve que le dejo en la mesa
y con el pan en las manos...
Mas ¿con quién he tropezado?
(*Tropieza con* Botija.)
¿Quién está aquí?
BOTIJA. Desta vez
me juntan haz con envés
si me hallan en lo vedado.
MARTÍN. ¿Quién es?
BOTIJA. Eso no; ¡mal haya
quien en esto me metió!
MARTÍN. ¿Quién es?
BOTIJA. ¿No ve que soy yo?
MARTÍN. ¿Quién?
BOTIJA. Un moro de Vizcaya
que ando en busca de un rocín.
MARTÍN. Si ser posible pudiera,
que era Botija dijera.
BOTIJA. No dirán son que es Martín
mi amo, en la voz; quizá
á buscar á Sancha vino.
MARTÍN. ¿Quién sois?
BOTIJA. Moro vizcaíno.
MARTÍN. Eso no, que no hay allá
moros; todos son hidalgos.
¿Quién sois?
BOTIJA. Porque no me aflija,
yo soy el moro Botija,
que, andando á caza de galgos,
siendo liebre, represento
agora un mundo al revés.
MARTÍN. ¡Botija!
BOTIJA. ¿Mi Martín es?
Loco me vuelve el contento.
MARTÍN. Cautivo debes estar.
BOTIJA. ¿Yo cautivo? ¡Malos años!
MARTÍN. Pues ¿quién te trujo á estos baños?
BOTIJA. Mi rocín vengo á buscar
engerto en moro, y á vos
Sancha os debe de traer;
pero si la queréis ver,
daos prisa, pues, par Dios,
que el Rey, sabiendo que es hembra,
por la huerta va tras ella,
que quiere probar si en ella
un par de Martines siembra.
MARTÍN. ¿Qué dices, loco? ¿Está aquí
el Rey moro?
BOTIJA. Requebrando

á Sancha, que renegando
de sus amores la vi.
Huye dél como una gama
y si os la agarra, por Dios,
que os nazcan de dos en dos
y el moro os sople la dama.

MARTÍN. Mi ventura me ha traído
á tan dichosa ocasión.
Luces en el muro pon,
pues á tal tiempo has venido
que en los baños hallarás
lumbre con que el Cid acuda
y venga á darnos ayuda.

BOTIJA. Pues, tú, señor, ¿dónde vas?

MARTÍN. A dar á Sancha favor,
muerte al descuidado Rey,
Valencia al Cid y á mi ley
y fin dichoso á mi amor.
Todo el campo está avisado,
y sólo espera del fuego
la señal.

BOTIJA. Voy por el fuego,
pues tú el temor me has quitado;
sólo el rocín me da pena.

MARTÍN. Hoy mi esfuerzo al Cid dará
á Valencia, y no dirá
que ha tenido mala cena. (*Vase.*)

ESCENA XX

Salen SANCHA *y* ABENAMAR.

ABENAM. ¿De qué te sirve, cruel,
á mi firme amor huir,
si no te has de convertir
como la ninfa en laurel?
Escarmienta, ingrata, en él,
y la fe con que te adoro
estima.

SANCHA. No hay fe en un moro;
déjame.

ABENAM. Mal dejará
la mesa el que hambriento está,
y el que es avaro el tesoro.

SANCHA. Que soy castellano advierte,
y que la sangre española
que me anima basta sola
á librarme, y darte muerte.

ABENAM. Dámela, y sea de suerte
que á morir venga á tus brazos.

SANCHA. Será haciéndote pedazos.
(*Tómala las manos.*)

ABENAM. A ser descortés comienzo,
por ver si tu rigor venzo,
viniendo con él á brazos.

SANCHA. Indignamente eres hombre,
pues, sin intentarlo el bruto,
por fuerza apetece el fruto
de amor.

ABENAM. Eso no te asombre.

SANCHA. ¡Ah Martín Peláez!..

ESCENA XXI

Sale MARTÍN PELÁEZ. — DICHOS.

MARTÍN. Mi nombre
escucho.

SANCHA. A estar vos aquí
no me afrentaran así
infieles brazos.

MARTÍN. Sí estoy,
Sancha; vuestro Martín soy.

ABENAM. Pero, ¿quién te metió aquí?

MARTÍN. Soy tu muerte; para ella,
moro, no hay puerta cerrada,
que va, cobarde, en mi espada
que á mi Sancha has de ir por ella.

ABENAM. ¡Mahoma! ¿cómo atropella
al Rey de Valencia así
solo un hombre?

MARTÍN. Viene en mí
todo un mundo de valor.

ABENAM. ¿Eres infierno?

MARTÍN. De amor.

ABENAM. Ayuda, moros aquí.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA XXII

Sale BOTIJA. — SANCHA.

BOTIJA. Con lengua de fuego llama
la ocasión á nuestra gente.

SANCHA. ¡Ay Martín Peláez, valiente!
Bien pagará quien bien ama.
¿Botija?

BOTIJA. ¿No ves la llama
que á nuestro ejército avisa?
¿No escuchas tocar á prisa
á rebato?

SANCHA. Sí.

BOTIJA. El Cid viene;
ea, que mañana tiene
de oir en Valencia misa.
(*Cajas, y dice el* Rey moro *dentro.*)

ABENAM. Alarma, moros, que el Cid
asalta los baños reales.

BOTIJA. Almoneda de almanfales
tengo de hacer

ABENAM. Acudid,
y al cristiano resistid,
si para él hay resistencia.

BOTIJA. Remuérdeme la conciencia,
Sancha; escóndete, que voy
á matar dos perros.

SANCHA. Hoy
gana Martín á Valencia. (*Vanse.*)

ESCENA XXIII

Dice dentro ORDOÑO *y* ALVAR FÁÑEZ *sale acuchillándose con dos* MOROS.

ORDOÑO. ¡Vitoria! que los pendones
del Cid guarnecen los muros
de Valencia, y ya seguros
la asaltan sus escuadrones.

TODOS. ¡Vitoria!

ALVAR. Gracias á Dios,
deseos, que estáis cumplidos.

MORO 1.º Muertos, sí; mas no vencidos
nos has de ver á los dos.

ALVAR. ¿Sabéis quién soy?

MORO 2.º Bien sabemos
que eres Alvar Fáñez.
ALVAR. Pues
¿cómo no ponéis mis pies
en vuestros cuellos, blasfemos?
MORO 1.º Porque vivir sin Valencia
es vivir vida afrentada.
ALVAR. Quebrádoseme ha la espada.
MORO 2.º Morirás sin resistencia.
En ti podemos vengar
parte del mal que recibe
del Cid nuestra nación.
ALVAR. Vive
en mí, valor singular
que más que la espada vale,
y cuando muera, al fin muero
vencedor.

ESCENA XXIV

Sale MARTÍN.—DICHOS.

MARTÍN. Ea, Cid, hoy quiero
darte un convite que iguale
al precio desta ciudad.
Mas ¿qué es lo que miro, cielos?
¿No es la causa de mis celos
con quien tengo enemistad
éste que está sin espada
y muerte dos moros dan?
Hoy mis agravios verán
que la nobleza heredada
se sabe vengar aquí.
Ea, Alvar Fáñez, á ellos;
ya huyen, para vencellos
amigo tenéis en mí,
(*Huyen los* Moros.)
y mientras se aposesiona
de Valencia el Cid, hagamos,
pues solos y á tiempo estamos,
nuestro desafío.
ALVAR. Perdona,
que con quien me dió la vida
yo no he de tener pendencia.
MARTÍN. El Cid ha entrado en Valencia
y el moro va de vencida.
La respuesta es excusada,
haz la batalla conmigo,
pues aquel moro enemigo,
se ha dejado aquí la espada.
ALVAR. Martín, cuando yo quisiera
á tu Sancha con exceso,
pues la vida, te confieso,
que me has dado, te la diera.
Yo no he de reñir contigo,
matarme puedes si quieres.
MARTÍN. Cortesano, Alvaro, eres;
desde hoy quiero ser tu amigo.
Mas, oye que la presencia
del Cid nos sale á alegrar.
ALVAR. Entra, Martín, á triunfar
pues le has ganado á Valencia.

ESCENA XXV

Salen el CID *y* PAYO PELÁEZ *con acompañamiento.*

CID. Martín Peláez, bien cumplís
vuestra palabra y promesa;
ya podéis alzar el pan,
pues me habéis dado tal cena.
Venturosa cobardía
para todos fué la vuestra;
pero el sol que sale tarde
mejor alumbra y más quema.
Dadme vuestros brazos.
MARTÍN. Señor,
en otro plato quisiera
daros por postre á Granada
como por ante á Valencia.
CID. Como vos, Martín Peláez,
viváis, que me veré en ella
por dueño. Hablá á vuestro padre.
MARTÍN. Vengáis, señor, norabuena;
dadme á besar vuestros pies,
que es lo que mi alma desea.

ESCENA XXVI

Salen BOTIJA *y* SANCHA, *ya en hábito de mujer.*

BOTIJA. Danos á besar tus pies:
Sancha, tu dama, es aquesta
que, temerosa de haber
dado causa á tu celera...
CID. La historia sé, y con licencia
de mi buen Payo Peláez,
Sancha vuestra esposa sea.
Yo la doto en una villa
y en un barrio de Valencia.
PAYO. Yo de padre le doy brazos.
MARTÍN. Yo el alma que vive en ella.
SANCHA. Yo os beso, señor, las manos,
y me alegro de ser vuestra.
BOTIJA. Yo pido que me den algo.
MARTÍN. Yo enriqueceré tu hacienda;
vamos, y os veré tomar
posesión.
CID. Valencia es vuestra.
MARTÍN. No, sino vuestra, Rodrigo,
que la ganáis y desea
ser hoy Valencia del Cid.
CID. Y este nombre es bien que tenga;
llamaráse de esa suerte.
MARTÍN. Y tendremos suerte buena
si esta historia os satisface,
perdonando faltas nuestras.

LA NINFA DEL CIELO

Y

CONDESA BANDOLERA Y OBLIGACIONES DE HONOR (1)

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CARLOS, *Duque de Calabria.*
DIANA, *su mujer.*
ROBERTO, *criado.*
NINFA, *Condesa de Valdeflor.*
ALEJANDRO.
LAURA.
CÉSAR.
HORACIO.
JULIO.
CARDENIO.
FABIO.
POMPEYO.
UNA MUJER.
UN CORREO.
UN LABRADOR.
LA MUERTE.
UN ANGEL.
ANSELMO, *ermitaño.*
SILENO, *labrador.*
EL DIABLO BARQUERO.
EL NIÑO JESÚS.
DOS MARINEROS.
ALCINO, *labrador.*
ERGASTO, *idem.*
FILENO, *idem.*
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen ROBERTO *y* CARLOS *de caza.*

ROBERTO. ¿Dirás que no es necedad
la caza, en que el tiempo pierdes
y lo mejor de tu edad,
pues pasas los (2) años verdes,
Carlos, en la soledad (3)?
Donde vas tras un halcón
que, remontado y perdido,
imita tu inclinación.

CARLOS. Los criados siempre han sido,
Roberto, de una opinión.

---

(1) Hemos elegido este texto, manuscrito núm. 16.698 de la Biblioteca Nacional, con preferencia al impreso, por ser más antiguo, más completo y más correcto, aunque es ya refundición de una primitiva comedia, tal vez de *Tirso*, titulada *La Condesa bandolera*. El presente manuscrito, después de los tres títulos que da á la obra, lleva estas palabras: «(Todo es uno la historia de ella)».

El impreso, que es una comedia suelta, sin lugar ni año de impresión, pero que se conoce ser de fines del siglo XVII ó principios del siguiente, en 4.º, á dos cols., y 16 h. sin paginar, signaturas *A-D* ^{2}, lleva este título:

LA CONDESA BANDOLERA

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Hablan en ella las personas siguientes:

NINFA, *Condesa.*
CARLOS, *Duque.*
DIANA, *Duquesa.*
ROBERTO.
ERGASTO.
ALCINO.
LAURA.
TRES MARINEROS.
ALEJANDRO.
CÉSAR.
LESBIO.
POMPEYO.
UN CORREO.
UN SOLDADO.
DOS MÚSICOS.
JULIO.
HORACIO.
UN ANGEL.
LA MUERTE.
ANSELMO.
UN BARQUERO.
HORTENSIO.
CAMILO.

Pondremos en nota las más principales variantes que ofrece, pues las secundarias son muy numerosas. De las demás refundiciones de esta comedia damos noticia al principio del tomo.

(2) «pues gozas tus» en el impreso.

(3) El impreso añade estos versos:

«Un filósofo decía
que sólo un bruto podía
vivir en ella contento;
que al humano entendimiento
agrada la compañía.
Tú entre robles y entre tejos
gustas de andar todo el año,
siempre de la corte lejos,
sin que te escarmiente el daño
ni te enfrenen los consejos.»

¿Cuándo el gusto en el servicio (1)
pareció del dueño bien?
Porque es murmurar su oficio,
y estar quejosos también
de poca lealtad indicio.
Nuestros altos pensamientos
desdicen de los intentos
que tenéis siempre vosotros,
y nunca estáis de nosotros
satisfechos ni contentos.
Somos, cuando no gastamos,
miserables; cuando hacemos,
grandezas, locos estamos,
si callamos, no sabemos;
si somos graves, cansamos;
la llaneza nos estraga,
nada intentamos sin paga;
no hay cuando más les obliga
hombre (2) que verdad nos diga
ni bien de balde nos haga;
nunca tenemos amigos,
porque son nuestros criados
necesarios enemigos.

ROBERTO. Serán los poco obligados,
que los fieles son testigos
que te sirvo como un perro
en el cuidado (3) y lealtad,
siguiendo de cerro en cerro
tu caza ó tu necedad,
siempre en perpetuo destierro;
que desto no he murmurado
por costumbre de criado,
de quien no hay señor seguro;
como hombre humano murmuro
por tu gusto desterrado.
A ser las garzas, señor,
que venimos á volar
mozas, no fuera rigor
de un Marqués de Mantua andar
hecho siempre cazador;
pero una garza que al cielo
sube, ¿qué me importa á mí
que un neblí la abata al suelo
si mi apetito es neblí
de más ordinario vuelo?
Toda mi volatería
es conquistar á Lucía
ó á Marina, que jamás
se resistieron, y es más
descansada cetrería,
comer bien, cenar mejor,
haciendo después, señor,
de la gala y del paseo
alfaneques del deseo
y tagarotes de amor;
y no andar de sierra en sierra (4)
con oficio que embaraza
y á tantos nobles destierra.
Responderás que la caza
es imagen de la guerra,
que es de todos opinión
para que gusto no atajen
á los que de aquéste son;
y yo digo que á esta imagen
tengo poca devoción.
Siempre que siendo aprendiz
del mar, que es danés Urgel,
me pongo el guante infeliz
y luego el halcón en él,
me considero tapiz
y pienso que estoy colgado
en la sala de un letrado
entre David y Sansón.

CARLOS. ¡Extraña imaginación!

ROBERTO. Estoy como halcón templado
y pueden cantar en mí.

CARLOS. ¿Dónde dejaste, Roberto,
nuestros caballos?

ROBERTO. Allí
los dejé arrendados.

CARLOS. Muerto,
por socorrer al neblí,
traigo el bayo.

ROBERTO. Mi alazán
quiso correr por los vientos,
y pienso que quedarán
aguados como contentos,
según cansados están.

CARLOS. No hay que tener del halcón (1)
por esta noche esperanza.

ROBERTO. Ni aun de cenar, ques razón;
de quien hace confianza
en viento, castigos son,
que como camaleones
hemos de gastar del viento
donde tu esperanza pones,
que son torres sin cimiento
las alas de tus halcones.

CARLOS. Ningún cazador parece
de los míos, y anochece
á más priesa, ¿qué haremos?

RGBERTO. Buscar adonde cenemos,
que fortuna nos ofrece
aquí una hermosa alquería,
aunque en edificios creo
poco de la suerte mía
hipócritas del deseo,
todo vista y fantasía.

CARLOS. No es bien la desautorices,
que del dueño nos ofrece
esperanzas más felices.

ROBERTO. Todo es ventanas; parece
edificio de narices.
Más que dormir me remedia (2)
á mí el comer, y habrá sido,
como dicen, vida media,
ya que nos hemos perdido
como reyes de comedia.

(Dentro relinchos y alegría.)

(1) En el impreso se añade en lugar de este verso y del que sigue:

«Dime: entre todos, ¿á quién
el contento y ejercicio
pareció del dueño bien,»

(2) En el impreso «nadie».

(3) «trabajo» en el impreso.

(4) Desde este verso hasta el que dice: «¿Dónde dejaste, Roberto», faltan en el impreso. Hay, en cambio, después del «y tagarotes de amor» este otro:

«CARLOS. Deja el gracejar y di.»

(1) Este y los nueve versos siguientes faltan en el impreso.

(2) Omitidos éste y los cuatro versos que siguen en el impreso.

CARLOS. Gente suena.
ROBERTO. Labradores
deben de ser que de flores
dulcemente coronados
son ladrones destos prados
y cantando, ruiseñores.
CARLOS. El trabajo y la labor
deben de acabar.
ROBERTO. Es cierto,
y se irán á Valdeflor.
CARLOS. ¡Alegre vida, Roberto!
ROBERTO. Para un jabalí, señor.

ESCENA II

Salen los MÚSICOS *y la* MÚSICA, *todos de villanos, con guirnaldas, y cantando esta letra.*—DICHOS.

MÚSICOS. «Que si viene la noche(1)
presto saldrá el sole,
que si viene la noche,
con la luna alegre
presto saldrá el sole,
destos campos verdes
el día y la noche
presto saldrá el sole.»
ROBERTO. Buenas noches, gente honrada.
MÚS. 2.º Vengan muy enhorabuena,
que aliñada está la cena.
ROBERTO. Más el embite me agrada
que la música, ¡par diós!
MÚS. 3.º Debemos de cantar mal.
ROBERTO. Traigo una hambre cerval,
aquí para entre los dos,
y esa es la causa.
MÚS. 2.º No habéis
llegado á casa vacía.
CARLOS. ¿De quién es esta alquería?
MÚS. 2.º ¿Sois noble y no lo sabéis?
CARLOS. No estuve otra vez aquí,
porque esta vez que he venido
ocasión la caza ha sido
por socorrer un neblí
que ha que seguimos tres leguas
con este mismo cuidado,
hasta que la noche ha entrado
pidiendo al cansancio treguas,
que los caballos están
de cansados y rendidos
sobre la hierba tendidos.
LAURA. Ergasto: ¿no es muy galán?
ERGASTO. ¿Ya le has mirado?
LAURA. ¡Pues no!
¿Estoy yo ciega?
ERGASTO. Ojalá
quedes, pues Laura, lo está
la que antes, loca, miró.
Así fuerais las mujeres
ciegas como la fortuna,
porque no hubiera ninguna
de tan varios pareceres;
la vista os echa á perder,
que para nuestros enojos
son basiliscos los ojos
de la más bella mujer (1).
LAURA. Pues yo me los sacaré
por no darte pesadumbre.
ERGASTO. Y verás por la costumbre
que tienes de ver.
LAURA. A fe
que no imaginé jamás
darte celos.
ERGASTO. No son celos,
sino unos nobles recelos
de estimarte, Laura, en más.
CARLOS. Al fin. ¿Ninfa, la Condesa
de Valdeflor, vive aquí?
MÚS. 3.º Gusta del campo, y así
la caza también profesa,
porque después que heredó
á Valdeflor esa villa
que está del mar en la orilla,
aunque tan moza quedó,
se retiró á esta alquería,
donde desta suerte pasa
que os he dicho.
CARLOS. ¿No se casa?
MÚS. 2.º ¡Lindo es aqueso, á fe mía,
para su condición!
CARLOS. ¿Cómo?
MÚS. 3.º Da en aborrecello en suma.
CARLOS. Mire que el tiempo es de pluma
para esperanzas de plomo,
y si le deja pasar,
pensando verse empleada
en un rey, vieja y burlada
será posible quedar
sin dejarle á Valdeflor
heredero, porque dura
poco la humana hermosura.
MÚS. 2.º No hay en Nápoles señor
que no la haya pretendido
para casarse con ella,
y ella á todos atropella
porque no quiere marido;
su inclinación solamente
es el campo y ejercicio
de la caza, y no otro vicio.
ROBERTO. Debe de ser impotente.
CARLOS. Calla, loco.
MÚS. 2.º De los hombres,
en tratándole, señor,
de casamiento ó amor,
aborrece hasta los nombres;
y como si un hombre fuera,
hace dos mil maravillas
á caballo en las dos sillas,
y á pie robusta y ligera.

(1) Falta esta letra en el impreso.

(1) En el impreso se añade:
«No habéis menester oidos
ni lengua, que si son bellos
y libres, tenéis en ellos
todos los cinco sentidos.
Que fuerais (no son antojos
sino experiencia de males)
bellísimos animales,
á haber nacido sin ojos.»

No hay quien la gane á tirar (1)
todo cuanto alcanza á ver,
quien la aventaje á correr
ni quien la rinda á luchar.
Fatiga al agua y el monte
con los perros diligentes
y con aves diferentes
las que tiene este horizonte,
y así en el agua, en los vientos (2)
y en la tierra poder tiene
y á ser absoluto viene
dueño de tres elementos.
A competir con el sol,
á quien en belleza gana,
salió al monte esta mañana
en un caballo español,
sobre cuya piel manchada
mostró tanta bizarría,
que acobardó los del día
llenos de espuma dorada.
Sobre una corta basquiña
un vaquerillo sacó,
que pienso que el sol bordó,
porque de rayos le ciña,
formando crespas espumas
de oro el cabello en su esfera
con un sombrero ó montera
hecho una selva de plumas;
espada pendiente al lado,
una pistola al arzón
y en esta mano un halcón.

CARLOS. ¡Bellamente la has pintado!
Parte de dicha habrá sido
perderme, aunque puede ser
que de ver esta mujer,
Roberto, esté más perdido.

ROBERTO. No hayas miedo, que no tienes
tan honrada inclinación;
si esta mujer fuera halcón,
pudiera ser.

CARLOS. ¡Lindo vienes!

MÚS. 2.º Estimará la Condesa
hospedar vuestra persona
por lo que el talle os abona
y su grandeza interesa,
que á muchos que por aquí
pasan lo mismo hacer suele.

CARLOS. ¿No es hora ya de que vuele?

MÚS. 2.º Ya no tardará, que así
á recebilla salimos
muchos, cantando y bailando
todas estas noches cuando
viene de caza, y venimos
cantando delante de ella
y bailando, que le agrada
esta llaneza, cansada
de la corte.

ROBERTO. No hay doncella
de tan extrañas costumbres
desde un mar al otro mar,
amiga siempre de andar
entre brutos y legumbres,
siendo mujer tan hermosa.
Tórtola debió de ser
antes que fuese mujer;
no puede ser otra cosa,
porque tanta soledad
sin admitir compañía
es de la sospecha mía
prueba.

LAURA. Tañed y cantad,
que la Condesa nuesa ama
viene.

(1) Faltan en el impreso éste y los tres siguientes versos.

(2) También falta esta redondilla.

ESCENA III

Sale la CONDESA *acompañada de muchos pastores, en un caballo, con halcón en la mano, como se ha dicho.*—DICHOS.

CARLOS. ¡Gallardía excelente!

MÚS. 2.º Venga con bien.

CARLOS. Justamente,
Roberto, Ninfa se llama.

MÚS:COS. «Que si viene la noche
presto saldrá el sole.

UNO. Que si viene la noche
con la alegre luna
presto saldrá el sole
de nuestra hermosura.

TODOS. El día y la noche,
presto saldrá el sole» (1).

NINFA. Pasead ese caballo
antes que al pesebre vais
con él.

MÚS. 2.º Con salud vengáis;
que no hay labrador vasallo
vuestro, señora, que en viendo
esa divina hermosura,
respete la noche oscura
que entra estos campos vistiendo.
Agora empieza á nacer (2)
de vuestros ojos la aurora,
y en estos prados, señora,
el Abril á florecer;
agora el sol ha salido
y las aves le han cantado,
el alba aljófar llorado
y estas fuentes se han reído.

NINFA. Guárdeos Dios á todos. Pues,
¿qué se ha hecho todo el día?

LAURA. Desean, señora mía,
estos prados, vuestros pies;
vuestros ojos, estas fuentes;
vuestras doradas mejillas,
las alegres maravillas;
los jazmines, vuestros dientes;
que en tanto que estos favores (3)
aguardan con vuestro aliento,
buenas nuevas daba el viento,
mensajero de las flores;
y á vuestro hermoso arrebol,

(1) Falta en el impreso todo el principio de esta escena.

(2) Este y los siete versos que siguen no están en el impreso.

(3) Omitida en el impreso esta redondilla.

haciendo nosotros salva,
como pájaros al alba,
esperábamos al sol.

NINFA. A tus ojos, Laura, hacían
esas lisonjas, que son
albas de más perfección
que á las del sol desafían.

MÚS. 2.º ¿Cómo os fué al fin por allá?
¿Hallastes en la laguna
garzas?

NINFA. Y entre muchas una,
que es cometa pienso ya.

MÚS. 2.º ¿De qué suerte?

NINFA. Yo llegué
á la parte que esos cerros
la cercan, y con los perros
del agua la levanté,
y por dar al viento velas,
quité, luego que la vi,
el capirote al neblí,
las lonjas á las pigüelas.
Hizo una punta en el cielo,
y ella temiendo la punta,
al mismo cielo se junta
desmintiendo al neblí el vuelo;
revuelve el halcón las alas,
y tan alta punta dió,
que encima della se vió
poniéndole al cielo escalas;
vuelve á bajar como el viento
y el neblí sobre ella baja,
que parece que la ataja
por el mismo pensamiento;
el pico en ella arrebola
dos veces y al viento iguala,
y por debajo del ala
le descompone la cola;
otra vez la garza sube
con más furia que bajó,
y junto al sol pareció
él átomo y ella nube.
Llegó el neblí á acometella,
y pienso que en este estado
le dió en el cielo sagrado
el sol por alguna estrella,
que nunca más pareció;
y deslumbrado el neblí,
hecho un Icaro, de allí
á la laguna bajó;
socorríle, y á la tarde,
adonde la garza echó,
dos martinetes volé.

MÚS. 2.º Muchos años Dios te guarde
para gloria, para honor
destos campos.

ROBERTO. ¡Bien por cierto!

CARLOS. Admirado estoy, Roberto;
no vi gallardía mayor.

NINFA. ¿Quién es este caballero?

ROBERTO. ¿No dirá ¡cuerpo de Dios!
vueseñoría estos dos?

NINFA. Tenéis talle de escudero
suyo más que de su igual.

ROBERTO. De talle sois entendida;
mucho sabéis, por mi vida.

CARLOS. Aparta.

ROBERTO. Trátame mal,
por que no parezca bien.
¡Oh envidia! en cualquiera parte
tu veneno se reparte.

CARLOS. Tiemblo y ardo á su desdén
con ser mayor su hermosura.

ROBERTO. Luego ¿estás enamorado?

CARLOS. Y loco.

ROBERTO. Aun ese cuidado
es disculpada locura.

CARLOS. Quiero gozar la ocasión
de haberme tan bien perdido.

NINFA. Vos seáis muy bien venido.
¡Hola! guardad ese halcón.

CARLOS. Téngame vueseñoría
por su esclavo.

NINFA. Yo lo soy.

CARLOS. Roberto: temblando estoy.

ROBERTO. ¡Qué amorosa cobardía!

CARLOS. Otro neblí me ha traído,
que socorrer pretendí,
más de tres leguas de aquí,
donde tan dichoso he sido
y espero tanto favor.

NINFA. La persona y ejercicio
de la caza dan indicio
de vuestra sangre y valor.
Cuando os falte ese neblí
y no le podáis cobrar,
bien podéis en su lugar
serviros del que está aquí;
que á fe que no es menos bueno
que el vuestro, y le estimo en más
que á Valdeflor, pues jamás,
estando el cielo sereno,
se le escapó, si no es hoy,
en el viento martinete
ó garza que no sujete.

CARLOS. Puesto que buscando voy
el que perdido no está,
no es razón ni cortesía
quitalle á vueseñoría
lo que estima tanto ya,
antes presentalle entiendo
algunos que aún tengo más
con que servilla.

NINFA. Jamás
cuando dar algo pretendo
di lo que menos estimo,
porque no es dádiva aquella
en que el dueño no atropella
grande valor.

CARLOS. No me animo
á ofreceros cosa mía,
que para vuestra grandeza
corto don es la riqueza
que toda el Arabia cría.

NINFA. Conforme á mi condición,
no tiene cosa ninguna
de cuantas da la fortuna
valor.

CARLOS. Y tenéis razón.

NINFA. Sólo estimo en el presente
el valor de quien le da;
mas cesen ofertas ya,
que es lisonja impertinente,
y entrad donde descanséis,
que el halcón que habéis perdido

puede ser, si aquí ha caído,
que al nuevo sol le cobréis,
que no es mala esta posada
para una noche.

CARLOS. El favor
que ofrece vuestro valor,
de que estáis acreditada,
y os rinde esta soledad,
no puedo dejar, señora,
de recibir.

NINFA. Desde agora
será vuestra la mitad,
y toda entera también
para cuando algunos días,
venciendo melancolías
que los tráfagos os den
de la corte, andéis cazando
y lleguéis á esta alquería,
que honráis.

CARLOS. Si vueseñoría
de esa suerte me va honrando,
quedaré para servilla
siempre corto y obligado.

NINFA. Si os hubiereis bien hallado
mañana en esta casilla,
y os quisiereis detener
á divertir algún día
en caza ó pesca, os podría
alguna lisonja hacer,
porque el Duque generoso
de Calabria, cuyos pies
besan esos mares, que es
tan rico y tan poderoso,
no me podrá aventajar.

ROBERTO. Pienso que te ha conocido.

CARLOS. ¿Cómo, estando sin sentido?

NINFA. Questos campos y este mar
diferentemente arados
rinden feudo á esta alquería
cada noche y cada día
de cazas y de pescados
que me tributa Neptuno
con el anzuelo y las redes.

CARLOS. Ser quiero á tantas mercedes
agradecido importuno,
que por fuerza he de aguardar
algunos criados míos
que por mar, valles y ríos
perdidos deben de andar,
y no sé si tanto ya
como yo.

NINFA. No lo estáis mucho.

CARLOS. ¡Ay cielo! ¿qué es lo que escucho?

ROBERTO. Picada pienso que está
también; déjala poner
en el anzuelo que mira
y luego el carrete tira,
que también Ninfa es mujer.

CARLOS. Roberto, es ninfa del cielo.

ROBERTO. Está en carne humana agora.

NINFA. (¡Buen talle de hombre!)

CARLOS. Señora,
que soy grosero recelo
en deteneros aquí.

NINFA. Vamos.

CARLOS. No digas quién soy.

ROBERTO. Ya sobre el aviso estoy.

CARLOS. Mayor belleza no vi.

ROBERTO. Habla, atrévete, importuna,
no acobardes los sentidos,
pues á los más atrevidos
favorece la fortuna.

CARLOS. Temo el natural desdén.

ROBERTO. Nunca quien temió venció.

NINFA. Venid. (No me pareció
hombre en mi vida más bien.)
¿Cómo os llamáis?

CARLOS. Yo, señora,
Carlos.

NINFA. Buen nombre tenéis.

ROBERTO. Y para lo que mandéis,
yo Roberto, y seré agora
por vos Roberto el Diablo.

NINFA. (Carlos, atrevido andáis;
dentro del alma os entráis.)

ROBERTO. ¿A quién digo, con quién hablo?
También soy de carne y güeso;
labradora celestial,
que estoy herido del mal
de vuestros ojos confieso,
que dentro el alma me ha hecho
cosquillas y estoy perdido;
una mano sola os pido.

LAURA. Esa os hará mal provecho.

ERGASTO. Hidalgo, apártese un poco,
no se le llegue tan cerca
á la labradora.

ROBERTO. ¿Es terca?
¿tira coces?

CARLOS. Yo voy loco...

ROBERTO. Y necio.

NINFA. ¿En qué ha de parar
tanto porfiar, amor,
que me güeles á traidor?
¡Ay Carlos!

LAURA. Volvé á cantar.

MÚSICOS. «Que si viene la noche
presto saldrá el sole.»

(Vanse todos cantando.)

ESCENA IV

Suena ruido dentro de embarcación y MARINEROS.

MARINERO 1.º

Antes que sople más el viento, amaina (1),
tomaremos el faro de Mesina
con más próspero tiempo.

MARINERO 2.º

Echa el esquife,
tomaremos de tierra algún refresco,
ó por lo menos agua en esta playa.

MARINERO 3.º

Amaina, echa las áncoras á tierra.
¡Fondo, fondo!

ESCENA V

Sale ROBERTO *por un lado del tablado ó en alto.*
DICHOS.

ROBERTO.

¡Notable vocería!

(1) Faltan estos tres versos el en impreso.

MARINERO 1.º

De aquí saldremos á la luz del día.

ROBERTO.

Nave llegó á la playa y fondo ha dado,
que desde estos balcones con la luna
las blancas velas amainar se han visto;
ó viene de Mesina ó pasa el faro
cuyo estrecho de mar términos pone
á las Sicilias dos, siendo de Ríjoles
el puerto de Mesina opuesta playa.
¡Qué calma goza el mar! dátiles pide;
déselos, pues los tiene, Berbería.
¡Oh, mala bestia! ¿quién de ti se fía?

ESCENA VI

Sale CARLOS.—ROBERTO.

CARLOS.

¡Roberto!

ROBERTO.

¿Qué hay, señor?

CARLOS.

Dichosas nuevas.

ROBERTO.

¿Has heredado á Nápoles acaso,
ó el neblí pareció? ¿Qué traes de nuevo?

CARLOS.

La aventura mayor que el cielo ha dado
á un tierno, á un loco, á un firme enamorado.

ROBERTO.

¿Tan presto estás enamorado y tierno,
loco y firme? ¡Notable viento corre!
Vuelve á cenar, que estás desvanecido
y yo lo estoy de haber mejor bebido;
porque en entrando aquí pregunté luego
del santo botiller por la posada,
y con tanto jamón seis veces tuve
del vino Pusilico las veces,
aunque para mi sed bastaban heces.
Pero dime el suceso de tu historia.

CARLOS.

Roberto: Ninfa pienso que me quiere,
ó me engaña mi propio pensamiento.

ROBERTO.

A mí me preguntó si eras casado,
cuando entraba contigo.

CARLOS.

¿Y qué dijiste?

ROBERTO.

Que no, por no decir verdad en nada.

CARLOS.

La mentira, Roberto, fué acertada.

ROBERTO.

Preguntóme tu estado, y respondíle
que eras señor de doce mil ducados
de renta y de los buenos de Sicilia,
aunque era de Calabria tu familia.

CARLOS.

Todo eso importa para el bien que aguardo;
gozalla determino.

ROBERTO.

¿De qué suerte?

CARLOS.

Con una dama suya me ha enviado
á decir que me quiere hablar á solas;
que en abriendo la puerta de un retrete
que en esta parte está, con el recato
que es necesario llegue; y me apercibe
que como quien soy haga, y yo pretendo
engañalla, Roberto, con la mano
de marido, y gozar la más felice
mujer que vió Calabria y que dió Grecia
á Troya para incendio.

ROBERTO.

¿Y si es Lucrecia
en los intentos castos?

CARLOS.

¡Ah Roberto!
¿Qué mujer hay en la ocasión tan fuerte
que salga vencedora y no vencida
de un hombre tan á solas persuadida?

ROBERTO.

¿Y qué piensas hacer después?

CARLOS.

Estarme
gozando su hermosura algunos días
alargando las vanas esperanzas
del casamiento, que te juro, amigo,
que fuera su marido si Diana
me faltara esta noche.

ROBERTO.

A su Eselencia
guarde mil años Dios, pues es tan justo,
que más vale su vida que ese gusto.

CARLOS.

Están locos y ciegos los amantes,
y yo lo soy, Roberto, no te espantes.

ROBERTO.

Ya han abierto la puerta, y la Condesa
pienso que está á la puerta.

CARLOS.

Pues retírate.

ESCENA VII

Asómase al paño NINFA.

NINFA.

A Carlos, mi señora está esperando.

CARLOS.

Y yo el alma en sus ojos abrasando.
(Entranse; queda solo Roberto.)

ROBERTO.

Entróse, ¡vive Dios! La Ninfa quiere (1)
serlo esta vez, según las muestras miro,

---

(1) Estos versos están así en el impreso: «Entróse, ¡vive Dios! aquesto es hecho: hágale al uno y otro buen provecho. Obligación», etc.

de la gorra del Duque de Calabria.
Obligación me corre de esperalle,
aunque mejor aquí que no en la calle. (*Vase.*)

ESCENA VIII

Salen los MARINEROS.

MAR. 1.º Ya con el alba parece
que empieza el viento á soplar.
MAR. 2.º Y del faro estrecho el mar,
alegre pasaje ofrece (1).
MAR. 3.º Ninguna señal da el cielo
que favorable no sea,
donde la nave desea.
MAR. 1.º De los vapores del suelo
á la parte de Levante
unos celajes están
que esperanzas ciertas dan
de viento.
MAR. 2.º Y en el semblante
de la luna nos señala
el cerco que os dije yo,
cuando anoche se escondió
al dar fondo en esa cala.
MAR. 3.º Y ayer se vieron delfines
en el mar; en conclusión,
que cuando muchos no son
prometen prósperos fines.
MAR. 1.º Nunca faltaron jamás
esas señales, Leumeno,
estando el cielo sereno.
MAR. 2.º Ya se ha declarado más
el viento con la mañana.
MAR. 1.º Pues las áncoras alcemos
y al dulce Levante demos
el trinquete y la mesana.

ESCENA IX

Salen CARLOS *y* ROBERTO.—DICHOS.

CARLOS. Si va á Mesina, Roberto,
será desmentir espías
dudando en las prendas mías.
MAR. 1.º Gente hay, Leumeno, en el puerto.
MAR. 2.º Deben de querer pasaje.
CARLOS. En ella nos embarquemos
y de aquí á Sicilia iremos
con poco matalotaje;
de allí, volviendo á pasar
el faro en una tartana,
daré en Calabria mañana,
que no hay diez de millas mar;
que ésta es nave aragonesa,
que á Sicilia para Malta
viene por trigo, y sin falta
va á Mesina.
ROBERTO. ¿Y la Condesa?
¿y Ninfa?
CARLOS. No sé, Roberto;
ya sigo nuevos cuidados.
ROBERTO. ¿No esperas á tus criados?
CARLOS. Que se han vuelto es lo más cierto (1)
á la corte.
ROBERTO. No te acabo
de entender.
CARLOS. Bien fácil es,
si sabes lo que después,
cuando el apetito, esclavo
de sí mismo, se redime
con la vitoria alcanzada
cansa una mujer gozada
aunque el amor más le anime,
y más si de las promesas
resultan obligaciones.
ROBERTO. Pues ¿no gozan esenciones,
Duque, las que son Condesas,
tan nobles, tan estimadas
que fueron soles y lunas?
CARLOS. Roberto: todas son unas
en llegando á ser gozadas.
ROBERTO. No ha durado todo un hora.
CARLOS. César en la impresa fuí
que partí, llegué y vencí,
y vuelvo la espalda agora,
que es más triunfo.
ROBERTO. ¿De qué suerte
la dejas?
CARLOS. Durmiendo queda,
porque persuadirse pueda
que soñó cuando despierte.
ROBERTO. Esta vez, á su despecho,
en su tragedia cruel,
hará de Olimpa el papel,
pues tú el de Vireno has hecho;
y á la nave y al mar cano
dará voces como loca
subida en un alta roca,
y será el quejarse en vano.
CARLOS. Esta es la traza mejor;
que por tierra ser pudiera
que, ofendida, me siguiera,
y fuera el daño mayor
si llegara á los oídos
de la Duquesa.
ROBERTO. ¿El nebli
al fin dejamos aquí?
CARLOS. ¿No basta llevar sentidos?
MÚS. 1.º El viento ha picado el mar
favorable al marinaje.
MÚS. 2.º ¡Buen viaje!
MÚS. 1.º ¡Buen pasaje!
MÚS. 2.º ¡Alto, á embarcar y á zarpar!
ROBERTO. ¿Estos fueron los amores
y finezas?
CARLOS. Ten por cierto

---

(1) Después de este verso hay los siguientes en el impreso:

«MAR. 2.º Antes que otra vez el sol,
que vuela en doradas plumas,
vuelva á la cama de espumas
por el ocaso español,
si este viento por bolina
dura, y en favor está,
fondo habremos dado ya
en el puerto de Mesina»

(1) Faltan en el impreso los cuarenta versos que siguen.

que antes de gozar, Roberto,
todos somos habladores.
(Vanse todos.)

ESCENA X

Sale NINFA *como que sale de la cama, medio desnuda.*

NINFA. ¡Hola, hola! ¿No hay ninguno
que me responda? No vela
sino solo mi cuidado.
¡Hola! mi desdicha es cierta.
¡Hola, hola! el eco mismo
me da escasa la respuesta,
que una mujer desdichada
endurece más las piedras.
¡Hola!

ESCENA XI

Salen los dos MÚSICOS *como salieron al principio, de villanos y la Música con ellos, que es* LAURA, *pastora;* ERGASTO *y* DICHA.

MÚS. 2.º ¿Qué mandas, señora?
MÚS. 3.º Voces daba la Condesa.
NINFA. ¿Sabéis de Carlos?
MÚS. 2.º ¿Qué Carlos?
NINFA. Uno que el alma me lleva.
LAURA. ¿Carlos le ha llevado el alma?
Loca está.
NINFA. ¿No se os acuerda
del huésped que encontré anoche
y le di posada y cena,
y el alma con la posada
para partirse con ella?
MÚS. 2.º ¿No quedó contigo á solas?
NINFA. ¿Por qué averiguo sospechas
que están ya tan de su parte
del desengaño? (1)
MÚS. 2.º ¿Qué ofensas
te ha hecho el güésped ingrato
que lloras y te lamentas,
para que tomando todos
tus labradores sus yeguas,
le sigamos, aunque el viento
tomar por sagrado quiera?
NINFA. ¿Qué mayor ofensa, amigos,
que en el honor, en fuerza
del gusto, en la libertad
del albedrío, en la prenda
más respetada del alma,
en la joya que más precia
la noble sangre, en la vida,
pues no se estima sin ella?
Seguilde todos, seguilde,
y si hiciere resistencia,
para no volver, matalde...
No le matéis... Pero muera...
No, esperad...
MÚS. 2.º ¿Qué determinas?
NINFA. No sé, amigos. Dadme apriesa
un caballo tan veloz
que á mi pensamiento exceda,
que yo seguiré su alcance
mejor, porque en la carrera
venceré el viento volando,
que siempre amor alas lleva.
MÚS. 2.º Ya están por él.
NINFA. Ya se tardan.
ERGASTO. ¿Qué novedades son éstas,
de amor y de honor, Ergasto?
NINFA. ¿Qué esperáis?
LAURA. Ergasto, vuela.

(1) En el impreso: «¡Ah, ingrato Carlos!»

ESCENA XII

Sale un PESCADOR *de la* CONDESA *ó* PASTOR.—DICHOS.

PESCAD. Si te ha ofendido, señora,
el que anoche en esta mesma
casa albergaste con tanto
noble decoro y grandeza,
ya es imposible vengarte;
que esa nave aragonesa
que al mar da velas agora,
soberbia de verse en ella,
burlándose de tus iras,
á tu ingrato güésped lleva,
no sé si á España ó Sicilia,
á Francia ó á Ingalaterra,
que al primer reir del alba
le vi embarcándose en ella,
viniendo de echar un lance
para que con varia pesca
tan vil güésped regalases,
y alargándose de tierra
dieron las velas, zarpando
que ya del viento se empreñan,
á cuya soberbia ayudan
los clarines y trompetas
con la saloma ordinaria,
las flámulas y banderas;
mas vuelve, y verás la nave
que ya del puerto se aleja.
NINFA. Calla, no más, que me matas,
y esos clarines que suenan
al viento, son en mi muerte
músicos de mis obsequias.
(Aquí tañen, y pasa la nave, si la hubiese.)
¿Es verdad esto que miro?
¡Villano güésped, espera,
que te me vas con la paga,
si no es la paga mi afrenta!
¿Dónde me llevas el alma,
que con tan grandes ofensas
echará á fondo el navío
que más que la tierra pesan?
¿Cómo, güésped enemigo,
por dulces abrazos truecas
olas del mar y una casa
que á tantos vivos encierra.
Mostro fiero, en quien las jarcias (1)
parecen nervios y venas,
caballo del mar con alas
que para mi daño vuelas.
Cárcel movediza, arado
de las olas, que no dejas

(1) Faltan éste y los tres versos que siguen en el texto impreso.

acabando de pasar
la señal del surco apenas;
monte arrojado en las aguas,
cuyas secas arboledas
son mástiles y mesanas,
raíses (1), cables y cuerdas;
caballo griego preñado
de traiciones y promesas,
para fuego de la Troya
que dentro en mi pecho queda.
¡Plega á Dios que en un escollo
ó en algún banco de arena
dejes la gavia y las jarcias
y la quilla en las estrellas!
¡Rayos los cielos airados
en tu plaza de armas lluevan;
el viento te beba el árbol (2),
el agua las obras muertas;
á la pelota contigo
de la mar y de la tierra
jueguen los vientos y falta
hagan en alguna peña,
y ese ingrato que llevas,
cuando todos escapen sólo él muera!

MÚS. 2.º Mira quién eres, señora.
Vuelve en ti.

NINFA. Dejadme, afuera,
que estoy loca, que me abraso.

LAURA. ¡Hay desdicha como aquésta!

NINFA. Dejadme todos, dejadme,
que en el mar...

MÚS. 2.º Señora, espera.

NINFA. Dejadme morir, amigos.
¿Qué importa que yo perezca?

MÚS. 2.º Mucho importa á tus vasallos.

NINFA. ¿Para qué queréis Condesa
y una señora afrentada
con la culpa desta pena?
Pero yo me vengaré
deste agravio, desta ofensa,
aborreciendo las vidas
de los hombres de manera
que hasta encontrar con mi ingrato
he de matar cuantos vea;
porque es bien que paguen todos
lo que un hombre solo peca,
y saliendo á los caminos
como víbora sedienta
de su sangre, me pregono
por pública bandolera,
y de no tener, al cielo
juro, con hombre clemencia
hasta morir ó vengarme.

MÚS. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera
mano ingrata que esas tablas
con resina, pez y brea,
juntó para mi desdicha
y para tantas ofensas!
Pero ¿de qué cosa pudo
en la mar como en la tierra
ser la codicia inventora
que no fuese inorme y fea?
¡Qué lejos va de los ojos!
Ya parece que al sol llega
tendidas las alas pardas
el águila de madera.
¡Oh, aleve máquina! Bajes
al centro pedazos hecha,
por que enseñes las entrañas
que tantos males encierran,
y ese ingrato que llevas
cuando todos escapen, sólo el muera!

(1) En el impreso «raizes».

(2) En el impreso dice:
«El viento te sorba el agua
y el agua las olas muertas.»
Pero es de creer que la buena lectura sea:
El viento te rompa el árbol,
el agua las obras muertas.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen CARLOS *y la* DUQUESA.

DUQUESA. Tristeza sin ocasión,
llámela vueseñoría
natural melancolía.

CARLOS. Duquesa, tenéis razón;
triste sin causa me siento.

DUQUESA. ¿Cuándo vos serlo soléis,
si no es, Duque, que lo estéis
de algún nuevo pensamiento?
Siempre la melancolía
es efeto natural,
y desde el principio mal
que con la sangre se cría.
Esta es imaginación,
no propia naturaleza;
llamalda, Duque, tristeza
que habrá tenido ocasión.

CARLOS. Tristeza ó melancolía,
yo estoy sin gusto.

DUQUESA. Será
de alguno nuevo.

CARLOS. Ya está
cansada vueseñoría. (*Vase* Carlos.)

ESCENA II

La DUQUESA *sola.*

La que llega á cansar á su marido
no ha menester en las celosas flechas
averiguar testigos de sospechas,
ni hacer linces los ojos ni el oído.
Ni importará sacar contra su olvido
de amor las paces una vez deshechas,
con suspiros, con lágrimas y endechas,
agua del alma y fuego del sentido.
Excusar dél querellas me parece;
haga su curso amor, que es apetito,
y aquello que le privan apetece,

que si estrecharle á celos solicito
es prisión en que más se ensoberbece,
y añadirá á un delito otro delito.

ESCENA III

Sale ROBERTO.—DICHA.

ROBERTO. Aquí la Duquesa está.
Siempre que por no encontralla
determino barajalla
más veces la encuentro.
DUQUESA. Ya
viene en su busca Roberto,
y de encontrarme le pesa.
ROBERTO. Ya me [ha] visto la Duquesa.
DUQUESA. ¿Habrán hecho algún concierto
para sus melancolías?
ROBERTO. ¿No estaba, señora, aquí
el Duque, mi señor?
DUQUESA. Sí,
Roberto. ¿Qué le querías?
ROBERTO. Yo, servir á su ecelencia;
llamóme, y vine á buscalle.
DUQUESA. ¿Adónde quieres llevalle?
¿Hay nueva dama en Cosencia?
¿Ha venido fruta nueva
á la corte á que llevar
al Duque, que en el lugar
antes que nadie la prueba?
¿Tráesle recado ó papel (1)
de alguna impresa que alcanzas?
¿Hay ya nuevas esperanzas?
¿Muéstrase menos cruel?
¿Dice que hablará esta noche
al Duque, cuando dormido
esté el padre ó el marido?
¿Quiere joyas, pide coche?
¿Qué tenemos?
ROBERTO. Vueselencia
hacerme merced solía.
DUQUESA. ¡Qué gentil hipocresía!
Ya me falta la paciencia.
¿Qué merced os he de hacer,
si sé que sois su alcagüete?
ROBERTO. Que á vueselencia respete
siempre forzoso ha de ser;
pero miente el lisonjero,
vueselencia me perdone,
que de envidia mal me pone
con quien agradar espero
más que al Duque mi señor,
porque ven que en su privanza
tanto mi ventura alcanza.
Antigua plaga y rigor
de criados á señores,
que en viendo alguna ocasión,
como no los oigan, son
lisonjeros y habladores.
No tienen penas pequeñas,
por los chismes que engendraron,
los primeros que inventaron
los escuderos y dueñas.
¡Mal haya tan mala gente,
aunque éntre con ellos yo!
DUQUESA. ¿Cuándo, Roberto, se vió
condenarse el delincuente
sino es dándole tormento (1)?
ROBERTO. Esos músicos cobardes
hacen en Palacio alardes,
sin él, de culpas de viento.
DUQUESA. Roberto: lo que yo veo
no lo he menester oir.
ROBERTO. ¿Qué es lo que quiere decir
vueselencia?
DUQUESA. Que deseo
que al Duque no divertáis;
que sé que os sirve la caza
de estratagema y de traza
para lo que deseáis,
y que sabéis, con achaque
de socorrer un neblí,
perderos los dos, y ansí,
sin que otro ninguno os saque
de rastro en más de seis días
donde más gusto tenéis,
libres os entretenéis
á costa de penas mías.
Esto y otras cosas sé,
aquí y fuera del lugar,
que se pueden remediar,
ó yo las remediaré.
ROBERTO. Mire vueselencia bien
que me está tratando mal;
que al Duque le soy leal
y á vueselencia también;
que más que á mí no es razón (2)
dar crédito á aduladores;
mas ya es plaga en los señores
la primera información.
DUQUESA. Esto sé de cierta ciencia;
procurad vos que se impida,
que os haré quitar la vida
por vida de su excelencia.
(*Vase la* Duquesa.)

ESCENA IV

ROBERTO *solo* (3).

¡Oh, palacio cruel, casa encantada,
laberinto de engaños y de antojos,
adonde todo es lengua, todo es ojos;
cualquier cosa es mucho y todo es nada.
Galera donde rema gente honrada
y anda la envidia en vela haciendo enojos;
hospital de incurables, que á hombres cojos
das siempre una esperanza por posada.

(1) Faltan en el impreso éste y los siete versos que siguen.

(1) Este y los tres siguientes versos no están en el impreso.

(2) Falta esta redondilla en el texto impreso.

(3) En el impreso, en lugar de este soneto, hay la siguiente redondilla:

«Sentencia de muerte oí
y ¡por Dios! que hay que temer
de una celosa mujer.
Pero el Duque viene aquí.»

Calma del tiempo, sueño de los días;
pues son viento las pagas de tus gajes;
vano manjar de camaleones buches.
Sean tus escuderos chirimías;
órganos tus lacayos y tus pajes;
tus dueñas y doncellas sacabuches.

ESCENA V

Sale CARLOS.—ROBERTO.

CARLOS. Pues, Roberto, ¿dónde vas?
ROBERTO. A pedille á vueselencia,
para dejalle, licencia.
CARLOS ¿Qué dices?
ROBERTO. No pienso más
serville en toda mi vida.
Más quiero estarme en mi casa
que aguardar la dicha escasa
de una esperanza perdida.
No lo pasaré muy bien;
mas con mi pobre caudal
vendré á hallarme en menos mal
y más dichoso también,
que me basta el no servir
y la quietud por riqueza.
CARLOS. Vaguidos traes de cabeza;
gana me das de reir,
y en el estado en que estoy
no es pequeña maravilla.
ROBERTO. Rico con una escudilla
como el filósofo voy,
que le pareció después
que le sobraba advirtiendo
uno que estaba bebiendo
con la mano.
CARLOS. No me des
más pesadumbres, Roberto,
pues sabes que nadie alcanza
conmigo mayor privanza.
ROBERTO. Que me haces mercedes, cierto;
pero es con grande embarazo,
que quien sirve á señor ya
casado es como el que está
malo del hígado y bazo;
que lo que aprovecha al uno
suele hacer al otro daño.
CARLOS. Ha sido el ejemplo extraño.
ROBERTO. Pues yo no seré importuno
en aplicar el ejemplo.
CARLOS. Ya estoy aguardando, di.
ROBERTO. En mi señora y en ti
bazo é hígado contemplo.
Tú eres el hígado, y ella (1)
ha de ser por fuerza el bazo;
remedios de agrado trazo
ayudado de mi estrella,
de entretener y servirte,
y el bazo, que es mi señora,
sospechas y celos llora
de agradarte y divertirte;
y si dejándote á ti,
al bazo quiero agradar
con pretendelle llevar
chismes de aquí para allí,
luego el hígado está malo
y anda en mudanzas de luna
el hombre en baja fortuna,
aquí el mando y allí el palo.
Ya el bazo mucho se enfría,
ya el hígado se calienta,
ya la opilación se aumenta,
ya se engendra hidropesía;
uno es flaco y otro es fuerte,
y ambos á dos embarazo,
y ando con hígado y bazo
entre la vida y la muerte.
CARLOS. ¿Qué es lo que te ha sucedido
de nuevo?
ROBERTO. Llamóme agora
alcagüete, mi señora;
dándome de prometido,
por lo menos de la vida,
tan escasas esperanzas,
que me estorban tus privanzas.
CARLOS. De celos está perdida.
ROBERTO. Pues ¿hay novedad agora
con repentina afición?
CARLOS. Memorias pasadas son
que el alma por sueños llora.
ROBERTO. ¿Cómo memorias pasadas?
CARLOS. Ninfa me tiene sin mí.
ROBERTO. ¿Con eso sales aquí?
CARLOS. Pienso que fueron soñadas
las glorias que gocé entonces,
y envidio, Roberto, agora,
pues su ausencia me enamora.
ROBERTO. La afición tienes de gonces,
que la vuelves á mil partes.
Arpón de amor te has tornado;
no te entenderá un tejado.
CARLOS. Tiene amor extrañas artes,
Roberto, de perseguir
al que dél piensa que sale
libre cuando al viento iguale
y ufano piensa vivir.
Después que llegué á Cosencia,
Roberto, con las memorias
de tantas sonadas glorias
pierdo el seso y la paciencia;
que el ausencia las más veces
acrecienta la pasión
y despierta el afición.
ROBERTO. De más colores pareces
que el arco que pinta el cielo.
CARLOS. El amor me ha condenado
la ingratitud en cuidado
y la mudanza en recelo;
loco estoy, Ninfa me abrasa;
¿qué haré, Roberto?
ROBERTO. No sé,
que al bazo dañar podré.
CARLOS. Eso de límite pasa.
Deja necedades ya,
acude al remedio mío.
ROBERTO. Por fuerza habrá de ser frío
para el calor con que está,
del hígado vucelencia,
olvidos son menester.

(1) Faltan éste y los veintitrés siguientes versos en el impreso.

CARLOS. Esos ¿cómo pueden ser
si más me abraso en su ausencia?
ROBERTO. Pues al remedio acudamos (1)
del clavo que uno á otro saca.
CARLOS. Esa no es buena triaca
para mi veneno.
ROBERTO. Vamos
á vella.
CARLOS. Ese es el mejor.
ROBERTO. Cuando es tan grave dolencia
aplica al dolor de ausencia
ungüento de ojos, amor.
Mas ¿con qué traza ha de ser
si mi señora por traza,
ha condenado la caza
con que la pudieras ver
á costa de otro neblí,
puesto que así no podías
gastar allá muchos días?
CARLOS. Pues ello ha de ser ansí.
Yo he de fingir que he tenido
del Rey mañana una carta
en que me manda que parta
á Nápoles; advertido
que con diligencia sea,
que en la corte mi persona
á cosas que á la corona
son importantes, desea,
y así con pocos criados,
y por la posta, saldré
de Cosencia, y fin daré
con Ninfa á tantos cuidados,
que ya me tienen á pique
de morir; y claro está
que á mis disculpas dará
crédito que certifique
la fineza de mi amor.
ROBERTO. ¿Piensas hablalla verdad
en lo que á tu calidad
toca?
CARLOS. Ya fuera rigor,
Roberto, el fingido trato.
ROBERTO. ¿Y el casamiento?
CARLOS. No sé.
Vamos, que yo trataré
como no parezca ingrato
y estará toda sospecha
segura con lo que trazo.
ROBERTO. ¡Plega á Dios no dañe al bazo
lo que al hígado aprovecha! *(Vanse.)*

ESCENA VI

Salen por el monte abajo, de salteadores, todos los que puedan, y NINFA *detrás con bastón y de bandolero.*

NINFA. Este es buen puesto por hoy:
en los que he mandado estén
esos soldados con quien
dando guerra á Italia estoy
y al mundo; que aunque la humana
sangre toda dél vertiera,
satisfecha no estuviera
mi hidrópica sed tirana;
y siendo eterna homicida,
no tendrá con la que vierte
mayor amigo la muerte,
mayor contrario la vida.
Que con la fiereza extraña
que al paso esperando estoy
un risco, un escollo soy
de aquel mar, desta montaña;
tanto, que llego á temer
que han de venirme á faltar
vidas que poder quitar,
muertes que poder hacer;
y de mi cólera fiera
pienso, de crueldad armada,
que no he de quedar vengada
cuando todo el mundo muera.
ALEJAND. Quien mira tu gentileza
publica, Ninfa, que bajas
á matar con dos ventajas:
de hermosura y fortaleza;
que dando á los enemigos
muerte fiera con tus manos,
con tus ojos soberanos,
no perdonas los amigos.
Mira, si á todos maltratas,
de qué modo han de seguirte
los que vienen á servirte,
si de guerra y de paz matas.
Todos tus armas tememos,
porque vienen más armados
tus ojos que tus soldados;
pero ya que no podemos
escapar de ser despojos
de tu valor invencible,
enséñanos, si es posible,
á defender de tus ojos.
NINFA. Alejandro: yo te he hecho,
á ti y á César, mi honor
fiando y viendo el valor
del uno y el otro pecho,
capitanes de quinientos
hombres que se me han llegado,
escogiendo por sagrado
de sus vivos pensamientos
esta montaña en que estoy
del real camino y playa
más vigilante atalaya,
donde en mi venganza soy
un esfinge cada día
dando, despeñando, muerte
á cuantos su corta suerte
y dichosa suerte mía
traen á morir á mis manos;
y lo mismo te prometo
si me pierdes el respeto,
¡por los cielos soberanos!
porque no estoy con los hombres
tan bien que he de perdonallos.
Pues ves que salgo á matallos
aborresciendo sus nombres,
tus locos atrevimientos
puedes desde hoy refrenar,
porque sabré castigar
palabras y pensamientos.
ALEJAND. Perdona si te ofendieron,

(1) Omitidos en el impreso éste y los tres versos que siguen.

que á tu valor no vencido
atrevimientos no han sido;
alabanzas solas fueron
que yo estimo.

NINFA. No es materia
para hablar en ello más.

ALEJAND. Con razón airada estás.

CÉSAR. Hoy por fuerza de la feria
de Salerno han de pasar
percachos y mercaderes.

NINFA. No ofendáis á las mujeres;
los hombres podéis matar,
robándoles cuanto llevan,
que yo solamente quiero
las vidas: tomá el dinero
vosotros y no se atrevan
á hacer ofensa á ninguna
mujer, porque colgaré
á quien gusto no me dé.
Toda la mala fortuna
corran los hombres, que son
los que me ofenden no más,
y escarmiente á los demás
mi fiera satisfacción.

CÉSAR. De diferentes cabezas
tienes llenos estos tejos,
que parecen desde lejos
fruta que dan sus malezas,
sin las que ha tragado el mar.

NINFA. ¿A cuántos di muerte ayer?

CÉSAR. Noventa deben de ser.

NINFA. ¡Qué, no pudieron llegar
á ciento! Corta tarea;
yo la llenaré otra vez,
que hoy han de ser ciento y diez.

ALEJAND. No hay quien de una mujer crea
extremo tan inhumano.

(*Dice dentro una* MUJER *lastimosa.*)

MUJER. ¡Justicia, cielos, os pido!

NINFA. A ver qué es ese ruido;
id luego y no será en vano,
que parecen de mujer
estas quejas.

ALEJAND. Los dos vamos
á servirte.

CÉSAR. Entre estos ramos
sin duda deben de ser.

NINFA. Si es mujer no permitáis
que la ofendan.

ALEJAND. Será ansí
como lo mandas.

NINFA. O aquí
donde estoy y donde estáis
colgaré al que la ofendiere
de un roble.

ALEJAND. ¡Justo rigor!

NINFA. Y lo demás no es valor,
sino vileza.

(*Vanse* Alejandro *y* César.)

ESCENA VII

Sale POMPEYO.—DICHOS.

POMPEYO. Si fuere
tan dichoso que á mi intento
corresponda mi crueldad,
hoy gozo la libertad
sobre las alas del viento.

NINFA. ¿Dónde vas, hombre?

POMPEYO. A buscarte,
si eres, Ninfa, la Condesa.

NINFA. Aunque ser quien soy me pesa,
quién soy no puedo negarte.
¿Qué quieres?

POMPEYO. Como he sabido
que, ofendida y agraviada,
con la pistola y la espada
rayo de Calabria has sido
y que en ella son tus hombres,
Ninfa, mostro del amor,
Condesa de Valdeflor
y enemiga de los hombres,
y que en Calabria has juntado
todos los más animosos
valientes y sediciosos,
yo, á tu valor inclinado
y á este famoso ejercicio
con que matas tantos hombres
de tan diferentes nombres,
porque agradarte codicio
y servirte juntamente,
colgada dejo de un roble
á mi mujer, que aunque es noble,
discreta, cuerda y prudente,
es propia mujer, en fin,
que le basta por delito,
y al viento en tu busca imito.

NINFA. Ha sido para tu fin;
que yo no amparo crueldad
contra mujer, que esa es sola
la impresa que sigo. ¡Hola!
de ese roble le colgad
adonde le puedan ver,
y la misma muerte siga
con un letrero que diga:
«Por traidor á una mujer».

POMPEYO. ¡Señora!

NINFA. Llevalde.

POMPEYO. El cielo
me castiga justamente.

ESCENA VIII

ALEJANDRO *y* CÉSAR *sacan á la* MUJER. (1)

ALEJAND. Esta es la mujer.

NINFA. Detente.

MUJER. Mayor desdicha recelo.

NINFA. ¿No la dejaste colgada?

ALEJAND. Con las espadas cortamos
el cordel cuando llegamos.

NINFA. La intención ejecutada
merece el propio castigo
á su pensamiento doble;
colgadle del mismo roble.

MUJER. Señora: aunque es mi enemigo,
es mi marido en efeto;
no le matéis.

NINFA. ¿Qué mujer
llegar pudo aborrecer
cuando tuvo amor perfecto?

(1) «*Con la soga á la garganta*», en el impreso.

Mi ejemplo he mirado en ti;
levanta, mujer, no muera,
y será la vez primera
que hombre he perdonado aquí;
y agradezca que ha traído
por padrino á una mujer,
que con mirarse ofender
á ser su vida ha venido,
que no se escapara ansí.

POMPEYO. Beso tus pies, que yo voy
arrepentido y no estoy,
después que te miro en mí,
que te pintaban más fiera
de lo que señales das.

NINFA. Sólo con hombres no más;
hasta que un ingrato muera
tú te quedarás conmigo;
agora, y á tu mujer
podrán soldados volver
á su lugar.

POMPEYO. Pues contigo
seré un Pompeyo, que así
es mi nombre.

NINFA. ¿De adónde eres?

POMPEYO. De Casano.

NINFA. Si no fueres
hombre de importancia, aquí
no te faltara castigo
como al que á infamias se atreve
y no es bien consigo lleve
tu mujer á su enemigo.

MUJER. Como muerte no le des,
hácesme muchas mercedes.

NINFA. Partirte á Casano puedes
luego.

MUJER. Bésote los pies.

NINFA. Una escuadra de soldados
haced que baje con ella,
porque no pueda ofendella
nadie.

ALEJAND. Ya están aprestados.

MUJER. Dete la fortuna el bien
que darte, señora, puede.

POMPEYO. Como yo sin ella quede
viva mil siglos, amén.

(Llevan la Mujer.)

ESCENA IX

Sacan un CORREO *con una maleta con cartas* (1).

CÉSAR. Entra, borracho.

NINFA. ¿Qué es eso?

CORREO. Mi mala suerte.

CÉSAR. Un correo.

NINFA. Días ha que le deseo.

CÉSAR. Lleva la maleta peso.

CORREO. Todas son cartas.

NINFA. Tú llevas
famosa mercadería
pues vas la noche y el día
de papel cargado y nuevas.
¿De dónde vienes?

CORREO. Señora:
de Nápoles.

NINFA. ¿Qué se dice
allá de mí?

CORREO. Apenas hice
venta en Nápoles un hora
cuando me hicieron con esto
partir á Trento.

NINFA. Si fuera
á esotro mundo, pudiera
ser que llegaras más presto.

CORREO. ¿De qué suerte?

CÉSAR. Hay un despacho
para el infierno; ¿qué dudas?

CORREO. Debéis de escribir á Judas,
que fué calabrés.

CÉSAR. ¡Borracho!
¿quieres que te dé?

NINFA. Abrid luego,
entretanto, esa maleta
que descansa la estafeta,
y no dejéis ningún pliego
que no abráis, para saber
lo que hay de nuevo en la corte,
porque puede ser que importe.

CORREO. ¿Qué descanso ha de tener
quien vuestro rigor espera
sin daros más ocasión?

NINFA. Acabad

CORREO. Mirad que son
despachos del Rey.

ALEJAND. Que fuera.

NINFA. Id deshaciendo los pliegos.

CÉSAR. Mostrad acá; ¡qué cruel
embarazo de papel!

NINFA. ¡Qué de engaños, qué de ruegos,
qué de avisos, qué de amores,
qué de agravios, qué de miedos,
qué de mentiras y enredos,
qué de trampas, qué de flores,
de falsas correspondencias,
de engañadas amistades,
de veras, de necedades,
buenas y malas ausencias
deben de venir ahí!
César: empieza á leer.

CÉSAR. Aquí dice: «A mi mujer.»

NINFA. Abre el pliego.

CÉSAR. Dice ansí:
«Dos meses ha...»

NINFA. No prosigas,
que en su afrenta se aconseja
hombre que dos meses deja
á su mujer.

CÉSAR. Bien la obligas
si ella llegara á escuchar.
«A Lisarda», dice aquí.

NINFA. Abre y lee.

CÉSAR. Comienza así:
«Dueño mío: si de amar
tu soberana hermosura,
el amor no me pagara
volviéndome loco...»

NINFA. Pára;
que ese es ingrato y procura
engañar á esa mujer;
porque si bien la quisiera,

(1) Falta toda esta escena en el impreso. Sin embargo en el reparto figura, como se ha visto, *Un Correo*, lo cual demuestra que la escena fué suprimida al imprimir la obra.

adonde ella está estuviera.
Rompe.
CÉSAR. Ya empiezo á romper.
NINFA. ¿Qué pliego es ése?
CÉSAR. «A Sisberto,
mercader», dice.
NINFA. Será
cédula alguna.
CÉSAR. Aquí está.
NINFA. Que fué para mí es más cierto.
¿Qué es la cantidad?
CÉSAR. Dos mil
ducados á letra vista.
NINFA. ¿A quién?
CÉSAR. A Claudio Bautista
y á Juan María Gentil.
NINFA. Ginoveses son, por Dios,
que se han de dar por la posta;
éstos de ayuda de costa
se tomen para los dos,
César y Alejandro.
ALEJAND. El cielo
edades largas te guarde.
NINFA. Y partiránse esta tarde
á cobrallos.
CÉSAR. Todo el suelo
de la Europa á tus pies sea
alfombra no merecida,
y de tu fama y tu vida
los eternos siglos vea.
NINFA. Pasa adelante.
CÉSAR. «Gaceta»,
dice aquí, «á Celio».
NINFA. Esas son
nuevas.
CÉSAR. El primer renglón,
si el pecho no te inquieta,
con tu nombre empieza.
NINFA. Di,
que no hay cosa que mi pecho
sobresalte, satisfecho
del valor que vive en mí.
CÉSAR. (*Lee*) «Ninfa, Condesa de Valdeflor, olvidándose de quién es y viéndose burlada de cierto caballero, con quinientos hombres y más anda robando por los caminos de Calabria y abrasando los lugares convecinos, y hoy por mandado del Rey han pregonado su talla en diez mil escudos y libertad de sus delitos, y si fuere compañero suyo el que trujere su cabeza, muchas más mercedes.»
NINFA. No pases más adelante,
que á la estafeta que lleva
ese pliego, por la nueva
quiero dar porte importante.
¡Hola! echad esa estafeta,
para que pueda llegar
presto al infierno, en la mar,
y en el cuello la maleta.
CORREO. ¡Piedad!
NINFA. No hay piedad, villano;
llevalde luego de ahí.
CÉSAR. Por el viento desde aquí
le verás ir al mar cano.

ESCENA X

Llevan el CORREO *y sacan dos* MÚSICOS *de camino, las capas al hombro y las guitarras debajo del brazo.* —DICHOS.

ALEJAND. Llegad.
NINFA. ¿Quién son éstos?
MÚS. 1.° Dos
músicos míseros somos.
ALEJAND. Y tenéis muy buenos lomos
para un remo.
MÚS. 2.° Guárdeos Dios
por la merced.
NINFA. ¿Dónde vais?
MÚS. 1.° A Nápoles.
CÉSAR. ¡Buena gente!
NINFA. ¿Y es música solamente
la pretensión que lleváis?
MÚS. 2.° Señora, sí, que en la corte
suele estimarse.
NINFA. Cantad,
que yo os diré la verdad,
y si no es cosa que importe,
aquí os quedaréis mejor
y excusaréis de cuidados.
MÚS. 1.° ¿Cómo?
NINFA. De un roble colgados
ó en el mar. Perdé el temor
y cantad.
MÚS. 2.° Danos licencia
para templar.
NINFA. No cantéis
si habéis de templar, pues veis
que tengo poca paciencia:
el uno cante no más.
MÚS. 1.° Escucha.
NINFA. Ya estoy atenta,
aunque no quiere mi afrenta
que esté con gusto jamás.
MÚSICO. «Bordaba el alba las flores
que afrentó la noche fría;
cantaban al sol las aves,
lloraban las tortolillas,
cuando, buscando los brazos
del Duque Vireno, Olimpa
sombras ciñe, engaños toca;
despierta, llora y suspira,
salta del desierto lecho,
corre al mar, su arena pisa,
y de la peña más alta
la nave del Duque mira.»
NINFA. Arrojad esos villanos (1)
de aquesas peñas vecinas,
que son cisnes que cantando
hoy mi muerte solicitan;
y dejadme todos sola,
porque no quiero á la vista
tener ningún hombre.
CÉSAR. Vamos. (*Déjanla sola todos.*)

---

(1) Después de este verso, sigue en el impreso:
«á la mar, pues con Olimpa
y con Vireno me cantan
ejemplos de mi desdicha.
MÚSICO 1.° Señora...
NINFA. Arrojadlos luego.»

ESCENA XI

NINFA.

¡Ay, memorias enemigas,
qué fuego habéis en el alma
revuelto; qué de mentiras,
qué de promesas y agravios,
qué de palabras fingidas!
¡Ay, Vireno! Fiero el mar,
cuyas mudanzas imitas
con ingratitudes tantas,
te dé sepulcro.

ESCENA XII

Salen CARLOS *y* ROBERTO, *desnudas las espadas, y acosándolos* ALEJANDRO, CÉSAR *y otros* BANDOLEROS.—NINFA.

CARLOS. Las vidas
hemos de vender muy bien;
que también pólvora espiran
y balas estos cañones,
y son de acero estas limpias
espadas.
ALEJAND. ¡Rendíos, villanos!
ROBERTO. ¡Mentís! y las obras sirvan
en lugar de las palabras,
bandoleros de mentira.
(*Ahora salen todos.*)
NINFA. Teneos; ¿qué es esto? Apartad;
no los ofendáis.
CARLOS. ¿No es Ninfa
ésta, Roberto?
ROBERTO. Señor:
ó es su imagen ó ella misma.
NINFA. ¿No es aqueste Carlos? ¡Cielos,!
¿Es del alma fantasía?
¿Es sueño?
CÉSAR. Los tres están
suspensos.
CARLOS. ¡Notable dicha!
NINFA. Ven acá: ¿cómo te llamas?
CARLOS. Carlos.
NINFA. ¡El es!
CARLOS. ¿Qué te admira?
NINFA. Pienso que ha sido ilusión.
CARLOS. Y para mí el verte, Ninfa.
NINFA. No acierto á tomar venganza,
con estar de ti ofendida
y haber sido la fatal
ocasión de mis desdichas.
Por ti sólo, ingrato Carlos,
poniendo la sangre mía
en olvido y los agüelos
que mi nobleza acreditan,
soy pública bandolera
del cielo y suelo enemiga,
no perdonando, agraviada,
á ningún hombre la vida,
y hoy la tuya, ingrato güésped,
me pagará...
CARLOS. No prosigas,
que es tuya, Ninfa, y no es bien
que acabes tu vida misma.
A buscarte, cielo hermoso,
y á disculpar mi huída
vengo: mátame si quieres,
como tú contenta vivas,
que yo sé que no podrás
sacarte del alma mía.
NINFA. ¡Ay sirena! ¿Otra vez cantas?
Vuélvete al mar, no me rindas.
CARLOS. Por que entiendas, Ninfa hermosa,
de la suerte que te estima
el alma, hablarte verdad,
amor y sangre me obligan.
El Duque soy de Calabria,
casado por mi desdicha
con Diana la Duquesa,
del Rey de Nápoles hija.
NINFA. ¡Qué dices!
CARLOS. Esto que escuchas.
NINFA. No me vengas con mentiras.
CARLOS. Esta fué ocasión, señora,
para dejarte ofendida,
que amor, antes de obligado,
imposibles facilita.
Sirvió de nube la nave
que iba entonces á Mesina
para encubrirte quién era
si los pasos me seguías.
Pensé vivir sin tus ojos,
y es imposible que viva,
y vuelvo loco á buscarlos.
Amor fué, no fué malicia;
cuando llegué á ese repecho
que el camino determina
de Nápoles á Calabria,
desnudando las cuchillas
y calando las pistolas
con gallarda bizarría
estos soldados diciendo:
«Detente» al paso salían.
Matáronme el postillón
antes de dejar la silla,
y por no morir tendido,
con villana cobardía,
de las postas á la tierra
salté, haciendo que me sigan
con Roberto dos criados
que en mi servicio venían.
A la primer rociada
mueren los dos, y á la vista
poniéndonos las pistolas
de las nuestras no vencidas,
temerosos hasta el puesto
en que estamos nos retiran,
donde, como por milagro,
las hermosas maravillas
de tus ojos nos dan puerto,
nos dan gloria, nos dan vida;
que puesto que entre la gente
vulgar, escuchado había
esta novedad, jamás
la di crédito.
CÉSAR. ¿Qué miras?
ALEJAND. Loco estoy, César, ¿qué quieres?,
muero de celos y envidia.
¡Vive Dios, que favorece
en extremo á solas Ninfa
á este cobarde, á este ingrato!
CÉSAR. ¿Eso en mujeres te admira,
y más en ésta, Alejandro?

CARLOS. Mi bien, traza determina
tu gusto.
NINFA. Mata á Diana.
ROBERTO. Sentencia es definitiva;
si yo apelare por ella
á nueva chancillería
mil y quinientos me peguen
con un cable en la barriga:
tanto puede en qualquier pecho
un agravio.
CARLOS. Si mil vidas
tuviera, mil le quitara.
NINFA. Duque de Calabria, mira
que me has dado la palabra,
y si desta fe te olvidas,
Troya volveré á Cosencia,
hasta mirar sus cenizas.
CARLOS. Esta palabra te doy,
y mano desde este día
de esposo.
NINFA. Tuya soy, Carlos.
ALEJAND. Celoso estoy, ¡muera Ninfa!
pues sirvo al Rey y á mis celos.
(*Encara el arcabuz contra* Ninfa *y no da fuego.*)
Cayóseme, ¡qué desdicha!
NINFA. ¿Qué es esto? ¡Villano!
ALEJAND. Espera;
detente.
CARLOS. ¡Qué alevosía!
NINFA. ¿Qué te obliga á darme muerte?
ALEJAND. ¡Señora!
NINFA. Habla.
ALEJAND. Codicia
de tu talla y celos; dame
muerte, que es bien merecida.
NINFA. Yo te perdono; levanta,
que aunque las causas pedían
castigo, más es tu infamia,
y hoy he de hacer de las vidas
merced á cuantos pudiere,
de mi ventura en albricias,
y vete, porque un traidor
no es segura compañía.
César se vaya con él,
pues los secretos se fían
y son amigos tan grandes.
CÉSAR. ¡Señora!
NINFA. ¿Qué me replicas?
Este es mi gusto y es justo.
CÉSAR. Obedecerte es justicia.
Vamos, Alejandro.
ALEJAND. César,
celoso voy y sin vida.
(*Vanse los dos.—Suena dentro ruido de cajas.*)
NINFA. ¡Hola! ¿Qué cajas son éstas?

ESCENA XIII

Salen HORACIO *y* POMPEYO.—DICHOS, *menos* ALEJANDRO *y* CÉSAR.

POMPEYO. En nuestra demanda, Ninfa,
se ha descubierto en el campo
un tercio de infantería.
NINFA. Diligencias son del Rey.
CARLOS. Escapar te determina
conmigo, pues tengo postas
que á los vientos desafían
mientras esta furia pasa,
ya que segura la vida
en ninguna parte tienes.
NINFA. Vamos, que tuya es la mía,
y sálvese quien pudiere.
CARLOS. Las postas, Roberto, aprisa.
ROBERT. Mas ¿que ha de haber de nosotros
libros de caballería? (*Vanse.*)

ESCENA XIV

HORACIO *y* ADRIANO.

HORACIO. Aguarda, enemiga, aguarda.
¿Dónde vas, ingrata Ninfa?
Tras un centauro que ya
al viento en el curso imita.
¿Tan presto nos desamparas?
¿Cuando es menester te eclipsas (1),
sol escaso de Noruega?
Amigos, muera, seguilda,
y ese Paris de Calabria
muera con ella en la misma
Troya que con su belleza
su amor soberbio fabrica.
¡Muera Ninfa! Ea, soldados,
pues se ausenta y nos olvida.
¡Muera Ninfa!
(*Vase* Horacio *y el compañero, metiendo mano á las espadas, y dicen dentro.*)
TODOS. ¡Ninfa muera,
y el Rey de Nápoles viva!

ESCENA XV (2)

Sale NINFA *sola, como que se ha perdido en el monte.*

Bien te llaman, ¡oh, noche! imagen muda
de temor y la muerte, pues con tantos
ojos apenas ves tus sombras negras,
y siempre lloras y jamás te alegras.
A Carlos he perdido en este monte,
y cansado el caballo dió conmigo
en este laberinto de jarales,
sin estribos ni riendas, ¡bravo paso.
pienso que encuentro un monte á cada paso.
¿Qué haré, que estoy confusa? ¿Iré adelante?
¡Ah, Carlos, Carlos! Nadie me responde;
sólo el silencio el eco ha interrumpido,
que entre estas hojas respondió dormido.
Rendida estoy, quiero pasar la noche,
á quien muy corto término da el día
al parecer, sobre esta verde grama,
pues no hay para quien quiere mejor cama.
Sueño, ocupad un poco los sentidos
poniendo un rato á mis recelos tregua,
hasta que pase la tiniebla obscura,
que poco á un desdichado el bien le dura.

---

(1) Falta en el impreso éste y los nueve versos que siguen.

(2) Esta escena es algo diferente y más corta en el impreso. Las variantes, aunque muchas, no son de importancia ni mejoran el texto.

Llegue el día que aguardo, llegue el día,
y en los brazos que adoro, regalada,
descanse el afligido pensamiento.
¡Carlos, Carlos! mas ¡ay, que abrazo el viento!

(Echase á dormir, y dice entre sueños.

¡Ay, gloria del amor, poco segura,
qué poco á un desdichado el bien le dura!
Si no me engaño, pienso que amanece,
y suena gente y música: ¿qué es esto?
Ceñidos vienen de diversas flores,
aunque no me parecen labradores.

(Salen los Labradores, *tres* Bailadores *y van cayendo en el pozo, como lo dice* Ninfa, *al son de folías ó villano.)*

Alrededor de un pozo, que está en medio
de aquellas verdes hayas, que ya el día
distintas muestra ya todas las cosas,
se ponen á bailar ¡extraño caso!
cerca de un pozo, habiendo campo raso.
Uno de los más mozos que bailaban
cayó en el pozo, y los demás suspensos
se han quedado mirándole, y ahora
vuelven al baile y al primer estado
olvidados de aquello que ha pasado.
Otro ha caído agora, y se suspende
el que ha quedado, cual la vez primera;
ya éste vuelve á bailar; no los entiendo,
en lo que paran contemplar pretendo.
El último ha caído, y yo presumo
que debe de ser burla, y que es el pozo
fingido al parecer; llegarme quiero
y ver si dentro están, como han caído,
todos los que bailaban de esta suerte.

ESCENA XVI

Asómase por el pozo y aparécese la Muerte.

La Muerte.

¿Qué buscas en el pozo de la muerte?

Ninfa.

¡Válgame el Cielo! ¿Es sombra del abismo,
ó es sueño? No; que esta medrosa imagen
con mis ojos he visto. En esta selva
debe de estar mi muerte y mi desdicha.
El cielo me persigue, y no sin causa
en ella me he perdido. Grandes culpas
cometí contra el cielo, pues que tengo
á cargo tantas vidas, tantos robos.
Todo es sombras y miedos cuanto miro;
no me puedo salvar, ya está cerrado
de mi sentencia el último proceso;
amigos y enemigos me persiguen,
cielo y tierra: ¿qué haré, que ya no puedo
en cuanto mira el sol estar segura?
Desde aquí se ve el mar; este peñasco
triste teatro de mi muerte sea,
de tantos enemigos ofendida,
porque ninguno triunfe de mi vida.

ESCENA XVII

Va á arrojarse y sale un Angel *y detiénela.*

Angel. Ninfa, no te desesperes,
que no has de serlo del mar,
que más hermoso lugar
te han dedicado.

Ninfa. ¿Quién eres?

Angel. Un amigo, el más amigo
que en tus sucesos tuviste;
que desde que tú naciste
ha andado siempre contigo.

Ninfa. No te conozco.

Angel. Después,
Ninfa, me conocerás,
y si me sigues, tendrás
bien de mayor interés.

Ninfa. Ya seguirte no recelo;
llévame á cualquier lugar.

Angel. Deja el ser ninfa del mar
que has de ser *ninfa del cielo.*

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Ninfa *sola.*

Humanos desengaños,
hacedme solamente compañía,
y vosotros, engaños
del mundo, allá os quedad desde este día:
basta lo que dormidos
á la verdad tuvistes mis sentidos.
Como culebra quiero
para otra nueva vida renovarme,
donde clemencia espero,
si acierto de una vez á desnudarme
del hábito que ha hecho
la vil costumbre de mi ingrato pecho.

(Vase quitando las armas, el ristre y bonete, y valos colgando de las ramas, de algún clavo á propósito.)

Quedad por estos pobos,
bárbaros instrumentos de la muerte,
de insultos y de robos,
que con el dueño de la misma suerte
merecistes castigo
á no tener el cielo por amigo;
á cuya hermosa cara (1)
los vergonzosos ojos alzo apenas,
viendo que, aunque me ampara,
tantas ofensas de crueldades llenas
contra él he cometido,
á quien piedad de tantas culpas pido.
Volad, plumas, al viento,
galas del loco abril de mis antojos,
y las del pensamiento
sirvan para traer agua á mis ojos;
y queden los cabellos
para esconderse mi vergüenza en ellos.
Monte, en lo más espeso
de tus obscuras lóbregas moradas,
á un güésped nuevo, á un preso
recibe entre las ramas intrincadas

(1) Faltan éste y los cinco versos siguientes en el impreso.

del laberinto tuyo,
que en ti, á Dios me presento y resti-
Perdóname, entretanto [tuyo (1).
que tu soledad santa reverencio,
si violare con llanto
y debidos suspiros tu silencio.

CARLOS. (*Dentro.*) ¡Ninfa, Ninfa!

NINFA. Ya es tarde.
Del mundo, Carlos, huyo; Dios te
[guarde.
(*Vase.*)

ESCENA II

Salen CARLOS *y* ROBERTO.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa!

ROBERTO. ¿Dónde vas,
siguiendo, Carlos, el viento?
¿No miras que es por demás
aunque así á tu pensamiento
alas sin provecho das?
¿De qué sirve ninfear
por la tierra y por la mar,
si te la ha escondido el cielo
ó se la ha tragado el suelo
y no te la quiere dar?
Toda una noche y un día
hemos andado tras ella
llamándola.

CARLOS. ¡Ninfa mía!
¿dónde estás?

ROBERTO. Culpa tu estrella,
pues yendo en tu compañía
supiste tener tan poco
cuidado que...

CARLOS. Yo estoy loco;
Roberto: no me des más
pesares.

ROBERTO. ¿No me dirás
el fin, si no te provoco
á enojo también, adonde
vamos hechos caballeros
andantes? Carlos: responde.

CARLOS. Tras los hermosos luceros
de Ninfa.

ROBERTO. Si los esconde
el cielo para alumbrar
con ellos la tierra y dar
al sol rayos y arrebol,
Carlos, pídelos al sol,
que no los podrá negar,
que entre sus rayos dorados
por su resplandor divino
estarán aposentados.

CARLOS. ¡Ay, Roberto, que imagino
que están sin luz y eclipsados!

ROBERTO. ¿Qué quieres decir en eso?
Que no te entiendo, confieso.

CARLOS. Que Ninfa es muerta.

ROBERTO. Señor:
siempre recela el amor
el más dañoso suceso;
que el amor todo es recelos
en las sospechas y celos,
en la ausencia, en el desdén,
hasta que seguro el bien
corre al engaño los velos.

CARLOS. Roberto: espera.

ROBERTO. ¿Qué dices?

CARLOS. ¡Son antojos del deseo
de mis venturas felices
lo que en estas ramas veo!

ROBERTO. Serán hojas y raíces.

CARLOS. No es sino Ninfa, Roberto,
ó el deseo me ha engañado.

ROBERTO. Eso será lo más cierto.

CARLOS. ¿No es aquel ristre bordado
y aquel bonete cubierto
de plumas prendas dichosas
de su beldad celestial?

ROBERTO. Hoy en tu centro reposas.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa!

ROBERTO. Al viento igual
exceder sus plantas osas,
que debe de huir de ti,
pues no responde á las voces
que le has dado desde aquí.

CARLOS. Mal un amante conoces.—
Mi bien, aguarda; ¡ay de mí!
Como sombra me has burlado
cuando te toqué engañado.

ROBERTO. Como delincuente ha sido
que de tus manos ha huído
y la capa te ha dejado,
porque hacerte toro á ti
fuera la comparación
más pesada.

CARLOS. Estoy sin mí;
ciertas mis sospechas son.

ROBERTO. ¿Cómo?

CARLOS. A Ninfa han muerto aquí,
ó la está despezando
alguna fiera; yo voy
pasos por su sangre dando.

ROBERTO. A Píramo y Tisbe estoy
en Ninfa y en ti mirando.

CARLOS. Su misma muerte has de ver.
Arboles que habéis de ser
de mi desdicha testigos,
á un triste mudos amigos
si amigos puede tener;
peñas duras, troncos huecos,
cuevas lóbregas, sombrías,
monte oscuro, prados secos
á quien da lenguas tardías
el aire de vuestros ecos;
escasas y turbias fuentes,
arroyos que sois serpientes
desta cumbre despeñados,
primero hielos atados,
ya desatadas corrientes;
ansí todos os veáis
con lo que más deseáis
por la generosa mano
del sol rubio y del verano,

---

(1) En el impreso, después de este verso, siguen estos otros:

«Arrugadas cortezas
sean mis colgaduras de damascos;
sírvanme tus malezas
platos de hierba en mesas de peñascos,
y denme, entre esos troncos,
cama de campo tus silvestres troncos.»

que de Ninfa me digáis
adónde está Ninfa, ¿adónde?
¿Dióle muerte alguna fiera?
Nadie á mis voces responde.

ROBERTO. Aguarda, señor, espera,
y á quien eres corresponde.

CARLOS. Déjame morir, Roberto;
sepulten mi cuerpo frío
las grutas deste desierto;
de Ninfa soy, no soy mío,
sin ella mi fin es cierto.
Prendas queridas y halladas
por mi mal, de vuestro dueño
dadme nuevas regaladas,
porque me parecen sueño
todas las glorias pasadas.
¿Dónde está Ninfa?

ROBERTO. Señor:
¿cómo te han de responder?

CARLOS. Alma les dará mi amor;
pero Ninfa no es mujer,
aunque nació en Valdeflor,
para que pueda morir.
Viva está, yo he de seguir
mis suspiros y alcanzalla,
y en las estrellas buscalla
cuando de mí quiera huir.

ROBERTO. ¡Quién tal de tu amor creyera!

CARLOS. Mi bien, aguárdame, espera,
que si al cielo te has subido
alas al amor le pido.

ROBERTO. ¡Linda está la ventolera!
Amadís y Galaor
andamos hechos de amor
sin que la dicha nos sobre,
hasta que en la Peña Pobre
estés penando, señor.

CARLOS. Roberto: amor lo concierta;
á Ninfa en tierra ó en mar
he de buscar viva ó muerta.

ROBERTO. Comiénzala á vocear.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa!

ROBERTO. A esotra puerta.

(*Vanse.*)

ESCENA III (1)

Sale NINFA *sola.*

No hay cosa, Señor, que pueda
estorbarme que con tanta
diligencia os busque y siga,
que vos propio me dais alas,
y como de amor me habéis
herido, Señor, el alma,
herida y llena de fuego
vengo, como cierva al agua.
Ninfa soy ya de los ríos,
y la cabeza bañada
de la espuma saco á tierra
cortando las líneas plata.
Aquí ha de estar mi remedio,
conforme la soberana
voz del cielo me dió aviso
que por su Ninfa me aguarda.
La noche obscura se cierra
y las estrellas más claras
de negras nubes reboza
y tempestad amenaza.

---

(1) Antes de esta escena hay en el impreso lo siguiente:

«*Sale un* LABRADOR.

LABRADOR. Si buscáis una mujer
de hermosura celestial,
diosa ó ninfa, al parecer,
por este blanco arenal
al aire intenta vencer.
No sé qué lleva; parece
cierva herida, según va,
y ansiosa el agua apetece
deste río, donde ya
el nevado pecho ofrece.
Ya dejó la blanca arena
y entre la nevada espuma
parece ahora sirena
con quien no es bien que presuma
ser hermosa la que suena
en el mar napolitano
despeñada y enriquece
el campo de cristal cano.

CARLOS. Roberto: á Ninfa parece.

ROBERTO. Darle voces será en vano,
que no nos podrá escuchar.

CARLOS. Lleguémonos á la orilla
donde las podamos dar.

ROBERTO. La noche podrá encubrilla,
que ya comienza á bajar;
ya no se ve.

CARLOS. ¿Qué ocasión
puede movella, Roberto?

ROBERTO. No sé.

CARLOS. ¡Extraña confusión!

ROBERTO. El querella es lo más cierto;
que esta es propia condición,
Carlos, de toda mujer
á quien más amor obliga.

CARLOS. Roberto: ¿no puede ser
que, enamorada, me siga,
y que llegase á entender
que fué por darme ocasión
para dejalla, y que así
huyo de la obligación?
Sígueme.

ROBERTO. Ya voy tras ti.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa! (*Vase.*)

LABRADOR. Locos son.
Ni al hombre ni á la mujer
entiendo que podrá ser.
Ahora se han arrojado
al río y pasan á nado
entrambos, al parecer;
pero no es muy seguro el paso.
Voime, que la noche empieza,
con mis cabras paso á paso.
(*Dicen dentro* Carlos *y* Roberto:)

CARLOS. ¿Vienes?

ROBERTO. San Juan de cabeza.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa!

LABRADOR. ¡Extraño caso!
(*Vase, y sale* Ninfa *de pobre.*)

Ya con agua y con granizo
los lóbregos senos rasgan,
y al soplo del viento gimen
sacudidas estas ramas,
y contra mí, al parecer,
agora con justa causa
se conjuran noche y nubes,
vientos, peñascos y plantas.
Pero allí, entre aquellas peñas,
diviso una luz; sin falta
la cueva debe de ser
de Anselmo, cuyas hazañas
heroicas pregona el cielo.
Esta es la dichosa entrada
y esta es la puerta. ¿Qué bien
á esta pobreza se iguala?
¿qué corte á esta soledad?
á este palacio, ¿qué alcázar?
á esta humildad, ¿qué grandeza?
¿qué ventura á dicha tanta?
Quiero llamar, aunque rompa
de su tranquila bonanza
las treguas. ¡Anselmo, Anselmo!
¡Anselmo, Anselmo!

ANSELMO. (*Dentro.*) ¿Quién llama?
NINFA. Una mujer que el rigor
de las nubes besa y baña
con lágrimas tus umbrales.
Abreme, Anselmo, levanta.
ANSELMO. Perdona, mujer, que yo
no puedo abrir; pasa, pasa
delante y déjame solo
en mi quietud, que no faltan
adonde ampararte cuevas.
NINFA. Tu persona es necesaria,
Anselmo, para mí agora,
que he venido en tu demanda;
mira que me envía el cielo.

ESCENA IV

Sale ANSELMO, *ermitaño, muy viejo y vestido de palmas, con linterna.*

ANSELMO. ¿Quién eres?
NINFA. Soy una esclava
del demonio, una mujer
la mayor y la más mala (1)
pecadora que ha tenido
la tierra entre todas cuantas
ha sustentado y sustenta.
Soy, al fin, Ninfa.
ANSELMO. Levanta,
ya te conozco; ¿qué quieres?
NINFA. Anselmo, echada á tus plantas
vengo á confesar mis culpas
y á que me limpies el alma,
que por la mano piadosa
de Dios, Anselmo, guiada,
á nado pasé este río,
adonde supe que estabas.
Dame, Anselmo, la más fiera,
la más dura, la más rara
penitencia que mujer
haya hecho en carne humana:
que he ofendido mucho al cielo.
ANSELMO. Esa contrición bastaba
para infinidad de culpas.
Levanta, Ninfa, levanta,
y pluguiera á Dios que yo
en cuarenta años que pasan
que ha que vivo en esta cueva
vestido de secas palmas,
siendo hierbas mi sustento
y dos peñascos por cama,
hubiera medrado, Ninfa,
en la conciencia, en el alma,
tanto como tú en un día
no más.
NINFA. ¡Qué humildad tan santa!
ANSELMO. Entra en esta cueva, adonde
jamás entró humana planta
después que yo vivo en ella
sino tú agora, y aguarda
del cielo largas mercedes,
que la mano soberana
de Dios quiere hacerte Ninfa
del cielo.
NINFA. En las penas largas
del infierno mis delitos,
Anselmo, apenas se pagan. (*Vanse.*)

(1) «La peor y la más flaca», en el impreso.

ESCENA V

Salen CARLOS *y* ROBERTO *mojados, que han pasado á nado.*

CARLOS. Ya piso tierra, Roberto.
ROBERTO. ¡Lindamente, Carlos, nadas!
CARLOS. Gracias á Dios que la arena
toco, á pesar de las aguas.
(*Sale* Roberto *como nadando en seco.*)
ROBERTO. Aún estoy yo todavía
en el golfo.
CARLOS. Pára, pára,
que ya estás nadando en seco.
ROBERTO. ¡Hablara para mañana!
Nunca más burlas con ríos,
que tienen bellacas armas;
nade un delfín que lo entiende,
hijo y vecino del agua,
que de aquí adelante soy,
si el demonio no me engaña,
de parte de los mosquitos
que en pipas de vino nadan.
¡Buenos estamos, por Dios!
Pasados destotra banda
por el agua como huevos.
¡Oh! cinco veces mal haya
quien sirve á loco señor;
quien tras vanos cascos anda,
hecho fantasma en la tierra
y hecho labanco en el agua!
Pues la noche nos ayuda,
agua, Dios, hasta mañana,
agua abajo, y agua arriba,
ella es famosa empanada.
Tiempo pato, tiempo sopa,
tiempo hongo, tiempo rana,
tiempo muela de barbero,

tiempo arroz, tiempo linaza (1):
¿en qué ha de parar aquesto?
¿Soy garbanzo, soy patata,
soy abadejo, soy berro?
¿Qué me quieres?

CARLOS. Ninfa, aguarda.
¿Adónde estás, dónde huyes?
Roberto.

ROBERTO. ¿Qué es lo que mandas?

CARLOS. ¿Divisas á Ninfa?

ROBERTO. ¡Bueno!
¡la pregunta está extremada!
Pues no sé si estás ahí
sino sólo cuando hablas,
¿y dices si la diviso?
¡Famosamente despachas
mis servicios!

CARLOS. Pues, Roberto,
vamos los dos á buscalla.

ROBERTO. Estoy aguado, no puedo
y á un rocín, sin tener alma,
cuando lo está, no le corren,
ó de corrido descansa,
aunque si ya los criados
plaza de rocines pasan,
ya he cerrado en tu servicio;
viejo estoy, échame albarda,
ponme á una noria, que suelen
al caballo de más fama
cuando ya no es de provecho,
en las más prósperas casas
dar este pago los dueños
y las dueñas ó las amas,
y más si sabe estas cosas
la Duquesa de Calabria.

CARLOS. No hay Calabria ni hay Duquesa;
sola Ninfa es la que manda
dentro del alma, Roberto.

ROBERTO. ¡Nunca yo á vella llegara,
nunca yo la conociera!

CARLOS. La más lóbrega y extraña
noche es que he visto.

(Suena dentro ruido de cadenas arrastrando.)

ROBERTO. ¿No escuchas,
si no es que el miedo lo causa,
Carlos, un son de cadenas?

CARLOS. Los sentidos acobarda.

ROBERTO. ¿Nosotros, señor, habremos
venido á parte que vayan
nuestros nombres solamente
á Cosencia?

CARLOS. ¡Cosa rara!

ROBERTO. En este desierto debe
de andar penando alguna alma
de las que ha sacado Ninfa
con la pistola ó la espada (2),
sino es acaso la suya,
que á la violencia del agua
rindió la tirana vida
que ha sido...

CARLOS. Roberto, calla,
que la belleza de Ninfa
es inmortal, y no basta
la muerte á vencella.

(Suena ruido.)

ROBERTO. ¿Escuchas?
Ya se acerca la fantasma.

CARLOS. No temo nada, Roberto.

ROBERTO. Ya sé, y mucho más batalla
con estómagos de viento,
que pasan las estocadas
por el aire y queda un hombre
en brazos de una tarasca
que le hace harina los güesos,
sin mirar, ni tocar nada.

(Suena ruido.)

De veras va esto: se acerca.

CARLOS. No temas, que la mañana,
desmentidora de sombras
de la noche oscura helada,
abre las puertas al sol
y reciben las montañas
en fuentes de peña viva
racimos de oro y de nácar,
y no hay temor que amedrente
cuando á la tierra acompañan
los rayos del sol.

ROBERTO. Agora
entre aquellas peñas pardas
parece que un mostro viene
andando hacia acá y á rastra,
una cadena por tierra.
¡Pesada, espantosa carga:
notablemente me asombra!

CARLOS. No es mostro, cosa es humana
que con el largo cabello
lleva cubierta la cara
y el cuerpo de pardas pieles.
¡Prodigiosa vista!

ROBERTO. Espanta.

CARLOS. Una calavera lleva
en la mano izquierda y rasga
con la derecha y con una
piedra el pecho.

ROBERTO. Ella es extraña
penitencia.

(Sale Ninfa como se ha dicho por una puerta y éntrase por otra.)

CARLOS. Ya se vuelve
huyendo, que al viento iguala
como nos ha visto.

ROBERTO. Pienso
que es mujer.

CARLOS. Y no te engañas.
El alma me da, Roberto,
que es Ninfa, y me lleva el alma.

ROBERTO. ¿Ninfa vestida de pieles (1)
con cadena y con la amarga
de la muerte imagen fea,
rompiendo la no tocada
nieve de su pecho? Es sueño,
es burla.

CARLOS. Mujer, aguarda,

(1) Estos cuatro versos faltan en el impreso.

(2) Este verso y los diez y siete que le siguen no constan en el impreso.

(1) No aparecen éste y los cuatro versos siguientes en el impreso.

si eres Ninfa ó sombra suya
á mi voluntad ingrata.
Carlos soy.
NINFA. *(Dentro.)* No te conozco;
hombre, no me sigas.
CARLOS. Pára,
refrena el ligero curso.
NINFA. Busca á Dios.
ROBERTO. Ese te valga,
y desta sombra te libre
que te sigue y no te alcanza;
y ansí me da un amo cuerdo,
que no es pequeña ventaja. *(Vase.)*

ESCENA VI

Sale NINFA *sola como antes de penitencia.*

Si esta persecución, Señor, importa
para regalo mío, vengan muchas,
que siendo Vos mi amparo no las temo,
aunque me sigan con mayor extremo.
Anselmo, á cuyos pies mis culpas dije
y me dió la divina Eucaristía,
dándome esta cadena en penitencia,
que fué cilicio suyo y esta dura
peña con que mi pecho y mis entrañas
con la memoria de la muerte fiera
de acero duro las convierte en cera,
y aquestas pieles de animales fieros,
segunda vez pasar me manda el río
y que apartada dél en la otra banda
en la gruta más áspera procure
adelante llevar mi pensamiento,
porque vemos ejemplos cada día
del mal que causa nuestra compañía.
Barca parece que hay dentro del río
y el barquero ha saltado en tierra agora,
que con la lluvia de la noche oscura
soberbio raudal lleva, y la creciente
es imposible que pasalla intente,
menos que en puente ó barca, y quizá el cielo
por esta parte me encamina.

ESCENA VII

Sale un BARQUERO.—NINFA.

BARQUERO.
¿Quieres
pasar, mujer, el río?
NINFA.
Sí, quisiera,
que me importa pisar la otra ribera.
BARQUERO.
Entra en la barca, pues.
NINFA.
No tengo cosa
que darte.
BARQUERO.
Eso no importa, si eres pobre.
Vamos, camina aprisa.
NINFA.
El bien te sobre. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Salen ROBERTO *y* CARLOS.

CARLOS.
Sombra debió de ser, Roberto, aquélla,
que el viento la llevó.
ROBERTO.
Los que han perdido
todo es antojos cuanto ven. Concluye
imaginando que perdiste á Ninfa
y que si bien te quiere ha de buscarte,
y que si no, que es imposible cosa,
aunque corras la tierra en busca suya,
ni aunque surques el mar á vela y remo,
que la mujer olvida con extremo.
Advierte que eres Duque de Calabria,
que tienes por mujer tan gran señora,
que lo menos que tiene es ser legítima
hija de un Rey de Nápoles, y mira
no te castigue el cielo.
CARLOS.
Como cuerdo,
Roberto, me aconsejas; yo estoy loco.
Dar vuelta procuremos á Cosencia
ROBERTO.
Hace como quien es vuestra eselencia.
NINFA *(Dentro da voces.)*
¡Que me ahogo! ¡Socorro!
CARLOS.
Voces suenan.
ROBERTO.
Serán de ganaderos.
NINFA.
¡Que me ahogo!
CARLOS.
Voces son de mujer; guia, Roberto,
á la puente.
ROBERTO.
¡Notable desconcierto! *(Vanse.)*

ESCENA IX

Sale el BARQUERO *arrastrando á* NINFA *de los cabellos por el tablado.*

NINFA.
¡Que me ahogo, piedad!
BARQUERO.
No saldrás, Ninfa,
con lo que intentas esta vez, ni el cielo
ha de poder librarte, ni ese viejo
Anselmo, mi enemigo. ¡Muere, ingrata!,
que el mismo á quien serviste ése te mata.
No has de lograr la penitencia ¡muere!
pues has sido mi esclava en mi servicio,
que no te has de alabar de la vitoria
del haberme dejado á tan buen tiempo.

ESCENA X

Sale el CUSTODIO.—DICHOS.

CUSTODIO.

Ya no es tu esclava, cese tu castigo;
Ninfa es del cielo: apártate enemigo.

BARQUERO.

¿Hasta aquí me persigues? ¿Qué me quieres?

CUSTODIO.

Quitarte á Ninfa.

BARQUERO.

Vesla ahí.

CUSTODIO.

Barquero
infernal, vete agora.

BARQUERO.

Yo me parto;
mas yo me vengaré.

CUSTODIO.

Vete, enemigo.
Sígueme, Ninfa.

NINFA.

Ya, mi bien, te sigo.

(*Vanse.*)

ESCENA XI

Sale la DUQUESA *y todos los que puedan con ella de casa.*

UNO. Aquí vueselencia puede,
si quisiere, descansar.
DUQUESA. Ya no hay, Ortensio, lugar
para mi descanso; excede
la pena al mayor descanso,
el pesar al mayor gusto,
que puede mucho un disgusto.

ESCENA XII

Sale el PASTOR *que salió al principio de la jornada.* DICHOS.

PASTOR. Tienes de pagarme el ganso.
DUQUESA. ¿Qué tiene ese labrador?
PASTOR. Señora, pues me ha escuchado:
un criado mal criado
tuyo entró por Valdeflor
cuando pasó por allí
agora su señoría,
con toda la fantasía
que en toda mi vida vi;
y al pasar della laguna
una pedrada tiró
á un ganso, y me le mató
sin helle cosa ninguna,
y no me quiere pagar
lo que vale.
DUQUESA. ¿Quién ha sido?
PASTOR. A fe, si hubiera querido
la señora del lugar
que estuviéramos mejor
de lo que estamos tratados,
pues tien vasallos honrados.
DUQUESA. No os aflijáis, labrador.
Hacelde dar lo que vale,
y vuélvanle luego el ganso.
PASTOR. Dios le dé mucho descanso,
porque la presencia iguale
siempre á tan grande valor
como muesa aquese pecho.
DUQUESA. Venid acá: ¿qué se ha hecho
Ninfa?
PASTOR. Dejó á Valdeflor,
y por su bellaquería
ó poco recato, en fin,
la gozó un hombre roín
estando allá en su alquería,
y burlada la dejó;
y ella, loca y agraviada,
por quedar déste vengada
bandolera se tornó;
hasta que enviando el Rey
un tercio de infantería,
su furia huyó en compañía
de un caballero sin ley
que dicen que era casado,
y aun hay quien ha dicho aquí
que era el Duque...
DUQUESA. Acaba, di.
PASTOR. De Calabria, y que le ha dado
la palabra de matar
á su mujer, que diz que es
una santa, y que los pies
no le merece él besar.
¿De qué lloráis?
DUQUESA. Hame dado
compasión esa mujer.
PASTOR. Otra tal encontré ayer
viniendo tras mi ganado
de esa montaña al pasar.
Sentíla que caminaba,
que atrás el viento dejaba
sin volver, hasta llegar
al río, donde se echó,
y un hombre que la seguía
con otro en su compañía
dándole voces, cortó
también el agua tras ella.
DUQUESA. ¿Cómo la llamaba?
PASTOR. El nombre
no le escuché bien.
DUQUESA. ¿Y el hombre?
PASTOR. Era de presencia bella
y que moviera á respeto
á cualquiera su persona.
DUQUESA. A fuego y sangre pregona
en público y en secreto
la fortuna contra mí
guerra de celos cruel.
El Duque es éste, y si es él
ya el bien y la paz perdí;
porque, aunque son ilusiones
los celos imaginados,
cuando son averiguados
son ciencia sin opiniones.
Quiero averiguallos más.
¿Conoces á Ninfa?
PASTOR. No;

porque después que murió
su padre, nunca jamás
los de Valdeflor la vimos,
hasta que, siendo mayor,
por el campo á Valdeflor
trocó, aunque todos sentimos
el faltar de su lugar
en extremo.

DUQUESA. ¿Esa mujer
que encontraste, puede ser
de ese modo?

PASTOR. Que pensar
con aqueso me habéis dado;
porque huyendo del furor
del Rey, con tanto valor
puede ser se haya escapado
y yo no la conociese;
pero el galán, ¿quién sería,
que tan loco la seguía?

DUQUESA. Puede ser que el Duque fuese.

PASTOR. La presencia era, pardiez,
de Duque ó de gran señor.

DUQUESA. Llevad este labrador,
que he de salir esta vez,
Ortensio, de mi sospecha.

PASTOR. ¿Dónde me quieren llevar?

DUQUESA. Guía hacia el mismo lugar
que dices.

UNO. No te aprovecha
querer dar excusas ya.

DUQUESA. Llevadle.

PASTOR. ¡Señora!

DUQUESA. El coche,
¡hola!

PASTOR. ¡Vine de allá anoche
y he de volver hoy allá!

UNO. ¿Qué importa, pues interesa
paga, que mil leguas ande?
¿No basta que te lo mande
mi señora la Duquesa?

PASTOR. ¡Nunca yo pidiera el ganso! (1)

DUQUESA. ¡Qué me cuestas de desvelos,
Carlos!; mas ¿cuándo los celos
dieron al alma descanso?

(*Vanse todos*).

ESCENA XIII

Sale NINFA *sola.*

Tente, aguarda, esposo amado;
¿cómo te vas y me dejas,
y de mis brazos te alejas?
¿Qué nuevo amor te ha llevado?
¿Tampoco estás satisfecho,
dejándome en triste calma
del que me enamora el alma
y del que me abrasa el pecho?
Dormida me habéis dejado
y os vais, Señor, ¿cómo es esto?,
volved á casa tan presto;
¿me habéis, mi bien, olvidado?
¡Ay, que me abraso, por vos! (1)
Volved, gloria de mi vida,
que estoy de amores perdida;
tomad el alma, mi Dios.
Volved, no me deis enojos,
porque, entretanto que voy
tras vos, mi bien, Ninfa soy
de las fuentes de mis ojos.
Arboles, fuentes y peñas,
al alma no le ascondáis,
que porque de él me digáis,
yo os daré todas las señas.
Es á la parda avellana
semejante su cabello;
al blanco marfil, su cuello;
sus mejillas, á la grana;
su frente es nevada falda,
que de mil claveles rojos
termina, un valle; sus ojos
son dos soles de esmeralda;
corona las niñas bellas
de celajes carmesíes;
sus labios llueven rubíes;
sus dientes nievan estrellas.
¿Hay quién dél me diga, hay quién
me le enseñe? Peñas duras,
arboledas, fuentes puras,
decid: ¿dónde está mi bien?

ESCENA XIV

El CRISTO *en la fuente.*—NINFA.

CRISTO. ¡Ninfa!

NINFA. Señor, ¿dónde estáis?

CRISTO. Aquí en esta fuente estoy.

NINFA. Allá á ser Narciso voy,
si vos, Señor, me miráis.

CRISTO. Llega, llega.

NINFA. ¡Esposo mío,
mi bien, mi Señor, mi Dios!

CRISTO. Presto, Ninfa, de los dos,
ya que en tu valor confío,
el desposorio verás;
confía aquesto de mí (2).
Presto partirás de aquí
y al sol belleza darás,
y para no ser ingrato
amante, lo que esté ausente,
Ninfa mía, en esta fuente
te dejaré mi retrato,
aunque es imposible estar
ausente de nada yo.

NINFA. ¡Mi bien, Señor!....

(*Desaparece el* Cristo.)

ESCENA XV

Asómase CARLOS *en lo alto, encima de la misma fuente.*

CARLOS. No igualó
al viento vela en el mar,
como tras Ninfa me lleva

(1) Este y los tres versos que siguen faltan en el impreso.

(1) También éste y los tres que le siguen.

(2) En el impreso: «que á las vistas vengo así».

el pensamiento forzado
de mi enemigo cuidado
en demanda de su cueva;
que mudando el pensamiento
del amor que me tenía,
en estos montes porfía
ser prodigioso portento.
Y así tras sus pasos voy,
celoso y determinado,
que de ver que me ha olvidado
corrido en extremo estoy;
y aun rabio de vella ansí
de otro dueño enamorada.
Toda esta es peña tajada,
no puedo pasar de aquí.

NINFA. Mi bien, no os vais tan aprisa,
dadme un abrazo, Señor,
que quedo muerta de amor.

CARLOS. Aquella que se divisa
sobre aquella fuente agora
es Ninfa, si no me engaño.

NINFA. ¿Por la imagen de mi daño
truecas la que el alma adora?
Fuente, ¿qué es esto? ¡ay de mí!
pues donde el cielo me honró,
del perro que me mordió
el retrato miró en ti.
(*Alza los ojos arriba y quiere huir.*)
Allí está el original:
huir quiero.

CARLOS. ¡Extraña cosa!
Mi bien, aguarda, reposa.

NINFA. Causa de todo mi mal,
déjame.

CARLOS. Aguarda, ó si no
me despeñaré de aquí.

NINFA. Si se despeña de allí
vengo á ser la causa yo
de perderse un alma, y son
los peligros que recelo
extraños, si aguardo; ¡ay cielo!
¿qué haré en tanta confusión?

CARLOS. ¿Cómo es posible que olvidas
tanto amor y voluntad?

NINFA. Sigo, Carlos, la verdad
del cielo; el bien no me impidas.
Déjame, que ya no soy,
Carlos, la que conociste;
ya soy una sombra triste,
ya con otro dueño estoy.
Dios ha tenido de mí (1)
lástima, y me ha remediado,
y matrimonio he tratado
con El, Carlos, vuelve en ti;
que ya soy de Dios esposa,
y tuya no puedo ser;
vuélvete con tu mujer,
que es honesta y virtuosa.
Ya yo no estoy de provecho
para el mundo, que me tira
otro pensamiento; mira
hecho pedazos el pecho,
sangriento el cuerpo y llagado,
porque con esta cadena
que arrastro por tierra en pena,
y prisión de mi pecado,
justamente le castigo
toda la noche y el día,
que ha sido del alma mía
mi más mortal enemigo.
Todas las cosas se acaban,
Carlos, y la edad ligera
lleva nuestra primavera
á la muerte y no se alaban
los homenajes apenas
que pudieron resistir
á los tiempos sin rendir
á la tierra sus almenas.
Carlos, tu vida gobierna
en lo mejor de tus años,
pues ves tantos desengaños,
que hay muerte y hay pena eterna.
(*Vase.*)

CARLOS. Venturosa penitente,
ya que esa causa te aleja
de mí, que te bese deja
las plantas. Ninfa, detente.
(*Vase también.*)

(1) Este y los diez y nueve versos que le siguen faltan en el impreso.

ESCENA XVI

La DUQUESA, ROBERTO *y toda la compañía con ellos.*

ROBERTO. Señora: en esta ocasión
que debes tanto á Roberto,
siguiendo sin seso al Duque
como á tu cuidado pienso
injustas ó justas cosas
quien no obedece sirviendo
á su dueño, y más en éstas
que no han tenido remedio.
Para el suyo te ha traído,
sin duda, señora, el cielo,
porque en estos montes anda
sombra y engaños siguiendo.

DUQUESA. Aunque el Duque me aborrece,
Roberto, le adoro y quiero
más que á mí misma, y ansí
ansiosa á buscarle vengo.
La fama, que siempre ha sido
de todas nuevas correo,
me avisó de la jornada
del Duque y de su suceso.
Sin poderme resistir
partí de Cosencia luego,
encaminada á este bosque
de mi amor y de mis celos,
que con sola mi persona
reducir acá los pienso
sin darle á entender que han sido
causa mis rabiosos celos.
Pártete con la mitad
de mis criados, Roberto,
hasta que el Duque encontréis,
diciéndole cómo quedo
cazando en el bosque á causa
de haber venido á este puerto

en devota romería
á ver la ermita de Anselmo,
un varón santo que dicen
que vive en este desierto,
y me entretengo cazando
en tanto que á velle vuelvo,
encubriendo lo posible
que ha sido otra causa.

ROBERTO. Hoy veo
en ti un romano valor.

DUQUESA. Que he sabido que á lo mesmo
se ha detenido, y que estoy
loca de gusto y contento.

ROBERTO. Vamos.

DUQUESA. Quizás pondré ansí
á mis desdichas remedio.

ROBERTO. Huélgome, porque salgamos
de ser amantes del yermo. (*Vase.*)

UNO. Puesto que de tus sospechas
hayas visto los efetos,
diviértete, si es posible,
que te matarán los celos.

OTRO. ¿Quieres que echemos un gamo
porque le mates?

UNO. Yo creo
que uno corta aquellas ramas
agora.

DUQUESA. Matalle quiero;
haré verdad el achaque
y con él lisonja al dueño
que adoro y huye de mí.

UNO. Tírale y pásale el pecho
con el venablo.

DUQUESA. Camilo:
rayo será de mis celos.

OTRO. Cayó en tierra.

(*Tira el venablo la* Duquesa *y dice* Ninfa *dentro.*)

NINFA. ¡Muerta soy!

DUQUESA. Voz humana fué.

NINFA. (*Sale con el venablo atravesado.*)
Ya el cielo
venganza de tantas vidas
ha tomado en mí, que en tiempo
ninguno puede faltar
la verdad de su evangelio:
quien á hierro mata es justo
que muera también á hierro.

DUQUESA. Llegad y mirar quién es.

NINFA. ¿Eres tú la que me has muerto?

DUQUESA. ¿Quién eres?

NINFA. Una mujer
que ha ofendido mucho al cielo
y que pago mis pecados
desta suerte.

DUQUESA. ¡Él es portento
prodigioso!

NINFA. Ya, señora,
que en las manos vuestras muero,
decid quién sois.

DUQUESA. La Duquesa
de Calabria, que entendiendo
que eras algún animal,
entre estas ramas he hecho
cosa que me pesa tanto.

NINFA. Justamente me habéis muerto,
porque os he ofendido mucho.

DUQUESA. ¿Quién eres?

NINFA. Un mostro fiero
de Calabria, un basilisco,
una víbora, un incendio.

DUQUESA. ¿Quién eres, mujer, al fin?

NINFA. Ninfa soy.

DUQUESA. ¡Válgame el cielo!
¿Tú eres Ninfa?

NINFA. Yo soy Ninfa,
que pago lo que te debo;
perdóname en este trance
las ofensas que te he hecho,
porque morir á tus manos
son soberanos secretos.

DUQUESA. Admirada estoy. ¿Qué hacías
de tal suerte?

NINFA. Estaba haciendo
penitencia de mis culpas.

ESCENA XVII

Sale CARLOS.—DICHOS.

CARLOS. ¡La Duquesa aquí! ¿Qué es esto?
¿Quién te ha muerto, Ninfa?

NINFA. Carlos:
no te alteres, que es del cielo
en mi predestinación
inexcrutable rodeo.
Pensando que era animal
tu esposa misma me ha muerto,
que, para descanso mío,
es de mi muerte instrumento.

CARLOS. Déjame besar mil veces
esas heridas.

NINFA. Al cuerpo
no me toques; tente, Carlos.

CARLOS. Haré locuras y extremos.

NINFA. Carlos: lo que importa más
es buscar á Dios, que aquesto
es regalo para mí.

ESCENA XVIII

Aparece el CRISTO *bajando en una peana, y va subiendo* NINFA *en otra.*

CRISTO. ¡Ninfa esposa!

NINFA. ¡Amado dueño!

CRISTO. Nuestras bodas se han llegado;
vestido de boda espero;
venid, hermosa paloma,
que ya ha pasado el invierno,
y en el inmortal Abril
las flores aparecieron.
Llegad á mis brazos, Ninfa,
y Ninfa sólo del cielo.

NINFA. Mi bien, mi gloria, mi esposo,
por vuestro costado quiero
entrarme en Vos.

CRISTO. Ya estáis, Ninfa
y querida esposa, dentro.

NINFA. Apretadme más los brazos,
mi bien, mi amor, mi remedio,
que en ellos...

CRISTO. Valor, esposa.
NINFA. Mi espíritu os encomiendo.
(Ciérrase la cortina como se abrió.)
CARLOS. ¡Oh, prodigio soberano!
Altos son vuestros secretos,
DUQUESA. Señor, notables favores
á una mujer habéis hecho.
CARLOS. Esto el cielo ha permitido,
Diana, para bien nuestro.
Perdonad, que yo daré
de mi vida tal ejemplo
que admire mi penitencia.
Llevemos el santo cuerpo
para que dé admiración
la santidad y el suceso.
DUQUESA. Con la majestad debida
y ostentación la llevemos
para patrona.
CARLOS. Y aquí
da fin *La Ninfa del Cielo*,
cuya prodigiosa vida,
por caso admirable y nuevo,
Ludovico Blosio escribe
en sus morales ejemplos.

EL HONROSO ATREVIMIENTO

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

LISAURO.
CANDADO, *gracioso*
EL DUQUE DE FERRARA.
HONORATO, *viejo*.
EL DUX DE VENECIA.
MARCIO, *gentilhombre*.
LELIO, *caballero*.
FILIBERTO, *caballero*.
DOS EMBAJADORES [VENECIANOS].
VERINO.
DIODORO.
FULGENCIA, *mujer de Lisauro*.
EFIGENCIA, *su hija*.
DECIO.
JULIO.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale LISAURO, *como en su casa;* HONORATO, *viejo;* DIODORO *y* VERINO, *desenvainadas las espadas.*

LISAURO.

Cogido nos habéis de sobresalto,
y del són que venís tanto me pesa
cuanto me hallo de socorro falto.

HONORATO.

El peligro, Lisauro, nos da priesa;
siguiendo me vendrán desde Rialto
mis enemigos, que tendrán la presa
por cierta, y su venganza por sin duda,
si no nos dais para huir ayuda.

LISAURO.

Acostados están todos en casa,
y no os será seguro el despertallos,
ni mientras el furor que tenéis pasa
de Venecia os podrán sacar caballos,
porque en ella la tierra es tan escasa
cuanto pródigo el mar por excusallos;
que es tan casero y manso aquí que fragua,
cual veis, en vez de piedras, calles de agua.
Mas, ¿qué ocasión la ha dado á que el consejo
de vuestras canas no haya reprimido
vuestro enojo, Honorato?

HONORATO.

Es en el viejo
la ira más cruel, cuando, atrevido
el mozo á su respeto, que de espejo
le ha de servir, se arroja: hame ofendido
un mozo mercader; pero ¿qué importa
ser hielo la vejez si el hielo corta?
Averiguando cuentas Feliciano
conmigo, porque aquesta señoría
en Marte y en Mercurio cortesano
funda la dicha de su monarquía,
quiso, tras un mentís, alzar la mano;
pero la mía, aunque caduca y fría,
sacó la daga que en su pecho necio
vengó su atrevimiento y mi desprecio.
Acudieron sus deudos y parientes,
y tomando por suya aquesta ofensa,
sacaron armas, convocaron gentes,
y la que vino fué, Lisauro, inmensa;
mas Verino y Diodoro que, obedientes,
dieron á mi valor nueva defensa
y á su amor filial fama debida,

(1) Figuran además MARCELO, un CRIADO; LABRADORES y SOLDADOS.

vida me dieron, si les di la vida.
Sacáronme en los brazos, y saltando
en una de las góndolas compuestas
que, en vez de coches, olas van surcando
por calles de agua á su humedad opuestas,
á pesar de los deudos que gritando
hacían sus injurias manifiestas,
doblando esquinas, con la noche escura
nos trajo á vuestra casa mi ventura.
Considera cuán cierta está mi muerte
si no me da favor vuestra nobleza.

LISAURO.

Aunque el Senado de la misma suerte
castiga á quien ayuda la flaqueza
del que huye su rigor; por ser tan fuerte
la ocasión y importaros la presteza,
por lo menos la vida, noble viejo,
obras os quiero dar, palabras dejo.
En mi góndola entrad los tres conmigo,
que, con la oscuridad, de marineros
vestidos, llegaremos á Rovigo,
seguro asilo de sucesos fieros;
en ella os dejaré, Honorato amigo,
crédito en mercaderes y dineros,
que la justicia ya os tendrá embargada
vuestra copiosa hacienda, bien ganada.

HONORATO.

No es bien que tal valor, Lisauro, ofenda
con agradecimientos que, prolijos,
del lisonjero suelen ser la hacienda,
pagando en viento beneficios fijos;
si permite la ley que un padre venda
en la necesidad sus mismos hijos,
estos mis hijos son, servíos con ellos,
aunque no es presentároslos vendellos.

VERINO.

En el cielo, Lisauro amigo, espero
que ocasión me dará en que satisfaga
la merced que al silencio dejar quiero.

DIÓDORO.

Si Aristóteles dijo que no hay paga
que iguale al beneficio que es primero,
pues por más que un amigo después haga,
siempre se queda en pie el habelle dado
su amigo el beneficio adelantado,
mal podremos pagar; mas quien ofrece
lo que tiene, Lisauro, libre queda.

LISAURO.

Tiempo habrá, amigo, aunque veis florece (1)
mi dicha, en que cobrar de los tres pueda
esta amistad que vuestra fe merece;
y quiera Dios no sea en la moneda
misma que os doy.

HONORATO.

Las almas obligamos.

LISAURO.

Segura es la hipoteca; vamos.

TODOS.

Vamos. (*Vanse.*)

(1) Suplida esta palabra que falta en el original.

ESCENA II

Salen FILIBERTO, *como justicia*; LELIO *y otros.*

FILIBERT. No quede en toda la casa
pieza que dejes sin ver.
(*Entran algunos dentro.*)

LELIO. Visto los han esconder
en ella.

FILIBERT. (*Aparte.*) El amor me abrasa
de Fulgencia, esposa bella
de Lisauro, y ha buscado
mi amor con andar vendado
esta ocasión para vella.

LELIO. (*Aparte.*) Los amores de Fulgencia
me traen tan fuera de mí,
que esta ocasión busqué aquí
para gozar su presencia.

FILIBERT. Lelio: ¿á qué has venido acá?

LELIO. ¿Qué haces aquí, Filiberto?

FILIBERT. Yo he sido amigo del muerto,
y su venganza me da
ocasión para prender
al autor de esta crueldad.

LELIO. Y yo debo á su amistad
tanto, que me obliga á hacer
las diligencias debidas
á su venganza.

FILIBERT. ¿Qué oficio
de justicia tan propicio
del muerto te hace que pidas
su venganza?

LELIO. ¿Pues tú tienes
cargo acaso de prender
ó soltar, que á reprender
de aqueste modo me vienes?

FILIBERT. El dux de Venecia es
mi padre.

LELIO. Yo soy tu hermano.

FILIBERT. Yo el mayor.

LELIO. Y yo el que gano
fama de más interés
en Venecia; mas ¿qué importa
el ser mayor ó menor?
¿Es mayorazgo el amor
que ha de heredarse? Reporta
tus ímpetus, no me den
ocasión que sin prudencia...

FILIBERT. Yo vengo á ver á Fulgencia.

LELIO. Yo vengo á vella también.

FILIBERT. ¿Sabes que es mujer casada?

LELIO. Pues ¿eres tú su marido?

FILIBERT. No; pero si aquí he venido
es por que sea respetada,
si está su marido ausente,
de la justicia atrevida
que en busca del homicida
suele tratar libremente
y aun sin respeto á cualquiera
que se le opone, y volver
por una noble mujer
que fácilmente se altera
es forzosa obligación
de quien nobleza profesa.

LELIO. ¿Qué sola la causa es ésa?

FILIBERT. Temo que la confusión
de ver de noche en su casa

la justicia ha de inquietalla,
y así vengo á sosegalla,
no porque su amor me abrasa.
Por más sospechas que cobres
sólo defendella intenta
mi nobleza.

LELIO. Pues ¿qué cuenta
tienes, Judas, con los pobres?
Como jamás has tenido
en aquesta casa entrada
solamente dedicada
al honor de su marido;
como dádivas desprecia
y papeles no recibe,
aunque satisfecha vive
de que es el dux de Venecia
tu padre y sabe el poder
de tu libertad liviana;
como ni en calle y ventana
ni en puerta la puedes ver,
por más trazas que imaginas,
pues, cuando en casa no está
la góndola donde va
lleva echadas las cortinas,
¿qué perseveras tu entrada
en esta casa?

FILIBERT. Pintado
te has á ti mismo, que has dado
á malicia tan fundada
principio, siendo su autor,
porque si yo vine aquí
es por defender de ti
su reputación y honor;
que eres mi hermano y no es justo
que sufra que á tal mujer
mi hermano intente ofender.

LELIO. Eres un santo; yo gusto
de verte tan reformado
que á mí me reformas ya;
pero si el honor te da
de aquella dama cuidado,
salgamos los dos de aquí
y quedaré satisfecho,
porque lo mismo sospecho
que tú sospechas de mí.
La justicia hará su oficio
quedando sin detrimento
Fulgencia.

FILIBERT. Yo soy contento.

LELIO. Vete, pues, que eso codicio.

FILIBERT. No te quedes tú aquí, pues.

LELIO. ¿Yo quedarme? Ya me voy.
(Luego vuelvo.)

FILIBERT. (Luego soy
aquí.)

LELIO. ¿Vaste?

FILIBERT. ¿No lo ves? *(Vanse.)*

ESCENA III

Salen CANDADO, *medio desnudo, con un candil y dos* ALGUACILES.

ALG. 2.° Llevadle preso si niega
dónde tienen escondido
al homicida atrevido.

CANDADO. Señores: en la bodega
pienso que está. ¿Quién me trajo
á sufrir tantos enojos?

ALG. 2.° ¿Vístele?

CANDADO. Por estos ojos.

ALG. 2.° ¿Qué talla tiene?

CANDAD. Altibajo,
aunque luengo de estatura,
bermejo, barbiponiente,
dos berrugas en un diente,
mulato en la catadura.

ALG. 1.° ¡Villano!: ¿disparatáis?

CANDADO. ¿He de hablar verdad?

ALG. 1.° ¿Pues no?

CANDADO. Señores, mal haya yo
si sé por quien pescudáis.
Si alguna mujer buscáis
que en mercancía se vende,
y como lechuza ó duende
huye, ¿qué me pescudáis?
No gasto esa fruta yo;
otros pisen ese lado,
que yo estoy del mismo modo
que mi madre me parió,
tan virgen como una miel,
que si en tienda, sin habella,
venden carne de doncella,
yo soy carne de doncel.
Y con esto adiós, que tengo
un sueño que reposar.

ALG. 2.° No hay aquí disimular;
llevadle preso.

CANDADO. No vengo
en eso; ¿por qué pecados?

ALG. 1.° ¡Vaya!

CANDADO. Señor alguacil,
¿mas que si soplo el candil
que quedan descandilados?

ESCENA IV

Sale FULGENCIA.—DICHOS.

FULGENC. ¿Qué alboroto es éste, cielos?
¿Lisauro, esposo, señor,
vos ausente y mi temor
formando tristes recelos?
¿Qué gente es ésta? ¡Ay de mí!

CANDADO. La josticia es que codicia
her de nosotros josticia.

FULGENC. ¡Cielos! ¿la justicia aquí?
A Lisauro ha sucedido
algún infeliz suceso.
¿Es muerto Lisauro? ¿Es preso?

ALG. 2.° Decid: ¿dónde está escondido
el homicida, señora,
pues le tenéis encubierto?

FULGENC. A alguno Lisauro ha muerto.
¡Ay de mí!

ALG. 1.° Bien finge y llora.
¡Linda cosa!

ESCENA V

Sale FILIBERTO.—DICHOS.

FILIBERT. Si á Fulgencia
adoro, y si la ocasión
favorece mi opinión,

¿cómo estoy sin su presencia?
¿Cómo vivo si es que muero,
sin ella estando y sin mí?
A mi hermano eché de aquí;
Fulgencia es ésta; ¿qué espero?

FULGENC. ¡Ay, ilustre Filiberto!
¿De noche en mi casa vos
sin mi bien, siendo los dos
tan amigos? El ha muerto
á algún oculto enemigo
envidioso del valor
de Lisauro, mi señor.
Poco ha que estaba conmigo
con menos sosiego y gusto
del que su amor me promete;
pero ¿á quién hay que no inquiete
la injuria de un pecho injusto?

FILIBERT. Señora...

FULGENC. Si os hizo Dios
hijo del dux de Venecia,
y suele la adversidad
ser prueba de la amistad
que más al amigo precia
cuanto le ve en más aprieto,
échase ahora de ver
lo mucho que puede hacer
un amigo tan discreto,
que un padre tan poderoso
tiene; ¿qué le pediréis
al dux que dél no alcancéis
por vuestro amigo y mi esposo?

FILIBERT. (*Ap.*) Basta; que piensa Fulgencia
que es Lisauro el matador
que buscan; astuto amor,
hoy por vuestra diligencia
mi esperanza ha de alcanzar
el fin de su gusto extraño,
porque con un sabio engaño
á Fulgencia he de gozar.
¡Hola! andad con Dios, que aquí,
cuando el homicida esté,
conmigo le llevaré
preso.

ALG. 2.º Sea, señor, así.

FILIBERT. Es noble y no es bien le lleve,
Fabio, otro menos que yo.

ALG. 1.º Comisión el dux nos dió;
vos haréis lo que se debe
á la justicia y mandato
de vuestro padre, y así
nos vamos. (*Vanse los dos.*)

ESCENA VI

DICHOS, *menos los* ALGUACILES.

FILIBERT. Yo quedo aquí:
idos vos, porque el recato
y secreto es de importancia.

FULGENC. Candado, vete.

CANDADO. (*Ap.*) Por Dios
que me despiden los dos;
no os arriendo la ganancia,
Lisauro. (*Alto.*) Dejaros quiero
el candil aquí colgado.

FULGENC. Anda, necio: ¡qué pesado
eres siempre y qué grosero!

CANDADO. Temo algunas travesuras
que ofendan á mi señor,
que, como es ciego el amor,
hace sus cosas á escuras.
Y el dimoño es tan sotil
que, cuando luz os dejara,
aun sospecho que quedara
la honra á moco de candil,
cuanto más en tentación.

FULGENC. Necias sospechas produces.

CANDADO. Plegue á Dios no hagáis dos luces
como candil de mesón.
Mas ya á amanecer comienza,
y con luz, aunque haya amor,
no haréis nada, que el honor
con luz está á la vergüenza. (*Vase.*)

ESCENA VII

FULGENCIA *y* FILIBERTO.

FULGENC. Solos habemos quedado,
que el deseo de saber
de Lisauro pudo hacer
mi honor menos recatado
que acostumbra, Filiberto.
Decid: ¿qué desgracia ha sido
la que el cielo ha permitido
por mi mal? ¿A quién ha muerto
mi esposo? que pierdo el seso.

FILIBERT. (*Ap.*) ¿Qué haré yo, pobre de mí,
que ha tanto que le perdí?

FULGENC. No dilatéis el suceso.

FILIBERT. No haré. ¿Quién duda, señora,
que sabréis qué es afición,
pues su tirana pasión
os sale á la cara ahora?
Llamaron sol al amor
por ser tan universal
que no hay planta ni animal
que no goce su favor.
Y si es su eficacia tanta
que hasta las plantas rindió,
¿qué milagro que ame yo,
pues soy hombre y no soy planta?
Ama el hombre su trasunto;
que tengo amor os confieso.

FULGENC. Pues ¿qué tiene que ver eso
señor, con lo que os pregunto?

FILIBERT. Importa á la libertad
de Lisauro apetecida
que ame yo, porque su vida
pende de mi voluntad.
No está Lisauro hasta ahora
muerto, preso y ofendido,
que le ha guardado y servido
quien os tiene amor, señora.
¿Veis lo mucho que importó
el amor que en vuestro amparo
y de Lisauro os declaro?
Que vive él porque amo yo.

FULGENC. Porque le amáis, es verdad,
que mi esposo tendrá vida,
que es una alma repartida
en dos cuerpos la amistad.
Y repartida en los dos,
no es mucho que procuréis

que él viva, que quedaréis
si él muere, sin alma vos.

FILIBERT. Como vos queráis, bien cierto
es que Lisauro tendrá
la vida que á riesgo está,
porque á un ciudadano ha muerto.
Yo os amo, Fulgencia mía;
ningún imposible os pido,
y el premio que os he ofrecido
imposibles merecía.
El Dux de Venecia es
mi padre, yo vuestro amante;
el peligro está delante
y delante el interés.
Dad gusto á mi amor violento,
pues con él aseguráis
vuestro esposo, y nos dejáis
á él con vida, á mi contento.
Lisauro...

FULGENC. Al discurso necio
poned fin, vil mercader.
¿Yo el honor en tal vil precio?
Allí en las tiendas falidas,
de las famas que ofendéis,
vuestros gustos compraréis,
que venden honras á vidas;
que aquí, donde no llegó
el precio de esas deshonras,
con vidas se compran honras,
mas vidas con honras no.
Y adiós, que ese torpe intento
me ofende y causa temor,
porque es espejo el honor
y le mancha hasta el aliento.

FILIBERT. Si no bastan cortesías
para quien no las entiende,
amor es rey y no ofende.

FULGENC. Un rey no hace tiranías.

FILIBERT. Dadme esos brazos por fuerza,
que el amor es guerra ya,
y cuando no se la da
puede rendir una fuerza.

FULGENC. Suelta las manos, villano.

FILIBERT. Ten de mis males clemencia.

ESCENA VIII

Sale LELIO.—DICHOS.

LELIO. Todo es muerte sin Fulgencia;
mas con ella está mi hermano.—
Suelta, atrevido, la mano,
ó soltaré á la ira el freno
que tu torpe amor condeno,
pues en aquesta ocasión
te hallo, como el ladrón,
la mano en tesoro ajeno.
Suelta, que no es lazo igual
el que tu amor manifiesta,
porque en mano tan honesta
la tuya parece mal.
Si amor con lazo inmortal
nudo de almas puede hacer,
Alejandro sabré ser
que, contra el tuyo importuno,
mostraré que todo es uno
el desatar y el romper.

FILIBERT. Cansado predicador,
¿qué es lo que buscas aquí,
qué me reprendes á mí
siendo mi hermano menor?
Tienes envidia á mi amor
y cúlpasle; pero en vano,
que hoy tengo que ser tirano
de quien sin seso apeteces.

LELIO. Venturoso Adán mil veces
porque nunca tuvo hermano,
y á no tener reverencia
á la fama y el honor
que, contra tu torpe amor,
honra, villano, á Fulgencia,
efectos de mi impaciencia
vierais presto.

FILIBERT. Este lugar
no es decente para dar
á tus injurias castigo;
mas sígueme.

LELIO. Ya te sigo.

FULGENC. ¡Que esto he venido á escuchar!

(*Vanse los dos.*)

ESCENA IX

Sale LISAURO.—FULGENCIA.

LISAURO. ¿Qué es esto? ¿qué turbación
siento en mi casa? Salido
han dos personas. ¿Quién son?

FULGENC. ¡Ay, mi bien! ¿Vienes herido?
¡que será en mi corazón!

LISAURO. ¿Yo herido, esposa querida?
¿Por qué y cómo?

FULGENC. No encubráis
lo que me tiene afligida.
¿Cómo venís? ¿cómo estáis?
Ya sé que dejáis sin vida
á un hombre, y así, mi bien,
escondeos y no demos
lugar y venganza á quien
entre dudosos extremos
ofende al honor también.

LISAURO. ¿Que me esconda yo? ¿Por qué?

FULGENC. Todo lo que ha sucedido
he sabido.

LISAURO. Mi bien, ¿qué?

FULGENC. Un hombre habéis muerto.

LISAURO. ¿Yo?
¡Jesús!

FULGENC. No sé si os dé fe,
pues, por no darme disgusto
disimuláis y encubrís
más de lo que fuera justo.
Poco os debo.

LISAURO. ¿Qué decís,
que jamás con tanto gusto
ni tan libre de temor
he estado? Salí á librar
á un amigo, que el favor
no le ha el noble de negar.

FULGENC. ¿Eso es cierto?

LISAURO. Sí, mi amor.

FULGENC. Pues hanme contado á mí
lo contrario.

LISAURO. Pues, bien mío,
si fuera verdad, decid,

yo que de vos me confío,
¿negaríalo?

FULGENC. Estuvo aquí
quien con engaños, señor,
ha intentado derribar
los muros de vuestro honor.

LISAURO. ¿Cómo?

FULGENC. Ya fuera el callar
hacer traición á mi amor.
Lisauro, señor, esposo,
veneciano ilustre y fuerte
á quien dió el piadoso cielo
mayor valor que á otros bienes.
No temas, serena el rostro
si de estos incendios temes
la pérdida del honor
que eterno mi amor conserve;
veinte años ha que soy tuya,
aunque me parecen breves,
que amor recíproco gasta
el tiempo pródigamente.
Testigo eres tú, bien mío,
del favor y las mercedes
que yo en tu pecho recibo,
que todo este amor me debes.
Bien sabes que en tantos años
no se ha ofrecido accidente
que nuestro constante amor
le divida ni le altere.
Nació entre sus tiernos brazos,
como de su casta fuente,
Efigencia, nuestra hija,
que guarde Dios como puede.

LISAURO. No dilates más, señora,
lo que sabes me conviene;
que alargas más las sospechas
que con discursos suspendes.

FULGENC. Esta vida y esta gloria
ha mudado en pena y muerte
Filiberto, hijo del Dux,
á quien por amigo tienes.
Pasea con blandos pasos
la calle, que los consiente
mirando con tiernos ojos,
no á mí, sino á mis paredes.
Cuando lo vine á saber,
temí que el descuido fuese
de mi casa la ocasión
para el amor que pretende;
que yo siempre imaginaba
que, cuando el amor se atreve,
era por darle ocasión
las poco cuerdas mujeres.
Di luego en cerrar ventanas
y establecí nuestras leyes
de honestidad y recato
que grandes peligros vencen.
Mas él, galán y atrevido,
buscó la ocasión presente
de visitar hoy mi casa;
la justicia y los jueces
entró en ella y descubrió,
con las palabras que suele
un poderoso atrevido,
su libre amor fácilmente.

LISAURO. ¿Pretende ese caballero
á mi hija, á quien ofenden,
como á doncella tan noble,
las palabras y papeles?
¿Quiso sacar de mi casa
esa prenda de mis bienes,
el mayor y más guardado,
para su dichosa suerte?

FULGENC. No, señor; porque no fuera
ese amoroso accidente,
si ella puede ser su esposa,
digno de llamarse aleve.
A mí me quiere ofender,
mi amor dice que pretende,
mis memorias le enamoran
y mi rigor le entristece.
Díjome, porque desea
con sus cautelas vencerme,
que á una persona muy noble
diste en palacio la muerte.
Ofrecióme su favor,
conocido muchas veces
que por precio de justicia
algunas honras se venden.
De lo que le respondí,
mis ojos que están presentes
fueron honrosos testigos,
como suelen serlo siempre.
Esta, señor, es la causa
de que mi temor procede,
y la turbación que el rostro
con sus colores ofrece.

LISAURO. Mucha más gloria recibe
quien vence á sus enemigos
que quien sin tenerlos vive;
que ellos sirven de testigos
con que su valor se escribe.
Y así de vuestra victoria
me resulta mayor gloria
que de las paces pudiera,
que entonces no se tuviera
de vuestro valor memoria.
De algún modo á Filiberto
le quedo en obligación,
pues al mundo ha descubierto
con su vana pretensión
el valor que en vos advierto;
y así, mi esposa querida,
no le he de quitar la vida
por el honor que os ofrece,
que la virtud resplandece
al paso que es perseguida.
(*Ap.*) Esto digo, aunque en mí siento
el justo enojo y pasión
de su loco atrevimiento,
que él por sí ya dió ocasión
á mi agravio sentimiento.

FULGENC. Mira, mi bien, que sospecho
que pones duda en mi fe,
y cuando estás satisfecho,
dudas, acaso, si fué
de tanto valor mi pecho.

LISAURO. Eso fuera ya dudar
de la luz que el sol ofrece,
de la inmensidad del mar
y del amor que merece
tu amor, mi bien, ensalzar.
Yo estoy ahora ocupado
en un negocio.

FULGENC. A morir
si te vas me has condenado;
que nunca suele venir
seguro quien sale airado.
LISAURO. Luego, ¿no te fías de mí?
FULGENC. De mis desdichas no fío.
¿Vas airado?
LISAURO. Ya perdí
todo el enojo.
FULGENC. Bien mío;
¿has de volver presto?
LISAURO. Sí.
FULGENC. Y qué, ¿no reñirás?
LISAURO. No.
FULGENC. Júralo.
LISAURO. Por tu hermosura.
FULGENC. ¡Nunca te dijera yo
mi desdicha!
LISAURO. Está segura.
FULGENC. No lo queda quien amó. *(Vanse.)*

ESCENA X

Salen LELIO *y* FILIBERTO.

FILIBERTO.

Porque la obligación miro y respeto
que á mi padre y señor el Dux se debe,
no he puesto ya mi cólera en efeto
con la venganza que á furor me mueve.

LELIO.

Siempre el considerado y el discreto,
cuando por ser cobarde no se atreve,
sabe excusar mejor su cobardía
pavonando el temor con cortesía.

FILIBERTO.

Eres menor que yo, y así no he hecho
estima de tu necio enojo y ira;
pero si alteras más el quieto pecho,
por ti, rapaz, y por tu vida mira.

LELIO.

Yo buscaré ocasión que satisfecho
me deje más que ahora, si retira
el ver mi padre enfermo mi venganza,
que si no, yo cumpliera mi esperanza. *(Vase.)*

ESCENA XI

FILIBERTO *solo.*

Descomedido amor, infame cuenta
de mi sangre y valor habéis hoy dado,
que mal hicisteis, voluntad exenta,
en pretender gozar sabor forzado.
Villano anduve; pero si violenta
su fuego amor, sus penas el cuidado,
¿quién podrá resistir su pena fiera?
Gozárala yo y fuera como fuera.

ESCENA XII

Salen LISAURO, CANDADO, DIODORO *y* VERINO.

LISAURO.

Yo estimo, amigos, tanta cortesía
como es razón. Adiós, que me conviene
entrar en el palacio y señoría.

CANDADO.

Con cosquillas de celos mi amo viene.

VERINO.

La merced de mi padre es propia mía,
pues es mi sangre quien la estima y tiene
el fruto de ella.

DIODORO.

Ya partió á Ferrara,
que á fugitivos de Venecia ampara.

LISAURO.

Hoy acudí al peligro y al recelo
de vuestro padre, y plega á Dios que sea
muy próspero el suceso, y le dé el cielo
lo que su casa y mi afición desea.
Adiós, amigos.

VERINO.

Tu amistad y celo
te prometo pagar siempre que vea
que hay ocasión, pues no faltará alguna
á quien sujeto vive á la fortuna.

(Vanse los dos.)

ESCENA XIII

LISAURO, CANDADO *y* FILIBERTO *más lejos.*

LISAURO.

Filiberto está allí, llegar deseo
y no ofenderle, á prevenir mi daño.

FILIBERTO.

Paréceme que allí á Lisauro veo
y le he de hablar con amoroso engaño.

CANDADO.

Ningún suceso venturoso creo
que puede resultarme de este año;
enfrente están los campos, soy cobarde;
mejor es huir temprano que no tarde. *(Vase.)*

ESCENA XIV

LISAURO *y* FILIBERTO.

LISAURO.

¿Oh, señor Filiberto?

FILIBERTO.

¡Oh, señor mío!
¿Qué se ha ofrecido en que serviros pueda,
que no me ha de faltar poder y brío,
y el mismo tiempo por testigo os queda?

LISAURO.

De vuestra noble discreción confío
que á vuestra edad y mi esperanza exceda,
pues con justa razón toda Venecia
como á imagen del Dux os ama y precia.

FILIBERTO.

¿Ofrécese dineros, mercancías,
cédulas, cambios, créditos, fianzas?
Porque la industria y las riquezas mías
cumplieron siempre honestas esperanzas,
y más á vos, Lisauro, que ha mil días
que pretendo ocasiones y mudanzas
porque pueda ofrecérseos cosa alguna
en que alentar sucesos de fortuna.

Si en casos de favor y de justicia,
pretensiones ó pleitos se ofreciere
ocasión y lugar, ya os doy noticia
cuánto el Dux, mi señor, estima y quiere.
(*Ap.*) El veneno mortal de mi malicia
le doy en vaso de oro, y si bebiere,
que quizá beberá, y tendrá experiencia
de lo que puede el interés, Fulgencia.

LISAURO.

Quisiera yo, señor, que vuestro intento
no fuera el que yo sé, porque pudiese
estimarse ese noble ofrecimiento
y ponerle el valor que mereciese:
pero como adivino el pensamiento;
recelo y temo que su blanco fuese
no el hacerme merced, como es la muestra,
sino otra alguna pretensión siniestra.
Y por no atormentar con el secreto
vuestro dudoso pecho y mi memoria
que recelosa y mártir en efecto
ya desea la muerte ó la victoria,
con confianza que tendréis secreto
como mi honor merece y vuestra gloria,
diré mi pena, mi pasión y enojos
poniendo en tierra los honestos ojos.

FILIBERTO.

No sé qué pueda ser el accidente
que con tanta retórica y colores
es necesario se publique y cuente,
aunque el último fin fuese de amores.

LISAURO.

Aunque se queja un mudo, es elocuente
y transforma en palabras sus dolores;
que el hijo del rey Creso, siendo mudo,
rompió la voz porque callar no pudo.

FILIBERTO.

Pensaréis vos, Lisauro, que paseo
por Efigencia, vuestra hija hermosa,
y que me muero de un traidor deseo
de gozar su beldad de amor ociosa.

LISAURO.

Ojalá fuera así, que á lo que creo,
aunque me honrara á mí en ser vuestra esposa,
igual es á la vuestra su nobleza,
si bien os aventaja la riqueza.
A mi esposa Fulgencia estoy muy cierto
que pretendéis quitar su honor y fama;
aunque no llegaréis al dulce puerto
que llama dueño á quien la estima y ama,
suplícoos cortésmente, Filiberto,
mate el valor vuestra imposible llama,
y sin negarme la verdad, que es cierta,
jamás paséis aquella honrosa puerta.

FILIBERTO.

Cuando yo enamorado pretendiera
de esa señora el amoroso gusto,
ningún respeto ni razón hubiera
que atajara mi amor, que en serlo es justo.
No será vuestra esposa la primera
que haya tenido pensamiento injusto
y que en ofensa de su noble esposo
haya cumplido algún deseo amoroso.
No hay que poner al mundo ley ninguna,
sino guardar los ojos y el silencio
y estar contento con cualquier fortuna.
Pues yo la vuestra estimo y reverencio,
yo no pienso escuchar quien me importuna,
ni esos puntos de honor los diferencio,
ni los entiendo, que por buen respeto
les guardo á los casados el secreto.

LISAURO.

Esa respuesta es bárbara y liviana,
y á no estar en palacio y señoría,
yo castigara la traición tirana
de quien sin honra maltrató la mía.

FILIBERTO.

Libre es mi voluntad, y fuerza humana
no la puede torcer, como confía;
honraos de que á Fulgencia sirve y precia
el hijo del Dux noble de Venecia.
Si yo quisiere cumpliré mi gusto,
quedéis ó no sin ese honor ligero,
aunque mire Fulgencia más disgusto,
que contra el oro no hay pechos de acero.

(*Sacan las espadas.*)

LISAURO.

Ya, justiciero amor, no será justo
sufrir más este agravio.

FILIBERTO.

¡Ay Dios, que muero!

LISAURO.

Paséle el pecho, salga por la herida
el alma que á mi honra fué atrevida.
Dentro en palacio estoy, delito grave
es el que he cometido; pero admito
la muerte por la honra, que no sabe
quien honras guarda recelar delito.
Venecia se alborota; aquella nave
partirse quiere, á nado solicito
alcanzalla y huir, si no me anega. (*Vase.*) (1)

ESCENA XV

Salen LELIO, MARCELO *y otros.*

LELIO.

Seguid al homicida, venecianos,
que al hijo del Dux vuestro tiene muerto;
vuestra ley y estatutos soberanos
ha roto, castigad su desconcierto.
¿Será bien que se os vaya de las manos
el que á las suyas deja á Filiberto
la vida cara? ¿Iráse sin castigo
quien del Dux y la patria es enemigo?
Su hermano soy, mi padre enfermo y viejo,
faltándole el apoyo de su vida
dará con ella en tierra siendo espejo
de esta ciudad, por él tan bien regida.
Si no os queréis privar de su consejo
privad de libertad al homicida.
¡Muera Lisauro y su arrogancia fiera!
Seguidle, que se os va.

TODOS.

¡Lisauro muera!

(1) Falta el último verso de esta octava.

MARCELO.

Sosiega, Lelio, el alterado pecho,
que ya Venecia corre á la venganza
del que este agravio á su Senado ha hecho,
y muestra que eres fuerte en la mudanza.

LELIO.

Tan sosegado estoy y satisfecho,
Marcelo, como cierta la esperanza
que tengo de gozar en el ausencia
de Lisauro los brazos de Fulgencia.
De las voces que doy, del sentimiento
que muestro, tan segura el alma queda,
que en ella viste galas de contento
si por de fuera el luto galas veda.
¿Nunca has visto llorar por cumplimiento
al hijo gastador que al rico hereda?
Pues yo también, llorando á Filiberto,
gracias ocultas doy al que le ha muerto;
sin competencia, quedará por mía
de Fulgencia, Marcelo, la belleza;
los ruegos, amenazas y porfía
derribarán, al fin, su fortaleza,
su hacienda usurpará la señoría,
y mujer sin marido y con pobreza
ya está rendida.

MARCELO.

Pensamiento vano.

LELIO.

Si la gozo, bien muerto está mi hermano.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Sale el DUQUE DE FERRARA *y dos* VENECIANOS. UN CRIADO

DUQUE. Cumplióme el cielo el deseo
que de las paces tenía
con la ilustre señoría
veneciana; y pues las veo
puestas en ejecución,
las condiciones acepto
que habéis propuesto, y prometo
guardarlas.
VEN. 1.º Aquestas son
que esta minuta declara.
VEN. 2.º Vuestra excelencia, señor,
conserve el antiguo amor
que á los Duques de Ferrara
la República ha tenido
de Venecia, y manifieste
que es el Duque Alfonso de Este
en quien ha resplandecido
el justo agradecimiento,
virtud que el que es noble precia.
DUQUE. Mi padre fué de Venecia
capitán, y en cumplimiento
de su amor, es justo siga
con mis armas y mi tierra
su facción, y en esta guerra
éntre también en la liga.
VEN. 1.º Su capitán general
os hace la Señoría.
DUQUE. Yo haré que en la Lombardía
quede su nombre inmortal,
por más que sus potentados
contra ella se confederen.
VEN. 2.º Con Venecia poco pueden
sus escuadrones armados.
VEN. 1.º La principal condición
que habéis, señor, de guardar,
es que nunca habéis de dar
por ningún caso ó razón
favor á los foragidos
de Venecia, y los que están
en Ferrara se echarán,
dentro de ocho días cumplidos
de todo el Estado vuestro.
DUQUE. Así lo prometo y juro.
VEN. 1.º Por tener aquí seguro
y estar tan cerca del nuestro
vuestro Estado, han sucedido
mil libertades y insultos
que tiene Ferrara ocultos,
hasta haber un foragido
dado muerte á Filiberto,
hijo del Dux.
DUQUE. ¡Caso grave!
VEN. 2.º Si acaso alguno dél sabe,
y le lleva, vivo ó muerto,
la Señoría perdona
cualquiera delito ó yerro,
alzando cualquier destierro
á quien le entregue en persona,
y dándole juntamente
diez mil escudos.
DUQUE. Con eso
presto le llevarán preso,
porque en su busca la gente,
si tan grande el premio es,
no perdonará lugar,
y mal se podrá escapar
buscándole el interés.
A lo menos en mi Estado
no será favorecido
él ni ningún foragido.
VEN. 1.º Aqueso pide el Senado.
DUQUE. Echese un bando esta tarde
de que salgan de Ferrara
cuantos defiende y ampara.
CRIADO. Haráse así.
DUQUE. El cielo os guarde.
(*Vanse los* Venecianos.)

ESCENA II

DUQUE *solo.*

Las paces y la amistad
de Venecia le ha importado
á mi venturoso Estado
toda su seguridad.
Que es Venecia un enemigo
que á reyes pone temor,
y ha mostrado su valor
cuán útil es para amigo.

ESCENA III

Sale LISAURO *con la espada desnuda.*—DICHO.

LISAURO. Excelentísimo Alfonso,
digno duque de Ferrara,
gloria de la sangre estense,
luz del mundo y sol de Italia.
Si el príncipe es aquel árbol
que el rey Nabuco soñaba,
á cuya sombra y favor
tantos se arriman y amparan,
príncipe eres y árbol noble,
en cuyas ilustres ramas,
contra borrascas de injurias,
amparo afligidos hallan.
Ciudadano de Venecia
soy y blanco de desgracias;
Lisauro tengo por nombre
y mi desdicha por patria.
Nobleza heredé y hacienda,
que, aunque una y otra medianas,
aumenté con mercancías,
que dan su provecho avaras.
Dióme el cielo por consorte
la misma virtud y gracia;
hermosa para discreta,
y para mujer honrada.
De quince años logró amor,
por fruto y primicia casta,
una hija en la hermosura
y virtud su semejanza.
Vivimos los tres tres lustros
con la dulce consonancia
que hace la paz conyugal
entre dos conformes almas,
sin mezclar el descontento
su aborrecible cizaña
en los sembrados del gusto
que amor recíproco guarda.
Cansóse de esto la envidia,
y la ociosidad liviana
de la juventud lasciva
tocó contra mi honra el arma.
Filiberto, hijo del Dux
de Venecia, dando entrada
á imposibles pensamientos
y inútiles esperanzas,
vió á mi Fulgencia, y siguióse
tras el verla desearla,
tras desear pretenderla
y tras pretender rondarla.
Porque como amor es yerro,
sus eslabones enlaza
de este modo, que los vicios
unos á otros se llaman.
Pero fué intentar Nembrot
escalar las naves altas,
llegar Tántalo á la fruta
y alcanzar sediento el agua,
el conquistar su firmeza
y combatir su constancia,
que no teme tiros torpes
. . . . . (1)
Llegó á tanto su licencia,
por ser su locura tanta,
que en mi ausencia pretendió...
¿dirélo, cielos? forzarla.
Mas, como el vicio es cobarde,
prevalecieron las armas
de la virtud invencible;
echó á Tarquino de casa
más honrada que Lucrecia,
que no es disculpa una daga
á consentimientos necios
que de cualquier modo infaman.
Entré yo entonces en ella,
halléla triste y turbada,
recibióme con suspiros
y preguntando la causa
fué, si hasta allí en encubrirla
discreta, en decirla sabia,
que de algún modo consiente
mujer que á tal tiempo calla.
Pidióme que la sacase
de su peligro y mi patria,
conjuró mi justo enojo,
y como si se comprara
la paz á peso de perlas,
lloraron sus ojos tantas,
que las bebí para dar
con ellas pícima al alma.
Soseguéla y soseguéme,
que la ira desbarata
las leyes de la prudencia
y triunfos de la templanza.
Fuí á buscar á Filiberto;
entré en el palacio y casa
del Dux, llegué comedido,
pedí con nobles palabras
reprimiese intentos mozos,
cortando á esperanzas vanas
pasos que pisan honores
y lenguas que ofenden famas.
No obligó mi cortesía,
. . . . . (1)
que lo que al cuerdo refrena
al necio enciende y abrasa;
pues aun no me dió en respuesta
excusas acaloradas
con palabras comedidas
que valen hoy tan baratas;
díjome, y para que yo
lo diga, pongo la cara
y los ojos en el suelo;
díjome, en fin, en mis barbas
que con pretender mi esposa
y con pasear mi casa
más honra que merecía
mi humilde sangre me daba.
Que si el recato hasta allí
tuvo sus gustos á raya,
daría rienda desde entonces
á la pasión desbocada.
Juzga tú, príncipe invicto,
si á tan bárbaras palabras
y descorteses injurias
fuera la paciencia infamia;
volvió por mí la razón,
y desnudando las armas,
dos veces abrió salida
á su vida mi venganza.

(1) Falta un verso en el original.

(1) Falta otro verso.

Alborotóse Venecia,
y toda ella conjurada
contra mi honor defendido,
que al poder todos le amparan.
«Prendedle», decían á voces;
mas cuando en tropel llegaban
los ministros codiciosos,
arrojándoles la capa,
como á toros, de la hacienda,
tomé en la boca la espada,
y hecho mi sagrado el mar,
la vida entregué á sus aguas.
Llegué, á pesar de los tiros,
voces, góndolas, pedradas,
á una nave ginovesa
que á la boca de la barra
á los vientos daba velas
y dió ayuda á mi desgracia,
deuda al agradecimiento
y á su valor nuevas alas.
Llegué á Rovigo, y en él,
rindiéndole justas gracias,
pedí me echasen á tierra,
parando al fin en Ferrara,
asilo de desdichados,
porque de mi esposa amada
el amor, no da licencia
que me aleje de mi patria.
De toda mi larga hacienda
sólo me queda esta espada
y esta vida, excelso duque,
que de tu sombra se ampara;
empléala en tu servicio
y defiende la venganza
de un agraviado marido
y una mujer injuriada.

DUQUE. No hay para un hidalgo pecho
cosa más dura y pesada
como el ver necesidades
y no poder remediarlas.
La vuestra me ha enternecido
de suerte, que si llegara
no ha media hora á mi noticia,
no admitiera por su causa
las paces que ha establecido
la señoría veneciana
conmigo, aunque de no hacellas
mi persona aventurara.
Una de las condiciones
prometidas y juradas
es no admitir foragidos
y mandar que luego salgan
cuantos están de Venecia
en mis estados; ahora acaban
de irse los Embajadores;
culpad á vuestra desgracia
y guardad vuestra persona,
porque al que la entregue, mandan
diez mil escudos de oro,
perdonan delitos y alzan
cualquiera pena y destierro.
Ciudades hay en Italia
donde podéis, disfrazado,
esperar en las mudanzas
del tiempo y de la fortuna,
porque en toda esta comarca
os buscan diez mil escudos,
y uno para hallarlos basta.
Corrido estoy por ser esta
la primera vez que hallan
necesidades de vida
en mí las puertas cerradas.
Mas, para aliviar en parte
las que la pobreza os causan,
que á las de la misma muerte
ó se aventajan ó igualan,
tomad aqueste diamante,
y perdonad que le faltan,
cuando no puedo dar obras,
al sentimiento, palabras. (*Vase.*)

ESCENA IV

LISAURO *solo.*

LISAURO. ¡Oh generoso valor
qué bien disfrazado dejas
con dádivas tu rigor,
pues abres puertas á quejas
y echas candados de amor!
Despides y favoreces,
niegas para consolar,
y si severo pareces
con una mano al negar,
diamantes con otra ofreces.
Mi desdicha me destierra,
no tu valor celebrado,
que, como ella me hace guerra,
vengo á ser tan desdichado
que aun no me admite la tierra.

ESCENA V

Sale CANDADO.—DICHO.

CANDAD. En busca de mi señor
salgo huyendo de Venecia,
donde el popular furor
muestra lo mucho en que precia
al interés bullidor.
No sé dónde irle á buscar;
mas no hay cosa que más sobre
en cualquier parte ó lugar
que el hombre necio y el pobre:
pobre es, yo le vendré á hallar.

LISAURO. ¡Candado!

CANDADO. ¡Miren qué presto
pareció! ¿Qué haces aquí,
si el precio sabes que ha puesto
Venecia, y que anda tras ti
por acá el vulgo molesto?
Huye, que dan un tesoro
á quien te llevare allá,
y el interés sin decoro
ya ves cómo correrá
con diez mil pies, y esos de oro.

LISAURO. No hagas caso de mi vida;
de mi Fulgencia me di.
¿Llora mucho? ¿está afligida?

CANDADO. Ya lo ves, como sin ti,
sin hacienda y perseguida
no le ha dejado un rincón
la justicia en que vivir.

LISAURO. ¡Tales mis contrarios son!

CANDADO. Ni una cama en que dormir.

LISAURO. ¡Ay prenda del corazón!

CANDADO. Con una hija casadera
á cuestas, ya tú verás
lo que teme y lo que espera,
la que ya no tiene más
de esta hacienda; si ella fuera
madre al uso no quedara
tan pobre, que puesta tienda
su daño no remediara,
pues no es la peor hacienda
una hija de buena cara.
Mas ¡bonita es mi señora,
en medio de su pobreza!
Sólo tus peligros llora,
siendo un mármol en firmeza.
LISAURO. No en vano el alma la adora.
Mas deudos tiene presentes
que la acudan.
CANDADO. ¡Desatino
indigno de hombres prudentes!
Siempre el pobre es peregrino
que está sin tierra y parientes.
Si se quiere socorrer
de sus parientes, Fulgencia,
aunque más llegue á tener,
negarán la descendencia
de Adán, por no la valer.
No fíes de su favor
ni esperanza de ellos cobres,
porque igualmente el mejor
recibe, cuando son pobres,
deudos y deudas, señor.
LISAURO. Si esos faltan, allá dejo
amigos que acudirán
á mi esposa.
CANDADO. Mal consejo
tus esperanzas te dan.
¿El amigo no es espejo
de su amigo?
LISAURO. Y muy seguro.
CANDADO. Pues si es espejo el más fiel,
como de ti conjeturo,
¿podráste mirar en él
puesto el espejo en lo escuro?
Di que no, no estés perplejo.
Pues así es la amistad,
porque el amigo más viejo,
en viendo la escuridad
del trabajo, no es espejo.
LISAURO. Candado, ya la amistad
de la corte se retira
al destierro y soledad
que allá reina la mentira
y aquí vive la verdad.
No me espanto que haya hallado
mi desdicha ayuda en ti,
que es tu patria el despoblado,
y á la amistad como á mí
noblemente has hospedado.
Yo he de volver aunque muera
á Venecia, por sacar
mi esposa querida afuera;
trazas sabe el amor dar
para todo.
CANDADO. Esa es quimera.
LISAURO. Muchas hace el firme amante.
CANDADO. Señor, tu intento reporta.
LISAURO. Con un disfraz importante
probaré mi dicha corta,
y si vendo este diamante,
remediaré de algún modo
de mi esposa el mal sin tasa.
CANDADO. A seguirte me acomodo.
LISAURO. Es ciego, por todo pasa
amor y lo abrasa todo. (*Vanse.*)

ESCENA VI

Salen FULGENCIA *y* EFIGENCIA.

EFIGENC. Siquiera por el amor
que me tienes, será bien
que treguas tus ojos den
á tu llanto y mi dolor;
mira que tengo temor
que, siendo de ti homicida,
he de quedar combatida
de quien tu fama atropella:
cuando no por mí, por ella
es bien conservar tu vida.
Si el peligroso recelo
de mi padre te acobarda,
no temas, pues, que le guarda
su razón y el justo cielo.
Si te causa desconsuelo
el dejarme á mí en pobreza
desigual á tu nobleza,
eso no te dé temor,
pues para dote el mejor
es tu invencible firmeza.
FULGENC. ¡Ay Efigencia, retrato
del padre que el ser te dió,
su discreción te dejó,
que es de tu virtud ornato!
¿Qué importa que el tiempo ingrato
y aquesta persecución
haya hecho ejecución
en mis bienes, males ya,
pues quitarte no podrá
bienes que del alma son?
Tu discreción resucita
mi esperanza con pensar
que no la puede quitar
el que la hacienda nos quita;
la crueldad nos necesita
de Lelio, mas será vana
su intención necia y tirana,
porque contra su torpeza
es mi honra fortaleza
que por hambre no se gana.
EFIGENC. No digas de Lelio mal,
madre, si me quieres bien,
que, aunque es justo tu desdén,
le tengo amor inmortal.
Cuando casi era su igual
en hacienda y en valor,
del alma le hice señor,
deseando ser su prenda;
hanos quitado la hacienda
y hame dejado el amor.
Sin la hacienda no me atrevo
á decille que le adoro,
que amor caza con el oro
que en las flechas trae por cebo;
callando su rigor pruebo,
que el amor que está desnudo,

si es ciego, también es mudo,
y si á ti se manifiesta,
una voluntad honesta
es la que obligarme pudo.
FULGENC. Pero ¿qué es esto? ¡ay de mí!
á su combate ordinario
viene mi torpe contrario.

ESCENA VII

Salen LELIO *y* MARCIO.—DICHAS.

EFIGENC. (*Aparte.*) ¡Ojalá fuera por mí!
LELIO. Marcio: Fulgencia está aquí,
ya tiemblo y desconfío.
Amado tormento mío,
¿hasta cuándo imitarás
en no volver paso atrás
al tiempo veloz y al río?
En la tormenta aligera,
quien no se quiere anegar,
la nave, arrojando al mar
la hacienda, que su muerte era;
bella ingrata: ¿quién creyera
que echando al mar mi venganza
tu hacienda, menos bonanza
hallara en ti mi deseo,
pues cuando estás pobre veo
que se anega mi esperanza?
Háblame, que me maltratas
en silencio; amada fiera,
dame palabras siquiera,
pues valen hoy tan baratas.
Piedra muda que me matas
callando por que pregone
tu crueldad; mas ¿quién me pone
temor? Seré mi homicida,
(*Saca la daga.*)
quizá al quitarme la vida
me dirás Dios te perdone.
MARCIO. Lelio, ¿estás loco?
EFIGENC. Señor,
sosegaos, que no sabéis
cuantas vidas quitaréis
si os mata vuestro furor.
LELIO. ¿Qué, no te obliga mi amor
ni su hidalga cortesía,
bronce duro, piedra fría?
Dame una mano no más,
que con ella aplacarás
parte de la pena mía.
Ni que á Lisauro se ofenda
ni que tu honor pierdas pido,
yo te daré á tu marido;
yo te volveré tu hacienda
si me das, hermosa prenda,
una mano.
EFIGENC. (*Aparte.*) En ella os diera
el alma yo, si pudiera.
LELIO. ¿Qué rigor te enmudeció?
Háblame y dime de no
porque consolado muera.
Si con lágrimas me vengo,
ten lástima de que llora
un hombre.
MARCIO. Acabad, señora.
LELIO. De nuevo á penar comienzo
mi bien, mi mal.

ESCENA VII

Sale LISAURO *como mercader con una caja como portugués y muchas cintas de colores, y* CANDADO *detrás como lencero con un fardo.*

CANDAD. ¿Compran lienzo:
Cambray, Ruan, Caniguí?
(*Aparte á* Lisauro.)
Mira cuál ando tras ti.
LISAURO. El amor todo es quimeras.
¿Compran tocas, tranzaderas?
¿Qué es esto, triste de mí?
Lelio mi afrenta procura
y mi esperanza alborota,
y continuada una gota
traspasa una peña dura.
LELIO. Con una mano asegura
mi amor, tu esposo y hacienda.
MARCIO. Dale una mano por prenda
de que tu rigor se ablanda.
(*Métese* Candado *por enmedio de los dos.*)
CANDAD. ¿Compran tocas, lienzo, Holanda?
LELIO. Nunca falta quien me ofenda.
Andad con Dios, que no hay
quien lienzo haya menester.
LISAURO. ¿No mandástedes ayer
que os trujese hoy el Cambray?
FULGENC. ¡Ay, cielos!
EFIGENC. ¿De qué es el ay?
FULGENC. Lisauro y Candado son
causa de mi confusión
y de su muerte si aquí
los conocen. ¡Ay de mí!
EFIGENC. Disimula tu pasión,
pues que vienen disfrazados.
LELIO. ¿De qué es, Efigencia, el susto
de mi bien?
EFIGENC. Todo es disgusto
de los presentes cuidados.
Como en los tiempos pasados
se vió tan rica, y ahora
tan pobre se ve que ignora
de dónde puede sacar
dineros para comprar
un poco de lienzo, llora.
LELIO. ¿Por eso no más? Comprara
una lágrima mi amor
derramada en mi favor,
aunque mi hacienda empeñara.
¿Qué hacéis? Ocupad la vara;
comenzá á medir las dos.
LISAURO. ¿Habéislo de pagar vos?
LELIO. Medid; no os dé eso cuidado.
LISAURO. ¿Daréle muerte, Candado?
CANDAD. Midamos, ¡cuerpo de Dios!
y advierte que sin medida
te pierdes, si no reparas
que vendiendo el lienzo á varas
pasas á dedos la vida.
LISAURO. Aquésta, señora, es caza.
FULGENC. (*Aparte.*) Mi bien: en balde será
la que el interés me da.
LISAURO. Sí, pero mucho adelgaza.
FULGENC. Tiene muy bellaca hilaza.
LISAURO. ¿Quién?
FULGENC. Nuestro perseguidor.

LISAURO. ¡Ay, dulce esposa!
FULGENC. ¡Ay, amor!
LISAURO. ¿Cómo estáis?
FULGENC. Como sin ti.
LISAURO. ¡Pobre y perseguida!
FULGENC. Sí.
LISAURO. ¡Sin hacienda!
FULGENC. Y con honor.
Calla, mi bien.
LISAURO. Desespero.
MARCIO. El dinero es un tercero
que el bronce más duro ablanda;
con achaque de la holanda
la puedes dejar dinero
y partirte satisfecho
de que su amor gozarás,
que hasta recibir no más
resiste el más firme pecho;
pues que lo más tienes hecho,
lo menos traza y ordena.
Pagad con esta cadena
y estos doblones ahora
el lienzo, y después, señora,
con menos crueldad mi pena.
(Echa encima del fardo la cadena y un bolsillo, y vanse los dos.)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* LELIO *y* MARCIO.

LISAURO. *(Toma el dinero y cadena en la mano y dice:)*
¡Oh, mal haya el inventor
que del centro de la tierra
sacó para hacernos guerra
tu peligroso valor!
Pestilencia del honor,
por ver lo que al mundo dañas
te echó á cuestas mil montañas
naturaleza propicia;
pero la infernal codicia
te sacó de sus entrañas.
Como abortivo has nacido
abriendo el vientre en que naces,
que eres mal nacido y haces
las obras de mal nacido.
El color tienes perdido,
que es propiedad del traidor
andar siempre con temor,
por eso de ti sospecho
que por los males que has hecho
naces perdido el color.
Si eres fuego que á abrasar
vienes mi fama y sosiego,
para matar tanto fuego
necesario es todo un mar,
en él te quiero arrojar;
(Arrójalo todo al vestuario.)
sus aguas quema y abrasa,
que si la pobreza escasa
te da hospedaje y consiente,
tú eres tal, que brevemente
te alzarás con honra y casa.
¡Esposa del alma mía!
¡Efigencia de mis ojos!
FULGENC. ¡Dulce paz de mis enojos!
EFIGENC. ¡Centro de nuestra alegría!
LISAURO. Lelio combate y porfía,
poco importa ser Lucrecia,
si al fin Tarquino se precia
de que fué su violador.
FULGENC. Pues ¿qué remedio?
LISAURO. El mejor
es sacarte de Venecia.
FULGENC. Esto ¿cómo será ansí,
si á mi casa ha puesto guarda
la señoría, que aguarda
prenderte, mi bien, por mí?
No te detengas aquí,
ni ofenda tu pensamiento
más mi casto y noble intento,
que dando á mi honor quilates
seré contra sus combates
roca al mar y torre al viento.
¿Dónde piensas ampararte
de diez mil contrarios mudos,
digo, de diez mil escudos,
mi bien, que van á buscarte?
¿Tendrá el mundo alguna parte
donde puedas esconderte
del oro que va á prenderte?
LISAURO. Sí, Fulgencia; mi sagrado
es la lealtad de Candado,
asilo contra la muerte;
á pesar del interés,
su casa me da favor.
CANDAD. Disfrazado de pastor
por verte, vengo cual ves,
hecho un asno portugués.
FULGENC. Ejemplo de lealtad
serás.
CANDAD. Prólogos dejad
y vámonos, que es cruel
el peso de este fardel.
LISAURO. Este diamante tomad,
Fulgencia, porque en la fe
de vuestra lealtad se engaste,
que no habrá quien os contraste
si le imitáis; dueño fué
suyo un Duque en quien se ve
la magnificencia rara
de su sangre ilustre y clara,
y yo espero, esposa, en Dios,
que tendrá el valor en vos
que en el Duque de Ferrara.
FULGENC. Qué ¿os vais, señor de mi vida?
LISAURO. A veros vendrá Candado
cada día.
FULGENC. Con cuidado
quedo, hasta saber que estáis
libre del riesgo en que vais.
LISAURO. Mayor el vuestro me ha dado.
¿Dejaréisme?
FULGENC. Es imposible.
LISAURO. ¿Si os persiguen?
FULGENC. Resistir.
LISAURO. ¿Hasta cuándo?
FULGENC. Hasta morir.
LISAURO. ¡Gran fortaleza!
FULGENC. Invencible.
LISAURO. ¡Que os dejo!
FULGENC. ¡Pena terrible!
LISAURO. ¡Que os quedáis!
FULGENC. Quedáis en mí.

LISAURO. ¿Sois mi esposa?
FULGENC. Mi bien, sí.
LISAURO. ¿A quién amáis?
FULGENC. Sólo á vos.
LISAURO. ¡Ay mi bien, adiós!
FULGENC. Adiós.
CANDAD. ¡Compren lienzo, caniquí! (*Vanse.*)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen LISAURO *de labrador y* CANDADO.

LISAURO. No pongo en cosa, Candado,
mi gusto que me le dé;
contra mí se ha conjurado
todo el mundo, ¿adónde iré
para no ser desdichado?
Que la amistad ponga trato
con el interés, ya ha sido
ley del mundo sin recato;
no me espanta del olvido
del amigo que es ingrato.
Pero que también persigan
las cosas inanimadas,
á un desdichado, y que sigan
leyes en vicio fundadas,
que á la ingratitud obligan,
esto me asombra y me espanta;
hasta la tierra que piso
parece que se levanta
contra mí. Cuanto diviso,
aire, fruto, piedra, planta,
parece que se conjura
y con semblante inclemente
huye de mi desventura.
Para mí llora la fuente
cuando reirse procura.
Ya en tu casa me aborrecen
tus hijos y tu mujer;
mis desdichas lo merecen.
CANDAD. ¿Pues qué hicieran á saber
quién eres y lo que ofrecen
los que tu ventura escasa
persiguen?
LISAURO. Tu esposa dice
que desde que entré en tu casa
cuanto tiene es infelice:
los trigos el cierzo abrasa,
cómese el lobo al ganado,
y, en fin, viñas, prados, gente,
todo por mí ha desmedrado.
CANDAD. Parécense extrañamente
la tiña y el desdichado.
Como es la mala fortuna
tiña y peste, donde llega
no deja cosa ninguna,
sarna que luego se pega
su contagión importuna.
Pero si en tiempo apestado
se conoce la lealtad
del amigo y del criado
y es peste tu enfermedad,
no te ha de dejar Candado,
por más que el tiempo cruel
apartarme de ti crea,
pues cuando por ti y por él,
rico y dichoso no sea,
á lo menos seré fiel.
Candado soy y cerrado
para guardarte, y aunque eres
infeliz y desdichado,
mientras que tú no la abrieres,
mi lealtad va con candado.
Mira del modo que intentas
favorecer á tu esposa,
porque con nuevas tormentas
la riqueza poderosa
maquina trazas violentas.
Lelio, que por bien no alcanza
la posesión de su amor,
abre puerta á la venganza,
y en los brazos del rigor
alimenta su esperanza.
Porque no pueda salir
de Venecia, hace guardar
su casa, sin permitir
irla nadie á visitar.
LISAURO. Menos mal fuera morir.
Pues ¿qué come, si es que tiene
ya mi esposa que comer?
Todo contrario me viene;
¿luego no podrá vender
el diamante?
CANDADO. Ni conviene,
que quien le quitó la hacienda
mejor quitará el diamante.
LISAURO. ¡Ay cara y hermosa prenda!
Muera tu esposo delante
de tus ojos y no ofenda
mi desdicha de esa suerte
tu constancia no rendida;
yo voy á morir y á verte,
que por remediar tu vida
quiero que me den la muerte.
CANDADO. ¿Estás sin seso, señor?
LISAURO. Morir quiero.
CANDADO. Desear
la muerte más es temor
y flaqueza que alcanzar
nombre digno de valor.
LISAURO. ¿No podré ver á Fulgencia
otra vez dando disfraz
que me lleve á su presencia?
CANDADO. Nunca el capitán sagaz
tienta, si tiene prudencia,
la fortuna poco fuerte
dos veces, porque si funda
en la primera su suerte,
suele estar en la segunda
la celada de su muerte.
Yo iré á Venecia cual suelo,
que soy menos conocido
y me es más piadoso el cielo.
Del carbón que hemos cocido
haré cargas, venderélo,
y dándole el precio dél
á Fulgencia, que conmigo
no será Lelio cruel,
ni creerá que á un su enemigo

cubre mi tosco buriel.
Dándome entrada segura
remediaré su pobreza,
daré alivio á su hermosura,
y alentaré su firmeza
mientras tu destino dura.
Esto quiero, y es razón
que aqueste gusto me des.

LISAURO. ¡Ay leal Efestión!
ni te vence el interés
ni te obliga la opinión
de la fingida amistad;
quisiera Alejandro ser
para pagar tu lealtad.

CANDADO. El carbón voy á poner;
hoy entrará en la ciudad,
sufre tu infeliz estado;
que aquél, si fuere animoso
estará, aunque despreciado,
más cerca de ser dichoso
que fuese más desdichado. (*Vase.*)

ESCENA II

LISAURO *solo.*

Correspondencias y tratos
en Italia tenía yo,
con mercaderes que, ingratos,
la necesidad buscó
sus partidas y contratos.
Pues si es verdad lo que digo,
los amigos, ¿dónde están,
que siempre andaban conmigo?
Mas las hormigas no van
á las eras si no hay trigo.
El que ve la golondrina
en el verano labrar
casa firme, ¿no imagina
cuán de asiento quiere estar
por su huéspeda y vecina?
¿No parece el nido eterno
que ha fortalecido tanto?
¿No le alegra el canto tierno?
Pues nido, hospedaje y canto
todo lo deja al invierno.
¿Qué me quejo, pues, en vano
si mi invierno va conmigo?
Faltó el sol y faltó el grano;
si es golondrina el amigo,
él volverá en el verano.

ESCENA III

Sale VERINO *y* DIODORO.—DICHOS.

VERINO. El Duque de nuevo ha echado
de Ferrara á los bandidos
que Venecia ha desterrado;
y así somos compelidos
á sacar de aqueste Estado
á nuestro padre Honorato,
cuya vejez afligida
remediar, Diodoro, trato.

DIODORO. ¿Cómo, si contra su vida
se conjura el cielo ingrato?

VERINO. Rico en Ferrara vivía
con el crédito y hacienda
que por Lisauro tenía,
cuya nobleza no ofenda
jamás la fortuna impía.
Pero hala vuelto á perder
como el crédito ha faltado
de Lisauro, y no ha de haber
otro Lisauro estimado
que le vuelva á socorrer.
También él anda por todo
desterrado y afligido,
y, aunque donde habita ignoro,
por su vida ha prometido
diez mil escudos de oro
el veneciano Senado,
volviendo á la patria y tierra
á cualquiera desterrado
que le lleve.

LISAURO. Tanta guerra,
cielos, ¡contra un desdichado!
Pero ¿qué es esto? ¿No veo
á Diodoro y á Verino?
O me engaña mi deseo
ó en ellos el favor vino
que en otros hallar no creo.
A su padre di la vida
con la hacienda y libertad
que ahora lloro perdida.
¿Es mucho de esta amistad
que los réditos les pida?
Quiero llegar.

DIODORO. Avisado
está mi padre que aquí
venga á hablarnos.

LISAURO. Ea, cuidado,
¿qué teméis? ¿Llegaré? Sí...
Mas no, que soy desdichado.
Y aunque Verino y Diodoro
de mi amistad son testigos,
lo que en ellos tengo ignoro,
que más querrán por amigos
diez mil ducados de oro.

DIODORO. ¿Eres Lisauro?

LISAURO. Solía;
ya soy pelota del tiempo
que hasta el cielo subía
sirviendo de pasatiempo
á la fortuna algún día.
Ya me ha abatido de traza
que, despedazada y rota,
según lo que me amenaza,
si del tiempo fuí pelota,
ya soy de la muerte chaza.
De cuantos amigos tengo,
ó por mejor decir, tuve,
sólo á descubrirme vengo
á los dos; dudoso estuve;
mas ya mi dicha prevengo
en vosotros, que el valor
que os ilustra y ennoblece
y el ofrecido favor
á vuestro padre, merece
que satisfagáis mi amor.

VERINO. La mayor satisfacción,
Lisauro, es la natural;
á esto inclina la razón
y la deuda filial,

que es precisa obligación.
Mi padre está desterrado;
á quien te lleve á Venecia
vivo, el destierro han alzado;
en tanto, Lisauro, precia
darte la muerte el Senado.
(Cógenle por detrás y átanle á un árbol.)

DIODORO. Perdona, que á la amistad
siempre el amor se antepone
del padre.

LISAURO. ¡Ah infames! soltad,
si no queréis que pregone
la fama vuestra crueldad.
Siquiera por descubrirme
á los dos y por fiarme
de vuestra lealtad no firme
habíades de guardarme,
no prenderme y perseguirme.

VERINO. Somos hijos; el amor
puede más que la amistad;
mi padre pide favor.

LISAURO. ¿Y esto es dalle libertad?
Infamia diréis mejor,
y si á la experiencia llego
de ver pagar mal por bien,
desde hoy diga el vulgo ciego:
«Haz mal sin mirar á quien,
haz bien y guárdate luego.»

ESCENA IV

Sale HONORATO.—DICHOS.

HONOR. Aquí mis hijos dijeron
que me esperaban.

LISAURO. Atad
manos que tan sueltas fueron
que su hacienda y libertad
á vuestro padre ofrecieron.

HONOR. Hijos, ¿qué es esto?

DIODORO. Señor:
ya el cielo ocasión ha dado
con que, por nuestro favor,
á Venecia restaurado
goces tu hacienda y valor.
El Senado ha prometido
libertad al que entregare
á Lisauro foragido
y vivo allá le llevare.
Hánosle el cielo ofrecido
aquí, y aunque formes quejas
de que le pagamos mal,
deudas y amistades viejas,
la obligación natural
nos cierra al fin las orejas.

HONOR. A poder desengendraros,
¡infames! por honra mía,
el ser volviera á quitaros
que os di. ¡Maldito sea el día
que hijos pude llamaros!
¿La vida que tengo yo
y la vuestra no es toda una?
Pluguiera al cielo que no,
á pesar de la fortuna.
¿Lisauro no me la dió?
Pues ¿será paga debida,
desconocidos, villanos,
que vida que dió la vida
á un padre y á dos hermanos
hoy por ellos sea vendida?
¿La vida ponéis en venta
de Lisauro? ¿La lealtad
del mundo que honralle intenta?
¿Esto es darme libertad
ó es darme perpetua afrenta?
¿Con qué cara podré yo
á mi patria restaurado
ir? Este es quien vendió
ingratamente al Senado
al que la vida le dió.
¿Ya tenéis las lenguas mudas?
Pero sí, que en tales tratos
os convencerán mis dudas;
símbolos de los ingratos,
con vosotros ya hay tres Judas.
¿Quién pudiera con dos lazos
daros la muerte como á él?
Desate mi amor los brazos,
Lisauro, de este cordel
para que me den abrazos.
(Desátale y dale una espada.)
Y para que aquesta espada
cobre venganza debida,
su muerte es bien empleada:
no son mis hijos, la vida
les quitad ya deshonrada.

LISAURO. A tal nobleza y valor
no hay satisfacción ni precio;
con los brazos es mejor
pagaros; el celo necio
de vuestros hijos fué amor.
Y aunque no hay obligación
natural por quien la cuadre
á hacer al hijo traición,
hijos de tan noble padre
merecen por él perdón.
Yo os le doy, escarmentado
en mí mismo; y porque siente
pena y vergüenza el culpado
siempre que tiene presente
á persona que ha injuriado,
quiero con vuestra licencia
partirme.

HONOR. Cifróse en vos
la lealtad y la prudencia.

LISAURO. Amigos, adiós.

HONOR. Adiós.

LISAURO. ¡Ay mi querida Fulgencia! *(Vase.)*

ESCENA V

DICHOS, *menos* LISAURO.

HONOR. Quitaos delante de mí
afrenta de la virtud,
y de la sangre que os di,
centro de la ingratitud,
y no os llaméis desde aquí
mis hijos, que no merece
tal nombre vuestra traición.

VERINO. Cordura el callar parece
que convence la razón.

DIODORO. Y la traición enmudece. *(Vanse.)*

ESCENA VI

Salen LELIO *y* MARCIO.

LELIO.

He publicado que Lisauro es muerto
y por Venecia corre aquesta fama,
tanto que no hay persona que por cierto
no la publique.

MARCIO.

¡Pobre de quien ama!

LELIO.

Antes espero así salir al puerto
de mi esperanza y obligar mi dama
á que, muerto su esposo y mi enemigo,
su mal remedie por casar conmigo.
Fingiré desposarme en secreto,
que en público, recién muerto su esposo,
querrá guardalle el luto y el respeto
á las lenguas del vulgo licencioso;
y si una vez mi amor pongo en efecto
y aplaco aqueste fuego riguroso
que entre esperanzas leves, entretengo
gozo á Fulgencia y á mi hermano vengo.

MARCIO.

La traza es extremada, aunque indecente
á tu valor.

LELIO.

¿Decencias, Marcio, pides?
¿No sabes que es amor guerra inclemente
y que en guerra son lícitos ardides?
No repares en ese inconveniente
si con la vara del peligro mides
el que corre mi vida en verdes años,
si á Fulgencia no gozan mis engaños.
Aquí sus ojos vierten el tesoro
de las Indias del Sur de su hermosura
por su fingido muerto; aquí la adoro,
y aquí mi amor su libertad procura.

MARCIO.

Quien llora perlas, si con lienzos de oro
enjuga el llanto, juzgará aventura
por quien el oro la ofreció el verterlas,
porque son muy parientes oro y perlas.
Pero á Efigencia, que á su madre imita
en la virtud, belleza y en el llanto,
sale al encuentro.

ESCENA VII

Sale EFIGENCIA.—DICHOS.

EFIGENCIA.

Amor: ¿cómo no os quita
el poder que tenéis tormento tanto?
¿Al que mató á mi padre y solicita
á mi madre adoráis? ¡Parece encanto!
Un padre muerto lloran mis desvelos;
Lelio me causa amor, mi madre celos.
Pero presente tengo á mi enemigo,
si así llamar á quien adoro puedo.
Amor enredador, sed vos conmigo,
que me importa la vida cierto enredo.

LELIO.

Bella Efigencia, si por vos no obligo
á vuestra madre, sin remedio quedo.
Vuestro padre murió; Fulgencia hermosa
os puede remediar siendo mi esposa.

EFIGENCIA.

Debéisme, Lelio, tanto, que he antepuesto
á mi difunto padre vuestro gusto;
mi madre por mi causa...

LELIO.

Decid presto.

EFIGENCIA.

En medio de sus penas y disgusto
admite vuestro amor casto y honesto.

LELIO.

¡Oh nueva venturosa, oh premio justo
de Jacob por Raquel perseverante!
¡Oh venturoso fin de un firme amante!

EFIGENCIA.

En respuesta del vuestro, Lelio, envía
este papel, no de su propia mano,
que no quiere dar muestras en un día
tan grandes, que su amor llaméis tirano;
pero bastan que vengan de la mía.

LELIO.

¡Qué tal escucho, cielo soberano!

MARCIO.

¿No te lo dije yo? ¿Ves como el oro
enjuga perlas?

LELIO.

De contento lloro.

EFIGENCIA.

Este diamante solo que ha quedado
perseverante entre la mucha hacienda
que nos hizo quitar Dux y Senado,
sin que su amor permita que se venda,
también os le presenta

LELIO.

Ya he llegado
al colmo de mi dicha; ¡oh rica prenda!
no por la clara luz que en ti el sol cría,
sino por el valor de quien te envía
la boca pongo en ti una y mil veces.

EFIGENCIA.

Fué la joya primera que mi padre
la dió, y en fe que suceder mereces
en su amor y lugar, la da mi madre.

LELIO.

Esta cadena toma, pues me ofreces
tal dicha, tanto bien; y porque os cuadre
mi gozo á todos; escuchad ahora
lo que escribe Fulgencia mi señora.

(*Lee.*) «A tanta perseverancia vuestra y desdicha mía no me puedo persuadir sino que el cielo está de vuestra parte y quiere que, muerto mi señor y esposo, sucedáis en su lugar y amor. Temeridad será el resistille; mas sólo os suplico deis lugar á que el sentimiento y luto cumpla con la obligación que le tengo y con las lenguas del vulgo, que bien podéis entrete-

ner deseos con esperanzas tan ciertas como la firmeza de este diamante, única prenda y bien estimada de mi primer esposo y ahora del que ha de serlo segundo. No escribo de mi mano, porque hasta dárosla tiembla de vergüenza. Guárdeos el cielo y hágaos más dichoso que vuestro antecesor. Vuestra,

Fulgencia.»

¡Oh letras venturosas, breve suma
de la vitoria que mi dicha pinta!
¡Bendiga el cielo al que inventó la pluma,
el que el papel halló, letras y tinta;
jamás el tiempo viciador consuma
su nombre ilustre, sino que en sucinta
y breve historia en bronce esculpa y grabe
su nombre ilustre y su memoria alabe!

MARCIO.

A tu dama celebra y deja ahora
las letras, el papel y su alabanza.

LELIO.

¿Que Fulgencia, Efigencia, es mi señora?
¿Que el premio ofrece ser de mi esperanza?
A no temer el alma que la adora
los daños y el rigor de una tardanza,
perdiera el seso quien su amor contempla.

EFIGENCIA.

Por eso el gusto con pesares templa;
pero no tanto, Lelio, que te impida
el hablalla esta noche; si la ruegas
que de la luna el resplandor despida,
y, pues amor es ciego, venga á ciegas,
yo haré que á una ventana prevenida
puedas hablalla, si á las doce llegas
con la traza que pide el que es discreto.

LELIO.

Solicito vendré, solo y secreto.

EFIGENCIA.

Pues vete ahora, y quita inconvenientes
de quien aquí te viere tan contento.

LELIO.

Bien dices; tus consejos son prudentes,
grande es mi obligación, un casamiento
ilustre te prometo. Adiós. (*Vase.*)

ESCENA VIII

EFIGENCIA, *sola.*

No intentes
darme otro esposo sino el que yo intento,
que es á ti mismo. Amor ciego y desnudo,
á enredos ciegos das un ciego nudo.
Adoro á Lelio, y finjo que mi madre
por esposo le admite, cuando llora
más que Aganipe por mi muerto padre,
y más que por Memón la fresca Aurora.
En su nombre escribí, que aunque me cuadre
fama y nombre, desde hoy, de enredadora,
ya sabemos que amor no tiene hazañas,
sino solos enredos y marañas.
El diamante la hurté, que, en fin, no es nuevo
ser ladrón el amor; si á ser mi esposo
le obligo, aquesta noche el premio llevo
que merece un ingenio cauteloso.
Quiérole mucho; á mucho, amor, me atrevo;
grande es mi ingenio, pero provechoso;
pues si es mi dueño Lelio, de Lisauro
guardo el honor y su valor restauro. (*Vase.*)

ESCENA IX

Salen JULIO *y* DECIO *y* CANDADO *asido.*

JULIO. De Lisauro sois criado
y cómplice en su delito.
CANDAD. Lo primero yo lo admito,
lo segundo os ha engañado;
porque yo ni á nadie he muerto
ni hice tal bellaquería.
DECIO. ¿No huisteis con él el día
que dió muerte á Filiberto?
CANDAD. ¡Válanos Dios! Yo no huí,
sino viendo que quedaba
sin amo y que él se escapaba,
á mi aldea me volví,
y ahora traigo carbón
que vender.
JULIO. Venga al Senado,
que eso es mentira.
CANDAD. (*Aparte.*) Candado:
ya estás en la tentación.
JULIO. El Dux lo manda; ea, andemos.

ESCENA X

Salen LELIO *y* MARCIO. — DICHOS.

LELIO. Marcio: no ama quien es cuerdo;
de contento el seso pierdo.
MARCIO. El amor todo es extremos.
LELIO. ¿Qué es esto?
CANDAD. Señor: yo soy,
ó fuí, si á decirlo acierto,
criado antaño del muerto
Lisauro; hele visto yo
finar, y vengo á cobrar
lo que el Dux ha prometido
á quien hubiere sabido
su muerte. Entré en el lugar
y, apenas en él me vi,
cuando aquestos dos alanos
me echaron ambas las manos;
hacen presa y pinta en mí.
LELIO. ¿Morir á Lisauro has visto?
CANDAD. Sí, señor, por estos ojos
que tien de comer gorgojos;
ya habrá cenado con Cristo.
LELIO. Marcio: ¿hay ventura mayor?
¿Que la muerte que he fingido
verdadera haya salido?
MARCIO. Está de tu parte amor;
no me espanto.
LELIO. En mi servicio
quiero que estés desde hoy;
dueño de Fulgencia soy
y ser tu dueño codicio.
Que si á Lisauro sucedo
y es mi esposa su mujer,
desde hoy le he de parecer
en todo.
CANDAD. Con vos me quedo.
Mas ¿qué decís de Fulgencia?

LELIO. Que es mi esposa y mi bien ya.
CANDAD. ¿La viuda?
MARCIO. Claro está.
CANDAD. ¿Pues no es cargo de conciencia
que tan presto olvide el luto?
LELIO. Esta noche he de ir á vella.
CANDAD. ¿A su casa?
LELIO. Sí.
CANDAD. ¿Y con ella?...
LELIO. Con ella, pues.
CANDAD. ¡Oste puto!
LELIO. Vamos, y en llegando á casa
de noche, me vestiré.
CANDAD. (*Aparte.*) Yo y todo me escurriré
y le diré lo que pasa
á mi amo.
LELIO. ¿Qué he de ser
tu esposo, Fulgencia amada?
¡Gran dicha!
CANDADO. ¡Viuda y casada
en un día!, ¡oh, roin mujer. (*Vanse.*)

ESCENA XI

Sale LISAURO *y tras él* LABRADORES.

LABR. 1.° Echadle con el pecado.
LABR. 2.° Después que está en el lugar
todos hemos desmedrado,
hasta venirse á quemar
la casa que le ha hospedado.
LABR. 3.° ¡Válgate la maldición,
por hombre ó por desventura!
LABR. 4.° La desdicha es contagión.
LABR. 1.° Por verdad mos dijo el cura
el otro día en el sermón,
que se ahogaban en el mar
todos los que iban con él.
LABR. 2.° En él lo habíamos de echar.
LISAURO. Ea, fortuna cruel,
acábate de vengar.
Echadme, no tengáis pena,
que el mar me recibirá,
pues la tierra me condena;
mas para mí aun no tendrá
todo el mar una ballena.
LABR. 3.° Yo os juro á Dios, si os volvéis
al puebro, que os he de ahorcar.
LABR. 4.° ¿Qué diabros con vos traéis?
LABR. 1.° Dejadle.
LABR. 3.° Volveos á entrar,
que vos mos la pagaréis. (*Vanse.*)

ESCENA XII

LISAURO *solo.*

Ea, Fortuna convoca
toda la furia y violencia
que contra mí se provoca,
porque para mi paciencia
toda tu potencia es poca.
¡Ah, Candado, por leal
mi desdicha has heredado!
Si la sombra del nogal
significa al desdichado
que á cuanto alcanza el mal,
nogal, mi suerte me nombra,
por fuerza te ha de alcanzar
la desdicha que me asombra,
pues te quisiste arrimar
á tan desdichada sombra.

ESCENA XIII

Sale CANDADO.—DICHO.

CANDADO. No le quisiera traer
las nuevas á mi señor
que le traigo, que han de ser
muerte suya y de su honor;
mas si las ha de saber
por otro, sepa por mí
el mal que por su honra pasa.
LISAURO. ¿Candado?
CANDADO. Ya enmudecí.
LISAURO. Ya el cielo quemó tu casa
porque yo en ella viví.
De tu lugar me han echado,
¡tanto mi desdicha pudo!
tú solo firme has quedado;
habla; ¿de qué estás mudo?
CANDADO. Candado está con candado.
LISAURO. ¿Cómo queda mi Fulgencia?
¿Cómo mi Efigencia está?
¿Consolólas tu presencia?
¿Callas? No por bien será.
No pruebes más mi paciencia.
¿Venció el interés cruel
á la pobreza inconstante?
CANDADO. No hay resistencia con él:
¿conoces este diamante?
LISAURO. Sí.
CANDADO. Pues mira este papel.
(Lisauro *lee para sí.*)
Tu enemigo ha publicado
por Venecia que eres muerto;
creyólo el Dux y Senado,
lloró Fulgencia, por cierto
lo que tenía deseado.
Llegó Lelio la mañana
de la nueva, ofreció ser
su esposo, y es cosa llana
que esto de boda en mujer
es tentación de manzana.
Porque el mismo día y punto
que oyó casamiento, dió
á la parroquia el difunto,
el luto en verde aforró,
triunfó Roma de Sagunto,
y Efigencia, que también
la tentación de marido
le hace andar á ten con ten,
de secretaria ha servido,
y como tus ojos ven,
este papel escribió
por su madre, á quien ofrece
á Lelio, y con él le dió
el diamante que merece
no serlo, pues se mudó
tan presto. Llegó Candado
con las cargas de carbón;
conocióme en el mercado
un alguacil socarrón,

quiso llevarme al Senado.
Dije que muerto te había
y que por el justo precio
del homicidio venía;
creyóle el amante necio,
llevóme en su compañía,
y yo, hurtándole el diamante
que te di con el papel,
he venido de portante
á que conozcas por él
lo que refiere importante.
Concluyo con que á Fulgencia
esta noche ha de ir á hablar
el que te hace competencia,
y tu honra se ha de quedar
á la luna de Valencia.

LISAURO.

Calla, no digas más, la boca cierra,
tan elocuente á pronunciar mi muerte.
Ya dió con toda la fortuna en tierra,
la honra derribó mi triste suerte,
¿Mi Efigencia y mi esposa me hacen guerra;
la firme, la mujer constante y fuerte,
tan presto se mudó que me ha olvidado?
Mas todo le persigue á un desdichado.
Afuera, ropas, que en venir conmigo
se os pegará la peste que me abrasa;
afuera, seso, no me seas testigo
del mal que por mi fama y honra pasa.
Aquesta noche asalta mi enemigo
mi honor por las paredes de mi casa,
defenderle ó morir, que si es honrado,
no seré en eso solo desdichado. (*Vase.*)

ESCENA XIV

CANDADO *solo.*

Al mar se echó, que para tanto fuego
el agua, con ser tanta, aún no es bastante;
las olas corta, si á ayudalle llego,
desde una nave le seré importante.
Góndolas hay aquí, desasosiego
de celos confirmados, ya á un amante
dais tormento, ¿qué haréis al que es casado?
Leal tengo de ser, si él desdichado. (*Vase.*)

ESCENA XV

Sale EFIGENCIA *á la ventana.*

EFIGENC. Noche hermosa, en cuyos brazos
duerme seguro el sosiego,
y para no despertalle
escolta le hace el silencio.
Así jamás rayos rojos
ofusquen tus ojos negros
ni el sol en brazos del alba
te salga á inquietar tan presto,
que favorezcas mi amor
y des ayuda á mi enredo
para que, en vez de Fulgencia,
goce Efigencia de Lelio.

ESCENA XVI

Salen LELIO *y* MARCIO, *como de noche.*—DICHA.

MARCIO. Mira que está en la ventana
tu dama.
LELIO. ¡Oh, piadosos cielos!
¡Sol de noche, luz á escuras,
gran milagro! Marcio, llego.

ESCENA XVII

Sale LISAURO *desnudo y mojado.*—DICHOS.

LISAURO. En las alas de las olas
del mar, para todos fiero,
sólo para mí piadoso,
si es piedad no haberme muerto,
llegué volando, señal
que á ver mi deshonra llego;
porque el bien siempre es pesado,
como los males ligeros.
Esta es mi casa, ¡ay de mí!
dos hombres hablando veo
á mi adúltera ventana;
arrimad escalas, celos,
que aun una espada no traigo;
pero ¿para qué la quiero,
pues no hace el acero falta
cuando el honor tiene aceros?
LELIO. ¿Ah del oriente dichoso
donde el sol que reverencio,
á pesar de mis desdichas,
da luz á mis pensamientos?
EFIGENC. ¿Ah del amor más constante
que vió en sus siglos el tiempo
poderoso á conquistar
mi ya agradecido pecho?
Fulgencia soy; si llorosa
por Lisauro, ya con Lelio
tan ufana, que no iguala
mi pesar á mi contento.
LISAURO. ¿Que lo escucho y no doy voces?
¡Jesús! Fulgencia, ¿tan presto
mudable? Llora la aurora
perlas que enjuga el sol luego.
LELIO. Mi bien, si soy yo vuestro esposo,
ya es la dilación tormento
del alma donde vivís,
como salamandria al fuego.
No permitáis que padezca
en el riguroso infierno
del temor quien de la gloria
goza que en amaros tengo.
EFIGENC. Lelio, ya yo no soy mía,
y así, ni quiero ni puedo
negar el alma que os guardo
cuando la pide su dueño.
¿Daisme palabras de ser
mi esposo?
LELIO. Por todo el cielo,
por el valor de mi sangre
y por la ley que profeso,
juro de haceros señora
del mayorazgo que heredo
y del alma en que vivís.
EFIGENC. Pues en ese juramento
fiada, aguardad, señor,

que daros posesión quiero
del alma, donde Lisauro
invencible vivió un tiempo. (*Vase.*)

ESCENA XVIII

DICHOS, *menos* EFIGENCIA.

LELIO. Marcio, mira si soy yo
quien esto escucha; si es cierto;
si es Fulgencia la que baja;
si vivo, si estoy despierto.
MARCIO. No me espanto que lo dudes,
que lo veo y no lo creo;
pero en mujer sola y pobre
¿qué no podrá tu dinero?

ESCENA XIX

Sale EFIGENCIA *con manto.*—DICHOS.

EFIGENC. ¡Venciste, Lelio querido!
LELIO. ¡Oh, venturosos tormentos
padecidos por Fulgencia
pues tan dulce fin tuvieron!
(*Llega* Lisauro *y detiene á* Lelio.)
LISAURO. No tanto que vuestra muerte,
traidores, no venga en ellos;
Lisauro soy, inconstante;
Lisauro soy, vivo vengo.
LELIO. Marcio: llévala en los brazos
á la góndola. (*Llévala.*)
LISAURO. Primero
vengaré con vuestra muerte
mi injuria y deshonra.
EFIGENC. ¡Ay, cielos!
LELIO. Aunque pudiera matarte
ó mandar llevarte preso
donde la muerte pagaras
de mi hermano Filiberto,
no hay venganza que se iguale
á la que hoy hacer pretendo,
no en tu vida, en tu honra sí,
para blasón y trofeo
de mi venganza, pues goza,
vivo tú, á Fulgencia, Lelio.
LISAURO. Espera, no huyas cobarde;
dame la muerte primero,
pues por no tener espada
ir con la vida te dejo. (*Vase.*)

ESCENA XX

Sale FULGENCIA *por otra puerta.*

FULGENC. De aquesta voz lastimada
temerosa y triste vengo,
de mi Lisauro parece;
muerto está; pero, aunque muerto,
su espíritu diera alivio
á mi eterno desconsuelo.
¡Ay, Lisauro de mis ojos!
¿cuándo permitirá el cielo
que se acompañen las almas
pues ya no pueden los cuerpos?

ESCENA XXI

Sale LISAURO *por la puerta en frente de* FULGENCIA. —DICHA.

LISAURO. No ha de quedar cosa en pie,
desde los infames techos,
que no abrase mi venganza.
FULGENC. ¡Ay, Jesús! ¿Qué es lo que veo?
LISAURO. (*Sin verla.*)
¡Ay, Fulgencia, pluma fácil!
El interés dió en el suelo
con tu firmeza.
FULGENC. ¡Lisauro!
¡gloria de mis pensamientos!
LISAURO. ¡Jesús! ¿quién eres, mujer?
FULGENC. ¿Quién soy, dices? ¿No era espejo
yo de tus ojos, Lisauro?
Fulgencia soy.
LISAURO. No lo creo;
no puede haber dos Fulgencias.
FULGENC. Bien dices, sola merezco
fama eterna, sola soy
en el amor que te tengo.
LISAURO. ¿Lelio no te llevó ahora?
FULGENC. No ha podido llevar Lelio
de tu esposa una palabra,
un mínimo pensamiento.
LISAURO. ¿Qué es esto, desdichas mías?
¿Mis ojos mismos no vieron
á Lelio llevar mi esposa?
FULGENC. Tu esposa no, que mintieron;
pero escucha, pues que vives
para mi bien, que sospecho
lo que ha podido engañarte:
Efigencia ha mucho tiempo
que ama á Lelio, y pudo ser
que, ser tu esposa fingiendo,
le engañase de ese modo.
LISAURO. ¿Ah, Efigencia? (*Llámala.*)
FULGENC. Aquesto es cierto,
mi bien, pues que no responde.
LISAURO. Palabra de casamiento
la dió Lelio; pero ¿quién
cree palabras si son viento?
El intenta mi deshonra:
Fulgencia amada, ¿qué espero?
Al Dux voy á presentarme
que, aunque está agraviado, es cuerdo,
todo el Senado me busca,
vénguese en mí, porque muerto
muera conmigo mi agravio.
FULGENC. Dulce esposo, amado dueño
oye, escucha: ¿así me dejas?
LISAURO. Muriendo, Fulgencia, intento
dar en Venecia principio
á un honroso atrevimiento. (*Vase.*)
FULGENC. Y yo de nuevo á mi llanto;
cuando te cobro te pierdo.
Dueño desdichado mío,
tras ti voy; perdone el miedo,
el recato y la vergüenza
que encerrada me tuvieron;
que no hay paciencia que baste
al tropel de mis tormentos. (*Vase.*)

ESCENA XXII

Salen el Dux, *viejo, y el* Duque de Ferrara; *tocan cajas y salen* Soldados, *y el de* Ferrara *con bastón.*

Dux. La victoria, Duque ilustre,
que de los contrarios nuestros
por vos hemos alcanzado
era cierta, conociendo
el valor del capitán
y los hazañosos hechos
de los Duques de Ferrara.
Duque. A vuestra excelencia beso
las manos por tal favor.
Dux. Por vuestro valor espero
que Venecia ha de cobrar
cuanto usurpa el turco fiero.
Levántaos la fama estatuas,
y con armas y trofeos
publique la Señoría
las hazañas que os debemos.
Pedid al Senado, Duque,
lo que quisiéredes, cierto
de que se os concederá
cualquiera difícil premio.

ESCENA XXIII

Sale Lisauro.—Dichos.

Lisauro. Excelentísimo Dux,
Senado ilustre y supremo,
por quien conserva la patria
la libertad de su imperio.
La defensa del honor,
caudal que estima el que es cuerdo
más que la vida, que al fin
se acaba y él queda eterno,
hizo que Lisauro diese,
después de diversos medios
que despreció la ambición,
justa muerte á Filiberto.
Huyó; buscóle el Senado
á pregones prometiendo
diez mil escudos por él,
alzando cualquier destierro;
confiscóle la justicia
sus bienes, no permitiendo
salir su esposa de aquí
riguroso mandamiento.
Quedó pobre, pero honrada,
sin que bastase el dinero
de Lelio, que sucedió
á su hermano en pensamientos,
á derribar su firmeza,
por más engaños y enredos
que el poder pudo inventar,
milagro para estos tiempos.
Publicó Lelio mi muerte
dando fe de casamiento
á Fulgencia si alcanzaba
la ejecución sus deseos.
Pero amor, que no consiente
poner límite en sus reinos,
hizo que Efigencia, mi hija,
por Lelio perdiese el seso.
Fingió, pues, que mi Fulgencia
le amaba, su esposo muerto,
escribióle en nombre suyo,
dióle prendas, concluyendo
en que esta noche viniese
por ella, y al fin, ¡ay cielos!
creyendo que era mi esposa,
á Efigencia goza Lelio.
Si la justicia, ¡oh gran Dux,
Senado ilustre! es espejo
en que el juez se ha de mirar
para enmendar sus defectos,
dos cosas vengo á pediros,
si es que alcanzarlas merezco:
la primera, que se cumplan
palabras y juramentos
dadas por Lelio á Efigencia;
la segunda, que, pues vengo
á entregarme yo á mí mismo
y es el prometido precio
diez mil escudos por mí,
me quitéis la vida y luego
la pobreza de mi esposa
mandéis remediar con ellos;
acabarán con mi vida
las desgracias con que el cielo
me persigue, y daré nombre
á mi honroso atrevimiento.
Duque. A tan piadosa demanda,
pues licencia de vos tengo
para pediros mercedes,
sólo que perdonéis quiero
á Lisauro, invicto Dux.

ESCENA XXIV

Salen Lelio *y* Marcio.—Dichos.

Lelio. Marcio, tan alegre vengo
del engaño de Efigencia,
que, enamorado de nuevo,
por esposa he de pedirla
á mi padre.
Dux. ¿Qué es aquesto?
Lelio. Señor: si de tu valor,
nobleza, piedad y celo
vuela la ligera fama
por uno y otro hemisferio,
muestra perdonar injurias
la nobleza de tu pecho.
Efigencia de Lisauro,
el que mató á Filiberto,
con tu licencia es mi esposa.
Duque. Señor: por él intercedo.
Dux. Si el cielo lo quiere así,
alto, yo también lo quiero;
á Lisauro doy perdón,
su hacienda y patria le vuelvo,
y á Efigencia, vuestra hija,
por hija desde hoy acepto.
Duque. Inmortalice tu nombre
la fama á pesar del tiempo.
Lisauro. Eres gloria de este siglo.
Lelio. De nobleza eres espejo
Marcio. Lisauro está perdonado.

ESCENA XXV

Sale FULGENCIA.—DICHOS.

FULGENC. A los venturosos ecos
del perdón de mi Lisauro
ya á besarte los pies llego.

ESCENA XXVI

Sale EFIGENCIA.—DICHOS.

EFIGENC. Y yo á pedirte perdón.
LISAURO. ¡Dulce esposa!
FULGENC. ¡Amado dueño!

ESCENA XXVII

Sale CANDADO.—DICHOS.

CANDAD. A gozar viene Candado,
entre tantos, un día bueno.
LISAURO. Con la mitad de mi hacienda,
pues cuanto tengo te debo
por leal y por constante.
CANDAD. Ya tus daños fenecieron.
LISAURO. A Honorato, desterrado,
habéis de alzar el destierro.
DUX. Ya no os puedo negar nada.
Vamos, Lisauro, y daremos
principio á vuestra ventura,
á vuestras penas consuelo.
LISAURO. Y fin, con vuestra licencia,
al *Honroso atrevimiento.*

HABLADME EN ENTRANDO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON PEDRO DE BUSTOS.
DON ALONSO.
DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.
JUANCHO, *vizcaino*.
DOÑA ANA HURTADO DE MENDOZA.
RODRIGO, *criado*.
DON LUIS HURTADO DE MENDOZA.
TORIBIA, *labradora*.
LUCÍA, *criada*.
MENDO, *viejo labrador*.
SANCHO, *su hijo*.
MÚSICOS.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen DON PEDRO DE BUSTOS *y* DON ALONSO, *su amigo, de noche, con* MÚSICOS, *por una parte, con un* CRIADO *con una escala, y por otra* DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA, *de camino, con botas y espuelas, y* JUANCHO, *vizcaino, cargado con el cojin y la maleta en la cabeza, ridiculamente vestido. Arrimanse á una parte, y mientras cantan vayan paseando el tablado* DON PEDRO *y* DON ALONSO.

MÚSICOS. (*Cantan.*) «Si no velaran mis ojos
no celebraran las dichas
de los que durmiendo matan,
de los que matando hechizan.
Si no durmieran los tuyos,
glorificaran su vista
los palpitantes despojos
de las más seguras vidas.
¡Ay, ay, qué desdicha!
A quien mira su alma, deja sin vida.»
ALONSO. ¡Extraño recogimiento!
PEDRO. ¡Doña Ana, doña Ana!
DIEGO. Avisa,
Juancho, al mozo que las mulas
aleje donde, escondidas,
aguarden, y vente luego.
JUANCHO. ¿No las asas y las pringas;
aún no llegas, ya las tienes
currucamientos?
DIEGO. Ves aprisa
JUANCHO. ¿Tienes gana de comer?
¿Cómo no las necesitas?
Juancho, matas holandeses
y ya que piensas venías
juras á Dios á matar
holandeses del Barriga.
¿Cantadoreas detienen?
¡Al diablo les das venida! (*Vase.*)

ESCENA II

DICHOS, *menos* JUANCHO.

DIEGO. Ya que nos trujo la suerte
cuanto piadosa propicia
en tan dichosa ocasión,
encubramos esta esquina
hasta ver de estos galanes
el intento.
ALONSO. ¿Qué? ¿porfía
la doncelleja?
PEDRO. Es de suerte,
que regalos y caricias,
dádivas que son de amor
la mayor artillería,
pasando necesidades,
no han bastado á persuadirla
á que le niegue al honor
lo que su sangre le dicta.
Vengo resuelto...
DIEGO. Esto es malo. (*Ap.*)
PEDRO. A escalar...
DIEGO. Función indigna
de un pecho hidalgo.
PEDRO. Su casa,

si piadosa no acredita
con terneza los favores
que me debe, pues me anima
mi amor, mi agravio, la noche,
no tener quién me lo impida
por estar su hermano ausente
en esta ocasión.

ALONSO. Pues mida
tu gusto su voluntad,
que á tu lado estoy.

ESCENA III

Sale JUANCHO.—DICHOS.

JUANCHO. Retiras
mulas al mozo, la guardas
en un callejón metidas,
gruñes mozo, mulas dije
no comen paja vizcaína,
no sabe de burlas Juancho
darle en coz en la barriga,
confesión pides, bien puedes
ser su confesor.

DIEGO. No impidas
con tus voces la ocasión
que, piadoso, en mis desdichas
me ofrece el cielo.

ALONSO. ¿Mejor
no fuera, si pretendía
tal rompimiento tu amor,
que, sin despertar vecinos,
curiosos linces de noche,
parleros duendes de día,
te valieses del silencio?
Porque la música avisa
á los descuidados ojos
y á la vecindad incita
á curiosidad.

PEDRO. No, primo:
porque primero querría
ver si puedo con ternezas,
con músicas, con caricias,
ablandar este imposible
dulce hechizo de mi vida,
si me ofreciese esperanzas,
más piadosa, más rendida,
que entreteniendo deseos
paguen finezas debidas,
iré engañando temores,
y si en prudente porfía
se resiste, atropellando
respetos del oprimirla
á que por fuerza mitigue
mis pasiones.

ALONSO. Pues prosiga
tu gusto su intento.

PEDRO. Canten,
y á aqueste balcón te arrima
para obligalla á que salga
si se resistiera.

DIEGO. Mira,
Juancho, que no te divisen.

JUANCHO. Juras á Dios que barriga
tienes junto á puerta falsa
y resuello que le quitas.

MÚSICOS. «Abre, pues, divina aurora,
esa oriental celosía,
saldrá para el cielo el sol
y para mi noche el día.»

PEDRO. ¡Ah doña Ana! ¡ah dulce dueño!
Abre, pues mi amor te anima.

MÚSICOS. «Rayos fulminan tus ojos
que á un tiempo matan y miran.
¡Ay, ay! qué desdicha:
que quien mira sin alma deja sin vi-
[da.»

ESCENA IV

Sale DOÑA ANA HURTADO DE MENDOZA *á la ventana.* DICHOS.

ANA. Caballeros, si lo sois,
pudiera la cortesía
moveros á no infamar
los blasones que autorizan
estas antiguas paredes
que, aunque ausentes, vivifican
los Hurtados de Mendoza,
solar desta casa antigua.
¿Qué pretendéis desluciendo
el honor que me acredita,
á quien el sol presta rayos
y á quien el cielo da envidias?
¿Qué fineza en mí habéis visto,
qué señales, qué premisas
de mal nacidos deseos,
de esperanzas mal perdidas?
Caballeros que pretenden
con apariencias fingidas,
si pensáis que antiguos bandos
y enemistades antiguas
han de amedrentar mi honor
para que su fuerza os rinda,
no debéis de haber mirado
que alientan la sangre mía
de los Hurtados Mendozas
las no manchadas reliquias;
idos luego de la calle,
ó por las luces divinas
(que en escuadras mal formadas
mis pretensiones animan),
que en defensa de mi honor,
que en mi pecho se acredita,
rayos fulmine mi diestra,
aborten mis ojos iras.

JUANCHO. Dicho lo dicho señora,
firme como vizcaína;
Juancho tienes, tente en buenas
Curtusca perra judía.
(*Va á salir y* Don Diego *le detiene.*)

DIEGO. Juancho, detente. ¡Bien haya
quien á los suyos imita!

JUANCHO. ¡Juras á Dios!...

PEDRO. Ana hermosa;
cánsate de ser esquiva
con quien hoy se obliga á honrarte
dándote para que vivas
hacienda, no te resuelvas,
y advierte que si porfías
no estimando ofrecimientos
ni acreditando caricias,
que, forzado del amor
que mis deseos animan,

alborotando memorias
que muertos hoy resucitan,
me arrojaré...

ANA. ¿Cómo es eso?

PEDRO. A que por fuerza...

ANA. No digas
razones que, imaginadas,
ofenden antes que dichas.
¿Tú has de atreverte á violar
el solio donde autoriza
mi castidad su pureza,
mi virtud su esencia misma?
¿No te cansan altiveces?
¿no te ofenden demasías,
que ocasionando á mi padre,
le forzaron á que viva
ausente, si ya no es muerto,
dejando al tuyo sin vida
por desmentirle?

PEDRO. Doña Ana,
esas memorias me animan;
abre, ó llegaré una escala,
pues hacerlo facilita
no tener reja el balcón.

ANA. ¡Que esto los cielos permitan!
¡Villano! ¿Con tal vileza
piensas lavar el antigua
mancha de tu casa?

DIEGO. ¡Ah pesia!

JUANCHO. ¿Qué pesia, que te imaginas?
¿que le aguardas, que no sales,
y ¡zis, zas?

PEDRO. Apercebida
la traigo, llegadla aquí.
(*Lléganla al balcón.*)

ALONSO. Abre, acaba.

ANA. ¡Fementida
canalla! si no del suelo,
del cielo aguardo justicia.

PEDRO. ¡Oh, pesia tanta paciencia!
(*Sube* Don Pedro.)

ANA. ¡Justicia, cielos!

JUANCHO. ¡Maldita,
ánima seas! ¿qué esperas?
(*Sale* Juancho *y apártale* don Diego.)

DIEGO. Quita, aparta. Bien podía.
Baje acá, hidalgo, aunque miento;
que quien con mujeres libra
las venganzas de su espada
tiene mucho de gallina.
(*Baja de la escalera.*)
Considere que esta casa
es, según tengo noticia,
de un Hurtado de Mendoza
á quien la fama acredita
con valerosas hazañas;
de quien, si acaso se olvida,
dará entera relación
el luto de la capilla
adonde su padre yace;
mudo ejemplo que le avisa
que no se atreva soberbio
á derramar valentías
con quien por mujer no tiene
fuerzas para resistirlas.
¡Por cierto, brava facción;
empresa honrosa y altiva;
venganza bien satisfecha,
y á poca costa adquirida!
¿Con una dama rigores?
Mas no es mucho, ¡por mi vida!
que valientes de alfeñique
tomen venganzas de almíbar.
Esta sí, ¡cuerpo de Dios!
era acción bien parecida,
con propia sangre ganada
y á estocadas adquirida,
no con mujeres. Acaben,
dejen la calle.

ANA. ¿Hay tal dicha?

PEDRO. Hombre ó diablo, ¿quién te obliga
á que incites mi rigor?

ANA. Hombre ó ángel, ¿quién te envía
á que mi casa defiendas?

DIEGO. Sólo la razón me incita.

ANA. Señor, ¡zis, zas!

PEDRO. Si eres loco,
presto tendrá tu osadía
el castigo con la muerte.

ALONSO. ¡Matadle! ¡Muera!
(*Embisten todos con él.*)

DIEGO. Oprimida
la cólera por los ojos,
ardientes rayos conspira.
Diego Hurtado de Mendoza
soy, canalla.

ANA. ¡Hermano!

DIEGO. Grita,
que á castigar mis ofensas
el mismo cielo me envía.

PEDRO. ¡Muera, matadle!

JUANCHO. ¡Zis, zas!
¡Muera esta perra judía!
(*Métenlos á cuchilladas* Don Diego *y* Juancho.)

ANA. ¡Dios te libre!

PEDRO. (*Dentro.*) ¡Muerto soy!

ALONSO. Huyamos.

CRIAD. 1.º A la justicia
llamen.

ESCENA V

Salen DON DIEGO *y* JUANCHO.—DICHOS.

JUANCHO. ¡Juras á Dios, liebres,
si aguardas hago cecinas!

DIEGO. Muerto queda.

JUANCHO. Ya le mueres,
patadas des en el Chinas;
confites pides.

DIEGO. ¡Hermana!

ANA. Diego, ¿estás herido?

DIEGO. Aprisa,
échate por esa escala.

ANA. Ya me arrojo.

JUANCHO. Escucha, mira;
si tienes algo que comas,
arroja.

ANA. No.

DIEGO. ¿Que eso pidas?

JUANCHO. ¿Ni vino?

ANA. Tampoco.

JUANCHO. ¡El diablo
juras Dios, que caminas!

DIEGO. Juancho: las mulas volando
saca de León aprisa
al camino de Rioseco.

JUANCHO. ¿En ayunas?
DIEGO. Qué, ¿aún porfías?
JUANCHO. Lleva el diablo las muelas
que tienes si no ejercitas. (*Vase.*)
UNO. (*Dentro.*) Saquen luces á esas rejas.
OTRO. A don Pedro, ¡gran desdicha!
han muerto.
OTRO. Por aquí van.
DIEGO. La confusa vocería
nos cerca; ponte en mis brazos,
que en la diligencia estriba
nuestro remedio.
ANA. ¡Ay de mí!
Hermano: salva tu vida,
que yo no importo.
DIEGO. Acabemos.
(*Cógela en brazos.*)
¡Adiós, pues, ciudad antigua;
adiós, casa solariega,
que mis pasados tenían
por defensa, por sagrada,
que mi fortuna me obliga
que deje vuestras paredes!
UNO. (*Dentro.*) Por acá.
DIEGO. Mas si porfía
Diego Hurtado de Mendoza,
que sus blasones no olvida,
clavará un clavo en su rueda
por que pare en sus desdichas.
(*Vanse.*)

ESCENA VI

Salen DON LUIS HURTADO DE MENDOZA *y* RODRIGO, *criado, y otros de camino;* DON LUIS *con hábito de Calatrava.*

LUIS. Rodrigo: dile al cochero
que por allí era mejor,
que éste es mal paso.
RODRIGO. Señor,
sabe...
LUIS. Rodrigo, no quiero;
déjame ver este campo
que ha veinte años que dejé.
RODRIGO. La noche lo impide.
LUIS. A fe
que adonde la planta estampo
he venido más de dos
veces á cazar, y allí
diviso, sí, ya la vi,
la casa, ¡válgame Dios,
cuánto me alegro de vella!
de placer de don Rodrigo.
Fué mi verdadero amigo;
todo el tiempo lo atropella,
pues murió en la juventud
de su edad, buen caballero,
de cuya desdicha infiero
que también en la quietud
llega presto el ramalazo
de la muerte. Este arroyuelo
me ha servido de consuelo.
Ya á León corto pedazo
nos queda, no hay una legua
si ya no me acuerdo mal.
RODRIGO. Sabe, pues, que es arenal
este que pisamos.
LUIS. Tregua
pone al cansancio el gozar
destos árboles y fuentes,
cuyas honradas corrientes
aun no saben murmurar.
Cuando pasé por aquí,
mis hijos, aun por criar,
sin madre á quien apelar
de mi ausencia, iba sin mí.
La yegua que me llevaba
dos mil veces maldecía,
y al paso que ella corría
mi corazón arrancaba.
¡Cuántas veces por los dos
hijuelos quise volver!
Y lo hiciera á no tener
temor y respeto á Dios.
Envidia á tener llegara
del muerto, y al mismo punto
su rostro helado y difunto
recelé que me llamaba.
Veinte años ha que partí
desta ciudad, y otros tantos
ha que entre tristeza y llantos
á mis desdichas nací.
No he sabido de mi casa
en este tiempo, y de mí
no han sabido.
UNO. (*Dentro.*) Por aquí.
OTRO. Seguidlos.
DIEGO. (*Dentro.*) ¡Ah, suerte escasa
que me persigues!
LUIS. ¿Qué es esto?
RODRIGO. Como ya va amaneciendo
un hombre admiro corriendo,
señor, hacia aqueste puesto.
LUIS. Voces distintas escucho.
OTRO. (*Dentro.*) Ataja; por aquí van.

ESCENA VII

Sale DON DIEGO *con* DOÑA ANA.—DICHOS.

DIEGO. ¿Dónde, desdichas, irán
mis pasos? Pero no es mucho,
si de vosotras nací,
que me persigáis. ¿Qué es esto?
En más peligro estoy puesto;
ya la esperanza perdí.
ANA. Diego, procura librarte.
DIEGO. Sin ti, ¿cómo he de poder
dejándote á perecer?
ANA. El corazón se me parte.
LUIS. ¿Quién va allá?
DIEGO. Un cuerpo sin alma
á quien persigue la muerte,
y como el alma le falta,
aunque le mate, no muere.
Mas ¿quién lo pregunta?
LUIS. Un alma
que á buscar su cuerpo vuelve,
que ha días que le perdió
y no vive hasta tenerle.

DIEGO. La risa de la mañana,
que sólo en esto parece
que me es el cielo propicio,
ilustre señor, me advierte
vuestro venerable aspecto;
que aquesas sondas de nieve
son el iris que bonanza
á mis naufragios promete.
Esa cruz que os cruza el pecho
me anima, porque no puede
pecho con tan nobles armas
no ser piadoso y prudente.
Soy noble, aquesta es mi hermana;
mujer sabia, ilustre y fuerte,
afrenta de las pasadas,
envidia de las presentes;
de vos me atrevo á fiarla,
seguro que un noble siempre
de honor favorece y honra
á quien dél quiere valerse.
Si vais á León, os pido
que procuréis que no lleguen
á vengarse mis contrarios
con su infamia ó con su muerte,
metedla en un monasterio;
si vais á otra parte, denme
vuestros labios la noticia,
para que, si el cielo quiere
librarme, vaya á serviros.

LUIS. Caballero, tiempo es este
en que no importan palabras;
el rey me ha hecho mercedes,
en premio de mis servicios,
de que en Oviedo gobierne
su distrito, y voy ahora
á tomar posesión; quede
por mi cuenta la opinión
desta señora, que en este
punto la he constituído
por mi hija, y aunque pese
al mundo, la he de amparar
aunque mil vidas perdiese.
Con esto partid seguro;
mirad que llega la gente.

DIEGO. Guárdeos el cielo.

LUIS. Acabad,
avisadme á Oviedo.

DIEGO. Queden
mis esperanzas con vos,
que si el tiempo les concede
á mis desdichas alivio,
que me prodiguen y ofenden,
Diego Hurtado de Mendoza
pagará tantas mercedes. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* DON DIEGO.

LUIS. ¿Cómo, cómo? Aguarda.

RODRIGO. Al viento
en la ligereza excede.

LUIS. ¡Válgate Dios por rapaz
lo que has crecido!

ANA. Que llegue
á vuestros pies no os asombre
quien ya por su padre os tiene.

LUIS. Tomad, señora, mis brazos,
que, como padre, os ofrecen
defenderos y serviros.
¿Cómo os llamáis?

ANA. Si mi suerte
me hubiera dado ventura,
de noble sangre deciende,
Ana Hurtado de Mendoza.

LUIS. Ea, las lágrimas no pueden
dejar de salir. Rodrigo,
ve al punto que el coche espere
y mete aquesta señora
en él, y por que no lleguen
á conocerla, un volante
cubra su rostro, y advierte
al cochero, si llegasen
á reconocer, que siempre
digo que es doña Ana mi hija
y que al camino atraviese
de Oviedo, que no he de entrar
ya en León.

ANA. El cielo aumente
tu vida.

RODRIGO. Vamos, señora.
¡Confuso voy!
(*Vanse* Doña Ana *y* Rodrigo.)

ESCENA IX

DON LUIS *solo.*

¿Qué me quieres
fortuna? ¿cómo dispones
mis desdichas desta suerte?
¿Cuando pensé que venía
entre los brazos alegres
de mis hijos, los apartas
de mis ojos y previenes
otras mayores desdichas?
Cánsate ya de ofenderme.
Bien me pareció el rapaz,
alentado es y valiente,
es hijo de buena madre.
¿Qué le obligará que deje
su casa? ¡Qué confusión!
Dios te libre y Dios te lleve
á mis ojos. La rapaza
es como un oro y parece
varonil. ¡Dios me la guarde!

UNO. (*Dentro.*) Ataja, que ya está cerca.

OTROS. Por aquí, por aquí.

ESCENA X

Sale JUANCHO *con dos frenos y la espada desnuda.*
DICHO.

JUANCHO. Lleves
el diablo quien tanto corres.

LUIS. ¿Quién va allá?

JUANCHO. Un hombre que tienes
mucha gana de comer
y menos de que le cuelgues.

LUIS. ¿De quién huyes?

JUANCHO. De gallinas
plumas escribanos tienes,
garras tienes alguaciles,

alones tienes corchetes,
y cuerpo tienes soplones,
mulas quitas lo que sientes
el freno arranco y les dejo
sin timón que les gobierne.
¿Tiénele pan su merced?

LUIS. Sin duda criado es este
de Diego. Decid, soldado,
si acaso decir se puede:
¿servís á don Diego Hurtado
de Mendoza?

JUANCHO. Mi amo es ese,
aunque pese al mundo.

LUIS. ¡Ah noble
nación! Pues no es tiempo aqueste
de dejarle; aquesta bolsa
tomad, amigo, y diréisle
que su padre se la envía.
(*Dale una bolsa.*)

JUANCHO. Su padre ha mucho que mueres,
¿qué diablos dices?

LUIS. Andad,
que yo sé bien que él me entiende;
atravesad ese monte,
que esos riscos que pretenden
ser columnas en que estriban
del hemisferio los ejes
le esconden.

JUANCHO. Pues ¿hacia dónde
camina?

LUIS. A mí me parece
que á Oviedo.

JUANCHO. ¡Juras á Dios
que si no vienes la muerte
que le tienes de seguir,
aunque el diablo se le lleve!
Mas sin bebes y sin comes;
buen consejo me parece
poner el freno del mula,
así entretendrás los dientes,
(*Pónese un freno delante y otro detrás.*)
Juancho, y el hambre también.
Ya el uno puesto lo tienes
y esotro póngole aquí,
que, pues no comes ni bebes
ya pues de nada le sirves
hasta que el tiempo le llegues,
bien es, Juancho sin ventura,
que ambos agujeros cierres.
(*Vase con los dos frenos.*)

LUIS. Ya el coche va atravesando.
Diego, Dios te libre y lleve
á mis brazos y á mis ojos;
Ana, venturosa suerte
te dé el cielo por que entrambos
seáis en dolor tan fuerte
el báculo de mi vida
y el descanso de mi muerte. (*Vase.*)

ESCENA XI

Sale TORIBIA *con capa aguadera, á lo asturiano, y con aguijada, y* LUCÍA, *su criada, de la misma suerte; haya ruido de carretas y cantará* LUCÍA *al son del ruido de la carreta.*

LUCÍA. «Que ya as doncelas de León
libertadiñas son.
O Rey Mauregato,
menguado y traidor,
al cordobés moro
en feudo las dió.
Dios nos guarde el Rey
que las libertó
que ya as doncelas de León
libertadiñas son.»

TORIBIA. Locía.

LUCÍA. ¿Qué mandas?

TORIBIA. Ten
esos güeyes aguidados
y pazcan en esos prados
sin las coyundas también;
échales heno.

LUCÍA. El mohino
en la laguna bebió;
pero luego que acabó
la echó por otro camino,
aunque poco más sobida
de color.

TORIBIA. Mis güeyes son,
Lócía, en toda ocasión,
de condición muy comprida,
si un arroyo se desata
y beben por su decoro,
al punto pagan en oro
lo que bibieron en prata.
Cuando los hace cosquillas
el prado alegre y sotil,
si le comen peregil
le vuelven albondiguillas.
Cuando desta sierra el rizo
de la nieve el hielo afila
y á estas faldas se destila
con perpetuo romadizo.
si de cualquiera manera
abrigo los damos luego,
tortas nos dan para el huego
de bizcocho de galera.
Corteses por maravilla
son siempre, si en mi conciencia,
que hacen una reverencia,
que quiebran una costilla.
Todas las virtudes se hallan
en ellos, pues, divertidos,
son güenos para maridos
que sufren, comen y callan.

LUCÍA. Esto de ser saterica,
¿cuál diablo te lo ha enseñado?

TORIBIA. Cualquier villano es lletrado
si á las malicias se aprica.
Desunce los güeyes.

LUCÍA. Voy.
Verá lo que hace el bragado
zagüey.
(*Vase.*)

TORIBIA. En aqueste prado
me asiento, cansada estoy.
¡Válgame Dios que es de ver
amanecer la mañana
con su capote de grana
cuando juega al esconder
el sol, que aún no conocido
con halagos lisongeros,
mos viene haciendo pucheros
tembrando y recién nacido!

¡Válganme en esta ocasión
todos los siete durmientes!
(*Echase al pie del monte á dormir, y dice* Lucía *dentro.*)

LUCÍA. ¿Qué toyes? ¡Huego en los dientes
zagüey con la maldición!
(*Canta* Lucía)
«Las tres periñas do ramo, ¡oy!
son para vos meo amo.»

ESCENA XII

Mientras va cantando asoma por lo alto de un monte DON DIEGO, *lleno de polvo y mirando abajo.*—DICHOS.

DIEGO. Ya apenas puedo mover,
valor, los cansados pasos;
no sé por dónde descienda,
que sois tan fragosos y altos,
que incontrastables os miro
y os admiro temerarios.
Con las nubes competís
y ansí podéis alabaros
de que en tan alto habéis puesto
un hombre tan desdichado.
Si esta senda permitiera,
por dicha, bajar al llano,
fuera alivio de mis penas.
(*Va bajando.*)
Parece que ha abierto paso
el cielo á mis desventuras;
algún arroyo ha dejado
esta mal formada senda;
gente parece que abajo
asiste; unos bueyes miro
paciendo, y allí cantando
está un pastor; llamar quiero,
quizá llevará un bocado
de pan. ¡Ah, pastor amigo!
¡Hola!: ¡ah, pastor!

TORIBIA. (*Recuerda.*) ¿Quién diabros
mos corrompe el sueño?

DIEGO. ¡Cielo!
¡parece que estoy soñando!

TORIBIA. ¿A quién gritas ó qué quieres?

DIEGO. Zagala, que esos peñascos
parece que por deidad
para mi bien te guardaron:
sabe, pues, que vengo huyendo
de mí mismo; porque traigo,
por sombra de mis acciones,
la desdicha de mis hados.
Nací en León, donde anoche,
apenas recién llegado
de Cádiz, donde á mi Rey,
resuelto y determinado
quise ofrecerle mi vida
por víctima de mis años,
arriesgada en su defensa,
en el furioso rebato
que el inglés le presentó,
bien á costa de su daño,
al fin llegando fué fuerza
que, intentando hacerme agravio,
á un caballero le diera
muerte; siguiéronme cuantos
parientes tiene y también
la justicia, háme guardado
el cielo para que ahora
viniese á dar en tus manos.

TORIBIA. Afligido caballero,
á buen puerto habéis llegado;
bajad, no tengáis temor,
que por los cielos sagrados,
que á quien intente ofenderos,
que á quien presuma enojaros,
como si fueran gorriones
los mate con ese palo.
Estas montañas habita
mi padre, un nobre serrano;
es dueño de cuanto miran
vuesos ojos, que esos pagos
todos le rienden tributos
y le sustentan ganados.
Tiene dos hijos, que somos
yo y Sancho Díaz mi hermano;
vengo ahora de León
de vender en esos carros
la manteca y el carbón
uno prieto y otro blanco,
ca cá non damos concetos
como allá los cortesanos.
Sentaos, que seguro estáis
y comeréis entre tanto,
que allá en casa se os aliña
algún locido regalo
pan y queso, que aquesto es
el más sabroso en el campo.
Sentaos y descansaréis.
(*Siéntase y saca de las alforjas pan y queso.*)

DIEGO. Sólo con veros descanso.

TORIBIA. Pues si descansáis con verme,
id comiendo y descansando,
que yo me pondré aquí enfrente.

DIEGO. En vos, sin duda, juntaron
la piedad y la hermosura
mucha gracia en pocos años. (*Come.*)

ESCENA XIII

Sale JUANCHO *por lo alto de otro monte con los frenos puestos.*—DICHOS.

JUANCHO. ¡Juras á Dios que esta tierra
es buena para milanos!
Campo lleno de verrugas,
¿cuándo llegarás al llano?
Tú, Juancho, ya que no comes,
cantando siéntate un rato.
(*Siéntase y canta mirando abajo.*)
«¿Quién quieres pan que lo arrojo,
tres días ha que no como?»

DIEGO. ¡Vive Dios que aquella voz
la conozco! ¡Juancho, ah Juancho!

JUANCHO. ¿Quién llamas Juancho? ¿qué es esto?

DIEGO. Juancho, baja, que aquí tengo
que comas.

JUANCHO. Estáis soñando,
pues no tienes por adónde
mejor bajarás rodando.
(*Echase á rodar.*)

¡El diablo llevas el frenos,!
las narices me he quebrado.
DIEGO. ¿Cómo los traes ansí?
JUANCHO. No es tiempo para contarlo;
hartaré pan y después
dirélo. ¿Quién te le ha dado?
DIEGO. Esta serrana piadosa
que hoy ha de ser nuestro amparo.
JUANCHO. ¡Oh serrana panadera!
Deja besaré el zancajo.
TORIBIA. Levantaos, Juancho, comed;
que después podréis besarlo.

ESCENA XIV

Sale LUCÍA.— DICHOS.

LUCÍA. Ya es hora, si te parece,
que nos vamos. ¡San Hilario!
¿con hombres estás, Toribia?
TORIBIA. Calla, que es un hombre honrado
caballero de León,
que, huyendo por ciertos casos,
llegó triste y afligido
por entre esos riscos altos
á pedirme pan, y á fe
que lo hubiera perdonado,
porque no sé qué cosquillas
siento en el alma.
LUCÍA. Es gallardo.
¿Y estotro quién es?
TORIBIA. Estotro
diz que es Juancho, su criado.
LUCÍA. Pues, Toribia, á Juancho alojo,
porque si hubiera arrebato
adonde muriese Ero
es bien que muera Leandro;
en el alma encaramado
le tengo ya.
JUANCHO. ¿Qué me dices?
Hasme un puchero.
LUCÍA. Y aun cuatro.
JUANCHO. Si le tienes algo dentro
comeremos un bocado.
LUCÍA. ¡Alto, á subir!
JUANCHO. Vamos, pues,
matada me llevas, Juancho;
al diablo le das amor.
(*Vanse los dos.*)
DIEGO. No eres para panciflacos.
TORIBIA. Ya unce Locía, vení
y no me engañes.
DIEGO. Si engaño
te hago, muera, Toribia,
á tus bellísimas manos.
TORIBIA. ¡Qué de embustes, qué de enredos
hechiceros cortesanos,
algún diabro os trujo aquí!
DIEGO. ¿Queréis darme una mano,
que estoy cansado?
TORIBIA. Y aun dos.
(*Asense de las manos, y va* TORIBIA *tirando dél.*)
¡Ay Dios, qué blancos pedazos
de ñeve; no sé qué siento
parece que estoy temblando,
y á un tiempo mismo parece
me acucian con gozo y llanto,
aquí, en los ojos, cosquillas;
aquí, en el pecho, milanos.
(*Vanse asidos.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen TORIBIA *y* LUCÍA.

TORIBIA. Como digo de mi cuento,
en la carreta sobió
cansado, y lo que pasó
prega á Dios que sea en descuento
de mis pecados, amén:
porque cuando me miraba
blandos ojuelos me echaba,
más que fruta de sartén.
Yo, que estaba corrompida,
queriendo desimular,
aun no le osaba mirar
vergonzosa y encogida,
y con palabras fulleras
comenzándome á agarrar,
pardiez, que quería pasar
de las burlas á las veras.
Yo, que turbiada miré
al mozo, con bravo ahinco
rempujéle, y con un brinco
de la carreta salté.
Llegamos á casa, al fin,
él triste, yo mesurada,
que este honor, esta nonada
es de los gustos mal fin.
Mal haya su opiñón vana,
pues, en casos diferentes,
les hace hacer á las gentes
lo que no tienen en gana.
LUCÍA. Crudelia fuiste con él,
Toribia, sí en mi verdad,
que un pecilgo no es maldad
que corrompió el arancel.
Mi Juancho hué más cortés,
en la carreta sobió,
y á la larga se tendió
encaramando los pies
sobre una estaca, y mohino
porque el vino le faltó,
al columpio se durmió
roncando como un cochino.
Nuesa carreta chillaba
y él, al paso que groñía,
el contrabajo llevaba.
Yo pasé muy malos ratos
porque, como era á porfía,
todo junto parecía
una capilla de gatos:
la carreta el ponedor
donde los libros están,
el pértigo el sacristán
que los vuelve alrededor,
y porque esto viene á punto,
una capilla tan brava
el un güey les enseñaba
con la cola el contrapunto.
TORIBIA. Padre viene.

ESCENA II

Salen MENDO, *viejo, y* SANCHO *su hijo, de villanos, y* RODRIGO, DON LUIS *y* DOÑA ANA.—DICHOS.

LUIS. El coche queda
á la falda desos riscos,
á quien coronan lentiscos
y apacible murta enreda.
Es tan fragoso el camino,
que por él precipitado,
siendo mirador del prado,
fuí de las nubes vecino;
viendo imposible el remedio
en fortuna tan cruel,
sacar á mi hija dél
tuve por más sano medio,
y al fin con ella en la yegua
vengo á que le encaminéis.

MENDO. Bien presto verle podéis,
que aun no hay un cuarto de legua.
Sancho: salta en la tordilla
y por el collado abajo,
le guía por el atajo
que para en la fuentecilla
del Olmo, que por allí
vendrá á placer.

SANCHO. A eso voy;
descansad, mientras que doy
á vuestro cuidado ansí
sosiego, hermosa señora.
Si el coche cuidado os da
no lloréis, porque vendrá
presto. Por el coche llora;
¡quién fuera coche! ¡ay de mí!

MENDO. Sancho: vuela, acaba pues.

SANCHO. De promo tengo los pies
después que estos ojos vi.
¡Voto al sol! ojos serenos,
si es que el coche os causa enojos,
que os traiga el coche en mis ojos
y esto será lo de menos. (*Vase.*)

ESCENA III

DICHOS, *menos* SANCHO.

LUIS. Hija, divierte el cuidado
que tus tristezas te dan,
que yo espero que tendrán
consuelo presto.

ANA. Si enfado
os causa, señor, el ver
afectos del corazón,
son hijos de una pasión
á quien no puedo vencer.
Si un bien solo que tenía,
cuando apenas le gocé,
ya su muerte contemplé
y entre su muerte la mía,
que celebre no os espante
con lágrimas mi dolor.

TORIBIA. A esa le hirió el amor
por detrás ó por delante:
pues trae dolor semejante,
para Dios que no tengamos
algo en que entendel, Locía.

MENDO. Descansad, por vida mía,
aquí esta noche.

LUIS. No vamos
para sosegar, que ponen
de aquí á Oviedo cinco leguas.

MENDO. Poned al cansancio treguas,
pues mis venturas disponen
que tenga esta humilde choza
todo el bien que ha deseado.

LUIS. Un afligido cuidado
mal con temores reposa:
hoy á Oviedo he de llegar,
que, como os he dicho, allí
voy á gobierno.

ANA. ¡Ay, de mí!

MENDO. Alto, pues; haz aliñar,
Toribia, algo que comer.

LUIS. ¿Es hija?

MENDO. En casa nació
y mi mujer la parió,
y entonces había de haber
dos años que nos casamos.

LUIS. Buenas señas.

MENDO. Llega acá,
mochacha.

LUIS. Razón será,
cuando en vuestra casa estamos,
señora, que nos mandéis
en que os podamos servir.

ANA. No procuréis encubrir
dos mil gracias que tenéis.

TORIBIA. ¿Dos mil gracias? ¿Soy la cuenta
de perdón?

LUIS. ¡Donosa ha andado!

ANA. Sois tan bella que he dudado
si alabaros es afrenta,
porque alabanza no cabe
en la perfección mayor.

TORIBIA. ¡Alabáme vos, señor,
que no hay acá quien me alabe!
Desta suerte, padre, vos
alabá aquesta señora;
decidle que es sol y aurora
y estaremos dos á dos.

LUIS. ¿Quién es esotra serrana?

LUCÍA. ¿Quieren alabarme?

TORIBIA. Sí;
también habrá para ti.

LUCÍA. Alaben hasta mañana,
no doy más que esto.

LUIS. El despejo
aumenta más su hermosura.

TORIBIA. Acá nos requiebra el cura,
pero es amante á lo viejo;
para toda la semana
tiene requiebros bastantes,
que, como los estudiantes,
los enjugó una mañana.
Los días de carne diz
que es nuestro rostro hechicero,
más sabroso que el carnero,
más tierno que la perdiz.
Los sábados no hay morcilla
que esté al humero segura,
es nuesa boca asadura,
nuesos ojos pajarilla.
Mas yo, á mi mal entender,

he llegado á pergeñar
que él pide con requebrar
lo que quijera comer.

ANA. Vos sois discreta y hermosa
y en las dos cosas perfeta.

MENDO. Rapaza: ¿quién te ha mostrado
aquesas bachillerías?

LUCÍA. Ellas vienen con los días,
que, aunque mos hemos criado
con las cabras y los güeyes
en buena conversación
entre estos riscos que son
su corte, si ellos sus reyes,
también sabemos habrar.

LUIS. Donosa es la labradora.

MENDO. Entrad, hermosa señora,
donde podáis descansar,
que á fe que vendréis cansada.
Mochachas, á componer
lo que habemos de comer.

LUCÍA. La olla está aderezada.

MENDO. Asa un poco de jamón;
Toribia: ve á la cocina,
haz matar una gallina,
y si no mata un capón.

LUCÍA. ¿Qué capón han de matar?
¡hamos de matar aquí
lo que hamos criado! (*Llora.*)

MENDO. Sí.
¿Por aqueso has de llorar?

LUCÍA. Herodes desos capones
han sido esos caballeros.

TORIBIA. Calla, no hagas pucheros.

LUCÍA. No he de sufrir sinrazones...

TORIBIA. Dalos á la maldición.
Locía, parte á matallos,
que hay capones que son gallos
en llegando la ocasión.

LUCÍA. Eso siento si lo dudas,
que es quedar, aunque lo abones,
quitándoles los capones
muchas gallinas viudas.

TORIBIA. ¿Onde el mi querido hué?

LUCÍA. Como acabó de almorzar,
cansado, se entró á acostar,
y durmiendo le dejé.
El mi Juancho en el pajar
ronca como un descosido.

TORIBIA. Esta ninfa ca venido
ma dado que sospechar,
no quijera que lo vea...
¡Prega á Dios!...

LUCÍA. ¿Qué pregas?

TORIBIA. ¿Qué?
Vamos y te lo diré;
prego que orégano sea.

(*Vanse las dos.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* TORIBIA *y* LUCÍA.

LUIS. ¿Y ha mucho que estáis aquí?

MENDO. Más de treinta años habrá
que aquesos presumo que ha
que para vivir nací.
Mas esto no es para ahora,
entremos en casa.

LUIS. Vamos.

MENDO. Puesto que no merezcamos
veros alegre, señora,
entrad y descansaréis.
Comeremos un bocado.

ANA. En aqueste verde prado
os suplico me dejéis
un rato por divertir
con sus flores mi tristeza.

MENDO. Pensión es de la belleza
tener siempre que sentir.

LUIS. Ana, procura alegrarte;
conmigo estás y yo soy
quien fe y palabra te doy
que no tengo de faltarte
aunque mil vidas perdiera.

ANA. Mi sentimiento, señor,
no pone duda en tu amor.

LUIS. Sabe el cielo que quisiera
tu contento y tu quietud
más que el mío; sí, ¡por Dios!
Vamos, señora, los dos.
(*Ap.*) ¡Quién pudiera esta inquietud
consolar! Mas no conviene,
hija, callemos, quizá
el callar importará
al remedio que previene
mi amor en tan triste suerte,
pues no siendo conocido
valdré á mi hijo querido
librándolo de la muerte.

(*Vanse* Mendo *y* Don Luis.)

ESCENA V

DOÑA ANA *sola.*

ANA. ¡Buen lance habemos echado!
Tras de tantas desventuras
que en mi daño mal seguras
ni cesan ni se han cansado,
yo he llegado
á la desdicha mayor,
pues cuando esperé favor
para mis daños,
hallo de súpito en años
recién nacido el amor.
Cuando, huyendo de mi suerte,
infelices pasos daba
y tímida tropezaba
en los brazos de la muerte,
¡trance fuerte!
¡triste estrella! ¡adverso hado!
advierto en mi triste estado
¡qué rigor!
que es la desdicha menor
morir para un desdichado.

ESCENA VI

Sale SANCHO.—DICHA.

SANCHO. Ya por quebrarle los ojos
á quien os le pudo dar
el coche truje á pesar

suyo, cesen los enojos,
que en despojos
de tan celestial pintura,
le pediré á mi ventura
por favor,
que ya que me dió el amor,
no me niegue esa hermosura.
Pardiez, si he de hablar verdad,
bien se me puede creer
que sois la primer mujer
que rindió mi voluntad,
y pensad
que me siento tan glorioso
en este lance amoroso,
que he creído
que siendo vuestro vencido
he quedado victorioso.
¡Mala Pascua me dé Dios
si en el punto que os miré
de la suerte no dudé
cuál fué mayor en los dos!
Admiro en vos
una perfección discreta,
por miraros,
que la vista más perfeta
entre prodigios tan raros
se exhala como cometa,
y quisiera preguntar,
porque deseo saber,
¿cómo enseñáis á querer
á quien nunca supo amar?
Que es de admirar
que á tantos en las cadenas
enlacen á manos llenas
vuestros labios
á cuchilladas de agravios
y á puñaladas de penas.

ANA. Quien tan bien sabe decir
lo que desea explicar,
si es que no ha sabido amar,
¿cómo ha sabido sentir?
Séos decir
que si os falta sentimiento,
que en tan amargo tormento
puedo enseñaros
á sentir con obligaros
sintiendo lo que yo siento;
y si es que acaso es verdad
que os debo alguna afición,
débaos en esta ocasión
gozar desta soledad.

SANCHO. Ordenad
lo que fuéredes servida;
la obediencia me convida,
porque espero
que conozcáis lo que os quiero,
pues me aparto de mi vida. (*Vase.*)

ESCENA VII

Salen por otra puerta DON DIEGO *y* JUANCHO. DOÑA ANA.

DIEGO. No he podido sosegar,
Juancho, porque considero
la poca seguridad
que en aquesta casa tengo.
Mis contrarios me persiguen
tan furiosos y soberbios,
que desos riscos umbrosos
habrán contado los senos.
No sé qué remedio intente.

JUANCHO. Al diablo le das remedio
y pulgas le das al diablo,
que en aquel pajar tenemos
hoy pulga, ¡juras á Dios!
que piensas que eres barbero
y pes pega un picotazo
que dejasá Juancho muerto.
Pulga hay que bien puede ser
con cordel mozo de ciego;
una pulga reverenda
toda vestida de negro,
piensa que es fraile benito
que te sales del convento.
¡Muerto vienes, pobre Juancho!

ESCENA VIII

Asómase TORIBIA *al paño con un asador en la mano.* DICHOS.

TORIBIA. ¡Mal sosiega el pensamiento!
De la cocina me salgo
y á mi padre en ella dejo,
que un quillotro no me deja
poner los pies en el suelo.
Huí en busca de mi querido
y no está en el aposento;
mas helos adonde están.

DIEGO. Este es el mejor consejo,
á Madrid parto esta noche
si me dejan. ¡Ana!

ANA. ¡Diego! (*Abrázanse.*)
¿Es posible que mis ojos
tan gran ventura tuvieron?

TORIBIA. ¡Concertáme estas medidas!

DIEGO. No creerás á qué buen tiempo
te ven los míos, doña Ana.
Sin duda ha querido el cielo
dar consuelo á mis desdichas
con tu vista.

JUANCHO, ¿No merezco
que Juancho besas tus manos?

ANA. ¡Juancho! los brazos es premio
muy corto de tus servicios.

TORIBIA. Para todos hay refresco.
¡Qué socorrida mujer!
¿Qué haré, que rabio de celos?

ANA. No habrá una hora que llegamos,
porque ignorando el cochero
el camino, nos perdimos
después de varios sucesos,
que en esos montes pasamos
esta noche, hasta que el cielo,
con la luz de la mañana,
nos dió en esta casa puerto.
En ella os halló ventura,
que sólo pudiera serlo
entre tan grandes desdichas
como nos siguen; bien veo
que os ha de añadir disgustos

lo que contaros pretendo,
pero acudo al menor daño.
Diego: aqueste caballero
en cuyo poder quedé
no me agrada, porque es cierto
que goza de la ocasión,
como otros muchos lo han hecho.
Desde que me vió la cara,
con ternezas, con requiebros,
apretándome las manos,
dando suspiros al cielo,
me ha declarado su amor,
aunque con término honesto.
Es poderoso, y va á ser
Gobernador en Oviedo,
cosa que puede animarle
á conseguir sus intentos.
Pues la suerte os trajo aquí,
no conviene ni lo quiero
que en su poder me dejéis.

DIEGO. ¡Ea, desdichas: á un tiempo
todas juntas, que ya es hora
de cumplir vuestros deseos;
matadme, que poco falta!

JUANCHO. ¡Llévese diablo por viejo!
¡Juras á Dios que le tienes
las propiedades del puerco!

TORIBIA. ¡Hemos negociado bien!

DIEGO. ¡Alto!: vamos al remedio,
que las determinaciones
son hijas de los discretos.
No quiero que con él vayas
ni que te quedes, que es cierto
que aquí no has de estar segura.
Esta noche, en el silencio
de su obscuridad, sin dar
á ninguno cuenta desto,
te prevén, que he de llevarte,
tomando por instrumento
de las muchas dese prado,
dos yeguas, hijas del viento,
para hacerlo.

JUANCHO. Ya le tienes
juras á Dios lindos frenos
y yo sabes donde hay sillas,
y por el corral podemos
echarlas.

DIEGO. Bien lo has pensado.

TORIBIA. Muy buen despacho tenemos.
¿No hay son echar y freir,
como si hueran buñuelos?

DIEGO. A las diez en esta puerta
has de estar, porque al momento
que Juancho ensilla las yeguas
nos vamos.

ANA. Bien lo has dispuesto;
pero, porque la fortuna
no atropelle mis deseos,
cuando las tengas á punto,
háblame en entrando recio,
porque á la voz te conozca.

DIEGO. Bien dices, y por más cierto,
será el hablarme en entrando,
la seña.

ANA. De aquese acuerdo
quedamos.

ESCENA IX

Sale RODRIGO.—DICHOS.

RODRIGO. Ya está esperando
la comida; ¡santos cielos!
Señor ¿en aquesta casa?

DIEGO. Ansí el cielo lo ha dispuesto;
¿dónde está vuestro señor?

RODRIGO. Aquí esperando le dejo
á mi señora doña Ana
para comer.

DIEGO. Vamos luego,
que quiero besar sus manos.

RODRIGO. Será excesivo el contento
que tendrá con vuestra vista.

DIEGO. Mayor le tuviera entiendo (*Aparte.*)
de no verme. Ven doña Ana.

JUANCHO. Juancho, vamos allá dentro;
buena noche se te espera
trotando por esos cerros
como ahora, y harta el tripa,
que quizá le vendrá tiempo
en que cuando quieras carne
matarán al carnicero.

DIEGO. Lo dicho, dicho, doña Ana.

ANA. Y lo dicho, dicho, Diego.

JUANCHO. Dicho lo dicho, barriga. (*Vanse.*)

ESCENA X

TORIBIA *sola.*

Hábrame en entrando, pienso
caquesta noche ha de ser,
sin duda, mi finamiento.
¡Qué bien lo amasó el traidor
que con fingidos requiebros
embaducar pretendía
los mis sencillos deseos!
¡Qué he de hacer, triste de mí,
que me espachurran los celos!
ca cá dentro juegan cañas,
siendo la praza del cuerpo.
¡Llorad tristes ojuelos,
que amor os tira y son sus frechas celos
y por sentir las que os están tirando
decí Toribia, así: «hábrame en entrando.»

ESCENA XI

Sale LUCÍA.—DICHA.

LUCÍA. Toribia, padre te llama.
¡Verá el diabro lo que ha hecho!:
¿el asador te trajiste?
No me ha quedado abujero,
tizón, artesa, vasar,
horno, cocina, humero,
espetera, despensilla,
que he perdido el sufrimiento
buscándole. ¿No respondes?
¿Qué tienes que haces pucheros?

TORIBIA. Tengo un bien que no me entiende,
tengo un mal que no le entiendo.
¿Has vido al ninfo y la ninfa
juntos?

LUCÍA. Sí.

TORIBIA. Pues eso tengo.

LUCÍA. Ya de comer acabaron,
y ella, desmayos fingiendo,
diz que se quiere acostar,
y yo la cama le he hecho
en la cámara de arriba.
TORIBIA. Ya esos desmayos entiendo.
¡Mal desmayo le dé Dios!
Pues se acuesta, ocasión tengo
para corromper sus gritos
y para lograr mi intento;
procura tú desnudarla
y con sotil fingimiento
los vestidos que le quitas
los trascuela á mi aposento
con secreto, que me importa.
LUCÍA. ¿Qué es lo que has de hacer con ello?
TORIBIA. Calla, y haz esto que digo.
LUCÍA. Callo, y hacerlo emprometo.
TORIBIA. Al cura le oí decir
que vestido de pellejos
le hurtó la bendición
un Jacome al heredero
della; y ansí pienso hacer,
que esa ropa será el vello
que la bendición que busco
magarre por los cabellos. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen DON DIEGO *y* DON LUIS.

DON LUIS.

Si estáis determinado
no será porfiaros acertado.

DON DIEGO.

Yo estoy agradecido
al gran amor que en vos he conocido;
llámanme obligaciones
que no puedo excusar.

DON LUIS.

Las ocasiones
que pueden suceder mirad primero,
que es la hermosura un enemigo fuerte
y á quien la adversa suerte
tanto le dió, camina hacia la muerte
con mayor brevedad.

DON DIEGO.

Esos deseos...
En sus palabras ya su intención veo. (*Aparte.*)
¡Que no le haya obligado
siendo noble el haberle confiado
mi honor! Pierdo el sentido.

DON LUIS.

Que, en efecto, señor, solo y perdido
huyendo de la muerte,
¿os queréis encargar de aquesa suerte
de una mujer hermosa?
No lo acertáis, y adviértoos una cosa,
por el hábito santo
de San Benito, á quien venero tanto;
por la sangre heredada
tan limpia y noble como desdichada,
que estaba en mi poder esa señora
más bien guardada que no queda ahora,
y quererla llevar no os lo aseguro;
no me habéis conocido, que yo os juro
que á conocerme...

DON DIEGO.

¡Ay cielos,
sin duda al viejo le atormentan celos!
Me he desengañado
del falso trato que conmigo ha usado.
En mi poder está...

DON LUIS.

No está.

DON DIEGO.

¿Qué es esto?

DON LUIS.

Dañosas rapazadas. ¡Alto, presto!
pongan el coche y vamos.

RODRIGO.

Ya está puesto,
señor.

DON LUIS.

¿A qué aguardamos?
Quedaos con ella que, por vida mía,
que os acordéis de mí quizá algún día.
Llévola yo á mi casa;
¡ay hija amada, el alma se me abrasa!
y venís á quitalla
de quien le daba honor! ¿Queréis llevalla
á que guarde ganado?
¡Pobre muchacha, lástima me ha dado!

DON DIEGO.

¡Si no mirara...

DON LUIS.

¿Cómo es eso, cómo?
Canas de acero calzan pies de plomo.
Yo soy quien he tenido
lo que no puede ser bien parecido.
Si hacerlo no os agrada,
no miréis en respetos, que mi espada,
cansada de matar los enemigos,
bien sabrá responder á los amigos.

DON DIEGO.

Ya apretáis demasiado.
Aquí en vuestra presencia he reparado
no sé qué soberanos
impulsos me enmudecen que las manos
aun no acierto á movellas,
debe ser unión de las estrellas
lo que aquí me detiene;
idos con Dios, pues tanta fuerza tiene
que no habiendo temido,
temo venceros por quedar vencido,
y no pudiendo hablaros
temo el oiros, temo el replicaros. (*Vase.*)

DON LUIS.

Muerto va y solo quedo.

RODRIGO.

Declárate señor.

DON LUIS.

Eso no puedo
que ahora no conviene,
que quiero ver si algún remedio tiene
con el cargo que hoy llevo
su libertad.

RODRIGO.

Ya se ha escondido Febo,
quédate aquesta noche
en esta casa.

DON LUIS.

No: camine el coche;
pica á Oviedo que importa.

RODRIGO.

A Oviedo pica.

DON LUIS.

La jornada es corta;
¡qué triste fué el mozuelo!
Más triste quedo yo, sábelo el cielo.
¡Ay, mi hija querida,
aún no gozada cuando ya perdida!
¿Cuándo querrá mi suerte
que alegre os goce hasta esperar la muerte?
(Vanse.)

ESCENA XIII

Sale LUCÍA *con un candilón y los vestidos y* TORIBIA.

TORIBIA. ¿Cerraste la puerta?
LUCÍA. Sí, ya la he cerrado.
TORIBIA. Cuelga el candilón
en aquese cravo.
¿Sintióte la ninfa?
LUCÍA. No, ca al ir entrando,
por no her roido,
quité los zapatos.
TORIBIA. Pues desnuda presto.
LUCÍA. Ya tienes quitado
la saya y sayuelo.
(Siéntase en el suelo.)
TORIBIA. Desprende el tocado
apriesa, Locía,
mientras me descalzo.
(Queda en mantegüelo.)
LUCÍA. Ya todo está hecho;
¿por qué tas quitado
los zapatos?
TORIBIA. ¡Bestia!
¿cabrán en los zancos?
Dácalos acá.
(Dale los chapines.)
LUCÍA. Aquí están.
TORIBIA. ¡San Pablo!
Llega acá, Locía;
llega, que me caigo.
LUCÍA. Quítatelos, pues.
TORIBIA. Yo me iré enseñando,
ca amor es maestro
en aquestos casos.
Daca los corpiños.
LUCÍA. Como están cerrados
por delante...
TORIBIA. Enseña,
oigan el diabro,
por detrás se atacan.
(Pónese el jubón.)
LUCÍA. Las damas de hogaño,
siguiendo lo culto,
huyen de lo craso.
TORIBIA. Pon presto.
LUCÍA. Ya pongo.
¡Cristo soberano,
cuántos agujeros...!
TORIBIA. No estiraces tanto,
que me harás caer.
LUCÍA. Todo está atacado;
¿qué quieres ahora?
TORIBIA. Dame ese refajo.
LUCÍA. Allá va; ¿qué es esto?
(Las enaguas.)
TORIBIA. ¿Qué trojiste, diabro?
¿es frontal de igreja?
Ten de aqueste lado.
(Extiéndelas todas, que han de estar cosidas por delante.)
¿Quieres apostar
que trojiste acaso
la funda del coche?
LUCÍA. No, que es muy galano.
TORIBIA. Ya caigo en lo que es:
manta de caballo.
LUCÍA. ¿Tan larga?
TORIBIA. Alto, pues;
voime rodeando
esta faja al cuerpo.
(Va dando vueltas Toribia, *dándose las enaguas, y* Lucía *teniendo el otro canto.)*
LUCÍA. Muy bien lo has pensado,
casi la traía.
TORIBIA. Ata esos dos cabos;
venga ahora esotro
presto.
LUCÍA. No ha quedado
ya más que la ropa.
(Pónese la ropa.)
TORIBIA. ¡Qué cuello tan alto!
Lucía, parece
pescuezo de ganso.
LUCÍA. ¿Por qué ansí lo hacen?
TORIBIA. Porque yo he pensado
que los traen ansí
éstas, por si acaso
algún caballero,
tierno enamorado,
quiere visitar
sus compuestos labios,
con el pie de amigo
no pueden lograrlo.
LUCÍA. Esta caja vino
acá entre los hatos.
TORIBIA. ¿Qué hay dentro?
LUCÍA. Cabellos.
TORIBIA. ¿Si sa trasquilado
con el berrenchín?
LUCÍA. Que son del tocado
tienen trazaderas,
si no es que me engaño,
estos son pericos.
TORIBIA. Pon, que no me espanto
que caiga quien tiene
perico en los cascos.
Daca la valona.
LUCÍA. Está como un mayo;
toma no te ahoje.
TORIBIA. ¿Y padre?
LUCÍA. Sentado
quedaba en el huego
con Sancho tu hermano,
que destas visitas
quedaba cansado.

TORIBIA. Si por mí pregunta
di que me he acostado.
LUCÍA. ¿Qué hará la señora
cuando ande buscando
sus vestidos?
TORIBIA. Muera,
pues me está matando.
Arrímate á mí.
(*Toma el candil* Lucía, *arrímase á* Toribia *y vanse entrando.*)
LUCÍA. Válgate el calvario
de Nueso Señor.
¡Linda estás!
TORIBIA. ¿Te agrado?
Vete poco á poco.
LUCÍA. Si yo huera macho
todo estaba hecho.
TORIBIA. ¡Ay! amante falso,
aquesto mobriga;
«hábrame en entrando.» (*Vanse.*)

ESCENA XIV

Salen DON ALONSO DE BUSTOS *y otros tres, con pistolas, botas y espuelas.*

ALONSO. Los caballos apartad
detrás de aquese ribazo,
que, según traigo noticia,
presto atajaré los pasos
del que ya segunda vez
más afrentas ha intentado.
Los caballos aun no pueden,
consumidos del cansancio,
pacer la hierba.
CAB. 2.º El postrero
ha sido bellaco rato
que han llevado.
CAB. 3.º La noticia
que nos dió aquel aldeano
de los bueyes importó.
ALONSO. Ahí os quedad retirados,
veré si en aquesta casa
quizá quieran hospedarnos
sólo por aquesta noche.
(*Vanse los tres.*)
Yo apostaré que acostados
estarán ya. ¡Ah, buena gente!
(*Da golpes.*)
Abrid. Habladme en entrando.

ESCENA XV

Sale TORIBIA.—DON ALONSO.

TORIBIA. La seña es ésta, aquí estoy
aguardando, Diego Hurtado.
Doña Ana soy.
ALONSO. ¡Santos cielos!
¿Qué es esto?
TORIBIA. ¿Estan aliñados
los caballos?
ALONSO. (*Ap.*) Fingir quiero.
Ya están á punto.
TORIBIA. Pues vamos.
(*Ap.*) ¡Voto al sol, que habéis de ser
mi marido!
ALONSO. El cielo santo
sin prevenir la venganza
la trujo el cielo á mis manos
(*Llévasela.*)

ESCENA XVI

Sale DOÑA ANA *mal vestida de villana.*

¿Si habrá mi hermano venido,
que no sé quién me ha quitado
los vestidos que tenía
prevenidos para el caso,
y en buscar esos que tengo
presumo que me he tardado?
Si bien más segura voy
en este traje.

ESCENA XVII

Salen DON LUIS *y* RODRIGO.—DOÑA ANA.

LUIS. Cansado
llego; mas ¿cómo, Rodrigo,
tendré sin vida descanso?
RODRIGO. Señor: del camino vuelves;
¿qué piensas?
LUIS. He imaginado
el peligro en que á mi hija
dejé entre aquestos villanos,
y ansí he resuelto decirle
quién soy, y llevarla.
ANA. Pasos
siento. ¿Si es Diego?
LUIS. ¿Qué es esto?
Un bulto, si no me engaño,
miro á la puerta. ¿Quién va?
(*Llega y agárrala.*)
ANA. ¡No es Diego, ay Dios!
LUIS. Sosegaos.
ANA. Ya os conozco, ya os conozco;
mirad que vendrá mi hermano,
y que si intentáis mi ofensa
tengo valor, tengo manos
para mataros.
LUIS. ¡Ay, hija:
dame mil veces tus brazos!
Soy tu padre, Luis Hurtado
de Mendoza. Trae, Rodrigo,
la yegua.
(*Va* Rodrigo *por ella.*)
ANA. ¡Oh, padre amado!
¿es posible que te veo?
Dame otra vez esos brazos.

ESCENA XVIII

Asómase LUCÍA *á la puerta y velos abrazar.*—DICHOS, *menos* RODRIGO.

LUCÍA. ¡Eso sí, cuerpo de tal!
LUIS. Vente conmigo.
ANA. ¿Y mi hermano?
LUIS. Por ahora no conviene
que sepa quién soy.
ANA. Pues vamos.
¿Ni ha de saber dónde voy?

LUIS. Después.
ANA. Besaré tus manos
dos mil veces.

ESCENA XIX

Sale RODRIGO.—DICHOS.

RODRIGO. Ya está aquí
la yegua.
ANA. ¡Cielos sagrados,
tal suerte en tanta desdicha!
LUIS. ¡Vamos! (*Vanse y llévansela.*)

ESCENA XX

LUCÍA *sola.*

¡Hábrame en entrando!
Hoy despacha el viejo verde;
pardiez, lindo lance ha sido.
¡Hola, hao! que se la lleva.
¡Oh Mendo, oh señor, oh Sancho!

ESCENA XXI

Salen por una puerta DON DIEGO *y* JUANCHO, *y por otra* SANCHO.—LUCÍA.

SANCHO. ¿De qué das voces? ¿qué ha habido?
DIEGO. Alguna desdicha aguardo.
LUCÍA. ¡Que se llevan á doña Ana!
DIEGO. ¿A quién?
SANCHO. ¿A quién?
LUCÍA. ¡San Hilario!
(*A* Diego.)
¿Vos estáis aquí?
DIEGO. Aquí estoy.
LUCÍA. Pues otro «hábrame en entrando»
se lleva á Toribia.
SANCHO. ¿Mi hermana?
DIEGO. ¡Cielo santo!
¿Qué desdichas son aquéstas?
JUANCHO. ¡Bien habemos negociado!
DIEGO. Pues ¿quién se lleva á doña Ana?
LUCÍA. Ese viejo á cuyo cargo
vino aquí.
DIEGO. ¡Ah falso, ah traidor!
SANCHO. Y á mi hermana, ¿por qué ó cuándo
la llevan?
LUCÍA. Eso no sé.
SANCHO. ¿Y quién huél?
LUCÍA. «Hábrame en entrando.»
DIEGO. Juancho, vengan esas yeguas;
ponte en una al punto, Sancho,
que yo en estotra tras ellos
al viento ligero igualo;
busca á tu hermana, que yo
busco la mía.
SANCHO. Yo parto
sin alma, pues que el honor
y el amor me han robado.
LUCÍA. Adiós, Juancho.
JUANCHO. Adiós, Locía,
que allá me llevas mi amo.
LUCÍA. Si encontrares á Toribia
dile...
JUANCHO. ¿Qué?
LUCÍA. «Hábrame en entrando.»

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen TORIBIA, DON ALONSO *y tres más.*

ALONSO. Pues ¿qué te obligó á decir,
pastora, que eras doña Ana?
TORIBIA. A ser vos mi confesor
podiera decir la causa;
mas ¿qué mayor la queréis
que mirarme ataviada?
Con don y unos atavíos
á cualquier mujer honrada
la sacan de sus casillas.
ALONSO. ¡Oh, nunca saliendo el alba
desengañara las dudas
de mi dichosa venganza!
TORIBIA. Dalde á los diabros, que á todos
mos mata y mos desengaña,
de que he podido escurrirme.
Pero ¿quién, por mi desgracia,
la seña os dijo?
ALONSO. Es refrán
que acostumbro; y como á tantas
voces nadie respondió,
pareciendo que callaban
ó por temor ó por sueño,
acaso lo dije. Extraña
manera de vestir: ¿cómo
os pusiste las enaguas,
labradora, desa suerte?
TORIBIA. Decidme: ¿cómo se llaman?
ALONSO. Enaguas.
TORIBIA. ¡Líbreme Dios!
CAB. 1.° ¡Graciosa es la labradora!
ALONSO. Y tiene extremada cara:
ya que hemos errado el tiro,
entretanto que descansan
los caballos, recostaos,
que aquestas umbrosas hayas
servirán de pabellón,
cuando os ofrece la cama
huésped, si bizarro Abril
ella florida y bizarra.
TORIBIA. Todos podremos hacerlo,
que, pardiez, de buena gana
durmiera yo á sueño suelto
como un lirón.
CAB. 1.° ¡Linda gracia!
¿Piensas dejarnos durmiendo
y en un caballo serrano
tomar las de Villa Diego?
TORIBIA. Nunca malicias os faltan.
¿Pues eso había de hacer?
Yo os empeño mi palabra
que heis de echarme menos cuasi
me vaya.
CAB. 2.° Bien lo declara;
mas será después de ida.
TORIBIA. Pues ¿cuándo?
CAB. 3.° Denle una estampa
por el aviso.
TORIBIA. Y sepamos,
si yo no soy de importancia

ni en nada les he ofendido,
¿qué me quieren?
ALONSO. Que te vayas;
mas será después...
TORIBIA. ¿De qué?
ALONSO. De que sepas que me abrasas.
TORIBIA. Pues apártese de mí.
ALONSO. Será apartarme del alma.
TORIBIA. Pues ¿quién se la tiene?
ALONSO. Tú.
TORIBIA. ¿Dónde?
ALONSO. En esa hermosa cara.
TORIBIA. El alma de todo un cuerpo
¿cabe en mi cara?
ALONSO. Serrana:
en esos ojos la tienes.
TORIBIA. Aunque fuera de avellana
es imposible caber.
ALONSO. Ese donaire me mata
sin piedad y sin justicia,
que eres dueño de mi alma;
que esos labios de coral
y esas mejillas de grana
me tienen muerto de amores
y que me abraso, serrana,
por servirte.
TORIBIA. Gloria á Dios,
que entramos en la posada;
ya no hay que pasar de ahí.
ALONSO. Pues ahora sólo falta
que, pues el sitio convida,
conmigo no seáis ingrata;
vamos, gozaré tus brazos.
TORIBIA. ¿Gozarme? Aqueso no es nada;
mire si quiere otra cosa;
el hombre es práctico.
ALONSO. Acaba:
¿no te determinas? Pues
considera que á tu casa
no has de volver si primero
no haces mi gusto.
TORIBIA. (*Aparte.*) ¡Mal haya
mi desdicha y no tener
en aquesta ocasión armas!
ALONSO. Quedaos vosotros ahí.
Vamos, mi bien.
TORIBIA. ¿Esto pasa? (*Aparte.*)
¿Ello no puede ser menos?
ALONSO. ¡Por ningún caso!
TORIBIA. Pues vaya
con el diabro.
ALONSO. Vamos, pues.
Loco voy.
(*Van andando, y al pasar por junto á los criados,* Toribia *le quita la espada á uno.*)
TORIBIA. ¡Fiera canalla!
Amansad vuesos deseos
con la punta desa espada.
ALONSO. ¿Qué intentas, bárbara?

ESCENA II

Sale SANCHO DÍAZ.—DICHOS.

SANCHO. Creo,
si la vista no me engaña,
que llegamos á buen tiempo.
TORIBIA. ¿Pensabas que aunque aldeana
rústica, en aquesas sierras,
entre sus peñas criada,
no tengo valor ni manos
para defender osada
el honor, preciosa joya,
vivo caratiel del alma?
Engañáisos, que en defensa
suya os mataré.
ALONSO. Ya pasa
de locura, lo que emprendes,
y por esa misma causa
te he de gozar, ó la vida
has de perder.
TORIBIA. ¡Brava hazaña,
para un nobre caballero
es ensangrentar su espada
en una humilde mujer!
Mas no importa; ensangrentadla
si podéis, que ¡vive Dios!
caballero de mohatra,
que teniendo de mi parte
la razón que me acompaña,
la nobre sangre que heredo
pienso haceros mil tajadas,
que los galanes de hogaño
gastan en calzón y mangas.
Embestí.
ALONSO. ¡Viven los cielos!
que en esta ocasión me holgara
que en tu defensa tuvieras
quien estorbar intentara
mi gusto. Acabad, ¿qué es esto?
Si se defiende, matadla.
SANCHO. No matarán, que aquí está
quien, saliendo á la demanda,
os cumplirá ese deseo.
TORIBIA. ¡Hermano, toquen alarma:
muera esta gente roín!
ALONSO. Agora saco la espada
para castigarte.
CAB. 2.° Huid.
SANCHO. ¡Huid vosotros, canalla!
Rayo seré de esas vidas.
(*Métenlos á cuchilladas* Sancho *y* Toribia.)
CAB. 3.° Esos caballos desata;
¡huyamos!
ALONSO. ¿Qué es esto? ¿ahora
una espada os acobarda?
CAB. 1.° ¡Pica!
CAB. 2.° ¡Corre!
CAB. 3.° !Vuela!
ALONSO. ¡Cielos!
si no vengo injurias tantas,
¿para qué quiero la vida. (*Vanse.*)

ESCENA III

SANCHO *y* TORIBIA.

SANCHO. Al viento ligero igualan;
mas ¿por qué culpo la suya
si tu ligereza es tanta
que, atropellando respetos
de tu sangre y de tu casa,
como una infame ramera

te sales della y te apartas
de tu padre y de tu hermano,
desluciendo con infamia
nuestro honor? Dime: ¿qué ha sido
deste traje la mudanza,
desta deshonra el origen,
y desta humildad la causa?
¿quién della ha sido ocasión?

TORIBIA. El amor.

(Hace una reverencia.)

SANCHO. Aquesta daga
te le sacará del pecho,
y pues mis ofensas callas,
ella me abrirá otra via
que me la diga.

TORIBIA. Si basta
decirlo, yo lo diré.

SANCHO. Di, pues, acaba.

TORIBIA. La causa
es muy larga para ahora.
El vestido, de doña Ana,
que, por gozar la ocasión
que ella venturosa alcanza,
me le puse, que el amor
del forastero que en casa
estaba, dempués que vino
ha metido tal cizaña,
que él ha de ser mi marido
cumpriéndome la palabra
que me ha dado; aquesto es hecho,
aunque le pese á la ingrata,
que por él melancoliosa
tantos enredos trazara,
ó no seré yo Toribia.

SANCHO. Calla, bestia, que es su hermana.

TORIBIA. ¿Mas por Dios?

SANCHO. Y aquesta noche,
el viejo á quien encargada
la dejó, se la ha robado.

TORIBIA. ¿Qué me cuentas?

SANCHO. Lo que pasa;
á Oviedo partió tras ellos.

TORIBIA. ¿Y qué? ¿es de veras su hermana?

SANCHO. Sin duda.

TORIBIA. ¡Válgame el cielo!
Parece que ahora el alma
por el cuerpo se pasea.

SANCHO. Aquesa yegua desata;
vamos, porque he de ir tras él
que también á mí me alcanza
gran parte de sus desdichas,
que á su hermana adoro.

TORIBIA. Basta;
que baselisco el amor
corrompió toda la casa.
Vamos, hermano, que yo
te sigo á Oviedo, y las sayas
renuncio y en otro traje
si el mi querido se halla,
pardiez, tengo de valelle
y en su defensa esta espada
pasará á Oviedo á cuchillo.

SANCHO. Vamos á casa, que en casa
se dispondrá, y á mi padre
daremos cuenta. ¡Ay, doña Ana,
que mereciese tu amor
un hombre que con más causa
tu padre pudiera ser
que no tu amante!

TORIBIA. Ya es falta
propia en la hermosura siempre
el mal gusto; pero calla,
que por dicha podrá ser
que sin pensarlo mos salga
un padre que á tí te quiete
como me quietó una hermana.

(Vanse.)

ESCENA IV

Salen DON LUIS *con vara*, DOÑA ANA, RODRIGO *y acompañamiento.*

LUIS. Ha mostrado la ciudad
su lealtad y su valor;
débolas un gran amor.

ANA. Es de mucha calidad
lo noble della.

LUIS. Pues no,
las reliquias de los godos,
de quien descendemos todos,
de aquí su origen tomó.
Para no estar prevenido,
ha sido el recebimiento
muy cumplido.

RODRIGO. Estuve atento
al aseo del vestido
y del tocado de aquellas
que delante iban bailando
de tu persona, admirando
algunas más que el sol bellas.
¡Extraño traje!

LUIS. ¡Extremado!
Es la nobleza de Oviedo
esa que bailaba.

ANA. Puedo
decir que no me he alegrado
tanto como hoy ningún día.

RODRIGO. La Iglesia mayor es cosa
excelente.

LUIS. Milagrosa.

ANA. Mientras que se proseguía
el recibimiento, á mí
las reliquias me enseñó
el señor Obispo.

RODRIGO. Y yo
también, señora, las vi
contigo, y quedé admirado.

LUIS. Es este antiguo sagrario
un divino relicario
de Europa, á quien han llamado,
Roma de España.

ANA. Si aquí
nuestro ausente se hallara,
con más sosiego gozara
de las grandezas que vi.

LUIS. Dios lo dispondrá; no digas
á nadie que hermano tienes,
pues con eso previenes
aumento á nuestras fatigas.

ESCENA V

Sale JUANCHO.—DICHOS.

JUANCHO. Juancho, si vienes cansado
sabes lo Dios.

ANA. ¿No es aquel Juancho?
LUIS. Disimula.
JUANCHO. Aquí estáis á quien busco yo hayas mal quien me parió si no fué clérigo, si no vinieras Juancho ahora, sólo de Bilbao pruebas, y al viejo verde te llevas antes que pasa un hora, á que gobiernes infierno.
LUIS. ¿Queréis algo?
JUANCHO. Para vos traigo este. (¡Juras á Dios que te despacho el gobierno!)
(Dale un papel y empuña la espada.)
ANA. ¡Juancho, mira!
JUANCHO. ¡Fuego, fuego, en vosotros! ¿qué me quieres? Llevar el diablo mujeres; la mejor quemarla luego.
ANA. ¿Dónde está mi hermano?
JUANCHO. Ha ido á cazar grullas.
ANA. Di adónde.
JUANCHO. Juancho en su vida responde á mujer.
ANA. ¿Tienes sentido?
JUANCHO. A fe que estoy sospechando después que os fuisteis los dos no digáis, ¡juras á Dios! ahora, «habladme en entrando»
ANA. ¡Bárbaro! ¿qué dices?
LUIS. ¡Cielos! Esto escribe y dice ansí. ¡Ay hijo amado, ay de mí, quién quietara tus desvelos!
(Lee.) «Ni sois caballero ni puede ser que seáis bien nacido, porque quien no corresponde á las obligaciones de serlo, niega lo uno, deslucendo lo otro. Fiéme en vos; no acudisteis á vuestras obligaciones, cosa que no hicierais en tener buena sangre. Débeos de animar el verme perseguido; pero para que os desengañéis de que en cualquier estado tengo el valor que heredé de Don Luis Hurtado de Mendoza, mi ilustre padre, os quedo esperando junto á la cruz del Vierzo, donde os guiará ese criado. Solo estoy y mis armas son una espada y daga; si os pareciesen pocas, traed las que quisiéredes, y si no os atrevéis solo, venga quien os acompañe, que, siendo como vos, tanto monta. — *Don Diego Hurtado de Mendoça.*»
¡Bien haya quien te parió! Si mi valor heredaste, Diego, ahora lo mostraste. ¡Qué resuelto que escribió! Es valiente. Dios le guarde. ¿Vos me habéis de guiar?
JUANCHO. Sí.
LUIS. Pues alto, vamos de aquí, que no quiero que me aguarde.
ANA. ¿Adónde vas?
LUIS. Aquí voy.
JUANCHO. ¡Juras á Dios, vizcaíno! solo vas, viejo, al camino, muchos palos que le doy.
(Vanse Don Luis *y* Juancho.*)*

ESCENA VI

DOÑA ANA *y* RODRIGO.

ANA. Rodrigo; temblando quedo; ve tras ellos.
RODRIGO. Sí, haré, y más gente llevaré.
ANA. Que no aguarde tengo miedo mi hermano, que es arrojado, y sin advertir razones, en viéndole, ejecuciones dará á un caso desdichado; que Juancho me dijo agora que á mi padre está esperando en el campo; estoy temblando.
RODRIGO. Perdé el recelo, señora, que prevenido estaré para lo que sucediere, y la gente que trujere retirada dejaré para que, sin embarazos, se desengañen los dos.
ANA. Padre, hermano, traigaos Dios á mis ojos y á mis brazos. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Sale DON DIEGO *solo.*

Basta, cansada memoria, que dais en atormentarme; cuando afligido juzgaba que si la vida faltaba honor tenía. Memoria, si la perdía más vitorioso quedaba, pues ahora que el honor, que fué la prenda mejor que he tenido, me la arrebató atrevido de la fortuna el rigor, memoria, si bien se advierte, acordando el trance fuerte, ¡qué pesar! ¡sois la piedra de amolar del cuchillo de la muerte! ¡Que una mujer que entendía que en poco el mundo tenía, ¡qué crueldad! intentase sin piedad tan notable alevosía! ¡Que un noble me persiguiese, que la palabra me diese y la quebrase! ¡Que afligido me dejase y que con mi honor se fuese!

ESCENA VIII

Salen DON LUIS *y* JUANCHO.—DICHOS.

DIEGO. Espera junto al caballo
por si fuese menester.
JUANCHO. Señor, el que está agraviado
no tiene que hacer más que
en llegando metes mano,
y de primer antubión
el diablo llevas contrario,
que satisfación si esperas
no vales higo. (*Vase.*)

ESCENA IX

DICHOS, *menos* JUANCHO.

LUIS. Aguardando
me está ya. Guárdeos el cielo.
DIEGO. Hasta que pueda mataros
solamente lo deseo,
vil caballero, que cuando
de vos me fío, mi afrenta
ejecutáis.
LUIS. Reportaos
y escuchadme.
DIEGO. ¡Qué diréis!
¿Que por remediar el daño
mayor, piadoso trujisteis
esa mujer, que me ha dado
para mi deshonra el cielo,
para mi aflicción los hados?
¿Acaso, pregúntoos yo,
sois mi tutor?
LUIS. El muchacho
está resuelto: ya es tiempo
preciso de declararnos.
Diego, veinte años ahora...
DIEGO. ¿Qué tienen que ver veinte años
con mi agravio? ¡Vive el cielo
que debéis de haber pensado
que soy loco! ¡Alto, sacad
la espada!
LUIS Terrible caso
será que no me escuchéis.
DIEGO. Más terrible fué llevaros
á mi hermana. Acabad luego,
¿qué os detenéis? Meted mano.
LUIS Digo que veinte años ha
que por aquel desastrado
caso.
DIEGO. ¿Qué gastáis arengas?
Yo no tengo de escucharos.
LUIS. ¡Vive Dios que habéis de hacerlo!
DIEGO. ¡Vive Dios que he de mataros
si la espada no sacáis!
(*Sácala* Don Diego.)
LUIS. ¿Vióse caso más extraño?
El muchacho está perdido.
¡Alto! vamos abreviando.
¡Hijo de mis ojos! Yo...
DIEGO. ¿Ya os acogéis al sagrado
de la humildad? Pues conmigo
no ha de valeros. Si aguardo (*Ap.*)
más razones, este viejo
me ha de aplacar, y mi agravio
pierde la satisfacción.
Pues no queréis meter mano,
haber si ahora lo hacéis.
(*Tírale y mete* Don Luis *mano.*)
LUIS. ¿Qué es esto, cielos sagrados?
¡Amado hijo, yo soy...
DIEGO. Un caballero villano
que cuando dél me fié
mi deshonra ha intentado.

ESCENA X

Dice RODRIGO *dentro y luego sale con todos los que pudiesen y embisten á* DON DIEGO.—DICHOS.

RODRIGO. Caminad presto, que ya
los aceros han sacado.
(*Dentro.*) ¡Favor aquí á la justicia!
DIEGO. Con celada y con engaño
saliste, ¡no importa!
2.º ¡Muera!
LUIS. Ya no he de poder librarlo,
que si declaro quien soy,
no será posible caso
valerle; quiero callar.
¡Hola, prendedlo ó matadlo!
3.º ¡Muera!
4.º ¡Muera ó dese preso!
DIEGO. Ha de ser hecho pedazos.
(*Métenlo á cuchilladas.*)
LUIS. Rodrigo, Rodrigo, mira
no me lo hieran, cercadlo;
bien se resiste, ¡ay de mí!
Mucho le van acosando,
parece que le han herido.
¡Teneos!
(*Salen sobre él y él herido, y cae á los pies del padre y quita las armas.*)
DIEGO. ¡Cielos airados,
que me perseguís! ¿qué es esto?
A los pies de mi contrario
vine á caer.
LUIS. ¡Deteneos,
insolente temerario!
¡vive Dios que habéis de ver
en un alto cadahalso
vuestra cabeza! ¡ay de mí!
¡Rodrigo, mira si es algo!
RODRIGO. En la cabeza es la herida.
LUIS. ¡Mal hayan amén las manos
que se la dieron! ¿Qué es esto?
¿Estáis herido? Llegadlo
acá.
DIEGO. ¡Airada fortuna!
Es este el último estado
en que pudiste ponerme.
LUIS. No es nada; bien empleado
fuera el haberos abierto
la cabeza y aun mataros.
(No lo quiera Dios.) Tomad
(*A* Rodrigo.)
ese lienzo y apretadlo
en aquella herida.
DIEGO. ¡Ah, pesia!
LUIS. A ver si está bien atado:
llegad acá, no está bueno.

ESCENA XI

Salen TORIBIA *y* LUCÍA *de hombres, vestidas á lo sayagüés,* SANCHO *y* MENDO, *y* JUANCHO *por otra puerta.*

JUANCHO. Juras á Dios que anda el diablo
suelto, cazolada tienes
de gente el viejo bellajo
escondida.
TORIBIA. Anda, Lucía.
LUCÍA. Pardiez que son güenos ajos
éstos.
SANCHO. ¿Qué gente es aquesta?
MENDO. Justicia pienso.
SANCHO. O me engaño,
ó es Diego Hurtado el que llevan
entre aquellos agarrado.
Padre: ¿qué habremos de hacer?
MENDO. Eso pudieras mirarlo
antes de salir de casa;
pero después de hecho el daño,
llegar, librarle ó morir,
ya que estamos empeñados.
SANCHO. ¡Alto, pues! ¡Hola! ¿á quién digo?
MENDO. ¡A mochachos! retiraos
á aquesta parte.
LUCÍA. ¡Oh, qué bueno!
no queremos retirarnos.
TORIBIA. ¿Reti... qué? aguardad un poco.
¡Hola, fariseos! dadmos
el preso.
LUCÍA. Dadmos el preso.
LUIS. ¡Vive Dios que los villanos
del lugar quieren librarle!
Quizá del cielo guiados
vengan muy en hora buena.
¿Qué es lo que emprendéis, serranos?
¿No miráis que estoy aquí?
SANCHO. Por aquese mismo caso
lo intentamos.
LUIS. ¿Qué es aquesto?
¿Sois locos?
MENDO. Locos ó sabios
esto ha de ser ó sobre ello...
TORIBIA. Suelten all hombre.
LUIS. Tal caso
no he visto.
TORIBIA. Suelten all hombre.
LUIS. ¡Ah villanos, reportaos!
Mirad que el gobernador
de Oviedo os está hablando.
TORIBIA. ¡Mentís, que no es caballero
quien intenta hacer agravios!
LUIS. ¿Yo, agravios?
LUCÍA. Lo dicho, dicho.
TORIBIA. Claro está, que heis de negarlo
porque sois un... En defeto
suelten all hombre.
LUIS. En llegando
á las manos, tú, Rodrigo,
le suelta, que por milagro,
á medida del deseo,
Dios trujo esta gente.
JUANCHO. Juancho,
buen paliza se te aliña.
DIEGO. Si me libro de las manos
del enemigo por ti,
¡oh, pastora! que aunque extraño
el traje de hombre conozco
tu valor, por los sagrados
cielos, que te he de pagar
mi libertad, obligando
mi palabra al beneficio.
LUIS. ¡Vil canalla! ¡Ya me canso
de sufrir! ¡hola, prendedles!
si se resisten, matadlos.

(*Embisten con ellos, y en la refriega suelta* Rodrigo *á* Don Diego, *y* Toribia *le da su espada y desciñese la honda.*)

SANCHO. ¡Padre, á ellos!
MENDO. ¡Hijo, á ellos!
JUANCHO. ¡A ellos tú también, Juancho!
TORIBIA. Por ese lado, Locía,
valiente, ve espechonando.
LUCÍA. Ya te sigo.
1.° ¡Mueran!
2.° ¡Mueran!

(*Métenlos los villanos á cuchilladas. Salen por otra puerta* Rodrigo, *asido de* Don Diego *y* Don Luis.)

UNO. (*Dentro.*) ¡Cielos santos, gran furor?
¿son rayos ó hombres?

(*Hace que se esconde.*)

ESCENA XII

Sale DON LUIS.—DICHOS.

LUIS. Rodrigo:
haz lo que diré...
RODRIGO. Libraos,
Diego Hurtado de Mendoza;
idos, ya estáis desatado.
DIEGO. Yo pagaré este servicio.
LUIS. Tenedle, que se ha soltado.
DIEGO. ¿Qué me persigues? ¿qué quieres?
LUIS. Dios te libre.

(*Vase* Rodrigo *y* Don Luis.)

ESCENA XIII

Sale TORIBIA.—DON DIEGO.

TORIBIA. Diego Hurtado.
DIEGO. Toribia.
TORIBIA. Pues ya estás suelto,
toma esta espada en la mano,
líbrate, no tengas pena,
que yo seguiré tus pasos
en sabiendo dónde vas.
DIEGO. ¿Cómo he de poder pagaros,
Toribia, con una vida,
tantas como me habéis dado?
TORIBIA. No es tiempo de taravillas:
huid.
DIEGO. Obedezco y parto. (*Vase.*)

ESCENA XIV

Salen SANCHO *y* MENDO, *acuchillándose, por una parte, y por otra,* LUCÍA, TORIBIA *y* JUANCHO.

TORIBIA. Mueran, ó dense á prisión.
SANCHO. Antes muerto que entregado.

ESCENA XV

Salen DON LUIS *y* RODRIGO.

LUIS. ¡Teneos, teneos! ¿Qué es aquesto?
Después que habéis alcanzado
el intento á que venisteis,
¿por qué queréis, temerarios,
abalanzar vuestras vidas
cuando miráis alterado
á Oviedo y que es imposible
con las vidas escaparos?
Daos y creedme, que os juro
si por la fe de soldado
y por la de caballero,
por el hábito que traigo
y por la vida del rey
(que guarde Dios muchos años),
que si os entregáis ahora
debajo de la que he dado,
que no recibáis ofensa,
antes protesto ayudaros,
pues sabéis que debo hacerlo
por tenerlo granjeado
con las pasadas caricias,
con vuestro noble agasajo.
JUANCHO. No le creas, no le creas
con esto quieres pescamos,
y luego estirar el nuez
y allá vas con el diablo.
MENDO. ¿Qué haremos, hijo?
SANCHO. Señor,
si es imposible el librarnos,
damos con este seguro.
MENDO. Sea ansí.
LUCÍA. Ante todos casos,
señor, ¿soltaron all hombre?
TORIBIA. Sí, bestia, ya le soltaron.
LUCÍA. Pues ahora, aunque me ahorquen,
no importa, ca quí está Juancho.
JUANCHO. Más valiera no estuvieras.
RODRIGO. La gente se va acercando.
LUIS. ¿Qué resolución tomáis?
MENDO. De que debajo tu amparo
nos entregamos, y advierte
que el que es noble está obligado
á libertar á su amigo
de semejantes trabajos.
LUIS. Eso es cierto; vamos, pues,
entregad las armas.

(*Entréganlas todos.*)

SANCHO. Vamos.
¡Ay doña Ana, si pudiese,
ya que en tus soles me abraso,
merecer un rayo dellos!
JUANCHO. Allá le llevas á Juancho,
plegad á Dios que verdugo
no le des carta de pago.
TORIBIA. Loca voy con que mi Diego,
Locía, se haya librado.
LUCÍA. Yo con ver que en la prisión
tendré, Toribia, á mi Juancho.

(*Vanse.*)

ESCENA XVI

Sale DON DIEGO *solo por lo alto del monte.*

Asperos y intrincados laberintos,
claro y undoso río
á quien paga el rocío
en tributos distintos
obediente al que debe
cobrando el que la nieve
desos montes destila
cuando el invierno afila
sus frígidos bostezos,
porque con esperezos
el sol mal abrigado
sale á invadir de luz el verde prado,
y la escarcha en sus faldas
perlas le ofrece en ramos de esmeral-
si lastimáis mi suerte [das;
piedades lograréis dándome muerte.
Algo cansado y afligido llego,
fuente, á vuestra corriente,
en vos, sed ardiente
mitigaré que llevo;
bulliciosa os contemplo
de mi inquietud ejemplo,
sed piadosa conmigo.
¿Qué es esto? A mi enemigo
en aquel risco veo,
¡ah infeliz deseo!
el agua me persigue
porque mi sed en ella aun no mitigue.
Caballero, que esos montes
quizá pisáis por mi causa
para añadirme desdichas,
como si á mí me faltaran,
bajad, decended al llano,
que en él un hombre os aguarda
que, como nunca ha vivido,
no sabe cómo se llama,
sólo sabe que la muerte
bien alegre en sus desgracias,
ya como cosa perdida
ni le deja ni le mata.
Si acaso me conocéis,
¿cómo no movéis las plantas?
bajad, matadme, con eso
tendré vida y vos venganza.

ESCENA XVII

Sale DON ALONSO.—DON DIEGO.

ALONSO. Caballero, á quien conozco
para mi daño: dudaba
hasta ahora que mi suerte
en mi bien se conformara,
cierto della, aunque avarientas
me niegan paso estas ramas,
menospreciando su altura
esculpiré mis estampas

(*Arrójase abajo.*)

en la arena de ese valle,
y ya que iguales nos halla
la suerte, pues en la mía
también es fortuna avara,
conformes en el cansancio,
iguales con las desgracias,

por lo menos no diréis
que os he muerto con ventaja.

DIEGO. La soledad deste sitio
es tan grande, que no se halla
que hayan violado sus hierbas
hasta ahora humanas plantas.
Siendo nobles, es forzoso
que quede en esta batalla
el uno de los dos muerto,
si no es que la suerte iguala
los sucesos, y es razón
que aquí nos demos palabra
de que el que vivo quedara,
que es una facción hidalga,
lleve al otro á que le den
la sepultura sagrada,
y hasta tanto no le deje,
que será desdicha extraña
que al difunto se la den
una fiera en sus entrañas.
Pena de mal caballero,
si no lo cumpliere...

ALONSO. Es tanta
razón, que juro cumplirlo,
y por que también se haga
lo que la nobleza dicta,
si llegara vuestra espada
antes á mi pecho, abriendo
puerta por do salga el alma,
yo os perdono desde aquí,
y á la Aurora soberana,
madre del Sol verdadero,
que estrellas lucientes calza,
pongo por testigo.

DIEGO. Y yo,
y en fe dello ya os aguardan
mis brazos.
(Abrázanse.)

ALONSO. Aquestos míos
confirmarán mis palabras.

DIEGO. ¡Alto, pues, aquesto hecho!
Empiece nuestra batalla.

ALONSO. Ya os aguardo con la mía,
meted mano á vuestra espada.

DIEGO. ¡Fuerte pulso!

ALONSO. ¡Gran presteza!

DIEGO. ¡Rayo airado!

ALONSO. ¡Furia extraña!
Mi desgracia estoy temiendo.

DIEGO. Gran desdicha me amenaza

ALONSO. ¡Ah débil mano! ¿Qué es esto?
¿agora pierdes las armas?
(Cáesele la espada de la mano, va á cogerla y detiénele Don Diego *y cógele la espada.)*

DIEGO. Teneos, que ya esta ventura
para mí estaba guardada.

ALONSO. Dadme la espada.

DIEGO. No quiero,
porque es necedad extraña
dar armas al enemigo
con que logre su venganza.

ALONSO. Pues matadme, acabad presto.

DIEGO. ¿Confesáis, viéndoos sin arma,
que tengo agora en mi mano
vuestra vida, y que no hay cosa
que me lo impida, pues es
haber perdido la espada
despojo del vencedor,
si en vos ha sido desgracia?

ALONSO. Cuando yo quiera negarlo,
vuestra dicha lo declara.

DIEGO. ¿Ya no estáis muerto?

ALONSO. Sí estoy,
más que de temor, de rabia.

DIEGO. Si estáis muerto, perdonadme,
como disteis la palabra,
que el testigo que pusisteis,
cuya pureza sin mancha
adoro, atento nos mira,
á quien no podéis negarla;
y para que echéis de ver
que no me incitan venganzas
á que este perdón os pida,
tomad, tomad vuestra espada,
tomad la mía también,
(Dale las dos espadas.)
que aquí rendido os aguarda
quien ya humilde no os resiste
cuando soberbio os mataba.
(Hincase de rodillas y levántale con los brazos Don Alonso.)

ALONSO. ¡Oh, afrenta de los varones
ilustres, á quien la fama
eterniza! Aquesos brazos
me da mil veces, que basta
tu generosa hidalguía
para que te perdonara,
no la muerte de mi primo
de quien soy parte, mas cuantas
injurias hacer pudieras
á mi sangre y á mi casa,
y si quieres que quedemos
en facciones tan bizarras
iguales, dame la muerte,
que pienso, con perdonarla,
siendo imposible hacer más,
que no me lleves ventaja.

DIEGO. Correspondes á quien eres.

ALONSO. Vamos á Oviedo, que el alma
acreditará con obras
lo que ofrece con palabras;
que en León no te está bien
entrar hasta que, acabadas,
estén estas diferencias,
mientras el perdón se alcanza
de su majestad.

DIEGO. Amigo,
tu favor me es de importancia
en Oviedo, que esta noche,
si sus tinieblas me amparan,
pienso, cortando dos cuellos,
lavar de mi honor la mancha.

ALONSO. Dispón de mí, pues soy tuyo.

DIEGO. Vamos pues. ¡Ay falsa hermana!
¡ay aleve amigo! el cielo
me deje tomar venganza. *(Vanse.)*

ESCENA XVIII

Salen DON LUIS, TORIBIA, LUCÍA, MENDO, SANCHO, DOÑA ANA, RODRIGO, JUANCHO *y gente.*

LUIS. Haced que se les aliñen
camas en aquese cuarto,
y con la guarda bastante,

Rodrigo, y con el cuidado
necesario, en su prisión
los tened, que debo honrarlos
por el buen alojamiento
de su casa, aunque han andado
esta tarde inadvertidos.

RODRIGO. De hacerlo tendré cuidado.

ANA. ¡Ay, señor! ¿vienes herido?

LUIS. No, pero vengo cansado.

ANA. ¿Qué tal refriega tuviste,
y adónde queda mi hermano?

LUIS. Pregúntalo á quien fué causa
que él escapase á mis manos.

ANA. ¿Qué es esto? ¿qué traje es este,
Toribia, que habéis tomado?

TORIBIA. Acá es un ciento de nueces;
dejadme; íos con el diabro,
que vuesas habilidades
nos tienen en este estado.
¿Por qué os huiste, golosmera,
y dejasteis vuestro hermano?

JUANCHO. Porque hombre y vino le quiere
esta mujer de un tamaño.

ANA. ¡Vaya con Dios, qué os parece
cuál me ponen los villanos!

MENDO. No son villanos, señora,
los que estáis vituperando;
tan buenos son como vos,
que los Díaz asturianos
no deben nada en Oviedo
á los más nobles hidalgos.

LUIS. Teniendo aquese apellido
noble, yo no he de faltaros.
Escuchadme aparte.
(*Hablan* Mendo *y* Don Luis, *aparte.*)

ANA. ¡Ay cielos!
¿De qué estás tan triste, Sancho?
Muy agradecida estoy
que por librar á mi hermano
te pongas en tal peligro.

SANCHO. A no haber visto tan claro
que merece vuestro amor
quien hoy os está gozando
y quien de mi casa os trujo,
fuera poco por libraros
volver á Oviedo en ceniza,
débil Troya de mis brazos,
y le hiciera por mi amigo,
¡viven los cielos sagrados!
matando á quien le ha ofendido
si no fuera...

ANA. Sancho, Sancho,
reportaos, quizá algún día,
cuando estéis desengañado,
yo podré corresponderos
y vos podréis sosegaros.

LUCÍA. Juancho, cansada me siento
y aquesto va muy de espacio;
¿quieres que aquí mos echemos?

JUANCHO. ¡Dónde!

LUCÍA. En el suelo.

JUANCHO. Estar blando
mucho para mis costillas.

TORIBIA. Quien tuviera entre los brazos
á Diego. ¡Ay ausente mío!

LUCÍA. Gusto me ha dado escucharos
y conoceros.

ESCENA XIX

Salen Don Diego *y* Don Alonso *y cogen la llave.*

DIEGO. A tiempo
me parece que llegamos.
Cerrad presto.

ALONSO. Ya está hecho;
la llave se quedó acaso
en aquesta cerradura.
(*Dale una llave.*)

DIEGO. Echad la loba; arrimaos,
don Alonso, en esa puerta,
no se alboroten hidalgos,
que acá estamos todos.

LUIS. ¡Cielos!
¿No es este Diego?

RODRIGO. Soñando
estoy. ¿Y también no advertes
que le viene acompañando
don Alonso, su enemigo?

ANA. Alguna desdicha aguardo.

TORIBIA. ¡Ay, Diego del alma mía!

JUANCHO. Juras á Dios que es mi amo.

DIEGO. No quiero gastar el tiempo
en quejas de vuestro trato,
que esas las publica el mundo
y por aqueso las callo.
Tampoco quiero quejarme
de aquesa mujer que al lado
tenéis, que al fin es mujer,
y la más fuerte, de barro;
la pendencia de esta tarde
tampoco quiero acordaros,
que aquesa yo os la perdono,
pues por ella he granjeado
á don Alonso de Bustos
por mi amigo y por mi hermano;
al fin, yo no vengo á quejas,
sólo vengo á que la mano
deis luego á aquesa señora.
¿Qué miráis? ¿Qué estáis dudando?
¿Podéis vos ser mejor que ella?
No, ¡voto á Dios! esto es llano;
vuestra mujer ha de ser;
aquí estamos encerrados;
esta es la llave, acabemos,
ó os haré tantos pedazos
que en el aire...

LUIS. Caballero,
escuchadme y reportaos.
En cuanto á ser su marido,
eso no puedo negarlo
que conque un impedimento
allanéis fácil, es llano
que me casaré con ella.
En cuanto haberos quejado
de que á vuestra hermana truje,
respondo, señor, que es tanto
lo que la quiero, que un punto
fuera imposible apartarnos
sin que muriera, y ansí
el amor en este lazo
me disculpa, y pues que estoy
á cuanto me pedís llano,
contadme vuestro suceso
con don Alonso.

ALONSO. No es caso
que admite corto progreso;
sólo sabéis que obligado
del valor, de la hidalguía,
digna de esculpirse en mármol,
de don Diego, á quien le debo
la vida, le he perdonado
la muerte, pues que soy parte,
por ser deudo el más cercano
de mi primo, y autorizo
esta amistad con mis brazos.
DIEGO. Ya que habéis sabido aquesto,
qué se ha de allanar sepamos;
porque en habiendo imposibles
los allane con mataros.
SANCHO. ¡Santos cielos, esto es hecho!
En brasas estoy temblando.
LUIS. En fin: ¿no puede ser menos
sino que hemos de casarnos?
DIEGO. O morir en la demanda.
LUIS. Pues alto, traigan despachos
de Roma.
DIEGO. Pues ¿para qué?
LUIS. Para que se case, es claro,
una hija con su padre.
Dadme esos brazos, amado
hijo, que tu padre soy.
DIEGO. ¿Mi padre?
TORIBIA. «Habrame en entrando.»
LUIS. ¡Ay hijo! ¡ay prenda querida!
Dadme vos también los brazos.
(*A* Alonso.)
ALONSO. Seré desde hoy vuestro hijo.
DIEGO. ¿Es posible, padre amado
que llegue á ver este día?
LUIS. Dale tú la mano á Sancho,
Ana, que estoy satisfecho,
de que es por linaje hidalgo.
ANA. Con mucho gusto la doy.
SANCHO. Yo estoy loco en bienes tantos.
DIEGO. Siendo así, Toribia mía,
según me siento obligado,
no hago nada aunque entrego
el alma con esta mano.
TORIBIA. Honor de los zaragüelles,
aceto.
LUCÍA. Querido Juancho,
¿quieres ser mi matrimonio?
JUANCHO. Pues que tocas á rebato,
Juancho, ¿qué puedes hacer?
¡Juras á Dios que me caso!
DIEGO. Don Alonso, á mi prima,
que es un ángel soberano,
te ofrezco.
ALONSO. Su cielo adoro,
y ansí quedo bien premiado.
LUIS. Por el perdón partan luego
de su majestad, y en tanto
te doy la ciudad por cárcel.
MENDO. Gocéisos muy largos años.
RODRIGO. Ya es hora que descanséis.
TORIBIA. Y si acaso os ha agradado
esta comedia, os suplico
que premiéis nuestro trabajo
y deseos, con decirnos
¡vitor! *habladme en entrando.*

LA JOYA DE LAS MONTAÑAS

COMEDIA FAMOSA

Y VERDADERA HISTORIA DE SANTA OROSIA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

El Rey de Aragón.
Fortunio Garcés, *príncipe.*
El Conde de Aznar.
Mosquete, *gracioso.*
Leonor, *dama.*
Laura, *criada.*
Un Angel.
Eurosia, *princesa de Bohemia.*
Cornelio, *príncipe.*
Arcisclo, *obispo.*
Bodoque, *lacayo.*
Atanael, *capitán moro.*
Tarife, *moro.*
Mecot, *moro.*

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen Eurosia *y* Bodoque.

Bodoque. Yo lo pensaré despacio.
Eurosia. Tu desatención me admira.
¿No basta que yo te ruego?
Bodoque. Sí, señora; mas, ¡por vida
de Bodoque! que á cualquiera
que tiene ley conocida,
no pasando á mejorar,
el mudar le hará cosquillas.
Eurosia. El mejorar en la ley
es verdad bien clara y limpia,
y pues razones no bastan
á postrar tu rebeldía,
basta ver que todo el pueblo
y aun el reino lo confirma,
pues que ya desengañada
de la ciega idolatría,
toda Bohemia promete,
con inspiración divina,
seguir á Cristo; ¿y tú solo
con tan dañosa porfía
quieres resistirte, necio,
á tan soberana dicha?
Bodoque. Ya estuviera convertido
si no por aquella lista
de los mandamientos.
Eurosia. ¡Cómo!
¿Tanta gente convertida
no te mueve?
Bodoque. No muy mucho,
porque mi abuela decía
que de espacio se arrepiente
quien se determina aprisa.
Eurosia. ¿Es posible que no bastan
tantas pláticas divinas
de Metodio á convertirte?
Bodoque. Sí, señora; mas las tripas
me dicen que no importa
seguir aquella doctrina
que me obligará á ayunar.
Eurosia. Esta ley es tan benigna
que sólo obliga á quien puede
abstenerse algunos días
de alimentarse á deshora;
y quien con acierto mira
las cosas de Dios, bien puede

experimentar debidas
abstinencias en la ley
para conseguir la dicha
de ser amado de Dios.

BODOQUE. Harto bien me solicita;
mas agora, muerto de hambre,
que no he comido en dos días,
¿cómo quiere que yo crea
en ayunos, aunque diga
que son buenos, si, al contrario,
conozco por mi desdicha
que los días que no como
no tengo más malos días?

EUROSIA. ¡Qué mal entiendes, Bodoque,
de aquella esencia infinita
los impulsos soberanos!
La gula sólo apadrinas
para estorbo á tantas luces
de católicas doctrinas.
¿No has oído en el sermón
las historias repetidas
de tantas dichosas almas
que con esta fe divina
de la gracia resplandecen,
fulgentes rayos de Cintia,
en el cielo?

BODOQUE. No me acuerdo.

EUROSIA. ¡Qué neciamente te olvidas!

BODOQUE. ¡Si siempre me da el sermón
un sueño tan sin medida!
Yo pienso dar en letargo
si mucho más me predica.

EUROSIA. ¿A dormir vas al sermón?
Tu necedad me lastima.

BODOQUE. Señora: con eso cumplo
con lo que el sermón decía,
que en latín, si no me engaño,
como á quien se lo entendía,
me dijo: *dormite jam*,
y fué en mí moción tan viva,
que me convertí al instante,
pues todo el sermón dormía.

EUROSIA. Tus necedades me cansan,
y pues tan necio porfías
en resistirte á mis ruegos,
yo haré que mi padre siga
mi parecer y te saque
de palacio. *(Aparte.)* ¡Luz divina:
no negueis vuestro esplendor
á quien mi amor solicita!

BODOQUE. Ya parece que acá dentro
me están convirtiendo aprisa.

EUROSIA. De Dios fío este favor;
un poquito te retira,
que á solas quiero quedarme.

BODOQUE. Bien está; mas, tripas mías,
si á la cocina llegare
no tendréis muy mala vida. *(Vase.)*

ESCENA II

Saca EUROSIA *un retrato de un crucifijo, que tendrá en el pecho.*

EUROSIA. ¡Divina luz de mis ojos:
alumbrad los corazones
que están haciendo baldones
de vuestra ley; y en despojos
de sus vencidos arrojos,
con la debida humildad
os doy mi virginidad,
y con entera afición,
alma, vida y corazón,
con pureza y castidad!

ESCENA III

Sale BODOQUE *corriendo y comiendo un pedazo de carne.* — EUROSIA.

BODOQUE. Señora: que viene allí
vuestro hermano en compañía
del Obispo de Lusacia.

EUROSIA. ¿Qué querrá su señoría?
¡Oh, quién pudiera, Bodoque,
diferir esta visita!

BODOQUE. Deben de querer comer,
que está á punto la comida.

EUROSIA. ¿Qué es esto? Sucio, asqueroso,
¿carne comes este día?

BODOQUE. Señora: que no la como.

EUROSIA. ¿No sabes que está prohibida
por la Iglesia?

BODOQUE. Sí, señora;
mas acá dentro, en las tripas,
tengo un rincón donde guardo
esta poca fiambrería
para alguna colación.

EUROSIA. ¡Ah, qué necia es tu porfía!

ESCENA IV

Salen ARCISCLO, *obispo, y* CORNELIO.—DICHOS.

ARCISCL. ¡Con qué espíritu y fervor
el predicador inclina
las almas con santo celo
á proseguir la divina
carrera de la virtud!

CORNEL. Es Metodio quien aspira
á la salvación del alma
desterrando idolatrías
que en toda Bohemia andaban,
y con eso se ejercita
á dar en pláticas santas
el fruto de su doctrina.

ARCISCL. A la Princesa he de hablar
y deseo que reciba
con cariño la embajada
sola, en vuestra compañía.

CORNEL. El cuarto de Eurosia es éste,
y mi hermana la que miran
como enojada mis ojos:
sin duda estará ofendida
de vernos aquí, que pasa
en virtud tan fuera mida,
que el retiro la recata
ó el recato la retira;
pero en conociendo, creo,
hoy á vuestra señoría,
reconocerá dichosa
lograr tan buena visita.—
¿Hermana Eurosia?

ARCISCL. ¿Cornelio?

CORNEL. Dios te guarde, hermana mía.
Nuestro tío es quien desea,
así Dios se lo permita,
hablar con los dos de espacio.
EUROSIA. La obediencia solicita
corresponder cariñosa
en ocasión tan precisa.
BODOQUE. Algún sermoncito habrá;
mala la verán mis tripas
si esto dura tanto ó cuanto.
ARCISCL. Escucha, hermosa sobrina,
que, pues estamos á solas,
antes que otra compañía
sea de la atención estorbo,
deseo darte noticia
de algunas cosas que á todos
nos han de ser de alegría.
EUROSIA. ¡Ay, señor, válgame el cielo!
Nunca mi Dios me permita
la menor inobediencia;
sólo quisiera este día
servir al suelo de alfombra
por las plantas que le pisan.
ARCISCL. Estimo vuestra humildad.
EUROSIA. Ser vuestra esclava es gran dicha.
ARCISCL. Esclavitudes hay nobles
que ensalzan á los que humillan.
BODOQUE. Esto se anda en cumplimientos,
y lleve el diablo sus vidas
si el Obispo no anda á caza
de alguna sobrada mitra.
ARCISCL. Importa que ese criado
se vaya.
BODOQUE. ¡Qué brava risa!
¿Cuánto me dará que vaya
y no vuelva acá en mi vida?
CORNEL. Señor: este es un criado
que desde su niñez misma
ha vivido en el palacio
de mi padre y es la risa
de toda la corte, y pienso,
según acá se imagina,
que por ser poco constante
en lo poco á que se inclina,
y haberse vuelto cristiano,
hoy mi hermana solicita
tenerle consigo siempre,
por lo poco que en él fía.
ARCISCL. Pues quede acá, que no importa;
que capacidad sencilla
á nadie puede ofender.
BODOQUE. Pues gánome las albricias
y me quedo. ¡Ah, señora!,
¿iré á avisar á Llocinda
que haga algún guisado nuevo?
EUROSIA. En comida ó en bebida
es todo tu anhelo siempre.
¿No es mejor oir la misa,
acudir pronto al sermón,
pegarse una disciplina,
tener continua oración,
ayunar algunos días
y servir á Dios gustoso
con la conciencia muy limpia?
BODOQUE. Todo aqueso lo concedo;
por señal que el otro día
el cura me prometió
decirme treinta y tres misas
y treinta y cinco sermones.
EUROSIA. ¿Por qué?
BODOQUE. Porque el otro día,
estándose espeluznando,
y hay quien dice tiene tiña
porque está todo pelado,
pasó una ave de rapiña,
y con furioso ademán
le quitó la gorretilla.
Cayósele luego al punto
junto á casa de Llocinda,
y ella que la vió caer
á su casa la retira,
sin duda para limpiarla,
que la muchacha es muy limpia,
y el otro día cenando
en su casa, que por dicha
me convidó, por mi suerte
la hallé dentro una morcilla.
EUROSIA. ¡Y que esa limpieza alabes!
BODOQUE. ¡Es para mí cosa rica!
EUROSIA. Ya te he dicho muchas veces
no te ausentes de mi vista
sin mi licencia.
BODOQUE. Está bien.
EUROSIA. Sepa vuesa señoría,
tío y señor, que mi anhelo
es conservar, si por dicha
pudiese, en este criado
la cristiana disciplina,
pues de sus primeros años,
antes que mi madre en cinta
de mí estuviese, y aun antes
que de la idea divina
donde todos los posibles
tienen su ser, á la dicha
de ser actual persona,
con inspiración de vida
la omnipotencia de Dios
me trasladase propicia,
en servicio de mis padres
estaba ya muchos días
sirviendo de bullicioso,
y no quisiera, advertida
de su inocencia, malogre
de ser cristiano la dicha.
Con este celo, señor,
de la virtud noble guía,
á las razones de estado
he faltado inadvertida;
perdón os pido, señor,
y si vos mandáis que os sirva,
en cuanto os fuera de agrado
os serviré de rodillas.
ARCISCL. Alzad, ilustre señora,
querida y noble sobrina,
que en princesas como vos
tanta humildad no se estila
EUROSIA. De cualquier modo, señor,
á vuestra planta es debida
esta acción. (*Ap.*)¡Ay, Jesús mío!
¿Qué será esto á que aspira
mi tío?
ARCISCL. Escucha, señora,
que, pues la ocasión obliga,
sobre cosas de importancia

quiero hablaros este día,
si me diéredes licencia.
EUROSIA. Vuestra voluntad es mía.
ARCISCL. Pongo toda mi embajada
en palabras muy sucintas.
EUROSIA. ¡Ah, Bodoque!
BODOQUE. Ya te entiendo;
por Bodoque rastra sillas.
(Siéntanse.)
ARCISCL. Bien sabes, Princesa ilustre,
aquel estrago tremendo
de la destrucción de España
el año de setecientos
y diez y seis, según dicen
los coronistas del tiempo,
y que parcial causa fué
de tan lastimosos hechos
el rey inicuo Ubitiza
porque introdujo en el reino
tantas enormes costumbres
contra Dios y contra el cielo
que, por ser tan manifiestas,
referirlas es superfluo.
Dió complemento á la causa,
aunque no sé yo si es cierto,
que aunque el mundo lo publica
puede ser falso el concepto.
El rey de España Rodrigo,
de los godos el postrero,
dicen que estupró á Florinda,
¡desdichado atrevimiento!
hija del conde Julián,
y sentido el caballero
de tan deshonesta acción,
pasó en Africa, con celo
de levantar escuadrones
de bárbaros sarracenos
para destruir á España
y dar al rey el más cierto
pago de su vil acción;
y prosiguiendo su intento
puso por ejecución
su bárbaro pensamiento.
En España perseveran,
¡extraño rigor del cielo!
de aquel pérfido Mahoma
las leyes y los decretos.
Sólo se excepta Aragón,
que de sus montes soberbios
hacen fortines que espantan
los mauritanos intentos,
defendiendo valerosos
la ley del manso Cordero
que, sacrificado en aras
de aquel sagrado madero,
sacó á los hombres que estaban
en el común cautiverio.
García Iñiguez, su rey,
empuñó el sagrado cetro,
y ya el segundo Adriano,
Vicario de Dios supremo,
le apadrina desde Roma
como merece su afecto,
cuya beatitud sagrada,
con amor y santo celo,
me quiso honrar con mandarme
viniese á Bohemia luego
con una cierta embajada
á vuestros padres; y creo
que quiso honrar mi persona
sólo por ser vuestro deudo.
Comuniqué á vuestros padres
la voluntad del Supremo
Pontífice, y me responden
que será el mayor contento
que puede darles el mundo
si se lograre su intento.
Importa, pues, noble Eurosia,
que como tal os venero,
perdone el sacro decoro,
que sin ajar tu respeto
he de arrojarme á deciros
que para el sacro himeneo
con Don Fortunio Garcés,
varón justo y verdadero
y Príncipe de Aragón
os tiene escogida el cielo.
Vuestros padres lo desean,
y yo os suplico, rindiendo
mi persona á vuestras plantas,
no se malogre mi afecto,
así vea á vuestra alteza
con las dichas que deseo.
EUROSIA. ¡Ay de mí! ¿Qué turbación
es la que tiene mi pecho?
¡Si acertaré á responder!
Deme su favor el cielo.
Tío y señor, mucho estimo
vuestra voluntad y afecto.
(Cielos: ¿he de resistirme?)
ANGEL. *(Dentro.)* El fin es bueno y honesto.
EUROSIA. Una voz oigo que dice:
«el fin es bueno y honesto.»
Si es el ángel de mi guarda,
que así lo juzgo y lo creo,
bien podré yo dar el sí
sin que Dios se ofenda de ello,
que si le ofrecí gustosa
mi virginidad al cielo,
no ha de permitir me falte
valor para el complemento.
Pues digo, señor, que admito
lo que me tenéis propuesto,
y me pena haber tardado
á resolverme, pues tengo
por cierta mi dicha, estando
vuestra persona por medio.
ARCISCL. Sois muy prudente, sobrina.
EUROSIA. ¿Qué te parece, Cornelio?
CORNEL. Yo estoy, hermana, que adoro
tan bien acertado intento.
Tomar estado es cordura,
diferirlo no es acierto;
vuestra edad apenas entra
en los tres lustros y medio,
y podrá ya coronarse
del puro y sacro himeneo;
yo os ofrezco, hermana mía,
si no me falta el aliento,
acompañaros gustoso.
ARCISCL. Pues yo lo mismo prometo.
BODOQUE. ¿Y yo piensan que no iré,
á darme entre burla y juego,
cuatro ó cinco buenos días?

EUROSIA. Con tales socios bien puedo
ir. ¡Hermoso Sol divino,
acompañad mis deseos!
BODOQUE. Estos deben ser los sucios,
porque según de mí pienso,
soy un hombre muy pulido,
y crean que si me afeito
no hay muchacho como yo
para andar en casamientos.
CORNEL. De dicha tan singular
parabienes me prevengo.
ARCISCL. Bien podéis creer, sobrina,
que estoy loco de contento.
EUROSIA. A mi cuarto me retiro
á dar á Dios lo que debo.
CORNEL. Hermana, el cielo os asista
y os haga ilustre dueño
de la corona de España.
ARCISCL. Sobrina, ayúdeos el cielo.
EUROSIA. Adiós, tío; adiós, hermano. (*Vase.*)

ESCENA V

DICHOS, *menos* EUROSIA.

BODOQUE. Ojalá que empuñe el cetro,
aunque me cueste de casa
lo que Dios quiera por ello.
CORNEL. Y yo, por dar á mis padres
noticias de este suceso,
voy al punto.
ARCISCL. Yo también
soy nuncio de su contento. (*Vanse.*)
BODOQUE. El Obispo se hace Nuncio;
¿cómo puede ser? Mas cierto
que debe andar á la parte
de la ganancia, y por eso
en lo público es Obispo,
pero Nuncio en lo secreto;
para ganar las albricias
corro por llegar primero. (*Vase.*)

ESCENA VI

Salen el CONDE DE AZNAR *y* MOSQUETE *envainando las espadas.*

CONDE. Mejor van descalabrados
de lo que yo presumí.
MOSQ. Escondámonos aquí
por si vienen más soldados
de estos morazos. ¡Qué fiero
iba aquel calzaparrillas!
¡Ay, pobres de mis costillas!
CONDE. ¿Adónde vas, majadero?
MOSQ. A esconderme aquí.
CONDE. Pues ¿cómo?
¿qué temes, si estás conmigo?
MOSQ. Temo siempre que te sigo
porrazos de tomo á lomo.
Apenas los dos herejes
seguiste, cuando vinieron
seis ó siete, que me dieron,
sin que de mi honor te quejes,
mil cuchilladas aquí.
CONDE. Pues ¿por eso has de esconderte?
Villano, has de ser muy fuerte
ó jamás irás con mí.
¡Ay, Leonor, extraño caso!
Cuando Marte más me busca
el niño dios más me ofusca.
¡Que me quemo, que me abraso!
Hermosísima Leonor:
¡qué veloz mi amor se fragua!
MOSQ. Pues arrójate en el agua
si tienes mucho calor.
CONDE. ¡Ay, Mosquete, cómo ignoras
del niño ciego los tiros!
Son envenenados giros
de Circes encantadoras.
¿Quién como yo desdichado
tiene de qué se quejar?
MOSQ. La triaca puedes tomar
por si estás envenenado.
CONDE. ¿No sabes que una mujer
es de mi alma hermoso nicho?
MOSQ. Pues si nunca me lo has dicho,
¿cómo lo puedo saber?
CONDE. Leonor, aquella ingrata,
con su desdén me atropella;
Leonor es la centella
que con incendios me mata;
Leonor es por quien vivo
amante de sus rigores,
y entre estos mis ardores
muero de su amor cautivo.
MOSQ. ¡Jesús y qué disparates
en tu grave pecho encierras!
¿Agora en tiempo de guerras
con mujercillas combates?
Dices que Leonor te mata,
que ella tiene tu alma viva,
ella dices te cautiva
y te favorece grata;
todas son contradiciones
de una loca fantasía,
y si das en la manía
de tan necias presunciones,
¿qué diablo te ha de entender?
CONDE. Damas hay de mucha estima,
mas como mi hermosa prima
no tiene el mundo mujer.
MOSQ. No me espanto estés tan tierno
por esa dama Leonor;
mas presumo que su honor
llevarás aún al infierno.
CONDE. Siempre á mi gusto te opones
con muy toscas necedades.
MOSQ. Pues si va á decir verdades,
soy tu amigo. ¿Qué dispones?
CONDE. Importa, Mosquete amigo,
si quieres darme consuelo,
que aqueste papel de un vuelo
le lleves. ¿Estás conmigo?
MOSQ. Sí, señor.
CONDE. Pues mira, advierte
que si al príncipe topares
no le digas mis pesares,
porque fuera darme muerte.
Toma, vete. (*Dale el papel.*)
MOSQ. Ya tercero
me voy haciendo á mi ver
CONDE. ¿Por qué?
MOSQ. Nunca puedo ser
ni segundo ni primero.

CONDE. Cuando el amor es honesto
no es deshonra fomentarle.
MOSQ. Pues yo imagino obligarle
honestamente, y con esto
me llaman todos Mosquete,
que es algo más que alcabuz;
pero en mí, por esta cruz,
que es lo mismo que alcahuete.
(Vase.)

ESCENA VII

El CONDE *solo.*

Sale el sol por el cielo luminoso
las nubes pardas de oro perfilando,
y con su luz los montes matizando
ilustra el campo su zafir hermoso.
Veloz pasa su curso muy furioso
y cuando la quietud solicitando
halla otro mundo que voceando
al sol le pide su esplendor hermoso,
á la campaña salgo defendido
de fuertes rayos de mi estoque ardiente
á quien se rinde el bárbaro vencido.
Y cuando de el descanso solamente
busco un instante, torpe mi sentido
me acomete el amor eternamente.

ESCENA VIII

Sale MOSQUETE *corriendo.*—DICHO.

MOSQ. Señor, el Rey viene aquí
y el Príncipe, no sé á qué;
á Leonor no la topé
en su casa, y advertí
lo que después te diré.
CONDE. No quisiera que me vieran
ocioso en esta ocasión,
que al verme así coligieran
de mi semblante, ó tuvieran
sospechas de mi pasión.
MOSQ. ¡Ay, que llegan!
CONDE. Ven conmigo;
abrevia el paso, apresura.
MOSQ. En cualquiera conjetura
como sea huir te sigo.

ESCENA IX

Al irse topan á LEONOR *y* LAURA *que salen.*—DICHOS.

CONDE. ¡Ay cielos, y qué ventura!
LEONOR. ¿Adónde, Conde y señor?
¿adónde vais tan de prisa?
CONDE. ¡Ay de mí, bella Leonor!
Tocando al arma es forzoso
dar alas á mi valor.
LEONOR. Siempre vais muy ocupado
en negocios de la guerra.
CONDE. Con mucho ardor abrasado,
los que hoy mi pecho encierra,
me tienen puesto en cuidado.
MOSQ. Vamos luego sin tardar,
porque llegan, ¡voto á Cristo!
CONDE. Sin ti me voy á penar.

ESCENA X

Salen el REY *y el* PRÍNCIPE.—DICHOS.

LEONOR. Ya no os podéis apartar,
porque entiendo que os han visto.
REY. La fortuna se mejora,
pues en este mismo día
la victoria da alegría
y otra nueva me atesora
el bien que más convenía.
Pero ¿no es aqueste el Conde?
CONDE. A vuestros pies, gran señor,
postro mi alma y mi valor.
REY. A mis brazos corresponde
vuestra lealtad. ¿Leonor?
LEONOR. Señor, postro agradecida
mi humildad á vuestras plantas.
REY. Levanta.
PRÍNCIPE. Prima querida:
belleza tan recogida,
¿cómo sale á luces tantas?
LEONOR. Acaso, señor, salí
á divertir un cuidado
con esta criada, y vi,
sin saber que estaba aquí,
al Conde con su criado.
REY. Y Mosquete, ¿también fué
á la campaña?
MOSQ. Acomete
como un rayo, porque sé
que no vale mi amo un ce
sino va con él Mosquete.
REY. Las gracias, Conde, os doy
de la victoria pasada.
CONDE. Vuestro leal vasallo soy.
PRÍNCIPE. Muy asegurado estoy
del valor de vuestra espada.
No sin causa el mundo todo
de la guerra os llama rayo,
pues con valeroso modo
sois venganza del rey godo,
del sarraceno desmayo.
CONDE. A vuestro lado, señor,
cualquier soldado es valiente.
PRÍNCIPE. Con solo vuestro valor
ha de extinguirse el furor
de aquel bárbaro insolente.
MOSQ. Tomad, Leonor, esta carta
que un caballero os envía;
perdonadme la osadía,
que el oficio me descarta
de cualquiera cortesía.
LEONOR. Sin saber de quién, la tomo;
mas el corazón advierte
cúyo es el papel, de suerte
que adivina; no sé cómo
mis disimulos acierte.
PRÍNCIPE. ¿Cúyo es el papel?
MOSQ. ¿Señor?
PRÍNCIPE. A mi prima, ¿quién le escribe?
MOSQ. Otro primo que aquí vive,
que es pariente de Leonor,
y sus despachos recibe.
PRÍNCIPE. ¿Quién con tanto atrevimiento,
sabiendo que yo la adoro,
se arroja á tener intento
de escribirla?

MOSQ. ¿Hay tal cuento?
Ayer lo supe de coro
y hoy á vistas no lo sé.
Yo pienso que lo escribí,
y turbado me engañé,
que el papel de Laura fué,
aunque á Leonor le di.
CONDE. ¿Hay desatención igual?
¿Hay simple como Mosquete?
Aparta, bruto, animal.
MOSQ. Eso tiene el alcahuete
que sirve tan puntual.
PRÍNCIPE. ¿No es éste vuestro criado?
¿cómo es tan inadvertido?
REY. ¿Qué es aquesto?
CONDE. Cielo airado,
¿en qué os tengo yo ofendido?
LEONOR. Mal Mosquete lo ha entendido.
PRÍNCIPE. Del semblante conocí,
prima, del papel el dueño.
LEONOR. Señor, nunca presumí...
PRÍNCIPE. No es tiempo de dar aquí
satisfacción del empeño.
REY. Retiraos á esotra parte,
que á solas tengo que hablar
con Fortunio.
MOSQ. ¡Lindo azar!
Vamos, Laura, que contarte
quiero lo que has de estimar.

(*A una parte el* Rey *y* Fortunio, *á otra el* Conde *y* Leonor *y á otra* Mosquete *y* Laura.)

REY. Fortunio, el retrato es éste;
contempla la hermosa cara
de Princesa tan ilustre
y de Reina tan cristiana
para que cases con ella,
que es la dicha más extraña.
El Príncipe de la Iglesia
con santo celo te llama
dichoso esposo de Eurosia,
de cuya virtud la fama
por todo el orbe extendida
sus perfecciones esmalta.
PRÍNCIPE. ¿Qué es esto, cielos divinos?
¡Qué pintura tan bizarra!
¿Puede haber más perfección?
Ninguna pienso la iguala
en cuanto calienta Febo
ni en cuanto Neptuno baña.
CONDE. Y en tanta ausencia, mi bien,
¿puede haber alguna falta?
LEONOR. Soy bronce en esta materia,
soy noble y tan obligada
á cumplir lo que prometo,
que antes quedaré sin alma
que sin tus memorias viva.
REY. Es su pintura extremada.
PRÍNCIPE. ¡Qué humildad tan excelente!
CONDE. Logro de mis esperanzas
serás, mi bien; mas es cierto
me voy con tristeza tanta
que aunque dentro el corazón
te llevo, joyel del alma,
temo, ¡ay de mí! perderte.
LEONOR. ¡Y qué poca confianza
haces de mi noble pecho!
CONDE. Fío mucho en tu constancia,
pero no en amor, que es niño.
LEONOR. Tus intenciones son claras;
ya estás entendido, Conde.
¿Quieres que contigo vaya
hecha enternecida Venus,
disfrazada en fuerte Palas
aunque muera? Desde aquí
no tengo de estar en Jaca,
contigo tengo de ir siempre,
siempre he de seguir tus plantas,
soldado he de ser valiente
en la más cruel campaña
que el más tirano enemigo
ordenase, y con mi lanza
he de hacer tales estragos
y he de ser tan arrojada,
que pueda perder la vida
para que puedas contarla
entre las que se perdieron.
CONDE. Tente, tente, que me matas;
perdona, hermosa Leonor,
de tus enojos la causa.
MOSQ. Pues hable claro, señora.
Diga usted, señora Laura:
¿ha tenido nunca amor?
LAURA. Nunca estuve de eso falta
después acá que te vi.
MOSQ. No estás mucho enamorada
cuando no me das un beso.
LAURA. Vaya en mucho enhoramala,
que es un pícaro.
MOSQ. No tal;
¿por pedírtelo me tratas
de esta suerte? Pues ya sé
que tienes alguna falta.
LAURA. ¿Yo falta? Mientes, villano,
que de todo estoy sobrada.
MOSQ. Por lo menos, sí de lengua;
mas de juicio, ¡calabaza!
PRÍNCIPE. Al original me apelo,
pintura hermosa del alma,
que me provoca el pincel
á ser amante idolatra.
REY. Dichoso serás, Fortunio,
si con tu mano se enlaza
la de esta Princesa ilustre,
y es muy evidente y clara
tanta dicha, porque el cielo
es quien aboga esta causa.
CONDE. Sé que el Príncipe te adora
y su mano soberana
se llevará la que el cielo
crió para mi desgracia.
LEONOR. No llevará, que primero
ha de ser mi pecho aljaba
ó túmulo de una flecha
para que me quite el alma;
y si no estuviera aquí
el Rey, mi señor, miraras
en mi mismo corazón
la verdad, y si faltara
instrumento para abrirme
el pecho, con esta espada,
¡vive el cielo!
CONDE. No te inquietes,
que el Príncipe tus palabras

atiende, aunque divertido
en lo que su padre le habla,
y el Rey llegará á entender
de tu semblante la causa
de tu justa alteración,
porque, convertida en nácar,
haces tu mejilla rosa
lo que fué azucena blanca.

MOSQ. Pues toma aqueste pellizco,
porque no me digas, maña,
que jamás te he dado cosa.

LAURA. ¡Ay, Jesús, que me maltratas!

MOSQ. No te trato sino bien.

LAURA. ¡Los diablos lleven tu alma,
que el corazón me has sacado!

MOSQ. Ya estás descorazonada.

LAURA. ¡Pícaro, necio, insensato,
avestruz: aparta, aparta,
que si no fuera tener
en mi presencia á mi ama,
te diera treinte reveses!

MOSQ. Yo á ti treinta bofetadas.

LAURA. ¿El á mí?

MOSQ. Y ¿por qué no?
A ella y á todas cuantas
me enfadaren, ¡voto á Dios!
y aun aquí si más me enfada,
le daré á la muy puerca
más de veinte mil patadas.

LAURA. Quien á patadas defiende
con una mujer su causa
no es digno que siendo bestia
lleve ceñida una espada.
(Quítale la espada y dale.)
¡Toma, pícaro, bufón!

MOSQ. ¡Aquí, señor, que me mata!

PRÍNCIPE. ¿Qué es aquesto?

CONDE. ¡Vive Dios!
¿Mosquete?

LEONOR. ¿Qué es esto, Laura?

LAURA. Señora: aqueste criado...

MOSQ. Señor: aquesta criada...

LAURA. Que es más negro que avestruz.

MOSQ. Que es más bestia que una parda.

PRÍNCIPE. Cesen estas competencias.
¿Quién, desatento, profana
el sagrado de mi padre?

MOSQ. Este dimoño de Laura.

LAURA. Ese pícaro embustero.

LEONOR. Laura: vuélvele esa espada.

CONDE. Toma esa espada, Mosquete.

MOSQ. Venga.

LAURA. Tome; mas es harta
desdicha que lleve estoque
quien puede llevar albarda.

MOSQ. Alguna vez nos veremos
los dos solos, zarpa á zarpa.

PRÍNCIPE. Siempre, Mosquete, has de ser
quien busca todas las causas
de inquietud, y muchas veces
se vuelven veras tus chanzas.

LEONOR. La necedad de Mosquete
y desatención de Laura
piden perdón, pues se debe
de posesión esa gracia.

PRÍNCIPE. Por vos, hermosa Leonor,
¿qué mármoles no se ablandan?

REY. Valeroso Conde amigo:
sobrina Leonor amada:
dadme alegres norabuenas;
mientras que gozaba el alma
se está previniendo alegre
á la dicha más extraña.
Esta es célebre sin duda,
pues hoy mi Fortunio ensalza
sus estados y persona
á divinidades altas.
La princesa de Bohemia,
en hermosura y en gala
luciente sol que en grandeza
al del Olimpo aventaja,
ha de casarse con él,
que así lo dispone y manda
el Pontífice, y presumo
que será esta dicha tanta
que sólo con este medio
ha de quedar ensalzada
la fe de Cristo, á pesar
de la bárbara canalla;
porque la virtud de Orosia
merece ser colocada,
según la fama publica
y según el mundo aclama,
más allá de las estrellas,
siendo en la celeste estancia
blandón hermoso de luces
á cuyos rayos, turbadas,
se avergüencen las febeas
puestas en su misma patria.

PRÍNCIPE. Y si consigo esta dicha,
y si esta dicha alcanza
mi corazón, nadie dude
que ya la fortuna avara
es pródiga en este día,
pues la más hermosa dama
que en Bohemia resplandece,
por inspiraciones altas
ha de ser esposa mía.
Y si mira á luces claras
ese rutilante Febo
que desde la esfera cuarta
hace diáfanos los aires
con sus madejas doradas,
hecho de la hermosa Cintia
amante, sino idolatra,
la hermosura de esta Reina,
la virtud, donaire y gracia,
aunque celeste criatura,
no fuera mucho ostentara
envidia de la grandeza
cuanta hoy mi amor aguarda.
Conde: Leonor: sin duda
de vuestro cariño esmalta
en mi pecho la atención
debida á tanta esperanza.
No puedo negar que tuve
algún tiempo á la argentada
flecha de aquel niño dios
una sujeción extraña.
Y pues ya el tiempo permite
perdonen las nobles canas
de mi padre aqueste arrojo,
que yo declare la causa
de mis inquietos suspiros

y de mis continuas ansias,
y digo, que á Leonor, mi prima,
con atenciones tan castas
como en el sacro himeneo
se sacrifican, miraba,
por ser la que en sangre noble
á la mía más se iguala;
y no dejé de advertir
con desabridas palabras
desprecios de la grandeza
que con mi mano heredaba
afectos que sólo nacen
de virtud más soberana
que la corona y el cetro:
y tuvo sospecha el alma
que de otro nuevo amor
os llevó, prima, arrastrada
la inclinación amorosa
que á muchos hace idolatras.
El Conde, prima Leonor,
es quien ilustra y levanta
el árbol de la nobleza
que conservan las montañas;
nadie con mejores prendas
puede pretender la gracia
de vuestro sagrado afecto,
y advertir que mi esperanza,
que yerta algún tiempo estuvo,
quedará muy bien pagada
siendo el Conde quien consiga
la posesión; pues mi alma
aspira ya deseosa
á la unión más soberana
con sacrosanto himeneo
de la más noble bohemiana.

CONDE. Por tanto favor, señor,
goce vuestra Alteza larga
vida, y á pesar del mundo,
tanta bárbara canalla
postre su cerviz altiva
á vuestras cristianas plantas.

REY. El orgullo de los moros
temo, que de su arrogancia
puedo presumir no faltan
á daros nueva batalla.

PRÍNCIPE. De la divina piedad
tengo tanta confianza,
que ha de volver, si lo intenta,
con la cabeza quebrada.

CONDE. Si hasta aquí he sido Conde,
en adelante mi espada
ha de conquistar de Marte
la corona soberana.

REY. Ven, Fortunio; vamos, Conde.
Leonor, sobrina amada,
quedaos con Dios.

LEONOR. Norabuenas
me doy á mí misma tantas
de las dichas que previene
de aquella infinita estancia
la divina Omnipotencia
á vuestras ilustres casas.

MOSQ. No va malo esto, por Dios;
ello va de buena data;
yo rabio ya de contento
si es que el Príncipe se casa.

LAURA. Pues ¿qué interesas, Mosquete?

MOSQ. Oigan, que se quema Laura;
que me casaré contigo
si te enmiendas.

LAURA. ¡Noramala
para el pícaro bufón!

MOSQ. ¡Qué lindamente me trata!

LAURA. ¿En qué delitos me ha hallado?

MOSQ. A fe que si yo te hallara
la primera al escondite,
que pagaras la ganancia.

LAURA. ¿Qué dominio tiene en mí?

MOSQ. Mira, no te enojes, Laura,
que eso lo echaré por coste
y lo tomaré de gracia.

LAURA. No me trate de esa suerte
si conmigo quiere chanzas,
ni me aplique sus mentiras.

MOSQ. Esas no te saben malas,
porque si digo verdad,
las verdades siempre amargan.

REY. Vamos, que deseo dar
estas nuevas á mi Urraca.

PRÍNCIPE. Adiós, divina Leonor.

LEONOR. Vuestra Alteza con Dios vaya.

CONDE. Adiós, dueño de mi vida.

LEONOR. Adiós, Conde de mi alma.

CONDE. Yo cumpliré mi promesa.

LEONOR. Yo cumpliré mi palabra.

CONDE. ¿Irás conmigo?

LEONOR. Sí iré.

CONDE. Mas ¿adónde?

LEONOR. A la campaña.

MOSQ. Adiós, Laura; ya me entiendes.

LAURA. Adiós digo, y eso basta.

(Vanse los caballeros por una puerta y las damas por otra.)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen ATANAEL, *capitán;* TARIFE *y* MECOT, *moros, de soldados, con espadas y rodelas.*

ATANAEL.

¡Que tenga el montañés atrevimiento
en su favor para que glorioso
triunfe de mí con excesivo aliento!
¡Oh, pesia á mi fortuna, qué gozoso
ha de estar el cristiano, y qué contento
de quedar contra tantos victorioso!
Pues con razón, al ver huir mi gente,
yo quedé amedrentado y él valiente.

TARIFE.

No hay espantar, señor, que se os huyeran
tantos soldados, que en las ventajas
no pudo asegurarse que ellos eran
en número más hombres, pues las cajas
que en el aire sonaban pospusieran
un número mayor, y si no atajas
por otro nuevo rumbo tanta ayuda,
temo que con encanto nos sacuda.

ATANAEL.

Viste aquel escuadrón que yo traía,
setenta y seis cornetas valerosos
y de la más lucida infantería
que siguieron escuadras belicosas,
y también de gentil caballería,
pues fué de las naciones más famosas,
seis regimientos cuando al fuerte lado
de Abén Lope me hallé acuartelado
y en las riberas de Aragón corriente
acometió el cristiano las trincheras?
Aquel Conde Aznar, el más valiente,
retiró batallones y banderas
hasta el agua, y de toda nuestra gente
poblaron degollados sus riberas
tantos soldados muertos, que los peces
bebieron sangre, y aun caliente á veces.

MECOT.

Que alfanjes en el aire parecían
sin que fuerza exterior los gobernase,
y tanto estrago en nuestra gente hacían,
que presumí ninguno se escapase.

TARIFE.

Algún hechizo creo que tenían
con que nuestro valor amedrentase.

ATANAEL.

¡Oh, villana canalla!; la fortuna
ha de ser algún día de mi luna,
y desvaneceré el atrevimiento
de resistirse con dos mil soldados.

TARIFE.

Que tengas poca gente es lo que siento;
mas agora ya quedan castigados
quemando los casares con que al viento
dan las vidas y quedan abrasados
más de cien montañeses, que en manojos
de fuego son cenizas y despojos.

MECOT.

Páguennos los cristianos la matanza
que han hecho en nuestra gente.

VOCES. (*Dicen dentro:*)

¡Fuego! ¡Fuego!

ATANAEL.

Mejor es que la sangre la venganza.

VOCES. (*Dicen dentro:*)

¡Que se quema el casar, remedio luego!

TARIFE.

Aún piden favor con arrogancia.

MECOT.

Imposible es ya ningún sosiego.

ATANAEL.

Ya los villanos andan alterados;
así me vengaré por mis soldados.
Las armas prevenid, por si escaparen
algunos montañeses valerosos
que en las pavesas ígneas se encontraren,
porque de estos castigos tan penosos,
aunque aquí tan confusos nos toparen,
coléricos, sangrientos y furiosos
contra nosotros dieran, ya advertidos
que somos los que causan sus gemidos.

TARIFE.

A tu lado he de estar, que aunque viniese
García Iñiguez con tanta gente
cuantos vasallos su poder tuviese,
yo sólo venceré su ardor valiente.

MECOT.

Y aunque aquel mismo conde fuese
que en la campaña anduvo tan ardiente
y acá viniese tan desesperado,
no le temiera por seguir tu lado.

ATANAEL.

De vuestro gran valor dais gran testigo
y del marcial estruendo hacéis alardes.

MOSQUETE. (*Dice dentro:*)

Del cielo os venga, infames, el castigo;
luterianos, apóstatas, cobardes.

ESCENA II

Sale MOSQUETE, *cubierto de ceniza.*—DICHOS.

MOSQUETE.

Aunque me han de matar, las tropas sigo.
¡Jesús, San Lesmes y qué malas tardes
se me previenen! Hoy estos morazos
las costillas me harán á mí pedazos.

TARIFE. ¡Detente, traidor, aleve!
Dime: ¿quién eres villano?

MOSQ. ¡Ay de mí!

TARIFE. Habla, inhumano.

MOSQ. Soy el dimoño que os lleve.

ATAN. Matadle, pues que profana
ese cristiano insufrible
mi decoro, y es posible
no quede sangre cristiana.

MECOT. ¡Muere, traidor!

MOSQ. ¿Yo, por qué?
¿qué culpa le tengo yo,
si mi amo los mató?
Yo no lo vi ni lo sé.

ATAN. Déjale, por ver si acaso
es oculta centinela;
pregúntale con cautela.

MOSQ. Este será el primer paso,
sin duda, de mi pasión.

TARIFE. ¿Quién eres, dime, soldado?

MOSQ. Un hombre que paso á vado
por el río de Cedrón.

MECOT. Di quién eres, majadero,
si no te mato al instante.

MOSQ. Téngase, no se adelante,
que entrar al huerto es primero.

TARIFE. Este se burla de mí,
pues muera.

MOSQ. No me haga mal:
¿puede haber desdicha igual
que quiera empezar así?

ATAN. La vida puedes ganar
si la verdad confesares.

MOSQ. Que se queman los casares
te confieso sin tardar.

ATAN. ¿Han muerto algunos soldados
en las ardientes pavesas?

MOSQ. Más de veinte montañesas,
y montañeses honrados
más de ciento; porque, heridos
de la campaña pasada,
les diste cura abreviada
con cauterios encendidos.
ATAN. Pues ¿cómo escapar pudiste
de aquel voraz elemento?
MOSQ. Tengo grande entendimiento
para prevenir un chiste.
UNOS. (*Dentro.*) ¡No se escapen por abajo,
ocupad esas florestas!
ATAN. ¿Qué voces serán aquéstas?
UNOS. (*Dentro.*) ¡Cuidado con el atajo!
ATAN. Estos, sin duda soldados
son del cristiano que vienen
á ver si vengarse pueden
por ellos y los quemados.
TARIFE. Valor nos infunde Marte
para resistirnos fuertes.
MECOT. Hoy he de hacer dos mil muertes,
si Alá está de mi parte.
ATAN. A prevenir nuestra gente
vamos al punto, que creo
será menester, pues veo,
si mi corazón no miente,
un valeroso escuadrón.
TARIFE. Tan buena ocasión no pierdo.
MOSQ. Lanzada de moro izquierdo
te atraviese el corazón.
MECOT. ¿Y este pícaro insensato
dejamos con vida aquí?
ATAN. Déjalo, que importa así.
MECOT. Pues démosle de barato. (*Danle.*)
MOSQ. ¡Ay mi cabeza rompida!
¡Que me matan, mi señor!
ATAN. ¿Quién te puede dar favor?

ESCENA III

Salen el PRÍNCIPE *y el* CONDE, *con espadas desnudas.*

CONDE. Yo, y te quitaré la vida.
PRÍNCIPE. ¡Oh traidora, vil canalla!
¿con fuego queréis vengaros?
Ea, Conde, que ya es tiempo,
venguemos estos agravios.
(*Acométense á cuchilladas cristianos y moros.*)
CONDE. Hoy seréis, cobardes moros,
de mi fuerte espada el blanco.
PRÍNCIPE. ¡Bravamente se resisten!
MOSQ. Pues ríndanse los borrachos
ó si no, los mato al punto.
ATAN. Valientes son los cristianos.
TARIFE. Ya me canso en resistirme.
MECOT. De resistirme me canso.
MOSQ. Con aquesta zambullida
si no se me huyen los mato.
ATAN. No falte el valor, amigos.
MOSQ. ¡Vive Dios que llevan jacos!
T. y MEC. No podemos resistirnos.
ATAN. Pues huyamos.
LOS DOS. Pues huyamos.
(*Vanse.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos los* MOROS.

MOSQ. Esto sí que va de veras:
¡por Dios! huyen como galgos;
¡qué sangrienta está mi espada!
Yo les haré con los diablos
que se acuerden de Mosquete
más de cuatrocientos años.
PRÍNCIPE. ¿Qué es aquesto, Conde amigo?
¿Ya nos han dejado el campo?
CONDE. ¿A quién faltará valor
animándose al sagrado
del lado de vuesa Alteza
para coronar con lauros
las repetidas victorias
de nuestros antepasados?
PRÍNCIPE. Con vuestra ayuda, á mi ver,
ni el más cobarde soldado
tiene que temer ruïna
si le ampara vuestro lado.
De vuestro valor confío
que antes de tiempo muy largo
sujetaréis la cerviz
de este bárbaro tirano;
id á recoger la gente
que está esparcida en el campo,
y dad órdenes que importen
como sabéis; yo me parto
á dar la nueva á mi padre
del suceso ya pasado
y dar el treudo debido
á la quietud y al descanso.
CONDE. A vuestra Alteza dé el cielo
de vida tan largos años
como deseo, y al punto
cumpliré, con el cuidado
debido, en todo aquello
que me dejáis ordenado.
PRÍNCIPE. Así lo fío y lo creo.
Adiós. (*Vase.*)

ESCENA V

DICHOS, *menos el* PRÍNCIPE.

CONDE. Adiós, luego parto.
Vamos, Mosquete. ¡Ay de mí!
que Leonor, si no me engaño,
intrépida y arrojada
salió varonil al campo
por sólo satisfacerme
los recelosos agravios
que le ocasioné, celoso
del grande amor obligado
que le tengo, sin que otra
ocasión me hubiese dado,
que es su perfección divina,
y por abreviar el paso,
con el Príncipe salí
á la defensa, avisados
de los que en cenizas yacen
cadáveres sepultados
del fuego que el enemigo
aplicó, ¡rigor extraño!
á los casares y albergues

de los heridos soldados;
y pues no pude esperarla
ni ella seguir mis pasos,
vamos, que entre mis suspiros
la podrá topar mi llanto.

MOSQ. Y también Laura con ella
debió salir; vamos, vamos.
Mas oye, señor, advierte
que si á cazarlas andamos
por ser conejas, será
menester algún azado.

CONDE. ¿Por qué lo dices, Mosquete?

MOSQ. Porque esta noche he soñado
que un morisco cazador
les echó el hurón alzado,
y si esto es verdad, sin duda
que las dos han renegado.

CONDE. Deja chanzas, que yo estoy
de sus desdichas temblando.

ESCENA VI

Salen LEONOR *y* LAURA *de camino con espadas.*— DICHOS.

LEONOR. ¡Válgame el cielo y qué fin
á mis desdichas has dado!
¿Quién me trajo tanto mal?
Conde, causa de mis daños,
dime si ya estás contento.

CONDE. ¿Qué estoy oyendo y mirando?
¿Es esta alguna ilusión?
¿Estoy durmiendo ó velando?
¿Es Leonor la que se queja?

LEONOR. La misma.

CONDE. El alma me ha dado
sospechas que estás herida.
¿Eres Leonor?

LEONOR. Soy, ingrato,
una mujer desdichada,
á quien, por quererte tanto,
hoy han quitado la vida.

CONDE. ¿Qué dices? Estoy turbado.
¿Cómo quedo yo con vida?
Tenla, Mosquete, en los brazos
mientras voy tras el traidor.

LEONOR. ¡A buena ocasión!

CONDE. Pues ¿cuándo
con más razón? ¿Qué locura
con pecho desesperado
te llevó á morir, mi bien?
¿Cuál fué el bárbaro tirano
que quitó á la tierra el sol,
escureciendo los rayos
con que esos divinos ojos
le estuvieron alumbrando?
¡Oh quién te hubiera creído!
que el dejarte fué pensando
que no habías de atreverte
á salir conmigo al campo,
que si imaginara yo
que amor te obligara tanto,
antes perdiera mil vidas
que dejarte de mi lado,
antes sufriera mis celos,
con ser el mayor cuidado
que el cielo ha dado á los hombres
y mayor cuanto más sabios.
aquí se acabó mi vida
y aquí también se acabaron
mis esperanzas, que al fin
cayeron hechas pedazos;
he de perder el sentido
si no vengo tus agravios.

LEONOR. Espera, espera, mi bien,
no me dejes en el lazo
de mis mortales congojas;
mi vida se va acabando.

CONDE. Antes el vital aliento
me falte que, desdichado,
vea empañar esos soles,
llore mi desdicha en tanto.

MOSQ. Y tú, Laura, ¿estás herida?
¿Hate alguno maltratado
de los moros?

LAURA. También tengo
mi poquito de trabajo.

MOSQ. ¡Ay, desdichado de mí!
Pues ¿qué venías buscando?
¿por dónde tienes la herida?
dime, Laura.

LAURA. Por abajo.

MOSQ. Si tiene la herida cura
yo voy por un cirujano.

LAURA. No vayas, no.

MOSQ. Pues no voy,
que si te mueres acaso
estoy de pesares lleno;
mas ya se me va pasando.

LEONOR. ¿Conde?

CONDE. ¿Leonor, mi bien?

LEONOR. ¡Ay de mí!

CONDE. Yo voy volando
á buscar algún remedio,
que mi amor presume hallarlo,
para dar vida á los dos.

LEONOR. Detente, reporta el paso,
ya no es menester remedio,
que cuanto dije es engaño
para conocer tu amor.

CONDE. ¿Engaño?

LEONOR. ¿Qué estás dudando?
No estoy herida ni soy
tan necia, que me he guardado
de los peligros muy bien.

MOSQ. ¡Hay embuste más extraño!

CONDE. Temblando estoy, ¡vive Dios!

MOSQ. Pienso que han resucitado,
porque todas las mujeres
tienen astucia de gatos.
Pues yo me acuerdo haber visto
agora cuatro ó diez años,
con una herida de á geme
á una mujer de los diablos,
y no hacía caso de ella
aunque se iba desangrando.

LEONOR. Pues ¿pensabas tú que había
de ponerme á los flechazos
de un turco por tus celos
ni por mi amor? ¡Malos años!
Pero di, si me querías,
como agora lo has mostrado,
y si sabes que mi pecho

es incontrastable mármol,
¿cómo permitiste, necio,
que contigo fuera al campo?

CONDE. ¡Ay, Leonor, hermoso dueño!
Mi corazón abrasado
se sabe fraguar sospechas
de celosos agasajos.
Nunca hay celos sin amor.

LEONOR. Y si los hay, son villanos.

CONDE. Mis celos nacen de amor
que es divino y soberano,
como lo publica el alma
con este amoroso abrazo.

LEONOR. Quita allá, que las mujeres
sufren desprecios amando,
y siendo amadas se vengan
de los pasados agravios.
No me quisiste en salud,
pues me dejaste en el campo
para blanco de los turcos,
y cuando me estoy quejando
de que me muero, me dices
requiebros enamorados.
¿Qué tenemos las mujeres
que muertas os agradamos?
¿Cuál hombre no llora entonces?

MOSQ. Esto corre muy de llano,
que es más linda la mujer
que no vive más de un año.

CONDE. ¿Qué es esto, bella Leonor?
El aliento me has quitado
segunda vez con desprecios.

LEONOR. Merecido es este pago
á quien me llora difunta
cuando viva me ha dejado
en peligros de perderme.

MOSQ. Dice bien, y es caso extraño,
después de muchas pendencias,
ver un viudo muy barbado
llorar por una mujer,
y con los ojos muy bajos
decir: «¡Ay de mí, mezquino,
qué presto se me ha acabado
el consuelo de esta vida!
Hijos míos, ¡qué temprano
se os ha puesto el sol! ¡Ay Dios!»
Y sabido bien el caso,
era una mujer á quien
por horas mataba á palos.

LAURA. Así hicieras tú, bribón,
si á mí me hubiera enterrado
la chusma morisca, ¡ay! creo
que aun no hicieras tanto
como llorar por saber
que quedaba agonizando.

MOSQ. No llorara, Laura mía;
pero te dijera un salmo
con *Requies* y con *profundis*,
que te llevara volando
adonde los taberneros
van á pagar sus milagros.

LAURA. Por vida mía que tienes
habilidades del diablo;
no fiara en ti, Mosquete,
ni en tus promesas un clavo.
¡Por vida de mis cabellos!

MOSQ. No tienes por qué jurarlo,
que no son esos cabellos
tuyos, Laura.

LAURA. Sí, son míos.

MOSQ. No son tuyos, es engaño;
porque yo sé por muy cierto
que esos cabellos rizados
son de la mujer del baile
que murió hace cien años.

LAURA. ¡Mal haya quien no te quita
las narices á bocados!

CONDE. Vamos, Leonor hermosa,
nueva Palas, que al asalto
primero que diste al pecho
más varonil y esforzado
le venciste. Vamos luego,
que si en pláticas estamos,
el campo queda sin orden
y sin guía los soldados.
No hay de qué tengas temor.

LEONOR. No le tengo ya á tu lado;
gocemos de los despojos
que dejaron en el campo;
tú de los que en él venciste
y yo de los que has dejado
cuando te das por vencido.

CONDE. Ser vencido de tus manos
tengo por mayor victoria
que las que tuvo Alejando.

MOSQ. Vamos todos, que en pillar
no me ha de ganar el diablo. (*Vanse.*)

ESCENA VII

Salen EUROSIA, ARCISCLO, CORNELIO *y* BODOQUE, *de camino.*

CORNEL. Aquí, hermana, en esta alfombra
de hierba y flores te asienta.

EUROSIA. No pienso quedar contenta
hasta que la fresca sombra
de los montes aquitanos
me dé el contento y ventura,
gozando de su frescura
con los humildes cristianos.

ARCISCL. El coche parad, Lorente,
en esas verdes florestas.

EUROSIA. ¿Qué avecillas son aquestas
que cantan tan dulcemente?

CORNEL. Aquel es el ruiseñor,
que, con música suave,
á su consorte le sabe
referir su tierno amor.
Aquella vid abrazada
en el álamo frondoso
pinta un bosquejo glorioso
de insensible enamorada.
Aquella copiosa fuente,
obligada de su amor,
se despeña con rigor
por ser su Narciso ausente.

ARCISCL. Todo lo crió el Señor
en el eterno Paraíso
con tal perfección, que quiso
enseñarnos con primor.
Contempla aquella avecilla
que, en gorjeos concertados,
siendo vida de los prados,

compone dulce capilla.
Aquel arroyuelo amante
que se despeña furioso,
de tu vista muy glorioso,
te baila el agua delante.
Por darte entretenimiento
hacen todos maravillas,
fuentes, flores, avecillas,
sin tener entendimiento.

EUROSIA. ¡Ay de mí! ¿Cómo resiste
mi corazón tanto halago?

ARCISCL. En jamás me satisfago
si estás cansada ó estás triste.

CORNEL. En esta margen frondosa
de este bruñido arroyuelo,
que corre para ser hielo,
galán fino de la rosa,
te sienta.

EUROSIA. Nada divierte
mis penas; todo me cansa.
El agua que corre mansa
va murmurando mi muerte.
Aquel pájaro jilguero,
que gorjerillos levanta,
es algún cisne que canta
por mí, porque cisne muero.
¡Ay de mí!

ARCISCL. ¿Por qué suspira
vuesa Alteza?

EUROSIA. No lo sé.
Triste voy porque dejé
á mi hermana Draomira.

CORNEL. Pues Draomira, ¿no es, hermana,
aquella gentil aleve
la que á matarte se atreve?

EUROSIA. Sí; mas es por ser cristiana.

CORNEL. Luego, ¿deseas morir?

EUROSIA. Por la fe de Cristo, hermano,
perder la vida un cristiano
¿no es morir para vivir?

CORNEL. Claro está.

BODOQUE. Ella desea
ser ahorcada; pues á fe
que no la siga si sé
que por las horcas pasea.

EUROSIA. Dejadme, que no reposo.

ARCISCL. Pues, señora, ¿en este día
tienes tal melancolía
cuando te espera tu esposo?

EUROSIA. Aun por eso es mi dolor,
que temo que no me adora.

ARCISCL. ¿De qué lo sacas, señora?

EUROSIA. Solamente del temor
que le tengo; mas un rato
me quisiera ahí apartar,
que quiero comunicar
con su pintura ó retrato.

CORNEL. ¡Oh, gracias á Dios del cielo
que muestras algún cariño!

BODOQUE. Ya parece que el dios niño
la ha puesto en algún desvelo.

EUROSIA. Descansad un poco en tanto
que yo cumplo mi deseo.

CORNEL. Aún dudo lo que veo;
¡guíenos el cielo santo!

(Apártase Eurosia *y saca un retrato de un Crucifijo y otro de la Virgen.)*

ARCISCL. De esta mujer me temí,
según tan triste venía,
que jamás se lograría
nuestro intento, y presumí
de su virtud que, con celo
de ser mártir, deseaba
quedar en Bohemia y daba
una rica joya al cielo.

CORNEL. Agora ya no hay dudar
que determina casarse.

BODOQUE. Eso no puede dudarse
de cuantas saben hablar.

CORNEL. Ya todo el mundo atesora
norabuenas para mí.
Sentémonos por aquí
para ver cómo enamora.

(Siéntanse y Eurosia *se pone de rodillas.)*

EUROSIA.

Dulce Señor, enamorado mío,
¿adónde vais con esa cruz pesada?
Volved el rostro á una alma lastimada
de que os pusiese tal su desvarío.
De sangre y llanto entre los dos un río
formemos hoy; y si á la vuestra agrada,
partamos el dolor, y la jornada,
que de morir por Vos, en Vos confío.
¡Ay, divino Señor del alma mía!
no permitáis que otro nuevo esposo
me reconozca suya en este día;
bajad de vuestros cielos amoroso,
y si merece quien con vos porfía,
dadme estos brazos, soberano Esposo.

CORNEL. De rodillas está puesta:
gran fuerza [tiene] su amor.

ARCISCL. Idólatra es en rigor
en acciones como aquesta.

CORNEL. De su cristiandad no puedo
presumir error tan grave.

ARCISCL. Ni yo imagino que cabe
en su virtud tal denuedo.

BODOQUE. Mi señora, aunque parece
que tiernamente suspira
por su esposo, si se mira
siempre se queda en sus trece.

CORNEL. Llama, Bodoque, á mi hermana
que parece tarde.

ARCISCL. Espera;
quien habla de esa manera
será en cosa soberana.

EUROSIA.

Virgen, paloma cándida que al suelo
trajo la verde paz, arco divino,
pues en los tres colores á dar vino
fe del concierto entre la tierra y cielo,
dadme remedio, pues sabéis mi celo:
no case con Fortunio, que imagino
que más dichosa soy, si más me inclino
á conservarme pura en blanco velo.
No me dejéis, cristífera María,
favoreced mi intento puro y santo
hasta que llegue de mi muerte el día.
Mi pureza guardad, pues podéis tanto,
si mereciere la esperanza mía
que del sol que pisáis pase mi llanto.

(Queda como arrobada con los retratos en las manos.)

CORNEL. Con la Virgen advertí
que hablaba mi hermana ahora;
aquel retrato que adora
no será el que presumí.
ARCISCL. Aun por eso, con recato
hace aquestas maravillas,
y cuando está de rodillas
de Cristo será el retrato.
BODOQUE. De estarse sola hace alarde
aunque nunca haya almorzado,
y para andar á poblado
se va haciendo un poco tarde.
CORNEL. Llámala, Bodoque amigo.
BODOQUE. Voy volando.—Mi señora,
mire que se acerca la hora
de marchar. ¿Está conmigo?
¿No responde? ¡Voto á tal!
Algún accidente fuerte (1),
que no hablando, grande mal.
(Levántanse.)
CORNEL. ¿Qué dices? ¡Hermana mía!
¿Tú desmayada? ¿qué pena
te ha quitado, estando buena,
Su valor en este día?
ARCISCL. Sin duda está arrebatada
en éxtasis con su Dios,
que en las manos tiene dos
retratos con quien hablaba.
CORNEL. ¡Qué santidad singular!
Mas no sé qué tengo en mí
que hasta que haya vuelto en sí
no puedo estar sin pesar.
¿Cuándo del sol brillarán
luz y rayos refulgentes?
BODOQUE. Estos que vemos presentes
en su vida volverán.
CORNEL. ¿Por qué?
BODOQUE. Porque es cosa cierta,
sin que nadie lo repare,
que la mujer que no hablare
la podéis tener por muerta.
CORNEL. Ya vuelve.
BODOQUE. Es frenesí,
y en esto estás poco atento;
mas quiero decirte un cuento
de esto de volver en sí.
Con su sacristán el cura
se salió al monte á cazar,
que el no estar en su lugar
en algunos curas dura.
CORNEL. Calla, Bodoque, que irritas
con tu necedad al mundo.
¡Qué caso tan sin segundo,
Parca ingrata, solicitas!
ARCISCL. La desdicha me desmaya
de tan extraño suceso.
BODOQUE. Y yo prosigo con eso.
Vaya pues de cuento, vaya;
que empezarle para mí
es gran pena no acabarle;
á mí mismo he de contarle,
soliloquiándome así.
Acompañólos un cojo
á caballo en su jumento,
y éste será en mi cuento
el que para blanco escojo.
Llegaron con atención
al monte, pero en su entrada
al cojo, el alma turbada,
le dió mal de corazón;
quedóse el cura turbado,
y el sacristán quiso irse;
mas el cura, sin partirse,
se quedó todo cortado.
Dijo el cura aquesto viendo:
«En sí luego volverá.»
Dijo el sacristán: «No hará,
que suena lejos su estruendo.»
Con esta grande locura,
sobre este caso apostó
con que el sacristán llegó
á apostárselas al cura.
Dejaron al desdichado
en el monte con su mal,
que después de rato tal
fué de su achaque dejado;
subió en su jumento allí,
y al verlo los apostantes,
el sacristán dijo antes:
«Mírelo, no volvió en sí.»
—«Es engaño, pues se ve
lo contrario claramente»,
dijo el cura—. «Usted miente,
¿no ve que no viene á pie?»
—dijo el el sacristán; y así
gano yo con fundamento;
que quien vuelve en su jumento,
¿cómo ha de volver en sí?
CORNEL. Ya parece que el desmayo
muy poco á poco la deja.
EUROSIA. ¡Dulce Jesús, dueño mío!
¿cómo tan presto te alejas
de mi presencia? ¡Ay de mí!
CORNEL. ¡Eurosia hermana, dulce prenda!
EUROSIA. ¿Qué quieres, Cornelio hermano?
CORNEL. Presumí que tu belleza
cubierta de un parasismo
aquí se desvaneciera.
Esos retratos, Eurosia,
que dentro tu pecho encierras
son causa, si bien adviertes,
de tus amorosas penas.
EUROSIA. Causar penas nunca pueden,
antes bien, siempre me alegran,
porque el uno es de mi Esposo,
del corazón dulce prenda,
y el otro de una Señora
que, con sobradas finezas,
me estima sin merecerlo.
ARCISCL. Ya vimos, sobrina bella,
que son de Cristo y su Madre
los dos retratos que llevas;
á Cristo llamas tu esposo,
con que entendidas las nemas
de tu cariñoso afecto,
saco aquí por consecuencia
que de casarte no gustas,
y si vienes es por fuerza
de mi larga persuasión
y de la noble obediencia
de tus padres; mas si miras,

(1) Falta un verso á esta redondilla.

ilustre y noble princesa,
que la ley de Cristo ensalzas
coronando tu cabeza
con el sagrado laurel
de Aragón, con que se espera
que has de ser Atlante firme
de la militante Iglesia,
asombro de los herejes
y de aquella ley perversa
de Mahoma gran contrario.

EUROSIA. ¿No podré sin ser yo reina
triunfar de sus acciones?

ARCISCL. No será fácil que puedas
ensalzar tu nombre tanto
que te conozca la tierra
defensora de la fe
si la voluntad no apruebas
de casar con don Fortunio.

EUROSIA. La virginidad es prenda
que Dios tiene en mucha estima.

ARCISCL. Es verdad; mas cosa es cierta
que también estima Dios
las que honestamente intentan
llegar al sacro himeneo,
y es proposición tan cierta,
que confirman su verdad
las mismas sagradas letras.
Quiso Dios en el Paraíso
con milagrosa manera
conservar á Elías virgen,
cuya castidad excelsa
merece ser colocada
sobre todas las estrellas.
Mas también favoreció
con igual correspondencia
al profeta Enoc, casado,
y de la misma manera
si al Tabor subió á Elías
á enseñarle sus grandezas,
bien creo que por ser virgen
mereció que allá subiera.
Pero Moisés también,
que fué casado en la tierra,
subió con Cristo al Tabor;
para que, sobrina, entiendas
que también estima Dios
con su voluntad inmensa
al que, casado, le sirve,
como al que, virgen, le ruega.
El sagrado matrimonio,
con singular agudeza,
le llamó el Apóstol grande
sacramento de la Iglesia.
Muchas matronas ilustres
dan de estas verdades pruebas,
y la misma Virgen fué,
aunque Virgen tan perfecta,
casada con San José.

EUROSIA. Aseguró su pureza
con voto de castidad.

ARCISCL. No se niega á vuesa Alteza
que pueda ofrecer á Dios
su virginidad; y advierta
que si la tiene ofrecida
á su Majestad inmensa,
puede cumplir virtuosa,
aunque case, su promesa.

CORNEL. Hermana mía, ya es tarde
y la lámpara febea
quiere extinguir su luz pura
en las olas, donde alberga
sus rayos en cada noche,
sepulcro de su madeja;
vamos alargando el paso,
que muy poco tiempo queda
para llegar á poblado.

EUROSIA. Vamos, pues.

BODOQUE. Vamos apriesa,
porque si mucho tardamos,
nos quedaremos sin cena.

EUROSIA. ¡Cielo divino, ayudadme!

ARCISCL. De Dios nos guíe la diestra.

CORNEL. El te dé, si acaso importa,
lo que más mi amor desea. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Salen el PRÍNCIPE *y el* CONDE.

PRÍNCIPE. Por eso del alma sale,
Conde, á la lengua [el] amor.

CONDE. No hay pena, invicto señor,
que con la de amor se iguale.

PRÍNCIPE. El retrato tengo aquí
de la que ha de ser mi esposa;
atended si es cosa hermosa
por quien el alma rendí.

CONDE. ¡Hermosa dama!

PRÍNCIPE. Yo pienso
que estudió naturaleza
la estampa de su belleza,
no por instrumento inmenso
de aquel poder soberano,
mas hablando á nuestro modo,
porque parece que en todo
puso cuidado su mano.

CONDE. Vuestra Alteza se rindió
justamente á la más bella,
ilustre y noble doncella
que en el mundo se crió.

PRÍNCIPE. Mis potencias y sentidos,
justos fueron sus despojos,
que antes de verla mis ojos
la aprobaron mis oídos.
Con su virtud asegura
mi elección en puridad,
pues quiere su santidad
competir con su hermosura,
y son las dos tan iguales,
que en la perfección que vieron,
su nombre á Eurosia pusieron
los pinceles celestiales.
Ya creo que no están lejos,
que ayer vino embajador
de este sol que en su esplendor
me dan vida sus reflejos,
y dice que llegará
con brevedad á esta tierra;
mas ¡ay, Conde! que la guerra
me presumo estorbará
el salirla á recibir
á la entrada de Aragón.

CONDE. A mí cargo la ocasión
para que podamos ir.

A Leonor dejé perdida,
que, intrépida y arrojada,
por el campo hizo entrada
sin prevenir la salida;
y aunque el bárbaro enemigo
hizo fuga en la ocasión,
pudo disponer traición
por llevársela consigo;
y si tan nobles despojos
se me llevan, claro está
que mi corazón saldrá
derretido por los ojos;
mas la cruz de aquesta espada
saldrá siempre vencedora,
y el joyel que mi alma adora
he de cobrar, aunque armada
esté la morisma junta
á pesar de su traición,
ó mi ardiente corazón
ha de abrir aquesta punta.

PRÍNCIPE. No es cierto, no, á mi ver
que salga al campo Leonor,
que aunque tiene gran valor
en efecto es de mujer.

CONDE. Fía en las veloces alas
de un bruto que con razón
él es hijo de Aquilón
y ella de la diosa Palas.

PRÍNCIPE. Sin duda se habrá escapado
si su valor conjeturas.

CONDE. De mayores apreturas
otras veces se ha librado.
Lo que más mi pena aumenta
es que Mosquete quedó
en su guarda, y se alejó
con presunción avarienta
de recoger los despojos
por el campo divertido,
y dejó puesto en olvido
lo que llorarán mis ojos.
Dice que de lejos vió
dos moros, y del temor,
olvidado de Leonor,
cobarde se retiró.

PRÍNCIPE. No es en vano tu temor;
pero fío sin recelo
que la habrá librado el cielo
de aquel bárbaro furor.
Pero ¿dónde anda agora
Mosquete, vuestro criado?

CONDE. En busca, señor, le he enviado
de la que mi alma adora,
advirtiendo que, si acaso
Leonor está perdida,
he de quitarle la vida.
Mas ¡ay de mí! ¡fiero caso
fuera verla entre tiranos!
No había de haber rigor
que estorbase mi furor
hasta volverla á mis manos.

PRÍNCIPE. Sin duda por verse ausente
de vos, con sagacidad
se retiró á la ciudad,
que es entendida y prudente;
mas, si acaso por desdicha
otra cosa pudo ser,
yo os ofrezco mi poder
hasta conseguir la dicha
de volverla á vuestros brazos,
y os promete mi afición
daros casta posesión
con indisolubles lazos.

CONDE. A prevenir nuestra gente
importa, señor, que vamos,
porque temo si tardamos,
algún penoso incidente.
A recibir lo primero
iremos á vuestra esposa,
que, á pesar de la mañosa
traición del cancerbero,
no ha de parar mi valor
hasta poner con despecho (1)
y en mis brazos á Leonor.

PRÍNCIPE. En vuestro valor confío,
Conde amigo, y es razón,
que con vuestro corazón
siempre va seguro el mío.
Vamos, y sin más tardar,
de la gente más lucida
que tenéis más conocida
podéis un tercio alistar.

CONDE. Si llevamos, á mi ver,
con sus lucidos arneses
un tercio de montañeses,
nada queda que temer. *(Vanse.)*

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

MOSQUETE *solo.*

No hay hombre más desdichado
que Mosquete en este día,
pues, por gran desdicha mía,
mi señor, muy enojado,
me pone en mosquetería.
Porque á Leonor perdí
me castiga de este modo,
no considerando en sí
que también me toca á mí
por perder á Laura y todo.
¡Oh, quién las pudiera hallar
por aquí en algún rincón!
mas no las podré topar.
¿Por qué no sabré rezar
el responso á San Antón?
A Francia me iré á vivir,
y sabrá Aragón y Bearne,
que me quise despedir
por no quererle servir
siempre de su guardacarne.
El buscar, cielos divinos,
me va doblando mis males,
pues me llevan mis destinos
de noche por los caminos,
de día por los jarales.
Mucha hambre y poca ropa
me traen por este cerro,

(1) Falta un verso á esta redondilla.

mas si el bárbaro me topa,
yo temo que en vez de sopa
no me falte pan de perro.
Desde aquí quiero llamar,
aunque me acosa el temor.
(En voz alta.)
¡Laura, señora Leonor!
Por medio de aquel pinar
se siente ruido y rumor.

MOROS. *(Dentro.)* No dejéis en la montaña
persona que á Cristo siga.

MOSQ. Aquesta es gente anemiga.
¿Hay desdicha más extraña?
¿Adónde podré esconderme
de este riguroso trance,
que el fiero moro no alcance
en todo este monte á verme?

ESCENA II

Salen ATANAEL, TARIFE *y* MECOT.—DICHO.

ATAN. ¡Que sea tan arrogante
este cristiano atrevido!
Por Alá que estoy corrido.

TARIFE. ¡Por vida de mi turbante
que es muy valiente cristiano!

ATAN. ¡Que se huyera así la gente
por un cristiano insolente!

TARIFE. Todo fuera muy en vano,
porque su valor se encumbra
tanto, que con fuerza y maña
ha de sujetar á España
y aun á cuanto el sol alumbra.

ATAN. Detén, Tarife, la lengua;
ese hombre no me alabes,
que en mi competencia sabes
que alabar á nadie es mengua;
y aunque huí con sutileza
de su espada el gran furor,
no fué falta de valor,
sí fué sobra de destreza.
De Huesca soy ya señor
y del Rey ya capitán,
y cuanto blasón me dan
es poco con mi valor.
Cuanto el Tajo y Duero baña
con estruendo belicoso
amedrenté valeroso
en mis principios á España.
Abén Lop, mi Rey, espera
acabar de conquistar
esta montaña, á pesar
de la cristiana bandera;
pues dóblense nuestras lunas
en las arrogantes astas.

MECOT. Con esto, señor, contrastas
tú solo á tantas fortunas.
Por esta parte que sigo
se suena rumor de gente.

MOSQ. Estoy muerto de repente
si encuentran éstos conmigo.

MECOT. ¿Quién va allá? ¿No me responde?

MOSQ. Si no va nadie, ¿quién quiere
que le responda?

MECOT. El que fuere,
quien de cobarde se esconde.

MOSQ. Yo no soy nadie aunque hablo.

MECOT. Di presto quién eres.

MOSQ. ¡Ay!
El alma de Garibay,
que ni es de Dios ni del diablo!

TARIFE. Aqueste, si no me engaño,
es el mismo que escapó
del incendio y se burló
de nosotros por su daño.

MECOT. Pues Alá nos le ha traído
para que tome venganza
del agravio; sin tardanza
morirás.

MOSQ. Ya estoy perdido.

ATAN. No le quites aún la vida
hasta saber dónde va,
que algún secreto tendrá
tan impensada venida.
¿Quién eres y adónde vas?

MOSQ. No sabré decir quién soy,
ni menos adónde voy,
si no me prometes más.

ATAN. Ya tienes sobrada suerte,
que si dices la verdad
te daré yo libertad,
y si no, te daré muerte.

MOSQ. Pues, señor, con esa instancia
si no me matan, diré,
entre muchas cosas...

ATAN. ¿Qué?

MOSQ. Un secreto de importancia.

ATAN. Pues di, que yo te aseguro
de premiarte si es así.

MOSQ. La verdad diré.

ATAN. Pues di.

MECOT. Si lo juras.

MOSQ. Lo rejuro.
Don Fortunio, mi señor,
se quiere casar mañana
con una reina bohemiana,
y mi amo con Leonor.

ATAN. ¡Qué dices! ¿esto es posible?
¿mañana luego ha de ser?

MOSQ. Yo no me pongo en saber
el cuándo, porque es terrible
mi amo el Conde, y yo sé
que nunca me dice un cuándo
porque sabe que cantando
todo lo que sé diré.
Pues es cierto que mañana,
veinte días más ó menos,
tendremos seis días buenos
en una ú otra semana.

ATAN. Rabia ya mi corazón.
¡Pesie la fortuna adversa
que tendremos más contrarios!

TARIFE. ¿Cuándo vino esa Princesa?

MOSQ. Señor, no vino, y si vino,
será cosa muy de verla,
porque dicen que es aguada
y jamás entró en taberna;
cosa cierto singular
poco usada en esta tierra,
que la taberna es de aguados,
pues que todos los que ahí entran
se aguan mucho, y hasta el vino
de puro aguado revienta.

TARIFE. Dinos claro si ha venido,
si no quieres que con esta
daga te dé dos mil muertes.
MOSQ. ¡Qué barata fué la feria!
¿Dónde las compró, señor?
Guárdelas usted y crea
que las habrá menester
cuando tenga alguna suegra;
no me dé ninguna á mí,
que bien diré lo que sepa,
porque nunca sé callar
cosa que secreto tenga.
Ya dispone mi señor
la jornada con su Alteza
y saldrán á recibirle,
porque saben que está cerca.
ATAN. Hoy he de vengarme, amigos,
de las injurias y ofensas
que del cristiano atrevido
en las campañas postreras
recibimos; y en verdad
que estoy tan corrido de ellas,
viendo que tan poca gente
atrevidamente pueda
causar fuga á mis soldados,
que se enmudece la lengua
al pronunciar que acobardan
nuestras azules banderas
sus cruzados estandartes.
Salga, pues, á la defensa
de tantas glorias perdidas
el valor que el pecho encierra.
Hoy hemos de cautivar
la Princesa de Bohemia,
y al Príncipe don Fortunio
quitar la dicha que espera.
MECOT. A prevenir vuestra gente
vamos, Tarife, y entiendan
que somos Atlantes firmes
de las africanas fuerzas.
TARIFE. Señor, nuestros escuadrones
harán las lunas sangrientas
de la sangre de cristianos,
aunque la fortuna adversa,
enemiga, nos ultraje.
ATAN. No nos niegue el gran Profeta
su favor, que con su ayuda
se asegura nuestra empresa.
Toquen las cajas, levanten
las lunas á las estrellas,
que aunque sean medias lunas
han de llegar á ser llenas,
que aun el sol no está seguro
con la creciente que llevan. (*Vanse.*)

ESCENA III

MOSQUETE *solo.*

Ellos se olvidan de mí
con la algazara que llevan.
¡Cuánto me valió el secreto!
Yo apostaré que me dieran
un millón por lo que dije.
Las carnes todas me tiemblan
de temor, y no sé cómo
me escape por estas breñas,
que temo vuelvan acá
si por desdicha se acuerdan
de las pendencias de marras
y me rompan la cabeza;
échome por estos riscos.
Dios me la depare buena. (*Vase.*)

ESCENA IV

Salen EUROSIA, ARCISCLO, CORNELIO *y* BODOQUE.

BODOQUE. Los caballos van perdidos
de tanto vulgar tropiezo,
pues andan sin herraduras
descalzos, y á lo que veo,
se habrán puesto á religión
y tan mediados en eso,
que con tantas cortesías
como todos van haciendo,
sobre tantas reverencias
quedarán muy reverendos.
CORNEL. ¡Qué peñascos tan altivos,
qué fragosos Pirineos
son éstos, que en altas cumbres
remontados y soberbios
sus altas cimas ocupan
la media región del viento!
ARCISCL. La Naturaleza quiso
dividir aquestos reinos
con estos montes, Olimpos,
cuyos encumbrados cerros
son vergüenza de los Alpes.
EUROSIA. Que estoy cansada confieso.
CORNEL. ¿Qué mucho vengas cansada,
hermana mía, si puedo
asegurar que en mi vida
con tanto desasosiego
me vi, pasando en batallas
las inquietudes que el tiempo
aborrascado ocasiona
con el militar estruendo?
Ni probando al mar sus fuerzas
que alguna vez en el centro
del arrojado Neptuno
y ninfático elemento,
me vi en borrascosas luchas
con tanta inquietud del viento,
que apenas dejó recurso
á la piedad del cielo;
jamás me vi tan cansado
ni derribado mi esfuerzo
como agora.
BODOQUE. Algún demonio
nos lleva por estos puertos.
EUROSIA. Todo por amor de Dios
bien admitirlo podemos,
que el trabajo no es trabajo
si con el divino celo
que los amados de Dios
le llevaron y ofrecieron
le admitimos; que, sin duda,
los trabajos y tormentos
padecidos por mi Dios
son escalas para el cielo.
ARCISCL. Tu peregrina virtud
nos da á todos gran consuelo.

Esta tierra es ya de España,
que las noticias que tengo
me aseguran que estos montes
son los altos Pirineos
que en pirámides fragosas
hacen murallas y cercos
dividiendo á España y Francia
con tan singular portento,
que el cielo parece quiso
plantar mojones soberbios
que eternamente publiquen
división de aquestos reinos.

EUROSIA. ¡Qué camino tan extraño
debe ser éste! Sospecho,
según imagina el alma,
que vamos hacia el desierto.

CORNEL. Alguna desdicha arguyo
de ver que en algunos pueblos
que acreditan estos montes
de habitables, nunca vemos
persona que les habite,
ni topamos pasajero
que pueda darnos de España
testimonio verdadero.

BODOQUE. Yo pienso que vamos mal,
y que no voy bien: es cierto
que si mala cena anoche,
peor es hoy el almuerzo.

EUROSIA. ¡Qué alegría tiene el alma,
pues acá dentro en el pecho
me está brindando alborozos,
después acá que los senos
de tantas silvestres grutas
con tan humildes aprecios
me convidan cariciosos
con sus humillados cetros!

ARCISCL. ¿Esto te alegra, señora,
cuando la corona y cetro
de Aragón te entristecía
según colegí otro tiempo?

EUROSIA. Tío y señor, no sin causa
de estos montes hago aprecio,
pues de su fragosa estancia
colijo que son los yermos
donde anacoretas santos
sacrificaron al cielo
sus vidas. (*Aparte.*) ¡Cielo divino,
amparad mis pensamientos!

CORNEL. El alma toda turbada
me sobresalta en el pecho
después acá que pasamos
la fragosidad del puerto
sin topar persona viva,
con que claramente temo
alguna desdicha enorme,
pues estando á todo atento
veo andar las avecillas
con funesto y triste vuelo
mudando en endechas tristes
sus concertados gorjeos;
cubierto el sol y empañados
sus encendidos reflejos
con que enlutados los aires
hacen fúnebres sus ecos;
con que el corazón desmaya
hasta que, piadoso el cielo,
nos declare dónde vamos.

EUROSIA. ¿De qué te asustas, Cornelio?
¿No estamos ya en Aragón?

CORNEL. Es verdad que lo sospecho;
mas queda suspensa el alma
hasta saberlo de cierto.

EUROSIA. En las manos de mi Dios
anda ya todo el suceso
de nuestra feliz jornada,
de que fin dichoso espero.

ARCISCL. Vamos, antes que las sombras
le arrastren capuz al Febo,
y el viento, monstruo de horrores,
sea etíope elemento,
para que llegar podamos
en algunos de estos pueblos
que encierran estas montañas.

EUROSIA. No nos desampare el cielo.

BODOQUE. Vamos pues, que los caballos
se están comiendo los frenos,
que piensan ser avestruces
para digerir los hierros.
¡Voto al sol! Si no me engaño
por aquella parte veo
que hacia acá se llega un hombre.

ARCISCL. También juzgo yo lo mesmo.

CORNEL. Con eso se alegra el alma,
que por su medio sabremos
dónde estamos.

EUROSIA. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!
¡Cielo divino! ¿qué es esto?
¿qué glorias espera el alma
en lo bronco de estos cerros
que parece que en sus grutas
ha depositado el cielo
el colmo de mi esperanza,
noble gozo del deseo?

MOSQ. (*Grita de dentro.*)
¡Laura, señora Leonor!

BODOQUE. ¿Quién diablos es el estruendo
que alborota aquestos montes?
¿Quién va allá?

MOSQ. En el infierno
deben estar estas hembras,
pues en todo aqueste tiempo
no parecen en el mundo.

BODOQUE. ¿Quién va allá?

ESCENA V

Sale MOSQUETE.—DICHOS.

MOSQ. ¡Jesús, Santelmo!

BODOQUE. ¿No responde?

MOSQ. ¿Si son estos
algunos moros que buscan
que les diga otro secreto?

CORNEL. Amigo, escucha.

MOSQ. ¿Quién llama?

CORNEL. No te apartes, así el cielo
te haga dichoso en cuanto
ha intentado tu deseo.

MOSQ. Qué ¿querías engañarme
con halagos?

CORNEL. No es mi intento
engañar á nadie.

MOSQ. ¿No?
Aun me pelen si lo creo.

¿Qué diré si me preguntan?
No sé qué decir; si quiero
escaparme con huir,
me alcanzarán al momento,
porque estoy lleno de callos
con jamás tener silencio.

BODOQUE. ¿Oye usted, señor hidalgo?

MOSQ. No se acerque, señor perro,
que le tiro con un canto
si se llega.

BODOQUE. ¡Majadero!

CORNEL. Calla, Bodoque, no alteres
con amargos desatentos
á quien puede ser la guía
de todos nuestros aciertos.

BODOQUE. Pues si perro me ha llamado,
¿he de callar?

EUROSIA. El silencio
es el que logra dichoso
en la prudencia el imperio;
este es hombre muy sencillo,
de aquellos en quien el tiempo
de la inocencia guardó
para varios escarmientos
de la vanidad del mundo,
pues viviendo en estos cerros
viven siempre muy gustosos
sin los muchos devaneos
que en la villa y ciudades
á muchos les vuelven necios.
Habladle con humildad
y sabréis sus pensamientos.

CORNEL. Llégate, amigo, no temas.

MOSQ. ¿Sois cristianos?

BODOQUE. Y muy buenos,
de los mejores del mundo,
flamantes, lindos y nuevos.

MOSQ. Yo no me fío en cristianos
que no son cristianos viejos.

ARCISCL. Por amor de Dios, amigo,
si lo merece mi ruego,
no te vayas.

MOSQ. ¡Para el puto
que no tuviera escarmiento,
de haber topado otras veces
quien me ha dado pan de perro!

EUROSIA. Escucha, noble cristiano,
y no extrañes el concepto
de llamarte noble amigo,
porque quien en todo tiempo
de padres cristianos nace,
es noble de nacimiento.

MOSQ. Es verdad, voto á mi sayo,
y por eso, yo acá dentro
me sentía siempre un rey,
ó algún marqués por lo menos.
(*Ap.*) ¡Vive Dios que es muy hermosa
esta dama! Ya estoy cierto
que no son moros. Si acaso
me cogiera en tal concepto
que de mí se enamorase,
por Dios me casara luego
con ella, á pesar de Laura.
Pero preguntarle quiero.
¿Habéisme visto á Leonor?

EUROSIA. Por quien preguntas no entiendo.

MOSQ. Una mujer de los diablos.

BODOQUE. ¡Han visto tal embeleco!
¿Los diablos tienen mujer?

MOSQ. ¿Eso dudas? Pues yo entiendo
que tienen tantas, que aina
verás del primer empeño
que sacan á puntillazos
á los diablos del infierno.

EUROSIA. Dinos: ¿en qué tierra estamos,
qué rey gobierna estos reinos
y cómo tan despoblados
tiene todos estos pueblos?

MOSQ. Si me aseguráis la vida
diré todo lo que siento,
que, aunque no parecéis moros,
presto podéis parecerlo.

CORNEL. De mi parte te aseguro,
y por todos te prometo,
no sólo nunca ofenderte,
pero el agradecimiento
debido á merced tan grande.

MOSQ. Si me habéis de agradecerlo,
no sea en algunos palos.

EUROSIA. Esta sortija es lo menos
que te puede dar mi amor.

MOSQ. Ahora bien: yo me acerco
y con aquesta sortija
estoy loco de contento.
Ya parece que estas cosas
van oliendo á casamiento.

EUROSIA. Sácanos de nuestras dudas,
que, por mi Dios, te lo ruego.

MOSQ. Decid primero quién sois.

CORNEL. Somos amigos bohemios.

MOSQ. ¡Ta, ta, ta! Ya los conozco,
por la fama, desde lejos.

CORNEL. Esta es mi hermana y el sol
en cuyo lucido espejo,
se mira toda Bohemia.

MOSQ. Agora bien, yo doy en ello;
¿qué mucho me calentare?
Por Dios que sale á mal tiempo,
y plegue á Dios no se eclipse
antes de salir San Pedro.

EUROSIA. ¿Qué te alteró?

MOSQ. Grande mal.

EUROSIA. Dilo al punto.

MOSQ. No me atrevo.
¡Gran desdicha!

EUROSIA. No dilates
declarar tu sentimiento.

MOSQ. ¡Ay, señora! el moro lleva
con rigor á sangre y fuego
los pueblos de estas montañas,
que lo restante del reino
todo es suyo.

EUROSIA. No respondes
todo lo que te he propuesto.

MOSQ. Este es, señora, Aragón,
con cuyo cristiano cetro
el Príncipe Don Fortunio
te esperaba, y aun entiendo
que te sale á recibir,
por considerar el riesgo
que corres; mas no sabrá
que pasaste ya los puertos,
porque, á saberlo, sin duda
que fuera más pronto en ello.

ARCISCL. ¡Gran desdicha!
BODOQUE. ¡Para el puto
que pase de aqueste puesto!
CORNEL. Ya van saliendo verdades
las que iba el alma temiendo.
EUROSIA. No temáis, tío y hermano,
fiad del amor inmenso
de aquel soberano Dios,
que, ajustando nuestro intento
con su voluntad, no hay duda,
guiará, fanal excelso,
la nave de nuestra vida
á tomar seguro puerto
donde las mejores dichas
nos quiera franquear el cielo.
BODOQUE. Vuelta, rienda, que esto es malo;
huyamos aqueste riesgo.
CORNEL. ¿Tiene mucha gente el Rey
para resistirse?
MOSQ. Cierto
que faltando, yo presumo
que ande todo por el suelo,
que el moro tiene diez mil
y mi rey aun no diez cientos.
CORNEL. Con tanta desigualdad
seguro está el vencimiento
por los moros. ¡Qué desdicha!
ARCISCL. ¡Cielo divino! ¿qué es esto?
¿Y andan moros por aquí?
MOSQ. No pienso que están muy lejos,
que, prevenidos, aguardan
cogeros en cautiverio.
BODOQUE. Volvamos atrás, señores,
hasta que en la Francia entremos,
que podremos esperar.
ARCISCL. ¿Qué te parece, Cornelio?
CORNEL Tío y señor, gran desdicha
estoy mirando y temiendo.
ARCISCL. Volver atrás es cordura.
CORNEL. No parece mal intento.
BODOQUE. No hay sujeto como yo
para dar un buen consejo.
EUROSIA. ¿Qué es volver, tío y señor?
¿Adónde, hermano Cornelio?
Después de tantas fatigas,
¿volver á pasar los puertos?
Si el temor os acobarda,
¿no tiene el sagrado centro
de estas ásperas montañas
naturales pavimentos
en cuyas silvestres grutas
sin tanta inquietud podemos
esperar las ocasiones
en que con menores riesgos
podamos pasar al colmo
más feliz de nuestro intento?
Esta es la que solicito (*Aparte.*)
y la que ha guardado el cielo
para más dichosos fines
ocultos en sus secretos.
MOSQ. En este monte podéis
esperar un poco tiempo
subiendo por esta falda
hasta llegar á unos huecos
cubiertos de firmes rocas,
que yo voy por estos cerros,
si acaso puedo escurrirme,
á dar al Príncipe luego,
si los moros no me zampan,
noticias de este suceso. (*Vase.*)

ESCENA VI

DICHOS, *menos* MOSQUETE.

EUROSIA. Vamos luego, porque importa,
antes que el pagano adverso
nos descubra.
CORNEL. Ya podrás
subir, hermana, al excelso
pirámide, señalado
para nuestro albergue.
EUROSIA. Creo
que la divina bondad
de mi Dios me dará esfuerzo
para llegar á la cumbre,
donde consagrar espero
mi vida á mi dulce Esposo,
dulce fin de mis deseos.
BODOQ. Y los caballos, ¿qué harán?
ARCISCL. Eso viene á ser lo menos.
Vamos, pues, que yo confío
que nos ha de dar el cielo
entre tantas inquietudes
el más divino consuelo.
CORNEL. Las tristezas que hasta aquí
en alegrías convierto,
pues me dice el corazón
acá, dentro de mi pecho,
que tendrá nuestra jornada
felicísimo suceso.
EUROSIA. Llevando la fe de Cristo
por blanco de nuestro intento,
¿qué moro nos acobarda?
ARCISCL. Sobrina mía, el consuelo
que más alboroza el alma
es verte con tanto esfuerzo,
de la fe de Cristo Atlante,
que con esto nada temo.
CORNEL. ¿Qué glorias puedo esperar
quedando seguro y cierto
de tu constancia, más vivas
que las que dichoso espero,
si en estas silvestres grutas
por la fe de Cristo muero?
EUROSIA. Dichosa yo que he llegado;
mil veces dichosa puedo
llamarme, pues que llegué
al colmo de mi deseo
y acompañada de dos
columnas del sacro templo
de aquel Salomón divino,
con cuyo arrimo bien puedo
asegurarme constante
en el más divino empleo,
hecha víctima dichosa
de mi esposo y de mi dueño.
BODOQ. No voy muy de buena ganaa,
porque me presumo y temo
que daremos en las llamas
pensando salir del fuego. (*Vanse.*)
ATAN. (*Dentro.*) Cercad todos esos montes,
que los caballos que tascan

esos prados pronostican
que tenemos ya la caza
en sus senos escondida.

ESCENA VII

Salen los Moros.

MECOT. He de abrasar la montaña
si no topare en sus grutas
lo que mi valor contrasta.
TARIFE. Subamos aquesta cuesta,
que, por huir su desgracia,
sin duda se habrán subido
hasta la cumbre más alta;
pero no se han de escapar
si la vida no me falta.
MECOT. ¡Qué penosa es esta cuesta!
ATAN. Prosigue: el paso adelanta
á esos riscos á quien ciñe
tanto plumaje de plata
de este arroyo, que es espejo
de tan excelsa montaña,
que el corazón adivina
que en habitación opaca
es toldo propicio á quien
buscan con furor mis ansias.
TARIFE. No ha de escaparse persona
que siga la ley cristiana
de mi cuchillo arrogante.
MECOT. Aunque toda esta montaña,
como de plantas vestida,
de gente fuera poblada,
temblara de ver desnuda
esta corva cimitarra.
ATAN. De vuestro valor confío
que, á la mayor repugnancia,
daréis muestra de quien sois:
hoy daréis nombre á la fama
con la dicha que esperamos,
que aquestas tiernas pisadas
me aseguran que han pasado
á ocultarse en la montaña
los dueños de los caballos
que están del monte á la falda.
MECOT. Ya parece que los tengo
hechos treinta mil miajas.
TARIFE. Detente, el paso reporta,
que [en] aquella cueva opaca
se suena rumor de gente.
ATAN. Ea, pues, moros, al arma,
no quede persona viva
si fuere gente cristiana;
pero advertid que si fuese
aquella hermosa bohemia
que buscamos, no le deis
la muerte.

ESCENA VIII

Corren una cortina y se ve dentro á los cristianos.

TARIFE. ¡Qué grande caza!
Nueve tenemos aquí.
¡Rendid, villanos, las armas!
MECOT. ¿Qué gente sois? Advertid
que mi capitán os manda
que dejéis la fe de Cristo.
CORNEL. Eso no; antes la espada
misma que ya te rendí,
abra, moro, en mis entrañas
puerta, por que el corazón
misteriosamente salga
á dar gracias á mi Dios
de la vida que le aguarda.
TARIFE. ¿Cómo esperas tener vida
si la muerte te amenaza
sólo por seguir á Cristo?
CORNEL. ¡Oh, bárbaro, qué ignorancia
te ocupa el pecho! ¿No sabes
que el morir por Cristo es larga
vida con que el justo vive
en la bienaventuranza?
BODOQUE. ¿Por dónde podré escurrirme?
¡Que no tenga puerta falsa
esta casa de peñascos,
ni resquicios, ni ventanas!
ARCISCL. Valor, amigos, que es hora
de dar ya sacrificadas
las vidas á nuestro Dios.
TODOS. Nunca el corazón desmaya
para tan divina empresa;
reciba Dios nuestras almas.
MECOT. Pues morid, fieros cristianos,
y mi cuchilla esforzada
sea instrumento á quien
de Mahoma la fe santa
deba aplausos contra injurias
de la cristiana canalla.
(Entran y corren la cortina.)
ATAN. Advertid: Si entre estos mismos
está aquella hermosa dama
que es Princesa de Bohemia,
sacaréisla acá, que el alma
se promete reducirla
á la secta mahometana.

ESCENA IX

EUROSIA *y los* Moros.

MECOT. Ya quedan todos tendidos
en la tierra, cuyas ansias
publican en tristes quejas
el rigor de mi arrogancia.
TARIFE. Esta sola es la que Alá
con algún misterio guarda
para esposa de mi Rey.
EUROSIA. *(Ap.)* ¡Divino Sol de mi alma,
alumbradme en claros giros,
no malogre la esperanza
que tuve de ser dichosa!
ATAN. Lucero hermoso del alba:
¿eres la Princesa acaso
de Bohemia, cuya fama
extendida por el orbe
hizo publicar tus gracias?
EUROSIA. Yo soy Eurosia y bohema,
la mujer más desdichada
que tiene el mundo. (¿Si acaso
la corona me dilatas
del martirio, Virgen pura?)
ATAN. Dichosa serás si esmaltas

tus ojos, divinos soles,
en la secta mahometana.
EUROSIA. (*Ap.*) ¿Qué es esto? Cielos, valedme;
¿cómo entre mis camaradas
yo sola quedo con vida?
¿Cómo tanto se dilata
la corona, Esposo mío,
que tengo [tan] deseada?
ATAN. Si dejas la fe de Cristo
serás, ilustre bohemiana,
la más dichosa mujer
del mundo, pues cuanto bañan
los rayos de Febo y Cintia
verás postrado á tus plantas.
EUROSIA. Mal conoces mi valor:
¡qué fácilmente te engañas!
(*Ap.*) ¡Dulce Jesús de mi vida!
¿No es hora ya que mi alma
triunfe de los tormentos
que crueles me amenazan?
ATAN. Resuélvete á lo que digo.
EUROSIA. Tu porfía es excusada.
ATAN. Olvida á Fortún Garcés,
que, con Abén Lop casada,
podrás feliz coronarte
por Reina de toda España.
EUROSIA. Nada estimo tus promesas,
que más noble Esposo aguarda
mi corazón; no dilates
con esa tirana espada
hacer lo mismo que hicieron
tus villanos camaradas
en los que, aunque yertos, viven
en la bienaventuranza.
ATAN. Quitadla de mi presencia,
y en esa cumbre más alta,
con la crueldad posible,
tomad en ella venganza
de la ofensa que á mis dioses
hace aquesta vil cristiana.
TARIFE. Vamos, pues.
EUROSIA. Cielo divino,
doy las muy debidas gracias
á tanto favor; no olvides,
ángel santo de mi guarda,
esta feminil criatura
que tienes encomendada.

ESCENA X

Baja un ANGEL *de lo alto y caen los* MOROS *en tierra.*—DICHOS.

ANGEL. ¿En qué quieres mi asistencia,
Eurosia, divina esposa
de Jesús?
EUROSIA. A tu clemencia
postro toda mi obediencia
para ser la más dichosa.
ANGEL. ¿Qué pasión más te atormenta
en tan riguroso trance?
EUROSIA. La grave sed que avarienta
quitarme la vida intenta
antes que el martirio alcance.
ANGEL. Con esta vara excelente,
en esta montaña amena
sacarás luego una fuente
cristalina y aparente
con que aliviarás tu pena.
Toma la vara y darás
con ella en la tierra dura,
y á los tres golpes verás
que raudales sacarás
que coronen esta altura.
EUROSIA. Ángel mío soberano,
¿qué favor tan singular
me quieres comunicar?
No merezco que esa mano
me dé tanto que estimar;
que padezca sed se ve
pues lo pinta mi dolor,
pero tambien mi Criador
la padeció; pues ¿por qué
no la ha de sufrir mi amor?
Por que aumente mi dolor
la tierra tengo de herir
y la fuente ha de salir;
mas á su vista mi amor
esta sed ha de sufrir.
ANGEL. No sólo en aquesta sierra
tu Esposo merced te fragua,
mas en cuanto el mundo encierra
tendrás dominio en el agua
para que riegue la tierra.
EUROSIA. Para el martirio, el valor
de mi pecho no se aparte.
ANGEL. Ya te asegura mi amor
estar siempre de tu parte.
(*Súbese el* Angel.)

ESCENA XI

DICHOS, *menos el* ANGEL.

EUROSIA. Dios te conserve en su amor.
Tierra, al Criador sabéis
que el respeto obedencial
os toca; si no tenéis
agua ni os es natural,
sacad, que sudar podéis.
(*Da los tres golpes con la vara en tierra y sale agua.*)
¡Qué milagro prodigioso!
¡Que merezca, Esposo mío,
dulce dueño, amado esposo,
tanto favor! Fervoroso
os da gracias mi albedrío.
¡Qué hermosa fuente salió!
(*Vuelven en sí los* Moros.)
ATAN. ¿Qué turbación es aquesta?
TARIFE. Un resplandor me cegó
bajando por esta cuesta
que el aliento me quitó.
MECOT. Sin duda Mahoma ha enviado
algún garzón de su casa
y á esforzarnos ha bajado,
aunque nuestra suerte escasa
nos haya puesto en cuidado.
ATAN. Al instante dad la muerte
á esa cristiana atrevida,
antes que otro amago fuerte
nos dé Mahoma de suerte
que nos deje aquí sin vida.
TARIFE. Para que más gusto demos

á nuestro Profeta santo,
¿qué castigo le daremos?
MECOT. La cabeza le cortemos.
EUROSIA. ¡Qué alborozo, cielo santo;
qué alegría tengo en mí
con la sentencia que oí!
ATAN. Atormentadla á porrazos,
cortarle piernas y brazos,
y en estando puesta así
yo mismo, con mi destreza,
le quitaré la cabeza.
MECOT. Vamos, vamos.
EUROSIA. Ya te sigo.
¡Dulce Jesús, id conmigo!
TARIFE. ¡Por Alá que es linda pieza!
ATAN. Esto digo por si acaso
la reducirá el temor.
No ames tanto tu dolor,
Eurosia, por ti me abraso;
convierte á mi ley tu amor.
EUROSIA. Desengáñate, inhumano,
que no tengo de dejar
á mi Esposo singular
por tu mala fe. Tirano,
¿qué pretendes conquistar?
ATAN. Convertirte si es posible
á mi ley.
EUROSIA. Vas engañado
con esa fe tan horrible.
ATAN. Ya me tienes apurado
con esa flema insufrible.
EUROSIA. Dulce Jesús de mi vida,
¿qué es del día tan dichoso
que ganándoos para esposo
he de hacer yo mi partida?
ATAN. Ya estoy contigo furioso.
TARIFE. Paréceme que no acierta
en matarla ó estoy loco.
MECOT. Yo rabio por verla muerta.
ATAN. Llévala, que poco á poco
podrá ser que se convierta.

(*Vanse y llevan á* Eurosia.)

ESCENA XII

Salen MOSQUETE *y* LAURA.

MOSQ. Laura mía, ¡que te veo!
¿Eres Laura ó eres diablo?
¡Sí, por vida de San Pablo,
que te veo y no lo creo!
LAURA. ¡Qué bien se ve lo que estimas
mi fino amor, bodeguero!
MOSQ. ¿De cuándo acá á tabernero
mi noble oficio sublimas?
LAURA. ¿Qué oficio tienes, Mosquete,
que logra tan noble fama?
MOSQ. Guardacarne de tu ama,
y de mi amo alcahuete.
LAURA. ¿Cómo nos fuiste á dejar
solas en el campo, aleve?
MOSQ. ¿Cómo? Como quien se atreve,
os dejé y me fuí á pillar.
LAURA. Yo con mi ama Leonor
me volví luego al instante.
MOSQ. ¿No os cogieron?
LAURA. Es constante.
MOSQ. ¿Qué es del Conde mi señor?
LAURA. Con el Príncipe quedó
y creo que viene allí.
MOSQ. Hoy gano albricias aquí.
LAURA. ¿De qué?
MOSQ. Ya me lo sé yo.

ESCENA XIII

Salen el PRÍNCIPE, *el* CONDE *y* LEONOR.—DICHOS.

CONDE. La gente está prevenida;
dispóngase la jornada,
señor, al punto, que es cierto
hay peligro en la tardanza.
PRÍNCIPE. ¿Qué número de soldados
es el que nos acompaña?
CONDE. Cuatrocientos montañeses
tan esforzados que bastan
á conquistar medio mundo.
PRÍNCIPE. ¿Y están vestidos de gala?

Aquí acaba el manuscrito de la Biblioteca Nacional. En la refundición de López Benavides, que mencionamos en el *Catálogo*, después del martirio de la Santa y batalla y triunfo de los cristianos, con auxilio de ella, termina así:

FORTUN. Notable victoria ha sido.
CONDE. Victoria ha sido extremada.
FORTUN. A ti, valiente Leonor,
se debe.
LEONOR. Y á todas cuantas
vistieron esta librea;
que la Virgen soberana
en una de su familia
me dió la moda bizarra.
Esta fué Orosia, que vive
en la celestial morada,
cuya cuchilla arrogante,
por quien fué martirizada,
nos dió tan grande victoria
por timbre de nuestras armas.
FORTUN. Por tanto favor del cielo
á María sacrosanta
prometo un templo devoto
con invocación sagrada
de Virgen de la Victoria;
y por seguir las pisadas
de la que amé por esposa
hasta la celeste patria,
en el convento de Leire
daré fin á mi esperanza.
CONDE. Aquesta ciudad ilustre
dará á María las gracias
el primer viernes de Mayo
de merced tan señalada
todos los años; y á Orosia
tendrá la ciudad de Jaca
por su ínclita patrona.
LEONOR. Estos moros á las plantas
de vuestra alteza rendidos
postran toda su arrogancia.

CONDE. Y también de cuatro reyes
las cabezas coronadas.

(Sale MOSQUETE *con una bandera vieja.)*

MOSQ. Y también esta bandera
que quité á bofetadas
á veinte moros ya muertos
á pellizcos y á patadas.

FORTUN. Con tan insignes trofeos
entronizan la cruz blanca
de tantos moros vencidos
las banderas y las lanzas
añadiendo estas cabezas
al escudo de sus armas.

MOSQ. Con esto, señores míos,
ya parece cosa honrada
que ponga fin á su historia
La Joya de las Montañas.

QUIEN DA LUEGO DA DOS VECES

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (1)

Doña Elena.	Peynado.
Margarita.	El Marqués.
Calvete.	El Príncipe de Parma.
Don Luis.	Claudia.
Don Diego.	Julio.
Marco Antonio.	Carlos.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen Don Luis, *estudiante*, y Margarita, *dama*.

Luis. Por vida vuestra...
Margar. Es en vano.
Luis. Sólo un rato.
Margar. Ni un instante.
Luis. Trato tengo cortesano.
Margar. Sois español y estudiante,
iréisos del pie á la mano;
idos, ó haré que os vais. ¡Hola!
(*Da voces.*)
La quinta ha quedado sola.
Luis. Noble soy, perded el miedo.
Margar. Siendo mujer ¿cómo puedo,
si la licencia española
conozco y su inclinación?
Luis. Pues ¿qué tiene?
Margar. Es tan extraña,
que, según nuestra opinión,
nunca echó de ver España
si era calva la ocasión.
Luis. Cortedad es [el] perdella
cuando nunca usaron della
manchando vuestro valor.
Margar. Luego echáis la culpa á amor
y decís que os atropella;
basta lo que habéis hablado
y que con miedo os he oído.
Luis. ¿Palabras miedo os han dado?
Margar. Siempre las de España han sido
obras, según me han contado,
y no son recelos vanos,
porque acá los italianos
dicen, aunque no de miedo,
que tenéis los de Toledo
hasta en las palabras manos.
Luis. Allá el decir es hacer;
pero aunque este nombre cobran,
nunca saben ofender.
Margar. Con palabras que tanto obran
mal parece una mujer,
y por esto no os consiento
que me habléis.
Luis. ¿Qué detrimento
corréis si palabras son
viento vano?
Margar. Hay opinión
que en España engendra el viento.
Luis. Es verdad. Andalucía,
de Marte y Minerva madre,
caballos veloces cría
que al viento tienen por padre.
Margar. Luego la sospecha mía
no es mucho llegue á temer
que aquí me habléis, pues con ser
palabras viento en el mundo,
si el de España es tan fecundo
riesgo corre una mujer.
Luis. Yeguas paren en España
del viento, mujeres no.
Margar. Esa opinión os engaña,
porque si el viento adquirió
virtud tan nueva y extraña
con los brutos sin razón,
y para su perfección

(1) Intervienen además Fabia y Labradores.

basta el aire que no calma,
¿qué harán palabras con alma,
y más si españolas son?
LUIS. No corre ese riesgo en vos,
que os hizo de bronce Dios.
MARGAR. Idos, ó iréme...
LUIS. Un oído
sólo de limosna os pido.
MARGAR. Si no tengo más de dos,
¿por qué me pedís el uno?
LUIS. Porque mis quejas entienda.
MARGAR. No he visto yo pobre alguno
que la mitad de la hacienda
pida.
LUIS. Soy pobre importuno.
MARGAR. De limosna os lo concedo;
abreviad, que atenta quedo.
LUIS. Un año ha, señora mía,
que dejé la patria mía,
ya vos sabéis que es Toledo.
La mocedad, que violenta
consejos de un padre dados,
que con su nobleza intenta
dejarme diez mil ducados,
entre otra hacienda, de renta,
me obligó á ver novedades
de Italia, cuyas ciudades,
letras, armas, bizarría,
autoridad, policía,
nobleza y antigüedades
hacen venir á ofrecerla
y rendirle la ventaja
á cuantos vienen á verla,
pues dicen que Europa es caja
y en ella Italia es la perla.
Gustó de venir conmigo,
por ver tierras, un amigo,
mi igual en valor y edad;
que en la patria es calidad
el ser un hombre testigo
de vista en otras naciones
varias en leyes, y gente
con que en las conversaciones
convoca auditorio y miente
sin peligro de objeciones.
Llegamos á Lombardía
después de ver la abundancia,
armas, valor, pulicía
y hermosura con que Francia
á Venus y á Marte cría.
Y embarcados en Marsella
hasta Génova la bella
advertimos lo que puede
la industria sabia que excede
la naturaleza en ella.
Vimos al mundo en Milán
abreviado, su riqueza,
las armas que se la dan,
su apacible fortaleza,
tanto español capitán,
tanto príncipe de fama,
tanto caballero y dama,
tanto mercader copioso,
tanto edificio suntuoso,
que, no obstante que se llama
Milán por ser de la tierra
el epílogo, me fundo
en decir que en paz y en guerra
es escritorio del mundo
donde sus joyas encierra.
Vimos á Bresa, Verona,
Mantua, Ferrara, Cremona,
Pavía, Parma, Plasencia,
Módena, Lodi, Vicencia
y todo lo que corona
el Tesín y el Po lombardos,
sin que la inmensa beldad
de sus ángeles gallardos
pudiese á la libertad
enflaquecer los resguardos.
Hasta que, entrando en Bolonia,
aquí, donde su colonia
tiene Apolo y donde, en suma,
Atenas rindió su pluma
y sus armas Babilonia,
mirando los privilegios
que le dió naturaleza,
sus conventos, sus colegios,
su gobierno y la grandeza
de sus edificios regios.
Mientras que los ojos vían
fábricas que entretenían
el gusto, entonces en calma,
asomóse á ellos el alma:
cerráranse, pues podían,
pero fuera su crueldad,
y menos daño es, señora,
que pierda su libertad
el alma que os ve y adora
que el no gozar tal beldad.
Vi en vos el mal que contemplo
por bien, al salir de un templo
y entrar en una carroza,
cuarta esfera que el sol goza,
y alumbra el mundo á su ejemplo.
Y ciego el claro arrebol
que aquesta hermosura muestra,
sospeché, á fe de español,
que era la eclíptica vuestra
como me vi junto al sol;
informéme del estado,
nombre y valor que os ha dado
la fama que os acredita;
sé que os llamáis Margarita;
que sin padre habéis quedado
debajo de la cautela
de Marco Antonio Gonzaga,
hermano vuestro, que os cela
como padre, y es bien lo haga,
que el cuerdo siempre recela.
Supe que vuestra riqueza
no iguala á vuestra nobleza,
que es milagro cuando aúna
con los dotes de fortuna
los suyos naturaleza.
Y supe, en fin, que en beldad,
en virtudes, en valor,
nobleza y honestidad,
sois el ejemplo mayor
con que se honra esta ciudad.
Viendo, pues, daros la palma
de todo á todos, en calma
mi esperanza mal segura,
adoré vuestra hermosura,

y vuestra virtud, el alma.
Quedéme aquí con color
de estudiar, con que gané
de mis padres el amor,
y hasta á mi amigo obligué
que escogiese por mejor
la escolástica apariencia
á quien amor reverencia,
más que galas arrogantes,
que amor es dios de estudiantes
y su facultad ya es ciencia.
Seis meses ha que os molesto
con los medios que ha podido
el alma que os manifiesta
su amor, y no ha merecido
aun para morir respuesta.
A esta causa vine aquí
á informaros yo de mí,
que para pleitos de amor
no hay mejor procurador
que el procurar para sí.
Diez mil ducados heredo,
nobleza los acompaña
con que pretenderos puedo.
El nombre que me dió España
es don Luis de Toledo;
sólo para que me sobre
todo el bien, falta que cobre
mi dicha la mejor dita,
que es por dueño á Margarita
del alma; sin ella, pobre.

MARGAR. Dejáisme tan obligada,
señor don Luis de Toledo,
cuanto imposibilitada
de pagaros, porque quedo
de otra obligación prendada.
Porque nunca he confesado
deudas, que es trabajo inmenso;
pero vos estáis culpado,
pues echasteis ese censo
antes de estar informado
si hay hipotecas en mí
con que pagaros, y así
perderá vuestro caudal
réditos y principal.

LUIS. Pues la libertad perdí,
que era la joya mejor,
ninguna me satisface.
Pero ¿á quién tenéis amor?

MARGAR. Notable ventaja os hace.

LUIS. En dicha, si no en valor.

MARGAR. En todo, y porque cobréis
sosiego y os consoléis,
sabed, señor don Luis,
que es Dios con quien competís.

LUIS. Luego ¿ser monja queréis?

MARGAR. Aqueste ha de ser mi estado.

LUIS. ¿Habéis hecho voto?

MARGAR. Sí.

LUIS. Pues ¿cómo no lo ha estorbado
vuestro hermano?

MARGAR. Antes así
aseguró su cuidado,
que como falta el caudal
para darme esposo igual,
y la nobleza no es prenda
que se estima sin la hacienda,
lleva Marco Antonio mal
el verme mal empleada,
y así á mi gusto se aplica.

LUIS. Pues ¿es justo, prenda amada,
que margarita tan rica
en hierro viva engastada?
¿No es mejor engaste el oro,
pues por mi dueño os adoro,
de diez mil ducados?

MARGAR. Ya
es imposible.

LUIS. ¿Será
de tanta estima el tesoro
con que Arabia se enriquece,
como el que vuestra hermosura
con vuestra virtud me ofrece?
¡Mal haya, amén, quien procura,
cuando casarse apetece,
dotes de hacienda y riqueza,
si la virtud y belleza
dan sus dotes al amor,
pues sólo tienen valor
dotes de naturaleza!

MARGAR. Mirad que dais que notar
aquí.

LUIS. ¡Volveos á secar,
esperanzas mal logradas!

MARGAR. Palabras al cielo dadas,
¿quién las osará quebrar?

LUIS. ¿Quién? Una dispensación.

MARGAR. ¿De religión? Será en vano.

LUIS. Pues, amor, ¿no es religión?

MARGAR. Visto nos ha el hortelano:
tarde es; que os vais es razón.

ESCENA II

Sale CARLOS, *de hortelano.*—DICHOS.

LUIS. Daros gusto determino,
si de una mano el divino
cristal me dejáis besar.

(*Tómale la mano y apártalos* Carlos.

MARGAR. Daré voces.

CARLOS. ¡Ah, escolar!
¡Que pisáis el lechuguino!
Par Dios que nos dais la vida.
Quitaos, que echáis á perder
la hortaliza.

LUIS. Si perdida
mi esperanza vengo á ver
y seca antes que nacida,
¿qué importa?

CARLOS. ¡Buenas razones!
Tomad con tiempo la puerta,
porque en tales ocasiones
está temblando la huerta
de escolares y gorriones.
¿Mas que si la quinta cierro
y voy á soltar el perro
que ese quillotro se os quita?

MARGAR. Adiós.

LUIS. ¡Que tal margarita
guste de engastarse en hierro! (*Vase.*)

ESCENA III

DICHOS, *menos* DON LUIS.

CARLOS. ¿Qué es esto, esposa querida?
MARGAR. Locas diligencias son,
dueño amado de mi vida,
de una vana pretensión,
como tal aborrecida.
CARLOS. ¡Gallardo español!
MARGAR. Y extraña
locura [la] que le engaña
si cree que como ciudades
ha de rendir voluntades
la dicha y valor de España,
y más llamándoos la mía
dueño suyo un año ha.
CARLOS. ¿Qué amante no desvaría,
y más si mirando está
la luz que ese sol le envía?
MARGAR. ¿Cuándo, duque de Ferrara,
querrá la fortuna avara,
sin que el peligro os asombre,
que en público os dé este nombre?
¿Cuándo saldrá la luz clara
de vuestra dicha, á pesar
de tantos negros nublados
que la intentan eclipsar?
¿Y hasta cuándo mis cuidados
han de temer y dudar
el poder gozar y veros
rotos los trajes groseros
con que anda otra vez sujeto
el desterrado de Admeto
entre toscos jardineros?
Por vuestro hermano menor
os veis, duque, desterrado
de Ferrara, que señor
os llamaba, y vuestro Estado
da la obediencia á un traidor.
Cargos promete y hacienda
á quien os dé muerte ó prenda,
y el vil interés, que ofusca
la razón, dicen que os busca
aunque la lealtad se ofenda.
Sola yo, que disfrazado
ante ese sayal os vi,
porque no andéis desterrado,
en vez de Ferrara os di
toda el alma en un estado.
Reináis sin pena ó temor
de que os quite algún traidor
la posesión de mis bienes,
pues os ha dado en rehenes
mis pensamientos, amor.
CARLOS. Margarita, muchas cosas
traigo de que daros cuenta,
tan nuevas como espantosas
para vos; estadme atenta,
que os han de ser provechosas.
¿No fué Filipo Gonzaga
vuestro padre, el que siguió
en bandos de Lombardía
la voz del emperador
Ludovico de Baviera,
que siendo competidor
contra Federico de Austria
sobre el Imperio bajó
á Italia, sin estorballo
el Papa Juan veintidós,
que ayudaba á Federico?
MARGAR. Mi padre le dió favor
contra el Papa y contra el rey
Ludovico de Valois,
siguiendo los gibellinos;
pero caro nos costó,
pues muerto en una batalla
que en las riberas del Pó
le dió el príncipe de Parma,
á quien entregó el bastón
de la iglesia el Papa Juan.
Quedamos por su ocasión
sin patrimonio y hacienda;
y mi hermano, que señor
fué antes de tres ciudades,
despojado recogió
á Bolonia las reliquias
de su nobleza y valor,
conservándole cual veis
de tal suerte, que hasta hoy
no ha podido hallar materia
contra él la murmuración.
CARLOS. Dejó, pues, á vuestro hermano
su noble progenitor
la enemistad que al de Parma
tuvo como en sucesión;
y consérvala de suerte,
que el más ilustre blasón
con que se honra es de enemigo
de cuantos le dan favor.
MARGAR. No es mucho que la venganza
precipite la razón,
pues perdimos por su causa
hacienda y reputación
y lo que es más, á mi padre,
pues dándosele á prisión
no quiso sino manchar
con su sangre su valor.
Pero bien nos ha vengado
el cielo, pues permitió
que el Marqués de Monferrato,
primo del Emperador
Federico, le quitase
á Parma, y que de temor
de su poder, él y un hijo
huyesen donde hasta hoy
no se sabe, habiendo un año
que, disfrazados los dos,
prueban la distancia que hay
de ser pobre á ser señor.
Mas, decidme, duque mío,
¿á qué propósito son
tantos trágicos sucesos,
que estoy puesta en confusión?
CARLOS. Todos estos, Margarita,
importan á nuestro amor,
medianero entre enemigos,
aunque de guerras autor.
Pero, decidme: si ahora
el príncipe que mató
á vuestro padre se diese
á vuestro hermano á prisión,
olvidados sus agravios,
¿no le daría perdón,

á pesar de la venganza,
que es de tiranos blasón?

MARGAR. Con ser mi hermano tan noble
sospecho, duque, que no,
que es ya en la naturaleza
la enemistad que heredó
contra el príncipe de Parma;
antes, de su inclinación
colijo que imitaría
con él mi hermano á Nerón;
por dalle la muerte muere.

CARLOS. Margarita hermosa: y vos,
¿siguiérades su crueldad?

MARGAR. No lo sé; dudosa estoy.
La venganza en las mujeres
es natural condición.
Perdí con mi padre mucho;
pero, viendo al matador
pedirme perdón humilde,
soy de tierno corazón
y sospecho que venciera
la piedad á la pasión;
mas ¿sabéis vos dónde está?

CARLOS. Sí.

MARGAR. ¿Dónde?

CARLOS. ¿Donde yo estoy
legítimo sucesor.

MARGAR. ¿No sois duque de Ferrara?

CARLOS. Príncipe de Parma soy
y vuestro esposo, en quien vive
vuestra injuria y mi afición.
(*De rodillas*)
Tomad venganza en el hijo
del padre que os ofendió;
pero advertid que antepone
el esposo al padre Dios
y que soy esposo vuestro.

MARGAR. ¡Cielos, hay tal confusión!
¿quién vió mezcla tan distinta
como agravios con amor?
Alzaos, príncipe, del suelo;
aunque sois el agresor
de mi injuria, corre ya
el peligro por los dos.
Un año ha que sois mi esposo,
cauteloso engañador,
como á príncipe os la doy.
Que si el padre me quitaste,
para su satisfacción
prenda tengo en las entrañas
que os llamará padre á vos.
Pero ¿cómo me engañaste?

CARLOS. Huíamos mi padre y yo
del Marqués de Monferrato
y del popular furor
que aclamando el gran poder
del injusto poseedor
al legítimo buscaba
para dalle muerte atroz.
Fuese mi padre á Saboya,
su duque le dió favor,
y yo que en Venecia quise
pasar la persecución
de la fortuna mudable,
disfrazado de pastor
entré en Bolonia una noche,
á tan dichosa ocasión,
que al salir de una carroza
que á vuestras puertas paró,
y á la luz de algunas hachas
vi la luz de aqueste sol.
Asomáronse á los ojos
el alma y el corazón,
para tener un buen día
entre tantos de rigor.
Pero apenas los vió en ellos
el travieso enredador,
alguacil de vagamundos,
cuando luego los prendió.
Quiso resistirse el alma;
mas ¿de qué defensa son
las fuerzas de un hombre solo
contra las fuerzas de un dios?
Enamorado y confuso
mandó juntar la razón
las potencias á consejo;
llevó al peligro el temor,
discurrió el entendimiento,
la memoria presentó
papeles en pro y en contra,
la desconfianza halló
una sierra de imposibles,
que para mi pretensión
sirvieron de espuelas y alas;
y por más que [de]mostró
mi pobreza vuestro agravio,
el peligro y la ocasión
que daba á vuestra venganza
no huyendo, mi perdición,
al fin que no me ausentase
la voluntad sentenció,
que no tiene que perder,
como anda desnudo, amor.
Conocióme un jardinero
viejo, de quien fuí señor
en Parma y cultiva ahora
esta quinta, en que cifró
la fortuna vuestra hacienda;
su lealtad me dió favor;
el deseo, atrevimiento;
mi diligencia, ocasión
para contaros mis penas,
que fué, bien lo sabéis vos,
al borde de aquesta fuente,
junto de este cenador.
Fingí ser el de Ferrara,
á quien su hermano menor,
como á mí el de Monferrato,
de su estado despojó.
Pues si verdad os dijera
nunca llegara á sazón
mi esperanza, que no crece
sobre agravios el amor.
Hallé la correspondencia
en vos, que me prometió
vuestra apacible hermosura,
y como amor es unión
de las almas, de tal suerte
su yugo nos enlazó,
que una sola está en dos cuerpos,
si aun en esto hay división.
De esta suerte nos gozamos
hecho jardinero yo
del pensil de esa hermosura,

de cuya primera flor
la astuta naturaleza,
como divino pintor,
quiso en una sola imagen
retratarnos á los dos.
Un hijo me prometéis,
y ya aguardándole estoy,
que son prendas que amor labra
para su conservación;
al secreto y la ventura
convidando estaba hoy
para el parto que se acerca,
Dios mitigue su dolor,
cuando el viejo jardinero
diciendo á voces llegó:
«Albricias, Carlos ilustre,
vuestra desdicha cesó.
El príncipe, vuestro padre,
siendo el duque intercesor
de Saboya, goza ya
de Parma la posesión.
Julio viene en vuestra busca
y es alegre embajador
de estas venturosas nuevas;
él os lo dirá mejor.»
Fué Julio mi camarero,
y en lealtad y valor
otro Zópiro con Dario
y otro Pitias con Damón.
Loco, pues, de haberme visto,
me dijo: «Deja, señor,
el tosco metamorfosis
que disfraza tu valor.
El Marqués de Monferrato
y tu ilustre padre son
amigos, y en parentesco
sus bandos traban los dos;
su hacienda toda y estado
le ha vuelto, con condición
que con Claudia, su heredera,
te cases.»

MARGAR. ¿Con quién? ¡Ay Dios!

CARLOS. Sosegad, mi Margarita,
que siendo mi esposa vos,
yo cristiano y caballero,
en balde es vuestro temor.
Vuestro hermano Marco Antonio
ha sentido nuestro amor,
y pienso que ha sospechado
á lo que vine y quién soy.
Ausentarme es de importancia,
y tomar la posesión
de Parma condescendiendo
con la puesta condición.
Que una vez fortalecido
y en mi Estado, verá amor,
á pesar de toda Italia,
cuál cumplí mi obligación.

MARGAR. ¿Cómo, príncipe? ¿Y es justo
que en la boca del león
dejéis á vuestra cordera
cuando os hago mi pastor?
Decís que mi hermano tiene
sospechas de que el ladrón
de su honra y de mi gusto
es su enemigo mayor,
¿y en sus manos me dejáis?
Mirad: cuando por mí no,
por el fruto de quien fuisteis
á mi costa labrador.
¿Quién duda que en mí y en él
ejecutará el rigor
de su cólera mi hermano,
teniendo la culpa vos?
Libranzas dais á la ausencia
que jamás deudas pagó
de amor si no con olvido,
moneda vil de vellón.
Puerta abrís al interés
de la libertad, señor;
á otra dama dais audiencia,
cabellos á la ocasión.
No, Carlos, con vos he de ir,
ó morir aquí con vos;
seré sepulcro yo misma
de quien madre infeliz soy.
Denos mi hermano la muerte,
vengue su injuria en los dos,
pues los dos habemos sido
los prodigios (1) de su honor.
¡Hola, gente; hola, criados!
¡Ah, Marco Antonio; ah, señor!
aquí está vuestro enemigo;
vengaos, que os hace traición.

CARLOS. Basta, esposa de mis ojos;
parad la enojada voz;
nunca mi padre me vea;
nunca vuelva á Parma yo;
no soy su príncipe ya,
sólo vuestro esposo soy;
más quiero ser jardinero,
gozándoos, que emperador.
Pero ¿cómo evitaremos
de vuestro hermano el furor
que nos está amenazando?

MARGAR. Ausentándonos los dos.

CARLOS. ¿Adónde?

MARGAR. Carlos, á Parma.

CARLOS. Tengo del marqués temor,
pues, despreciando á su hija
y conociendo quién sois
hará alguna crueldad.

MARGAR. Jardinero y labrador
dentro en mi casa habéis sido;
jardinero seré yo,
Carlos, en vuestro palacio,
que no es de menos valor
mi amor que el vuestro.

CARLOS. Alto, pues,
á buscar á Julio voy
para que el rústico traje
os traiga; vendré por vos
á media noche.

MARGAR. ¿Habrá falta?

CARLOS. Antes la hará al cielo el sol.

MARGAR. ¿No me olvidaréis?

CARLOS. Jamás.

MARGAR. ¿Sois mi esposo?

CARLOS. Vuestro soy.

MARGAR. ¿Iréisos sin mí?

CARLOS. No puedo.

(1) Así en el original; pero quizá deba leerse «pródigos».

MARGAR. ¿Lleváisme?
CARLOS. En el corazón.
MARGAR. Dudando quedo.
CARLOS. ¿De qué?
MARGAR. Sois hombre.
CARLOS. Tengo valor.
MARGAR. ¡Ay, mi Carlos!
CARLOS. ¡Ay, mi bien!
MARGAR. Adiós.
CARLOS. Adiós. (*Vanse.*)

ESCENA IV

Sale MARCO ANTONIO *con una daga desnuda y* PEYNADO, *jardinero viejo.*

MARCO. ¿Quieres que esconda (1)
en aquese pecho infame
hasta la cruz esta daga?
PEYNADO. No, señor, por el lechón
que está junto á San Antón
y así buena pro le haga,
tras el torrezno y la polla
la olla del mediodía,
pues dice la mujer mía
que después de Dios la olla,
que envaine y no me pescude
más de lo que he confesado.
Al príncipe disfrazado
encobrí aquí cuanto pude,
porque, en fin, comí su pan;
no imaginé yo que hacía
en esto bellaquería.
Si quillotrados están
los dos, ¿en qué yo he pecado?
MARCO. ¿Tú sabes si fué liviana
con el príncipe mi hermana?
PEYNADO. ¿Liviana? ¿Hela yo tomado
á cuestas? Bien gorda está.
Yo comprara de su espeso
un lechón.
MARCO. Que no digo eso,
villano, ni excusará
tu muerte el disimular;
si lo niegas, ¡vive Dios!
que has de pagar por los dos.
PEYNADO. ¿Por qué lo he yo de pagar
si no lo sé? ¿Só adivino?
MARCO. ¡Oh, infame! ¿Mentirme tratas?
PEYNADO. ¡Válganme las cuatro patas
del caballo de Longino!
¿Diz que tengo de decir
lo que no he visto, ni sé,
sin por qué ni para qué?
MARCO. ¡Vive Dios que has de morir,
disimulado traidor,
si no dices la verdad!
(*Cógele de los cabezones.*)
PEYNADO. Yo hablaré con claridad;
suelta el pescuezo, señor.
MARCO. ¿Gozó el príncipe á mi hermana?
PEYNADO. ¿Pues puédolo yo saber?
¿no se habían de esconder
los dos de mí? Cosa es llana.
Si habran ó son amigos
ni lo he visto ni lo pienso,
que no es testamento ó censo
para hello ante testigos.
Mijor de aquesas congojas
te sacará el cobertor
de este verde cenador,
pues hechos ojos sus hojas
quizá ves el cuándo y cómo
saben en que remedaban
la tórtola y se arrullaban,
hecho Carlos el palomo
y ella la paloma boba.
Que á pesar del verdugado
que es en estas ocasiones (1)
de amor, el monte ha colmado,
¿qué buscas si lo ves?
MARCO. Basta,
que mi enemigo mayor
ha triunfado de mi honor
y que no es mi hermana casta.
Basta, que estando privado
por él de padre y de hacienda
una sola joya y prenda
que el cielo me había dejado,
que es la honra de Margarita,
ésa me vino á robar.
Pues ¿qué remedio? quitar
la vida á quien honras quita.
Su padre ha cobrado á Parma;
si mano á mi hermana ha dado
de esposo, y con tal cuñado
amor á Marte desarma,
no es justo mi enojo y furia;
mas, sí, que la sangre clama
de mi muerto padre y llama
á la venganza la injuria.
No le trajo aquí el amor
á Carlos, ni es su trofeo
el disfraz, sino el deseo
de dejarme sin honor.
Ya le han picado sus pies;
pues ¿quién me persuadirá
que á mi hermana antepondrá
á la hija del Marqués
que á Parma le restituye,
si casándose con ella
goza estado y mujer bella
y á mí me afrenta y destruye?
Pues á la venganza cuadre
su muerte, que es medio sabio;
satisfágase mi agravio,
vénguense mi honra y padre,
muera mi hermana con él
antes que saque contenta
á luz su hijo y mi afrenta,
que no han de mezclarse en él
mi sangre y del homicida,
pues mal las sangres podrán,
que tan contrarias están

(1) Este pasaje está defectuoso. Este verso (que es incompleto) y el siguiente, parecen ser los dos últimos de una redondilla, así como al que les antecede le falta la mitad de las sílabas.

(1) También este pasaje está viciado; pues este verso y el siguiente no forman redondilla, como debían, con los dos que les anteceden.

dar juntas á un cuerpo vida.
De noche es; Carlos está
ignorante de que sé
quién es; vengarme podré,
pues, como suele, vendrá
á verle mi loca hermana,
y de un golpe hará el castigo
venganza en un enemigo
y en una mujer liviana.
Este es bien que vivo esté
para el secreto y recato
por hoy, porque si le mato,
la quinta alborotaré
y Carlos huirá seguro;
pero ha de estar encerrado,
no le diga que me ha dado
cuenta de todo.

PEYNADO. Yo juro
ser desde hoy hombre de bien
si de esta trampa me escurro.

MARCO. Ven conmigo.

PEYNADO. Tengo al burro
andando la noria.

MARCO. Ven.

PEYNADO. Quiero ir á regar los nabos.

MARCO. Sígueme, no tengas miedo.

PEYNADO. Ya empiezo á decir el Credo;
mal huelo por todos cabos.
¡San Panuncio, San Benito!

MARCO. ¡Ea!

PEYNADO. El me despachurra.
Así le ayude la burra
en que la Virgen fué á Egipto,
que me deje her testamento
y luego me matará.

MARCO. ¡Villano, acabemos ya!

PEYNADO. Señor, por el monumento,
por la tumpa y el guisopo,
por la lámpara y su luz,
por la manga de la cruz
y por todo cuanto topo
cuando ando á escuras, que tenga
mancilla deste cuitado,
que no hallará otro Peynado
si una vez enviuda Menga.

MARCO. Yo te aseguro la vida
porque fuiste á tu señor
leal. Ven, no hayas temor.

PEYNADO. El alma tengo escorrida
de miedo; aquesto es verdad.

MARCO. ¿No vienes?

PEYNADO. ¿Hay mayor susto?

MARCO. ¡Ea!

PEYNADO. Ya vamos, que es justo
que hagamos su voluntad. *(Vanse.)*

ESCENA V

Salen DON DIEGO, *de estudiante, y* DOÑA ELENA, *también de estudiante.*

DIEGO. ¡Jesús, Jesús!

ELENA. En Dios creo,
aunque traigo el alma en pena.
¿Qué os santiguáis?

DIEGO. Doña Elena:
¿vos con sotana y manteo?
¿Vos desde Toledo aquí,
en Bolonia y en escuelas?

ELENA. Calzóme amor las espuelas,
¿qué mucho que vuele ansí?

DIEGO. ¿Una mujer como vos,
de tal valor y linaje,
en Italia y en tal traje?

ELENA. Hazañas son de amor dios;
¿qué os espanta?

DIEGO. Lo que escucho
y lo que veo.

ELENA. O sois loco,
ó no sabéis que ama poco
quien amando no hace mucho.
Don Diego: un mes hace curso
las escuelas de los celos,
dando penas y desvelos
liciones á mi discurso.
Y en un mes que he estado aquí,
haciendo en vez de liciones
locas averiguaciones
que han salido contra mí,
no os he hablado ni he querido
darme á conocer; ya sé,
si amor en don Luis sembré,
que vengo á coger olvido.
Quísole el alma ofrecer
la libertad que negó,
que, como avaro, dejó
de tomar por no volver.
Vínose huyendo de mí
á Italia; mas, como amor
crece en brazos de un rigor,
disfrazada le seguí,
atropellando mi fama
hasta aquí, donde he sabido
que pretende, aborrecido,
aborreciendo á quien le ama.
Y como juntos vivís
y sois un alma los dos,
esperando que por vos
ha de pagar don Luis
mi amor constante, he querido
darme, en fin, á conocer
sólo á vos; yo vengo á ser
vuestro paje, y lo que os pido,
por la nobleza española
con que vuestro nombre honráis,
es que á nadie descubráis
quién soy; que esta traza sola,
si me ayuda la fortuna,
hará, con vuestro favor,
que don Luis tenga amor
á doña Elena de Luna.

DIEGO. ¡Alto!; no hay aconsejaros,
que sois amante y mujer,
que habéis sabido querer
y sabéis determinaros.
Vuestro amor es tan constante
que cualquier favor merece.
A don Luis merece (1)
una mujer de diamante;
y aunque bella y principal,

(1) Verso errado y defectuoso. Quizá deba leer «á don Luis no pertenece».

pobre; y cuando se ablandase,
no es bien que don Luis se case
fuera de su natural.
Un año ha que estoy por él
envuelto en aqueste luto,
oyendo textos sin fruto.

ESCENA VI

Sale DON LUIS. — DICHOS.

LUIS. Prevénme casco y broquel.
DIEGO. Este es.
ELENA. Di que de Toledo
soy y que á servirte vine.
DIEGO. ¿No será mucho que atine
quién eres?
ELENA. No tengas miedo,
que me ha visto pocas veces,
y siempre lo aborrecido
engendra en el alma olvido.
DIEGO. Divinamente pareces
de estudiante.
ELENA. No es mal trueco
el que he hecho.
DIEGO. ¡Bello traje!
¿Quién diré que eres?
ELENA. Tu paje.
DIEGO. ¿Y llamaréte?
ELENA. Pacheco.
LUIS. ¡Oh, don Diego de Mendoza!
DIEGO. Salir querrás ya á rondar.
LUIS. A lo menos adorar
la casa que á mi sol goza.
¡Ay, don Diego, sentenciado
vengo á muerte!
DIEGO. ¿Qué delito
has hecho?
LUIS. Amar infinito
á Margarita.
DIEGO. ¿Hasla hablado?
¿Mostrósete desdeñosa?
¿Reprendió tu libertad?
¿No salió (1) su honestidad
la empresa dificultosa?
¿Mas que te dijo con talle
severo, hecha otro Narciso:
«Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle?»
Por lindo modo te encanta
para cogerte después,
donde no te irás por pies.
LUIS. ¿Qué dices, que es una santa?
DIEGO. ¿Santa? Bueno, hazla un altar.
LUIS. ¡Plugiera á Dios que quisiera
ser mi esposa!
ELENA. ¡Ay, rabia fiera!
¿esto venir á escuchar?
LUIS. Mas tan desdichado he sido
que quiere encerrar mis quejas
entre paredes y reja s.
DIEGO. ¿De qué modo?
LUIS. Ha prometido
ser monja.

(1) Así en el original; pero acaso deba leerse «hizo».

ELENA. ¡Albricias, amor,
que esta nueva os resucita!
DIEGO. Restituyo á Margarita
la opinión de su valor;
estado ha escogido al doble
honroso, que un monasterio
es ilustre cautiverio
y cárcel de gente noble.
Mudad gusto.
LUIS. ¿Cómo puedo?
DIEGO. No es bien competir con Dios.
LUIS. ¿Quién es el que está con vos?
DIEGO. Un muchacho de Toledo
que el deseo de estudiar
y verme le traen aquí.
LUIS. ¿Es de vuestra casa?
DIEGO. Sí.
LUIS. ¿Cúyo hijo?
DIEGO. De Aguilar,
de mi padre gentilhombre.
LUIS. ¿Buen talle?
DIEGO. ¡Maravilloso!
LUIS. ¿Y el ingenio?
DIEGO. Milagroso.
Pacheco tiene por nombre.
ELENA. ¿Qué manda vuesa merced?
DIEGO. Pacheco, que conozcáis
á don Luis y le sirváis
como á mí.
ELENA. Mucha merced
recibiré que en su gusto
me emplee.
LUIS. ¿Habéis estudiado?
ELENA. Gramática he comenzado,
aunque con algún disgusto.
LUIS. ¿En qué andáis?
ELENA. «*Amo, amas.*»
LUIS. ¡Buen verbo! ¿Y ha mucho?
ELENA. Sí,
no puedo salir de aquí.
LUIS. Son laberintos sin llamas.
¿Pues sabéis ya declinar?
ELENA. ¡Plugiera á Dios lo ignorara,
porque si no declinara,
ya supiera conjugar!
LUIS. Decid, pues, esta oración:
«Yo amo á Dios.»
ELENA. Es mentirosa,
porque amándole á su esposa,
no le amáis y hacéis traición.
LUIS. Bachiller me parecéis.
ELENA. Y aun licenciado.
LUIS. Decid:
«yo amo».
ELENA. Aqueso sí; oid,
y que la acierto veréis
sin temor de solecismo.
LUIS. Donaire tiene por Dios.
ELENA. Va: *ego amo*.
LUIS. ¿A quién?
ELENA. A vos.
LUIS. ¿A mí amáis?
ELENA. A vos mismo,
que sois mi dueño y señor.
DIEGO. Su lealtad os ha obligado,
que como es vuestro criado,
es razón que os tenga amor.

LUIS. ¿Mi criado?
DIEGO. Si lo es mío,
vuestro lo ha de ser también.
LUIS. Desde aquí lo quiero bien.
ELENA. En esa palabra fío.

ESCENA VII

Sale CALVETE, *gorrón, con espada y broquel.*

CALVETE. *Accipe et timebunt gentes.*
Con el broquel sufridor
no traigo el casco, señor;
los tuyos son suficientes.
LUIS. Pues ¿por qué?
CALVETE. La ley lo veda,
que estando el tuyo vacío
ponerte otro, señor mío,
será seda sobre seda.
LUIS. Ven conmigo, impertinente.
CALVETE. ¿Salimos ya á bobear?
DIEGO. ¿Aguardámoste á cenar?
LUIS. Sí.
DIEGO. ¿A las cuántas?
CALVETE. A las veinte.
LUIS. Luego vendré.
CALVETE. Cuando el día,
el alba enrubia el copete.
DIEGO. ¿No iré en lugar de Calvete
mejor yo en tu compañía?
LUIS. Ya sabes mi condición.
DIEGO. No te quiero replicar.
CALVETE. Estrellado he de cenar.
LUIS. ¿Qué hora es?
CALVETE. Las once son.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VIII

DOÑA ELENA *y* DON DIEGO.

ELENA. A idolatrar las paredes
de su Margarita va.
DIEGO. Si determinada está
de entrarse monja, bien puedes
asegurar tus recelos.
ELENA. Ven, sabremos cómo llora
desdenes de la que adora
y ayudaránle mis celos.
DIEGO. Si es tu gusto, enhorabuena.
ELENA. Amor loco: yo por vos
y vos por otro.
DIEGO. Y ¡por Dios!
que lo estás tú, doña Elena. (*Vanse.*)

ESCENA IX

Salen DON LUIS *y* CALVETE.

CALVETE. ¿Qué diablos has de sacar
de andar cargado de hierro,
dando en que entender á un perro
que nos comienza á ladrar;
hecho cedulón de esquina,
pisando bastardo barro,
puesta la vista en el Carro,
las Cabras y la Bocina,
mientras se acuesta despacio
quien esa pena te da,
y más sabiendo que está
tomada para Palacio?
Si ha de ser monja, ¿de qué
te ha de servir el rondalla,
suspirar y enamoralla?
LUIS. ¿Comienzas ya? Déjame.
CALVETE. Si á un torno y reja ha hecho [voto],
¿qué provecho sacas de esto?
Pero vendrás ya dispuesto
á ser su negro devoto.
Y escogiendo el bobo estado,
que caro te ha de costar,
querrás desde hoy comenzar
el año del noviciado.
Un amigo tuve yo
que estuvo malo en España
de esta contagión extraña.
LUIS. ¿Cómo?
CALVETE. A una monja sirvió
hecho mula de retorno,
pechero de una andadera,
paciente de una portera
y majadero de un torno;
que al cabo de deseallo,
más que verse libre un preso,
sin ser la monja de queso,
se la daban por un rallo.
LUIS. Déjate de disparates,
y ¿qué hará mi ingrata, di?
CALVETE. Una albarda para ti
con estribos y acicates.
LUIS. ¡Ah, necio!
CALVETE. A lo moscatel
amas; quizá es su ejercicio,
como andas en su servicio,
el estar ahora en él
despachando provisiones
para quien sus puertas pasa.

ESCENA X

Sale á la puerta FABIA, *criada, con una criatura envuelta.* —DICHOS.

LUIS. ¡Vive Dios!
CALVETE. La de su casa
abrieron; si te dispones
á saber quién entra ó sale,
llega; mas mira por ti.
LUIS. ¿La puerta han abierto?
CALVETE. Sí.
LUIS. ¡Válgame Dios!
CALVETE. Ya te vale.
LUIS. A tal hora es novedad
en tan recogida casa
abrir puertas.
FABIA. Ce, ¿quién pasa?
¿Sois el príncipe? Llegad.
LUIS. Calvete, príncipe dijo.
CALVETE. Es verdad, príncipe oí.

LUIS. ¡Ay, cielos!
CALVETE. Dile que sí.
LUIS. El príncipe soy.
FABIA. Un hijo
os ha dado Margarita
que á Narciso se adelanta.
LUIS. ¡Hijo! ¿Cómo?
CALVETE. ¡Oh es una santa!...
LUIS. ¡Jesús!
CALVETE. ¿Esta es la bendita,
la monja, la recogida?
Pero bien se recogió.
FABIA. No ha un instante que parió
con peligro de la vida.
Pero el cielo soberano
tan propicio nos ha sido,
que en el jardín ha parido
sin saber nada su hermano.
Ha fingido un accidente,
y ahora en la cama está.
Lo propuesto estorbará
por hoy este inconveniente;
mas presto os veréis los dos
en vuestro estado y sin pena.
CALVETE. ¡Linda monja!
FABIA. Gente suena;
tomad, príncipe, y adiós. (*Vase.*)

ESCENA XI

DICHOS, *menos* FABIA.

CALVETE. ¿Qué te ha dado?
LUIS. La criatura.
CALVETE. Bueno; á quien hizo el cohombro
di que se le eche en el hombro.
LUIS. ¡Jesús! ¿Duerme por ventura?
CALVETE. No se durmió la señora.
LUIS. Loco estoy de pena y celos;
¡Jesús, Margarita, cielos!
CALVETE. ¿Qué habremos de hacer ahora?
LUIS. Dar finiquito á mi amor.
CALVETE. ¿No la has de amar?
LUIS. ¿Cómo puedo
si desengañado quedo?
Miremos por el honor
de Margarita, Calvete,
que al fin la he querido bien.
A buscar una ama ven.
CALVETE. De amante te hizo alcahuete.
LUIS. Mañana quién es sabré
este príncipe encantado
que en costas me ha condenado,
y el hurto le volveré.
CALVETE. El ama le criará.
que nos sirve.
LUIS. ¿Está parida?
CALVETE. ¿Eso ignoras, por tu vida?
Parida y preñada está.
LUIS. Pues bien viene.
CALVETE. ¡Qué bonito
parece el chico!
LUIS. Cesó
mi amor.
CALVETE. ¡Ajó, niño, ajó!
Llamaráse Margarito. (*Vase.*)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON DIEGO *como de noche, y* DOÑA ELENA.

DIEGO. La calle es ésta, y aquella
su casa.
ELENA. Buena, en verdad.
DIEGO. Con haber en la ciudad
tantas, esta es la más bella.
ELENA. El estar en arrabal
disminuye su valor.
DIEGO. No es por aqueso peor.
ELENA. No está en calle principal.
DIEGO. No, pero es más provechosa.
ELENA. Mas ¿cómo?
DIEGO. Demás de estar
dentro y fuera del lugar,
esta huerta deleitosa
la hace más excelente,
que es gran cómodo el poder
en una ciudad tener
casa y quinta juntamente.
ELENA. Ya sé que [se] llama ésta
porque no me satisfagas,
la quinta de los Gonzagas;
mas, si según manifiesta
la fama, su dueño pasa
pobreza, di que la venda,
que siempre la poca hacienda
se corre en la grande casa.
DIEGO. No ha de obligar la pobreza,
por grande que venga á ser,
á que uno llegue á vender
el solar de la nobleza.
Y aunque hecha comparación
con la hacienda y el estado
que tuvo antes ha quedado
pobre, según la opinión
del vulgo, más rico queda
el rico cuando empobrece
que el pobre cuando enriquece.
ELENA. Para que quedallo pueda,
empeñe esta Margarita
que me da tanto pesar.
DIEGO. Vender sí, mas no empeñar,
que no es prenda que se quita
la mujer, antes con ella
dan dineros.
ELENA. Mucho tarda
don Luis.
DIEGO. Como no aguarda
su dama ni ha de vencella
con servilla y pasealla,
quizá se hartó de rondar
y dió la vuelta á cenar.
ELENA. La huerta han abierto, calla.
DIEGO. ¿Mas si le hubieren cogido
á don Luis entre dos puertas?
ELENA. Mis desdichas fueran ciertas.
DIEGO. Una mujer ha salido
sola.
ELENA. Dama debe ser

de Marco Antonio.
DIEGO. No es hora
de salir damas ahora.
ELENA. Pues ¿cuándo?
DIEGO. Al amanecer
salen muchas de aventura,
que, como sobras de cena,
las mañanas, doña Elena,
las echan con la basura.
ELENA. ¿Hate sucedido á ti?
DIEGO. No sé; cuando no hay solomo,
mozo soy, de todo como.

ESCENA II

Sale MARGARITA *con manto.*— DICHOS.

MARGAR. ¿Dónde iré, triste de mí?
¿Si habrá el Príncipe venido?
Gente por la calle pasa;
¿qué he de hacer? Volverme á casa
no es posible, que ha sentido
mi hermano mi liviandad,
y dar esta noche intenta
fin á mi vida y su afrenta.
¡Tened, cielos, piedad
de mi vida!
ELENA. Consultando
está por dónde ha de ir.
MARGAR. El temor me fuerza á huir,
y el honor está dudando.
Volveréme.
DIEGO. Reina mía,
si estar indeterminada
es á falta de posada
mientras sigue el alba el día,
en la nuestra está la cena
con ánimo de aguardar
convidados.
MARGAR. ¡Qué á escuchar
venga aquesto!
DIEGO. Doña Elena,
¡qué bien huele, pesia tal!
ELENA. Sí; pero no siempre suele
oler bien quien siempre huele.
DIEGO. Así lo dijo Marcial.
¿No merecemos respuesta?
MARGAR. (*Da voces.*)
¡Ah Príncipe! ¡Ah Carlos!
ELENA. ¡Paso!
DIEGO. ¿Príncipe? ¡Notable caso!
ELENA. Mujer principal es ésta:
volverme será mejor.
DIEGO. ¿Qué teméis, señora mía?
MARGAR. Alguna descortesía.
DIEGO. Gente somos de valor.
MARGAR. Pues mostradle en no impedir
mi camino.
DIEGO. Andad con Dios,
aunque llevando á los dos
más segura podréis ir.
MARGAR. El peligro considero
que llevo de noche y sola.
¿Qué gente sois?
DIEGO. Española.
MARGAR. ¿Sois noble?
DIEGO. Soy caballero.
MARGAR. ¿De qué reino?
DIEGO. De Toledo.
MARGAR. ¿Y qué apellido?
DIEGO. Mendoza.
MARGAR. Gracias al cielo que goza
tan noble amparo mi miedo.
Si el valor y la piedad
nobles atributos son
que ensalzan vuestra nación,
Mendoza ilustre, jurad
por la fe de caballero
que mi honor irá seguro
en vuestro amparo.
DIEGO. Sí, juro.
MARGAR. Que lo cumpliréis espero.
Venid, pues.
DIEGO. ¿Dónde?
MARGAR. No sé.
DIEGO. ¿Qué lleváis?
MARGAR. Mi triste suerte.
DIEGO. ¿De quién huís?
MARGAR. De la muerte.
DIEGO. ¿Quién sois?
MARGAR. Después lo diré,
que corre mi vida aquí
mucho riesgo.
DIEGO. En mi posada
segura estaréis y honrada.
MARGAR. ¡Ay, Príncipe!
DIEGO. ¿Vamos?
MARGAR. Sí. (*Vanse.*)

ESCENA III

DOÑA ELENA *sola.*

Llevósele por lo honrado.
Dios ponga tiento en su amor,
que no es todo sino olor
á escuras y rebozado.
Aunque sí por la apariencia
el juicio se ha de hacer,
muestras ha dado de ser
de más prendas que prudencia.
A un príncipe pidió ayuda,
que Carlos después llamó,
y al ver de dónde salió
me ha puesto en notable duda.
Pero ejemplo tiene en mí
cualquiera amorosa hazaña,
pues á Italia desde España
Don Luis me trae ansí.
Por aguardalle si acude
aquí donde pierde el seso,
no voy á ver el suceso
de esta dama; amor la ayude
si ha sido autor de sus penas,
que teniendo que llorar
tantas yo, mal podré dar
oídos á las ajenas.

ESCENA IV

Salen DON LUIS *y* CALVETE, *como de noche.*—DICHA.

LUIS. ¿Que estaba parida el ama?
CALVETE. ¿No lo has visto?

LUIS. ¿Hay tal ventura?
Por el bien de la criatura
la perdono.
CALVETE. ¡Oh, cómo mama
el chicote! Mas ¿á qué
volvemos á este lugar?
¿Es por ventura á buscar
otra cría que nos dé
en que entender?
LUIS. El deseo
de conocer, si es posible,
este príncipe invisible,
ya que sus efectos veo,
me saca fuera de mí
y de mi casa á tal hora.
CALVETE. ¿Sabes tú si vendrá ahora?
LUIS. Si le esperaban aquí
á cosa que importa tanto,
¿quién duda que acudirá?
CALVETE. ¿Has de acuchillarle?
LUIS. ¡Ya
cesó mi amoroso encanto!
El fué mejor negociante
y más dichoso qne yo.
Si la cátedra llevó
que pretendí por vacante,
¿qué he de hacer?
CALVETE. Bien lo imaginas,
aunque burla es, y no leve,
que él la cátedra te lleve
y tú pagues las propinas.
Ya parece que nos llama
otra mujer y nos da
otro niño que criará
á tu costa en casa otra ama;
y así puedes poco á poco,
si lo sufre tu caudal,
hacer tu casa hospital
de expósitos.
LUIS. Calla, loco.
CALVETE. Harto más lo es quien procura
andar como tú, perdido,
pues rompiendo otro el vestido
te ha echado á cuestas la hechura.
Vamos á cenar, señor.
ELENA. Dos hombres vienen: ¿si acaso
es este el príncipe?
CALVETE. Paso,
que está tu competidor
á las puertas de tu dama.
LUIS. Dices la verdad; este es
el príncipe.
CALVETE. Llega, pues.
LUIS. Antes quiero ver si llama
á la puerta.
ELENA. Hablalle intento.
CALVETE. Acá se acerca, señor.
Hablalle será mejor.
LOS DOS. ¿Sois el príncipe?
CALVETE. ¡Buen cuento!
¡Válgate la maldición
por príncipe tan buscado!
O es duende ó está encantado.
ELENA. Don Luis y Calvete son.
LUIS. ¿Es Pacheco?
ELENA. Señor, sí.
LUIS. ¿Y don Diego?
ELENA. Una aventura
gozar en casa procura.
LUIS. ¿Y qué haces tú solo aquí?
ELENA. Obligo cierto respeto.
LUIS. ¡Tuyo!
ELENA. ¿No soy yo persona?
CALVETE. Para hacelle una mamona.
ELENA. Soy solícito y secreto,
y por esta causa espero
ser venturoso en amores.
CALVETE. Todos salen bailadores
en cas del tamborilero.
Tenemos el amo amante,
por fuerza habemos de amar;
desde hoy me hecho á enamorar,
pues tú eres diciplinante.
LUIS. ¿Qué príncipe imaginaste
que era yo cuando me viste?
ELENA. El mismo que tú entendiste
que era yo cuando me hablaste.
LUIS. ¿Conócesle?
ELENA. Yo en mi vida
le eché paja.
CALVETE. O se ha escondido,
ó algún diablo se ha metido
príncipe.
ELENA. Salió afligida
de esa casa una mujer
de bravo talle y olor;
tuvo de vernos temor,
y queriéndose volver,
llegó don Diego, ofrecióla
á lo tierno su posada,
pero gritó alborotada:
«¡Ah Príncipe! ¡Ah, Carlos! ¡Hola!»
Sosegámosla los dos,
y paró en fin en sosiego
en llevársela don Diego
á casa.
CALVETE. ¡Bueno, por Dios!
LUIS. Calvete, ¿si es Margarita?
CALVETE. ¡Jesús! ¿eso has de decir?
¿Tal mujer ha de salir
de noche, y sola? Bonita
es ella; alguna criada
al príncipe fué á buscar
que se debió de pagar
del convite y la posada,
y envidiosa por ventura
de lo que con su ama pasa,
querrá encuadernar en casa
con don Diego otra criatura;
no hay sino cunas y á ello,
que llueven muchachos hoy.
LUIS. ¿Quién será? Confuso estoy.
CALVETE. En casa puede sabello.
LUIS. Bien dices. ¡Ay, cielos,
si tengo en ella á mi bien!
CALVETE. Un hombre viene; detén
el paso.
ELENA. Ya tengo celos
de este demonio ó mujer.
¿Si es Margarita? ¡Ay de mí!

ESCENA V

Sale DON DIEGO.—DICHOS.

DIEGO. ¿Si hallaré al príncipe aquí?
mas éste debe de ser.—
¿Sois el príncipe, señor?
CALVETE. Otro buscón de aventuras.
¿Qué príncipe es este á escuras,
qué brujo ó [que] encantador?
DIEGO. ¡Don Luis!
LUIS. ¿Es don Diego?
DIEGO. ¡Bueno!
Dadme albricias.
LUIS. ¡Ay, amigo!
¿qué te he dar si contigo
tienes el alma?
CALVETE. El sereno
que pasamos.
LUIS. Mas ¿que sé
de qué á pedírmelas vienes?
DIEGO. ¿De qué?
LUIS. A Margarita tienes
en casa.
DIEGO. Tarde llegué.
¿Quién te lo ha dicho?
LUIS. Mis celos,
que infiernos en mí se llaman.
Cuéntame el cómo.
DIEGO. Los que aman
siembran gusto y cogen duelos.
¿No sabes en qué ha parado
la monja?
LUIS. Ya he sabido
que ha parado en que ha parido.
CALVETE. Las cabras nos han echado;
en casa el muchacho está.
DIEGO. ¡Válgame Dios!
LUIS. Hallé abierta
esta encubridora puerta,
poco más de una hora habrá;
asomóse una criada
con un niño, y como vió
que pasábamos, llamó;
llegué, el alma alborotada,
y oyéndome preguntar:
¿sois el príncipe? que sí,
celoso la respondí.
«Gracias, dijo, podéis dar
á Dios, de que ya tenéis
un hijo que á Margarita
y á vos en belleza imita,
y porque os aseguréis
de todo punto los dos,
Marco Antonio está ignorante
de todo.» Dióme el infante
y cerró con un adiós.
¿Qué os parece?
DIEGO. ¡Caso extraño!
LUIS. Al ama, en fin, se la di,
que está parida.
DIEGO. Eso sí,
no será estéril este año.
¿Y habéis sabido quién es
el príncipe?
LUIS. Ya estuviera
en casa si lo supiera;
eso aguardo.
DIEGO. Vamos, pues,
que yo os quitaré el deseo.
LUIS. ¿Cómo? ¿conocéisle vos?
DIEGO. Muy bien.
CALVETE. ¡Bendito sea Dios
que cumplir tu antojo veo!
DIEGO. Carlos, príncipe parmés,
os ganó la bendición,
y es esposo, en conclusión,
de Margarita. Después
sabréis lo que ha sucedido.
LUIS. Pues ¿no estaba desterrado?
DIEGO. De hortelano disfrazado
ha un año que es su marido;
y esta noche que parida
estaba, huyó con temor
de ver que sabe su amor
su hermano, y puso su vida
y su honra en mi poder.
En mi casa deposita
amor vuestra Margarita;
vamos, si la queréis ver.
LUIS. ¿Príncipe era el hortelano?
Con tan gran competidor,
temerario fué mi amor.
El apetito villano
persuade al pensamiento
mil quimeras, que no sé
si resistillas podré,
don Diego, si está al sediento
brindando el arroyo claro,
si puede vivir el muerto,
si el que navega ve el puerto,
si toca el oro el avaro,
si ve la joya el ladrón,
si el asalto el capitán,
al norte la piedra imán,
y, en fin, amor la ocasión,
¿no será cualquier reparo
que le resista violento?
Claro está; yo soy sediento,
muerto, navegante, avaro,
ladrón, capitán y amante;
pues si agua, vida, puerto, oro,
asalto, ocasión, tesoro,
me ha puesto el cielo delante,
¿quién pondrá á mi gusto tasa
cuando la ocasión le espera,
ni quién la osará echar fuera
si ella misma se entra en casa?
ELENA. ¡Ay, sospechoso temor,
mi desdicha averiguastes!
DIEGO. Contra amorosos contrastes,
don Luis, basta el valor.
Margarita tiene dueño:
ella es noble y vos honrado;
de mi valor se ha fiado
y es mi palabra el empeño
sobre quien su honor confía,
y es razón que lo defienda,
pena de perder la prenda
que ella estima por ser mía.
Bien sé que lo que decís
es sin veros al espejo
de la razón y el consejo,
y que sois vos, don Luis,
tan cuerdo, que cuando amor

la entrada segura os diera,
el apetito venciera
vuestra nobleza y valor.
(*Echa mano.*)
Mas por sí, ó por no, dejad
vuestra amorosa querella
en esta raya, ó en ella
dejaré vuestra amistad
por más prendas que en ella haya;
que ser amigo es deshonra (1)
sus gustos no tiene á raya.

LUIS. Dame, amigo, aquesos brazos,
que injustamente lo fueras
si enojado no rompieras
de mi amor los ciegos lazos.
Habló sin pedir licencia
á la razón el deseo;
mi culpa y tu enojo veo;
mas sirva de penitencia
mi justo arrepentimiento,
que el fuego que me provoca
sacó el alma por la boca,
porque estaba en mí, violento.
Tántalo soy; el manjar
que mi apetito interesa
me pone amor en la mesa
sin dejármele tocar.
Ven, que persuadido quedo,
por mucho que pueda amor,
que podrá más el valor
de don Luis de Toledo.

DIEGO. Vamos, que esa hazaña sola
es digna de aquese pecho.
Pero ¿qué hazañas no ha hecho
la cortesía española?
Contra ti has de pelear.

LUIS. ¡Cielos, que viendo que abrasa
el fuego el dueño á su casa
no le ha de poder matar!
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VI

CALVETE y ELENA.

CALVETE. Pacheco: ¿qué suspensión
es esa?

ELENA. Es mi desventura,
es pena, es rabia, es locura
y es la misma confusión
del infierno. ¿Margarita
en casa con don Luis?
Celos, ¿aquesto sufrís,
cuando amor os precipita?
¡Fuera vida, seso afuera,
fuera inútiles disfraces!
Sepa quién soy.

CALVETE. ¿Qué es lo que haces?

ELENA. Muera Margarita y muera
don Luis.

CALVETE. ¿Estás borracho?
¡Jesús! ¿qué te importa á ti
Margarita?

ELENA. ¡Bueno es eso!
El alma, la vida, el seso,
que por su ocasión perdí.
¿Piensas tú que soy Pacheco?

CALVETE. Pues ¿quién eres?

ELENA. ¿Qué sé yo?
Un árbol que amor plantó,
verde ayer y ahora seco.
¡Ay, confusos devaneos! (*Aparte.*)
¿Así quién soy descubris?
¿Por qué, honor, no resistís
mis frenéticos deseos?
Si aquéste sabe quién soy
á don Luis se lo dirá,
y sin razón cortará
la tela que urdiendo voy;
impórtame divertille
de este pensamiento. Amor:
siempre sois enredador;
prevenidme qué decille.

CALVETE. ¿Qué, no eres Pacheco?

ELENA. No.

CALVETE. Dime, pues, ¿cómo te llamas?

ELENA. Infierno de amor.

CALVETE. ¿Luego [amas]
á Margarita?

ELENA. Enlazó
en sus brazos mi esperanza
la hiedra que, ya marchita,
adivina en Margarita
mi muerte por su mudanza.
¡Ay, si supieras quién soy!
Mas, si muero porque callo,
poco importa declarallo
y morir, pues loco estoy.

CALVETE. ¿Quién eres?

ELENA. El desdichado
príncipe de Parma.

CALVETE. ¿Quién?
¿Tú príncipe?

ELENA. Yo.

CALVETE. ¡Oh, qué bien!
Pocas muelas he mamado.
¿A mí engañifas?

ELENA. ¡Pluguiera
al cielo que no me honrara
con tal nombre, que no entrara
en Bolonia, que no viera
con Margarita mi daño,
que no pagara tributo
á mi amor el suyo en fruto
que sembré y cogí en un año!
Del hijo de quien es madre
soy padre.

CALVETE. Serlo podéis;
pero, pardiez, que tenéis
ruines barbas para padre.
Pacheco: si ha sido gana
de darme papilla al niño
con ella, que sois lampiño,
y yo extiendo toda harana (1).

ELENA. Vete, necio, que no estoy
para burlas ni quimeras
cuando salen tan de veras
mis desdichas. Di que soy,

(1) Falta un verso después de éste; pudiera ser: «del que en ofensa de la honra» ú otro semejante.

(1) Así en el original.

á Margarita, heredero
de Parma desposeído,
por príncipe aborrecido
y amado por jardinero.
Di que, pues el español
me afrenta y sus brazos goza,
sin que el valor de Mendoza
lo estorbe, que cuanto el sol
viste de oro y el mar baña,
tengo de peregrinar
hasta que pueda vengar
la injuria que me hace España.
Dile que de celos muero
y que la vida me enfada;
pero no le digas nada,
que es don Luis caballero;
ella noble, y sin sentido
mis celos, que sin querer
juzgan lo que puede ser
como si ya hubiera sido.

CALVETE. Tú lo dices de tal suerte,
que cuando burlarme trates,
aunque ensartas disparates,
de lástima he de creerte.
Pero ¿cómo puede ser,
rapaz, lo que dices cierto,
si ha un año que está encubierto
en casa de esa mujer
el príncipe, y de su estado
por el marqués excluído?

ELENA. Basta decir que yo he sido
quien de pastor disfrazado,
temeroso del marqués
de Monferrato, la quinta
donde á Chipre el amor pinta,
cultivé por interés
de otra Venus en beldad
que me dió un ángel que incita
al amor.

CALVETE. Si á Margarita
gozabas con libertad
hecho hortelano, ¿á qué efecto
dejaste el rústico traje
y escogiste más ser paje
de don Diego?

ELENA. No hay secreto
que permanezca si el ciego
descubre sus travesuras;
sembró sus gustos á escuras
y á luz sacó el fruto luego.
Supo su hermano el suceso,
mandó ausentarme el temor,
mas, como, aunque niño, amor
es temerario y travieso,
por no ausentarme de aquí
y saber de esta maraña
al fin, el valor de España
en mi favor escogí.

CALVETE. Pues ¿por qué más á don Diego
que á otro?

ELENA. ¡Jesús, qué extraño
sois, Calvete! Si en un año
que cual mariposa al fuego
me abraso por Margarita,
sé que es don Luis su amante
y que no hay hora ni instante
que su amor no solicita,
discreción fué el escoger
el serville, pues podía
andando en su compañía
á mi Margarita ver
con don Luis cada instante
que á solicitalla fuera,
y mi amor en él tuviera
siempre un tercero ignorante.

CALVETE. Todo aquesto es evidencia;
convencióse mi porfía,
perdóneme vusiría;
pero mal dije, vuslencia,
que yo diré á mi señor
que es el príncipe.

ELENA. El secreto
me importa, mas yo os prometo
de haceros mucho favor
si con debido recato
mi estado y nombre encubrís,
que es amigo don Luis
del marqués de Monferrato,
y no menos que la vida
en que lo ignore me va.

CALVETE. Desde hoy la lengua estará
por ti al paladar asida.
Pero más satisfacción
tu Margarita merece
si por tu causa aborrece
de mi señor la afición.

ELENA. ¡Ay, cielos! que su hermosura
corre riesgo en su poder,
y amor no sabe perder
el tiempo ni coyuntura.

CALVETE. Don Luis ha prometido
no agravialla, y de su honor
es don Diego el defensor;
firme ella, tú su marido,
no hay trance que temer puedas.

ELENA. Ni hombre que pueda estar,
Calvete, junto al manjar
con hambre y las manos quedas.
Mas, vamos, que mi presencia
la suya hará recatada.

CALVETE. ¿Hay noche más enredada?

ELENA. ¡Hola!

CALVETE. ¿Qué manda vuslencia?
(*Vanse.*)

ESCENA VII

Salen CARLOS *y* PEYNADO.

PEYNADO. En una sala encerrado
hasta ahora me ha tenido,
adonde el pobre Peynado
á tragos por ti ha sorbido
la muerte; de modo he estado
esta noche en el encierro
ó prisión, que, si por hierro
Marco Antonio me matara,
en mis calzones hallara
la cera para el entierro.
Darme la muerte quería,
según por entre la puerta
lo escuché, en viniendo el día.
Ya su hermana estará muerta...

CARLOS. ¿Qué dices? ¡Ay, prenda mía!

PEYNADO. A no romper la ventana
y escorrirme, esta es la hora
que me hace cenar sin gana
con Cristo, y que Menga llora
su luto y viudez temprana.
Todo lo sabe, par Dios;
por mataros á los dos
juntos, esta noche ha sido
disimulado, fingido;
pero no hallándoos á vos,
ya habrá visto Margarita
la tierra de la verdad.

CARLOS. Antes que el cielo permita
tan inhumana crueldad,
venganza tan inaudita,
no admita otra vez el sol
desde el sepulcro español
la oriental y hermosa cuna,
ni sirva otra con la luna
á la noche de farol.
¡Ay mi adorada inocente!
Si en duda puede el temor
darme la pena presente,
averiguado el rigor
de vuestro hermano inclemente,
¿qué hará en mí? Pero es cristiano
y noble, y al fin su hermano;
no hará crueldad como esa.

PEYNADO. Los golpes con que la huesa
abrió el azadón villano
sentí, aunque preso, señor,
y el intento oí después
del airado matador,
porque bien sabéis que es
todo oídos el temor.
De una mujer afrigida,
atormentada ó parida,
sentí suspiros y llantos,
pedir reliquias y santos
y encomendallos su vida.

CARLOS. ¡Villano, loco, atrevido,
vete, antes que el pesar
crezca y no me dé lugar
para serte agradecido!
(*Vase* [Peynado].)
¿Cómo no me he vuelto loco?
Pero sin entendimiento
fuera, esposa, el sentimiento
de tu injusta muerte poco.
Para tu venganza invoco
tu inocencia; entrad, amor,
y sed vos el vengador,
aunque el castigo no iguale
á la culpa. Un hombre sale.

ESCENA VIII

Sale MARCO ANTONIO.—CARLOS.

MARCO. Huyó el príncipe traidor
con mi hermana, y mi venganza,
por tardar, no satisfizo
mi agravio; mas ¿cuándo hizo
cosa buena la tardanza?
Si mi ventura le alcanza,
mi muerto honor resucita,
á un tiempo tres vidas quita,
la de Carlos fementido,
la del hijo mal nacido
y la vil de Margarita.

CARLOS. ¡Cielos, Marco Antonio es éste!
Mil gracias rendiros quiero,
pues se vino donde espero,
que aquí su castigo apreste.
Caín de manos crueles
más bárbaro y fiero que él,
pues Caín mató un Abel
y tú has muerto dos Abeles:
Herodes, cuyas hazañas,
para tu afrenta inclementes,
es dar la muerte á inocentes,
en cuya sangre te bañas.
Pide al cielo si permite
que un ángel vengado esté,
que cada instante te dé
mil vidas que yo te quite;
que aun no igualara el valor
de todas cuantas les des
con la suya, que al fin es
un ángel y no un traidor.

MARCO. Que vienes sin seso creo
ó por otro me has hablado,
pues las obras has culpado
que aún no ejecutó el deseo.
¿A qué Abel mi enojo quita
la vida que vengar quieres?

CARLOS. ¿No sabes quién soy?

MARCO. ¿Quién eres?

CARLOS. El alma de Margarita,
que en señal de su inocencia,
como la vengo á heredar,
no tuvo que me dejar
sino es el alma en herencia,
su venganza solicita.

MARCO. ¿Eres Carlos?

CARLOS. Carlos soy,
que con dos almas estoy,
porque vive Margarita,
bárbaro tirano, en mí,
pues cuando determinaste
dividirlas, las juntaste
para venir contra ti.

MARCO. Ya tengo que agradecerte
pues me excusas de buscarte,
y aunque en albricias de hallarte
te tengo de dar la muerte,
primero que te la dé
y con ella satisfagas
la injuria de los Gonzagas,
su sangre, nobleza y fe,
quiero saber si perdida
la vida con el honor
murió mi hermana.

CARLOS. ¡Traidor!
pues siendo tú el fratricida,
¿me lo preguntas á mí?
Yo no podré castigar
con tu muerte tu delito,
pues si la vida te quito
aún no comienzo á vengar
á mi esposa. Mas, traidor,
gente viene; ven tras mí,
que quiero cobrar de ti
como de mal pagador.
(*Echan mano y vanse.*)

ESCENA IX

Salen DON DIEGO *y* DON LUIS.

DIEGO. Entretanto que no viere
el príncipe no tendrá
sosiego.
LUIS. Celoso está
mi amor por lo que le quiere,
y vengo huyendo del fuego
que mis entrañas abrasa,
que aun no oso quedar en casa
con ella y sin ti, don Diego.
DIEGO. Con eso das testimonio,
don Luis, de tu valor.
MARCO. (*Dentro.*) ¡Ah, príncipe engañador!
CARLOS. (*Dentro.*) ¡Ah, tirano Marco Antonio!
DIEGO. Al príncipe oí nombrar.
LUIS. Yo á Marco Antonio, el hermano
de Margarita.
DIEGO. No en vano
nos trujo á este lugar
el cielo; llega á apartarlos,
que se matan.
LUIS. Caballeros,
tened los nobles aceros,
que entre Marco Antonio y Carlos
la amistad y el parentesco
han de ser los medios sabios
con que se olviden agravios
antiguos.
DIEGO. Si es que merezco
esta merced en favor,
príncipe, de que una dama
que vive en mi casa os llama
de su libertad deudor,
parad la espada y la mano,
que morirá Margarita
si esta pendencia le quita
á su esposo ó á su hermano.

ESCENA X

Salen MARCO ANTONIO *y* CARLOS.—DICHOS.

CARLOS. Cómo, pues, ¿vive mi esposa?
DIEGO. Y viva por muchos años.
MARCO. ¡Ay, sospechosos engaños!
CARLOS. ¡Ay, prenda del alma hermosa!
LUIS. En vuestro nombre me dió
un ángel, de quien sois padre,
que como es ángel su madre,
su semejanza parió.
Y don Diego, que venía
en mi busca, á vuestra esposa
encontró que, temerosa
de Marco Antonio, salía
de su casa; y porque os cuadre
el contento, quiso Dios
que llevásemos los dos
á la nuestra el hijo y madre.
CARLOS. Hoy vuelvo á vivir de nuevo.
MARCO. ¿Quién en una noche vió
tanto enredo?
CARLOS. Sepa yo
á quién tanta merced debo.
LUIS. Por don Diego de Mendoza
á vuestra esposa adquiris.
DIEGO. Solamente don Luis
de Toledo el favor goza
con que os sirve, y le debéis
aún más de lo que pensáis;
disponer de ella podéis,
que á la española nación
no es mucho ofrecer la vida.
LUIS. Margarita está afligida,
recelosa, con razón,
de la enemistad antigua
que entre Marco Antonio y vos
se conserva, pues que Dios
con tanta paz averigua,
á pesar de la fortuna
vuestra, prolijas pasiones,
sean uno los corazones,
pues que ya la sangre es una.
Las manos habéis de daros
de amigos.
CARLOS. (*De rodillas.*) Más razón es
que os dé rendido á esos pies
mis armas para vengaros,
pues viviendo Margarita
satisfecho moriría,
porque el agravio lo esté
que á darme muerte os incita.
Para que os venguéis escojo,
Marco Antonio, este lugar,
porque en él ha de guardar, (1)
ó mi vida ó vuestro enojo.
LUIS. La nobleza en pechos sabios
olvidos de injurias cría.
MARCO. Príncipe: la cortesía
puede más que los agravios.
Dadme aquesa noble mano
y esos brazos que yo os doy.
CARLOS. Y yo nombre de mi hermano.
Vamos á ver á mi esposa.
DIEGO. ¿Hay ventura más extraña?
MARCO. Siendo medianera España
por fuerza ha de ser dichosa.
CARLOS. ¡Que os voy á ver, cara prenda!
LUIS. Don Diego: en esta ocasión
gozará, echando al ladrón
de casa, el alma su hacienda.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale DOÑA ELENA, *de hombre, y* MARGARITA.

ELENA. La lástima que me han hecho
vuestras desgracias, señora,
junto con mi inclinación
que por ser noble es piadosa,
me ha obligado á buscar modo
con que el peligro socorra,
que corren á un mismo tiempo
vuestra vida y vuestra honra.
De España vine á ser paje
de don Diego de Mendoza,

(1) Así en el original; pero parece deberá leerse: «porque en él han de quedar.»

y aunque paje, bien nacido,
como hablan por mí [las] obras.
De vuestros amores supe
aquesta noche la historia,
que aunque comienza en tragedia
muchas el cielo revoca.
También supe la ocasión
que os sacó de noche y sola
de vuestra quietud y casa
librando la vida á costa
del *qué dirán*, monstruo vil
en cuya bárbara boca
tantas honras hemos visto
despedazadas y rotas.
Alegre estaréis sin duda
de que en una casa propia
halléis socorro, hijo y madre,
en la nobleza española.
¿Quién duda que aguardaréis
que salga la blanca aurora
huyendo del sol, que ensarta
en hilos de oro su aljófar,
para que el príncipe venga
y á vuestros pesares ponga
alegre fin, dando treguas
á vuestro llanto y congojas?
Don Luis, que en casa ha visto
la ocasión, vencido borra
promesas y obligaciones,
y á los pies del gusto postra
respetos y cortesías.
Si no huís dentro de una hora
á la luz de esa hermosura
será ciega mariposa,
que, aunque queme su nobleza
las alas á la memoria,
traerá otra vez el agravio
que á Tarquino echó de Roma.
Don Diego, como es su amigo,
ni os defiende ni reporta
con el freno del consejo
su determinación loca.
Antes por dalle lugar
se ha ausentado de Bolonia;
ved vos, si se va el que os guarda,
¿qué hará el ladrón con las joyas?
El príncipe, que pudiera
defenderos como á esposa,
yéndole yo á dar aviso,
imposible es que os socorra,
porque, según en corrillos
lo dice la ciudad toda,
dejando el tosco disfraz,
tomó para Parma postas,
donde estableciendo paces
perpetuas, otra vez cobra
su estado, dando de esposo
la mano á la hija hermosa
del Marqués de Monferrato
y previniendo á sus bodas
mil fiestas que á vuestro amor
harán las fúnebres honras;
pues decir que vuestro hermano,
aunque esta casa os esconda,
ha de ignorar dónde estáis,
sabiendo que os sirve y honra
don Luis, es ignorancia;
y si viene, ¿quién le estorba
que rompiendo vuestro pecho
con él su agravio no rompa?
Celos, peligro y temor
contra vos al arma tocan,
que es propio de las desgracias
convidarse unas á otras.
Mirad si os ofrece el alma
remedio al mal que os asombra,
y si no le halláis bastante
y queréis poner por obra
el que os tengo prevenido,
con determinación corta
le ejecutad, porque os va
en la brevedad la honra.

MARGAR. Días ha, amigo Pacheco,
que se ha hecho el alma sorda
á mil pronósticos tristes
que quieren cumplirse ahora.
El temor, que es adivino,
revolvió las tristes hojas
de mis desdichas, y en ellas
leyó mi ventura corta.
Ya yo temí la mudanza
de Carlos, que era forzosa,
porque una mujer gozada
es trato que anda de sobra.
Pero, pues salieron falsas
las promesas que en lisonjas
lleva el viento, y en mi ofensa
goza á Claudia y me deshonra,
cuando venga Marco Antonio
y me dé muerte, ¿qué importa,
si á falta suya han de ser
verdugos mis manos propias?
Carlos me ha menospreciado,
y cuando no corresponda
don Luis á su favor
ni don Diego de Mendoza
á su palabra y mi ayuda,
siendo los celos ponzoña,
y yo basilisco de ellos,
matarélos si me tocan.
Déjame que en esas calles
dando voces interrompan
mis agravios el silencio,
para que los hombres oigan
de un cruel hombre la inconstancia;
deja que cual toro rompa
la imagen del padre ingrato
en el hijo vil.

ELENA. ¡Señora...!

MARGAR. Yo iré á Parma, falso Carlos;
Progne he de ser en tus bodas;
tu hijo he de hacer pedazos
para que sus carnes comas.

ELENA. Sosiégate.

MARGAR. ¿Cómo puedo?

ELENA. Escuchándome.

MARGAR. Estoy loca.
¿Qué quieres decirme?

ELENA. Carlos
no está casado hasta ahora.
¿Qué sabemos si pretende
mientras que su padre toma
la posesión de su Estado
que ha tanto que por él llora,

engañar así al Marqués
para que en quietud dichosa,
á pesar de sus contrarios,
te llame Parma señora,
después?

MARGAR. Con esas promesas
su voluntad cautelosa
entretuvo mi esperanza,
Pacheco, no ha muchas horas.
¿Qué me aconsejas?

ELENA. Yo he dado
una traza milagrosa
que, para que se ejecute,
tu aprobación falta sola.
El ama que á mis señores
sirve es una labradora
de aquí cerca, cuyo padre
una milla de aquí mora,
y es quintero del Marqués
de Monferrato, el que toma
á Carlos todo su Estado.

MARGAR. Ese mi esperanza agosta.

ELENA. Ya tú sabes que aquí cerca
labró con soberbia y costa
una casa de placer
donde deposita Flora
su apacible primavera,
y donde Amaltea hermosa
vierte, á pesar del invierno,
eternamente su copia.
Si este rústico te lleva
disfrazada con las ropas
de su hija, imaginando
que eres una labradora,
á quien por querer yo bien
y que nadie te conozca
en su quinta, por mi cuenta
que estés oculta me importa,
podrás aguardar segura,
si la fortuna mejora
tus desgracias, excusando
los peligros que te asombran;
y yo partiéndome á Parma
haré con Carlos de forma
que de Claudia la presencia
no destierre tus memorias.
Y cuando casarse intente,
como la fama pregona,
buscaremos trazas nuevas
que estorbo á su intento ponga.
¿Qué dices?

MARGAR. Que no sé quién
en mi favor te provoca
cuando todos me persiguen.

ELENA. Mi inclinación que es piadosa.
Al labrador tengo hablado
y á mi gusto se acomoda,
de su hija prevenidas
las galas pobres y toscas.
El camino es breve, el tiempo
acomodado, pues, corta
á la noche con tijeras
de plata el alba las ropas.
A la puerta está el peligro
la diligencia negocia
y es madre de la ventura.
¿Qué escoges?

MARGAR. Fuerza es que escoja
tus consejos saludables.

ELENA. ¡Alto, pues!: vamos, señora,
por el niño cuya vista
alivio dé á tus congojas,
que el labrador nos espera,
y con tan bella pastora
brotará flores la quinta.

MARGAR. Si vengo á ser más dichosa,
yo pagaré largamente
esta industria.

ELENA. *(Aparte.)* ¡Amor, vitoria!
Ya está el enemigo fuera,
ya no se abrasará Troya
ni don Luis gozará
la ocasión que le provoca.

MARGAR. ¡Ay, Carlos, al fin mudable!

ELENA. ¡Ay, industrias amorosas! *(Vanse.)*

ESCENA II

Salen MARCO ANTONIO, JULIO *y* CARLOS.

JULIO. El príncipe y el marqués
con Claudia estarán, señor,
en la quinta de Belflor;
razón será que le des
con tu presencia un buen día.
De Peynado el jardinero
saben, que en traje grosero
disfrazas la gallardía
que ha envidiado Italia en ti,
y por esto á Belflor vienen,
donde prevenidas tienen
tus bodas; no está de aquí
sino una milla. ¿Qué aguardas,
viendo que te está esperando
Claudia, por siglos juzgando
las horas que en verla tardas?

CARLOS. Marco Antonio: si merece
que le deis fe mi valor,
nuestra amistad y el amor
que desde hoy en los dos crece,
para cobrar el estado
que me ha usurpado el Marqués,
con cuyo favor después
el que á vos os ha quitado
restauremos, es forzosa
hoy á Belflor mi partida,
y por que no me lo impida
Margarita, que, celosa
de Claudia, ha de pretender
partir en mi compañía
ó no dejarme ir, querría,
antes de verla, poner
mi intento en ejecución.
¿Qué os parece?

MARCO. Aunque mudanza
temo, sé vuestro valor,
y que si es cuerdo el temor,
es noble la confianza.
Partid, príncipe, en buen hora;
cobrad á Parma, que es justo,
como reservéis el gusto
para quien en él adora.
Pero, porque no le ofenda

cuando miréis la beldad
de Claudia, al amor llevad
cual le pintan, con la venda
á los ojos.

CARLOS. A entender
con aqueso me habéis dado
que el amor cuando es honrado
sólo á su dama ha de ver,
quedando ciego en su ausencia;
pero, Marco Antonio amigo,
al tiempo doy por testigo,
por fiadora á la experiencia,
y por jueces á los dos,
de mi invencible constancia;
mi partida es de importancia;
presto os veré. Adiós. (*Vase.*)

MARCO. Adiós.
Don Luis y don Diego viven
aquí; prevenillos quiero
que á mi hermana hablen primero,
porque si no la aperciben
de la amistad que hemos hecho
el Príncipe y yo, el temor
de mi pasado rigor
que la matará sospecho.
Quiero llamar, pero aquí
pienso que salen los dos.

ESCENA III

Salen DON LUIS *y* CALVETE.—MARCO ANTONIO.

LUIS. ¿El príncipe?

CALVETE. Juro á Dios
que la llevó y que lo vi
por éstos que han de comer
garrapatas. ¿Quieres más?

LUIS. ¿Pues has visto tú jamás
al príncipe?

CALVETE. Desde ayer
le he visto y comunicado;
todo el suceso me dijo
de su amor; suyo es el hijo
que nos dieron; disfrazado
por Margarita ha ya un año
que goza de su beldad.

LUIS. Basta: todo eso es verdad.

CALVETE. A mí no hay hacerme engaño.
Celoso de que su amante
fueres estando ella aquí,
no ha media hora que la vi
llevarla; llegué arrogante,
tentéla determinada,
que es colérica y no espera,
saqué el pie derecho fuera,
conocíle y no hubo nada.
Al fin con gravedad nueva
me dijo: «Hola, á quien llegare
si por ella os preguntare
decid: el Príncipe la lleva.»
Partióse, y fuíme á dormir.
¿Quieres más?

LUIS. No.

CALVETE. Voyme á echar.
(*Vase.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* CALVETE.

LUIS. Debióse de adelantar
Carlos, y por prevenir
el riesgo de una ocasión,
se la llevó. Ya sosiego;
á buscar voy á don Diego.
Extraños enredos son
los que aquesta noche ha habido.

MARCO. ¿Qué hay, Don Luis valeroso?

LUIS. ¡Oh, Marco Antonio famoso!
No por poco prevenido
el príncipe perderá
lo que es suyo de derecho.
Poca confianza ha hecho
de quien sirviéndole está.

MARCO. ¡Cómo!

LUIS. ¿No lo sabéis?

MARCO. No.

LUIS. A Margarita ha sacado
de casa desconfiado
de que, por amalla yo,
había de estar segura
su belleza en mi poder.

MARCO. Eso, ¿cómo puede ser?

LUIS Así quien lo vió lo jura.

MARCO. Pues vase ahora de aquí
á Belflor determinado
de cobrar su antiguo Estado
á costa de dar el sí
á Claudia, y porque por ella
mi hermana no le impidiese
su camino ó le siguiese
á Belflor, se va sin ella,
¿y decís que la sacó
de casa?

LUIS. Lo cierto es esto.

MARCO. En confusión me habéis puesto
notable.

LUIS. Si se apartó
anoche de vos, es cierto
que vino por ella.

MARCO. Sí,
luego que me despedí
de vos se fué. ¿Si la ha muerto
por quedar libre y poder
casarse con Claudia?

LUIS. No,
que es noble y cristiano.

MARCO. Y yo
desdichado. Sin querer
ver á su esposa, partir
á Belflor con tanta prisa,
¡qué tarde el alma me avisa!
No quiso, por encubrir
su muerte, verla conmigo.
¡Ah promesas lisonjeras!
¡Nunca fué amigo de veras
quien de veras fué enemigo!
Testigo ha de ser Belflor,
si al homicida hallo en él,
del castigo más cruel
que dió un agravio á un traidor.

LUIS. Si aqueso es cierto, el primero
seré en vengar su inocente
sangre.

MARCO. ¡Ah, príncipe inclemente!
LUIS. Ir con vos á Belflor quiero.
MARCO. ¡Ah, Margarita engañada!
LUIS. La quinta pienso abrasar.
MARCO. ¡Qué poco que hay que fiar
de amistad reconciliada! (*Vanse.*)

ESCENA V

Salen el MARQUÉS *y el* PRÍNCIPE *viejos*, CLAUDIA *y otros.*

MARQ. Menos la luz se estimara
si no hubiera escuridad,
y á faltar la enfermedad
la salud no se preciara.
El mar furioso declara
lo que la bonanza encierra,
realza al llano la sierra
como la fea á la hermosa,
y así nunca es tan preciosa
la paz como tras la guerra.
Ejemplo de esta verdad
será, príncipe excelente,
la que establece al presente
nuestra antigua enemistad:
para más conformidad
tocó cajas al rigor
de nuestro antiguo furor,
mas ya con paz nos abraza
y de dos opuestos traza
nuestro parentesco amor.
PRÍNCIPE. Cuando la guerra prolija
después de tantos enojos
no me diera más despojos
que por hija á vuestra hija,
es justo, Marqués, que elija
desde hoy mi dicha, la gloria
y premio de la vitoria;
porque cuando yo os venciera,
¿con qué otra cosa pudiera
eternizar mi memoria?
¡Dichoso Carlos, que aguarda
ser dueño de tal belleza!
MARQ. Más merece su nobleza.
Claudia juzgará que tarda,
que aunque el temor la acobarda,
con el femenil recato
como desposalla trato
hoy deseará ver
á quien su esposo ha de ser
y heredar á Monferrato.
PRÍNCIPE. Nuestros pasados enojos
nunca les dieron lugar
para verse ni gozar
Carlos la luz de estos ojos.
Entre groseros despojos
Bolonia le ha disfrazado;
pero, pues ya está avisado
del bien que el cielo le da,
presto, señora, vendrá
humilde y enamorado.
¿Habéisle cobrado amor?
CLAUDIA. Nunca mi gusto aborrece
lo que estima y le parece
bien al Marqués, mi señor.
PRÍNCIPE. Vos respondistes mejor
que [yo] supe preguntar.
MARQ. Vamos, démosla lugar
que con el deseo trate
de Carlos, y la retrate,
que amor bien sabe pintar.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VI

CLAUDIA, *sola.*

Si son propiedades ciertas
de amor que aún está en calma,
que para entrar en el alma
los ojos le abran las puertas,
¿cómo en mí, no estando abiertas,
me presenta sus despojos
mi padre por darme enojos?
pues de los cinco sentidos
la fe escoge los oídos,
pero amor sólo los ojos.
Déjeme verle y hablalle,
sepa mi amor lo que merca,
que quien ha de estar tan cerca
no es bien de lejos amalle.
Sin ver su presencia y talle,
¿cómo le podré querer?
En un paje suelen ver
el talle, el rostro y lenguaje,
pues ¿importa más un paje
que quien mi esposo ha de ser?

ESCENA VII

Salen DOÑA ELENA, *de galán, y* CALVETE.—DICHA.

ELENA. ¿Margarita está contenta
y segura de mi amor?
CALVETE. Contado le he á mi señor
todo el caso; pero intenta
estorbar que á Claudia veas;
con Marco Antonio vendrá
aquí, que dudoso está
de que en Margarita empleas
todo el gusto, sin que tenga
Claudia en él alguna parte
con que te obligue á casarte.
ELENA. Cuando Marco Antonio venga
conocerá la firmeza
de mi noble inclinación.
CLAUDIA. ¿Qué gente es esta? ¿Si son
pajes de Carlos? Ya empieza
á prevenirse el deseo.
¿Si habrá el príncipe venido?
CALVETE. Grande atrevimiento ha sido
traella aquí.
ELENA. Ya lo veo,
aunque estando su belleza
encubierta como está,
de aquese modo será
testigo de mi firmeza.
CLAUDIA. Lo que hablan quiero escuchar.
CALVETE. Di, pues, quién eres, señor,
porque se alegre Belflor.
CLAUDIA. Si Belflor se ha de alegrar
con su venida, ¿quién duda
que es este el príncipe? ¡Ay, cielos!

ELENA. Calvete, algunos recelos
puesto me tienen en duda.
CALVETE. Si eres, Carlos, heredero
de Parma, ¿qué hay que temer?
ELENA. No he de darme á conocer
sin ver á Claudia primero.
CLAUDIA. ¿Verme quiere? Mi opinión
sigue, que amor se conquista
solamente por la vista.
No previne la ocasión.
¿Si está el cabello compuesto?
¿Si tengo igual el vestido?
¡Qué sin pensar me has cogido,
amor, en el lazo puesto!
CALVETE. El cielo las partes haga
de tu esposa.
ELENA. Sí, hará.
CLAUDIA. ¿Su esposa me llama ya?
Recíprocamente paga
mi amor, que es un ángel de oro
el principillo.
ELENA. No entiendas
que interés, belleza ó prendas
me han de vencer, que la adoro
y es mi esposa.
CLAUDIA. Que me adora
dice. Perdone el temor
que le he de hablar... ¡Ah, señor,
con tal silencio!
ELENA. ¡Oh, señora!
¿Conocéisme vos á mí?
CLAUDIA. El alma que profetiza
su dicha en vos solemniza
á Carlos.
ELENA. ¿Sois Claudia?
CLAUDIA. Sí.
CALVETE. Por Dios que nos ha escuchado.
ELENA. Dadme aquesa mano bella,
honraré mi boca en ella.
CLAUDIA. Aunque sois tan deseado
no sé si en parte me pesa
de que á verme hayáis venido.
ELENA. Pues ¿por qué he desmerecido
tanto bien?
CLAUDIA. No es la causa esa.
ELENA. ¿Pues cuál?
CLAUDIA. Habéisme pintado
allá en la imaginación
un ángel en perfección
y hermosura, y engañado
agora, vendré á perder
lo que en ausencia ganara
si por tan bella quedara,
porque jamás suele ser
igual el original
á lo que el deseo retrata.
ELENA. Nunca con igualdad trata
lo humano á lo celestial,
y siendo Claudia infinita,
tan rara beldad excede
á lo que mi ingenio puede
pintar.
CALVETE. ¡Pobre Margarita!
CLAUDIA. De vos la misma razón
alegar Carlos podría,
pues como visto no había
vuestro talle y discreción,
pintádaos el pensamiento
un mata hombres, enseñado
más al acero templado
que al dulce entretenimiento
con que el amoroso dios
hace en las almas su empleo;
pero su retrato veo
en lo niño y bello en vos.
Vamos, que quiero ganar
las albricias del marqués,
aunque siendo el interés
mío, yo las puedo dar.
ELENA. Impórtame por ahora
que no sepan mi venida.
CLAUDIA. Como mi dicha no impida,
norabuena.
ELENA. No, señora;
sólo es por cierto respeto
que después os contaré.
CLAUDIA. Vamos, pues, que yo os tendré
con el debido secreto
que pedís. Pero qué, ¿tanto
encubierto habéis de estar?
ELENA. Lo que tardase en llegar
un amigo. (*Ap.*) ¡Cielo santo,
ya yo entré donde no puedo
salir si no me sacáis!
En buen peligro, alma, andáis
por don Luis de Toledo.
CLAUDIA. ¿Hizo el cielo más hermoso
príncipe? Perdida voy.
ELENA. Vamos, que habéis de ser hoy...
CLAUDIA. ¿Qué?
ELENA. Mi esposa.
CLAUDIA. Y vos mi esposo.
(*Vanse.*)

ESCENA VIII

CALVETE *solo.*

Zampáronse allá los dos.
Yo no acabo de entender
qué fin tiene de tener
tanto embeleco.

ESCENA IX

Salen PEYNADO *y* MARGARITA *de labradora.*—DICHO.

PEYNADO. Par Dios,
que por más que os encubráis
sois Margarita Gonzaga.
MARGAR. ¡Arre allá; apartaos de zaga!
PEYNADO. Yo no sé si en pena andáis
desque os mató vuestro hermano,
mas vuestra empergeñadura
es su misma catadura;
encubriros será en vano.
Un responso y media misa
si andáis, Margarita, en pena,
os haré decir.
MARGAR. ¿No es buena
la tema en que da? Fenisa
me llamo. (*Ap.*) Si me conocen
en Belflor, perdida soy.
CALVETE. Señora: dichoso soy

en haberte hallado; gocen
mis labios tus pies.
MARGAR. ¡Verá
si escampan los desvaríos!
CALVETE. Calvete soy.
MARGAR. ¡Hola, tíos;
ténganse les digo allá!
CALVETE. ¡Oh! ¿zangamangas conmigo?
PEYNADO. Vos no debéis de saber
que anda en pena esa mujer
y está muerta: quitaos digo.
CALVETE. ¿Muerta?
PEYNADO. Sí, par Dios, yo oí
abrir su huesa en la huerta
do la enterraron.
MARGAR. *(Ap.)* Por muerta
me tienen.
CALVETE. Quita de ahí,
páparo.
MARGAR. ¿Mas qué he de echarlos?
¡Si no se van con mal huego!
PEYNADO. ¿Veislo?
CALVETE. Yo la haré que luego
vuelva la hoja.—Aquí está Carlos,
(Al oído.)
y si no vas á estorbar
que no hable á Claudia, par Dios,
que se picotean los dos.
MARGAR. ¿Cómo? Espera.
PEYNADO. Es escolar
y conjúrala al oído,
¿qué mucho se esté quedita?
CALVETE. Vuestro hermano, Margarita,
todo el suceso ha sabido
y presto vendrá á Belflor
con don Luis y don Diego;
Carlos está de amor ciego
por Claudia.
MARGAR. ¿Ciego de amor,
y por Claudia?
CALVETE. Aquesto es llano
si á la vista he de creer;
ahora acabo de ver
que se entraron mano á mano
donde, aunque esté Marco Antonio
confiado en él, par Dios,
que deben estar los dos
consumando el matrimonio.
MARGAR. ¡Alto! echó fortuna el resto
de mi pena y su rigor;
hoy abrasaré á Belflor.

ESCENA X

Sale JULIO.—DICHOS.

JULIO. Avisen á Claudia presto.
PEYNADO. ¿Qué hay de nuevo?
JULIO. Que ha venido
Carlos.
CALVETE. ¿Veslo?
PEYNADO. Ya me alegro.
JULIO. Con su padre y con su suegro
está.
CALVETE. Habrále persuadido
Claudia, después de gozada,
que se les dé á conocer.
JULIO. El desposorio ha de ser
hoy y luego la jornada,
que han de ir á dormir á Parma;
á Claudia voy á llamar.
Adiós. *(Vase.)*

ESCENA XI

DICHOS, *menos* JULIO.

MARGAR. ¿Hoy se han de casar?
Celos, toquemos al arma;
traedme el alma de Carlos,
para que la atormentemos.
PEYNADO. Pues ¿soy yo corchete de almas?
MARGAR. Tú eres el diablo Cojuelo.
PEYNADO. ¿Cojo me quieres dejar?
¿Quién diablos me metió en esto?
MARGAR. Métele en el calabozo
que llaman del menosprecio,
donde con fuego y azufre,
que es azul, le quemen celos.
¿No le traes?
PEYNADO. Ya voy por él.
Por el guisopo y caldero
voy al cura y monacillos:
¡Abernuncio, Jesús, *credo!* *(Vase.)*

ESCENA XII

DICHOS, *menos* PEYNADO.

MARGAR. Pasa tú aquí, Asmodeíllo,
que en tu compañía quiero,
como hay visita de cárcel,
que haya visita de infierno.
Tú días ha que condenado
estás.
CALVETE. ¡Zapel, eso reniego;
¿condenado?, ni aun de burlas;
¿por qué?
MARGAR. Por alcabalero.
CALVETE. Por alcahuete dirás.
MARGAR. Sí, que también el infierno
como el mundo, sin ser santos,
tiene su orden de terceros.
¡Oh, qué de oficios que están
abrasándose!
CALVETE. Acá dentro
no consienten vagamundos.
MARGAR. ¿Quién son éstos?
CALVETE. Pasteleros.
MARGAR. O ladrones, ojaldreros,
poca carne, mucho hueso,
moscas con caldo en verano,
macho picado en invierno:
enhornarlos con sus pelos.
CALVETE. Los de Italia serán esos,
porque los de España son
buenos cristianos.
MARGAR. Muy buenos.
CALVETE. Todos los que ves son sastres.
MARGAR. ¿Sastres son todos aquestos?
CALVETE. Sí, que comen con las puntas
de las agujas el huevo.
MARGAR. ¡Par diez!

CALVETE. Ellos son (1)
muy bellacos marineros,
pues viendo siempre la aguja
nunca atinaron al puerto.
¿No notas la multitud
de poetas como perros,
mordiéndose unos á otros,
no las carnes, mas los versos?
MARGAR. Tal es la hambre que pasan.
CALVETE. Por eso se andan royendo
las uñas todos.
MARGAR. No es poco
admitillos el infierno;
mas ¿cómo están con los sastres?
CALVETE. ¿Agora no sabes eso?
Porque cortan de vestir
y mienten siempre con ellos.
Esta es la volatería,
todo es plumas.
MARGAR. Ya te entiendo,
que en el infierno también
hay signos como en el cielo.
¿No es Carlos este que está
con Vireno padeciendo
por ingrato? Olimpa soy;
¡ah, villano; aquí te tengo!
(*Coge á* Calvete.)
Con los pies te he de pisar
ese corazón blasfemo.
Quien tal hace que tal pague.
CALVETE. ¡Que me matas!
MARGAR. ¡Tú me has muerto!
(*Vanse.*)

ESCENA XIII

Salen CARLOS, *el* MARQUÉS *y el* PRÍNCIPE.

MARQ. Otra vez me dad los brazos.
CARLOS. Y el alma, señor, con ellos.
PRÍNCIPE. Dichoso fin á sus canas
mis prolijos años dieron.
MARQ. Vayan á llamar á Claudia,
que es á quien de este contento
le toca la mayor parte;
hoy os llamará su dueño
y hoy entraremos en Parma.
CARLOS. ¿Cómo, gran señor, tan presto?
MARQ. Sí, Carlos; que es importante.
CARLOS. (*Ap.*) Si en ella una vez me veo
no tendría Margarita
queja de mí, ni sus celos
ocasión de nuevos llantos.

ESCENA XIV

Sale CLAUDIA.—DICHOS.

CLAUDIA. ¿Carlos? No puede ser eso.
MARQ. Ya, Claudia, vino tu esposo;
en él tienes un espejo
de nobleza y discreción,
de gentileza y esfuerzo;
dale la mano y los brazos.
CARLOS. Con los míos os ofrezco
un alma, cuyas potencias
están suspensas de veros.
CLAUDIA. ¿Qué engaño es este, señores?
¿Vos sois Carlos?
CARLOS. No merezco
ser vuestro esposo, mas soy
Carlos, de Parma heredero.
CLAUDIA. Eso ¿cómo puede ser,
si es Carlos un ángel bello
de mi guarda, á cuyos ojos
se rinden mis pensamientos?
MARQ. Estás sin seso. ¿Qué dices?
CLAUDIA. Yo bien puedo estar sin seso;
mas, dentro, en mi cuarto está
el Carlos á quien yo quiero.
PRÍNCIPE. ¿Hay confusión semejante?
MARQ. Id por él. ¿Qué es esto, cielos?
CLAUDIA. Yo le traeré y juzgaréis
lo que gano con el trueco. (*Vase.*)

ESCENA XV

Salen DON DIEGO, DON LUIS *y* MARCO ANTONIO. DICHOS.

LUIS. Aquí están todos; veamos
el fin de aqueste suceso,
pues si Carlos os ofende,
que hasta ahora no lo creo,
y á Margarita dió muerte,
todos tres satisfaremos
vuestro agravio.
DIEGO. Vida y honra
por [vos] perderá don Diego.
MARCO. Sois españoles, que basta.

ESCENA XVI

Sacan dos LABRADORES *á* MARGARITA *de los brazos, de pastora.*—DICHOS.

LABR. 1.º Gracias á Dios que en sí ha vuelto.
MARQ. ¿Qué es esto?
LABR. 2.º Mande su Esencia
poner en un aposento
esta mujer encerrada,
que habiendo perdido el seso
da en decir que es Lucifer
y Belflor es el infierno,
los que en ella estamos diablos,
y si no la detenemos
ya volara aquesta quinta
hecha polvos por el viento.
CARLOS. ¡Margarita de mis ojos!
MARGAR. ¿De tus ojos soy y en ellos
tienes á Claudia, traidor?
CARLOS. (*De rodillas.*)
No lo permitan los cielos,
sangre ilustre de Gonzaga.
Si en los generosos pechos
pueden más que los agravios
la piedad que vive en ellos,
tenedla de Margarita

(1) Este pasaje está viciado; y aun esta escena y la anterior parecen interpoladas. La locura pasajera de Margarita debía de ser más trágica que satírica, aunque no son ajenos de TIRSO estos rasgos que hoy parecen extraños.

y de mí, que en yugo tierno
ha un año que soy su esposo
y en su casa jardinero,
ó dadme perdón ó muerte.
PRÍNCIPE. ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay, triste viejo!
¿Quién es esta Margarita?
CARLOS. Del mayor contrario vuestro,
aunque ya es hijo, es hermana.
PRÍNCIPE. Si es Marco Antonio, primero
derramaré tu vil sangre.
MARGAR. (*De rodillas.*)
La garganta humilde ofrezco,
como á mi padre y señor.
MARCO. Y yo también este cuello
si vuestra gracia no alcanzo.
CARLOS. Mi Marco Antonio, aquí os tengo,
ya no temeré la muerte.
MARGAR. Cielos piadosos, ¿qué es esto?
¿Tendrán fin tantos pesares?
CARLOS. Dadnos perdón.
MARQ. Es muy presto.
CARLOS. *Quien da luego da dos veces.*
Ya el enojo es parentesco;
dos veces nos perdonáis
siendo infinitas ejemplo
de príncipes.
MARQ. ¿Qué he de hacer,
si ya no hay otro remedio?
MARCO. Perdón, señor, os pedimos.
MARGAR. Padre sois.
PRÍNCIPE. Yo os lo concedo
como le alcance mi hijo
del Marqués.
MARQ. Pues ya está hecho,
si el dar luego es dar dos veces,
yo os le doy.
CARLOS. Eres espejo
de Italia y del mundo todo.

ESCENA XVII

Salen CLAUDIA *y* DOÑA ELENA *de hombre.*—DICHOS.

CLAUDIA. El príncipe á quien por dueño
confiesa el alma es aqueste.
MARQ. ¡Cómo! Dadle muerte presto.
¡Ah, villano cauteloso!

ESCENA XVIII

Sale CALVETE.—DICHOS.

CALVETE. A pagar de mi dinero
que es príncipe y más.
MARQ. Matadle.
CLAUDIA. Señor, por su vida ruego,
(*De rodillas.*)
si no aborrecéis la mía.
ELENA. Un paje soy, que este enredo
en favor de Margarita
quise hacer.
MARQ. Matadle presto.
DIEGO. Eso no, gran señor, que es
una dama de Toledo
tan ilustre como hermosa.
CALVETE. ¡Válgate el diablo el Pacheco!
LUIS. ¿Es doña Elena de Luna?
DIEGO. Sí, que vuestro olvido y celos
la han obligado á poner
su vida y honor á riesgo.
La mano la habéis de dar
de esposo.
CLAUDIA. ¡Extraño suceso!
CARLOS. ¿Hay más cosas en un dia?
CALVETE. ¡Oh, príncipe embelequero!
DIEGO. Dadle esa mano.
LUIS. En España
se la juro dar, don Diego.
DIEGO. *Quien da luego da dos veces.*
LUIS. ¡Alto, pues!; dóisela luego.
MARQ. Claudia la dé á Marco Antonio,
á quien hago mi heredero.
CLAUDIA. Obedecerte es mi gusto.
MARCO. Esos pies humildes beso.
LUIS. Gocéis, Carlos valeroso,
con Parma el dichoso empleo
de Margarita.
CARLOS. A los dos
cuanto soy y valgo debo,
y pues que ya tiene esposa
don Luis, para don Diego,
guardo una hermana, y con ella
cuatro villas.
DIEGO. No merezco
tanta merced.
CALVETE. Eche un guante
para mí.
CARLOS. ¿Qué quieres?
CALVETE. Quiero
el ama que dió á mamar,
Carlos, á vuestro hijo bello,
que yo haré venga á crialle.
LUIS. ¿A la parida?
CALVETE. ¡Oh, qué bueno!
Yo soy quien la emparidé.
MARGAR. Yo el dote, Calvete, os debo.
Venga á criarme mi hijo
vuestra mujer.
CALVETE. Tus pies beso.
MARQ. Venid, que en Bolonia quiero
celebrarlos todos juntos
los ilustres casamientos.
CARLOS. Si es verdad, noble senado,
que conforme estos ejemplos
quien da luego da dos veces,
dad perdón á nuestros yerros.

LAS QUINAS DE PORTUGAL

COMEDIA ESCRITA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

DON ALFONSO ENRÍQUEZ, *Conde de Portugal.*
BRITO, *pastor, gracioso.*
DON EGAS MUÑIZ.
DON GONZALO.
UNA DAMA.
ALGUNOS PORTUGUESES.
DON PEDRO.
GIRALDO, *viejo.*
ISMAEL, *rey moro.*
LEONOR, *dama.*
ZULEMA, *moro.*
ALGUNOS MOROS.
UN MORO.
UN ALFAQUÍ.
UN NIÑO QUE HACE Á CRISTO.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Toda la fachada del teatro ha de estar de arriba abajo llena de riscos, peñas y espesuras, de matas, lo más virisímil y áspero que se pueda, imitando una sierra muy difícil, con las circunstancias que se dirán después. Por lo más alto de estas breñas saldrá BRITO, *rústico, con un bastón largo, disparando la honda, y por enmedio de las dichas peñas sale el* CONDE DON ALFONSO ENRIQUEZ *en hábito de caza, en cuerpo muy bizarro.*

BRITO. ¡Hao, que espantáis el cabrío!
¡Verá por dó se metió!
¡Valga el diabro al que os parió!
Echad por acá, ¡jodío!
¡Teneos el embigotado!
ALFONSO. Enriscado me perdí:
pastor, acércate aquí.
BRITO. Acercáosle, ¡qué espetado!
Pues yo os juro á non de San
que si avisaros no bonda
y escopitina la honda
seis libras de mazapán
(mejor diré mazapiedra)...
¡Hao, que se mos descarría
ell hato!
ALFONSO. Escucha.
BRITO. ¡Aún sería
el diablo! ¡verá la medra
con que mos vino! ¡Arre allá,
hombre del diabro!; ¿estás loco?
Ve abajando poco á poco,
no por ahí, hancia acá,
¡Voto á San, si te deslizas!...
ALFONSO. Acerca, dame la mano. (*Acércanse.*)
BRITO. Que has de llegar á lo llano
bueno para longanizas.
(*Dale el cabo del bastón y tiénenle ambos.*)
Agarraos á ese garrote:
¿Quién diabros por aquí os trujo?
(*Bajando.*)
Teneos bien, que si os rempujo
no doy por vueso cogote
un pito.
ALFONSO. ¿Qué sierra es ésta?
(*Bajando* Brito *hacia el* Conde, *asidos los dos al palo.*)
BRITO. La de Braga, hacia Galicia.
ALFONSO. ¡Notables riscos!

BRITO. Se envicia
hasta el cielo.
ALFONSO. ¡Extraña cuesta!
BRITO. Llámase Espanta ruínes.
ALFONSO. No sé yo que haya en España
más escabrosa montaña.
BRITO. Mala es para con chapines.
Dad acá la mano.
ALFONSO. Toma.
(Júntanse las manos y repara Brito *en el guante.)*
BRITO. ¿Hay mano con tal blandura?
O sois vagamundo ó cura.
Echad por aquesta loma;
con tiento ¡hao! que caeréis.
(Van bajando poco á poco de las manos.)
ALFONSO. ¿Hay peñas más enriscadas?
BRITO. ¡Manos de lana y peinadas!
¡qué guedejas, hao! Me oléis
á poleo. ¡Pregue á Dios
que no encarezcáis la lleña!
ALFONSO. No malicies.
BRITO. Pues ¿hay dueña
que las traiga como vos?
ALFONSO. ¿Nunca viste guantes?
BRITO. ¿Qué?
ALFONSO. Estos. (Simple es el villano.)
(Descálzase uno.)
BRITO. ¡Aho, que os desolláis la mano!
¿Estáis borracho? A la hé
que debéis ser fechicero.
El pellejo se ha quitado
y la mano le ha quedado
sana apartada del cuero.
Las mías ell azadón
las ha enforrado de callos,
pues que sabéis desollallos
hacedme una encantación;
ó endilgadme vos el cómo
se quitan, que Mari Pabros
se suele dar á los diabros
cuando la barba la tomo.
ALFONSO. *(Bajando.)* ¡Sazonada rustiqueza!
BRITO. Por aquí, que poco falta
de la sierra.
ALFONSO. Ella es bien alta
y escabrosa su aspereza.
BRITO. Y decid, por vuesa vida:
¿qué, se puede desollar
la mano sin desangrar
quedando entera y garrida?
ALFONSO. Anda, necio; la que ves
es una piel de cabrito
ó cordobán.
BRITO. ¡Pues bonito
soy yo!
ALFONSO. Adóbanla después
y ajustándola á la mano
del polvo y sol la defiende.
BRITO. ¿Sí? ¡Bueno! O sois brujo ó duende.
Vos pensáis por lo serrano
burlarme. ¿No está apegada
con la carne á esotra?
ALFONSO. No.
BRITO. ¿No os la vi desollar yo?
ALFONSO. Estaba en ella encerrada
como tu pie en esa abarca.
BRITO. Ataréislas por traviesas,
que ya yo vi manos presas
por retocar lo dell arca;
Mari Pabros me pedía
la mía de matrimeño
y yo, como amor lo enseño,
dándole á esotra vacía
burlada se quedaría
(Ya están abajo.)
si por Olalla la dejo,
que hay mano que da el pellejo,
pero no la voluntad,
y porque ya estáis abajo
adiós, que all hato me vó.
ALFONSO. Quiero desempeñar yo
las deudas de tu trabajo:
toma este anillo.
BRITO. ¿Este qué?
ALFONSO. Sortija: es de oro.
BRITO. Verá;
mijores las hay acá
de prata. Se le daré
á Mari Pabros. Señor:
¿qué es esto que relumbrina?
ALFONSO. Un diamante, piedra fina.
BRITO. Lo que llaman esprendor
el cura y el boticario.
ALFONSO. ¿Quién?
BRITO. Un par de entendimientos
que, á falta de pensamientos,
mos habran extraordinario;
y hay en nueso puebro quien
mos avisa esto que oís,
echan al centeno anís
para que mos sepa bien;
habran los dos tan prefundo
que los doy á Barrabás
y porque no es para más,
adiós, hasta el otro mundo. *(Vase.)*

ESCENA II

DON ALFONSO *solo.*

Dudo que puedan hallarme
en tan distante espesura
mis monteros. ¡Oh hermosura!
tú has venido á enajenarme
de mi gente y de mí mismo.
Es doña Elvira Gualtar
objeto digno de amar,
pero en el hermoso abismo
que mi memoria atropella,
anegadas mis pasiones
falto á mis obligaciones.
Dos ángeles tengo en ella,
dos niñas, que de mis ojos
niñas han venido á ser
para no dejarme ver
más que sus bellos despojos.
Soy conde de Portugal,
y por la madre y las hijas
ocupaciones prolijas
de un gobierno casi real
olvido. Pero ¿qué es esto?
(Suena música.)

ESCENA III

Abrese toda la montaña desde la mitad abajo, quedando descubierta una cueva capaz, toda entapizada de hiedra, flores y romeros, techos, paredes y suelo. En medio de una mesa de hierbas, y asentado en un peñasco, la cara á la gente, GIRALDO, *viejo venerabilísimo, vestido de estera de palma, con algunos libros como que los estudia; á un lado de la puerta de la cueva una palma, colgand: de ella las armas que aquí se dicen: las peñas por donde bajó el* CONDE, *levantadas agora, servirán á la cueva de chapitel y toldo.*

ALFONSO. Los peñascos, obeliscos
de esta sierra, entre sus riscos,
dividiéndose, han compuesto
entre su nevado espacio
un modo de solio regio
que de la aurora es palacio;
las peñas sus capiteles,
con majestad elevados,
techumbres suplen dorados;
hierbas sirven de doseles
que, entretejidas de flores,
trepan sus ramas inquietas
por jazmines y mosquetas
con brazos escaladores.
Desde el verde pavimento
hasta el florido artesón
da causa á la admiración
que le juzga encantamento.
Una senectud se eleva
prodigiosa y venerable
que, con respeto agradable,
el centro ocupa á la cueva;
trofeos son de esta palma
la espada, yelmo y arnés.
Algún héroe portugués
por la milicia del alma
los materiales olvida;
libros, estudioso, ojea;
¡qué bien sus ocios emplea!
¡qué bien retirada vida!
Amagos muestra divinos.
Toda el alma me ha robado.

(*Quiere retirarse asombrado y levántase* Giraldo *y sale, deteniéndole.*)

GIRALDO. Detén, huésped deseado,
el paso á tus descaminos.
Por dicha, ¿eres portugués?

ALFONSO. Por dicha y mucha lo soy,
pues las dichas que medro hoy
en verte son interés
el más nuevo que jamás
de mi discurso el exceso
apeteció.

GIRALDO. Según eso
al conde conocerás
Alfonso Enríquez.

ALFONSO. Criéme
en su casa y compañía,
y tanto de mí se fía,
que, para que más se extreme
la privanza afectuosa
con que siempre me estimó,
podré decir que él y yo
somos una misma cosa.

GIRALDO. Con eso ha calificado
dignamente la elección
de su mucha discreción;
pero ¿quién te ha derrocado
por aquestos pricipicios?

ALFONSO. Cazando, al conde perdí
no muy distante de aquí.

GIRALDO. Son honestos ejercicios
los que imitan la milicia,
ensayando entre las fieras
burlas que enseñan las veras
cuando es menos la codicia
de esa noble ocupación
y goza de paz su estado.
Yo sé que te habrá causado
justamente admiración
el verme, cuando penetras
soledades enriscadas,
colgar armas jubiladas
y dar el ocio á las letras.

ALFONSO. Dices, padre, la verdad.

GIRALDO. Pues para que se la cuentes
al conde, y los accidentes
de la fortuna en mi edad
última con más consejos
le hagan volver sobre sí,
siéntate, joven, aquí,
que los líquidos espejos
de esta fuente y lo habitable
de esta sombra, los acentos
de las aguas y los vientos
harán mi historia agradable.

(*Siéntanse sobre dos peñas.*)

GIRALDO.

En la ciudad de Oporto, donde el Duero,
para que nazca mar, expira río,
flor en botón, nací del cano Enero
de un tronco generoso, padre mío.
No sé, al nacer, lo que lloré primero,
ó su muerte ó mi vida que rocío
consume el sol que llora la criatura
el breve tiempo que su aliento dura.
Huérfano, en fin, en mi inocente infancia,
con poco amparo y menor herencia,
la industria supo hacer á la ignorancia
en mis primeros años resistencia.
Entorpece ociosa la abundancia,
y la penuria es toda diligencia.
Esta, pues, que el valor no desperdicia,
me llevó, ya mancebo, á la milicia.
Vino á Castilla el Conde don Enrique,
hijo cuarto del Duque de Borgoña,
ramo del francés lirio á quien dedique
triunfos la flor que en Portugal retoña,
porque eterno en Alfonso se fabrique
el regio asilo contra la ponzoña
del Alcorán, y con mejor fortuna
pise el sol de su cruz su media luna.
Sirvióse Alfonso el sexto de su espada,
siempre fiel y á su lado vencedora;
ya en su fortuna adversa, aunque amparada
del toledano alarbe (si hay fe mora)
ya en la propicia con la destinada
muerte del rey, su hermano, que en Zamora
infancias dió á Bellidos y escarmientos
á monarcas que quiebran juramentos.

A la sombra, pues, yo de la milicia
del héroe Enrique, borgoñón famoso,
medré con su privanza, la noticia
del marcial ejercicio siempre honroso
rey en León, Castilla y en Galicia,
Alfonso el sexto, y para mas honroso
blasón que siempre el africano tema
imperial en sus sienes la diadema:
á nuestro Enrique con su gente envía
por capitán de la conquista santa
que oprime la otomana tiranía,
llora la iglesia y la blasfemia canta.
Partí con él, y mereció en Suría
por muestra del valor que le adelanta
del Papa Urbano, que quien es conoce,
que uno le elija entre sus pares doce,
presuma numerar los que desata
átomos, esa antorcha de los cielos,
oro en la arena, en las estrellas plata,
al viento soplos y á las aves vuelos;
¿quién á lo que hizo Enrique en Damiata
y en Antioquía atreva paralelos?
que no hay bastante, cuando afecte suma,
bronces á estatuas ni á vitorias pluma.
Entró Godofredo, en fin, triunfante
en la ciudad gloriosa en que la vida
el Dios de amor perdió de puro amante,
ingrata, y de su púrpura teñida
de aquélla que creyéndola diamante
Melquisedec fundó, y ennoblecida
sobre cuantas el sol dora y conoce,
metrópoli amparó en los tribus doce.
Allí, después que nuestro Enrique alcanza
fama inmortal, que encarecer no puedo,
único premio suyo, su alabanza,
le enriqueció el glorioso Godofredo
con el divino hierro de la lanza:
bañado en gozo al referirlo quedo,
hierro que abrió de amor todo el abismo,
sangre á la redención, agua al bautismo.
Dióle más, una parte sacrosanta
de la diadema regia, la corona
que con tanta crueldad y espina tanta
á Dios castiga, porque Dios perdona,
de aquel árbol un trozo, aquella planta
que la granada augusta nos sazona,
pechi-abierta, purpúrea, coronada,
que en el altar es pan, si allí granada.
Añadióle con esto una sandalia,
depósito preciso del aliño
que produjo más flores que Thesalia,
que vistió más purezas que el armiño,
que el ámbar, que el almizcle, que la algalia,
que el amor, que el deleite, que el cariño,
de Pafos de Pancaya en flores bebe,
de María sandalia urna de nieve.
De Magdalena, como blanca espuma
una toca de aquella enamorada
pirausta de su Dios, sin que consuma
incendio tanto, tanta fe abrasada
el brazo de San Lucas que en la pluma
y en el pincel nos feria trasladada
al oído la fe, copia á la vista,
su médico, pintor y evangelista.
Victorioso volvió con tanta empresa
á los brazos del Rey, que le recibe
en Toledo, triunfante, y le confiesa
que en el Asia por él su fama vive.
Premióle, yerno suyo, con Teresa,
carísima hija suya, y le apercibe
á que por juro de heredad posea
á Portugal y Conde suyo sea.
Dióle en mi patria á la ciudad de Oporto,
á Coimbra, á Viseo y las amenas
regiones que en espacio y sitio corto
bañan de Duero y Miño las arenas;
la Beira y Tras os Montes; y le exhorto
que debele las lunas sarracenas,
á cuyos africanos desleales
diez y siete batallas dió campales.
En Guimaraes su corte constituye,
desde ella gana la ciudad de Ulises,
la gran Lisboa, en quien el Asia incluye
profética opresión de sus países.
¡Oh Menfis española! el tiempo que huye
con plumas de sus años, á que pises
te destina los indios Dulimanes,
de zamorines, chinos y hildocanes.
Con católicas mitras las cabezas
ciñó de Braga, hispana primacía,
de Oporto y de Coimbra: ¿qué grandeza
no adquiriría á quien Dios su culto fía?
En Viseo, en Lamego, entre asperezas
otras dos catedrales también cría.
Salomón en la paz, cuyos ejemplos
pontífices colocan, labran templos.
Siempre á su lado yo, siempre valido,
aliento su valor, sigo su fama;
pero una vez, por verle divertido
en los amores ciegos de una dama,
de mis fieles consejos ofendido,
mariposa á la luz de inquieta llama,
de su corte y condado me destierra;
trueco su indignación por esta sierra.
Vivido la he su huésped cuarenta años,
colgando de esa palma, entre trofeos,
escarmientos que medran desengaños,
ambiciones que mueren en deseos.
Las encinas robustas, los castaños,
han suplido al sustento los recreos
de la gula, que á tanto vivo incita,
dichoso quien lo menos necesita.
Supe (no me preguntes de qué suerte),
que cumplió el magno Enrique con la paga
fatal, ejecutora al fin la muerte,
y que con la condesa yace en Braga;
que Alfonso Enríquez, cuyo brazo fuerte
del valor heredero que propaga,
no sólo en sus Estados le sucede,
sino que aventajarle en triunfos puede.
Que nació lastimando compasiones,
pegadas con las piernas las rodillas,
que don Egas Muñiz con oraciones
mereció en su salud ver maravillas;
que, joven, se sujeta á sus pasiones,
y en vez de valeroso reprimillas,
á una mujer las postra, por que iguale,
haciendo que hile, á Alcides con su Onfale.

(Levántanse.)

¡Oh joven esclarecido! Tú eres éste,
tu rama de Borgoña y de las lises
del sexto Alfonso nieto manifieste
en ti su sangre, porque alarbes pises;
huye esa Circe, contagiosa peste;

pues heredas á Ulises, sigue á Ulises,
y no te canses en hacer buscarme,
que hasta el mayor aprieto no has de hallarme.
(Éntrase en la cueva y ciérrase como primero.)

ESCENA IV

ALFONSO *solo.*

Volvió á cerrarse la roca
del prodigio pedernal,
y aun no ha dejado señal
de adónde tuvo la boca.
Alma es que á su centro toca
la senectud venerable
de su huésped, cuanto afable,
digno tanto de respeto,
ocultómele, en efecto,
su depósito admirable.
¡Válgame Dios! ¡Que de suerte
me haya el veneno adormido
de una beldad! ¡Que haya sido
forzoso que me despierte
un retrato de la muerte!
¡Que sea tal el frenesí
que sin seso apetecí,
que ocasione de este modo
á que se abra un monte todo
para que yo vuelva en mí!
Predicóme un casi muerto
que este sepulcro escondía,
y aunque en desierto, alma mía,
no es predicar en desierto;
túmulo es el que se ha abierto
en este monte excesivo,
y ya por él me apercibo
á que, tirando la rienda,
ni un mármol me reprehenda
ni un muerto predique á un vivo.

ESCENA V

Salen DON EGAS, DON GONZALO, DON PEDRO, BRITO *y otros.*—DON ALFONSO.

BRITO. Digo que, según las señas
que á sus mercedes oí,
es el mismo que por mí
no dió desde aquesas peñas
al valle cogote abajo.
El ha de ser un garzón
entre lampiño y barbón,
que tieso lo pisa y huella,
y al revés de los cristianos,
tiene dos pares de manos
y sin sangre las desuella;
en lo demás muy buen hijo,
pues cuando del puesto abaja,
por quitarme allá esta paja
no da menos que un sortijo.
(Muéstrasele.)

GONZALO. Este es suyo.
EGAS. Y este el Conde.
ALFONSO. Pues, amigos.
GONZALO. Gran señor,
el gozo tras el temor
más alegre corresponde
á la esperanza y deseos;
los pies pido que nos des.
BRITO. ¿Para qué querrán los pies?
ALFONSO. Perdíme entre los rodeos
de este bosque y selva espesa.
EGAS. Vuestra Alteza, conde, ha dado
un susto á nuestro cuidado.
BRITO. ¿Que se llama Cosme Artesa?
Sabrélo de aquí en delante.
GONZALO. Bueno Portugal quedara,
conde infante, si os llorara
perdido.
BRITO. ¿Cosme Elefante
es también y Cosme Artesa?
Tendrán por allá los hombres
como las manos los nombres
á pares. Señor, me pesa
de no herle mercé enfenito;
un pastor es ignorante,
pues si él es Cosme Elefante
y Artesa, siendo yo Brito,
es siempre la gente nuesa;
pero su perdón me dé
que desde hoy le llamaré
Cosme, Elefante y Artesa.
ALFONSO. Cese, don Egas Muñiz,
la caza que Marte ensaya;
Gonzalo Méndez de Amaya,
Pedro Páez, Duarte Ruiz,
logremos las esperanzas
que el valor busca en las veras;
si hay moros, ¿para qué fieras?
¿Para qué bosques, si hay lanzas?
No cubra el orín arneses
que la ociosidad infama
cuando el asombro nos llama
invencibles portugueses.

ESCENA VI

Sale DON GONZALO *con un escudo que tenga en campo de plata una cruz azul atravesada, como está.*—DICHOS.

ALFONSO. Dadme, Gonzalo, ese escudo;
en él mi progenitor,
por alentar mi valor,
las azules bandas pudo
esmaltar que el blasón franco
á su ascendencia donó;
pero mi padre estimó
en más, dejándolo en blanco,
que con victoriosas pruebas
sus hazañas laureadas,
en vez de las heredadas,
le adquiriesen armas nuevas;
y después que éstas á luz
sacaron de esas proezas
las no imitadas grandezas,
puso la celeste cruz
en campo de limpia plata,
en fe que Jerusalén
las suyas quiere que den
premio á quien en Damiata
triunfó del egipcio espanto;
cruz azul, señal del cielo
con que restituyó al cielo

de Dios el sepulcro santo.
En esta cruz, pues, divina
jurad todos, yo el primero,
no desnudar el acero
(*Chirimías.*)
mientras la alarbe ruina
á mi Portugal posea,
mientras la secta lasciva
en nuestras comarcas viva.
Esto, vasallos, desea
vuestro conde, vuestro infante,
sucesor de Enrique y nieto
de Alfonso rey.
(*De rodillas, cada uno la mano sobre la cruz del escudo.*)

EGAS. Yo prometo,
mientras adorne el turbante
morisco la media luna,
no desnudar el arnés.

GONZALO. Valor tengo portugués;
yo seguiré tu fortuna.

PEDRO. Lo mismo juro.

ALFONSO. Pues alto,
lusitanos belicosos,
despejad bosques ociosos,
que si los muros asalto
de Santarén, y allí dejo
enarbolada la cruz,
yo haré que el moro andaluz
nos desocupe á Alentejo.

BRITO. ¿Y seré yo si le sigo
también valiente, señor?

EGAS. ¿No eres portugués, pastor?

BRITO. ¡Y cuómo!

EGAS. Vente conmigo,
que el serlo sólo te basta.

BRITO. Mari Pabros, adiós, pues,
que va Brito portugués
á her en Mahoma casta.

PEDRO. ¡Viva nuestro conde infante,
sol de la luz portuguesa!

BRITO. ¡Viva nuestro Cosme Artesa,
Cosme Artesa y Elefante! (*Vanse.*)

ESCENA VII

Salen retirándose de un MORO DOÑA LEONOR *y una* DAMA *suya.*

DAMA. Retírate, que se acerca.

LEONOR. ¡Que se atreviese hasta aquí
este bárbaro!

ESCENA VIII

Sale ISMAEL. — DICHAS.

ISMAEL. Perdí
el lance; entróse en la cerca.

LEONOR. Subamos al homenaje;
veremos lo que este perro
pretende.

ISMAEL. Amor: de este encierro
sacad mi sol, que es ultraje
que, rayo de pluma vos,
cuando se subiera al cielo,
no alcanzárades su vuelo.
¿Para qué os blasonáis dios,
si ni con flechas ni llamas
habéis podido vencer
el curso de una mujer?
¡Ah de mi gente!
(*Arriba* Doña Leonor.)

LEONOR. ¿A quién llamas?
Alarbe loco: ¿qué intentas?
Este castillo, ¿no sabes
que fía su guardia y llaves
á un portugués que en sangrientas
lides partió más turbantes
que seca Agosto amapolas,
que el Tejo se viste de olas,
que al cielo bordan diamantes?
¿Sabes que es Vasco Cautiño
su alcaide y que mi padre es?

ISMAEL. Sé que es el sol portugués
desde que el hermoso aliño
con que dora sus cabellos
á los vuestros trasladó,
para que, abrasado yo,
fénix me consuma en ellos.
Sé que, aunque pena no os da
mi esperanza por vos seca,
sois mi Mahoma, mi Meca,
mi sol, mi cielo, mi Alá;
sé, en fin, siempre que os diviso,
que á unirnos el ciego dios
os preciara más á vos
que á todo su paraíso.

LEONOR. Pues ¿tus moros qué dirán
contra tu Alcorán blasfemo?

ISMAEL. ¿Qué moros, si á Alá no temo?
Vos sola sois mi Alcorán.

LEONOR. ¿Cómo á pasar te atreviste
de esotra parte del Tejo?

ISMAEL. Por ver si todo su espejo
llamas de mi amor resiste;
mas son mis incendios tales
que, después que le pasé,
mi contagio le pegué,
y en vez de correr cristales
corre llamas, todo ardores;
llamas sus vecinas ramas,
sus peces son todos llamas,
llamas sus riscos y flores.

LEONOR. (*Cáesele un guante.*)
¡Ay cielo! Cayóseme
un guante. Déjale, moro.

ISMAEL. (*Cógele.*) ¿Que le deje cuando adoro
marfil de quien funda fué?
Cifraré en él mis venturas,
y ya que la mano no,
el telliz que la cubrió,
urna de cinco hermosuras,
plantel de tanta mosqueta,
ocaso de tanto sol,
nube de tanto arrebol,
aljaba á tanta saeta,
mi esperanza de él vestida
será mi mayor tesoro.

LEONOR. Déjale, bárbaro moro,
que te ha de costar la vida.
¡Ah del castillo, ah soldados!

ISMAEL. Dile á tu Vasco Cautiño

que, mientras que con él ciño
un alma toda cuidados,
por ser del alba española,
le procure restaurar,
que mi lanza ha de adornar
por divisa y banderola;
que junto al Tejo, Ismael,
Rey de toda Extremadura
le aguarda, que su ventura
pruebe y que venga por él.

LEONOR. No es digna suya esa empresa;
yo te quitaré arrogante,
con la torpe vida, el guante, (*Al arma.*)
que soy Leonor portuguesa. (*Vase.*)

ESCENA IX

Sale ZULEMA, *moro.*—ISMAEL.

ZULEMA.

Defiende, Rey invicto,
exaltación de lunas sarracenas,
tu corona y districto,
si mientras que conquistas las ajenas,
esparciendo tus copias,
no quieres esta vez perder las propias.
Alfonso Enríquez, conde lusitano,
infante de Castilla,
nieto de Alfonso sexto soberano,
hijo de Enrique, á quien postrada humilla
la cerviz arrogante
del otomano el célebre turbante,
el Tejo armado pasa
y con un escuadrón, si en suma breve,
inmenso en el valor, incendio abrasa
tus tierras, rayos ellos, ellas nieve;
y por que tu diadema le corone,
á Santarén se acerca y sitio pone.

ISMAEL.

¡Cobarde! ¿de eso muestras
el miedo infame que en tu pecho mides?
¿Anuncias dichas nuestras
y albricias no me pides,
cuando si el Tejo por su daño pasa
la dicha de tal bien se me entra en casa?
¿No reino en Badajoz? Extremadura,
¿no es noble herencia mía?
¿No tengo en lo mejor de Andalucía
cuanto entre valles, riscos y espesura
ciñe Sierra Morena
con más vasallos que su falda arena?
Cinco reyes con parias me tributan,
á camellos, el ámbar, oro y plata,
las bengalas, el nácar y escarlata
con que al gusano tejedor disfrutan
y entre aromas arabios
estiman en mis pies poner sus labios.
Cada cual de éstos tiene
cincuenta mil armígeros alarbes,
que si ese Alfonso viene,
los fosos, las murallas, los adarbes
cubrirán como á Ceres los manojos
de cimitarras y bonetes rojos.
Llegue ese mozo ciego;
la presunción se acerque lusitana,
que presto las orillas del Mondego,
reconociendo á las de Guadiana,
con el acero que monarca ciño,
al Tejo juntarán el Duero y Miño. (*Vase.*)

ESCENA X

Toquen marcha, y sale el CONDE ALFONSO ENRÍQUEZ, DON EGAS, DON GONZALO, DON PEDRO *y* SOLDADOS.

ALFONSO. Lusitanos invencibles,
luz del blasón portugués,
asombro un tiempo de Roma
y rayos de su laurel,
siempre la primera hazaña,
si llega á lograrse bien,
alienta con más valor
las que se siguen después.
Pasado habemos el Tejo;
al margen hermoso de él,
sobre una peña tajada
se blasona Santarén
inexpugnable al asalto;
deleitoso, capitel
sirve á ese risco, diademas
donde el sol asiente el pie.
Su fundación, que compite
con los tiempos, corto fué
de Avidis, que agricultor
heredó á Gargoris rey
la corona y las hazañas,
Gargoris heroico, aquel
construidor de los enjambres
repúblicas de la miel,
aquí alimentando á Avidis
con su néctar, merecer
pudo á Santarén el nombre
de Escalabis (esto es
lo que en latín *esca abidis*,
manjar de Abidis), si bien
le mudó la virgen mártir
Santa Inés, en Santarén.
Desde el infelice godo
hasta ahora lo posee
la blasfemia desbocada,
y en nombre suyo Ismael;
descuidados tiene el ocio
sus bárbaros, y ya veis
que la presteza asegura
más victorias que el poder.
Escalémosla de noche,
por que cuando el sol nos dé
entre celajes del alba
perfiles de rosicler,
tremolando en sus almenas
la cruz que á Jerusalén
restauró mi padre Enrique,
sus lunas postre á los pies.
Pocos somos, si al asalto
cuenta del número hacéis,
si del valor infinitos,
porque cada portugués
es un ejército, un campo,
un escuadrón, un tropel
que eminentemente cifra
más héroes que Apolo ve.
Pase del sueño á la muerte
tanto Holofernes cruel;
Judit es nuestra justicia,

su alfanje en mis manos veis.
Dadme esta villa, soldados,
y con César cantaré
desde hoy, *veni, vidi, vici*,
vine, vi y llegué á vencer.

EGAS. No necesitas, gran conde,
de alientos para encender
pechos que ya son volcanes,
valor que ya es Mongibel.

GONZALO. Morir ó vencer juramos,
ó morir hoy ó vencer.

PEDRO. Del pavés sobre sus muros,
ó muertos sobre el pavés.

ALFONSO. Estas son sus torres altas;
el escalador cordel
nos facilita el silencio.

EGAS. ¿Qué es escala ó para qué?
Arrimándome á una pica,
talares llevo en los pies
para volar por sus muros,
no huyendo para correr.

ALFONSO. ¡Oh, portugués Viriato!
¡Oh, escuadrón invicto y fiel!
Viva la cruz! (*Al arma.*)

TODOS. ¡Viva Alfonso!

ALFONSO. ¡Viva, decid, nuestra ley!
(*Desnudan las espadas y éntranse, y dicen dentro, tocando á guerra.*)

MORO 1.º ¡Aquí de la villa, Alarbes,
las murallas socorred,
que el cristiano nos la usurpa!

MORO 2.º ¡Que nos entra á Santarén!
(*Entrando y saliendo, pelean moros y cristianos.*)

EGAS. ¡Ah, perros! en vuestra sangre
pienso hoy apagar la sed
que ha tanto que me provoca.

MORO 1.º Huye, Hamete. (*Arma.*)

MORO 2.º Huye, Muley.

ESCENA XI

Salen dos MOROS *dando de cuchilladas á* BRITO, *que sale de soldado gracioso.*

BRITO. Estése quedo, le digo.
¿No hay son pegar y correr?
¡Verá la tema en que han dado!
Yo, ¿qué le he hecho?

MORO 1.º Vengaré,
cristiano vil, en tu vida
tantas muertes. (*Dale en el broquel.*)

BRITO. ¿Otra vez?
¿han vido y cómo sacude?

MORO 2.º No ha de quedar portugués
que no destroce este brazo. (*Dale.*)

BRITO. Médico debe de ser;
compre mula y traiga guantes,
matará de cien en cien
con los botes de botica,
balas de pugín y hamet,
flechas de un récipe escrito,
pólvora en polvos de sen,
espátulas por espadas,
julepes de Locifer,
que yo, señor, no me purgo;
mas si purgo, acérquese,
que si el doctor cursos cuenta,
ya pasan en mí de diez.

MORO 1.º Muere, perro, y no hables tanto.
(*Dale.*)

BRITO. ¿Perro yo? Debe querer,
si me mata, dar conmigo
perro muerto á la mujer.
Quedo, ¿no ves que soy moro?

MORO 1.º ¿Moro tú?

BRITO. Pues ¿no lo ves?

MORO 2.º ¿De Santarén?

BRITO. Sí, señores,
moro soy de *santi-amén*.

MORO 1.º Pues ¿por qué en cristiano traje?

BRITO. Estuve al cabo una vez,
y prometíle á San Roque
ó á su perro de traer
esta ropa un mes entero.

MORO 2.º ¡Oh, blasfemo! (*Dale.*)

BRITO. Pues un mes
el hábito no hace al monje.

ESCENA XII

Salen DON EGAS *y* DON ALFONSO.—DICHOS.

EGAS. Gracias al cielo se den,
que ya es Santarén cristiana;
ya Sión, si fué Babel.

ALFONSO. Ea, don Egas Muñiz:
(*Vase el un* Moro.)
¡viva nuestra santa fe!
(*Entrase el* Rey.)

ESCENA XIII

DICHOS, *menos un* MORO *y el* REY.

BRITO. Señor don Agraz Muñoz,
socórrame su mercé,
que este moro da en pegarme
sin por qué ni para qué.

EGAS. Pues ¿por qué tú no le matas?

BRITO. Nunca en el quinto pequé
ni he aprendido á matar galgos,
porque no son de comer.

EGAS. ¡Ah, cobarde!

BRITO. ¿Qué quería?

EGAS. ¿Eso dice un portugés?

BRITO. Péguelos en caperuza,
quizaves me avezaré.

EGAS. Pues mira, así has de matarlos.
(*Dale al* Moro.)

MORO 1.º ¡Válgame Mahoma!
(*Cae muerto dentro.*)

BRITO Amén.

EGAS. De este modo se pelea.

BRITO. ¿Y este murió? (*Arma.*)

EGAS. ¿No lo ves?

BRITO. Muerte ha sido sopitaña,
no hiciera más á traer
el alma el moro á la posta;
pero, aguarde, y le daré
al primero que topare,
como á esotro, pan y nuez. (*Arma.*)

ESCENA XIV

Salen otros MOROS *todos peleando.*—DICHOS.

MORO 2.º ¡Yo venderé bien mi vida!
BRITO. Pues yo vos la compraré.
(*Dale* Brito, *y cae el* Moro *dentro.*)
MORO 2.º ¡Ay, Alá!
BRITO. Lo que hay allá,
perrengue, es resina y pez. (*Riéndose.*)
Pardiez, que caen como moscas;
si sale otro volveré
á asegundar coscorrones.
MORO 3.º La vida llevo á los pies.
BRITO. Si vos libráis de mis manos.
(*Dale, y cae dentro.*)
MORO 3.º ¡Muerto soy!
BRITO. ¡Zape; pardiez
que tras esta matación
las manos me he de comer!
¿Que aquesto era matar moros?
De aprendice puedo ser
protomédico de galgos;
pues yo os juro, á non de diez,
que yo desemperre á España.
TODOS. ¡Victoria!
GONZALO. Ciña el laurel
tus sienes, Alfonso invicto.
(*Entranse.*)

ESCENA XV

Salen tres MOROS *contra* BRITO.

MORO 2.º Rayo es este portugués:
huir, moros, de su furia. (*Huyen.*)
BRITO. De mis manos no podréis,
porque estó engolosinado.
MORO 1.º Uno es solo y somos tres;
pues la fuga nos impide,
¡á él, amigos! (*Arma.*)
TODOS. ¡A él!
BRITO. ¿A mí, alcurcuces, á mí?
Pues agora lo veréis.
(*Mételos á cuchilladas y tocan al arma.*)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON EGAS MUÑIZ Y DON GONZALO.

GONZALO. Nuestro conde infante es santo,
porque no es inconveniente
ser religioso y valiente.
EGAS. Séalo, pero no tanto
que le lleven á su coro
los canónigos seglares
y las armas militares,
que son espanto del moro,
cubra la sobrepelliz
cada noche en los maitines.
GONZALO. Ansí consigue sus fines
dichosos, Egas Muñiz.
La espada y la disciplina
hacen una consonancia
de milagrosa importancia.
David era en Palestina
el más bélico monarca,
y entre sus triunfos diversos
cantaba salmos y versos
danzando delante el arca.
A Efod que se vestía
era lo mismo que ahora
la sobrepelliz, no ignora,
quien sabe su valentía,
que él mismo, hablando con Dios,
dice que se levantaba
á media noche, y cantaba
sus loores; juzgad vos
si es bien, cuando este interés
nos postra rendido al moro,
que Alfonso en el campo y coro
sea David portugués.
EGAS. Basta haberle edificado
al cielo tanto convento
para obligarle que atento
su vida ampare y estado.
El célebre monasterio
de Santa Cruz de Coimbra,
cuando conquistó á Cecimbra,
y del africano imperio
sacó á Elvas, al Francoso
Serpa, Corbele, Alanquer
y otros mil que en su poder
hacen su nombre famoso,
fundó rico con las rentas
que á sus canónigos dió
cuando á Santarén cercó;
haciendo con su Dios cuentas,
ofreció por su conquista
al santo de Claraval
para un monasterio real
cuanto alcanzare la vista
desde una cuesta eminente,
los campos y posesiones,
siendo sus ojos mojones
de esta fábrica excelente.
Mil monjes ahora encierra
este edificio gallardo.
Obligado San Bernardo
á patrocinar su guerra
y á alcanzarle sus victorias,
desde Francia, donde vive,
le comunica y escribe:
materia dé á las historias
nuestro Alfonso con la espada,
y los monjes del Cistel
recen y canten por él;
allá María elevada,
y Marta acá solicite
con las manos el acero.

ESCENA II

Sale DON ALFONSO ENRÍQUEZ *y trae puesto sobre las armas un roquete.*—DICHOS.

ALFONSO. Egas Muñiz: lo primero,
porque amparo os facilite,
es Dios, que lición nos da

de que su reino busquemos
y por él conseguiremos
lo demás. ¿Por qué será
desdoro de un rey (que esfuerza
con oraciones su celo)
conquistar primero el cielo
si el cielo parece fuerza?
No se proporcionan mal
ni el tiempo se desperdicia
con la terrestre milicia
la milicia celestial,
ni del valor portugués
será acción menos feliz
con Dios la sobrepelliz
que con el moro el arnés.
Lo uno y otro al cielo agrada
alentando el corazón,
con Moisés en la oración
y Josué con la espada,
porque ésta sola promete
poca dicha; este es mi voto
y quitarme este roquete,
que desde el coro dirige
el cielo mejor mi estado.

EGAS. Yo hablé, en fin, como soldado,
sin saber lo que me dije.
Pelead ¡cuerpo de Dios!
y rezad también, Alfonso,
con la espada y un responso
huirá el morisco de vos;
comunicad serafines
entre monjes en el coro,
y acobardaráse el moro
mientras vos cantáis maitines,
que yo desde ahora os juro
seguir siempre vuestro lado
engerto en fraile y soldado.

ALFONSO. Y yo el premio os aseguro.
Pero ¿qué es esto?

ESCENA III

Tocan un clarín y sale poco á poco ISMAEL *sobre un alazán, con adarga y lanza, y en el extremo de ella, en lugar de banderola, el guante de* DOÑA LEONOR.—DICHOS.

PEDRO. La vega
mide un moro airoso y fiero
sobre un alazán ligero.

EGAS. Hacia nuestros muros llega.

ALFONSO. ¡Bizarro alarde!

EGAS. ¡Infelice!
á lo menos, si me aguarda.

ALFONSO. ¡Presencia ostenta gallarda!
Veamos lo que nos dice.

ISMAEL. Conde Alfonso lusitano,
que del árbol borgoñón
blasonas ser rama ilustre;
pimpollo de aquella flor
que pone Francia en sus armas,
nieto de Alfonso, león
que, conquistando á Toledo,
se intitula Emperador;
á Santarén me ganaste,
no de valor á valor,
precediendo desafíos
y partiendo el campo el sol,
sino hurtando á las tinieblas
la enlutada confusión
de noche, más que soldado,
codicioso escalador.
Préciate de la conquista
que su descuido te dió,
pues huye siempre las luces
el pirata y salteador;
que yo (no con los engaños
del silencio obscuro, no
cohechando al sueño perezas,
tapando al bronce la voz),
sino en la mitad del día,
solo (si es que solo estoy
cuando cuantos héroes viven
me llaman su comprehensión);
á vista de esos cobardes,
tímido y breve escuadrón
que de Ulises descendiente
sus ardides le heredó,
digo que asaltar murallas
de noche, sin prevención,
es infamia, es cobardía;
no es hazaña, no es valor.
Ismael, me tiembla el orbe;
rey me llama Badajoz,
su príncipe Extremadura,
la Vandalia su señor:
sólo domina en mi pecho
hermosa constelación,
una beldad portuguesa;
feliz, pues su esclavo soy;
doña Leonor es, Cautiño,
porque sola tal Leonor,
por lo que de leona tiene,
amansara tal león.
Conde, suyo es este guante,
del muro se le cayó;
en mi fe de más estima
que de Asia la posesión.
El castillo de Palmela,
con las llamas de mi amor
conquisté, dando á su alcaide
honras por matarle yo.
Llevéme á Leonor conmigo
imperiosa su prisión,
pues, cautiva, la obedezco
pues me vence vencedor;
yo he jurado á su hermosura,
si en vosotros hay valor,
por cada dedo del guante
un portugués, el mejor.
De esta prenda y de su dueño
será la restauración
el que á vencerme se obligue,
uno á uno ó dos á dos;
al extremo de esta lanza
sirve de airoso pendón:
rescatadle, portugueses,
que salvoconduto os doy
para los campos de Obrique,
donde Marte convocó
cinco ejércitos alarbes
de quien rey único soy.
Ducientos mil africanos
enjambres inmensos son

que al Tejo el cristal agotan,
al valle y monte la flor.
Cobardes, allí os espera
Ismael, Marte español.
Parca que os hiela las vidas,
rayo que Arabia forjó,
segundo Alá, otro Mahoma
de Alcides competidor,
pestilencia del baptismo,
de su iglesia contagión,
cuchillo de portugueses,
Atila, azote de Dios
y Ismael, que vale más
que el cielo, que Alá, que el sol.
(*Vase.*)

(*Vuelve á tocar el clarín.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* ISMAEL.

EGAS. Frenético, espera, arguarda.
ALFONSO. Dejad que al cielo Nembrot
quimerice Babilonias,
llorará su confusión.
Las manos, y no las lenguas,
amigos, en la ocasión
precisa consiguen triunfos
y dan asiento al valor;
de lengua es forma la espada,
vocinglero el vil temor;
espere en su muchedumdre,
que yo sólo espero en Dios.
Trece mil soldados tengo,
cada cual un Cipión,
un portugués Viriato,
un Hércules vengador;
ducientos mil los infieles,
numerosa ostentación,
ceros que por sí son nada,
mosquitos de Faraón.
Lusitanos, alto, á Obrique,
que cuanto fuese mayor
la suma de los contrarios,
tanta más ganancia os doy
de su despojo y riquezas;
la cruz es nuestro blasón,
armas que dió á Portugal
mi excelso progenitor;
con su señal Constantino
los tiranos debeló;
su mesmo celo me guía,
yo Conde, él Emperador;
la victoria tenéis cierta.
GONZAL. ¡Oh, gloria de tu nación!
al arma, que la fortuna
de César llevamos hoy. (*Alarma.*)

(*Vanse, si no es* don Egas.)

ESCENA V

DON EGAS *solo.*

¿Captiva mi Leonor? ¡Cielos!
¿Presa la beldad que adoro,
usurpador suyo un moro
y ya africanos mis celos?
Eso no, mientras yo viva,
que es oprobio portugués;
yo haré que postre á los pies
de mi adorada captiva
la alarbe y torpe cerviz
el sacrílego arrogante;
yo haré finezas de amante
y hazañas de Egas Muñiz;
salvoconducto me da,
mas quien torpe desatina
sin guardar la ley divina
mal la humana guardará;
juntemos la industria, pues,
al valor para librarla;
hoy tengo de restaurarla,
ó no seré portugués.
El artificio me ofrece
un discreto estratagema.

ESCENA VI

Sale BRITO. — DICHOS

BRITO. Estése el perro en su tema,
que yo me estaré en mis trece;
yo le juro á non de tal
que si el guante le quitó
el galgui cuzcuz, que yo
desagravie á Portugal.
EGAS. ¿Qué es eso, Brito?
BRITO. Sentir
que un morillo desafíe
á nueso Conde, y que críe
humos, que le han de salir
en el alma, si yo puedo.
EGAS. ¿Viste al bárbaro Ismael?
BRITO. Vi que en su lanza la piel
ó el guante, por cada dedo
á su fembra ha prometido
una cholla portuguesa,
y ¡voto al sol que me pesa
que se nos haya escorrido!
¿Cinco cabezas barbadas?
Pues con ellas, ¿qué ha de her
la Leonor? Debe querer
madurarla á cabezadas.
Yo quedé tan golosmero
desque á lidiar aprendí
por vos, que no estaré en mí
hasta her un matadero,
do por arseldes se pese
carne mora.
EGAS. ¡Desatino!
BRITO. Mas huyendo del tocino
Barrabás que la comiese.
EGAS. ¿Atreveráste tú á hacer
conmigo una honrosa empresa?
BRITO. Si es la Leonor portuguesa,
y bondara ser mujer;
¿qué aguardamos vos y yo
que no la descaptivamos?
EGAS. ¡Oh, Brito animoso! Vamos.
BRITO. Desque el Conde se quitó,
al encontrarle en la sierra,
sin cochillo, ni ganzúa,
lo que llamáis guante ó lúa,
piel en paz, malla en la guerra,

cuidando yo que la mano
entonces se desollaba,
mal con los guantes estaba;
mas agora que este alano
Ismarrel tanto le estima
que mos desafía por él,
desollándole la piel
que trae el mastín encima,
la he de convertir en guantes.

EGAS. Arábigo sé escribir
y en hábito hemos de ir
de moros.

BRITO. Haya turbantes,
almalafas, alquiceles,
y déjame á mí con él.

EGAS. ¿Te atreverás á Ismael?

BRITO. Y á una recua de Ismareles.

EGAS. Pues sígueme, que si engañas
su atención, en mis venturas
probarás que sin locuras
nunca el amor logró hazañas.
De moro te vestiré.

BRITO. Con tal que haya sopa en vino,
porque sin él y tocino
desde aquí desmórome. (*Vanse.*)

ESCENA VII

Sale DOÑA LEONOR *llorando, y* ISMAEL *saca el guante de* DOÑA LEONOR.

ISMAEL. Tu Conde me vió en su vega
hacer de esta prenda alarde,
y á su ejército cobarde,
no sólo el combate niega,
mas, multiplicando miedos,
las caras descoloridas
tiemblan de ver que sus vidas
tu guante les mida á dedos.
Si estas finezas merecen
en tu cielo algún agrado,
serenándose el nublado
que sus rayos entristecen,
alcance yo sin enojos,
sin desdenes, sin agravios,
una razón de tus labios,
un resplandor de tus ojos.
Y advierte, Leonora mía,
que si con rigor pretendes
helar mi fuego, le enciendes
con más rebelde porfía.
Finge de burlas favores,
podrá ser que desta suerte
más tibio llegue á quererte
que duplicando rigores,
porque en la amorosa escuela,
la que por sus cursos pasa,
con hielos dicen que abrasa,
con llamas dicen que hiela.

LEONOR. ¿Posible es, torpe homicida,
que tu ciego frenesí
ose á amar á quien por ti
llora á su padre sin vida?
Dame sepulcro con él;
rasga, tirano, este pecho
y habrás á mis ruegos hecho
una fineza cruel,
una piedad rigurosa,
y si mis súplicas sigues,
una acción con que me obligues
en la otra vida.

ISMAEL. ¡Qué hermosa!
La aurora de tu semblante
vierte perlas; si enloqueces
cuando llorando amaneces
cada aljófar un diamante,
¿qué hicieras perdido el ceño
con que eclipsas su arrebol
amaneciéndome el sol
en dos orientes risueños?
Tu padre murió á mis manos,
mas sírvate de consuelo
que he de conquistar el cielo
vencidos los lusitanos.
Mi valor á cargo toma,
si su pavimento piso,
que goce á Alá en su paraíso
á la diestra de Mahoma;
yo haré que con él dispense
el haber cristiano sido.

ESCENA VIII

Salen de moros DON EGAS, *y* BRITO *á lo gracioso.* DICHOS.

BRITO. Héteme aquí convertido
en morabito de Orense,
engerto un gallego en moro.

EGAS. Ya sabes lo que has de hacer;
no te turbes.

BRITO. La mujer
que buscas es como un oro;
con el mastín perrenquea.

EGAS. A buena ocasión llegamos,
si mis ardides logramos.

BRITO. Ojalá orégano sea.

ISMAEL. ¿Quién, sin avisar primero,
se atreve á entrar donde estoy?

BRITO. Señor, estafeta soy
morisca, mas no arriero,
ni en toda mi casta le hubo,
ni quiera Dios, cuando venga
con cartas, que oficio tenga
que el señor don Mahoma tuvo.

ISMAEL. ¿Cartas traes? Dime de quién.

EGAS. Este necio lo ha de echar
á perder; quiero llegar.
(*Llégase á él.*)
El Rey de Murcia y Jaén
y el de Córdoba te escriben.

BRITO. Sí, señor; juntos están
con el Rey de Cordobán
murciélagos, porque viven
de comer uvas jaenes,
y son tres reyes de bien
el murciélago, el Jaén
y el cordobán.

ISMAEL. ¡Loco vienes!

EGAS. Hase, gran señor, turbado
y gasta siempre este humor.

BRITO. Humor gasto; sí, señor;
de una huente que han mandado
que en aqueste brazo me abra;

gracias á santa Lucía,
que casi casi no vía
por un hartazgo de cabra
que éste y yo nos dimos solos,
y aun es dicha si lo alcanzo,
métome, en vez de garbanzo
toda una bola de bolos,
y en lugar de hoja de hiedra
traigo una resma de estraza,
con que, aunque algo me embaraza,
puedo tirar una piedra,
y her que la salud asista
en los ojos, aunque creyo
que cuando á su merced veyo,
tengo muy bellaca vista.

EGAS. (*A él ap.*) Necio, mira lo que dices.

ISMAEL. ¡Salada es vuestra razón!

BRITO. Tengo la sal de un jamón,
y cómolos con perdices.

ISMAEL. ¿Las cartas?

BRITO. Helas aquí. (*Dáselas.*)

ISMAEL. ¡Donoso talle mostráis!

BRITO. Sí, señor.

ISMAEL. ¿Cómo os llamáis?

BRITO. El moro Zaquizamí.

ISMAEL. ¿Tan alto?

BRITO. En caramanchones
empleo todo mi trato,
y vuelto de perro en gato
ando á caza de ratones.
Lea vuestra morería
para que me vuelva luego.

ISMAEL. ¿No esperaréis que á este pliego
responda?

BRITO. Sí, morería.

ISMAEL. Es Córdoba gran ciudad.

BRITO. Sí, morería.

ISMAEL. Y su rey,
¿no se llama Alí Muley?

BRITO. Sí, morería.

ISMAEL. Esperad.
(*Leyendo para sí.*)
¿Qué tiene, que está en la cama
conforme me avisa aquí?

BRITO. Sí, morería.

ISMAEL. Decí:
¿qué mal tiene?

BRITO. Se derrama
todo en mantas y en colchones.

EGAS. (*Ap.*) ¿Hay disparate como éste?

BRITO. Y díz que es ramo de peste
la sarna con sabañones,
y el reye se rasca mucho.

ISMAEL. Este debe de ser loco.

EGAS. (*A él ap.*) Necio, vete poco á poco
en hablar.

BRITO. Yo no estoy ducho
en esto de enfermedades;
su morería perdone.

EGAS. (*Ap.*) Como Brito me ocasione
mientras teje necedades
á que hable á mi Leonor,
que aún no me ha echado de ver,
comenzaré á disponer
los ardides de mi amor.
(*A él ap.*) Entreténmele, y advierte
que en el ínterin hablamos
mi Leonor y yo.

BRITO. A eso vamos.
(*Abre el moro otra carta.*)

ISMAEL. Dice Muley de esta suerte:
(*Lee.*) «El compañero del que ésta
lleva es el moro más sabio en las
ciencias de Astrología, Magia y fu-
turos contingentes que conoce Egip-
to; envíosele á vuestra Alteza para
que, sirviéndose de sus habilidades,
venza con ellas lo que dudo de sus
armas, porque el Conde de Portugal
tiene de su parte el valor de sus an-
tecesores y la fortuna de los hados.
Guarde Alá á vuestra alteza, etc.
Muley, Rey de Córdoba.»
¡Válgame Mahoma!

BRITO. Y lleve
por siempre jamás amén.
(*Mirando el* Moro *muy atento á* Don Egas.)

ISMAEL. Ven acá.

BRITO. Obedezco al ven.

ISMAEL. Habla veras.

BRITO. Pues sea breve, porque
en hablando en joicio,
luego me da torozón.
(*Hablan en secreto* Leonor *y* Don Egas.)

ISMAEL. ¿Quién es éste?

BRITO. Es un varón
milagro del reino egipcio:
No sabe tanto el dimuño;
cuantos diabros el infierno
ahucha en su huego eterno
todos los tiene en el puño.

ISMAEL. ¿Qué dices?

BRITO. Que si le pruebas,
tien tales encantaciones
que hará llover naterones,
albaricoques y brevas.

ISMAEL. Si él me supiera ablandar
el rigor de una mujer
que me obliga á enloquecer,
yo le llegara á adorar.

BRITO. Si de sus artes se fía,
déla por blanda. ¿Es aquélla?

ISMAEL. La misma.

BRITO. Ya habla con ella,
porque sus cuitas sabía;
verá cuál se la madura.

LEONOR. ¡Ay, mi don Egas Muñiz! (*Ellos ap.*)
moriré más infeliz
si inventas esa locura;
no arriesgues vida, que estimo
lo que mi temor recela.

BRITO. ¿No ve cómo se le enmiela? (*Al Rey.*)

EGAS. Leonor, en balde reprimo (*A ella ap.*)
la paciencia ni el acero.
Yo he de sacarte de aquí.

ISMAEL. ¡Vive Alá! que conseguí
toda la dicha que espero;
tan domesticada está
con él como si los dos
fueran hermanos.

BRITO. ¡Par Dios!
por no decir por Alá,

que obrigue á una peña fría
á que eche llamas, señor.
ISMAEL. ¿Que hará que me tenga amor
Leonor?
BRITO. Sí, moría.
ISMAEL. Toma este anillo y cadena. (*Dáselos.*)
BRITO. Sí, moría, sí tomo.
¿Es el engaste de promo,
que pesa más que ell arena?
EGAS. Esto tenemos trazado
LEONOR. ¡Qué buena suerte la mía!
ISMAEL. ¿Riyóse?
BRITO. Sí, moría;
los colmillos ha mostrado.
EGAS. Disimula con el moro
hasta que te libre de él.
LEONOR. (*Esto lo dice recio.*)
Merece mucho Ismael.
ISMAEL. ¿Qué dijo?
BRITO. Que es como un oro
su merced en la gallardía.
ISMAEL. Que mucho Ismael merece
le escuché.
BRITO. Ansí me parece.
ISMAEL. ¡Gran suerte!
BRITO. Sí, moría.
ISMAEL. ¡Qué apacible y que en sazón
habla, pregunta y propone!
BRITO. El verá que se la pone
más tierna que un requesón.
EGAS. ¿Oyes lo que al moro pasa
con aquel loco?
LEONOR. Donoso
é igualmente provechoso.
EGAS. De placer es esta casa,
en lo despoblado está;
para que te saque de ella
fíngele amor, Leonor bella.
(*Llégase* Leonor *al* Rey *muy afable.*)
LEONOR. ¡Mi rey!
ISMAEL. ¡Soberano Alá,
que á oir tal he merecido
al sol que el alma ofrecí!
BRITO. ¿Mi rey dijo? hétele el mí;
soberano Alá te he oído,
hétele también el la,
sol la llamaste después;
hétele á amor portugués
con su *re, mi, fa, sol, la.*
EGAS. Señor, yo que por mis ciencias
de tu amorosa fatiga,
supe el incendio que obliga
á apacibles impaciencias,
vine á servirte de modo
que ya es tuya Leonor bella;
pero si á solas con ella
nos dejas, para que en todo
se te rinda este diamante,
tu esperanza lograrás,
en especial si me das
por sola una hora su guante,
que impide por él el hado
lo que el arte facilita,
porque sus efectos quita
cualquier favor violentado.
ISMAEL. Toma el guante, el alma toma.
(*Dásele.*)
BRITO. Tened, el perro, por cierto
que vos damos perro muerto. (*Ap.*)
ISMAEL. Tú serías mi Mahoma,
mi Alá, si me consintiere
que una mano la besase.
EGAS. Hasta que el término pase,
no es posible.
BRITO. En seco bese,
chero decir, desde ahí,
que según *unum modernum,*
non besabis in æternum.
ISMAEL. No te entiendo.
BRITO. Hablan ansí
nigromantes motilones.
ISMAEL. Luego ¿tú nigromancia
estudias?
BRITO. Sí, morería;
mire, do hay pares hay nones,
chero decir, que preñada
una mujer, ó se muere
ó habrá pares; si pariere,
y habrá nones que es nonada
para vuesa morería,
como no tempre pesares
aguardándose dos pares
de horas, hasta el mediodía,
que es cuando cesan los nones,
y toca á nona el donado;
mas habiendo los dos dado,
que en todos los esquilones
cuando dan dos dan un par,
cesan entonces azares,
porque, en fin, los dos pares,
si no llegan á parar,
¿cómo tienen de parir
el efecto del planeta,
ni comprirse la receta
de su amor? ¿Chérelo oir?
Pues venga á her: esta mujer,
¿no es nones? Sí, porque es una,
y con pares no hay ninguna
hasta que llega á parir;
él, aqueste moro y yo
somos tres, no somos nones;
en esto no hay opiniones,
pues si el nones engendró
la nonada, oiga estos puntos,
hasta que lleguen á estar
hombre y mujer hendo un par,
y no todos cuatro juntos,
si no le ama sí se queje;
pero vuélvase después
que nones quedamos tres,
y como á los tres mos deje,
después de la nona dada,
si vuelve á sus aficiones
ya se habrán ido los nones
y parará el par en nada.
Esto enseña la escretura,
que entre sus negros Macías
mordió el gigante Golías,
Galeno y Nuño Rasura.
ISMAEL. Los principios de una ciencia
son obscuros de saber;
no te he podido entender.
EGAS. Pues, señor, es evidencia
todo cuanto te he explicado,

mas como son rudimentos
de nuestros encantamentos,
está su estilo intrincado;
vuelve aquí dentro un hora,
lograréis gustos los dos.

LEONOR. Querido Ismael, adiós.
ISMAEL. Adiós. ¿Volveráste mora?
BRITO. Conforme huere el moral.
ISMAEL. Adiós, luz de mi esperanza.
(*Vase.*)

ESCENA IX

DICHOS, *menos el* MORO.

BRITO. Si mora dice tardanza,
vendrá á ser mora, y qué tal.
EGAS. Alto, á subir á caballo.
BRITO. No hay, si dos (1).
EGAS. Vendrá en mi gropa;
yo Jove, Leonor mi Europa.
BRITO. Pues Galgui morisco, adiós.
(*Suben desde el tablado á caballo los tres, ella á las ancas del de* don Egas, *y salen á las voces del moro* Ismael *y otros, y puédalos seguir á caballo y escaramuzar.*)
BRITO. (*Adentro.*) Aprisa, que mos espía
un perro, y temo que lluevan
virotazos.
MORO. ¡Que nos llevan
á Leonor!
BRITO. Sí, moreria.
ISMAEL. Seguildos, vasallos míos;
volad, cual vuelan mis celos.
¿Sufriréis, ingratos cielos,
tal burla?
BRITO. Sí, morerios.
ISMAEL. Corred, que queda abrasada
el alma entre mis pasiones.
BRITO. Acá corremos los nones,
y allá vos cupo nonada.
ISMAEL. Tocad al arma, africanos. (*Al arma.*)
mis ejércitos juntad:
por Alá eterna deidad
que he de hacer en los cristianos
tal destrozo, que no quede
memoria de su baptismo.
De incendios soy un abismo,
sufrirme el mundo no puede;
abrase la llama mía
cuanto el sol con rayos doma.
BRITO. Perrazos, ¡cola Mahoma!
ISMAEL. ¿Hay más mal?
BRITO. ¡Sí, moreria!

(1) Así en el original; pero deben los dos reducirse á un solo verso en esta forma:

EGAS. A caballo.
BRITO. No hay si dos.
EGAS. La dama vendrá en mi gropa, etc.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen marchando DON ALFONSO ENRÍQUEZ, DON EGAS, DON GONZALO, DON PEDRO *y los más cristianos que pudiesen.*

ALFONSO. No marchen más, hagan alto.
TODOS. Hagan alto.
ALFONSO. Aquestos son
los campos que mi nación
llama de Obrique. En el alto
cerro que mi gente agora
ciñe, y el sol siempre adula
(cuya cumbre se intitula
«Cabezas del Rey»), mejora
de sitio nuestro pequeño
ejército; trece mil
somos no más contra el vil
ismaelita. Ya mi imperio,
portugueses valerosos,
de suerte adelante está,
que el retirarnos será
descrédito. En tan forzosos
lances, contra tanta suma
de infieles como nos cerca,
tal vez el ánimo merca
dichas que jamás consuma
el tiempo; vuestro consejo
con todo eso necesito,
vuestro valor solicito;
cada cual es un espejo
de la fe que defendemos,
de la fama que intentamos.
Los capitanes estamos
juntos aquí; consultemos
lo que en tan preciso caso
cada uno siente y desea;
pero con tal que no sea
dar atrás un solo paso.
GONZAL. Gran señor: temeridades
que traen consigo imposibles
causan desastres terribles
y anuncian adversidades.
Cinco ejércitos están
á nuestra vista de infieles;
contra tantos, ¿qué laureles
trece mil conseguirán?
De ducientos y cincuenta
mil moros consta el blasfemo
campo, que de extremo á extremo
sumas que agotan su cuenta,
cubren valles y collados,
como nosotros nacidos
en nuestra España, escogidos
y en guerra experimentados,
veinte mil moros le toca
á cada cual portugués,
que aunque de manos y pies
se la ataran, á la poca
gente que la cruz ampara
de tus leales vasallos,
sólo para degollallos
tiempo y manos nos faltara.

Extiende, señor, los ojos
por los campos, verás olas
moriscas más que amapolas
llenos de bonetes rojos;
tentar á Dios no es cordura;
acometer, perdición;
morir, desesperación;
buscar milagros, locura.
Todo tu ejército pierde
el ánimo, y no me espanto,
porque entre bárbaro tanto,
que agosta su sitio verde,
cuando cada moro arroje
sólo una flecha no más,
¿cómo resistir podrás
docientas mil? No te enojes,
pues pides mi parecer,
que mi lealtad te aconseje
que aquesta empresa se deje,
pues á veces suele ser
más valor el retirarse
que alcanzar muchas victorias.

ALFONSO. Diga Muñiz.

EGAS. Si es notoria
la pérdida, el despeñarse,
gran señor, no es valentía;
aguardemos que se ausente
el sol, y entonces tu gente,
sin manifestarla el día,
podrá entrarse en Santarén,
que si el moro la cercare,
lo que su sitio durare,
como avisados estén
el de Castilla y León
con el navarro, no hay duda
que vengan en nuestra ayuda
sin que falte el de Aragón;
y entonces á la campaña
podrás seguro salir,
y victorioso lucir
la restauración de España.
Demos al tiempo lugar,
si admites mi parecer,
que el dilatar no es temer,
prudencia, sí, el conservar.

PEDRO. Esto tu ejército pide,
esto tu gente responde.

TODOS. Retirar, excelso Conde.

OTROS. Retirar.

ALFONSO. Cuando se mide
con recelos aparentes
lo que el temor dificulta,
rara vez de la consulta
salen acciones valientes;
algo habemos de dejar
á la fortuna, soldados,
mas ya estáis determinados
al huir ó al retirar;
déjenme solo en mi tienda,
que otra consulta me falta
más útil, cuanto más alta.
Cuando sus horrores tienda
la nocturna obscuridad
á juntaros volveré,
y entonces abrazaré
lo que vuestra voluntad
resolviere.

EGAS. Gran señor,
Santarén es una villa
inexpugnable.

ALFONSO. Esa silla
me acercad.

PEDRO. Tiempo mejor
el cielo te ofrecerá.

ALFONSO. (*Asiéntase.*)
Dadme esa Biblia y dejadme
á solas. Egas, cerradme
la tienda.

EGAS. Cerrada está. (*Vase.*)

ESCENA II

Queda solo y asentado con la Biblia en las manos.

ALFONSO. A aconsejarse con vos
mi fe, libro santo, viene,
pues cuanto en vos se contiene
lo escribió el dedo de Dios.
Consultémonos los dos,
que por la parte que abriere,
lo que primero leyere
eso tengo de seguir,
que vos no sabéis mentir
ni errará quien os creyere.
(*Abrela y lee.*)
«*Hi in curribus et hi in equis: nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus.*»
¡Qué pronóstico, aunque breve,
tan propicio á mi valor!
Aliéntame el rey cantor
en el salmo diez y nueve;
dice que el alarbe aleve
y los que nos desafían,
en las máquinas se fían
de sus carros y caballos,
y en multitud de vasallos
que contra el baptismo envían;
mas porque ningún siniestro
riesgo nuestra dicha asombre,
invocaremos el nombre
del grande Señor, Dios nuestro.
¡Oh profeta, rey, maestro
de la milicia mayor,
vos nos quitáis el temor,
nuestras medras confiamos
en el nombre que invocamos
de nuestro Dios y Señor.
(*Lee.*) «*Ipsi obligati sunt et ceciderunt: nos autem surreximus et erecti sumus.*»
Prosigue el profeta santo:
«Ellos nos acometieron,
pero postrados cayeron
entre el horror y el espanto;
nosotros, que á nombre tanto
como el de Dios aplaudimos,
restaurándonos vencimos,
sus escuadrones postramos,
triunfantes nos levantamos,
y blasfemos oprimimos.»
(*Lee.*) «*Domine salvum fac regem: exaudi nos in die, quâ invocaverimus te.*

Remata «el salmo pidiendo
que libre al rey que le invoca,
que el corazón en la boca
el alma le está ofreciendo.
Yo desta suerte lo entiendo:
que le dé audiencia en el día
que invocándole se fía
(no en las armas, que es en vano)
en el nombre soberano
de Jesús y de María;
que al rey conserve seguro
pide el huésped de Sión:
no soy rey yo, ni blasón
tan arrogante procuro,
Conde sí, defensa y muro
de Portugal, Dios su dueño,
que de tan preciso empeño
tiene de sacarme airoso.
¡Oh, cansancio fastidioso!
venció mi sentido el sueño.
(*Duérmese.*)

ESCENA III

Tocan al arma y dicen dentro los versos siguientes y sale después GIRALDO *con el traje que en la cueva, y se levanta* DON ALFONSO *medio despierto sacando la espada, y detiénele* GIRALDO.

UNC. (*Dentro.*)
¡Al arma! invencible Alfonso,
que el ejército morisco
asalta nuestras trincheras.
TODOS. ¡Al arma!
ALFONSO. Nombre benigno,
nombre de Jesús glorioso,
aceite en tierra vertido
por la ingratitud hebrea,
siendo la cruz vuestro olivo,
favoreced nuestro celo.
GIRALDO. Detente, joven invicto,
sosiega el pecho y repara
si acaso otra vez me has visto.
ALFONSO. ¡Oh senectud milagrosa!
¿No eres tú el que entre los riscos
andando yo derrotado,
tesoro te hallé escondido;
el que con sabios consejos,
con celestiales avisos,
mis pasiones refrenaste
despertando mis sentidos;
el que, cual perla en la concha,
en el peñascoso hospicio,
alma de su obscuro centro,
cerrándote en sus retiros
me advertiste ser en vano
buscarte hasta que el peligro
mayor ocasión te diese
de volver á verme?
GIRALDO. El mismo,
el propio soy, claro Alfonso.
Giraldo fué mi apellido,
en la milicia estimado
y en los yermos reducido.
No temas la multitud
de bárbaros, si, infinitos,
tú Alcides, ellos pigmeos,
te asaltaren fementidos.
A Senaquerib mató
el celestial Paraninfo
ciento ochenta y cinco mil
blasfemos, como él asirios.
Trecientos solos hebreos
con Gedeón su caudillo,
destrozaron de Madián
los innumerables hijos;
la mandíbula, en la mano
del nazareno prodigio,
dió muerte á mil filisteos.
Dios, Alfonso, te es propicio;
cuando oigas dentro tu tienda
el favorable sonido
de una campanilla sacra,
sal al espacioso sitio
de ese campo, alza los ojos,
que cuando los tengas fijos
en esos globos de estrellas
que, engastadas en zafiros,
rosas del jardín celeste
le sirven al sol de anillos,
verás lo que á la experiencia
y á tus venturas remito.
No se atreve mi silencio
á más que esto, que no es digno
lenguaje mortal y humano
á explicar lo que es divino.
Alienta ¡oh gran portugués!
el pecho, pues te ha escogido
la Omnipotencia monarca
para que, en futuros siglos,
por casi cien lustros tengan
sus sucesores invictos
el portugués solio regio,
ellos ramas, tú el principio.
Ya tiemblan de sus espadas
la Etiopía, junto al Nilo;
en Arabia el mar Bermejo;
en Asia, el Ganges y el Indo.
Reinará tu descendencia
hasta parar en Filipo,
segundo en los castellanos
y en el portugués dominio
primero, el sabio, el prudente,
y tras él, el santo, el pío,
tercero en los de este nombre,
heredando su apellido,
con dos mundos á sus plantas,
el cuarto, el grande, el temido.
Esto te promete el cielo,
esto en su nombre te digo;
¿quién se atreverá á tus armas
si Dios es tu patrocinio? (*Vase.*)

ESCENA IV

DON ALFONSO *solo.*

Profético viejo, espera;
alienten tus vaticinios
pechos que, aunque belicosos,
temen tan arduo conflicto.
¡Oh nombre siempre inefable!
¡oh grano eterno de trigo
que en Belén, casa de pan,
de la espiga virgen quiso

nacer, para que muriendo
en heredad del baptismo,
produjese mieses tantas
como la fe ampara hijos!
Pan que maná en el desierto
tierno, sabroso y melífluo,
fortaleció cuarenta años
el pueblo fiel contra Egipto.
Pan que contra Jezabeles,
viático en el camino
de Oreb, alienta al profeta
celador y palestino:
Pan panal, que, león primero,
cordero ya puro y limpio
de la boca formidable
para Sansón almena hizo;
pan que asegura victorias,
á Abraham contra los cinco
reyes infieles, que á Lot
osaron llevar captivo,
en vos solamente espero,
en vuestro nombre confío,
en virtud vuestra me aliento,
yo en vos y vos conmigo.

(Tocan dentro chirimías y una campanilla.)

¡Ay cielo! Esta es la señal
que el venerable me dijo;
salgo temblándome el alma
al campo, aplazado sitio.
¡Qué densas obscuridades
al cielo entristecen viudos
del sol, su esposo, que á medias
parte con él luz y giros!
Pero, válgame su amparo;
un rayo (cuanto benigno
luciente) sirve de Apolo
á sus cóncavos jacintos (1);
cabellos de Ofir y Arabia
peine en el aire dormido
y entre el ocioso silencio
regocijan sus bullicios.

ESCENA V

Suena música y sobre un trono muy curioso baje un Niño, *que haga á* Christo *crucificado, con la decencia que está advertida.*

ALFONSO. Ya se añaden esplendores
que en su oriente cristalino
perfilan nubes, espejos
cada cual un sol de vidrio
sobre un querúbico trono
escabel de sus vestigios:
ángeles son pedestales
de un piadoso crucifijo.

(La capilla cante «Christus regnat», y ténganse de rodillas.)

Postraos, alma; postraos, cuerpo;
ojos de este objeto indignos,
reverencialde humillados,
que yo con la fe le miro.

CRISTO. Alfonso Enríquez, no temas
pelea, yo estoy contigo;
si á los infieles asaltas,
vencerás en nombre mío.

ALFONSO. ¡Oh, serpiente misteriosa
de aquel metal peregrino,
humano, por mis pecados
si por vuestro ser divino,
que en el desierto de un monte
os colocan los heridos
del áspid que venenoso
irritaron vuestros vicios!
¡Oh Juez, ya todo clemencia,
que para perpetuo olvido
de las locuras humanas,
aunque al mundo habéis venido
á residenciar culpados,
sois de suerte compasivo
que os echáis á las espaldas
la vara de los castigos!
¡Oh pan que levanta el bieldo
de la cruz en fe que limpio
dice la vil sinagoga
mitamus in panem lignum!
¡Oh fruto de promisión!
pues en vos goza el racimo
de la vid de ese madero,
la Iglesia (Moisés su tipo),
exprímaos la cruz lagar,
amáseos la cruz, mi Cristo,
porque en la mesa os gocemos
juntamente pan y vino.

(Los ojos en tierra.)

Mas no, mi Dios; no, mi amante;
no, mi bien, no necesito
veros con ojos corpóreos
mientras en la tierra vivo;
dejad que mi fe os merezca
deseándoos mis suspiros,
creyéndoos con mis afectos,
no viéndoos mis ojos tibios;
á vuestro glorioso trono
estas venturas remito,
aquí, mi Dios, se merezca
que allá os gozaré infinito.

CRISTO. Alfonso, alabo tu celo,
agradezco tus servicios,
tus afectos me enamoran,
finezas tuyas estimo;
no disminuyo tu fe,
que el haberte aparecido
en la cruz corporalmente
es por que, habiéndome visto,
te fervorice mi amor
tú y tu gente, y animosa
postréis á mis enemigos.
Buscáronte tus vasallos,
si con temor al principio,
ya por mí de esfuerzo llenos,
porque en sus pechos asisto;
su rey han de coronarte
de Portugal; mis auxilios
son impulsos de esta acción,
no procures resistirlos.
Las armas que á Lusitania
otorga mi amor propicio,
en cinco escudos celestes
han de ser mis llagas cinco;

(1) En otro manuscrito dice: «recintos».

en forma de cruz se pongan,
y con ellas, en distinto
campo, los treinta dineros
con que el pueblo fementido
me compró al avaro ingrato,
que después, en otro siglo,
tu escudo con el Algarbe
se orlará con sus castillos.

(*Desclava la mano diestra y dale la bandera con las armas que ha de traer uno de los ángeles.*)

Yo te las doy de mi mano,
yo con mi sangre te animo,
yo tu estandarte enarbolo,
yo victorioso te afirmo.
¡Alfonso, al arma! debela
á un tiempo alarbes y vicios.
Reinarás en Lusitania,
y eterno después conmigo.

(*Música, y desaparece.*)

ESCENA VI

DICHOS, *menos el* NIÑO *que hace de* CHRISTO *crucificado.*

ALFONSO. Mi Dios, ¿esperanzas tales?
Tal favor, tales cariños,
¿qué no engendrarán de alientos,
qué valor no, qué no bríos?
¿Quién por otro gusto os deja?
¿Quién al amoroso silbo
de tal pastor, tal amante
no pone al mundo en olvido?

(*De dentro.*)

TODOS. ¡Arma!
ALFONSO. Ya apellidan mis soldados
el combate.
EGAS. ¡Alfonso invicto,
al arma, al acometer!
GONZAL. ¡Muera el bárbaro morisco!

ESCENA VII

Salen todos los PORTUGUESES *que pudiesen.* DON ALFONSO.

PEDRO. Gran señor, toda tu gente
pide la batalla á gritos:
cada cual es un león,
si hasta aquí cordero ha sido;
no los dejes entibiar.
ALFONSO. Hoy del Apóstol divino,
heroico patrón de España,
de nuestro Redentor primo,
es el día venturoso;
su nacimiento festivo
celebra la fe y la Iglesia
lo mesmo es que su martirio.
Tantas dichas y favores
en un día á un tiempo mismo,
¿qué victorias no prometen?
Aqueste estandarte, amigos,
estas armas consagradas,
que de los granates ricos
de la redención del hombre
púrpura eterna ha teñido,
bajó á honrar nuestra corona
desde el alcázar impíreo;
sus ángeles las pintaron,
mi Dios su artífice ha sido;
venérenlas por más nobles
de hoy más los franceses lirios,
las barras aragonesas,
los leones y castillos;
eternizarlas promete
por años, lustros y siglos,
la omnipotencia del cielo;
quien nos las dió fué Dios mismo.
EGAS. Pues si Dios á Portugal
con armas ha enriquecido,
rey se sigue que tengamos,
rey en su nombre pedimos.

(*Trompetas.*)

TODOS. ¡Viva Alfonso, rey primero!
OTROS. ¡Viva Alfonso, rey invicto! (*Músicas.*)

(*Sube* DON GONZALO *en un pavés, y levántanle en alto.*)

GONZAL. Portugueses, levantalde
sobre ese pavés conmigo.
TODOS. ¡Portugal por don Alfonso!
ALFONSO. Ni repugno, ni resisto
porque sé que Dios lo ordena,
puesto que yo no sea digno.—
Portugueses valerosos,
alentaos, apercibíos
para cuando nazca el sol
en brazos del alba niño
á envidiar vuestras hazañas.
TODOS. ¡Viva Alfonso esclarecido!
ALFONSO. Mi Dios, mi crucificado,
¿qué más vivir que serviros? (*Vanse.*)

ESCENA VIII

Sale BRITO *de moro gracioso.*

Hambriento de carne mora,
el día que no la mato,
ó de engañarla no trato,
ando mustio; á la Leonora
desemperramos ayer
y con su Muñiz está;
cercado el moro nos ha
celoso por la mujer;
pues antes que el sol los riscos
aforre de su oropel,
á pesar del Ismarrel
me he de almorzar dos moriscos.
Aún me vengo enmahometado
en mi alquicel y bonete,
y con el nombre de Hamete
á su ejército he llegado.
Dios me la depare buena,
que si á dos ó tres engaño
haremos, año, buen año
para el almuerzo y la cena;
mas, hételos á los dos
que al cielo mi hambre pedía.

ESCENA IX

Salen un ALFAQUÍ *y otro* MORO.—DICHOS.

ALFAQUÍ. No escapará de este día
el cristiano.
MORO. Siendo vos

morabito y alfaquí,
habráoslo ya revelado
Mahoma.
ALFAQUÍ. De él he alcanzado
su destrozo.
BRITO. (*Ap.*) Perro, ansí,
pues, estaos en ese tema,
que ambos me lo pagaréis.
¡Ah de los moros!
ALFAQUÍ. ¿Quién es?
BRITO. Buzterona Alá y Zalima.
(*Hace una reverencia muy grande.*)
¿Quién es vuesa morería
que anda á estas horas en vela?
ALFAQUÍ. ¿Quién sois vos?
BRITO. Só centinela
y hasta ahora he sido espía.
ALFAQUÍ. Yo tengo por Alfaquí
licencia.
BRITO. No se debate,
moro alfaquín ó alfayate,
dese preito más aquí,
que ya mi enojo se apraca
y es justicia que os respete.
ALFAQUÍ. ¿Llamáisos?
BRITO. El moro Hamete.
MORO. ¿Hamete?
BRITO. Hamete y Hasaca,
porque he sido pirinola.
ALFAQUÍ. Pues bien: ¿qué nos queréis?
BRITO. Que penitencia me deis
de una culpa que, aunque es sola,
es la tal culpa mayor
que dos puños.
ALFAQUÍ. ¿Contra Alá?
BRITO. Contra allá y contra acullá,
que soy grande pecador.
ALFAQUÍ. Pues yo que soy alfaquí
y el Alcorán he estudiado,
si me decís el pecado
sabré el remedio.
BRITO. Comí
cuatro libras de jamón.
ALFAQUÍ. ¿Y qué es jamón?
BRITO. ¿Qué? Tocino.
ALFAQUÍ. Quitaos de allí.
(*Escupen con asco.*)
BRITO. Y más que vino
con chorizo, salchichón
y una morcilla por cabo
de escuadra, pero no fraca,
porque dije, si se saca
un cravo con otro cravo,
ya que hice tal desatino,
porque Mahoma se apraque,
no es mucho que también saque
un tocino á otro tocino,
y más que hubo vino y pan.
(*Van andando los tres.*)
ALFAQUÍ. Tal bebida y tal vocablo
el Alcorán lo ha vedado.
BRITO. Si le vedó el Alcorán,
por eso vos pido yo
el perdón por mi dinero;
pero decidme primero:
Mahoma, cuando mandó
al moro que nunca coma
tocino, ¿por qué se ofende?
¿De qué manera se entiende
el tocino de Mahoma?
Porque hay mucha distinción,
según lo que yo imagino,
entre el jamón y el tocino
y no mos quita el jamón
el que al tocino mos quita.
MORO. Pues ¿no es una carne propia?
BRITO. Esa es muy gentil gazopia.
Vamos andando; limita
nueso profeta arriero
todo manjar embarazo,
el jamón es un pedazo
y el tocino es todo entero,
si no, escochar la razón.
Quien dice: compre un tocino,
entero á llamarle vino;
quien dice: compre un jamón,
dice un pedazo, esto es vero,
y así la ley de Mahoma
manda que nadie se coma
un tocino todo entero.
ALFAQUÍ. Pues ¿quién le había de comer
entero?
MORO. Bien lo adjetiva.
BRITO. Mahoma nunca nos priva
de lo que es fácil de hacer,
mas de lo imposible sí,
que es su ley muy apacible,
y como es tan imposible
que un tocino quepa en mí
todo entero, hay privación
del tocino y no ha lugar
en no poderse almorzar
lo menos, que es el jamón.
Pero dejando esto á un lado...
ALFAQUÍ. Vos blasfemáis ó estáis loco.
BRITO. (*Andando poco á poco hacia el vestuario.*)
Vamos andando otro poco;
el vino me da coidado,
que es argumento distinto,
porque Mahoma en su estanco
no dijo tinto ni branco.
ALFAQUÍ. Privónos del blanco y tinto.
BRITO. Sí; mas para remediallo
y comprir su mandamiento,
siempre que á beber me asiento
hago voto de mezclallo,
con que no le ofendo en nada
ni hay en qué culparme pueda,
que si el branco y tinto veda
no veda la calabriada.
MORO. ¿Adónde nos alejáis
del ejército? ¿Qué hacéis?
BRITO. (*Echa mano.*)
Adonde, aunque más gritéis,
ningún socorro tengáis.
Coma tocino ó no coma,
alfaquín dell anticristo,
ó adorar en Jesucristo
y errenegar de Mahoma,
ó aparejar el garguero.
ALFAQUÍ. Luego, ¿no eres moro?
BRITO. ¿Cómo,
si almorzándome un solomo
me bautizó un tabernero?

Acabar, que estó de prisa,
y alargarme los gaznates.
ALFAQUÍ. Cristiano soy, no me mates.
BRITO. Pues quedárseme en camisa
que soy ropero morisco (1),
y quien cristiano ha de ser
cristianas tien de traer
las ropas.
MORO. ¿Y éstas?
BRITO. Al cisco.
Acabemos.
ALFAQUÍ. ¡Que al fin pudo
burlarnos un portugués!
BRITO. ¡Ropa afuera: acabar, pues!
ALFAQUÍ. Ya acabo.
MORO. Ya me desnudo.

(Desnudándolos saca al uno una servilleta y en ella un pedazo de jamón, y al otro una botella llena.)

BRITO. Hasta quedar en pelota.
¿Qué hay en este borujón?
Un pedazo es de jamón.
Sigan: ¿y estotro? Una bota.
Pues, hipócritas, picaños,
alcahuetes de la gula,
¿jamón y vino sin bula?
¿sois vosotros ermitaños?
(Tráiganlo al cuello debajo de la ropa.)
Buenas reliquias al cuello
contra los rayos colgáis;
por Dios, si no os bautizáis,
que os he de pringar con ello.
Entrense en esa bodega
donde moros deposito
á quien ropa y vidas quito,
que si cada cual me ruega
que le deje cristianado,
un tabernero vecino
lo hará, pues, bota y tocino
es tener lo más andado.
Entrar, señor Alfaquín,
mientras con llave los cierro. *(Dales.)*
ALFAQUÍ. ¡Mahoma!
BRITO. ¿Qué dice el perro?
MORO. ¡Alá!
BRITO. ¿Qué gime el mastín?
Galgos, entrar y chitón, *(Entranse.)*
mientras hacer determino
gorgoritos con el vino,
pinitos con el jamón.

(Come, bebe y vase.)

ESCENA X

Salen DON ALFONSO *y los otros tres* PORTUGUESES. *Marcha.*

ALFONSO. Cumplir las obligaciones
del alma en primer lugar,
animosos portugueses,
y alcanzaréis lo demás.
EGAS. Ya todos, rey generoso,
confesados, llorado han,
sus culpas y en el convite
incruento del altar
han recreado las almas.
ALFONSO. Pues en fe del sacro Pan,
sol que entre nubes se absconde,
ambrosía celestial,
cordero cuando pastor,
amor que acechando está
por viriles y canceles
de ese cándido cristal,
la victoria os aseguro;
dioses sois si á Dios lleváis.

ESCENA XI

Sale ISMAEL *con alfanje y adarga.*—DICHOS.

ISMAEL. Alfonso desvanecido,
rey de un instante no más,
que te coronaste anoche
por que llegues á juntar
el laurel á tus cipreses,
los gozos con el pesar,
¿qué esperas que no te rindes?
Cercado, mísero, estás
de trescientos mil infantes,
tigre hambriento cada cual;
no necesitan de flechas,
no de alfanjes que esmaltar
en sangre que el temor hiela,
que á soplos os matarán.
Yo mismo vengo en persona,
compasivo de tu edad,
á que uses de mi clemencia,
acción que no hice jamás.
Dame á Leonora por dueño,
desocupa á Portugal,
niega la ley del Baptismo,
sigue la de mi Alcorán,
casaréte con Celima,
deuda mía, y poseerás
á Jerez de Extremadura
en dichosa y quieta paz.
ALFONSO. ¡Oh, bárbaro descreído,
que, descendiente de Agar,
su esclavitud es tu herencia,
pues ella lo fué de Abrahán!
¿Tú persuadirme á que siga
la secta torpe y bestial
de tus bárbaros errores,
de tu profeta infernal?
Saca el frenético acero,
que presto en éste verás
cuán poco te favorece
tu blasfema impunidad.

(Pelean los dos.)

ISMAEL. Aguarda, desvanecido.
Mis alarbes, ¿qué esperáis?
Segura tenéis la presa;
sino es que saben volar,
no se os irá de las manos.

(Al arma.)

ALFONSO. Ea, héroes de Portugal,
¡cierra España, Santiago!
que en su fiesta peleáis.

(Peleando entran; y salen el Rey *peleando,* Egas *contra los* Moros *y peleando se entra, luego* Doña Leonor *peleando, lo mismo los demás.)*

(1) En el segundo manuscrito se lee este verso: «que ese ropaje es morisco.»

MORO. ¡Viva Ismael invencible,
nuevo sol, segundo Alá,
competidor de Mahoma!
OTRO. Aquí de nuestro Alcorán;
que este prodigio del cielo,
este español Anibal,
este Hércules portugués
es de bronce.
LEONOR. Hoy vengarán
mis enojos á mi padre.
Canalla torpe, esperad
á una mujer portuguesa,
porque á sus pies advirtáis
que hay Semíramis cristianas,
que amazonas castas hay,
que hay en Portugal Minervas,
prodigios de nuestra edad.
(*Éntrase tras los* MOROS, *y sale* GIRALDO *peleando con el mismo traje.*)
GIRALDO. En defensa de la cruz,
justo es, canas, que volváis
al ya jubilado acero,
pues Dios aliento nos da.
(*Vase peleando.*)

ESCENA XII

Sale DON ALFONSO *con la bandera de sus armas siempre, y* DON EGAS *contra los* MOROS, *y éntrese* DON ALFONSO *peleando y también los demás* PORTUGUESES.

ALFONSO. Ea, valiente Muñiz;
ea, valeroso Páez;
fuerte Amaya, Fría, Coutiño,
Viegas noble, destrozad,
romped, seguid los infieles;
hierba es inútil que está
esterilizando torpe
la católica heredad.
Segadores de la iglesia
sois, su cizaña arrancad,
que Dios, padre de familias,
os apercibe el jornal.
De sus llagas soy alférez,
Cristo es nuestro capitán,
¡vivan con tanto caudillo
las quinas de Portugal!
(*Entranse peleando.*)

ESCENA XIII

Sale BRITO *tras los* MOROS.

BRITO. Pollos con agraz por Julio
diz que es sabroso manjar;
pues en el temor sois pollos
yo he de poner el agraz.
Vaya agora aqueste grumo.
(*Dales y caen.*)
UN MORO. ¡Ay, Mahoma!
BRITO. ¡Y como que hay!
Hendo buñuelos de azufre
en el entresuelo está.
OTRO. Huye de este fiero lobo.
BRITO. No por ahí, por acá:
(*A cuchilladas los mete en la cueva.*)
métanse en la ratonera
donde los chero embolsar
para her dellos baratillo;
aqueste se llama ¡zas! (*Dales.*)
OTRO. ¡Alá, favor!
BRITO. Allá busca,
pues por aquí van allá.
(*Entranse peleando.*)

ESCENA IV

Salen todos de marcha.

ALFONSO. Murió el blasfemo Ismael.
TODOS. ¡Victoria por Portugal!
ALFONSO. ¡Victoria por nuestras quinas!
GONZALO. Huyendo los moros van.
PEDRO. Innumerables han muerto.
(*Ponen la bandera de las quinas en un trofeo eminente, y al colocar la cruz toquen chirimías y todos se hincarán de rodillas cuando lo diga* Don Alfonso.)
ALFONSO. Esas armas colocad,
católicos portugueses,
sobre nuestro trono real;
postrar todos las rodillas.—
«Cruz santa que al Leviatán
mortífero nos rendistes,
árbol del segundo Adan,
que la fruta del primero
venenosa, remediáis
con ese engerto pendiente,
Dios eterno, hombre mortal;
llagas por mi bien abiertas,
aunque las abrió mi mal,
que hasta vuestro corazón
la entrada nos franqueáis,
vuestra ha sido esta victoria;
triunfad, mis llagas, triunfad,
y eternice en vuestras quinas
sus blasones Portugal.»
(*Levántanse y música.*)
Premiemos ahora, amigos,
hazañas que el lauro os dan.
Yo he prometido á la cruz
una Orden militar;
las aves que el vuelo alzaron
cuando nos dieron señal
de esta vitoria celeste
también á esta Orden darán
nombre que no eclipse el tiempo;
que, aunque de Alcántara es ya,
las aves del vaticinio
de Avís la han de intitular.
Sed vos su primer maestre
su caudillo y capitán,
valiente Gonzalo Viegas.
GONZALO. Feliz si tus pies me das.
ALFONSO. A vos, que en vejez dichosa,
Giraldo, pronosticáis
laureles hoy conseguidos,
os tengo de presentar
para arzobispo y pastor
Bracarense.
GIRALDO. Ya mi edad...
ALFONSO. Basta; haráme esta merced
la romana santidad.

Gonzalo Méndez de Amaya
adelantado será
mayor, pues lo es en sus hechos,
del reino de Portugal.
GONZALO. Siglos en vez de años cuentes.
ALFONSO. A vos también, Pedro Páez,
mi alferez mayor os nombro.
PEDRO. Premio es de tu mano real.
ALFONSO. Déle á don Egas Muñiz
por amante y por leal,
Leonor, la mano de esposa,
pues es de mi casa ya
caballerizo mayor.
EGAS. Llegó mi felicidad
á lo sumo del deseo.
ALFONSO. Y á doña Elvira Gualtar,
un tiempo amoroso hechizo
de mis años, mejorar
supo afectos religiosa,
Teresa y Urraca están
á mi cargo y son mis hijas;
la primera casará
con don Fernando Martínez,
Marte en guerra, Numa en paz,
siendo señor de Braganza,
y la segunda tendrá
al noble don Pedro Alfonso
de Viegas, nuevo Aníbal,
por consorte esposo y dueño.
Ya surca Matilde el mar,
bella infanta de Saboya,
para que pueda reinar,
como mi esposa en mi pecho,
como sol en Portugal.

ESCENA XV

Sale BRITO.—DICHOS.

BRITO. Vengan á la almoneda.
ALFONSO. ¡Brito!
BRITO. ¿Cherenme comprar
para agujetas de perro,
porque sino rabiarán,
una hacina de moriscos?
ALFONSO. ¿Haslos muerto tú?
BRITO. Verá:
si soy médico perruno,
¿quién los había de matar?
ALFONSO. Doyte por cada cabeza
cien cruzados.
BRITO. Pues cruzan
y vayan grande con chico,
hételos adónde están,
(Descubre un montón de moros muertos unos sobre otros en diferentes posturas.)
ALFONSO. Cobarde valiente fuiste,
mayores premios tendrás.
De tu aldea eres señor.
BRITO. Pues no me pienso casar.
ALFONSO. Vamos al templo celeste,
á la mesa del Maná,
á las aras del Cordero,
al convite del altar,
donde entre puros viriles
la fe nos muestra al Isaac
de su padre sacrificio,
del mundo felicidad;
cantarále esta victoria
himnos dulces en la paz,
pues han triunfado en la guerra
Las Quinas de Portugal.

Todo lo historial de esta comedia se ha sacado con puntualidad verdadera de muchos autores, ansí portugueses como castellanos, especialmente del *Epitome* de Manuel de Faria y Sousa, parte 3.ª, cap. I, en la vida del primero Conde de Portugal, pág. 339; Don Enrique, y cap. II, en la del primer Rey de Portugal D. Alfonso Enríquez, pág. 349 *et per totum;* ítem del librillo en latín intitulado *De vera regum Portugaliae Genealogia;* su autor, Duarte Núñez, jurisconsulto, cap. I. De *Enrico portugaliae comite,* fol. 2 et cap. II; de *Alfonso primo Portugaliae rege,* fol. 3. Pero esto y todo lo que además de ello contiene esta representación se pone, con su autor, á los pies de la Santa Madre Iglesia y al juicio y censura de lo que con caridad y suficiencia la enmendaren.

En Madrid á 8 de Marzo de 1638.

El Maestro Fray Gabriel Téllez.

BELLACO SOIS, GOMEZ

PERSONAS

DOÑA ANA.
BOCEGUILLAS.
DON GREGORIO.
MONTILLA.
TRES COCHEROS.
TRES ESTUDIANTES.
DOÑA PETRONILA.
DON FRANCISCO.
UN ALGUACIL.
DOS CORCHETES.
MELCHORA.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA ANA, *de hombre, como de camino, con la cruz de San Juan al pecho, y* BOCEGUILLAS, *gracioso.*

BOCEG. Esta es la venta maldita
que intitulan de Viveros,
con su alameda, que enana,
ha sido á tanto suceso
otra selva de aventuras.
Aquí tienen su colegio
los grajos de esta comarca,
cuyos pollos los venteros
bautizan en palominos;
y á todo escolar hambriento
le dan grajuna fiambre
en lugar de perro muerto;
aquí cuantos se ensotanan
se matriculan primero;
en toda dama bullaque
todo jácaro cochero;
aquí, en fin, si hacemos noche,
te espera, cuando cenemos,
vino del Monte Calvario,
pan como un veintidoseno,
rocín-ternera en adobo,
barbo, esto sí, jarameño,
corto mantel de la Mancha,
pie de taza por salero,
y, en llegando el *tanto monta*,
aceitunas de reniegos.

ANA. ¡Ay, francesas hosterías!
BOCEG. Dicen que el rico avariento
fué de Francia.
ANA. Anda, borracho.
Pilatos, sí.
BOCEG. Soy un necio.
(*Dentro voces y riña.*)
EST. 1.º ¡Aquí de todo el Alcarria!
COCH. 1.º ¡Aquí del cochista gremio!
¿Ramos? ¿Garrancho? ¿Palomo?
¿Juan el Zurdo? ¿Gil el Tuerto?
ANA. ¿Por qué serán estos gritos?

ESCENA II

Salen con terciados tres ESTUDIANTES, *con giferos tres* COCHEROS, *y* MONTILLA, *con daga, riñendo.*—DICHOS.

BOCEG. Pendencia es, sin duda, en cueros,
vel jarros, pan cotidiano
de sopistas y cocheros;
calla y verás maravillas.
ANA. Pues aquí nos retiremos,
que gusto de carambolas
semejantes.
BOCEG. Toma puesto.
EST. 1.º ¡Fuera dije!
COCH. 1.º ¡Vive Cristo!
¡Téngase todo gifero,
todo gorrista terciado,
todo bribón de convento!
¡El codillo ha sido burro
á pagar de mi dinero!
EST. 1.º Pues repóngalo.

MONTILL. ¿Qué llama
reponer, aunque sobre eso?
EST. 1.° No hay sobre eso ó sobre esotro;
yo soy juez y lo sentencio.
MONTILL. Aunque lo sentencien cuantos
aran y cavan.

ESCENA III

Sale DON GREGORIO. — DICHOS.

GREGOR. ¿Qué es esto,
Montilla? Pues tú alborotas
la venta.
MONTILL. Quieren con fieros,
porcionistas y arremulas,
meternos aquí los dedos
por los ojos.
COCH. 2.° A él le digo
tenga un poco de respeto,
que aquí toda es gente honrada.
MONTILL. ¿Quién lo niega?
GREGOR. ¿Por qué es ello?
EST. 1.° No es más que por treinta cuartos.
GREGOR. ¿De qué los debe?
EST. 2.° Del juego.
GREGOR. ¿A qué jugabas?
MONTILL. Al hombre,
y oiga vuested si los debo.
Yo era postre; salió un cinco
de bastos; robéle en premio
de que me entró el as garrote,
el rey, la sota y, con ellos,
el tres, que hacen cinco triunfos;
baldéme de copas luego,
porque ya lo estaba de oros;
los otros dos compañeros
casi todos carta blanca
pasaban; pero, soberbio
el que era mano, se hizo hombre
cuando se vió, escuche el cuento,
con la trinca coronada,
malilla, espada y tras éstos,
otros dos con el caballo
y el as de oros. Dijo: «Empiezo»;
sacó el rey doblón, ahorquéle;
el cinco de espadas juego;
atraviesa el socio un triunfo
con que el hombre sin remedio
se halló de otro rey baldado;
lo mismo fué el rey tercero,
de copas, que imitó á Judas,
ahorcado de pie de perro;
vuélvole por las espadas,
que se llevó sin remedio
el tal hombre, atravesando
entonces los cuatro leños;
triunfa con la espada; sirvo
con el cinco; hago lo mesmo
con la sota, á la malilla,
y quedóse el pobre güero
con solo un triunfo á caballo,
mas con el rey se le pesco;
vióse el dicho con tres bazas,
con un par los compañeros,
yo con tres, y faltaba una
tan solamente. Aquí es ello.
Enseñéles en la mano,
para rematar el pleito,
por última carta el basto.
Dicen, pues porque me meto,
habiéndole visto todos
en la baraja y no le echo
en la mesa, que fué burro;
que el codillo por él pierdo
y que reponga la polla.
¿Sentenciara tal Gayferos?
EST. 2.° Sentenciáralo una mula.
MONTILL. ¿Por qué?
EST. 1.° Porque dió recelos
de que jugó con diez cartas
y, la décima, encubriendo
debajo del basto, quiso
darnos papilla, con miedo
de que, echando los dos naipes
en la tabla, y manifiesto
el burro, no le pagase.
GREGOR. Ahora, amigos, chico pleito;
sirva por mí este doblón
de montante. (*Dásele.*)
EST. 1.° ¡Caballero!
¡De veinticinco quilates!
¡Por Cristo!
COCH. 2.° Eche acá esos huesos,
que es muy honrado el Montilla,
y esta pendencia mojemos.
(*A* Montilla.)
MONTILL. Yo, por mí.
EST. 1.° Pues, yo, por mí.
(*Danse las manos*)
COCH. 2.° Chata, saca vino y queso.
EST. 2.° ¡Víctor el *dona pecunias!*
¡Víctor el *accipe argentum!*
COCH. 1.° Víctor también en romance:
¡Vive el coime!
EST. 1.° ¿No bebemos?
(*Entranse* Estudiantes *y* Cocheros.)

ESCENA IV

DICHOS, *menos éstos.*

BOCEG. En estacadas vinosas
no hay otras leyes del duelo
más de que, herido sin culpa,
ponga la sangre un pellejo.
ANA. Boceguillas, mal aliño
en la dicha venta vemos
para pedir gollerías.
Luna hace.
BOCEG. ¿Y es barro el fresco?
ANA. Pues alto de aquí. ¡A ensillar!
GREGOR. ¿Vais á Madrid, caballero?
ANA. Voy; muy á vuestro servicio.
GREGOR. Si desde aquí á allá merezco
aliviaros lo penoso
de la soledad, lo mesmo
quisiera excusar con vos.
ANA. Interesado lo acepto.
GREGOR. ¿De dónde venís?
ANA. De Italia
y Nápoles, por lo menos.
¿Y vos?

GREGOR. De Calatayud
agora; aunque ha poco tiempo
que milité en Lombardía.
ANA. ¡Oh! pues, siendo ansí, tendremos,
para tres leguas que faltan,
gustoso entretenimiento.
Ea: no hay sino picar.
GREGOR. Sufríos un poco y cenemos:
ANA. En venta y con tanta bulla
hallaréis mal aparejo.
GREGOR. Yo traigo lo que nos baste
para tomar un refresco.
¡Montilla! dentro ese bosque,
que más parece bosquejo,
cenaremos sin ruido;
busca el sitio más á cuento
y más libre de embarazos,
y en él la cena prevennos.
MONTILL. A registrar las bizaras
voy como un lebrel.
GREGOR. Traemos
con cuatro frascos de vidrio,
agua, vino y nieve en ellos,
un corcho de Zaragoza
que, empegado por de dentro
y de baqueta el ropaje,
juzgo que no echaréis menos
cantimploras cortesanas.
ANA. Son prevenciones de cuerdo.
GREGOR. Acompáñale un jamón
de Molina, y os prometo
que á Rute y las Algarrobillas
se las apuesta.
ANA. Os lo creo.
GREGOR. Cocióse éste en vino blanco,
clavos, canela, romero,
y está tierno como un agua.
ANA. Me aplico mucho á lo tierno.
GREGOR. Vitela ó ternera en pan,
del mismo modo un conejo
y una caja para postre.
ANA. Lo dulce es lindo: *Laus Deo.*
GREGOR. Anda, pues, y date prisa.
ANA. Ayúdale tú.
BOCEG. Para eso
hallárame todo rumbo
haldas en cinta.
ANA. Acabemos.
(Vanse los dos.)

ESCENA V

DOÑA ANA *y* DON GREGORIO.

GREGOR. ¿Es vuestro nombre?
ANA. Don Gómez
Dávalos.
GREGOR. La que en el pecho
noblemente os califica
abona blasones vuestros.
ANA. Nací en Nápoles. Mis padres
de Rui López descendieron,
el que en Castilla á validos
dejó lástimas y ejemplos.
Pero ¿cómo os llamáis vos?
GREGOR. Don Gregorio de Toledo
y Leiva.
ANA. ¿Cómo dijistes?
GREGOR. Toledo y Leiva soy.
ANA. *(Ap.)* ¡Cielos!
¿Qué es lo que oigo? *(A él.)* Originario
sois de España; pero deudos
en Nápoles, generosos,
conozco yo que, herederos
de aquel don Antonio, pasmo
de Francia, por quien vió preso
el Alcázar de Madrid
al Valois de más esfuerzo,
se juzgan ya italianos.
GREGOR. Uno, don Gómez, soy de ésos;
más que noble, venturoso,
si serviros á vos puedo.
ANA. Bésoos las manos; querría,
en fe de lo que ya os debo,
que algún buen hado me trujo
á este sitio á conoceros,
saber de vos cierta cosa.
GREGOR. Llave tenéis de mi pecho,
basta ser Avalos vos.
ANA. La mano otra vez os beso.
GREGOR. Es para mí ese apellido
fatal.
ANA. Y viene con eso
lo que yo he de preguntaros.
GREGOR. Decid, pues, que estoy suspenso.
ANA. Para más claras noticias,
don Gregorio, lo primero
que supongo es que en Milán
servicios de vuestro acero
os granjearon las plazas
más honradas, y, ascendiendo
por ellos, fuistes dos años
Maese de Campo de un tercio
de española infantería.
¿No es ansí?
GREGOR. Estáis en lo cierto.
ANA. Lo segundo que supongo
es que, mediando ambos deudos,
pretendistes desposaros
en Nápoles ese tiempo,
sin haberla jamás visto,
con una dama, que os puedo
afirmar que en lo virtuoso
fué el prodigio de aquel reino.
Doña Ana Dávalos tuvo
por nombre, que ya recelo
que desaires no ajustados
á vuestros nobles empeños
la tienen sin nombre y vida.
GREGOR. Sentiríalo en extremo,
que es doña Ana el sol de Italia;
pero mejor lo hará el cielo.
ANA. Ahora, pues, que confesastes
todos estos presupuestos,
decidme: ¿con qué motivo,
habiéndola, en nombre vuestro,
dado la mano de esposo,
ausente vos, un tercero,
rehusastes ejecuciones
en cosa de tanto peso,
desacreditando fácil
la fe vuestra y su respeto?
Pues si os admitió doña Ana,
no por amor, que, sin veros,

mal pudiera enamorarse,
sino obediente á consejos
de canas, por quien se rige,
todos cuantos se los dieron
á instancia vuestra, agraviados,
no juzgan vuestro desprecio
menos que con causa mucha.
Y el escándalo, que ciego
echa siempre á la peor parte
con cualquiera fundamento,
en desdoro de doña Ana,
osa eclipsar el espejo
más claro que vió la corte
napolitana.

GREGOR. Diréos,
ya que como consanguíneo
tan de parte suya os veo,
tres suficientes motivos
con que quedéis satisfecho,
y yo, con vos, disculpado.
Escuchad.

ANA. ¿Tres por lo menos
suficientes, Don Gregorio?
Decid, decid.

GREGOR. El primero,
y que es más considerable,
fué el saber los galanteos,
después que por otra mano
me vi en sus coyundas preso,
del marqués Pompeyo Ursino,
siendo relator él mesmo,
que vino á ver nuestro campo,
de favores que excedieron
permisiones cortesanas,
y aunque muchas veces celos
en quien ama perdidoso,
suelen alargar el freno
á la pasión destemplada,
y está indiciado Pompeyo,
como mozo, en esta parte
más que debiera, no es cuerdo
quien ignora que en los puntos
del honor siempre valieron,
si hay indicios opinables,
más los dichos que los hechos.

ANA. ¿Pompeyo favorecido
jamás de doña Ana?

GREGOR. Aquesto
me afirmó no una vez sola.
Servíos, para que demos
fin á cuentos tan pesados,
no interrumpir los progresos
que me mandáis que os resuma.

ANA. Proseguidlos, que, si puedo,
me templaré lo que duren.

GREGOR. Yo, pues, no á su amor sujeto,
como ni esa dama al mío,
pues, como advertís, sin vernos
fuera difícil amarnos,
y las sospechas tras esto,
de lo referido tuve
noticia de que, saliendo
de la esfera esa señora
que piden las de su sexo,
no bastidores, no agujas,
no estrados nobles y quietos,
no galas, común hechizo
en beldades de años tiernos,
su inclinación adulaban,
sino en el bridón travieso,
con la escopeta y el dardo,
persiguiendo al lobo, al ciervo,
al jabalí, al gamo, al oso,
discurrir bosques y cerros,
volar la garza, la grulla,
matar la perdiz al vuelo;
hojear en la quietud
de las tinieblas cuadernos
filósofos, comentarlos,
soltarles los argumentos
y, hecha academia su casa,
las noches de los inviernos,
en disputas semejantes
hurtar las horas al sueño.
Yo, que imaginaba entonces
ser marido de un sujeto
proporcionado á los nudos
del fecundo sacramento,
rehusé esposa que usurpase
las acciones á su dueño,
y con mujer para tanto
juzgué el tálamo molesto.
Salióme á esta coyuntura,
en la corte de estos reinos,
el lance más venturoso
que pude pedir al cielo,
porque doña Petronila
Leiva y Osorio, que á empeños
de amistad con un tío suyo
añade el del parentesco,
le hereda en un mayorazgo
cuantioso; y agora el viejo
castellano de Milán
la enriquece en su gobierno;
este, que es íntimo mío,
ha sazonado deseos
de que me acerque á su sangre
con vínculo más estrecho,
persuadiendo á su sobrina
lazos que alegren mi cuello
al tálamo, ya aceptado,
y, en fin, el último pliego
la posesión me asegura
con un retrato tan bello
que, cuando á costa del oro
mienta el pincel lisonjero,
no la opinión, no la fama,
que es, don Gómez, la que creo,
y me la pinta el milagro
de Madrid. Voy, en efeto,
á llamarme esposo suyo;
pues siendo vos tan discreto
tendréis estos tres motivos
por suficientes. Cenemos.

ANA. Tiene más dificultades
la cena, que ya no acepto,
de lo que habéis vos juzgado,
y en ella el plato primero
ha de ser reconveniros
en los desalumbramientos,
indignos de vuestra sangre,
con que avergonzaros pienso;
intimaréoslos ahora,
estéis ó no estéis atento,

y Dios sabe, en acabando,
quién cenará ó no; yo vengo
desde Malta en vuestra busca,
donde, aunqe mozo, año y medio
cumplí con obligaciones
del hábito que profeso.
Doña Ana fué hermana mía.

GREGOR. ¡Doña Ana! Eso no, que tengo
certidumbre que ella sola
nació en su casa.

ANA. Esto es cierto,
y falsa esa certidumbre;
el mucho amor que la debo,
porque heredase á mis padres,
me obligó á la cruz que al pecho
el yugo excluye amoroso;
baste lo dicho en cuanto esto,
y en lo demás escuchadme,
veréis cuán sin fundamento
estriban vuestros engaños
en los motivos propuestos.
Pompeyo Ursino, que supo
la fama que en menosprecio
de mi hermana publicastes,
y del debido respecto
que se debe á tal Ursino,
afirma con juramento,
no sólo que no os ha hablado
en su vida acerca de esto,
más que nunca el competiros
le pasó por pensamiento;
porque, sin tener noticia
de mi hermana, otros empleos
á su amor proporcionados
le llevaron los afectos;
sobre el caso os desafía
en una carta que dejo
en la maleta, y no sé
si habrá de dárosla tiempo;
veis aquí el primer motivo,
contra vos tan manifiesto,
que en lugar de acreditaros
os añade vituperios;
como también el segundo,
porque en Italia no es nuevo:
las mujeres de alta sangre
desmentir ocios molestos
en la caza y en los libros,
porque de pocas sabemos,
de las prendas de mi hermana,
que no alcancen, cuando menos,
á entender letras latinas
y ejercer por pasatiempo
ya el cañón, que imita al rayo;
ya el venablo y ya el acero.
No privó Dios á las tales
los ejercicios honestos
de las letras y las armas
si discurrir por ejemplos
sólo (entre las maldiciones
que en el delicto primero
echó á la primera madre)
fué el sujetarla al imperio
del varón, consorte suyo;
y sé yo que este precepto
nadie con vos le guardara
cual mi hermana, á ser su dueño.
Luego viene á reducirse
en el motivo tercero
todo cuanto caviloso
en los dos habéis propuesto.
Y este también, veldo vos,
más parece fiscal vuestro
que agente en vuestras disculpas;
porque si, como os concedo,
el no haber visto á mi hermana
fué causa que los incendios
de su amor no os abrasasen,
ausente en Milán, ¿qué fuego
amoroso os dió sus alas
para que, volando á tiento
á ver vuestra Petronila,
os hechizase tan presto?
Diréis que el verla en retrato.
Diré yo lo que vos mesmo:
que son flojos incentivos
los pinceles y los lienzos;
el mayorazgo en la corte,
el interés avariento,
por más que aleguéis excusas,
hizo vuestro amor logrero.
Ya mi hermana, don Gregorio,
murió. Ya pide en el cielo
satisfacción de su agravio;
y yo, que en su nombre quedo
sucesor de sus injurias,
por ella y por mí pretendo
acreditar sus desdoros,
probándoos no lo haber hecho
según las obligaciones
que á toda mujer debieron
conservándoles la fama
los nobles y caballeros.
Desnudad la espada agora,
que en la justicia que alego,
(*Sácala* Doña Ana.)
fío que iréis á cenar
al otro mundo. Ea...

GREGOR. Templo,
rapaz, en fe de mis años,
vuestros mozos desaciertos
por los pocos, aún no abriles,
que precipitáis soberbio.
Andad con Dios á la corte
y en ella me poned pleito:
iráos mejor con letrados
que aquí con armas y fieros.

ANA. ¡Don Gregorio! ¡Don Gregorio!
Si acostumbrado á desprecios
con bellezas de mi sangre
presumís hacer lo mesmo
con los Avalos, varones,
engañáisos. ¡Vive el cielo,
si no sacais la cuchilla,
que os mate!

GREGOR. Escarmentaréos (*Sácala.*)
con ella, como á un muchacho. (*Riñen.*)

ESCENA VI

Sale BOCEGUILLAS. *Entranse los dos acuchillando y luego sale* DOÑA ANA *envainando.*

BOCEG. ¡Fuera dije! ¿Qué es aquesto?

GREGOR. ¡Jesús! ¡Muerto soy!

BOCEG. Ahorróse
de Avicenas y Galenos.
¡Para tanto, y tan lampiño!
ANA. Su soberbia es quien le ha muerto.
Métele en esa espesura,
no den con él al encuentro,
y enfrena á prisa.
BOCEG. ¡Bien dicho!
que la bulla de allá dentro,
entre la taza y los naipes,
guarda á esta hazaña el silencio.
Acógete tú entretanto.
ANA. Junto á la Puente te espero. *(Vase.)*
BOCEG. Desmentiremos caminos
echando hacia Paracuellos. *(Vase.)*

ESCENA VII

Salen DOÑA PETRONILA *y* DON FRANCISCO.

PETRON. Diéraos los brazos yo agora,
en albricias de la vida
que juzgaba en vos perdida,
á ser de ellos tan señora
como otras veces.
FRANC. Pues ¿quién
los brazos os enajena?
PETRON. Quien, porque puede, me ordena
que á nuevo dueño se den.
Toda la corte ha creído
que en Tarragona os mataron.
FRANC. Si envidiosos desearon
que lo hiciese vuestro olvido,
gracias, mi señora, á Dios,
vivo vuelvo, á que podáis,
con las nuevas que me dais,
matarme de celos vos.
Si del modo que os oí
más de una vez, me hospedara
vuestro pecho, conservara
las finezas que os creí,
y el alma, que no se inclina,
si bien quiere, á falsedades,
pronosticara verdades
por la parte de divina
que tiene; echárame menos
y, adelantándoos enojos,
no os consintiera los ojos
tan alegres y serenos.
Vos, sí, me matáis de veras,
no asaltos, tiros ni balas.
PETRON. De las nuevas, cuando malas,
siempre se creen las primeras;
las que tuvimos de vos
fueron de que os habían muerto;
quíseos bien, sabéis que es cierto;
pero no estando los dos
desposados, si exteriores
demonstraciones hiciera,
motivo á malicias diera
de atentos censuradores.
Venís vivo. ¡Dios os guarde!
Falsas nuevas desmentís;
pero, aunque vivo venís,
para amarme venís tarde.
Hame casado en Milán
mi tío; acepté el contrato;
sustituyóme un retrato;
es noble, es rico, es galán.
Júzgole ya tan cercano,
que, si en la corte no está,
brevemente llegará
á ejecutarme en la mano.
Ved, pues, si es lance forzoso
cumplir esta obligación:
vos muerto en la estimación,
y él de próximo mi esposo.
FRANC. Gustosa habéis enviudado
en la voluntad primera,
pues el medio año siquiera
el luto no habéis guardado.
Muchos años os gozad,
ya que en vos mi amor expira,
que quien me mató en mentira
hará que salga verdad.
Porque, volviéndome loco
los desengaños que escucho,
no harán en matarme mucho
si en fingirlo hicieron poco.
(Hace que se va.)
PETRON. Oid, don Francisco, oid.
Esperad, que la templanza
logra tal vez su esperanza;
dejad que llegue á Madrid
el tal vuestro opositor,
y ambos á dos litigad,
que siempre es la voluntad
tibia sin competidor.
Alegue él en su derecho
la acción que le da mi tío;
que libre está mi albedrío
confesándoos que, en mi pecho,
antes que á él os dió lugar;
quíseos bien, y al forastero
ni le aborrezco ni quiero,
porque sin ver no hay amar.
Luego hasta aquí preferido
estáis en la antelación
de mi primera afición,
y retiraros vencido,
cuando con ventajas tantas
podéis litigar, sería
desairosa cobardía.
FRANC. ¡Ay, Petronila, que encantas
y enamoras con rigores!
¿Quién de ti pudo creer
que en mi ofensa había de hacer
pleito tu amor de acreedores?

ESCENA VIII

Sale MELCHORA. — DICHOS.

MELCH. Esta carta con su porte
me dió un mozo para ti. *(Dásela.)*
¡Jesús! ¿Don Francisco aquí?
¿Vivo, sano y en la corte?
¡Válgame Dios, y qué susto
me ha dado vuesa mesté.
FRANC. Vivo no, que mal podré
vivir si mata un disgusto.
Sano tampoco, Melchora;
pues en la cama caí
del desengaño; mas sí

en la corte, que cada hora
muda amantes como galas.
MELCH. Llorado le hemos las dos
más de un mes. Líbrenos Dios
de nuevas que son tan malas.
PETRON. (*Aparte.*) ¡Si fuese de don Gregorio
la tal carta!
MELCH. En buena fe
que esta noche le soñé
que estaba en el Purgatorio.
FRANC. No hay muerte como una ausencia,
pues que las vidas aparta.
PETRON. Lo que contiene esta carta
veré con vuestra licencia. (*Abrela.*)
FRANC. Será del dueño felice
que ya tan cerca esperáis.
¡Adiós!
PETRON. No quiero que os vais;
escuchalda, que así dice:
(*Lee.*) «Don Gregorio, mi señor,
que iba á serviros y á veros,
en la venta de Viveros,
según nos dice el doctor,
dará fin triste á su amor;
porque de una leve herida
está al *Laus Deo* de la vida
y ya el aliento le falta.
Diósela un capón de Malta
que sobra para homicida. (*Asústase.*)
Tómanle la sangre aquí
y el dinero; llevaráse
á Rejas y cuidaráse
de su cuerpo y alma allí;
corre la cuenta por mí
de dárosla; un pasajero
es de aquésta el mensajero,
por cuya prisa concluyo;
Montilla, lacayo suyo,
y de hoy más vuestro escudero.»
¡Válgame Dios, qué desgracia!
FRANC. No la tengo por tal yo.
MELCH. Ni el que la carta escribió,
que, á fe que estaba de gracia.
PETRON. ¿Qué haremos, Melchora, en esto?
MELCH. Sea mentira ó sea verdad,
el caso es de calidad,
que en virtud de él te amonesto
vayas á Rejas al punto.
PETRON. ¿Y si éste algún cómo fuese?
MELCH. Dado que así sucediese,
ó le hallásemos difunto,
lucirá más la fineza
de quien dueño le aguardaba.
PETRON. ¡Que este susto me esperaba!
MELCH. Cuando por ellos empieza
amor y se muestra arisco
dicen que después se deja
ensillar.
PETRON. ¿Qué me aconseja
en tal caso don Francisco?
FRANC. Mi amor, que no vais allá;
y que sí, mi cortesía.
PETRON. La vuestra, desde este día,
en mi estimación tendrá
el abono que merece.
¡Qué cuerdo y qué generoso!
FRANC. Será el ir con vos forzoso,
por lo que un camino ofrece.
PETRON. Tan obligada lo acepto
como habéis de hallar después.

ESCENA IX

Sale DOÑA ANA, *de hombre, alborotada.*—DICHOS.

ANA. ¡Señores! si es interés
de nobles, que en un aprieto
fortuito y peligroso
se socorra á un desgraciado,
á un hombre la muerte he dado
contra mi honor alevoso;
viene tras mí la justicia
y en sus manos casi estoy;
amparadme, pues os doy
de mis desgracias noticia.
PETRON. Entraos en ese aposento. (*Entrase.*)
Otra desdicha, Melchora.
MELCH. Vienen á pares cada hora.
PETRON. Ciérrale en él al momento.
FRANC. Alabo vuestra piedad.
PETRON. ¡Qué mozo es el delincuente!
FRANC. Siempre el agravio es valiente
y suple cualquiera edad.

ESCENA X

Salen un ALGUACIL *y tres* ESBIRROS.—DICHOS.

ALG. Aquí entró. No hay escaparse.
PETRON. ¿En mi casa la justicia?
Señores: ¿qué es esto?
ALG. Casos
que forzosamente obligan
á no mirar en respectos;
vuesas mercedes me digan
dónde un mozo se escondió,
de un caballero homicida,
que en la venta de Viveros
será milagro que viva.
PETRON. ¡Ay, cielos! ¿Quién es el muerto?
ALG. Si su desgracia os lastima,
el herido es don Gregorio
de Leyva Toledo y Silva.
PETRON. ¡Desdichada de mí! Que ese
que decís á ser venía
mi esposo desde Milán.
ALG. Vengad, pues, vuestra desdicha
manifestándome al reo.
PETRON. (*A don Francisco y á* Melchora, *quedo.*)
¡Pluguiera á Dios! Nadie diga
que sabe de él.
ALG. ¿Dónde está?
PETRON. No ha entrado aquí; que la vida
diera yo por la venganza
de tal insulto.
ALG. La vista
no es posible que se engañe;
por aquestas puertas mismas
entró, huyendo de nosotros.
MELCH. Debió de subirse arriba
ó esconderse tras la puerta.
PETRON. Los cuartos altos habita
un conde; búsquenle en ellos;
que yo prometo en albricias
de su prisión un diamante.

ALG. Será, pues, cosa precisa
registrar toda esta casa,
ya que, por ser compasiva,
sois cruel con vuestro esposo.
PETRON. Perdónoos esa malicia;
mas mirad que á la en que estáis
se le guardan cortesías
ALG. No es agora tiempo de ellas.
Suban al cuarto de arriba
y examinen sus rincones,
(*Vanse dos.*)
entretanto que registra
mi vista todo este cuarto (1).
MELCH. (*Ap.*) El pobrecito peligra.
(*Abren la puerta por donde entró* Doña Ana, *y éntranse el* Alguacil, Melchora *y el* Esbirro.)
FRANC. No hará tal viviendo yo;
que quien los estorbos quita
á mi amor, y impide celos,
mi amistad y espada obliga.
PETRON. Don Francisco, ¿estáis en vos?
¡Teneos!
FRANC. Doña Petronila:
ó he de morir ó librarle.

ESCENA XI

Salen MELCHORA *y* DOÑA ANA *de mujer con un serenero en la cabeza.*—DICHOS.

MELCH. Siempre el mal se multiplica.
ANA. ¡Hasta mi cama dos hombres!
¡Esto ha de sufrirse, prima!
¿Y en casa vuestra?
PETRON. ¿Qué es esto?
MELCH. Disfraces por tropelía.
(*Anda el* Aguacil *entrando y saliendo, como que busca al reo.*)
ANA. ¿Tenéis tan poca confianza
de lo que mi honor estima
su crédito, que las noches
que al reposo me retiran
me echáis la llave vos propia,
y hasta las once del día
no consentís que me vea
el sol, con no ser su ninfa;
y cuando á dormir la siesta
me encierro, medio vestida,
dais en mi aposento entrada
á dos hombres?
FRANC. La justicia
tiene licencia, señora,
para tales demasías.
No os asustéis, que no es nada.
(*A* Doña Petronila.)
Suplícote que prosigas
con esta ficción sabrosa;
pues es la persona digna,
que la inventó, por su ingenio,
de todo amparo y estima.

(1) Este verso y el anterior se hallan al margen en sustitución de otros tachados que decían:
«ALGUACIL. Entre conmigo Valdivia.
Abran esta puerta.
MELCH. ¡Ay, cielos!» *etc.*

ANA. ¡Justicia en casa! Señores.
¡Válgame Dios, qué desdicha!
Pues ¿qué ha sucedido en ella?
(*Está presente el* Alguacil.)
PETRON. ¡Qué cansada melindrizas!
Ya te han dicho que no es nada.
Entrate allá.

ESCENA XII

Salen los dos ESBIRROS.—DICHOS.

ALG. 1.º No hay quien diga
cosa en casa de provecho.
No he perdonado oficina,
pieza, jardín, cofre, pozo,
hasta la caballeriza,
hasta debajo las camas;
pues ¡por Dios! que no alucinan
mis ojos, y que le vieron
entrar por aquí.
ALG. 2.º Allá arriba
todos se hacen ignorantes;
si bien una berberisca,
esclava en el apariencia,
no sé que pasos afirma
que sintió en los corredores,
como de quien huye á prisa,
pero piensa que jugaban
algunos de la familia.
ALG. 1.º Saltaría á esotra casa.
ALG. 2.º Es sin duda.
PETRON. No te diga
tercera vez que allá te entres.
Acabemos ya.
ANA. ¡Qué esquiva!
Ya recelarás que el Conde,
á título de visita,
me ha de robar con los ojos;
pues sosiéguese tu envidia
y acaba ya de casarte
con él, sin que me persigas.
Pues todo se cae en casa
y en esotro cuarto habita,
ven tú á tocarme, Melchora. (*Vase.*)
MELCH. Sazonado hermafrodita,
¿quien te reveló mi nombre?
(*Vase ésta.*)
ALG. Hecho habemos exquisitas
diligencias, aunque en vano.
Perdonad, señora mía;
que en ministerios como éste
no cumple quien no averigua.
(*Vanse éstos.*)

ESCENA XIII

DOÑA PETRONILA *y* DON FRANCISCO.

PETRON. ¿Oistes vos en novela
por sazonada, aplaudida,
suceso á éste semejante?
FRANC. La necesidad afila
los aceros al ingenio,
y el riesgo le sutiliza
desenvoltura agradable.

PETRON. Cuando debiera, ofendida,
aborrecerle, me alegro
viendo que por mí se libra.
FRANC. Yo, á lo menos, seré ingrato
si, con la hacienda y la vida,
desde hoy más no le agradezco
medras de su bizarría.
Llamémosle; mas él sale.

ESCENA XIV

DOÑA ANA, *de mujer*, *y* MELCHORA.—DICHOS.

ANA. Si plumas no os eternizan,
si no os celebran, señora,
por la fénix de Castilla,
no hay conocimiento en ella,
ni en mí, desde aqueste día,
sangre que noble me llame,
fe que, como esclava, os sirva
si, ingrato á tantas mercedes,
toda el alma no os dedica,
la voluntad, la memoria,
el aliento que respira,
los pensamientos que engendra
y las potencias que anima.
PETRON. No os quiero empeñado tanto,
que á mí propia me debía
el socorro que aquí hallastes
y me le pago á mí misma,
si bien tiene circunstancias.
ANA. Melchora me dió noticia
de ellas, y sé que de Italia
caminaba el que venía
á intitularos su prenda;
mas, si no desacreditan
la verdad enemistades,
creed que no os merecía
y que, en Nápoles casado,
debéis estar á la herida
que le dieron mis ofensas
de algún modo agradecida.
Sabréis el por qué á su tiempo.
FRANC. ¿Qué mejor que éste? Decilda
mucho de eso, ilustre joven;
proseguid siquiera en cifra,
desempeñaréis deseos
que no ha mucho se ofrecían
por vos á cualquiera lance.
ANA. Tendré el serviros á dicha.
PETRON. Quédese eso por agora;
que estimo en más vuestra vida
que esa relación, no obstante
lo que me importa el oirla;
mirad que aquí corréis riesgo.
ANA. Siendo vos la imagen mía
del socorro, no osará
ofenderla la justicia.
PETRON. ¡Qué bien el traje os asienta!
Si yo ignorara el enigma,
¡qué de celos fulminara
de vos!
ANA. Basta, que fulminan
rayos, señora, esos ojos
que agradezco, mientras miran
á este caballero afables.
FRANC. Si los vuestros patrocinan
ansí mi desvalimiento,
mi esperanza resucita.
PETRON. ¿Quién os dijo á vos que un conde
sobre estas piezas habita,
y el nombre de esa criada?
ANA. ¿Quién, mi señora? Vos misma
al alguacil, deslumbrando
violencias de su pesquisa,
y mandando que Melchora,
hasta en aquesto advertida,
con llave me asegurase.
PETRON. Decís bien; pero me admira
que os vistiésedes tan presto,
y que cuando lo examina
todo el interés, pues siempre
dicen que es lince en la vista,
no reparase en la ropa
que os quitastes.
ANA. Mal podía,
si me la puse debajo;
cerróme el temor y prisa
en esa cuadra, hallé en ella
ropa, jubón y basquiña;
esta curiosa toalla
las almohadas cubría,
que haciéndola serenero,
los ministerios duplica;
sirvió la capa de enaguas;
acomodé luego encima
lo femenil, y al sombrero
un clavo tras las cortinas
de la cama; espada y daga
también escrúpulos quitan,
durmiendo entre los colchones;
revuelvo sábanas limpias
entre la colcha y frazadas
de manera que atestiguan
que me levantaba entonces;
entra la turba ministra,
asústome á lo doncello
salgo, si descolorida
ó no del tal sobresalto
los que lo vieron lo digan,
y quedo libre y sin costas
por vos, señora divina,
y por este caballero.
Ya la noche nos avisa
que restituya disfraces;
sácame, Melchora amiga,
(Va por ello.)
sombrero, daga y espada,
que apenas dará la risa
(Desnuda el traje de mujer.)
del alba mañana al campo
los gajes que le matizan,
(Desnudándose.)
cuando volveré gozoso
á haceros una visita.
(Queda en cuerpo, la capa como faldellín, que se pone en su lugar; y tiene la cruz de San Juan en ella.)
PETRON. Cumplidlo ansí, que hasta entonces
tengo de juzgar prolija
la noche.
FRANC. ¡Qué airoso mozo!
PETRON. ¡Qué agradable bizarría!
MELCH. Todo lo escondido traigo.
(Melchora *con lo que pidió, y póneselo* Doña Ana.)

ANA. Venga. Favorable prima,
adiós. Caballero, adiós.
PETRON. ¿Volveréis?
ANA. Por una vida
entre los dos empeñada. *(Vase.)*
FRANC. ¿Y qué ha de haber de partida
á Rejas?
PETRON. Dormir sobre ello,
que agora estoy indecisa.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANA, *de estudiante bizarro, y* DOÑA PETRONILA.

ANA. Todo cuanto he referido
es infalible verdad.
PETRON. ¿Hombre de tal falsedad
pretende ser mi marido?
No lo permitan los cielos.
ANA. Ansí engaña la presencia
de una agradable apariencia.
PETRON. Y vos, que excusáis recelos
de que os prenda la justicia,
vengador de vuestra hermana,
cubriendo con la sotana
la cruz de vuestra milicia,
¿por qué el nombre no mudáis
de la suerte que el vestido?
ANA. Basta mudar de apellido.
PETRON. Pues ¿de qué suerte os llamáis?
ANA. Don Gómez Portocarrero.
PETRON. ¿Y si el don Gómez hiciese
que alguno aquí os conociese?
ANA. Nunca del nombre primero,
que de pila el vulgo llama,
se suele hacer mucha cuenta;
no pudo verme en la venta
quien para su esposa os ama;
pues de noche y fuera de ella,
como la luna que hacía,
por entre nubes nos vía,
ya era luna, ya era estrella;
y ansí entre claro y obscuro
lo que advirtió en mi semblante
con el hábito estudiante,
mi señora, lo aseguro;
estimo vuestros temores;
¡ojalá fueran desvelos!
pero tratemos de celos,
que son sal de los amores.
Diez días ha que mi enemigo
en Madrid, convaleciente,
por veros á vos presente,
ved lo poco á que os obligo,
juzgándole por difunto,
sin peligro y en pie está;
porque á vos, ¿quién os verá
que no resucite al punto?
Visitáisle cada día,
regaláisle de hora en hora;
tantas finezas, señora,
y todas á costa mía,
¿cómo pueden ser en vano
si, mientras á verle vais,
y á un enfermo salud dais,
le quitáis la vida á un sano?
PETRON. Don Gómez: las cortesías
precisas no son amores.
ANA. Vos mal lograréis las flores
de mis ya abreviados días.
PETRON. Vino á casarse conmigo
no menos que de Milán;
es mi deudo, ¿qué dirán
si de mi sangre desdigo?
¡Ay, don Gómez! nunca Dios
esta casa os enseñara;
ó, ya que en ella os librara,
nunca yo pusiera en vos
los ojos que lastimarse
supieron, para encenderse,
pues les dió el compadecerse
motivos de desvelarse;
de mi piedad os valistes,
nunca el cielo permitiera
que yo tan piadosa fuera,
pues cuando dama os fingistes,
tan hermosa os llegué á ver,
mudado el hábito y nombre,
que diera yo por ser hombre,
para haceros mi mujer,
lo mismo que después diera
cuando el traje os desnudastes
de mujer y os restaurastes
á vuestra forma primera.
Pero esto para después.
Vino á esta corte el herido
por vos. Si con él he sido,
visitándole, cortés,
y regalándole, noble
también os puedo afirmar
que si llegara á ignorar
lo civil del trato doble,
que con vuesrra muerta hermana
usó, y vos me referís
el amor que me atribuís
y la sangre que cercana
tengo suya, concluyera
conmigo dificultades
y, enlazando voluntades,
al tálamo nos uniera;
porque no me negaréis
lo que en él es tan notorio,
y que tiene don Gregorio,
aunque mal con él estéis,
excelentes perfecciones.
ANA. La mayor es celebrarlas
vuestro abono. *(A lo triste.)*
PETRON. El alabarlas
se quede en ponderaciones;
no por esto os demudéis,
que ya él acabó conmigo;
esto supuesto, prosigo
para que me aconsejéis.
Volvistes á verme el día
siguiente de aquel fracaso
que os abrió en mi casa el paso,
y añadióos la hipocresía
del científico disfraz

del trajedizo estudiante
tanto hechizo en lo galante,
tanta guerra entre la paz
con que ese hábito asegura,
que ignorando el mal que encierra,
tocó en mis ojos á guerra,
en que abrasarme procura;
que hace la superstición
de estos siglos ignorantes,
en las viudas y estudiantes
gala la recolección.
Si en mujer, pues, transformada,
mis varoniles deseos
me hicieron en sus recreos
celosa y enamorada,
si después que os desnudastes,
ya Adonis, Venus primero,
¡cuánto, galán lisonjero,
mis potencias despeñastes!
Y si, estudiante después,
sois tres veces mi homicida,
tres veces por vos perdida,
y mi alma obligada á tres:
á don Francisco, que alega
mi primera voluntad;
al que vuestra enemistad
hirió, y á casarse llega,
y con más afecto á vos,
pues en tan arduo interés
valéis vos solo por tres,
y ellos no más que por dos.
¿Cómo saldré de este abismo,
si no es que en vuestro consejo
libradas mis dudas dejo
juez y parte de vos mismo?

ANA. Esta mano he de besaros (*Bésasela.*)
antes que esa plaza admita,
y aunque mi bien solicita,
primero he de preguntaros:
¿Qué imposibles pena os dan
cuando mi esposa os espero?

PETRON. Dos terribles considero:
una la Cruz de San Juan
en el pecho, que deshace,
casta toda y toda nieve,
el yugo amoroso y leve
que nuestras almas enlace.

ANA. Ese está tan en mi mano
como veréis algún día;
el segundo, prenda mía,
os falta decir.

PETRON. Que en vano
piensa encubrir vuestra edad
naturales desengaños
que han de pregonar los años
en vuestra cara.

ANA. Aclarad
más ese enigma.

PETRON. Sí, haré;
pero excusad los colores
de la mía entre temores
que os han de enojar.

ANA. ¿Por qué?

PETRON. ¿Qué sé yo? Sabéislo vos,
y dudo manifestarlos.
Si vos queréis declararlos
solos estamos los dos;
que no por ese defecto
menos os he de querer.

ANA. ¿Imagináisme mujer?

PETRON. Peor.

ANA. ¡Qué bajo concepto
habéis formado de mí!

PETRON. ¿De vos yo? De dos renglones
culpad manifestaciones
trabajosas.

ANA. ¿Cómo así?

PETRON. Esperaos, y mostraréos
dos líneas solas; y en ellas
la causa de mis querellas
y estorbo de mis deseos.
(*Saca un papel; rómpele y enséñale dos solos renglones.*)
Hacen mención de la herida
pasada: ved vuestra falta.

ANA. (*Lee.*) «Diósela un capón de Malta,
que sobra para homicida.»
En mi sobresalto poco
conoceréis qué verdad
tenga aquesta falsedad:
sazonado anduvo el loco
que intentó, necio y cobarde,
valerse de estos engaños;
yo tengo diez y nueve años,
los Avalos barban tarde;
veréis cuán presto desmiento
malicias del delator;
volvamos á vuestro amor;
diréos en él lo que siento,
pues pedís que os aconseje.
Don Gregorio no ha de ser
quien os llegue á poseer.
Éste, señora, se deje,
que vos no habéis de casaros
con quien me ha ofendido á mí.
Con don Francisco, eso sí;
que supo, firme, obligaros;
que supo, ausente, quereros;
olvidándole, serviros;
ofendiéndole, sufriros,
y constante, mereceros.
Es mi amigo; el otro no,
y ansí, por mí, habéis de amarle,
y al otro ni aun escucharle,
basta gustar de esto yo.
Y pues juez me señaláis
de esta causa, y prometéis
que de mí no apelaréis,
fallamos que así lo hagáis.

PETRON. ¿Cómo don Gómez, pues vos
que, como juez, definís,
siendo parte os excluís
sentenciando por los dos?
¡Qué tibio amor! ¡Qué severo!
¡Qué presto quién sois dijistes!

ANA. Asesor vuestro me hicistes,
la justicia es lo primero.

PETRON. ¿Es esa la voluntad,
tantas veces ponderada,
que me tenéis?

ANA. Comparada
con la razón y amistad,
cuando á la justicia toca,
ésta se ha de anteponer.

PETRON. ¡Qué poca debe de ser!
ANA. Esperad: veréis si es poca.
Boceguillas entra acá.

ESCENA II

BOCEGUILLAS *y* MELCHORA.—DICHAS.

BOCEG. Señor me llama, Melchora.
MELCH. También llamará señora:
salgamos los dos allá.
BOCEG. ¿Qué manda el dómine mío?
MELCH. Acá vengo yo también.
ANA. Di tú, que lo sabes bien,
pues siempre de ti me fío,
qué finezas, qué desvelos
me hace esta ingrata pasar.
Dilo.
BOCEG. Eso es nunca acabar:
ansias, llantos, quejas, celos;
si fueran maravedises,
llenáramos de vellón
desde Madrid al Japón,
los Bajos y Altos países.
Ayudaba el otro día
á misa, que lo hace bien,
y por responder «Amén»,
dijo: «Petronila mía».
Las noches tan desveladas
de claro en claro pasamos,
que, aunque por dormir, tomamos
almidones y almendradas,
una de éstas, entre sueños,
se levantó y dió tras mí,
diciendo: «¡Ah, traidor!, aquí
te tengo; de los empeños
de mi honor será notorio
el desquite.» Desperté,
y díjele: «¿A mí? ¿Por qué,
no siendo yo don Gregorio?»
«Sí eres, dijo, que causar
á mi hermana te atreviste
la muerte, y pues la ofendiste,
no te has de petronilar.»
«Mira que soy, le respondo,
don Francisco.» «Ese es mi amigo,
replica, mas no me obligo
con celos á nadie.» Escondo
la cabeza tras un poste;
mas tiró tal cuchillada,
como quien no dice nada,
que me obligó á decir: «¡Oste!»,
pero olvidóseme el puto;
súbome, huyendo, al desván
y él dijo: «A los de San Juan,
ni Bajá ni Marabuto
se les escapa.» Me aturdo
de miedo. Estaba allí un gato,
si de Roma por lo chato,
del infierno por lo zurdo,
que una jácara maullaba
á una gata pelivisca;
preciábase ésta de arisca,
y el miz que la requebraba,
encrespándose se atufa
creyéndonos pretendientes
y, mostrándonos los dientes,
gruñe el uno, el otro fufa,
y cada cual desenvaina
dos cajas de á diez cuchillos:
sirvióme á mí de zarcillos
la gaticia, que era zaina,
y colgóseme á una oreja,
que, pensándola orejón,
la sirvió de colación
á vueltas de una guedeja;
el romo á la cara vuela
de mi amo, agraz de su boda,
y, pautándosela toda,
como muchacho de escuela,
dijo entonces, medio en sí:
«¡Oh, infame! ¿Tú me acuchillas?
¿Estamos en Boceguillas?»
«En él no, mas con él sí»,
dije, y ambos lloraduelos
repetíamos á ratos:
«Petronila, hasta los gatos
nos aruñan por tus celos.»
Salió el planeta membrillo,
y en la cura del tal cuento
se gastó un bote de ungüento
almartaga y amarillo.
Tanto te ama, ¡vive Dios!
que con Pyramo se iguala.
ANA. ¡Anda, vete enhoramala!
BOCEG. Y esto, aquí para los dos.
PETRON. En efeto. ¿En qué quedamos
vos y yo?
ANA. En que si esta vez
pronuncié, en virtud de juez,
contra mí mismo el *fallamos*,
ya, como don Gómez, sólo
os pido, muerto por vos,
que á ninguno de los dos
améis; ni aun al mismo Apolo,
que hasta éste celos me da.
PETRON. La mano de amigos ¡ea! *(Dásela.)*
ANA. ¡Ojalá de esposo sea!
PETRON. ¡Ay, Dios, qué tierno! ¡Ojalá!

ESCENA III

Sale DON FRANCISCO *y velos de la mano.* — *Después* MONTILLA.

FRANC. Falta de padrinos tiene
este feliz desposorio, *(Celoso.)*
pues...
MONTILL. Mi señor don Gregorio
á veros, señora, viene;
siendo ésta la vez primera
que los pies pone en la calle.
FRANC. Presto podréis despachalle
si ser vuestro esposo espera,
pues le ocupa la posada
tan discreta prevención.
PETRON. Cumplir esta obligación,
cuanto precisa cansada,
es fuerza: esperad los dos,
y con menos sentimiento,
don Francisco, en un intento
donde habéis tenido vos
más parte que imagináis,

pues es vuestro protector
quien juzgáis competidor.

ANA. Si presto no despacháis
la visita juzgaré
que la recebís con gusto.

PETRON. Menos tiempo de lo justo,
don Gómez, la ocuparé. *(Vase.)*

ESCENA IV

DICHOS, *menos* DOÑA PETRONILA.

ANA. ¡Qué poca satisfacción
los celos, amigo, dan!
Pues, por la cruz de San Juan,
que los fundáis sin razón;
porque en las manos ceñidas
que maliciáis en los dos,
fuistes la visagra vos
á vuestro amor reducidas:
quien bodas ausente ordena,
para asegurar su amor,
nombrando un procurador,
se casa por mano ajena.
Esto mismo á hacer me atrevo
por cumplir con mi amistad:
lograr vuestra voluntad
y pagaros lo que os debo.
Celos son desconfiados
y de pasión tan avara,
que nunca yo los osara
pedir dineros prestados.
Dama tengo yo en Madrid,
que habéis de ver esta tarde,
y hacer de mi dicha alarde.
No me respondáis: venid,
que os he de dejar corrido
por lo que habéis maliciado.

FRANC. Dar excusas no acusado
sospechoso siempre ha sido,
y más con la calidad
de ese traje; que el engaño
se matricula cada año
en cualquiera facultad:
embelecos y estudiantes
todo es uno.

ANA. En conclusión,
no hay regla sin excepción:
vos y yo somos amantes,
mas en distintos sujetos;
lo que dure esta visita
vuestra amistad me permita
que os comunique secretos
conque hagáis, después, de mí,
confianza más segura.

FRANC. Vamos; que amor es locura,
y celos su frenesí.

ANA. Verá otros nuevos secretos:
don Gregorio, por cuidado,
todas las tardes al Prado
sale de los Recoletos;
yo he de ir allá, y un engaño
me ha de lograr dos intentos:
proseguir mis pensamientos
y vengarme con lo extraño;
su desvelo ha de aumentar
mi industria; que pues aquí
me tiene sin alma á mí,
también él ha de penar. *(Vanse.)*

ESCENA V

Salen MONTILLA *y* BOCEGUILLAS.

MONTILL. ¡Ah, caballero!

BOCEG. *(Ap.)* Recelo
que me conoció el Montilla.

MONTILL. Caballero, no de silla,
sino de manta ó en pelo:
una palabra.

BOCEG. Abreviar
con ella, y hablar sin fieros.

MONTILL. En la venta de Viveros
¿no le vi yo ministrar
al criminal por civil
desbarbado?

BOCEG. Sí vería,
puesto que no era de día,
á la luz de algún candil.

MONTILL. Pues, cómplice en el delito,
¿cómo se anda por aquí?

BOCEG. Yo, Montilla, os asistí
en todo lo requisito
de la tal cena fiambre,
y cuando mi amo le hirió
al punto las afufó
dejándome con el hambre.
Pasó entonces por la Puente
un caballero estudiante;
seguíle, aunque de portante
volaba, y fué tan clemente
que, informado del suceso,
plaza en su casa me ha dado;
habémonos combinado,
yo mequetrefe, él travieso;
sírvole de gentilhombre,
porque lo soy, como ve,
y, aunque las manos mudé,
no han mudado ellos el nombre:
don Gómez, como el primero,
el segundo; pero aquél
Avalos y Pimentel,
y estotro Portocarrero.
¿Queda más por preguntar?

MONTILL. Mucho más.

BOCEG. Estoy de prisa.

MONTILL. ¿Qué causa tiene él precisa
en esta casa?

BOCEG. El estar
con don Gómez, de esta dama
primo.

MONTILL. ¿Quién los emprimó?

BOCEG. Sus padres, ó ¿qué sé yo?;
ansí lo afirma la fama.

MONTILL. Luego ¿él también será primo
de la fámula Melchora?

BOCEG. Si ella imita á su señora
y yo al amo, que es mi arrimo,
un mismo deudo tendremos;
porque los sirvientes y amos
por un estilo emprimamos
con las hembras que queremos.

MONTILL. Eso es lo que yo aguardaba:
saque la espada.

BOCEG. No puedo.
MONTILL. ¿Cómo no? ¡Será de miedo!
ANA. (*De dentro.*) ¡Ah, Boceguillas! Acaba.
BOCEG. ¿Velo? Por hoy se desarmen pendencias.
MONTILL. ¿Pues por qué hoy?
BOCEG. Es miércoles; y yo soy devotísimo del Carmen, y en él carne... ¡ni aun la toco!
MONTILL. ¡Ah, cobarde! No te atreves.
BOCEG. Hoy no; mas mañana es jueves, y mañana...
MONTILL. ¿Qué?...
BOCEG. Tampoco. (*Vase.*)

ESCENA VI

Salen DOÑA PETRONILA *y* DON GREGORIO, *por báculo la espada.*

PETRON. Convaleciente, señor, importará recogeros temprano.
GREGOR. Quien vive en veros, no viéndoos se halla peor.
PETRON. Estímoos ese favor; pero es muy á costa vuestra.
GREGOR. Si he de sacar por la muestra, juzgando por lo exterior, hermosa señora mía, en vos la mercaduría no me enseña mucho amor lo tibio con que me habláis.

ESCENA VII

Sale MELCHORA.—DICHOS.

PETRON. No siempre está el corazón con una disposición, si afectos examináis.
GREGOR. Más con eso me enfermáis que la peligrosa herida.
PETRON. Deseo yo vuestra vida todo lo posible.
GREGOR. Creo lo que decís; pero veo lo contrario en mi venida. Juzgábame yo, en virtud de tanto favor pasado, más bien visto en vuestro agrado.
PETRON. Tratad de vuestra salud y lógrese juventud que tan bien en vos se emplea, que, aunque por vos no se crea, es mi mayor interés; que ocasión habrá después en que más gustosa os vea.
GREGOR. Daros fe será forzoso, aunque á mí mismo me engañe.
PETRON. Temo que el sereno os dañe, que en Madrid es peligroso.
GREGOR. Juzgárame yo dichoso y acabara de estar bueno si ese cielo, por quien peno, se serenara al mirarme; que á mí lo que ha de matarme es faltarle lo sereno. Pero no os quiero cansar. Guárdeos Dios felices años, que, si curan desengaños, poco tardaré en sanar.
PETRON. Quiéroos, señor, perdonar, á trueco que estéis mejor, en materias de rigor, aunque en ello os engañéis todo cuanto imaginéis.
GREGOR. Adiós.
(*Vanse éste y* Montilla.)
PETRON. Adiós, mi señor.

ESCENA VIII

DOÑA PETRONILA *y* MELCHORA.

PETRON. Melchora: ¿no quedó aquí don Gómez con don Francisco?
MELCH. Llévanlo todo abarrisco los celosos.
PETRON. ¿Cómo ansí?
MELCH. Descompadrados los ví irse.
PETRON. El coche haz, pues, sacar.
MELCH. ¿Dónde los piensas hallar?
PETRON. ¡Qué sé yo! Amor nunca acierta sino errando.
MELCH. Es cosa cierta.
PETRON. Pues, errando, he de acertar. (*Vanse.*)

ESCENA IX

Sale DOÑA ANA *de mujer, con manto, y* BOCEGUILLAS.

ANA. ¿La capa, espada y sombrero?
BOCEG. Todo viene donde has dicho.
ANA. Será el coche mi vestuario.
BOCEG. Y el arquilla, entre el aliño del cojín, que está á la popa, hará las veces de Ovidio en nuestro metamorfosis.
ANA. No hay amor sin artificio; hoy admirarás mi ingenio.
BOCEG. Bien; pero ¿no seré digno de darte un almud de quejas?
ANA. ¿Tantas?
BOCEG. Oye, te suplico: En Milán serví soldado dos años; mas, fugitivo, deslumbrando Barracheles, á Génova me deslizo; halléte medio embarcado para España, y, compasivo de la falta de mi flete, me admitiste en tu servicio; desde entonces hasta agora, tu confidente y valido, no he alcanzado ni un secreto de tu pecho; no he sabido, sino por mayor, que en Malta profesaste desde niño la Cruz; del turco espantajo, coco común del morisco, y que don Gómez te llamas juntándole al apellido

del Avalos generoso
el Pimentel más antiguo;
tomaste el Portocarrero
por solapar los peligros
que en la Venta ocasionaste,
por ti don Gregorio herido.
Ha que te sirvo diez meses,
y en los diez que ha que te sirvo,
ni sé á qué veniste á España,
ni penetro tus designios,
ni si estás enamorado,
ni quién te feria suspiros.
Tal vez te hallo hablando á solas;
tal, generoso conmigo,
sin tener necesidad,
me vistes como un palmito;
tal me envías noramala,
y si entonces te replico,
ó va tras mí el candelero,
ó me ensordeces á gritos.
Ya Adonis, rindes beldades;
ya Venus, postras Narcisos;
ya soldado, todo hazañas;
ya escolar, todo aforismos;
estoy en duda si acaso
lo atiplado en lo lampiño
te mutiló sin saberlo
los que junta el que es latino
á los pretéritos siempre;
otras veces imagino
que en esto del *masque genus*
sólo tienes el vestido.
¡Por amor de Dios! señor,
señora ó término ambiguo,
que sepa yo con quién ando;
conozca yo á quién ministro;
pues has hecho en mi lealtad
cuantas pruebas has querido,
sé cuenta de Santa Juana,
sácame el alma del limbo.

ANA. Para todos los criados
discretos el uso ha escrito
tres preceptos provechosos,
que son, si entre éstos te admito,
oir, y ver y callar;
que guardes éstos te pido;
porque, en dando en *flos sanctorum*,
medrarás poco conmigo.

BOCEG. Echo á la boca unas trabas,
pongo á la lengua unos grillos,
sórbome todo deseo;
desde hoy moriré de ahito.

ANA. Por lo ameno y por lo solo
hice elección de este sitio.

BOCEG. ¿Y por qué no por lo santo,
si consagran este hospicio
para ejemplo de la corte
Recoletos Augustinos?

ANA. ¿Y el coche?

BOCEG. Allí nos espera,
para el disfraz que me has dicho.

ESCENA X

Salen DON GREGORIO *y* MONTILLA.

GREGOR. No quiero ir tan presto á casa:
desahogue este retiro
enamoradas congojas,
si es la soledad su alivio;
gocen dichosos amantes
el frecuentado bullicio
de tanto coche que al Prado
trasladaron los Elisios.
Déjame, Montilla, á solas.

MONTILL. Soy fámulo: no replico;
mas mira que han de dañarte
serenos.

GREGOR. No seas prolijo.

MONTILL. A estos álamos me asiento;
si el sueño dijere: «envido».
diré: «topo»; y tu, entretanto,
bucoliza á lo de Anfriso. (*Apártase.*)

ANA. (*A Boceguillas.*) Boceguillas, ven acá.
¿No es este hombre?..

BOCEG. Será el mismo
que dices.

ANA. ¿Cuál?

BOCEG. ¿Qué se yo?
Un hombre como Dios le hizo.

ANA. Necio: ¿este no es don Gregorio?

BOCEG. Yo agora no gregorizo,
que en crepúsculo la tarde
llora del sol paraxismos
y tengo la vista corta.

ANA. Pues yo sí, que los delirios
de mis celos me hacen Argos.

BOCEG. Según el aire y los visos,
él parece.

ANA. Pues, aparta.

BOCEG. Aparto; vaya de tiro.
(*Apártase éste, y* Doña Ana *echa á la cara el manto.*)

ANA. Retírate; no nos oigas.

BOCEG. Si hay segundos desafíos
acójome á este convento.
(*Vase llegando ella á* Don Gregorio, *tapada, y los lacayos, cada uno por su parte, se les acercan.*)

MONTILL. (*Aparte.*) Hacia mi dueño enfermizo
se apropincua una buscona,
y yo á los dos me apropincuo
por ver este perro muerto.

BOCEG. (*Aparte.*) Mi humor es antojadizo,
no he de sufrir que malpara;
detrás deste olmo me arrimo.

GREGOR. (*Paseándose.*) Hoy ceños, ayer agrados:
algo contra mí la han dicho;
pero, si son las mujeres
pluma al viento, ¿qué me admiro?

ANA. (*Tapada, á él.*) Debemos de padecer,
caballero pensativo,
pues buscamos soledades,
unos accidentes mismos,
y en fe de que de algún modo
se consuelan afligidos,
juntando penas con penas,
juzgo que os hago servicio
en interrumpir silencios;
pues, si no de divertirlos,
gustaré de acompañarlos
mezclándolos con los míos.

GREGOR. Déboos, oculta piadosa,
los socorros compasivos
que no me atrevo á pagaros;

y os confieso agradecido
que, á ser menos riguroso
mi mal, sobraba el oiros
para arrancarle del alma;
pero son, os certifico,
mis penas tan... tan crüeles
que las connaturalizo
como á la sangre las venas:
pues si no peno, no vivo.

ANA. ¡Qué poco conocimiento
debe tener el hechizo
que con desdenes os trata!

GREGOR. Por ser tanto he colegido
lo poco que yo merezco.

ANA. ¿Qué sería si, en castigo
de malas correspondencias,
os pagasen sus olvidos
ingratitudes de Italia?

GREGOR. (*Admirado.*) ¿Qué decís?

ANA. Que os pronostico
venganzas de alguna ausente,
que vos, sin haberla visto,
elegistes por esposa,
y ella, sin veros, os quiso.
Deudor le sois de la fama,
cuyo delicado vidrio
se mancha con los engaños,
se quiebra con los indicios
de la opinión mentirosa,
sin reparar que, ofendido,
fija contra vos carteles
algún poderoso Ursino.
Deudor de la vida y todo
le sois, pues los descaminos
del amor interesable
que os previene precipicios
malograron su inocencia,
amortajada en suspiros.
Sepultada en sus congojas
y llorada de infinitos,
no os enmiendan las desgracias,
no os enfrenan los avisos;
pues recelad, don Gregorio,
al cielo, que el patrocinio
de doña Ana tiene á cargo
y es tal vez ejecutivo.

GREGOR. (*Admirado.*) Enigmática agorera:
¿quién tantas cosas os dijo
de mí, si no consultastes
infernales vaticinios?
¿Murió doña Ana? Si es muerta,
y yo de cuanto he fingido
me confieso avergonzado,
¿qué puedo hacer?

ANA. Desdeciros
de ofensas que la habéis hecho
por palabra y por escrito.

GREGOR. No sufren eso las armas;
antes he de descubriros
y saber quién sois.
(*Quiere destapalla y ella se aparta.*)

ANA. Tenéos os digo,
que quedaréis consumido
en las llamas que padezco.

GREGOR. ¿Qué llamas?

ANA. Tenéos os digo;
que ignoráis quién soy.

GREGOR. ¿Quién sois?

ANA. Espíritu, no precito,
pero sí preso por deudas
que no pagué en este siglo,
y entre incendios inmortales,
en el otro las desquito:
el alma soy de doña Ana.

GREGOR. ¿De doña Ana?

MONTILL. ¡Jesucristo!
¿Almas aquí de medio ojo?
(*Espantados los tres.*)

BOCEG. ¡Santa Juana! ¡San Patricio!
¿Lacayo yo de entresuelos?
Desde luego me despido.

MONTILL. ¿Yo con amo espiritado?
Desde hoy hago finiquito.

ANA. (*A D. Gregorio.*)
Impaciencias del desprecio,
nunca con vos merecido,
me llevaron, aunque en gracia,
con los afectos tan tibios,
que, para perfeccionarlos,
en llamas los fervorizo;
y, porque no dudéis de esto,
sabed que Pompeyo Ursino
en vuestra busca navega,
y que los franceses lirios,
por vuestro ejército rotos,
á Turín han puesto sitio;
que supo vuestros engaños
en Milán el noble tío
de la dama que os desdeña,
y que en este instante mismo
la está escribiendo una carta
y en ella cuerdos avisos
para que la mano os niegue;
si queréis más requisitos
de futuros contingentes
que abonen lo que os afirmo
y os abran los ciegos ojos,
yo os los ofrezco; pedidlos.

GREGOR. Los dichos bastan y sobran;
pero yo, que fuí motivo,
bella alma, de vuestras penas,
¿cómo podré redimiros
de su incendio?

ANA. Con sufragios,
con misas, con sacrificios,
con satisfacer mi fama.

GREGOR. Eso postrero no admito,
aunque todo se atropelle,
si, como me habéis pedido,
en que me desdiga yo
ha de estribar vuestro alivio
perjudicando mi sangre.

ANA. Pues desgracias os intimo
que serán irremediables
en vuestro mayor castigo,
y andaré por vos en pena
si no hacéis lo que os he dicho. (*Vase.*)

GREGOR. Esposa, mujer ó engaño...

ESCENA XI

DICHOS, *menos* DOÑA ANA

BOCEG. Acogióse al escondrijo
de *Requiem*.

MONTILL. Fuese á *Fidelium*.
BOCEG. Será un sepulcro su hospicio.
MONTILL. No más amos.
BOCEG. No más almas.
GREGOR. ¿Qué es lo que me ha sucedido? (*Aparte.*)
¿Burlaréme de ilusiones?
¿Creeré, cielos, lo que he visto?
Montilla: ¡alto! al coche.
MONTILL. ¡Tiemblo!
BOCEG. Con ser Agosto, tirito.
GREGOR. ¡Lo presente! ¡Lo distante!
¡Lo futuro! ¿Y no me inclino
á daros fe, confusiones?
¿No soy cristiano?
MONTILL. Y lo afirmo.
(*Todo esto apate.*)
GREGOR. Divirtamos por el Prado
los presagios ó delirios
que me están desvaneciendo.
MONTILL. Mucho huelo, y no es tomillo.
(*Vanse estos dos.*)

ESCENA XII

Sale DOÑA ANA, *de mujer, mas no cubierta.*

ANA. Boceguillas: ¿qué te has hecho?
BOCEG. ¡Jesús! No me boceguillo;
abrenuncio, alma capona.
¿Qué me quieres? ¿No te sirvo?
ANA. ¡Ah, traidor! ¿Tú me escuchaste?
BOCEG. Que te apartes te suplico;
que entre mi miedo y tus llamas
me van dando calofríos.
ANA. ¡Anda, borracho, que es todo
patarata cuanto has visto!
Don Gómez soy; ¿de qué tiemblas?
En cuerpo y en alma vivo;
tocame, dame esa mano.
BOCEG. Eso no. ¡Por Jesucristo!
ANA. Pues ¿qué temes?
BOCEG. Que al instante
me la conviertas en cisco.
(*Tómasela por la fuerza.*)
ANA. ¿Asegurarás te agora?
BOCEG. ¡Ay, que me quemas! Quedito.
ANA. ¿Estás ya desengañado?
BOCEG. *Tanti quanti.*
ANA. A don Francisco
ofrecí que se viniese
á estas horas y á este sitio,
vería en él á mi dama;
porque con este artificio
desmienta celos que tiene,
creyendo que le compito.
BOCEG. Buena traza; mas ¿qué es de ella?
ANA. Yo soy dama de mí mismo.
BOCEG. Puedes, porque ya sospecho...
ANA. ¿Qué?
BOCEG. Que eres hermafrodito;
mas hételo al ruin de Roma.

ESCENA XIII

Sale DON FRANCISCO. — DICHOS.

ANA. (*Cúbrese.*) Llámale acá.
BOCEG. (*A él.*) ¡Qué tardío
es vuste! Aquí aguardamos
mi señora y yo habrá un siglo.
FRANC. ¡Oh, señora! ¿Tal favor?
ANA. ¿Sois el señor don Francisco? (Ana *tapada.*)
Boceguillas: di si es él.
BOCEG. Como diez y tres son cinco.
FRANC. Débole tanto á don Gómez,
que, como entre los amigos
no hay venturas reservadas,
darme parte de ésta quiso
para que se la envidiase.

ESCENA XIV

Salen DOÑA PETRONILA *y* MELCHORA, *con mantos.*

PETRON. No hay, Melchora, descubrirlos;
plegue á Dios que no suceda
la desgracia que adivino.
MELCH. Mejor irás en el coche.
PETRON. No iré tal; que así registro,
sin nota, lo que no veo.
ANA. Quiéreos mi dueño infinito,
y yo, por el mismo caso
que sé que en esto le sirvo,
es fuerza que mucho os quiera.
FRANC. Dichoso yo si á serviros
ese favor acertase.
(*Quedan los dos hablando entre sí.*)
PETRON. Oye: aquél ¿no es don Francisco?
MELCH. Y la hermana compañera.
Una de estas busca ruidos.
PETRON. ¿En el Prado y á tal hora
dama tapada?
MELCH. ¿Hay cilicios?
Que así llamo yo á los celos
por lo áspero y pungitivo.
PETRON. ¿Celos? No; mas sentimientos,
algunos, aunque remisos;
que el desprecio las mujeres,
sin que amemos, le sentimos.
Retírate entre estas matas.
(*Acechándolos.*)
ANA. Tiene don Gómez hechizos (*A* don Francisco.)
que salen con cuanto quieren;
afírmame que es novicio
en la Cruz blanca, y lo creo,
que es muy mozo; con que
fío en su amor y noble sangre,
que brevemente ha de unirnos
el tálamo deseado,
viviendo en paz y en servicio
de Dios y vuestro.
PETRON. Melchora:
peor es esto. ¡Ay, celos míos!
MELCH. Quien escucha su mal oye.
BOCEG. ¡Lo que ensarta el barbilimpio!
FRANC. (*A* D.ª Ana.) Aunque no merezco veros,
ni es bien me atreva á pediros
sin orden suya favores
de estima tanta, os afirmo
que de su elección discreta,
sútil ingenio y jüicio,
no es posible deje ser

vuestro amor del suyo digno,
y que esposos os deseo.
ANA. No querrá tan bien nacido
sujeto dejar bastardo
á tan hermoso angelito,
pudiendo ligitimarle.
FRANC. ¿Don Gómez tiene en vos hijo?
ANA. Tiene en uno un cielo todo,
su rostro, sus ojos mismos,
hasta un lunar, Dios le guarde,
que ha de ser Cristobalico
el Adonis de la corte,
la envidia de los Narcisos.
MELCH. Adobándose va el ojo.
¿No oyes esto?
PETRON. (*Aparte.*) ¡Ah, fementido!
Faltas que en ti sospechaba,
¡qué caras las averiguo!
ANA. Sígole desde Florencia,
puesta mi patria en olvido,
atropellando respetos,
si arrojados, bien nacidos;
concebí en Génova, y luego,
en Madrid, clima benigno,
sacaron á luz dolores
un serafín en un niño.
FRANC. ¿Y llamáisos vos, señora?
ANA. Doña Greida.
BOCEG. (*Aparte.*) Ya le aplico
para estameñas y manchas.
¡Válgate el Diablo por tiplo!
ANA. Lo que me ordenó mi dueño,
como acostumbro, he cumplido.
Tiempo es de dar vuelta á casa.
FRANC. Iré sirviéndoos.
ANA. No admito
esa merced: Dios os guarde.
FRANC. Y á vos, siendo yo el padrino,
os canten epitalamios,
aplausos y regocijos.
ANA. (*Apártase de él, y dice á* Boceguillas.)
Boceguillas: llega el coche
y saca de él el vestido
varonil; cortinas echa.
BOCEG. ¡Jesús! De ti me santiguo. (*Vanse.*)

ESCENA XV

DICHOS, *menos éstos.*

PETRON. Melchora: ¿que esto á mis ojos
haya pasado y respiro?
¿Esto yo misma he escuchado?
¿Y estoy viva?
MELCH. ¿Qué hay perdido?
Dos nos ruegan en que escojas
don Gregorio y don Francisco;
te pretenden y idolatran
á pares como zarcillos.
PETRON. ¿Cuándo escogieron los celos?
Abrásome, desatino.

ESCENA XVI

Salen DON GREGORIO *y* MONTILLA.—DICHOS.

GREGOR. He de saber, ¡vive Dios!
si soñando quimerizo,
ó son fantásticas sombras
las que hospeda este distrito.
¿Yo sin verla? ¿Yo cobarde?
MONTILL. Porque me fuerzas te sigo
con más miedo que vergüenza.
GREGOR. ¿No es ésta?
MONTILL. (*Temblando.*) Sí, señor mío;
con otra para el lacayo.
Sobre calaveras piso.
GREGOR. (*A ellos.*)
¡Alma! ¡Fantasma! ¡Embeleco,
ó lo que sois! Yo imagino
que burlas vuestras.
PETRON. ¿Qué es esto?
Hombre, ¿estáis en vos?

ESCENA XVII

Sale DOÑA ANA, *de caballero, con la cruz,* *y* BOCEGUILLAS.

ANA. (*A* Don Francisco.) Amigo:
¿hallastes aquí á mi Greida?
FRANC. Y en ella todo el prodigio
de la discreción y gracia;
¡qué de almíbar que os envidio!
De padre os doy parabienes.
(*Estos á un lado.*)
GREGOR. Yo tengo de descubriros.
PETRON. Yo notaros de grosero.
(*Estos aparte.*)
ANA. ¿Y la cara?
FRANC. Nunca quiso
mostrármela.
ANA. Era ya noche.
PETRON. Don Gregorio: si el juicio,
como la salud, no os falta,
advertid que habrá castigos
á desenvolturas vuestras.
(*Porfiando descubrirlas.*)
MELCH. Aquí de los comedidos.
(*A voces.*) ¡Caballeros! ¡Ah, señores!
(*Descúbrelas. Juntanse todos.*)
ANA. ¿Qué es esto?
GREGOR. (*A* Doña Ana.) Ya yo adivino
la causa de estas quimeras:
puerta me abrió el laberinto.
Vos, don Gómez, más que diestro,
venturoso ó atrevido,
que el acero en una venta
osastes medir conmigo,
del otro mundo buscáis
embelecos y artificios
que, mi amor desazonando,
os excusen de peligros;
pero no os valdrán agora.
(*Saca la espada.*)
ANA. Aquí soy lo que allá he sido.
(*Desnuda la suya.*)
FRANC. Doña Petronila: ¿vos
aquí?
BOCEG. (*A* Melchora.)
Y tú, ¿sales del Limbo?
MONTILL. ¿Quién te vistió de alma en pena,
Melchora?
BOCEG. De eso poquito;
que yo solo me enmelchoro.

MONTILL. Pues, mandilón, ¿tú conmigo?
PETRON. Mataos todos y vengadme
los tres de vosotros mismos,
que á todos os aborrezco;
todos me habéis ofendido.
FRANC. Yo á vos, ¿en qué?
PETRON. En ser mudable.
ANA. ¿Y yo?
PETRON. Vos, por fementido,
(*A* Don Gregorio.)
como vos en ser grosero.
MELCH. (*A los* Lacayos.)
Y los dos por Gomecillos.
GREGOR. Don Gómez: seguid mis pasos.
ANA. A atajároslos os sigo.
FRANC. Yo tras vos.
PETRON. Y yo tras todos,
que adoro lo que persigo.
(*Vanse éstos.*)
MONTILL. ¿Y nosotros tres en raya?
BOCEG. Dígalo Melchora.
MELCH. Digo
que de él no se me da un clavo,
y de él no se me da un pito.
(*Al uno: al otro.*)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA ANA *de galán, con la cruz, y* BOCEGUILLAS.

ANA. Quedamos, en fin, amigos
interveniendo terceros.
BOCEG. Nunca manchan los aceros
pendencias en que hay testigos;
mas ¿tienes seguridad
de amistad reconciliada?
ANA. La suya es la interesada;
pues ya, sin dificultad
de mi venganza y mis celos,
ni la muerte he de pedirle
de mi hermana, ni impedirle
la que causa sus desvelos.
Hase informado que estoy
con doña Greida casado.
BOCEG. De sí mismo enamorado:
ayer don Gómez, Greida hoy.
Que lo crea no es gran cosa;
pero ¿esto en qué ha de parar?
ANA. En que no se ha de casar
con la Petronila hermosa.
BOCEG. ¿Y la amistad?
ANA. ¡Qué sé yo!
No me apures tantas veces.
BOCEG. Aqueso es volver las nueces
al cántaro. ¿Por qué no?
ANA. Porque en el alma he sentido
no lograrle mi cuñado;
don Gregorio, en lo aliñado,
lo bizarro, lo entendido,
no admite comparación.
¡Oh, si doña Ana viviera
y esposa suya se viera,
qué proporcionada unión!
BOCEG. No te entenderá un Pasquín;
despachábale tu herida
ó á la posta, ó á la brida,
al infierno; sano, en fin,
disfrázaste en alma en pena
porque le mate tu espanto,
¿y agora le quieres tanto?
ANA. Cuanto más se me enajena,
más sus diversiones siento.
BOCEG. Construyate el Anticristo.
ANA. Mira: celos son un mixto
de amor y aborrecimiento.
BOCEG. ¿Amor tú? ¿Por qué, siendo hombre?
¿Celos? ¿Por qué, no mujer?
ANA. Yo llegué tanto á querer
la difunta, no te asombre,
que aún está viva mi hermana
en mí y muerto en ella estoy.
Ten por sin duda que soy
más que don Gómez doña Ana;
pues si amor nos encadena,
¿ya de qué te admirarás?
BOCEG. Agora te juzgo más
que la otra vez alma en pena.

ESCENA II

DON GREGORIO. — DICHOS.

GREGOR. Si tiene algo de fineza,
don Gómez, el visitaros
y por la mano ganaros
en esto, para firmeza
de nuestra nueva amistad,
sírvaos de satisfacción
que tengo en el corazón,
en el alma y voluntad
cuanto os afirman los labios.
ANA. No fuérades vos, señor,
tan noble, si ese favor
(ya se olvidaron agravios)
las ventajas no me hiciera
que de vos mi pecho fía;
y podrá ser que algún día,
(¡ojalá el presente fuera!)
conozcáis lo que deseo
serviros.
BOCEG. (*Aparte.*) Ello dirá.
GREGOR. Si á la experiencia se da
crédito, ya en vos lo veo.
ANA. Pues no lo digáis en vano,
porque me oso blasonar
que no os habéis de casar
si no fuere por mi mano.
GREGOR. Eso es doblarme venturas.
ANA. Cualquier difícil amante
necesita de un trinchante,
que amor todo es coyunturas,
y si una vez las erráis
nunca acertaréis con ellas.
GREGOR. No imagino yo perdellas
si vos me las sazonáis,
porque, ¿con qué no saldréis
si con la invención salistes
á que ayer me persuadistes?
Notable sois; no creeréis

cuán, por sin duda, os juzgué
espíritu de doña Ana.
ANA. ¿Cómo es eso?
GREGOR. En sombra humana
su alma misma imaginé
que á darme quejas venía.
ANA. No os entiendo.
GREGOR. ¿Cómo no?
ANA. Don Gregorio: nunca yo
tuviera tanta osadía
que el papel de un alma hiciese
que está gozando de Dios;
pero ¿visteis algo vos
que mi hermana os pareciese?
Porque, si he de hablar verdad
refiriéndoos lo que pasa,
las más noches en mi casa,
apenas la obscuridad
mata las luces al sueño,
cuando una voz lastimosa
nos despierta querellosa,
al principio con pequeño
estrépito; mas después,
con cadenas, con gemidos,
nos atruena los oídos,
sin que hasta hoy sepa lo que es.
Mudé posadas creyendo
que era duende lo que os digo;
pero mudóse conmigo
con sus cadenas y estruendo.
GREGOR. ¿Qué decís?
ANA. ¿Qué? Boceguillas:
cuenta tú lo que ha pasado,
pues, como yo, lo has lastado.
BOCEG. Contaréle maravillas
á vuesasted que le obliguen
á santiguarse. Antenoche
sentí en el desván un coche
á quien seis jayanes siguen
arrastrando seis capuces
con hachas de cera pez,
dando aullidos cada vez
que se apagaban las luces;
tras todos, de un blanco velo
cubierto un cuerpo miré,
tan alto, que imaginé
que desollinaba el cielo;
gemía de cuando en cuando
cual si de parto estuviera;
bajaron por la escalera
seis cadenas arrastrando,
y entraron en mi aposento
sin perdonar escondrijo;
entonces un jayán dijo:
«Este, que roncando siento,
y se llama Boceguillas,
sirve á su amo de trainel;
á la pelota con él
juguemos.» Yo, de rodillas,
dije: «Si del Purgatorio
sois, ¿qué mal os hice yo?»
Y el alma me respondió:
«Anda y dile á don Gregorio
que pena por él doña Ana,
porque si luego le avisas
que diga por mí mil misas,
me iré á los cielos mañana.»
Tarde es; mas ya se lo digo.
GREGOR. ¿Eso puédese creer?
ANA. ¡Oh! Si llegáis á saber
lo que ha pasado conmigo,
mi crédito haré dudoso.
GREGOR. Al punto mando decir
las misas por no impedir
su descanso.
ANA. Sois piadoso.
GREGOR. ¡Por Dios! que anoche creí,
don Gómez, que érades vos,
cuando reñimos los dos;
porque como luego os vi
en el traje que ahora estáis
y mis sucesos sabéis,
con la fama que tenéis
de las burlas que inventáis,
dije: «¿Este mozo me incita
para otro riesgo segundo
con cosas del otro mundo?»
ANA. Nunca el cielo tal permita;
los sufragios que os exhorta
se hagan por ella mañana;
porque, difunta mi hermana
y en el cielo, ¿qué la importa
que sea vuestra esposa ó no
doña Petronila?
BOCEG. Poco.
GREGOR. Tendréisme con eso loco.
ANA. Otro estorbo temo yo
que es harto más importante
entre vos y vuestra dama.
GREGOR. ¿Cuál es?
ANA. Don Gómez se llama,
primo, galán, estudiante
y, sobre todo, bien visto
de la que es con vos cruel.
GREGOR. Algo me han contado de él.
ANA. Matémosle.
BOCEG. (*Aparte.*) ¡Vive Cristo!
que no es posible que sea
sino engendrado á jirones
de embelecos y invenciones
este tiple taracea.
GREGOR. Pues él ¿en qué os ha ofendido?
ANA. En el nombre lo primero,
puesto que Portocarrero,
en que se haya entremetido,
mandón de la que os abrasa
tanto, que podéis temer
que este primo se ha de hacer
primogénito de casa
en que su traje molesta
á todos; pues al instante
que un zafio ve á un estudiante,
dice: «daca la ballesta»,
en que compita con vos
y aumente vuestros desvelos.
GREGOR. ¿Mas si tuviésedes celos
de él?
ANA. ¿Yo celos? Bien, por Dios;
como de mí.
GREGOR. ¿Negaréisme
que no amáis á la que adoro?
ANA. ¿Yo? Como al rejón el toro.
Don Gregorio, amigo, ¿veísme?
Pues á fe de caballero

que os amo más mucho á vos
que á esa dama y á otras dos.
La amistad es lo primero;
desde que nos conformamos
sois dueño de mis acciones;
fuera, sí, de obligaciones
que, si nos comunicamos,
sabréis.

GREGOR. Ya me han referido
de no sé qué Greida.

ANA. ¿Quién?

GREGOR. Que os quiere y le queréis bien.

ANA. ¡Por Dios! ¿Qué, lo habéis sabido?
Pues yo os juro que es de suerte
lo que está conmigo unida,
que nos alienta una vida
y nos espera una muerte.

BOCEG. *(Aparte.)* En esto no hay solecismo,
pero hay infinito enredo.

GREGOR. Confiado habláis.

ANA. Y puedo
del modo que de mí mismo.
Volvamos al estudiante
que ha de morir. ¡Vive Dios!
por mí, cuando no por vos.

GREGOR. ¿De qué suerte?

ANA. Es el rondante
y espadachín cuantas noches
llama el silencio al reposo,
y en extremo tan celoso,
que en la calle cuantos coches
pasan ha de registrar,
cuanto aventurero andante,
que, aunque al tal primo estudiante,
vuestra dama dé lugar
y entrada cuando es de día,
de noche no, que su puerta
para ninguno está abierta;
puesto, aunque es malicia mía,
que asistente en una reja
las más le sale á escuchar,
y con él suele parlar
hasta que al indio el sol deja;
hánmelo mentido ansí
y es bien que lo averigüemos;
la siguiente, pues, iremos,
y si le hallamos allí,
acabaremos con él;
si no, os habéis de fingir
don Gómez, y hacer salir
la dama, creyendo es él;
que con la seña engañada
al instante acudirá,
y allí vuestro amor sabrá
si está del primo prendada,
para que con causa justa
de tramoyas os vengüéis.

GREGOR. Las cosas que proponéis
son extrañas; mas, pues gusta
vuestra amistad, no hay en mí
dificultad.

ANA. A las dos
os espero.

GREGOR. Amigo, adiós.

ANA. ¿Queda esto ansí?

GREGOR. Quede ansí. *(Vase.)*

ESCENA III

DICHOS, *menos* DON GREGORIO.

BOCEG. ¿Estás harto de tejer
marañas? ¿Sóbrate estambre
para otras? ¿Tú de ti mismo,
dama, maltés, estudiante?
¿Tú, contigo compitiendo,
á ti mismo has de buscarte?
¿A ti mismo perseguirte
porque á ti mismo te mates?
¿Qué habemos de sacar de esto?

ANA. Boceguillas: pues no sabes
mis fines, no los censures.

BOCEG. Ya estoy en que me mandaste
oir y ver y callar;
oigo y veo, que esto es fácil,
pero querer que en el golfo
de tanto embeleco calle,
es poner al campo puertas.

ESCENA IV

Sale MELCHORA *con manto.*—DICHOS.

MELCH. Señor don Gómez: Dios guarde
á vuesa merced.

ANA. ¡Melchora!
¿Adónde bueno?

MELCH. A buscarle.
«Mensajera sois, amiga»,
etcétera. El corretaje
que traigo, no pide partes;
mándame á que le cante,
mi señora, ó que le rece,
lo antiguo de aquel romance:
«Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle,
ni mires á mis ventanas
ni...» Ya sabrá lo restante.
Vuesa merced represente
el papel del dicho Zaide;
porque está, si no lo cumple,
á peligro que le maten,
ó que sepa la justicia
sus mujeriles disfraces
siendo hombre, y tan para hombre
que diz que le llaman padre
ó taita Cristobalitos
y Greidas que le desmanchen.
Mi sa doña Petronila
acaba ahora de sacarse
la muela que le ha dolido,
si no mucho, lo bastante,
siendo el gatillo sus celos;
y, si bien escupe sangre,
hay Franciscos y Gregorios
con que sus penas enjuague:
está en duda con cuál de ellos
brevemente se entalame,
y hay consulta de parientes
en nuestra casa esta tarde;
teme que se la alborote,
y en mujer tan importante
ya verá lo que se arriesga
con el más mínimo achaque.
Dije, y voime. Adiós, seor mío.

ANA. No has de irte sin que te pague,
Melchora, tan buenas nuevas;
será el premio este diamante. (*Dásele.*)
¡Gracias á Dios que saldremos
de empeños en que á engolfarme
me llevaban, agua arriba,
obligaciones tan grandes!
¡Qué discreta es tu señora!
Con cualquiera que se case
de los dos, tan mis amigos,
hallará dichas iguales
que den envidia á esta corte,
y yo excusaré desaires,
si á Cristóbal legitimo,
que está temiendo su madre.
Dila esto, y adiós.

MELCH. ¡Tan seco!
¡Jesús! ¡Don Gómez! ¡Tan grave!
¿Vuesasted la quiso bien?

ANA. Pues ¿qué he de hacer?

MELCH. ¿Qué? Colgarse
de una viga; dar suspiros
que un neblí no los alcance;
retar, celoso, á Zamora.

ANA. Eso, amiga, solía usarse
en farsas matusalenas;
no hallan celos ya á quién maten;
está muy cristiano amor
y tiembla de condenarse
si loco se desespera.
Vete, y dila de mi parte
que la doy mil parabienes.

MELCH. Pues, mire: por más que trague
hacia adentro sentimientos
y disimule pesares,
yo sé que tiene el pechito
con más agujas que un sastre.
Vaya allá vuesa merced,
pero no le diga á nadie
que yo le di tal consejo,
porque, así Dios me depare
marido que me merezca,
que me ha mandado que llame,
mi señora, deudos suyos
que en casa han de convocarse
para lo que le refiero.

ANA. Pues ¿qué quieres, si á intimarme
que no vaya allá te envía?

MELCH. ¡Jesús! ¿Pues eso cree? Calle.
¿Luego ignora que en los celos
son mizes todos los zapes?
Vaya luego allá, y adiós. (*Vase.*)

ESCENA V

DICHOS, *menos* MELCHORA.

ANA. ¿Qué dices de esto?

BOCEG. Que acabes
con todos: ó dentro ó fuera.

ANA. Don Francisco ha de casarse
con ella, ó yo no ser hombre.

BOCEG. Pues ¿agora no acabaste
de decir á don Gregorio
que te busque y que te mate
porque su dama se quede
sin estorbos que la embarguen?
Pues ¿cómo impedirle puedes
que este otro agora se case,
si para entrar en su casa
tienes peligros tan grandes?
Pues sus deudos, también dijo
Melchora que han de matarte
si entrar con ella te ven,
conque por ninguna parte
hay puerta para tu enredo,
aunque más máquinas halles.

ANA. Dije, y tengo de cumplirlo.
¿Dudas tú que á mí me falten
medios con que entrarla á ver
y mis cautelas la engañen?
Allá he de entrar luego al punto.

BOCEG. Luego, ¿los dos han de darle
la mano á la Petronila?
¿Con los maridos á pares?

ANA. Seránlo á pares, ó á nones.

BOCEG. Y, hecho el dicho maridaje
imposible, ¿con quién piensas
casar tú?

ANA. Contigo.

BOCEG. ¡Zape!

ANA. Boceguillas: lo del alma
en pena me es importante
que se apoye.

BOCEG. ¿De qué suerte?

ANA. Escúchalo. ¿Tú no sabes
dónde el don Gregorio vive?

BOCEG. Lindamente: barrio y calle.

ANA. ¿Tiene en casa otros vecinos?

BOCEG. Pienso que ayer vi mudarse
los que en el cuarto de arriba
moraban.

ANA. Si se quedase
vacío, fuera esta suerte
de mi sutileza examen.
Anda, vamos á saberlo.

BOCEG. Pues ¿qué tenemos?

ANA. Donaires
que me saquen venturoso.

BOCEG. ¡Oh, casa de los orates! (*Vanse.*)

ESCENA VI

Salen DOÑA PETRONILA, DON FRANCISCO *y* DON GREGORIO.

PETRON. Digo, pues, señores míos,
que, sin consultar consejos
de mis deudos, aunque viejos,
primos, parientes y tíos,
no tiene mi elección bríos
para ponerme en estado;
para esto los he llamado,
las muchas partes propuesto
de los dos; y según esto,
libré en ellos mi cuidado.
Los bien nacidos pleitean
como tales á lo igual,
litigan al tribunal;
pero siempre que se vean
es justo que amigos sean;
que yo, en habiendo quistión
que cause murmuración,

desde luego les intimo
que más que el casarme estimo
mi fama y reputación.

GREGOR. Sois tan cuerda, mi señora,
que yo convencido quedo
y las ventajas le cedo
á mi opuesto desde agora;
vuestra suerte se mejora
en empleos de su amor,
y yo, que de su valor,
aunque parte, soy testigo,
le quiero más para amigo
que para competidor.

FRANC. Discreción y bizarría
airosamente juntáis;
mas no es bien que me venzáis,
amigo, en la cortesía:
yo os renuncio la acción mía,
que amor que obliga beldades
no funda felicidades
la vez que elige mujeres
en ajenos pareceres,
sino en propias voluntades.
Esta señora os la tiene,
sus ojos la muestra os dan;
dejáis por ella á Milán,
y quien de tan lejos viene
no es justo que se enajene
de prenda que suya fué.
Yo, que muerto la causé
llantos que quiero debella,
volviendo á morir por ella
la plaza os despejaré.

PETRON. ¿Finezas entre los dos
á mi costa, caballeros?
¿De qué podéis ofenderos
vos, don Gregorio? ¿Ni vos?
Soy noble; no quiera Dios
que me resuelva arrojada
á cosa...

ANA. (*Dentro.*) ¡Y á la cuajada!

PETRON. Que al mundo dé que decir,
pues yo no os he de elegir
á deudos subordinada.
¿Por qué el uso no desprecio?
¿Por qué á los dos no os admito?
¿Por qué mi estado remito
á quien haga de él aprecio?
Reparad que es caso recio
el de esa resolución,
cuando en vuestra discreción,
en fe de tan estimada,
me fío.

ESCENA VII

Sale DOÑA ANA *de cuajadera; toca de rebozo hasta la nariz, sombrero, mangas y fundillas blancas; naguas de cotonía; devantal, con pliegues, blanco; una olla de cobre en una cesta, cubierta con unos manteles que lleva en una mano, y en la otra un cucharón de hierro.*—DICHOS.

ANA. ¡Y á la cuajada!
¡Válgale la maldición!
¿Han visto cuál se me atreve?
No hay escolar más molesto
en todo Madrid.

PETRON. ¿Qué es esto?

ANA. ¿Esto? Éntrome acá, que llueve.

PETRON. ¿Qué queréis?

ANA. No se apitone:
un demonio de estudiante,
que siempre lo hallo delante,
de suerte se descompone
por dondequiera que paso
con pellizcos, con locuras,
malicias, desenvolturas,
que, aunque de ellas no hago caso,
me ha obligado á que huya de él
y me éntre sin ton ni son
en su casa de rondón.

PETRON. ¿Estudiante es?

ANA. Es la piel
del diablo, que le engendró:
no me deja á sol ni á sombra.

PETRON. ¿Sabéis vos cómo se nombra?

ANA. Un su mozo le llamó,
porque otro lo pescudaba,
don Gomia Porchocarrero.

PETRON. Don Gómez Portocarrero
diréis.

ANA. Sí; despacio estaba
la moza para estodiar
si es don Gómez, Gazmio ó rollo.

PETRON. Mi primo es.

ANA. Pues si es su pollo,
calcilla le puede echar.
¿Quiere vuesasted cuajada
para aquestos caballeros?

PETRON. ¡Buena merienda!

ANA. Sin sueros,
limpia, fresca y sazonada;
más dulce es que una conserva;
al azúcar la aventajo;
pruébela, que no es de cuajo;
á fe mía que es de hierba.
(*Saca una cucharada.*)
Aunque esas manos, que pellas
son de nieve en el color,
venden cuajada mejor;
comerse puede tras ellas
las suyas un capitán. (*Tómaselas.*)

PETRON. ¡Aduladora!

ANA. A ver: llegue;
á fe que no es su jalbegue
de almendras ni solimán.
¿Con qué se las lava? ¡Rara
blancura! Amor: tú dirás
que lleve el diablo lo más
con un poco de agua clara.

PETRON. Entre grosero y pulido
sabéis aliñar primores.
¿Visteis vosotros mejores
ojos?

ANA. No son lo que han sido.

FRANC. Airosa es la cuajadera.

GREGOR. Corred la cortina ó toca
que nos priva de la boca.

ANA. Por otro tanto me diera
su sotana el estudiante;
no la hallara con sazón;
atrevióse el neguijón
á uno de éstos de delante;

libre el cielo los que en vos
guarnece de carmesí;
(A ella ap.) Echeme á los dos de aquí,
que tengo que hablarla.
(A todos.) Adiós,
que pierdo tiempo y es tarde.
¡Y á la cuajada...!

PETRON. Esperad.
Licencia los dos me dad.

GREGOR. Dios, bella señora, os guarde
para que mucho os logréis
con la prenda que os merece.

PETRON. Si á mis deudos os parece
que es bien que sobre esto habléis,
miraldo; y cada cual crea
que, sin hacer distinción
de entrambos, mi inclinación
acertar sólo desea.

GREGOR. No sé en eso lo que os diga. *(Vase.)*

FRANC. Tampoco dichoso soy,
que por excluso me doy. *(Vase.)*

ESCENA VIII

DOÑA PETRONILA *y* DOÑA ANA.

PETRON. ¿Yo qué he de hacer, pues, amiga?
¿Qué hay de nuevo?

ANA. Que acabemos
con celos y impertinencias.
(Quita la toca, desnuda lo de mujer, trae la espada debajo del vestido, á las espaldas, atada con el tahalí, queda en cuerpo, como hombre; saca de la cesta la capa y la guarnición de la espada, que es de tornillo.)

PETRON. ¡Jesús! ¿Hay tal osadía?

ANA. No ha sido ésta la primera
en que tus desconfianzas
la vida y gustos me arriesgan;
tu condición es terrible.—
Melchora: sal acá afuera;
desnúdame de estas burlas
para que hablemos de veras.

ESCENA IX

Sale MELCHORA.—DICHAS.

PETRON. Pues ¿qué dirán los que entraren
cuando aquí en cuerpo te vean?

ANA. Veránme en cuerpo y en alma
andar por tu causa en pena.
(Desnudándola Melchora *tienta la espada á las espaldas.)*

MELCH. ¿Qué es esto duro?

ANA. La espada.

MELCH. ¿La espada? ¿Quién tal creyera,
ingenioso embelequista?

ANA. Melchora: amor que no inventa
no vale dos caracoles.
(Pone á la espada la guarnición, ciñesela; pónese el sombrero que trujo, y queda galán con la cruz al pecho.)

MELCH. Cada día hay cosas nuevas.
¿Y la guarnición, la capa,
con lo demás?

ANA. Esa cesta
me sirvió de guardarropa.

PETRON. ¡Buena cuajada!

ANA. Y tan buena,
que ha de cuajar mis venturas.
(A Melchora *)*
Allá esos vestidos entra,
llevarálos mi criado.

PETRON. ¿A quién?

ANA. A una esclava negra
de mi huésped.

MELCH. Cotonías
son la gala de Guinea.
(Mete Melchora *todo lo demás de este embeleco.)*

ESCENA X

DICHAS, *menos* MELCHORA.

ANA. Agora, pues, mi enojada,
que no hay disfraces que temas,
¿sobre qué es la pesadumbre?
¿en qué estriban tus ofensas?

PETRON. Que tal oses preguntarme,
¿llamárelo desvergüenza?

ANA. Pues ¿qué he hecho yo contra ti?

PETRON. No es nada, la doña Greida
para esposa apalabrada
cuando arrimes la encomienda,
y el señor Cristobalico
que ligitimes.

ANA. Quisieras,
mi bien, tú, que antes de verte,
entre hechicero y profeta,
adivinara en Italia
mi ventura y tu belleza,
y á pesar de lindas brides
conservara su entereza
el caballero del Sol,
reservado á la Princesa
Claridiana ó Clariluna;
antes es bien que agradezcas
certidumbres que te saquen
de malicias que me afrentan.

PETRON. ¿Qué malicias?

ANA. Las escritas
en la carta de la venta
que me llaman mutilado:
ni bien hombre, ni bien hembra.

PETRON. ¡Qué á la cara me han salido,
don Gómez, aunque lo sienta,
lo que es más que imaginable!
En casarme estoy resuelta
con don Gregorio mañana.

ANA. ¿Con quién?

PETRON. Ha de ser por fuerza:
no te canses.

ANA. Muchas horas
hay que entre esta noche median
y mañana para hacer
que se acabe la tarea
en Viveros comenzada;
veráste antes que amanezca
viuda; prevén luto y tocas,
y adiós para siempre.
(Hace que se va.)

PETRON. Espera.

¿No sois ya los dos amigos?
ANA. ¡Gentil amistad!
PETRON. No sea
con él, pues lo sientes tanto;
don Francisco te agradezca
la mano que de mi parte
puedes ofrecerle.
ANA. En esa
pongo yo el alma y los labios:
(*Bésasela.*)
tal valor para tal prenda.
PETRON. (*Muy enojada.*)
Pues ¡ingrato, fementido,
engañamundos! no creas
que del uno ni del otro,
si hoy con la vida te dejan,
logre su amor esperanzas.
¿Han visto que sin dar muestra
de un pesar, aunque fingido,
la mano el traidor me besa?
¡Vete, falso á tu italiana!
Palabras la desempeña;
su bastardo legitima;
pero, con tal que no vuelvas
á esta calle ni á esta casa,
que, si su umbral atraviesas,
á un tiempo han de celebrarse
mis bodas y tus obsequias.
ANA. Eso sí, mi Petronila.
¡Cuerpo de tal! Pique, escueza.
Sepamos cuál de los dos
trae más fina la pimienta.
¡Qué villanos siempre han sido
los celos! Si no se vengan
de aquellos que más adoran,
juzgan su amor por afrenta.
¡Ea, pelillos á la mar! (*Muy tierna.*)
Celos me diste que queman,
celos te he dado que abrasan,
servido nos han de leña;
pues la brasa se ha encendido
á que el amor se calienta
y humo los celos se llaman,
echemos el humo fuera.
Yo te adoro ¡el cielo vive!
Si no bastan para prueba
de esta verdad los disfraces,
ya dama, ya cuajadera,
ya doña Ana, ya don Gómez,
ya estudiante, ya alma en pena,
¿qué ha de bastar?

ESCENA XI

Sale MELCHORA. — DICHAS.

MELCH. Yo, señora,
que he sabido, en mi conciencia,
que ni duerme el pobrecito
por ti, ni come, ni cena.
Si el bien se nos entra en casa,
¿qué diablos es lo que esperas?
Mira qué talle de alcorza;
mira qué cara de perlas;
acaba: dale esa mano.
(*Finge* Doña Ana *que llora.*)
PETRON. ¿Qué es eso? ¿Lloráis?
ANA. Me aprietan
congojas no sé si el alma;
no con vos crédito pierda
mi valor, que no es cobarde;
quien guarda para la guerra
las manos, y para un susto
de amor los ojos y lengua.
PETRON. ¿Pues la Greida?
ANA. Casaráse
con otro dándola hacienda
suficiente; pues me excusa
esta cruz, que no dispensa
tálamos embarazosos.
PETRON. ¿Y el Cristóbal?
ANA. Su nobleza
le sirva de patrimonio.
MELCH. Si es natural, no es afrenta.
ANA. Echará, si se lograre,
por las armas ó la iglesia.
PETRON. Si esa cruz, pues, os impide
lazos lícitos con ella,
¿cómo podréis ser mi esposo?
ANA. Para la otra es cruz profesa;
pero para vos, novicia.
PETRON. Ahora bien: templad tristezas
y infórmeme yo, entretanto,
de cosas que es justo sepa
para asegurar temores.
ANA. ¿Qué plazo asignáis?
PETRON. Abrevian
los deseos, cuando abrasan,
dilaciones que atormentan.
ANA. Comerme quiero esta mano
á besos. (*Tómala la mano.*)
MELCH. No se la beba,
que es de nieve y le hará mal.
ANA. Pues ¿cómo abrasa si nieva?
(*Muérdesela.*)
PETRON. ¡Ay!
MELCH. ¡Quedito! no muerda.
ANA. Envidia el corazón, labios
y lengua.
PETRON. Bellaco sois,
don Gómez.
ANA. Hechizo mío
ansí han de ser los hombres. (*Vanse.*

ESCENA XII

Salen DON GREGORIO *y* MONTILLA.

GREGOR. ¿Qué hora es?
MONTILL. Todo el cahiz
conté menos una hanega.
GREGOR. Si un desengaño sosiega,
quien los admite es feliz.
Pensé esta noche rondar
á mi ingrata; ya no quiero.
MONTILL. Róndela el Portocarrero
y ¡alto! señor: á acostar.
GREGOR. Viva el dichoso estudiante,
pues sus intentos logró.
¿Por qué he de matarle yo
si el paso me echó adelante?
Venme á desnudar, Montilla.
MONTILL. ¡Gracias á Dios que una vez
le hallo cuerdo! El almirez

nos despierte, campanilla
de todo poltrón galán.
GREGOR. No, Madrid, en ti más llamas.
MONTILL. ¡Fuego de Cristo en sus damas!
GREGOR. Luego me vuelvo á Milán. (*Vanse.*)

ESCENA XIII

DOÑA ANA, *de hombre*, y BOCEGUILLAS.

BOCEG. Tu ingenio se me ha pegado.
ANA. ¿Cómo?
BOCEG. Díjele al casero
que quería un caballero,
á Madrid recién llegado,
ver el cuarto que alquilaba,
porque, en saliendo contento,
sería tu alojamiento;
y él, aunque lo deseaba,
por no sé qué ocupación,
respondió que hasta otro día
mostrárnoslo no podía.
Dile entonces un doblón
redondo, divina salsa
que á todos los gustos sabe,
fióme al punto la llave
y entré por la puerta falsa
sin que nadie me sintiese,
metí cadenas y grillos
que ha de pasmar al oíllos
el tal, ¡oh, si ya durmiese!,
y dite aviso al momento.
ANA. Comiéncese, pues, la esgrima.
BOCEG. Estas piezas caen encima
de su cama y aposento;
á acostarse iban agora,
que yo los vi diligente
desde aquí.
ANA. Un convaleciente
mejor duerme que enamora.
¡Gentil modo de matar
al estudiante!
BOCEG. Una herida
teme otra, y no hay mejor vida
que vivir.
ANA. Vuelve á mirar
si se han traspuesto los dos.
BOCEG. ¿Por dónde?
ANA. Esa cuadra acecha
(*Acéchalos.*)
BOCEG. Roncando, los soplos echa
de á legua y media; ¡por Dios,
que es treinta Alcaldes Ronquillos.
ANA. Alto, pues, no lo dilates.
BOCEG. ¿Qué falta?
ANA. Que la luz mates
y anden los ayes y grillos.
BOCEG. De mí mismo tengo miedo.
ANA. Vaya.
BOCEG. Aquí empieza la historia.
(*Entranse, y allá dentro arrastran cadenas, con ayes y todo estrépito.*)
ANA. ¡Ay, que me impide la gloria
un ingrato!
BOCEG. ¡Ay, que no puedo
salir, por él, de las penas
inmensas del Purgatorio!
ANA. ¡Ay, remiso don Gregorio!
BOCEG. ¡Ay, Montilla!

ESCENA XIV

En calzoncillos y camisa MONTILLA, *con vestidos, sábanas y mantas á cuestas.*

MONTILL. Mil cadenas
siento que vienen tras mí,
y mil demonios con ellas
dando aullidos y querellas.
BOCEG. ¡Ay, que me abraso!
ANA. ¡Ay de mí!
MONTILL. Conjúrote por el Credo
menos el Poncio Pilatos.
ANA. ¡Ay, hombres de viles tratos!
MONTILL. Algalia sudo de miedo.
¿Qué me quieres, aullador?
BOCEG. Misas.
MONTILL. ¿Soy yo San Gregorio?
¿He arrendado el Purgatorio?
¿Fuí yo acaso colector?

ESCENA XV

Sale DON GREGORIO, *en jubón y calzoncillos, con la espada desnuda.*—DICHOS.

GREGOR. ¿Qué calabozos se pasan
desde el Infierno á este puesto?
¿Montilla?
MONTILL. ¡Señor!
GREGOR. ¿Qué es esto?
MONTILL. ¡El Juicio!
ANA. ¡Ay! ¡Que me abrasan
llamas sin luz invisibles!
¿Por qué en mis penas no avisas?
GREGOR. Visiones: ¿qué queréis?
LOS DOS. Misas
GREGOR. Yo os prometo las posibles.
ANA. (*A voces lastimadas. Mucho estruendo.*)
Mientras que en el Purgatorio
esté, porque tú lo quieres,
tener sosiego no esperes
ni casarte, don Gregorio.
GREGOR. ¡Sombras, que os juzgo infernales!
No os he de tener temor.
Quita.
MONTILL. ¿Dónde vas, señor?
GREGOR. (*Cuchilladas al aire*)
¡Qué sé yo!
MONTILL. No son mortales
los que aúllan, sino sombras
de azufre y hierro cargadas;
¿de qué sirven cuchilladas?
GREGOR. Quédate tú, que te asombras;
subiré al cuarto de arriba,
que en mí el espanto no cabe.
MONTILL. Si está la puerta con llave
sin persona que le viva
por más que intentes, ¿qué harás?
El diablo aquí te hospedó.
GREGOR. Pues, ¿qué he de hacer?
MONTILL. Lo que yo:
afufallas.

GREGOR. ¿Dónde vas?
MONTILL. Voime á la caballeriza:
refugio á todo lacayo
donde jamás cayó rayo
ni fantasma atemoriza,
ni los riesgos ordinarios
de vientos y terremotos;
los rayos son muy devotos,
que buscan los campanarios,
palacios y galerías.
Acójome á estercolar
el sueño. (*Vase.*)

ESCENA XVI

DICHOS, *menos éste.*

GREGOR. Si han de durar,
hasta que alumbren los días,
todas las noches espantos
semejantes, sin dormir,
mejor me estará salir
y excusar estruendos tantos,
no de temor; todo el techo
se viene abajo. (*Mucho ruido.*)
(*Arriba los dos, que se vean.*)
BOCEG. Sí hará.
ANA. Boceguillas: bueno está;
lucidamente lo has hecho.
¡Alto, á la tal falsa puerta
con todo el fantasmo ajuar!
BOCEG. Bien puedo representar
diez almas.
ANA. No quede abierta
la casa. Ven. (*Vanse.*)

ESCENA XVI

DON GREGORIO *solo.*

GREGOR. Saber quiero,
pues por hoy no he de dormir,
si á su dama va á asistir
el primo Portocarrero
y está á la reja admitido
de quien conmigo es cruel.
Podrá ser que vengue en él
lo que en casa no he podido. (*Vase.*)

ESCENA XVIII

Sale DON FRANCISCO *como de noche.*

FRANC. Esta vez, sospechas mías,
he de ver si salís falsas,
ó el duplicado don Gómez
con vil cautela me trata.
He recelado que tiene
como los nombres las caras,
como el ingenio las obras,
y que me usurpa á mi dama;
en mis celos se deleita;
en sus ojos se retrata,
pues siempre en ellos he visto
que sus niñas le agasajan.
Si esto es así, lo que el día
á las malicias recata,
desquitarán por las noches
cohechos de sus ventanas.
Hagamos, pues, la experiencia.

ESCENA XIX

Rebozado DON FRANCISCO *y á la ventana* MELCHORA.

MELCH. A nuestras puertas se para
un hombre. ¿Si es el que espero?
La noche está tan cerrada
que diviso y no averiguo;
¿pero si no es el que aguarda
el que las piedras nos cuenta?
¡Eh caballero! ¿Quién pasa?
FRANC. (*Aparte, y luego á ella.*)
Ya tenemos un indicio:
don Gómez soy.
MELCH. ¡Acabara
de hablar yo para otro jueves!
Bien venido.
FRANC. (*Aparte.*) La criada
es esta; mas ¿si se quieren
los dos?
MELCH. (*A él.*) Echóse en la cama
por esperarle vestida
habrá dos horas el ama.
Dormilón es el don Gómez.
FRANC. No ha causado mi tardanza
el sueño: los pliegos fueron
que he recibido de Italia.
MELCH. ¡Qué de ello me debe, amigo!
FRANC. Vos escogeréis la paga
á contento.
MELCH. Se la tengo
más que una cordera mansa;
no la diga pesadumbres.
FRANC. ¿Yo, mi Melchora?
MELCH. A llamarla
voy; retírese allá afuera,
que no sé á quién siento. (*Vase.*)
FRANC. (*Aparte.*) ¡Ah, ingrata!
¿Para esto no hay llamar deudos
que con vos consultas hagan?

ESCENA XX

Sale MONTILLA.—DON FRANCISCO.

MONTILL. ¡Válgaos el diablo por pulgas!
Peores sois que las almas.
(*Pónese enfrente de la ventana.*)
No he podido pegar ojo.
Mi dueño dejó la casa
á sus huéspedes en pena,
y como en las de amor anda,
que puesto que las ignoro,
las unas y otras abrasan,
tendrá aquí su purgatorio.
Oigan allí lo que pasa.
El es. ¿No lo dije yo?
Rebózome la fachada
y sus querellas escucho. (*Rebózase.*)
FRANC. Cogióme el puesto el que traza
con embelecos su muerte:
escuchemos en qué paran
estos oscuros conciertos.

ESCENA XXI

Sale DON GREGORIO, *rebozado*.—DICHOS.

MONTILL. Otro salió á la parada.
GREGOR. ¿Dos hombres junto á su puerta?
El cuerpo lo hacen de guardia
¡Vive Dios! que he de saber
quién son, ó morir. ¿Quién pasa?
(*A* Don Francisco.)
FRANC. (*Aparte y luego á* Don Gregorio.)
Su mismo nombre me vengue.
¿Quién lo pregunta?
GREGOR. Quien anda
buscando á cierta persona.
(*Rebozados todos.*)
FRANC. Don Gómez soy.
GREGOR. ¿Y se llama
Avalos, Portocarrero
ó cómo?
FRANC. Yo tengo entrambas
noblezas y entrambos nombres.
MONTILL. (*Ap.*) Aquí comienza la danza.

ESCENA XXII

Sale DOÑA ANA, *de hombre, y* BOCEGUILLAS.—DICHOS.

BOCEG. Tres á tres los rondanditos.
ANA. Hacia esa esquina te aparta,
y déjame á mí con ellos.
BOCEG. ¡Qué lindo vocablo el hacia!
(*Arrímase* Boceguillas *junto á* Montilla, *sin verle.*)
ANA. En forma estáis de pendencia;
mas no lo sufre la casa
á cuyas puertas se forja,
que miro yo por su fama.
(*Entre los dos, rebozada.*)
Servíos de mi cortesía
y, con ella, de esta espada,
sabiendo yo, si ser puede,
cómo os llamáis los dos.
GREGOR. Basta
que vos lo pidáis ansí.
Yo soy don Gómez.
ANA. ¿Quién?
MONTILL. (*Aparte.*) ¡Vaya!
Ya tenemos dos don Gómez.
FRANC. El que eso finge os engaña,
porque yo el don Gómez soy.
BOCEG. (*Ap.*) Jueguen, pues, al tres en raya.
ANA. Adviertan vuesas mercedes
que á la corte, desde Italia,
y desde la cuna hasta ella,
ese nombre me acompaña.
¿Tres don Gómez? ¿Qué apellido
los guarnece?
BOCEG. (*Aparte.*) ¡Linda chanza!
FRANC. Yo soy Avalos y luego
Portocarrero.
ANA. ¡Oh, qué gracia!
¿Y vuesa merced?
GREGOR. También
esos títulos se enlazan
en mí con el de don Gómez.
ANA. No debe de ser sin causa
el triunvirato Gomezio.
BOCEG. ¿Quién va allá?
MONTILL. ¡Zape!
BOCEG. ¿Quién anda
cedulón aquí de esquinas?
(*Tópanse sin verse.*)
MONTILL. Don Gómez.
BOCEG. Tentad si es paja:
todo Madrid se gozmenia.
MONTILL. Y él ¿quién es?
BOCEG. Don Gómez.
MONTILL. Maula;
¿mas si llamase esta corte
doñas Gozmas á sus dayfas?
ANA. Concluyamos, caballeros;
no uséis mal de mi templanza:
decid vuestros nombres proprios.
MONTILL. (*Ap.*) Apostemos que son almas.
que tras don Gregorio vienen.
GREGOR. (*A* D.ª Ana.) A vuestro lado las armas
os ofrezco con la vida. (*Júntanse.*)
ANA. ¡Oh, amigo! ¿Vos sois?
GREGOR. Me sacan
de mi casa y de mi seso
visiones de vuestra hermana.
ANA. ¿Veislo? ¿No os lo dije yo?
Pues, ¿qué ha sido?
GREGOR. Es cosa larga.
Para después lo dejemos.
FRANC. Señores: antes que el alba
madrugue, que ya se acerca,
por precisas circunstancias
me importa que el un don Gómez
de los dos del mundo salga.
ANA. ¿Cuál es de ellos?
FRANC. El que finge
amistades que por falsas
dobleces, que por civiles
le apresuran la mortaja.
GREGOR. Será, caballero, fuerza
reñir con los dos.
FRANC. Ventajas
tiene mi razón y enojo
para más que vengan.
(*Sacan los tres las espadas.*)
PETRON. Abran
estas puertas.
MELCH. (*Dentro.*) Sí, señora,
que á su don Gómez nos matan.
PETRON. Melchora: saca esas luces.

ESCENA XXIII

Salen DOÑA PETRONILA *y* MELCHORA, *con luces.*—DICHOS.

MONTILL. Vengan hachas.
BOCEG. Vengan hachas.
Serviremos de comedia,
si es que esto en bodas acaba.
PETRON. ¡Don Gómez! ¡Amado primo!
¿Con quién lo habéis? ¿Vos la espada
desnuda?
ANA. Templad los sustos.
PETRON. ¿Templar? ¿Pues qué es esto?
ANA. Nada.
PETRON. ¿Quién está con vos?
ANA. Mi esposo.

GREGOR. ¿Mi quién?
ANA. Si valen palabras,
vos sois el esposo mío.
GREGOR. ¡Jesús! ¿Qué decís?
ANA. El alma
que por vos ha andado en pena
soy de la ausente doña Ana.
GREGOR. ¿Alma vos? ¡Válgame el cielo!
ANA. ¿Qué tenéis?
MONTILL. Miren si escampa.
ANA. Alma soy, que un cuerpo anima;
cuerpo soy, que en ella os ama;
vida tengo, por vos muerta
mi opinión y vuestra fama.
Para que ésta resucite
y estotra se satisfaga,
peregrinaron deseos
que atravesaron distancias,
inventaron sutilezas
y olvidaron á su patria.
Si amor tan firme merece
que se corresponda... (*Llora.*)
GREGOR. Basta.
No lloréis, bella señora;
que el cielo de vuestra cara,
no alma en pena, cual fingisteis,
alma en gloria os me retrata.
¡Si antes yo os hubiera visto!
PETRON. ¿Hay tal cosa?
MELCH. ¡Lo que pasa
en el mundo!
BOCEG. Lacayo hembro
he sido: denme matraca.
PETRON. No le creáis, caballeros:
advertid que aún nos engaña.
Ya sabéis sus artificios.
ANA. Por vos, señora, me holgara.
Doña Ana de Avalos soy.
PETRON. ¿Y la Greida que os aguarda
con un hijo y mil promesas?
BOCEG. ¿Qué Greidas, ó calabazas?
PETRON. Vila yo por estos ojos.
ANA. Vístesme á mí transformada
en Greida, en Portocarrero,
en don Gómez y en doña Ana.
GREGOR. Cuando no traigáis más dote
que las sutilezas raras
de ese ingenio, que eternicen
plumas, buriles y estatuas,
merecen que yo os adore.
Dadme esa mano.
(*Danse las manos.*)
MONTILL. ¡Oh, bien haya
la madre que te ha parido!
De éstas vengan mil fantasmas.
ANA. Bella doña Petronila:
enriqueced esperanzas
de don Francisco que, pobre
de ellas, mi amistad maltrata.
PETRON. Lo que mandáis obedezco.
(*Se dan las manos.*)
FRANC. Mi silencio os dé las gracias.
[¿A Doña Ana?]
Y á vos, señora, mi afecto
el corazón. (*A Doña Petronila.*)
MELCH. ¿Quién se casa
conmigo?
ANA. Melchora: escoge,
que, para que feries galas,
docientos de oro te libro.
MELCH. Vengan, aunque sean en plata.
MONTILL. Aquí estoy yo.
BOCEG. Y yo también.
MELCH. ¿Ojearon la ganancia?
Codiciositos me son.
Pues yo he dado en ser beata.
ANA. ¡Qué gran bellaco que ha sido
el Don Gómez! Si os agrada
la comedia ¡oh, gran concurso!
decid, supliendo mis faltas,
que han de ser ansí los hombres
cuando engertos en las damas.

«E bisto esta Comedia intitulado *Bellaco sois gomez*. Es su Argumento de una mujer que en abito de hombre se bale para casarse con un galán de trazas injeniosas y chistes donairosos. No tiene ningún incobeniente por ser toda un juguete, y así puede representarse, saliendo la dama como se les tiene mandado por el Señor don Antonio de Contreras y con enaguas hasta los pies, y quitando los juramentos, que ban reparados en ella. en Madrid, A 27 de Abril de 1643.» (La firma de este censor no se lee por estar roída la hoja).

Por Orden de V. S. el Señor Vicario General, he visto esta Comedia y en ella no hay cosa contraria á Nuestra Santa Fee Catholica y buenas costumbres; y assi podrá V. S. servírse en dar la licencia que piden para que se represente. Fecho en Valencia en el Convento de N.tra S.ra del Remedio, Orden de la S.ma Trinidad, á 1 de Setiembre, año 1643.—EL MAESTRO FR. JUAN BAUT.ª PALACIO, *Cualificador del S.to Officio.*

APÉNDICE

EL BURLADOR DE SEVILLA

Y

CONVIDADO DE PIEDRA

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA (1)

REPRESENTÓLA ROQUE DE FIGUEROA (2)

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (3)

DON DIEGO TENORIO, *viejo.*
DON JUAN TENORIO, *su hijo.*
CATALINÓN, *lacayo.*
EL REY DE NÁPOLES.
EL DUQUE OCTAVIO.
DON PEDRO TENORIO.
EL MARQUÉS DE LA MOTA.
DON GONZALO DE ULLOA.
EL REY DE CASTILLA.
FABIO, *criado.*
ISABELA, *Duquesa.*
TISBEA, *pescadora.*
BELISA, *villana.*
ANFRISO, *pescador.*
CORIDÓN, *pescador.*
GASENO, *labrador.*
PATRICIO, *labrador.*
RIPIO, *criado.*

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen DON JUAN TENORIO *y* ISABELA, *duquesa.*

ISABELA. Duque Octavio, por aquí
podrás salir más seguro.
D. JUAN. Duquesa, de nuevo os juro
de cumplir el dulce sí.
ISABELA. ¿Mis glorias serán verdades,
promesas y ofrecimientos,
regalos y cumplimientos,
voluntades y amistades?
D. JUAN. Sí, mi bien.
ISABELA. Quiero sacar
una luz.
D. JUAN. Pues, ¿para qué?
ISABELA. Para que el alma dé fe
del bien que llego á gozar.
D. JUAN. Mataréte la luz yo.
ISABELA. ¡Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?
D. JUAN. ¿Quién soy? Un hombre sin nombre.
ISABELA. ¿Que no eres el Duque?
D. JUAN. No.

(1) El texto de esta comedia que se reimprime es el de 1630. Las principales variantes anotadas son del de 1649, exactamente igual al de 1654. Alguna pertenece á la comedia titulada *Tan largo me lo fiáis*, impresa á continuación, y que no es más que un plagio del *Burlador*. Se han tenido, además, á la vista tres ediciones antiguas, dos de ellas de Sevilla, y la moderna de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Todas estas ediciones se describen en el *Catálogo* que precede á este volumen.

(2) Falta esta advertencia en la edición de 1649.

(3) Intervienen además AMINTA, PASTORES y MÚSICOS.

ISABELA. ¡Ah, de palacio!
D. JUAN. Detente.
Dame, Duquesa, la mano.
ISABELA. No me detengas, villano.
¡Ah, del rey: soldados, gente!

ESCENA II

Sale el REY DE NÁPOLES *con una vela en un candelero.*

REY. ¿Qué es esto?
ISABELA. ¡El rey! ¡Ay, triste!
REY. ¿Quién eres?
D. JUAN. ¿Quién ha de ser?
Un hombre y una mujer.
REY. (Esto en prudencia consiste.)
¡Ah, de mi guarda! Prended (1)
á este hombre.
ISABELA. ¡Ay, perdido honor!
(*Vase* Isabela.)

ESCENA III

Sale DON PEDRO TENORIO, *embajador de España, y* GUARDA.

D. PEDR. (2) ¡En tu cuarto, gran señor,
voces! ¿Quién la causa fué?
REY. Don Pedro Tenorio, á vos
esta prisión os encargo.
Siendo corto, andad vos largo (3);
mirad quién son estos dos.
Y con secreto ha de ser,
que algún mal suceso creo,
porque, si yo aquí lo veo,
no me queda más que ver. (*Vase.*)

ESCENA IV

DON PEDRO, DON JUAN *y* LA GUARDA.

D. PEDR. Prendelde.
D. JUAN. ¿Quién ha de osar?
Bien puedo perder la vida;
mas ha de ir tan bien vendida
que á alguno le ha de pesar.
D. PEDR. ¡Matalde!
D. JUAN. ¿Quién os engaña?
Resuelto en morir estoy,
porque caballero soy,
del Embajador de España.
Llegue, que sólo ha de ser
quien me rinda (4).
D. PEDR. Apartad;
á ese cuarto os retirad
todos con esa mujer.

(1) Hartzenbusch corrigió «Prendé», que consuena con «fué».

(2) En la ed. de 1630 se lee: «Don Juan».

(3) *Tan largo me lo fiáis* da mejor forma de este verso así: «Si ando corto andad vos largo».

(4) Hartzenbusch completó este hemistiquio así: «él quien me rinda».

ESCENA V

DON PEDRO *y* DON JUAN.

D. PEDR. Ya estamos solos los dos;
muestra aquí tu esfuerzo y brío.
D. JUAN. Aunque tengo esfuerzo, tío,
no le tengo para vos.
D. PEDR. Di quien eres.
D. JUAN. Ya lo digo:
tu sobrino.
D. PEDR. (¡Ay, corazón!
¡Que temo alguna traición!)
¿Qué es lo que has hecho, enemigo?
¿Cómo estás de aquesa suerte?
Dime presto lo que ha sido;
¡Desobediente, atrevido!...
Estoy por darte la muerte.
Acaba.
D. JUAN. Tío y señor,
mozo soy y mozo fuiste,
y pues que de amor supiste,
tenga disculpa mi amor.
Y pues á decir me obligas
la verdad, oye y diréla:
yo engañé y gocé á Isabela
la Duquesa.
D. PEDR. No prosigas;
tente. ¿Cómo la engañaste?
Habla quedo ó cierra el labio.
D. JUAN. Fingí ser el Duque Octavio.
D. PEDR. No digas más, calla, baste.
(Perdido soy si el Rey sabe
este caso. ¿Qué he de hacer?
Industria me ha de valer
en un negocio tan grave.)
Di, vil: ¿no bastó emprender
con ira y fuerza extraña (1)
tan gran traición en España
con otra noble mujer,
sino en Nápoles también
y en el Palacio real,
con mujer tan principal?
¡Castíguete el cielo, amén!
Tu padre desde Castilla
á Nápoles te envió,
y en sus márgenes te dió
tierra la espumosa orilla
del mar de Italia, atendiendo
que el haberte recibido
pagaras agradecido,
y estás su honor ofendiendo,
y en tan principal mujer.
Pero en aquesta ocasión
nos daña la dilación;
mira qué quieres hacer.
D. JUAN. No quiero daros disculpa,
que la habré de dar siniestra.
Mi sangre es, señor, la vuestra;
sacalda, y pague la culpa.
A esos pies estoy rendido,
y esta es mi espada, señor.
D. PEDR. Alzate y muestra valor,
que esa humildad me ha vencido.

(1) Hartzenbusch corrigió: «Con ira y con fuerza extraña».

¿Atreveráste á bajar
por ese balcón?
D. JUAN. Sí atrevo,
que alas en tu favor llevo.
D. PEDR. Pues yo te quiero ayudar.
Vete á Sicilia ó Milán,
donde vivas encubierto.
D. JUAN. Luego me iré.
D. PEDR. ¿Cierto?
D. JUAN. Cierto.
D. PEDR. Mis cartas te avisarán
en qué pára este suceso
triste que causado has.
D. JUAN. (Para mí alegre, dirás.)
Que tuve culpa, confieso.
D. PEDR. Esa mocedad te engaña.
Baja, pues, ese balcón.
D. JUAN. Con tan justa pretensión
gozoso me parto á España.
(*Vase* Don Juan *y entra* (1) *el* Rey.)

ESCENA VI

EL REY.—DON PEDRO.

D. PEDR. Ya ejecuté, gran señor,
tu justicia justa y recta
en el hombre (2).
REY. ¿Murió?
D. PEDR. Escapóse
de las cuchillas soberbias.
REY. ¿De qué forma?
D. PEDR. Desta forma:
Aún no lo mandaste apenas,
cuando, sin dar más disculpa,
la espada en la mano aprieta,
revuelve la capa al brazo,
y con gallarda presteza,
ofendiendo á los soldados
y buscando su defensa,
viendo vecina la muerte,
por el balcón de la huerta
se arroja desesperado.
Siguióle con diligencia
tu gente; cuando salieron
por esa vecina puerta,
le hallaron agonizando
como enroscada culebra.
Levantóse, y al decir
los soldados: *¡muera, muera!*
bañado de sangre el rostro,
con tan heroica presteza
se fué, que quedé confuso.
La mujer, que es Isabela
(que para admirarte nombro)
retirada en esa pieza,
dice que es el Duque Octavio
que, con engaño y cautela,
la gozó.

(1) 1649. «Sale.»
(2) Igual en las dos ed.—Debe ser «del hombre». Hartzenbusch lo interpretó así:
«Tu justicia justa y recta.
El hombre...»

REY. ¿Qué dices?
D. PEDR. Digo
lo que ella propia confiesa.
REY. ¡Ah, pobre honor! Si eres alma
del honor (1), ¿por qué te dejan
en la mujer inconstante,
si es la misma ligereza?
¡Hola! (*Sale un* Criado.)

ESCENA VII

DICHOS *y el* CRIADO, *y después* ISABELA.

CRIADO. ¡Gran señor!
REY. Traed
delante de mi presencia
esa mujer.
D. PEDR. Ya la guardia
viene, gran señor, con ella.
(*Trae la* Guarda *á* Isabela.)
ISABELA. ¿Con qué ojos veré al Rey?
REY. Idos, y guardad la puerta
de esa cuadra. Di, mujer:
¿qué rigor, qué airada estrella
te incitó que en mi palacio,
con hermosura y soberbia,
profanases sus umbrales?
ISABELA. Señor...
REY. Calla, que la lengua
no podrá dorar el yerro
que has cometido en mi ofensa.
¿Aquél era el Duque Octavio?
ISABELA. Señor...
REY. No importan fuerzas,
guardas, criados, murallas,
fortalecidas almenas
para amor, que la de un niño
hasta los muros penetra.
Don Pedro Tenorio: al punto
á esa mujer llevad presa
á una torre, y con secreto
haced que al Duque le prendan,
que quiero hacer que le cumpla
la palabra ó la promesa.
ISABELA. Gran señor, volvedme el rostro.
REY. Ofensa á mi espalda hecha
es justicia y es razón
castigalla á espaldas vueltas.
(*Vase el* Rey.)
D. PEDR. Vamos, Duquesa.
ISABELA. Mi culpa
no hay disculpa que la venza;
mas no será el yerro tanto
si el Duque Octavio lo enmienda.
(*Vanse y sale el* Duque Octavio *y* Ripio, *su criado.*)

ESCENA VIII

El DUQUE OCTAVIO *y* RIPIO.—*Luego un* CRIADO.

RIPIO. ¿Tan de mañana, señor,
te levantas?
OCTAVIO. No hay sosiego

(1) Así en todas las ediciones. Hartzenbusch corrigió acertadamente: «del hombre».

que pueda apagar el fuego
que enciende en mi alma amor.
Porque, como al fin es niño,
no apetece cama blanda
entre regalada holanda
cubierta de blanco armiño.
Acuéstase, no sosiega,
siempre quiere madrugar
por levantarse á jugar,
que, al fin, como niño, juega.
Pensamientos de Isabela
me tienen, amigo, en calma,
que como vive en el alma,
anda el cuerpo siempre en pena (1)
guardando ausente y presente
el castillo del honor.

RIPIO. Perdóname, que tu amor
es amor impertinente.

OCTAVIO. ¿Qué dices, necio?

RIPIO. Esto digo:
impertinencia es amar
como amas; ¿quieres escuchar? (2)

OCTAVIO. Prosigue (3).

RIPIO. Ya prosigo.
¿Quiérete Isabela á ti?

OCTAVIO. Eso, necio, ¿has de dudar?

RIPIO. No: mas quiero preguntar:
y tú ¿no la quieres?

OCTAVIO. Sí.

RIPIO. Pues ¿no seré majadero,
y de solar conocido,
si pierdo yo mi sentido
por quien me quiere y la quiero (4)?
Si ella á ti no te quisiera,
fuera bien el porfialla,
regalalla y adoralla
y aguardar que se rindiera;
mas si los dos os queréis
con una mesma igualdad,
dime: ¿hay más dificultad
de que luego os desposéis?

OCTAVIO. Eso fuera, necio, á ser (5)
de lacayo ó lavandera
la boda.

RIPIO. Pues, ¿es quienquiera
una lavandriz mujer,
lavando y fregatrizando,
defendiendo y ofendiendo,
los paños suyos (1) tendiendo,
regalando y remendando?
Dando dije, porque al dar
no hay cosa que se le iguale,
y si no á Isabela dale,
á ver si sabe tomar. (*Sale un* Criado.)

CRIADO. El Embajador de España
en este punto se apea
en el zaguán, y desea,
con ira y fiereza extraña,
hablarte; y si no entendí
yo mal, entiendo es prisión.

OCTAVIO. ¡Prisión! Pues ¿por qué ocasión?
Decid que éntre.

ESCENA IX

DICHOS.—*Entra* DON PEDRO TENORIO, *con guardas.*

D. PEDR. Quien así
con tanto descuido duerme,
limpia tiene la conciencia.

OCTAVIO. Cuando viene Vuexcelencia
á honrarme y favorecerme
no es justo que duerma yo;
velaré toda mi vida.
¿A qué y por qué es la venida?

D. PEDR. Porque aquí el Rey me envió.

OCTAVIO. Si el Rey, mi señor, se acuerda
de mí en aquesta ocasión,
será justicia y razón
que por él la vida pierda.
Decidme, señor, ¿qué dicha
ó qué estrella me ha guiado,
que de mí el Rey se ha acordado?

D. PEDR. Fué, Duque, vuestra desdicha.
Embajador del Rey soy;
dél os traigo una embajada.

OCTAVIO. Marqués, no me inquieta nada;
decid, que aguardando estoy.

D. PEDR. A prenderos me ha enviado
el Rey; no os alborotéis.

OCTAVIO. ¡Vos por el Rey me prendéis!
Pues ¿en qué he sido culpado?

D. PEDR. Mejor lo sabéis que yo;
mas, por si acaso me engaño,
escuchad el desengaño
y á lo que el Rey me envió.
Cuando los negros gigantes,
plegando funestos toldos (2)
y del crepúsculo huyen,
tropezando unos con otros,
estando yo con Su Alteza

---

(1) Así en todas las impresiones. Hartzenbusch corrigió con acierto esta redondilla así:

«Pensamientos de Isabela
me tienen, Ripio, sin calma,
que como vive en el alma,
anda el cuerpo siempre en vela.»

(2) Así en las impresiones. Hartzenbusch puso este verso así: «Como... ¿quieres escuchar?» Pero tal vez la verdadera corrección sea: «como amas; ¿quiés escuchar?» La contracción «quiés» por «quieres» no es infrecuente en los lacayos de *Tirso*.

(3) *Ed. de 1649*: «Ea, prosigue.»

(4) *Id.* Faltan los cuatro versos que siguen desde aquí, y dice así el 5.º:

«Pues si los dos os queréis.»

Faltan también en los impresos posteriores y en Hartzenbusch.

(5) *Ed. de 1649*. Falta en ella éste y los once versos siguientes. Lo mismo sucede en las impresiones sueltas y en Hartzenbusch. Por no repetir advertiremos ahora que, en general, todas éstas siguen el texto de 1649, de modo que las omisiones son comunes á todas ellas, así como á la de Hartzenbusch.

(1) Así en el original; pero quizá deba leerse «sucios».

(2) En ambas ediciones se lee *soldos*. Es errata evidente. Corregida ya en edición de José Padrino y por Hartzenbusch. También «toldos» en *Tan largo me lo fiáis*.

tratando ciertos negocios
(porque antípodas del sol
son siempre los poderosos),
voces de mujer oímos
cuyos ecos, menos roncos
por los artesones sacros,
nos repitieron «¡socorro!»
A las voces y al ruído
acudió, Duque, el Rey propio;
halló á Isabela en los brazos
de algún hombre poderoso;
mas quien al cielo se atreve,
sin duda es gigante ó monstruo.
Mandó el Rey que los prendiera;
quedé con el hombre solo;
llegué y quise desarmalle,
pero pienso que el demonio
en él tomó forma humana,
pues que, vuelto en humo y polvo,
se arrojó por los balcones
entre los pies de esos olmos
que coronan, del palacio,
los chapiteles hermosos.
Hice prender la Duquesa,
y en la presencia de todos
dice que es el Duque Octavio
el que con mano de esposo
la gozó.

OCTAVIO. ¿Qué dices?

D. PEDR. Digo
lo que al mundo es ya notorio
y que tan claro se sabe:
que Isabela por mil modos...

OCTAVIO. Dejadme, no me digáis
tan gran traición de Isabela.
Mas, ¿si fué su honor cautela?
Proseguid: ¿por qué calláis?
Mas si veneno me dais
que á un firme corazón toca,
y así á decir me provoca
que imita á la comadreja,
que concibe por la oreja
para parir por la boca.
¿Será verdad que Isabela,
alma, se olvidó de mí
para darme muerte? Sí,
que el bien suena y el mal vuela.
Ya el pecho nada recela
juzgando si son antojos
que, por darme más enojos,
al entendimiento entró,
y por la oreja escuchó
lo que acreditan los ojos.
Señor Marqués, ¿es posible
que Isabela me ha engañado
y que mi amor ha burlado?
Parece cosa imposible.
¡Oh, mujer! ¡Ley tan terrible
de honor, á quien me provoco
á emprender! Mas ya no toco
en tu honor esta cautela.
¿Anoche con Isabela
hombre en palacio? Estoy loco.

D. PEDR. Como es verdad que en los vientos
hay aves, en el mar peces
que participan á veces
de todos cuatro elementos;
como en la gloria hay contentos,
lealtad en el buen amigo,
traición en el enemigo,
en la noche escuridad (1)
y en el día claridad,
así es verdad lo que digo.

DUQUE. Marqués, yo os quiero creer.
No hay cosa que me espante (2),
que la mujer más constante
es, en efecto, mujer.
No me queda más que ver,
pues es patente mi agravio.

D. PEDR. Pues que sois prudente y sabio,
elegid el mejor medio.

DUQUE. Ausentarme es mi remedio.

D. PEDR. Pues sea presto, Duque Octavio.

DUQUE. Embarcarme quiero á España
y darle á mis males fin.

D. PEDR. Por la puerta del jardín,
Duque, esta prisión se engaña.

DUQUE. ¡Ah, veleta! ¡Débil caña!
A más furor me provoco
y extrañas provincias toco
huyendo desta cautela.
¡Patria, adiós! ¿Con Isabela
hombre en palacio? ¡Estoy loco!

(Vanse y sale Tisbea, *pescadora, con una caña de pescar en la mano.)*

ESCENA X

TISBEA.

Yo, de cuantas el mar
pies de jazmín y rosa
en sus riberas besa
con fugitivas olas,
sola de amor exenta,
como en ventura sola,
tirana me reservo
de sus prisiones locas.
Aquí donde el sol pisa
soñolientas las ondas,
alegrando zafiros
las que espantaba sombras:
por la menuda arena,
unas veces aljófar,
y átomos otras veces
del sol que así le adora (3):
oyendo de las aves
las quejas amorosas
y los combates dulces
del agua entre las rocas;
ya con la sutil caña
que al débil peso dobla
del necio pececillo
que el mar salado azota,
ó ya con la atarraya
que en sus moradas hondas
prenden cuantos habitan
aposentos de conchas,

(1) *Ed. de 1649.* «obscuridad.»
(2) *Id.* «Ya no hay...»
(3) Así en los impresos. Hartzenbusch enmendó: «del sol, que el cielo dora».

seguramente tengo
que en libertad se goza (1)
el alma, que amor áspid
no le ofende ponzoña.
En pequeñuelo esquife (2),
y ya en compañía de otras,
tal vez al mar le peino
la cabeza espumosa;
y cuando más (3) perdidas
querellas de amor forman,
como de todos río,
envidia soy de todas.
¡Dichosa yo mil veces,
amor, pues me perdonas,
si ya, por ser humilde,
no desprecias mi choza!
Obeliscos de paja
mi edificio coronan,
nidos, si no hay cigarras,
ó tórtolillas locas.
Mi honor conservo en pajas,
como fruta sabrosa,
vidrio guardado en ellas
para que no se rompa.
De cuantos pescadores
con fuego Tarragona
de piratas defiende
en la argentada costa
desprecio soy, encanto (4);
á sus suspiros, sorda;
á sus ruegos, terrible;
á sus promesas, roca.
Anfriso, á quien el cielo
con mano poderosa,
prodigio en cuerpo y alma
de todo en gracias todas (5);
medido en las palabras,
liberal en las obras,
sufrido en los desdenes,
modesto en las congojas;
mis pajizos umbrales,
que heladas (6) noches ronda,
á pesar de los tiempos
las mañanas remoza,
pues con ramos verdes
que de los olmos corta,
mis pajas amanecen
ceñidas de lisonjas.

Ya con vigüelas dulces
y sutiles zampoñas
músicas me consagra,
y todo no le importa,
porque en tirano imperio
vivo, de amor señora,
que halla gusto en sus penas
y en sus infiernos gloria.
Todas por él se mueren,
y yo todas las horas
le mato con desdenes;
de amor condición propia,
querer donde aborrecen,
despreciar donde adoran,
que si le alegran (1) muere
y vive si le oprobian.
En tan alegre día (2)
segura de lisonjas,
mis juveniles años
amor no los malogra (3);
que en edad tan florida,
amor, no es suerte poca
no ver, tratando enredos,
las tuyas amorosas.
Pero, necio discurso,
que mi ejercicio estorbas,
en él no me diviertas
en cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
al viento, y á la boca
del pececillo al (4) cebo.—
Pero al agua se arrojan
dos hombres de una nave,
antes que el mar la sorba,
que sobre el agua viene
y en un escollo aborda (5).
Como hermoso pavón
hace las velas cola,
adonde los pilotos
todos los ojos pongan.
Las olas va escarbando,
y ya su orgullo y pompa
casi la desvanece.
Agua un costado toma...
Hundióse y dejó al viento
la gavia que la escoja
para morada suya,
que un loco en gavias mora.
(*Dentro.*) (6) ¡Que me ahogo!
Un hombre al otro aguarda
que dice que se ahoga.
¡Gallarda cortesía!
En los hombros le toma.

---

(1) Así en los impresos. Hartzenbusch escribió:
«segura me entretengo,
y en libertad se goza».

(2) *Ed. de 1649.* Faltan estos cuatro versos que siguen.

(3) Hartzenbusch, escribió: «mil».

(4) En la ed. de Padrino «desprecio soy al canto»; Hartzenbusch, «y encanto».

(5) La ed. de Padrino «de todo en gracias dota»... Pero Hartzenbusch corrigió mejor escribiendo: «dotó de gracias todas». Sin embargo, en el verso anterior escribió «pródigo», que quizá no sea tan buena lección como «prodigio», que traen todos los impresos.

(6) En las impresiones sueltas: «elenas», y por eso Hartzenbusch (que no conoció otras) tuvo que corregir «largas».

(1) Así en todos los impresos. Hartzenbusch corrigió con acierto «halagan».

(2) También enmendó Hartzenbusch acertadamente: «vida».

(3) *Ed. de 1649.* Faltan estos cuatro versos que siguen.

(4) *Id.* «el».

(5) *Id.* Faltan los cuatro versos que siguen.

(6) *Id.* «Socorro, que me ahogo.» Este pasaje tan viciado en todas las impresiones está, como puede verse, abreviado en *Tan largo me lo fiáis.*

Anchises se (1) hace Eneas,
si el mar está hecho Troya.
Ya, nadando, las aguas
con valentía corta,
y en la playa no veo
quien le ampare y socorra.
Daré voces: ¡Tirseo,
Anfriso, Alfredo, hola!
Pescadores me miran,
¡plega á Dios que me oigan!
Mas milagrosamente
ya tierra los dos toman.
Sin aliento el que nada
con vida el que le estorba.

(Saca en brazos Catalinón *á* Don Juan, *mojados)* (2).

ESCENA XI

TISBEA. DON JUAN *y* CATALINÓN.

CATALIN. ¡Válgame la Cananea,
y qué salado está el mar!
Aquí puede bien nadar
el que salvarse desea,
que allá dentro es desatino.
Donde la muerte (3) se fragua,
donde Dios juntó tanta agua,
¿no juntara tanto vino?
Agua salada: ¡extremada (4)
cosa para quien no pesca!
Si es mala aun el agua fresca,
¿qué será el agua salada?
¡Oh, quién hallara una fragua
de vino, aunque algo encendido!
Si de la agua que he bebido
escapo yo, no más agua (5).
Desde hoy abernuncio della,
que la devoción me quita
tanto, que agua bendita (6)
no pienso ver, por no vella.
¡Ah, señor! Helado está (7).
¡Señor! ¿Si (8) está muerto?
Del mar fué este desconcierto
y mío este desvarío.
¡Mal haya aquel que primero
pinos en la mar sembró,
y que sus rumbos midió
con quebradizo madero!
¡Maldito sea el vil sastre (9)
que cosió el mar que dibuja
con astronómica aguja,
causa de tanto desastre!
¡Maldito sea Jasón,
y Tifis maldito sea!
Muerto está, no hay quien lo crea;
¡mísero Catalinón!
¿Qué (1) he de hacer?

TISBEA. Hombre, ¿qué tienes
en desventuras iguales?

CATALIN. Pescadora, muchos males,
y falta de muchos bienes.
Veo, por librarme á mí,
sin vida á mi señor. Mira
si es verdad.

TISBEA. No, que aún respira.

CATALIN. ¿Por dónde? ¿Por aquí?

TISBEA. Sí (2);
pues ¿por dónde?

CATALIN. Bien podía
respirar por otra parte.

TISBEA. Necio estás.

CATALIN. Quiero besarte
las manos de nieve fría.

TISBEA. Ve á llamar los pescadores
que en aquella choza están.

CATALIN. Y si los llamo, ¿vernán (3)?

TISBEA. Vendrán presto, no lo ignores.
¿Quién es este caballero?

CATALIN. Es hijo aqueste señor
del Camarero mayor
del Rey, por quien ser espero
antes de seis días Conde
en Sevilla, donde va
y adonde Su Alteza está,
si á mi amistad corresponde.

TISBEA. ¿Cómo se llama?

CATALIN. Don Juan
Tenorio.

TISBEA. Llama mi gente.

CATALIN. Ya voy.

(Vase y coge en el regazo Tisbea *á* Don Juan.)

ESCENA XII

TISBEA. — DON JUAN.

TISBEA. Mancebo excelente,
gallardo, noble y galán.
Volved en vos, caballero.

D. JUAN. ¿Dónde estoy?

TISBEA. Ya podéis ver:
en brazos de una mujer.

D. JUAN. Vivo en vos, si en el mar muero.
Ya perdí todo el recelo
que me pudiera anegar,
pues del infierno del mar
salgo á vuestro claro cielo.
Un espantoso huracán
dió con mi nave al través
para arrojarme á esos pies
que abrigo y puerto me dan.

---

(1) *Ed. de 1649.* «le».
(2) *Id.* Falta la palabra «mojados».
(3) *Id.* «Mujer», por errata indudable.
(4) Parece mejor lección la de *Tan largo me lo fiáis*, que dice: «¡Agua y salada: extremada»!
(5) Mejor texto en *Tan largo...* «hoy escapo, no más agua».
(6) En *Tan largo...* «tanto, que aun agua bendita.»
(7) En *Tan largo..*

«¡Ah Señor! Helado y frío
está. ¿Si estará ya muerto?»

lección preferible á todas.
(8) *Ed. de 1649.* «si acaso», etc.
(9) *Id.* Faltan estos cuatro versos.

(1) *Ed. de 1649.* Falta el verbo «he».
(2) *Id.* Faltan los cinco versos que siguen con éste.
(3) *Id.* «Vendrán.»

Y en vuestro divino Oriente (1)
renazco, y no hay que espantar,
pues veis que hay de amar á mar
una letra solamente.

TISBEA. Muy grande aliento tenéis
para venir soñoliento (2),
y más de tanto tormento
mucho tormento ofrecéis.
Pero si es tormento el mar
y son sus ondas crueles,
la fuerza de los cordeles
pienso que os hacen hablar.
Sin duda que habéis bebido
del mar la oración (3) pasada,
pues, por ser de agua salada,
con tan grande sal ha sido.
Mucho habláis cuando no habláis,
y cuando muerto venís
mucho al parecer sentís;
¡plega á Dios que no mintáis!
Parecéis caballo griego
que el mar á mis pies desagua,
pues venís formado de agua
y estáis preñado de fuego.
Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
¡plega á Dios que no mintáis!

D. JUAN. A Dios, zagala, pluguiera (4)
que en el agua me anegara
para que cuerdo acabara
y loco en vos no muriera;
que el mar pudiera anegarme
entre sus olas de plata
que sus límites desata;
mas no pudiera abrasarme.
Gran parte del sol mostráis,
pues que el sol os da licencia,
pues sólo con la apariencia,
siendo de nieve abrasáis.

TISBEA. Por más helado que estáis,
tanto fuego en vos tenéis,
que en este mío os ardéis.
¡Plega á Dios que no mintáis!

ESCENA XIII

DICHOS.—*Salen* CATALINÓN, CORIDÓN (5) *y* ANFRISO, *pescadores.*

CATALIN. Ya vienen todos aquí.
TISBEA. Y ya está tu dueño vivo.

D. JUAN. Con tu presencia recibo
el aliento que perdí.
CORID. (1) ¿Qué nos mandas?
TISBEA. Coridón,
Anfriso, amigos.
CORIDÓN. Todos
buscamos por varios modos
esta dichosa ocasión.
Di lo (2) que nos mandas, Tisbea,
que por labios de clavel
no lo habrás mandado á aquel
que idolatrarte desea,
apenas, cuando al momento,
sin cesar, en llano ó sierra,
surque (3) el mar, tale (4) la tierra,
pise el fuego, el aire, el viento.

TISBEA. (*Ap.*) ¡Oh, qué mal me parecían
estas lisonjas ayer,
y hoy echo en ellas de ver
que sus labios no mentían! —
Estando, amigos, pescando
sobre este peñasco, vi
hundirse una nave allí,
y entre las olas nadando
dos hombres, y compasiva
di voces que nadie oyó;
y en tanta aflicción, llegó
libre de la furia esquiva
del mar, sin vida á la arena,
déste en los hombros cargado
un hidalgo ya anegado,
y envuelta en tan triste pena
á llamaros envié.

ANFRISO. Pues aquí todos estamos,
manda que en tu gusto hagamos
lo que pensado no fué.

TISBEA. Qué á mi choza los llevemos
quiero, donde, agradecidos,
reparemos sus vestidos
y á (5) ellos regalaremos;
que mi padre gusta mucho
desta debida piedad.

CATALIN. ¡Extremada es su beldad!
D. JUAN. Escucha aparte.
CATALIN. Ya escucho.
D. JUAN. Si te pregunta quién soy,
di que no sabes.
CATALIN. A mí,
¿quieres advertirme á mí (6)
lo que he de hacer?
D. JUAN. Muerto voy
por la hermosa cazadora (7).
Esta noche he de gozalla.
CATALIN. ¿De qué suerte?

---

(1) *Ed. de 1649.* Faltan estos cuatro versos que siguen.

(2) Así en los impresos, excepto en *Tan largo...* que dice:

«Muy grande aliento tenéis
para venir sin aliento,
y tras de tanto tormento
muy gran contento ofrecéis.»

Esta parece buena lección. Hartzenbusch corrigió «sin aliento»; y en el verso siguiente «tras» en vez de «más».

(3) «Oración» en los impresos. Hartzenbusch con poco fundamento enmendó «ración».

(4) *Ed. de 1649.* «Pluviera.»

(5) *Id.* No se mienta á *Coridón*, que, sin embargo, figura luego en esta escena.

(1) *Ed. de 1649.* «Cat.»

(2) *Id.* «Di que nos...» etc.

(3) *Id.* «Sin que», por errata.

(4) *Tan largo...* «are» y el verso siguiente así:

«tale el fuego y pare el viento.»

(5) *Ed. de 1649.* «y allí los regalaremos.»

(6) *Id.* «aquí» en vez de *á mí*. Lo mismo en *Tan largo...*

(7) Así en todos; pero es evidente que debe decir «pescadora», y, en efecto, así consta en *Tan largo me lo fiáis.*

D. JUAN. Ven y calla.
CORIDÓN. Anfriso: dentro de un hora
los pescadores prevén (1)
que canten y bailen.
ANFRISO. Vamos,
y esta noche nos hagamos
rajas y palos también.
D. JUAN. Muerto voy.
TISBEA. ¿Cómo, si andáis?
D. JUAN. Ando en pena como veis.
TISBEA. Mucho habláis.
D. JUAN. Mucho entendéis.
TISBEA. ¡Plega á Dios que no mintáis. *(Vanse.)*

ESCENA XIV

Salen DON GONZALO DE ULLOA *y el* REY DON ALONSO DE CASTILLA.

REY.

¿Cómo os ha sucedido en la Embajada,
Comendador mayor?

DON GONZALO.

Hallé en Lisboa
al Rey don Juan, tu primo, previniendo
treinta naves de armada.

REY.

¿Y para dónde?

DON GONZALO.

Para Goa me dijo; mas yo entiendo
que á otra empresa más fácil apercibe.
A Ceuta ó Tánger pienso que pretende
cercar este verano.

REY.

Dios le ayude,
y premie el cielo de aumentar su gloria.
¿Qué es lo que concertaisteis?

DON GONZALO.

Señor, pide
á Serpa y Mora, y Olivencia y Toro;
y por eso te vuelve á Villaverde,
al Almendral, á Mértola y Herrera
entre Castilla y Portugal.

REY.

Al punto
se firmen los conciertos, don Gonzalo.
Mas decidme primero cómo ha ido
en el camino, que vendréis cansado
y alcanzado también.

DON GONZALO.

Para serviros,
nunca, señor, me canso.

REY.

¿Es buena tierra
Lisboa?

DON GONZALO.

La mayor ciudad de España;
y si mandas que diga lo que he visto
de lo exterior y célebre, en un punto
en tu presencia te pondré un retrato.

(1) Verso suplido por el texto de *Tan largo...*

REY. (1) Gustaré de oíllo. Dadme silla.
D. GONZ. Es Lisboa una octava maravilla.
De las entrañas de España,
que son las tierras de Cuenca,
nace el caudaloso Tajo,
que media España atraviesa.
Entra en el mar Oceano,
en las sagradas riberas
de esta ciudad, por la parte
del Sur; mas antes que pierda
su curso y su claro nombre,
hace un cuarto (2) entre dos sierras,
donde está (3) de todo el orbe
barcas, naves, carabelas.
Hay galeras y saetias
tantas, que desde la tierra
parece una gran ciudad
adonde Neptuno reina.
A la parte del Poniente
guardan del puerto dos fuerzas
de Cascaes y Sangián (4),
las más fuertes de la tierra.
Está, desta gran ciudad,
poco más de media legua,
Belén, convento del santo
conocido por la piedra,
y por el león de guarda,
donde los reyes y reinas
católicos y cristianos
tienen sus casas perpetuas.
Luego esta máquina insigne
desde Alcántara comienza
una gran legua á tenderse
al convento de Yobregas (5).
En medio está el valle hermoso
coronado de tres cuestas,
que quedara corto Apeles
cuando contarlas (6) quisiera.
Porque, miradas de lejos,
parecen piñas de perlas
que están pendientes del cielo,
en cuya grandeza inmensa
se ven diez Romas cifradas
en conventos y en iglesias,
en edificios y calles,
en solares y encomiendas,
en las letras y en las armas,
en la justicia tan recta,
y en una Misericordia
que está honrando su ribera
y pudiera honrar á España (7)
y aun enseñar á tenerla.
Y en lo que yo más alabo
desta máquina soberbia,
es que del mismo castillo,
en distancia de seis leguas,

(1) *Ed. de 1649.* «Yo gustaré...» etc.
(2) Así en los textos. Hartzenbusch enmendó bien «puerto».
(3) *Ed. de 1649.* «están.»
(4) Hartzenbusch. «San Juan».
(5) En Hartzenbusch. «Jabregas.»
(6) En la ed. de Padrino ya se corrigió este dislate escribiendo: «pintarlas».
(7) *Ed. de 1649.* Faltan este verso y el siguiente.

se ven sesenta lugares
que llega el mar á sus puertas,
uno de los cuales es
el convento de Olivelas,
en el cual vi por mis ojos
seiscientas y treinta celdas,
y entre monjas y beatas
pasan de mil y docientas.
Tiene desde allí á Lisboa,
en distancia muy pequeña,
mil y ciento y treinta quintas,
que en nuestra provincia Bética
llaman (1) cortijos, y todas
con sus huertos y alamedas.
En medio de la ciudad
hay una plaza soberbia
que se llama del Rucío (2),
grande, hermosa y bien dispuesta,
que habrá cien años y aun más
que el mar bañaba su arena,
y ahora della á la mar
hay treinta mil casas hechas,
que, perdiendo el mar su curso,
se tendió á partes diversas.
Tiene una calle que llaman
Rua Nova ó calle Nueva,
donde se cifra el Oriente
en grandezas y riquezas,
tanto, que el Rey me contó
que hay un mercader en ella
que, por no poder contarlo,
mide el dinero á fanegas.
El terrero donde tiene
Portugal su casa regia,
tiene infinitos navíos,
varados siempre en la tierra
de sólo cebada y trigo
de Francia y Ingalaterra (3).
Pues el Palacio Real,
que el Tajo sus manos besa,
es edificio de Ulises,
que basta para grandeza,
de quien toma la ciudad
nombre en la latina lengua,
llamándose Ulisibona,
cuyas armas son la esfera,
por pedestal de las llagas
que en la batalla sangrienta
el rey don Alfonso (4) Enríquez
dió la majestad inmensa.
Tiene en su gran Tarazana
diversas naves, y entre ellas
las naves de la conquista,
tan grandes, que de la tierra
miradas, juzgan los hombres
que tocan en las estrellas.
Y lo que desta ciudad
te cuento por excelencia
es, que estando sus vecinos
comiendo, desde las mesas
ven los copos del pescado
que junto á sus puertas pescan,
que, bullendo entre las redes,
vienen á entrarse por ellas.
Y sobre todo á el llegar
cada tarde á su ribera
más de mil barcos cargados
de mercancías diversas,
y de sustento ordinario,
pan, aceite, vino y leña,
frutas de infinita suerte,
nieve de Sierra de Estrella
que por las calles á gritos,
puestas sobre las cabezas,
la venden. Mas ¿qué me canso?
porque es contar las estrellas
querer contar una parte
de la ciudad opulenta.
Ciento y treinta mil vecinos
tiene, gran señor, por cuenta,
y por no cansarte más,
un Rey que tus manos besa.

REY. Más estimo, don Gonzalo,
escuchar de vuestra lengua
esa relación sucinta,
que haber visto su grandeza.
¿Tenéis hijos?

D. GONZ. Gran señor,
una hija hermosa y bella,
en cuyo rostro divino
se esmeró naturaleza.

REY. Pues yo os la quiero casar
de mi mano.

D. GONZ. Como sea
tu gusto, digo, señor,
que yo lo acepto por ella.
Pero ¿quién es el esposo?

REY. Aunque no está en esta tierra,
es de Sevilla, y se llama
don Juan Tenorio.

D. GONZ. Las nuevas
voy á llevar á doña Ana (1).

REY. Id en buen hora, y volved,
Gonzalo, con la respuesta.

(*Vanse y sale* Don Juan Tenorio *y* Catalinón.)

ESCENA XV

DON JUAN y CATALINÓN.

D. JUAN. Esas dos yeguas prevén,
pues acomodadas son.

CATALIN. Aunque soy Catalinón,
soy, señor, hombre de bien;
que no se dijo por mí,
«Catalinón es el hombre»;
que sabes que aquese nombre
me asienta al revés á mí.

D. JUAN. Mientras que los pescadores
van de regocijo y fiesta,
tú las dos yeguas apresta,
que de sus pies voladores
sólo nuestro engaño fío.

(1) *Ed. de 1649.* «Llamas», equivocadamente.
(2) En una impresión suelta y en Hartzenbusch, «Rocío».
(3) *Ed. de 1649.* «Anglaterra.»
(4) *Id.* «Alonso.»

(1) Falta un verso después de éste para completar el romance.

CATALIN. Al fin ¿pretendes gozar
á Tisbea?
D. JUAN. Si burlar
es hábito antiguo mío.
¿Qué me preguntas, sabiendo
mi condición?
CATALIN. Ya sé que eres
castigo de las mujeres.
D. JUAN. Por Tisbea estoy muriendo,
que es buena moza.
CATALIN. ¡Buen pago
á su hospedaje deseas!
D. JUAN. Necio, lo mismo hizo Eneas
con la reina de Cartago.
CATALIN. Los que fingís y engañáis
las mujeres desa suerte
lo pagaréis en la muerte.
D. JUAN. ¡Qué largo me lo fiáis!
Catalinón con razón
te llaman.
CATALIN. Tus pareceres
sigue, que en burlar mujeres
quiero ser Catalinón.
Ya viene la desdichada.
D. JUAN. Vete, y las yeguas prevén.
CATALIN. ¡Pobre mujer! Harto bien
te pagamos la posada.
(*Vase* Catalinón *y sale* Tisbea.)

ESCENA XVI

DON JUAN *y* TISBEA.

TISBEA. El rato que sin ti estoy
estoy ajena de mí.
D. JUAN. Por lo que finges (1) ansí,
ningún crédito te doy.
TISBEA. ¿Por qué?
D. JUAN. Porque si me amaras,
mi alma favorecieras.
TISBEA. Tuya soy.
D. JUAN. Pues di, ¿qué esperas,
ó en qué, señora, reparas?
TISBEA. Reparo que fué castigo
de amor el que he hallado en ti.
D. JUAN. Si vivo, mi bien, en ti
á cualquier cosa me obligo.
Aunque yo sepa perder
en tu servicio la vida,
la diera por bien perdida,
y te prometo de ser
tu esposo.
TISBEA. Soy desigual
á tu ser.
D. JUAN. Amor es rey
que iguala con justa ley
la seda con el sayal.
TISBEA. Casi te quiero creer;
mas sois los hombres traidores.
D. JUAN. ¿Posible es, mi bien, que ignores
mi amoroso proceder?
Hoy prendes con tus cabellos
mi alma.
TISBEA. Yo á ti me allano
bajo la palabra y mano
de esposo.
D. JUAN. Juro, ojos bellos,
que mirando me matáis,
de ser vuestro esposo.
TISBEA. Advierte,
mi bien, que hay Dios y que hay muer-
D. JUAN. (¡Qué largo me lo fiáis!) [te.
Y mientras Dios me dé vida,
yo vuestro esclavo seré.
Esta es mi mano y mi fe.
TISBEA. No seré en pagarte esquiva.
D. JUAN. Ya en mí mismo no sosiego.
TISBEA. Ven, y será la cabaña
del amor que me acompaña
tálamo de nuestro fuego (1).
Entre estas cañas te esconde
hasta que tenga lugar.
D. JUAN. ¿Por dónde tengo de entrar?
TISBEA. Ven y te diré por dónde.
D. JUAN. Gloria al alma, mi bien, dais.
TISBEA. Esa voluntad te obligue,
y si no, Dios te castigue.
D. JUAN. (¡Qué largo me lo fiáis!)
(*Vanse y salen* Coridón, Anfriso, Belisa *y* Músicos.)

ESCENA XVII

CORIDÓN, ANFRISO, BELISA *y* MÚSICOS.

CORIDÓN. Ea, llamad á Tisbea,
y los zagales llamad
para que en la soledad
el huésped la corte vea (2).
ANFRISO. ¡Tisbea, Usindra, Atandria!
No vi cosa más cruel.
¡Triste y mísero de aquel
que su fuego es salamandria!
Antes que el baile empecemos
á Tisbea prevengamos.
BELISA. Vamos á llamarla.
CORIDÓN. Vamos.
BELISA. A su cabaña lleguemos.
CORIDÓN. ¿No ves que estará ocupada
con los huéspedes dichosos,
de quien hay mil envidiosos?
ANFRISO. Siempre es Tisbea envidiada.
BELISA. Cantad algo mientras viene,
porque queremos bailar.
ANFRISO. ¿Cómo podrá descansar
cuidado que celos tiene?
(Cantan:)
«A pescar salió la niña
tendiendo redes,
y en lugar de peces,
las almas prende.»

ESCENA XVIII

DICHOS.—*Sale* TISBEA.

TISBEA. ¡Fuego, fuego, que me quemo,
que mi cabaña se abrasa!

(1) *Ed. de 1649.* «fingís.»

(1) *Ed. de 1649.* «Tálamo á nuestro sosiego.»
(2) *Id.* Faltan estos seis versos que siguen.

Repicad á fuego, amigos,
que ya dan mis ojos agua.
Mi pobre edificio queda
hecho otra Troya en las llamas,
que después que faltan Troyas
quiere amor quemar cabañas (1).
Mas si amor abrasa peñas
con gran ira y fuerza extraña,
mal podrán de su rigor
reservarse humildes pajas.
¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
¡Ay, choza, vil instrumento
de mi deshonra y mi infamia!
¡Cueva de ladrones fiera,
que mis agravios ampara (2)!
Rayos de ardientes estrellas
en tus cabelleras caigan,
porque abrasadas estén,
si del viento mal peinadas.
¡Ah, falso huésped, qué dejas
una mujer deshonrada!
Nave (3) que del mar salió
para anegar mis entrañas.
¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
Yo soy la que hacía siempre
de los hombres burla tanta;
que siempre las que hacen burla,
vienen á quedar burladas.
Engañóme el caballero
debajo de fe y palabra
de marido, y profanó
mi honestidad y mi cama.
Gozóme al fin, y yo propia
le di á su rigor las alas
en dos yeguas que crié,
con que me burló y se escapa.
Seguilde todos, seguilde.
Mas no importa que se vaya,
que en la presencia del Rey
tengo de pedir venganza.
¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

(*Vase* Tisbea.)

ESCENA XIX

DICHOS, *menos* TISBEA.

CORIDÓN. Seguid al vil caballero.
ANFRISO. ¡Triste del que pena y calla!
Mas ¡vive el cielo! que en él,
me he de vengar desta ingrata.
Vamos tras ella nosotros,
porque va desesperada,
y podrá ser que ella vaya (4)
buscando mayor desgracia.
CORIDÓN. Tal fin la soberbia tiene.
Su locura y confianza (1)
paró en esto.
(*Dice* Tisbea *dentro:*) ¡Fuego, fuego!
ANFRISO. Al mar se arroja.
CORIDÓN. Tisbea, detente y pára (2).
TISBEA. ¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

(1) *Ed. de 1649.* Faltan los cuatro versos siguientes.
(2) *Id.* Faltan los cuatro versos siguientes.
(3) *Id.* «Nube», que es mejor lección.
(4) *Id.* «y que vaya podrá ser», que también mejora el texto.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Sale el REY DON ALONSO *y* DON DIEGO TENORIO, *de barba.*

REY.
¿Qué me dices?
DON DIEGO.
Señor, la verdad digo.
Por esta carta estoy del caso cierto,
que es de tu Embajador y de mi hermano.
Halláronle en la cuadra del Rey mismo
con una hermosa dama de Palacio.
REY.
¿Qué calidad?
DON DIEGO.
Señor, la Duquesa (3)
Isabela.
REY.
¿Isabela? (4)
DON DIEGO.
Por lo menos.
REY.
¡Atrevimiento temerario! ¿Y dónde
ahora está?
DON DIEGO.
Señor, á Vuestra Alteza
no he de encubrille la verdad. Anoche
á Sevilla llegó con un criado.
REY.
Ya conocéis, Tenorio, que os estimo,
y al Rey informaré del caso luego,
casando á ese rapaz con Isabela,
volviendo á su sosiego al Duque Octavio,
que inocente padece, y luego al punto
haced que don Juan salga desterrado.
DON DIEGO.
¿Adónde, mi señor?
REY.
Mi enojo vea
en el destierro de Sevilla. Salga

(1) En *Tan largo...* Dice Anfriso este verso y el medio que sigue.
(2) «Aguarda» en *Tan largo...* que parece mejor.
(3) Hartzenbusch completó el verso escribiendo: «Señor, es la Duquesa.»
(4) Hartzenbusch sustituyó ésta por la de «¿Duquesa?» que parece completar mejor el sentido de lo que sigue.

á Lebrija esta noche; y agradezca
sólo al merecimiento de su padre.
Pero, decid, don Diego, ¿qué diremos
á Gonzalo de Ulloa, sin que erremos?
Caséle con su hija, y no sé cómo
le puedo ahora remediar.

DON DIEGO.

Pues mira,
gran señor, qué mandas que yo haga
que esté bien al honor de esta señora,
hija de un padre tal.

REY.

Un medio tomo,
con que absolvello (1) del enojo entiendo.
Mayordomo mayor pretendo hacelle.

ESCENA II

DICHOS.—*Sale un* CRIADO.

CRIADO.

Un caballero llega de camino,
y dice, señor, que es el Duque Octavio.

REY.

¿El Duque Octavio?

CRIADO.

Sí, señor.

REY.

Sin duda (2)
que supo de don Juan el desatino,
y que viene, incitado á la venganza,
á pedir que le otorgue desafío.

DON DIEGO.

Gran señor, en tus heroicas manos
está mi vida, que mi vida propia
es la vida de un hijo inobediente,
que, aunque mozo, es gallardo y valeroso
y le llaman los mozos de su tiempo
el Héctor de Sevilla, porque ha hecho
tantas y tan extrañas mocedades.
La razón puede mucho; no permitas
el desafío, si es posible.

REY.

Basta.
Ya os entiendo, Tenorio; honor de padre.
Entre el Duque.

DON DIEGO.

Señor, dame esas plantas.
¿Cómo podré pagar mercedes tantas?

ESCENA III

El REY *y* DON DIEGO.—*Sale el* DUQUE OCTAVIO *de camino.*

OCTAVIO.

A esos pies, gran señor, un peregrino,
mísero y desterrado, ofrece el labio,
juzgando por más fácil el camino
en vuestra gran presencia.

REY.

Duque Octavio.

OCTAVIO.

Huyendo vengo el fiero desatino
de una mujer, el no pensado agravio
de un caballero que la causa ha sido
de que así á vuestros pies haya venido.

REY.

Ya, Duque Octavio, sé vuestra inocencia.
Yo al Rey escribiré que os restituya
en vuestro estado, puesto que el ausencia
que hicisteis algún daño os atribuya.
Yo os casaré en Sevilla con licencia
y con perdón y gracia suya (1),
que puesto que Isabela un ángel sea,
mirando la que os doy, ha de ser fea.
Comendador mayor de Calatrava
es Gonzalo de Ulloa, un caballero
á quien el moro por temor alaba,
que siempre es el cobarde lisonjero.
Este tiene una hija en quien bastaba
en dote la virtud que considero
después de la beldad, que es maravilla,
y el sol della es estrella de Castilla.
Esta quiero que sea vuestra esposa.

OCTAVIO.

Cuando este viaje le emprendiera
á solo esto, mi suerte era dichosa
sabiendo yo que vuestro gusto fuera.

REY.

Hospedaréis al Duque, sin que cosa
en su regalo falte.

OCTAVIO.

Quien espera
en vos, señor, saldrá de premios lleno.
Primero Alonso sois, siendo el onceno.

(*Vase el* Rey *y* Don Diego, *y sale* Ripio.)

ESCENA IV

OCTAVIO *y* RIPIO.

RIPIO. ¿Qué ha sucedido?
OCTAVIO. Que he dado
el trabajo recibido,
conforme me ha sucedido,
desde hoy por bien empleado.
Hablé al Rey, vióme y honróme.
César con el César fuí,
pues vi, peleé y vencí;
y hace que esposa tome
de su mano, y se prefiere
á desenojar al Rey
en la fulminada ley.
RIPIO. Con razón el nombre adquiere
de generoso en Castilla.
Al fin ¿te llegó á ofrecer
mujer?
OCTAVIO. Sí, amigo, mujer

(1) *Ed. de 1649.* «absolverlo.»

(2) *Id.* «Pues entre» en vez del *sin duda*, y suprimidos todos los versos siguientes hasta la salida del Duque Octavio.

(1) *Ed. de 1649.* «y también con perdón y gracia suya.»

de Sevilla; que Sevilla
da, si averiguallo (1) quieres,
porque de oíllo (2) te asombres,
si fuertes y airosos hombres,
también gallardas mujeres.
Un manto tapado, un brío,
donde un puro sol se asconde (3),
si no es en Sevilla, ¿adónde
se admite? El contento mío
es tal que ya me consuela
en mi mal.

ESCENA V

DICHOS. — *Sale* DON JUAN *y* CATALINÓN.

CATALIN. Señor: detente,
que aquí está el Duque inocente,
sagitario de Isabela,
aunque mejor le (4) dijera (5)
Capricornio.
D. JUAN. Disimula.
CATALIN. (Cuando le vende le adula.)
D. JUAN. Como á Nápoles dejé
por enviarme á llamar
con tanta priesa (6) mi rey,
y como su gusto es ley,
no tuve, Octavio, lugar
de despedirme de vos
de ningún modo.
OCTAVIO. Por eso,
don Juan amigo, os confieso (7)
que hoy nos juntamos los dos
en Sevilla.
D. JUAN. ¡Quién pensara,
Duque, que en Sevilla os viera
para que en ella os sirviera,
como yo lo deseaba (8)!
Dejáis, mas aunque es lugar (9)
Nápoles tan excelente,
por Sevilla solamente
se puede, amigo, dejar.
OCTAVIO. Si en Nápoles os oyera
y no en la parte que estoy,
del crédito que ahora os doy
sospecho que me riera.
Mas llegándola á habitar
es, por lo mucho que alcanza,
corta cualquiera alabanza
que á Sevilla queráis dar.
¿Quién es el que viene allí?
D. JUAN. El que viene es el Marqués
de la Mota. Descortés
es fuerza ser.
OCTAVIO. Si de mí
algo hubiereis menester,
aquí espada y brazo está.
CATALIN. (Y si importa gozará
en su nombre otra mujer,
que tiene buena opinión.)
OCTAVIO. De vos estoy satisfecho (1).
CATALIN. Si fuere de algún provecho,
señores, Catalinón,
vuarcedes continuamente
me hallarán para servillos.
RIPIO. ¿Y dónde?
CATALIN. En Los Pajarillos,
tabernáculo excelente.
(Vanse Octavio *y* Ripio *y sale el* Marqués de la Mota.)

ESCENA VI

DON JUAN, CATALINÓN *y el* MARQUÉS DE LA MOTA.

MOTA. Todo hoy os ando buscando,
y no os he podido hallar.
¿Vos, don Juan, en el lugar,
y vuestro amigo penando
en vuestra ausencia?
D. JUAN. ¡Por Dios,
amigo, que me debéis
esa merced que me hacéis (2)!
CATALIN. (Como no le entreguéis vos
moza ó cosa que lo valga,
bien podéis fiaros dél,
que, cuanto en esto es cruel,
tiene condición hidalga.)
D. JUAN. ¿Qué hay de Sevilla?
MOTA. Está ya
toda esta corte mudada.
D. JUAN. ¿Mujeres?
MOTA. Cosa juzgada.
D. JUAN. ¿Inés?
MOTA. A Vejel se va.
D. JUAN. Buen lugar para vivir
la que tan dama nació.
MOTA. El tiempo la desterró
á Vejel.
D. JUAN. Irá á morir.
¿Costanza?
MOTA. Es lástima vella
lampiña de frente y ceja.

---

(1) *Ed. de 1649.* «averiguarlo.»
(2) *Id.* «oirlo.»
(3) *Id.* «esconde.»
(4) *Id.* «lo.»
(5) Así en los textos. Hartzenbusch corrigió bien: «diré», que forma consonante con «dejé».
(6) *Ed. de 1649.* «prisa.»
(7) Hartzenbusch enmendó:

«Por eso,
Don Juan, sin culpa os confieso.
¿Qué hoy nos juntamos los dos
en Sevilla?»

(8) *Ed. de 1649.* También como aquí. Pero debe ser yerro por *deseara*.
(9) El sentido de estos versos, que aquí resulta harto oscuro, se aclara y completa en el texto de *Tan largo me lo fiáis*, que dice:

OCTAVIO. ¡Quién pensara,
Don Juan, que en Sevilla os viera!
D. JUAN. ¿Vos, Puzol, vos la ribera
desde Parténope clara
dejáis?
OCTAVIO. Aunque es un lugar, *etc.*

(1) *Ed. de1649.* Faltan estos seis versos que siguen.
(2) *Id.* Faltan los cinco versos que siguen.

Llámale el portugués vieja,
y ella imagina que bella.
D. JUAN. Sí, que *velha* en portugués
suena vieja en castellano.
¿Y Teodora?
MOTA. Este verano
se escapó del mal francés,
por un río de sudores (1)
y está tan tierna y recente (2)
que anteayer me arrojó un diente
envuelto entre muchas flores.
D. JUAN. ¿Julia la del Candilejo?
MOTA. Ya con sus afeites lucha.
D. JUAN. ¿Véndese siempre por trucha?
MOTA. Ya se da por abadejo.
D. JUAN. El barrio de Cantarranas,
¿tiene buena población?
MOTA. Ranas las más dellas son.
D. JUAN. ¿Y viven (3) las dos hermanas?
MOTA. Y la mona de Tolú
de su madre Celestina
que les enseña doctrina.
D. JUAN. ¡Oh, vieja de Bercebú!
¿Cómo la mayor está?
MOTA. Blanca, sin blanca ninguna.
Tiene un santo á quien ayuna.
D. JUAN. ¿Agora en vigilias da?
MOTA. Es firme y santa mujer.
D. JUAN. ¿Y esotra?
MOTA. Mejor principio
tiene; no desecha ripio.
D. JUAN. Buen albañir (4) quiere ser.
Marqués, ¿qué hay de perros muer-
MOTA. Yo y don Pedro de Esquivel [tos?]
dimos anoche un (5) cruel,
y esta noche tengo ciertos
otros dos.
D. JUAN. Iré con vos,
que también recorreré
cierto nido que dejé
en güevos para los dos.
¿Qué hay de terrero?
MOTA. No muero
en terrero, que en-terrado
me tiene mayor cuidado.
D. JUAN. ¿Cómo?
MOTA. Un imposible quiero.
D. JUAN. Pues ¿no os corresponde?
MOTA. Sí,
me favorece y estima.
D. JUAN. ¿Quién es?
MOTA. Doña Ana, mi prima,
que es recién llegada aquí.
D. JUAN. Pues ¿dónde ha estado?
MOTA. En Lisboa
con su padre en la embajada.
D. JUAN. ¿Es hermosa?
MOTA. Es extremada,
porque en doña Ana de Ulloa
se extremó naturaleza.
D. JUAN. ¿Tan bella es esa mujer?
¡Vive Dios que la he de ver!
MOTA. Veréis la mayor belleza
que los ojos del Rey (1) ven.
D. JUAN. Casaos, pues es extremada (2).
MOTA. El Rey la tiene casada,
y no se sabe con quién.
D. JUAN. ¿No os favorece?
MOTA. Y me escribe.
CATALIN. (No prosigas, que te engaña
el gran burlador de España.)
D. JUAN. ¿Quién tan satisfecho vive? (3)
MOTA. Agora estoy aguardando (4)
la postrer resolución.
D. JUAN. Pues no perdáis la ocasión,
que aquí os estoy aguardando.
MOTA. Ya vuelvo.
(Vanse el Marqués *y el* Criado.)
CATALIN. Señor Cuadrado
ó señor redondo, adiós.
CRIADO. Adiós.
D. JUAN. Pues solos los dos,
amigo, habemos quedado,
sigue los pasos (5) al Marqués,
que en el palacio se entró.
(*Vase* Catalinón.)

ESCENA VII

DON JUAN *habla por una reja con una* MUJER.

MUJER. Ce, ce (6), ¿á quién digo?
D. JUAN. ¿Quién llamó?
MUJER. Pues sois prudente y cortés
y su amigo, dalde (7) luego
al Marqués este papel;
mirad que consiste en él
de una señora el sosiego.
D. JUAN. Digo que se lo daré (8);
soy su amigo y caballero.
MUJER. Basta, señor forastero.
Adiós. *(Vase.)*

---

(1) Verso suplido por el texto de *Tan largo* ..
(2) En la edición de Padrino y en Hartzenbusch, «reciente». Lo mismo en *Tan largo me lo fiáis.*
(3) *Ed. de 1649.* «vienen.»
(4) *Id.* «albañil.»
(5) En *Tan largo*... «uno.»

(1) Así en los textos; pero debe de ser «sol», como se lee en *Tan largo me lo fiáis.*
(2) También aquí mejora el texto el de *Tan largo*... que dice: «Casaos, si es tan extremada.»
(3) Como se ve, esta frase aislada de D. Juan carece de sentido. En *Tan largo*... está claro.

«Quien tan satisfecho vive
de su amor, desdichas teme.
Sacalda, solicitalda,
escribidla y engañalda,
y el mundo se abrase y queme.»

(4) «Esperando» en *Tan largo*... que evita la repetición en el cuarto verso de la redondilla.
(5) *Ed. de 1649.* «siguele el paso...»
(6) *Id.* «Ce, ¿á quién digo?..»
(7) *Id.* «adle.»
(8) *Id.* «diré.»

ESCENA VIII

DON JUAN.

Ya (1) la voz se fué.
¿No parece encantamento
esto que agora ha pasado?
A mí el papel ha llegado
por la estafeta del viento.
Sin duda que es de la dama
que el Marqués me ha encarecido.
Venturoso en esto he sido.
Sevilla á voces me llama
el Burlador, y el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
y dejalla (2) sin honor.
¡Vive Dios, que le he de abrir,
pues salí de la plazuela!
Mas, ¿si hubiese otra cautela?.. (3)
Gana me da de reir.
Ya está abierto el papel;
y que es suyo es cosa llana,
porque aquí firma doña Ana.
Dice así: «Mi padre infiel
en secreto me ha casado
sin poderme resistir;
no sé si podré vivir,
porque la muerte me ha dado.
Si estimas, como es razón,
mi amor y mi voluntad,
y si tu amor fué verdad,
muéstralo en esta ocasión.
Por que veas que te estimo,
ven esta noche á la puerta,
que estará á las once abierta,
donde tu esperanza, primo,
goces, y el fin de tu amor.
Traerás, mi gloria, por señas
de Leonorilla y las dueñas,
una capa de color.
Mi amor todo de tí fío,
y adiós.» ¡Desdichado amante!
¿Hay suceso semejante?
Ya de la burla me río.
Gozaréla, ¡vive Dios!
con el engaño y cautela
que en Nápoles á Isabela.

ESCENA IX

Sale CATALINÓN.—DICHO.

CATALIN. Ya el marqués viene.
D. JUAN. Los dos
aquesta noche tenemos
que hacer.
CATALIN. ¿Hay engaño nuevo?
D. JUAN. Extremado.
CATALIN. No lo apruebo.
Tú pretendes que escapemos
una vez, señor, burlados (1),
que el que vive de burlar
burlado habrá de escapar
de una vez.
D. JUAN. ¿Predicador
te vuelves, impertinente?
CATALIN. La razón hace al valiente (2).
D. JUAN. Y al cobarde hace el temor.
El que se pone á servir
voluntad no ha de tener.
y todo ha de ser hacer,
y nada ha de ser decir.
Sirviendo, jugando estás,
y si quieres ganar luego,
haz siempre, porque en el juego
quien más hace gana más.
CATALIN. También quien hace y dice
pierde por la mayor parte.
D. JUAN. Esta vez quiero avisarte,
porque otra vez no te avise.
CATALIN. Digo que de aquí adelante
lo que me mandas haré,
y á tu lado forzaré
un tigre y un elefante.
Guárdese de mí un prior (3),
que si me mandas que calle
y le fuerce, he de forzalle
sin réplica, mi señor.
D. JUAN. Calla, que viene el marqués.
CATALIN. Pues, ¿ha de ser el forzado?

ESCENA X

Sale el MARQUÉS DE LA MOTA.—DICHOS.

D. JUAN. Para vos, marqués, me han dado
un recaudo harto cortés
por esa reja, sin ver
el que me lo daba allí;
sólo en la voz conocí
que me lo daba mujer.
Dícete al fin que á las doce
vayas secreto á la puerta,
que estará á las once abierta,
donde tu esperanza goce
la posesión de tu amor;
y que llevases por señas
de Leonorilla y las dueñas
una capa de color.
MOTA. ¿Qué dices?
D. JUAN. Que este recaudo (4)
de una ventana me dieron,
sin ver quién.
MOTA. Con él pusieron
sosiego en tanto cuidado.
¡Ay, amigo! Sólo en tí

---

(1) *Ed. de 1649.* «y.»
(2) *Id.* «dejarla.»
(3) «Isabela» en *Tan largo...* que parece mejor lectura.

(1) Así en los textos. Hartzenbusch enmendó con acierto: «burlados, al fin, señor.»
(2) *Ed. de 1649.* Faltan éste y los once versos que siguen.
(3) *Id.* Faltan estos cuatro versos.
(4) *Id.* «recado.»

mi esperanza renaciera.
Dame esos brazos (1).
D. JUAN. Considera
que no está tu prima en mí.
Eres tú quien ha de ser
quien la tiene de gozar,
¿y me llegas á abrazar
los pies?
MOTA. Es tal el placer,
que me ha sacado de mí.
¡Oh, sol! apresura el paso.
D. JUAN. Ya el sol camina al ocaso.
MOTA. Vamos, amigos, de aquí,
y de noche nos pondremos.
¡Loco voy!
D. JUAN. (Bien se conoce;
mas yo bien sé que á las doce
harás mayores extremos.)
MOTA. ¡Ay, prima del alma, prima,
que quieres premiar mi fe!
CATALIN. (¡Vive Cristo, que no dé
una blanca por su prima!)
(*Vase el* Marqués *y sale* Don Diego.)

ESCENA XI

DON JUAN, CATALINÓN *y* DON DIEGO.

D. DIEG. ¿Don Juan?
CATALIN. Tu padre te llama.
D. JUAN. ¿Qué manda vueseñoría?
D. DIEG. Verte más cuerdo quería,
más bueno y con mejor fama.
¿Es posible que procuras
todas las horas mi muerte?
D. JUAN. ¿Por qué vienes desa suerte?
D. DIEG. Por tu trato y tus locuras.
Al fin el Rey me ha mandado
que te eche de la ciudad,
porque está de una maldad
con justa causa indignado.
Que, aunque me lo has encubierto,
ya en Sevilla el Rey la sabe,
cuyo delito es tan grave,
que á decírtelo no acierto.
¿En el Palacio Real
traición, y con un amigo?
Traidor, Dios te dé el castigo
que pide delito igual.
Mira que, aunque al parecer
Dios te consiente y aguarda,
su castigo no se tarda,
y que castigo ha de haber
para los que profanáis
su nombre, que es juez fuerte
Dios en la muerte.
D. JUAN. ¿En la muerte?
¿Tan largo me lo fiáis?
De aquí allá hay gran jornada.
D. DIEG. Breve te ha de parecer.
D. JUAN. Y la que tengo de hacer,
pues á Su Alteza le agrada
agora (1), ¿es larga también?
D. DIEG. Hasta que el injusto agravio
satisfaga el Duque Octavio
y apaciguados estén
en Nápoles de Isabela
los sucesos que has causado,
en Lebrija retirado
por tu traición y cautela
quiere el Rey que estés agora (2):
pena á tu maldad ligera.
CATALIN. (*Ap.*) Si el caso también supiera
de la pobre pescadora,
más se enojara el buen viejo.
D. DIEG. Pues no te vence castigo
con cuanto hago y cuanto digo,
á Dios tu castigo dejo. (*Vase.*)

ESCENA XII

DON JUAN *y* CATALINÓN.

CATALIN. Fuese el viejo enternecido.
D. JUAN. Luego las lágrimas copia,
condición de viejo propia.
Vamos, pues ha anochecido,
á buscar al Marqués.
CATALIN. Vamos,
y al fin gozarás su dama.
D. JUAN. Ha de ser burla de fama.
CATALIN. Ruego al cielo que salgamos
della en paz.
D. JUAN. Catalinón
en fin.
CATALIN. Y tú, señor, eres
langosta de las mujeres,
y con público pregón.
Porque de ti se guardara
cuando á noticia viniera
de la que doncella fuera,
fuera bien se pregonara:
«Guárdense todos de un hombre
que á las mujeres engaña,
y es el burlador de España.»
D. JUAN. Tú me has dado gentil nombre.

ESCENA XIII

DICHOS.—*Sale el* MARQUÉS *de noche, con* MÚSICOS, *y pasea el tablado, y se entran cantando.*

MÚSICOS. «El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.»
MOTA. Como yo á mi bien goce,
nunca llegue á amanecer (3).
D. JUAN. ¿Qué es esto?
CATALIN. Música es.

(1) Así en los textos del *Burlador*; pero en *Tan largo...* dice: «esos pies», para que conste el verso. Lo que añade luego D. Juan confirma la variante, que también aceptó Hartzenbusch.

(1) *Ed. de 1649.* «aora.»
(2) *Id.* «aora.»
(3) Estos dos versos sueltos no figuran en este lugar en *Tan largo me lo fiáis*, aunque sí más adelante. Quizá sean interpolados.

MOTA. Parece que habla conmigo
el poeta. ¿Quién va?
D. JUAN. Amigo.
MOTA. ¿Es Don Juan?
D. JUAN. ¿Es el Marqués?
MOTA. ¿Quién puede ser sino yo?
D. JUAN. Luego que la capa vi,
que érades vos conocí.
MOTA. Cantad, pues Don Juan llegó.
MÚSICOS. *(Cantan.)*
«El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.»
D. JUAN. ¿Qué casa es la que miráis?
MOTA. De Don Gonzalo de Ulloa.
D. JUAN. ¿Dónde iremos?
MOTA. A Lisboa.
D. JUAN. ¿Cómo, si en Sevilla estáis?
MOTA. Pues ¿aqueso os maravilla?
¿No vive con gusto igual
lo peor de Portugal
en lo mejor de Castilla?
D. JUAN. ¿Dónde viven?
MOTA. En la calle
de la Sierpe, donde ves,
anda envuelto (1) en portugués;
que en aqueste amargo valle
con bocados solicitan
mil Evas que, aunque en bocados (2),
en efeto, son ducados
con que el dinero nos quitan (3).
CATALIN. Ir de noche no quisiera
por esa calle cruel,
pues lo que de día es miel
entonces lo dan en cera.
Una noche, por mi mal,
la vi sobre mi vertida,
y hallé que era corrompida
la cera de Portugal.
D. JUAN. Mientras á la calle vais,
yo dar un perro quisiera.
MOTA. Pues cerca de aquí me espera
un bravo.
D. JUAN. Si me dejáis,
señor (4) Marqués, vos veréis
cómo de mí no se escapa.
MOTA. Vamos, y poneos mi capa,
para que mejor lo deis.
D. JUAN. Bien habéis dicho. Venid,
y me enseñaréis la casa.
MOTA. Mientras el suceso pasa,
la voz y el habla fingid.
¿Veis aquella celosía?
D. JUAN. Ya la veo.
MOTA. Pues llegad
y decid: «Beatriz», y entrad.
D. JUAN. ¿Qué mujer?
MOTA. Rosada y fría.
CATALIN. Será mujer cantimplora.
MOTA. En Gradas os aguardamos.
D. JUAN. Adiós, Marqués.
CATALIN. ¿Dónde vamos?
D. JUAN. Calla, necio, calla agora (1);
adonde la burla mía (2)
ejecute.
CATALIN. No se escapa
nadie de ti.
D. JUAN. El trueque (3) adoro.
CATALIN. ¿Echaste la capa al toro?
D. JUAN. No, el toro me echó la capa.
MOTA. La mujer ha de pensar
que soy él.
MÚSICO. ¡Qué gentil perro!
MOTA. Esto es acertar por yerro.
MÚSICO. Todo este mundo es errar (4)
(Cantan.)
«El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.»
(Vanse, y dice Doña Ana *dentro.)*
ANA. ¡Falso!, no eres el Marqués,
que me has engañado.
D. JUAN. Digo
que lo soy.
ANA. ¡Fiero enemigo,
mientes, mientes!

ESCENA XIV

Sale DON GONZALO *con la espada desnuda.*

D. GONZ. La (5) voz es
de doña Ana la que siento.
ANA. ¿No hay quien mate este traidor
homicida de mi honor?
D. GONZ. ¿Hay tan grande atrevimiento?
Muerto honor; dijo, ¡ay de mí!
y es su lengua tan liviana
que aquí sirve de campana.
ANA. Matalde.

ESCENA XV

DON GONZALO.—*Salen* DON JUAN *y* CATALINÓN *con las espadas desnudas.*

D. JUAN. ¿Quién está aquí?
D. GONZ. La barbacana caída

---

(1) En *Tan largo...* «á Adán vuelto», que es lo que pide el sentido.

(2) Es evidente que estos dos versos deben de leerse así:

«mil Evas que, aunque en ducados,
en efecto son bocados,»

ó, mejor aún, como figuran en *Tan largo...*

«mil Evas que, aunque dorados,
en efecto, son bocados
con que las vidas nos quitan.»

(3) *Ed. de 1649.* Faltan en ella los ocho versos que siguen.

(4) «Con él», en vez de «Señor», se lee en *Tan largo...* y es mejor texto, puesto que se trata de la burla llamada «dar perro muerto».

(1) *Ed. de 1649.* «aora.»

(2) Este verso aparece suelto entre dos redondillas en todos los textos.

(3) En las ediciones sueltas y en Hartzenbusch, «truque»; en *Tan largo...* «trueco.»

(4) Verso suplido por el texto de *Tan largo...* si bien lo pone en boca de un criado.

(5) *Ed. de 1649.* «Ea.»

de la torre de mi honor
echaste en tierra, traidor,
donde era alcaide (1) la vida.
D. JUAN. Déjame pasar.
D. GONZ. ¿Pasar?
Por la punta desta espada.
D. JUAN. Morirás.
D. GONZ. No importa nada.
D. JUAN. Mira que te hé de matar.
D. GONZ. ¡Muere, traidor!
D. JUAN. Desta suerte muero.
CATALIN. Si escapo desta (2),
no más burlas, no más fiesta.
D. GONZ. ¡Ay, que me has dado la muerte!
D. JUAN. Tú la vida te quitaste.
D. GONZ. ¿De qué la vida servía?
D. JUAN. Huyamos.
(*Vase* Don Juan *y* Catalinón.)
D. GONZ. La sangre fría
con el furor aumentaste.
Muerto soy; no hay bien que aguarde.
Seguiráte mi furor,
que es traidor, y el que es traidor (3)
es traidor porque es cobarde.
(*Entran muerto á* Don Gonzalo, *y sale el* Marqués de la Mota *y* Músicos.)

ESCENA XVI

El MARQUÉS DE LA MOTA *y* MÚSICOS.—*Luego* DON JUAN *y* CATALINÓN.

MOTA. Presto las doce darán,
y mucho don Juan se tarda:
¡fiera prisión (4) del que aguarda!
(*Salen* Don Juan *y* Catalinón.)
D. JUAN. ¿Es el Marqués?
MOTA. ¿Es don Juan?
D. JUAN. Yo soy; tomad vuestra capa.
MOTA. ¿Y el perro?
D. JUAN. Funesto ha sido.
Al fin, Marqués, muerto ha habido.
CATALIN. Señor, del muerto te escapa.
MOTA. ¿Búrlaste? Amigo, ¿qué haré? (5)
CATALIN. (*Aparte.*) Y á vos os ha burlado (6).
D. JUAN. Cara la burla ha costado.
MOTA. Yo, don Juan, lo pagaré,
porque estará la mujer
quejosa de mí.
D. JUAN. Adiós,
Marqués.

(1) *Ed. de 1649.* «alcalde.»
(2) *Id.* «de aquesta.»
(3) Así en todos los textos. Hartzenbusch enmendó «que eres traidor, y el traidor».
(4) Debe de ser «pensión,» como consta en *Tan largo...*
(5) Este pasaje no tiene sentido. En *Tan largo...* está más explícito:
MARQUÉS. ¿Burlásteisla?
D. JUAN. Si, burlé.
CATALIN. Y aun á vos os han burlado.
(6) *Ed. de 1649.* «También vos sois el burlado.»

CATALIN. A fe que los dos
mal pareja han de correr.
D. JUAN. Huyamos.
CATALIN. Señor, no habrá
águila que á mí me alcance (1).
MOTA. Vosotros os podéis ir,
porque quiero ir solo (2).
(*Vanse y queda el* Marqués de la Mota.)

ESCENA XVII

El MARQUÉS DE LA MOTA

(*Dentro.*) ¿Vióse desdicha mayor,
y vióse mayor desgracia?
MOTA. ¡Válgame Dios! voces siento
en la plaza del Alcázar.
¿Qué puede ser á estas horas?
un hielo el pecho me arraiga.
Desde aquí parece todo
una Troya que se abrasa,
porque tantas luces juntas
hacen gigante de llamas.
Un grande escuadrón de hachas
se acerca á mí, porque anda
el fuego emulando estrellas,
dividiéndose en escuadras.
Quiero saber la ocasión.

ESCENA XVIII

DICHOS.—*Sale* DON DIEGO TENORIO *y la guarda con hachas.*

D. DIEG. ¿Qué gente?
MOTA (3). Gente que aguarda
saber de aqueste rüido
el alboroto y la causa.

(1) Este pasaje tan profundamente alterado y en que hay cuatro versos seguidos sin rimar, puede, á nuestro juicio, completarse, siguiendo el texto de *Tan largo...* que dice:
MARQUÉS. Yo, Don Juan, lo pagaré
porque estará la mujer
quejosa de mí.
D. JUAN. Las doce
darán.
MARQUÉS. Como mi bien goce,
nunca llegue á amanecer.
D. JUAN. Adiós, Marqués.
CATALIN. Muy buen lance
el desdichado hallará.
D. JUAN. Huyamos.
CATALIN. Señor, no habrá,
aguilita que me alcance. (*Vanse.*)
MARQUÉS. Vosotros os podéis ir (*A los criados.*)
todos á casa, que yo
he de ir solo.
CRIADOS. Dios crió,
las noches para dormir.
(2) *Ed. de 1649.* «porque yo me quiero ir solo.»
(3) Así en el texto de 1649. En el de 1630 se lee «don Gonz.» por errata.

D. DIEG. Prendeldo (1).
MOTA. ¡Prenderme á mí!
D. DIEG. Volved la espada á la vaina,
que la mayor valentía
es no tratar de las armas.
MOTA. ¿Cómo al Marqués de la Mota
hablan ansí?
D. DIEG. Dad la espada,
que el Rey os manda prender.
MOTA. ¡Vive Dios!

ESCENA XIX

DICHOS.—*Sale el* REY *y acompañamiento.*

REY. En toda España
no ha de caber (2), ni tampoco
en Italia, si va á Italia.
D. DIEG. Señor, aquí está el Marqués.
MOTA. Gran señor, ¿Vuestra Alteza (3)
á mí me manda prender (4)?
REY. Llevalde luego, y ponelde (5)
la cabeza en una escarpia.
¿En mi presencia te pones?
MOTA. ¡Ah, glorias de amor tiranas,
siempre en el pasar ligeras,
como en el vivir (6) pesadas!
Bien dijo un sabio, que había
entre la boca y la taza
peligro; mas el enojo
del Rey me admira y me espanta.
No sé por lo que voy preso.
D. DIEG. ¿Quién mejor sabrá la causa
que vueseñoría?
MOTA. ¿Yo?
D. DIEG. Vamos.
MOTA. ¡Confusión extraña!
REY. Fulmínesele el proceso
al Marqués luego, y mañana
le cortarán la cabeza.
Y al Comendador, con cuanta
solemnidad y grandeza
se da á las personas sacras
y reales, el entierro
se haga; en bronce y piedras varias
un sepulcro con un bulto
le ofrezcan, donde en mosaicas
labores, góticas letras
den lenguas á sus venganzas.
Y entierro, bulto y sepulcro
quiero que á mi costa se haga.
¿Dónde doña Ana se fué?
D. DIEG. Fuese al sagrado, doña Ana,
de mi señora la Reina.
REY. Ha de sentir esta falta
Castilla; tal capitán
ha de llorar Calatrava.
(*Vanse todos.*)

(1) *Ed. de 1649.* «Prendedlo.»
(2) Así en las impresiones antiguas. En una de las sueltas «acabar». Hartzenbusch corrigió «escapar».
(3) *Ed. de 1649.* «Gran señor, pues vuestra alteza.»
(4) También este pasaje alterado se perfecciona siguiendo el texto de *Tan largo...*
D. DIEGO. Señor, aquí está el Marqués.
MARQUÉS. ¿Vuestra Alteza á mí me manda prender?
REY. Llevalde y ponelde
la cabeza en una escarpia.
Hartzenbusch cambió las palabras para conseguir la rima.
(5) *Ed. de 1649.* «Llevalde», «ponelde.»
(6) Así en los textos de *El Burlador;* pero en *Tan largo...* «venir», que es lección mejor.

ESCENA XX

Sale BATRICIO (1) *desposado, con* AMINTA, GASENO, *viejo,* BELISA *y* PASTORES MÚSICOS.

(*Cantan.*) «Lindo sale el sol de Abril
con trébol y torongil,
y aunque le sirve de estrella,
Aminta sale más bella.»
BATRICIO. Sobre esta alfombra florida,
adonde; en campos de escarcha,
el sol sin aliento marcha
con su luz recién nacida,
os sentad, pues nos convida
al tálamo el sitio hermoso (2).
AMINTA. Cantalde á mi dulce esposo
favores de mil en mil.
(*Cantan.*) «Lindo sale el sol de Abril
con trébol y torongil,
y aunque le sirve de estrella,
Aminta sale más bella.»
GASENO. Muy bien lo habeis solfeado;
no hay más sones en el kyries.
BATRICIO. Cuando con sus labios tirres *(sic)*
vuelve en púrpura los labios
saldrán, aunque vergonzosas,
afrentando el sol de Abril (3).
AMINTA. Batricio, yo lo agradezco;
falso y lisonjero estás;
mas si tus rayos me das,
por ti ser luna merezco.
Tú eres el sol por quien crezco (4)
después de salir menguante,
para que el alba te cante
la salva en tono sutil.
(*Cantan.*) «Lindo sale el sol, etc.

ESCENA XXI

DICHOS.—*Sale* CATALINÓN, *de camino.*

CATALIN. Señores, el desposorio
huéspedes ha de tener.

(1) Claro que *Batricio* será errata ó forma rústica por *Patricio*, que es como se lee en la enumeración de los personajes al principio de la obra.
(2) *Ed. de 1649.* Faltan todos los versos que siguen hasta la salida de *Catalinón.*
(3) Así en los textos, aunque tal vez deba de leerse «Mayo», que asuena con «labios». La incorrección de este pasaje no permite suponer cómo sería el primitivo, pues hasta el sistema de versos es diferente del que le antecede y del que le sigue.
(4) Verso suplido según el texto de *Tan largo me lo fiáis.*

GASENO. A todo el mundo ha de ser
este contento notorio.
¿Quién vive?
CATALIN. Don Juan Tenorio.
GASENO. ¿El viejo?
CATALIN. No es ese don Juan (1).
BELISA. Será su hijo galán.
BATRICIO. (Téngolo por mal agüero,
que galán y caballero
quitan gusto y celos dan.)
Pues ¿quién noticia les dió
de mis bodas?
CATALIN. De camino
pasa á Lebrija.
BATRICIO. Imagino
que el demonio le envió.
Mas, ¿de qué me aflijo yo?
Vengan á mis dulces bodas,
del mundo las gentes todas.
Mas, con todo, un caballero
en mis bodas, ¡mal agüero!
GASENO. Venga el Coloso de Rodas,
venga el Papa, el Preste Juan
y Don Alonso el Onceno
con su corte, que en Gaseno
ánimo y valor verán.
Montes en casa hay de pan,
Guadalquivires de vino,
Babilonias de tocino,
y entre ejércitos cobardes
de aves, para que las cardes (2),
el pollo y el palomino.
Venga tan gran caballero
á ser hoy en Dos Hermanas
honra destas viejas canas.
BELISA. Es hijo del Camarero
Mayor.
BATRICIO. Todo es mal agüero
para mí, pues le han de dar
junto á mi esposa lugar.
Aún no gozo, y ya los cielos
me están condenando á celos.
Amor, sufrir y callar.

ESCENA XXII

DICHOS.—*Sale* DON JUAN TENORIO.

D. JUAN. Pasando acaso he sabido
que hay bodas en el lugar,
y dellas quise gozar,
pues tan venturoso he sido.
GASENO. Vueseñoría ha venido
á honrallas y engrandecellas.
BATRICIO. Yo que soy el dueño dellas,
digo entre mí que vengáis
en hora mala.
GASENO. ¿No dais
lugar á este caballero?
D. JUAN. Con vuestra licencia quiero
sentarme aquí.
(*Siéntase junto á la novia.*)
BATRICIO. Si os sentáis
delante de mí, señor,
seréis de aquesa manera
el novio.
D. JUAN. Cuando lo fuera,
no escogiera lo peor.
GASENO. Que es el novio...
D. JUAN. De mi error
y ignorancia perdón pido.
CATALIN. ¡Desventurado marido!
D. JUAN. Corrido está.
CATALIN. No lo ignoro;
mas si tiene de ser toro,
¿qué mucho que esté corrido?
No daré por su mujer
ni por su honor un cornado.
¡Desdichado tú, que has dado
en manos de Lucifer!
D. JUAN. ¿Posible es que vengo á ser,
señora, tan venturoso?
Envidia tengo al esposo.
AMINTA. Parecéisme lisonjero.
BATRICIO. Bien dije que es mal agüero
en bodas un poderoso.
GASENO. Ea, vamos á almorzar,
por que pueda descansar
un rato su señoría.
(*Tómale* Don Juan *la mano á la novia.*)
D. JUAN. ¿Por qué la escondéis?
AMINTA. Es mía (1).
GASENO. Vamos.
BELISA. Volved á cantar.
D. JUAN. ¿Qué dices tú?
CATALIN. ¿Yo? que temo
muerte vil destos villanos.
D. JUAN. Buenos ojos, blancas manos,
en ellos me abraso y quemo.
CATALIN. ¡Almagrar y echar á extremo!
Con esta cuatro serán.
D. JUAN. Ven, que mirándome están.
BATRICIO. En mis bodas caballero,
¡mal agüero!
GASENO. Cantad.
BATRICIO. Muero.
CATALIN. Canten, que ellos llorarán.
(*Vanse todos, con que da fin la segunda jornada*) (2).

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale BATRICIO (3) *pensativo.*

BATRICIO. Celos, reloj y cuidado (4),
que á todas las horas dais
tormentos con que matáis,

(1) *Ed. de 1649.* «No ese Don Juan.»
(2) Así en los impresos del *Burlador;* pero quizá deba leerse «lardes», como en *Tan largo...*

(1) Así en los textos; pero debe de ser «No es mía», como se lee en *Tan largo...*
(2) *Ed. de 1649.* No hay esta acotación.
(3) *Id.* «Patricio» aquí y en los demás lugares de la obra en que sale.
(4) Así en los impresos. Hartzenbusch enmendó bien: «Celos, reloj de cuidados.»

aunque dais desconcertados (1).
Celos, del vivir desprecios,
con que ignorancias hacéis,
pues todo lo que tenéis
de ricos tenéis de necios,
dejadme de atormentar,
pues es cosa tan sabida
que, cuando amor me da vida,
la muerte me queréis dar.
¿Qué me queréis, caballero,
que me atormentáis ansí?
Bien dije, cuando le vi
en mis bodas, ¡mal agüero!
¿No es bueno que se sentó
á cenar con mi mujer,
y á mí en el plato meter
la mano no me dejó?
Pues cada vez que quería
metella la desviaba
diciendo á cuanto tomaba:
«¡Grosería, grosería!» (2)
Pues llegándome á quejar
á algunos, me respondían
y con risa me decían:
«No tenéis de qué os quejar;
eso no es cosa que importe;
no tenéis de qué temer;
callad, que debe de ser
uso de allá de la Corte.»
¡Buen uso, trato extremado!
mas no se usara en Sodoma
que otro con la novia coma
y que ayune el desposado.
Pues el otro bellacón
á cuanto comer quería:
«¿Esto no come?», decía;
«No tenéis, señor, razón»;
y de delante al momento
me lo quitaba corrido.
Esto bien sé yo que ha sido
culebra y no casamiento.
Ya no se puede sufrir
ni entre cristianos pasar;
y acabando de cenar,
con los dos, ¿mas que á dormir
se ha de ir también, si porfía
con nosotros, y ha de ser,
el llegar yo á mi mujer,
«¡grosería, grosería!»
Ya viene, no me resisto.
Aquí me quiero esconder;
pero ya no puede ser,
que imagino que me ha visto.

ESCENA II

BATRICIO.—*Sale* DON JUAN TENORIO.

D. JUAN. Batricio.
BATRICIO. Su señoría
¿qué manda?
D. JUAN. Haceros saber...
BATRICIO. (¿Mas que ha de venir á ser
alguna desdicha mía?)
D. JUAN. Que ha muchos días, Batricio,
que á Aminta el alma le di
y he gozado...
BATRICIO. ¿Su honor?
D. JUAN. Sí.
BATRICIO. Manifiesto y claro indicio
de lo que he llegado á ver,
que, si bien no le quisiera,
nunca á su casa viniera.
Al fin, al fin, es mujer.
D. JUAN. Al fin, Aminta celosa,
ó quizá desesperada
de verse de mí olvidada
y de ajeno dueño esposa,
esta carta me escribió
enviándome á llamar,
y yo prometí gozar
lo que el alma prometió.
Esto pasa de esta suerte.
Dad á vuestra vida un medio,
que le daré sin remedio
á quien lo impida la muerte.
BATRICIO. Si tú en mi elección lo pones,
tu gusto pretendo hacer,
que el honor y la mujer
son malos en opiniones.
La mujer en opinión
siempre más pierde que gana,
que son como la campana
que se estima por el son.
Y así es cosa averiguada
que opinión viene á perder
cuando cualquiera mujer
suena á campana quebrada.
No quiero, pues me reduces
el bien que mi amor ordena,
mujer entre mala y buena,
que es moneda entre dos luces.
Gózala, señor, mil años,
que yo quiero resistir,
desengaños y morir,
y no vivir con engaños. (*Vase.*)

ESCENA III

DON JUAN.

D. JUAN. Con el honor le vencí,
porque siempre los villanos
tienen su honor en las manos,
y siempre miran por sí.
Que por tantas variedades
es bien que se entienda y crea
que el honor se fué al aldea
huyendo de las ciudades.
Pero antes de hacer el daño
le pretendo reparar.
A su padre voy á hablar
para autorizar mi engaño.
Bien lo supe negociar;
gozarla esta noche espero;
la noche camina, y quiero
su viejo padre llamar.
Estrellas que me alumbráis,

(1) *Ed. de 1649.* Faltan los cuatro versos que siguen.
(2) *Id.* Faltan estos doce versos que siguen.

dadme en este engaño suerte,
si el galardón en la muerte
tan largo me lo guardáis. (*Vase.*)

ESCENA IV

Salen AMINTA *y* BELISA.

BELISA. Mira que vendrá tu esposo;
entra á desnudarte (1), Aminta.
AMINTA. De estas infelices bodas
no sé qué siento, Belisa.
Todo hoy mi Batricio ha estado
bañado en melancolía;
todo es confusión y celos;
¡mirad qué grande desdicha!
Di: ¿qué caballero es éste
que de mi esposo me priva?
La desvergüenza en España
se ha hecho caballería.
Déjame, que estoy sin seso (2).
Déjame, que estoy corrida.
¡Mal hubiese el caballero
que mis contentos me priva!
BELISA. Calla, que pienso que viene,
que nadie en la casa pisa
de un desposado, tan recio.
AMINTA. Queda adiós, Belisa mía.
BELISA. Desenójale en los brazos.
AMINTA. ¡Plega á los cielos que sirvan
mis suspiros de requiebros
mis lágrimas de caricias! (*Vanse.*)

ESCENA V

Salen DON JUAN, CATALINÓN *y* GASENO.

D. JUAN. Gaseno, quedad con Dios.
GASENO. Acompañaros querría,
por dalle (3) de esta ventura
el parabién á mi hija.
D. JUAN. Tiempo mañana nos queda.
GASENO. Bien decís. El alma mía
en la muchacha os ofrezco. (*Vase.*)
D. JUAN. Mi esposa decid.

ESCENA VI

DICHOS, *menos* GASENO.

D. JUAN. Ensilla,
Catalinón.
CATALIN. ¿Para cuándo?
D. JUAN. Para el alba, que de risa
muerta ha de salir mañana
deste engaño.
CATALIN. Allá, en Lebrija,
señor, nos está aguardando
otra boda. Por tu vida,
que despaches presto en ésta.

(1) *Ed. de 7649.* «desnudarse.»
(2) Verso suplido por el texto de *Tan largo me lo fiáis.*
(3) *Ed. de 1649.* «darle.»

D. JUAN. La burla más escogida
de todas ha de ser ésta.
CATALIN. Que saliésemos querría
de todas bien.
D. JUAN. Si es mi padre
el dueño de la justicia,
y es la privanza del Rey,
¿qué temes?
CATALIN. De los que privan
suele Dios tomar venganza
si delitos no castigan,
y se suelen en el juego
perder también los que miran.
Yo he sido mirón del tuyo,
y por mirón no querría
que me cogiese algún rayo
y me trocase en cecina (1).
D. JUAN. Vete, ensilla, que mañana
he de dormir en Sevilla.
CATALIN. ¿En Sevilla?
D. JUAN. Sí.
CATALIN. ¿Qué dices?
Mira lo que has hecho, y mira
que hasta la muerte, señor,
es corta la mayor vida;
que hay tras la muerte imperio (2).
D. JUAN. Si tan largo me lo fías,
vengan engaños.
CATALIN. Señor...
D. JUAN. Vete, que ya me amohinas
con tus temores extraños.
CATALIN. Fuerza al Turco, fuerza al Scita (3),
al Persa y al Garamant,
al Gallego, al Troglodita,
al Alemán y al Japón,
al sastre con la agujita
de oro en la mano, imitando
contino á la blanca niña. (*Vase.*)

ESCENA VII

DON JUAN *solo.*

D. JUAN. La noche en negro silencio
se extiende, y ya las Cabrillas
entre racimos de estrellas
el Polo más alto pisan.
Yo quiero poner mi engaño
por obra. El amor me guía
á mi inclinación, de quien
no hay hombre que se resista.
Quiero llegar á la cama.
¡Aminta!

ESCENA VIII

DON JUAN.—*Sale* AMINTA *como que está acostada.*

AMINTA. ¿Quién llama á Aminta?
¿Es mi Batricio?
D. JUAN. No soy
tu Batricio.

(1) *Ed. de 1649.* «ceniza», y lo mismo en todos los demás.
(2) Así en los textos antiguos; pero Hartzenbusch corrigió bien: «y que hay tras la muerte infierno.»
(3) *Ed. de 1649.* Falta esto que dice Catalinón.

AMINTA. Pues ¿quién?
D. JUAN. Mira
de espacio, Aminta, quién soy.
AMINTA. ¡Ay de mí! ¡yo soy perdida!
¿En mi aposento á estas horas?
D. JUAN. Estas son las obras (1) mías.
AMINTA. Volveos, que daré voces.
No excedáis la cortesía
que á mi Batricio se debe.
Ved que hay romanas Emilias
en Dos Hermanas también,
y hay Lucrecias vengativas.
D. JUAN. Escúchame dos palabras,
y esconde de las mejillas
en el corazón la grana,
por ti más preciosa y rica.
AMINTA. Vete, que vendrá mi esposo.
D. JUAN. Yo lo soy; ¿de qué te admiras?
AMINTA. ¿Desde cuándo?
D. JUAN. Desde agora.
AMINTA. ¿Quién lo ha tratado?
D. JUAN. Mi dicha.
AMINTA. ¿Y quién nos casó?
D. JUAN. Tus ojos.
AMINTA. ¿Con qué poder?
D. JUAN. Con la vista.
AMINTA. ¿Sábelo Batricio?
D. JUAN. Sí,
que te olvida.
AMINTA. ¿Que me olvida?
D. JUAN. Sí, que yo te adoro.
AMINTA. ¿Cómo?
D. JUAN. Con mis dos brazos.
AMINTA. Desvía.
D. JUAN. ¿Cómo puedo, si es verdad
que muero?
AMINTA. ¡Qué gran mentira!
D. JUAN. Aminta, escucha y sabrás,
si quieres que te lo diga,
la verdad, que las mujeres
sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
cabeza de la familia
de los Tenorios antiguos,
ganadores de Sevilla.
Mi padre, después del Rey,
se reverencia y estima,
y en la corte de sus labios
pende la muerte ó la vida.
Corriendo el camino acaso,
llegué á verte, que amor guía
tal vez las cosas de suerte,
que él mismo dellas se olvida.
Vite, adoréte, abraséme
tanto, que tu amor me anima
á que contigo me case:
mira qué acción tan precisa.
Y aunque lo mormure el Rey,
y aunque el Rey lo contradiga,
y aunque mi padre enojado
con amenazas lo impida,
tu esposo tengo de ser.
¿Qué dices?
AMINTA. No sé qué diga,
que se encubren tus verdades
con retóricas mentiras.
Porque si estoy desposada,
como es cosa conocida,
con Batricio, el matrimonio
no se absuelve aunque él desista.
D. JUAN. En no siendo confirmado (1),
por engaño ó por malicia
puede anularse.
AMINTA. En Batricio
toda fué verdad sencilla.
D. JUAN. Ahora bien: dame esa mano,
y esta voluntad confirma
con ella.
AMINTA. ¿Que no me engañas?
D. JUAN. Mío el engaño sería.
AMINTA. Pues jura que cumplirás
la palabra prometida.
D. JUAN. Juro á esta mano, señora,
invierno (2) de nieve fría,
de cumplirte la palabra.
AMINTA. Jura á Dios que te maldiga
si no la cumples.
D. JUAN. Si acaso
la palabra y la fe mía
te faltare, ruego á Dios
que á traición y alevosía
me dé muerte un hombre... muerto:
que, vivo, ¡Dios no permita!
AMINTA. Pues con ese juramento
soy tu esposa.
D. JUAN. El alma mía
entre los brazos te ofrezco.
AMINTA. Tuya es el alma y la vida.
D. JUAN. ¡Ay, Aminta de mis ojos!
Mañana sobre virillas
de tersa plata, estrellada
con clavos de oro de tíbar,
pondrás los hermosos pies,
y en prisión de gargantillas
la alabastrina garganta,
y los dedos en sortijas,
en cuyo engaste parezcan
trasparentes perlas finas.
AMINTA. A tu voluntad, esposo,
la mía desde hoy se inclina:
tuya soy.
D. JUAN. (¡Qué mal conoces
al Burlador de Sevilla!) (*Vanse.*)

ESCENA IX

Salen ISABELA *y* FABIO, *de camino.*

ISABELA.

¡Que me robase el dueño
la prenda que estimaba y más quería!
¡Oh, riguroso empeño
de la verdad! ¡Oh, máscara del día!
¡Noche, al fin, tenebrosa,
antípoda del sol, del sueño esposa!

(1) Así en ambos textos; pero debe de ser «horas».

(1) En *Tan largo...* y en la impresión de Padrino «consumado», que parece mejor lectura.

(2) *Ed. de 1649.* «infierno», y también en *Tan largo...* y en las impresiones sueltas.

FABIO.

¿De qué sirve, Isabela,
el amor en el alma y en los ojos,
si amor todo es cautela,
y en campos de desdenes causa enojos;
si el que se ríe agora
en breve espacio desventuras llora?
El mar está alterado
y en grave temporal, tiempo socorre (1).
El abrigo han tomado
las galeras, Duquesa, de la torre
que esta playa corona.

ISABELA.

¿Dónde estamos (2)?

FABIO.

En Tarragona.
De aquí á poco espacio
daremos en Valencia, ciudad bella,
del mismo sol palacio.
Divertiráste algunos días en ella,
y después á Sevilla,
irás á ver la octava maravilla.
Que si á Octavio perdiste,
más galán es don Juan, y de Tenorio (3)
solar. ¿De qué estás triste?
Conde dicen que es ya don Juan Tenorio;
el Rey con él te casa,
y el padre es la privanza de su casa.

ISABELA.

No nace mi tristeza
de ser esposa de don Juan, que el mundo
conoce su nobleza;
en la esparcida voz mi agravio fundo,
que esta opinión perdida
es de llorar mientras tuviere vida.

FABIO.

Allí una pescadora
tiernamente suspira y se lamenta
y dulcemente llora.
Acá viene, sin duda, y verte intenta.
Mientras llamo tu gente,
lamentaréis las dos más dulcemente.

(*Vase* Fabio *y sale* Tisbea.)

ESCENA X

ISABELA y TISBEA.

TISBEA.

Robusto mar de España,
ondas de fuego, fugitivas ondas,
Troya de mi cabaña,
que ya el fuego por mares y por ondas
en sus abismos fragua
y el mar forma (4) por las llamas agua.
¡Maldito el leño sea
que á tu amargo cristal halló carrera (1)!
¡Antojo de Medea,
tu cáñamo primero ó primer lino,
aspado de los vientos
para telas de engaños é instrumentos!

ISABELA.

¿Por qué del mar te quejas
tan tiernamente, hermosa pescadora?

TISBEA.

Al mar formo mil quejas.
¡Dichosa vos que en su tormento agora (2)
dél os estáis riendo!

ISABELA.

También quejas del mar estoy haciendo.
¿De dónde sois?

TISBEA.

De aquellas cabañas
que miráis del viento heridas
tan victorioso entre ellas,
cuyas pobres paredes desparcidas
van (3) en pedazos graves
dándole mil graznidos á las aves (4).
En sus pajas me dieron
corazón de fortísimo diamante;
mas las obras me hicieron
deste monstruo que ves tan arrogante
ablandarme de suerte,
que al sol la cera es más robusta y fuerte.
¿Sois vos la Europa hermosa
que esos toros os llevan (5)?

ISABELA.

Llévanme á ser esposa
contra mi voluntad.

TISBEA.

Si mi mancilla
á lástima os provoca
y si injurias del mar os tienen loca,
en vuestra compañía,
para serviros como humilde esclava
me llevad, que querría,
si el dolor ó la afrenta no me acaba,
pedir al Rey justicia
de un engaño cruel, de una malicia.
Del agua derrotado
á esta tierra llegó don Juan Tenorio
difunto y anegado;
amparéle, hospedéle en tan notorio
peligro, y el vil güésped
víbora fué á mi planta el tierno césped.
Con palabra de esposo
la que de esta costa burla hacía,
se rindió al engañoso:

---

(1) Así en los textos. Hartzenbusch corrigió bien «riesgo se corre».

(2) *Ed. de 1649*. «¿Donde estamos aora?..»

(3) Así en los textos. Hartzenbusch enmendó: «y de notorio».

(4) Hartzenbusch corrigió «vomita».

(1) Hartzenbusch corrigió con acierto «camino!»

(2) *Ed. de 1649*. «aora.»

(3) Así en los textos. Hartzenbusch enmendó «caen».

(4) *Ed. de 1649*. Faltan los seis versos que siguen.

(5) Así en los textos del *Burlador;* pero en *Tan largo...* se completa el verso así: «que esos toros os llevan á Sevilla?»

¡mal haya la mujer que en hombres fía!
Fuese al fin y dejóme:
mira si es justo que venganza tome.

ISABELA.

¡Calla, mujer maldita!
Vete de mi presencia, que me has muerto.
Mas si el dolor te incita,
no tienes culpa tú. Prosigue el cuento (1).

TISBEA.

La dicha fuera mía.

ISABELA.

¡Mal haya la mujer que en hombres fía!
¿Quién tiene de ir contigo?

TISBEA.

Un pescador, Anfriso, un pobre padre
de mis males testigo.

ISABELA.

(No hay venganza que á mi mal tanto le cua- [dre.)
Ven en mi compañía.

TISBEA.

(¡Mal haya la mujer que en hombres fía!)

(2) (*Vanse y sale* Don Juan *y* Catalinón.)

ESCENA XI

DON JUAN *y* CATALINÓN.

CATALIN. Todo enmaletado (3) está.
D. JUAN. ¿Cómo?
CATALIN. Que Octavio ha sabido
la traición de Italia ya,
y el de la Mota ofendido
de ti quejas justas da,
y dice al fin que el recaudo (4)
que de su prima le diste
fué fingido y disimulado (5)
y con su capa emprendiste
la traición que le ha infamado.
Dicen que viene Isabela
á que seas su marido,
y dicen...
D. JUAN. ¡Calla!
CATALIN. Una muela
en la boca me has rompido.
D. JUAN. Hablador, ¿quién te revela
tanto disparate junto?
CATALIN. ¡Disparate, disparate (6)!
Verdades son.
D. JUAN. No pregunto
si lo son. Cuando me mate
Octavio: ¿estoy yo difunto?
¿No tengo manos también?
¿Dónde me tienes posada?
CATALIN. En la calle oculta.
D. JUAN. Bien.
CATALIN. La iglesia es tierra sagrada.
D. JUAN. Di que de día me den
en ella la muerte. ¿Viste
al novio de Dos Hermanas?
CATALIN. También le vi ansiado y triste,
D. JUAN. Aminta estas dos semanas
no ha de caer en el chiste.
CATALIN. Tan bien engañada está,
que se llama doña Aminta.
D. JUAN. ¡Graciosa burla será!
CATALIN. Graciosa burla y sucinta,
mas siempre la llorará.

(*Descúbrese un sepulcro de* Don Gonzalo de Ulloa.)

D. JUAN. ¿Qué sepulcro es este?
CATALIN. Aquí
don Gonzalo está enterrado.
D. JUAN. Este es el (1) que muerte di.
¡Gran sepulcro le han labrado!
CATALIN. Ordenólo el Rey ansí.
¿Cómo dice este letrero?
D. JUAN. «Aquí aguarda del Señor
el más leal caballero
la venganza de un traidor.»
Del mote reirme quiero.
¿Y habéisos vos de vengar,
buen viejo, barbas de piedra?
CATALIN. No se las podrás pelar,
que en barbas muy fuertes medra.
D. JUAN. Aquesta noche á cenar
os aguardo en mi posada.
Allí el desafío haremos,
si la venganza os agrada;
aunque mal reñir podremos
si es de piedra vuestra espada.
CATALIN. Ya, señor, ha anochecido;
vámonos á recoger.
D. JUAN. Larga esta venganza ha sido.
Si es que vos la habéis de hacer,
importa no estar dormido,
que si á la muerte aguardáis
la venganza, la esperanza
agora es bien que perdáis,
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fiáis.

(*Vanse y ponen la mesa dos* Criados.)

ESCENA XII

DOS CRIADOS.

CRIAD. 1.° Quiero apercibir la cena (2),
que vendrá á cenar don Juan.
CRIAD. 2.° Puestas las mesas están.
¡Qué flema tiene, si empieza!
Ya tarda como solía,
mi señor; no me contenta;
la bebida se calienta
y la comida se enfría.
Mas ¿quién á don Juan ordena
esta desorden?

---

(1) En *Tan largo*... «es cierto», que forma consonante con «muerto.»

(2) *Ed. de 1649.* «Vanse y salen Don Juan Tenorio y...»

(3) Así en los textos del *Burlador;* pero en *Tan largo*... «mal estado.»

(4) *Ed. de 1649.* «y dice que fué el recado.»

(5) *Id.* «fingido y disimulado.»

(6) Verso suplido por el texto de *Tan largo me lo fiáis.*

(1) En la edición de Padrino, «al»; en *Tan largo*... «á quien».

(2) Así en todos los textos. Hartzenbusch corrigió «pieza».

ESCENA XIII

DICHOS.—*Entra* (1) DON JUAN *y* CATALINÓN.

D. JUAN. ¿Cerraste?
CATALIN. Ya cerré como mandaste.
D. JUAN. ¡Hola! tráiganme la cena.
CRIAD. 2.º Ya está aquí.
D. JUAN. Catalinón,
siéntate.
CATALIN. Yo soy amigo
de cenar de espacio.
D. JUAN. Digo
que te sientes.
CATALIN. La razón
haré.
CRIAD. 1.º También es camino
éste, si (2) come con él.
D. JUAN. Siéntate. *(Un golpe dentro)* (3).
CATALIN. Golpe es aquél.
D. JUAN. Que llamaron imagino.
Mira quién es.
CRIAD. 1.º Voy volando.
CATALIN. ¿Si es la justicia, señor?
D. JUAN. Sea, no tengas temor.
(Vuelve el Criado *huyendo.)*
¿Quién es? ¿De qué estás temblando?
CATALIN. De algún mal da testimonio.
D. JUAN. Mal mi cólera resisto.
Habla, responde, ¿qué has visto?
¿Asombróte algún demonio?
Ve tú, y mira aquella puerta,
presto, acaba.
CATALIN. ¿Yo?
D. JUAN. Tú, pues.
Acaba, menea los pies (4).
CATALIN. A mi agüela hallaron muerta
como racimo colgada,
y desde entonces se suena
que anda siempre su alma en pena.
Tanto golpe no me agrada.
D. JUAN. Acaba.
CATALIN. Señor, si sabes
que soy un Catalinón...
D. JUAN. Acaba.
CATALIN. ¡Fuerte ocasión!
D. JUAN. ¿No vas?
CATALIN. ¿Quién tiene las llaves
de la puerta?
CRIAD 2.º Con la aldaba
está cerrada no más.
D. JUAN. ¿Qué tienes? ¿por qué no vas?
CATALIN. Hoy Catalinón acaba.
¿Mas si las forzadas vienen
á vengarse de los dos?
(Llega Catalinón *á la puerta y viene corriendo, cae y levántase.)*
D. JUAN. ¿Qué es eso?
CATALIN. ¡Válgame Dios!
¡Qué me matan, que me tienen!

(1) *Sale* en el texto de 1649.
(2) *Ed. de 1649.* «como.»
(3) «*Dan* un golpe dentro», en la ed. de 1649.
(4) *Ed. de 1649.* Faltan en ella los ocho versos que siguen.

D. JUAN. ¿Quién te tiene, quién te mata (1)?
¿qué has visto?
CATALIN. Señor, yo allí
vide cuando luego fuí...
¿Quién me ase, quién me arrebata?
Llegué, cuando después ciego...
cuando vile, ¡juro á Dios!...
Habló y dijo (2), ¿quién sois vos?
respondió, respondí luego...
topé y vide...
D. JUAN. ¿A quién?
CATALIN. No sé.
D. JUAN. ¡Cómo el vino desatina!
Dame la vela, gallina,
y yo á quien llama veré.
(Toma Don Juan *la vela y llega á la puerta. Sale al encuentro* Don Gonzalo, *en la forma que estaba en el sepulcro, y* Don Juan *se retira atrás turbado, empuñando la espada, y en la otra la vela, y* Don Gonzalo *hacia él con pasos menudos, y al compás* Don Juan, *retirándose hasta estar en medio del teatro.)*
D. JUAN. ¿Quién va?
D. GONZ. Yo soy.
D. JUAN. ¿Quién sois vos?
D. GONZ. Soy el caballero honrado
que á cenar has convidado.
D. JUAN. Cena habrá para los dos,
y si vienen más contigo,
para todos cena habrá.
Ya puesta la mesa está.
Siéntate.
CATALIN. ¡Dios sea conmigo!
¡San Panuncio, San Antón!
Pues ¿los muertos comen, di?
Por señas dice que sí.
D. JUAN. Siéntate, Catalinón.
CATALIN. No, señor, yo lo recibo
por cenado.
D. JUAN. Es desconcierto (3);
¡qué temor tienes á un muerto!
¿qué hicieras estando vivo?
Necio y villano temor.
CATALIN. Cena con tu convidado,
que yo, señor, ya he cenado.
D. JUAN. ¿He de enojarme?
CATALIN. Señor,
¡vive Dios que güelo mal!
D. JUAN. Llega, que aguardando estoy.
CATALIN. Yo pienso que muerto soy
y está muerto mi arrabal.
(Tiemblan los Criados.)
D. JUAN. Y vosotros, ¿qué decís?
¿qué hacéis? ¡Necio temblar!
CATALIN. Nunca quisiera cenar
con gente de otro país.
¿Yo, señor, con convidado
de piedra?
D. JUAN. ¡Necio temer!
Si es piedra, ¿qué te ha de hacer?

(1) En los textos «tiene»; pero Hartzenbusch corrigió como hemos hecho por ser tan grosera la errata.
(2) Así en los textos. Hartzenbusch corrigió «Hablo y digo.»
(3) *Ed. de 1649.* «concierto», equivocadamente, sin duda.

CATALIN. Dejarme descalabrado.
D. JUAN. Háblale con cortesía.
CATALIN. ¿Está bueno? ¿Es buena tierra
la otra vida? ¿Es llano ó sierra?
¿Prémiase allá la poesía?
CRIAD. 1.º A todo dice que sí
con la cabeza.
CATALIN. ¿Hay allá
muchas tabernas? Sí habrá,
si no se reside allí.
D. JUAN. ¡Hola! dadnos de beber.
CATALIN. Señor muerto, ¿allá se bebe
con nieve?
(Baja la cabeza.)
Así que hay nieve:
buen país.
D. JUAN. Si oir cantar
queréis, cantarán. *(Baja la cabeza.)*
CRIAD. 2.º Sí, dijo.
D. JUAN. Cantad.
CATALIN. Tiene el seor muerto
buen gusto.
CRIAD. 1.º Es noble, por cierto,
y amigo de regocijo.
(Cantan dentro.)
«Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte
el galardón en la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!»
CATALIN. O es sin duda veraniego
el seor muerto, ó debe ser
hombre de poco comer.
Temblando al plato me llego.
Poco beben por allá.
Yo beberé por los dos. *(Bebe.)*
Brindis de piedra, ¡por Dios!
Menos temor tengo ya.
(Cantan.) «Si ese plazo me convida
para que gozaros pueda,
pues larga vida me queda,
dejad que pase la vida.
Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte
el galardón en la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!»
CATALIN. ¿Con cuál de tantas mujeres
como has burlado, señor,
hablan?
D. JUAN. De todas me río,
amigo, en esta ocasión.
En Nápoles á Isabela...
CATALIN. Esa, señor, ya no es (1)
burlada, porque se casa
contigo, como es razón.
Burlaste á la pescadora
que del mar te redimió,
pagándole el hospedaje
en moneda de rigor.
Burlaste á doña Ana.
D. JUAN. Calla,
que hay parte aquí que lastó
por ella, y vengarse aguarda.
CATALIN. Hombre es de mucho valor,
que él es piedra, tú eres carne:
no es buena resolución.
(Hace señas que se quite la mesa, y queden solos.)
D. JUAN. ¡Hola! quitad esa mesa,
que hace señas que los dos
nos quedemos, y se vayan
los demás.
CATALIN. ¡Malo, por Dios!
No te quedes, porque hay muerto
que mata de un mojicón
á un gigante.
D. JUAN. Salíos todos.
A ser yo Catalinón.
Vete, que viene.
(Vanse, y quedan los dos solos, y hace señas que cierre la puerta.)

ESCENA XIV

DON JUAN y DON GONZALO.

D. JUAN. La puerta
ya está cerrada. Ya estoy
aguardando. Di, ¿qué quieres,
sombra ó fantasma ó visión?
Si andas en pena ó si aguardas
alguna satisfacción
para tu remedio, dilo,
que mi palabra te doy
de hacer lo que ordenares (1).
¿Estás gozando de Dios?
¿Dite la muerte en pecado?
Habla (2), que suspenso estoy.
(Paso, como cosa del otro mundo.)
D. GONZ. ¿Cumplirásme una palabra
como caballero?
D. JUAN. Honor
tengo, y las palabras cumplo,
porque caballero soy.
D. GONZ. Dame esa mano, no temas.
D. JUAN. ¿Eso dices? ¿Yo, temor?
Si fueras el mismo infierno
la mano te diera yo. *(Dale la mano.)*
D. GONZ. Bajo esta palabra y mano,
mañana á las diez estoy
para cenar aguardando.
¿Irás?
D. JUAN. Empresa mayor
entendí que me pedías.
Mañana tu güésped soy.
¿Dónde he de ir?
D. GONZ. A mi capilla.
D. JUAN. ¿Iré solo?
D. GONZ. No, los dos;
y cúmpleme la palabra
como la he cumplido yo.
D. JUAN. Digo que la cumpliré;
que soy Tenorio.
D. GONZ. Yo soy
Ulloa.
D. JUAN. Yo iré sin falta.
D. GONZ. Y yo lo creo. Adiós.
(Va á la puerta.)

(1) Así en los textos; pero en *Tan largo...* dice: «no es hoy», que restablece la rima.

(1) *Ed. de 1649.* «de hacer lo que me ordenares.»
(2) *Id.* «Habila... etc.,»

D. JUAN. Aguarda, iréte alumbrando.
D. GONZ. No alumbres, que en gracia estoy.
(Vase muy poco á poco, mirando á Don Juan, *y* Don Juan *á él, hasta que desaparece y queda* Don Juan *con pavor.)*

ESCENA XV

DON JUAN.

¡Válgame Dios! todo el cuerpo
se ha bañado de un sudor,
y dentro de las entrañas
se me hiela el corazón.
Cuando me tomó la mano,
de suerte me la apretó,
que un infierno parecía:
jamás vide tal calor.
Un aliento respiraba,
organizando la voz,
tan frío, que parecía
infernal respiración.
Pero todas son ideas
que da la imaginación:
el temor y temer muertos
es más villano temor,
que si un cuerpo noble vivo,
con potencias y razón
y con alma, no se teme;
¿quién cuerpos muertos temió?
Mañana iré á la capilla
donde convidado soy,
por que se admire y espante
Sevilla de mi valor. *(Vase.)*

ESCENA XVI

Sale el REY *y* DON DIEGO TENORIO *y acompañamiento.*

REY.
¿Llegó al fin Isabela?
DON DIEGO.
Y disgustada.
REY.
Pues ¿no ha tomado bien el casamiento?
DON DIEGO.
Siente, señor, el nombre de infamada.
REY.
De otra causa procede su tormento.
¿Dónde está?
DON DIEGO.
En el convento está alojada
de las Descalzas.
REY.
Salga del convento
luego al punto, que quiero que en palacio (1)
asista con la Reina más despacio.
DON DIEGO.
Si ha de ser con don Juan el desposorio,
manda, señor, que tu presencia vea.
REY.
Véame, y galán salga, que notorio
quiero que este placer al mundo sea.

(1) «el palacio» se lee en la ed. de 1649.

Conde será desde hoy don Juan Tenorio
de Lebrija; él la mande y la posea,
que si Isabela á un duque corresponde,
ya que ha perdido un duque, gane un conde.
DON DIEGO.
Todos por la merced (1) tus pies besamos.
REY.
Merecéis mi favor tan dignamente,
que si aquí los servicios ponderamos,
me quedo atrás con el favor presente.
Paréceme, don Diego, que hoy hagamos
las bodas de doña Ana juntamente.
DON DIEGO.
¿Con Octavio?
REY.
No es bien que el duque Octavio
sea el restaurador de aqueste agravio.
Doña Ana con la reina me ha pedido
que perdone al marqués, porque doña Ana,
ya que el padre murió, quiere marido,
porque si le perdió, con él le gana.
Iréis con poca gente y sin ruido
luego á hablalle á la fuerza de Triana,
y por su satisfacción y por su abono
de su agraviada prima, le perdono.
DON DIEGO.
Ya he visto lo que tanto deseaba.
REY.
Que esta noche han de ser, podéis decille (2),
los desposorios.
DON DIEGO.
Todo en bien se acaba.
Fácil será al marqués el persuadille (3)
que de su prima amartelado estaba.
REY.
También podéis [á] Octavio prevenille (4).
Desdichado es el duque con mujeres;
son todas opinión y pareceres.
Hanme dicho que está muy enojado
con don Juan.
DON DIEGO.
No me espanto si ha sabido
de don Juan el delito averiguado
que la causa de tanto daño ha sido.
El duque viene.
REY.
No dejéis mi lado,
que en el delito sois comprehendido.

ESCENA XVII

Sale el DUQUE OCTAVIO.—DICHOS.

OCTAVIO.
Los pies, invicto rey, me dé tu alteza,
REY.
Alzad, duque, y cubrid vuestra cabeza.
¿Qué pedís?
OCTAVIO. Vengo á pediros,

(1) *Ed. de 1649.* «Y por esta merced,...»
(2) *Id.* «decirle.»
(3) *Id.* «persuadirle».
(4) *Id.* «prevenirle.»

postrado ante vuestras plantas,
una merced, cosa justa,
digna de serme otorgada.

REY. Duque, como justa sea,
digo que os doy mi palabra
de otorgárosla. Pedid.

OCTAVIO. Ya sabes, señor, por cartas
de tu Embajador, y el mundo
por la lengua de la fama
sabe, que don Juan Tenorio,
con española arrogancia,
en Nápoles una noche,
para mí noche tan mala,
con mi nombre profanó
el sagrado de una dama.

REY. No pases más adelante.
Ya supe vuestra desgracia.
En efecto: ¿qué pedís?

OCTAVIO. Licencia que en la campaña
defienda como es traidor.

D. DIEG. Eso no. Su sangre clara
es tan honrada...

REY. ¡Don Diego!

D. DIEG. Señor.

OCTAVIO. ¿Quién eres que hablas
en la presencia del Rey
de esa suerte?

D. DIEG. Soy quien calla,
porque me lo manda el Rey;
que si no, con esta espada
te respondiera.

OCTAVIO. Eres viejo.

D. DIEG. Ya he sido mozo en Italia,
á vuestro pesar un tiempo;
ya conocieron mi espada
en Nápoles y en Milán.

OCTAVIO. Tienes ya la sangre helada.
No vale *fuí*, sino *soy*.

D. DIEG. Pues fuí y soy. (*Empuña.*)

REY. Tened; basta;
bueno está. Callad, don Diego,
que á mi persona se guarda
poco respeto. Y vos, Duque,
después que las bodas se hagan,
más de espacio hablaréis (1).
Gentilhombre de mi cámara
es don Juan y hechura mía,
y de aqueste tronco rama;
mirad por él.

OCTAVIO. Yo lo haré,
gran señor, como lo mandas.

REY. Venid conmigo, don Diego.

D. DIEG. ¡Ay, hijo! ¡qué mal me pagas
el amor que te he tenido!

REY. Duque.

OCTAVIO. Gran señor.

REY. Mañana
vuestras bodas se han de hacer.

OCTAVIO. Háganse, pues tú lo mandas.

(*Vanse el* Rey *y* Don Diego, *y sale* Gaseno *y* Aminta.)

(1) En la impresión de Padrino «me hablaréis».

ESCENA XVIII

OCTAVIO, GASENO *y* AMINTA.

GASENO. Este señor nos dirá
dónde está don Juan Tenorio.
Señor, ¿si está por acá
un don Juan á quien notorio
va su apellido será?

OCTAVIO. Don Juan Tenorio diréis.

AMINTA. Sí, señor; ese don Juan.

OCTAVIO. Aquí está; ¿qué le queréis?

AMINTA. Es mi esposo ese galán.

OCTAVIO. ¿Cómo?

AMINTA. Pues, ¿no lo sabéis
siendo del alcázar vos?

OCTAVIO. No me ha dicho don Juan nada.

GASENO. ¿Es posible?

OCTAVIO. Sí, por Dios.

GASENO. Doña Aminta es muy honrada
cuando se casen los dos,
que cristiana vieja es
hasta los güesos, y tiene
de la hacienda el interés
. . . . . (1).
más bien que un Conde un Marqués.
Casóse don Juan con ella
y quitósela á Batricio.

AMINTA. Decid cómo fuí doncella
á su poder.

GASENO. No es juicio
esto, ni aquesta querella.

OCTAVIO. (Esta es burla de don Juan,
y para venganza mía
éstos diciéndola están.)
¿Qué pedís, al fin?

GASENO. Querría,
porque los días se van,
que se hiciese el casamiento,
ó querellarme ante el Rey.

OCTAVIO. Digo que es justo ese intento.

GASENO. Y razón y justa ley.

OCTAVIO. (Medida á mi pensamiento
ha venido la ocasión.)
En el alcázar tenemos
bodas.

AMINTA. ¿Si las mías son?

OCTAVIO. Quiero, para que acertemos,
valerme de una invención (2).
Venid donde os vestiréis,
señora, á lo cortesano,
y á un cuarto del Rey saldréis
conmigo.

AMINTA. Vos de la mano
á don Juan me llevaréis.

OCTAVIO. Que desta suerte es cautela.

GASENO. El arbitrio me consuela.

OCTAVIO. (Estos venganza me dan
de aqueste traidor don Juan
y el agravio de Isabela.) (*Vanse.*)

(1) Como falta un verso, Hartzenbusch lo suplió escribiendo: «que en Dos Hermanas mantiene.»

(2) «Intención» dice el impreso de 1649.

ESCENA XIX

Salen DON JUAN *y* CATALINÓN.

CATALIN. ¿Cómo el Rey te recibió?
D. JUAN. Con más amor que mi padre.
CATALIN. ¿Viste á Isabela?
D. JUAN. También.
CATALIN. ¿Cómo viene?
D. JUAN. Como un ángel.
CATALIN. ¿Recibióte bien?
D. JUAN. El rostro
bañado de leche y sangre,
como la rosa que al alba
despierta la débil caña (1).
CATALIN. Al fin, ¿esta noche son
las bodas?
D. JUAN. Sin falta.
CATALIN. Fiambres
hubieran sido, no hubieras,
señor, engañado á tantas (2);
pero tú tomas esposa,
señor, con cargas muy grandes.
D. JUAN. Di: ¿comienzas á ser necio?
CATALIN. Y podrás muy bien casarte
mañana, que hoy es mal día.
D. JUAN. Pues ¿qué día es hoy?
CATALIN. Es martes.
D. JUAN. Mil embusteros y locos
dan en esos disparates.
Sólo aquel llaman (3) mal día,
aciago y detestable
en que no tengo dineros;
que lo demás es donaire.
CATALIN. Vamos, si te has de vestir,
que te aguardan, y ya es tarde.
D. JUAN. Otro negocio tenemos
que hacer, aunque nos aguarden.
CATALIN. ¿Cuál es?
D. JUAN. Cenar con el muerto.
CATALIN. Necedad de necedades.
D. JUAN. ¿No ves que di mi palabra?
CATALIN. Y cuando se la quebrantes,
¿qué importa? ¿Ha de pedirte
una figura de jaspe
la palabra?
D. JUAN. Podrá el muerto
llamarme á voces infame.
CATALIN. Ya está cerrada la iglesia.
D. JUAN. Llama.
CATALIN. ¿Qué importa que llame?
¿Quién tiene de abrir, qué están
durmiendo los sacristanes?
D. JUAN. Llama á este postigo.
CATALIN. Abierto
está.
D. JUAN. Pues entra.
CATALIN. Entre un fraile
con su hisopo y estola.
D. JUAN. Sígueme y calla.
CATALIN. ¿Que calle?
D. JUAN. Sí.
CATALIN. Dios en paz (1)
destos convites me saque.
¡Qué escura (2) que está la iglesia!
(Entran por una puerta y salen por otra.)
Señor, para ser tan grande...
¡Ay de mí! Tenme, señor,
porque de la capa me asen.

ESCENA XX

Sale DON GONZALO *como de antes, y encuéntrase con ellos.*—DICHOS.

D. JUAN. ¿Quién va?
D. GONZ. Yo soy.
CATALIN. ¡Muerto estoy
D. GONZ. El muerto soy, no te espantes.
No entendí que me cumplieras
la palabra, según haces
de todos burla.
D. JUAN. ¿Me tienes
en opinión de cobarde?
D. GONZ. Sí, que aquella noche huiste
de mí cuando me mataste.
D. JUAN. Huí de ser conocido;
mas ya me tienes delante.
Di presto lo que me quieres.
D. GONZ. Quiero á cenar convidarte.
CATALIN. Aquí excusamos la cena,
que toda ha de ser fiambre,
pues no parece cocina (3).
D. JUAN. Cenemos.
D. GONZ. Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.
D. JUAN. Y si te importa,
levantaré estos pilares.
D. GONZ. Valiente estás.
D. JUAN. Tengo brío
y corazón en las carnes.
CATALIN. Mesa de Guinea es ésta.
Pues ¿no hay por allá quien lave?
D. GONZ. Siéntate.
D. JUAN. ¿Adónde (4)?
CATALIN. Con sillas
vienen ya los negros pajes.
(Entran dos enlutados con dos sillas.)
¿También acá se usan lutos
y bayeticas de Flandes?
D. GONZ. Siéntate tú (5).
CATALIN. Yo, señor,
he merendado esta tarde.
D. GONZ. No repliques.
CATALIN. No replico.

---

(1) Como este verso no guarda la asonancia, Hartzenbusch lo enmendó así: «despierta y las hojas abre». En *Tan largo...* se escribe: «revienta la verde cárcel».

(2) Faltan versos, y el sentido está viciado en todo este pasaje.

(3) *Ed. de 1649.* «llamo» con mayor razón.

(1) Así en todos los textos. Hartzenbusch completó el verso escribiendo «Ya callo. Dios en paz.»

(2) «Oscura» en la *ed. de 1649.*

(3) O sobra este verso, ó falta otro después de él que guarda la asonancia.

(4) «¿Dónde?», en la ed. de 1647.

(5) Suplido el «tú» por el texto de *Tan largo.*

(Dios en paz desto me saque).
¿Qué plato es este, señor?
D. GONZ. Este plato es de alacranes
y víboras.
CATALIN. ¡Gentil plato!
D. GONZ. Estos son nuestros manjares.
¿No comes tú?
D. JUAN. Comeré
Si me dieses áspid y áspides
cuantos el infierno tiene.
D. GONZ. También quiero que te canten.
CATALIN. ¿Qué vino beben acá?
D. GONZ. Pruébalo.
CATALIN. Hiel y vinagre
es este vino.
D. GONZ. Este vino
exprimen nuestros lagares.
(Cantan:)
«Adviertan los que de Dios
juzgan los castigos grandes,
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.»
CATALIN. ¡Malo es esto, vive Cristo!
que he entendido este romance,
y que con nosotros habla.
D. JUAN. Un hielo el pecho me abrasa (1).
(Cantan:)
«Mientras en el mundo viva,
no es justo que diga nadie:
¡qué largo me lo fiáis!
siendo tan breve el cobrarse.»
CATALIN. ¿De qué es este guisadillo?
D. GONZ. De uñas.
CATALIN. De uñas de sastre
será, si es guisado de uñas.
D. JUAN. Ya he cenado; haz que levanten
la mesa.
D. GONZ. Dame esa mano;
no temas la mano darme.
D. JUAN. ¿Eso dices? ¿Yo, temor?
¡Que me abraso! No me abrases
con tu fuego.
D. GONZ. Este es poco
para el fuego que buscaste.
Las maravillas de Dios
son, don Juan, investigables,
y así quiere que tus culpas
á manos de un muerto pagues.
Y si pagas desta suerte (2),
esta es justicia de Dios:
«quien tal hace, que tal pague.»
D. JUAN. ¡Que me abraso, no me aprietes!
Con la daga he de matarte.
Mas ¡ay! que me canso en vano
de tirar golpes al aire.
A tu hija no ofendí,
que vió mis engaños antes.
D. GONZ. No importa, que ya pusiste
tu intento.
D. JUAN. Deja que llame
quien me confiese y absuelva.

(1) En *Tan largo...* con mayor acierto se lee: «me parte».
(2) Este verso parece interpolado.

D. GONZ. No hay lugar; ya acuerdas tarde.
D. JUAN. ¡Que me quemo! ¡que me abraso!
¡muerto soy!
(Cae muerto.)
CATALIN. No hay quien se escape,
que aquí tengo de morir
también por acompañarte.
D. GONZ. «Esta es justicia de Dios:
quien tal hace, que tal pague.»
(Húndese el sepulcro de Don Juan *y* Don Gonzalo, *con mucho ruido, y sale* Catalinón *arrastrando.)*
CATALIN. ¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?
Toda la capilla se arde,
y con el muerto he quedado
para que le vele y guarde.
Arrastrando como pueda
iré á avisar á su padre.
¡San Jorge, San *Agnus Dei*,
sacadme en paz á la calle! *(Vase.)*

ESCENA XXI

Sale el REY, DON DIEGO *y acompañamiento.*

D. DIEG. Ya el Marqués, señor, espera
besar vuestros pies reales.
REY. Entre luego, y avisad
al Conde, por que no aguarde.

ESCENA XXII

DICHOS.—*Sale* BATRICIO *y* GASENO.

BATRICIO. ¿Dónde, señor, se permiten,
desenvolturas tan grandes,
que tus criados afrenten
á los hombres miserables?
REY. ¿Qué dices?
BATRICIO. Don Juan Tenorio,
alevoso y detestable,
la noche del casamiento,
antes que le consumase,
á mi mujer me quitó;
testigos tengo delante.

ESCENA XXIII

Salen TISBEA, ISABELA *y acompañamiento.* — DICHOS.

TISBEA. Si Vuestra Alteza, señor,
de don Juan Tenorio no hace
justicia, á Dios y á los hombres,
mientras viva he de quejarme.
Derrotado le echó el mar;
dile vida y hospedaje,
y pagóme esta amistad
con mentirme y engañarme
con nombre de mi marido.
REY. ¿Qué dices?
ISABELA. Dice verdad (1).

(1) «Verdades» en *Tan largo...* que es mejor lección.

ESCENA XXIV

Salen AMINTA *y el* DUQUE OCTAVIO.—DICHOS.

AMINTA. ¿Adónde mi esposo está?
REY. ¿Quién es?
AMINTA. Pues ¿no lo sabe (1)?
El señor don Juan Tenorio,
con quien vengo á desposarme,
porque me debe el honor,
y es noble y no ha de negarme.
Manda que nos desposemos (2).

ESCENA XXV

Sale el MARQUÉS DE LA MOTA.—DICHOS.

MOTA. Pues es tiempo, gran señor.
que á luz verdades se saquen,
sabrás que don Juan Tenorio
la culpa que me imputaste
tuvo él, pues como amigo,
pudo el crüel engañarme;
de que tengo dos testigos.
REY. ¿Hay desvergüenza más grande?
Prendelde y matalde (3) luego (4).
D. DIEG. En premio de mis servicios
haz que le prendan y pague
sus culpas, porque del cielo
rayos contra mí no bajen,
si es mi hijo tan malo.
REY. ¡Esto mis privados hacen!

ESCENA XXVI

DICHOS.—*Sale* CATALINÓN.

CATALIN. Señores, escuchad, oid (5)
el suceso más notable
que en el mundo ha sucedido,
y en oyéndome, matadme.
Don Juan, del Comendador
haciendo burla, una tarde,
después de haberle quitado
las dos prendas que más valen,
tirando al bulto de piedra
la barba por ultrajarle,
á cenar le convidó:
¡nunca fuera á convidarle!
Fué el bulto, y convidóle;
y agora porque no os canse,
acabando de cenar,
entre mil presagios graves,
de la mano le tomó,
y le aprieta hasta quitalle
la vida, diciendo: «Dios
me manda que así te mate,
castigando tus delitos.
Quien tal hace, que tal pague.»
REY. ¿Qué dices?
CATALIN. Lo que es verdad,
diciendo antes que acabase,
que á doña Ana no debía
honor, que lo oyeron antes
del engaño.
MOTA. Por las nuevas
mil albricias pienso darte.
REY. ¡Justo castigo del cielo!
Y agora es bien que se casen
todos, pues la causa es muerta
vida de tantos desastres.
OCTAVIO. Pues ha enviudado Isabela,
quiero con ella casarme.
MOTA. Y yo con mi prima (1).
BATRICIO. Y nosotros
con las nuestras, porque acabe,
El Convidado de piedra.
REY. Y el sepulcro se traslade
en San Francisco en Madrid (2),
para memoria más grande.

---

(1) *Ed. de 1649.* «Pues ¿aún no lo sabe?»

(2) O sobra este verso, ó falta después otro para el romance.

(3) «Prendedle y matadle» en el texto de 1649.

(4) Parece sobrar este verso, pues si no, carecía de objeto la petición que sigue en boca de D. Diego. En *Tan largo...* no le hay

(5) *Ed. de 1649.* «Señores, todos oid.» En *Tan largo...* «Escuchad, oid, señores.»

(1) *Ed. de 1649.* «Yo con mi prima.»

(2) En *Tan largo...* se lee este verso:
«desde aquí á San Juan deToro.»

TAN LARGO ME LO FIAIS

COMEDIA FAMOSA

DE DON PEDRO CALDERÓN

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (1)

El Rey de Castilla.
Don Gonzalo de Ulloa.
El Embajador don Pedro Tenorio.
Don Juan Tenorio.
Catalinón.
Una pescadora.
Batricio.
El Duque Octavio.
El Marqués de la Mota.
Isabela, *duquesa*.
Arminta.
Belisa.
Doña Ana, *criada*.
El Rey de Nápoles.
Una Pastora.
Alfredo.
Tirseo.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen Isabela, *duquesa*, *y* Don Juan Tenorio, *de noche*.

Isabela. Salid sin hacer ruido,
Duque Octavio.
D. Juan. El viento soy.
Isabela. Aun así temiendo estoy
que aquí habéis de ser sentido;
que haberos dado en Palacio
entrada de aquesta suerte,
es crimen digno de muerte.
D. Juan. Señora, con más espacio
te agradeceré el favor.
Isabela. Mano de esposo me has dado,
Duque.
D. Juan. Yo en ello he ganado.
Isabela. El aventurar mi honor,
Duque, desta suerte ha sido
segura, con entender
que mi marido has de ser.
D. Juan. Digo que soy tu marido,
y otra vez te doy la mano.
Isabela. Aguárdame, y sacaré
una luz, para que dé
de la ventura que gano
fe, Duque Octavio. ¡Ay, de mí!
D. Juan. Mata la luz.
Isabela. ¡Muerta soy!
¿Quién eres?
D. Juan. Un hombre soy
que aquí ha gozado de ti.
Isabela. ¿No eres el Duque?
D. Juan. Yo no.
Isabela. Pues di ¿quién eres?
D. Juan. Un hombre.
Isabela. ¿Tu nombre?
D. Juan. No tengo nombre.
Isabela. Este traidor me engañó.
¡Gente, criados!
D. Juan. Detente.
Isabela. Mal un agravio conoces.
D. Juan. No des voces.
Isabela. Daré voces.
¡Ah del Rey, soldados, gente!

(1) Intervienen además: Anfriso, Salucio, Pastores, D. Juan Tenorio, *el Viejo;* Una Dama y Gaceno.

ESCENA II

Sale el Rey de Nápoles.—Dichos.

Rey. ¿Qué es esto?
Isabela. ¡Favor! ¡Ay, triste,
que es el Rey!
Rey. ¿Qué es?
D. Juan. ¿Qué ha de ser?
Un hombre y una mujer.
Rey. (Esto en prudencia consiste,
quiero el daño remediar.)

ESCENA III

Sale el Embajador de España *y* Criados.—Dichos.

Embajad. ¡En tu cuarto, gran señor,
voces! ¿Quién causa el rumor?
Rey. Haced prender y matar
ese hombre y esta mujer.
D. Pedr. ¿Quién son?
Rey. No es bien conocellos,
porque si aquí llego á vellos
no me queda más que ver.
Pues me venzo y me resisto,
vosotros no me incitéis,
que en estos que ver queréis,
sin verlos mi ofensa he visto.
Don Pedro Tenorio, á vos
esta prisión os encargo;
si ando corto, andad vos largo,
y ved quién son esos dos. (*Vase.*)

ESCENA IV

Dichos, *menos el* Rey.

D. Pedr. Daos á prisión, caballero.
D. Juan. No llegue ninguno á mí,
si morir no quiere aquí.
D. Pedr. Matadle.
D. Juan. La muerte espero
por la punta desta espada.
Llegad á comprar mi vida,
que ha de ser tan bien vendida
como de todos comprada.
D. Pedr. ¡Matadle!
D. Juan. ¡Qué mal lo adviertes!
Las fieras puntas desvía;
considera que la mía
ha de costar muchas muertes.
A muerte estoy condenado,
y, pues es cierta mi muerte,
matándoos de aquesta suerte
moriré más consolado.
Que he de vender deste modo
mi vida, os quiero advertir,
y pues sé que he de morir,
quiero aquí morir por todo.
Sold. 2.° ¡Muere, vil!
D. Juan. ¿Quién os engaña?
Ved que caballero soy.
D. Pedr. Rabiando de enojo estoy.
D. Juan. El Embajador de España
llegue sólo, que á él no más,
pues es forzoso el morir,
mi espada quiero rendir.
D. Pedr. Agora más cuerdo estás.
Todos con esa mujer
á ese cuarto os retirad.
Isabela. Tal traición, tan gran maldad,
¿en hombre pudo caber?
Diré quién soy, mas mi agravio
á voces dirá quién soy,
pues hoy sin honor estoy,
y estoy sin el Duque Octavio. (*Vanse.*)

ESCENNA V

Don Pedro *y* Don Juan Tenorio.

D. Pedr. Ya estamos solos los dos;
muestra aquí tu esfuerzo y brío.
D. Juan. Aunque tengo esfuerzo, tío,
jamás le tuve con vos.
D. Pedr. ¿Quién eres?
D. Juan. Don Juan.
D. Pedr. ¿Don Juan?
D. Juan. Sí, señor.
D. Pedr. ¿De aquesa suerte
lo dices?
D. Juan. Dame la muerte,
y mis desdichas tendrán
fin en tus manos.
D. Pedr. ¡Traidor
alevoso! No imagino
que eres, don Juan, mi sobrino,
porque no tienes honor.
¿Tú, con dama en el Palacio
del Rey, y en ofensa mía
haces tal alevosía?
D. Juan. Mi culpa no pide espacio;
tío, si me has de prender,
préndeme, llévame preso,
y advierte que aqueste exceso,
por amor se pudo hacer.
Amor es una cautela,
y es ciego y loco quien ama.
D. Pedr. ¿Quién es la dama?
D. Juan. Es la dama...
D. Pedr. Prosigue; ¿quién?
D. Juan. Isabela.
D. Pedr. ¿La camarera?
D. Juan. Señor,
sí, que por el duque Octavio
la engañé.
D. Pedr. Mayor agravio
y desventura mayor.
Tu padre desde Castilla
á Nápoles te envió
por insufrible, y te dió
cárcel la espumosa orilla
del mar de Italia, causando
mil escándalos en ella,
no reservando doncella,
ni casada reservando.
Ya no te sufre la tierra,
y estoy por matarte aquí;
pero como veo en ti
sangre que mi pecho encierra,
por fuerza te he de librar.
¿Tienes por dónde escaparte?

D. Juan. Aquí está un balcón.
D. Pedr. Colgarte
puedes por él y bajar
al suelo.
D. Juan. Aunque está muy alto,
por la capa bajaré.
D. Pedr. Baja, pues, porque no esté
el Rey con más sobresalto;
que yo diré que te echaste
por una ventana, huyendo
de mí.
D. Juan. Ya va amaneciendo.
D. Pedr. Pues tú este daño causaste,
pon remedio en él, partiendo
de Nápoles luego á España,
que si agora el Rey se engaña
de la suerte que pretendo,
con la duquesa Isabela,
si puedo, te casaré,
para que pagues con fe
lo que hiciste con cautela.
D. Juan. En todo, señor, me honráis.
D. Pedr. Pues vete con Dios, y advierte
que hay castigo, infierno y muerte.
D. Juan. ¿Tan largo me lo fiáis?
D. Pedr. Esa presunción te engaña.
Llega, si es este el balcón.
D. Juan. Con tan larga pretensión
glorioso me parto á España. (*Vanse.*)

ESCENA VI

Sale el Rey.

Envidian las coronas de los reyes
los que no saben la pensión que tienen,
y mil quejas y lástimas previenen,
porque viven sujetos á sus leyes.
Pero yo envidio los que guardan bueyes,
y en cultivar la tierra se entretienen,
que aunque de su trabajo se mantienen,
ni agravios lloran ni gobiernan greyes.
Porque, aunque con más ojos que Argos vi-
y miren por la espalda y por el pecho [van,
los reyes, no proceden como sabios
si del oir con el mirar se privan,
que un rey siempre ha de estar orejas hecho,
oyendo quejas y vengando agravios.

ESCENA VII

Sale Don Pedro Tenorio.—Dichos.

D. Pedr. Ejecutando, señor,
lo que mandó vuestra Alteza,
el hombre...
Rey. ¿Murió?
D. Pedr. Escapóse.
Rey. ¿Qué decís?
D. Pedr. ¡Quién lo creyera!
Di con la guarda sobre él,
y él con la misma fiereza
que un hombre desesperado
siempre en tales casos muestra,
juzgando flacas aristas
las valientes puntas nuestras,
con la suya se metía
haciendo notable ofensa.
Di voces, ¡muera! ¡matalde!
y enlazando en una reja
la capa, fué en el caer
Luzbel como en la soberbia.
Acudí, y vi con la luna
un hombre que por la tierra
llevaba el pecho arrastrando
como la cauta culebra.
Di voces, y en la distancia
que tardé en tomar la puerta,
el que arrastrando huía,
corrió con tal ligereza
que no pareció jamás;
y no habiendo casa abierta,
pareció cosa imposible
que escapárseme pudiera.
Y porque lo que está oculto
en la corte no se sepa,
excusando el alboroto,
excusé las diligencias.
Rey. Mostrastes, Embajador,
vuestra cordura y prudencia;
pero mucho me ha pesado
de que el hombre no muriera.
¿Y sabéis quién es la dama?
D. Pedr. Es, gran señor, la Duquesa
Isabela.
Rey. ¿Qué decís?
D. Pedr. Lo que escucha vuestra Alteza.
Rey. Pues el hombre es de importancia,
y es más pesada la ofensa.
Id por ella.
D. Pedr. Ya la guarda
viene, gran señor, con ella.

ESCENA VIII

Sale Isabela.—Dichos.

Isabela. ¡Con qué ojos veré al Rey!
Rey. Ya estoy corrido de verla.
Isabela. Amor, dame aquí tus ojos,
ya que me diste tu venda.
Rey. Duquesa.
Isabela. Señor, confieso
mis culpas y mis (1) ofensas;
mas sírvame de castigo
el verme en vuestra presencia.
Profané vuestro Palacio;
discúlpenme Troya y Grecia,
si hay disculpa, gran señor,
bastante en tanta bajeza.
El Duque Octavio me dió
mano de esposo, y con ella
le di entrada y le di el alma
y la más costosa prenda.
Perdóname las palabras
si las obras consideras,
que al punto que no fuí casta
á ese mismo no fuí honesta.
Rey. ¿Qué, aquél era el Duque Octavio?

(1) Así en el original; pero debe de ser «tus».

ISABELA. Sí, señor.
REY. Al Duque prendan
con diligencia y cuidado,
y á esa mujer llevad presa.
ISABELA. Gran señor: volvedme el rostro.
REY. Ofensa á mi espalda hecha
es justicia y es razón
castigarla á espalda vuelta.
(*Vase el* Rey.)
D. PEDR. Su Alteza está justamente
sentido de Vuexcelencia.
ISABELA. No será tan grande el yerro
si el Duque Octavio lo enmienda.
D. PEDR. Vamos, señora.
ISABELA. ¡Ay, amor!
Ya que me engañaste á ciegas,
en este engaño me ayuda
y en esta traición me esfuerza.
D. PEDR. Si puedo, yo haré que al Duque
le disculpe su inocencia,
y que don Juan, mi sobrino,
se case con Isabela. (*Vanse.*)

ESCENA IX

Sale el DUQUE OCTAVIO *y* CRIADOS.

CRIAD. 1.° Tan de mañana, señor,
te levantas.
OCTAVIO. No hay sosiego
á la inclemencia de amor,
porque si es fuego, del fuego
nace el incendio mayor.
¿No habéis visto entre las olas,
cuando sus cerúleas colas
bate el mar agonizando
un derrotado, tragando
el mar entre espumas solas?
Pues así yo, mar haciendo
la cama en la noche fría,
me he anegado, padeciendo,
y, en viendo la luz del día,
del mar he escapado huyendo.
CRIAD. 1.° Pues si te adora Isabela,
no tienes que recelar,
que, aunque amor todo es cautela,
jamás te vendrá á olvidar,
porque en tu amor se desvela.
Vive cuando estás presente;
de tus colores se viste;
siempre tus disgustos siente;
triste está si tú estás triste
y muerta si estás ausente.
Pues si está en tu voluntad
la suya, ¿qué te desvela?
OCTAVIO. No hay, amigo, aunque es verdad,
que sí me adora Isabela,
en amor, seguridad.
Es al tiempo semejante
el amor, y no te espante
que tema en la Primavera
invierno quien considera
en el creciente y menguante.
(*Sale un* Criado.)
CRIAD. 2.° El Embajador de España,
á quien gallardo acompaña
la guarda del Rey, se apea
en el zaguán, y desea,
con ira y fiereza extraña,
hablarte, y debe de ser
para prenderte.
OCTAVIO. ¿Prender?
¿Por qué? Temer es locura,
que una conciencia segura
no tiene de qué temer.
Dejalde entrar.

ESCENA X

Sale el EMBAJADOR *y gente.*—DICHOS.

D. PEDR. Quien así
con tanto descuido duerme,
sin culpa está.
OCTAVIO. Cuando á mí
á honrarme y favorecerme
Vueseñoría ha venido,
delito es no haber salido
á la calle á recebir
tal merced.
D. PEDR. Fuerza es venir.
OCTAVIO. Bien se ve que fuerza ha sido;
porque mi casa no tiene,
señor, el merecimiento
que á tal grandeza conviene;
pero este humilde aposento
mi voluntad os previene.
D. PEDR. Después, señor, de besar
vuestras manos, si lugar
nos da tanto caballero,
aquí á solas con vos quiero
cierto negocio tratar.
OCTAVIO. Dadnos lugar.
CRIAD. 1.° En buen hora.
OCTAVIO. La cámara despejad.
CRIAD. 2.° Digo que es prisión.
CRIAD. 1.° Ahora
echo de ver que es verdad.
CRIAD. 2.° Mucho una envidia desdora. (*Vanse.*)
OCTAVIO. Ya estamos solos.
D. PEDR. Pues vea
Vue Excelencia este papel.
OCTAVIO. Pendiente está el alma dél,
como el suceso desea.
(*Lee.*) «Prenderéis al Duque Octavio,
y si se resiste, muera.
Yo el Rey.» ¡Prender! ¿por qué agra-
D. PEDR. Si el alma la causa espera, [vio?
callar es acción de sabio.
Sabed que en Palacio ha habido
esta noche un alboroto
desabrido para el Rey,
para el pueblo escandaloso.
Cuando los negros gigantes,
mostrando funestos toldos,
ya del crepúsculo huían
unos tropezando en otros,
estando yo con su Alteza
tratando ciertos negocios,
porque antípodas del sol
son siempre los poderosos,
voces de mujer oímos,
cuyos ecos medio roncos

por los artesones sacros
nos repitieron ¡socorro!
Sin darme licencia á mí,
tomó una luz el Rey solo,
y saliendo á ver quién era,
como gallardo, brioso,
vió que en el salón estaban
las causas deste alboroto.
Salí con el capitán
de la guarda, y con él todos
los nobles que le acompañan,
haciendo, Duque, lo propio.
Prended ese hombre y mujer,
nos dijo, y queriendo prontos
conocerlos con la luz,
la desvaneció de un soplo.
Dimos sobre el hombre, llenos
de lisonjeros enojos,
que en la muerte las lisonjas
hacen su oficio más propio;
mas él, como suele en Libia
tras el cazador famoso
salir la parida tigre,
se escapó de entre nosotros,
y huyendo por un balcón
se nos fué, y nos fué forzoso,
por no alborotar la corte,
dejarle; y volviendo todos
á dar cuenta desto al Rey,
para darla de nosotros,
la mujer, que es Isabela,
que para admirarte nombro,
en la presencia del Rey,
con lágrimas y sollozos,
dijo que era el Duque Octavio
el que con nombre de esposo
de su honor había gozado,
estimándola en tan poco.
Mandóla el Rey llevar presa,
y manda que haga lo propio
con vos. Vuestro amigo soy:
huid, ó poneos en cobro.

OCTAVIO. Pienso que os estáis burlando,
ó pienso, amigo, que os oigo
en sueños. ¿Con Isabela
hombre en palacio? Estoy loco.
Primero las salamandras
verán los cóncavos hondos
del mar, y serán los peces
y el fuego mar proceloso,
que de Isabela imagine
traición; y me afrento y corro
de oiros. ¿Con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.

D. PEDR. Como es verdad que hay estrellas,
del cielo brillantes ojos;
muerte, vida, pena, gloria,
bien, mal, contentos y enojos,
así es verdad que Isabela
con vos, señor, ó con otro,
esta noche en el Palacio
la habemos hallado todos.

OCTAVIO. Dejadme, no me digáis
tan gran maldad de Isabela;
mas si fué su amor cautela,
mal hacéis si lo calláis.
Proseguid, que me matáis
dulcemente en mi porfía,
que es vuestra lengua sangría,
y la muerte no se siente,
que morir tan dulcemente
lisonja á mi mal sería.
¿Con otro hombre, y no conmigo
Isabela en el Palacio?
Mi mal no consiente espacio:
¡muera el villano enemigo!
Pero ¿qué intento? ¿qué digo?
¿qué á locuras me provoco?
Y aún el sentimiento es poco
si el alma en él se consuela.
Amigo, ¿con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.
Embarcarme quiero á España
y dar á mis dichas fin.

D. PEDR. Por la puerta del jardín,
Duque, esta prisión se engaña.

OCTAVIO. ¡Ah veleta! ¡ah débil caña,
fácil al viento más poco!
Ya extrañas provincias toco,
huyendo de tu cautela.
Reino, adiós. ¿Con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.

(*Vanse.*)

ESCENA XI

Sale la PESCADORA.

PESCAD. Yo, de cuantas el mar
pies de jazmín y rosas
en sus riberas pisan
matizadas alfombras,
en pequeñuelo esquife,
ya en compañía de otras,
tal vez al mar le peino
la cabeza espumosa;
ya con la sutil caña
que el débil peso dobla
del tierno pececillo
que el mar, pescado, azota.
Sola de amor exenta,
como en ventura sola,
tirana me entretengo
de sus prisiones locas.
Que en juveniles años,
amor, no es suerte poca
no ver entre estas redes
las tuyas amorosas.
Anfriso, un pescador
á quien los cielos dotan
de gracia y bizarría,
más que á los de la costa,
me sirve y me entretiene,
y yo todas las horas
le mato con desdenes;
de amor condición propia,
querer donde aborrecen,
despreciar donde adoran.
Mis pajizos umbrales,
que heladas noches ronda,
cubiertos amanecen
de flores sin lisonjas.
Pero, necio discurso
que mi ejercicio estorbas,

tirano no me ocupes
en cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
al viento, y á la boca
del pececillo el cebo.
Pero al agua se arrojan
dos hombres de una nave,
que el mar escollo azota,
qué sobre aguada viene
antes que el mar la sorba
Un hombre al otro aguarda,
que dice que se ahoga.
¡Gallarda bizarría!
En los hombros lo toma.
Anchises se hace Eneas,
si el mar está hecho Troya.
Ya, nadando, las aguas
con valentía corta.
Daré voces: Anfriso,
Tirseo, Alfredo, hola.
Pescadores me miran;
ruego á Dios que me oigan.
Mas milagrosamente
ya tierra los dos toman,
sin aliento el que nada,
con vida el que le estorba.

ESCENA XII

Salen DON JUAN TENORIO *y* CATALINÓN, *mojados.*—DICHA.

CATALIN. ¡Válgame la Cananea,
y qué salado es el mar!
Aquí puede bien nadar
el que salvarse desea,
que allá dentro es desatino,
donde la muerte se fragua.
Donde Dios juntó tanta agua
¿no juntara tanto vino?
Agua, y salada, extremada
cosa para quien no pesca:
si es mala aun el agua fresca,
¿qué será el agua salada?
¡Ah! ¡quién hallara una fragua
de vino, aunque algo encendido!
Si del agua que he bebido
hoy escapo, no más agua.
Desde hoy abrenuncio della,
que la devoción me quita
tanto, que aun agua bendita
no pienso ver por no vella.
¡Ah, señor! helado y frío
está: ¿si estará ya muerto?
Del mar fué este desconcierto
y mío este desvarío.
¡Mal haya aquel que primero
pinos en el mar sembró
y el que sus rumbos midió
con quebradizo madero!
¡Maldito sea Iasón,
y Titis maldito sea!
Muerto está; no hay quien lo crea;
¡mísero Catalinón!
¿qué he de hacer?
PESCAD. Hombre, ¿qué tienes?
CATALIN. En desventuras iguales,
Pescadora, muchos males,
y falta de muchos bienes.
Veo, por librarme á mí,
sin vida á mi señor; mira,
qué he de hacer.
PESCAD. No, que aún respira.
CATALIN. Dichoso soy si es ansi.
PESCAD. Ve y llama los pescadores
que en aquella choza están.
CATALIN. Y si los llamo, ¿vendrán?
PESCAD. Vendrán luego, no lo ignores.
¿Quién es este caballero?
CATALIN. Es hijo aqueste señor
del Camarero mayor
del Rey, por quien ser espero
antes de diez días Conde
en Sevilla, adonde va,
y adonde su Alteza está,
si á mi amistad corresponde.
PESCAD. ¿Cómo se llama?
CATALIN. Don Juan
Tenorio.
PESCAD. Llama mi gente.
CATALIN. Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA XIII

PESCADORA *y* DON JUAN.

PESCAD. Mancebo excelente,
noble, bizarro, galán:
volved en vos, caballero.
D. JUAN. ¿Dónde estoy?
PESCAD. Ya podéis ver,
en brazos de una mujer.
D. JUAN. Vivo en vos, si en el mar muero,
y en estos extremos dos,
veo el mar manso y cruel,
pues cuando moría en él
me sacó á morir en vos.
O sin duda el mar ordena
tras del suyo otro pesar,
pues sacándome del mar,
vengo á dar en su sirena.
Y puesto que lo seáis,
no pretendo á vuestras quejas
poner cera en mis orejas,
pues con los ojos matáis.
Ya muero en vos, que consiente
amor que seáis mi mar,
pues veis que hay de mar á amar
una letra solamente,
y en ver tormentos mayores,
crece amor en mis pesares;
y si moría de mares,
desde hoy moriré de amores.
Y pues tan dulce rigor
en vos he llegado á hallar,
dejadme volver al mar
para huir del mar de amor.
PESCAD. Muy grande aliento tenéis
para venir sin aliento,
y tras de tanto tormento
muy gran contento ofrecéis.
Parecéis caballo griego
que el mar á mis pies desagua,
pues venis formado de agua

y estáis preñado de fuego.
Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
ruego á Dios que no mintáis.

D. JUAN. A Dios, zagala, pluviera
que en el agua me anegara,
sin que della me escapara
al fuego que en vos me espera;
que amor, bien considerado,
como este daño entendió,
en el mar antes me aguó,
y ardo en vos estando aguado.
En agua abrasado llego,
que tal vuestro incendio ha sido,
que aun el agua no ha podido
librarme de vuestro fuego.

PESCAD. ¿Tan helado os abrasáis?

D. JUAN. Tanto fuego en vos tenéis.

PESCAD. Mucho habláis.

D. JUAN. Mucho encendéis.

PESCAD. Ruego á Dios que no mintáis.

ESCENA XIV

Salen los PESCADORES *y* CATALINÓN.—DICHOS.

CATALIN. Ya vienen todos aquí.

PESCAD. Y ya está tu dueño vivo.

CATALIN. Con tu presencia recibo
todo el gusto que perdí.

ANFRISO. ¿Qué es lo que mandas, Trisbea?
Que por labios de clavel
no lo habrás mandado á aquel
que idolatrarte desea,
apenas, cuando al momento,
sin reservar llano ó sierra,
surque el mar, are la tierra,
tale el fuego y pare el viento.

PESCAD. ¡Oh, qué mal me parecían
estos requiebros ayer,
y hoy echo en ellos de ver
que sus labios no mentían!
Estando, amigos, pescando
sobre este peñasco, vi
hundirse una nao, y allí,
entre las ondas nadando,
dos hombres, y compasiva
di voces, que nadie oyó,
y en tanta aflicción llegó,
libre de la furia esquiva
del mar, sin vida á la arena,
déste en los hombros cargado,
este hidalgo ya anegado,
y envuelta en tan triste pena
á llamaros envié.

TIRSEO. Pues aquí todos estamos;
manda que en tu gusto hagamos
lo que pensado no fué.

PESCAD. Que á mi choza los llevemos
quiero, donde, agradecidos,
enjuguemos sus vestidos,
y á ellos los regalemos,
que mi padre gusta mucho
desta debida piedad.

CATALIN. Extremada es su beldad.

D. JUAN. Escucha aparte.

CATALIN. Ya escucho.

D. JUAN. Si te preguntan quién soy,
di que no sabes.

CATALIN. ¡A mí
quieres advertirme aquí
lo que he de hacer!

D. JUAN. Muerto voy
por la hermosa pescadora;
esta noche he de gozalla.

CATALIN. ¿De qué suerte?

D. JUAN. Ven y calla.

ALFREDO. Salucio: dentro de una hora
los pescadores prevén
que cantan y bailan.

SALUCIO. Vamos,
y esta noche nos hagamos
rajas y paños también. (*Vanse.*)

ESCENA XV

Quedan DON JUAN, CATALINÓN *y la* PESCADORA.

D. JUAN. Muerto voy.

PESCAD. ¿Cómo, si andáis?

D. JUAN. Ando en pena, como veis.

PESCAD. Mucho habláis.

D. JUAN. Mucho encendéis.

PESCAD. Ruego á Dios que no mintáis.
(*Vanse.*)

ESCENA XVI

Salen el REY DE CASTILLA *y* DON GONZALO DE ULLOA.

REY.

¿Cómo os ha sucedido en la Embajada,
Comendador mayor?

DON GONZALO.

Hallé en Lisboa
al Rey Don Juan juntando gruesa armada
para los mares de la ardiente Goa;
recibióme muy bien.

REY.

Temió la espada
en el famoso brazo de un Ulloa,
cuyo esfuerzo y valor, cuyo decoro
tantas veces temor le ha puesto al moro.
¿Es buen lugar Lisboa?

DON GONZALO.

Es maravilla
octava: tanto puede y tanto vale.
Merece bien que vuestra regia silla
para corte del mundo la señale.

REY.

¿Es mayor que Sevilla?

DON GONZALO.

Con Sevilla
no hay ciudad en el mundo que se iguale,
que si es Tajo á su mar su claro río,
estacada es al nuestro el Betis frío.

REY.

¿Tenéis hijos?

DON GONZALO.

Señor, sola una hija
á mi vejez de báculo prevengo,
en cuya frente rayos ensortija
el sol, por quien sosiego y vida tengo.
En ella mi vejez se regocija,
y en ella mis trabajos entretengo.

REY.

Yo la quiero casar como merece.

DON GONZALO.

¿Quién la merecerá si tanto crece?

REY.

Sabed que hay en Italia un caballero
de sangre ilustre y de valor notorio.
Es hijo de don Juan, mi camarero,
conocido en España por Tenorio,
hermano del famoso y gran don Pedro,
por quien tanto en Italia crezco y medro.
Con título de Conde de Lebrija,
villa que por servicios ha ganado
su padre, es vuestro yerno, aunque tal hija
merecía más alto y digno estado.
Vuestra quietud el término corrija
al caballo del tiempo acelerado,
que la inquietud de un padre en años puesto
al fin conduce del vivir más presto.

DON GONZALO.

Dame esos sacros pies por honras tales.

REY.

Salid á publicar vuestra alegría.

DON GONZALO.

Jamás toque tu vida los umbrales
del olvido que yace en sombra fría.

REY

Premios, como es razón, piden iguales
hechos notorios.

DON GONZALO.

La ventura mía
por Sevilla diré, señor, á voces.

REY.

Volvedme á ver.

DON GONZALO.

Tu reino inmortal goces.

(*Vanse.*)

ESCENA XVII

Salen CATALINÓN *y* DON JUAN.

D. JUAN. Esas dos yeguas prevén
pues acomodadas son.

CATALIN. Aunque soy Catalinón,
soy, señor, hombre de bien;
que no se dijo por mí
«Catalinón es el hombre»,
pues sabes que aquese nombre
me asienta al revés aquí.

D. JUAN. Mientras que los pescadores
van de regocijo y fiesta,
tú las dos yeguas apresta,
que de sus pies voladores
sólo nuestro engaño fío.

CATALIN. ¿Al fin pretendes gozar
á Trisbea?

D. JUAN. Si el burlar
es hábito antiguo mío,
¿qué me preguntas, sabiendo
mi condición?

CATALIN. Ya sé que eres
langosta de las mujeres.

D. JUAN. Por Trisbea estoy muriendo,
que es buena moza.

CATALIN. ¡Buen pago
á su hospedaje deseas!

D. JUAN. Necio, lo mismo hizo Eneas
con la reina de Cartago.

CATALIN. Los que fingís y engañáis
las mujeres desa suerte
lo pagaréis en la muerte.

D. JUAN. ¿Tan largo me lo fiáis?

CATALIN. Ya viene la desdichada.

D. JUAN. Vete y las yeguas prevén.

CATALIN. ¡Pobre mujer! Harto bien
te pagamos la posada.

ESCENA XVIII

Sale la PESCADORA.—DICHOS.

PESCAD. El rato que sin ti estoy
estoy ajena de mí.

D. JUAN. Aunque lo dices ansí,
crédito jamás te doy.

PESCAD. ¿Por qué?

D. JUAN. Porque si me amaras
mi alma favorecieras.

PESCAD. Tuya soy.

D. JUAN. Pues di, ¿qué esperas?
¿Qué dudas? ¿En qué reparas?

PESCAD. Reparo en que fué castigo
de amor el que he hallado en ti.

D. JUAN. Yo digo lo mismo aquí,
y para ver si te obligo,
palabra y mano te doy
de esposo.

PESCAD. Soy desigual
á tu ser.

D. JUAN. No digas tal,
Trisbea; en tu casa estoy,
y estimo ser más en ella
un humilde pescador,
mereciendo tu favor
y tu mano hermosa y bella,
que las riquezas mayores
que el mundo puede ofrecer.

PESCAD. Casi te quiero creer;
mas sois los hombres traidores.

D. JUAN. ¿No echas de ver por los ojos,
mi Trisbea, el corazón?
Pues míos tus brazos son,
no me niegues sus despojos;
abrázame y dame en ellos
el alma.

PESCAD. Ya á ti me allano;
mas con la palabra y mano
de esposo.

D. JUAN. Juro, ojos bellos,
que mirando me matáis,
de ser vuestro esposo.

PESCAD. Advierte,
mi bien, que hay infierno y muerte.
D. JUAN. (¿Tan largo me lo fiáis?)
Ojos bellos, mientras viva,
vuestro cautivo seré.
PESCAD. Esta es mi mano y mi fe.
D. JUAN. Y esta es la mía, si estriba
en ella vuestro sosiego.
PESCAD. Pues ya tu amor no me engaña,
ven, y será la cabaña
tálamo de nuestro fuego.
Entre estas cañas te esconde
hasta que tenga lugar.
D. JUAN. ¿Por dónde tengo de entrar?
PESCAD. Ven, y te dire por dónde.
D. JUAN. (Ciega y satisfecha vais.)
PESCAD. Esta voluntad te obligue,
y si no, Dios te castigue.
D. JUAN. (¿Tan largo me lo fiáis?) (*Vanse.*)

ESCENA XIX

Salen los VILLANOS *cantando y bailando.*

PAST. 1.° ¡Hola! llamad á Trisbea,
y las zagalas llamad
para que en la soledad
el huésped la corte vea.
ANFRISO. Estará muy ocupada
con los huéspedes dichosos,
de quien hay mil envidiosos.
PAST. 1.° Siempre es Trisbea envidiada;
á su cabaña lleguemos.
PAST. 2.° No vais, porque no hay lugar
tan bueno para bailar
allá. De aquí la llamemos:
¡Trisbea, Lucinda, Antandra!
¿Hay descuido más cruel?
ANFRISO. ¡Triste y mísero de aquel
que en su fuego es salamandra!
(*Cantan:*) «*A pescar sale la niña*
tendiendo redes,
y en lugar de pececillos
las almas prende.»

ESCENA XX

Sale la PESCADORA.—DICHOS.

PESCADORA.
¡Fuego, fuego, que me quemo,
que mi cabaña se abrasa!
Repicad á fuego, amigos,
porque se me abrasa el alma.
¡Fuego, zagales, fuego, fuego y rabia;
amor, clemencia, que se abrasa el alma!
¡Oh choza, oh vil instrumento
de mi deshonra y mi infamia!
Rayos de ardientes estrellas
en tus cabelleras caigan
porque abrasadas estén,
si del viento mal peinadas.
Yo soy aquella que hacía,
émula de las zagalas,
burla de amor; que así amor
á quien dél se burla paga.
Engañóme el caballero
debajo de fe y palabra
de marido, profanando
mi honestidad y mi cama.
Gozóme al fin, y yo entonces,
le di á su rigor las alas
en dos yeguas que crié,
con que me burla y me infama.
¡Oh aleve huésped, que dejas
una mujer engañada,
nube que del mar saliste
para anegar mis entrañas!
Pero bien lo ha merecido
quien se fía de palabras,
Seguid al vil caballero;
mas no importa que se vaya,
que en la presencia del Rey
tengo de pedir venganza.
¡Fuego, zagales, fuego, fuego y rabia;
amor, clemencia, que se abrasa el alma!
(*Vase.*)
PAST. 1.° Vayan tras ella al momento,
porque va desesperada,
y podrá arrojarse al mar
buscando mayor desgracia.
PAST. 2.° Tal fin la soberbia tiene.
ANFRISO. Su locura y confianza
paró en esto. Al mar se arroja.
¡Trisbea, detente, aguarda!
PAST. 2.° Ya vuelve, tenelda todos,
tenelda, no se nos vaya.
(*Sale la* Pescadora.)
PESCAD. ¡Fuego, zagales, fuego, fuego y rabia;
amor, clemencia, que se abrasa el alma!
(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen el REY *y* DON JUAN TENORIO, *el viejo.*

REY.
¿Que esto pasa?
TENORIO.
Señor, esto me escribe
de Nápoles don Pedro, que le hallaron
con dama en el Palacio, y apercibe
remedio en este caso.
REY.
¿Y le dejaron
con vida?
TENORIO.
Por don Pedro, señor, vive,
que sin que se supiese le ausentaron;
y la dama, inocente deste agravio,
agresor hizo desto al Duque Octavio,
y ya en Sevilla está.
REY.
Sí; mas ¿qué haremos
con Gonzalo de Ulloa, que le había
tratado el casamiento?

TENORIO.

Bien podremos
poner remedio, pues el tiempo envía
ocasión, y en la mano la tenemos;
que el Duque Octavio remediar podría
el yerro de don Juan, pues que su casa
á la de don Gonzalo llega y pasa.

REY.

No me parece mal, como no inquiete
al Duque la pasión que de Isabela
con el amor que tuvo nos promete,
en cuya confusión hoy se desvela;
pues la ocasión tenemos del copete,
asirla, que es ligera y siempre vuela,
y viene á ser aqueste el mejor medio,
que á dos casos como éstos da remedio.
¿Y adónde está ese loco?

TENORIO.

Jamás niego
á vuestra Alteza cosa que pretenda
saber, y cuando aquí pende el sosiego
de don Juan, y con esto el yerro enmienda,
por quien se acaba el encendido fuego
que él comenzó, es ya justo que lo entienda,
señor, tu Alteza. Ya en Sevilla asiste,
que así encubierto está mientras se viste.

REY.

Pues decilde que della salga al punto,
que pienso que es travieso, y la pasea,
por que el remedio desto venga junto.

TENORIO.

A Lebrija se irá.

REY.

Mi enojo vea
en el destierro.

TENORIO.

Quedará difunto
cuando lo sepa.

REY.

Lo que digo sea
sin falta.

TENORIO.

El Duque Octavio es el que viene.

REY.

Decid que llegue, que licencia tiene.

ESCENA II

Sale el DUQUE OCTAVIO.—DICHOS.

OCTAVIO.

A esos pies, gran señor, un peregrino,
mísero y derrotado, ofrece el labio;
juzgando por feliz este camino,
en vuestra real presencia el Duque Octavio.
Huyendo vengo el fiero desatino
de una mujer, y el no pensado agravio
de un rey; aunque mal dije, que los reyes
cristal son al espejo de las leyes.
Una mujer, al viento débil caña,
pues lo fué en la mudanza que ha mostrado,
á su Alteza, señor, sin causa engaña,
diciendo que en Palacio la he burlado;
mas el tiempo, que al cabo desengaña,
dará á entender al Rey quién ha causado
esta inquietud en él, pues con engaño
por la cara que vió me hace este daño.

REY.

Ya, Duque Octavio, sé vuestra inocencia,
y al Rey escribiré por que os reciba
en su gracia, mostrando su clemencia,
cuando el enojo de su vista os priva;
y hoy os pienso casar, con su licencia,
con una dama, en cuya gracia estriba
de la beldad la octava maravilla
y el sol de las estrellas de Sevilla.
Don Gonzalo de Ulloa, un caballero
á quien le ciñe la cruz roja el pecho
que horror del moro fué, pues con su acero
su tierra siempre ha puesto en grande estrecho,
tiene una hija, y hoy con ella quiero
casaros en Sevilla, que sospecho
que con aquesto vuestro bien ordeno.

OCTAVIO.

Primero Alfonso sois, siendo el Onceno.

(*Vase el* Rey *y* Tenorio.)

ESCENA III

Salen DOS CRIADOS *del Duque*.—DICHO.

CRIAD. 1.º ¿Qué hay de nuevo?
OCTAVIO. El gusto es tal,
que no he de decirlo bien.
CRIAD. 2.º Pues ¿qué tienes?
OCTAVIO. Mucho bien;
tanto, que es pequeño el mal.
Con un amor desigual
su Alteza me recibió,
con que á mis trabajos dió
alivio y fin á mis males,
pues con favores iguales
mis fortunas eclipsó.
Su Alteza me quiere hacer
quedar en Sevilla, y yo,
como quien lo deseó,
estoy loco de placer.
CRIAD. 1.º ¿Al fin te llegó á ofrecer
mujer?
OCTAVIO. Sí, amigo, y mujer
de Sevilla, que Sevilla
da, si averiguarlo quieres,
porque de ollo te asombres,
si fuertes y airosos hombres,
las más gallardas mujeres.
CRIAD. 2.º Luego ¿ya no te desvela
Isabela?
OCTAVIO. No.

ESCENA IV

Salen CATALINÓN *y* DON JUAN.—DICHOS.

CATALIN. Detente,
que aquí está el Duque inocente,
Sagitario de Isabela,

aunque mejor le diré
penitente.
D. JUAN. Disimula.
CATALIN. Cuando le vende le adula.
D. JUAN. Como á Nápoles dejé
y la casa de mi tío
por un pleito de su Alteza,
Octavio, con tal presteza,
aunque fué el intento mío
el despedirme de vos,
no tuve lugar.
OCTAVIO. Por eso,
Don Juan amigo, os confieso
que aquí nos vemos los dos.
D. JUAN. En Sevilla.
OCTAVIO. ¿Quién pensara,
Don Juan, que en Sevilla os viera?
D. JUAN. ¿Vos, Pusol, vos la ribera
desde Partenope clara,
dejáis?
OCTAVIO. Aunque es un lugar
Nápoles tan excelente,
por Sevilla solamente
se puede, amigo, dejar.
D. JUAN. ¿Cuándo llegasteis?
OCTAVIO. Ayer.
D. JUAN. De su hermosa descripción
os quiero hacer un borrón,
puesto que la habéis de ver.
Sevilla ó Hispalis bella,
que de Hispalo así se dice
ó de Hispán, de quien España
tiene su primer origen,
aunque un escritor moderno,
seis letras con que se escribe,
á las cuatro del romano
quiere también que se apliquen,
diciendo en ellas: «*Senatus,*
equæ, virtutis, iustitiæ,
legibus, Augustus», que es
blasón que mi lengua explique
hoy ansí: «Senado igual,
para que más se eternice,
de valor y de justicia,
en leyes exenta y libre».
Y para que estas seis letras
por los orbes se publiquen,
de sus lábaros y escudos
eran soberanos timbres;
aunque leídas después
sin puntos, comas ni tildes,
en ingenioso anagrama,
Sevilla las seis repiten.
Fué de Hércules fundación,
no el Tebano, de quien fingen
tantos emblemas los hombres,
gloriosos como imposibles,
sino del egipcio, hermano
del que con nombre de Osiris
dios se llamó, haciendo á Menfis
que inciensos le sacrifiquen;
cuyas caducas memorias
en brazos del tiempo gimen,
ruinas lisonjeadas
de las hiedras que las visten.
Pero después Julio César
la trasladó á los felices
llanos en que hoy coronada
lo mejor de Europa rige.
Ennobleciόla de muro,
Zodíaco que la ciñe
de doce signos, que en tantas
puertas Sevilla se sirve;
y es la copia que entra y sale
por ellas tan increíble,
que para salir y entrar,
unos á otros se impiden.
Son de sus lienzos las torres
pasamanos apacibles
que en torno de la ciudad
forman hermosos países,
por cuyos círculos bellos
mil soles, mil serafines
discurren en escuadrones
para que el sol las envidie.
El Betis besa sus pies,
con cuyo llanto es el Tibre
una lágrima, y el mar
de España menos humilde.
Este en sus cristales funda
otra ciudad invencible,
cuyos edificios son
como en sus aguas movibles.
En él verás por las tardes
en fugitivos jardines
y en fáciles primaveras
hecho pedazos á Chipre;
y en su margen más sirenas
que engendra el mar en sus sirtes,
con quien no hay sordas orejas
ni hay ingeniosos Ulises.
Con esta calle de plata
della á Triana dividen,
arrabal en tal ciudad,
y entre otras ciudad insigne.
El imperio de sus aguas
edificios no permite
de piedra, que estando loco,
no es mucho que piedras tire.
Y así en diez y siete barcos,
con que los hombros le oprime,
un bucentoro se carga,
que en él parece un esquife
este monte de madera,
que está entre cadenas firme,
no leño á leño enojado,
que astilla á astilla divide.
Es Babel de su Arenal,
si no menfítica efigie,
la antigua Torre del Oro,
lisonja de los gentiles.
Mirando su hermoso Alcázar,
Troya su Ilión olvide,
y en sus muros Babilonia
sus vividores pensiles,
pues los que allá en las murallas,
acá en los cimientos sirven,
allá para que los vean,
acá para que los pisen.
Veinte sierpes de cristal,
que blancas piedras despiden,
son de un estanque alimento,
dulce hospedaje de cisnes.
De los jardines los cuadros

ciernen en granos sutiles
cristales, que por los aires
en átomos se dividen.
Estos salpicando damas,
si en su marfil no se engríen,
dejan en gotas de plata
tachuelas en sus chapines.
En un cuarto á sus Monarcas
media naranja le exprimen,
tan rica, que á ser entera
fuera de hacerlo imposible.
En la sala de los reyes
parece que siempre asiste
Júpiter en lluvias de oro,
ó en ella el alma se ríe.
El templo de Salomón
ó el que vió Jonia subirse
en cien mármoles al cielo,
que hoy yace en cenizas viles,
rasguño son, si no sombra
del que ves, donde se miden
el arte y la admiración,
y la admiración se rinde.
Cincuenta y cuatro pilares
tal pesadumbre reciben
sobre sus gigantes frentes,
con quien agobiados gimen.
Estos son todos tan gruesos,
que dije mal cuando dije
pilares, porque son torres,
aunque en tal fábrica mimbres.
La longitud de su iglesia
es tal, que se juzga lince
el que de una puerta en otra,
entrando, un hombre divise.
Dos imágenes venera
en dos capillas insignes,
adonde todos los días
docientas misas se dicen.
En ella, después del cielo,
con más majestad se sirve
á Dios, perdóneme Roma,
si Toledo lo permite.
Es un edificio eterno
el monumento, y tan firme,
que por sus huecos pilares
al chapitel más sublime
suben los hombres, adonde
admirados despavilen
tal vez por hachas estrellas,
que unas con otras compiten.
Cómo de cirios pascuales
otras iglesias se sirven,
ésta de montes de cera,
donde por llama el sol vive,
que á no enfrenarla con agua
de la cárcel que derrite,
desatada, se abrasara,
tal lumbre de sí despide.
Referirte otras grandezas
con que te asombres y admires
no quiero, porque en su torre
todas las que has visto cifres.
Que á ser hecha antes de aquella
que de Babilonia escriben,
con la soberbia se alcanza
y con su memoria insigne.
Sobre cuya postrer bola,
cosa de creer difícil,
el coloso, honor de Rodas,
á los vientos se corrige.
Estatua de rubio bronce,
que por sus giros le dicen
la Giralda, y por mujer
mudable, inconstante y libre.
Parroquias en que á la gente
Sacramentos administren,
con otra más que aumentara,
contara dos veces quince.
Solemnidades y fiestas
más célebres que imagines,
viendo su Semana Santa,
es fuerza que las olvides,
que en sesenta procesiones
que con majestad se rigen,
verás, dando en mar de sangre,
á Dios, preciosos rubíes.
Tras inmensas obras pías,
docientos dotes redimen
huérfanas, doncellas pobres,
que el serlo es Argel terrible.
Tiene más de cien conventos,
y entre ellos dos tan insignes,
que en edificios y gente
ciudades pueden decirse.
Sustenta doce hospitales
en que á pobres beneficien,
y entre ellos el de la Sangre,
donde un Ribera eternices.
Los edificios, las calles,
los comercios que se impiden
unos á otros los tratos,
artes soberbios y humildes.
Las naos, que vieron alegres
de la aurora los confines
y los reinos de la noche;
perlas, coral, amatistes,
bordados, brocados, telas,
pasamanos y tabíes,
y, al fin, cuanto el sol engendra
y el mar y la tierra rinden
para que el hombre lo goce,
lo gaste y lo desperdicie,
en Sevilla está cifrado;
mas no es mucho que se cifre,
si el mundo se cifra en ella,
y ella los orbes oprime.
Y en sí tanta gente encierra,
que por las calles se aflige,
y los muros, reventando,
barrios levanta en que habiten.
Los hombres son liberales,
gallardos como invencibles,
inventores de las galas
que en toda España se viste.
Las mujeres son bizarras,
briosas, altivas, Circes
en hablar, y en el obrar
constantes, honestas, firmes,
aunque á su cordura en coches
ya la vanidad embiste.
Paladiones preñados
de mil partos infelices,
vencerán su honestidad

como los coches porfíen,
que es la más fuerte lisonja
para la beldad esfinge.
¡Maldito tú, Faraón,
que los inventaste y diste
al mundo, aunque entre las aguas
pagaste invención tan libre!
Mas ya que no de los coches,
Dios de cocheros nos libre,
gente que por nuestras culpas
entre nosotros permite.
Esta es Sevilla, que al huésped
por una legua recibe
de calzadas, despreciando
los romanos arrecifes.
Corto en su alabanza quedo,
pues verás cuando la habites
que es más la grandeza suya
que cuanto della se escribe.

OCTAVIO. Si en Nápoles os oyera
y no en la parte en que estoy,
del crédito que hoy os doy
sospecho que me riera.
Mas llegándola á habitar,
es, por lo mucho que alcanza,
corta cualquiera alabanza
que á Sevilla querráis dar.
¿Quién es el que viene allí?

D. JUAN. El que viene es el Marqués
de la Mota.

OCTAVIO. Descortés
es fuerza ser.

D. JUAN. Si de mí
algo hubiereis menester,
aquí espada y brazo está.

CATALIN. Si le importa, él forzará
en su nombre otra mujer,
que es valiente garañón.

OCTAVIO. De vos estoy satisfecho. (*Vase.*)

CATALIN. Si fuere de algún provecho,
señores, Catalinón;
vuarcedes continuamente
me hallarán para servillos.

CRIAD. 1.º ¿Adónde?

CATALIN. En los pajarillos,
tabernáculo excelente.
(*Vanse los* Criados.)

ESCENA V

Sale el MARQUÉS DE LA MOTA.—DICHOS, *menos* OCTAVIO.

MARQ. Todo hoy os ando buscando,
y no os he podido hallar.
¿Vos, don Juan, en el lugar,
y vuestro amigo penando
en vuestra ausencia?

D. JUAN. Por Dios,
amigo, que me debéis
ese favor que me hacéis.

CATALIN. Como no le entreguéis vos
moza ó cosa que lo valga,
bien podéis fiaros dél,
que en cuanto en esto es cruel,
tiene condición hidalga.

D. JUAN. ¿Qué hay de Sevilla?

MARQ. Está ya
toda esta corte mudada.

D. JUAN. ¿Mujeres?

MARQ. Cosa juzgada.

D. JUAN. ¿Inés?

MARQ. A Vejel se va.

D. JUAN. Buen lugar para vivir
la que tan dama nació.

MARQ. El tiempo la desterró
á Vejel.

D. JUAN. Irá á morir.
¿Su hermana?

MARQ. Es lástima vella:
lampiña de frente y ceja.
Llámanla en portugués vieja,
y ella imagina que bella.

D. JUAN. Sí, que bella en portugués
suena vieja en castellano.
¿Y Teodora?

MARQ. Este verano
se escapó del mal francés
por un río de sudores,
y está tan tierna y reciente,
que antes de ayer me echó un diente
en medio de mil favores.

D. JUAN. ¿Julia la del Candilejo?

MARQ. Ya con sus afeites lucha.

D. JUAN. ¿Véndese siempre por trucha?

MARQ. Ya se da por abadejo.

D. JUAN. El barrio de Cantarranas,
¿tiene buena población?

MARQ. Ranas las más dellas son.

D. JUAN. ¿Y viven las dos hermanas?

MARQ. Y la mona de Tulú
de su madre Celestina
que las adiestra y doctrina.

D. JUAN. ¡Oh, vieja de Bercebú!
¿Cómo la mayor está?

MARQ. Blanca y sin blanca ninguna,
tiene un santo á quien ayuna.

D. JUAN. ¿Agora en vigilias da?

MARQ. Es firme y santa mujer.

D. JUAN. ¿Y esotra?

MARQ. Mejor principio
tiene; no desecha ripio.

D. JUAN. Buen albañir quiere ser.
Marqués: ¿qué hay de perros muer-

MARQ. Yo y don Pedro de Esquivel [tos?
dimos anoche uno cruel,
y esta noche tengo ciertos
otros dos.

D. JUAN. Iré con vos,
que también recorreré
ciertos nidos que dejé
en huevos para los dos.
¿Qué hay de terrero?

MARQ. No muero
en terrero, que enterrado
me tiene mayor cuidado.

D. JUAN. ¿Cómo?

MARQ. Un imposible espero.

D. JUAN. Pues ¿no os corresponde?

MARQ. Sí, me favorece y me estima.

D. JUAN. ¿Quién es?

MARQ. Doña Ana mi prima,
que es recién venida aquí.

D. JUAN. Pues ¿dónde ha estado?

MARQ. En Lisboa,
con su padre en la Embajada.

D. JUAN. ¿Es hermosa?
MARQ. Es extremada,
porque en doña Ana de Ulloa
se extremó naturaleza.
D. JUAN. ¿Tan bella es esa mujer?
¡Vive Dios que la he de ver!
MARQ. Veréis la mayor belleza
que los ojos del sol ven.
D. JUAN. Casaos, si es tan extremada.
MARQ. El Rey la tiene casada,
y no se sabe con quién.
D. JUAN. ¿No os favorece?
MARQ. Y me escribe.
CATALIN. No prosigas, que te engaña
el gran garañón de España.
D. JUAN. Quien tan satisfecho vive
de su amor, ¿desdichas teme?
Sacalda, solicitalda,
escribilda y engañalda,
y el mundo se abrase y queme.
MARQ. Agora estoy esperando
la postrer resolución.
D. JUAN. Pues no perdáis ocasión,
que aquí os estoy aguardando.
MARQ. Pues, adiós.
CATALIN. Señor Cuadrado
ó señor Redondo, adiós.
CRIADO. Adiós.
D. JUAN. Pues solos los dos,
amigo, habemos quedado,
sigue el Marqués.
CAATLIN. El Marqués
en el Alcázar se entró.
D. JUAN. Ve tras él.

ESCENA VI

Dentro una DAMA *y* DON JUAN

DAMA. Ce.
D. JUAN. ¿Quién llamó?
DAMA. Si sois prudente y cortés
y su amigo, dadle luego
al Marqués este papel.
Mirad que consiste en él
de una señora el sosiego,
y adiós.
D. JUAN. Yo se le daré;
soy su amigo y caballero
también.
DAMA. Señor forastero,
adiós.
D. JUAN. Ya la voz se fué.
¿No parece encantamento?
Sin ver por donde han hablado
á mi el papel ha llegado
por la estafeta del viento.
¿Mas si fuese de la dama
que el Marqués me ha encarecido?
Venturoso en esto he sido.
España á voces me llama
el burlador, que el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
y dejarla sin honor.
¡Vive Dios que lo he de abrir,
pues salí de la plazuela!
¿Mas si hubiese otra Isabela?
Gana me da de reir.
Ya está abierto el tal papel.
Y que es suyo es cosa llana,
porque aquí firma: «doña Ana,
tu prima.»
(*Lee el papel.*) «Mi padre infiel (1)
dice al fin que me ha casado,
y no contigo, y así
quiero fiarme de ti
debajo de haberme dado
palabra de casamiento.
Aquesta noche vendrás
á las once, y hallarás
abierto para este intento
cierto postigo, y por señas
una capa de color
te pondrás, por que Leonor
la esclavilla y las dos dueñas
te dejen entrar, bien mío,
y adiós.» ¡Desdichado amante!
¿Hay suceso semejante?
Ya de la burla me río.
Gozaréla, vive Dios,
con el engaño y cautela
que en Nápoles á Isabela.

ESCENA VII

Sale CATALINÓN.—DICHOS.

CATALIN. Ya el Marqués viene.
D. JUAN. Los dos
aquesta noche tenemos
que hacer.
CATALIN. ¿Hay engaño nuevo?
D. JUAN. Extremado.
CATALIN. No lo apruebo,
sino que nos acostemos,
dejando nuevos cuidados,
que el que vive de burlar
burlado habrá de quedar
pagando tantos pecados
de una vez.
D. JUAN. ¿Predicador
te vuelves, impertinente?
CATALIN. La razón hace al valiente.
D. JUAN. Y al cobarde hace el temor.
El que pretende servir
voluntad no ha de tener,
y todo ha de ser hacer
y nada ha de ser decir.
Sirviendo, jugando estás,
y si quieres ganar luego,
haz siempre, porque en el juego
quien más hace gana más.
CATALIN. Y también quien hace y dice
topa y pierde en cualquier parte.
D. JUAN. Esta vez quiero avisarte,
porque otra vez no te avise.
CATALIN. Digo que de aquí adelante
lo que me mandas haré,

(1) Así en el original; pero debe leerse «cruel».

y á tu lado forzaré
un tigre y un elefante.
D. JUAN. Calla, que viene el Marqués.
CATALIN. Pues, ¿ha de ser el forzado?

ESCENA VIII

Sale el MARQUÉS.—DICHOS.

D. JUAN. Para vos, Marqués, me han dado
un recado harto cortés
por una reja, sin ver
el que me le daba allí;
sólo en la voz conocí
que me le daba mujer.
Díjome, al fin, que á las doce
acudieras á la puerta,
que estará esperando, abierta,
donde tu esperanza goce
la posesión de su amor,
y que llevases por señas
de Leonorilla y las dueñas
una capa de color.
MARQ. ¿Qué decís?
D. JUAN. Que este recado
de una ventana me dieron,
sin ver quién.
MARQ. Con el pusieron
sosiego á tanto cuidado.
¡Ay, amigo, sólo en ti
mi esperanza renaciera!
Dame esos pies.
D. JUAN. Considera
que no está tu prima en mí.
¿Mas piensas que yo he de ser
quien la tiene de gozar,
y me llegas á besar
los pies?
MARQ. Es tal el placer,
que me ha sacado de mí.
¡Oh, sol! apresura el paso.
D. JUAN. Ya el sol camina al ocaso.
MARQ. Vamos, amigo, de aquí,
y de noche nos pondremos.
Loco voy.
D. JUAN. Bien se conoce;
mas yo sé bien que á las doce
harás mayores extremos.
MARQ. ¡Ay, prima, del mundo prima,
que quieres premiar mi fe!
CATALIN. ¡Juro á Cristo que no dé
una blanca por su prima!

(*Vase el* Marqués.)

ESCENA IX

Salen DON JUAN TENORIO, *el viejo;* DON JUAN *y* CATALINÓN.

TENORIO. Don Juan.
CATALIN. Tu padre te llama.
D. JUAN. ¿Qué manda Vueseñoría?
TENORIO. Verte más quieto querría,
más cuerdo y con mejor fama.
¿Es posible que procuras
todas las horas mi muerte?
D. JUAN. ¿Por qué vienes desa suerte?
TENORIO. Por tu trato y tus locuras.
En fin, el Rey me ha mandado
que te eche de la ciudad,
porque está de una maldad
con justa causa enojado;
que, aunque me la has encubierto,
ya en Sevilla el Rey la sabe,
cuyo delito es tan grave,
que á decírtelo no acierto.
¿En el Palacio Real
traición? ¿Y con un amigo
traición? Dios te dé el castigo
que pide delito igual.
Mira que aunque, al parecer,
Dios te consiente y aguarda,
tu castigo no se tarda,
y que castigo ha de haber
para los que profanáis
su nombre, y que es juez fuerte
Dios en la muerte.
D. JUAN. ¿En la muerte?
¿Tan largo me lo fiáis?
De aquí allá hay larga jornada.
TENORIO. Breve te ha de parecer.
D. JUAN. Y la que tengo de hacer,
pues á su Alteza le agrada
ahora, ¿es larga también?
TENORIO. Hasta que el injusto agravio
satisfaga el Duque Octavio
y apaciguados estén
en Nápoles, de Isabela
los sucesos que has causado,
en Lebrija retirado,
por tu traición y cautela,
quiere el Rey que estés ahora;
pena á tu maldad ligera.
CATALIN. Si el caso también supiera
de la pobre pescadora,
más se enojara el buen viejo.
TENORIO. Pues no te venzo y castigo
con cuanto hago y cuanto digo,
á Dios tu castigo dejo. (*Vase.*)

ESCENA X

D. JUAN *y* CATALINÓN.

CATALIN. Fuese el viejo enternecido.
D. JUAN. Luego las lágrimas copia;
condición de viejos propia.
Vamos, pues ha anochecido,
á buscar al Marqués.
CATALIN. Vamos.
Al fin, ¿gozarás su dama?
D. JUAN. Ha de ser burla de fama.
CATALIN. Ruego al cielo que salgamos
della en paz.
D. JUAN. ¡Catalinón
al fin!
CATALIN. Y tú, señor, eres
langosta de las mujeres;
y con público pregón,
porque de ti se guardara
y á su noticia viniera
de la que doncella fuera,
fuera bien se pregonara:
«Guárdense todos de un hombre

que las mujeres engaña
y es el garañón de España.»
D. JUAN. Tú me has dado gentil nombre.

ESCENA XI

Salen los MÚSICOS *y el* MARQUÉS *cantando.*—DICHOS.

MÚSICO. *El que un bien gozar espera,*
cuando espera desespera.
D. JUAN. ¿Qué es esto?
CATALIN. Música es.
MARQ. Parece que habla conmigo
el poeta.
D. JUAN. ¿Quién va?
MARQ. Amigo.
¿Es don Juan?
D. JUAN. ¿Es el Marqués?
MARQ. ¿Quién puede ser sino yo?
D. JUAN. Luego que la capa vi,
que érades vos conocí.
MARQ. Cantad, pues don Juan llegó.
MÚSICO. *El que un bien*, etc.
D. JUAN. ¿Dónde iremos?
MARQ. A Lisboa.
D. JUAN. ¿Cómo, si en Sevilla estáis?
MARQ. Pues ¿aqueso os maravilla?
¿No vive con gusto igual
lo peor de Portugal
en lo mejor de Sevilla?
D. JUAN. ¿Dónde viven?
MARQ. En la calle
de la Sierpe, donde ves
á Adán vuelto en portugués,
que en aqueste amargo valle
con bocados solicitan
mil Evas que, aunque dorados,
en efecto, son bocados
con que las vidas nos quitan.
CATALIN. Ir de noche no quisiera
por esa calle cruel,
pues lo que de día en miel,
de noche lo dan en cera.
Una noche, por mi mal,
la vi sobre mí vertida,
y hallé que era corrompida
la cera de Portugal.
D. JUAN. Mientras á la calle vais,
yo dar un perro quisiera.
MARQ. Pues cerca de aquí me espera
un bravo.
D. JUAN. Si me dejáis
con él, Marqués, ya veréis
cómo de mí no se escapa.
MARQ. Vamos, y poneos mi capa
para que mejor le deis.
D. JUAN. Bien habéis dicho: venid,
y me enseñaréis la casa.
MARQ. Mientras el suceso pasa,
la voz y el habla fingid.
¿Veis aquella celosía?
D. JUAN. Ya la veo.
MARQ. Pues llegad
y decid: «Beatriz», y entrad.
D. JUAN. ¿Qué mujer?
MARQ. Rosada y fría.
CATALIN. Será mujer cantimplora.
MARQ. En gradas os aguardamos
D. JUAN. Adiós, Marqués.
CATALIN. ¿Dónde vamos?
D. JUAN. Adonde la burla mía
se ejecute.
CATALIN. No se escapa
nadie de ti.
D. JUAN. El trueco adoro.
CATALIN. Echaste la capa al toro.
D. JUAN. Escapéme por la capa. (*Vanse.*)

ESCENA XII

EL MARQUÉS, CRIADOS *y* MÚSICOS. *Después la* DAMA.

MARQ. La mujer ha de pensar
que soy yo.
CRIAD. 1.° ¡Qué gentil perro!
MARQ. Esto es acertar por yerro.
CRIAD. 2.° Todo este mundo es error,
que está compuesto de errores.
MARQ. El alma en las horas tengo
y en sus cuartos me prevengo
para mayores favores.
¡Ay, noche espantosa y fría!
Para que largos los goce,
corre veloz á las doce,
y después no venga el día.
CRIAD. 1.° ¿Adónde guía la danza?
MARQ. Cal de la Sierpe guiad.
CRIAD. 1.° ¿Qué cantaremos?
MARQ. Cantad
lisonjas á mi esperanza.
(*Cantan.*) «El que un bien gozar espera,
cuando espera desespera.»
(*Vanse, y habla de dentro una* Dama.)
DAMA. ¡Falso!, no eres el Marqués,
que me has engañado.
D. JUAN. Digo
que lo soy.
DAMA. ¡Falso, enemigo,
mientes, mientes!

ESCENA XIII

Sale el COMENDADOR *medio desnudo, con espada y rodela.*—*La* DAMA, D. JUAN *y* CATALINÓN.

D. GONZ. La voz es
de doña Ana la que siento.
DAMA. ¿No hay quien mate este traidor,
homicida de mi honor?
D. GONZ. ¿Hay tan grande atrevimiento?
Muerto honor, dijo, ¡ay de mí!
y es su lengua tan liviana,
que aquí sirve de campana.
DAMA. ¡Matalde!
(*Sale* Don Juan.)
D. JUAN. ¿Quién está aquí?
D. GONZ. La barbacana caída
de la torre de este honor
que has combatido, traidor,
donde era alcaide la vida.
D. JUAN. Déjame pasar.
D. GONZ. ¿Pasar?
Por la punta desta espada.

D. JUAN. Oye.
D. GONZ. No me digas nada.
D. JUAN. Escucha.
D. GONZ. No hay que escuchar,
que ya he sabido lo que es
con esas voces que han dado.
D. JUAN. Tu sobrino soy, que he entrado
aquí.
D. GONZ. Mientes, que el Marqués
de la Mota, mi sobrino,
tan grande traición no hiciera.
Mi honor viva, el traidor muera
autor de tal desatino.
D. JUAN. El Marqués digo que soy.
D. GONZ. Pues si eres el Marqués, piensa
que es en ti mayor la ofensa,
y más ofendido estoy.
¡Muere, traidor!
D. JUAN. Desta suerte
muero yo.
CATALIN. Si escapo désta,
no más burla, no más fiesta.
D. GONZ. ¡Ay, que me has dado la muerte!
Mas si el honor me quitaste,
¿de qué la vida servía?
D. JUAN. Huye.
D. GONZ. Aguarda, que es sangría
con que el valor me aumentaste;
mas no es posible que aguarde,
seguirále mi furor,
que es traidor, y el que es traidor
es traidor porque es cobarde.

ESCENA XIV

Sale el MARQUÉS. *Después* DON JUAN *y* CATALINÓN.

MARQ. Presto las doce darán,
y mucho don Juan se tarda.
CRIAD. 1.º Fiera pensión del que aguarda.
(*Salen* Don Juan *y* Catalinón.)
D. JUAN. ¿Es el Marqués?
MARQ. ¿Es don Juan?
D. JUAN. Yo soy; tomad vuestra capa.
MARQ. ¿Qué perro?
D. JUAN. Funesto ha sido;
al fin, Marqués, muerto ha habido.
CATALIN. Señor, del muerto te escapa.
MARQ. ¿Burlásteisla?
D. JUAN. Sí burlé.
CATALIN. Y ansí á vos os ha burlado.
D. JUAN. Caro la burla ha costado.
MARQ. Yo, don Juan, lo pagaré,
porque estará la mujer
quejosa de mí.
D. JUAN. Las doce
darán.
MARQ. Como mi bien goce,
nunca llegue á amanecer.
D. JUAN. Adiós, Marqués.
CATALIN. Muy buen lance
el desdichado hallará.
D. JUAN. Huyamos.
CATALIN. Señor, no habrá
aguilita que me alcance. (*Vanse.*)

ESCENA XV

DICHOS, *menos* DON JUAN *y* CATALINÓN.

MARQ. Vosotros os podéis ir
todos á casa, que yo
he de ir solo.
CRIADO. Dios crió
las noches para dormir.
(*Vanse y dicen dentro:*)
1.º ¿Vióse desdicha mayor?
2.º ¿Y vióse mayor desgracia?
MARQ. ¡Válgame Dios! Voces oigo
en la plaza del Alcázar.
¿Qué puede ser á estas horas?
Un hielo me baña el alma.
Desde aquí parece toda
una Troya que se abrasa,
porque tantas hachas juntas
paren gigantes de llamas.
Mas una escuadra de luces
se acerca hacia mí, ¿por qué anda
el fuego emulando al sol,
dividiéndose en escuadras?
Quiero preguntar lo que es.

ESCENA XVI

Salen el DUQUE OCTAVIO, TENORIO *y* CRIADOS.
DICHO.

DUQUE. ¿Qué gente?
MARQ. Gente que aguarda
saber de aqueste alboroto
la ocasión.
TENORIO. Esta es la capa
que dijo el Comendador
en las postreras palabras.
OCTAVIO. Prendanle.
MARQ. ¿Prenderme á mí?
TENORIO. Volved la espada á la vaina,
que la mayor valentía
es no tratar de la espada.

ESCENA XVII

Sale el REY.—DICHOS.

TENORIO. Señor: aquí está el Marqués.
MARQ. ¿Vuestra Alteza á mí me manda
prender?
REY. Llevalde y ponelde
la cabeza en una escarpia.
¿En mi presencia te pones?
MARQ. Señor: mi inocencia...
REY. Basta.
Llevalde luego á una torre.
MARQ. ¡Ay, glorias de amor tiranas,
siempre en el pasar ligeras
como en el venir pesadas!
Bien dijo un sabio, que había
entre la boca y la taza
peligro; pero el enojo
del Rey me admira y espanta.
¿No sabré por qué voy preso?
TENORIO. ¿Quién mejor sabrá la causa
que vuestra señoría?
MARQ. ¿Yo?

TENORIO. Vamos.
MARQ. ¡Confusión extraña! (*Vanse.*)
REY. Fulmínesele el proceso
al Marqués luego, y mañana
le cortarán la cabeza;
y al Comendador, con cuanta
solemnidad y grandeza
merece nobleza tanta,
se le haga luego un sepulcro
de bronce y de piedra párea,
adonde góticas letras
den lenguas á su venganza.
¿Dónde doña Ana se fué?
DUQUE. Fuese al sagrado doña Ana
de mi señora la Reina.
REY. Ha de sentir esta falta
Castilla y el reino todo
su defensa en esta espada,
y tan gran Comendador
ha de llorar Calatrava. (*Vanse.*)

ESCENA XVIII

Salen los VILLANOS *y cantan.*

MÚSICO. «Lindo sale el sol de Abril,
por trébol y torongil,
y, aunque le sirve de estrella,
Arminta sale más bella.»
GACENO. Ya, Batricio, os he entregado
el alma y ser en mi Arminta.
BATRIC. Por eso se baña y pinta
de más colores el prado;
con deseos la he ganado,
con obras la he merecido.
MÚSICO. Tal mujer y tal marido
vivan juntos años mil.
«Lindo sale el sol de Abril
por trébol y torongil.»
BATRIC. No sale así el sol de Oriente
como el sol que al alma sale,
que no hay sol que al sol se iguale
de sus niñas y su frente;
deste sol claro y luciente
que eclipsa al sol su arrebol,
y ansí cantalde á mi sol
motetes de mil en mil.
MÚSICO. «Lindo sale,» *etc.*
ARMINTA. Batricio: aunque lo agradezco,
falso y lisonjero estás;
mas si tus rayos me das,
por ti ser luna merezco.
Tú eres el sol por quien crezco
después de salir menguante,
para que el alma te cante
la salva en tono sutil.
MÚSICO. «Lindo sale,» *etc.*

ESCENA XIX

Sale un PASTOR.—DICHOS.

PASTOR. Alcaldes: el desposorio
huéspedes ha de tener.
GACENO. A todo el mundo ha de ser
este contento notorio.
BATRIC. ¿Quién viene?
PASTOR. Don Juan Tenorio.
GACENO. ¿El viejo?
PASTOR. No ese don Juan,
sino su hijo el galán.
Téngolo por mal agüero,
que en bodas un caballero
quita gusto y penas da.
BATRIC. Pues ¿quién noticias le dió
de mis bodas?
PASTOR. De camino
pasa á Lebrija.
BATRIC. Imagino
que el demonio le envió.
Mas ¿de qué me aflijo yo?
Vengan á mis dulces bodas
del mundo las gentes todas;
mas con todo, un caballero
en mis bodas ¡mal agüero!
GACENO. Venga el Coloso de Rodas,
el Cura y el Preste Juan
y don Alonso el Onceno
con su corte, que en Gaceno
ánimo y valor verán.
Montes en casa hay de pan,
Guadalquivid es (1) de vino,
Babilonia es (2) de tocino,
y entre ejércitos cobardes
de aves, ¿para qué los lardes,
el pollo y el palomino?
Venga tan gran caballero
á ser hoy en Dos Hermanas
honra destas nobles canas.
PASTOR. Es hijo del Camarero
mayor.
BATRIC. Todo es mal agüero
para mí, pues le han de dar
junto á mi esposa lugar.
Aún no gozo, y ya los cielos
me están condenando á celos.
Amor, sufrir y callar.

ESCENA XX

Salen DON JUAN *y* CATALINÓN *de camino.*—DICHOS.

D. JUAN. Pasando acaso he sabido
que hay bodas en el lugar,
y dellas quise gozar,
pues tan venturoso he sido.
GACENO. Vuestra señoría ha venido
á honrallas y engrandecellas.
BATRIC. Yo, que soy el dueño dellas,
dígoos también que vengáis
enhoramala.
PAST. 1.° ¿No dais
lugar á este caballero?
D. JUAN. Con vuestra licencia, quiero
sentarme aquí.
BATRIC. Si os sentáis
delante de mí, señor,
seréis de aquesa manera
el novio.
D. JUAN. Cuando lo fuera,
no eligiera lo peor.

(1) Así en el original; debe de ser «Guadalquivires».
(2) De seguro «Babilonias».

GACENO. Que es el novio.
D. JUAN. De mi error
y ignorancia perdón pido.
BATRIC. ¿Es posible que he de ser
en todo tan desgraciado?
CATALIN. ¡Desdichado tú, que has dado
en manos de Lucifer!
D. JUAN. ¿Posible es que vengo á ser,
señora, tan venturoso?
Envidia tengo al esposo.
ARMINT. Parecéisme lisonjero.
BATRIC. Bien dije que es mal agüero
en bodas un poderoso.
D. JUAN. Hermosas manos tenéis
para esposa de un villano.
CATALIN. Si al juego le dais la mano,
vos la mano perderéis.
BATRIC. ¡Celos, muerte no me déis!
GACENO. Ea, vamos á almorzar,
porque pueda descansar
un rato su señoría.
D. JUAN. ¿Por qué la escondéis?
ARMINT. No es mía.
GACENO. Ea, volved á cantar.
D. JUAN. ¿Qué dices desto?
CATALIN. Que temo
muerte vil destos villanos.
D. JUAN. Buenos ojos, blancas manos,
en ellos me abraso y quemo.
CATALIN. Almagrar y echar á extremo;
con ésta cuatro serán.
D. JUAN. Ven, que mirándome están.
BATRIC. Bien dije que es mal agüero
de mis bodas.
GACENO. Cantad.
BATRIC. Muero.
CATALIN. Canten, que ellos llorarán.
MÚSIC. «Lindo sale el sol de Abril
por trébol y toronjil», *etc.*

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale BATRICIO *solo.*

Celos, átomos de amor,
y entre los ojos gigantes,
á la muerte semejantes
y al infierno en el dolor:
dejadme, no me canséis
con iras y desconsuelos,
que en azul parecéis cielos,
y como infiernos ardéis.
¿Qué me quieres, caballero,
que me atormentas aquí?
Bien dije, cuando le vi
en mis bodas, ¡mal agüero!
¿No es bueno que se sentó,
á cenar con mi mujer,
y á mí en el plato meter
la mano no me dejó,
pues cuando llegar quería,
con furia la desviaba
diciendo cuando llegaba;
«¡grosería, grosería!»
No se apartó de su lado
hasta cenar, de manera
que todos pensaban que era
yo padrino, él desposado.
Y si decirle quería
algo á mi esposa, gruñendo
me la apartaba diciendo:
«¡grosería, grosería!»
¡Qué vea clara mi afrenta,
y no pueda yo decir
el mal que me hace morir!
No sé qué diga ó qué sienta
en tan dudosa porfía,
pues llegándome á quejar
á todos, todo el lugar
con risa me respondía:
«Eso no es cosa que importe,
no tenéis de qué temer;
callad, que debe de ser
uso de allá de la Corte.»
¡Buen uso; trato extremado!
Más no se usara en Sodoma,
que otro con la novia coma
y que ayune el desposado.
Pues el otro bellacón,
á cuanto comer quería,
«¿esto no come?» decía,
«no tiene, señor, razón»
y de la mano al momento
me lo quitaba. Corrido
estoy; pienso que esto ha sido
culebra y no casamiento.
Ya no se puede sufrir
ni entre cristianos pasar.
Ya acabado de cenar
con los dos, ¿mas que á dormir
con mi mujer, pues es mía,
estorbo me ha de poner
y que ha de venir á ser
grosería, grosería?
Mas el viene: ¿qué he de hacer?
Esconderme por no velle
antes que aquí me atropelle;
mas ¡ay! que no he de poder.

ESCENA II

Sale DON JUAN *solo.*—DICHO.

D. JUAN. Batricio.
BATRIC. ¿Qué es lo que manda
vueseñoría?
D. JUAN. El amor
con tal ira y tal furor
en el alma se desmanda,
que lo que encubrir quería
la boca no ha de poder.
BATRIC. ¿Mas que ha de venir á ser:
«grosería, grosería»?
D. JUAN. Yo, ha muchos días, Batricio,
que á Arminta el alma le di
y he gozado.
BATRIC. ¿Su honor?
D. JUAN. Sí.

BATRIC. Manifiesto y claro indicio
de lo que han visto mis ojos;
que si bien no le quisiera
Arminta, no permitiera
contra mí tantos enojos.
D. JUAN. Yo al fin con nombre de esposo
ha seis meses que soy dueño
de su honor; mi amor te enseño
en trance que es tan forzoso.
Esta es, Batricio, verdad,
siendo por tan justo intento
clandestino el casamiento
y fingida esa amistad.
Por mi padre y por el Rey
entre los dos encubierto
tuvimos este concierto,
y así no es razón y ley
que tú dos almas dividas,
que aunque las gentes lo ignoran,
así se estiman y adoran,
ni este matrimonio impidas.
Fuera de que de otra suerte
satisfacerme podré,
y á todo el mundo daré,
si me lo impide, la muerte.
BATRIC. Si tú en mi elección lo pones,
tu gusto pretendo hacer,
que el honor y la mujer
son malos en opiniones.
El honor en opinión
siempre más pierde que gana,
porque es como la campana
que se estima por el son.
Y así es cosa averiguada
que su honor viene á perder
cuando cualquiera mujer
suena á campana quebrada.
Gózala, señor, mil años,
que yo quiero resistir
desengaños y morir,
por no vivir con engaños. (*Vase.*)

ESCENA III

DON JUAN, *sólo.*

D. JUAN. Con el honor le vencí,
porque siempre los villanos
tienen su honor en las manos,
y siempre miran por sí.
Que por tantas falsedades
es bien que se entienda y crea
que el honor se fué á la aldea
huyendo de las ciudades.
Bien lo supe negociar:
gozarla sin miedo espero.
La noche camina, quiero
su viejo padre engañar.
¡Oh, estrellas que me miráis:
dadme en este engaño suerte,
si el castigo, hasta la muerte,
tan largo me lo fiáis! (*Vase.*)

ESCENA IV

Salen ARMINTA *y* BELISA.

BELISA. Mira que viene tu esposo;
entra á desnudarte, Arminta.
ARMINTA. Destas infelices bodas
no sé qué sienta, Belisa.
Di: ¿qué caballero es éste
que de mis gustos me priva?
Todo mi Batricio ha estado
bañado en melancolía;
todo en confusión y en celos;
mira qué grande desdicha.
¡Mal hubiese el caballero
que mis contentos me quita!
La desvergüenza en España
se hace ya caballería.
Déjame, que estoy sin seso;
déjame, que estoy perdida.
¡Mal hubiese el caballero
que mis contentos me quita!
BELISA. Entra, que pienso que viene,
que nadie en el cuarto pisa
de un desposado tan recio.
ARMINTA. Queda á Dios, Belisa mía.
BELISA. Desenójale en tus brazos.
ARMINTA. Plegue á los cielos que sirvan
mis suspiros de requiebros,
mis lágrimas de caricias. (*Vanse.*)

ESCENA V

Sale DON JUAN, GACENO *y* CATALINÓN.

D. JUAN. Gaceno: quedad con Dios.
GACENO. Acompañaros quería,
por dalle de esta ventura
el parabién á mi hija.
D. JUAN. Tiempo mañana nos sobra,
bien decís.
GACENO. El alma mía
en la muchacha os entrego.
D. JUAN. Mi esposa diréis. Tú ensilla,
Catalinón.
CATALIN. ¿Para cuándo?
D. JUAN. Para el alba, que de risa
muerta ha de salir mañana
deste engaño.
CATALIN. Allá en Lebrija,
señor, nos está aguardando
otra boda; por tu vida
que despaches presto en ésta.
D. JUAN. La burla más escogida
de todas ha de ser ésta.
CATALIN. Sí, señor, mas no querría
que saliésemos burlados,
ó nos costase las vidas
esta fiesta.
D. JUAN. Si es mi padre
el dueño de la justicia
y es la privanza del Rey,
¿qué temes?
CATALIN. De los que privan
suele Dios tomar venganza,
y con rigor los castiga
cuando cometen pecados
de Dios en la cara misma.
Y si en las casas de juego
prenden también al que mira,
yo he sido mirón del tuyo,
y por mirón no querría
que algún rayo abrasador

me convirtiese en ceniza.
D. JUAN. Vete á ensillar, que mañana
he de dormir en Sevilla.
CATALIN. ¿En Sevilla?
D. JUAN. Sí.
CATALIN. ¿Qué dices?
Mira lo que has hecho, y mira
que hay castigo, pena y muerte.
D. JUAN. Si tan largo me lo fías,
vengan engaños.
CATALIN. Señor.
D. JUAN. Vete, que ya me amohinas.
¡Vive el cielo, que te mate!
CATALIN. Fuerza al turco, fuerza al scita,
al persa y al agramante (1),
al japón y al troglodita;
fuerza al etíope, al tracio
y al sastre, con la agujita
de oro en la mano, imitando
contino á la blanca niña. *(Vase.)*

ESCENA VI

DON JUAN y ARMINTA.

D. JUAN. La noche aprisa los cielos
con pies de azabache pisa
huyendo de los mortales,
en cuya frente avecina,
en ricos apretadores,
estrellas por piedras brillan.
Quiero llegar á la cama.
Arminta.
ARMINTA. ¿Quién llama á Arminta?
¿Es mi Batricio?
D. JUAN. No soy
tu Batricio.
ARMINTA. Pues ¿quién?
D. JUAN. Mira
despacio, Arminta, quién soy.
ARMINTA. ¡Ay, de mí! Yo soy perdida.
¿En mi aposento á estas horas?
D. JUAN. Estas son las horas mías.
ARMINTA. Volveos, porque daré voces;
no excedáis la cortesía
que á mi Batricio se debe.
Ved que hay romanas Emilias
en Dos Hermanas también,
y hay Lucrecias vengativas.
D. JUAN. Escúchame dos palabras,
y esconde de las mejillas
en el corazón la grana,
en ti más preciosa y tibia.
ARMINTA. Idos, que vendrá mi esposo.
D. JUAN. Yo lo soy. ¿De qué te admiras?
ARMINTA. ¿Desde cuándo?
D. JUAN. Desde ahora.
ARMINTA. ¿Quién lo ha tratado?
D. JUAN. Mi dicha.
ARMINTA. ¿Sábelo Batricio?
D. JUAN. Sí,
que te olvida.
ARMINTA. ¿Que me olvida?
D. JUAN. Sí, porque te adoro.
ARMINTA. ¿Cómo?
D. JUAN. Con mis dos brazos.
ARMINTA. Desvía.
D. JUAN. ¿Cómo puedo, si es verdad
que muero?
ARMINTA. ¡Qué gran mentira!
D. JUAN. Arminta: escucha y sabrás,
si quieres que te la diga,
la verdad, si las mujeres
sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
cabeza de la familia
de los Tenorios antiguos
ganadores de Sevilla.
Mi padre, después del Rey,
se reverencia y se estima
en la corte, y de sus labios
penden las muertes y vidas.
Torciendo el camino, acaso
llegué á verte, que amor guía
tal vez las cosas de suerte
que él mismo dellas se admira.
Vite, adoréte, abraséme,
y de suerte, que me obliga
á que contigo me case:
mira qué acción tan precisa.
Y aunque lo murmure el reino,
y aunque el Rey lo contradiga,
y aunque mi padre, enojado,
con amenazas lo impida,
tu esposo tengo de ser,
dando en tus ojos envidia
á los que viere en su sangre
la venganza que imagina.
Ya Batricio ha desistido
de su acción, y aquí me envía
tu padre á darte la mano.
¿Qué dices?
ARMINTA. No sé qué diga,
que se encubren tus verdades
con retóricas mentiras.
Porque si estoy desposada,
como es cosa conocida,
con Batricio, el matrimonio,
¿cómo puede ser que sirva?
D. JUAN. En no siendo consumado,
por engaño ó por malicia
puede anularse.
ARMINTA. Es verdad;
mas ¡ay, Dios! que no querría
que me dejases burlada
cuando mi esposo me quitas.
D. JUAN. Ahora bien: dame esos brazos,
y esta voluntad confirma
con ellos.
ARMINTA. ¿Qué, no me engañas?
D. JUAN. Mío el engaño sería.
ARMINTA. Jura que me cumplirás
la palabra y fe debida.
D. JUAN. Juro á esta mano, señora,
infierno de nieve fría,
de cumplirte la palabra.
ARMINTA. Jura á Dios que te maldiga
si no lo cumples.
D. JUAN. Si acaso
la palabra y la fe mía

(1) Debe de querer decir «garamanta».

te faltare, ruego á Dios
que á traición y alevosía
me dé muerte un hombre (muerto,
que vivo Dios no permita).
ARMINTA Pues con ese juramento
soy tu esposa.
D. JUAN. El alma mía
entre los brazos te ofrezco.
ARMINTA. Tuya es el alma y la vida.
D. JUAN. ¡Ay, Arminta de mis ojos!
mañana sobre virillas
de tersa plata, estrelladas
con clavos de oro de Tíbar
pondrás los hermosos pies,
y en prisión de gargantillas
la alabastrina garganta,
y los dedos en sortijas,
en cuyo engaste parezcan
estrellas las amatistas,
y en cuyas orejas pendan
transparentes perlas limpias.
ARMINTA. Tuya soy.
D. JUAN. ¡Qué mal conoces
el burlador de Sevilla! *(Vanse.)*

ESCENA VII

Salen DON PEDRO TENORIO *é* ISABELA.

DON PEDRO.

¿De qué sirve, Isabela,
la tristeza en el alma y en los ojos,
si amor todo es cautela
y siempre da tristeza por despojos;
y sus mayores bienes
son tormento, temor, pena y desdenes?
Cuando de la ribera
de Nápoles partiste fué muy justo
sentir su pena fiera,
mas ya puedes trocar la pena en gusto
y mostrar alegría,
pues se pone tu noche y sale el día.
Si ya don Juan te aguarda
para enlazar tu mano hermosa y bella,
aún el bien no se tarda:
suspende el triste llanto y la querella,
si es su casa en Sevilla
una de las mejores de Castilla.

ISABELA.

No nace mi tristeza
del ser esposa de don Juan, que el mundo
conoce su nobleza;
en la esparcida voz mi agravio fundo,
y esta ocasión perdida
he de llorar mientras tuviere vida.

DON PEDRO.

Muy presto entre sus brazos,
como el olmo y la hiedra vividora,
os daréis tiernos lazos.

ISABELA.

Hasta verse en el tálamo que adoro,
el honor, afligida
he de llorar esta opinión perdida.

DON PEDRO.

Allí una pescadora
está sobre un peñasco al mar mirando,
y dulcemente llora,
y al cristalino cielo quejas dando,
pidiendo esta venganza,
perdida de algún bien ya la esperanza.
Quiero llegar por ella,
para que aquí te haga compañía;
dirásle tu querella,
y mientras yo con el sereno día
desembarco la gente,
lamentaréis las dos más dulcemente. *(Vase.)*

ISABELA.

¡Que me robase el sueño
la prenda que estimaba y más quería!
¡Oh riguroso empeño
de la verdad, oh máscara del día,
noche al fin tenebrosa,
antípoda del sol, del sueño esposa!

ESCENA VIII

Sale la PESCADORA.—DICHA.

PESCADORA.

Robusto mar de España,
ondas del fuego en fugitivas olas,
cuya costa el mar baña
dándole por tributo conchas solas,
aunque á veces preñadas
de traiciones en ti medio anegadas.
Pues conoces mis quejas
y de ti mis tormentos han nacido,
á tus sordas orejas
quiero dar voces, pues la causa has sido
de que el honor perdiera
la que siempre cruel con hombres era.

ISABELA.

¿Por qué del mar te quejas?
¿Estás del mar celosa, pescadora?

PESCADORA.

El mar parió mis quejas.
¡Dichosa vos, que sin cuidado ahora
dél os estáis riendo!

ISABELA.

También furias del mar estoy sintiendo.

PESCADORA.

¿Sois vos la Europa hermosa
que estos toros os llevan á Sevilla?

ISABELA.

Llévanme á ser esposa
contra mi voluntad.

PESCADORA.

Si mi mancilla
á lástima os provoca,
mi llanto oid, pues por mujer os toca.
Del agua derrotado,
á esta arena llegó un don Juan Tenorio,
difunto y anegado.
Amparéle, hospedéle en tan notorio
peligro, y el vil huésped

vívora fué á mi planta en tierno césped.
Con engaño y mentira,
dándome aquí de esposo la palabra,
el que á robar aspira
honor, me le quitó, que en traición labra
cuando, en vez de verdades,
son sus dulces palabras falsedades.

ISABELA.

Calla, mujer maldita;
vete de mi presencia, que me has muerto;
mas si el dolor te incita,
no tienes culpa tú; prosigue: ¿es cierto?

PESCADORA.

Tan claro es como el día.

ISABELA.

¡Mal haya la mujer que en hombres fía!
Pero sin duda el cielo
á ver estas cabañas me ha traído,
y de ti mi consuelo
en tan grave pasión ha renacido
para venganza mía.
¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

PESCADORA.

Que me llevéis os ruego
con vos, señora, á mí y á un viejo padre,
porque de aqueste fuego
la venganza me dé, más que me cuadre,
y al Rey pida justicia
deste engaño y traición, desta malicia.
Anfriso, en cuyos brazos
me pensé ver en tálamo dichoso
dándole eternos lazos,
conmigo ha de ir, que quiere ser mi esposo.

ISABELA.

Ven en mi compañía.

PESCADORA.

¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

(Vanse.)

ESCENA IX

Salen DON JUAN *y* CATALINÓN.

CATALIN. Todo en mal estado está.
D. JUAN. ¿Cómo?
CATALIN. Que Octavio ha sabido
la traición de Italia ya,
y el de la Mota ofendido,
al Rey grandes quejas da.
Dicen que viene Isabela
á que seas su marido,
y dicen...
D. JUAN. Calla.
CATALIN. Una muela
en la boca me has rompido.
D. JUAN. Hablador: ¿quién te revela
tanto disparate junto?
CATALIN. ¿Disparate?
D. JUAN. Disparate.
CATALIN. Verdades son.
D. JUAN. No pregunto
si lo son; cuando me mate
Octavio: ¿estoy yo difunto?
¿No tengo manos también?
¿Dónde me tienes posada?
CATALIN. En calle oculta.
D. JUAN. Está bien.
CATALIN. La iglesia es tierra sagrada.
D. JUAN. Di que de día me den
en ella la muerte. ¿Viste
al novio de Dos Hermanas?
CATALIN. Allí le vi ansiado y triste.
D. JUAN. Arminta estas dos semanas
no ha de caer en el chiste.
CATALIN. Tan bien engañada está,
que se llama doña Arminta.
D. JUAN. Graciosa burla será.
CATALIN. Graciosa burla y sucinta;
mas ella la llorará.
D. JUAN. ¿Qué sepulcro es este?
CATALIN. Aquí
don Gonzalo está enterrado.
D. JUAN. Este es á quien muerte di.
¡Gran sepulcro le han labrado!
CATALIN. Ordenólo el Rey así.
¿Cómo dice este letrero?
D. JUAN. «Aquí aguarda del Señor,
el más leal caballero,
la venganza de un traidor.»
Del mote reirme quiero.
¿Y habéisos vos de vengar,
buen viejo, barbas de piedra?
CATALIN. No se las podrá pelar
quien barbas tan fuertes medra.
D. JUAN. Áquesta noche á cenar
os aguardo en la posada,
y allí el desafío haremos,
si la venganza os agrada.
Pero mal reñir podremos
si es de piedra vuestra espada.
CATALIN. Justo es estar prevenido,
si contigo ha de comer.
D. JUAN. Larga esta venganza ha sido;
si es que vos la habéis de hacer
bien puedo vivir dormido,
que si á la muerte aguardáis
la venganza, la esperanza
agora es bien que perdáis,
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fiáis. *(Vanse.)*

ESCENA X

Salen dos CRIADOS *con una mesa puesta.*

CRIAD. 1.º Apercibamos la cena,
que vendrá á cenar don Juan.
CRIAD. 2.º Las mesas puestas están;
mas ¿quién á don Juan ordena
venir temprano á cenar,
si á veces suele venir
cuando el sol quiere salir?
CRIAD. 1.º Para tener más lugar
de rondar de noche, ordena
cenar temprano.

ESCENA XI

Salen DON JUAN *y* CATALINÓN.—DICHOS.

D. JUAN. ¿Cerraste?
CATALIN. Ya cerré como mandaste.

D. JUAN. ¡Hola! Tráiganme la cena.
CRIAD. 2.º Aquí está.
D. JUAN. Catalinón:
siéntate.
CATALIN. Yo soy amigo
de cenar á solas.
D. JUAN. Digo
que lo hagas.
CATALIN. ¡Fuerte ocasión!
Ya voy.
D. JUAN. También es camino
éste, si cenas en él
conmigo. (*Golpes.*)
CATALIN. ¡Golpe cruel!
D. JUAN. Que llamaron imagino.
Mira quién llama.
CRIAD. 1.º Ya voy.
CATALIN. Si es la Justicia, señor.
D. JUAN. Sea; no tengas temor.
(*Retírase huyendo el* Criado *que fué á ver quién llamaba.*)
CATALIN. ¡Ay de mí! Confuso estoy.
D. JUAN. Habla. ¿Qué tienes? ¿qué has visto?
CATALIN. De algún mal da testimonio.
D. JUAN. ¿Asombróte algún demonio?
¿Cómo el enojo resisto? (*Golpes.*)
CATALIN. Más golpes dan á la puerta.
D. JUAN. Corre tú, mira quién es.
CATALIN. ¿Yo, señor?
D. JUAN. Mueve los pies.
¿Quién llama?

ESCENA XII

Sale DON GONZALO, *el caballero que mató, armado de punta en blanco, con el hábito.*—DICHOS.

D. GONZ. Yo.
D. JUAN. ¿Quién?
D. GONZ. Soy el caballero honrado
que á cenar has convidado.
D. JUAN. Cena habrá para los dos,
y si vienen más contigo,
para todos cena habrá:
Ya puesta la mesa está:
siéntate.
CATALIN. Dios sea conmigo.
D. JUAN. Catalinón: siéntate
junto al muerto.
CATALIN. Ya he cenado;
cena con tu convidado,
que yo no sé si podré.
D JUAN. Siéntate. Si oir cantar
quieres, cantarán.
CATALIN. Sí dijo.
D. JUAN. Cantad.
CATALIN. Tiene el señor muerto
buen gusto; es noble por cierto
y amigo de regocijo.
(*Cantan los* Músicos.)
MÚSICOS. «Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte
el galardón á la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!»
CATALIN. O es sin duda veraniego,
ó el ser muerto debe ser
hombre de poco comer.
Temblando al plato me llego.
D. JUAN. Háblale.
CATALIN. Vue señoría
¿está bueno? ¿Es buena tierra
la otra vida? ¿Es llano ó sierra?
¿Préciase allá la poesía?
D. JUAN. A todo dice que sí
con la cabeza.
CATALIN. ¿Hay allá
muchas tabernas? Sí habrá,
si Noé reside allí.
(*Cantan.*) «Si este plazo me convida
para que serviros pueda,
pues larga vida me queda,
dejad que pase la vida.
Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte,
el galardón á la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!»
CATALIN. ¿Con cuál de las que has burlado,
estos músicos, señor,
hablan?
D. JUAN. De todas me río,
amigo, en esta ocasión.
En Nápoles á Isabela
burlé.
CATALIN. Esa ya no es hoy
burlada, pues que te casas
con ella, como es razón.
Burlaste á la pescadora,
y del mar te redimió,
pagándole el hospedaje
en moneda de rigor.
Burlaste á doña Ana...
D. JUAN. Calla,
que hay parte aquí que lastó
por ella, y vengarse piensa.
CATALIN. Es hombre de gran valor,
que él es piedra y tú eres carne;
no es buena resolución.
(*Hace señas el muerto que quiten la mesa.*)
D. JUAN. ¡Hola! quitad esas mesas,
que hace señas que los dos
nos quedemos y se vayan
los demás.
CATALIN. Malo; por Dios,
no te quedes, porque hay muerto
que mata de un mojicón
un gigante.
D. JUAN. Salíos todos.
A ser yo Catalinón. (*Hace señas.*)
Vete. ¿Que cierre la puerta?
Ya está cerrada, y ya estoy
aguardando lo que quieres,
sombra, fantasma ó visión.
Si andas en pena ó si buscas
alguna satisfacción,
aquí estoy, dímelo á mí,
que mi palabra te doy
de hacer todo lo que ordenes.
¿Estás gozando de Dios,
eres alma condenada,
ó de la eterna región
dite la muerte en pecado?
Habla, que aguardando estoy.

D. Gonz. ¿Cumplirásme una palabra
como caballero?
D. Juan. Honor
tengo y las palabras cumplo,
porque caballero soy.
D. Gonz. Dame la mano, no temas.
D. Juan. ¿Eso dices? ¡Yo temor!
Si fueras el mismo infierno,
la mano te diera yo.
D. Gonz. Bajo esa palabra y mano,
mañana á las diez te estoy
para cenar aguardando.
¿Irás?
D. Juan. Empresa mayor
entendí que me pedías.
Mañana tu huésped soy.
¿Dónde he de ir?
D. Gonz. A la Capilla.
D. Juan. ¿Iré sólo?
D. Gonz. No, id los dos,
y cúmpleme la palabra,
como la he cumplido yo.
D. Juan. Digo que la cumpliré,
que soy Tenorio.
D. Gonz. Y yo soy
Ulloa.
D. Juan. Yo iré sin falta.
D. Gonz. Yo lo creo; adiós.
D. Juan. Adiós.
Aguarda, te alumbraré.
D. Gonz. No alumbres, que en gracia estoy.
(Vase.)

ESCENA XIII

Don Juan, *solo.*

D. Juan. ¡Válgame Dios! Todo el cuerpo
se ha bañado de un sudor
helado, y en las entrañas
se me ha helado el corazón.
Un aliento respiraba,
organizando la voz,
tan frío, que parecía
infernal respiración.
Cuando me tomó la mano,
de suerte me la abrasó,
que un infierno parecía
más que no vital calor.
Pero todas son ideas
que da á la imaginación
el temor, y temer muertos
es más villano temor.
Si un cuerpo con alma noble,
con potencias y razón,
y con ira, no se teme,
¿quién cuerpos muertos temió?
Iré mañana á la iglesia
donde convidado estoy,
por que se admire y espante
el mundo de mi valor. *(Vase.)*

ESCENA XIV

Salen el Rey *y* Don Pedro Tenorio.

Rey.
¿Llegó, en fin, Isabela?
Don Pedro.
Y disgustada.
Rey.
Don Juan pondrá remedio hoy á su queja.
Don Pedro.
Siente, señor, el nombre de infamada,
y viendo que de Nápoles se aleja,
con disgusto llegó, aunque confiada,
pues sus agravios hoy en manos deja
de vuestra Majestad, en quien confía
que trocará su llanto en alegría.

ESCENA XV

Sale el Duque Octavio.—Dichos.

Octavio.
Huélgome, gran señor, que esté presente
don Pedro, de don Juan gallardo tío,
para que á voces te publique y cuente
la justa queja del agravio mío.
De tu mano real está pendiente
satisfacer mi honor, y así confío
que vuestra Majestad desta cautela
dará satisfacción hoy á Isabela.
Don Pedro.
Duque: siempre los nobles caballeros
son cortos en palacio de razones.
Octavio.
Don Pedro: en la campaña tengo aceros.
Don Pedro.
Yo tantos como aceros, corazones.
Octavio.
Yo almas.
Don Pedro.
Yo potencias.
Rey.
Caballeros:
bueno está.
Don Pedro.
¡Vive Dios!
Octavio.
Si no te pones
en medio.
Don Pedro.
Si no atajas lo que digo,
¡vive Dios!
Octavio.
¡Vive Dios!
Rey.
Venid conmigo. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Queda el Duque Octavio.

Octavio.
¿A quién tan gran desdicha ha sucedido
como á mí me sucede? Confiado
en un traidor amigo, que hoy ha sido
Sinón fingido, por quien yo culpado

de Isabela seré, pues ha perdido
lo que en el mundo tanto se ha estimado.
Mas si el Rey no la venga deste agravio,
la venganza ha de hacer el Duque Octavio.
(*Vase.*)

ESCENA XVII

Salen el MARQUÉS *y* TENORIO, *el viejo.*

TENORIO. Muy bien le podéis quitar
las prisiones al Marqués.
MARQ. Si para mi muerte es,
albricias os quiero dar.
TENORIO. El Rey os manda soltar
de la prisión.
MARQ. ¿Si ha sabido
mi inocencia y el que ha sido
desta maldad agresor?
Que callo por vuestro honor,
aunque estoy tan ofendido.
TENORIO. ¿Por mi honor? ¿Si á vuestro tío
matáis, soy culpado yo?
MARQ. Porque don Juan le mató,
y á mí la culpa me echáis.
A don Juan mi capa di.
¡Ah, engañoso caballero!
Sin culpa padezco y muero.
TENORIO. ¿Qué decís?
MARQ. Que esto es ansí:
un recado recebí
para que á mi prima goce,
de quien su error conoce,
pues, engañoso y cruel,
fué á las once para él,
y para mí fué á las doce.
Y aunque siento que matase
á mi tío, más sentido
estoy y más ofendido
de que á mi prima gozase. (*Vanse.*)

ESCENA XVIII

Salen DON JUAN *y* CATALINÓN.

CATALIN. ¿Cómo el Rey te recibió?
D. JUAN. Con más amor que mi padre.
CATALIN. ¿Viste á Isabela?
D. JUAN. También.
CATALIN. ¿Cómo viene?
D. JUAN. Como un ángel.
CATALIN. ¿Recibióte bien?
D. JUAN. El rostro
bañado de leche y sangre,
como la rosa que al alba
revienta la verde cárcel.
CATALIN. Vamos, si te has de vestir,
que te aguardarán y es tarde.
D. JUAN. Otro negocio tenemos
que hacer, aunque nos aguarden.
CATALIN. ¿Cuál es?
D. JUAN. Cenar con el muerto.
CATALIN. Necedad de necedades.
D. JUAN. ¿No ves que di mi palabra?
CATALIN. Ya está cerrada la Iglesia.
D. JUAN. Llama.
CATALIN. ¿Qué importa que llame?
¿Quién tiene de responder,
si duermen los sacristanes?
D. JUAN. Llega á ese postigo.
CATALIN. Abierto
está.
D. JUAN. Pues entra.
CATALIN. Entre un fraile
con hisopo y con estola.
D. JUAN. Sígueme y calla.
CATALIN. Que calle...
(*Entran por dentro del vestuario.*)
¡Ay, de mí! tenme, señor,
porque de la capa me asen.

ESCENA XIX

Salé el MUERTO.—DICHOS.

D. JUAN. ¿Quién va allá?
D. GONZ. Yo.
D. JUAN. ¿Quién sois vos?
D. GONZ. El muerto soy, no te espantes.
No entendí que me cumplieras
la palabra, según haces
burla de todos.
D. JUAN. ¿Me tienes
en opinión de cobarde?
D. GONZ. Sí, porque de mí huiste
la noche que me mataste.
D. JUAN. Huí de ser conocido;
mas ya me tienes delante:
di presto lo que me quieres.
D. GONZ. Quiero á cenar convidarte.
D. JUAN. Cenemos.
D. GONZ. Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.
D. JUAN. Y, si te importa,
levantaré esos pilares.
D. GONZ. Valiente estás.
D. JUAN. Tengo brío,
y corazón en las carnes.
D. GONZ. Siéntate tú.
CATALIN. Yo, señor,
he merendado esta tarde.
Cena con tu convidado.
D. JUAN. Ea, pues, he de enojarme;
siéntate, acaba.
CATALIN. ¡Ay de mí!
D. GONZ. También quiero que te canten.
(*Cantan:*) «Adviertan los que de Dios
juzgan los castigos tarde,
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.»
CATALIN. ¿Qué plato es éste, señor?
D. GONZ. Este plato es de alacranes
y víboras.
CATALIN. Gentil plato
para el que trae buena hambre.
¿Es bueno el vino, señor?
D. GONZ. Pruébale.
CATALIN. Hiel y vinagre
es este vino.
D. GONZ. Este vino
exprimen nuestros lagares.
¿No comes tú?
D. JUAN. Comeré

si me dieses áspid á áspid
cuantos el infierno tiene.

D. GONZ. Otra vez quiero que canten.
(*Cantan la copla postrera.*)

CATALIN. ¡Malo es aquesto, por Cristo!
Dime, señor, ¿no escuchaste
la canción? Contigo habla.

D. JUAN. Un hielo el pecho me parte.

CATALIN. Come deste guisadillo.

D. JUAN. Ya he cenado; haz que levanten
las mesas.

D. GONZ. Dame esa mano,
no temas; la mano dame.

D. JUAN. ¿Yo temor? Toma. ¡Ay de mí!
que me abraso; no me abrases
con tu fuego.

D. GONZ. Aqueste es poco
para el fuego que buscaste,
y así, tienes de pagar
las doncellas que burlaste.

D. JUAN. A tu hija no ofendí,
que vió mis engaños antes.

D. GONZ. No importa, que ya pusiste
tu intento.

D. JUAN. Deja que llame
quien me confiese y absuelva.

D. GONZ. No hay lugar, ya acuerdas tarde.
Las maravillas de Dios
son, don Juan, investigables,
y así quiere que tus culpas
á manos de un muerto pagues.

D. JUAN. No me aprietes: ¡tente, tente!
Con la daga he de matarte;
mas ¡ay! que me abrasa el fuego,
y serán golpes al aire.

D. GONZ. «Esta es justicia de Dios:
quien tal hace que tal pague.»

D. JUAN. ¡Que me quemo, que me abraso!
¡Muerto soy!

CATALIN. No hay quien se escape.
¡San Panuncio, San Antón,
sacadme libre á la calle!
(*Tiran el carretón ó se hunden.*)

ESCENA XX

Salen el REY, TENORIO, *el* MARQUÉS DE LA MOTA, ISABELA, *la* PESCADORA *y acompañamiento.*

TENORIO. Ya el Marqués, señor, espera
besar vuestros pies reales.

PESCAD. Si Vuestra Alteza, señor,
de don Juan Tenorio no hace
justicia, á Dios y á los hombres,
mientras viva he de quejarme.
Derrotado le echó el mar;
dile vida y hospedaje,
y pagóme esta amistad
con mentirme y engañarme
con nombre de mi marido.

REY. ¿Qué dices?

ISABELA. Dice verdades.

MARQ. Pues es tiempo, gran señor,
que á luz verdades se saquen,
sabrás que don Juan Tenorio
las culpas que me imputaste
cometió, que con mi capa
pudo el cruel engañarme,
de que tengo mil testigos.

REY. ¿Hay desvergüenza tan grande?

ESCENA XXI

Sale CATALINÓN.—DICHOS.

CATALIN. Escuchad, oíd, señores,
el suceso más notable
que en el mundo ha sucedido,
y en oyéndolo, matadme.
Llegando don Juan, mi amo,
á Sevilla antiyer tarde
y entrándose á retraer
en la iglesia donde yace
don Gonzalo en el sepulcro
que el Rey mandó se labrase,
aguardando que la noche
para encubrirse llegase,
acertó á ver un letrero
que al Comendador delante
del sepulcro le pusieron
que dice espera vengarse
del que, sin temor de Dios,
con alevosía tan grande
le dió muerte, y él haciendo
burla, llegó á convidarle
que fuese á cenar con él,
y apenas pudo sentarse
á cenar, cuando á la puerta
llegó, y para que no os canse,
después de cenar le dijo
que á su iglesia se llegase
luego la noche siguiente,
que él quería convidarle.
Fué don Juan, que nunca fuera;
pues, sin poder escaparse,
asiéndole de la mano,
comenzó el muerto á apretarle
diciendo: «Dios te castiga:
quien tal hace que tal pague;»
y él diciendo, «que me abraso,»
murió, mas diciendo antes
que á doña Ana no ofendió,
que le conocieron antes.
Yo arrastrando me escapé
de la iglesia y de tan grande
desventura.

MARQ. Por las nuevas,
mil abrazos quiero darte.

REY. Pues es ya muerto don Juan,
puede Isabela casarse
con el Duque.

OCTAVIO. Yo, señor,
estimo merced tan grande,
pues está viuda Isabela.

MARQ. Yo con mi prima.

BATRICIO. Y nosotros
con las nuestras, porque acabe
esta verdadera historia.

REY. Y el sepulcro se traslade
desde aquí á San Juan de Toro,
para memoria más grande.

LA VENGANZA EN EL SEPULCRO

DE

DON ALONSO DE CÓRDOVA Y MALDONADO

CRIADO DE SU MAJESTAD

HABLAN:

DON JUAN TENORIO.
COLCHÓN, *gracioso.*
EL MARQUÉS DE LA MOTA.
DON GONZALO DE ULLOA.
EL ASISTENTE.
UN ALCAIDE.
UN ALGUACIL.
DOÑA ANA, *dama.*
INÉS, *criada.*
DOS CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale DON JUAN *y* DOÑA ANA, *de camino.*

DON JUAN.

Detén, deidad hermosa,
para no ser cruel, más cariñosa,
el curso acelerado:
no revoques la dicha de mi estado.
Vuelve, vuelve á la fuente,
que en el puro cristal de su corriente
prodigio te traslada,
bien que ofendida por no bien pintada.
No desocupe tu esplendor el prado,
de tu luz matizado
mejor que de sus flores,
pues son, los que matices, resplandores.
Tu beldad soberana,
cuyos rayos lucientes la mañana
toda la hacen aurora, toda oriente,
más propicia me escuche. ¡Ay, Dios! detente,
que, aun sólo imaginada,
ya me mata tu ausencia, ó cuando airada
se opone á mi quietud. Ya tu desvío,
dueño de mi albedrío,
¡cuánto me cuesta ya!: que no es amante
el que ausente viviere un solo instante.
No permitas ¡oh, asombro de ti propia!
traslados de tu copia,
tormentos de mi idea,
si no has de dar lugar á que te vea;
si no has de ser piadosa.
¡Quién creyera que hermosa
me pudieras matar! ¡Oh, quién creyera
entrañas de una fiera
en pecho de una diosa!
No me mates cruel, bástete, hermosa.

DOÑA ANA.

¿Por qué mis pasos sigues?
¿Quién eres, di, que á una mujer persigues,
pródiga de temor y sentimiento?
¿Quién te provoca á tan extraño intento?
Déjame, hombre ó fiera;
déjame, no me sigas.

DON JUAN.

Oye, espera.

DOÑA ANA.

No puedo.

DON JUAN.

De estos riscos
precipicio seré, porque obeliscos

me den aquí á tus ojos sepultura
si no me escuchas.

DOÑA ANA.

Abreviar procura;
di quién eres, prosigue, di quién eres,
porque después me digas que me quieres.

DON JUAN.

Por eso empezaré; que lo primero
ha de ser el que sepas que te quiero.
Pero escucha, y sabrás á quién venciste,
porque admires en mí lo que supiste.
Sabrás, prodigio de luz,
milagro opuesto á la alteza
de los rayos en que Febo
da espíritu á las estrellas,
que fué Sevilla mi patria;
fuélo por nacer en ella,
que el mundo patria común
lo es ya por gusto ó por fuerza.
Don Juan Tenorio me llamo;
por el nombre ó por las señas
pienso que ya me conoces;
pero, por si no te acuerdas,
don Pedro Tenorio, aquel
que vió sin menguante llena
por tantos años la luna
de su privanza y grandeza,
fué mi padre, bien lo sabes;
no ha tanto que yace muerta
su fama. El Rey de Castilla,
que Dios guarde, á su cabeza
fió del gobierno el peso,
que los reyes, aunque reinan,
cuando privados admiten,
no parece que gobiernan.
Murió, en fin, como es notorio;
mucho antes que muriera
dejando su casa, yo,
de tres lustros aun no apenas,
destino fué el resolverme,
secreto tuvo de estrella,
pues ser hijo del privado
no pudo estorbar mi ausencia.
Partí, en fin, dejé la casa
de mis padres, la grandeza,
el regalo, la lisonja,
el lugar, la preeminencia,
la futura sucesión
de la privanza, pues fuera
por industria de mi padre
segura en mí. ¡Oh, cuanto yerra
el consejo en poca edad,
si consigo se aconseja
el que, cual yo, se resuelve
por elección ó por tema!
Con un criado que solo
y que leal no me deja,
partí como digo habrá
otros tres lustros. ¡Qué ciega
obra la razón en tanto
que el apetito no enferma!
Fué mi designio ver mundo;
no sé si al mundo le pesa
de que le viese ó á mí
de haberle visto; resuelva
esta duda lo que oirás,
si es que me escuchas atenta.
Caminé á Toledo, y antes
de llegar una ú dos leguas,
está un lugar donde había
una boda, cuya fiesta,
rústicamente ostentaban
banquetes, bailes y ofrendas.
Parecióme bien la novia;
acerquéme con sospechas
del novio que me atendía
ya celoso. ¡Qué cautela
no ha prevenido un villano
aun antes que tenga fuerza
en la intención! Y, en efecto,
su malicia ó su experiencia
dió luego con mi cuidado,
tan mal sufrido, que arriesga
en una resolución
las vidas dél y cincuenta
que me acometen furiosos
con chuzos, dardos y piedras.
Resistíles animoso,
y pienso que si no huyeran,
todos juntos ¡vive Dios!
que aun para llevar las nuevas
no sé si quedará alguno
de tantos. ¡Oh, cuánto es fea
acción el huir, pues quita
la victoria, que pudiera
ser mayor en los que huyen
que en los que muriendo dejan
opinión! Paso adelante,
que aquesto es nada. La arena,
piso del dorado Tajo,
y habitando sus riberas,
porque el suceso pasado
no me aseguraba, un tema
con cierto hidalgo de allí
tuve un día, que si es necia
la porfía porque cansa,
no lo es menos porque della
se ocasionan mil disgustos
que paran siempre en pendencias.
Desmintióme, siendo luego
un bofetón mi respuesta;
acudió á su obligación,
sacó la espada; saquéla;
amotinóse de vulgo
una tropa que me cerca
á tiempo que ya arestados
una punta me endereza;
rebatíla y por el filo
de su espada tan derecha
corrió á su pecho la mía,
que cuando al reparo entra,
ya yo envainaba en su pecho
mi espada; que la pendencia
la ha de acabar una herida,
si es de buen pulso ó si es diestra.
Cayó muerto, al tiempo mismo
que aun esgrimiendo sangrienta
venganza de tanta turba
como me acomete y cerca,
con su ofensa me defiendo:
éste muere, aquél pelea,
uno huye, otro se arroja,
pero todos escarmientan,

cuando, dejándome el campo,
vieron esmaltar su hierba
ú de la sangre que corre
ú del miedo que la hiela,
Mas, paso, paso adelante,
que aquesto es nada. La sierra
fué forzoso que habitase,
porque del risco ó la cueva
me amparase contra un mundo
que me sigue. Estuve en ella
muchos días. Desmintiendo
espías y centinelas,
bajé una mañana al valle,
donde una serrana bella
me sale al paso; rindióme,
y esta fué la vez primera
que tuve amor; pero no,
no fué amor, pues luego intento
gozarla; apetito fué,
que quien la dicha no espera,
sabiendo obligar, no ama,
apetece, sí, ú desea
para ser la posesión
olvido de tanta deuda.
Era hermosa la serrana
y, aunque serrana, discreta;
miróme como ofendida,
escuchó menos severa,
y neutral en las acciones,
entre el agrado y vergüenza,
me dijo: «Si es que habitáis
señor, como yo estas selvas,
no será el postrero día
que nos veamos.» Quisiera
detenerla yo, mas viendo
asomar por una cuesta
una tropa de caballos,
recelé, recatóse ella,
fuese, y embosquéme yo.
¡Pensión del que agravia, pena
del delito, que no importa
que el castigo no se tema,
si es la conciencia el impulso
cuando el ánimo se altera!
Apenas, pues, otro día
comenzaba su carrera
el dorado Febo, cuando
yo en el valle y en las selvas
ya estaba logrando auroras,
pues á un tiempo en competencia
Celia y la mañana salen,
pero más hermosa Celia.
Halléla, en fin, mas ¡ay cielos!
que aunque la hallé no era ella,
porque una injusta mudanza
me hizo dudar de las señas.
Un Príncipe, dueño altivo
de aquel distrito, á la sierra
salió á cazar este día,
y siguiendo en la maleza
del monte un corzo ligero,
al corzo dejó por Celia.
Vióla el Príncipe ¡ay de mí!
vióla, enamoróse de ella;
hablóla amante, rindióse,
pues, en sus brazos: quisiera
que repetido este agravio
como allí en tu presencia,
me vieras lograr venganzas
tan honrado que dijeras:
«No es quien obra aquí lo fuerte,
la sangre sí, por ser buena»:
que de un poderoso nadie
se satisface ó se venga
sin ser obra de valor
donde la sangre se prueba.
Vila en sus brazos, en fin,
y con la daga, tan cerca
de mi enemigo me arrojo,
que se murió, sin que sepa
si fuí yo quien le dió muerte,
pues ni á volver la cabeza
le dió lugar el aliento,
ya cadáver, ya tragedia
el cuerpo, pues, al amago
sobró el golpe de manera
que, cuando el alma lo siente,
ya estaba el cuerpo sin ella.
Mas, paso, paso adelante,
que aquesto es nada. Fué fuerza
dejar la sierra. Huí á Cádiz,
adonde, en una galera
me embarqué; surqué los mares,
precipicios de mi estrella
que me despeña atrevida,
que me provoca soberbia,
siguiendo siempre, y, en fin,
en un navío en que trueca
la galera mi viaje
atravesé á Ingalaterra
y después á Flandes, donde
serví con una jinenta;
y sabiendo que una noche
desembarcaban en tierra
cuatrocientos enemigos
que en dos barcas holandesas
vinieron á nuestro campo,
les embaracé la empresa.
Dos cabos de nuestro campo,
envidiosos de mi estrella
(no quiero decir que fueron
cobardes, pues no es flaqueza
acometerme dos juntos,
temeridad sí que fuera
presumir uno de sí
lo que un escuadrón no piensa),
desafiáronme al campo;
matélos y di la vuelta
á España, y porque en Sevilla,
mi patria, sólo por nuevas
mi valor se sabe, quiero
se sepa por experiencia
siendo horror, causando espanto,
asombro, temor y pena
á los hombres, á los brutos,
á los montes y á las fieras.
Hoy á sus murallas llego,
y hallándote fuera de ellas
en el cristal de esa fuente
te vi primero tan bella,
tan señora, tan bizarra,
tan hermosa y tan honesta,
que di primero á tu imagen
que á ti mesma la obediencia.

Tuyo soy; yo he de servirte,
no á disgusto, no por fuerza,
sabiendo obligarte, sí.
Dime quién eres, no temas
acción que sea descortés
ni palabra que te ofenda.
Rendido, señora, tienes
el que horriblemente ostenta
hazañas tan inauditas
en entrañas tan sangrientas.
Este, pues, que así te pinto,
éste que escucharte atenta,
alma de toda la ira,
rayo de toda la fuerza,
tienes á tus pies postrado
mi rendimiento; esta deuda
no me pagues mal, repara
en mi natural. Mas, ea,
que no he de acabar por miedo
lo que por amor empieza.
Tuya es la victoria, baste
que por tuya la confiesa
en el más valiente pecho
la más rendida fineza.
Admite, pues, la disculpa,
porque olvidada la queja
á tu gusto, á tu albedrío,
á tu gracia, á tu clemencia,
viva, si quieres que viva:
muera, si quieres que muera.

D.ª ANA. *(Ap.)* ¡Vióse mayor confusión
que la mía en riesgo tal!
¡Que una mujer principal
se vea en esta ocasión!
¡Oh, nunca al campo saliera!
Mas válgame aquí un engaño
con que, remediando el daño,
me libre de aquesta fiera.

D. JUAN. Ya de vuestra suspensión
mi rendimiento agraviado
teme que, por despreciado,
no hacéis dél estimación.

DOÑA ANA.

¿No has visto un arroyuelo
que con plantas de hielo
huye de la montaña
entre juncia escondido y espadaña,
ó en remansos que explayó licores
se aloja entre las flores,
haciendo una represa
con que parece que su curso cesa,
hasta que, más seguro, se dilata
vertiendo perlas y sembrando plata?
Pues yo en el campo así, yo en ese monte,
pirámide inmortal deste horizonte,
de tu presencia huyendo,
horrible entonces, porque huí temiendo
hallar donde esconderme procuraba;
ya el curso aceleraba,
ya detenerle intento
recogida la voz, torpe el aliento,
con paso desairado,
con desaire alentado,
con aliento medroso,
fingiéndolo animoso
tan dentro del aprieto,
monstruo te presumí, temí en efecto;
mas ya que humano veo
el que temí Teseo,
arroyuelo seguro que desata
en corriente veloz hilos de plata,
el ánimo sosiego,
amante te escuché, mírote ciego.
¿Eres valiente cuando amante eres?
Triunfar de fieras y ofender mujeres
no es acción del valor, pues no consiente
ser á un tiempo cobarde y ser valiente.
Tu amor me has dicho, ya héle escuchado;
baste saber que estás enamorado;
déjame lo demás, no te apresures
ni más que haberlo dicho aquí procures.

DON JUAN.

¿No has visto, pajarillo aprisionado
que, atento á su cuidado,
y al son de contrapuntos y primores
lamenta de una jaula los rigores?
Ya ensaya libertades
con las alas, ya entona suavidades,
y ya del contrapunto
para dulces gemidos toma asunto,
ya intratable, ya triste, ya halagüeño,
cuando viniendo el dueño
á darle de comer suelta un palillo
por donde el pajarillo
la prisión desocupa,
el vuelo esgrime y otro sitio ocupa,
tan lozano y alegre, que publica
su libertad si canta, vuela ó pica.
Este, pues, pajarillo aprisionado,
en mi gusto eres tú, y en mi cuidado
si le doy libertad, será el palillo
por donde el pajarillo,
dejándome engañado,
mis esperanzas burle y mi cuidado.

DOÑA ANA.

Don Gonzalo de Ulloa, un caballero
á quien debe su acero
más triunfos y victorias
que aquellos nueve de la fama glorias
á los bronces y plumas,
es mi padre, y ahora no presumas,
puesto que ya mi calidad has visto,
que á tu amor me resisto,
no agradecida; pero ser liviana,
¿cómo es posible que lo sea doña Ana
de Ulloa? Aquesto baste,
si fácil me juzgaste.
De Sevilla esta tarde me he alejado
para coger de esa fuente en este prado
las perlas que salpica
de su cristal al alcatifa rica
que, matizando Flora,
milagro se repite cada aurora.
Halléte á ti donde busqué el recreo,
ni lo extraño ni creo
que admirar ni creer á la fortuna
es resolver sin experiencia alguna.
Empeño de un acaso
este accidente fué: vamos al caso.
En Sevilla es mi casa, patria tuya;
con esto es bien concluya
que, en decirte mi casa, así el engaño

verás; ¡suceso extraño
lo que he de hacer por tí! mas tú lo piensa,
que en decírtelo yo me hago ofensa.
Adiós, don Juan, adiós, que ya el ocaso
derivándose el sol me impide el paso.

DON JUAN.

¡Pues cómo! ¿Así te vas, así me dejas?

DOÑA ANA.

Injustas son tus quejas,
pues me quedo contigo
cuando me ausento. De temor lo digo.

DON JUAN.

¿Que no me engañas?

DOÑA ANA.

No.

DON JUAN.

Jurarlo tienes.

DOÑA ANA.

Por ti.

DON JUAN.

¡Qué mayor dicha!

DOÑA ANA.

Inés: ¿no vienes?

DON JUAN.

¿Quién es aquesa Inés?

DOÑA ANA.

Una criada
que allí, entre aquellos sauces retirada,
me espera. Adiós, don Juan.

DON JUAN.

Detente un poco.

DOÑA ANA.

No puedo. Ven, Inés.

DON JUAN.

Déjasme loco.

(*Salen* Inés *y* Colchón, *y vanse las dos por otra parte.*)

ESCENA II

DON JUAN *y* COLCHÓN.

COLCHÓN. ¿Qué has pescado?
D. JUAN. La hermosura
flor á flor en un jardín;
un ángel, un serafín,
y, en fin, la mayor ventura.
COLCHÓN. Pensarás que del anzuelo
ya cuelga alguna lamprea
y será algún sollo.
D. JUAN. Sea.
COLCHÓN. Que te ha de engañar recelo.
D. JUAN. Colchón: ¿qué mujer, qué dama
fué posible que engañase
que manchada no quedase
en la opinión ó la fama?
Malicia es tuya, no mía,
que aquella rara belleza
es efecto de nobleza,
como de la luz el día.
Es hija de don Gonzalo
de Ulloa; conózcole bien,
y su calidad también,
que es tal que aun yo no le igualo.
Mira, pues, si puede ser
que mujer de tan gran fama
me enamore como dama
y engañe como mujer.
COLCHÓN. Sí puede ser, (1)
porque nacer principal
no es haber mudado el ser,
y es el engaño mujer,
según regla general.
D. JUAN. Todas engañan, Colchón.
COLCHÓN. Todas engañan, don Juan.
D. JUAN. A mí no me engañarán.
COLCHÓN. De la mujer y el melón
cierto discreto decía
que antes que se alabasen
se probasen ó catasen
y nadie se engañaría.
Mas di, si en la relación
que de tu vida la hiciste
tan tremendo discurriste
que te pintaste un león,
¿cómo concederte puedo
sobornaste su favor,
si en vez de tenerte amor
es fuerza te tenga miedo?
D. JUAN. ¿Cómo, si aquí no estuviste,
lo que la dije has sabido?
COLCHÓN. Como aplicando el oído
escuché cuanto dijiste.
D. JUAN. ¿Pudo, pues, desagradarla,
al pintarme tan león,
la rendida adoración
con que procuré obligarla?
COLCHÓN. Si á lo crudo y á lo hampón
se inclina su voluntad,
ganó tu temeridad
y venció tu condición;
pero tengo lo contrario
por más conforme á una dama,
y que ninguna que ama
se inclina á lo temerario.
D. JUAN. La prueba de amor mejor,
aun allá en lo irracional,
es vencer el natural
por cariño ó por amor:
luego á mí, que de una fiera
lo duro y áspero imito,
el favor que solicito
por rendido se debiera;
mas al tiempo lo dejemos
y dime cómo te fué
con la criada.
COLCHÓN. Se fué.
D. JUAN. ¿Y no hubo más?
COLCHÓN. Dos extremos:
uno en ella de pedir
y en mí otro de no dar,
con que se quiso enojar
y yo me quise reir.
Llamóla en esto su ama;

(1) Este verso incompleto pudiera leerse de este modo: «Pienso que sí puede ser.»

fuese y dejóme contigo,
que eres mejor para amigo
que no ella para dama.
D. JUAN. Con poco acompañamiento
salió al campo.
COLCHÓN. Una criada,
un coche y una emboscada
de gentilhombres, que á ciento
llegaban, ¿es poco?
D. JUAN. No,
si son tantos.
COLCHÓN. No te asombre
que sólo en un gentilhombre
he mentido; en fin, salió,
en coche y como te digo,
y por la fe de español,
que si tiene coche el sol
que no es el sol su enemigo.
D. JUAN. Ea, vamos. ¿Si acertaré
dónde es mi casa en Sevilla?
Y no será maravilla
si ha tanto que la dejé.
Mi madre bien sé que vive,
como que murió mi padre;
si me estima como madre
veré en cómo me recibe.
COLCHÓN. ¿Y no me has de dar hallazgo?
D. JUAN. ¿De lo que he perdido?
COLCHÓN. No,
de lo que has hallado.
D. JUAN. ¡Yo!
COLCHÓN. Heredar el mayorazgo
de tu casa, ¿no es hallazgo?
D. JUAN. Dios le perdone á mi padre.
COLCHÓN. Como también á tu madre
el no quererse arrugar.
D. JUAN. Si tantas dichas me aguardan
triunfemos de la fortuna.
COLCHÓN. Como son llenos de luna,
poco sus menguantes tardan.
D. JUAN. En esa filosofía,
¿quién te mete?
COLCHÓN. Mi experiencia.
D. JUAN. Déjame, que mi conciencia
es bastante profecía.
COLCHÓN. Vamos; mas oye, que ahora
me acuerdo que la criada
me dijo que está tratada
de casarse su señora.
D. JUAN. ¿Con quién?
COLCHÓN. No sé; mas, espera;
¿no hay un marqués de la Rota
en Sevilla?
D. JUAN. De la Mota
le hay.
COLCHÓN. Ese dijo.
D. JUAN. Muera
si se me opone el marqués.
Hoy penetraré su intento,
le estorboré el casamiento
y le verás á mis pies;
pero ¿no echas ya de ver
si es doña Ana principal?
COLCHÓN. Yo hablo del natural
por lo que mira á mujer.

(Vanse y salen Don Gonzalo, *barba, y el* Marqués.)

ESCENA III

DON GONZALO. EL MARQUÉS.

D. GONZ. Señor marqués de la Mota,
saber deseo qué día
resuelve vueseñoría
casarse, por si se nota
el que antes de casarse
me haga aqueste favor
con sus visitas.
MARQ. Señor,
lo que siento el dilatarse
sabe amor.
D. GONZ. Pero no creo
que toma resolución.
MARQ. En tan justa prevención
padecer tiene el deseo.
Es un siglo cada instante
y una edad cada momento,
mas tanto apercibimiento
me detiene; en tanto, amante,
para de aquí á quince días
tengo resuelta la boda.
D. GONZ. Algo me desacomoda,
mas como sus bizarrías
conozco por experiencia,
no es mucho tiempo el que pide;
mas advierta que le impide
las visitas mi licencia.

ESCENA IV

Sale DOÑA ANA.—DICHOS.

D.ª ANA. Padre y señor.
D. GONZ. Mi doña Ana,
¿cómo ayer tarde te fué
en el campo?
D.ª ANA. Bien logré
la tarde y aun la mañana.
En la tarde, pues, estaba
tal el campo á aquella hora,
que dijeran que la aurora
entonces le saludaba.
Perdone vueseñoría
que me lleve del afecto
de mi padre.
MARQ. Ese respeto
á sus canas se debía.
Siempre enseñáis cortesana
y persuadís tan discreta
que os conocen por perfecta
del modo que por doña Ana.
D.ª ANA. Eso será por favor
que le deba á vuestro afecto,
siendo mayor el objeto
donde el mérito es menor.
MARQ. Si ser mayor es así
donde no hay merecimiento,
aquí de vuestro argumento
me he de valer para mí.

ESCENA V

Sale INÉS.—DICHOS.

INÉS. Para entrar un forastero
pidiendo licencia está.

D. Gonz. Entre luego. ¿Quién será?
Inés. Oyes, aquel caballero
que te habló en el campo es.
D.ª Ana. ¡Ay de mí! Perdida soy.
(*Túrbase con demostración.*)
D. Gonz. Decid que entre.
D.ª Ana. Yo me voy.
Marq. ¡Turbada doña Ana!
D.ª Ana. Inés.
(*Vanse las dos.*)
Marq. (*Ap.*) Con un forastero ayer
que habló en el campo me dijo
su criada, y lo colijo
de este turbarse y perder
el color oyendo ¡ah, cielos!
que entraba. Celos y amor:
dad oídos al temor
para ser amor y celos.

ESCENA VI

Salen Don Juan, Don Gonzalo *y* El Marqués. Colchón.

D. Juan. Ya, Colchón, vengo informado
de los dos, que el uno es
don Gonzalo, y el Marqués
el otro.
Colchón. Pues ten cuidado.
D. Juan. Que le tendré cosa es llana;
pues que sólo es mi intención
el buscar aquí ocasión
de ver ó hablar á doña Ana.
Dadme, señor don Gonzalo,
los brazos ó vuestros pies,
y déme el señor Marqués
la mano.
Colchón. No va esto malo.
D. Gonz. Saber, caballero, á quién
he de dar los brazos quiero.
Marq. Yo también.
D. Juan. A un caballero
que puede á los dos también
preguntar.
D. Gonz. No prosigáis,
que no es mi intento ofenderos.
Todos somos caballeros,
puesto que en eso os fundáis.
Llegad, llegad á mis brazos,
y á los del Marqués después,
que aunque es primero el Marqués,
no lo han de ser sus abrazos.
Y ahora, pues, es razón
conozcamos la persona,
porque el valor que la abona
no pierda en la estimación.
D. Juan. De don Pedro, que murió
en la privanza del Rey
soy hijo.
D. Gonz. Y por justa ley
á quien más estimé yo.
¿Sois don Juan Tenorio?
D. Juan. Sí.
D. Gonz. Volved, volved á mis brazos,
porque en más estrechos lazos
conozcáis mi amor aquí.
Don Juan Tenorio, el contento
pienso que me ha de matar.
¡Qué bien que supo privar
vuestro padre! ¡Con qué tiento
la privanza y la ambición
ajustaba! Nunca vi
se desvaneciese, y fuí
quien tuvo su corazón
en las manos, que un prudente
nunca sin aconsejarse
del que llega á confiarse
en la ejecución consiente.
En fin, él sólo privó
sin mudanza de fortuna;
que logra llenos de luna
quien sin ambición subió.
Marq. Lo mismo decir podré;
no tuve amigo mayor.
D. Juan. Tuvo del Rey el favor,
púdolo ser, y yo haré
por vos cuanto pueda.
Marq. ¿Vos?
D. Juan. Yo, pues.
Marq. ¡Notable locura!
D. Juan. Mucho este hombre me apura
la paciencia, y ¡vive Dios
que si me enfado!
Colchón. ¿Es posible,
es posible que hoy siquiera
no dejarás de ser fiera?
¡Qué condición tan terrible!
D. Juan. ¿No es éste de quien consorte
doña Ana ha de ser?
Colchón. Tratado
está.
D. Juan. Y así provocado,
¿quieres que aquí me reporte?
Con vuestra licencia quiero
despachar con un recado
á un amigo este criado.
D. Gonz. Vuestro gusto es lo primero.
Marq. Temerario es este mozo.
D. Gonz. Cosas cuenta dél la fama
que asombran.
D. Juan. Aquesta llama
no se reporta.
Colchón. A destrozo
como á jarrete que toquen
sería bien donde estuvieres,
pues no hay hombres y mujeres
seguros.
D. Juan. No me provoquen
y lo estarán. Mas ¿de quién
saber podrás si doña Ana
está en casa, ó si, tirana,
me olvida?
Colchón. Como me den
entrada en su cuarto, yo
lo sabré, y aun la diré
lo que padeces.
D. Juan. Y que
se acuerde de que dió
la palabra de ser mía,
la dí también, y después
como sé ya que el Marqués
me ofende con su porfía;
que me excuse estos desvelos
y no me dé estos enojos,

ó si no, que por sus ojos
juro de vengar mis celos.
COLCHÓN. Ruégale á Dios que no elija
por respuesta algunos palos,
que veo muchos Gonzalos
deste Gonzalo en lo hija.
D. JUAN. Fuera perderme el respeto,
y no lo llevara bien.
COLCHÓN. Para mí el que me los den
es de ese lance el aprieto;
mas yo voy. (*Vase.*)

ESCENA VII

DICHOS, *menos* COLCHÓN.

D. JUAN. Poco estimara,
señor, lo que os debo y quiero,
no siendo vos el primero
que en Sevilla visitara.
Vengo á veros y á pediros
me elijáis para ocuparme,
pues sois quien ha de mandarme
y yo quien ha de serviros.
De esta suerte le entretengo (*Aparte.*)
por si doña Ana á esta pieza
sale, que es poca fineza
no sepa que á verla vengo.
D. GONZ. Tanto gozo he recibido
de veros, señor don Juan,
que llego á creer que están
mis sentidos sin sentido;
que aquesto puede un contento
como tal vez un pesar,
puesto que suele matar
un gozo como un tormento.
D. JUAN. No permite esos excesos
voluntad tan bien pagada.
D. GONZ. ¿Cómo de vuestra jornada
no me decís los sucesos?
D. JUAN. Son muy largos.
D. GONZ. Mi atención
no se cansará de oíllos.
D. JUAN. Si es obediencia el decillos
yo buscaré otra ocasión.
MARQ. Mucho el indicio me estrecha,
mucho crece. ¡Oh, cómo son
verdugos del corazón
cuidados de una sospecha!
D. GONZ. Que somos uno los dos
advertid.
MARQ. ¡Fieros tormentos!
Mas yo sabré sus intentos.
D. JUAN. Señor don Gonzalo: adiós.
MARQ. Adiós, señor don Gonzalo.
D. GONZ. Id, caballeros, con Dios;
no diferencio á los dos,
pues en mi amor los igualo. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DON JUAN. — EL MARQUÉS.

D. JUAN. (Yo he de hablar con el Marqués
claramente.)
MARQ. (Con don Juan
me declararé.)
D. JUAN. (Un volcán
es mi pecho.)
MARQ. (Aquesto es
lo mejor.)
D. JUAN. (Mal se reporta
mi enojo. ¡Que aquesto pase!)
MARQ. (¡Que me olvide!)
D. JUAN. (¡Que se case!)
LOS DOS. (Al remedio, pues, que importa.)
(*Vanse.*)

ESCENA IX

Sale DOÑA ANA.

¡Qué desdichada que soy!
¡Oh, nunca saliera ayer
al campo, pues llego á ver
los riesgos de ayer y hoy!
Ayer de mi honor temí
la mancha sin culpa mía,
y hoy aquí, ¡qué triste día!
que vacilaba le vi,
pues mi susto y turbación
al entrar don Juan fué tal,
que en ensayos de mortal
viví sin respiración;
señales de que se infieren
culpas con tal evidencia
que hay muchos con inocencia
que de aqueste achaque mueren.
Luego yo que me turbé
tan á vista del indicio,
que no hiciese allí su oficio
el castigo mucho fué.
Mudemos, pues, el intento
y oigamos al desengaño,
que se experimenta el daño
para solo el escarmiento.
Mas mi padre viene. ¡Ay, Dios!
Si en mi turbación acaso
reparó ¡qué triste caso!

ESCENA X

Sale DON GONZALO.—DOÑA ANA.

D. GONZ. ¿Hay alguien aquí con vos?
D.ª ANA. Sola estoy. Sin duda es esto.
D. GONZ. Pues si estáis sola...
D.ª ANA. ¡Ay de mí!
D. GONZ. Quiero que sepáis aquí
serán vuestras bodas presto
con el Marqués de la Mota.
D.ª ANA. Ya respira el corazón.
Sin duda mi turbación
pasó sin que diese nota.
D. GONZ. ¡Qué vergonzosa! Desde hoy
en quince días os casáis,
bien será que os prevengáis,
y adiós, que á un negocio voy.
Volveré tarde; la puerta
esté cerrada temprano,
que, pues traigo llave, en vano
será el tenérmela abierta. (*Vase.*)

ESCENA XI

DOÑA ANA.

Siempre que mi padre vuelve
tarde de noche recelo
algún mal suceso. El cielo
le guarde, y pues ya resuelve
casarme, no me ha de ver
el Marqués, porque el favor
se le ha de negar mejor
al que marido ha de ser.
Inés.

ESCENA XII

Sale INÉS *y* COLCHÓN.—DOÑA ANA.

INÉS. Señora.
D.ª ANA. ¿Qué hacías?
INÉS. Estaba...
COLCHÓN. No estaba, hablaba
en un colchón que buscaba
para su cama.
D.ª ANA. Podrías
con más recato.
INÉS. A entender...
COLCHÓN. La culpa tuvo el colchón
por llegar en ocasión
que Inés le había menester.
Díjome á mí: «Concertalde»
Mas el colchón, que lo oía,
la dijo: «Señora mía,
para su cama, de balde.»
D.ª ANA. Id con Dios.
COLCHÓN. ¿Me despedís
sin preguntarme quién soy,
dónde vengo, dónde voy
ó á quién sirvo?
D.ª ANA. ¿A quién servís?
COLCHÓN. De don Juan el Temerario
lacayo he sido hasta ahora,
pero después que te adora
me ha hecho su secretario;
y, en fin, yo soy enviado
de mi amo á que te diga
el empeño á que le obliga
la palabra que le has dado;
que te adora, y que por ti
se muere.
D.ª ANA. No prosigas.
COLCHÓN. Que los celos...
D.ª ANA. ¿No calláis?
COLCHÓN. Del Marqués...
D.ª ANA. Idos de aquí (1).
COLCHÓN. Le han inquietado de modo...
D.ª ANA. ¿Qué es esto?
COLCHÓN. Que pueden...
D.ª ANA. Baste.
COLCHÓN. Dar...
D.ª ANA. ¿Qué?
COLCHÓN. Con su amor al traste;
y en esto lo he dicho todo.

(1) Este pasaje está muy viciado: ni redondilla ni aún versos completos tiene.

D.ª ANA. Diréis, pues, á vuestro amo,
puesto que á mí os envió,
que se acuerde que soy yo
doña Ana, y que Ulloa me llamo,
y que excuse... ¿No escucháis?
COLCHÓN. Sin perder punto.
D.ª ANA. La nota
que ha dado, y que el de la Mota
es mi dueño. Y no volváis
vos aquí, que haré que os den,
y no lo dudéis, la muerte;
y decildo de esta suerte
á vuestro amo también.
(*Vase con* Inés.)
COLCHÓN. Pues, por Dios, doña Lucrecia
que, según lo que imagino,
que habéis hallado un Tarquino
que os deje burlada y necia.
(*Vase y sale el* Marqués, *de noche.*)

ESCENA XIII

El MARQUÉS.

Celoso y desesperado
vengo donde amar solía
sin celos; mas en un día
¿qué cosa no se ha mudado?
Vime, si nunca envidioso,
de bien querido envidiado;
pero ¿quién fué desdichado
sin ser primero dichoso?
Que habló doña Ana, he sabido,
con don Juan ayer, y sé
que si hoy se turbó y se fué,
que él también la causa ha sido.
Salió conmigo de allí,
¡qué altivo y vano don Juan!
para decirme que están
concertados ¡ay de mí!
de casarse ¡qué rigor!
tan conformes ¡qué tormento!
que será su casamiento
tan presto ¡qué falso amor!
que no ha de pasar ¡ah, cielos!
desta noche, ú de que sea
suya doña Ana. Mas, ea,
que así mi amor y mis celos
serán muerte del dolor;
mas ¿cuándo, en dolor tan fuerte,
fué medecina la muerte
para que cese el rigor?
Esto desde ayer me tiene
en un tormento mortal;
mas ¿cuándo, del bien, el mal
á las espaldas no viene?
Que se casa ¡qué congoja!
con él, me dijo, y mi espada,
si allí se vió provocada
dobló para aquí la hoja.
Decoro allí el reportarme
fué de doña Ana y su casa:
veamos cómo se casa
sin vencerme aquí ó matarme.
Aquí le pienso esperar
para dejarle advertido:

son ofensas de marido
las que resuelvo á vengar,
que un casamiento aceptado
posesión es ya que obliga
á la defensa: no diga
lo contrario el que es honrado.
Aquí, pues, le aguardaré,
donde, con tanta razón,
tomaré satisfacción
y mis celos vengaré.
Ésta es la calle y la casa
de quien puede ó no matarme;
mas bien será retirarme
mientras esta gente pasa.

ESCENA XIV

Sale Don Juan *y* Colchón, *con capas diferentes.*—El Marqués.

D. Juan. ¿Doña Ana te dijo eso?
Colchón. Esto me dijo doña Ana,
y que á ti te lo dijese.
D. Juan. ¿Mis celos no me bastaban?
Pues, ¡vive Dios! que he de ver
cómo lo dice mañana.
Gozarla tengo esta noche
que quiera ó no, mi palabra
cumpliéndole yo al Marqués,
pues le dije se casaba
conmigo esta noche. Entremos,
mas la puerta está cerrada
y un hombre en aquella esquina.

ESCENA XV

Sale Don Gonzalo.—Dichos.

Colchón. Otro por la calle pasa.
D. Juan. Pues á que pase aguardemos,
que aún otra industria me falta.
Mas parece que una llave
le hace la puerta franca.
De casa debe de ser.
(*Hace que abre una puerta.*)
Sígueme, Colchón.
Colchón. ¿Qué trazas?
D. Juan. Entrar con él en abriendo;
matarle luego y la casa
saquearle muerte á muerte
sin que quede cosa humana
que no muera en ella, pues
mi sed, mi rencor, mi rabia,
sólo es ya de beber sangre
hasta verme con doña Ana.
Colchón. Llega, pues, no cierre.
D. Juan. Hidalgo:
el que otra puerta se abra
donde una se cierra es justo.
Allá vamos todos.
D. Gonz. Falta
el saber si quiero yo.
D. Juan. Remitiéndolo á la espada
servirá poco, buen viejo,
el ser vos la barbacana
para no rendir la fuerza
del castillo y de una ingrata.
D. Gonz. Don Juan Tenorio parece.
Colchón. Don Gonzalo es con quien hablas.
D. Juan. Ya le conocí, y me pesa
de matarle.
D. Gonz. Dad la causa
de un atrevimiento igual.
D. Juan. Yo he de entrar en vuestra casa,
porque en ella vuestra hija,
ó me cumpla una palabra,
ó me dé la posesión
de hermosura que es tan rara.
D. Gonz. Primero os haré pedazos.
(*Acuchillándose.*)
D. Juan. De que ya no estéis sin habla
me admiro; mas, es valiente;
no hay sangre fría en sus canas.
Marq. Discurrir en lo que haré
fuera obscurecer mi fama,
cuando el matarse dos hombres
puede aquí estorbar mi espada.
¡Ah, caballeros!
D. Gonz. ¡Jesús!
¡Confesión! (*Cae muerto.*)
Marq. ¡Qué gran desgracia!
D. Juan. Esto es hecho; lo demás
es menester que se haga;
pero sin matar á este hombre
no es posible.
(*Dentro.*) Cuchilladas
en la calle.
Colchón. La justicia.
D. Juan. ¡Qué estorbo! Ya mi esperanza
se perdió; pero estar preso
es peor. Colchón, ¿qué aguardas?
Sígueme.
Colchón. Por esta calle.
(*Vanse los dos.*)
(*Sale por otra parte el* Asistente, Alguaciles *con linternas.*)

ESCENA XVI

El Asistente *y* Alguaciles.—Marqués.

Asist. Den, caballeros, las armas.
Marq. Yo á ninguno doy las mías.
Asist. ¿Cómo no? Prendelde.
Marq. Aguarda.
Asist. Llegad luz. ¡Señor Marqués!
Marq. ¿Qué es esto que por mí pasa?
Asist. No excuso vuestra prisión,
ya lo véis.
Marq. Es excusada,
pues que sólo ponía paz
por remediar tal desgracia.
Asist. Pues ¿quién ha muerto aquel hom-
Marq. Ya quien le mató se escapa [bre?
por esa calle.
Asist. Mirad:
llegad la luz á la cara
del muerto. ¡Válgame el cielo!
Don Gonzalo es éste, y clara

ya contra el Marqués la culpa.
A don Gonzalo á su casa
luego entre todos llevad.
MARQ. ¡Vive Dios que en su venganza!...
ASIST. Señor Marqués, á esta parte
me escuchad una palabra.
MARQ. ¡Ah, don Juan Tenorio! El cielo
vuelva hoy aquí por mi causa.
ASIST. A doña Ana pretendéis
y á la puerta de su casa
os hallo cuando á su padre
muerto aquí de una estocada;
la espada os hallé desnuda,
que no es poca circunstancia.
Sabe el cielo que quisiera,
y sabe Dios si me holgara
de no hallaros en la calle
cuando hallo esta desgracia.
Cumplir yo con la justicia
y conmigo en esta causa
dificultoso parece
sin vuestra prisión.
MARQ. Me agravia
en esa resolución;
que si me dan ú doy causas
para matar, no las niego
por excusarme la infamia
de vengarme sin valor;
que es cobarde la venganza
que no publica el castigo
donde agravios desagravia.
ASIST. Como administro justicia,
de consecuencia tan clara
es fuerza que me desvíe.
MARQ. Averiguar lo que pasa
le toca á vueseñoría.
ASIST. Y ¿cómo lo averiguara
sin sustanciar este indicio?
MARQ. Diciéndolo yo.
ASIST. No basta;
que causas tan criminales
por lo escrito se sustancian,
que verbalmente no pueden.
MARQ. Cuando es tal la circunstancia
de mi persona, sí puede.
ASIST. ¡Hola! Ya esto me cansa.
Vaya el Marqués á una torre.
MARQ. ¡Señor Asistente!..
ASIST. Basta.
MARQ. ¡Que he de pasar por aquesto
por no infamar á doña Ana!
Preso voy; vayan delante.
ALGUAC. Si el Asistente lo manda.
MARQ. Hombres como yo...
ASIST. No hacen
delitos.
MARQ. ¡Por esa vara!..
ASIST. Y sin ella. Mas llevalde,
que en empeños de palabras
nunca fueron para jueces,
pues dan al reo las armas,
perdiendo por imprudentes
lo que por cuerdos ganaran.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON JUAN, COLCHÓN, DOÑA ANA, INÉS, *y ellas de luto.*

D. JUAN. El pésame vengo á daros,
tan triste por lo que siento,
que consuelo mi tormento
si pretendo consolaros.
Y ¡vive Dios! que al Marqués,
á no estar en la prisión,
le sacara el corazón
comiéndomele después.
Ved, pues, lo que me mandáis;
resolved lo que queréis,
que, como me lo encarguéis,
vos veréis cómo os vengáis.
COLCHÓN. Goza, Inés, de la ocasión.
á esta parte te retira.
INÉS. Su desenfado me admira.
COLCHÓN. Yo extraño tu condición.
INÉS. Mi peligro es el que evito.
COLCHÓN. Pues ¿qué defiendes?
INÉS. Mi honor.
COLCHÓN. ¡Ah, falsa, que no es amor!
INÉS. ¡Ah, traidor, que es apetito!
D. JUAN. Si al dolor ó si al desdén
atribuya el suspenderos,
no resuelvo.
D.ª ANA. Agradeceros
vuestro sentimiento es bien
y estimaros la venganza
que me ofrecéis; pero no,
no la acepto, porque yo
no he perdido la esperanza
de vengarme. Viva estoy;
tengo valor, tengo brío
y sangre tal, que la fío.
Pero quien sepa quién soy
nada de esto dudará,
y cuando se dude de ello,
soy yo, sí, quien ha de hacello,
y el tiempo quien lo dirá.
D. JUAN. ¡Tanto valor! (O me engaño
ó el blanco de su amenaza
he sido.)
D.ª ANA. ¡Qué infame traza! *(Aparte.)*
¡Qué alevosía, qué engaño!
D. JUAN. Entre sí habla y me mira
vengativa en el semblante.
D.ª ANA. ¿Ofender el que es amante *(Aparte.)*
puede? Es engaño, es mentira;
luego el Marqués no, no ha sido
quien mató á mi padre, no;
luego don Juan le mató:
aleve y cruel Vellido.
D. JUAN. Tan divertida...
D.ª ANA. No hay duda.
D. JUAN. Me escucháis...
D.ª ANA. ¡Qué falso amor!

D. JUAN. Que me ofendéis.
D.ª ANA. ¡Ah, traidor!
Pero si el cielo me ayuda...
D. JUAN. A no ser el sentimiento
tan justo...
D.ª ANA. De mi venganza...
D. JUAN. Pensara...
D.ª ANA. Tengo esperanza.
D. JUAN. Que es otro ya vuestro intento.
En el campo me engañastes;
ser mía me prometisteis,
pero cuando en casa os visteis
vuestra palabra negastes.
Si vos hacéis deshonor
pretensiones de marido,
¿qué sentirá el que ha perdido,
porque se rindió, el valor?
D.ª ANA. Soy mujer, donde el honor
es vidro tan quebradizo,
que al soplo con que se hizo
se suele tal vez quebrar,
sin que se pueda enmendar,
puesto que ya se deshizo.
Luego yo, que soy mujer,
luego yo, que tengo honor,
soy vidro que en vuestro amor
puedo quebrarme ó perder:
no queráis, pues, deshacer,
señor, con vuestra porfía
la luz con que alumbra el día,
pues tiene en su claridad
mi honor en mi calidad
como mi fama en ser mía.
D. JUAN. Pues mirad cómo ha de ser,
que dejar mi pretensión
no es posible, ni es razón
me deje en esto vencer.
Ya como á propia mujer
os miro y os galanteo;
no soy dueño del deseo,
porque tiene mi albedrío
y no volverá á ser mío
en tanto que no os poseo.
D.ª ANA. Si á ser mi esposo aspiráis,
todo está ya en mi favor,
pues me obligáis con amor
cuando marido me honráis.
En el silencio os culpáis,
pues entonces como aquí
no os declarasteis allí.
¡Oh, cuánto en un pensamiento
facilita un casamiento!
Vuestra soy, vuestra nací.
(Si supiera que le engaño
segunda vez.)
D. JUAN. No lo creo,
por lo que duda el deseo,
hasta ver el desengaño.
D.ª ANA. Sólo un día...
D. JUAN. Será un año.
D.ª ANA. Os pido...
D. JUAN. Acortad el día.
D.ª ANA. De plazo...
D. JUAN. Para ser mía.
D.ª ANA. Quién lo duda. (Con mi muerte.)
D. JUAN. Loco estoy, que de otra suerte
no cumple bien mi alegría.
D.ª ANA. (Hoy entrando en la prisión,
disfrazada, del Marqués,
sabré el intento, y después
tomaré resolución.)
D. JUAN. ¡Qué! ¿os volvéis á suspender?
De arrepentida parece.
D.ª ANA. Como en mí se fortalece,
es mi palabra mi ser.
D. JUAN. Eso me hace creer
que no es mi esperanza vana.
D.ª ANA. No hay mucho de aquí á mañana.
D. JUAN. Mis deseos lo dirán.
D.ª ANA. ¡Válgate Dios por don Juan! (*Vase.*)
D. JUAN. ¡Válgate Dios por doña Ana!
INÉS. Adiós, y á más ver, Colchón.
COLCHÓN. Oyes.
INÉS. Dilo presto.
COLCHÓN. Inés,
yo te lo diré después.
INÉS. ¡Qué taimado socarrón! (*Vase.*)

ESCENA II

DON JUAN y COLCHÓN.

COLCHÓN. ¿Tú eres el que decías:
«Yo he de gozar á doña Ana
antes que llegue mañana,
matando suegras y tías?»
D. JUAN. ¡Qué quieres! Yo no sabía
qué era amor, ni qué hermosura.
Sólo en condición tan dura
predominó valentía,
desgarro, venganza, guerra
para las cosas de amor,
siendo un hielo y mi furor
otro azote de la tierra.
Mas no sé, Colchón, no sé
qué encanto tiene, qué hechizo
esta mujer que deshizo
este rayo que vibré,
pues en este brazo el cielo
parece puso la injuria
á su enojo y de mi furia
para castigo del suelo,
y ya, tirano Cupido,
ni es rayo, furia ni enojo,
sino un rendido despojo
á un ángel que me ha vencido.
COLCHÓN. ¿Tú, de blanda condición?
D. JUAN. Sí, sin perjuicio del brío,
que mi valor siempre es mío
con una resolución.
Y ¡ay, Colchón! ¡ay de doña Ana
si me da con el Marqués
celos! y ¡ay de ella, pues,
si no es mía de aquí á mañana!
COLCHÓN. ¿Desde aquí á mañana?
D. JUAN. Sí,
porque palabra me dió
de serlo.
COLCHÓN. Pues de otra yo
te quiero informar aquí,
si me escuchas.
D. JUAN. ¿Qué te dijo?
COLCHÓN. Que te diese tu recado,

digo, el que ella me ha dado
para ti; de que colijo
que al instante que te vió
la enamoraste.
D. JUAN. ¿Al instante?
COLCHÓN. Es de repente un amante
si por los ojos entró.
Díjome, en fin, te dijese
había en Sevilla una dama
que te adora.
D. JUAN. Y que se llama,
¿cómo?
COLCHÓN. Eso quiso que fuese
desvelo de tu cuidado,
adónde vive y quién es;
mas yo lo sabré, después
te lo diré.
D. JUAN. Es excusado.
COLCHÓN. Déjame saber quién es.
D. JUAN. De lo que dices te dijo
lo que puede ser colijo.
Doña Ana es mi dueño, pues
mi esposa espero que sea,
tan amante de mi esposa
que ella fea fuera hermosa
y esa hermosa fuera fea;
ni es posible sea verdad
un amor tan repentino.
COLCHÓN. Pues ¿qué ha de ser?
D. JUAN. Descamino
de alguna facilidad.
Vamos, que ver al Marqués
en la prisión determino. (*Vase.*)
COLCHÓN. Toma del gusto el camino
y deja el del interés,
Inés, porque á verte voy,
y menos de honor te precia;
pues no puede ser Lucrecia
quien se rinde porque doy.
(*Vase y sale el* Marqués *en la prisión.*)

ESCENA III

EL MARQUÉS

La prisión que padezco
si el afecto la siente como injusta,
contento la obedezco:
por si doña Ana gusta
que á su rigor padezca, entonces justa;
mi queja no es primero
que doña Ana, si gusto suyo ha sido.
Que se casa con ella ¡oh, caso fiero!
de don Juan he sabido;
mas ¿no puede don Juan haber mentido?
Sí puede; pues detente,
resolución, que ofendes aquel cielo
que padece inocente.
Mas ¡ay! que no es consuelo
ser opinión la culpa y no el desvelo.
En tan fuerte mudanza
que no me olvide pido:
falsa proposición de la esperanza,
pues posible no ha sido
haber mudanza sin haber olvido.
Don Gonzalo de Ulloa
vivo yace en su fama, pues ya muerto
se eterniza en su loa,
y á mí ¡qué desconcierto
me deja infame en la traición que advierto!
Del aleve homicida
pago la culpa en la opinión que pierdo.
Déjeme, pues, la vida,
consejo aquí el más cuerdo,
que apetecer la infame es desacuerdo;
mas no me deje; viva;
que morir sin morir es gran tormento
y si en vivir estriba,
jamás el sentimiento
en la muerte me quite el vencimiento.
Grillos de delincuente,
si cadenas de amante, me aprisionan:
delitos no consiente
mi sangre ni los triunfos que me abonan;
mas ¡ay! que ya en la voz no me perdonan.
Don Juan Tenorio ¡ay, triste!
con indicios me ofende y con desvelos
juzgando que consiste,
si mi muerte en mis celos,
mi culpa en su traición. ¡Valedme, cielos!
Doña Ana me persigue,
si es cierto el ser mudable el ser tirana,
sin esperar mitigue
su fiereza inhumana,
que esto es estar celoso de doña Ana.

ESCENA IV

Salen DOÑA ANA *é* INÉS, *tapadas y disfrazadas.*
EL MARQUÉS.

D.ª ANA. Si aquese mi nombre fuera,
que entraba en buena ocasión
á veros en la prisión,
señor marqués, defendiera;
mas sin que doña Ana sea,
que esta piedad me debáis
quiero y que me permitáis
el que aquí tapada os vea.
MARQ. Lo que os mueve me decid
á verme con tal piedad.
D.ª ANA Si creéis que voluntad,
no recelaréis que ardid.
MARQ. Con tal agradecimiento
os estimo la visita,
que los recelos me quita
y me pone atrevimiento...
D.ª ANA. ¿Para qué?
MARQ. Para pediros
que os descubráis.
D.ª ANA. No es posible.
MARQ. Pero será convenible
para que pueda serviros.
D.ª ANA. No quiero me agradezcáis
lo que sólo es piedad mía
y que por cualquiera haría
preso como vos estáis.
Mas decidme; ¿queréis mucho
á esa dama, á esa doña Ana
que nombrastes?
MARQ. Soberana
es su belleza.
D.ª ANA. ¡Qué escucho!
MARQ. Y así es fuerza que la quiera,

que la estime, que la adore
y que sus mudanzas llore.
D.ª ANA. ¡Sus mudanzas! ¿á qué espera
mi sufrimiento? ¿Mudable
esa dama os corresponde?
MARQ. Mudable.
D.ª ANA. ¿Por quién ó dónde?
MARQ. Que en aqueso no se hable
favor me haced.
D.ª ANA. Pues ¿por qué?
MARQ. Por ser justo este decoro.
D.ª ANA. ¿Justo?
MARQ. Sí, porque la adoro
con alma, con vida y fe.
D.ª ANA. ¿Y cómo se compadece
ofenderla y adorarla?
MARQ. Pues en que puedo agraviarla.
D.ª ANA. ¿Qué otro título merece
matarla á su padre? Digo,
si esa doña Ana es su hija
de don Gonzalo.
MARQ. Corrija,
hablando en eso conmigo,
las palabras vuestra lengua,
vuestro pecho la intención,
porque en mí fuera traición,
fuera infamia, fuera mengua.
No ser pública venganza
su muerte si me ofendiera.
D.ª ANA. Yo, si ella fuera, os dejara.
Mas en lo de su mudanza,
¿cómo quedamos?
MARQ. A vos,
¿qué os importa?
D.ª ANA. Defender
el crédito de mujer.
MARQ. Eso para entre los dos
ha de ser cuando la vea.
D.ª ANA. Pues decírselo podéis, (*Descubriéndose.*)
que aquí á doña Ana tenéis,
y no es bien que ausente sea
el ofender su opinión,
señor marqués, sino aquí
para que vuelva por sí
desmintiendo esa opinión.
Desmintiendo, digo, pues
con deciros que yo soy,
pruebo que segura estoy
en mí misma; en mí, pues es
mi valor bastante muro
para defender mi honor,
pues donde hubiere valor
estará el honor seguro.
MARQ. ¿No es deshonor la mudanza
que fuese arrepentimiento
ó por otro casamiento
ú diferente esperanza?
D.ª ANA. Señor marqués, yo os he dado
palabra de esposa, luego
mis obligaciones niego
si de intención he mudado.
MARQ. Según eso, ¿firme estáis
en ser mi esposa?
D.ª ANA. Y tan firme
que mi mano lo confirme
puesto que vos lo dudáis;
mas esto se ha de entender,
porque con mi sangre cuadre,
no habiendo muerto á mi padre.
MARQ. Eso es quererme ofender.
INÉS. Don Juan Tenorio.
D.ª ANA. ¡Ay de mí!
MARQ. Echad el manto antes que entre.

ESCENA V

Sale DON JUAN *y* COLCHÓN.—DICHOS.

D. JUAN. Ruego al cielo que no encuentre
con otros celos aquí.
Significaros mi pena
no podré si no creéis,
mas si así os entretenéis
tendréis la prisión por buena.
(¿Qué dices de estas mujeres
que me han puesto en mil cuidados?)
COLCHÓN. Los indicios son fundados;
sospecha lo que quisieres.
D. JUAN. Descubrirlas es el modo
de averiguar la verdad.
COLCHÓN. Como sea temeridad,
tú te arrojarás á todo.
MARQ. Señor don Juan, la visita
os estimo como es justo.
D. JUAN. Pruebe, Marqués, mi disgusto
la pena que le acredita
el sentir vuestra prisión,
de que sólo vengo á daros
el pésame y á envidiaros
la padezcáis sin razón.
Pero lo que fuera en vos
ó en otro curiosidad,
es en mí temeridad.
No puedo más; ¡juro á Dios!
Saber quién son las tapadas
pretendo.
MARQ. Perderos fuera.
D. JUAN. ¿Cómo, si yo no quisiera?
MARQ. Son mucho las embozadas.
D. JUAN. Eso es bueno para mí,
cuando obro de la suerte
que el rayo, que en lo más fuerte
puede más.
MARQ. No es para aquí.
D. JUAN. Si pide su ejecución
aquí el rayo, aquí se espere.
MARQ. Si yo no lo defendiere.
D. JUAN. Tomaré resolución.
D.ª ANA. ¡Qué hombre tan temerario!
Perdidas somos, Inés.
D. JUAN. Excusad, señor Marqués,
el tenerme por contrario,
pues sabéis mi condición.
MARQ. ¿Qué os obliga?
D. JUAN. Una sospecha.
MARQ. Presto la veréis deshecha.
D. JUAN. ¿Dónde?
MARQ. En mi satisfacción.
D. JUAN. ¿No es mejor que ellas lo digan?
MARQ. ¿Cómo?
D. JUAN. Descubiertas.
MARQ. No,
porque estoy presente yo
y á su defensa me obligan.

D. JUAN. Estáis preso.
MARQ. No lo estoy
para lo que á mí me debo.
D. JUAN. ¿Pensaréis que no me atrevo?
MARQ. ¿Entenderéis que otro soy?
D. JUAN. Pues ¡vive Dios que ha de ser!
(Va á descubrirlas y sale el Alcaide, *y se detiene* Don Juan.)

ESCENA VI

UN ALCAIDE.—DICHOS.

ALCAIDE. Ya es esto mucho desorden,
señor Marqués, y á la orden
que tengo no se ha de hacer
violencia. Vueseñoría
sabe que no puede hablar
con nadie, ni aquí ha de entrar
mujer ni hombre.
D.ª ANA. Este día
fué el postrero de mi honor,
séalo también de mi vida.
MARQ. Señor Alcaide, perdida
la libertad, el valor
suele obrar desesperado,
y es eso mucho apretar.
(Un ardid me ha de sacar
de lance tan apretado.)
Valerme de vos aquí
no excuso, señor don Juan.
Estas mujeres están
á gran peligro por mí;
mujer y criada son
del Alcaide, que, fingiendo
salir fuera...
D. JUAN. Ya os entiendo.
De harto riesgo es la ocasión,
mas remediarlo os prometo.
Sin que lo repare ahora,
despedid á esa señora;
yo le entretendré.
D.ª ANA. ¡Qué aprieto!
MARQ. Eso habéis de hacer por mí.
D.ª ANA. Perdidas somos, Inés.
ALCAIDE. Yo le agravaré al Marqués
la prisión.
D. JUAN. *(A* Colchón.) Vete de aquí,
por que aguardes en la calle
estas mujeres, que quedo
sospechoso.
COLCHÓN. Y si es enredo,
¿qué he de hacer?
D. JUAN. Desenredalle,
siguiéndolas hasta que
sepas su casa y quién son.
COLCHÓN. ¿Y si me dan trascantón?
D. JUAN. No eres tú tan lerdo; ve.
COLCHÓN. A mujeres no temellas
es aprobar su embeleco;
tres años ha que no peco
por no meterme con ellas. *(Vase.)*
MARQ. Señora, que al punto os vais
por esa parte conviene,
mientras don Juan se entretiene
con el Alcaide.

D.ª ANA. ¿Quedáis
seguro de mí?
MARQ. Sí, ¿y vos,
no lo vais de mí?
D.ª ANA. También.
MARQ. Pues adiós apriesa.
D.ª ANA. Ven.
D. JUAN. En fin, como os digo... *(Al* Alcaide.)
D.ª ANA. Adiós.
(Vanse Doña Ana *y* Inés.)

ESCENA VII

DON JUAN, *el* MARQUÉS *y el* ALCAIDE.

D. JUAN. Lo malquisto se ocasiona
de no saber por oficio
distinguir el ejercicio
esta de aquella persona.
Diferencia ha de tener
el que es noble del vulgar,
y el hombre particular
del que tiene gran poder.
Aun en astros é influencias,
en cielos y jerarquías,
se ven estas mayorías
porque hay estas diferencias.
ALCAIDE. Si del señor asistente
hay la orden que sabéis,
¿de mí por qué os ofendéis?
D. JUAN. Es orden impertinente.
ALCAIDE. No puedo más.
MARQ. Que podáis
ó que no, vuestro ejercicio
es ese; haced vuestro oficio.
ALCAIDE. Yo haré...
MARQ. ¿Qué?
ALCAIDE. Lo que mandáis.
(Vase.)

ESCENA VIII

DON JUAN *y el* MARQUÉS.

MARQ. Si prolijos cumplimientos
permitiera la amistad
cuando aquí mi voluntad
os rinde agradecimientos,
con voluntad y razones
os reconociera aquí
lo que habéis hecho por mí.
D. JUAN. Marqués, buscad ocasiones
en que me hayáis menester,
en riesgos, penas ó gustos,
pero de celos injustos
os desviad.
MARQ. Responder
á esa proposición
quiero; escuchadme.
D. JUAN. Marqués:
yo soy vuestro y vuestro es
no darme tal ocasión
para sacaros de aquí.
La prisión podré romper,
mas sufrir no he de poder
vuestros celos.
MARQ. ¡Ay de mí!

D. JUAN. A Doña Ana quiero bien;
será mi esposa Doña Ana,
de que habéis de ver mañana
que me dan el parabién.
Vuelvo otra vez á deciros
no me deis celos; mirad
que perderéis mi amistad:
no tengo más que advertiros. (*Vase.*)

ESCENA IX

EL MARQUÉS.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Habrá quien pueda creerlo,
si dudarlo y padecerlo
me sucede á un tiempo aquí?
Don Juan por mí se ha empeñado
dejándome en el empeño
otra vez, parece sueño,
y otra vez me ha despertado.
Don Juan me quiso matar
con ardidoso fingir.
Quiero á Doña Ana escribir,
pues que no la puedo hablar;
diréla cuanto ha pasado
con Don Juan aquí, y diré
cuánto le debe á mi fe,
pues no creyó, si ha dudado.
Esto es en cuanto á Doña Ana,
que en cuanto á Don Juan, saldré
de la prisión y veré
si con ambición tan vana
en el campo ó en la calle
hace y dice como aquí.
¡Que se me atreviere así!
¡Vive Dios! que he de buscalle,
que no ha de ser mi prisión
eterna; salir espero,
volver á ceñir mi acero
y restaurar mi opinión.
Cese prisión tan tirana,
déjeme el cielo vengar
ó máteme luego. Entrar
quiero á escribir á Doña Ana. (*Vase.*)

ESCENA X

Sale DON JUAN *y* COLCHÓN.

D. JUAN. Despéname; di, Colchón,
¿qué averiguaste?
COLCHÓN. La iglesia
donde se entraron.
D. JUAN. ¡Oh, pesia!..
COLCHÓN. Déjame hacer relación.
Digo, que apenas dejaron
la cárcel, cuando las dos
á dar mil gracias á Dios
en esta iglesia se entraron,
de lo cual es bien arguyas
que el socorro soberano
las tuvo tan de su mano
que las libró de las tuyas.
Entré en la iglesia, busquélas,
encontré con una tuerta,
púseme, en fin, á la puerta,
no salieron y dejélas:
esta es la relación
de las busconas buscadas,
y si ellas son tan taimadas,
¿qué culpa tendrá Colchón?
D. JUAN. Ven, que por la iglesia quiero
buscarlas.
COLCHÓN. Es por demás,
pues mil tapadas verás
que habían entrado primero,
y es hacer una experiencia
que por locura tendré.
D. JUAN. La dificultad se ve;
pero haré mi diligencia.
COLCHÓN. Alto, pues; á visitar
las capillas empecemos.
D. JUAN. Esta tiene mil extremos
que son dignos de admirar;
¡qué fábrica, qué hermosura!
¿No miras en cada parte
un prodigio por el arte
y un primor por la moldura?
COLCHÓN. Y de ésta, ¿qué te parece?
D. JUAN. No es al discurso posible.
COLCHÓN. ¿Y ésta?
D. JUAN. Tiene el imposible
que su admiración merece.
COLCHÓN. Pues aquí bien hay que ver.
D. JUAN. Sí; despacio lo veamos
y este letrero leamos.

(*Córrese una cortina; descúbrese un sepulcro bien formado y adornado, y en él* Don Gonzalo de Ulloa *como se vió el «Convidado de Piedra» antiguamente, y hay un letrero.*)

COLCHÓN. Yo no le acierto á leer.
D. JUAN. «Aguardo aquí de un traidor
que Dios venganza me dé.»
De esa sentencia apelé
cuando fuí el ejecutor
de vuestra muerte, buen viejo.
Don Gonzalo es el que miras.
COLCHÓN. ¿De Ulloa?
D. JUAN. Sí; ¿qué te admiras?
COLCHÓN. De que tú en aqueste espejo
no te mires.
D. JUAN. ¿Me predicas?
COLCHÓN. Los dientes me hace crujir
el letrero.
D. JUAN. A mí reir.
¡Qué cosas tiene tan ricas
la capilla!
COLCHÓN. Y del sepulcro,
¿qué dices?
D. JUAN. Que es cosa rara.
COLCHÓN. Un crítico le aplicara
para alabarle lo pulcro.
D. JUAN. En fin, señor don Gonzalo,
¿aguardáis que os vengue Dios?
¿No es mejor vengaros vos?
Yo desde luego os señalo
por campo mi casa; en ella
esta noche á pelear
os espero y á cenar.
COLCHÓN. ¡Lo que el valor te atropella!
¿A un muerto un vivo convida?

D. JUAN. Y le pienso regalar
como lo quiera aceptar.
COLCHÓN. Señor muerto, por su vida
que no lo acepte; mas ya
parece que lo aceptó,
pues la cabeza bajó. *(Baja la cabeza.)*
D. JUAN. Vamos, pues. ¿Dónde estará
la tapada?
COLCHÓN. ¿Aún no dispensas
en eso?
D. JUAN. ¿Si se habrá ido?
COLCHÓN. Ya, señor, tendrás sabido
lo del perro; ¿por qué piensas
que se entró en la iglesia?
D. JUAN. Entró
por hallarla abierta.
COLCHÓN. Bien;
pues por estarlo también
la tapada se salió.
D. JUAN. A mí así me lo parece.
Ya sabes ceno temprano
estas noches de verano.
COLCHÓN. Pues á cenar, que anochece.
D. JUAN. A cenar me voy; venid,
y no me hagáis esperar.
(Corre la cortina.)
COLCHÓN. ¿Con un muerto has de cenar?
¡Vive Dios que eres un Cid!
D. JUAN. ¿Qué fué el Cid para conmigo?
¿No ves que es poco blasón
para ser comparación
de mi valor? *(Vase.)*
COLCHÓN. Eso digo;
pero por este refrán
algún demonio fué padre
y alguna demonia madre,
sin duda, de este don Juan. *(Vase.)*

ESCENA XI

Salen dos CRIADOS *que pondrán la mesa ostentosamente.*

CRIAD. 1.º Don Juan, mi señor, envía
á decir que viene luego
á cenar, pongan recado.
CRIAD. 2.º La mesa falta.
CRIAD. 1.º Pues presto,
pedid manteles y plata.
CRIAD. 2.º Ya lo ha dado el repostero.
CRIAD. 1.º Pues mientras pongo la mesa
poned á enfriar.
CRIAD. 2.º Ya tengo
en dos sepulcros de nieve
dos cantimploras.
CRIAD. 1.º Haremos
la razón con agua fría.
CRIAD. 2.º ¿No es mejor con vino añejo?
CRIAD. 1.º No, que hace gran calor.
CRIAD. 2.º Un fuego saca otro fuego.
CRIAD. 1.º El aparador nos falta.
CRIAD. 2.º Puesto le dejo allá dentro.
CRIAD. 1.º Alto, pues, traigan la cena,
que viene mi amo.
CRIAD. 2.º Vuelo. *(Vase.)*

ESCENA XII

Salen DON JUAN *y* COLCHÓN. *Después* DON GONZALO. CRIADO 1.º

COLCHÓN. ¿No quitas capa y espada?
D. JUAN. La espada no; el sombrero
toma. ¿No hay músicos?
(Vase Colchón.)
CRIAD. 1.º Sí.
D. JUAN. Pues que canten allá adentro,
que la música me suena
mucho mejor algo lejos.
Las cantimploras no oigo.
CRIAD. 1.º Fresco beberás.
D. JUAN. ¿Qué es fresco?
Tan frío ha de ser que sea
toda la región del hielo.
Pongan otro asiento aquí,
porque un convidado espero.
CRIAD. 1.º ¿Traerán la cena?
D. JUAN. Esperad,
que es persona de respeto.
COLCHÓN. *(Sale.)* El convidado, señor,
tienes ya en casa.
D. JUAN. Recelos,
dejadme.
CRIAD. 1.º Voy por la cena. *(Vase.)*
D. JUAN. Sin respiración aliento.
COLCHÓN. Tanto ha obrado mi temor,
aun antes de entrar el muerto,
que parece que he tomado
uncias de ruibarbo ciento.
D. JUAN. Mira, Colchón, si le abren.
COLCHÓN. ¿Para qué, si ya está dentro
sin llamar ni abrirle?

ESCENA XIII

Sale DON GONZALO, *en la forma del «Convidado de Piedra».* — DICHOS.

D. JUAN. ¿Temes?
Pero ¿qué desmayo siento?
¡Válgame aquí mi valor!
COLCHÓN. Yo no tengo para esto
ánimo; déjame ir.
D. JUAN. ¿Qué es irte? ¡Viven los cielos!
que si de mi lado un punto
te desvías, que al infierno
te he de enviar á cenar
mientras con el muerto ceno.
COLCHÓN. ¡Que se obliguen los graciosos
de las comedias á esto,
siendo tan gran disparate
pensar que puede ser cierto
que al lado de un muerto un vivo
tenga humor para el gracejo!
D. JUAN. No me deja un sudor frío.
Ea, sentaos, por que cenemos.
Bien cumplís vuestra palabra.
La cena.
(Salen con la cena dos ó tres; cáeseles lo que traen y, rodando, se vuelven adentro.)
CRIAD. 1.º ¡Válgame el cielo!

D. JUAN. ¿Qué es eso?
COLCHÓN. Que con la cena
ha dado el miedo en el suelo.
No quedó paje, señor,
que, tropezando en su miedo,
no cayese, y que, rodando,
no se volviese allá dentro.
D. JUAN. Pues sirve la cena tú.
De beber.
COLCHÓN. Temblando llego.
D. JUAN. No temas, y en otra copa
le da al convidado.
COLCHÓN. Espero
á que lo pida.
D. JUAN. Bien haces.
COLCHÓN. Soy yo muy gran palaciego.
Pero no come bocado.
D. JUAN. Canten.
COLCHÓN. Que canten mi miedo.
MÚSICOS. *(Dentro.)* «Los placeres de esta vida
son engaño,
si se mira el desengaño
en su medida,
pues, en la edad más florida,
la juventud más lozana
es alba de la mañana
que muere de su venida.»
D. JUAN. No prosigáis, porque en mí
no están al tiempo sujetos
los placeres ni la vida.
Todo dura lo que quiero;
todo se sujeta á mí
y nada obedece al tiempo.
COLCHÓN. *Blasfemavit.*
D. JUAN. De beber.
Cantad, y no sea lo mesmo.
Brindis, señor don Gonzalo,
á vuestra victoria, puesto
que en levantando la mesa
es fuerza que peleemos.
COLCHÓN. Primero que la razón
haga, que pruebe le ruego
este jamón en conserva,
que si se come en el cielo
será este manjar, pues todos
son allá cristianos viejos.
D. JUAN. ¿No cantáis?
COLCHÓN. Mientras que cantan,
por esta parte me entro,
porque ya no puedo más,
¡juro á Cristo! aunque me esfuerzo.
D. JUAN. Colchón, donde yo te vea.
COLCHÓN. Penetróme el pensamiento.
MÚSICOS. *(Dentro.)* «¡Qué loca la confianza
deste mundo,
si en ser tan caduco fundo
lo que alcanza!
No hay sin tormenta bonanza;
mas aquí todo es tormenta
sin bonanza, porque mienta
la más segura esperanza.»
D. JUAN. Músicos impertinentes
si predicadores necios:
¿queréis probar mi paciencia
con bárbaros documentos?
Si el mundo me teme á mí
y si yo al mundo no temo,
¿caducas mis esperanzas
ya presumís en sus riesgos?
No cantéis más, no.
COLCHÓN. Por señas
que la mesa levantemos
parece que dice.
D. JUAN. Sí.
COLCHÓN. Yo la quito.
D. JUAN. Ya os entiendo.
Que quedemos solos dice.
COLCHÓN. Pues yo me voy.
D. JUAN. Vete luego.
COLCHÓN. Si me voy de buena gana
te asegure lo que güelo. *(Vase.)*
D. GONZ. Echad la llave á la puerta.
D. JUAN. Ya lo hice y os la entrego.
(No la toma.)
D. GONZ. ¿Cumpliréisme una palabra?
D. JUAN. De mi palabra me precio,
porque sé mi obligación.
D. GONZ. Ya sé que sois caballero;
dadme la mano también,
y no temáis.
D. JUAN. Si no temo
á mil enemigos vivos,
¿cómo á uno, y ése muerto,
podré temer?
D. GONZ. A esta hora
en mi capilla os espero
mañana á cenar conmigo.
No dejéis de ir, porque de esto
me dais la mano y palabra.
D. JUAN. Y á darla de nuevo vuelvo.
D. GONZ. ¿De cumplirlo?
D. JUAN. De cumplirlo.
D. GONZ. Pues adiós.
D. JUAN. Y nuestro duelo,
¿adónde ha de ser?
D. GONZ. Allá.
D. JUAN. También para allá le acepto.
D. GONZ. ¡Gran valor!
D. JUAN. Siempre le tuve.
D. GONZ. Quedad.
D. JUAN. Abriros intento.
D. GONZ. Sin que me abriesen entré.
D. JUAN. Haced ahora lo mesmo.
D. GONZ. Yo me voy por esta parte.
D. JUAN. Y yo por ésta me entro.
D. GONZ. En fin, mañana os aguardo.
D. JUAN. Y en fin, allá nos veremos.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale el ASISTENTE, DON JUAN *y* COLCHÓN *y acompañamiento.*

ASIST. No el Asistente, un amigo
que os habla, señor don Juan,
me creed, y no, no es bien
que el escándalo seáis
de Sevilla. Todo es quejas,

todo agravios, sin que ya,
como administro justicia,
lo pueda disimular.
Corregid vuestras acciones
y el natural enmendad,
que el sabio y el noble deben
los astros predominar
cuando tuercen las costumbres
por vicio ó por natural.

D. JUAN. Vuestros consejos estimo
por quereros respetar;
que por lo demás tal sufro
todo eso es por demás.

ASIST. Esto como amigo os dije;
sabré como juez obrar,
por vida del Rey, si vos
no os reducís y enmendáis.
(Doña Ana á llamar me envía,
que pienso que delatar
quiere contra él. ¿Quién duda
de que en la muerte será
de su padre ó por indicio,
ó porque ella lo sabrá?)
Don Juan, adiós, pues ¿qué hacéis?

D. JUAN. Con vos he de ir.

ASIST. Quedad.

D. JUAN. Dadme licencia.

ASIST. Después
nos veamos; no, no vais,
que no pasaré de aquí.

D. JUAN. Quedarme quiero.

ASIST. Mirad
que me veáis. (Su prisión *(Aparte.)*
pienso esta noche trazar,
que es una muerte el indicio
y su vida el general
escándalo. Esto ha de ser
sin que se dilate más.) *(Vase.)*

ESCENA II

DON JUAN *y* COLCHÓN.

D. JUAN. Por dos veces que le vea
me ha dicho, cuando me da
en lo que hablaba entre sí
no poco que sospechar.

COLCHÓN. ¿Qué te suspendes? ¿Qué tienes?

D. JUAN. Mataréle.

COLCHÓN. ¿Dónde vas
con tu discurso?

D. JUAN. Ea, muera,
muera el Asistente.

COLCHÓN. Ya
de tu suspensión me ofendo.
¿En mí no sueles hallar
los dos Consejos de Estado
y Guerra? Pues ¿dónde van
tus cuidados por salida,
si soy quien se la ha de dar?

D. JUAN. De matar al Asistente
trato.

COLCHÓN. Si le has de matar
daréte un consejo.

D. JUAN. ¿Y es?

COLCHÓN. Que vayas sin mí.

D. JUAN. ¿Qué más
se esperaba de un gallina?

COLCHÓN. ¿Por qué le quieres matar?

D. JUAN. Porque imagino que trata
de prenderme y no tendrán
por grande hazaña el matarle
los que me conocen.

COLCHÓN. Das
venganza á tus enemigos.

D. JUAN. Muy poco les durará,
pues retirarme al principio
es cuanto me ha de costar.

COLCHÓN. ¿Y dónde matarle intentas?

D. JUAN. En resistencia será,
porque su mucha ventaja
me pueda á mí disculpar.

COLCHÓN. La justicia no disculpa.

D. JUAN. Luego ¿los jueces no están
en las pendencias también
obligados á lo igual?

COLCHÓN. No, que el Rey y la justicia
nunca se han de aventurar
para vencer; luego en ellos
no hay ventaja desigual.

D. JUAN. Traiga, pues, el asistente
consigo al mundo y verá
que cuando el mundo le ayuda
vencer no puede á don Juan.
Ven, que la mano me espera
de doña Ana; ven, serás
testigo de tanta dicha.

COLCHÓN. ¿Sabes si lo cumplirá?

D. JUAN. Pues no, si el sí y la palabra
dos veces me ha dado.

COLCHÓN. Dan
palabra y sí las mujeres
con mucha facilidad;
mas dime, ¿cómo ha de ser
ir con el muerto á cenar
esta noche, y esta noche
desposarte?

D. JUAN. Ya estarás
trasudando de apretado.
Primero me he [de] casar,
cenar después con el muerto,
con lo que pasare más,
y volverme luego.

COLCHÓN. ¿Dónde?

D. JUAN. Con mi mujer.

COLCHÓN. Cenarás
con la novia; es mandamiento
de las bodas.

D. JUAN. Muchas hay
donde no se cena; y caso
que obligue la cena, ¿hay más
que cenar dos veces?

COLCHÓN Yo,
como á ti no te haga mal,
vengo en ello; mas, escucha,
que otra dificultad me queda.

D. JUAN. ¿Y qué es?

COLCHÓN. Isabela...

D. JUAN. ¿Qué
Isabela?

COLCHÓN. La que está
muerta por ti. ¿No te he dicho

hay en aquesta ciudad
una dama que te adora,
cuyo estado y calidad
casa y nombre ya he sabido?
D. JUAN. Pues dila si por galán
me quiere, que por marido
ya doña Ana me querrá.
COLCHÓN. ¿Isabela por tu dama?
D. JUAN. Isabela.
COLCHÓN. Es principal.
D. JUAN. Pues ¿qué importa que lo sea?
Si tiene facilidad,
¿hela yo de agradecer
lo que con todos hará?
COLCHÓN. Un vestido y cien escudos,
señor, como del altar
me quitas.
D. JUAN. Para alcagüete
no es mucha tu habilidad.
COLCHÓN. Pues qué ¿quieres que la engañe
diciendo que á verla irás,
y que la coja el vestido?
D. JUAN. Eso digo.
COLCHÓN. ¿Y si me dan
mitra de alcagüete?
D. JUAN. Den,
pues el llegar á obispar
por ese camino es premio.
COLCHÓN. Sí, pero no es dignidad;
mas, en fin, ¿qué la diré?
D. JUAN. Pues ¿ella te ha vuelto á hablar?
COLCHÓN. Muchas veces pretendiendo
que á verla vayas.
D. JUAN. Dirás
que allá, después de mis bodas,
quizá la veré. (*Vase.*)
COLCHÓN. ¿Quizá?
Desta respuesta, mujeres,
aprended á no rogar,
que se pierde estimación
cuando no se gana un real. (*Vase.*)

ESCENA III

Salen DOÑA ANA *é* INÉS.

D.ª ANA. Gran dicha, Inés, el librarnos
en la cárcel de don Juan,
tan resuelto á conocernos.
INÉS. Es el marqués muy sagaz.
D.ª ANA. El crisol de la prudencia
es el riesgo.
INÉS. Remediar
no se pudo de otra suerte.
D.ª ANA. Ni más bien.
INÉS. Tomar iglesia,
por si fué curiosidad
el seguirnos, no fué malo.
D.ª ANA. Todo debió de importar.
Al asistente he llamado,
con que pienso encaminar
la libertad del marqués.
INÉS. ¿Cómo? Mas ¿quién llamaba?
D.ª ANA. Inés, responde. ¿Si fuese
el asistente?

ESCENA IV

Sale DON JUAN *y* COLCHÓN.—DICHAS.

D. JUAN. Llamar,
después que llamé, juzgué
por excusado; mirad
cuánto me precio de ser
dueño de esta casa ya.
INÉS. Don Juan es: ¡grande desdicha!
D.ª ANA. Dueño dijo: ¡qué pesar!
D. JUAN. Contando atento las horas,
he sido tan puntual,
pasóse el día.
D.ª ANA. ¡Yo muero!
D. JUAN. ¿En qué, decid, reparáis?
Que me deis la mano aguardo.
D.ª ANA. ¿Quién tuvo congoja igual?
D. JUAN. ¡Cielos! ¿qué mudanza es esta?
Para hoy, si os acordáis,
tenéis resuelto el ser mía.
¿Qué respondéis?
D.ª ANA. Que es verdad,
pero quisiera que un día
más de término...
D. JUAN. Formad
un ave rompiendo el viento,
un delfín cortando el mar,
un caballo en la carrera,
de una creciente el raudal,
que todo aquesto es más fácil
que vuelva en su curso atrás
que yo en mi intento; que yo,
ni sufrido ni galán,
ni cortés ni enamorado,
use con vos de piedad.
Si luego aquí...
D.ª ANA. ¡Grande aprieto!
D. JUAN. Si luego digo...
D.ª ANA. Esperad...
D. JUAN. La mano...
D.ª ANA. ¡Terrible riesgo!
Oid primero... ¡á qué mal
llegó el extremo del mío!
D. JUAN. ¿Qué tengo más que esperar?
D.ª ANA. Digo ¡ay de mí! que primero
me habéis, señor, de vengar.
D. JUAN. Tened; decidme de quién,
decidlo presto, acabad,
que de mí mismo si fuera
de quien agraviada estáis,
os vengara con mi muerte.
D.ª ANA. Yo lo acepto.
D. JUAN. Pues hablad;
decidme quién es, decildo.
D.ª ANA. Es...
D. JUAN. ¿Quién?
D.ª ANA. Don Juan.
D. JUAN. ¿Qué don Juan?
D.ª ANA. Tenorio.
D. JUAN. ¿En qué os ofendió?
D.ª ANA. Matóme á mi padre.
D. JUAN. Mal
se probará contra él
cosa de tanta impiedad.
¡Vive Dios que es grande empeño!
La palabra de vengar

su ofensa aun de mí la he dado,
cuando soy en la crueldad
del delito sólo el reo,
y es también condicional
que la he de vengar primero
que me dé la mano. ¡Gran
confusión! Pero la industria,
¿cuándo no ha podido más
que el engaño? Y pues doña Ana
me ha pretendido engañar,
que yo la engañe también
justo y aun forzoso es ya,
el engaño y la cautela
corriendo así por igual.)

D.ª ANA. Suspenso ha quedado.

D. JUAN. ¿En qué,
decid, señora, fundáis
el ser yo quien dió la muerte
á vuestro padre?

D.ª ANA. De entrar
en mi casa aquella noche
que le matasteis...

D. JUAN. ¿No más?

D.ª ANA. Tratasteis; mas él ¡que pena!
defendiendo...

D. JUAN. Lo demás
diré yo. Saqué la espada
cuando él con valor igual
la entrada me defendía.
Peleamos; metió paz
el Marqués, pero no á tiempo,
pues le pude, en fin, matar.
Llegó el Asistente á punto
que de otra temeridad
se libró el Marqués, pues quise
matarle; mas por no dar
lugar á que me prendiesen,
me ausenté. Ahora escuchad
lo que en orden á vengaros
intento. No ha de faltar
mi palabra; yo os la di
de vengaros; que cumpláis
de vuestra parte es forzoso...
Dadme esa mano, lugar
dando á la venganza. Ea,
¿qué os detenéis, pues? Pensad
que si yo de mí no os vengo,
no hay quien os pueda vengar.

D.ª ANA. Mayor aprieto es aqueste.

INÉS. ¿Qué intentará?

COLCHÓN. ¿Si matar
se quiere él mismo?

D.ª ANA. Los cielos
me den socorro.

COLCHÓN. En agraz
el racimo de la vida
no cortes; deja lograr
en tu juventud lozana
lo florido de tu edad;
no desesperes, espera,
y si has de desesperar,
horca elige, no cuchillo.

D. JUAN. ¡Vive Dios!

INÉS. El Asistente.

COLCHÓN. ¡El Asistente!

D. JUAN. Vendrá
á que le mate también.

COLCHÓN. ¿Todo lo has de matar,
matador de por San Lucas?
¿Puedes ser sino fatal,
parca que siega gargantas
sin excepción al segar?

ESCENA V

Sale el ASISTENTE *con todo el acompañamiento que se pueda* —DICHOS.

ASIST. A saber tenéis visita
no entrara; bien que llamado
de vos he sido.

D.ª ANA. Un cuidado
vuestra venida me quita
cuando me libra también,
por bárbara pretensión,
de un riesgo en una traición.

ASIST. ¡Traición y riesgo! ¿Con quién
le habéis tenido?

D.ª ANA. Si veis
á ese tirano aquí,
el preguntármelo á mí
es excusado.

ASIST. ¿Queréis
decirme, pues no hay lugar
de escribir, lo que sentís
desta muerte que decís?

D.ª ANA. Después podré declarar.

ASIST. Decidme á mí brevemente
si averiguar se podría
contra don Juan...

D.ª ANA. No es el día
ni más claro ni evidente,
fuera de que en este instante
él aquí lo ha confesado,
ó ya de desesperado,
ó ya de muy arrogante.

ASIST. Y aquí, con vos, ¿qué ha tenido?
¿Hase descompuesto?

D.ª ANA. Y tanto,
que estorba el dolor al llanto
por privarme del sentido.

D. JUAN. Yo entro aquí...

ASIST. Señor don Juan,
¡vos libre, vos descompuesto!
Si hacéis con mujeres esto,
justamente entenderán
que vuestras hazañas son
fingidas, pues como aquí
os descomponéis así,
no excuso vuestra prisión.

D.ª ANA. Pague don Juan su delito.

D. JUAN. ¡Ah, falsa! ¿Qué te parece?

COLCHÓN. Que se venga y te aborrece.

ASIST. Sobre todo, por escrito
mañana declararéis.

D.ª ANA. Si aquí con él me dejáis,
temo...

ASIST. ¿Eso receláis?
Que aquí le prendo veréis,
y hoy también de la prisión
saco al Marqués, por que luego
os dé la mano.

D.ª ANA. No niego
ser esa mi pretensión.

Mírole ya como dueño
y estímole como á esposo.
ASIST. No sé cuál es más dichoso,
pero ya es mío este empeño.
Lo que hago por vos veréis.
A que conmigo os vengáis
aguardo.
D. JUAN. Pues aguardáis
lo que no conseguiréis,
y vos, si aquí lo intentáis,
con que sois el Asistente
y traéis toda esta gente,
veréis cuán poco duráis,
porque si saco la espada,
porque si la capa tercio,
un escuadrón, todo un tercio
para resistirme es nada.
Idos, pues, idos ahora
que aún no me llegué á enojar
por quereros perdonar
por vos y aquesta señora.
ASIST. Dejaros no he de poder;
resistiros es perderos.
D. JUAN. Remitirlo á los aceros
el remedio habrá de ser.
(*Saca la espada y éntralos á todos acuchillados.*)
ASIST. ¡Matalde!
COLCHÓN. De espada sola
soy muy poco diestro; dame
un broquel.
D. JUAN. (*Dentro.*) Canalla infame:
todos moriréis.
COLCHÓN. La bola
será mejor escurrir.
INÉS. No te aventures, Colchón.
COLCHÓN. No haré, que mi salvación
la fundo, Inés, en huir. (*Vase.*)

ESCENA VI

DOÑA ANA é INÉS.

D.ª ANA. Todos huyen. ¿De qué furia
se creyera tal destrozo?
INÉS. (*Ap.*) Lo valiente de este mozo
me enamora.
D.ª ANA. De mi injuria
tomaré venganza en él
persiguiendo su malicia,
que es piadosa la justicia
que castiga lo cruel.
El procura con su amor
mi agravio y mi ofensa, pues
dió muerte á mi padre y es
por quien padece mi amor;
que una fama en opiniones
nunca fué segura fama
si fué la voz que la infama
el juïcio de intenciones;
luego es justa la venganza
á que aspiro; luego debo
al valor por quien me muevo
fiar lo que á mi esperanza.
¡Ea, que sí; muera don Juan
para que viva mi honor!
pues á luces del valor
que está sin mancha verán.
A un papel que del marqués
he recibido, ¿es ya hora
que responda, Inés?
INÉS. Señora.
D.ª ANA. Que pongas recado, Inés,
para escribir.
INÉS. ¿Allá dentro?
D.ª ANA. Sí.
INÉS. Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA VII

DOÑA ANA.

¡Qué mal sosiega
mientras al centro no llega
lo que anhela por su centro!
Esta fuerza, esta violencia
padece mi alma, pues,
como es su centro el Marqués,
no le goza por su ausencia;
mas, á pesar del rigor,
y de don Juan á pesar,
irá á su centro á parar
impelida de mi amor.
Al Marqués cuanto ha pasado
con don Juan escribiré,
y de mi padre diré
que la muerte ha confesado,
siendo mi aviso correo
que despache el corazón
alivio de su prisión
cuidando de mi deseo. (*Vase.*)

ESCENA VIII

Sale EL MARQUÉS.

Que hoy á verme volviese
á doña Ana escribí. ¿Si olvido fuese,
pues ya se pasa el día y no ha venido?
Mataráme su olvido,
lloraré su mudanza.
¡Qué loca es de un amante la esperanza!
El que parece alivio me desvela,
lo incierto me consuela,
lo posible me engaña,
la libertad me daña,
la prisión me divierte;
ya rehuso la muerte,
ya la vida me cansa,
y en lo que sólo el corazón descansa
y en lo que padezco,
quizá porque obedezco
á doña Ana en prisión tan triste y dura;
mas ¿pudo haber prisión de más ventura?
Pues désta la memoria
me está acordando siempre aquella gloria
de haber sido primero
de un ángel prisionero.
¡Oh, suave prisión, no injusta y dura,
pues pudiste ser gozo y ser ventura,
por memoria gloriosa,
de la prisión más dulce y más hermosa!
Mas ya doña Ana tarda. ¡Oh, si viniese!

ESCENA IX

Sale INÉS *con manto y un papel.—El* MARQUÉS.

INÉS.

Que este papel te diese
doña Ana me ha mandado.

MARQUÉS.

No te perdono, Inés, lo que has tardado.
Mas ¿qué causa ha sido
de que ella no viniese?

INÉS.

No ha podido
por haberlo estorbado un accidente.

MARQUÉS.

¡Oh, cuán á riesgo está el que vive ausente!
Leer el papel quiero
con que disculpa por doña Ana muevo. (*Lee.*)

INÉS.

De albricias me prometo
una villa, si es como discreto
liberal el Marqués; pues tales nuevas
no se escuchan sin pruebas
de lo más liberal y generoso,
que es lo que toca hacer al más dichoso.

MARQUÉS.

Es verdad, ven acá; mas no, que sueño.
¿Sin duda, Inés, que veré á mi dueño
teniendo libertad? No lo creo;
tan grande es mi deseo
que ser duda ha podido.
¿Que, en fin, don Juan ha sido
quien mató á don Gonzalo? Mis recelos
ciertos han sido; pero no mis celos.
¡Oh, crisol invencible del decoro,
doña Ana, en fin, de Ulloa, á quien adoro!

INÉS.

Porcia no fué más casta ni matrona.

MARQUÉS.

Déla Sevilla, pues, otra corona.
¿Que, con tal desengaño,
de don Juan el engaño
se supo, el Asistente
presente estando á todo?

INÉS.

Y tan presente
que escuchó de doña Ana
quejas contra don Juan, cosa es bien llana;
como también lo es, yo fuí testigo,
fomentó su prisión para el castigo.

MARQUÉS.

Pues, Inés, si eso tiene aquese estado,
ya no soy desdichado.
A doña Ana dirás, no que me vea;
dirásla, por que crea
que el papel he creído,
esperaré sufrido
á tener libertad para ir á verla,
sólo en fe de adorarla y de creerla.

INÉS.

Tu culpa es ya forzoso se deshaga,
con que podrás, señor...

MARQUÉS.

Amor lo haga.

INÉS.

En su casa gozar de sus caricias.

MARQUÉS.

No por paga, recibe por albricias
ese bolsillo, Inés, y adiós, que es hora.
¿Qué le piensas decir á tu señora?

INÉS.

Yo, nada.

MARQUÉS.

Pues di: ¿quién?

INÉS.

Estos escudos,
habladores al paso que son mudos. (*Vanse.*)

ESCENA X

Sale DON JUAN *y* COLCHÓN.

D. JUAN. Esta es la iglesia, Colchón,
adonde estoy convidado
á cenar, y este el sagrado
que me libra de prisión.

COLCHÓN. No sé si te ha de valer
la iglesia por resistencia.

D. JUAN. Tendríamos otra pendencia
en que hubiese más que ver.
Que son muchos los heridos
sospecho.

COLCHÓN. Y muchos los muertos,
cojos, mancos, ciegos, tuertos,
corcovados y tullidos.
Mas, dime, cuando de ti
en ti mismo la vengabas
á doña Ana, ¿qué intentabas,
qué querías hacer allí?

D. JUAN. Que la engañaba es muy llano
cuando vengarla creyese,
pues sólo intenté me diese
con aquel ardid la mano.

COLCHÓN. Allí sólo se creyó...

D. JUAN. ¿Qué?

COLCHÓN. Que matarte querías.

D. JUAN. Si hay quien crea boberías,
¿tendré yo la culpa?

COLCHÓN. No.

D. JUAN. En fin, Colchón, se rebela
doña Ana; en fin, me aborrece.

COLCHÓN. ¿Qué importa se esté en sus trece
cuando te adora Isabela?

D. JUAN. Importa no dar lugar
algún secreto de estrella
á poder aborrecella
para poderla olvidar.
Entremos en la capilla,
que ya parece que espera
don Gonzalo. La postrera
noche será de Sevilla.

COLCHÓN. Cerca de la sepultura
no tiene eso buen sentido.
Siempre esta cena he temido.

D. JUAN. Pues divertirme procura
de ese presagio, Colchón.
No sé qué accidente siento

que respiro sin aliento
y se estrecha el corazón.
COLCHÓN. Aquí bien podrás pasar
sin mí.
D. JUAN. Donde quiera puedo;
mas quiero pierdas el miedo
á mi lado.
COLCHÓN. Por cenar
á no temer me acomodo
en peligro tan urgente,
que es el hombre tan valiente
que pierde el temor á todo.
¿Ya la cortina corrida?
El señor muerto te espera.

ESCENA XI

Córrese la cortina y descúbrese DON GONZALO *en pie, y luego la cena y aparato por tramoya, y todo negro.*—UN CRIADO *y* DICHOS.

(*Dentro.*) «Hoy á la noche postrera
la justicia te convida.»
D. JUAN. Ven, ven acá; ¿no... no oiste
aquella voz?
COLCHÓN. ¿Qué voz? No.
D. JUAN. Lo mismo que dije yo,
dijeron.
COLCHÓN. ¿Lo que dijiste?
D. JUAN. «Hoy á la noche postrera
la justicia te convida.»
COLCHÓN. Guarden los cielos tu vida
¿Será ilusión ó quimera?
¡Vive Dios que va esto malo!
D. JUAN. En un hielo, en un temblor
titubea mi valor.
Mas ya espera Don Gonzalo.
¡Ea, temores, baste ya,
que se avergüenza mi acero!
Buenas noches, caballero;
ya estamos todos acá.
D. GONZ. Pues á cenar nos sentemos,
que os espera gran jornada.
Mas ¿por qué empuñáis la espada?
D. JUAN. No sé. Cenemos, cenemos.
D. GONZ. Servid la cena.
(*Sale debajo del tablado la mesa con manteles y platos y luces que serán velas amarillas, y queda en el sitio donde están sentados y vense en los platos víboras.*)
COLCHÓN. ¡Aquí es ello!
De algún diablo ó de algún brujo
tramoyero fué esta mesa.
Aquí es el quedar sin pulsos,
aquí el desatar almizcle
de mala pasta y mal tufo.
CRIADO. ¿No cenas tú?
COLCHÓN. ¿Destos platos?
CRIADO. De éstos.
COLCHÓN. No son de mi gusto.
¿A víboras y alacranes
nos convida el seor difunto?
CRIADO. Nuestros manjares son éstos.
COLCHÓN. Pues á los vivos no es justo
tratarlos como á los muertos.
No los quiero.
D. GONZ. No estéis mudo.
Hablad y cenad, Don Juan.
D. JUAN. Traigan otros platos.
D. GONZ. Muchos
os darán, mas siempre de éstos.
D. JUAN. ¡Qué equivocar tan confuso!
COLCHÓN. Sin duda, debe de ser
en Guinea al otro mundo,
pues cuanto se sirve es negro
y nada se mira rubio.
D. JUAN. Levantad la mesa.
D. GONZ. Es presto.
Canten.
COLCHÓN. ¡Qué! ¿también hay músicos,
y también allá se templa?
CRIADO. Esa pena no era justo
que entre las demás faltara.
Mas, oye una letra al uso.
COLCHÓN. ¿De allá ú de acá?
CRIADO. De allá.
COLCHÓN. Crítica es, no lo dudo,
que en el infierno no cantan
como lo entienda ninguno.
MÚSICOS. (*Cantan dentro.*)
«Hombre, tu plazo llegó;
esta es tu hora postrera.»
D. JUAN. Pues que muera.
MÚSICOS. «Muera, muera
quien viviendo no vivió.»
D. JUAN. Nuevo temor me combate.
Cuanto miro, cuanto escucho,
presagios son de la muerte.
¡Qué terrible que la juzgo!
D. GONZ. ¿No cenáis?
D. JUAN. De todo ceno,
ó por lo menos lo gusto.
D. GONZ. ¡Qué de amargo gustaréis!
COLCHÓN. Paréceme que me escurro,
que está muy cerca del fuego
quien participa del humo.

ESCENA XII

Sale el ASISTENTE *con acompañamiento.*—DICHOS.

ASIST. ¿Cómo es posible escaparse?
Sacarle tengo, y os juro
por los cielos soberanos
que en un cadahalso al punto
le han de cortar la cabeza.
ALGUAC. Resistirse tiene.
ASIST. Al mundo
puede hacer rostro la gente
que cerca la iglesia.
ALGUAC. Dudo
que si no es hecho pedazos
se rinda.
ASIST. Junto al sepulcro
de don Gonzalo, ó me engaño,
determino algunos bultos.
Yo me acerco. Mas ¡qué veo!
Cenando con un difunto
don Juan está. ¡Caso raro!
Desde aquí todos ocultos
el fin de tan gran prodigio
esperemos.
COLCHÓN. Ni un mendrugo

de pan se ha visto en la mesa,
y cuanto se sirve es crudo.
D. GONZ. Vuelvan á cantar.
D. JUAN. Ya es tarde.
D. GONZ. Canten.
D. JUAN. De cortés lo sufro.
D. GONZ. Mucho tenéis que sufrir,
por ser lo que dura mucho.
D. JUAN. Ya me cansan, ¡vive Dios!
vuestros equívocos rudos;
más claro hablad, ó...
D. GONZ. ¿Qué haréis?
D. JUAN. De otro sudor me cubro.
MÚSICOS. *(Dentro.)* «No se ha de decir
racional aquel
que es la vida en él,
nacer y morir.
Quien ha de vivir
muriendo vivió.
Hombre, tu plazo llegó;
esta es tu hora postrera.»
D. JUAN. Pues que muera.
MÚSICOS. «Muera, muera
quien viviendo no vivió.»
D. JUAN. Ya entre los dientes el alma
parece que rompe el nudo
haciendo divorcio el cuerpo
á su pesar. ¡Qué trasunto
el de la vida en la muerte!
ASIST. Tanto misterio descubro
en lo que miro, que estoy
dudando y creyendo á un punto.
Don Gonzalo es con quien cena,
y algún celestial impulso
dispuso que yo llegase
á este tiempo y que ninguno
de cuantos lo ven desmaye,
siendo así que aun yo me turbo,
¡Grande es sin duda el misterio!
COLCHÓN. Dígame el paje nocturno:
¿hay plato de caracoles,
que son lindos avechuchos?
D. JUAN. Empiece el duelo.
D. GONZ. Es de Dios
mi venganza.
D. JUAN. ¿Cuando cumplo
de mi parte el desafío,
de otro os valéis?
D. GONZ. Resumo
con que es juicio de Dios.
D. JUAN. Pues yo, si lo es, concluyo
con que á mataros mil veces
volviera.
ASIST. ¿Qué es lo que escucho?
¡A matarle! Luego ¿él
le quitó la vida, y pudo
atribuirle al marqués
el delito que fué suyo?
Verdad me dijo doña Ana
cuando contra él depuso.
D. GONZ. ¿Vos no me mataisteis?
D. JUAN. Sí.
ASIST. Que sí dijo.
D. JUAN. Y no presumo
que nadie lo ignore ya.
D. GONZ. De mi hija, torpe insulto,
codicioso.
D. JUAN. No lo niego.
D. GONZ. Mas Dios, á quien lo atribuyo,
de vos la libró.
D. JUAN. También
confieso que en firme estuvo;
nunca conseguí un favor,
solicitando á menudo.
ASIST. ¡Oh, valerosa doña Ana!
Esto el cielo lo dispuso
para librarse el marqués
y quedar yo sin escrúpulo,
pues veo su inocencia cuando
de doña Ana el valor juzgo.
D. JUAN. Prometió darme la mano
de esposa.
D. GONZ. No es ese triunfo
para vos; es del Marqués.
D. JUAN. ¡Cielos! ¡qué es esto! ¡qué escucho!
¿Del Marqués? ¡Primero...
D. GONZ. Ya
no podréis; que el Poder sumo
las fuerzas os quita y quiere
que yo, porque en Él me fundo,
tenga de tantos agravios
la venganza en el sepulcro.
Esta es justicia de Dios.
D. JUAN. ¡Que me abraso!
COLCHÓN. ¡Que me hundo!

(Húndese con estallidos y truenos. Desaparece Don Gonzalo, *y* Colchón *rueda por las tablas.)*

ASIST. ¡Prodigiosa maravilla!
¡Oh, cuán recto! ¡Oh, cuánto es justo
Dios en su justicia, y cuánto
igual en sus atributos!
Misericordioso espera
para castigar más justo (1).
De la prisión al marqués
voy á sacar, por que al punto
la dé á doña Ana la mano (2).
¡Qué triste fin! Vaya uno,
y mientras yo al marqués,
á doña Ana, luego al punto,
este caso la relate.
Vamos presto.
COLCHÓN. O me rezumo,
ó el olor de tanto azufre
ha echado por otro rumbo.
¿Si he de acertar á salir
de la iglesia? El fin que tuvo
mi amo, mi conversión
ha de ser siendo cartujo. *(Vase.)*

ESCENA XIII

Sale DOÑA ANA, INÉS *y el* CRIADO.

D.ª ANA. ¡Notable suceso ha sido!
Siento su condenación.

---

(1) De otra letra «insultos.»

(2) Alguien ha hecho aquí una reforma, que consiste en suprimir todos los versos que siguen hasta el fin, terminando la comedia con éstos:

«Y porque en sus juicios justos
tenga su fin portentoso
la venganza en el sepulcro.»

CRIADO. Castigos, señora, son
de quien tan mal ha vivido.
INÉS. ¿Lloras?
D.ª ANA. Si, que el sentimiento
es aquí muy natural.
Miro un alma racional
eterna para el tormento.
Mas mira quién entra, Inés.
INÉS. Voy á verlo. El Asistente.

ESCENA ULTIMA

Salen el ASISTENTE *y el* MARQUÉS *y acompañamiento.*—DICHAS.

D.ª ANA. Pues ¿á qué con tanta gente?
ASIST. A traeros al marqués.
Ya, señora, habréis sabido
el lastimoso suceso
de don Juan.
D.ª ANA. Y que os confieso
que con piedad lo he sentido.
ASIST. Disculpa en su confesión
al marqués; yo fuí testigo,
y así, tan juez como amigo,
le saqué de la prisión.
Dadle la mano. Llegad,
señor marqués, lograréis
el premio que merecéis.
MARQ. Corone mi voluntad,
si es amor quien me le ofrece,
para premiar mi firmeza.
D.ª ANA. Si disputamos fineza
sabe amor quién le merece.
ASIST. Dentro de un grado á los dos
ha premiado la esperanza.
D.ª ANA. Dando fin á la venganza
en el castigo de Dios.

LOS HERMANOS PARECIDOS

PERSONAS

Atrevimiento.	Christo.
Hombre.	Envidia.
Africa.	Justicia.
Asia.	Deseo.
Europa.	Codicia.
América.	Mujer.
Admiración.	Buen Ladrón.
Engaño.	Madalena.
Temor.	Músicos.

Salieron el Atrevimiento, *á lo soldado, con muchas plumas, y la* Admiración, *de hombre.*

Atrevim. ¡Otra vez me vuelve á dar
los brazos, Admiración!
Admirac. ¡Bien me la puedes causar,
bravo mozo! Con razón
te puede el mundo llamar
honra suya, que contento
vienes; y ¡que, á lo soldado!
¡Bravas plumas das al viento!
Atrevim. Por mi valor lo he ganado
todo.
Admirac. Eres Atrevimiento:
¿á qué no te atreverás?
¿De dónde vienes?
Atrevim. Del cielo;
donde no pienso entrar más.
Admirac. Pues ¿nacido allá?
Atrevim. En el suelo
desde agora me verás;
que aunque del Querub nací,
que el monte del Testamento
intentó asaltar por mí,
con ser yo el Atrevimiento,
como mi padre caí.
Echóme de allá la guerra,
y así estoy determinado,
pues mi patria me destierra,
dejarla.
Admirac. No es estimado
ningún valiente en su tierra.
Pero, pues al mundo bajas,
¿qué oficio piensas tener?
Porque si en él no trabajas,
mal ganarás de comer.
Atrevim. No son mis prendas tan bajas
que, para adquirir sustento,
me obligue á degenerar
de mi altivo nacimiento.
¿Quién me puede á mí estorbar,
si soy el Atrevimiento,
cuanto produce la tierra,
cuanto el mar inmenso cría
y el viento en su esfera encierra?
Yo he de poner algún día
sobre una tierra otra tierra,
y, aunque les pese á las nubes,
he de cobrar el asiento
que perdieron los Querubes.
Admirac. Pues, hermano Atrevimiento,
caerás si tan alto subes.
Mas ya que al mundo has venido,
¿qué es lo que en él se te ofrece,
ó qué ocasión te ha traído?
Atrevim. La fortuna favorece
al osado y atrevido:
Nombró el Rey, nuestro señor,
al Hombre, por ser su hechura,
virrey y gobernador
de este mundo, que procura
hacerle su coadjutor.
Puso casa en su grandeza
augusta; pues, porque goce
de estos orbes la belleza,
le sirve y le reconoce
la misma Naturaleza.
Tanto imperio, en fin, le ha dado,

que hoy entra, según oí,
bizarro y acompañado
debajo un palio turquí
de diez altos de brocado,
sembrado todo de estrellas,
con tan gallarda persona
que, aventajándose á ellas,
con su vista perficiona
las criaturas más bellas.
Yo, que altas cosas codicio,
pretendo agora asentar
en su casa y su servicio
y en ella solicitar
la mejor plaza y oficio.
Tengo á su lado un pariente
que á cuanto quiere le obliga,
y una dama diligente
muy su valida y amiga.

ADMIRAC. Ansí harás buen pretendiente.
¿Y es el pariente?

ATREVIM. El Deseo.

ADMIRAC. ¿Y su dama?

ATREVIM. La Irascible.

ADMIRAC. Mucho puede con él.

ATREVIM. Creo
que, á pedir un imposible,
le alcanzara.

ADMIRAC. Yo bien veo
que á los dos les está á cuento
que entréis en Palacio vos;
pues si es el Deseo violento,
y Irascible, harán los dos
príncipe al Atrevimiento.
Mas ya han venido, y está
bien que seáis su privado,
porque si crédito os da,
de suerte sois alentado,
que todo lo intentará.

ATREVIM. Por mí tiene de alcanzar
cosas imposibles.

ADMIRAC. ¡Fiesta
brava!

ATREVIM. Ya debe de entrar
triunfando el Hombre.

ADMIRAC. Desde esta
parte lo puedes gozar.

Descúbrese un mundo, que encierra en su centro al Hombre, *asentado en un trono, con corona y cetro, cuya parte superior, en forma de dosel, será azul, sembrado de estrellas, con el sol y la luna, y la inferior, pintada de llamas, de nubes, de aguas, árboles, peces, pájaros y brutos. A las cuatro partes, dos á un lado y dos á otro, estén* Asia, Africa, Europa *y* América, *del modo que ordinariamente se pintan, como que tienen el mundo en forma de palio; toquen instrumentos y luego canten los* Músicos.

(*Cantan.*) «Sea bien venido
por gobernador
el virrey del orbe,
el mundo menor,
el retrato vivo
de su mismo autor,
padre de las gentes,
juguete de Dios;
su vicemonarca,
su recreación,
blanco de su gusto,
centro de su amor.
Sea bien venido
por gobernador
el virrey del orbe,
el mundo menor.»

ASIA.

Epílogo de todo lo criado,
cifra de cuanto Dios por su contento
puso en aqueste globo concertado
que toca su poder como instrumento;
suma del mundo y como tal llamado
microcosmos, en cuyo noble asiento,
como abreviado asombro y maravilla
el Rey nuestro señor pondrá su silla.
Tú, en quien halla su ser toda criatura,
la piedra cuerpo, vegetar la planta,
sentir el animal y la hermosura
del ángel entender con gracia tanta;
tú, en fin, en cuya imagen y figura
puso la Trinidad inmensa y santa
su retrato en quien ser humano tengas,
mil veces para bien del mundo vengas.
Las cuatro partes de esta esfera baja,
que es tu jurisdicción, vienen á darte
la obediencia debida, y la ventaja,
de cuantas cosas cría en cada parte.
Toda criatura la cerviz abaja
y tus manos y pies llega á besarte
reconociendo por señor al hombre
que, conforme á su esencia, le dió nombre.
Y yo la primer parte destas cuatro,
la más ilustre por antonomasia,
la princesa y señora á quien el Batro
como oro pecha cinamomo y casia,
los pies llego á besarte en el teatro
desta máquina hermosa; yo soy Asia,
y el campo damasceno en mí se encierra,
de quien Dios al formarte tomó tierra.
Madre he de ser de toda la nobleza
de Seth, tu mayorazgo, aunque tercero,
suceda su progenie en mi riqueza
y Europa en la corona que primero
honró mis sienes y por más grandeza
de la tierra en que gozosa espero,
que cuando asiento constituya á Roma
me librará del pérfido Mahoma.

AFRICA.

Africa llega á dar, príncipe justo,
la obediencia á tus plantas y el decoro
que debe á tu poder y imperio augusto,
fértil en ámbar, perlas, marfil y oro;
no menosprecies el color adusto
de mi morena cara que, aunque lloro
el cautiverio de mi gente impía,
la ley de Roma adoraré algún día.

EUROPA.

Europa, padre Adán, en quien el mundo
ha de lograr en siglo venidero
el trono universal sobre que fundo
el mayorazgo que gozar espero,
la ley del celestial Adán segundo

para remedio del Adán primero
defenderá, pues, porque triunfe el mismo,
en mí ha de estar el solio del bautismo.

AMÉRICA.

Y yo por tantos siglos escondida
á la noticia oculta de la gente,
y después por España reducida
á que la cruz de amor honre mi frente,
mil parabienes doy á tu venida,
mandándome mi fe que te presente,
pues América soy, parias bizarras,
la plata en cerros como el oro en barras.

HOMBRE.

Hermoso ornato en variedad distinta,
de tanta esfera célebre en que puedo,
pues el dedo de Dios la esmalta y pinta,
decir que es la sortija de su dedo;
el soberano Rey que hizo la cinta
tachonada de estrellas donde el miedo
jamás llegó, de donde el pesar huye,
por vuestro vicedíos me constituye.
Mientras no quebrantare inobediente
una ligera ley, solo un precepto
que me intimó su imperio omnipotente,
al orbe todo he de tener sujeto;
el áspid venenoso, el león rugiente,
el cocodrilo, me tendrán respeto;
todo esto puede aquel que con Dios priva.

UNO.

¡Viva nuestro Virrey!

TODOS.

El Hombre viva.

Música. Sale la Vanidad *muy bizarra y con ella el* Engaño *y el* Deseo; *baja por una escala levadiza el* Hombre *y cúbrese el trono.*

HOMBRE.

A verme viene mi querida esposa.

ATREVIMIENTO.

Baje vuestra Excelencia á recibilla.

HOMBRE.

¡Oh, hueso de mis huesos, carne hermosa
de mi carne, del mundo maravilla,
compañera del hombre deliciosa,
cuya materia ha sido mi costilla,
en fe de que saliendo de mi lado
sepas que me has costado mi costado;
dame esos brazos!

VANIDAD.

Caro dueño mío,
después de nuestro desposorio honesto,
acompañada fuí de mi albedrío
á ver la corte y casa que te ha puesto
el que te encarga el pleno señorío
de todo el globo esférico, compuesto
de criaturas tan bellas y bizarras,
joyas de amor que me ofreciste en arras.
Vi á un escritorio el mundo reducido,
labrado de ingeniosa taracea,
donde el poder de Dios tiene esculpido
todo cuanto esta máquina desea,
con diversas labores guarnecido
de estrellas de oro que en su adorno emplea
y por chapas al sol y luna solos,
si por aldabas los opuestos polos.
Gavetas eran suyas las criaturas,
en géneros y especies divididas,
conservadas en ellas y seguras
y á obedecer tu imperio reducidas.
No tienen las gavetas cerraduras
para nosotros, antes prevenidas
al apetito dan conservas bellas
para que escoja el gusto en todas ellas.
Una gaveta sola hallé con llave
y en sus molduras, caro esposo, escrito
«ciencia del bien y el mal», precepto grave,
cerrar la ciencia, Adán, que solicito.
Parecióme el manjar bello y suave,
porque esto de saber causa apetito;
llegó el Engaño, que mi amor procura,
y con él arranqué la cerradura.
Comí el fruto más tierno, más sabroso
que ofreció á los sentidos la apariencia;
repara en la gaveta, caro esposo,
pruébale y le hallarás por excelencia.

(*Saca una gaveta de manzanas muy curiosa.*)

ATREVIMIENTO.

Caso es, señor, pesado y riguroso
que fruta que es del árbol de la ciencia
del bien y el mal te sea á ti vedada;
come la fruta que á tu esposa agrada.

HOMBRE.

Ciencias tengo yo infusas y prudencia
si dellas me aprovecho con cuidado;
nombre di á cuantas cosas la potencia
del Rey nuestro señor me ha encomendado.

VANIDAD.

Esta es ciencia de Dios y justa ciencia,
y pues su majestad nos la ha vedado,
cuando los dos podemos serle iguales,
dioses debe envidiarnos inmortales.
Come, esposo y señor, ó no me digas
que amor me tienes.

HOMBRE.

En mi mal repara;
mira, querida esposa, que me obligas
á indignar nuestro Rey.

VANIDAD.

Justicia y vara
tienes; rey eres solo como sigas
mi gusto.

HOMBRE.

¿Ves cuán presto sales cara,
mujer formada de costilla aposta,
que en ser de mi costado, fué á mi costa?

ATREVIMIENTO.

¿Qué temes? ¿No eres hecho á semejanza
de Dios cuanto á la parte intelectiva?
Tu alma la unidad de Dios alcanza
por ser similitud de su ser viva;

la Trinidad también para alabanza
de lo que tu valor con ella priva
te retrató su copia peregrina
una en esencia y en potencias trina.
También produce, Adán, tu entendimiento
el Verbo que el objeto representa
teniendo de ti el ser y nacimiento,
si bien es accidente cuanto intenta,
y destos dos como de fundamento
produce amor la voluntad exenta,
pues por la voluntad amar pretendes
lo que en la mente viva comprehendes.
Pues si tu entendimiento al Padre imita
y el concepto á su Hijo es parecido,
si el Espíritu Santo te acredita
como su amor el tuyo producido,
come de aquesta fruta, que infinita
hará tu dignidad.

VANIDAD.

Dueño, marido,
señor, mi bien, mi gusto: come agora. (*Llora.*)

HOMBRE.

¿A qué no obligará mujer que llora?
Si he de ser como Dios y esta es la ciencia
del bien y el mal, comer quiero: ¿qué dudo?
Atrevimiento, muestra.

ATREVIMIENTO.

Tu excelencia
coma y á Dios se iguale, pues que pudo.
(*Come.*)

HOMBRE.

Esa fué la primera inobediencia
del ángel necio. Pero estoy desnudo:
¿cómo, cielos, es esto?

ADMIRACIÓN.

Tu malicia
te desnudó la original justicia.

HOMBRE.

Vergüenza tengo, abriéronse mis ojos,
ciencia del bien perdí y al mal presente
me condena el manjar, viles despojos;
será la muerte herencia de mi gente,
la tierra me dará espinas y abrojos,
fruto debido al hombre inobediente;
Icaro soy, deshizo el sol mis alas.

ATREVIMIENTO.

Ea, que ya eres Dios, con él te igualas.

HOMBRE.

El temor de mis culpas se comienza
á dilatar por mí: ¡tristes congojas!
¡Que una mujer con tanto imperio venza
á un hombre sabio!

VANIDAD.

¿Contra quién te enojas?

HOMBRE.

De mi insulto ha nacido la vergüenza
de verme ansí.

VANIDAD.

Pues vamos, que en las hojas
de aquella higuera nuestras galas fundo.

Vanse. Quédanse el Atrevimiento, *el* Engaño *y el* Deseo.

ATREVIM. Ea, Deseo, ya tienes
satisfecha tu esperanza;
tú eres sólo la privanza
del hombre que á servir vienes;
en tu mano está el empleo
de todo cuanto heredó;
perdióse porque cumplió
en ti su loco deseo.
Tú, sin límite ni tasa,
gozas su ciego favor;
su mayordomo mayor
eres, pongámosle casa,
pues que la que Dios le puso
desbaratan sus pecados.
DESEO. Despedido ha los criados
antiguos.
ENGAÑO. No son al uso,
que la Prudencia y Justicia,
la Cordura y el Consejo
visten y andan á lo viejo;
casas hay á la malicia
y criados ha de haber
á la malicia.
DESEO. El Engaño,
que tiene donaire extraño,
truhán suyo puede ser.
ATREVIM. ¡Oh! mal sabéis lo que puede
en el palacio un truhán.
Ya los cargos no se dan
sino á quien se los concede
un bufón que tira gajes
de cuantos él aconseja,
porque es corredor de oreja
y habla en diversos lenguajes
en vituperio y favor,
y por él premian los reyes,
castigan y ponen leyes.
DESEO. El Engaño embustidor
hará ese oficio muy bien.
ATREVIM. Casalde con la Lisonja.
DESEO. Esa dicen que ya es monja.
ENGAÑO. ¿No era buhonera?
ATREVIM. También.
ENGAÑO. ¡Monja!
ATREVIM. Monja se ha metido
y trata en ser conservera
después que no sale fuera;
luego ¿nunca habéis comido
lisonjas de miel y azúcar,
que, aunque tal vez empalagan,
entre bizcochos halagan
desde el estudiante al Fúcar?
DESEO. Maestresala puede ser
la soberbia Presunción,
hermano de la Ambición
del servir y el pretender,
paje de copa el Contento.
ENGAÑO. Flojo oficio le habéis dado,
porque gasta el vino aguado.
ATREVIM. Pues eso es lo que yo intento.

DESEO. Darále la Liviandad
de vestir.
ENGAÑO. ¡Qué de invenciones
en valonas y en valones
sacará su vanidad!
¡Qué de mangas por gregüescos,
qué de gregüescos verán
por mangas en el galán
ya ingleses y ya tudescos!
¡Qué de golas y alzacuellos
diferentes del jubón!
¡Qué de ninfos que á Absalón
compran postizos cabellos
para solapar desnudos
cascos de pelo y juicio!
¡Qué de calvos, que por vicio
con lazadas y con nudos
por remediar sus flaquezas
nos han de dar que reir!
ATREVIM. Mal se podrán encubrir
remiendos en las cabezas.
Pero, dejándonos deso,
¿no advertís cuán triste está
el príncipe?
ENGAÑO. Sentirá,
como es justo, tanto exceso.
ATREVIM. Pues échese la Memoria
de casa y éntre el Olvido;
y porque esté entretenido
llévele la Vanagloria
á su jardín, donde juegue
y se divierta.
DESEO. Sea ansí;
mas él mismo viene aquí;
convidalde cuando llegue
á algún juego.
ENGAÑO. Ansí se hará;
pero ¿qué juego ha de ser,
si no tiene que perder
quien la gracia perdió ya.

Salen el Hombre, *la* Vanidad, *la* Codicia *y la* Envidia.

VANIDAD. ¿Qué nueva melancolía
te aflige estando aquí yo?
¿No eres tú el rey á quien dió
su imperio esta monarquía?
¿No te estima y reverencia?
Pues ¿de qué tienes cuidado?
HOMBRE. Hízome mal un bocado.
ENGAÑO. Esa es linda impertinencia;
deja la memoria loca,
que son tristezas sin frutos;
anden, príncipe, los brutos
con el bocado en la boca;
juega, canta, triunfa, olvida
necedades.
HOMBRE. ¡Ay de mí!
ENGAÑO. ¿Yo no soy tu truhán?
VANIDAD. Sí.
ENGAÑO. Pues goza la buena vida.
HOMBRE. ¿Quién, Engaño, te ha vestido
tantos colores?
ENGAÑO. Hogaño
se metió sastre el Engaño,
yo me cosí este vestido,
los retazos del pendón
tantos jirones me dan.
ATREVIM. El Engaño y el truhán,
por otro nombre bufón,
si de diversas colores
no se adornan, ¿de qué suerte
llegaran á entretenerse
ni agradar á los señores?
ENGAÑO. Bella dama te acompaña.
HOMBRE. ¿No es del cielo su beldad?
DESEO. Hermosa es la Vanidad.
ENGAÑO. Será natural de España.
ENVIDIA. ¿Qué la primera mujer
fué la Vanidad?
HOMBRE. ¡Pues no!
Por vanidad pequé yo,
y este nombre ha de tener.
ENGAÑO. ¡Oh, lleve el diablo el pecado!
No te acuerdes deso agora;
entretenelde, señora.
VANIDAD. Por el jardín le he llevado
de la Murmuración.
ENGAÑO. Bueno;
¿haste divertido en él?
HOMBRE. Gusto me dió su vergel,
que es variable y ameno;
de todo trata, no deja
flor que no tenga.
DESEO. Ni errara
si á la araña no hospedara
y desterrara á la abeja.
VANIDAD. Riega la Murmuración
sus cuadros con una fuente
de sangre fresca y reciente.
ATREVIM. Siempre fué su inclinación;
sangre será de las venas
del Señor que la derrama.
VANIDAD. Es verdad, porque se llama
fuente de famas ajenas.
HOMBRE. Sí, mas todo cansa al fin.
ENGAÑO. Juguemos un poco, pues,
divertiráste después
otro rato en el jardín
de la Hipocresía.
HOMBRE. ¿A qué?
ENGAÑO. Al ajedrez.
HOMBRE. Da tristeza.
ENGAÑO. ¿Por qué?
HOMBRE. Comíle una pieza
á Dios, que mi muerte fué;
era rey, ya soy peón.
ENVIDIA. Así el pecador se llama,
mas no guardaste la dama,
soplótela la ambición;
no me espanto.
ATREVIM. A la pelota
jugarás.
HOMBRE. Atrevimiento
pelota soy yo de viento
derribada agora y rota.
Quísele ganar la chaza
á Dios; cual Luzbel subí,
pero volvióme y caí
donde el temor me amenaza.
Ya mi dignidad pasada
lo mismo que nada es,
que soy Adán, y al revés

lo mismo es *Adán* que *nada*.

ENGAÑO. Ea, pon aquí una mesa,
saquen naipes y al parar
juguemos.

HOMBRE. Gané al pintar
y perdíme por la presa.
Al pintar Dios lo criado
con su divino pincel
gané cuanto puse en él
con la gracia y principado;
hice presa cuando vi
el árbol en que pequé,
y lo que al pintar gané
por la presa lo perdí.

ENGAÑO. Son suertes esas distintas.

CODICIA. Y vos gran tahur, Engaño.

ENGAÑO. El tabardillo de hogaño
con todos juega á las pintas.

ENVIDIA. Vaya al chilindrón.

HOMBRE. Son vanos
los lances del chilindrón;
jugó mi necia ambición
y cogióme Dios las manos;
diómela la suya franca,
y quebrantando su ley,
creí que me entrara un rey
y quedéme en carta blanca.

ENVIDIA. En blanco diréis mejor,
que es de lo que yo me alegro.

HOMBRE. En blanco no, porque en negro
queda siempre el pecador.

(*Ponen una mesa, asientos y naipes.*)

ATREVIM. Ea, juguemos primera.

HOMBRE. No lo será para mí,
pues que la gracia perdí
primera.

ENGAÑO. Pesares fuera;
vengan naipes.

HOMBRE. La baraja
que tanto el Hombre procura,
parece á la sepultura,
porque allí no hace ventaja
el Monarca á sus vasallos,
pues iguala de una suerte
la baraja de la muerte
los reyes y los caballos.

ATREVIM. Haced que traigan los tantos.

HOMBRE. Los hipócritas lo sean,
para que cuando los vean
los que los juzgan por santos,
en acabándose el juego
de la vida al pecador
los echen por sin valor
en la basura del fuego.

(*Siéntanse á jugar el* Hombre, *la* Vanidad, *la* Codicia *y la* Envidia.)

ENGAÑO. Estos son los naipes.

VANIDAD. Vengan

CODICIA. Dos papeles traen pegados.

HOMBRE. Son como amigos doblados.

ENVIDIA. ¿Quién duda que arena tengan
porque presto se despeguen?

HOMBRE. Como los gustos serán
del mundo, que los traerán
rotos primero que lleguen.

CODICIA. ¿Qué habemos de hacer de resto?

VANIDAD. Las honras y dignidades.

HOMBRE. Vanidad de vanidades.

VANIDAD. Ya yo mi caudal he puesto.

CODICIA. Por la mano llego á alzar.

HOMBRE. No vale mano, es en vano.

CODICIA. ¿Por qué?

HOMBRE. Porque por la mano
perdió el reino Baltasar.

ENGAÑO. Echó por copas, fué un necio.

(*Alzan.*)

ENVIDIA. Un tres de bastos.

HOMBRE. A Amán
con él donde le ahorcarán.

DESEO. ¡Qué privanza!

ATREVIM. ¡Y qué desprecio!

CODICIA. Alcé un caballo de espadas.

HOMBRE. Si es símbolo de la hidra,
sobre ese caballo mira
á Saulo ciego, humilladas
sus bravatas y fiereza.

DESEO. ¿El caballo perderá
la espada? No, antes dará
por la espada la cabeza.

HOMBRE. Alzo un siete.

ATREVIM. A Madalena
se le dad.

VANIDAD. Siete pecados
tienen de darla cuidados.

HOMBRE. Algún día será buena.

(*Juegan á la primera.*)

ENVIDIA. No tengo puntos, yo paso.

HOMBRE. Mientras que la muerte envida
pasad todos, que esta vida
se acaba al fin paso á paso.

ENVIDIA. Envido un tanto: ¿en qué dudas?

CODICIA. Quiero un tanto y luego el resto.

VANIDAD. ¿Quién ha querido todo esto?

ENVIDIA. ¿Quién? la codicia de Judas.

HOMBRE. ¿Qué es el resto?

CODICIA. Mi conciencia.

VANIDAD. Conciencia de despensero,
mala cosa, no la quiero.

ENVIDIA. Yo sí; eche cartas.

CODICIA. Paciencia;
á flux voy.

ENVIDIA. Y yo á primera;
hasta ahora no he perdido.

CODICIA. Pues mire.

ENVIDIA. Dadme el partido;
¿qué manjar es el que espera?

CODICIA. Oros.

ENVIDIA. ¿Oros? no hago cuenta
de partido; mire.

CODICIA. Miro;
no hice nada; tire.

ENVIDIA. Tiro.

HOMBRE. ¿Cuántas hizo de oros?

CODICIA. Treinta.

HOMBRE. Ese número ha de ser
tu muerte.

CODICIA. Perdí el dinero
y conciencia.

ENGAÑO. Un despensero,
¿para qué la ha menester?

CODICIA. ¡No tuviera yo el ungüento
que en Cristo vertió María
Madalena!

HOMBRE. ¿Qué valdría?

CODICIA. Trecientos reales que en viento
los volvió su perdición;
¿no fuera mejor vendello
para remediar con ello
los pobres?
HOMBRE. Sana intención;
mas cuando todos los cobres,
tu piedad ¿qué es lo que intenta?
CODICIA. Remediar pobres.
ATREVIM. ¿Qué cuenta
tiene Judas con los pobres?
ENVIDIA. ¿Queda más que jugar?
CODICIA. Tengo
un Agnus Dei esmaltado
de oro y plata. (*Saca un Agnus de oro.*)
HOMBRE. Será hurtado.
CODICIA. No sé; á vendérosle vengo.
DESEO. Buena es la iluminación.
HOMBRE. Rayos arroja que, ardientes,
alumbran todas las gentes.
DESEO. ¡Admirable encarnación!
VANIDAD. De ver su hechura me espanto.
HOMBRE. Encarnóle una doncella
rigiendo el pincel en ella
el mismo Espíritu Santo.
CODICIA. ¿Quién le compra?
DESEO. El judaísmo.
ENVIDIA. ¿Cuánto pedís?
CODICIA. Treinta reales
no más, y han de ser cabales.
HOMBRE. ¿Por qué?
CODICIA. Porque aqueso mismo
pensé yo hurtar del ungüento
de Madalena.
ENVIDIA. Tomad
los dineros y jugad.
HOMBRE. ¡Qué no hará el que es avariento!
CODICIA. Perdonad, confusas dudas;
tomalde, pues le compráis.
(*Bésale y dale.*)
ATREVIM. Pues ¿vendéisle y le besáis?
HOMBRE. Fiad en besos de Judas.
DESEO. ¡Bella joya!
HOMBRE. Puede dar
su presencia vida y luz.
ENVIDIA. ¿Véisle? pues en una cruz
le pienso hacer engastar,
aunque le tenéis por santo.
HOMBRE. Con su luz eclipsará
la del sol, si en ella está.
VANIDAD. Sois la Envidia, no me espanto.
CODICIA. ¿No jugamos?
ENVIDIA. No con vos.
CODICIA. ¿Por qué, si me habéis ganado?
HOMBRE. Ese dinero es hurtado.
CODICIA. Volvedme el Agnus de Dios,
ó vuelva el juego.
ENVIDIA. Ni gusto,
ni ya dárosle podré,
porque ofendiste su fe.
CODICIA. Vendí la sangre del Justo,
tomad allá el vil dinero,
que no faltará un cordel.
(*Arroja el dinero y vase.*)
ENVIDIA. ¿El dinero? Dad con él
en el campo de un ollero,
que si son vasos quebrados
los hombres que á restaurar
viene Dios, bueno es comprar
vasos de tierra formados
con el dinero que es precio
en que á Dios Judas vendió.
HOMBRE. Ya el desdichado se ahorcó.
ENGAÑO. El murió como un gran necio.

Sale el Temor.

TEMOR. Huye, señor, huye luego.
HOMBRE. Pues ¿quién viene?
TEMOR. La justicia
de Dios, que tiene noticia
de aquesta casa de juego,
y tomarte residencia
quiere.
HOMBRE. ¡Ay, cielos! ¿dónde iré?
¿Adónde me esconderé? (*Vase.*)
TEMOR. Como es de Dios su presencia
y tú quebraste el mandato
que te puso, no sé adónde
huyas.
ENVIDIA. El hombre se esconde
y huye por no dar barato.
ATREVIM. Vamos tras él.
DESEO. Es avaro.
ATREVIM. Barato nos ha de dar
ó el alma le ha de costar.
ENVIDIA. Dirá: lo barato es caro. (*Vanse todos.*)

Vuelve á salir por otra puerta el Hombre *asombrado.*

HOMBRE. No hay lugar donde me esconda,
que, con ser mudo el pecado,
después que se ha cometido
voces á Dios está dando.
¡Riscos, caed sobre mí!
¿Adónde iré, si arrastrando
llevo la soga infelice
que mis insultos me ataron?
No hay hierba que no recele
que es el juez que está tomando
á mis culpas residencia
donde han de acusarme tantos;
parece que en lo interior
del alma me están llamando
á voces que, con ser loco,
juicio severo aguardo.
(*Pregúntase y respóndese á sí mismo representando al Juez y al reo.*)
—¡Ah, del calabozo obscuro
de la culpa y del pecado!
—¿Quién llama?—Salga á la Audien-
el hombre necio.—Ya salgo. [cia
Grillos de hierro en mis yerros
y esposas de vicios saco,
que el mundo que es cazador
trata en prisiones y lazos.
En la sala de la Audiencia,
sobre el trono soberano
del rigor y del poder,
me espera el Juez asentado.
El potro del pensamiento
vueltas al alma está dando,
donde sirven de cordeles
mis pretéritos pecados.

Dios es el Juez riguroso
que á voces me está citando.
—¿Por qué viene este hombre preso?
—Por ladrón. — ¿Qué es lo que ha [hurtado.
—La jurisdicción al Rey,
contra quien ha conspirado
fiando dél el gobierno
deste mundo.—¡Oh, mal vasallo!
digno es de echarle á galeras,
y así como tal, fallamos
que le azoten y que vaya
por eternidades de años
á la galera infelice
donde reman los forzados
en vez de salobres golfos
piélagos de ardiente espanto.—
—Ya me sacan á azotar,
y pues que soy comparado
al jumento, iré en mí mismo
desnudo y avergonzado
sin las ropas de inocencia
que perdí. Ya voy pasando
las calles de los insultos
que mis locuras poblaron;
el rigor y la vergüenza
pregones en voz van dando,
oid: «Esta es la justicia
que manda hacer el Rey sacro,
nuestro Señor, deste hombre
por ladrón desatinado,
que quiso ser como Dios;
mándale que sea azotado
sin cesar por la memoria
del bien que perdió su engaño,
que coma pan de sudor,
que viva siempre en trabajos.»
—¡Ay, qué azotes tan crueles!
Paso, memoria cruel, paso.
—No hay paso; matalde y diga
el pregón en gritos altos:
ansí castiga Dios á un desdichado,
del cielo por soberbio desterrado;
grave es la culpa, denle pena grave:
Ay cielos! Quien tal hace que tal pague.

(*Dicen de dentro*)

ATREVIM. Por aquí va el pecador,
atajémosle los pasos.
HOMBRE. La justicia es esta: ¿adónde
tendrá mi desdicha amparo?
Despeñaréme.

Quiere despeñarse y detiénele Cristo, *que saldrá vestido de la misma suerte que el* Hombre.

CRISTO. Detente.
HOMBRE. ¡Ay, cielo! ¿No es mi retrato
el que delante los ojos
tengo?
CRISTO. Sí.
HOMBRE. Nuevo milagro.
Hombre: ¿quién eres?
CRISTO. Soy hombre.
HOMBRE. Luego pecador.
CRISTO. Traslado
de la culpa si más limpia
que esos cielos que he criado,
mi humana naturaleza
es impecable y yo santo.
HOMBRE. A mí mismo en ti me veo:
¿quién eres, hombre?
CRISTO. Tu hermano.
HOMBRE. ¿Cuándo tuve hermano yo?
CRISTO. Desde que tu ser humano
me vestí por tu remedio.
HOMBRE. ¿Tú mi hermano!
CRISTO. Y mayorazgo
de la posesión eterna.
HOMBRE. De oirte y verte me espanto.
¡Oh, semejanza divina,
que porque yo fuí criado
á semejanza de Dios
en mi venturoso estado,
tú mi semejanza tomas
por parecerme en trabajos
si yo á Dios me parecí
en el sosiego y descanso!
Grande amor.
CRISTO. La semejanza
le engendra; por ella te amo
de suerte que á pagar vengo
deudas que te ejecutaron.
HOMBRE. Los Hermanos parecidos
somos.
CRISTO. Serémoslo tanto,
que hemos de ser una cosa.
HOMBRE. Pues, piadosísimo hermano:
la justicia en busca mía
el mundo anda registrando,
y ya que se acerca siento.
CRISTO. Pues acógete al sagrado
del hospital de la cruz,
que yo, que á librarte bajo,
pagaré por ti, pues tengo
caudal.
HOMBRE. Por verme dél falto
y mis obras sin valor,
señor, me escondo y no pago.
CRISTO. En doblones de dos caras,
que para esta deuda traigo
en mis dos naturalezas,
cobraré carta de pago
y la fijaré en mi cruz.
HOMBRE. ¡Qué fiador tan abonado!
Mi Dios, la justicia viene.
CRISTO. Pues vete y dame los brazos.

Entrase el Hombre *y salen el* Atrevimiento, *el* Engaño *y otros.*

ENGAÑO. Que se levantó del juego
y por no darnos barato
se fué.
ATREVIM. ¿De qué le ha de dar?
ENGAÑO. ¡De qué! ¿No nos ha ganado
los pasatiempos, deleites,
dignidades, honras, cargos
y riquezas deste mundo?
ATREVIM. Pues deso ¿qué le ha quedado
sino sola una mortaja
que, como quien ha jugado
y perdido, se congoja
con la baraja en las manos?
Mas ¿no es este el hombre?
ENGAÑO. El es.

ATREVIM. Lleguemos.
ENGAÑO. Señor hidalgo,
¿es él el pródigo, el noble,
el magnífico y el franco?
Pues ¿á su bufón siquiera
no le alcanzará el barato
de alguna joya?
CRISTO. ¿Quién sois?
ATREV. ¿Quién?
ENGAÑO. ¡Linda pregunta, al cabo
de todos nuestros servicios!
ATREVIM. ¡Gentil medra interesamos!
ENGAÑO. ¿Al Engaño desconoce?
CRISTO. Yo no conozco al Engaño.
ATREVIM. Bueno; el hombre se nos niega.
ENGAÑO. Mal modo de tripularnos.
ATREVIM. ¿Vos sois hombre de bien?
CRISTO. Sí.
ATREVIM. Pues, ladrón disimulado
que á Dios le hurtastes el ser,
dadnos barato.
CRISTO. No he hurtado
el ser yo á Dios: su igual soy.
ENGAÑO. Este viento le ha quedado
en la cabeza.
ATREVIM. Es un loco.
ENGAÑO. Dad barato, ó en un palo,
ladrón, entre dos ladrones
os pondremos.
CRISTO. Eso aguardo,
si bien baratos prometo.
ATREVIM. ¿A quién?
CRISTO. Al mundo, á quien amo
de suerte que le he de dar
á mí mismo.
ENGAÑO. Bien medrado
quedará el mundo con vos.
CRISTO. No conoce lo que valgo;
pero él me conocerá
después de resucitado.

Sale la Madalena.

MADAL. Dadme barato, Señor.
CRISTO. ¿Quién sois?
MADAL. Quien siete pecados
encerró dentro del pecho.
CRISTO. Pues, Madalena, yo os hago
libre dellos, yo os perdono.
(*Vase* Madalena.)
ENGAÑO. Eso es mejor. ¿Quién te ha dado
autoridad, que perdonas
casos á Dios reservados?

Sale el Buen Ladrón.

B. LADR. Un ladrón barato os pide.
CRISTO. A feliz tiempo has llegado.
Yo te doy mi paraíso,
á Juan mi pecho le he dado,
á Pedro mi amada iglesia,
mi doctrina doy á Pablo
y el espíritu á mi Padre
cuando le ponga en sus manos.

Sale la Justicia *con una cruz en lugar de vara; salen con ella el* Deseo *y la* Envidia.

ENVIDIA. Aquí está el Hombre, Justicia,
que, siendo primero hidalgo,
perdiendo la ejecutoria
de la gracia, es ya villano.
DESEO. Pues si es villano, bien puede
ir preso por deudas.
JUSTICIA. Alto;
llévele luego la Envidia.
ENVIDIA. Hijo de Dios se ha llamado,
líbrese agora á sí mismo.
JUSTICIA. Yo haré ponerle en un palo
donde pague puntualmente.
CRISTO. Pues me tienen por mi hermano,
sus culpas satisfaré.
Padre: este cáliz amargo
bebo por él, porque él beba
la sangre de mi costado.
ENVIDIA. Ponedle á cuestas la vara
de vuestra justicia.
CRISTO. El cargo
me derriba de su peso.
(*Pónele al hombro la vara, y cae con ella.*)
JUSTICIA. Es de yerros, no me espanto.
ENVIDIA. Venga y muera el hombre, ó pague.

CRISTO.

Muera yo y viva mi hermano,
pues esta es la justicia que ha mandado
hacer por él en mí mi mismo agravio,
que, pues siendo yo Dios quise fialle,
justo es que quien tal hizo que tal pague.

Llévanle con la cruz á cuestas y sale el Hombre.

HOMBRE. A mi hermano llevan preso
porque ha sido reputado
por pecador, y yo estoy
suelto y libre. ¡Oh amor raro!
¡Oh similitud preciosa!
¡Oh generoso retrato
del Padre Eterno, en quien siempre
se está fecundo mirando!
Mil alabanzas te doy,
pues del hombre enamorado
hombre te quisiste hacer,
porque el hombre no sea esclavo.
ATREVIM. ¿No es este el preso?
ENVIDIA. El mismo es.
ATREVIM. Si es él, ¿cómo se ha librado
de la divina justicia?
Vuelva preso.
HOMBRE. Eterno hermano,
que me llevan á la cárcel.

Música. *Aparécese un cáliz muy grande y de en medio dél una cruz, y en ella* Cristo, *y al pie della fijado un pergamino escrito; salen cinco listones carmesíes como caños de sangre de los pies, manos y pecho de* Cristo, *que dan en el cáliz grande y dél en otro pequeño que esté en un altar con una hostia.*

CRISTO. Dejad á mi hermano caro,
pues que tan caro me cuesta
que por él la vida he dado.

Llega, hermano parecido,
y si del fruto vedado
comiste por ser cual Dios,
este es de la vida el árbol,
como Dios serás si comes;
dándote antes agua manos
la fuente de tu dolor,
más de lo que debes pago
por ti, mas porque también
el fruto de mis trabajos
te aproveche, haz de la tuya
lo que por mi ley te mando.
Tus obras han de salvarte
valor de mi cruz medrando;
fe con obras, hombre, pido.

HOMBRE. Fe con obras, Señor, mando.

CRISTO. Llega, pues, come mi cuerpo,
que es el fruto sacrosanto
deste árbol de vida; bebe
la sangre que te derramo,
que para que deste modo
más los dos nos parezcamos,
yo en ti, tú en mí viviremos.

HOMBRE. ¡Oh amor de asombroso espanto!
Clavada miro en la cruz
la obligación del pecado;
¿cómo comerá seguro
quien debe si no ha pagado?
Tiemblo de tan duro empeño.

CRISTO. Ya fenecieron tus daños;
borrada está, si lo adviertes,
yo soy la carta de pago,
mis letras están heridas,
cinco mil renglones traigo.

HOMBRE. Cantad, músicos eternos,
el amor nunca imitado
de Dios al hombre, pues son
los Parecidos hermanos.
(*Cantan.*) «Por la imagen del hombre
Dios y hombre paga:
¡venturosa mil veces
tal semejanza!
El hombre terreno
comió la manzana,
perdió la inocencia,
costóle la gracia.
El hombre celeste
en él se retrata,
pagóle sus deudas,
llevóle á su casa.
Por la imagen del hombre
Dios y hombre paga:
¡venturosa mil veces
tal semejanza!»

(Encúbrese todo con mucha música.)

AUTO SACRAMENTAL HISTORIAL ALEGÓRICO

INTITULADO

EL LABERINTO DE CRETA

POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

El Rey de Etiopía.
Ariadna.
Un Tudesco.
El Minotauro.
Teseo.
Minos.
Dédalo.
Risel, *gracioso*.
Fileno.
Floriso.

Entrará Minos *por la plaza sobre un carro triunfal detrás de su ejército, y en el tablado gente de recibimiento del modo que se advierte en el papel aparte, y* Ariadna *para recibir á* Minos.

Ariadna. Mil veces triunfes en Creta.
¡oh, padre augusto; oh, monarca!
asombro de cuanto abarca
la luz del mayor planeta;
mil veces huelles sujeta
la redondez que ya tienes
á tus plantas, pues que vienes
de aquistar cuanto dilata,
y otras mil; Daínes ingrata
diadema ciña á tus sienes.
Honren mis labios tus pies.
Minos. No, Ariadna; no, hija mía,
que eres alba de mi día
y celestial tu interés;
no es bien que los labios des
á los pies de quien te adora,
si no es que con ellos Flora,
cuando me aprestas laureles,
me aprisione en tus claveles,
grillos ellos, tú su aurora.
Creta, que en el mar del Ponto
ceñida de su profundo
es lo mismo que este mundo
para el torpe vicio pronto,
las veces que me remonto
á ejercitar mis crueldades
en tantas diversidades
y naciones de su esfera,
por ser tu patria me espera
con todas sus cien ciudades,
cien metrópolis, presuma
eternizar de edificios
inmortales, pues los vicios
que la habitan son sin suma.
Cuanto la escama y la pluma,
el aire y el agua inquieta,
cuanto el monte se prometa
delicioso, cuanto el valle,
todo he dispuesto que se halle
mejorado en nuestra Creta.
Aquí nos colma Minerva
el espléndido licor,
que el fuego consumidor
para eterna luz conserva:
aquí la caza en la hierba,
la sierra sus salvajinas,
y en sus entrañas las minas
de los monarcas metales
hechizo de los mortales
y de la virtud ruinas;
aquí, aunque en término angosto,
cuelgan joyeles racimos
de los sarmientos opimos,
oro potable en su mosto;
aquí pródigo el Agosto
golfos de mieses que cría
ondea el viento cada día,

conque airoso el amor saco,
porque sin Ceres ni Baco
dicen que Venus se enfría.
Este es mi reino, este Creta,
patria de aquellos jayanes,
ya Curetes ya Titanes,
que mi dominio sujeta;
los que al son de la trompeta
de mi voz inobediente
apenas en el Oriente
de sus instantes primeros
desnudaron los aceros
contra el mismo Omnipotente.
Estos y yo hemos vencido
cuanto esos golfos abrazan;
en mis deleites se enlazan
cuantos son, serán y han sido;
mis estampas he esculpido
en los cuellos megarenses,
porque triunfen los cretenses
mientras el alfanje afila
ingrata á su padre Scila
y tiemblan los atenienses.
Reinaba en Megara Niso,
y en un cabello fatal
fundaba el trono inmortal
que perdió su poco aviso;
en solo un cabello quiso
que su reino eternizase
el hado, y que éste imitase
de la púrpura al color,
el cual, cortado, al rigor
caduco se sujetase.
Significábase en ello
la vigilancia en la fe,
tan delicada que esté
en lo sutil de un cabello
purpúreo, encendido y bello,
porque la fe, toda llama,
sangre en las aras derrama,
y por su conservación
mil héroes dieron blasón
al martirio y á la fama.
Scila fué la incontinencia
de Niso, hija y subcesora,
y ésta, al verme, se enamora
de mi hipócrita apariencia,
siendo sirena el delito
que en lo torpe solicito,
y cuando velar le importa,
ella el cabello le corta
y yo la vida le quito.
Conquistéle el reino luego,
y, como el que engaños vende
al paso que sirve ofende,
al mar su perfidia entrego.
Esta es el escollo ciego
que tanto su golfo asombra,
que en la estrechez siciliana
es de Caribdis hermana
y Scila hasta aquí se nombra.
Cerqué á Atenas, cuyo estrago,
á pesar de sus escuelas,
dominaron mis cautelas,
temblándome su Areopago
deleites que alisto y pago.
Vencen la filosofía,
cuando en sus fuerzas se fía.
Demóstenes y Solones
besan, con los Salomones,
los pies á mi idolatría.
Conquistéla, y en tributo
impongo á su rey Egeo,
cuando en su trono me veo,
parias que entristezca el luto.
Cada año en trágico fruto
han de enviarme sorteados
siete mozos destinados
para pasto miserable
del monstruo que, formidable,
vive en sitios intrincados;
el Minotauro, prodigio
de Pasife y aquel toro
que adulteró mi decoro,
Cerbero del lago Estigio.
Verá apenas el vestigio
de el que el laberinto ignore
cuando, hambriento, le devore;
pues su furor me promete
siete vicios para siete
mancebos que Atenas llore.
Dédalo fué su inventor,
que es Dédalo el artificio
en que se ofusca el juicio
del lascivo pecador.
No me ofende á mí el error
de Pasife escandaloso,
antes me tiene gustoso,
pues más conmigo merece
aquel que más se entorpece
y llega á ser más vicioso.
Esta es, vasallos, la historia
de mi felice jornada.
Grecia queda conquistada;
Minos triunfa de su gloria;
Minos, á quien la memoria
dedique altares divinos,
cuyos lauros peregrinos
en los templos y en las plazas,
si Minos dice amenazas,
celebren eterno á Minos.

Sale un Tudesco.

TUDESCO. Ya que á todos desafías
y monarca te blasonas,
Minos, de las tres coronas
que usurpan tus tiranías,
yo, que en las regiones frías
del Boreas postré los cuellos
de sus héroes y sobre ellos
de la aurora y sol trasunto
su nieve y sus rayos junto
en mi cara y mis cabellos
mientras al orbe restauro
la libertad que le oprimes,
por más que ese bosque estimes
cárcel de tu Minotauro,
antes que merezca el lauro
que á luchar con él me obliga,
porque mejor le consiga
y ponga fin á tu exceso
algún cretense me diga.
DÉDALO. Tudesca es la presunción

de tu traje y tus blasones,
república entre cantones
dividida tu nación.
Mas, porque presto el Grisón,
por ser su soberbia mucha,
hará en sacrílega lucha
á la fe guerra infelice,
yo, que este laberinto hice,
te le he de explicar; escucha:
Aquel jirón del mundo
que intitulado Grecia
de fábulas y engaños
dió asunto á los poetas;
aquel que, dividido
en infinitas sectas,
monarca se blasona
de la milicia y letras,
cuya filosofía
de errores tantos llena
á idólatras patriarcas
confusas dió materias,
Metrópoli obedece
á la facunda Atenas,
alcázar de las musas,
asilo de las ciencias,
si bien en opiniones
contrarias y diversas,
filósofos alista,
discípula y maestra.
Allí Sócrates puso
antiguas sus escuelas
que con moralidades
humanos vicios templan;
allí Platón dió fama
y nombre á su Academia,
como el estagirita
de la Naturaleza
misterios averigua
y el cínico desprecia
al Macedón monarca
desde su cuba estrecha.
Allí, en fin, griego Apolo
Homero al mundo deja
la fama que eterniza
sus versos y Ulises,
y el orador suave,
Demóstenes, deleita
dueño de las pasiones
humanas su elocuencia.
En ésta, que es mi patria,
ilustre yo por ella,
mi padre fué el engaño,
mi madre la cautela,
mi nombre el artificio
que en falsas apariencias,
para ofuscar virtudes
blasones sutilezas,
Dédalo me intitulan,
sirviendo de corteza
á mis cavilaciones,
para que más me teman,
este apellido humilde,
si acaso no es que quieran,
porque invente dedales,
que yo Dédalo sea.
De todo lo ingenioso
gané palma y diadema
á cuantos hasta hoy dia
sutiles se veneran.
Yo el inventor he sido
del barreno, la sierra,
el cepillo, el taladro,
la plomada y la regla:
y hallé la glutinosa
y siempre útil materia
que junta los divisos
mármoles y maderas;
pues si el licor faltara
que sus cisuras pega,
ni hubiera estatuarios
ni fábricas excelsas;
yo solo, en vez de plumas,
al leño que navega
le di en alas de lino
el uso de las velas;
yo, en fin, en simulacros,
para que envidia tengan
los Fidias y Lisipos,
á imágenes de piedra
doy casi ser y vida,
pues hago que se mueran,
cual si hospedaran almas
sus ojos y cabezas.
De suerte la ignorancia
por todo esto me precia,
que altares me dedica
y divo me celebra;
mas como las liciones
socráticas, que enseñan
á moderar costumbres
y la verdad veneran,
conocen mis engaños,
y que la corruptela
de mis cavilaciones
tantos simples despeña,
juntando virtuosos
á muerte me sentencian
si dentro de seis días
no desocupo á Grecia.
Salí, en fin, desterrado,
y á Minos, rey de Creta,
asilo de viciosos,
se acogen mis tristezas;
hallé en su patrocinio
privanzas y riquezas,
pues siendo él todo engaños,
yo todo estratagemas,
siempre la semejanza
de inclinaciones fieras
haciéndose acogida,
se abrazan y se hospedan.
Era Pasife entonces
esposa y compañera
de Minos, rey tartáreo,
y ella de vicios reina;
Pasife, que es lo mismo
que vil incontinencia,
lascivia desbocada,
frenética torpeza,
de un toro, que de Europa
ser robador pudiera,
ó en el Abril florido
constelación etérea,
cuya armazón diamante

vió el soto en su palestra
postrar rivales brutos
llevándose la presa
de la consorte vaca;
amor sin competencia,
aun en los incapaces
se apaga entre tibiezas,
confusos remolinos,
cuello, frente y cabeza
le arrugan, afectando
robusticidad bella;
la piel de dos colores
á manchas blanca y negra,
en los efectos tigre
mejor que en la apariencia.
De este, pues, bruto torpe,
Pasife, amante ciega,
de tal modo se abrasa,
con tal rigor se quema,
que, monstruo de apetitos,
más desatinos ceba,
mirándole lasciva,
que el toro pace hierbas.
La corte por los campos,
intempestiva, deja,
gozosa con su vista,
llorosa con su ausencia;
celos irracionales
el alma la atormentan
deseando transformarse
en la rival juvenca,
tejiéndole guirnaldas
de rosa y madreselva,
á sus vaqueros manda
que le coronen de ellas;
sonoras campanillas
hace que le suspendan
al pecho, y que le adornen
collares de oro y perlas.
Así se precipita
la humana incontinencia,
ya semejante al hombre,
al bruto y á la bestia.
Desesperaba modos
la adúltera resuelta,
piélago de imposibles,
infierno de impaciencias,
hasta que dos volcanes
la hacen caer enferma,
dentro del alma el uno,
pulsando el otro venas.
Contóme sus congojas,
compadecíme de ellas.
Labré una hermosa vaca,
que fué la copia mesma
de la que el toro busca,
con una capaz puerta
del modo que el caballo
que á Troya dió tragedias.
Degüello, en fin, la viva,
cubriendo la madera
de estotra inanimada,
la piel aún no bien seca,
con propiedad en todo
tan símil á la muerta,
que el poderoso instinto
de la naturaleza
venció en el toro el arte,
pues brama sólo en verla,
maromas despedaza
y encierros atropella.
Entró entonces Pasife,
y de la junta horrenda
de tan bestial consorcio,
el torpe amor engendra
al Minotauro infame
en cuyo cuerpo median
lo irracional y humano,
casi hombre y casi fiera.
Nació el bastardo monstruo,
nació en él la blasfemia
de tantos heresiarcas
contra la fe y la Iglesia,
hijo, como este bruto,
del vicio que sin rienda
por ensanchar lascivias
los rayos del sol niegan;
temblaron los mortales,
porque la voraz bestia
destruye poblaciones,
abrasa cuanto encuentra.
Mandóme entonces Minos
que, de mis agudezas,
se valga el artificio
para que al monstruo prenda,
y yo, por que segura
de él viva nuestra Creta,
un laberinto formo
con infinitas sendas
de calles enlazadas,
de marañosas selvas,
de verdes descaminos
que en medio el bruto de ellas,
por más que á la salida
le buscan leves vueltas,
al paso que más andan
más míseros se enredan.
Aquí los condenados,
sirviéndole de presa,
primero su muerte hallan
que la imposible puerta;
aquí cada año llora
la tributaria Atenas
siete mancebos suyos
que al hambre brutal pechan,
señal de que si el sabio
al vil deleite entrega
la libertad del alma,
inútiles sus ciencias,
padece confusiones
de míseras tinieblas
á manos de aquel monstruo
que el Caos eterno encierra.
Cualquier desesperado
que, por mostrar sus fuerzas,
con este error del mundo
inadvertido se entra
por nuestro Laberinto,
en fe de su soberbia,
sirviéndole de pasto
á muerte se condena;
y ya que tan dichoso
en esto alguno sea
que célebre le rinda

y tanto se prometa,
puesto que en los mortales
es bárbara quimera
pensar que se halle hazaña
que postre su fiereza,
como en lo marañoso
de tanto árbol y selva
se le imposibilita
la libertad y puerta,
errante por sus lazos,
forzoso es que perezca
en el estéril sitio,
ú de hambre ú de impaciencia.
Esta es toda la historia,
tudesco, que deseas
saber, si tu arrogancia
valiente persevera;
este es el Laberinto,
su entrada mortal ésa;
su centro habita el monstruo,
con él venturas prueba,
mas mira lo que haces,
que si una vez te enredas,
muriendo no hay librarte,
por más que te arrepientas.

TUDESCO. Por más que hiperbolices,
por más que me encarezcas
peligros fabulosos
que te ha enseñado Grecia,
no puedes ser bastante
á que prodigios tema
quien viene de Alemania
á hacer su fama eterna.
Mis brazos en la lucha
harán un mármol piezas,
y por tus embarazos
mi espada abrirá sendas.
Ya, por entrar Alcides
por la tartárea cueva,
bostezo todo llamas
de la prisión etérea,
también halló salida,
á su pesar, por ellas.
Alcides soy segundo,
mas, ¿quién mi fama altera?

Tocan un clarín.—Sale el Rey de Etiopía *sobre un camello, como el papel lo pinta.*

REY.

Apóstata, sacrílego del cielo,
peregrina impresión que tanto subes,
exhalación fantástica, en el suelo
te precipitas más desde las nubes;
Faetón, hechura del señor de Delo,
que, amotinando angélicos querubes,
por presumir aleves desatinos
del averno dragón, te llaman Minos:
yo, el Rey de la Etiopía, que aparente
sólo construyo en montes de la luna,
de donde el Nilo nace en la eminente
pirámide que al sol sirve coluna,
y de sus plumas coronó mi frente
el pájaro prodigio cuya cuna
sepulcro, atrio, sala y parasismo
es Oriente y Ocaso de sí mismo.
Yo, que al bruto jayán, cuyas espaldas
sirven de pedestal á los castillos,
que bélicos abaten las guirnaldas
de los muros, si llego á combatillos,
y entre rubíes, diamantes y esmeraldas
atesoro el marfil de sus colmillos
y esquivo de sus últimos encierros
á montones la plata, el oro á cerros.
Yo, en fin, de quien el sol está envidioso
y cada vez que de su carro augusto
rayos fulmina su rigor fogoso,
al ébano vital siempre robusto
trocara, si pudiera, el luminoso
y dorado esplendor por el adusto
color que baja mi abrasada esfera,
porque etíope al sol el mundo hubiera.
Yo la conquista de tu Creta elijo,
de tu infiel Laberinto yo el destrozo;
su infernal Minotauro entre el prolijo,
caos morirá en confuso calabozo.
De Salomón y de Sabá soy hijo;
Jerusalén, en el festivo gozo,
conque asombró á mi madre aquel rey sabio,
tálamo fué de su amoroso agravio.
A Etiopía ilustró su descendencia,
la ley de su Moisén hemos guardado
hasta que, humana ya la omnipotencia
del verbo Dios, pasible aunque increado,
llegó á nuestra noticia su clemencia
cuando Felipe, apóstol consagrado,
porque mi reino á todos se anticipe,
bautizó en Palestina á otro Felipe.
Candaces, reina, es la primer cristiana
que merecieron ver los abisinos;
hijo soy suyo y, pues que Dios se humana,
postrara en su fe tus desatinos.
Ya, apóstata precito, la tirana
confusión pereció; ya, infernal Minos,
no han de oprimir los hombres tus venenos;
Minos te llamas, ya has venido á menos.

MINOS.

Oh, prosapia de Cam, de Dios maldita,
aborto de la noche, todo sombra,
del cafre descendiente y trogoldita
indigno que á mis pies sirvas de alfombra:
entra en el Laberinto, solicita
la muerte al monstruo, si es que no te asombra
su formidable forma; entra en las redes,
por que en sus lazos castigado quedes.

REY.

Espera, basilisco del infierno,
que no te han de valer tus artificios.
Teseo viene y es monarca eterno
que te arroje á inmortales precipicios.

MINOS.

Deleite del amor lascivo y tierno,
engolfalde en la selva de mis vicios.

REY.

¿A él blasfemias? ¡Oh, dragón cobarde!

MINOS.

Vendrá Teseo á redimirte tarde.

Vase y sale Risel, *rústico y gracioso.*

RISEL. Ellos deben de cuidar
que es barro esto de morir:
¡qué hobiese yo de salir,
entre tantos, á pagar
al tarascón el tributo,
que esta tierra le promete!
¡Que fuese yo de los siete!
¡Ay, mi rucio! Poneos luto
de hoy más por vueso Risel,
que ya no vos llevará
arre acá ni arre acullá
al monte ni al alcacel.

Sale Fileno.

FILENO. Animo, pues que la suerte
te cupo y lo quiere Dios.
RISEL. ¿Tendredes ánimo vos
para el sorbo de la muerte?
¡Pardiez que es linda frema
con que animáis mi desmayo!
Diz que un hombre con su sayo,
con su cáscara y su yema
se mama el diablo novillo,
y tal vez al que le toca
se le cuela por la boca
todo entero hasta el portillo.
FILENO. El Minotauro es voraz.
RISEL. ¿El vino-en-tarros ha nombre?
Y decid: si llega el hombre
y le habla homilde y de paz,
con reverencia y mesura,
¿será tan desacatado
que le coma?
FILENO. Hanle cebado
con toda humana criatura;
lo que de hombre participas
será su manjar y empleo.
RISEL. Yo os voto al sol, si me veo
una vez dentro sus tripas
y el estuémago le escarbo,
que en llegándome á sorber
más le tengo de valer
que seis libras de ruibarbo.
Dejadme entrar allá dentro.
FILENO. Pues ¿has de vivir comido?
RISEL. ¿Por qué no? ¿Vos no heis leído
que saliéndole al encuentro
á un hombre sin más ni más
cuando hueron á arrojalle
se le tragó sin liscalle
la ballena de Juan Bras?
FILENO. Esa fué una maravilla
que usó Dios con su profeta.
RISEL. Dejad vos que allá me meta
y veredes la rencilla
que el vientre conmigo tien;
Fileno, yo os juro á un canto,
que no han de armar preito tanto
dos suegras y un escribén.
Pero habrando ahora en juicio,
decir: ¿no huera mijor
que el reye, nueso señor,
llevara á ese sacrificio,
sin dar á su corte quejas,
las viejas que en ella están?
¿Para qué diabros serán
buenas?, Fileno, las viejas
lleve á un sastre mal ladrón
que en la cruz de su tijera
colgado aplique en la fiera;
las tripas para el pendón
á un tabernero que imite
al signo Acuario mojado,
por que tragándole aguado
la tarasca le vomite;
á un mesonero barriga
que venda el gato por liebre
y las sisas del pesebre
mos pague vuelto en boñiga;
pero ¿á un pobre labrador,
habiendo tantas mujeres?
FILENO. Risel, por tu patria mueres.
RISEL. Moríos vos, consolador.
FILENO. El Laberinto de Creta
nos fuerza á tanta injusticia
como ves.
RISEL. El avaricia
decrépita no se meta
en hornos que el vino-en-tarros
sin más ni más nos meriende.
FILENO. Ya el mar, que el zafir extiende
por campos de sol bizarros,
nos ha ofrecido á la vista
de Creta la injusta playa.
RISEL. El Dimuño que allá vaya.
FILENO. Si Teseo la conquista
y á Minos llega á vencer,
¿de qué es tu necio temor?
RISEL. De vino-en-tarros, señor,
que á ser vino de beber
no temiera los desgarros
de su selva y laberinto;
mas leche, y no branco y tinto,
es lo que se bebe en tarros;
vino en tarros y avaricia
decrépita es quien me aprieta.
FILENO. Del Laberinto de Creta
destrozará la malicia.
VOCES. (*Dentro.*) ¡Tierra! ¡Tierra!
TESEO. Echa el batel.
RISEL. Tierra dicen, hoy me entierran
si en vino-en-tarros me encierran.
FILENO. Animo, y adiós, Risel.
RISEL. Luego ¿á Atenas os tornáis?
FILENO. Aguárdanme sus vecinos.
RISEL. ¿Y en poder de tarros vinos
sin más cuita me dejáis,
sin más arte ni más parte?
FILENO. Dispónelo el hado ansí:
¿qué quieres que haga por ti?
RISEL. El que le deis de mi parte
al mi rucio aqueste abrazo,
al mi caro compañero.
FILENO. ¿A un jumento? ¡Anda, grosero!
RISEL. Diréisle que llegó el prazo
del su Risel, ¡ah, mezquino!
(*Llorando.*)
pero si una vez me escurro...
FILENO. ¿Estás loco?
RISEL. Estoy sin burro,
que es peor.

FILENO. ¡Qué desatino!
RISEL. Como no le heis conocido
no lloráis cual yo le lloro,
que era como un pino de oro;
jumento más entendido
no le tuvo Grecia.
FILENO. Acaba.
RISEL. ¿Cuidas que miento? Decían
que las burras le entendían
cuantas veces rebuznaba,
pues la vez que caminaba
tan cuerdo hué de día en día,
que siempre en todo caía
ó al de menos trompicaba.
Pues ¿sofrido? no hube her,
por más palos que le diese,
que se enojase ó corriese,
que él nunca supo correr;
pues si acaso algún rocín
le guizgaba de repente,
le asentaba entre la frente
las virillas del chapín.
Estas gracias y más tien,
que es mi rucio sin segundo.
Decid que vo allotro mundo
y que haga por mi alma bien;
que para que me conorte,
cuando al infierno me parta,
le enviaré de allá una carta
con un celemín de porte;
que en mi lugar quedáis vos,
y que os lleve por los barros,
y que, en fin, del vino-en-tarros
le libre el cielo, y adiós.
TESEO. (*Dentro.*) ¡Alto! á tierra, mis soldados.
FILENO. No temas, que este es Teseo,
y ya triunfante le veo
de los bosques intrincados.
RISEL. Al mi rucio ¡hao! lo primero
y que de él me acordaré
cuando en la caldera esté
del señor Pero Botero. (*Vanse.*)

Sale Ariadna *sola.*

ARIADNA. Isla, que en tanto destierro
prendes á tus naturales
y con grillos de cristales
sabes suplir los de hierro;
de deleites infinitos
abundas que nos enlacen,
mas ¡ay! que no satisfacen
del todo los apetitos;
experiencia de ellos hago
y advierto en su desazón
lo amargo en la posesión
y en el hambre el empalago.
¿Qué importa que diferentes
conviden á la ignorancia
si les falta la sustancia
y todos son aparentes?
Minos, tirano, me nombra
hija suya, y soy su esclava.
Dichosa yo cuando andaba
gozando de en sombra en sombra
los amorosos sesteos
de las fuentes y los prados,
sin pensiones de cuidados,
sin asaltos de deseos,
que la presupción humana
remite á la vanidad.
Mi nombre era voluntad,
sin ella soy Ariadna.
En esta prisión prolija
quiere el tirano que sea,
porque cruel me posea,
al tiempo que esclava su hija.
Apoderóse de mí,
y soy en mi adversidad
voluntad sin voluntad,
pues vivo sin ella aquí.

Sale Floriso.

FLORISO. Si, inquietando soledades
aumentas, señora mía,
tus tristezas de día en día
y ansias á penas añades,
¿qué esperas mientras que llora
prisiones tu adversidad
sino que en tu tierna edad
juntes tu ocaso á tu aurora?
Pues lo crees y al sol deseas,
que humanando resplandores
facilite tus amores
y á la sombra su luz veas,
durmiendo á la protección
de ese olmo alivian congojas,
huecos que adulan las hojas
de sus llamas pabellón.
Yo le aceché que salía
de la embarcación cansado
Narciso, que enamorado
se miró á esa fuente fría
donde los rubios cabellos
sus cristales perfilaban
y aquí sólo le dejaban
sus siervos, porque sin ellos
templase á la sed la calma,
y cuando al agua llegó
los labios, luego la halló
en dos búcaros con alma;
al besarlos se reía
la fuente que los copiaba,
y como el rostro bañaba,
juzgué que el sol se ponía,
porque empezó á obscurecerse
la comarcana región,
que no hay mucha distinción
entre el dormirse y ponerse.

Descúbrese Teseo *durmiendo, como dicen los versos.*

Juzga, si en sueños abrasa
y á cierra ojos da la muerte,
qué ha de hacer cuando despierte,
que yo doy la vuelta á casa. (*Vase.*)
ARIADNA. ¡Qué poco lo encareciste
en comparación tan baja!
Concédale la ventaja
el que de oro cumbres viste.
¡Ay, cielos! en él asiste
no sé qué oculta deidad
con toda la actividad

que obstenta naturaleza.
Océano es de belleza
que se atreve á inmensidad.
Más es que amor el que admito
y el que adorarle me induce,
que éste limpiezas produce
y el otro engendra apetito.
Abrásome sin delito
y al paso que más le veo
más honesta me recreo:
¿qué será, si no es amor,
un ardor que sin ardor
es deseo sin deseo?
Atomos de aljófar suda
y en rayos que al viento extiende
sol de sí mismo se enciende.
¡Ay Dios! si abrasarse duda,
compasión, démosle ayuda,
no nos usurpen las flores
en tan pródigos favores
dichas que dan al verterlas.

(*Llega á enjugarle con un lienzo el sudor, y* Teseo *despierta.*)

TESEO. ¡Oh selvas que de engañar
ponéis escuela al fingir,
qué avaras sois al cumplir,
qué pródigas al pintar!

(*Ve á* Ariadna, *levántase y cógela las manos.*)

¡Ay, cielos! si esto es soñar,
nunca el amor me despierte.

ARIADNA. No me toques, si perderte
no intentas, joven hermoso,
que cuanto más presuroso
más te acercas á la muerte.
Cuanto ves en mí es engaño,
hechizos cuanto en mí admiras,
un monstruo soy de mentiras,
áspid que en flor cubre el daño.
Huye, peregrino extraño,
Circe que entre esta aspereza
vendiendo falsa belleza
son las frutas de Segor,
dentro ceniza y horror
y hermosas en la corteza.

TESEO. Dices, Ariadna, verdad;
si yo no te conociera,
si limpio mi amor no fuera,
huyera de tu beldad.
¡Ay, humana voluntad!
¿qué bárbaro desvarío
del conocimiento mío
te aparta? Hízote señora
la Omnipotencia criadora
de ti mesma y tu albedrío,
rindióte la torpe llama
al basilisco de Creta,
que esclava vil te sujeta
cuando hija suya te llama;
la ponzoña que derrama
su tiranía infernal
te tiene, mi Ariadna, tal,
y tal mis ojos te ven,
que te hallas mal con el bien
y juzgas por bien el mal.
Desde el trono regio y sumo
de mi padre descendí,
Ariadna ingrata, por ti,
y en tus brazos me consumo;
dejas la luz por el humo,
por la infructífera arena
la estación de el cielo amena
(delicias dél cornucopia)
y siendo voluntad propia,
voluntad te hiciste ajena.

ARIADNA. ¡Ay, gozo del pesar mío!
Redímame tu eficacia.

TESEO. Omnipotente es mi gracia;
dame tu libre albedrío,
que de uno y otro confío
efecto tan singular
que al monstruo puede postrar;
pero, aunque hombre y Dios nací,
quien te redimió sin ti,
sin ti no te ha de salvar.

ARIADNA. Eso la fe lo celebra;
tenme por tuya desde hoy,
mi libre albedrío te doy,
hilo es que el pecado quiebra;

(*Dale un ovillo de cordones de seda encarnada.*)

pero en tus manos la hebra
de aqueste ovillo indistinto
en tu amante sangre tinto,
aunque al Minotauro encuentres,
nos sabrá librar cuando entres
de su mortal laberinto.
Cada uno por mitad
corte esta araña en los dos,
tú la gracia, que eres Dios,
yo mi libre voluntad.
Temo la hambrienta impiedad
de Minos, dragón cruel;
ata al confuso vergel
ese y lo que siendo así
no te librará él á ti,
tú sí á mí, por ti y por él. (*Vase.*)

Salen Minos, Dédalo *y otros.*

MINOS. ¿Nave en la plaza de guerra
y en sus peñas no se ha roto?

DÉDALO. Afirman que es su piloto
Teseo y que ya está en tierra;
y si es él ya Creta sabe
que le tiembla y reconoce
Neptuno.

MINOS. Traerá á los doce
Argonautas en la nave
de la Iglesia.

DÉDALO. Su gobierno
huracanes atropella,
sin prevalecer contra ella
las puertas del mismo infierno.

MINOS. Habiendo yo atravesado
tanto escollo en el camino,
tanto del monstruo marino
que ninguno se ha escapado
desde el primer navegante
ni ha de escaparse el postrero,
¿cómo de su golfo fiero
sin romperse naufragante
una nave tiene audacia
de surcar su mar remoto?

DÉDALO. Excepcionóla el piloto
y preservóla la gracia.
MINOS. ¿Cuándo?
DÉDALO. En el primero instante
que comenzó á navegar,
y afirman que ha de quebrar
con la quilla de diamante
la cabeza á la serpiente,
creyendo salirla al paso,
para eclipsar con su ocaso
la luz de su puro oriente.
MINOS. Pues ¿por qué, si se cortó
la materia de esa nave
de aquel tronco y árbol grave
que la culpa corrompió,
de los naufragios de Adán
no ha de tocarla ni una ola?
DÉDALO. Porque es nave única y sola
que de lejos nos trae pan
que de Angeles se intitula,
y con dos naturalezas,
entre cándidas cortezas,
es Dios, y hombre la medula.

Sale Teseo.

Pero ¡cielos! el que veo,
¿no es el mismo de quien doy
noticia?
MINOS. ¡Temblando estoy!
¿Hombre ú Dios eres, Teseo?
TESEO. No eres digno tú, tirano,
de que yo quién soy te diga;
bien sé lo que te fatiga
saber, si soy puro humano
ó aquel amoroso enjerto
de quien tiembla tu poder
y te ha de desvanecer
tres veces en el desierto.
Desvela tus confusiones,
busca entre la densidad
de tu ciega obscuridad
para uno y otro razones,
serás de ti mismo guerra.
Cuando amor nacer me vió
todo el cielo me cantó:
¡Gloria á Dios, paz á la tierra!
Di que Dios soy según esto.
De un portal la choza baja
trigo me escondió entre paja
al hielo y la nieve expuesto;
di, pues, que el que en tanta injuria
nace, tiembla, gime y llora,
no es Dios, porque á Dios ignora
la miseria y la penuria.
Tres reyes me pagan censo
postrados en el portal
por Dios, por hombre y mortal,
con oro, mirra y incienso;
conjetura de estas parias
lo que soy, mas no podrás,
que hasta en ellas hallarás
razones también contrarias.
Porque si el incienso y oro
por rey y Dios me pronuncia,
mortal la mirra me anuncia,
y juzgarás á desdoro
que un Dios muera y necesite
de mirra que le preserve
y incorrupto le conserve,
pues la razón no lo admite.
La sangre ofreció al cuchillo
de la ley mi amante llama,
y quien su sangre derrama
no es Dios, sino hombre sencillo.
Más dudará tu temor
de que Salvador me nombre,
porque sin ser Dios un hombre,
¿cómo será salvador?
De Herodes, rey idumeo,
que á la inocencia destruye,
huyendo salí, y quien huye,
ni aun de hombre merece empleo;
mas ¿cómo Herodes cruel,
belicoso y arrogante,
tembló de un desnudo infante
si no halló deidad en él?
¿Cómo hambriento si es divino?
¿Quién habrá que hombre le crea,
si en Canán de Galilea
el agua transforma en vino?
Entre estas ambigüedades
y otras como ellas te ofuscas,
mientras, ciego, atento buscas
la luz por obscuridades.
Atorméntate, homicida,
verdugo tú de ti mismo
torpe, errante en el abismo
de mi misteriosa vida,
que enigma tuya he de ser
por que te aflija y asombre,
ya juzgándome puro hombre,
ya Dios de inmenso poder,
mientras el mundo restauro,
que ya por ti es calabozo,
tu Laberinto destrozo
y postro á tu Minotauro. (*Vase.*)
MINOS. Seguidle, vasallos míos,
que un reino no admite á dos;
ya sea hombre, ya sea Dios,
pruebe mis rabiosos bríos,
que, pues á su ser me igualo,
si al monstruo llega á vencer,
yo sabré hacerle poner
á la vergüenza en un palo. (*Vanse.*)

Sale Risel, *temblando.*

RISEL. Los dimuños inventaron
tantas calles y revueltas,
rodeos y encrocijadas,
atajos, ramblas y sendas.
Zampáronme dentro el bosque,
y en acuita de la puerta,
sin topar con su salida,
he andado más de tres leguas
como jumento de noria,
y después que ell hombre piensa
que acaba con la espesura,
cátale en el medio de ella.
¡Válgate el diabro por trampa!
Devanadme esta madeja;
al retortero el joicio
y *atili vobis la cuenda.*

Lo mismo heime aquí entrado
que mandarme que me metan
en medio de un guarda infante
ú de unas calzas tudescas;
pues si ell hombre tiene sed,
decid que hay fuente ó alberca,
ni aun charco en que se remoje.
Ello, si habramos de veras,
bella zahorí soy de agua,
que pues siempre la despeñan
desde las nubes abajo,
no debe de ser por buena;
pero ¿qué ha de her un pobre
huérfano de las tabernas,
si llamando á un cuero, mama,
en vez de un pezón encuentra
un cabrozo ó cabrahigo,
ó los brindis de ell arena,
que es lo mismo que topar
con los pechos de una dueña?
Pues para matar ell hambre
entrar y hallaréis la mesa
en cada árbol que os convide
con frutas verdes ó secas.
Bercebú lleve el piñón,
dátil, bellota, ciruela,
zarzamora, escaramujo,
que he vido en toda la selva,
que por más que haya espulgado
nísperos, castaños, servas,
no me depare el dimoño
ni aun legumbres con ser huerta.
A la hé, que si encerraran
á don Adán y doña Eva
aquí en vez del Paraíso,
que nunca doña Culebra
se topara tan á mano
la barbirrubia camuesa,
y que, mal que les pesara,
ayunaran mil cuaresmas.

Sale el Minotauro, *como se dirá en el papel.*

¡Ay de mí, desmamparado!
Mas hétele dónde llega
el vino-en-tarros pantasma.
San Sansón, Santa Belerma,
San Escápame de aquí,
San Sastre, ¿qué has dicho lengua?
pídele al cielo perdón,
que sastre y santo es blasfemia.
De hombre tiene la fachada
y de toro la zaguera;
el dimuño que pintase
dos feguras tan diversas.
De hueso trae los bigotes,
alquilalde la madera
para saleros de bodas,
que no os faltará pimienta;
llamas por ellos vomita,
y hué boba empertinencia,
que toda armazón ganchosa
del modo que injuria quema.
Estas matas me agazapen;
vióme, rematamos cuentas;
la cara hacia mí emberrincha,
transfórmeme Dios en suegra,
que en peligros semejantes,
por lo rezongoña y vieja,
huirá de su vista un toro
sin que el diablo la acometa.
¡Jesuçristo, y cómo escarba!
(*Escarba.*)
Yo jamás, señora bestia,
habré mal del vino en tarros
(*De rodillas.*)
ni contra su monstruencia
dije chas ni mus jamás;
ansí, si es que tiene llenas
de limpio trigo los silos
de ambos vinos la bodega,
chero decir branco y tinto,
en catorce años no llueva,
porque no se mos ahorque,
y á gusto suyo lo venda;
ansí no acierte á su casa
la ejecución en las deudas,
el huego de las vecinas,
ni en sus sembrados la piedra
que en otros se desayune;
porque si una vez me almuerza,
y no le echan veinte gaitas,
soy de sostancia indigesta.
Zámpese un médico á mula,
comeráse en una pieza
treinta hospitales de viudas
en virtud de sus recetas.
Cómase á un pesquisidor
(pero á este triste no, ahuera),
que no le dejará entrañas,
porque á todos mos las lleva.
(*Acométele y huye por el tablado, y luego anda alrededor de un árbol que ha de haber, y el monstruo tras él dando golpes en el tronco.*)
¡Ay, que acomete á ojalarme!
Esta encina me defienda;
¡Zape, ahí me las den todas!
¡Andallo á la retortera!
veremos, pues, si jugamos
los dos la gallina ciega,
cuál, andando á la tahona,
de los dos sabe más tretas.

FLORISO. (*Dentro.*) Aquí, Teseo divino,
el Minotauro se encierra;
redímannos tus hazañas
de tan formidable fiera.
(*Vase el* Minotauro.)

RISEL. Ancia allá las patas guía;
vaya muy enhorabuena
y ciégale Sant Antón
la vez que por acá vuelva.
Mucho sudo, y no es almizcle.

Sale Floriso.

FLORISO. Hoy el mundo se remedia.
¿Quién eres?

RISEL. ¿Quién lo pescuda?

FLORISO. La esperanza.

RISEL. Tarde llega,
que ya yo he desesperado;
vuesasté se harte de hierba,
pues es verde la esperanza
y serálo de las bestias.

FLORISO. ¿Qué temes?

RISEL. Ya está temido.
FLORISO. Del Laberinto de Creta
saldrás hoy.
RISEL. Pues ¿por dó salen
dell avaricia discreta?
FLORISO. Triunfará de el Minotauro
nuestro Teseo.
RISEL. No creiga
que cuando le despachare
que á mí sus dichas me quepan.
FLORISO. ¿Por qué?
RISEL. Porque, pues, jamás
las buenas suertes me aciertan.
FLORISO. ¿Qué dices?
RISEL. Las letanías.
FLORISO. Ponte á mi lado, no temas.
RISEL. Si se hallare en todo ell orbe
quien más desdichado sea
que yo.
FLORISO. ¿Tiemblas?
RISEL. Tiemblo y sudo:
olerásme si te acercas;
¿quieres ver cuán venturoso
soy? Pues escucha: Una siesta
soñaba que me había hallado
un bolsón y dos talegas
de doblones de á dos caras,
tendidos sobre una mesa,
y cuando empiezo á contarlos,
al instante me despiertan,
dejándome de la galla
sin permitirme siquiera
que entre sueños recrease
mis sentidos con su cuenta.
Soñé otra vez que me daban,
sacándome á la vergüenza
por las calles de mi villa,
cuatrocientos de la penca.
Iba yo, carivinagre,
llorado de verduleras
entre escribas y envarados,
las espaldas berengenas,
y á cada «esta es la josticia»
me pespuntaba el gurrea
los ribetes, cuatro á cuatro,
cual le dé Dios la manteca.
Consideren, pues, qué tal
iría mi reverencia
que, vive Dios, que escocían
como si huesen de veras;
pues fué mi ventura tal,
para que envidia me tengas,
que hasta el último pencazo
no desperté; de manera
que cuando sueño doblones,
al primero me recuerdan,
y cuando azotes, me obligan
que hasta el cuatrocientos duerma.
¿Hay bestia más desdichada?

Sale Teseo *luchando con el monstruo.*

TESEO. No hay al poder resistencia
de mi brazo, que es divino.
Monstruo torpe, las cavernas
infernales te sepulten.

(*Cae el monstruo, húndese y salen llamas, y éntrase* Teseo.)

FLORISO. Victoria, amorosa Iglesia;
entonadle epitalamios
mientras al tálamo llega
teñidas las vestiduras
de la sangre que en la guerra,
por redimir vuestros hijos,
derramaron dichas muestras.

Sale Teseo *y todos los que pudieren.*

TESEO. Emprended fuego, mis fieles,
á ese laberinto y selva
de deleites y lascivias,
de errores y de blasfemias;
mi fe sea inquisidora,
pues á los herejes quema,
esparza el viento cenizas
que contaminan la tierra,
y seguidme adonde todos,
en delicias siempre amenas,
mis triunfos gocéis conmigo.
FLORISO. ¡Viva edades sempiternas
Teseo, nuestro monarca!
RISEL. Viva, y siéntese á la diestra
por los siglos de los siglos
de su misma omnipotencia.

Entranse, con música, y quedan Floriso *y* Risel.

FLORISO. ¿Qué juzgas de esta victoria?
RISEL. Que parece que la sueñan
los temblores que aún me duran,
que si me llamó mi aldea
el Recelo hasta este punto,
ya es bien que aquel nombre pierda
y el regocijo me llamen,
pues me hace el alma gambetas.

(*Tocan dentro.*)

FLORISO. Oye, pues, de sus victorias
la música sacra y regia.
RISEL. ¿Qué son éstas?
FLORISO. Chirimías.
RISEL. Pues ¿por qué no chirinuesas?
FLORISO. Porque son de la esperanza
cuando á posesiones llega.

Aparece Teseo *en lo alto y el altar y cordero como se dice en el papel.*

TESEO.

Carísimos alumnos del baptismo
que en púrpura y cristal de mi costado
ve engendrados quedáis conmigo mismo
unidos al amor que os ha enlazado,
del laberinto vil del torpe abismo
á costa de mi sangre os he librado;
oid de mis fierezas el empleo,
por que sepáis quién es vuestro Teseo.
Rey de Atenas intitulan
á mi padre, Dios inmenso,
porque en Atenas reinaron
las ciencias del universo.
Y como soy de mi padre
la eterna sapiencia el verbo
y el acto de intelección
que de su mente procedo,
á Atenas me dan por patria,

esto es al entendimiento
que de la sabiduría
es potencia y es sujeto.
Teseo tengo por nombre,
que si en Grecia Dios y *theos*
es lo mismo sincopado,
ser theos lo que Theseo.
Que Egeo se llama afirman
á quien mi humano ser debo,
pues que *egere* es el ser pobre,
y yo de pobre me precio.
Después que á ser hombre vine,
y lo fuí con tanto extremo
que, las fieras en los montes
conocen su alojamiento,
los pájaros en sus nidos
y el hijo del hombre, siendo
de la omnipotencia hijo,
no tuvo dónde en el suelo
la cabeza reclinase,
porque el ser pobre apetezco.
La rebelde Sinagoga,
que de madre se me ha vuelto
madrastra y supersticiosa
Medea es de encantamentos,
ingrata me ha perseguido,
como dirá el menosprecio
que hicieron de mi doctrina
escribas y fariseos.
La envidia de mis hazañas
fué el mortífero veneno
que provocó sus crueldades
y consultó mis tormentos.
Debelé las Amazonas,
los vicios, digo, superbos,
estériles de virtudes,
pues que con no más de un pecho
sólo las torpezas crían.
Di muerte al tirano fiero
de Tebas, quiero decir
al príncipe del Averno.
Eché del mar los piratas,
del mundo los bandoleros,
de las cortes los engaños,
los monstruos de los desiertos,
de Creta al dragón intruso,
de su enmarañado enredo
al lascivo Minotauro;
bajé triunfante al infierno,
y sus puertas desquiciando,
los predestinados presos
saqué y dejé á los precitos,
porque allí *nulla est redemptio*.
Si refieren las historias
que á Ariadna menosprecio
y con Fedra me desposo,
sabed, fieles, que es lo mesmo
que haber dado de repudio
el merecido libelo
á la Sinagoga ingrata,
que fué mi esposa primero,
por vuestra gentilidad,
que es pasarse el Evangelio
al lado diestro, dejando
como rebelde al siniestro
en mi sacro santa misa
monarca de mis misterios.

Agora, pues, que arruinado
el marañoso embeleco,
del monstruo infernal hospicio,
la libertad os he vuelto,
gozad, regalados míos,
los bosques verdes y amenos
de mi jardín delicioso,
de mis floridos recreos.
En vez del vil Minotauro,
la mansedumbre os ofrezco,
que os sustente y que dé vida,
de este cándido cordero.
Desde el origen del mundo
os dice Juan que está muerto,
aunque para daros vida
resucitó al día tercero;
mas como se hace memoria
en el altar incruento
de mi triunfante pasión,
vivo en la verdad y efecto
y en la apariencia difunto;
entre accidentales velos
os convido á tres sustancias:
divinidad, alma y cuerpo;
tendréisme hasta el fin del mundo
tan continuo, tan perpetuo,
que desde ahora me llame
la fe *yuge sacramentum*;
comeréisme cada día,
mas no como el alimento
que se convierte en sustancia
del que le come perdiendo
el ser que hasta entonces tuvo,
que aquí, con modo diverso,
el que come se transforma
en el manjar, adquiriendo
casi el ser del que es comido,
porque amor invencionero
con finezas jamás vistas
es pródigo y todo excesos;
negaréme á los sentidos,
las almas conmigo uniendo,
juntando á la posesión
la esperanza y los deseos,
porque con modo admirable
presente y ausente á un tiempo,
por lo ausente deis suspiros
y por lo presente afectos;
no viéndoos os medrará
vuestra fe merecimientos
y gozándome comido
aliviaréis los destierros
de esta peregrinación,
hasta que, con dulce vuelo,
poseáis tronos augustos
en las sillas de mi reino.

FINIS

À PRIMERO DE MARZO DE MIL SEISCIENTOS Y TREINTA Y OCHO AÑOS

Si quid contra fidem aut bonos mores dictum tanquam non dictum subicuntur enim omnia quæ hic continentur sanctæ matris Eclesiæ Romanæ et ejus piis doctoribus.

Por el Maestro Tirso de Molina.

Para inteligencia de este auto y satisfacción de los que, por no haber leído lo material de esta fábula desearen, sabiéndola, entender lo metafórico de ella, pongo aquí lo que de las personas que hablan en esta representación he visto en autores diversos.

Creta.—Es isla del mar del Ponto; su nombre ahora Candia, célebre en otros siglos por las cien ciudades, que primero tuvo sus límites: al Septentrión, el mar Egeo y el golfo que llaman Crético; al Mediodía, el golfo Líbico; al Occidente, las islas Egila y Chitera, y al Oriente el golfo Carpacio. Tiene de largo ducientas y setenta en nueve millas, y de ancho cincuenta; baja mil quinientas y ochenta y nueve millas. Sus principales ciudades ahora son: Ignozca (su metrópoli), Gortin y Cidonia; fué natural de la primera el famoso cosmógrafo Estrabón. Otras poblaciones hay menores; habítanla griegos y dominanla los venecianos; no vive en ella animal venenoso, y mueren luego los que llevan de otras partes. Sus vinos fueron y son excelentísimos, y por antonomasia los llama Italia Candias, y á sus vasos Candiotas. Dijo de ella Virgilio

> Creta, patria del gran Jove,
> en medio del Ponto yace
> célebre en ella el Ideo,
> que fué de Júpiter padre.
> Cien ciudades generosas
> la ilustran inexpugnables
> que, divididas en reinos,
> se coronan de cristales.

Llamóse primero Cureta por aquellos héroes gigantes intitulados curetes; luego, sincopado, el nombre de Cureta quedó en Creta. Otros la derivan de Crota, hijo de Júpiter, rey de los dichos curetes. Eran sus vecinos, en tiempo de los emperadores griegos, tan bárbaros que, olvidados de la pulicía y fábricas, sólo habitaban las cuevas y espeluncas. Nótanlos, naturalmente, de envidiosos, pérfidos, falaces y, por la mayor parte, dados á la gula, como lo manifiesta la crasitud y corpulencia de sus vientres.

Minos.—Fué hijo de Júpiter y Europa. Sucedió en el dominio de Creta á su rey Xanto. Fué el primero legislador de los cretenses. Casó con Pasife, hija del sol, y tuvo en ella sucesión fecunda de ambos sexos. Conquistó á los megarenses en Grecia, porque le mataron á su hijo Androgeo. Entró á Megara por trato de Scila, hija de su rey Niso, porque, enamorándose ésta de Minos, concertó con él que, dándole la mano de esposo, le entregaría á su patria y cortándole á su padre un cabello de color de púrpura, en que consistía, mientras él durase, la conservación de su vida y reino. Lo puso todo en ejecución, pero despreciándola después Minos y haciéndola echar en el mar de Sicilia, la convirtieron los dioses en aquel bajío y escollo formidable de que tanto se valen los poetas y está enfrente de Caribdis. Conquistó también Minos á Atenas, obligando después á su rey Egeo á que todos los años le enviase siete mancebos súbditos suyos para pasto del Minotauro; hizo que Dédalo fabricase el decantado Laberinto, donde encerró al monstruo Minotauro, y después, en castigo de haber el tal Dédalo hecho la vaca de madera, en cuyo vacío entró Pasife y concibió del toro aquella bestia fabulosa, le metió con su hijo Icaro en lo más confuso de su enredo, para que dentro pereciesen, si bien los dos escaparon, como en su lugar diremos.

Minotauro.—Monstruo, medio toro y medio hombre, parto de Pasife. Preso en el dicho Laberinto, su manjar carne humana, al año tercero, del tributo referido de los atenienses, habiéndole cabido la suerte al príncipe Teseo, por industria de Medea, su madrastra, llegó á Creta, y enamorada de él Ariadna, hija de Minos, por su industria mató al monstruo y salió libre de aquel bosque enmarañado.

Dédalo.—El invencionero y artífice más ingenioso que conoció su siglo. Su patria Atenas. Inventó la sierra, el taladro, la barrena, los dedales y la cola. Halló el uso de las velas para navíos; labraba estatuas cuyas cabezas y ojos imitaban los humanos movimientos. Desterróle su patria y se acogió á Minos. Hizo una vaca de madera en que se encerrase Pasife y cubrióla con la piel de la verdadera, de que andaba en celo el toro de quien Pasife se enamoró tan bestialmente; encerróle á él y á su hijo, el rey, en el laberinto, artificio de sus manos; pero haciendo cuatro alas de cera y plumas para entrambos, salió volando de su encierro, remontóse Icaro y cayó, derretidas por el sol sus alas, en el mar que hasta hoy se llama de su nombre. Voló su padre hasta Cerdeña, y desde ella á Nápoles. Labró en Cumas un templo celebérrimo, dedicado á Apolo, y en él dicen que yacen sus cenizas. De Pasife no hay que decir de nuevo sino lo referido de su bestialidad y parto.

Teseo. — Hijo de Egeo, rey de Atenas; su madre era hija de Piteo. Perseguido hasta la muerte de su madrastra Medea, sorteado entre los siete destinados al Minotauro, valióse para salir del Laberinto, muerto el monstruo, de un ovillo de cordel que le dió Ariadna, enamorada de sus hazañas, atándole á un árbol de la entrada y guiándose por él á la salida. Venció á las amazonas; mató á Creonte, rey de Atenas, cruelísimo tirano; luchó y derribó en Atenas un robusto toro; mató á los salteadores de Grecia y á los piratas de sus mares; venció á los centauros; fué grande amigo de Proteo y de Hércules; bajó al infierno, deseoso de robar á Proserpina; sacóle de allí Hércules, su amigo; echáronle de Atenas sus vasallos, y, recibiéndole por huésped el rey Licomedes, le quitó la vida.

De esto, lo más he aplicado al auto presente moralizándolo casi todo, como constará de sus versos. Por que haya más espacio que las márgenes del auto permiten, para advertir lo necesario en él, lo iré declarando aquí por sus salidas.

Salida primera.—Por la plaza, con ejército marchando y instrumentos bélicos, sobre un carro triunfal, el rey Minos, entrecano, con le

traje que se pidió al alquilador de la ropa. Con música festiva por el tablado á recibirle los cretenses, y con ellos Ariadna, muy bizarra. Apéase el rey, sube arriba, siéntase en un trono, á su lado su hija, y delante de él Dédalo y otros. Sale después un tudesco y dice lo que el auto señala; tras él, sobre un camello, acompañado de negros, el rey de Etiopía, emparamentado el bruto, y el rey con el traje que se alquiló para él.

Segunda salida.—Ya está advertido el modo de el gracioso pastor, y en esta salida no hay que añadir más.

Tercera salida.— Puédese, si quieren, aparecer, cuando dicen «tierra, tierra», un navío sobre el teatro, que dé vuelta por lo de arriba, y si no, decirlo desde el vestuario. El traje de Teseo armado y bizarro, y la cabellera de oro que me dijo el señor Mayordomo que había alquilado.

Cuarta salida.—Ya se sabe el modo con que el Minotauro ha de salir: de la cintura arriba hombre, con un casco en la cabeza semejante á la del toro, y dos cuernos por donde arroje fuego; lo demás, de toro, de manera que parezca sube la mitad del cuerpo sobre la otra mitad, como le pintan.

Ha de haber un árbol, que después servirá para la comedia, alrededor del cual ande el monstruo tras el gracioso. Después que el Minotauro, vencido de Teseo, se hunde abajo, salen llamas. Pueden, si quisieren, pelear Teseo y los suyos, el etiope y tudesco contra Minos, Dédalo y los de su parte.

La última apariencia ha de ser arriba, y descubriéndose un jardín de flores y una mesa con sus manteles muy blancos y doblados, sobre ella un cáliz tan grande que quepa dentro de él un cordero con su bandera y cruz, como lo pintan. Asentado á su mesa Teseo con las potencias, ó rayos de oro, sobre los cabellos y sobre las armas una vestidura ó sayo, ricas todas las apariencias y mucha música.— *Laus Deo.*

AUTO FAMOSO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

LA MADRINA DEL CIELO

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL: (1)

Cristo.	Doroteo.
La Virgen.	Marcela.
Santo Domingo.	Chinarro.
Un Angel.	Demonio.
Dionisio.	

Salen Dionisio *y* Doroteo.

Dionisio. Este es el sitio y la casa
do asiste el cándido cuello
que el cuerpo y alma se abrasa.
Hizo Dios un ángel bello
debajo de humana masa;
formó una excelsa escultura
de tan divina hermosura,
mostrando su gran poder,
que se viene á conocer
el Criador por la criatura.
Hele dicho mi recuesta
publicando mi tormento
y lo que su amor me cuesta,
mas es dar quejas al viento,
que es recogida y honesta.
Con rostro apacible y grave
me dijo: «Deso se deje,
no entregue al vicio la llave,
porque tiene obras de hereje,
aunque se muestra suave;
apártese deste trato,
que si le viene á entender,
conocerá que es ingrato
y suele caro vender,
aunque le ofrece barato;
y pierda la confianza,
que en mí no ha de haber mudanza,
que en Dios he puesto la fe,
y con esto alcanzaré
el premio de mi esperanza.»
Y lo que más me atormenta,
es que espero sin remedio,
según he echado la cuenta,
que no se podrá hallar medio
que á mi voluntad consienta.
Doroteo. Olvida y muda de intento.
Dionisio. ¿No ves que se ha apoderado
del alma y del pensamiento,
que hallándole descuidado
hizo un firme alojamiento?
Doroteo. Entra y gózala por fuerza.
Dionisio. Cosa por fuerza gozada
¿qué gusto tendrá? Que es fuerza
que quede más obstinada
y no ha de haber quien la tuerza.
Doroteo. Podrá ser, viendo cogida
la flor del vergel vedado,
se te muestre agradecida
y que te ofrezca de grado
el remedio de su vida.
Dionisio. Quiero tomar tu consejo,
que muy bien me ha parecido,
que el amigo es claro espejo,
y por ver que me ha ofrecido
la ocasión lo que deseo (2).
Considera lo que hablo
por estar solos los dos;
de veras el caso entablo:
entro en el nombre de Dios. (*Vase.*)
Doroteo. Entra en el nombre del diablo.

(1) Intervienen además Vicios, Virtudes y Músicos.

(2) «Deseo» no consuena con «espejo» ni «consejo». Tirso quizás escribiría «la ocasión buen aparejo».

Va á forzar una doncella
y nombra de Dios el nombre
que forma contra él querella:
sin duda que entiende este hombre
que ha de ayudalle á movella.
Aquesto, si bien lo notas,
de demonio es el oficio,
que con sus obras remotas
entre el deleite y el vicio
deja las conciencias rotas.
Hacemos mil insolencias
sin tener á Dios temor
ni escrúpulo en las conciencias,
y pídele á Dios favor:
¡qué hermosas impertinencias!
Si habemos dado en saltear
y entre piratas porfías
surcado habemos el mar,
¿de qué sirve hipocresías
si es su profesión robar?
No le acabo de entender:
unas veces es afable,
con humilde proceder,
y otras no ha de haber quien le hable
si quiere su amigo ser.

Entra Dionisio *y* Marcela *asida de su capa*

MARCEL. Arrojadizo Tarquino,
dime: ¿qué fruto has sacado
de un efecto tan indigno,
que así has un pecho violado
dedicado al Uno y Trino?
¿Por qué con tanta fiereza
cometiste tal delito?
Caos de abatida bajeza,
¡que un gusano tamañito
se atreva á la Suma Alteza!
Qué, ¿no temes la sentencia
ni del castigo el rigor?
Pero sé por experiencia
que le has perdido el temor
por ser la Suma Clemencia.
Mas, pues que ya ha sucedido,
muestre ese pecho piadoso
lo mucho que me ha querido;
dame la mano de esposo,
con lágrimas te lo pido.

DOROTEO. ¡No le faltaba otra cosa
sino meterse en el brete
de dama bella y hermosa!
Muy bien medrara el probete
y además si es melindrosa.

DIONISIO. Cualquier cosa hasta gozalla
se tiene en veneración
hasta poder alcanzalla;
mas, llegada la ocasión,
el mejor pago es dejalla.
Lo que te tuve de amor
volvió en aborrecimiento;
llegó á su punto el rigor,
y entre el deseo y contento
puso ley el desamor.
Procura satisfacerte,
que jamás temí la muerte;
quéjate al cielo de mí,
que no alcanzarás el sí
ni pienso de jamás verte.

DOROTEO. Has hablado á mi contento
y tu gusto has alcanzado;
no tomes cosa de asiento;
si su persona has gozado,
dé agora quejas al viento.
(*Vanse los dos y queda* Marcela.)

MARCEL. ¡Así te partes, cruel!
Dejo la venganza á Aquel
que es deshacedor de agravios;
mas tiene piadosos labios
y hallarás clemencia en El.
(*Puesta de rodillas.*)
Divino Redentor, Celador santo,
de aquesta sinrazón á vos apelo,
porque quedo afligida y sin consuelo,
metida entre gemidos y quebranto.
Muévaos á compasión mi triste llanto
y ver rompido el virgíneo velo
de que hice voto de llevar al cielo,
librándome del reino del espanto.
A vos, Sacro Señor, venganza os pido;
no pase sin castigo tan mal hecho
y un delito tan feo y tan inorme.
Aunque si de otra cosa sois servido
y se mueve á clemencia vuestro pecho,
con vuestra voluntad seré conforme.

Corren una cortina y aparezca Cristo *de Redención.*

JESÚS. Marcela: tu sentimiento
es muy justo que le tengas
y que justicia prevengas
á tan grande atrevimiento,
que, si el pecado consiento,
de su maldad formo queja,
y aunque ves que éste se aleja,
no pierdas la confianza,
y el tomar dél la venganza
sobre mis hombros lo deja.
(*Corren la cortina y cúbrese el* Cristo.)

MARCEL. ¿Tan presto os vais, Jesús santo?
No escondáis el resplandor
que al alma enriquece tanto;
divino afecto de amor
y obra de Espíritu Santo,
aguardad, Verbo humanado,
y de aquesta corderilla
recibí el pecho humillado,
alta flor de maravilla
que dió la muerte al pecado.
Justo Juez os mostráis,
pues la carga de mi afrenta
á vuestra cuenta tomáis,
que tomada á vuestra cuenta
cuerpo y alma consoláis.
Mirad que salís fiador
que el delito ha de pagar;
si no lo cumplís, Señor,
os tengo de ejecutar,
aunque os tengo grande amor.
Mas vuestra clemencia es de arte
que en los malos se reparte;
pero advertiréis que hay ley,
que nunca perdona el rey
si no perdona la parte.

Vase y salen Santo Domingo *y un donado llamado* Chinarro.

DOMINGO. Dígame: ¿por qué ocasión,
dejando el siglo, se vino
á entrar en la Religión?
CHINARR. ¡Por el Señor Uno y Trino
que me causa gran pasión!
¿No basta que entre estas breñas,
¡pesia á quien aquí me trujo!
cuento mi mal á las peñas?
¿No fuera fraile cartujo
porque me hablara por señas?
DOMINGO. ¡Jesús, hermano! ¿qué es esto?
Considere que ha pecado.
¿Cómo está tan descompuesto?
CHINARR. ¡Por Cristo crucificado
que estoy por echar el resto!
DOMINGO. Hermano, nada no cuente;
esa es la Orden que profesa.
CHINARR. ¡Por Jesús omnipotente,
que porque sé que le pesa
lo he de contar cabalmente!
En la ciudad de Sagunto
nací, padre fray Domingo,
que cuando allí no naciera
nada se hubiera perdido.
No digo de nobles padres,
porque no sé quién me hizo,
según que mi madre era
afable con sus amigos.
Bueno es ser el hombre afable,
pero la mujer, no digo,
que ha de ser como carrasca
y amorosa á su marido.
En fin: allí fuí criado
hasta tener veinte y cinco
años, haciendo insolencias,
no de las que hacen los niños.
Tuve siempre tres mujeres
repartidas en tres sitios,
las cuales rendían primicias
sin ser el fruto caído.
Tres germanicos, muchachos
de los que en el laberinto
metían las dos colainas,
se recogían en mi nido.
(*Hase de estar santiguando* Santo Domingo.)
Tenía tabla de juego,
donde el menor ejercicio
era echar votos por vidas,
reniegos de cinco en cinco.
Jugábanse los dineros,
y después de haber perdido,
las prendas suplían las faltas,
quedándose en cueros vivos;
las joyas de las mujeres,
las arracadas y anillos,
cadena, ajorca, manillas
y los diamantes más finos,
faldellines, sayas, ropas,
tocas, jubones, corpiños,
quedando de Adán y Eva
hechos retratos al vivo.
Sacábales el barato,
que, si lo viera, le digo,
padre, que se aficionara,
que fuí en poco tiempo rico.
Prestábales sobre prendas,
dándome de prometido,
si daba diez, doce y medio,
y si veinte, veinte y cinco.
Andaba la chirinola
hasta que ventura quiso
que el bodegón se alborota
porque de corto de cinco,
sobre disputas de honor,
como siempre honrado he sido,
corté á una mujer la cara,
dando muerte á su marido.
Maté un hidalgo en la plaza
por un no sé qué me hizo
á la una de mis damas;
déle Dios el Paraíso.
Ausentéme de la tierra,
y topando en el camino
un fraile, le até á una encina,
desnudándole el vestido.
DOMINGO. Calle y por él le suceda, (1)
pues cometió tal delito
sin tener temor á Dios,
que osó tocar á sus Cristos.
CHINARR. ¡Vive Dios! Domingo Padre,
pues hasta este punto ha oído,
que ha de acabar de oir la causa
que á su casa me ha traído.
El fraile me dejo atado,
no supe lo que se hizo;
Dios le perdone si es muerto,
y á mí no ponga en olvido.
No hube dado muchos pasos
cuando topé un peregrino
y, por mi gusto no más,
le maté en un ventorrillo.
El ventero, que era honrado,
de por medio se ha metido,
con tajadas y colainas
á los dos nos hizo amigos.
DOMINGO. ¿No dice que le mató?
CHINARR. ¿No ve que la hambre digo?
DOMINGO. Así sería á los otros.
CHINARR. Es verdad, Dios me es testigo.
A las Navas de Tolosa
con don Alonso he partido,
noveno rey de Castilla,
que era mi íntimo amigo,
contra Miramamolín,
que contra España ha traído
de moros seis mil millones.
DOMINGO. Mire, padre, lo que ha dicho.
CHINARR. Cuatro eran más ó menos,
y es la verdad lo que digo.
Echándome en oración
al Altísimo he pedido
nos otorgue la victoria,
el cual al punto lo hizo.
Recogidos los despojos,
los he al punto repartido
al rey de Aragón don Jaime
y al de Navarra don Iñigo;

(1) Quizás en vez de «suceda» deba leerse «ruegue».

y aunque dicen que la cruz
fué causa de haber vencido,
sólo el valor de Chinarro
del caso la causa ha sido.

DOMINGO. ¡Vióse mayor disparate!
Pues es claro que se ha visto
bajar del cielo la cruz.

CHINARR. Fué porque yo lo he pedido,
y pesándome de haber
ofendido al Uno y Trino,
me vine á la Religión
poniendo en olvido al siglo.

Salen Dionisio *y* Doroteo.

DIONISIO. Adoraba su belleza,
y después que la he gozado
ha entrado en mí tal tibieza
que aun el caso imaginado
me causa mucha tristeza.

DOROTEO. Echala del pensamiento
y cesará su memoria,
y así vivirás contento,
que si promete amor gloria,
suele á veces dar tormento.
Mas dejando eso, ¿no ves
dos religiosos venir?

DIONISIO. ¿Si traen algún interés?

DOROTEO. La verdad me han de decir
atados manos y pies.

DOMINGO. *Deo gratias.*

DOROTEO. Enhorabuena,
¿quién dice que se las quite
á quien las gracias condena?

CHINARR. ¿Así las gracias admite?

DOROTEO. ¿Qué quiere el ánima en pena?

CHINARR. ¿Qué modo de responder
es éste? ¿Han perdido el seso?

DOMINGO. Muy bien lo pueden hacer;
¿quién le mete, hermano, en eso?

CHINARR. Yo, que me quiero meter.

DOROTEO. Yo también meterme quiero
en que se quite el vestido
junto con su compañero,
y si trae algo escondido
de preseas ú dinero,
quítense el vestido luego,
si no quieren que me enoje
y eche de los ojos fuego.
(*Da á* Chinarro *un espaldarazo.*)

CHINARR. ¿Qué dice?

DOROTEO. Que se despoje.

CHINARR. De veras va aqueste juego:
¡hase visto tal maldad!
Padre: ¿aquesto ha de sufrir?

DOMINGO. Hacello con humildad (1).

CHINARR. No lo quiero consentir
por la Santa Trinidad.

DOMINGO. Sin replicar se desnude,
hermano, y guarde obediencia.

CHINARR. Su Paternidad no dude.

DOMINGO. Chinarro: tenga paciencia
y hágalo sin que se mude.
(*Desnúdase* Chinarro *y* Santo Domingo, *y para desnudarse pone el rosario en la tierra y prosigue.*)
Está tan roto y deshecho,
señores, nuestro caudal,
que de su valor sospecho
que antes les podrá hacer mal
que género de provecho.
¡Pluguiera á Dios que el valor
fuera de tal gravedad
que mitigara el rigor
de su gran necesidad!
Miren si les tengo amor,
porque dejando aburrida
la causa que tan sin rienda
les trae el alma perdida,
con el aumento de hacienda
habría enmienda la vida.

DIONISIO. Padre: vuélvase á vestir.

DOROTEO. ¿Qué quieres?

DIONISIO. Dejarle ir:
¿soy yo empedernida roca?
Este de parte me toca,
y con él se ha de partir;
(*Tómale el rosario.*)
sólo este rosario quiero
que me ha parecido bien.

DOMINGO. De aquesa razón infiero
que os ha de suceder bien
en el tiempo venidero.

CHINARR. Tengan descanso y salud
y déles el alto Dios
mucho sosiego y quietud.

DOROTEO. Hermano, no hablan con vos.

CHINARR. ¿Por qué no ha de usar virtud?
Úsala su compañero,
siendo también salteador;
¿es por dicha él más grosero
ni tiene menos valor
siendo hidalgo y caballero?

DOROTEO. Desnúdese. ¿A mí chancitas?
Acabe el capigorrón.
Tengo poca devoción
y las entrañas malditas.

CHINARR. ¡Ay, qué ha dicho, cielo santo!

DOMINGO. Hermano: tenga paciencia.

CHINARR. ¿Cómo no me acaba el llanto?

DOMINGO. ¿Cómo no guarda obediencia?

CHINARR. No puedo guardarla tanto.
¿Cómo no les ha mandado
á éstos tener obediencia?

DOMINGO. Era ese caso excusado,
que para la sacra audiencia
está aquéste reservado.

CHINARR. Ahora bien: tome el vestido,
y pues que me descompone,
ante Dios le sea pedido.
(*Dales el hábito.*)

DOMINGO. Ruegue á Dios que le perdone,
y le será agradecido.
(*Vanse* Santo Domingo *y* Chinarro.)

DOROTEO. ¿Ya das, Dionisio, en franco
y de rosarios te precias?

DIONISIO. No das muy lejos del blanco,
que aquestos que tú desprecias

(1) «Comunidad» dice el original.

suelen dar el campo franco;
que todas las calidades
no son más, Doroteo,
que tienen las voluntades
diferentes el deseo
y distintas propiedades.
Tú tienes riguridad,
yo tengo alguna clemencia;
tú aborreces la bondad,
yo tengo por excelencia
tener el don de piedad.
Bien puede ser pecador
el hombre, porque le inclina
de Adán el primer error;
mas á la esencia divina
no ha de perder el temor.
No tienes que estar cansando,
que hacer á Dios resistencia
es quebrantar su real bando
y debe pedir clemencia
el hombre, aunque esté pecando;
y dejemos de alegar,
pues el prado nos ofrece
sitio para descansar.

DOROTEO. El sueño y cansancio crece
y te quiero contentar.

Recuéstanse á dormir, y sale el Demonio.

DEMONIO. Dormid, que yo he de velar
hasta llegaros al punto
en que tenéis de acabar,
aunque del cielo barrunto
que me lo quiere estorbar.
Mas, venga lo que viniere,
yo he de hacer mi diligencia
por si acaso sucediere,
si no, haga su Providencia
lo que mejor le estuviere.
Tengo un odio desigual
al hombre y cruel desdén
sin causa para hacer tal,
y por quererle Dios bien,
por eso le quiero mal;
y aunque su poder me asombre,
siempre aborrezco su nombre
y quiero mal á los dos,
y pues no me vengo en Dios,
he de vengarme en su nombre.

(Canta una voz dentro esta letra.)

(Música.)

Vela, vela, pecador,
mira que el mundo te engaña,
que anda el lobo en la campaña,
huye y teme su rigor.

DEMONIO. No en balde yo me temía
que había de haber favor;
á pesar de quien le envía,
contra Dios y su valor
ha de creer mi porfía.

(Música.)

MÚSICOS. *(Cantan.)* Mira que llega á la puerta
y con deleites convida;
la lámpara esté encendida,
no la halle el esposo muerta.
Entra con muestras de amor
y siembra entre ella cizaña;
que anda el lobo en la campaña,
huye y teme su rigor.

DEMONIO. Ya vuelven á dar aviso.
¿Con música los regalas?
Lucifer, no estás remiso;
el veneno de tus balas
los arroja en un proviso.
Dádoles he grande sueño
con un sabroso manjar
de un mortífero beleño;
quiero ver sin recordar
si al infierno los despeño.
Desta vez perecerán,
si el cielo no me lo estorba,
que entre sus vicios están
y he de hacer que se los sorba
un mar de pez y alquitrán.
Heles mostrado un tesoro
en este profundo sueño
de preciadas piedras de oro
para robárselo al dueño
y vayan á eterno lloro.
¡Ah, compañeros! venid.

(Levantándose los dos.)

DOROTEO. Vamos, que el tesoro es bueno.

DEMONIO. Y entre los dos lo partid,
si no se os vuelve veneno
con este famoso ardid.

Vanse y sale Chinarro *en jubón y calzón como quedó cuando le quitaron el hábito, y capa y espada y sombrero.*

CHINARR. Pues ¿conmigo, fanfarrón?
Si á Chinarro conocieras,
salteadorcillo lebrón,
yo sé que no te atrevieras
temiendo tu perdición.
¿A mí el hábito? ¡Ah! ¡paciencia!
que un tiempo solía temblar
un rayo ante mi presencia.
¡Qué cosa es un hombre estar
sujeto á humilde obediencia!
Con la pasión que llevaba
viéndome que iba desnudo
el corazón me temblaba;
que habla con cólera un mudo
si la paciencia se acaba.
Y que el otro muy cortés
al padre se le ha dejado
con muy pequeño interés;
sólo el rosario ha tomado,
que el padre le diera tres.
De aquí no pienso partirme
sin vengarme con los dos;
bien sé que puedo medirme;
no iré de aquí, ¡vive Dios!
que no tengo que vestirme.
Como desnudo he partido
y al monasterio he llegado,
en ira y rabia encendido,

espada y capa he topado
de que vengo apercebido.
(Halla el hábito.)
Mas el hábito he encontrado;
pero por Santo Tomás
que de miedo lo ha dejado;
mas no daré paso atrás
sin que esté desagraviado.
(Suena dentro la música y cantan.)

(Música.)

Vuélvete á tu monasterio
y á Dios la venganza deja,
que sabe premiar al bueno
y castigar al que yerra.
Vuélvete, y guarda los votos
de religión y obediencia,
que á Cristo le desnudaron
con más oprobios y afrentas.
Si quieres ganar el cielo,
imítale en la paciencia,
pues te acogiste al sagrado
de su piedad y clemencia,
aborrece á los soberbios
y á los humildes los premia;
á los justos quiere y ama
y al más pecador espera.
Vuelve los ojos y mira
entre justicia y clemencia
de un pecador obstinado
la rigurosa sentencia.

Corren la cortina y aparece una cima con una pintura como boca de infierno, y Dionisio *y* Doroteo *que los quiere el* Demonio *lanzar dentro, y* Santo Domingo, *que tiene echado un rosario al cuello de* Dionisio *y le tiene, y* Cristo *con una espada desnuda en la mano y la* Virgen *al otro lado.*

DEMONIO. Digo que ha más de diez años
que han andado en compañía
haciendo males y engaños,
sin que se pasase un día
que no hiciesen graves daños;
forzando viudas, casadas
y estrupando las doncellas
recogidas y guardadas,
y en vez de satisfacellas,
era dejallas robadas:
quitando á los pasajeros
de cualquier manera ú suerte,
las haciendas y dineros,
dándoles la cruel muerte
como unos leones fieros.
Nunca hicieron obra buena
que les fuese meritoria,
y así, la ley les condena
á ser privados de gloria,
padeciendo eterna pena.
Jamás vieron celebrar
el misterio de la Misa
que les pudiera salvar;
todo era contento y risa,
sin acordarse de orar.
DOMINGO. Espíritu condenado,
como siempre, la maldad
es adorno de tu estrado,
traes cubierta la verdad
con hábito disfrazado.
Señor: Dionisio ha pecado
siéndoos rebelde y ingrato,
en los vicios engolfado;
mas tenialo por trato,
siendo á piedad inclinado.
Si alguna cosa quitaba,
también con ellos partía
de aquello que le tocaba,
y una mala compañía
hace la virtud esclava.
Rezaba con devoción
el sacrosanto rosario,
llamaba la intercesión
del sagrado relicario
do obrasteis la Encarnación.
Bien sabéis la caridad,
Señor, que conmigo usó
con tan profunda humildad,
y por suplicarlo yo,
Señor, tened dél piedad.
VIRGEN. Hijo mío, haced su ruego,
pues que Domingo lo pide,
no vaya al eterno fuego,
que á vuestro gusto se mide;
dadle, buen Jesús, sosiego.
En especial que ha tenido
en mucha veneración
el rosario esclarecido,
otórguesele perdón,
que como madre os lo pido.
CRISTO. Pues de mi mucha clemencia
los dos le habéis amparado,
doy por muy justa sentencia
que aquéste sea condenado.
(A Doroteo.*)*
Y aquéste á hacer penitencia.
(A Dionisio.*)*
Y miro que aquéste ha sido
del rosario muy devoto
y en sus cosas comedido,
y aquéste un hombre remoto,
gran pecador y atrevido.
DOROTEO. Virgen: ¿no hay intercesión?
VIRGEN. Cuando tuviste lugar
no gozaste la ocasión,
por donde vas á penar
al reino de confusión.
Continuo has vivido mal,
tu vida siempre empeora,
y llegado á punto tal,
en lugar de intercesora
es mi oficio ser fiscal.
(Corren la cortina y cúbrese todo.)
CHINARR. ¿Eso pasa? Tira afuera.
Al monasterio me vuelvo
y en aquesto me resuelvo,
que es la Virgen medianera;
mas si acabáis la carrera
en vicios y haciendo mal
dice que ha de ser fiscal.
Más vale hacer penitencia,
por que alcance la clemencia
del Redentor celestial.
(Sale Santo Domingo.*)*
Mas á Domingo el prelado
veo que acá se avecina;

si esta vez no hay diciplina
yo quedo muy bien librado.
Haré del disimulado;
bien es que el rostro arreboce
para ver si me conoce,
y si viniere turbión,
callar es obligación
para que del cielo goce.
(*Embózase.*)

DOMINGO. ¿Que en la casa no parece?
Quien de la casa se ausenta
cualquier castigo merece.
De que dé tan mala cuenta
el corazón se entristece.
¡Traerse capa y espada!
dado me ha que sospechar,
que venir con mano armada
fué pretenderse vengar,
y su intento no me agrada;
que no advertí en preguntar
por las señas de la capa
cuando le salí á buscar.
Un hombre está allí y se tapa;
allá me quiero llegar.
¡Ah, buen hombre!

CHINARR. Dios es bueno.

DOMINGO. También lo podéis vos ser,
aunque El de bondad es lleno.

CHINARR. ¿Qué quiere?

DOMINGO. Querría saber...

CHINARR. Por saber yo muero y peno.

DOMINGO. Saber es cosa muy alta,
si se viene á merecer
y con virtudes se esmalta.

CHINARR. Sólo quisiera saber...

DOMINGO. ¿El qué?

CHINARR. Remediar mi falta.

DOMINGO. Ese es el saber perfeto,
y el hombre que lo ha alcanzado
jamás se ha visto en aprieto.

CHINARR. Gran tiempo le he procurado
y me ha perdido el respeto.

DOMINGO. Dejemos esa quimera.

CHINARR. Pues ¿por quién me preguntaba?

DOMINGO. Por un hombre.

CHINARR. Ya sé quién era,
que aquese hombre aquí estaba
un poco antes que se fuera.

DOMINGO. Eso será lo más cierto;
mas diga: ¿cómo hablar osa
haciendo tal desconcierto?

CHINARR. ¿Que me conoció? ¡Hay tal cosa!
No me conociera un muerto.

DOMINGO. ¡Que me ha de dar ocasión
de que le venga á buscar!

CHINARR. Mi padre: con la pasión
no le pude respetar;
le juro á mi salvación.

DOMINGO. ¿Qué ha jurado? Bese el suelo.

CHINARR. ¿No basta besar su mano?

DOMINGO. Mire que ha enojado el cielo;
haga lo que digo, hermano.

CHINARR. De enojarle me recelo.

DOMINGO. ¿Cómo el hábito ha hallado?

CHINARR. Cuando vine le hallé aquí.

DOMINGO. ¡Ya acabó el desventurado!

CHINARR. Es verdad, que yo le vi
cómo al infierno ha bajado.

DOMINGO. Dígame: ¿cómo lo ha visto?

CHINARR. Porque pasó en mi presencia
cuando el Juez Jesu Cristo
dió contra él la sentencia
por ser un hombre malquisto.
También le vide allá estar
y con pecho sublimado
por Dionisio suplicar.

DOMINGO. Pues Dios se lo ha revelado,
bien le debe de estimar.
Vámonos al monasterio
y considere que ha errado,
aunque ha visto ese misterio,
y debe ser castigado
por tan grave vituperio.

CHINARR. Primero que haga mudanza
me ha de dar su bendición,
pues tanta virtud alcanza,
y me ha de otorgar perdón
debajo de confianza.
Hágalo, por vida mía,
y me prometo enmendar,
pues que su virtud me guía,
si no lo he de publicar
que habla con Dios y María.

DOMINGO. Calle, que yo le perdono.

CHINARR. (*Ap.*) Bueno es ponelle temor,
aunque era hablar en su abono.
Con esta merced, señor,
verá cómo lo pregono.

DOMINGO. ¿Qué dice?

CHINARR. Que no hablaré,
padre, más que un dromedario.

DOMINGO. Tenga con la Virgen fe,
rece su santo rosario.

CHINARR. Padre mío, yo lo haré.

Vanse y sale Dionisio *con un saco de penitencia.*

DIONISIO. Ya vistes á vuestros ojos,
sin ser quimeras ni antojos,
alma, cómo os libertó
Aquel que en la cruz dejó
tan soberanos despojos.
Ya visteis con la humildad
que el Sagrario milagroso
de la Santa Trinidad
pedía al Hijo glorioso,
alma, tuviese piedad.
Ya vistes el gran caudal
que puso aquel templo santo
por libertarnos de mal,
y cómo alcanzaron tanto
las rosas de su rosal.
Ya visteis al religioso
que quisimos desnudar,
con qué pecho tan piadoso
nos pretendía alcanzar
de Dios eterno reposo.
Ya visteis cómo lanzado
fué al profundo del infierno
aquel que os ha acompañado,
y cómo del fuego eterno
el rosario os ha librado.
Ya sabéis que la sentencia

dió el soberano Señor
en favor por su clemencia,
y que os mandó con amor
que hiciésedes penitencia.
No hay agora amedrentaros
sino en este más contenta
con esfuerzo abalanzaros,
que pasada la tormenta
sé que tenéis de alegraros.
¿Queréis desierto de Egipto?
Podréis imitar á un Pablo
que entró allí desde chiquito,
ú Antonio, á quien tentó el diablo
y él le echó de su distrito.
¿Queréis en la cueva estar
que encubren Líbano y Cedro
en escondido lugar?
Allí hay lágrimas de Pedro
con que os podéis consolar.
Si os parece parte buena
peñas donde el aciprés
comparado es baja almena,
hallaréis la desnudez
de una Santa Magdalena.
Extiende, alarga la vista
si entre moradas angostas
quieres trabar la conquista
donde, comiendo langostas,
imitarás un Bautista.
Si quiés, sin que se entremeta
contigo persona alguna,
tener la vida más quieta,
imita en una coluna
á Simeón anacoreta.
Y si, por dicha, te inclinas
ó te inclina el apetito
á sensuales golosinas,
lánzate como Benito
en medio de las espinas.
Si quiés recibir martirio,
ponga en Jesús sus deseos
el corazón de Porfirio,
y gozará los trofeos
que ganó el cárdeno lirio.
Sin cruz nadie ha de pasar,
alma mía, el paso estrecho
que á la gloria va á parar;
quien quiere cruz en el pecho
trabajo le ha de costar.
Padeced con perfección
esta cruz que el cuerpo mixto
tiene por honra y blasón,
si no fuere en la de Cristo,
será en la del Buen Ladrón.

(*Cantan de adentro á una voz.*)

MÚS. 1.º Acomete, buen soldado,
porque vencerás sin duda,
que las Jerarquías celestes
se aperciben en tu ayuda.

DIONISIO. A embestir, que al arma toca
la caja del General;
la gente contraria es poca;
aquí, alma, cada cual
muestre el valor que le toca.

(*Suena música á otro lado.*)

MÚS. 2.º ¿Ansina olvidas los gustos
á que el mundo te convida
con apacibles deleites
y delicadas comidas?

DIONISIO. ¡Qué deleites tan suaves
tuve gozando el amor
de muchas mujeres graves!
Más ¿cómo, alma, sin temor
quieres entregar las llaves?

MÚS. 1.º Resiste con fortaleza,
porque si quedas desnudo
del don de la fortaleza
serás vencido en la lucha.

DIONISIO. Si rindo la voluntad
confieso que soy perdido
y doy puerta á la maldad.
Virgen, vuestro favor pido,
por vuestra santa humildad.

MÚS. 2.º Gusta este manjar sabroso.
MÚS. 1.º Mira que es píldora oculta.
MÚS. 2.º Es un deleite apacible.
MÚS. 1.º Es tormento de garrucha.
MÚS. 2.º Gusto que al cuerpo recrea.
MÚS. 1.º Nublado que al alma ofusca.
MÚS. 2.º Deseos con cumplimiento.
MÚS. 1.º Cumplimiento en cosa injusta.
MÚS. 2.º Es paraíso del mundo.
MÚS. 1.º Es infierno que pronuncia
contra ti cruel sentencia;
mira que la gloria es mucha.

Salen los Vicios *por una puerta cantando y las* Virtudes *por otra.*

VICIOS. No te apartes del mundo,
goza sus gustos.
VIRTUD. No les vuelvas la cara,
que son injustos.
VICIOS. El gusto y recreo
te ofrece victoria.
VIRTUD. Si quieres la gloria
refrena el deseo.
VICIOS. Es muy dulce arreo
sabrosos gustos.
VIRTUD. No les vuelvas la cara
que son injustos.
VICIOS. Gusta las delicias
del tiempo amoroso.
VIRTUD. Si quieres reposo,
huye esas caricias.
VICIOS. Goza las primicias
de dulces gustos.
VIRTUD. No les vuelvas la cara,
que son injustos.
Las virtudes se suben
al sacro cielo
y los vicios se parten
para el infierno.

Vase la Música, *y sale un* Angel *y el* Demonio.

ANGEL. ¿Ya no quedaste excluído?
DEMONIO. Mientras en carne viviere
de mí no se ha despedido;
mientras un cuerpo no muere
sujeto está á mi partido.
Desde que hice á Adán pecar

ninguno de mi tormenta
no se ha podido escapar.

ANGEL. Tú mientes, y ten gran cuenta
que contra ti he de alegar.
Jeremías ¿no ha salido
del vientre santificado?

DEMONIO. Sí, pero fué concebido
en original pecado.

ANGEL. ¿Qué importa, si no ha nacido?
También lo ha sido San Juan.

DEMONIO. Y en coyuntura ha pecado.

ANGEL. Fué misterio, en conclusión,
porque á Cristo ha asegurado
en la gentílica unión.
Y el profeta Samuel
también ha entrado en la lista,
que gobernó al pueblo fiel,
y el gran Precursor Bautista
y la madre de Emanuel.

DEMONIO. Calla, que oyendo su nombre
me abraso con más rigor,
que en Ella Dios se hizo hombre
y fué un exceso de amor
que no hay á quien no le asombre.
A un Dios que su ser abarca
los cóncavos tierra y cielo,
le encerró esa humilde arca
y le hizo venir al suelo
para entregarle á la Parca.
¡Pesar de su nacimiento
y el día que fué engendrada
para aumentar mi tormento!
¡Que una niña delicada
tuvo tal merecimiento!

ANGEL. *Vade retro*, Satanás;
exímete del derecho
que aquí pretendiendo estás;
parte para el reino estrecho
y no vuelvas aquí más.

DEMONIO. ¿Ya tú te haces mandón?
¿eres de masa más alta
que yo? Mas ya mi opinión
después que hice la falta
perdió la reputación.

ANGEL. Dionisio, ten confianza
y sírvate la experiencia
de jamás hacer mudanza.
Abraza con penitencia
Fe, Caridad y Esperanza;
ven conmigo, que el lugar
donde la tienes de hacer
te tengo de señalar.

DIONISIO. En todo he de obedecer.

ANGEL. Ansí podrás acertar.

Vanse, y sale Marcela.

MARCELA.

Poderoso Señor, Divina Esencia,
¿cómo la real palabra que habéis dado
no cumplís pronunciando la sentencia?
¿El casto pecho es bien quede violado
y el delito se quede sin castigo
que á vos, Señor, estaba dedicado?
Si el grande exceso que éste hizo conmigo
con él disimuláis, podrá mañana
volverse contra vos hecho enemigo.
De aquesta condición fiera y inhumana,
¿qué se puede esperar, Dios poderoso,
sino que mientras más, sea más tirana?
Justicia pido, Dios santo y piadoso;
justicia pido, Dios santo y clemente,
que os hará la razón ser riguroso.
Mas si es, buen Dios, acaso conveniente
que se haya de mostrar vuestra clemencia,
su voluntad se cumpla eternamente
dándome para el caso suficiencia.

Corren una cortina y aparece Cristo *atadas las manos, y hincase de rodillas* Marcela.)

CRISTO. Marcela: tu petición
es justa conforme el celo
que tiene tu corazón;
mas ¿no ves que tiene el cielo
más alta la perfección?
Los corazones humanos
quieren vengar su intención,
cuando vienen á las manos
sin mirar la obligación
que deben á sus hermanos.
Es del hombre condición,
que si así la mía fuera
no hubiera generación
ni hombre ninguno no hubiera
que alcanzara salvación.
Es mi oficio perdonar,
dando diversos pregones,
porque os vengáis á enmendar,
y tú, Marcela, me pones
culpa sin poder pecar.
Tiene mis manos atadas
Dionisio; ¿tú no las ves
una con otra enlazadas?,
y ha puesto á mis sacros pies
cargas de plomo pesadas.
Ningún paso puedo dar
para en él hacer castigo,
porque no me da lugar
las manos; tú eres testigo
que no las puedo mandar.

MARCEL. ¿No sois el Sumo Saber
y la Suprema Deidad?
¿Esto cómo puede ser?

CRISTO. A mi mucha potestad
esto le quita el poder.

Córrese otra cortina y aparece Dionisio *desnudo, salpicado de sangre y una deceplina en la mano con sangre, y alrededor del cuello una soga, y* Santo Domingo *con una lanza.*

MARCEL. ¡Jesús: qué gran compasión!

CRISTO. Este es Dionisio, Marcela,
de quien quiés satisfacción,
que con gran cuidado vela
por imitar mi Pasión.
Su áspera penitencia
dejó mis manos atadas
y se acogió á mi clemencia;
acábale tú á lanzadas,
que á mí me hace resistencia.
Toma á Domingo esa lanza
y con tu mucho rigor
ejecuta cruel venganza.

MARCEL. Yo le perdono, Señor.

CRISTO. La virtud todo lo alcanza;
has ganado gran victoria,
y serás remunerada
por que quede tu memoria
en el cielo coronada
con la corona de gloria.
Perdonaste tu enemigo
y esto por amor de mí;
hallaste en el cielo abrigo,
y el que no lo hiciere ansí
jamás podrá ser mi amigo.
Si en la oración me decís
que perdonáis los errores
y de obra no lo cumplís,
alcanzaréis los favores
conforme lo que pedís.
El que perdonado hubiere
ese será perdonado,
y aquel que no lo hiciere
ese morirá en pecado
si en vida no lo cumpliere.
Y porque humanos disfraces
á humildes Pedros y llanos
no estraguen con antifaces,
dad acá entrambos las manos,
que quiero yo hacer las paces.
(Aparta las manos.)

MARCEL. ¿Cómo tenéis desatadas
las manos, sacro Señor,
que estaban con sus lazadas?

CRISTO. Finezas son del amor
de mis entrañas sagradas.
Para hacer bien y premiar
tengo mis manos abiertas,
que es mi oficio perdonar;
tengo aquestas cinco puertas
por donde pueden entrar.
(Llegan y danle las manos derechas.)
Dionisio: ¿quiés por esposa
á Marcela?

DIONISIO. ¿Quién podrá,
Señor, hacer otra cosa,
ó quien se lo negará
á mujer tan virtuosa?

CRISTO. Y vos, Marcela, ¿queréis
á Dionisio por esposo?

MARCEL. Señor, gran merced me hacéis,
que con lazo tan precioso
cumplís lo que prometéis.

CRISTO. Guardaréis conformidad,
y tomando mi consejo,
abrazaréis la humildad,
y no quebréis el espejo
del don de la castidad.
El rosal que ha producido
los hijos de bendición
que á los cielos han subido
rezaréis con devoción,
sin que haya punto de olvido,
porque sus cándidas rosas
con el olor tan suave
y fragancias olorosas
tienen del cielo la llave
para las almas piadosas.
Siempre vivid con limpieza,
y del alma la quietud
guardaréis con gran pureza,
que guardan á esta virtud
la Templanza y Fortaleza.
Y vamos, que á ser madrina
viene mi sagrada madre
con su beldad peregrina,
que la envía el alto Padre
con su música divina.

Entra un Bailarín *y* Músicos *cantando, y un* Angel *con una fuente y en ella dos guirnaldas y la* Virgen *detrás las manos puestas, y dan vuelta al tablado.*

MÚSICOS. De la gloria ha bajado
la Flor Divina,
por honrar á los novios
y á ser madrina.
Baja la Princesa
de la Jerarquía,
que da luz al día
su rara belleza;
es mar de limpieza,
fuente cristalina
por honrar á los novios
y á ser madrina.

(Llega la Virgen *y toma las guirnaldas y pónesselas á los desposados.)*

VIRGEN. Tened siempre en la memoria
el premio de la victoria,
porque la bondad inmensa
acá os da esta recompensa
y allá os ha de dar la gloria.
Estimad con gran pureza
el favor de su grandeza
y el que mi Hijo os ha hecho,
la voluntad de mi pecho
y vivid con gran limpieza.
De Domingo la oración,
del Angel la intercesión,
de los cielos la asistencia,
de Dios la suma clemencia,
y en premio de la oración,
cubiertos de casto velo,
recibiréis gran consuelo
cuando os venga á la memoria.
Y aquí hace fin la historia
de *la Madrina del Cielo.*

ÍNDICE

	Pags.
Catálogo razonado del Teatro de Tirso de Molina..	1
Santo y sastre.	1
Los Lagos de San Vicente.	27
Escarmiento para el cuerdo.	55
La República al revés.	83
El Aquiles.	115
Quien no cae no se levanta.	142
La vida de Herodes.	173
La Dama del Olivar.	208
La Santa Juana (Primera parte)..	238
La Santa Juana (Segunda parte)..	276
La Santa Juana (Tercera parte).	304
La firmeza en la hermosura.	333
El Caballero de Gracia.	358
La Romera de Santiago..	388
El cobarde más valiente..	416
La Ninfa del Cielo.	438
El honroso atrevimiento.	467
Habladme en entrando.	491
La joya de las montañas.	516
Quien da luego da dos veces.	542
Las Quinas de Portugal..	568
Bellaco sois, Gómez.	591

APÉNDICE

	Págs.
El Burlador de Sevilla.	623
Tan largo me lo fiáis..	656
La venganza en el sepulcro.	683
Los hermanos parecidos.	709
El Laberinto de Creta.	719
La Madrina del Cielo..	733
Eratas y correcciones.	745

ERRATAS DEL CATÁLOGO RAZONADO

PÁG.	COL.	LÍN.	DICE	LÉASE
VIII	2	26	pagnolismo	spagnolismo
VIII	2	26	las	la
VIII	2	40	elementos	materiales
XIII	1	28	luego *El amor*	luego (fuera de la de *Tirso*) *El amor*
XVIII	1	25	la que	la comedia que
XXIV	1	43	esta era quinta	esta quinta, era
XXVI	2	12	cede su elevación	cede en elevación
XXIX	1	15	para la nuestra	para nuestra
XXIX	1	16	el tomo	del tomo
XXX	1	44	á nombre	á su nombre
XXXI	1	44	la otra	la obra
XXXIII	2	15	de D.ª	de ella, D.ª
XXXIV	2	27	según dice TIRSO	según TIRSO
XXXVII	1	23	Cuba era	Cuba (ó sea Cu-[bas) era

ERRATAS, VARIANTES Y ENMIENDAS DEL TEXTO

PÁG.	COL.	LÍN.	DICE	LÉASE
9	2	44	la Sol	su Sol
9	2	50	dizes	dicen
10	1	últ.	estimarás	estímaras
13	1	15	más	mal
45	1	5	lloren	llore
57	1	32	la fuerte	la suerte
58	1	23	Madrefaba	Madresaba
61	2	6	y de vejez	y vejez
64	1	24	¡Ay Leonor!	MAN. ¡Ay Leonor!
66	1	19	no notifique	me notifique
70	1	21	DIAGUIT.	JUAN
73	2	9	á ti engañó	á ti te engañó
114	2	10	envidió	envidie
118	1	30	colgarásela	colgárasela
123	1	37	Clecie	Clicie
125	1	6	disfrace	disfraza
128	1	30	¿qué esto?	¿qué es esto?
133	nota (1)		Sobra; y más en la forma en que quedó. Se trata de dos endecasílabos para terminar, como otras veces, un pasaje muy movido y que se escribirían así: DEIDAM. Perdone el Rey, que por Aquiles dejo á Lisandro. AQUILES ¡Ay mi bien! DEIDAM. ¡Ay dulce dueño!	
139	1	25	asaltará Troya á [Marte	asaltará á Troya [Marte
145	1	28	diente	dientes
145	2	12 y 13	Estos dos versos han quedado mal puntuados. Léanse así: que la toba limpia y come; los dientes ha de estregarse	
145	2	42	¿Qué es eso?	¿Qué es esto?
147	1	1	No porque Valerio	No porque á Valerio
151	2	44	y á los negros	ya los negros
163	2	25	puestas	puertas
174	:	4	decilo	decirlo
176	2	19	del valor	dé el valor
185	1	56	antíparas	antiparas
192	2	41	mudanza	venganza
252	1	18	la suya	la saya
268	1	pen.	mi Marica	que mi Marica
268	1	últ.	os diabros	y los diabros
279	2	51	alcabalas,	alcabala,
313	1	46	hel de	helde
323	1	23	vino	vivo
328	1	36	que acá ños	que once años
369	1	29	¿Qué es esto? ¡fortu-[na escasa!	¿Qué es esto, fortu-[na escasa?
383	2	2	velle	vele
385	2	50	mi muda	mi mucha
434	1	12	tené	tened
449	2	47	sonadas	soñadas
469	2	21	ese lado,	ese lodo,
480	1	21	Pagad con esa	LELIO. Pagad con [esa
482	2	10	anda por todo	anda, Diodoro,
489	1	17	Levántaos	Levánteos
491	2	6	Barriga	barriga
492	2	9	que quien mira sin alma deja sin vida.»	que á quien mira, su alma deja sin vida.»
504	1	61	lo craso	lo craro
505	1	29	más afrentas	mis afrentas
506	2	49	caballo serrano	caballo, serrana,
522	2	31	vaya en mucho	vaya mucho
525	1	2	valerosos	valerosas
526	2	31	y es posible	y si es posible
527	1	34	sospechas que estás [herida.	sospechas de que [está herida.
532	1	21	es cierto	es acierto
536	1	29	en la villa	en las villas
544	1	12	molesto	molesta
570	2	pen.	infancias	infamias
572	1	19	de una beldad! ¡Que	de una beldad, que
572	1	51	buen hijo	buen rijo
581	2	29	los dos	las dos
597	2	31	respectos	respetos
614	1	20	Tampoco	Tan poco
614	2	34	lindas brides	Lindabridis
638	2	4	escapar	quedar
638	2	18	quien hace	el que hace
646	1	58	el Rey	el reino (en *Tan largo...* y es mejor lectura.)
646	2	53	robase el dueño	robase el sueño (en *Tan largo...* que parece mejor.)
647	1	2	el amor en el alma	la tristeza en el alma (en *Tan largo...* que es mejor texto.)
686	1	12	escucharte	escuchaste
705	1	16	Ana muevo.	Ana muero.




71243495
DR 8395

E. COTARELO

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA

TOMO II.

DR
8395